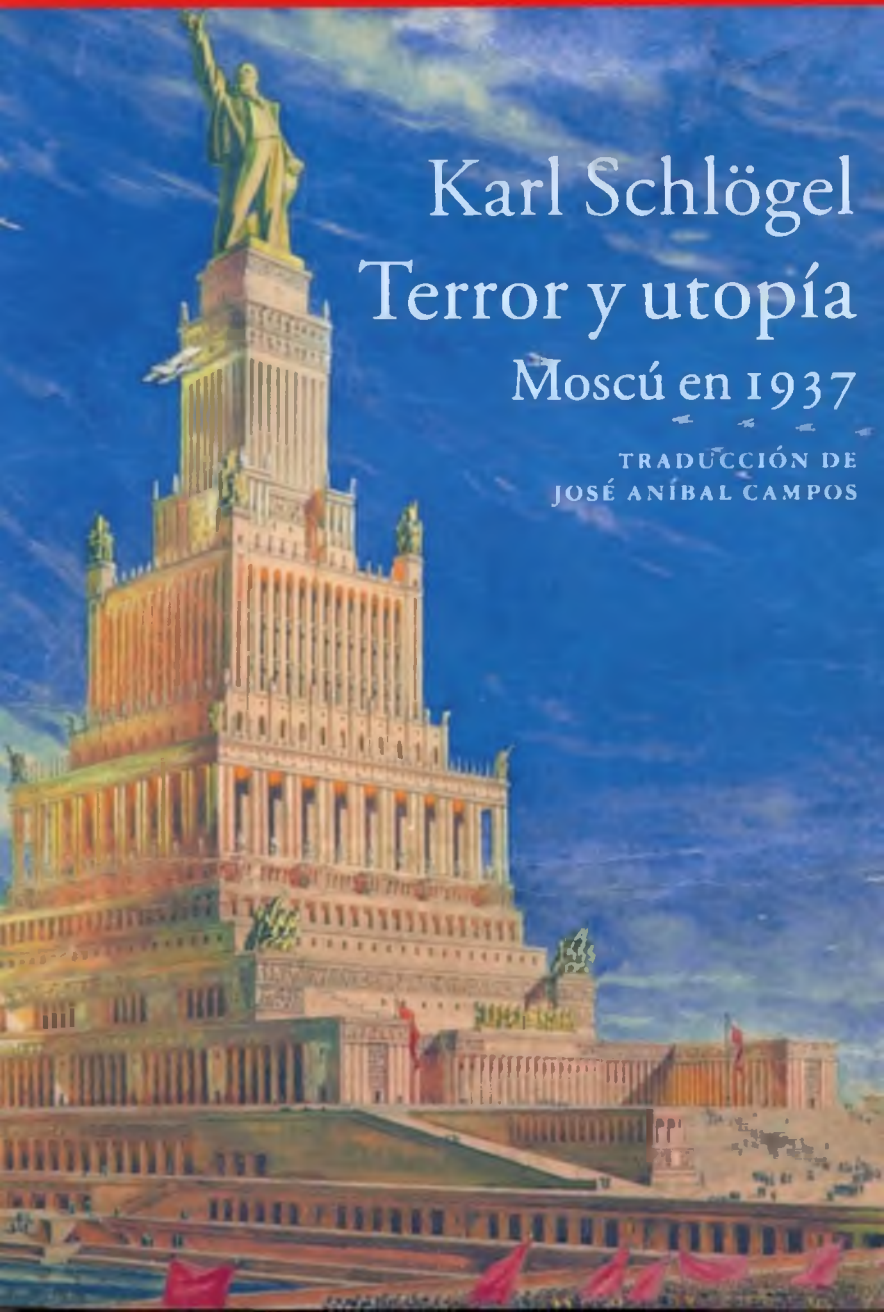
ACANTILADO



Karl Schlögel

Terror y utopía

Moscú en 1937

TRADUCCIÓN DE
JOSÉ ANÍBAL CAMPOS

1937 es un año de terribles paradojas para la ciudad de Moscú: el fabuloso desarrollo urbanístico de la ciudad, que se materializa en la construcción del nuevo metro, el Canal de Moscú, los rascacielos y la efervescencia cultural, convive con la muerte de un millón y medio de personas, la falta de privacidad, la delación y los falsos juicios, que sumieron a los ciudadanos en lo que se ha denominado el «Gran Terror». En este ensayo absorbente Schlögel nos transporta a vista de pájaro a una época en que la frontera entre el sueño y la pesadilla desapareció en aras de la construcción de una nueva sociedad. Una obra monumental y rigurosa que narra uno de los episodios más dramáticos y perturbadores de la historia reciente.

creative commons

Karl Schlögel (Allgäu, 1948) es profesor de Historia de Europa del Este en la Universidad Europea de Viadrina (Frankfurt del Oder) desde 1994 y autor de diversas obras sobre la historia de Rusia. En las décadas de 1970 y 1980 fue traductor, periodista e investigador académico. *Terror y utopía* recibió en 2012 el Premio de Leipzig para el Entendimiento Europeo.

KARL SCHLÖGEL

TERROR Y UTOPÍA

MOSCÚ EN 1937

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE JOSÉ ANÍBAL CAMPOS

BARCELONA 2014 ACANTILADO

Moscú: escenarios de los años 1937-1938

1 Colinas Lenin (hasta 1924 fueron los montes del Gorrión); un mirador desde el cual se tenía una vista panorámica de toda Moscú.

2 Obra en construcción del Palacio de los Soviets; antigua ubicación de la catedral de Cristo Redentor, demolida en 1931.

3 Casa del Gobierno, también conocida como «Casa junto al Moscova», en el número 2 de la úlitsa Serafimovich, construida entre 1928 y 1931; complejo de viviendas de la cúpula dirigente del Partido y el Estado, tan afectada por las purgas de esos años.

4 Casa de los Sindicatos; antigua Asamblea de Aristócratas, ubicada en los números 1-6 de la calle Pushkin; lugar donde se celebraron los actos por el aniversario de Pushkin en 1937 y el primer Congreso Nacional de Arquitectos Soviéticos; lugar de los tres grandes procesos públicos entre 1936 y 1938.

5 Hotel Metropol; modelo de edificio en el estilo Art Nouveau soviético; alojamiento de Lion Feuchtwanger en su visita de 1936-1937.

6 Oficina Central de Economía y Estadísticas, responsable de llevar a cabo el censo nacional en enero de 1937 (director: I. Krával), número 2 del bulevar Pokrovski, esquina con la Bolshói Vúzovski pereúlok.

7 Plaza Pushkin; hasta 1937 fue la plaza Strastnáia; celebraciones del centenario de la muerte de Aleksandr Pushkin en febrero de 1937.

8 Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética (plaza Stáraia 4); lugar de los plenos más importantes, sobre todo del de febrero-marzo de 1937.

9 Kremlin; lugar de toma de decisiones, vivienda del núcleo interno del poder en la URSS y lugar donde se celebró la sesión del VIII Congreso de los Soviets en diciembre de 1936 que aprobó la nueva Constitución.

10 Comisariado del Pueblo para la Industria Pesada, números 2-5 de la Plotschad Noguina, número 7 del Kitáiski proiezd; imperio de Ordzhonikidze.

11 Plaza Roja; lugar de las honras fúnebres a Ordzhonikidze, de las celebraciones del Primero de mayo, de los desfiles de deportistas; celebraciones por el vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre; actos masivos para apoyar las condenas a muerte falladas en los procesos públicos.

12 Torre de radio Shújov; Chabolodka, torre de transmisiones radiofónicas del Komintern, construida en el año 1922.

13 Exposición Nacional de Agricultura en Ostánkino, no inaugurada hasta 1939; exposición del grupo escultórico de Vera Mújina *El obrero y la koljosiana*, presentada en la Exposición Universal de París.

14 Estación de metro Maiakovskaia, inaugurada oficialmente en septiembre de 1938.

15 Estación de metro de Kiev, inaugurada en marzo de 1937.

16 Conservatorio; número 13 de la calle Herzen; XVII Congreso Internacional de Geología en julio de 1937; estreno en Moscú de la *Sinfonía n.º 5* de Dmitri Shostakóvich el 29 de enero de 1938.

17 Residencia del embajador de Estados Unidos; barrio de Arbat, Spasopeskovski pereúlok; lugar de numerosas recepciones para personalidades ilustres.

18 Canal del Volga y el Moscova; terminado en julio de 1937 gracias a la mano de obra de los presos del sistema de campos, el Dmitlag.

19 Puerto Norte; edificio de la terminal de llegadas y salidas, terminado en 1937 según los proyectos de Rújliadiev; todos los viajes por barco a Moscú se iniciaban o acababan allí.

20 Aeródromo de Túshino; desde aquí despegaron casi todos los vuelos que establecieron un récord en el año 1937.

21 Administración de la Ruta Marítima del Norte (Glavsevmorput); número 12 de la úlitsa Rázina; centro de las expediciones polares.

22 Estación de Bielorrusia – calle Gorki; desfiles de bienvenida a los retornados expedicionarios del polo y de los pilotos que hicieron el vuelo sin escala en Estados Unidos.

23 Gastronom; número 40 de la calle Gorki, tienda de exquisiteces en los recintos de la antigua tienda de lujo Yeliseiev.

24 Serebrani Bor (bosquecillo de Plata); zona residencial de dachas y lugar de recreo de los privilegiados.

25 Comisariado del Pueblo para el Transporte y la Comunicación; número 2 de la úlitsa Novaia Basmannaia, responsable de un ramo económico ultrasensible, el de los ferrocarriles, muy afectado por las purgas de esos años.

26 Campo de tiro de Bútovo; situado en el sur de Moscú, junto a la avenida de Varsovia (no marcado en este mapa).

27 Lubianka; número 2 de la úlitsa Dzerzhinki, sede del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD) y prisión.

28 Taganka; Malie Kamentschki, antigua prisión moscovita.

29 Garaje número 1 del NKVD; números 5 y 7 de la calle Varsonófievski, edificio utilizado como centro de ejecuciones.

30 Sretenka; prisión, Stretenskaya úlitsa.

31 Butirka; la prisión más grande de Moscú, en la úlitsa Novoslobódskaia y la úlitsa Lesnaia.

32 Lefórtovo; prisión, plaza Lefortova en el distrito de Bauman.

33 Monasterio de Donskói y cementerio; crematorio, terminado en 1927; y lugar donde se enterraban las cenizas de los ejecutados.

34 Monasterio de Danilovski; edificio del siglo XIII; lugar de retención de los hijos de los «enemigos del pueblo».

35 Estudios de Mosfilm; número 54 de la úlitsa Potylija; lugar de producción de las películas *Circo*, *Volga, Volga* o *Lenin en Octubre*.

36 Cine-teatro Udarnik; número 2 de la úlitsa Serafimovich, el más moderno palacio cinematográfico de la Unión Soviética.

37 Hotel Lux; número 10 de la calle Gorki; lugar de residencia del Komintern, donde vivían numerosos emigrados políticos.

38 Buró del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (EKKI); plaza Manézhnaia 1.

39 Parque Cultural y Recreativo Gorki; parque principal de Moscú, destinado al ocio y al tiempo libre, a orillas del río Moscova; inauguración oficial del canal del Volga y el Moscova.

40 Palacio de Cultura en el Distrito Proletario; número 4 de la úlitsa Vostóchnaia; situado en los terrenos del monasterio Símonov, demolido parcialmente.

41 Fábrica de Automóviles Stalin; úlitsa Autosadovskaia 23, una de las fábricas más grandes de Moscú, con 40 000 empleados.

42 Teatro Bolshói; tradicional Teatro de la Ópera moscovita; sede de los actos por el aniversario de Pushkin, del estreno de la película *Lenin en Octubre* y de las celebraciones por el vigésimo aniversario de la fundación de la Cheká.

TÍTULO ORIGINAL *Terror und Traum*

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S. A. U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© by Karl Schlögel
© 2008 by Carl Hanser Verlag, Munich
© de la traducción, 2014 by José Aníbal Campos
© de la imagen de la cubierta, by Boris M. Iofán, AKG-images, Album
© de esta edición, 2014 by Quaderns Crema, S. A. U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A. U.

La traducción de esta obra ha sido apoyada con una ayuda del Goethe-Institut, que es financiado por el Ministerio Alemán de Asuntos Exteriores

GOETHE INSTITUT

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

DE ESPAÑA
MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

En la cubierta, Palacio de los Soviets, de Boris M. Iofán

ISBN: 978-84-16011-32-2
DEPÓSITO LEGAL: B. 22587-2014

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2014*

CONTENIDO

Prólogo 11
Introducción 15

Navegación: el vuelo de Margarita 31

Moscú, una obra en construcción:
el Plan General de Stalin en acción 67

Topografía de la desaparición:
el directorio telefónico moscovita de 1936 99

La fabricación de enemigos: la causa contra
el centro terrorista trotskista-zinovievista,
19-24 de agosto de 1936 120

«Cansado de los esfuerzos de observar y reconocer»:
el libro *Moscú 1937*, de Lion Feuchtwanger 141

A la luz del fuego: España y otros frentes 161

Ceguera y terror: la desaparición del censo
de 1937 183

Un escenario para los horrores de la industrialización:
el segundo proceso público de Moscú
en enero de 1937 210

«Un banquete en tiempos de la peste»: el aniversario
de Pushkin el 10 de febrero de 1937 240

La muerte pública: el suicidio de Ordzhonikidze
y el ritual de la muerte 265

En la sala de máquinas del año 1937:
el Pleno del Comité Central de febrero-marzo 291

Moscú en París: el pabellón de la URSS en la Exposición Universal de 1937 326

La Plaza Roja: lugar de celebraciones y patíbulo 342

Concierto de Chopin y ritual del asesinato: la radio y la creación del gran colectivo 350

Art Déco soviético: el tiempo atrapado en la piedra 369

«Cuerpos morenos, claros pantalones cortos»: el desfile de los deportistas 399

Riqueza y destrucción: el XVII Congreso Internacional de Geología en Moscú 411

Una ciudad junto al mar: la inauguración del canal del Volga y el Moscova 439

El año de la aventura: el Icaro soviético de 1937 471

El escaparate de Moscú: la abundancia del mundo, hambre de consumo y los mareos por hambre 500

Espacios abiertos, paisajes de ensueño: viajes en crucero a través del Volga, vacaciones en la Riviera Roja, conspiración en la Dacha 518

Viaje a casa y muerte del nacionalbolchevique Nikolái Ustriálov 524

Celebraciones de la Revolución de Octubre el 7 de noviembre de 1937 544

Una *high society* en miniatura antes de la masacre 558

El Hollywood soviético: sobre milagros y monstruos 582

Muerte en el exilio 605

Arcadia en Moscú: el Lunapark de Stalin 632

Avtozavódtsy: los obreros de la Fábrica de Automóviles Stalin 642

Jazz: el sonido de la década de 1930 673

Cambio de rostro, cambio de época 687

América, siempre América: el otro nuevo mundo 693

«Porque no hay otro país sobre la tierra...»: 1937 y la producción del espacio soviético 712

El campo de tiro de Bútovo: topografía del Gran Terror 725

«Una vela blanca en el horizonte...»: tiempo de sueños, mundos infantiles 779

Yezhov en el Teatro Bolshói: el acto conmemorativo del vigésimo aniversario de la Cheká 786

El adiós de Bujarin 800

«¡Sólo para uso oficial!»: Moscú, una ciudad en el mapa del enemigo 827

La excavación 834

A modo de epílogo 852
Agradecimientos 853
Nota del traductor 858
Notas 859
Bibliografía 955
Índice onomástico 985

Para Ania, nuestra moscovita,
y para los valientes de «Memorial»

[Acantilado no se responsabiliza del contenido de ninguno de los portales de la red mencionados en el libro].

PRÓLOGO

Desde mi primer encuentro con el mundo ruso-soviético tuve claro que algún día escribiría este libro. En realidad, lo tuve claro desde que empecé a pensar en términos políticos. No es posible hablar de la Rusia del siglo XX y de la actual Rusia postsoviética sin ocuparse de ese punto de inflexión que marca el año 1937. En todos los temas sobre los que han tratado mis trabajos hasta el momento—San Petersburgo como laboratorio de la modernidad; la experiencia del exilio ruso en el Berlín de entreguerras; el renacimiento de Rusia y el fin de la Unión Soviética—, de algún modo, en algún momento, las líneas conducían siempre forzosamente hacia ese lugar y esa época en que se produjo una ruptura radical e irreversible: la década de 1930 del siglo XX.

Iba todavía a la escuela cuando, a principios de la década de 1960, escuché a Yevgueni Yevtushenko recitar el poema «Los herederos de Stalin». A pesar de que aún no se conocía toda la historia, había en aquellos versos algo inquietante, ominoso y siniestro, algo que no debía repetirse jamás, una catástrofe que se había cernido sobre un país y sobre un pueblo. Esta idea se repitió a lo largo de los años, se convirtió en un *leitmotiv*. Entre mi posterior círculo de conocidos en Moscú no había nadie cuya familia no tuviera alguna víctima que lamentar: familiares desaparecidos, niños que ni siquiera sabían dónde y cuándo habían sido fusilados sus padres, familias dispersadas por toda la Unión Soviética durante aquellos años. En todas partes podía verse el rastro de la violencia, del infortunio, de la arbitrariedad. No obstante, no hubo, hasta el final de la Unión Soviética, ningún monumento que recordara a esos muertos y que hiciera público aquel trauma colectivo.

Ni en Alemania Occidental ni en Berlín Occidental, donde empecé a estudiar, podía hablarse de falta de información o de que el tema estuviera silenciado. Mucho antes del monumental «intento de superación por medio del arte»* emprendido por Aleksandr Solzhenitsyn en su *Archipiélago Gulag*, había otras grandes narraciones de aquel hecho: piénsese, por ejemplo, en el relato de Alexander Weissberg-Cybulski sobre su odisea a través de las prisiones estalinistas, en la versión de Arthur Koestler sobre la conmoción que produjeron los procesos públicos moscovitas en su novela *El cero y el infinito* o en las estremecedoras memorias de Yevguenia Guinzburg y Nadiezhda Mandelstam. En 1969, también había aparecido el ensayo de Robert Conquest sobre el Gran Terror, al que le siguió, muy poco después, la historia del estalinismo de Roy Medvédev desde una perspectiva interna.

No obstante, a esa catástrofe histórica, a las tragedias humanas de la Unión Soviética en la década de 1930 jamás se les concedió la atención y el interés que cabría esperar de una opinión pública que había estado expuesta al horror de los crímenes nacionalsocialistas. Predominaba, en ese sentido, una curiosa asimetría. A un mundo que había grabado en su memoria nombres como los de Dachau, Buchenwald y Auschwitz se le hacía difícil tratar con nombres como los de Vorkutá, Kolymá o Magadán. Se había leído a Primo Levi, pero no a Varlam Shalámov. Fue así como las víctimas de Stalin sufrieron una segunda muerte, esta vez en la memoria. Desaparecieron tras la sombra de aquellos crímenes del siglo perpetrados por los nazis, se volvieron invisibles tras la cifra elevadísima de víctimas de la «Gran Guerra Patria». Luego quedaron abandonados en el camino, en medio de los ajustes de cuentas ideológicos de la guerra fría, en los

* En castellano, el subtítulo acuñado para el libro de Solzhenitsyn es *Ensayo de investigación literaria*, pero hemos preferido traducir la más elocuente versión alemana: *Versuch einer künstlerichen Bewältigung. (N. del T.).*

que no podía darse crédito a algo cuando el aplauso venía del lado contrario, y cuando el consenso antitotalitario rápidamente orquestado contra el comunismo después de 1945 hacía olvidar, muy a menudo, que aún no se había avanzado demasiado en el esclarecimiento del propio pasado totalitario. Las víctimas de ese otro desmoronamiento de la civilización desaparecieron de un modo definitivo tras el muro de silencio que la división de Europa erigió durante medio siglo. De este modo, en cuanto salía a colación la cuestión de las víctimas de la dictadura de Stalin las complejas racionalizaciones conducían a una curiosa falta de interés e incluso a la indiferencia.

Pero Moscú en 1937 es un escenario de la historia de europa. Moscú no está en cualquier parte, sino en un punto de fractura de la civilización europea. Los muertos de 1937 son contemporáneos de un «siglo de extremos» que traspasó todos los límites. Por tal razón, Moscú en 1937 debería formar parte de nuestras reflexiones cuando nos preguntamos sobre qué fue el siglo XX para Europa.

Esto, a lo sumo, se ha puesto claramente de manifiesto desde el fin de la Unión Soviética, un final acompañado por una lucha elemental dedicada al autoexamen y a la recuperación de la memoria histórica. Por primera vez fue descrita la topografía del terror soviético, por primera vez se publicaron los nombres y los retratos de los hasta entonces innombrables, y se erigieron monumentos en su honor. Falta todavía mucho para que este proceso acabe, y sólo llegará a feliz término cuando la Lubianka, ese símbolo de desprecio infinito por el ser humano, de violencia asesina, situado en el mismo centro de Moscú, se transforme, un día no muy lejano, en un museo y en un lugar de conmemoración.

Este libro, si se tiene en cuenta el inabarcable torrente de bibliografía, de memorias e investigaciones recientes, llega con tardanza. Sin embargo, tal vez llegue, al mismo tiempo, demasiado temprano si recordamos que supone el esclareci-

miento de uno de los momentos más desconcertantes de la historia europea reciente. En mi caso, el hecho de que haya tardado tanto no se debe a ninguna inhibición intelectual, sino a la desolación ante un acontecimiento histórico en el que parecen esfumarse todas las diferenciaciones simples y las relaciones causales. Nunca antes había sentido con más fuerza el carácter inapropiado del lenguaje como en el tiempo que pasé actualizando los monstruosos acontecimientos de esa época. Jamás tuve tanta conciencia de los límites del discurso histórico como cuando intentaba reunir en un relato simultáneo las experiencias extremas del terror y la utopía. Pero tal vez siempre sea preciso enmudecer antes de abordar la labor de actualización de la memoria.

KARL SCHLÖGEL
Berlín, primavera de 2008

INTRODUCCIÓN

Las introducciones son inauguraciones, aperturas, no versiones abreviadas de lo que vendrá ni anticipaciones. Moscú en 1937 es un «signo histórico» en el sentido que le daba Kant, el código cifrado de una de las mayores catástrofes históricas del siglo XX. En la conciencia de millones de ciudadanos soviéticos, el «año maldito de 1937» es sinónimo de innumerables tragedias humanas. Los años 1937 y 1938 son significativas fechas de muerte. Con el año 1937 acabaron también, de manera súbita, muchas vidas humanas.[1] Ese año lanzó sobre el país entero una onda expansiva que pudo sentirse mucho más allá de sus fronteras. En el espacio de un año fueron arrestadas cerca de dos millones de personas, unas setecientas mil de las cuales fueron asesinadas, y casi 1,3 millones enviadas a campos de concentración y a colonias de trabajos forzados. Esto ocurría en un país que ya antes se había convertido en el escenario de enormes pérdidas humanas, de modo que supuso un sufrimiento añadido inconcebible hasta ese momento. En la Primera Guerra Mundial, así como en la guerra civil que sobrevino, Rusia había perdido unos quince millones de personas, y luego, con la hambruna que se produjo como resultado de la colectivización, perdió otros ocho millones. Pero la cifra de encarcelados, condenados y fusilados de los años 1937 y 1938 constituyó un salto cualitativo, un exceso dentro del exceso.[2]

Sin embargo, lo que convierte a 1937 en una fecha tan terrible no es únicamente el número de víctimas. Una pequeña minoría de los perseguidos y asesinados sabía por qué había sido escogida. Los alegatos y las inculpaciones eran inverosímiles y fantásticos, y aún más fantástico fue el hecho de que los inculpados los repitieran y reprodujeran en sus con-

fesiones. Éste fue el caso de destacados líderes de la Revolución, hombres de Estado conocidos en el mundo entero, diplomáticos, expertos y directores a los que el país necesitaba con urgencia en su reconstrucción. Se supone que todos ellos prepararon sublevaciones y atentados, crearon y dirigieron redes de espionaje y cometieron actos de sabotaje en fábricas, minas o en institutos científicos. Sin embargo, poco tiempo después, los propios ejecutores de esas condenas se convirtieron en acusados, y los verdugos pasaron a ser víctimas. La cuestión fundamental sobre la que gira hoy toda investigación de este período—y sobre la que probablemente seguirá girando—es por qué se produjeron esos acontecimientos, cuál era su razón de fondo.[3] Pero si bien antes toda la atención se dirigió hacia los procesos públicos de Moscú contra los miembros de la «vieja guardia», ahora ha quedado claro, desde la publicación de los documentos sobre las llamadas «operaciones masivas» de los años 1937 y 1938, que la gran ola de terror se dirigió en primer lugar contra personas humildes, sencillas, que no militaban en el Partido, personas seleccionadas y asesinadas de manera planificada, respondiendo a criterios sociales y étnicos.[4]

Todo un mundo de bibliografía, casi inabarcable, ha ido apareciendo sobre este tema.[5] Desde el final de la Unión Soviética, y desde que se abrieron los archivos, se ha tenido acceso a una enorme reserva de fuentes que ha hecho posible una reconstrucción de los acontecimientos sobre una base nueva. Los documentos y las actas de importantes organismos del Partido y del Estado son ahora accesibles para la investigación, de manera que es posible reconstruir los debates internos, así como los procesos de formación de la opinión y de toma de decisiones. El material estadístico de algunas autoridades concretas nos permite ahora ofrecer cálculos más exactos en temas en los que antes estábamos a merced de estimaciones o de meras suposiciones. Algunas amplias ediciones de esas fuentes nos permiten analizar los estados de áni-

mo dentro del país, las formas de percepción por parte de los aparatos del Partido y del Estado, las maneras de proceder a la hora de tratar los conflictos entre el centro y las provincias.[6] Se han publicado, además, trabajos fundamentales sobre el funcionamiento de importantes aparatos estatales.[7] Y ello sin olvidar que han visto la luz y se han documentado los nombres, las cifras y las biografías de centenares de miles de víctimas, que ahora están a disposición de la opinión pública.[8]

La investigación de la historia del «estalinismo como civilización» ha hecho grandes progresos, sobre todo gracias al aprovechamiento de nuevos géneros de fuentes: memorias, diarios, películas, obras sobre la iconografía y la arquitectura.[9] Y sea lo que sea lo que todavía pueda salir a la luz en términos de documentos espectaculares—algo que, en efecto, es de esperar en algunas cuestiones específicas—, será poco lo que pueda cambiar en cuanto a las líneas principales elaboradas a través de la «revolución de los archivos». Las fuentes editadas en los últimos años darán que hacer a toda una generación de historiadores.

La idea fundamental del presente libro es muy sencilla. Este ensayo pretende reunir documentos que, tanto desde una perspectiva historiográfica, como desde el punto de vista de la experiencia vital, deberían haber permanecido juntos pero que se han separado a causa de la exigencia de especialización que impone la investigación histórica. El punto de partida no es una nueva tesis sobre la esencia o la dinámica del «estalinismo», sino el intento de captar y actualizar como en un prisma el momento, la constelación que los contemporáneos percibieron ya como «históricamente significativa». Para ello es preciso investigar y reconstruir los acontecimientos *in situ*. En su conjunto, esos acontecimientos nos proporcionan el nudo en el que confluyen todos los hilos, la fractura en la que se interrumpen las líneas, la constelación en la que se descargan enormes tensiones. El método responde a la clásica unidad de tiempo, lugar y acción. Los acontecimientos

son reconstruidos y proyectados en la secuencia cronológica en la que se produjeron. La historia «tiene lugar», y no sólo tiene lugar en el tiempo, ni tampoco únicamente como una secuencia consecutiva de acontecimientos, sino que tiene lugar en un sitio, en un espacio, en un escenario. Todo lo que ocurrió en Moscú en el año 1937 se desarrolla en un escenario reducido, a menudo en una proximidad inmediata, y no sólo de manera simultánea, sino también en el mismo lugar. Tanto el lugar como el tiempo y la trama históricos forman parte de una misma cosa, y la historiografía no puede hacer más que reunir (otra vez) lo que «fue separado por las modas». De esa manera surge una unidad espacio-temporal que es la más adecuada y próxima para la realidad histórica.[10] De ese modo se hace posible una historiografía que es también una historia de la simultaneidad.

Para pensar en conjunto el lugar, el tiempo y la acción, para dominarlos desde el punto de vista narrativo, Mijaíl Bajtín acuñó el término *cronotopos*; y lo hizo, por cierto, siendo aquel año un observador de los acontecimientos aquí descritos que vivía cerca de Moscú.[11]

Esta historia simultánea no sólo encierra grandes problemas, sino que implica también ciertas ventajas, por las cuales vale la pena correr casi cualquier riesgo. El mayor riesgo radica en la coacción muda que ejerce la atadura de los acontecimientos a un lugar concreto. La historia circunscrita a un lugar y a una época supone siempre reconocer la simultaneidad de lo asimultáneo, la coexistencia y la copresencia de lo disparatado. El lugar garantiza la complejidad. La mirada panorámica y estereoscópica busca verlo todo simultáneamente, algo más adecuado a lo disparatado de este mundo que la mirada a través de un túnel, severa y concentrada. Al percibirlo todo de «una sola ojeada», ve las relaciones que se le escapan a una percepción tal vez especializada y demasiado particular. La percepción sensible al tiempo y al espacio libera referencias que se quedarían paralizadas en el caso de

una percepción concentrada pero sólo puntual. Sin embargo, precisamente a una época como la de la década de 1930, que representa en sí misma un período de extremos en una era de extremos, se le adecua más la idea de una *histoire totale*, si bien ésta nunca es totalmente intercambiable. La fuerza principal que ha de invertirse en esta historia se agota, en consecuencia, en la búsqueda de un camino y una forma para pensar simultáneamente esos extremos. Dominar las dificultades que ahí residen se reveló como un problema mayor que el de las fuentes. El mayor desafío lo representa no la escasez de fuentes, sino su abrumadora abundancia y su inagotable riqueza, salvo por algunas excepciones.

Es preciso aprovechar todo lo que nos ayude a nosotros, los nacidos después, a adentrarnos en ese mundo de cuya percepción inmediata fuimos excluidos y exonerados por naturaleza. No existe en principio ningún tipo de fuentes, ningún género o perspectiva que no pudiera ser significativo para arrojar luz en las sombras. Podrían ser decretos o diarios, artículos periodísticos o planos de ciudades; las guías de exposiciones podían ser tan elocuentes como los informes sobre arrestos o las actas de ejecución. Ninguna perspectiva y ningún ángulo queda excluido: la mirada de los turistas extranjeros, de los inmigrantes campesinos huidos a la ciudad, del alumno que se alegra por el reinicio de las actividades escolares, del lector de periódicos que soluciona un crucigrama o la confesión tardía de un «agente para misiones especiales». En lo que atañe a las experiencias complejas, Heródoto sigue siendo el mejor maestro.

Sin embargo, con ello no queda automáticamente aclarado cómo puede ser una «narrativa de lo simultáneo». En el caso que nos ocupa, algunos principios y modelos nos eran más próximos que otros. Se trata, en especial, de la *flânerie*, el concepto «*flâneur*» de Walter Benjamin, la estética de Serguéi Eisenstein y su técnica del *montaje*, y la teoría de los *cronotopos* de Mijaíl Bajtín. En Benjamin no sólo puede estu-

diarse lo que hace la historia en su condición de «fisonomía materialista», sino lo que puede conseguir la *flânerie* como modo de conocimiento; sin embargo, durante el trabajo en este libro hemos tenido que admitir también que el *flâneur* de Benjamin hubiera sido una figura anacrónica en la Moscú de la década de 1930: apenas hubiera podido moverse por las plazas de las grandes concentraciones de masas, y mucho menos sin la perenne vigilancia del policía secreta a él asignado. La estética de Serguéi Eisenstein y su técnica, así como su cine, parecían en un principio los más adecuados para proprocionarnos una forma en la que pudieran abarcarse y dominarse desde el punto de vista narrativo las rupturas, las discontinuidades y la simultaneidad de lo no simultáneo. A ello se añadía la circunstancia de que el propio Eisenstein había recibido el encargo de producir la película-homenaje para celebrar el año 1937. Sus bocetos, su guión, podrían convertirse posiblemente en un punto de partida para una «narrativa» histórica. Pero, independientemente del hecho de que Eisenstein no llevara a término dicho proyecto—tampoco en un intento posterior, con motivo del ochocientos aniversario de la fundación de la ciudad de Moscú—, es probable que hubiera algunos límites metodológicos inmanentes que impidieron una solución para esa labor. En 1937, no sólo estallan los conflictos, sino que se interrumpen historias vitales que han de ser narradas como historia y que no pueden ser «montadas» como átomos o fragmentos en un mosaico. El montaje, por paradójico que pueda sonar, resulta precisamente en este caso «poco complejo».[12]

Y por último tenemos a Bajtín, que nos muestra, en el ámbito de la literatura, que el cronotopo no sólo constituye la «inseparable relación entre tiempo y espacio»,[13] sino que incluso puede hablarse de distintos cronotopos específicos. Basándonos en los cronotopos analizados por Bajtín en el caso de la novela, podríamos hablar del cronotopo «Moscú 1937», cuyas características principales serían la arbitrarie-

dad, lo repentino, la conmoción, lo inesperado, la desaparición y la disolución de las diferencias entre lo real y lo fantástico. Resultan en extremo instructivas para el desarrollo de una «narrativa de la simultaneidad», obviamente—y a pesar de la diferencia cualitativa entre ficción y no ficción—, las grandes novelas, en particular las novelas urbanas, que supieron encontrar formas narrativas para abarcar lo caótico, el carácter inabarcable de la vida en un lugar específico.[14] Y precisamente porque nos aferramos a la convicción de que la historiografía sigue estando a merced de la narrativa y de lo narrable—y de que no es la narrativa lo que se encuentra en su fase final, como ha proclamado la posmodernidad, sino sólo una determinada ideología de la «gran narración»—, precisamente por eso podemos darnos cuenta, muy especialmente en el caso de la Moscú en 1937, de los límites de la historia narrable, tanto más cuanto que se trata de una historia urbana en el sentido habitual.[15]

El camino para adentrarnos en esa «vorágine de la historia», en ese *maelström*, en ese «aquelarre», en esa «rueda del terror»—todas las imágenes y adjetivos con los que los contemporáneos o los historiadores expresaran su desconcierto—, sigue ciertos acontecimientos y estaciones. Estos son subjetivos, pero no han sido escogidos de manera arbitraria. Las sondas han sido colocadas allí donde, tras minuciosos y largos estudios previos del terreno, se suponía que podrían hacerse importantes hallazgos. Para la elección de las estaciones y los acontecimientos—que se corresponden con los casi cuarenta capítulos o «cuadros» de este libro—no fue tan importante determinar si éstos eran especialmente drásticos o exóticos, sino si eran representativos. La lectura de los periódicos tuvo una importancia de primer orden, ya que las primeras planas formaban un haz las múltiples manifestaciones de la vida, por muy selectivos que fueran y por muy censurados que estuvieran. Los periódicos y las revistas eran el vehículo principal para percibir y representar el mundo no

de un modo disciplinario y unidimensional, sino abarcador e integral. En muchos sentidos, constituyen una fuente clave que, por lo visto, es subestimada porque la verdad siempre se intuye y se busca en algún sitio «debajo de la superficie». Por eso fue preciso abrir una senda a través de la superficie de los fenómenos, desarrollar una arquitectura que fuera la apropiada al curso de los acontecimientos, con todos sus nudos, sus torbellinos y sus explosiones. La división antepuesta a los capítulos es reveladora de ese aspecto.

El viaje comienza con el vuelo de Margarita, la heroína de la novela de Mijaíl Bulgákov—si bien es un vuelo de regreso a la ciudad de la que escapó—, y termina con la visita a la excavación de una obra en construcción en el lugar donde una vez estuvo la catedral de Cristo Redentor y donde, en el año 1937, se inició la construcción del Palacio de los Soviets. Este viaje, además, sigue los acontecimientos más importantes entre finales de 1936 y finales de 1938. En ese lapso se produce una condensación, ya que los acontecimientos históricos corren de forma paralela a los del año de un aniversario: los veinte años de la Revolución de Octubre. De ese modo, hacemos un recorrido por los principales procesos públicos, las celebraciones del aniversario de Pushkin, el Congreso Internacional de Geología y el Primer Congreso Nacional de Arquitectos. Otros acontecimientos espectaculares que mantuvieron a la opinión pública soviética en vilo durante todo el año—como los vuelos a Norteamérica, la conquista del Polo Norte, la aprobación de la nueva Constitución y las elecciones para el Soviet Supremo—pasan otra vez ante la mirada del observador. Conocemos así los escenarios, las tribunas de la vida social y política: el Teatro Bolshói, el parque Gorki, la Plaza Roja, las dachas en las afueras de la ciudad, las muchas exposiciones del jubileo. Sin embargo, de la Moscú en 1937 también forman parte los laberintos del terror, los sitios donde se llevaban a cabo las ejecuciones en la periferia de la ciudad, los campos de trabajos forzados en la zona del

canal, en el norte. De la ciudad de Moscú en 1937 forma parte, además, el núcleo central del poder, en el que se comenta todo, se decide todo, donde todo se prepara para su puesta en práctica. Y de ese año del Gran Terror forman parte, asimismo, las vacaciones de verano, el comienzo del año escolar, las instalaciones deportivas, el cine, los escaparates, los espectáculos de danza. Hacia esa Moscú de los años treinta conducen todavía muchos caminos, y Moscú es una ciudad que aún no forma parte de un mundo dividido (dan fe de ello la línea del frente en la guerra civil española, la Exposición Universal de París, las múltiples relaciones con Estados Unidos). Moscú en 1937 es percibida desde muchas perspectivas: la de los emigrantes retornados a la patria; la del intelectual antifacista que intenta apañárselas en el país donde se refugia, al tiempo que trata de entender lo que sucede a su alrededor; la de la mirada del personal de las embajadas y de los corresponsales de periódicos extranjeros. Todos ellos—de un modo u otro, como participantes directos o, más aún, como afectados—toman parte en el gran movimiento hacia el que se ven arrastrados, y que sólo acabará en el año 1938. Durante esos años, la ciudad—y de eso nos enteramos rápidamente en estos recorridos—es una obra en construcción, una ciudad en movimiento permanente.

Una mirada al mapa nos muestra, de la mejor manera, lo que significa la simultaneidad de los acontecimientos en un lugar. Todo ocurre en la más apretada secuencia y en la proximidad más inmediata. El mapa reproduce, de un modo espacial, lo que la división del libro despliega desde el punto de vista narrativo. Pero puesto que el mapa no puede reproducir la radicalización acumulativa, la aceleración de los acontecimientos, obtiene su fuerza expresiva gracias a una lectura conjunta de sus leyendas, es decir, de la narración de lo acontecido, la cual sigue una secuencia temporal. Sólo visto en conjunto, ese mapa arroja la unidad tiempo-espacio de la que pueden esperarse nuevos conocimientos y conclusiones.[16]

No es difícil ver dónde radica el «valor añadido del conocimiento histórico» que encierra esta conjunción: en que reproduce y despliega la complejidad que ha quedado paralizada por el aislamiento, entre sí, de los acontecimientos y los espacios de la experiencia. Una historia de la violencia en sí misma sería tan falsa como una historia aislada de la industria del cine y del entretenimiento. Los procesos de decisión política que condujeron al terror no ocurren en espacios aislados, «envasados al vacío», del mismo modo que no puede haber una historia de la vida cotidiana de aquellos años que haga abstracción de los ataques sorpresivos llegados desde arriba y las planificadas acciones destinadas a matar. Cuando hablamos de conglomerado, de la copresencia del terror y la utopía, no se trata, por lo tanto, de la conjura de un ambiente, de un añadido atmosférico para aderezar un análisis normalmente seco, sino de un hecho fehaciente desde el punto de vista epistemológico: se trata de la creación—transmitida a través de un *lugar común*—de un espacio de experiencia y acción. El efecto de esta geografía espacio-tiempo no reside precisamente en la investigación de una media ni en la atenuación o puesta en sordina de ciertas contradicciones, sino todo lo contrario: reside en un análisis lo más agudo posible. No es otra cosa lo que pretendemos decir con una «narrativa de la simultaneidad». La reunión de los jefes de aquel organizado asesinato masivo con motivo del vigésimo aniversario de la fundación de la Cheká en el Teatro Bolshói—en un lugar en el que, normalmente, se representaba *Carmen* o alguna ópera de Modest Músorgski—, o el arresto de los responsables de la construcción del canal de los ríos Volga y Moscova en el instante en que éste queda inaugurado con un acto solemne, no son más que episodios de esta única y gran narración. Tal vez no haya mejor manera de expresar la simultaneidad y la imbricación del terror y la utopía que mencionando la acción paralela con vistas a las elecciones para el Soviet Supremo, el 12 de diciembre de 1937, y la masiva

operación destinada al arresto y a la ejecución de centenares de miles de personas, una acción paralela que empieza en agosto de 1937 y que originalmente debía quedar terminada a principios de diciembre. La preparación para unas «elecciones generales, libres, directas y secretas», por un lado, y las organizadas ejecuciones masivas, por el otro, fueron de la mano, y la puesta en práctica de dichas elecciones implicó casi la eliminación física de todas aquellas fuerzas que hubiesen podido resultar peligrosas para el monopolio del poder en el seno del Partido Comunista. No es casual que la publicación del decreto electoral en el periódico *Pravda* coincida exactamente en el tiempo con el borrador de la carta de Stalin para la puesta en práctica de las ejecuciones masivas: ambos documentos llevan la fecha del 2 de julio de 1937.[17]

La idea de este libro de reunir los contradictorios fenómenos y experiencias de ese año se alimenta no sólo del deseo de ver en su conjunto aspectos que con demasiada frecuencia son vistos de manera aislada y de ofrecer una síntesis sobre las presentes investigaciones individuales en las disciplinas más dispares. Se trata, más bien, de eliminar ciertas oposiciones que se han vuelto obsoletas, que tuvieron plena justificación en una época de cambios de paradigma, y de aprovechar el potencial explicativo de cualquier escuela, no importa cuál sea. Actualmente, la pugna de las distintas escuelas sólo tiene interés biográfico o historiográfico. La historia de los hechos, la de la vida cotidiana, la de las mentalidades, son todas ellas únicamente distintas facetas y maneras de poner el acento. La «historia desde arriba» y la «historia desde abajo», la «acción principal y la acción estatal» y la historia de la vida cotidiana, la cuestión sobre si el terror tuvo una planificación centralizada o fue algo que se llevó a cabo a ciegas, sin rumbo, espontáneamente: todas esas cuestiones, siempre que sea posible, tienen que separarse de los innecesarios y a veces engañosos desacuerdos, han de quedar unidas, ser combinadas, o para decirlo de un modo más vulgar:

los puntos de vista sobre aquella época que Hannah Arendt formuló en *Los orígenes del totalitarismo* para la generación que pudo sobrevivir al nacionalsocialismo y al estalinismo han de unirse aquí a los puntos de vista que pueden extraerse de los revolucionarios estudios de Sheila Fitzpatrick sobre la historia social soviética.[18] Según dichos estudios, que han arrojado luz en muchos aspectos sobre la tectónica de las depresiones sociales y sobre el empuje de la movilización social—sin los cuales no podría entenderse la fuerza del impacto y la destructividad del estalinismo—, no puede haber vuelta atrás a la obsoleta idea de un estalinismo como mero «acontecimiento político». La matriz de la percepción histórica y el análisis son distintos después de ese giro paradigmático. Mucho de lo que parecía deberse al poder de un omnipotente Estado ha pasado a verse ahora como la acción desesperada de un poder impotente; lo que aparece como temeraria utopía es puro pensamiento de estado de emergencia, sin el cual un poder con una legitimidad tan increíblemente débil no hubiera podido sobrevivir ni un día. Lo que parecía un plan se revela, tras una mirada más detallada, como un acto de emergencia, de improvisación, reacción y rodeo, un vivir al día. El término *sistema* se revela en verdad como un caos dominado de manera precaria, desatado una y otra vez para asegurar el dominio. Eso que llamamos «el poder» es a menudo poco más que la unión—atrincherada sobre unos puntos de apoyo poco sólidos—de hombres endurecidos en la guerra civil, una unión que puede deshacerse en cualquier momento. Han quedado atrás aquellos tiempos en los que cabía imaginar que el estudio de los textos de Marx y de Lenin podía contribuir al entendimiento de ese gran caos tumultuario que fue la Rusia del siglo XX. El concepto «estalinismo», visto únicamente como un problema del poder totalitario, abarca su esencia de un modo tan probre como el término *estalinismo* en su acepción de mera historia social. No es necesario un sistema, ni una ló-

gica ni una idea como un punto de apoyo de Arquímedes a partir del cual todo pueda aclararse—la materialización de un plan, de una utopía, la puesta en práctica de un experimento—; sólo se necesita la actualización del juego de fuerzas *in situ*, un juego que, a decir verdad, es una medición de fuerzas, una lucha a vída o muerte.[19]

En la Moscú de 1937, muchas historias dispares confluyen en un nudo que, a primera vista, resulta inextricable. En un principio, bastaría con hacer visibles los hilos y las cintas que allí confluyen y se confunden. Lo que allí se convierte en acontecimiento ha tenido, la mayoría de las veces, un extenso período de incubación hasta tomar impulso. Todos los actores tienen una historia previa: de ahí que las biografías sean extraordinariamente importantes. Aquí únicamente culmina lo que se generó y acumuló antes en las décadas de 1920 y 1930. Los acontecimientos—narrados y analizados en su secuencia—arrojan cierta línea de aceleración y de radicalización, pero nada apunta a un plan. También aquellos que planifican y dirigen desde una instancia centralizada son sólo una fuerza más entre las muchas que existen en un campo de fuerzas enorme e inabarcable. Lo que allí ocurre no recuerda tanto la consecución de un método probatorio—como pone siempre en evidencia el hablar de un «experimento»—, sino que más bien recuerda una lucha casi natural de todos contra todos, cuyo desenlace no está de ningún modo preestablecido. Este libro, después de las distintas etapas que ha atravesado, no puede ofrecer ninguna conclusión, no presenta una tesis que dé coherencia a todo, sino que mantiene, precisamente por ello, ese elemento enigmático que diferencia a Moscú en 1937, hasta hoy, de muchos otros desastres históricos.

Tras un largo y agotador trabajo, uno siente aún más las carencias, las lagunas que no siempre se aclaran y que, mucho menos, pueden justificarse con la insuficiencia de los archivos, sino que tienen más bien que ver con el ángulo de la

mirada, con esos ángulos muertos, con el interés o con la indiferencia. Cuán asombroso resulta, por ejemplo, que no contemos con un estudio de la principal actividad propagandística y organizativa de aquellos años—la puesta en vigor de la nueva Constitución y las elecciones para el Soviet Supremo—, aunque es evidente la relación entre el intento de Stalin de ampliar la frágil base de masas del régimen y el asesinato organizado de aquellas operaciones masivas. Cuán asombrosa resulta, asimismo, la poca frecuencia con la que se aborda el tema de la relación entre el terror interno y la cercana Segunda Guerra Mundial, y cuán pocas veces se ve a Moscú en un contexto transnacional-internacional, lo cual, probablemente, sea la consecuencia tardía del conflicto Este-Oeste y de la división del mundo, que han tapado los *mental maps* del período anterior a la guerra. En el transcurso del trabajo en este libro se puso también de manifiesto, claramente, lo poco que sabemos hasta ahora sobre la producción del Imperio soviético en época de Stalin, sin cuyo conocimiento no podemos siquiera hablar de un «poder total (o totalitario)»; es decir, la investigación de la infraestructura, del transporte, del ferrocarril, de las comunicaciones. En el fondo, se trata de la «matriz analítica» dentro de la cual cobran sentido los procesos políticos. Se trata de la idea del tiempo y el espacio en un imperio que es infinitamente grande, infinitamente heterogéneo y escindido, cuya población está infinitamente lejos del poder y de la política; un imperio en el que todas las estructuras sólidas se disolvieron en el transcurso de una profunda transformación radical que había durado dos décadas y en el que la emigración—*Russia in flux*—parecía imposibilitar desde el comienzo cualquier consolidación.[20] Cuando se mira esa matriz tan peculiar, uno advierte de inmediato la poca base que tienen muchas de las comparaciones con el nacionalsocialismo, algo a lo que, explícitamente, renunciaremos en este trabajo. Podríamos mencionar otras lagunas—*voids*—, para las cuales aún no es-

tán disponibles los recursos del pensamiento y las formas de representación: ¿Cómo podría inscribirse el «miedo» como elemento constitutivo de la historia en la historiografía sobre aquellos años? ¿Cómo se puede captar y representar el agotamiento total como experiencia elemental de una vida cotidiana infinitamente pesada, sin lo cual no es posible entender la imposición del poder? ¿Qué imagen más concreta podría ofrecernos un estudio de los no lugares de aquellos años: de las estaciones de ferrocarril, de los mercados negros, de las colas, de las barracas y las viviendas? ¿Y qué sabemos sobre la forma específica de la violencia física?[21] Sigue siendo alarmante, hasta hoy, lo poco que sabemos sobre el personal dirigente de nivel alto y medio en aquella época: ese escenario parece haber sido barrido y limpiado de todo rastro humano.[22] Con ello, se alude aquí a lo provisional, a lo fragmentario, a ese intento de abrir—más que de cerrar—que es en definitiva el propósito del presente ensayo.

En lo que atañe a la forma fragmentaria de la presente descripción, debemos decir que es totalmente intencionada. Nos pareció que era la forma más adecuada para poner en escena el torbellino y la violenta colisión de los acontecimientos. El libro ofrece las imágenes que luego se unirán en la mente para formar un panorama de aquel fatal episodio. No es posible pasar por alto el papel de las citas de las que hemos hecho uso, sobre todo cuando éstas fijan de un modo insuperable lo que ninguna representación podría recuperar. También las ilustraciones están ahí no sólo para apoyar gráficamente el texto, sino que desempeñan su propio papel. La mirada se ha encauzado desde diferentes perspectivas hacia un mismo acontecimiento, a fin de generar correspondencias, crear ejes de visión y «construir» el espacio en el que todo se desarrolló. Sin embargo, este texto no es un montaje en el que todo permanece flotando, sino una narración que responde a una fuerza de absorción. A ese absorbente remolino fueron arrastradas miles y miles de personas inocentes,

y allí fueron destruidas. No sería de extrañar, entonces, que también un libro que pretenda seguir el rastro de esas personas sea arrastrado por la misma fuerza que se las llevó a ellas.

NAVEGACIÓN:
EL VUELO DE MARGARITA

EL VUELO DE MARGARITA, *34* — LOS MANUSCRITOS NO ARDEN: UN ESCRITOR EN EL AÑO 1937, *39* — RELIEVE DE LA CIUDAD, ESCENARIOS Y ETAPAS, *42* — PERSONAS Y PERSONAJES, FIGURAS DOBLES, *52* — LA AUTORIDAD, EL NKVD, *55* — «LA GENTE EMPEZÓ A DESAPARECER DE SUS CASAS SIN DEJAR RASTRO», *57* — MUERTES REPENTINAS, LA EJECUCION COMO ESPECTÁCULO, *59* — «¡ESTO ES IMPOSIBLE!», *64*

Es preciso alzarse en el aire para poder ver la panorámica de un escenario en su conjunto. Mijaíl Bulgákov usa como final de su novela *El maestro y Margarita* el momento en que ambos personajes se despiden de la ciudad de Moscú y emprenden el vuelo hacia la libertad. El escenario del último encuentro con el mago Voland y sus acompañantes se sitúa en los montes del Gorrión, en un alto sobre la ciudad:

La tormenta se disipó sin dejar rastro, y un arco multicolor, cruzando todo el cielo de la ciudad, bebía agua del río Moscova. En lo alto de un monte, en medio de los bosques, se veían tres siluetas oscuras: Voland, Koróviev y *Popota*, montando negros corceles, contemplaban la ciudad a la otra orilla del río. El sol quebrado se reflejaba en miles de ventanas y en las cúpulas bulbosas del monasterio Novodévichi.[1]

Desde allí parten los tres, generando las mayores turbulencias, las cuales hacen que un trozo de la montaña se deslice hacia el río Moscova, levantando espuma en sus aguas,

arrancando los sombreros de las cabezas de los pasajeros, casi como jinetes del Apocalipsis que cubren el firmamento del atardecer, mientras las torres de colores y la ciudad entera desaparecen. Moscú «se había hundido, cubierta por el humo y la niebla». Voland y su séquito, montando sus caballos negros, se precipitan al vacío sin escoger camino, mientras que el maestro y Margarita se quedan contemplando el «prometido amanecer», «con el esplendor de los primeros rayos de mañana, en un puentecillo de piedra musgosa», donde el maestro encuentra lo que jamás «le había concedido en la vida: paz».

Con ese vuelo hacia la luz y la libertad termina la obra, considerada la novela en clave de la Rusia del siglo XX. Nos cuenta el final de la historia de la misteriosa aparición de un mago de quien nadie puede decir de dónde ha venido ni lo que hace; así acaba una cadena de acontecimientos en cuyo transcurso la ciudad entera es puesta patas arriba, la vida se torna un caos, hay personas que desaparecen y otras que entran en escena, personas que no existen en la vida «normal», como, por ejemplo, uno de los personajes principales de la novela, *Popota*, un gato muy astuto, hábil y gracioso. El mago lo puede todo: puede, por ejemplo, anunciar una muerte que luego realmente se produce; es un contemporáneo de Poncio Pilato, el gobernador del Imperio romano en Judea, pero es también un interlocutor de Immanuel Kant. A través de sus trucos, presentados en un espectáculo de variedades, sume a los espectadores en un estado de locura e histeria colectiva. No menos ingeniosos e irritantes son sus asistentes y compinches *Popota* y Asaselo: consiguen meter en un manicomio a un escritor que trabaja en su novela y, gracias a ello, salvarlo. La novela en la que trabaja crea un segundo nivel, un mundo paralelo que se desarrolla al mismo tiempo que los acontecimientos que tienen lugar en Moscú. Se trata de la condena de Jesús por parte de Poncio Pilato y de su muerte, ya que el representante del Imperio romano no muestra el coraje ne-

cesario para resistir a la presión de los sumos sacerdotes y de la plebe, que piden que se condene a Jesús y se lo entreguen. Este texto dentro del texto narra una historia paralela cuyo final coincide con la liberación del maestro del manicomio y el reencuentro con su amada Margarita, quien, a su vez, en su condición de reina en el Gran Baile de Satanás, ha tenido que padecer la renuncia a sí misma, ha sufrido toda clase de penalidades y ha cumplido con las exigencias del mago para encontrarse de nuevo con su amado.

La novela de Bulgákov, que sólo pudo ser publicada póstumamente, treinta años después de haber sido escrita, ejerció una influencia duradera y poderosa, y fue objeto de inagotables interpretaciones, hasta en sus detalles más ínfimos: se la consideró una sátira contra las condiciones de vida en la Unión Soviética, el más profundo ajuste de cuentas con el realismo socialista. Pero, partiendo de una interpretación meramente histórico-literaria, se pasa por alto con facilidad que el libro no sólo narra una historia relacionada directamente con el año 1937, sino que también constituye la mejor guía de esa época, una época que el libro nos devuelve y a la que nosotros, los nacidos después, sólo podemos acceder con suma dificultad. Se puede leer la novela de Mijaíl Bulgákov como el itinerario de un viaje en el tiempo que nos lleva de vuelta a la Moscú de la década de 1930. Los lectores encuentran la novela, en cierto sentido, superior a la descripción histórica, ya que aborda una dimensión de la que a los rigurosos historiadores les ha costado fiarse hasta nuestros días. El «realismo mágico» de Bulgákov abre el camino a posibilidades descriptivas que les están negadas a las ciencias históricas: una historia de la confusión y la disolución de todas las categorías fijas, un espacio de lo fantástico que en ningún modo resulta irreal o surreal: lo real-fantástico. Entender esto con los recursos de la historiografía, no desde un punto de vista literario, sino *more historico*, sería la misión de una narración histórica que no se amedrenta ante

los privilegios cognoscitivos y representativos de la literatura, sino que se deja inspirar por ellos. Lo mágico es el polo opuesto de lo realista. «El sujeto fantasmagórico» (Irina Belobrovtseva) lo hace todo posible: la aparición milagrosa de personajes o su desaparición, las mágicas metamorfosis de personas y animales, el desplazamiento a una velocidad sobrenatural, la invulnerabilidad frente a las armas y a la persecución, la transformación del agua en vino, de los ciudadanos vestidos en ciudadanos desnudos, de los ciudadanos normales en embusteros y delatores, de los vivos en muertos.

EL VUELO DE MARGARITA

El vuelo de Margarita no es una forma de desplazamiento casual, no es un añadido exótico del escritor, sino que tiene una importancia central para la composición de la novela y para el desarrollo de su acción. El vuelo, para Bulgákov, está en la misma línea de la «libertad» y significa tanto como salida, partida, avance. En una dedicatoria a su esposa Yelena, el autor escribió: «Tú realizas conmigo el último vuelo...».[2] En septiembre de 1933, apuntaba: «Claro que estaremos juntos si nos amamos como lo hemos hecho hasta ahora, y al final resistiremos a todos los inconvenientes, y venceremos, volaremos».[3] Ya el 8 de noviembre de 1933, en una anotación del diario de su esposa Yelena Bulgákova, se califica toda la novela como «el vuelo de Margarita».[4]

La metáfora del vuelo no sólo abarca el vuelo hacia un mundo en el que el maestro y Margarita, por fin, podrán descansar, sino que designa también un modo de sobrevolar, de explorar una topografía apenas explicable de otra manera. ¿Cómo se puede abarcar con la mirada una ciudad tan enorme e inabarcable como Moscú, como no sea a través de la perspectiva del vuelo de pájaro, que posibilita mantener la distancia, pero que, a su vez, tampoco se aleja tanto de la superficie de la tierra como para no poder distinguir los deta-

lles? La mirada desde lo alto es la única perspectiva que permite captar, «de una sola ojeada», los acontecimientos de la Moscú de 1937 en toda su simultaneidad. A partir de allí se puede tener una visión panorámica no sólo de las secuencias, sino que también se puede ver cómo éstas se cruzan, se estimulan o paralizan mutuamente. La mirada desde lo alto es la mirada a un mapa, y esa mirada es capaz de reunir lo que, en otras circunstancias, sólo podría percibirse de manera fragmentaria: los procesos históricos en tiempo y espacio. Volar, sobrevolar, mirar hacia abajo son casi modos de movimiento y de descripción en la novela de Bulgákov. Volar permite una visión de conjunto, una presencia simultánea en varios lugares, la mirada desde lo alto al ajetreo—de otra forma inabarcable—del mundo de los hombres, una mirada a los distintos micromundos, sin que por ello se pierda la «mirada al todo». Por eso hay también en ese modo de mirar grandes perspectivas y ejes de visión. Adicionalmente, Bulgákov, a través del texto dentro del texto—la novela del maestro sobre Poncio Pilato en Jerusalén—, se abre a un segundo nivel en el que, de forma distanciada, se reflexiona sobre cuestiones fundamentales del comportamiento humano en situaciones extremas: también ello constituye una mirada distanciada a la historia real del presente.

Ciertamente, la nueva experiencia del vuelo desempeñó su papel en todo esto: la década de 1930 fueron años de récords de altura, de la conquista del cielo, pero también de memorables caídas y catástrofes aeronáuticas; baste recordar el desastre del mayor avión civil de la URSS, el *Maksim Gorki*, ocurrida en 1935, o la catástrofe del zepelín en Lakehurst, en 1937.[5] Sin embargo, mucho más obvio es el paralelismo histórico con el vuelo de las brujas. Margarita emprende sus viajes sobre Moscú como una bruja que es capaz de elevarse en el aire gracias a ciertas pociones mágicas. El vuelo de las brujas es un *topos* de la historia cultural de Occidente. Gracias a un vuelo de brujas el doctor Fausto pudo explorar

«La mirada desde lo alto es la única perspectiva que permite captar, "de una sola ojeada", los acontecimientos de la Moscú de 1937 en toda su simultaneidad». «Plano general de Moscú». Vista aérea del casco histórico de Moscú.

el mundo con Mefistófeles (en su época, por cierto, un viaje fantástico que exigía una extremada dosis de imaginación):

El Fausto protestante del año 1587 emprende un fantástico recorrido volando a través de distintas ciudades de Europa, a espaldas

del malvado espíritu de Mefistófeles, quien, a ese propósito, se ha transformado en un caballo alado [...]. Por el camino, Mefistófeles hace las veces de solícito guía turístico. El autor extrajo mucho material, directamente, de *Crónicas del mundo*, de Hartmann Schedel, publicada en 1493 en Núremberg, con abundancia de grabados en madera.[6]

La elevación de las brujas a los cielos tenía como premisa el aligeramiento a través de la tortura, de la levitación, lo que

liberaba al espíritu de todas las demás consideraciones a fin de lograr confesiones de toda índole. Se vuela cuando el espíritu se desprende del cuerpo bajo la presión de la tortura:

Normalmente se utilizaba, en los procesos contra las brujas, una polea (o *strappado*) para izar a la acusada durante un tiempo determinado: un cuarto de hora o media hora. A las víctimas se les ataban los brazos a la espalda, se las enganchaba a esa polea y se las elevaba hacia lo alto, hasta que los brazos se encontraban por encima de la cabeza y todo el peso del cuerpo colgaba de los hombros tirados hacia atrás, los cuales, con este tipo de tortura, se desprendían a veces de las cápsulas articulares. Volar, por lo tanto, es una experiencia física que supera los límites naturales de un ser humano. Los místicos, a veces, bajo la impresión de las visiones divinas, experimentan la levitación. La sensación de flotar en el aire, tanto espiritual como físicamente, podría expresar muy bien lo que las víctimas sentían ante ese método de tortura, en el que, literalmente, se perdía el suelo bajo los pies. La muy difundida convicción de que el dolor suelta la lengua del reo era uno de los pilares no sólo de las habituales cacerías de brujas, sino de todo el edificio de la ley de aquella época.[7]

También Margarita, quien hace un pacto diabólico con el mago Voland—es decir, con Mefistófeles—, a fin de devolverle la libertad a su amado, el maestro, asume los dolores cuando, en su condición de reina del Gran Baile de Satanás, se ve sometida a toda suerte de torturas. Y eso lo sintió Margarita también cuando se aplicó la loción mágica. Ahora podía volar y despedirse de su vida anterior: «Margarita se sentía libre, completamente».

El vuelo de la bruja pasa a ser, en el transcurso de la novela, un vehículo o un medio para la exploración de Moscú. No hay mejor instrumento de navegación que la novela de Bulgákov. Quien se sirva de ella, tiene que emprender una vez más aquel viaje aéreo, pero esta vez tiene que hacerlo en la dirección opuesta, hacia una ciudad sumergida:

Esta oscuridad llegada del oeste cubrió la enorme ciudad. Desaparecieron los puentes, los palacios. Desapareció todo, como si nunca hubiera existido. Un hilo de fuego atravesó el cielo. Luego un golpe sacudió la ciudad. Se repitió y empezó la tormenta. En las tinieblas ya no se veía a Voland.

Un vuelo como ése abre una perspectiva que vas más allá de la claridad, de una mera descripción empírica del escenario, y nos introduce en «la luz irreal que viene de una nube y que cae sobre la tierra, como sucede sólo durante las catástrofes universales».

LOS MANUSCRITOS NO ARDEN: UN ESCRITOR EN EL AÑO 1937

La novela de Bulgákov no es sólo un texto literario atemporal, sino, en sí mismo, un documento de su época, en el que también dejó sus huellas el año 1937. Aunque el trabajo en la novela se prolongó más de una década y, en consecuencia, se mezclan entre sí elementos de las décadas de 1920 y 1930, del período de la Nueva Política Económica (NEP) y de la época del Gran Terror, se pueden entresacar de ella con facilidad, como en un proceso de taxidermia, algunas claras referencias a la Moscú del año 1937.

Una amplia exégesis de Bulgákov ha sido capaz de reconstruir, entretanto, el surgimiento de la novela en todas sus fases y modificaciones. Los estudios de los textos de Bulgákov han determinado la existencia de nada menos que ocho variantes de la novela, lo cual se ha convertido en una disciplina aparte de los estudios literarios.[8] Dicha disciplina ha descrito la génesis y las variantes del tema de Fausto-Mefistófeles en Bulgákov: el mago negro, el consejero con el pie de caballo, el Gran Canciller, Satanás, el Teólogo Negro. Desde el propio comienzo, se trataba de la aventura de Satanás, de una *diaboliada* moscovita. Bulgákov estaba muy familiarizado con el

tema del Fausto en todas sus extensiones e interpretaciones, había asistido a los ensayos de la ópera *Fausto* en el Teatro Bolshói. El título definitivo de la novela, *El maestro y Margarita,* aparece por primera vez en una anotación del diario de Yelena Bulgákova el día 23 de octubre de 1937: «A partir de todas estas historias con libretos ajenos y propios, M. A. está madurando la decisión de abandonar el Teatro Bolshói, revisar la novela [*El maestro y Margarita*] y enviarla a las altas esferas».[9] Y el primero de marzo de 1938 añade:

M. A. ya tiene decidido el título definitivo de la novela: *El maestro y Margarita*. Esperanzas de que se publique no hay ninguna. No obstante, M. A. la está corrigiendo, lleva el asunto adelante, quiere terminarla en marzo. Trabaja por las noches.[10]

Dichas anotaciones del diario están enmarcadas por noticias de los periódicos sobre arrestos en el círculo más íntimo—en el Teatro de los Artistas, entre colegas escritores—y, desde el comienzo del proceso contra Bujarin, también por breves relatos sobre visitas a conciertos u obras de teatro:

Hoy aparece en los periódicos la noticia de que el 2 de marzo se abordarán en público (en el Tribunal Militar del Tribunal Supremo de la URSS) los casos contra Bujarin, Rykov, Yagoda y otros (entre ellos, también el profesor Pletniov). En particular, a Pletniov, a Levin, a Kazakov y a Vinográdov (todos médicos) se les acusa de haber asesinado alevosamente a Gorki, a Menzhinski y a Kúibishev...[11]

El texto ya estaba prácticamente acabado en octubre de 1937, y Bulgákov, hasta su muerte el 10 de marzo de 1940, sólo hizo algunos cambios en la redacción.

Como se sabe, la novela no fue publicada hasta treinta años después, entre 1966 y 1967, en la revista literaria *Moskvá*,[12] con numerosos cortes de la censura y partes abreviadas, debi-

do a lo cual desapareció un doce por ciento del texto. Una primera edición íntegra apareció en 1967 en la editorial YMCA de París, y una edición con las partes eliminadas subrayadas salió a la luz en la editorial Posev, en Fráncfort del Meno, en 1969. Bulgákov había leído varios pasajes y capítulos de la novela, y también pensaba entregar el texto para su publicación, pero ya entonces muchos estaban convencidos de que no tendría ninguna oportunidad. En el diario se pone claramente de manifiesto, una y otra vez, la situación desesperada del escritor condenado al silencio, que desde el año 1927 no había podido publicar ningún texto en prosa y, salvo *Los días de los Turbín*, tampoco había podido ver el estreno de ninguna de sus obras. El 23 de noviembre de 1937, su mujer apuntaba:

Tormentosa búsqueda de una salida. ¿Escribir una carta a los de arriba? ¿Abandonar el teatro? ¿Corregir la novela y entregarla? No hay nada que hacer. Es una situación desesperada. Viajamos durante el día con el vapor: eso tranquiliza los nervios. Hace un tiempo magnífico.[13]

Los rasgos autobiográficos de *El maestro y Margarita* saltan a la vista, aun cuando nos quede claro que no se trata de un autorretrato. El maestro es por oficio historiador, ha trabajado como traductor en un museo—es, por lo tanto, un *intelectual* que habla inglés, francés, alemán, latín, griego e italiano—, ha alquilado dos habitaciones en un sótano, en una callejuela lateral de Arbat, y deja su puesto de trabajo para escribir esa novela sobre Poncio Pilato, una novela cuyo manuscrito, debido a una descripción positiva de Jesucristo, ha sido rechazado por los funcionarios de la literatura Latunski y Berlioz. Se trata, a fin de cuentas, de un escritor que intenta destruir por miedo lo que le resulta más querido: su obra.

El plan de Bulgákov de restituir, en contra de la insistente propaganda del militante movimiento ateísta, la historia de Poncio Pilato, de la condena de Jesús, su crucifixión y su des-

cendimiento de la cruz, determina la línea del «texto dentro del texto». Él ofrece el marco en el que Bulgákov puede presentar su versión de la traición, la corbadía, la fidelidad y el coraje, la cual desemboca en la confesión de la cobardía y en el arrepentimiento tardío. Las experiencias y los sufrimientos del maestro fueron también las penas de Bulgákov: el escribir para el cajón y para los círculos clandestinos, la experiencia de verse condenado al silencio, la confiscación de sus manuscritos—el diario de Bulgákov y sus manuscritos habían sido requisados temporalmente durante un registro de su casa en el año 1926—, el exasperante enfrentamiento con los funcionarios de la Asociación de Escritores y, asimismo, la protección y el refugio que Margarita, alias Yelena Bulgákova, le había jurado al maestro, incluso más allá de la muerte. Junto a su lecho de muerte, ella le había jurado publicar la novela. Bulgákov, que ya había perdido su voz, se la había entregado a ella para el camino, «para que ellos sepan, para que sepan».[14] Décadas después, con la publicación póstuma de la novela, se revelaría como muy acertado lo que Voland le grita al maestro cuando éste pretende quemar su manuscrito: «Usted perdone, pero no le creo—respondió Voland—. Es imposible, los manuscritos no arden».

RELIEVE DE LA CIUDAD, ESCENARIOS Y ETAPAS

Uno de los motivos del culto que empezó a crearse en la década de 1960 en torno a Bulgákov y a su novela tenía su origen, en efecto, en la visualización de una ciudad que se había vuelto invisible. Se puso en marcha entonces un auténtico movimiento de peregrinación de interesados en la literatura y en la historia del lugar que actuó bajo el lema de «El Moscú de Bulgákov». En el fondo, el propósito era leer Moscú con Bulgákov, que vivía en la ciudad desde 1921, y, al mismo tiempo, localizar la vida y la obra del autor en el texto moscovita. «La

vivienda de Bulgákov», donde el autor había residido desde 1921 hasta 1924—en el número 10 de la calle Bolshaia Sadóvaia, apartamento 50 (más tarde el 34)—, desempeña un papel muy importante en la novela: es el escenario del Gran Baile de Satanás y de la desaparición de muchas personas. Bulgákov conocía las direcciones de las oficinas en las que había trabajado—el *Glavpolitprosvet*, del *Narkomprós*,* en el número 6 del bulevar Srétenski—, las dependencias de las redacciones de las revistas *Nakanunie*, *Gudok*, de los periódicos *Rabochi* y *Rossía*, y de los teatros en los que se habían representado sus obras, en especial *Los días de los Turbín*, donde había trabajado como libretista, como el Pequeño Teatro de los Artistas (MChAT) o el Teatro Bolshói. Se conocen los lugares en los que Bulgákov leía fragmentos de sus trabajos: el piso del escritor Serguéi Saiaítski en el número 7 de la calle Maly Známenski, la tertulia literaria de P. Záitsev en el número 5 de la Starokoniushenny pereúlok, el piso de N. Piashnin en el número 12 de la calle Savelevski, donde se reunía la Moscú literaria de finales de la década de 1920. En la novela han quedado reflejados la vida y el ajetreo en la Casa de los Escritores (la Casa Griboiédov), la prisión de Butyrka, la casa del Dramlit en la Nikolopeskovski pereúlok, en Arbat, la Casa Nirenzee en la calle Bolshói Gnezdikovski, donde estuvo durante mucho tiempo la redacción de la revista *Nakanunie* y donde el maestro conoce a Margarita; los montes del Gorrión sobre el río Moscova, desde donde se tiene una panorámica de la ciudad, o la tienda Torgsin, situada cerca del mercado Smolensk, en el número 54/2 de la avenida Arbat. El piso del maestro se asocia frecuentemente con la casa no identificada en el número 9 de la calle Mansurovski, donde vivían unos amigos de Bulgákov, y la mansión de Margarita en el número 6 de la Maly

* *Glavpolitprosvet* era el Comité Central de Instrucción Política, subordinada al Comisariado del Pueblo para la Instrucción (*Narkomprós*). *(N. del T.)*.

Rzhevski pereúlok.[15] Como prototipos de las viviendas de Bulgákov, con su detallada descripción de interiores y ambientes, se consideran los pisos 20 y 34 del número 10 de la calle Bolshaia Sadóvaia, donde Bulgákov vivía con su esposa; esa casa aparece en la novela con el número 302bis. Surgió en los mejores momentos que tuvo Moscú en cuanto a edificaciones (año 1903), y fue diseñada por el arquitecto A. N. Milkov para un comerciante y productor de tabaco moscovita. Allí habían vivido durante un tiempo, también, el poeta Serguéi Yesenin e Isadora Duncan, el pintor Piotr Konchalovski, y en él se reunían los miembros del círculo de vanguardia *Búbnov valet*. En época de Bulgákov el edificio se encontraba en medio de un barrio con numerosos establecimientos de entretenimiento, un legendario *music hall*, el Teatro de la Opereta, el Circo Cine y un segundo Circo Estatal.[16]

Para adentrarnos y orientarnos en la Moscú de la década de 1920 no podemos considerar solamente ciertos edificios y lugares físicos concretos, sino también la topografía de un escenario, las escenas características, las circunstancias dadas y el personal que actuaba en ellos.

En esa Moscú encontramos el esplendor de la nueva ciudad, de la Nueva Moscú, tal y como había sido proyectada en el Plan General de 1935, la ciudad del sol, tan suntuosa y monumental y futurista como Jerusalén, la ciudad del templo:

Pero al salir de la columnata a la soleada glorieta superior entre las palmeras—monstruosas patas de elefante—, el procurador vio todo el panorama del tan odiado Jerschalaim: sus puentes colgantes, fortalezas y, lo más importante, un montón de mármol, imposible de describir, cubierto de escamas doradas de dragón en lugar de tejado: el templo de Jerschalaim. El procurador pudo percibir, con su fino oído, muy lejos, allí abajo, donde una muralla de piedra separaba las terrazas inferiores del jardín de la plaza de la ciudad, un murmullo sordo, sobre el que de vez en cuando se alzaban gritos o gemidos agudos...

podemos leer en Bulgákov. Pero allí encontramos también esa otra Moscú, la de los suburbios, la de los no lugares:

> ... vallas y puestos de vigilancia, leña apilada, postes enormes y unos mástiles, y en los mástiles unos extraños carretes, montones de guijarros, la tierra surcada por canales; en una palabra, se notaba que Moscú estaba allí mismo, tras un giro, y que enseguida la tendrían encima, rodeándolos.

En el vuelo pasamos por los nichos y las catacumbas de la *intelligentsia* en Arbat, los espectáculos de variedades y los lugares de la cultura de masas soviética, los pisos de seis habitaciones de los privilegiados, los pisos comunitarios en los que la antigua población moscovita queda hacinada con los inmigrantes recién llegados, procedentes de las zonas rurales, las escaleras anónimas y los pasillos, los centros comerciales de los privilegiados, la publicidad para los sanatorios especializados en las vías respiratorias, en el Cáucaso, los sanatorios en los alrededores de Moscú y las colas delante de las tiendas, los conocidos sitios de interés turístico como los jardines de Alejandro y la Plaza Roja, pero también la avenida Fluvial junto al río Moscova y los sombreados paseos en el Parque Cultural y de Recreo, las urbanizaciones con las dachas de los privilegiados en «Perelyguino, junto al río Kliazma», que se refiere, sin duda, a la exclusiva urbanización de dachas de Peredélkino, cedida a la Asociación de Escritores a raíz de una propuesta hecha por Maksim Gorki en el año 1934.

Margarita vuela para poder ver con exactitud, y lo hace tan pegada al suelo que tiene que prestar atención a las farolas de las esquinas, a los cables eléctricos y a los carteles con los nombres de las tiendas. A la altura del primer piso vuela a través de la calle Arbat y se asombra ante el hormiguero de la gran ciudad, llegando a rozar incluso el primer rascacielos moscovita, el edificio Mosselprom:

Debajo de ella pasaban capós de los trolebuses, de los autobuses y de los coches, y desde allí arriba tenía la impresión de que por las aceras corrían ríos de gorras. De los ríos nacían unos riachuelos que desembocaban en las encendidas fauces de las tiendas nocturnas.

«¡Qué aglomeración!—pensó Margarita con enfado—. Si no hay dónde moverse».

Margarita cruzó la calle Rabat, ascendió hasta las alturas de un cuarto piso y, rozando los brillantes tubos de luz del teatro, pasó a una callejuela estrecha de casas altas. Estaban abiertas todas las ventanas, y de todas salía música de aparatos de radio. Margarita se asomó a una de ellas. Era una cocina. Dos hornillos de petróleo aullaban sobre el fogón, y junto a ellos discutían dos mujeres con cucharas en la mano. [...]

Le llamó la atención un suntuoso edificio de ocho pisos, al parecer recién construido, que estaba al final de la calle.

Con Margarita podemos echar un vistazo a las interioridades de la vida moscovita, la *kommunalka*, el apartamento comunitario:

El vestíbulo era enorme, estaba descuidadísimo, iluminado por una minúscula bombilla, débil y polvorienta, que colgaba de un techo lleno de mugre. Colgada de un clavo en la pared, una bicicleta sin neumáticos; en el suelo, un baúl enorme, forrado de hierro. En un estante, sobre un perchero, un gorro de invierno con sus largas orejeras colgando. A través de una puerta, un receptor transmitía la voz sonora y exaltada de un hombre que clamaba algo en verso.

Abierto al ojo ajeno, el cuarto de baño aparece en cada uno de sus detalles:

Envuelto en una atmósfera de calor húmedo y a la luz de los carbones que se consumían en el calentador, entrevió unos grandes barreños que colgaban de la pared y una bañera con unos horribles desconchones negros. Y en la bañera, de pie, una ciudadana desnuda, cubierta de espuma y con un estropajo en la mano.

La mirada a la cocina nos permite vislumbrar que no se ha ido demasiado lejos en términos de progreso para los inquilinos, tampoco en un sentido ideológico:

Estaba desierta, y en la lumbre, alineados en silencio, había cerca de una decena de hornillos de petróleo apagados. Un rayo de luna entraba por la ventana polvorienta, sucia desde hacía años, iluminando escasamente un rincón donde, entre polvo y telarañas, colgaba un icono olvidado. Detrás de la urna que guardaba el icono asomaban las puntas de dos velas de boda. Y debajo del icono había otro de papel, más pequeño, clavado en la pared con un alfiler.

Los moscovitas que tenían que convivir en esos pisos comunitarios, en el espacio más reducido, hallaban una vía de escape en los parques, en los paseos de los bulevares y en los alrededores de los llamados Estanques del Patriarca:

Una barca ligera se deslizaba por el agua, ya en sombra, y se oía el chapoteo de los remos y las risas de una ciudadana. Los bancos de los bulevares se habían ido poblando, pero siempre en los otros tres lados del cuadrado, dejando solos a nuestros conversadores.

Viajes a lugares lejanos, a balnearios exóticos y mundanos, se anunciaban por lo menos en los pósteres de publicidad de las instituciones turísticas:

Pasada la puerta del problema de la vivienda se descubría un lujoso cartel que representaba una roca y, en la cima, un jinete que vestía una capa y llevaba un fusil al hombro. En la parte inferior había unas palmeras y un balcón, y en el balcón, mirando al infinito con ojos muy despiertos, un joven con tupé y con una pluma estilográfica. Al pie se leía: «Vacaciones completas para la creación, de dos semanas (cuento, novela corta) hasta un año (novela, trilogía), en Yalta, Suuk-su, Borovoie, Tsijidziri, Majindzhaúri, Leningrado

(Palacio de Invierno)». Para esta puerta había cola también, pero no excesiva: unas ciento cincuenta personas.

Las colas son omnipresentes, tanto delante de comercios y de taquillas de teatro como de instituciones oficiales:

La mañana del viernes, es decir, el día siguiente de la condenada sesión de magia, todos los empleados del teatro Variétés [...], en vez de estar en sus puestos de trabajo, se encontraban sentados en las ventanas que daban a la Sadóvaia, mirando lo que pasaba abajo, junto a la puerta del Variétés. Había una cola inmensa, de doble fila, que llegaba hasta la plaza Kúdrinskaia. Y a la cabeza de la cola había cerca de dos docenas de revendedores, muy conocidos en la Moscú teatral. [...] Hacia las diez de la mañana, la cola de impacientes había cobrado tales proporciones que la noticia llegó a oídos de las milicias, y con una rapidez sorprendente se presentaron patrullas a pie y a caballo que consiguieron mantener cierto orden en la cola. Pero, de todas maneras, la serpiente kilométrica, aunque ordenada, constituía por sí misma una gran atracción y un motivo de asombro para los cuidadanos que pasaban por la Sadóvaia.

Con los héroes de Bulgákov salimos a pasear por las legendarias tiendas de lujo, entramos en los restaurantes de los privilegiados que hay en la capital. La detallada descripción de algunas ofertas, de los menús y de algunas estanterías en los escaparates nos muestra una ciudad de lujo en época de escasez general, una ciudad donde, a cambio de unos bonos o gracias a los contactos, podían adquirirse todas las *delicatessen* del mundo. Podemos echar un vistazo, por ejemplo, al menú de la Casa Griboiédov, donde hay:

... esturión en porciones, en una cacerola de plata, con pinzas de cangrejo y caviar fresco, huevos-*cocotte* con puré de champiñones en tacitas, filetitos de mirlo con trufas, codornices a la genovesa, *soupe à la printemps*, chorlitos, chirlas, perdices, estarnas, becadas, y hasta agua mineral.

Resulta difícil reconocer en la Casa Griboiédov el aristocrático palacio que había sido en tiempos prerrevolucionarios, convertido luego en la sede de la Asociación de Escritores—*Massolit*—, y un biotopo muy específicamente soviético:

Situado en los bulevares, al fondo de un jardín marchito, había un palacete antiguo de dos pisos, de color crema, separado de la acera por una reja labrada de hierro fundido. Delante de la casa había una pequeña plazoleta asfaltada, que en invierno solía estar cubierta de un montón de nieve coronado por una pala hincada, y que en verano, bajo un toldo de lona, se convertía en un espléndido anexo del restaurante. [...] Quien visitara Griboiédov por primera vez se encontraba de modo involuntario con información destinada a los diversos grupos deportivos, así como con las fotografías en grupo o individuales de los miembros que componían *Massolit*, las cuales cubrían las paredes de la escalera que llevaba al primer piso.

Allí uno puede informarse o inscribirse en la «Sección pesca-veraneo», o ver carteles como «Inscripciones y plazas para un día de creación. Diríjanse a W. M. Podlózhnaia», o «Para coger número en la cola para el papel, diríjase a Poklióvkina».

Bulgákov registra incluso los ruidos de la ciudad al anochecer:

Había empezado la vida nocturna de la ciudad. Pasaron algunos camiones, envueltos en nubes de polvo, y en las cajas, sobre sacos, iban unos hombres tumbados panza arriba. Todas las ventanas estaban abiertas. En cada una de ellas había una luz bajo una pantalla naranja, y de todas las ventanas, de todas las puertas, de todos los arcos, los tejados, las buhardillas, los sótanos y los patios salía el ronco rugido de la polonesa de la ópera *Eugenio Oneguin*.

Pero la mirada, ya sea en el sueño o en la pesadilla, va más allá, fuera de la ciudad, hacia la vastedad de las regiones ru-

rales, donde vive el maestro, internado en algún campo, en el destierro:

Había soñado con un lugar desconocido: triste, desesperante, con un cielo oscuro de primavera temprana. Aquel cielo gris, como despedazado, y bajo el cielo una bandada de grajos silenciosos. Un puentecillo tortuoso cruzaba un río turbio, primaveral. Unos árboles desnudos, tristes y pobres. Un álamo solitario, y más lejos, entre los árboles, tras un huerto, una choza de madera, que podía ser una cocina o un baño público, ¡quién sabe! Todo parecía muerto, helaba la sangre en las venas y daban unas ganas tremendas de ahorcarse en ese mismo álamo junto al puente. Ni la menor brisa, ni un movimiento de las nubes, ni un alma. ¡Qué lugar más espantoso para un hombre vivo! [...] Y figúrense que de pronto se abría la puerta de la choza y aparecía él. Bastante lejos, pero se le distinguía bien. Andrajoso, vestido de una manera muy extraña. Despeinado y sin afeitar. Con los ojos enfermos, inquietos. Le hacía señas con la mano, llamándola. Ahogándose en aquel aire irrespirable, Margarita corría hacia él por la tierra desigual, cuando despertó.

En este recorrido llegamos incluso a ser testigos de un juicio soñado contra unos supuestos especuladores con divisas, contra Nikanor Bosói, el presidente de la comunidad de vecinos y director de un comedor dietético, un proceso judicial que tiene todos los ingredientes de los procesos públicos de aquellos años:

Nikanor Ivánovich, muy sorprendido, vio ante sí un altavoz negro. Después, sin saber por qué, se encontró en una sala de un teatro, con el techo dorado y arañas de cristal relucientes y con apliques en las paredes. Todo estaba muy bien, como en un teatro pequeño, pero lujoso. El escenario se cerraba con un telón de terciopelo que tenía, sobre un fondo color rojo oscuro, grandes dibujos de monedas de oro como estrellas. Había una concha e incluso público.

En el transcurso del proceso se producen desenmascaramientos, confesiones, investigaciones y torturas, de todo lo cual la víctima es eximida únicamente mediante una inyección.

Un punto culminante lo representa sin duda el Gran Baile de Satanás, en el que Margarita se sacrifica y acepta ser la reina de la fiesta con el propósito de liberar al maestro. Es un punto culminante, también, de la magia negra, con un escenario fantástico en el que hay orgías, música extática y hasta un desfile de legendarias figuras de la historia criminal, que salen de sus sarcófagos y llegan al patio donde se celebra la fiesta a través de una chimenea encendida. Hay bañeras llenas de espumeante champán, sirvientes negros, mujeres desnudas en los parques y en una gran escalinata que conforman el escenario macabro para el desfile. Se despliega allí un escenario que los Bulgákov conocían de las ruidosas y exóticas recepciones en la Casa Spaso, la residencia del embajador estadounidense, William Bullitt:[17]

De pronto algo explotó en la chimenea, y de allí salió una horca de la que colgaba un cadáver medio descompuesto. El cuerpo se soltó de la cuerda, chocó contra el suelo y apareció un hombre guapísimo, moreno, vestido de frac y con zapatos de charol. De la chimenea salió un ataúd casi desarmado, se despegó la tapa y cayó otro cadáver.

Por orden, junto a la reina del baile van desfilando «un conocido falsificador de moneda, traidor al Estado, pero bastante buen alquimista», «un esqueleto decapitado al que le faltaba un brazo», luego aparecen tres ataúdes de los que salen unos asesinos, una multitud de hombres vestidos de frac en compañía de mujeres desnudas, con plumas de colores en sus cabezas y llevando sólo zapatos:

Los cuerpos desnudos de las mujeres se mezclaban con los hombres de frac. Margarita veía cuerpos blancos, morenos, de color

café con leche y completamente negros. [...] Abajo fluía un río. Su manantial—la enorme chimenea—seguía alimentándolo. [...] Cayo César Calígula [...], Mesalina [...], reyes, duques, caballeros, suicidas, envenenadoras, ahorcados, alcahuetas, carceleros, tahúres, verdugos, delatores, traidores, dementes, detectives o corruptores. Todos sus nombres se mezclaban en su cabeza, las caras se fundieron en una enorme torta y un solo rostro se le había fijado en la memoria, atormentándola: una cara cubierta por una barba de color fuego, la cara de Maluta Skurátov.

Se trata del mal afamado y cruel verdugo de Iván el Terrible. Tocaba el «rey de los valses» y una banda de jazz integrada por monos; en las piscinas de champán se divertían los bañistas, y hasta aparece en algún momento, de nuevo, la cabeza cortada de Berlioz; finalmente, aparece también el barón Maigel, conocido en toda la ciudad, al que aborda el mago Voland con su «extraordinario afán de saber, unido a su locuacidad no menos desarrollada [...]. Las malas lenguas ya han pronunciado las palabras *espía* y *confidente*». El barón y espía es asesinado de un disparo de pistola, es, en cierto modo, ejecutado en el lugar. Todo se hace polvo: «Se derrumbaron las columnas, se apagaron las luces y desaparecieron las fuentes, las camelias y los tulipanes». El Baile de Satanás y el aquelarre, surgidos como de la nada, se disuelven también en la nada. En el escenario de aquel acontecimiento fantasmal «todo quedó como antes: el modesto salón de la joyera», el piso en el que Margarita se encuentra de nuevo. El fantasma se ha desvanecido, pero no sin antes haber sumido en una gran confusión a toda Moscú, a sus ciudadanos y a las «autoridades» responsables del orden y la seguridad.

PERSONAS Y PERSONAJES, FIGURAS DOBLES

En el caos de los acontecimientos, Moscú se convierte en un campo de experimentación de las formas de comportamiento

humano y en el desencadenante del gran cambio que se opera en las personas. También en ese aspecto vale la pena aprovecharnos del conocimiento que tiene Bulgákov de la escena moscovita, sobre todo de aquel sector de la misma a la que él pertenecía: la de los directores de teatro, los actores, los escritores y los redactores, la de los miembros de la llamada *intelligentsia*, que llevan con dificultad las nuevas circunstancias, gente humilde que quiere mejorar su modesta vida gracias a todo tipo de actividades, damas fascinadas por los desfiles de moda y una Margarita a la que el autor presenta como la mimada esposa de «un gran especialista que había hecho un descubrimiento de importancia nacional», que «podía satisfacer todos sus caprichos» y que nada sabía de «los horrores de la vida en un piso colectivo»; a ello se añaden profesores que no pueden ejercer su profesión, funcionarios de la vida cultural, extranjeros curiosos, miembros de clubes de ajedrez o de clubes femeninos, de asociaciones turísticas o alpinistas, miembros del llamado Círculo de Estudios Lérmontov y gente que es enviada a los manicomios. En Bulgákov no encontramos a representantes de la clase obrera o campesina. La observación de la gran transformación que tiene lugar con los moscovitas parece ser, en realidad, el motivo principal de Voland, al que le resultaba bien familiar el motivo del homúnculo del Fausto y la retórica de la época sobre el «hombre nuevo»:

—Tú qué crees, ¿ha cambiado mucho la población de Moscú? [...]

—Tienes razón. Los ciudadanos han cambiado mucho..., quiero decir en su aspecto exterior... [...] Ya no hablo de la indumentaria, pero han aparecido esos..., ¿cómo se llaman?..., tranvías, automóviles...

—Autobuses—le ayudó Fagot con respeto.

Pero a Voland, más que los cambios tecnológicos—«mucho más que los autobuses, teléfonos y demás...»—, le interesan los cambios interiores de las personas: «Otra cuestión más

importante: ¿Estos ciudadanos habrán cambiado en su interior?». El lugar ideal para un estudio del hombre de esa índole es el teatro:

Mi querido amigo, le voy a descubrir un secreto. No soy artista. Tenía ganas de ver a los moscovitas en masa y lo más cómodo era hacerlo en un teatro. Por eso mi séquito—indicó con la cabeza al gato—organizó la sesión, yo no hice más que observar a los moscovitas sentado en mi sillón.

La mayoría de los personajes de Bulgákov son personas normales y corrientes: habitantes de pisos comunitarios, los llamados hombres «de antaño» (relacionados con el antiguo régimen), y los que han hecho carrera: es como un corte transversal de la pequeña burguesía urbana moscovita. A esas personas, sin embargo, les suceden cosas poco habituales. Y por ello pueblan el escenario personas corrientes en tiempos poco corrientes. Con ellas sucede algo, pero no se puede decir qué ocurre. Algo pasa, pero ese algo no puede definirse. Planea una atmósfera de incertidumbre, de inseguridad, de sospecha y recelo. Nadie puede decir ya con exactitud dónde comienza lo real y dónde lo fantástico: «No podríamos asegurar si las siluetas aparecieron realmente o si fueron fruto del terror que se había apoderado de los inquilinos de la desafortunada casa». La ciudad está llena de rumores. Margarita, de oídas, se convierte en testigo de algo: «Los dos, mirando hacia atrás, con temor de que alguien los oyera, discutían en voz baja algo absurdo».

El hecho de que Voland hable bien el ruso sólo lo hace más sospechoso: «Este tipo ni es turista ni nada, es un espía. Es un emigrado que ha pasado la frontera, [...] se hace el tonto para indagar algo. Ya ves cómo habla el ruso». A Voland le interpelan directamente sobre esto: «Ni es usted alemán ni profesor. ¡Usted lo que es es un asesino y un espía! ¡Entrégueme sus documentos!». Hasta a «ese Kant habría que en-

cerrarle tres años en Solovkí», por haber intentado dar pruebas de la existencia de Dios. Sobre alguien pesa la sospecha de ser un kulak, sólo porque tiene un «rostro refunfuñón». E incluso entre las multitudes que se apresuran a acudir a una fiesta se encuentran «magos, astrólogos, adivinos y asesinos».

LA AUTORIDAD, EL NKVD

El mayor grupo identificable—aparte de los revoltosos que forman el séquito del dudoso mago Voland—es el de los miembros de una autoridad que, en la novela, se vuelve omnipresente e interviene una y otra vez. Desde el mismo comienzo, el motivo del NKVD está presente en la obra. Todo el texto está penetrado por la presencia de dicha autoridad. No resulta para nada difícil reconocer dónde tiene su sede, la Lubianka, en la plaza Dzerzhinski:

> Pero mientras tanto, es decir, al amanecer del sábado, toda una planta de una organización moscovita estaba en vela. La luz de las ventanas que daban a un patio asfaltado, que todas las mañanas limpiaban unos coches especiales con cepillo, se mezclaba con la luz del sol naciente. La instrucción judicial encargada del caso Voland ocupaba una planta entera, y las lámparas estaban encendidas en diez despachos.

Al final de la novela se describe cuál es su tarea: el esclarecimiento de cualquier conspiración:

> Y ahora la instrucción encargada de este extraño caso, que tenía un matiz claramente diabólico, con una mezcla de trucos hipnóticos y crímenes evidentes como agravante, tenía que ligar todos los sucesos diversos y enredados que habían ocurrido en distintas partes de Moscú.

La organización aparece siempre en contextos relacionados

con una amenaza, y no precisamente «como amiga ni como ayuda». En algunas versiones anteriores de la novela, a la GPU se la menciona todavía por su nombre, pero luego el nombre queda convertido en tabú, es citado sólo de manera general como aquel sitio «donde uno tiene que rendir cuentas» o «desde donde llaman». La estructura del poder queda simbolizada por su anonimato y su omnipresencia, por su esencia misteriosa, su total saber de todo, ante lo cual ningún hombre está a salvo, por su habilidad para penetrar en cualquier espacio y por su aparición a cualquier hora del día o de la noche. Los investigadores no tienen nombre, se los llama, sencillamente, «ellos».[18] La palabra *arresto* es sustituida por la frase «Tenemos algo que arreglar» o «Aquí hay algo para firmar». La organización también entra en juego cuando «un correcto miliciano de guantes blancos» le pide a uno «que lo acompañe un momento».[19] Los representantes de la institución secreta siguen siendo, aun después de conocerse durante largo tiempo, personas de oficio «indeterminado». Se les puede reconocer por la forma en que hacen acto de presencia o por su aspecto exterior: «Bailaban jóvenes de profesiones desconocidas con el pelo cortado al cepillo y las hombreras llenas de algodón». Los agentes de profesión desconocida aparecen por regla general en grupos de dos o de tres, se comportan como si estuvieran «atareados» y dan instrucciones «sin mover los labios». Pueden aparecer «con blusones cosidos y pequeñas pistolas Browning en los cinturones», «con la cintura bien apretada por los cinturones, y revólveres en las manos», «con rombos en los galones del cuello», pueden presentarse «con el aspecto oficial, ataviados con las típicas camisas rusas sin cuello o ropas similares». Parece tratarse de un fenotipo muy específico.[20] Sobre la autoridad se habla de manera indirecta, como si se hablara de una entidad anónima. «Se le encuentra rápidamente», «Ellos lo han averiguado todo», «Todo ha sido descifrado», «Todo esto será aclarado, y rápido». Todos saben de su existencia y

todos padecen su omnipresencia. Las personas tienen miedo, palidecen cuando ella aparece. Esa autoridad se lleva a las personas, confisca manuscritos y precinta las viviendas.

La colaboración con esos órganos y la denuncia son un acto cotidiano. La persona que denuncia a Bulgákov es un personaje normal y corriente, no un monstruo (como Aloísi Mogárich, que causa tan intensa impresión en el maestro debido a su cultura). A veces el denunciante tiene motivos más elevados, tiene ideales, sus motivos no son únicamente egoístas; por ejemplo, cuando se trata de hacerse con la vivienda del vecino mediante una denuncia. También un poeta como Besdomni denuncia por su sentido del deber ciudadano, cuando se dirige a las autoridades con el ruego de que detengan a un forastero sospechoso. El barón Maigel es un miembro con responsabilidades dentro de la comisión de teatro y se encarga de asesorar a los extranjeros, a quienes muestra los lugares de interés de la capital. Es extremadamente curioso y cultivado, pero es un delator profesional, un «chivato» que vigila a Voland.[21]

«LA GENTE EMPEZÓ A DESAPARECER DE SUS CASAS SIN DEJAR RASTRO»

Cuando la autoridad entra en acción, se producen registros en los domicilios, detenciones, la gente desaparece. Bulgákov vivió en carne propia interrogatorios y detenciones, y le requisaron manuscritos durante algunos registros en su casa. En los bocetos se encuentran numerosos y detallados fragmentos de escenas de detención. Descrito con exactitud, vemos el intento de llamamiento a filas de la «banda de criminales» en el apartamento 50, que empieza con la llegada de los coches de los agentes y termina con la ocupación del piso. También en la trama paralela que tiene lugar en Jerusalén aparecen en acción las figuras de Afrani y del centurión Marco, alias Matarratas, una versión antigua de la po-

licía secreta. Bulgákov se permite aquí preguntarse por qué estos representantes de la policía secreta se han vuelto «tan crueles y desalmados»: «Me gustaría saber quién los ha deformado así».

La gente desaparece sin cesar, todo el personal de la trama. El tema de la desaparición se condensa en el apartamento número 50:

Justo hace dos años se produjeron sucesos inexplicables: la gente empezó a desaparecer de sus viviendas sin dejar rastro. Un domingo se presentó en el piso un miliciano, hizo salir al vestíbulo al segundo inquilino (cuyo apellido desconocemos) y dijo que tenía que ir a la comisaría de policía un minuto para firmar algo. El inquilino ordenó a Anfisa, la fiel anciana servidora de Ana Frántsevna, que si le llamaban por teléfono dijera que volvería a los diez minutos, y se fue con el correcto miliciano de guantes blancos. Pero no sólo no volvió a los diez minutos; no volvió nunca más. Lo sorprendente es que, por lo visto, el miliciano desapareció con él.

También los otros inquilinos desaparecieron uno tras otro:

Como todos sabemos, cuando un maleficio aparece, ya no hay modo de contenerlo. Según tengo entendido, el segundo huésped desapareció el lunes, y el miércoles le tocó el turno a Belomut, aunque de manera diferente. Como era costumbre, aquella mañana se presentó un coche para llevarle al trabajo. Y se lo llevó, pero nunca lo trajo de vuelta y nunca más volvió a aparecer el coche. La pena y el horror que sentía *madame* Belomut son indescriptibles, pero no fue por mucho tiempo. Aquella misma noche, cuando Ana Frántsevna y Anfisa volvieron de la casa de campo a la que había marchado urgentemente—nadie sabe por qué—, se encontraron con que la ciudadana Belomut ya no estaba en su piso. Y eso no era todo: habían sellado las puertas de las dos habitaciones que ocupaba el matrimonio Belomut. Pasaron dos días. Al tercero, Anna Frántsevna, agotada por el insomnio, volvió a marcharse a su casa de campo. Ni que decir tiene que tampoco volvió. Anfisa

se quedó sola y estuvo llorando hasta la una y pico. No sabemos qué pudo pasarle, pero contaban los vecinos que en el piso número 50 se estuvieron oyendo golpes durante toda la noche y que hasta la mañana siguiente hubo luz en las ventanas. Al otro día se supo que Anfisa también había desaparecido. Circulaban muchas historias sobre los desaparecidos del piso maldito.

MUERTES REPENTINAS, LA EJECUCIÓN COMO ESPECTÁCULO

Desde el propio comienzo de la novela, el funcionario de la Asociación de Escritores llamado Berlioz es atropellado por un tranvía. Voland le había anunciado su muerte, y ésta, en efecto, se produce de un modo repentino, inesperado y abrupto. El carácter repentino e inesperado de la muerte, del ser asesinado, forma parte del tono fundamental de la novela de Bulgákov. La irrupción de algo inesperado, el ser sorprendido por algo no previsible, es lo que Berlioz, que cae bajo las ruedas del tranvía, piensa en el instante en que su cabeza está siendo cercenada:

La vida de Berlioz había transcurrido de tal manera que no estaba acostumbrado a ningún exceso extraordinario. Palideciendo aún más y con los ojos ya desorbitados, pensó horrorizado: «¡Esto es imposible!». Pero desgraciadamente no lo era.

La muerte repentina, por lo visto, se ha convertido en algo normal:

De acuerdo, el hombre es mortal, pero eso es sólo la mitad del problema. ¡Lo grave es que es mortal de repente, ésta es la gran jugada! Y no puede decir con seguridad qué hará esta tarde.

A veces la muerte parece ser una especie de mal menor, cuando se impone una frase como ésta: «Fusiladme, haced con-

migo lo que queráis, pero no me levantaré». Varias muertes inesperadas rodearon a Bulgákov, el contemporáneo. Muertes raras, nunca explicadas del todo, padecieron algunos destacados líderes soviéticos, como el ex director de la GPU, Viacheslav Menzhinski en 1934, el jefe de Planificación, Valerian Kúibishev y el escritor Maksim Gorki en 1936, o Sergo Ordzhonikidze, uno de los compañeros más allegados de Stalin, que murió en la primavera de 1937. Por toda Moscú circulaban rumores acerca de «muertes a manos de los médicos». Margarita fue testigo ocular de un entierro cuya ceremonia empezó a grabarse en las mentes de los moscovitas en aquellos años:

> Entre el ruido de la ciudad se oía, cada vez con más claridad, el retumbar de unos tambores y trompetas, algo desafinados, que se aproximaba poco a poco. Primero apareció un miliciano, que avanzaba a paso lento junto a la reja del parque; le seguían tres milicianos a pie. Luego venía un camión con los músicos y detrás un coche fúnebre nuevo, abierto, con un ataúd cubierto de coronas y cuatro personas en las esquinas: tres hombres y una mujer. A pesar de la distancia, Margarita pudo ver que la gente que acompañaba al difunto en su último viaje parecía desconcertada, sobre todo la ciudadana que iba detrás. Daba la impresión de que los gruesos carrillos de esta ciudadana estaban hinchados por un secreto emocionante, y sus ojos abotargados lanzaban chispitas. Faltaba poco para que guiñara el ojo hacia el difunto, diciendo: «¿Han visto algo semejante? ¡Es increíble!». Las trescientas personas que avanzaban a paso lento detrás del coche tenían la misma expresión de desconcierto.

Una imagen precisa de la destructividad que se desató aquel año la constituye también la manera frenética en que Margarita destruye el mobiliario del piso de un odiado funcionario de la cultura, todo lo cual empieza con la metódica destrucción del piano—símbolo de estatus de los nuevos encumbrados—con un pesado martillo:

Apuntando con tino, Margarita golpeó las teclas del piano y en toda la casa retumbó un alarido quejumbroso. El instrumento de Bekker, que no tenía la culpa de nada, gritó desaforadamente. Se hundieron sus teclas y volaron las chapillas de marfil. El instrumento aullaba, resonaba y gemía. La tabla superior barnizada se rompió de un martillazo, sonando como el disparo de un revólver. Margarita, sofocada, rompía y aplastaba las cuerdas. Por fin, muerta de cansancio, se derrumbó en un sillón para recobrar la respiración.

La novela se transforma en un «teatro de crueldades» gracias a los pasajes de insólita precisión que sólo un médico de formación como Bulgákov era capaz de escribir. Son las imágenes de los apaleados, los torturados, los ejecutados. La propia muerte de Berlioz bajo las ruedas del tranvía no es una simple muerte accidental:

El tranvía cubrió a Berlioz. Algo oscuro y redondo saltó contra la reja del parque, resbaló después por la pequeña pendiente que separa aquél de la avenida, para acabar rodando, brincando sobre los adoquines, a lo largo de la calzada. Era la cabeza de Berlioz.

Con mucha mayor precisión se nos muestra el cadáver expuesto en la morgue:

En la primera mesa de zinc, el cuerpo descubierto, con sangre seca, un brazo fracturado y el tórax aplastado; en la segunda, la cabeza con los dientes de delante rotos, con unos ojos turbios que ya no se asustaban de la luz fuerte, y en la tercera un montón de trapos sucios.

También en el otro plano paralelo, el de Jerusalén, encontramos cuadros precisos de la crueldad. Joshuá es «un hombre con la cara desfigurada por los golpes, bajo el implacable sol

de Jershalaim», tiene «las muñecas hinchadas y enrojecidas». Una escena sangrienta tiene lugar bajo los ojos de un público fascinado y en estado de shock a la vez, en la sala del Teatro Variétés, donde el gato *Popota* le arranca la cabeza al conferenciante Bengalski:

Las dos mil quinientas personas de la sala gritaron a la vez. La sangre brotó de las arterias rotas como de una fuente y cubrió el frac y el plastrón. El cuerpo decapitado hizo un extraño movimiento con las piernas y quedó sentado en el suelo. Se oyeron gritos histéricos de mujeres. [...] El gato apuntó con mucho cuidado y colocó la cabeza en el cuello.

Las formas de matar son concisas, casi mecánicas: «Figúrese, ¡zas!, y la cabeza fuera. La pierna derecha, ¡zas!, ¡por la mitad! La izquierda, ¡zas!, ¡por la mitad!».

En la escena del juicio, y luego, en la de la crucifixión, la violencia visible alcanza su punto culminante. La primera es la reproducción, en un gran plaza, de la manera de actuar de las masas fanatizadas, que exigen la muerte del traidor; la otra es una ejecución realizada con todo lujo de detalles. La «plaza frente al hipódromo», es decir, el espacio público de la ciudad, se convierte en escenario de una grandiosa escena de masas, la del «tribunal del pueblo», cuyo fallo no puede ignorar siquiera el representante del poder imperial:

El procurador comprendió que allá en la plaza se había reunido una enorme multitud, alborotada por las últimas revueltas de Jershalaim, que esperaba con impaciencia el veredicto. Los gritos provenían de los desasosegados vendedores de agua.

La condena a muerte se confirma, pero el pueblo tiene la opción, en vistas de las próximas fiestas de Pascua, de poner en libertad a uno, a Bar-Rabbán o a Joshuá Ga-Nozri. Pilato sube al estrado:

En cuanto el manto blanco forrado de rojo sangre apareció en lo alto de la roca de piedra sobre el borde de aquel mar humano, el invidente Pilato sintió una ola de ruido que le golpeó los oídos: «Ga-a-a». Nació a lo lejos, junto al hipódromo, primero en tono bajo, luego se hizo atronador y, después de sostenerse unos instantes, empezó a descender.

Pilato le presenta entonces a la multitud a Dismás, a Gestas, a Bar-Rabbán y a Joshuá Ga-Nozri, para que sea el pueblo quien dicte lo que hay que hacer: «Le pareció que el sol había explotado con estrépito y le había llenado los oídos de fuego. En este fuego se agitaban aullidos, gritos, gemidos, risas y silbidos». Y con ese huracán de histeria colectiva queda sellado el destino de Joshuá. Le sigue únicamente la ejecución en el monte Calvario. Nadie había intentado liberarlo, ni en Jerusalén, inundado de tropas, ni en la colina, el lugar de la ejecución, que estaba «cerrado por un doble cerco». Los cuerpos cubiertos de sangre colgaban de los maderos, el grupo de los verdugos, con sus capuchas, pone manos a la obra. Los crucificados han perdido la razón, se han desmayado, sus rostros están tan cubiertos de moscas y tábanos que «desaparecían bajo una hormigueante máscara negra». El verdugo mata a Joshuá y a los otros, clavándoles la lanza, por orden, en el corazón. El hombre de la capucha confirma la muerte de los cuerpos que cuelgan de la cruz bañados en sangre. Esa imagen inolvidable mantendrá vivo el recuerdo de la ejecución y, con ello, de todo lo sucedido. Mucho tiempo después de que el mago haya abandonado la ciudad con su tropa, y mucho después de que el maestro y Margarita hayan salido cabalgando hacia la libertad, el colaborador del Instituto de Historia y Filosofía, el profesor Iván Póniroev—quien hace su aparición en el epílogo, torturado por las pesadillas—, recordará aquella escena:

Lo que despierta al sabio y le hace lanzar un grito de dolor en las noches de luna llena de primavera es siempre lo mismo. Ve al extraño

verdugo sin nariz que, dando un salto con un aullido, clava su lanza en el corazón de Gestas, que está atado a un poste y ha perdido la razón. Pero lo más terrible no es el verdugo, sino la luz irreal del sueño que viene de una nube y que cae sobre la tierra, como sucede sólo antes de las catástrofes universales.

«¡ESTO ES IMPOSIBLE!»

Se trata, por lo tanto, de la «luz irreal», de la atmósfera, del contexto en el que han tenido lugar todos esos hechos. Y no son los hechos en sí, sino su relación, su vínculo—o su falta de vínculo—, su carácter enigmático, lo que queda. La novela de Bulgákov abre la mirada para un estado en el que todo se ha vuelto posible. Nadie entiende lo que está sucediendo. Y eso le pasa a más de uno de los muchos personajes de la novela. El administrador del Teatro Variétés, Varenuja, por ejemplo, había visto muchas cosas en sus muchos años de actividad teatral, «pero ahora se sentía incapaz de reaccionar, como si un velo siniestro le envolviese el cerebro. Lo que pudo decir fue algo vulgar que no dejaba de ser absurdo: "¡Pero esto es imposible"». Otro personaje, Rimski, sólo puede repetirse y exclamar: «¡No lo comprendo! ¡No lo comprendo! ¡No lo comprendo!», al tiempo que reflexiona sobre la necesidad de «hacer algo enseguida, inventar, sin moverse de allí, justificaciones ordinarias para sucesos extraordinarios». Numerosos son los intentos de explicación: hipnosis, hipnosis masiva, trucos de magia por parte de un seductor y mago genial, o la disposición mental de los moscovitas: «excitación», «esquizofrenia», «fantasía confusa», «alucinaciones».

La situación es tal que lo insólito no es percibido ya como algo extraordinario. Uno se acostumbra a lo fantástico, por ejemplo, a que un gato «sea enorme como un cebón. Negro como el hollín o como un grajo, y con un bigote desafiante como el de los militares de caballería»; a nadie le asombra que suba a un tranvía y pague su billete:

Pero a la cobradora, como a los pasajeros, les pasó inadvertido lo esencialmente asombroso, porque, al fin y al cabo, lo de menos era que un gato subiera al tranvía, pero es que ese gato ¡había intentado pagar! Y el gato resultó ser no sólo solvente, sino también muy disciplinado.

Otra persona constata: «Hasta un niño entiende que aquí están pasando cosas que no son normales». Por supuesto que «todo fue organizado no sólo para pescar a los delincuentes, sino también para explicar lo sucedido. No se puede negar que las explicaciones fueron razonables e irrefutables». No obstante, siempre queda algo por explicar: «Mientras tanto, en la ciudad nacían y se expandían rumores completamente inverosímiles, en los que una parte ínfima de la verdad se adornaba con abundantes mentiras»:

Ni que decir tiene que durante mucho tiempo toda la capital estuvo impregnada por un pesado murmullo de rumores increíbles, que se propagaron con gran rapidez a los lugares más apartados de las provincias. No merece la pena repetirlos.

Muchos quedaron traumatizados durante largo tiempo después de aquellas sesiones de «magia negra»; no pudieron retomar sus trabajos, quedaron marcados, otros lo olvidaron, y otros, por su parte, se adaptaron a lo ocurrido como si jamás hubiese tenido lugar: «¿Y qué les pasó a ellos? ¡Por favor! No les pasó absolutamente nada, y era imposible que les pasara algo, porque nunca habían existido».

Una *close reading* de la novela de Mijaíl Bulgákov nos aporta más que una simple mirada a una estructura o a un método literario. Casi todos los temas que conforman lo enigmático del año 1937 han sido mencionados: el carácter irremediable de la confusión, la desaparición de las diferenciaciones claras, las chocantes irrupciones de poderes anónimos, desconocidos, en forma de ataques por sorpresa, en la vida de personas

normales y corrientes, el miedo, la desesperación. Casi todos los lugares que formaban parte del escenario llamado Moscú en el año 1937 son mencionados: la ciudad suntuosa y la miseria de los barrios pobres, las plazas públicas llenas de coros histéricos, el espacio en el que se ponen en escena los procesos públicos, el lugar de la ejecución, pero también los lugares de refugio para la felicidad individual.

MOSCÚ, UNA OBRA EN CONSTRUCCIÓN: EL PLAN GENERAL DE STALIN EN ACCIÓN

«LA NUEVA MOSCÚ», UNA PELÍCULA DE ALEKSANDR MEDVEDKIN, *68*— UN NUEVO PAISAJE URBANO: EL PLAN GENERAL DE STALIN PARA LA RECONSTRUCCIÓN DE MOSCÚ, *71*— MOSCÚ EN CONSTRUCCIÓN: DEMOLICIONES Y NUEVOS EDIFICIOS, *83*— MOSCÚ MÁS ALLÁ DE LOS EJES VIARIOS, *89*— PAISAJE HUMANO, LUCHA POR LA SUPERVIVENCIA, *93*

Ningún medio se adecuaba mejor que el cine para reproducir el ritmo insólito en que se desarrollaban entonces los acontecimientos. Y en ninguna otra parte esos acontecimientos tenían lugar de forma más rápida que en Moscú. Con los proyectos constructivos del Primero y el Segundo Plan Quinquenal, la ciudad se había convertido en una enorme obra en construcción. Para los cineastas, los directores y los camarógrafos, que ya en la década de 1920 habían intentado captar el ritmo de la época, eso había constituido un reto muy atractivo. Ya antes, en las películas de afamados directores como Iliá Kopalin y Mijaíl Kaufman, Víktor Kuleshov, Borís Barnet y Abram Room, Moscú se había convertido en un escenario, un decorado para obras cinematográficas.[1] Serguéi Eisenstein había planeado, con motivo del año del aniversario, una gran película sobre Moscú que llevaba por título *La carrera del tiempo*.[2]

Sin embargo, la película en la que el tema de la transformación de Moscú es llevado hasta el extremo, y que fue retirada de la circulación inmediatamente después de su finalización

en el año 1938, fue *La nueva Moscú* de Aleksandr Medvedkin, que sólo fue autorizada y tuvo un público amplio varias décadas más tarde. Gracias a una trama genial, el director había sido capaz de conceptualizar—o de convertir en imágenes—el carácter vertiginoso y revolucionario de la época.

«LA NUEVA MOSCÚ», UNA PELÍCULA DE ALEKSANDR MEDVEDKIN

En el filme de Medvedkin, el personaje de Aliosha, un joven arquitecto, viaja en tren a la capital desde un lugar de provincias. En el compartimento reina el buen ánimo. Fuera pasa volando el vasto paisaje de los campos, que ya no son traspatios o no lugares, sino sitios modernizados por el poder soviético. En el equipaje, Aliosha lleva su proyecto para la remodelación de Moscú. Entrelazado con una historia de amor—el joven arquitecto quiere regresar a la provincia para continuar allí la labor de reconstrucción; su prometida, oriunda de la capital, lo sigue hasta allí y demuestra con ello que tampoco ella se queda atrás en la lucha por el socialismo—, aparece ante la mirada el ritmo de la gran urbe: taxis, coches, autobuses, metro... Pero, sobre todo, se nos presenta a la Nueva Moscú: por un lado, están las obras constructivas ya acabadas, los ejes viarios, las plazas y los canales, y por el otro, las maquetas engañosamente fieles de los edificios que aún han de ser realizados. El espectador es conducido a través de una gigantesca obra en construcción, pasa junto a los edificios aún rodeados de andamios, cruza los nuevos puentes, viaja a través de las avenidas y los ejes del tráfico. En torno a la torre simulada del Palacio de los Soviets vuelan algunos aviones. Hay un momento de la película en que se dice:

A fin de cumplir con el plan de Stalin para la reconstrucción de Moscú, los bolcheviques moscovitas han realizado una gran labor.

Viejos edificios han sido dinamitados, y se inauguran las amplias y futuras avenidas. Y así vemos cómo Moscú se convierte en una gran obra en construcción. Y ahora vea usted, camarada, lo que los bolcheviques harán mañana con Moscú: el nuevo eje de la estación de ferrocarril, la avenida de la Academia de Ciencias, la plaza Maiakovski. Los ejes fluviales de Moscú se convierten en los más hermosos ornamentos de la capital. Los maravillosos edificios convertirán a nuestra Moscú en una ciudad de insólita belleza. La avenida Lenin, el Palacio de los Soviets, un símbolo de la grandeza y la fuerza de nuestra patria.[4]

La ciudad no sólo bulle de movimiento, sino que ella misma se pone en movimiento. En uno de los episodios del filme, el pintor Fedia, de pie en un balcón, intenta retener en un cuadro la Moscú que desaparece. Pero la ciudad se desvanece más rápidamente de lo que el artista es capaz de dibujar. Fedia capitula ante aquel ritmo. En otro pasaje desaparece de la noche a la mañana el punto de encuentro que ha acordado para una cita con su novia. Por las ventanas de un piso pasan volando unos edificios en los que dos damas moscovitas toman el té; y esto no sólo es fruto de la imaginación de un cineasta:

Durante la remodelación de la calle Gorki, siguiendo las líneas directrices del Plan General, se movieron de lugar, literalmente, más de cincuenta edificios, a fin de posibilitar la ampliación de la calle y la construcción de un frente de fachadas uniforme. La atención que acapararon estos desplazamientos entre la opinión pública no tuvo parangón, pues demostraban el poder de la Rusia de Stalin para crear de nuevo, literalmente, el mundo, para crear un nuevo paisaje.[5]

En vano las damas dieron la alarma a la policía y a los bomberos: el traslado de edificios era algo normal y habitual por aquel entonces, les informan los agentes públicos. Pero

Medvedkin puede incrementar también el ritmo de esa reconstrucción. Al final de la película, Aliosha y sus colaboradores presentan ante un público selecto una versión cinematográfica de su proyecto para Moscú. Pero entonces se produce un fallo:

> La película es colocada de manera equivocada en el proyector, y en lugar de los gloriosos logros del socialismo, surgidos de las ruinas de la vieja Moscú, el público ve cómo esos grandes edificios se desploman sobre sí mismos y regresa la antigua capital. El público empieza a reír con carcajadas histéricas. Aliosha está desesperado. Al final, la situación se salva y la película es colocada correctamente.[6]

Lo que se presenta entonces, por fin, es la nueva ciudad, tal como ésta ha sido proyectada en el Plan General de Stalin del año 1935, en parte ya realizado, y en parte todavía boceto y prefiguración.

Medvedkin recrea una experiencia sobre la que ya hablan muchas personas que visitan Moscú durante aquellos años, entre ellos también algunos extranjeros. Los periódicos informaban a diario de la inauguración de proyectos constructivos, de la colocación de primeras piedras, del inicio de las labores o de la terminación de algunas obras. En las revistas especializadas de las asociaciones gremiales, como *La Arquitectura en Moscú* o *Arquitectura de la* URSS, se presentaban de forma detallada y se debatían los proyectos. La revista de divulgación popular *Alrededor del mundo* publicaba cada semana una historia sobre la reconstrucción de la capital. La radio informaba sobre los progresos constructivos e intentaba, de ese modo, convertir Moscú en el marcapasos de una reconstrucción que debía abarcar el país entero. A todo lo largo y ancho de la gran nación, más allá de las fronteras de la capital, el Plan General servía como escuela de la planificación urbana y era el transmisor de una nueva iconografía de lo urbano.[7]

Sin embargo, en realidad se trataba de algo mucho más amplio que de la reconstrucción física y arquitectónica de una gran ciudad. En Moscú se concentraban todos los problemas que había traído consigo una industrialización precipitada y violenta. En Moscú, a la obra en construcción también podía llamársele un laboratorio social, un *melting pot*, una centrifugadora humana. Allí se entrecruzaban las líneas de fuerza y de presión de un proceso urbanístico sin precedentes en la historia, con culturas muy diferentes, con distintas imágenes del hombre y sus costumbres. En el conflicto entre la vieja Moscú realmente existente, la que había quedado después de la Revolución, y la nueva Moscú—la que soñaban los nuevos gobernantes, fascinados con las capitales más progresistas del mundo (Londres, París, Nueva York, Berlín)—, algo había quedado codificado en el Plan General de 1935; en aquella lucha entre la demolición y la reconstrucción no sólo se desarrollaba un mero drama arquitectónico o urbanístico, sino el drama de la propia modernización soviética. No se podrá entender nada de lo ocurrido en el año 1937 si no se tiene una idea de esa «olla en la que se cuece la nueva vida», como había llamado Bulgákov a la ciudad en su folletín *La edad dorada*.[8]

UN NUEVO PAISAJE URBANO: EL PLAN GENERAL DE STALIN PARA LA RECONSTRUCCIÓN DE MOSCÚ

En 1937, la puesta en práctica del Plan General aprobado por el Partido y la cúpula del Gobierno en 1935 estaba en pleno apogeo, y ya podían identificarse los contornos de los primeros proyectos. El punto orientativo para la terminación del proyecto era el año 1945. Dos documentos muestran lo que se habían propuesto los iniciadores con el Plan General y lo que debían imaginarse los contemporáneos sobre aquel proyecto. El primero es el propio Plan General para la Reconstrucción de la Ciudad de Moscú,[9] y el segundo es un vo-

lumen que documenta e ilustra la manera en que se había materializado el plan hasta el año 1937. Se trata de un álbum de gran formato con numerosas ilustraciones, gráficos, diagramas y estadísticas, enviado a la imprenta el día 17 de noviembre de 1937 y de cuya creación fueron responsables algunos de los artistas del libro más destacados de la época: Víktor Shklovski fue el encargado del texto, Aleksandr Ródchenko y Varbara Stepánova se ocuparon de los gráficos y las ilustraciones.[10] El volumen apareció en una tirada de cinco mil quinientos ejemplares y, por su forma, pretendía abarcar todos los instantes de la reconstrucción. Los diseñadores del álbum trabajaron sistemáticamente con las contraposiciones: entre la vieja y la nueva Moscú, entre los paisajes naturales y los industriales, entre la imagen urbana en el capitalismo y en el socialismo. Un papel importante lo desempeñan los diagramas contrastivos y sugerentes, así como las estadísticas. El rostro de la nueva Moscú queda caracterizado por construcciones modélicas que más tarde se convertirían en iconos de la Moscú estalinista. Ródchenko, Shklovski y Stepánova diseñaron en forma de libro lo que Medvedkin intentó hacer con los medios cinematográficos: captar de manera visual el vertiginoso momento de la acelerada transformación de Moscú. Para Shklovski y Ródchenko no era éste el primer trabajo de esa índole, pues ambos ya habían colaborado con sus textos y sus fotografías en la legendaria—por no decir tristemente célebre—labor colectiva para la construcción del canal entre el mar Blanco y el mar Báltico.[11] Ciertamente, en el prólogo se pone de manifiesto que la situación se había agudizado. Allí se habla de los mercenarios:

> ... trotskistas-bujarinistas, a sueldo del fascismo, que se habían instalado en algunas organizaciones del ramo de la construcción y en una serie de administraciones de *Mossovjet*, frenando la construcción de viviendas, al tiempo que intentaban que fracasara la labor de hacer realidad el programa para la reconstrucción de Moscú.

La gloriosa labor de esclarecimiento soviético ha desenmascarado a esos traidores y saboteadores, y les ha propinado un golpe demoledor.[12]

Por muy grandioso y amplio que fuera el Plan General para la Reconstrucción de Moscú, éste no había caído del cielo, sino que era el resultado de esfuerzos colectivos sostenidos durante varios años por numerosos autores y comisiones. Era el resultado, además, de medidas necesarias y urgentes para la modernización de la capital soviética. Desde la Revolución, aparte de algunas construcciones modelo de estilo constructivista y de algunas intervenciones aisladas en la estructura de la ciudad, no se había decidido ni construido nada realmente grande. La ciudad vivía más bien de su antiguo patrimonio construido. En muchos lugares se veían todavía las huellas de las luchas de octubre de 1917, y muchos edificios viejos, sobre todo de madera, se habían deteriorado, estaban en ruinas o habían sido demolidos para utilizarlos como combustible. La población de la ciudad se había reducido a la mitad, a raíz de los disturbios de la guerra civil.

Pero ya en 1926, una década después de la Revolución, al final de una economía que se recuperaba de manera asombrosamente rápida en el marco de la llamada Nueva Política Económica (NEP), y al comienzo de una afluencia masiva de personas procedentes de las regiones rurales, la situación se había vuelto dramática. Los flujos de inmigrantes producidos por las colectivizaciones forzosas y el éxodo de las zonas rurales, la enorme falta de mano de obra para una industrialización acelerada y llevada adelante con violencia, todo ello fue agravando la situación en la ciudad de Moscú y haciéndola cada vez más insoportable. Era preciso resolver problemas elementales de abastecimiento. ¿Dónde se iba a alojar a una población en extraordinario crecimiento? ¿Cómo podía asegurarse el abastecimiento de agua y de electricidad, y

ampliar los servicios de transporte público? El gobierno de la ciudad se había visto enfrentado desde hacía años a esos problemas, y en el fondo se trataba únicamente de retomar los proyectos de modernización provenientes de la época de la Revolución: traslado del transporte al espacio subterráneo, ampliación del sistema de canalizaciones ante un peligro cada vez mayor de inundaciones, ampliación y rectificación de las redes viarias; pero sobre todo se trataba de la creación de una infraestructura adecuada para una metrópoli moderna, con todo lo que ello conllevaba: escuelas, hospitales, universidades, bibliotecas, almacenes e instalaciones portuarias. La guerra y la Revolución habían interrumpido ese proceso de modernización.

Ahora, bajo las nuevas circunstancias, ese proceso se había vuelto inaplazable del todo, y se manifestaba «de repente», de un tirón, bajo el ropaje de un grandioso «Plan Maestro» al que se le atribuían rasgos utópicos, cuando de lo que se trataba en realidad era de hacer de la capital soviética una ciudad adecuada para los nuevos tiempos, apta para vivir en ella y capaz de funcionar. Lo cualitativamente nuevo, y quizá lo utópico, residía en la intervención integral en todos los problemas de la ciudad, de forma parecida a una obra de arte total, provista de plenos poderes administrativos y políticos y de una maquinaria de toma y de imposición de decisiones que no existía hasta entonces de esa forma en ninguna parte. Moscú se medía con otras grandes urbes—Londres, Nueva York, París o Berlín—, pero se encontraba en una situación de partida muy diferente; estaba ejercitando, de manera ejemplar, lo que décadas después tendrían que superar otras ciudades del Tercer Mundo: una reorganización impuesta por la presión de la inmigración masiva y una «hiperurbanización» (Moshe Lewin).[13] Formaba parte de la gigantesca dimensión del proyecto el hecho de que éste produjera sus propias formas, su propia estética, su propio lenguaje, pero se trataba igualmente, y no en menor medida, de

una reconstrucción del mundo, de la creación de un nuevo paisaje urbano y humano sacado de un molde de fundición. Los trabajos conceptuales previos, la cooperación con destacadas comisiones de arquitectura, de planificación y financiamiento, demuestran que, en el caso del acuerdo entre el Consejo de los Comisarios del Pueblo y el Comité Central del Partido Comunista el 10 de julio de 1935, no se había tratado de un arbitrario acto voluntarista. Demasiado elevado era el número de las personas e instituciones involucradas, demasiado elevada, también, la cantidad de *know-how* invertida, abrumadora era la visión a cuyo planteamiento habían contribuido las mejores cabezas del país: ingenieros, historiadores y arquitectos. Con las ondas de choque desatadas por la colectivización en la retaguardia, atraído por la visión de una gran ciudad poderosa que funcionara, el Plan General aúna todos los grandes y obvios motivos del proceso de modernización de Moscú.[14]

El plan comienza con un inventario e infiere, a partir de él, la necesidad de una reconstrucción fundamental de la ciudad:

La ciudad de Moscú, que se ha venido desarrollando espontáneamente a lo largo de varios siglos, ha reflejado, aun en los mejores años de su desarrollo, los rasgos característicos del bárbaro capitalismo reinante en Rusia. Las calles estrechas y torcidas, la fragmentación de los barrios por un sinnúmero de callejuelas y callejones sin salida, la habilitación poco uniforme del centro y de la periferia, la sobrecarga de ese mismo centro con edificios de almacenes y pequeñas empresas, el reducido número de plantas de los edificios y la pobreza de las casas, debida a una extrema densidad habitacional, la disposición poco planificada de las empresas industriales, del transporte ferroviario y de otros ramos de la vida económica y cotidiana, impiden la vida en una ciudad que se va desarrollando de manera impetuosa, particularmente del transporte urbano, y exige una reestructuración urbana fundamental.[15]

El plan es desarrollado a partir de un distanciamiento claro del modelo de la gran ciudad capitalista. Al mismo tiempo, se formula una línea general para el manejo de la ciudad histórica que se encontraron las nuevas autoridades, lo cual pone punto final a muchos años de controversias, a veces en tono enconado, entre los que abogaban radicalmente por la desurbanización y los urbanistas, entre una fracción que abogaba por la demolición y la reconstrucción y otra que prefería dejar la ciudad tal y como estaba. En ese sentido, el Plan General es el documento de un punto intermedio entre la conservación y la ampliación, un especie de «reconstrucción crítica a gran escala»:

El Comité Central y el Consejo de los Comisarios del Pueblo rechazaron aquellos proyectos relacionados con una conservación de la ciudad existente como una ciudad museística del pasado y la simultánea creación de una nueva ciudad fuera de la que existía entonces. Pero ambos rechazaron también aquellas propuestas encaminadas a la demolición de la ciudad, tal y como ésta se había desarrollado históricamente, y a la construcción de una nueva en otro sitio, sobre las bases de un plan completamente nuevo. Todos ellos sostienen que, en la definición de un plan para Moscú, lo importante es partir de la conservación de las bases de la ciudad desarrollada a lo largo de la historia y, al mismo tiempo, reestructurar la capital por medio de un decisivo reordenamiento de la red de calles y plazas urbanas. Las condiciones más importantes de esta nueva planificación son: la buena situación de las zonas residenciales, la industria, el transporte ferroviario y la economía de almacenamiento, el abastecimiento de agua, la flexibilización y la correcta organización de las zonas residenciales, junto con la creación de condiciones de vida normales y sanas para la población de la ciudad.

Para ello debía tenerse en cuenta

... un diseño arquitectónico unitario de las plazas, los ejes viarios, las instalaciones de la orilla del río y los aparcamientos, así como un

aprovechamiento de los mejores ejemplos de la arquitectura clásica y moderna, y de todos los logros arquitectónicos y tecnológicos de la construcción en el ámbito de la vivienda y las edificaciones públicas. El horizonte de colinas de Moscú, el río Moscova y el Yauza, los magníficos parques que cruzan la ciudad en distintas direcciones, las colinas Lenin, el parque Stalin, el parque Sokólniki, el parque Ostánkino, el parque Pokróvskoie-Stréshnevo, con la represa Jimki, todo ello permite unir la enorme variedad de los distintos sectores de la ciudad y crear una urbe verdaderamente socialista.'[16]

El plan estaba concebido para una ciudad cuya población, al final, no debería exceder los cinco millones de habitantes.'[17] Se refiere a un territorio que tiene que ampliarse con la urbanización de otros territorios que habrán de ser incorporados luego al conjunto. De acuerdo con los otros territorios que rodean Moscú se deben conservar, con mirada previsora, grandes áreas de bosque y de parques (junto al río Moscova, en Kuntsevo y Tsarítsyno). Para dar solución a los problemas del abastecimiento de agua, se traerá agua del Volga y del canal del Volga y el Moscova. El propio río Moscova se convertirá en «un eje de transporte fluvial de la capital», en la medida en que la orilla se reforzará con granito, y será provista de grandes avenidas litorales y monumentos. Se conservará la estructura radial del centro, surgida a lo largo de los siglos, pero se hará más permeable, con lo cual se abrirá por medio de nuevas intersecciones, de la ampliación de las conexiones existentes y de la instalación de nuevas avenidas para el tráfico. Desde la plaza Dzerzhinski hasta el Palacio de los Soviets, y más allá, pasando por la plaza Manège—a través de un túnel que atraviese las colinas Lenin hacia la nueva zona residencial de Yugo-Západnaia—, habría un eje central. Para ello sería preciso contar con grandes derribos y con la eliminación de barrios enteros, a fin de construir los edificios representativos de varias instituciones políticas. La Plaza Roja habría de ser ampliada al doble de

su tamaño, y Kitái-Górod sería demolido, salvo en el caso de algunos edificios representativos. La orilla alta de la zona de colinas, en el barrio de Zariadie, será saneada en el caso de los viejos edificios y preparada para la monumental Casa de la Industria. En los puntos de intersección de las calles radiales y en el anillo se construirían edificios representativos que hicieran esquina y que dieran una nueva estructura a la cohesión urbana. En el transcurso de la próxima década deberían construirse tres ejes viarios que atravesasen toda la ciudad: el primero desde el parque Ismailovo hasta las colinas Lenin, el segundo desde la avenida Leningrado hasta la Fábrica de Automóviles Stalin, el tercero desde el parque Ostánkino, en el noreste, hasta la avenida Sérpujov, en el sur. Nuevas edificaciones centrales configurarían de forma distinta los barrios existentes hasta entonces; los barrios de disposición heterogénea, separados entre sí, se conectarían para formar un paisaje urbano cohesionado y al mismo tiempo bien distribuido.

En torno al centro se extenderían grandes ejes de tráfico: en parte, se trataba de algunas suntuosas avenidas ya existentes, pero que ahora serían ampliadas, y en parte, también, son nuevas calles en forma de anillo; donde más claramente se pone esto de manifiesto es en el anillo exterior, que conecta entre sí parques al estilo del *parkway* estadounidense. Moscú como punto nodal del transporte ferroviario sigue siendo ampliada y reestructurada. Algunas estaciones ferroviarias, sobre todo las de carga y mercancías, son desplazadas fuera de los límites de la ciudad; otras quedan conectadas a través de túneles que pasan por debajo del centro de la urbe, por ejemplo, las estaciones de Bielorrusia, de Leningrado y de Kazán. Un proyecto fundamental para la solución del problema del transporte es, sin embargo, la construcción del metro, cuya primera línea va de parque en parque, del parque Sokólniki al parque Gorki, y discurre a través del centro de la ciudad; la segunda línea va de Sokol y Dinamo a la estación

de Kursk y se encuentra en ese momento en construcción, mientras que la tercera, en el futuro, llevará desde el noroeste de la ciudad hasta la Fábrica de Automóviles Stalin, situada al sureste. Al mismo tiempo, se amplia la red de tranvías, entran en funcionamiento nuevos medios de transporte, como los buses y trolebuses, para, sobre todo, conectar los suburbios con las nuevas fábricas erigidas durante el primer y el segundo Plan Quinquenal con el centro.

La línea de trabajo principal en la construcción de viviendas, el problema más acuciante, es la «descongestión» del centro y una distribución más equilibrada de la población: en 1935 viven mil personas por cada hectárea dentro del perímetro de los Jardines, y más tarde serían únicamente quinientas por hectárea. Esto debe conseguirse mediante la construcción de nuevos edificios y la elevación del número de plantas a siete, once y catorce pisos. Finalmente, la construcción del canal del Volga y el Moscova vendría a eliminar no solamente el peligro de las inundaciones anuales, sino que mejoraría de manera decisiva el abastecimiento de agua y las condiciones del transporte. Moscú, según dicha planificación, no sólo pasaría a tener una posición de liderazgo en cuanto a la superficie de agua por persona—4000 hectáreas por persona, frente a las 239 hectáreas por persona de París—, sino que también lo tendría en el consumo del preciado líquido. Con la construcción del canal, Moscú pasa a ser «el puerto de los cinco mares». En los diez años siguientes toda Moscú deberá conectarse a la conducción de agua y las canalizaciones, y en el centro algunas termoeléctricas se ocuparán de proporcionar el agua necesaria para la calefacción y la electricidad. De la nada saldrá una nueva infraestructura de instituciones sociales, hospitales, guarderías, escuelas e institutos tecnológicos.

En un gran ciudad, en la que ya no existe la propiedad privada que pudiera oponerse a la planificación, en la que apenas se tiene en consideración la «herencia histórica», esa pla-

nificación aparece casi como un experimento de *tabula rasa*, como si alguien modelara a su antojo un material de gran plasticidad. Un ejecutivo que lo pone todo a su disposición —incluida la mano de obra de centenares de miles de trabajadores forzosos, como en la construcción del canal del Volga y el Moscova—, asistido por un colectivo de destacados expertos en cada materia, bajo una presión de tiempo enorme para ofrecer resultados visibles con la mayor rapidez posible, actuaba como el creador de una gran obra de arte total. A la comisión del Plan General no sólo pertenecía la cúpula política dirigente de Moscú—miembros de la dirección del Partido, como Lázar Kaganóvich, Nikita Jruschov, Nikolái Bulganin, Lázar Kogan, N. Melbart—, sino también arquitectos destacados como Borís Iofán, Karó Alabián, Víktor Vesnín, miembros de la Academia como Iván Zholtovski y Alekséi Schúsev, así como representantes significativos de la tendencia constructivista moscovita, como Nikolái Ladovski o el arquitecto alemán Kurt Maier.[18]

Su plan abarca el conjunto y tiene como objetivo la transformación de toda una ciudad. Al final surgirá un nuevo paisaje urbano, en el que se habrá cambiado el curso de los ríos para incluirlos en un sistema hidráulico general. En ello se incluyen paisajes de parques cuya auténtica forma no se desplegará en unos pocos años, sino a lo largo de generaciones. Un nuevo y osado *skyline* surge en el cielo, y barrios enteros, calles y plazas son remodelados o sometidos a una nueva concepción. Y todo ello se lleva a cabo en una ciudad que puede mirar en retrospectiva, para esa fecha, a una historia de ochocientos años y que, en su carácter compacto, se resiste a cualquier tipo de intervención voluntarista.

Lo fantasioso de este nuevo paisaje urbano—que uno puede ponderar de la mejor forma desde las colinas Lenin o desde la altura de la futura construcción principal, el Palacio de los Soviets—podría hacernos olvidar que lo que allí está en marcha es nada menos que la creación de una infraestruc-

tura urbana casi completamente nueva. Lo que allí se construye es una nueva maquinaria urbana, con todo lo que caracteriza a una moderna gran urbe en condiciones de funcionar. De la noche a la mañana, Moscú se convierte, de la capital de la corona del Imperio ruso, en una metrópoli moderna. Por mucho que se exageren y se encubran las cifras con fines propagandísticos, diagramas y estadísticas, cuando vemos las variantes más modestas comprendemos que la creación de una nueva infraestructura sigue siendo algo impresionante: en el transcurso de diez años debían erigirse 15 millones de metros cuadrados de espacio habitable, es decir, casi 2500 edificios de viviendas. En tres años se construirían seis nuevos grandes hoteles con 4000 habitaciones. Sólo la longitud de la red de canalizaciones, que en 1913 tenía aún 44,6 kilómetros, alcanzará en 1937 los 800 kilómetros. En ese mismo año, 1937, casi todos los hogares dentro del anillo del Bulevar quedan conectados a dicha red. La red de distribución de agua abarcaba en 1913 unos 537,3 kilómetros, pero en 1937 ya alcanzaba los 1043,6 kilómetros. Todo el subsuelo de la ciudad—las instalaciones para teléfono, electricidad, gas, agua y desagües—es construido de nuevo. La calefacción habría de pasar de las calderas privadas de los edificios a las manos de las termoeléctricas centrales. En 1938 Moscú tendría tanta electricidad a su disposición como toda Rusia en el año 1913. En ese año había en Moscú 13 hospitales; en 1936 serán ya 97. En el año 1930 se contaba con 6700 camas en guarderías y clínicas infantiles; en 1937 la cifra es más del doble. En 1913 había en Moscú 107 guarderías infantiles, en 1937 son ya 1052. A saltos se van incrementando las cifras de las escuelas de enseñanza general: en 1934 hay 388, y en 1937 llegan a 652. En 1929 hay 52 escuelas de formación técnica, con 7500 alumnos; en 1936 ya son 100, y cuentan con unos 350 000 alumnos. Para mejorar el abastecimiento de víveres de la población se construyen nueve grandes almacenes estatales, cinco centros comerciales con una capacidad

de 50 000 toneladas, almacenes subterráneos, tres grandes silos de cereales, seis fábricas de pan y grandes panaderías. A los 52 cines que ya existen en el año 1936 se les añadirían, en los diez años siguientes, otros 50, además de varias Casas de Cultura, bibliotecas públicas, estadios y piscinas. En el transcurso de los dos planes quinquenales se modernizarán algunas viejas fábricas moscovitas, pero muchas más serán de nueva construcción. Surgen fábricas como las plantas de automóviles, la de rodamientos, la de relojes, la Elektrosavod, las empresas de construcción de maquinarias Freser y Kalibr, y también otras grandes empresas de la industria ligera y de la producción de alimentos y bienes de consumo, como las industrias cárnicas, las fábricas de margarina y las de máquinas de coser. No hay un solo distrito de la ciudad en el que no haya una fábrica nueva. Las antiguas son reconstruidas y reciben nuevos nombres: la fábrica Gushon pasa a denominarse «La hoz y el martillo»; la fábrica Bromley lleva ahora por nombre «El proletario rojo». Moscú, la ciudad en la que se sacrifican a diario 5000 reses, dispone de la segunda planta frigorífica más grande del mundo, después de la ciudad de Chicago.[19] En las cantinas de la ciudad se puede suministrar alimentos diariamente a unos 2,2 millones de moscovitas.[20]

Esa nueva Moscú resulta impensable sin nuevas vías de acceso y nuevos medios de transporte. Las estrechas callejuelas y las pequeñas calles de Moscú dentro del anillo del Bulevar se amplían al estilo de Haussmann y se abren al tránsito. La era de los carruajes y los trineos, que habían determinado el ritmo y el ruido de fondo de la antigua Moscú, la ciudad prerrevolucionaria y premoderna, es sustituida por nuevos medios de transporte y flujos de tráfico. En 1913 la ciudad sólo contaba con 305,9 kilómetros de vías para el tranvía; en 1937 son ya 514 kilómetros. En la Moscú antigua, la red de tranvías se concentraba en el casco histórico, pero veinte años más tarde esa red ya conecta el centro con la periferia. En 1913 los tranvías transportaban a unos 257,4 millones de pasaje-

ros; en 1937 son ya 1791 millones. En particular, se expande rápidamente la red de autobuses: en 1934 cuenta con 33 autobuses; en 1937 ya serán 339.

El proyecto más importante de la ampliación del transporte y su aceleración es el metro, con el cual aparece en la capital una nueva forma de desplazamiento, un nuevo ritmo y una nueva estética. En dieciséis minutos se puede viajar desde Sokólniki, en el noreste de la ciudad, hasta el parque Gorki, situado en el suroeste. Con las estaciones de metro surge un nuevo espacio para el transporte y, con él, un nuevo espacio urbano.[21] En la superficie, el nuevo medio de transporte por excelencia es el automóvil: «El automóvil ha transformado el aspecto de las calles y de las plazas de Moscú», se dice en el álbum de Ródchenko sobre la remodelación de la ciudad. La ciudad parece estar ahora construida para el coche y para la visión desde el coche, el cual en absoluto aparece como un actor opuesto a los medios de transporte públicos. No es ninguna casualidad que no sea la figura del *flâneur*, sino la del automovilista, la que impregne en el centro la nueva percepción de la ciudad. Con el coche cuentan no sólo los constructores y las fábricas encargadas de fabricarlos, sino también los urbanistas, que piensan en la construcción de garajes, calles sin cruces, *parkways*, cuya magia sólo se revela al automovilista, del mismo modo que antes se revelaba al conductor de carruajes y trineos.

MOSCÚ EN CONSTRUCCIÓN: DEMOLICIONES Y NUEVOS EDIFICIOS

El cuadro de Yuri Pímenov *La nueva Moscú*, de 1937, muestra a una mujer que viaja en un descapotable por la ampliada avenida a través de la plaza Dzerzhinski, entre el recién terminado edificio Gosplan y el Hotel Moscova, entonces todavía en construcción. El cuadro refleja una realidad y anticipa, al mismo tiempo, lo que habrá de ser realizado a gran

escala en los años siguientes: una ciudad nueva. Por todas partes, las nuevas edificaciones mostraban las nuevas dimensiones y proporciones. La calle Gorki, que antes tenía entre 18 y 20 metros de ancho, fue ampliada hasta los 60 metros, para la úlitsa Novoslobódskaia estaba prevista una ampliación de 40 a 60 metros, y para la Kuznetski most, de los 17 a los 35. El nuevo *skyline* quedó definido a través de nuevas construcciones modelo, como el complejo de viviendas de la Casa del Gobierno, con sus doce plantas. Surgieron nuevos puntos de referencia para el paisaje de la ciudad, un nuevo perfil, por ejemplo, en las avenidas fluviales Rostovskaia y Smolénskaia. Los puentes ya no eran, sencillamente, pasos por encima del río, sino obras constructivas que conferían elegancia y belleza al principal eje viario de la ciudad: el del Moscova. Las nuevas disposiciones en cuanto a la altura de los edificios y al número de plantas hacen surgir algunas calles en forma de desfiladeros. Los edificios altos van sustituyendo poco a poco la predominancia de las torres de las iglesias y los campanarios. A los grandes complejos conservados, todavía levantados bajo el espíritu del constructivismo—por ejemplo, la redacción del periódico *Izvestia*, en la plaza Strastnáia, el edificio de *Pravda*, de Iliá Gólosov, o el edificio del Comisariado del Pueblo de Agricultura, situado en el perímetro de los Jardines Imperiales, edificios construidos todos a principios de la década de 1930—, les sigue ahora una nueva generación de edificaciones, representada sobre todo por el Hotel Moscova, en la plaza Manège (arquitecto: Alekséi Shúsev), el complejo de la Biblioteca Lenin (arquitecto: Vladímir Schuko) y la monumental Academia Militar Frunze, en la Bolshaia Pirogovskaia (arquitecto: Lev Rúdnev), o el Teatro del Ejército Rojo (Karó Alabián). (Aún más impresionantes son las grandes obras que existían hasta entonces únicamente en el tablero de dibujo: el complejo del Comisariado del Pueblo para la Industria Pesada, situado en un lateral del Kremlin (reemplazando a los almace-

nes GUM), los edificios de la Academia de Ciencias, la Academia de la Economía Comunitaria, el Palacio de Cultura, la Casa de la Radio, la Casa de los Discos, la Casa del Libro y, como centro de la nueva silueta de Moscú, que ahora se disparaba hacia lo alto, el Palacio de los Soviets, que conformaría el nuevo centro de la ciudad, en una descollante combinación—de 400 metros de altura—de edificio y escultura, situada al oeste de los terrenos del Kremlin. Estos característicos edificios aislados, unidos al nuevo diseño de construcciones públicas utilitarias—las salas de entrada y los *foyers* del metro, los accesos a los puentes, las estaciones de bombeo, las plantas eléctricas y las estaciones de transformadores—, creaban una nueva imagen urbana que iba cerniendo sobre la vieja Moscú o insertándose a la fuerza en ella.

A pesar de lo formulado por los planificadores dentro del Plan General en cuanto a la reconstrucción—es decir, como línea general de continuidad de la ciudad histórica—, lo cierto es que nada podía llevarse adelante sin bruscas y violentas rupturas, sin abrir brechas, sin demoliciones y voladuras a gran escala de ciertos edificios. Es más: a los gobernantes les interesaba crear una nueva codificación del texto urbano, una sovietización—aunque quizá el término que mejor encaja aquí es el de *estalinización*—de la capital rusa. A esos gobernantes les interesaba borrar o re-ocupar ciertos lugares significativos desde el punto de vista de la historia cultural o política, ya fuera rebautizando calles y plazas, destruyendo edificios representativos del antiguo régimen o erigiendo nuevos edificios significativos. Y esto ocurría en una ciudad que se consideraba a sí misma la «tercera Roma», que había sido la ciudad de las «ochocientas iglesias», sobre todo de edificios sacros, templos, campanarios, cementerios y monasterios. Moscú era también la ciudad de los palacetes de la nobleza, de los bancos y las villas de comerciantes y empresarios.[22]

Si bien en la década posterior a 1917 apenas se realizaron grandes edificaciones, la llamada «reconstrucción socialista»

y la industrialización emprendidas durante el Primer Plan Quinquenal trajeron consigo una desconsiderada intervención sobre los símbolos de los antiguos poderes. Todo un estrato de la antigua Moscú sucumbió a esa oleada de demoliciones y voladuras de los años 1928 a 1932. Centenares de iglesias fueron cerradas o destruidas, la primera de todas fue la catedral de Cristo Redentor, un símbolo de la imagen de la ciudad, dinamitada en diciembre de 1931 con siete toneladas de amonal y 1500 mechas.[23]

Como era de esperar, casi todas las plazas y lugares previstos para nuevos edificios representativos habían estado antes ocupados por iglesias o campanarios. Dicho de un modo más breve: al grandioso programa de construcción y reconstrucción le precedió una orgía de destrucción, demoliciones y derrumbamientos. Decenas de monasterios fueron convertidos en viviendas, residencias para personas sin hogar, orfanatos o cárceles; las iglesias servían como almacenes o talleres. Los refectorios fueron convertidos en talleres, algunas celdas de los monasterios pasaron a ser, como en el caso del monasterio Andrónikov, una residencia para obreros, mientras que el campanario de valiosas tejas era demolido.[24] Pero también se eliminaron calles enteras, barrios incluso, como el situado entre la catedral de San Basilio y el puente de acceso a Moskvorechie, a fin de crear otro acceso a la Plaza Roja, o la voladura con dinamita de la Puerta Ibérica, que permitiría el paso de los desfiles conmemorativos hacia la Plaza Roja. También se derribaron otros símbolos del *Ancien Régime* como el Arco de la Victoria, erigido entre 1827 y 1834 para conmemorar la victoria sobre Napoleón (arquitecto: Ósip Bové; más tarde reconstruido en la Kutusovski prospekt), o la Krásnye Vorota.[25] Se demolió también, en 1934, la muralla de la ciudad, que databa del siglo XVI, y que rodeaba Kitái-Górod. Asimismo se derribó todo el barrio densamente poblado de Ojótny Riad—«la barriga de Moscú»—, a fin de dejar sitio al edificio Gosplan y al Hotel Moscova. Se demo-

lió el monasterio de Strástnoi, con el objetivo de ampliar la calle Gorki y crear una nueva plaza, la plaza Pushkin. Se derribó uno de los edificios más memorables de la vieja Moscú, la torre de la plaza Sújarev, con su otrora legendario bazar y su mercado negro, ya que, supuestamente, éste obstaculizaba el flujo del tráfico. También se demolió el monasterio de Símonov, con el fin de hacer sitio al Palacio de Cultura de la Fábrica de Automóviles Stalin. El número de los edificios protegidos por el Estado disminuyó rápidamente, y la cifra de las iglesias aún «en funcionamiento» disminuyó de 224 que había en el año 1930 a 40 en el año 1937 y a 16 en el año 1938. En 1937, 11 de los 25 monasterios de la ciudad fueron demolidos.[26]

Todo esto ocurría en poco tiempo y de una manera planificada. Pero no sólo desaparecieron edificaciones valiosas y aisladas, sino que, con ellas, se perdieron también determinados puntos de orientación, toda una escala de dimensiones y, al final, todo un horizonte. No sólo desaparecieron campanarios, sino que también desapareció el sonido de las campanas, sin el cual era impensable la vieja Moscú. Y, a la inversa, la ciudad, que apenas estaba iluminada de noche, empezó a brillar entonces a la luz de las farolas eléctricas. Casi 39 170 farolas y faros inundaban ahora de luz la ciudad—en 1913 sólo había 20 842—, se iluminaron los parques, la torre para saltos de paracaídas del parque Gorki o el Hotel Moscova también quedaron iluminados, y sobre las entradas de los cafés y los cines brillaban ahora los letreros de neón, rasgo identificativo de la ciudad moderna. Con la vieja Moscú desaparecieron también los carruajes y los antiguos tranvías, y fueron reemplazados por los ómnibuses y los trolebuses, aun cuando éstos resultaron incapaces de cambiar demasiado el caótico ajetreo de personas de la capital.

No faltaron muestras de resistencia ante el hundimiento de la antigua Moscú. A ello se opusieron historiadores y protectores de monumentos, y se enviaron cartas de protesta

a las redacciones de los periódicos.[27] Piotr Baranovski, por ejemplo, el principal protector de monumentos de Moscú, protestó contra la planeada demolición de la catedral de San Basilio, algo que se estaba discutiendo en octubre de 1931; más adelante, en octubre de 1933, este hombre fue detenido a causa de un supuesto intento de atentado a Stalin, condenado y enviado al destierro en Siberia. Otra persona—Vladímir Nevski—, que intentó en vano proteger de la demolición el monasterio del Kremlin, fue detenido en 1935 y fusilado en 1937.[28]

Para hacernos una idea adecuada sobre la reconstrucción de Moscú sería preciso ver dicha obra en construcción como un proceso simultáneo de ruptura y reconstrucción, si, junto a los andamios de las obras, se piensa también en los terrenos baldíos, y junto a las brigadas de albañiles pensamos en los comandos de artificieros. La acelerada transformación que quiso representar Aleksandr Medvedkin con su película tiene que haber sido la experiencia de todas las personas que visitaron Moscú en aquella época. Todas ellas hablan de una ciudad de fachadas cubiertas de andamios, de excavaciones, de barracas para los obreros de la construcción, de brigadas trabajando a todas las horas del día y de la noche, bajo la luz de los focos, de obras junto al agua, en la tierra y en el aire. Una de esas personas fue Ruth von Mayenburg, que se alojó en el Hotel Lux de la calle Gorki, donde en 1937 no sólo se habían erigido los primeros edificios modelo de viviendas de Arkadi Mordvínov, sino donde se habían movido de lugar otros muchos edificios:

La transformación de la antigua metrópoli rusa de la Revolución mundial en una moderna ciudad cosmopolita del socialismo estaba en pleno apogeo, y hacía progresos asombrosos. Cualquier recién llegado podía ver la férrea voluntad que había detrás de aquel Segundo Plan Quinquenal, que ponía en movimiento el metro y erigía los nuevos y suntuosos edificios, que ofrecía mejores alimen-

tos a la población y vestía las mejores ropas: la voluntad de Stalin. Su fotografía destacaba en las grúas y los andamios, en las vallas que protegían las excavaciones, en los escaparates de los nuevos comercios, y hasta en la entrada del zoológico. Su imagen viajaba en los trolebuses a través de los anchos bulevares, adornaba las muestras de *delicatessen* en «Yeliseiev», como llamaban todavía los moscovitas a la gran tienda de víveres, a un bloque de distancia del Lux, aunque ahora, tras un proceso de ampliación y modernización, llevará el nombre socialista de Gastronom n.° 1. Y esa imagen también podía verse, enmarcada, en los escaparates de las librerías, entre libros y prospectos que su autor, entretanto, había convertido en lectura obligatoria. ¡Por doquiera que uno mirase estaba Stalin, el genial constructor del socialismo, el gran líder del pueblo soviético![29]

Los que no aparecen, ciertamente, en los relatos de los viajeros son los escenarios de la Moscú invisible.

MOSCÚ MÁS ALLÁ DE LOS EJES VIARIOS

La Moscú del Plan General no constituye el todo, sino sólo el comienzo de aquella remodelación. Pero si uno la mira más detenidamente, parece un intento desesperado por oponerse a la corriente elemental de un crecimiento espontáneo de la ciudad, por echar raíces y hallar contención en un movimiento que nadie podía controlar, y hacerlo, eso sí, con todos los medios que el plan maestro ponía a disposición de un poder ilimitado: finanzas estatales, organización compacta, el *know-how* de los planificadores, los ingenieros y arquitectos, y un gran diseño. A pesar de todo el espacio habitable creado durante el Primer y el Segundo Plan Quinquenal, éste será ocupado de inmediato por los inmigrantes que se trasladaron en masa a la ciudad en aquellos años. A pesar también de los nuevos proyectos constructivos, la superficie habitable por persona se redujo a la mitad: a 4,2 metros cuadrados.[30] Y no obstante las nuevas infraes-

tructuras creadas, éstas apenas se corresponden con la presión generada por las exigencias y las demandas de una población que se duplica en el transcurso de una década. La ciudad crece más rápido que las visiones del Plan General todavía demasiado osadas. La idea de que se podía reducir la densidad de población en el centro de la ciudad se revela como una ilusión. La transformación de los antiguos edificios y pisos de alquiler en pisos comunitarios, los cuales eran considerados provisionales durante la guerra civil y la década de 1920, se convirtió, durante décadas, en hábitat, en el centro vital de varias generaciones. Varias familias compartían un piso concebido originalmente para una sola familia, a razón de una familia por habitación, con baño, retrete, cocina y pasillo de uso compartido. Este espacio en el que convivían personas escogidas al azar se convirtió durante una época en el centro de la vida moscovita. Y a quien le había tocado, podía considerarse dichoso, porque tenían calefacción, gas, electricidad y agua corriente, y estaban, además, cerca del centro.[31]

La masa de los habitantes de la ciudad, sobre todo los inmigrantes llegados en masa desde las zonas rurales, echaba anclas en los distritos alejados del centro o en suburbios de la periferia, como Kolómenskoie, Nagátino, Novinki o en pequeñas ciudades del extrarradio como Perovo, Liublin y Liúbertsy.[32] Surgió así un nuevo tipo de urbanización, las colonias obreras, mitad pueblo, mitad ciudad. Cuando los emigrantes campesinos tenían suerte, eran alojados en barracas que su fábrica había construido en poco tiempo. Por lo general, las grandes empresas, fábricas y polígonos industriales eran los principales constructores de la ciudad: actuaban como contratistas para la construcción de barracas y de viviendas propias de una determinada empresa, todas de una o dos plantas, con habitaciones que daban directamente a un pasillo, atestadas de literas de dos pisos, donde, en una repisa, se apiñaban todas las pertenencias de la persona, y donde

se creaba una especie de espacio íntimo gracias a la colocación de unas sábanas. Pero, aun así, el que se alojaba allí había conseguido salir de lo peor. Para aquella masa de recién llegados lo importante era tomar posesión de una vivienda allí donde hubiera un hueco medianamente seco: pisos instalados en sótanos, construcciones hechas por las propias personas, celdas en los antiguos edificios de los monasterios o en espacios de iglesias transformadas con la colocación de habitaciones prefabricadas. No pocas personas pernoctaban en las propias fábricas, a veces, literalmente, debajo del banco de trabajo ante el que pasaban todo el día. Otras hallaban alojamiento en los túneles y los huecos del metro, o en galerías excavadas en la tierra.

Y ahí tenemos la otra cara de la metrópoli soviética. La abrumadora masa de habitantes de Moscú no vivía en la ciudad de ladrillo del Plan General, sino en casas de madera, en barracas y pisos en sótanos, en sitios que habían sido construidos de manera espontánea y, la mayoría de las veces, sin autorización. Muchos más habitantes de Moscú residían en los suburbios que iban proliferando, no en el centro de la ciudad. Pasaron años hasta que se construyeron las líneas de tranvías que los trajeran y llevaran de las fábricas. No era nada inhabitual que la gente recorriera a pie durante horas los caminos para llegar al trabajo, con tramos de cuarenta a sesenta kilómetros. Surgió así una ciudad fuera de la ciudad del Plan General, una ciudad fuera de la ciudad, o más bien al borde de la ciudad, la cual era, en todos los sentidos, una ciudad de los inmigrantes procedentes del campo: a menudo, cuando lo permitía el espacio, esas personas llegaban con conejos, un cerdo, una vaca o gallinas, tanto para el abastecimiento propio como para vender en los mercados no autorizados, pero que eran insustituibles para el abastecimiento diario de la población.

Esa aldea dentro de la ciudad no era algo nuevo en Moscú. Ya en la época de auge de la industrialización, a finales del

siglo XIX y principios del XX, cuando los campesinos empezaron a trasladarse en masa a las ciudades—primero sólo temporalmente, pero luego de forma permanente—, Moscú era una ciudad de campesinos. Pero lo chocante de esa industrialización de la década de 1930 hacía sombra a todo lo visto hasta entonces. En el lapso de una década, dos millones de personas se habían trasladado a la ciudad, exclusivamente emigrantes campesinos. Para los «habitantes originarios» de Moscú y para los extranjeros, la ruralización de la ciudad, la manera en que lo rural empezó a minar la Moscú urbana, era una experiencia cotidiana. En las grandes obras constructivas de la capital los inmigrantes del campo se encontraban con los de todas las regiones de la URSS, centenares de miles en las obras de Metrostroi, en la Fábrica de Automóviles Stalin o en la obra del Palacio de los Soviets. En esa Moscú, vista como una *peasant metropolis*, desempeñaban un papel muy importante las estaciones de ferrocarril a través de las cuales se llegaba a la ciudad, pero también lo desempeñaban los parques, en los que los inmigrantes—a menudo separados según su origen, su pueblo o su región—se reunían para cantar o bailar, para asistir a combates de boxeo, como si se tratase de un trozo de la antigua patria en la nueva. Estaban entre iguales. En los nuevos barrios creados para esa población inmigrante se vivía según las propias costumbres, el orden quedaba establecido gracias a pandillas autoorganizadas, no gracias a la Milicia, cuya presencia, si la había, sólo era escasa.[33] Pero Moscú ofrecía sus recompensas. Iván Gomozenkov, que había llegado a la ciudad en el año 1937, recordaba más tarde su excitación cuando vio: «... las luces eléctricas en cada uno de los edificios a lo largo de la calle. Nunca antes las había visto, y me gustaban tanto, tanto: me gustaba tanto Moscú, que hubiera vendido mi alma por poder quedarme allí».[34]

A la vista de esa afluencia de personas y del hacinamiento de las mismas, el Plan General para la reconstrucción de

la ciudad ya no parece tanto la grandiosa visión de un Estado todopoderoso, que dispone y planifica con absoluta libertad, sino más bien un proyecto de emergencia, de máxima necesidad, como voluntad incondicional de autoafirmación en un país en el que todo había empezado a moverse. La Moscú de ladrillo frente a la Moscú de madera, el centro frente a la periferia, la jerarquía frente a lo amorfo, la fijación de determinados puntos de referencia frente a una fluctuación que lo ponía todo en entredicho. El Plan General para la Reconstrucción de Moscú constituye, por ello, un acto de autoafirmación del poder urbano frente a la fuerza elemental de aquello que Moshe Lewin, con insuperable precisión, ha denominado «sociedad de arenas movedizas». El verdadero sentido del Plan General, del nuevo paisaje urbano, se nos revela por lo tanto, en su justa medida, cuando lo desciframos como paisaje humano.

PAISAJE HUMANO, LUCHA POR LA SUPERVIVENCIA

El Gobierno, con su ley de salvoconductos del 27 de noviembre de 1932, había intentado poner freno al desplazamiento migratorio espontáneo—y de ese modo controlarlo—y a la afluencia de gente venida del campo, en especial a las grandes ciudades.[35] Entre 1926 y 1939, por lo menos 23 millones de campesinos soviéticos emigraron del campo a la ciudad, un flujo migratorio que hasta entonces no se había producido en la historia en ninguna parte del mundo. Esa inmigración campesina fue tan acelerada que, a finales de la década de 1930, un cuarenta por ciento de la población urbana de la URSS había llegado a las ciudades en el marco de una década.[36] La nueva ley de salvoconductos, así como la expulsión de las ciudades de elementos «asociales» o de los llamados hombres «de antaño», vinculados al antiguo régimen, tuvo sólo una breve pausa en el año 1935, pero no consiguió producir ningún cambio en dicha situación. Nada varió con

ello en la situación extrema de hiperurbanización. Moscú, como otras grandes ciudades, se convirtió en escenario de una nueva formación social. En el Primer Plan Quinquenal, la ciudad había crecido de 2,2 millones a 3,7 millones de habitantes, y en el período comprendido en tan sólo dos años, entre 1930 y 1932, Moscú creció en otro millón. Los índices de aumento disminuyeron algo con el Segundo y el Tercer Plan Quinquenal, pero en 1939 la ciudad tenía 4,1 millones de habitantes. Si se tiene en cuenta todo el territorio de la capital, la ciudad había pasado de 3,2 millones a 4,5 millones de personas.[37]

Entre 1929 y 1939, Moscú fue el destino de un movimiento migratorio de huida para unos dos millones de personas que se habían puesto en marcha con la esperanza de encontrar una vida mejor, pero, sobre todo, porque no tenían otra posibilidad de supervivencia: Moscú era el lugar donde podrían sobrevivir. Centenares de miles de personas, en especial los más jóvenes y las mujeres, emigraban a la ciudad, porque en ella estaba el futuro para ellos, con escuelas, trabajo, cines. Centenares de miles se trasladaron a la ciudad empujados por los horrores de la colectivización forzosa y de la consiguiente hambruna a la que sucumbieron millones de seres humanos. Otros centenares de miles se habían ido a la ciudad porque de ese modo podían eludir las deportaciones y las persecuciones que los amenazaban. Resulta difícil determinar dónde acaba el movimiento migratorio y dónde empieza un desplazamiento de huida. Para miles de personas, la ciudad era el único lugar para escapar a la persecución, pasar a la clandestinidad y adoptar una nueva identidad. Con ellas también emigraron a la ciudad personas que habían sido testigos de hechos espantosos o habían tenido que sufrirlas en carne propia, y llegaron a la urbe con la mente llena de imágenes frescas de la muerte y de los asesinatos, traumatizadas o firmemente decididas a olvidar y a empezar de nuevo de una manera radical. Aqué-

lla fue una emigración de torturados, de desesperados, de gente llena de odio y, quizá, ávida de venganza y de revancha; en cualquier caso, no se trataba de emigrantes en el sentido estricto de la palabra, sino de refugiados y desplazados bastante *sui generis*.

Las grandes ciudades tenían una necesidad insaciable de mano de obra, las fábricas construidas de la nada empleaban a los candidatos sin preguntarles de dónde venían ni por qué habían venido. Una parte de esos inmigrantes provenía de las regiones circundantes, el territorio de Moscú había sido colectivizado en un procedimiento «sumarísimo», como había sucedido en todas partes; otros venían de mucho más lejos. Sobre todo en las grandes obras en construcción, la mano de obra era reclutada entre personas precedentes de toda la URSS: tayikos, uzbekos, ucranianos, tártaros, georgianos, armenios, baskires. A la ciudad aspira a llegar la juventud, deseosa de ascender en la escala social, dispuesta a hacer sacrificios y a renunciar; esa juventud llega con plena conciencia de hacer carrera, y en especial proviene de los antiguos asentamientos judíos.[38] Fue así como, en el transcurso de las dos décadas posteriores a la Revolución, en especial durante los planes quinquenales, cambió la composición étnica, confesional y demográfica de la ciudad. Aunque era rusa en un 85%, Moscú era al mismo tiempo una ciudad étnica, religiosa y culturalmente mestiza. El peso específico de la población rusa había disminuido, y se situaba en un 87,4%; entre los grupos relativamente grandes estaban los judíos, con un 6%, pero también los lituanos, los letones, los estonios, los alemanes, los bielorrusos y, cada vez en mayor número, los ucranianos.[39] Un anfiteatro en el que podían desatarse con facilidad, con tan sólo pretenderlo, los registros del odio y de la xenofobia. Se trata de una población desarraigada, extremadamente heterogénea y en constante movimiento, una población, además, muy poco unida por una cultura común, una lengua o una religión; una población surgida de las rup-

turas y los cambios provocados por la época de la Primera Guerra Mundial y de la guerra civil, que había pasado, ciertamente, por todos los horrores que se puede esperar que sufra una generación.[40]

Esa inmigración rural llega a una ciudad y se encuentra allí con una población cuyo núcleo urbano ha quedado diezmado y debilitado por la violencia, el éxodo, la emigración y la expropiación, y en la que las estructuras y costumbres en las que la ciudad de dos millones de habitantes había organizado su vida hasta los años 1914 y 1917 han quedado resquebrajadas o destruidas en mayor o menor medida. En 1920, Moscú había perdido un cuarenta por ciento de su población de 1917; la población disminuyó en un millón de personas, y el número de obreros se había reducido a la mitad. La ciudad vieja estaba presente—¡qué son a fin de cuentas, en la vida de una ciudad, dos décadas, las comprendidas entre 1917 y 1937!—, pero había quedado fragmentada, atomizada, como sociedad de los hombres «de antaño», de los expropiados, como depositaria de la memoria, como experiencia colectiva, como conjunto de prácticas sociales o como una identidad realmente existente que no puede hacerse desaparecer de un día para otro. La acritud de la polémica que caracteriza a las disquisiciones del Plan General sobre el tema de la ciudad histórica tiene algo que ver con la presencia de esa memoria colectiva que no podía ser ignorada de un modo tan sencillo por los nuevos hombres en el poder. La antigua sociedad estaba presente: con sus oficios y profesiones, sus gustos, sus conexiones entre sí—y a menudo con el extranjero—, con sus relaciones entre los representantes del nuevo poder, que a veces estaba compuesto por elementos secesionistas o disidentes de las antiguas clases propietarias y cultas. La antigua sociedad estaba tan presente en la nueva como la vieja ciudad en el término municipal de la Nueva Moscú. Esa sociedad había perdido sus estructuras, sus salones, sus asociaciones, sus líderes y sus portavoces, sus organismos y sus

periódicos, pero no había desaparecido sin dejar rastro. La rápida recuperación de la vida urbana en los años de la Nueva Política Económica había puesto de manifiesto cuán vital y sólida era aún dicha sociedad.

La colisión de la paralizada y atomizada antigua sociedad moscovita con la nueva, que se alimentaba mes tras mes de nuevos recién llegados, y, por otro lado, la disolución de una sociedad mientras se formaba otra, es la verdadera aventura de Moscú en la época de entreguerras y el verdadero trasfondo del drama que se prepara. Ese drama tiene lugar a todos los niveles, en todas las moléculas de la sociedad: en los pisos comunitarios, donde viven puerta con puerta los intimidados miembros de la sociedad «de antaño» con los que ahora ascienden en la escala social, salidos de las fábricas; en el metro, donde los inmigrantes adquieren las técnicas culturales del transporte de la gran ciudad; en las fábricas, donde la disciplina de la máquina inquieta a los novatos llegados del campo y los lleva, desafiante, hasta los límites de su capacidad de rendimiento. Con las bocas y los ojos muy abiertos, los jóvenes llegados del campo contemplan los automóviles en las calles, las vallas publicitarias nocturnas y los aviones en el cielo.[41] En las fábricas crece un nueva clase social de ingenieros y técnicos que ya no tiene nada en común con la antigua clase obrera rusa, que había bregado en los tormentosos años de la Revolución y se había disuelto prácticamente en sí misma.

Sin previo aviso, aparecen las siluetas de las cúpulas y las iglesias y los rascacielos a los que ya les han retirado los andamios. Infinita e insaciable parece la sed de conocimientos y la avidez por aprender de la juventud, inagotables parecen su fuerza y su energía. Ilimitado e implacable es también, sin embargo, el odio que se abre paso en coros de voces, en forma de oleadas, sobre las grandes plazas de la ciudad. Una sociedad que ha perdido su sostén, su estructura y su cohesión, o que aún no los ha encontrado, una ciudad compuesta por

millones de habitantes que han sido desplazados de la órbita de sus vidas y que sienten que ya no pertenecen a ninguna parte, una sociedad de esa índole era extremadamente frágil y amenazaba con romperse, pero también necesitaba un enorme sentimiento de pertenencia. En el fondo, todo parece estar listo para una guerra civil silenciosa, para una lucha de todos contra todos, casi detrás de cada individuo se oculta la presión de una lucha existencial por la supervivencia, y sobre la ciudad pesa la carga de miles de atmósferas, la presión que surge cuando todos los movimientos de fuga confluyen en un punto. Y por millones llegan, con ellos, los saberes que se han acumulado en esas luchas por la supervivencia y se han trasladado a la gran ciudad. Allí están ahora almacenados, primero de forma latente, pero ¿qué sucede cuando esos saberes colisionan de manera inesperada, o cuando se desatan y se abalanzan unos contra otros?

Nada mantiene mejor la cohesión de esa amorfa *maximum city* que una gran visión y el miedo ante los peligros mortales. Nada le otorga mayor estabilidad en el momento de la crisis que la fuga hacia delante y la radicalidad. Nada le proporciona más cohesión que la imagen de un enemigo común. Su estabilidad se basa en una movilización permanente. Centenares de miles de personas están dispuestas, presionan, a fin de llenar el vacío en el que desaparecerán otros centenares de miles en el propio año 1937. Y nada muestra de forma más drástica ese vacío que la excavación de la obra en la que había estado, hasta su voladura con dinamita, el símbolo de la «tercera Roma», la catedral de Cristo Redentor, y que ahora cede su espacio a la construcción del Palacio de los Soviets, el centro del nuevo mundo.

TOPOGRAFÍA DE LA DESAPARICIÓN: EL DIRECTORIO TELEFÓNICO MOSCOVITA DE 1936

REPRODUCCIÓN DEL STATU QUO: LOS DIRECTORIOS COMO DOCUMENTOS DE ÉPOCA, *99* — TOPOGRAFÍA DEL PODER Y OTROS ESCENARIOS, *102* — EL RASTRO DE LA DESAPARICIÓN, *108* — LISTAS DE FUSILADOS Y RECONSTRUCCIÓN PÓSTUMA DE LAS DIRECCIONES, *116*

La introducción a la edición del directorio *Toda Moscú* del año 1936 contiene los anuncios habituales: qué ha cambiado desde la edición anterior, qué nuevos temas se han añadido, cómo se ha simplificado la estructura. También exhorta a los usuarios a que, en caso necesario, hagan propuestas y correcciones y las envíen a la editorial: Moskovski rabochi, Moscova 9, úlitsa Gorkovo 15. Pero los redactores—cuyos nombres están impresos en letra pequeña: A. Morin, G. Wainzwaig, Y. Dneprovski, A. Lilje, G. Vorónezhski, D. Kárpov, Y. Tsvankin—no podían sospechar que esa edición sería la última.[1] Recogía los nombres de personas que en el plazo de un año habían sido detenidas o fusiladas. Antiguas figuras prominentes se habrían convertido en no personas. Un directorio se había transformado en un epitafio, en un registro de cadáveres.

REPRODUCCIÓN DEL STATU QUO: LOS DIRECTORIOS COMO DOCUMENTOS DE ÉPOCA

Pero cuando se compilaron los datos y los textos para el directorio de 1936—el cierre de redacción tuvo lugar en la pri-

mavera de ese año—, lo que importaba era procesar con el mayor cuidado y precisión una enorme cantidad de datos y presentarlos de la manera más práctica posible. En 680 páginas, de tres columnas cada una, se resume todo lo que es preciso saber para orientarse y desenvolverse en Moscú. Lo que incluía informaciones elementales para el caso de que se necesitaran primeros auxilios, o se requiriese la presencia de la policía, el telégrafo, información sobre los trenes, el servicio sanitario, la policía criminal o los bomberos, así como informaciones detalladas sobre el complejo y cristalino entramado de instituciones de una metrópoli. Los editores podían basarse en una larga tradición. El directorio *Vsiá Moskvá* había aparecido por primera vez en el año 1893 en la editorial de Alekséi Suvorin, y a partir de entonces fue revisado cada año y ampliado considerablemente. Luego la Revolución y la guerra civil interrumpieron su publicación.[2] En 1923 el directorio se volvió a editar en un volumen de 468 páginas. Entre 1925 y 1931 aparecieron nuevas ediciones ampliadas. *Toda Moscú* era algo más que un registro de direcciones: además de una historia abreviada de la ciudad, contenía informaciones sobre el transporte, el comercio y la cultura, junto con una amplia parte dedicada a los anuncios, un índice de las instituciones más importantes, de las organizaciones sociales y las personalidades de la capital. Es un auténtico reflejo de las transformaciones de la época y de sus sacudidas revolucionarias: documenta, asimismo, el cambio de nombre de las calles y los cambios de lugar y de significado de las instituciones; de él desaparecen sectores enteros de la población que antes figuraban entre los más importantes, mientras que otros protagonistas, salidos de la clandestinidad revolucionaria, empiezan a poblar las mejores direcciones de la capital. Un directorio moscovita posterior a 1917 es un documento de esas transformaciones, tanto a gran escala como a pequeña.

También entre las ediciones de 1923 y 1936 el directorio

había experimentado una evolución que se reflejaba en su diseño. Mientras los tomos de la época de la Nueva Política Económica, con la recuperación de la economía y del sector privado, incluían también las empresas, los comercios, las profesiones liberales, los comerciantes individuales, los cafés y los restaurantes, así como toda la vibrante vida de la Moscú de ese período, las ediciones de 1931 y 1936 son el documento de una nueva época: las empresas privadas son relegadas o eliminadas, la economía planificada y sus aparatos estatales ocupan el primer plano. Los datos de personas privadas, de las consultas de médicos o abogados, los comercios, los talleres o las pequeñas empresas han desaparecido del todo.[3] De las treinta y una entradas por sectores en que se divide el directorio de 1936, la mayoría recae sobre organizaciones del Estado, el Partido o los sindicatos. Un segundo gran bloque trata del sector económico estatalizado o cooperativizado, de la industria, el comercio y la economía municipal. Otras secciones abordan la estructura de la ciudad: transporte público, teléfono y telegrafía, red de cajas de ahorro y de bancos. Hay siete secciones que informan acerca de las instituciones de la cultura, la educación, la ciencia y el arte, la salud pública y los servicios sociales. El directorio contiene además un mapa de la ciudad, un índice de calles (con los nombres de las calles antes y después de la Revolución), una visión panorámica de las líneas del metro, los tranvías y los autobuses, de los monumentos y las placas conmemorativas en el territorio de la ciudad, de los planos de los teatros de Moscú y otras informaciones de utilidad. Si se comparan las ediciones de 1923, 1927 y 1931, a uno le llaman la atención el incremento del complejo estatal y la eliminación del registro de personas. Con ello, el directorio moscovita se convierte en un verdadero reflejo de la transformación social que estaba teniendo lugar en la ciudad.

El usuario del directorio puede captar rápidamente la estructura jerárquica y burocrática de las instituciones y orga-

nizaciones, con sus presidencias, sus comités centrales, departamentos, comisiones y subcomisiones. Encontrará también el nombre del personal directivo con sus números de teléfono y sus direcciones. Surge de ese modo una topografía del poder, de sus centros nerviosos, sus redes y filiales. Pero surge también un cuadro de las infraestructuras y los circuitos de la vida de una gran ciudad, con todo lo que forma parte de ella: las vías para ir al trabajo y regresar a casa, la escuela y el tiempo libre, el acceso a las autoridades y las visitas al cine. El directorio moscovita nos enseña que incluso en épocas de poder totalitario las ciudades no dejan de ser organismos extremadamente complejos. Reproduce así un mundo vital que no se agota en lo político.

En la Moscú postrevolucionaria uno sólo puede orientarse cuando conoce los nuevos nombres de las calles. El directorio recoge ochocientas calles a las que se les ha cambiado el nombre desde 1917. Se trata de una completa sobreescritura, un palimpsesto del antiguo «texto» llamado Moscú. Vemos, así, cómo la calle Alejandro se convierte en calle Octubre, la calle de los Baños pasa a ser la calle Pugachov, la calle Snamenski es denominada calle Marx-Engels y la calle de los Oficiales es rebautizada como calle del Ejército Rojo.[4] También los antiguos distritos de Moscú, como Zamoskvorechie o Chamovniki reciben nuevos nombres y se denominan ahora Bauman, Dzerzhinski u Octubre. Surge así un nuevo mapa de la ciudad en la cabeza de sus habitantes.

TOPOGRAFÍA DEL PODER Y OTROS ESCENARIOS

El directorio recoge además los complejos del poder, que están ordenados de manera jerárquica y concéntrica, y a la vez muestra ese conglomerado y la manera en que se concentran los aparatos del poder en la capital de un imperio. Es el lugar en el que confluyen los procesos de toma de decisiones

y desde el que parten las directivas hacia todo el vasto país. En la capital del imperio están presentes todas las instituciones y organizaciones de rango. Allí tienen su sede las cúpulas del Gobierno de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), de las representaciones de las repúblicas que conforman la Unión y de los territorios autónomos, de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR), del territorio de Moscú y de la ciudad de Moscú. Allí se encuentran también todos los Comisariados del Pueblo—es decir, los ministerios—, los de la Industria Pesada y Ligera, el de Defensa, el del Interior, el de Asuntos Exteriores, etcétera. Allí tienen asimismo su sede el Tribunal Supremo, la Fiscalía del Estado de la URSS, de la RSFSR, del territorio de Moscú y de la ciudad, así como el Estado Mayor del Ejército y las academias militares. Paralelamente, están también los distintos niveles directivos de la política y los sindicatos, que tienen su sede en Moscú: el Comité Central del Partido Comunista Unificado de la Unión—porque, a diferencia de las demás repúblicas nacionales, la RSFSR no tiene un Partido Comunista propio—,[5] el Consejo Central de los Sindicatos Soviéticos—de los de toda la Unión y de los de la RSFSR—, así como unos cien sindicatos individuales.

El directorio moscovita constituye, por ello, una fiel reproducción del enorme complejo burocrático que también tiene una correspondencia espacial. Uno de esos complejos es el Kremlin, que no es una mera metáfora política, sino un lugar físico, en el que se alojan los aparatos del Estado, secretariados, oficinas y también viviendas, parques móviles, servicios, personal de seguridad. En el directorio, éstos quedan registrados de múltiples formas, con sus personas y sus teléfonos: desde el número Ko-26-00 hasta el Ko-26-40.[6] Los datos sobre el centro del poder soviético, en el que vivía una parte de la cúpula dirigente, son bastante escasos.

Repartidas por la ciudad están las llamadas «Casas de los Soviets», destinadas a los miembros de los aparatos del Go-

bierno y a otros privilegiados. Se trata de *gated communities* [áreas residenciales cerradas], que desempeñan un papel importante como lugares vitales y centros de una política informal. La más grande de ellas es la «Casa del Gobierno», situada en la úlitsa Serafimóvicha 2, conocida gracias a la novela de Yuri Trífonov *Una casa junto al Moscova*. Se trata del mayor complejo de viviendas de su tipo en el mundo, una «ciudad dentro de la ciudad», con un confort para vivir por encima de la media, instalaciones propias para actividades deportivas y para el tiempo libre, teatro y cine, comercios y garajes, que fue terminada en los años veinte según un proyecto del arquitecto Borís Iofán. La casa, con sus quinientas viviendas y casi dos mil quinientos habitantes, pudo haber sido el alojamiento de elite por excelencia, aunque también aquí hizo sus estragos el terror de los años 1937-1938.[7]

Otros privilegiados complejos de viviendas se encontraban en el número 1 de la calle Sadóvaia Karétnaia, en el número 1 de la calle Bozhedomski, en el 3 de la calle Granovski, en el 51 de la calle Bolshaia Pirogóvskaia, en el número 10 del bulevar Tverskói, en el edificio número 26 de la calle Spiridónievskaia, así como en las residencias del número 21 del bulevar Rozhdéstvenski, en el 16 de la málaia Nikítskaia y en el edificio del Comité Ejecutivo Central, en el número 3 de la Plaza Roja, en los antiguos almacenes (los edificios de los almacenes GUM).[8]

Un segundo punto nodal en la topografía del poder es, sin duda, el área que rodea la Stáraia plóschad, donde se alojaron con todo su aparato las instituciones fundamentales del Partido Comunista—de los niveles nacionales, territoriales y municipales—en grandes y lujosos hoteles de la época prerrevolucionaria (plaza Stáraia, 4, teléfonos desde el Ko-28-00 hasta el Ko-28-40).[9] No lejos de allí se encontraban también las centrales de la Unión de Jóvenes Comunistas (calle Kúibishev, calle Ipátievski, 3; teléfonos desde el Ko-28-00 hasta el Ko-28-4074).[10]

El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, por el contrario, se encontraba en el edificio marcado con el número 1 de la plaza Manège (con los teléfonos desde el Ko-28-50 hasta el Ko-28-54).[11] La más importante residencia para los colaboradores del Komintern se encontraba en el llamado Hotel Lux de la calle Gorki, cuyos habitantes también se vieron muy afectados por la ola represiva.

Un tercer complejo es el Palacio del Trabajo, una antigua residencia para viudas y huérfanos situada a orillas del río Moscova, un enorme complejo de principios del siglo XIX y que, por sus instalaciones, era como un Escorial moscovita, en el que no sólo se encontraba la presidencia de la Unión de Sindicatos Soviéticos, sino también la cúpula de unos cien sindicatos individuales (dirección: Solianka 12; teléfonos del Ko-29-00 al Ko-29-40).[12]

Repartidos por el perímetro de la ciudad hay quince Comisariados del Pueblo, con sus aparatos y filiales. El más impresionante, con todas sus oficinas, comisiones y departamentos, es el Comisariado para la Industria Pesada, situado en un moderno edificio de oficinas y comercios de la época anterior a la guerra que ocupaba los números del 2 al 5 de la plaza Noguín.[13] El Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (Interior) tiene su sede en el remodelado edificio de oficinas de la agencia aseguradora Rossía, en el número 2 de la plaza Dzerzhinski, la antigua plaza Lubianka. El edificio principal es sólo el más conocido y visible de un «laberinto del terror», con numerosas oficinas, cárceles, garajes y viviendas situadas en los alrededores.[14] El Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores se encuentra no muy lejos de allí, en la esquina de la Kuznetski most con los números del 5 al 21. La estructura y el personal están representados de manera distinta en el caso de las diferentes organizaciones. La entrada dedicada al Comisariado del Pueblo para la Industria Ligera abarca más de seis páginas, y también las instituciones de la Academia de Ciencias son presentadas de

forma prolija en el marco de seis páginas. En otros casos, sin embargo, la información se limita a una o dos líneas. Así vemos, por ejemplo, que el NKVD sólo muestra la dirección y los números de teléfono Ko-27-00 y Ko-27-40. Del Comisariado del Pueblo para la Defensa sólo se consigna la dirección (Frunze ul. 19), el teléfono (1-03-40) y el nombre del comisario del Pueblo (mariscal K. E. Voroshílov).

Una ciudad—también una ciudad dominada e impregnada por el poder como Moscú—no sólo se compone de las instituciones del poder. Una ciudad es algo más que una actividad burocrática, tanto más cuanto que Moscú, al final del Segundo Plan Quinquenal, se encuentra en medio de las mayores turbulencias, casi al borde de la ingobernabilidad.

Más allá de las instituciones del poder están las fábricas recién construidas. Junto a las instituciones de la violencia y el terror se encuentran también los establecimientos del tiempo libre, el entretenimiento y el deporte. Decenas de páginas registran la red de escuelas en los distritos de la capital. Una red de bibliotecas públicas se tiende sobre la ciudad. Solamente bajo la rúbrica «Clubes y Casas de la Cultura» aparecen 280 entradas. En la rúbrica «Editoriales» encontramos 138 casas editoras. En Moscú se publican, en el año 1936, unos 60 periódicos centrales y regionales, sin contar los periódicos que se publican en las grandes fábricas. Las redacciones de más de 540 revistas tienen su sede en la capital. Casi todos los ámbitos de la vida los encontramos reflejados en el espectro de las revistas: hay un Archivo de Anatomía Patológica, la revista *Arquitectura de la URSS*, revistas políticas como *Lucha de clases*, *El historiador marxista*, que aparecen junto a otros clásicos del diseño moderno de revistas, como *La URSS en construcción* (frente a cuya redacción, situada en el número 2 de la calle Spiridónievskaia, está, en calidad de redactor jefe, el futuro «enemigo del pueblo» Gueorgui Piatákov, que trabaja con la vicerredactora, Yevguenia Yezhova, la esposa del futuro jefe del NKVD). Tienen gran deman-

da, por lo visto, revistas sobre cómo manejar la vida cotidiana, sobre temas de alimentación, cuestiones sobre la relación madre e hijo, cuestiones sobre seguros, coches y calles, u otras como *La vida de los ciegos* y *Frente de la radio*. Amplio es el espectro de revistas especializadas como *El correo de los ingenieros*, *Correo de la Flota Aérea*, *Balnearios*, *Fisioterapia* y *La cría de cerdos*. Las redacciones de los libros escolares y de enseñanza, así como las revistas especializadas, se encuentran todas en la capital: *Geografía en la escuela*, *La música soviética*, *Construcción de locomotoras*, *Técnicas de protección contra Incendios*. Moscú es la ciudad de los teatros, con un repertorio casi inabarcable; como ciudad crisol de culturas, tiene tanto el Teatro de las Minorías Nacionales como el Teatro Judío Estatal de Moscú (dirección: málaia Brónnaia 2), o el Teatro Estatal de los Gitanos Romen (dirección: Bolshói Gnezdnikovski pereúlok, 10), pero también cuenta con un teatro letón y otro tártaro. Además de las numerosas orquestas sinfónicas, llaman la atención las orquestas de jazz: la orquesta de jazz de Aleksandr Varlámov, con sede en la Casa Central del Ejército Rojo, plaza de la Comuna 28, la orquesta de jazz de Aleksandr Tsfasman (calle Dzerzhinski, 23) y la primera *Tea Jazz Band* moscovita de mujeres, en el Club Central de la Industria de Procesamiento de la Madera, Bobrov pereúlok 2/20. No se puede olvidar el Instituto Central del Ramo del Entretenimiento moscovita, el Primer Circo Estatal de Moscú, en el bulevar Zvetnoi, 13. El directorio registra también 49 cines con nombres como Vanguardia, Aurora, Ars, Velikan, Tívoli, Saria, Udarnik. Hay, entre ellos, algunos muy grandes, como el Velikan, que cuenta con 587 localidades, o el Teatro de la Ciencia y la Tecnología, con 1300; pero, sobre todo, esos cines funcionan durante todo el día, sin interrupción, a fin de satisfacer la demanda. Por último, hay una sección del directorio que recoge otras organizaciones sociales de muy distinta índole, como, por ejemplo, la Sociedad de Amigos

de la Áreas Verdes, una Unión de Esperantistas de las Repúblicas Soviéticas, asociaciones deportivas, una Sociedad para el Turismo Proletario o una Unión Internacional de Teatro Revolucionario (dirección: Petrovka 10, escalera 36, presidente: Erwin Piscator, teléfono 2-91-12).

A la vista de tal variedad de estructuras y asociaciones de carácter social y semiestatal, no sólo se obtiene una noción de lo infinitamente rica que es la vida de una sociedad urbana, sino también de los enormes esfuerzos y el ímpetu que eran necesarios para disciplinar a esa sociedad, para nivelarla y estandarizarla; nos hacemos una idea de todo lo que hubo que hacer para que esos centenares de revistas y periódicos obedecieran a una normativa del lenguaje, para que los teatros adaptaran sus repertorios, para que las bibliotecas y librerías quedaran purgadas de las obras de autores no acordes con los tiempos. ¿Qué tiene que suceder para que los museos, en cuyas muestras y piezas expuestas se encarnan los esfuerzos de larga duración, adopten una nueva línea y un nuevo itinerario? ¿Y qué ha de suceder para que cientos de escuelas y cientos de miles de alumnos se sientan obligados por un nuevo canon? El directorio de 1936 parece ofrecer una instantánea del momento en el que los acusadores y los acusados, las víctimas y los verdugos, los ejecutores y los ejecutados del día de mañana todavía se sientan juntos y están unidos, en calidad de funcionarios, tal vez puerta con puerta en el corredor del edificio del Comisariado del Pueblo de la Industria Pesada, tal vez en la redacción del diario *Izvestia*, o tal vez en el secretariado de la dirección del Partido en Moscú o en alguna escuela.

EL RASTRO DE LA DESAPARICIÓN

Lo que Yuri Trífonov, que pasó su infancia en esa «casa junto al río Moscova», ha descrito de manera ejemplar en su novela *La desaparición* es válido para la ciudad como un todo y, en particular, para los nodos de la vida política:

En esa casa viví una vez. No, esa casa ha muerto hace mucho tiempo, ha desaparecido, yo viví en otra parte, pero entre esos imponentes y grises muros de hormigón, que son como una fortaleza. El edificio sobresalía por encima de los edificios de dos plantas, las pequeñas villas, las iglesias, los campanarios, las viejas fábricas, las avenidas fluviales con sus diques de granito, y a ambos lados corría el río Moscova. Estaba situada en una isla, era como un barco pesado y absurdo, sin mástiles, chimenea ni timón, una caja enorme, un arca repleta de seres humanos, dispuesta a salir navegando de allí. ¿Hacia dónde? Nadie lo sabía, nadie tenía ni idea. Para las personas que pasaban por la calle, junto a sus muros, en los que brillaban centenares de diminutas ventanillas como las de una ciudadela, aquella casa era algo inconmovible y eterno como un campo. Después de treinta años, el color gris oscuro de sus muros no ha cambiado. Yo, sin embargo, sabía que la vieja casa había muerto: había muerto ya entonces, cuando yo la abandoné. Eso ocurre a menudo con las casas: las abandonamos, y ellas mueren.[15]

Sea cual fuere la página por la que abrimos el directorio moscovita, por todas partes encontraremos nombres que desaparecerán entre los años 1937 y 1938, ya sea porque pertenecieran a personas que fueron expulsadas, detenidas, condenadas o fusiladas, o bien a otras que habían cometido suicidio. Basta con mencionar unos pocos nombres.

El directorio de 1936 menciona en su página 1, como presidentes del Comité Ejecutivo Central de la URSS, con sede en el Kremlin, a M. Kalinin, G. Petrovski, A. Cherviakov, G. Musabékov, F. Jodzháiev, N. Aitákov, A. Rajimbáiev y, como secretario, a I. Akúlov. De todos ellos, sobreviven y mueren de muerte natural únicamente Kalinin y Petrovski, mientras que Cherviakov se suicida el 16 de junio de 1937; Musabekov es detenido en junio de 1937 y condenado a muerte el 9 de febrero de 1938; Chodshaiev es condenado a muerte en el tercer proceso público de Moscú, el 13 de marzo de 1938; Aitakov es detenido el 21 de julio de 1937 y condenado a muerte el 28 de octubre de 1937; Rajimbaiev es dete-

nido en septiembre de 1937 y condenado a muerte el 7 de mayo de 1938; y Akúlov es condenado a muerte el 29 de octubre de 1937 y fusilado poco tiempo después.

En la página 4 se publica la composición del Consejo de los Comisarios del Pueblo de la URSS, cuyo presidente es V. Mólotov. Poco después, ninguno de los subordinados de Mólotov se encontrará ya entre los vivos. V. Chubar es detenido el 4 de julio de 1938 y condenado a muerte el 26 de febrero de 1939. Y. Rudzutaks es detenido el 25 de mayo de 1937 y condenado a muerte el 28 de julio de 1938. V. Mezhláuk es detenido el primero de diciembre de 1937 y condenado a muerte el 28 de julio de 1938. N. Antípov es expulsado del Partido en junio y condenado a muerte el 28 de julio de 1938.[16] De los restantes quince miembros del Consejo de los Comisarios del Pueblo que están registrados aún en el año 1936 sólo sobrevivirán cuatro. El comisario del pueblo para la Industria Pesada, G. Ordzhonikidze (plaza Noguina, 2-5, Delovói dvor, tel. 2-81-30) se suicidará el 18 de febrero de 1937. El comisario del pueblo para la Industria Ligera, I. Liubímov, es expulsado del Comité Central del Partido en junio de 1937. El comisario del pueblo para la Industria Maderera, S. Lóbov, es expulsado del Partido en junio de 1937 y muere. El comisario del pueblo para la Agricultura, M. Chernov, es condenado a muerte en el tercer proceso público de Moscú y ejecutado el 15 de marzo de 1938. El comisario del pueblo para la Producción de Plantas y Animales, M. Kalmanóvich, es condenado a muerte el 27 de noviembre de 1937 y ejecutado. El comisario del pueblo para las Finanzas, G. Grinkó, es condenado a muerte el 13 de marzo de 1938 en el tercer proceso público de Moscú y luego ejecutado. El comisario del pueblo para Asuntos Internos y comisario general para la Seguridad del Estado, G. Yagoda, es condenado a muerte en marzo de 1938, también en el tercer proceso público de Moscú, y más tarde ejecutado. El Comisario del Pueblo para la Navegación Marítima es detenido el 9 de abril de 1938 y ejecutado el 19

de agosto de 1938. El comisario del pueblo para el Comercio Interior, I. Veitzer, es detenido el 17 de octubre de 1937 y condenado a muerte el 7 de mayo de 1938. El comisario del pueblo para Correos y Comunicaciones, A. Rykov, es detenido en el año 1937 y condenado a muerte y ejecutado un año después, en el tercer proceso público de Moscú. El comisario del pueblo para el Comercio Exterior, A. Rozengolts, es detenido el 7 de octubre de 1937 y condenado a muerte en 1938, en el tercer proceso público de Moscú.

Bajo la sección Administración Central de la Dirección de Cuentas de la Economía Nacional (ZUNChU), en el bulevar Pokrovski, en el número 2 de la Bolshói Vúzovski pereúlok, encontramos el nombre del estadístico I. Krával, quien fuera el responsable del censo de enero de 1937. En ese mismo año, y debido a que los resultados del censo no satisficieron a la dirección del Partido y del Estado, será detenido bajo la acusación de «enemigo del pueblo» y asesinado. En la Administración Central de la Industria Fotográfica y Cinematográfica, en el número 7 de Maly Gnezdnikovski pereúlok, se menciona, como director, a B. Shumiatski; en el año 1938 Shumiatski será detenido y condenado a muerte. La Comisión Central Estatal para la Determinación de los Resultados de la Cosecha, con sede en el número 12 de la úlitsa Petrovka, tiene como presidente a V. Osinski; en el tercer proceso público de Moscú de 1938, a Osinski lo acusarán, lo condenarán y lo ejecutarán. A. Murálov, sustituto del comisario del pueblo para la Agricultura y presidente del Comité Nacional de Repoblación, con sede en Órlikov pereúlok, 1-11, será detenido en julio de 1937. Como presidente del Comité de Estandarizacióin, en la úlitsa Rázina, 12, se menciona en el directorio a quien, ya en la década de 1920, fuera un conocido poeta del culto proletario y teórico de la Liga del Tiempo, A. Gástiev; un año después desaparecerá y morirá.[17] En las listas de los Comisariados del Pueblo abundan los nombres de personas que sucumbirán muy poco tiempo después. En el Comi-

sariado del Pueblo para la Industria Pesada, además de G. Ordzhonikidze, también aparece el nombre de su sustituto, Y. Piatákov, que será condenado a muerte en el segundo proceso público del año 1937. Otro sustituto, Mijaíl Kaganóvich, hermano del miembro del Politburó y camarada de Stalin, Lázar Kaganóvich, pondrá fin a su vida en un campo en el año 1941. M. Rujimóvich, también perteneciente a la directiva de ese Comisariado del Pueblo, será acusado y fusilado. A. Serebrovski y S. Ratáichak, que también aparecen en esta sección, serán acusados y fusilados en el segundo proceso público de 1937.

En el Comisariado del Pueblo de Correos y Comunicaciones (NKPS), con sede en la Nóvaia Basmánnaia ul., 2 (horario de atención desde las 10 hasta las 16:30 horas), un comisariado dirigido por Lázar Kaganóvich, trabaja todavía, en 1936, Y. Livshits, quien será acusado y condenado en el segundo proceso público.

Sobre el Comisariado del Pueblo para la Defensa (Frunze ul. 19, teléfono para consultas 2-54-31), no existen datos detallados, pero por esas fechas sigue siendo el lugar frecuentado por los generales y oficiales ejecutados entre 1937 y 1938.

Como sustituto del comisario del pueblo para Asuntos Exteriores (Kuznetski most 5/21, tel. 1-82-39) firma en el directorio de 1936 Nikolái Krestinski. En 1938, Krestinski será acusado en el tercer proceso público de Moscú, condenado a muerte y ejecutado. Otro sustituto, Borís Stomoniákov, morirá en prisión en el año 1941.

Bajo la sección del Consejo de los Comisarios del Pueblo de la RSFSR se menciona, entre otros, como comisario del pueblo para la Industria Local, a K. Ujánov, como comisario del pueblo para la Justicia a N. Krylenko, como comisario del pueblo para la Educación a A. Búbnov; también ellos desaparecerán, al igual que el segundo comisario del pueblo para la Justicia, V. Antónov-Ovséienko.

Los datos más escasos se reservan en el directorio para el

Komintern, las organizaciones partidistas, el NKVD y el Comisariado del Pueblo para la Defensa. El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (EKKI) aparece únicamente con una dirección y un teléfono: Manezhnaia plóschad, 1, tel. 0-28-50. El Comité Central del Partido Comunista de toda la Unión también aparece con una dirección y un teléfono: plaza Stáraia, 4, tel. 0-28-50. Las grandes figuras del Partido, las realmente influyentes, aparecen en puestos completamente secundarios. Stalin, por ejemplo, aparece sólo una vez en las 700 páginas del directorio, y tan sólo como miembro del Consejo para el Trabajo y la Defensa, de cuyos integrantes sólo la mitad sobrevive a las purgas. Nikolái Bujarin también aparece, en 1936, en una posición secundaria: como miembro de la Sociedad Soviético-Alemana «Cultura y Tecnología» y como miembro de la Academia de Ciencias; la presidencia se encuentra en la Bolshaia úlitsa Kalushskaia 24.[18] Una figura central en el intercambio de la Unión Soviética con personas de la cultura en Occidente y otros *fellow travellers*, A. Arósev, aparece en la entrada del WOKS, la Sociedad Nacional de Relaciones Culturales con el Extranjero (Bolshaia Grusinskaia ul., 17, tel. D1-65-03);[19] también él será detenido por el NKVD y condenado a muerte el 8 de febrero de 1938. En la Casa de los Escritores Soviéticos (Vorovskovo ul. 50, restaurante tel. 4-84-97) no encontramos en el año 1936 ningún nombre de los escritores importantes de aquellos años, pero sí el del funcionario de la literatura V. Stavski, que será depuesto por poco tiempo en 1938 y más tarde perderá la vida en el frente.[20] Bajo la dirección de la Sociedad para el Fomento de la Defensa, de la Aviación y la Química de la URSS (OSOAVIAJIM SSSR), con sede en la Ráushkaia náberezhnaia 22, nos encontramos con su destacado presidente, R. Eidemán, quien será fusilado el 11 de junio de 1937 acusado de instigar una conspiración militar.[21] Bajo la rúbrica de la Sociedad Deportiva Spartak encontramos como secretario de la organización moscovita (Bolshói Cherkasski

pereúlok, 13) a un tal N. Stárostin, un popular futbolista, que tampoco escapa a la oleada de represión.[22] Entre los miembros de la Academia de Ciencias encontramos a numerosos intelectuales de importancia, como, por ejemplo, el genetista N. Vavílov, quien más tarde será detenido y morirá en la prisión.[23] En el Instituto del Estado y el Derecho Soviéticos nos encontramos en 1936, como director, al catedrático Y. Pashukanis, que será detenido en enero de 1937 y condenado a muerte el 4 de septiembre de ese mismo año.[24] En la Escuela Teatral del Teatro Meyerhold (Gorkovo ul., 15), su director en 1936 sigue siendo Vsévolod Meyerhold, quien será detenido el 20 de junio de 1939 y condenado a muerte en febrero de 1940.[25] En el Museo Municipal de Moscú (Novaia plóschad, 12) todavía trabaja en 1936 el historiador y geógrafo Nikolái Antsiferov, quien un año después será enviado a un campo de trabajo en el Lejano Oriente.[26]

El rastro de la desaparición se extiende también, como luego se pondrá de manifiesto en las listas de los detenidos y fusilados, por los barrios de obreros y las urbanizaciones adjuntas a las fábricas, con sus viviendas y sus barracas. En el directorio aparecen estos no lugares en la periferia de la ciudad, y sólo de manera esquemática: Cherkízovo, Filí (junto al puente de Alejandro), Lefórtovo, Aviamotórnaia, Perovski posiólok y Poklónnaia gora.[27]

En el año 1936, nadie podía sospechar cómo habría cambiado un año después la urdimbre de instituciones y personas que habían formado el directorio actual. Los historiadores averiguarán más tarde que, a principios de 1939, 110 de los 139 miembros y candidatos del Comité Central elegidos en el año 1934 por el XVII Congreso del Partido Comunista habían sido detenidos,[28] y que a mediados de ese mismo año de 1939 en la ciudad y en el territorio de Moscú sólo quedarían ejerciendo su cargo siete secretarios del Partido de aquellos 139, que todos los demás habrían sido arrestados y fusilados y que muchos habían cometido suicidio.[29] También

averiguarán que miles y miles de ellos fueron arrestados y asesinados bajo falsas y absurdas inculpaciones, que los niveles directivos y los aparatos del Estado, de las organizaciones económicas y las fábricas, de los institutos y, sobre todo, del Ejército Rojo habían sido diezmados como nunca había sucedido en ninguna guerra con numerosas víctimas contra un enemigo externo. Una oleada de suicidios había surcado la ciudad y el campo.

Y sin embargo, por su número, las víctimas principales fueron los miembros del Partido, y sobre todo aquellas personas que no pertenecían a ningún partido político, ni al del gobierno ni a ninguno de los partidos contrarrevolucionarios. Sólo en Elektrosavod, una de las más grandes y modernas empresas de Moscú, unos mil miembros de la plantilla se vieron afectados por la ola represiva, y cientos de empleados y trabajadores fueron arrestados en sus mismas oficinas o en las obras del Metrostroi en Moscú. Ninguna profesión, ningún ramo quedó a resguardo de aquella tormenta, de modo que un estudioso puede afirmar lo siguiente:

El cambio surrealista en las organizaciones partidistas locales nos ofrece una idea de las repercusiones que ello tuvo en las instituciones locales. De las 63 personas que fueron elegidas en mayo de 1937 para integrar el Comité Regional del Partido en Moscú, sólo quedaban diez en sus puestos en junio de 1938 y yo he podido encontrar a otros ocho en nuevos puestos de trabajo; los restantes 45 (un 71,4 %) fueron borrados de las listas, y la gran mayoría probablemente perdió la vida. De las 64 personas que integraban el Comité Regional del Partido en 1937 sólo ocho fueron reelegidas nuevamente, otras diez encontraron trabajo en otra parte, y 64 (71,9 %) desaparecieron. En el distrito de Dzerzhinski, los tres primeros secretarios del año 1937 fueron arrestados consecutivamente en un plazo de pocos meses.[30]

Pero, en medio de esta oleada de arrestos y fusilamientos, otros se abrieron paso hacia la cúspide, hacia los cargos que

fueron quedando libres como consecuencia de aquellas purgas. Uno, entre otros miles, fue el joven minero, oriundo del Donbáss, Nikita Jruschov, quien entre 1935 y 1938 sería el primer secretario de organización del Partido en Moscú, es decir, en la práctica, el alcalde de la ciudad.

LISTAS DE FUSILADOS Y RECONSTRUCCIÓN POSTUMA DE LAS DIRECCIONES

La verdadera topografía de la violencia sólo se nos revelará cuando se hayan dado a conocer todos los lugares de las desapariciones. Las prisiones de Lubianka, Butyrka, Lefórtovo, Sujánovka, la prisión de tránsito de Krásnaia Presnía, el presidio interior en la calle Furkásovski, el sótano donde se realizaban los fusilamientos en el Colegio Militar del Tribunal Supremo: ninguno de esos lugares, por supuesto, aparece con su nombre en el directorio de 1936. Aún no se han abierto ni explorado las tumbas en los cementerios: en los monasterios de Donskói y de Novosspaski, en los cementerios de Kalitnikovskoi, Rogózhskoie, Vagánkovskoie, Armiánskoie, Goliánovskoie, en los sitios de las ejecuciones de Bútovo, Kommunarka y en Dmítrov, junto al canal del Volga y el Moscova. En Bútovo yacen unas 25 000 víctimas que fueron ejecutadas allí entre 1937 y 1939; en las fosas colectivas de Kommunarka, por su parte, yacen unos 14 000 fusilados.[31]

El mapa más exacto del terror y de la violencia será el resultado de la reconstrucción de los documentos de la policía secreta. Ésta abarcaba distrito por distrito, calle por calle, casa por casa, por lo menos en la medida en que esto era posible en una ciudad tan marcada por la emigración y la fluctuación como lo era Moscú. El listado en el que figuraban los datos personales, el origen social y étnico y el currículum profesional y político constituyeron la base de las listas a partir de las cuales se hicieron los arrestos. El NKVD se agenciaba sistemáticamente las direcciones en la oficina del

censo, en los catastros (*ádresny stol*) o en los padrones de habitantes (SAGS).[32] Un empleado del NKVD que había realizado numerosas detenciones e interrogatorios entre 1937 y 1938 describía el método de la siguiente manera:

... siguiendo instrucciones de la dirección del departamento íbamos a las administraciones de los edificios de la ciudad de Moscú, revisábamos allí los registros de los edificios y copiábamos los nombres de todas las personas de la lista que tenían un apellido extranjero. Las listas con esas personas eran puestas a disposición de la dirección del departamento especial, y ellos impartían las órdenes a los agentes operativos, otorgándoles el permiso para arrestar a dichas personas...[33]

Un importante material en cuanto a direcciones lo encontramos en los expedientes de los cuadros, por ejemplo, del Komintern, que también verificaba las direcciones para comprobar a los emigrantes políticos.[34] La lista de direcciones más completa y exacta es fruto de las actas de las investigaciones y los procesos de los detenidos y condenados:

La geografía de los arrestos es muy reveladora. En la mayor parte de los casos, se vaciaron los edificios en los que vivían los emigrantes políticos, los colaboradores del Komintern y los trabajadores especializados extranjeros invitados al país por el Gobierno soviético. Por ejemplo, el edificio número 3 de la úlitsa Obuja (que hoy vuelve a llevar el nombre de Vorontsovo pole), donde vivían los emigrantes políticos en residencias, se quedó vacío hasta el último inquilino. Tras la repatriación de las familias de los arrestados, el edificio pasó a ser propiedad del NKVD. También quedó completamente vacío el edificio de viviendas de los números 3-5 del bulevar Smolenski, que en llas décadas de 1920 y 1930 pertenecía a la Sociedad Prometei, con cuyos recursos fue construido... Tras el aplastamiento de las organizaciones letonas en el año 1938, la casa se le entregó a la Glavlit, a la que perteneció hasta el año 1957.[35]

En el Kuznetski most se encontraba, en la segunda planta del edificio con el número 22, la residencia de los estudiantes alemanes del Instituto de Cinematografía. Tras su detención, se halló un nuevo uso para el inmueble. Allí está ahora la sala de lectura del Servicio Federal de Seguridad (FSB); además de los investigadores, los familiares de los investigados pueden estudiar aquí las actas de investigación de sus seres queridos.[36]

Las más afectadas por los arrestos fueron las «Casas de los Soviets», sobre todo la «Casa del Gobierno», que en cierto modo quedó despoblada entre los años 1937 y 1938 y ocupada por otras personas.[37] También se vieron afectadas las calles del centro de la ciudad, Gorkovo y Arbat, donde estaban las elegantes viviendas de la elite, que tanto codiciaban los envidiosos y los denunciantes. Hubo también muchos detenidos en algunas zonas de residencia privilegiadas, con estupendos edificios de antigua construcción, a lo largo de la calle Kropótkinskaia, por ejemplo, de la Kirovskaia, de la Bolshaia Brónnaia, de la Pokrovka y de la Pliuschija. En la Varsonófievski pereúlok algunos pisos cambiaron de inquilinos varias veces en poco tiempo.

En el antiguo barrio de Zamoskvorechie sufrieron sobre todo los inquilinos de las calles Bolshaia Polianka, Bolshaia Ordynka, Piátnitskaia, Yakimánskaia y Novokuznétskaia por las edificaciones de la época del cambio de siglo. Más allá del Anillo de los Jardines arrestaron a muchas personas en la Bakínskaia y la Novobasmánnaia, así como en las tres calles Meschanskaia, en las que tenían vivienda muchos colaboradores del NKVD. Una larga lista de detenidos afectó también a la avenida Leningrado. Allí vivían los especialistas que trabajaban en las obras y proyectos del canal del Volga y el Moscova, situados al norte de Moscú. De los territorios de la periferia de Moscú, el más afectado fue Kuntsevo, un codiciado lugar para dachas y zona residencial de las elites soviéticas. A partir de datos concretos sobre direcciones

se puede determinar también el grado de hacinamiento de la ciudad y la extrema escasez de viviendas. Los arrestos fueron hechos en barracas, talleres ferroviarios, fábricas, hospitales, en almacenes del puerto, en cementerios, en las casetas de vigilancia de las fábricas y en edificios de monasterios abandonados o en campanarios entretanto habitados.[38]

Una contribución adicional para la cartografía de la topografía moscovita de la violencia nos la aporta el enemigo externo. Durante los preparativos del ataque militar a la Unión Soviética, los alemanes, basándose en material soviético y en investigaciones propias hechas *in situ*, confeccionaron mapas y una lista en la que estaban consignados los nombres y las direcciones de quienes pensaban capturar. Este mapa de Moscú en 1941, de una inmensa precisión, y la lista de personas buscadas, contenía detalles sobre cientos de propiedades y daba los nombres de las 5256 personas a las que debía arrestarse tras la invasión de la URSS, entre ellos, por supuesto, Stalin, los escritores Iliá Ehrenburg y Alekséi Tolstói, el pianista Emil Guilels, pero sobre todo varios dirigentes del Partido, colaboradores de la Seguridad del Estado, emigrantes políticos alemanes y antifascistas que habían encontrado refugio en la URSS.[39]

Todo esto—los arrestos y los fusilamientos masivos, la desolación de toda una ciudad y de un país entero por aquella oleada de terror—todavía queda fuera del horizonte de los redactores que editaron el directorio *Toda Moscú* en el año 1936. Aquel torbellino de terror hace imposible que se continúe escribiendo el directorio. Ninguna redacción hubiera podido mantener el ritmo vertiginoso con el que las personas eran barridas de sus puestos y destruidas, mientras otras ocupaban su lugar. El fin del directorio como institución de la rutina y la transparencia de la vida urbana es un indicio de la irrupción de una nueva era.

LA FABRICACIÓN DE ENEMIGOS: LA CAUSA CONTRA EL CENTRO TERRORISTA TROTSKISTA-ZINOVIEVISTA, 19-24 DE AGOSTO DE 1936

CRÍMENES DE LA HISTORIA UNIVERSAL: LA RETÓRICA DEL PRIMER PROCESO PÚBLICO DE MOSCÚ, *123* — EL ECO DE LA VIOLENCIA: CÓMO SE TRASLADA AL LENGUAJE UNA GUERRA CIVIL LATENTE, *129* — LA FIGURA DEL «IMPOSTOR», *132* — EL NACIMIENTO DEL PROCESO PÚBLICO A PARTIR DEL ESPÍRITU DE LA JUSTICIA DE LINCHAMIENTO, *134* — EL ENEMIGO IDEAL, *137*

Los procesos públicos no son, en primera instancia, un procedimiento jurídico, sino acontecimientos mediáticos. La propia retórica pone de manifiesto que no se trata de encontrar la verdad y de aplicar una pena justa:

> Terrible y monstruosa es la cadena de estos crímenes dirigidos contra nuestra patria socialista, crímenes de los que cada uno de ellos, por separado, merece el más severo castigo. Terrible y monstruosa es la culpa de esos criminales y asesinos, que han alzado su mano contra los líderes de nuestro Partido. [...] Monstruosos son los crímenes de esta banda que no sólo prepara actos terroristas, sino que ha asesinado a uno de los mejores hijos de la clase trabajadora, el inolvidable Serguéi Mironovich Kírov.[1]

Cuatro veces toma impulso retórico Andréi Vyshinski, fiscal general de la URSS en la causa contra el centro trotskista-zinovievista, a fin de ir elevando el tono adecuado para su alo-

cución final. A los acusados, sentados delante de él, los tilda despectivamente de «banda de traidores y aventureros, gente mezquina y ladradora, que se ha enfadado con un elefante», «no son políticos, sino una banda de asesinos, de delincuentes y criminales». Y luego cierra su discurso, en la sesión matutina del proceso, el 22 de agosto de 1936, con las siguientes palabras: «¡Exijo que estos perros rabiosos sean todos fusilados!».[2] Una vez que los acusados han hecho uso de la palabra, el Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS cumple con dicho encargo y, en la madrugada siguiente, a las 02:30 horas, «condena a los dieciséis acusados a la pena máxima por fusilamiento y a la confiscación de todos sus bienes personales».[3] El veredicto se ejecuta antes de que transcurra el plazo de clemencia de setenta y dos horas, en el sótano de la Lubianka, a tan sólo cinco minutos andando de la sala del tribunal, situado en la Casa de los Sindicatos.

Después de cinco días de deliberaciones quedaba atrás un público que se mostraba perplejo, desconcertado, conmocionado o al menos bastante molesto por no ser capaz de encajar aquello que había tenido lugar ante sus ojos. Los acusados no eran «enemigos del poder soviético», tal y como se les había presentado en estos últimos procesos públicos—ingenieros, directores de fábrica, gente «de antaño», de la época anterior a 1917—, sino revolucionarios, compañeros de lucha de Lenin, conocidos dirigentes del Partido, antes de que se pusieran del lado de la oposición a Stalin. Y ahora, a todos ellos debía vérseles como asesinos, conspiradores y terroristas que habían planeado derrocar a la cúpula dirigente del país soviético con violencia y por propia mano. Aún más desconcertada se mostraba la opinión pública ante las autoinculpaciones y las confesiones de hombres que, antes de la Revolución, habían luchado en la clandestinidad, que habían pasado largos años en el exilio o en el destierro y que se habían negado a retractarse de sus ideas bajo las condiciones más difíciles. Por grande que

fuera el abanico de reacciones, hubo una delegación de juristas británicos que reconoció al proceso un correcto desarrollo. Para André Gide, quien partió de la URSS el día en que se dictaba sentencia, el proceso constituyó una de las razones para distanciarse del país soviético. Lo que quedó detrás fue una mezcla de horror y desconcierto.[4] Y así ha sido hasta hoy, a pesar de toda la labor de esclarecimiento con la que contamos en la actualidad sobre la minuciosa preparación de los juicios, sobre todo el trabajo de dramaturgia y de instrumentalización de dichos procesos.[5] A pesar de todo lo que podemos decir hoy día en cuanto a detalles sobre los interrogatorios previos al juicio, sobre los métodos de tortura aplicados, sobre el uso del arresto a familiares, sobre las falsas promesas de perdonar la vida a los acusados, y sobre la manipulación de los observadores y corresponsales extranjeros, sigue quedando ese momento de perplejidad ante algo fantasmal e incomprensible. Por regla general, los esfuerzos van dirigidos a entender éste y los siguientes «procesos de Moscú», a comprender aquello que sucedió o que debió de suceder «entre bambalinas»; ello ha ganado transparencia, sobre todo, gracias a la publicación de la correspondencia interna entre el núcleo duro del poder, de las actas de los careos y los interrogatorios.[6] Sin embargo, el análisis de lo que se expresó en la tribuna pública, en la Sala Octubre de la Casa de los Sindicatos, el edificio de la antigua Asamblea de Aristócratas, no resulta menos revelador. Vyshinski no fue el autor de aquella pieza teatral puesta en escena en agosto de 1936; eso había sucedido mucho tiempo antes, en las reuniones del Politburo, en las reuniones destinadas a preparar el guión, en los interrogatorios y los careos y, hasta el último momento, también durante el proceso, en los telegramas y llamadas telefónicas que se intercambiaron entre Moscú y el balneario de Sochi.[7] Pero Vyshinski sí fue el hombre al que se le podía confiar aquella pieza teatral de elenco tan relevante, el virtuoso que disponía de todos los

registros que se necesitaban para demostrar al país cuál era el rumbo de aquel viaje.

CRÍMENES DE LA HISTORIA UNIVERSAL: LA RETÓRICA DEL PRIMER PROCESO PÚBLICO DE MOSCÚ

Andréi Vyshinski (1883-1954) no se permitía ningún desliz. Era demasiado culto para ello, demasiado versado, y tenía muy buen entrenamiento. Nacido en Odesa, en el seno de una acomodada familia de origen polaco, hizo su examen estatal de Derecho en 1913, en la Universidad de Kiev, y se unió al ala menchevique de la socialdemocracia rusa; sólo después de la Revolución (en 1920) se unió a los bolcheviques. Entre 1925 y 1928 fue rector de la Universidad de Moscú, y durante el Primer Plan Quinquenal trabajó en el Comisariado para la Educación del Pueblo. En el año 1927 destacó con un «Curso de Derecho Penal», de 1935 a 1939 fue fiscal general del Estado, y más tarde, hasta el final de su vida, tuvo distintos puestos de importancia en el Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores y en la diplomacia internacional. Cuando, en 1936, asumió el papel de fiscal en el primer proceso público de Moscú, ya había dirigido otros procesos públicos tristemente célebres: contra los ingenieros de Shájty, contra los ingenieros de Metro-Vickers, contra los mencheviques, contra el llamado Partido Industrialista.[8] Puesto que las tareas y los resultados tanto de este proceso como de los anteriores ya estaban fijados, lo único que importaba era lograr el mayor efecto propagandístico posible, capaz de movilizar a las masas. El mensaje, en este caso, era vincular a un grupo de antiguos y destacados bolcheviques—que entre los años 1925 y 1926 habían pertenecido al bloque unificado de la oposición—con un segundo grupo, compuesto fundamentalmente por jóvenes miembros del Partido Comunista de Alemania (KPD) que habían emigrado a la URSS,

e inculparlos de estar implicados en actividades terroristas.[9] Los más destacados entre ellos—Zinóviev y Kámenev—ya habían sido acusados y condenados en un proceso previo contra el centro moscovita, en 1935, por su supuesta complicidad en el atentado contra el jefe del Partido en San Petersburgo, Serguéi Kírov. Ahora, sin embargo, no sólo debían rendir cuentas por una responsabilidad moral y política, sino por su participación directa y personal en el asesinato de Kírov y en la preparación de otros atentados homicidas contra la cúpula dirigente soviética, concretamente contra Stalin, Voroshílov, Zhdánov, Kaganóvich y Ordzhonikidze. Ambos grupos, según la parte acusadora, habían sido puestos en contacto, ya en el año 1932, por Trotski y su hijo en la ciudad de Berlín. En el banquillo de los acusados—y también en el veredicto tras el proceso—están presentes todo el tiempo como principales acusados, *in absentia*, Lev Trotski y su hijo, Lev Sedov. En todo el juicio no se presentó ningún documento, ninguna prueba de lo afirmado. Todas las cartas y «directivas» supuestamente redactadas por Trotski son citadas de memoria, pero jamás son presentadas físicamente. El tribunal se atiene a la conclusión de que la forma más elevada de encontrar la verdad no es la prueba material, sino la confesión de los acusados, un criterio que también era compartido por algunos observadores, que no salían de su asombro por el comportamiento «libre y natural» de los acusados ante el tribunal.

En este proceso no importaban las pruebas, ni siquiera importaban las protestas o las refutaciones, que las hubo, sobre todo en la primera fase, por parte de Iván Smirnov, un antiguo compañero de lucha de Trotski que se negó a admitir el haber preparado personalmente aquellas acciones terroristas. Pero el significado o el sentido del proceso no consistían, desde el principio, en ofrecer pruebas, sino en contar una historia fantástica que debía insuflar miedo y sembrar confusión. En lugar de probar la incongruencia de numerosos de-

talles o de esclarecerlos en una especie de contrarréplica, lo importante era que esos detalles incongruentes y fantásticos transformaran un insulso proceso político y meramente propagandístico en un espectáculo que hechizase al público y lo llenara de horror. Vyshinski es un gran narrador y un gran director de escena de casos criminales. Dispone de la ilimitada fantasía de un teórico de la conspiración, pero también cuenta con el aparato del NKVD, cuyos especialistas en interrogatorios y en torturas están en condiciones de producir *ad libitum* historias, biografías, acontecimientos y conexiones. Las historias de Vyshinski tienen la ventaja de que no deben ser demostradas: vinculan el mundo pequeño, *in situ*, con la lucha histórica y universal en la arena internacional, en la que se están produciendo transformaciones que cortan el aliento, donde los revolucionarios se desenmascaran de repente como contrarrevolucionarios, donde se producen incidentes inesperados que han de ser esclarecidos, y donde nosotros—testigos oculares y auditivos de ese gran proceso de desenmascaramiento—tenemos que cambiar a un ritmo de vértigo de un escenario a otro, de un encuentro con Trotski en el Hotel Bristol de Copenhague a una fábrica de tractores en Cheliábinsk, en los Urales, de un encuentro en un café de la Leipziger Strasse en Berlín a otros encuentros secretos en la Biblioteca Eslava de Praga, donde uno de los implicados recibe un pasaporte y otras instrucciones. Los escenarios cambian a un ritmo de vértigo. Los actores se pasan el tiempo viajando en trenes, y allí se produce un encuentro conspirativo entre el acusado Mrachkovski y Yevdokímov, en un vagón especial;[10] otros se citan en plazas muy conocidas de Moscú o en la Nürnberger Platz de Berlín. Uno de los acusados—Pikel—parte de viaje incluso a Spitsbergen, para pasar a la clandestinidad durante un tiempo.[11] Las rutas de viaje y las circunstancias son fantásticas, incluso estrafalarias. El acusado Valentín Olberg, oriundo de Riga, por ejemplo, emprende un viaje desde Berlín hasta Moscú; por el camino,

en su condición de apátrida, se agencia un pasaporte en Praga, y luego pasa a la clandestinidad en Moscú con el fin de preparar un atentado contra Stalin. A continuación prosigue su viaje a Stalinabad, para trabajar allí temporalmente como maestro de historia; pero ahí no acaba todavía su periplo: el hombre regresa a Praga, donde, apoyado por su hermano, se acerca a un agente de la Gestapo que, a cambio de trece mil coronas checas, le consigue un pasaporte de la República de Honduras.[12] Otro acusado—Natán Lurié—trabaja como cirujano en Cheliábinsk, donde prepara un acto terrorista contra Kaganóvich y Ordzhonikidze, pero luego realiza un acto terrorista en Leningrado contra Zhdánov.[13] El acusado principal, Zinóviev, escoge personalmente a sus «cuadros terroristas» y los somete a ciertas pruebas individuales. Sus cómplices en la conspiración dominan todo el repertorio de la traición, la conspiración y el camuflaje. Escriben cartas con tinta invisible, colocan hojas entre las páginas de un determinado libro, sacan dinero a ciertas instancias oficiales a fin de financiar sus actividades conspirativas. Se ganan, además, por vías deshonestas, la confianza de ingenuos ciudadanos de los que se aprovechan para llevar a cabo sus oscuros objetivos. Muchos de los acusados son presentados como figuras quebrantadas, «tipos rotos», existencias fracasadas. Otros, por su parte, sólo se comportaron de manera irresponsable e incauta y se adentraron por el mal camino, del que habrán de ser sacados nuevamente con la ayuda solidaria del Partido Comunista y de los ciudadanos que están alerta.

Se nos presenta a un conjunto de individuos y caracteres muy dispares a los que les une, sin embargo, una cosa: su odio incondicional contra el poder soviético, sobre todo contra Stalin, y su objetivo es derrocar ese poder. Vyshinski nos conduce hasta el oculto y excitante mundo de las conjuras y los círculos conspirativos; es cierto que pone en entredicho que esto tenga nada que ver, por ejemplo, con la tradición conspirativa del movimiento libertario ruso o con

la organización terrorista *Naródnaia volia*. En comparación con esos héroes idealistas, los acusados del año 1936 son una simple banda de asesinos. Como miembros de ese entorno, se aplican en crear una esfera secreta, casi como las que conocemos de las novelas por entregas o de las películas policíacas. Uno de los códigos secretos de los conjurados es, por ejemplo: «Le traigo saludos de Galia». O, a veces, dan como señal de reconocimiento determinadas páginas de un tomo de *Las mil y una noches*. Los acusados Golzmann y Sedov se identifican, en sus encuentros conspirativos en las cercanías del parque zoológico de Berlín, por el número de publicación del *Berliner Tageblatt* o del *Vorwärts*.[14] Los conspiradores se citan en pisos privados, por ejemplo, en el piso de Kámenev, situado en el número 15 de la calle Karmanizki, o en la casa de verano de Zinóviev en Ilínskoie. De todos modos, ninguno de los atentados tuvo éxito. El acusado Berman-Yurin tenía el encargo de disparar contra Stalin con su pistola Browning en el XIII Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, para que el atentado tuviera también el adecuado eco político a nivel internacional. Pero por una vez todo falló en el momento de conseguir las entradas que debían proporcionarle; en otra ocasión el agresor no tenía buena visibilidad sobre el agredido, ya que había mucha gente agolpada en el palco.[15] Otro atentado debía realizarlo, en el Secretariado del Comité Central, el secretario personal de Zinóviev, Bogdan, pero el atentado fracasó. Para entonces, el propio Bogdan ya no puede decir nada sobre esa inculpación, ya que había cometido suicidio, una muerte que, en realidad, fue un asesinato.[16] Otro atentado contra Stalin estaba planeado, supuestamente, en la Academia de Ciencias. Natán Lurié estaba al acecho del camarada Voroshílov para atentar contra él, por encargo de la policía secreta fascista, pero el plan se malogró una vez más.

Hemos visto el coche de Voroshílov mientras pasaba por la calle Frunze. Pero de todos modos viajaba a demasiada velocidad.

Disparar a un auto que viaja a demasiada velocidad es una estupidez; llegamos a la conclusión de que no tenía sentido.[17]

Natán Lurié tiene intenciones de disparar con su Browning a Zhdánov en la plaza Urítskogo de Leningrado durante el desfile del Primero de mayo, pero éste pasa muy lejos de él.[18] Cuando es necesario, los acusados ofrecen detalladas tomas de postura política, como las que pueden encontrarse en cualquier editorial de periódico o en cualquier manual; por ejemplo, Kámenev, quien con toda la serenidad de espíritu, sin moverse apenas, responde con un «Sí» a la pregunta de Vyshinski sobre si «el asesinato de Kírov ha sido obra de sus propias manos».[19] Los puntos de las acusaciones son de tal modo surrealistas y extravagantes, que el propio fiscal se pregunta:

¿Es posible que todo esto sea una invención? ¿Es posible que Fritz David y Berman-Yurin se hayan sacado estas fantásticas historias de la manga? ¿Será todo una invención, la cháchara irresponsable de acusados que se esfuerzan por decir en contra de otras personas todo lo que se les ocurra, a fin de aliviar en algo el destino que les espera? ¡No! ¡No son invenciones, no son fantasías! ¡Esta es la verdad! Por este programa [de la política exterior; nota de Karl Schlögel], nuestro pueblo soviético colgará del primer poste a los traidores. Y lo tendrán pero que muy bien merecido.[20]

Hubo por lo tanto, según este escenario, una red de conspiradores que operaban por todo el país—incluso en todo el mundo: entre Moscú, Copenhague, Praga y Berlín—, que cambiaban sus identidades y viajaban con el único propósito de realizar actos terroristas, ninguno de los cuales, por cierto, tuvo éxito, salvo el del asesinato de Kírov; personas a las que no se podía identificar, porque tenían excelentes tapaderas, y que se presentaban no como contrarrevolucionarios, sino como miembros del Partido y activistas del mismo.

EL ECO DE LA VIOLENCIA: CÓMO SE TRASLADA AL LENGUAJE UNA GUERRA CIVIL LATENTE

Vyshinski domina también otros registros. Además de todo el universo de la conspiración y del terrorismo, también sabe evocar imágenes *kitsch* de la Unión Soviética:

> Florece nuestra gran patria, prosperando alegremente. Con su riqueza, se mece el oro de los cereales en los campos de las numerosas granjas colectivas, y con el pecho henchido respiran miles de nuevas fábricas y empresas socialistas del movimiento estajanovista. Unidos, de forma maravillosa, trabajan los ferrocarriles para el bien de nuestra patria, por cuyas infinitas cintas de acero espejeante viajan a toda velocidad, de un extremo a otro del país, los trenes de Krivono, las rutas Krivono...[21]

Pero el trasfondo de sus discursos en el tribunal es un sonido sombrío, el de una amenaza y un peligro insólitos. El tono catastrófico que entona no se deriva, ciertamente, del miedo a las actividades de conjunto de conspiradores aislados, desesperados, que ocultan sus verdaderos propósitos, sino de la intuición de que, obviamente, todo está en juego si no se coge a esos conspiradores.

La violencia de la que habla Vyshinski existe realmente, y existe, en efecto, no sólo en el momento del atentado, en el que fue asesinado un importante funcionario del Partido de gobierno, Kírov. Sólo es necesario recordar lo siguiente: aún no han transcurrido seis años desde que todo aquel enorme país se viera sacudido por graves disturbios que las tropas de la GPU solamente pudieron controlar con esfuerzo. No han pasado todavía cinco años desde que centenares de miles de campesinos fueran deportados de sus aldeas hacia el lejano norte. En algunas regiones, el dominio del Partido, que apenas existía en el campo, se había resquebrajado, y sólo pudo ser restituido en una especie de «Reconquista» llevada a cabo por tropas especiales que operaban desde las ciudades. En

rebeliones y revueltas, los campesinos se sublevaron primeramente contra la confiscación forzosa de los cereales y luego contra su integración, también forzosa, en granjas colectivas. Los informes de la OGPU y del NKVD recogían miles de asaltos, actos de venganza y otras escaramuzas de mayor o menor envergadura. En muchos sitios, las rebeliones de mujeres estaban en el orden del día. Los funcionarios locales del Partido Comunista o de la Unión de Jóvenes Comunistas (Komsomol) eran atacados o asesinados. Los campesinos preferían sacrificar sus reses en lugar de entregarlas a los koljoses y sovjoses. Los disturbios registrados muestran un país en fermentación, un país revuelto, en una especie de guerra campesina, a veces oculta y a veces declarada. En enero de 1930 se registran 400 acciones masivas en toda la URSS, en febrero ya son 1048, en marzo 6528, hasta que en ese mismo mes de marzo de 1930 se produce por fin un retroceso, y los funcionarios locales son acusados de haber «agravado» la situación relacionada con la colectivización. A finales de marzo de 1930 se producen acciones masivas de los campesinos en el norte del Cáucaso, y en ello se emplean tropas regulares contra los campesinos rebeldes. En todo el año 1930 se registran 13 755 levantamientos masivos en todo el país. Centenares de miles de esos rebeldes fueron deportados. En el año 1930, 20 201 personas fueron condenadas a muerte en las aldeas por parte de ciertas comisiones especiales. Al mismo tiempo, fueron millones y millones los que huyeron de esas aldeas hacia las ciudades, a fin de trabajar en las nuevas obras en construcción. Ello significaba que con cada huido del campo, con cada emigrante campesino, se filtraron en las ciudades las imágenes de las ejecuciones, de las deportaciones de vecinos de aldeas y pueblos enteros, de los registros en las viviendas y los fusilamientos. «La Unión Soviética, en tiempos de paz, más de diez años después de que acabaran las sangrientas guerras, se encontraba en un estado equivalente a una destrucción militar».[22] El país se hallaba en una

situación en que hasta los más duros entre los duros se veían reconcomidos por la duda de si podrían sobrevivir a esa crisis. Obreros en huelga, disturbios entre los estudiantes, protestas entre los creyentes contra la persecución a la que se sometió a la Iglesia o contra las demoliciones de los templos.

Por mucho que esa tensa situación se distendiera en los años siguientes—hubo, en 1934, el llamado «Congreso de los Vencedores», y tras la eliminación del sistema de bonos y de racionamiento, tras la autorización parcial de las superficies de cultivo privadas y de los mercados de los koljoses, se hablaba incluso de otra «Nueva Política Económica»—, apenas cambió nada en lo relacionado con el foco de tensión fundamental.[23] La ola de terror que sucedió al atentado contra Kírov en diciembre de 1934, el proceso contra el «Centro de Moscú» en 1935, la deportación de los llamados «parásitos sociales» de las capitales, expresiones comunes como éstas: «Hubiera sido mejor que, en lugar de a Kírov, hubiesen matado a Stalin» o «Si Lenin estuviera, todo iría mejor»..., todo ello apunta a un país que no se encontraba en estado de paz, sino a un país en estado de excepción.[24] Miles de antiguos opositores—adeptos de Trotski, de Zinóviev, de la oposición obrera y de otras facciones—fueron detenidos después de 1934 y enviados al destierro, lo cual constituyó la punta de lanza de una oleada de represión profiláctica y bien encauzada que tenía como objetivo algo más que la neutralización de pequeños grupos opositores fragmentados. La evolución de la situación internacional contribuyó lo suyo a todo esto, sobre todo a fomentar el miedo ante un posible inicio de la guerra. En Alemania los nazis habían llegado al poder, y no podía caber ninguna duda sobre su odio militante contra los bolcheviques. Para algunos fue una casualidad que la remilitarización de Alemania coincidiera con el comienzo del proceso contra el «centro trotskista-zinovievista» el 19 de agosto de 1936; para otros existía una relación obvia: el enemigo interno estaba en contacto con el enemigo externo.

En la retórica del primer proceso público de Moscú se oye el eco de los excesos de violencia que habían barrido el país en los últimos años. El país estaba maduro para una erupción de violencia, para un pogromo contra todos aquellos que, a ojos del pueblo, pudieran ser presentados como responsables por todo lo que le habían hecho.[25] La necesidad de encontrar un enemigo era casi infinita, pero al Partido en el Gobierno no podía convenirle un brote de violencia espontáneo si éste se dirigía contra sí mismo y fuera capaz de hacer temblar a la dictadura del Partido, a la policía secreta y al Ejército. Vyshinski—que así lo había planteado en sus escritos hasta ese momento, y así lo hará también en el futuro—no era «un nihilista de la Justicia» (como tampoco lo era Stalin), sino que confiaba en «la formalidad jurídica del terror».[26]

LA FIGURA DEL «IMPOSTOR»*

La figura del «impostor», situada en un primer plano en aquel proceso público de 1936, se acuñó para aquellos que habían renunciado aparentemente a su actitud opositora para ser acogidos de nuevo en el seno del Partido, pero que, en realidad, se mantuvieron fieles a sus antiguos puntos de vista disidentes.[27] «Impostor» era otra forma de expresar hipocresía, deshonestidad. Cuando la dirección del Partido, a comienzos del Primer Plan Quinquenal, puso rumbo hacia la industrialización y la colectivización, muchos de los adeptos de la antigua «oposición de izquierda» sellaron la paz con la organización, pues creían reconocer en ese giro el programa que ellos mismos habían defendido. Conocidos repre-

* Después de sopesar otras variantes para el término alemán *Doppelzüngler* (literalmente, 'el que habla con dos lenguas', en ruso, *Dvurúshnik*, *двурушник*), nos hemos decidido por el vocablo peyorativo «impostor», porque creemos que es el que mejor designa el término habitual en aquellos procesos públicos y, en general, en la sociedad moscovita de la década de 1930. *(N. del T.).*

sentantes de la izquierda respaldaron el liderazgo de Stalin, quien de ese modo se otorgó una nueva legitimación frente al «oportunista desviacionismo de derecha» de Bujarin, que había rechazado aquel ataque frontal al campesinado. La acusación de «impostor» se convirtió en un estigma para todos—tanto para los que tenían una orientación de «izquierda» o de «derecha» como para los que sentían afinidad por las posiciones de Trotski o Bujarin—, pero de un modo especial para los que conservaron un resto de independencia frente a la dirección partidista de Stalin y no renunciaron a pensar por sí mismos. De esas personas todavía había más que suficientes en un país que había dejado atrás casi dos décadas de disturbios y de autoafirmación, también en las filas del Partido y en sus aledaños. Los tiempos de revolución son tiempos de «pensamiento frenético», de «obstinación», y en ese sentido hubo también, en torno al Partido Comunista de Rusia, suficientes individuos más que preservaron una forma de pensar independiente. En otras palabras: la condición de «impostor», esa mezcla de acomodamiento y obstinación, ese oportunismo del día a día, no era una actitud limitada a una secta política, sino un estado del intelecto, un *way of life* dentro del Partido, en su entorno más próximo y quizá también en todas partes donde hubiera ciudadanos comunes y corrientes, que vivían bien asentados en la realidad de la vida y tenían que vérselas con un poder ajeno a la realidad y ciego para con ella. La «doble manera de pensar», en épocas de cambios bruscos, no era una postura o una actitud excéntrica y marginal, sino un *mainstream* que intentaba encubrir la obstinada independencia de las opiniones y las concesiones hechas.

A diferencia de la moralista y moralizante estrechez del término, esta nueva connotación refleja una situación en la que se pone claramente de manifiesto toda la desesperanza del proyecto bolchevique al intentar acabar con dicha actitud, poniéndola en la picota. Vista así, la actitud del «impos-

tor» es la práctica de entrar en un koljós bajo coacción, pero en verdad seguir actuando como un campesino privado; ser un «farsante» es cuando un militante del Partido apoya una línea general de cuyo carácter fallido está más o menos convencido; actuar como un «impostor» es apoyar ciertas tesis en reuniones públicas del centro de trabajo—o en un instituto o en una fábrica—de las que uno, de todo corazón, se mofa por encontrarlas infantiles. Un partido de gobierno que pretenda medirse con esa actitud «impostora», o que incluso piensa abolirla, está condenado al fracaso. El «impostor» es, por lo tanto, una figura salida de la masa, y cuando esa figura es atacada de un modo medular en un proceso público, de lo que se trata es de neutralizar no solamente a un grupo opositor sectario o minoritario, sino que lo que importa es disciplinar a los miembros comunes y corrientes de la sociedad, incluso a la sociedad misma, sobre todo a aquella parte de ella que actuaba en el entorno del Partido: entre los que verificaban los carnés del Partido en los años 1934 y 1935, centenares de miles de personas se vieron sometidas a penosos procesos de crítica y autocrítica.[28] Con el término *impostor*, Vyshinski no sólo habla del delito cometido por un pequeño grupo—«colarse en el seno del Partido y ganarse la confianza del mismo, en especial la confianza de Stalin» y, paralelamente, trabajar en perjuicio del mismo—,[29] sino de un estado de ánimo predominante en toda la sociedad, una actitud social, un estado mental bastante difundido.

EL NACIMIENTO DEL PROCESO PÚBLICO A PARTIR DEL ESPÍRITU DE LA JUSTICIA DEL LINCHAMIENTO

La formalidad judicial del proceso de agosto de 1936—y del que le siguió más tarde—es un aspecto engañoso si se pretende analizar con ella las raíces históricas de los procesos públicos. Por supuesto que hay un tribunal, un juez que preside ese tribunal, un fiscal y un abogado de la defensa—cu-

riosamente, en el proceso todos los acusados renunciaron a tener un abogado defensor—; existe también una opinión pública sobre el juicio, unas actas, etcétera. Pero dado que el tribunal, la parte acusadora, la defensa y la opinión pública no son instancias independientes entre sí, sino más bien eslabones de un único mecanismo unificado, se trata por lo tanto de un seudotribunal, al que no le interesa hallar la verdad ni impartir justicia. Y a eso apunta la historia de cómo surgió el proceso público. Procesos públicos hubo ya desde los primeros días del poder revolucionario, que todavía se basaban en «una concepción nihilista del derecho» y en los cuales el proceso era «más bien un medio de continuar la guerra civil por otros medios».[30] En él se exhibía el poder del proletariado, el cual no se expresaba en el atenerse a determinadas prescripciones procesales, sino en el instinto de clase, en un partidismo decidido que establecía una diferencia cuando el crimen era cometido por elementos «socialmente ajenos» o por gente «de antaño» o incluso por proletarios y trabajadores; ello tenía consecuencias para la valoración de un delito y también para la medida punitiva. Mucho más importante que la función del castigo era la exhibición de ese poder: el trasfondo social de un modo de proceder, el de un criminal, la intención preventiva y reformadora asociada a ello. Mientras que ante los integrantes de la clase explotadora se mostraba poca indulgencia, frente a la «propia gente» se apostaba por la mejora y la reeducación. El admitir errores, la disposición a «confesar valiente y públicamente la propia falta», era la condición para retornar al trabajo conjunto, con igualdad de derechos, y conseguir la rehabilitación total. La «honesta confesión de una culpa», inducida por el aleccionamiento, la advertencia, la crítica constructiva de colegas y camaradas, así como la autocrítica, en la que los acusados manifestaban entender su responsabilidad y su culpa—procedimientos y prácticas muy habituales dentro de las filas del propio Partido Bolchevique—, se convirtie-

ron entonces, en cierto sentido, y entre una opinión pública dominada por el Partido, en rutina. La disposición a aceptar la crítica y la advertencia de su entorno, el «exponerse» a la reprobación y a la crítica públicas, creó un espacio de comunicación en que las personas consideraban como algo obvio ver siempre el comportamiento propio con los ojos de los demás, verlo comentado por ellos; era la panóptica escena original que constituía la base para imponer la disciplina y, sobre todo, la autodisciplina.[31]

En agosto de 1936 el proceso público ya tenía antecedentes históricos, en particular el proceso contra los ingenieros de Shájty del año 1928, los procesos contra el llamado Partido Industrialista en 1930 y contra el Buró Nacional Menchevique en 1931 (el proceso contra el Partido de los Campesinos Trabajadores ni siquiera tuvo lugar).[32] En el proceso de Shájty, de lo que se trataba era de «desenmascarar la mentalidad de un grupo social, de denunciarla y condenarla», la de aquellos antiguos especialistas, ingenieros y técnicos; en este caso, hubo incluso alegatos para que se los absolviera. El proceso contra el Partido Industrialista se dirigió contra la *intelectualidad técnica*, los *intelectuales en general*, y *contra* el extranjero; acabó con penas de muerte que fueron condonadas y reducidas a penas de cárcel. En el proceso contra el Buró Nacional Menchevique se llegaron a imponer hasta diez penas de cárcel, y en todos los procesos los acusados declararon que habían dispuesto de un tiempo para reflexionar y comprender sus faltas, por lo que, tras confesar su culpabilidad, solicitaron que se les permitiera poner sus conocimientos y su mano de obra en beneficio del Estado soviético.[33] En 1931, por lo tanto, ya estaban disponibles, fragmentariamente, todos los elementos de los procesos públicos: el reparto de las tareas político-morales, la fabricación de los hechos y las confesiones, la práctica de las confesiones de culpabilidad. Lo nuevo en el primer proceso público de 1936 era otra cosa: se trataba del primer proceso contra miembros del gru-

po dirigente revolucionario, y lo que se debía forzar no era únicamente la confesión de una responsabilidad política y moral en general, sino la participación inmediata y personal en el crimen correspondiente. Además, se solicitaba por primera vez la pena de muerte para las personas del propio bando, pena que se ejecutó. Con ello se franqueaba un límite en tres sentidos: y ello significó un auténtico punto de inflexión.

EL ENEMIGO IDEAL

No fueron hechos nuevos los que condujeron al proceso contra Kámenev, Zinóviev y otros. El hecho de que en el año 1932 se hubiera producido un contacto entre algunos adeptos de Trotski en el país—por ejemplo, Iván Smirnov—y el propio Trotski era algo ya conocido. Tampoco en las cuestiones del atentado contra Kírov había elementos nuevos. La decisión para iniciar el proceso, tal y como se lo atribuye Vyshinski a la oposición en su alegato de acusación, radicaba precisamente en lo siguiente: «Dar un golpe» para «aturdir y causar confusión en el Partido y en el país».[34] Vyshinski casi se imagina el momento en que irrumpe la violencia:

> En oscura ilegalidad, Trotski, Zinóviev y Kámenev lanzan el grito infame: «¡Eliminar, asesinar!». La maquinaria ilegal empieza a funcionar, se afilan los cuchillos, se cargan los revólveres, se adquieren bombas, se emiten y fabrican documentos falsos, se establecen contactos secretos con la Gestapo alemana, se designan cargos, se realizan prácticas de tiro, y al final se dispara y se asesina. ¡Eso es lo más importante! ¡Los contrarrevolucionarios no sólo sueñan con el terror, no sólo pergeñan planes para una conspiración terrorista o para realizar un atentado, no sólo se arman para ese propósito infame y criminal, sino que lo llevan a cabo, disparan y asesinan![35]

Kámenev admite haber

> ... empleado todos los medios de lucha, practicado el debate polí-

tico abierto, hecho intentos por infiltrarse en fábricas y empresas y llamamientos a la ilegalidad, impreso escritos ilegales, difundido la mentira en el Partido, organizado manifestaciones callejeras, conspirado y, por último, practicado actos terroristas.[36]

Los acusados, otrora conocidos en todo el mundo, personas incluso populares en los comienzos del poder soviético, habían perdido ya desde hacía tiempo todo su brillo, se habían integrado en diferentes grupos opositores y habían perdido incluso su credibilidad entre los propios compañeros. Habían fracasado y habían sido condenados, y estaban quebrantados desde hacía tiempo. En el transcurso del proceso, debían demostrar precisamente que sólo tenían una oportunidad en su condición de «impostores», no como oposición política, sino como asociación criminal que estaba a merced de la ayuda exterior, a fin de llevar a cabo sus propósitos, y los propósitos del *mastermind* Trotski, y éste, a su vez, los del fascismo. Quien alguna vez hubiera pertenecido a una tendencia opositora es, a partir de ese momento, un «trotskista», un concepto de uso para todo lo que implicara el mal por antonomasia en el cosmos estalinista, independientemente de las posiciones políticas concretas (algo parecido a términos como *kulak* o *burgués*). El personal llevado ante el tribunal es muy heterogéneo, tiene biografías y fases vitales complicadas, es apátrida y, en cada caso, no tiene carácter ni escrúpulos. Sus nombres tienen sonoridades extranjeras o judías. Con toda la tranquilidad de espíritu, esos hombres—recordemos, por ejemplo, a judíos como Kámenev, Zinóviev y otros muchos acusados—informan acerca de sus contactos con la Gestapo, con el colaborador personal de Himmler, el tal «Franz Weiz», y cuentan cómo se estaban preparando para el atentado con sus pistolas Browning. Su mundo no es el de los obreros estajanovistas ni el de los tractoristas, a los que Vyshinski invoca en el juicio.[37]

Durante el proceso, esos hombres casi dicen únicamente frases aptas para un manual, y ése es su último servicio en aras de la construcción de la patria socialista. En su último alegato, Rheingold dice:

Desde un punto de vista político, ya hemos sido fusilados. [...] ¡El círculo se ha cerrado! ¡Se ha acabado la mascarada política, la pantomima de las disidencias, las discusiones, las plataformas! En el lugar de la disidencia ha surgido la conjura contra el Estado, en el lugar de la discusión y de la plataforma han aparecido las balas y las bombas.[38]

Ni siquiera la mayor de las autohumillaciones puede ya salvarlos:

Si la dirección del Partido, como la Iglesia católica—que obliga a los ateos, en su lecho de muerte, a regresar al catolicismo—, obtiene a la fuerza de los opositores el reconocimiento de los presuntos errores cometidos o el alejamiento de los criterios leninistas, con lo cual toda justicia pierde el respeto a sí misma, entonces el opositor que cambia sus convicciones de la noche a la mañana sólo merece desprecio...

escribía Jhristián Rakovski—quien fuera él mismo un antiguo opositor y más adelante víctima de otro proceso público—en un comentario sobre este proceso.[39] En el transcurso del proceso se mencionaron también los nombres de otros opositores, y la red de enemigos y traidores se fue ampliando en todas direcciones. Fueron apareciendo cada vez más culpables en medio del caos y de la confusión inabarcable de la situación. A veces parecía que sólo la amenaza y el peligro garantizaban la continuidad. La certeza del enemigo le confería un rumbo a la desesperación y al odio difuso por aquello que se les había hecho a las personas. Cuanto más fantástico fuera el peligro, más firme la cohesión. Con tono triunfante,

Vyshinski gritó en la sala: «¡¿Y no son tampoco las más poderosas oleadas de ira popular contra estos infames asesinos, las oleadas que ahora inundan todo nuestro país, una clara prueba de esa unidad?!».[40] La deshumanización radical de los excluidos había echado a andar. Y centenares de miles de personas se reunieron en las fábricas, inundaron las plazas para exigir la muerte de los acusados. El verdadero éxito del proceso público como un «ritual de la liquidación»,[41] de linchamiento, se puso de manifiesto ya en las manifestaciones de centenares de miles de personas que fueron convertidas en una «furiosa masa acosadora» y que marcharon por la Plaza Roja hacia aquel «plebiscito de la muerte».[42]

«CANSADO DE LOS ESFUERZOS DE OBSERVAR Y RECONOCER»: EL LIBRO «MOSCÚ 1937», DE LION FEUCHTWANGER

UNA ESCENA CLAVE DE LA HISTORIA INTELECTUAL DE EUROPA: EL ENCUENTRO ENTRE FEUCHTWANGER Y STALIN, *143* — LA PRODUCCIÓN DE LA MIRADA A PARTIR DE LA IMPOTENCIA DEL ANTIFASCISMO, *149* — EL FIN DE LA FIGURA DEL «FLÂNEUR»: VIAJE A LA SOMBRA DEL NKVD, *152* — FENOMENOLOGÍA DE LA CONFUSIÓN Y PRODUCCIÓN DE SEÑALES INEQUÍVOCAS: «CREDO QUIA ABSURDUM», *156* — ADIÓS EN LA ESTACIÓN DE BIELORRUSIA, *159*

¿Qué imagen podía hacerse de la ciudad de Moscú en el año 1937 un atento e interesado intelectual europeo? Para reconstruir esa imagen, es preciso que nos familiaricemos con su perspectiva y su percepción, porque no sólo es reveladora de lo ocurrido, sino también de cómo y por qué ese intelectual vio determinadas cosas, mientras que ignoraba otras. Se trata aquí, por consiguiente, de preocuparnos más por los condicionamientos de las posibilidades de la experiencia y de la formación de un juicio de los contemporáneos sobre la Moscú de 1937, y no tanto por reprocharles a esos intelectuales nada de lo que las generaciones posteriores conocen sin haber tenido que intervenir, sólo por el hecho de haber nacido después: el saber más sobre esa historia que los propios involucrados en ella.[1]

Casi no hay nadie que viajase a la Unión Soviética en la década de 1930 y supiera con tanta exactitud como Lion Feuchtwanger en qué problema se había metido. Su mayor preocu-

pación era cómo hacer para no sucumbir a una gran ilusión y convertirse en el coprotagonista involuntario de una puesta en escena cuya dirección estaba en manos ajenas. Un año antes que él, André Gide visitó la Unión Soviética, y allí—flanqueado por los miembros del Politburó en el mausoleo del Kremlin—había leído su homenaje fúnebre al recién fallecido Maksim Gorki; luego, de regreso a Francia, había publicado sus observaciones del viaje, que le granjearon violentos ataques por parte de la izquierda prosoviética.[2] Feuchtwanger era perfectamente consciente de que podía acusársele de haber sido captado por los comunistas—en los días de la República de los Soviets muniquesa le unían lazos de amistad con algunos de sus principales portavoces, como Erich Mühsam, Ernst Toller o Kurt Eisner—, y por lo menos no conocía el miedo al contacto. Como escritor mundialmente conocido, gracias a sus obras *Exito*, *El judío Süss* y *Los hermanos Oppermann*—siendo durante un tiempo, incluso, más célebre que Thomas Mann—, no podía dar un paso ni publicar un texto sin que cada una de sus palabras fuera analizada. También en la Unión Soviética se leería con atención su relato del viaje. «El libro causó una desagradable impresión a M. A.», apunta Yelena Bulgákova refiriéndose a su marido, Mijaíl Bulgákov, el 6 de diciembre de 1937.[3]

Feuchtwanger representaba a los escritores e intelectuales expulsados de Alemania por los nazis. Conocía los puntos flacos de la fama y de la vanidad, que pueden volver a la gente insensible y ciega, de modo que se sintió conmovido por el entusiasta recibimiento que se le organizó a su llegada a la estación de Bielorrusia de Moscú, el primero de diciembre de 1936. Sin embargo, de inmediato le escribe a Arnold Zweig: «Me han recibido en Moscú de un modo tan triunfal que resulta difícil no volverse un ególatra».[4] Se impone, entonces, cierta moderación, y decide limitarse a escuchar, a observar y a aprender:

Y así llegué a la frontera de la Unión Soviética, lleno de curiosidad,

de dudas y de simpatía. La honrosa acogida que encontré en Moscú reforzó mi inseguridad. Personas a las que conozco bien, gente por lo general muy razonable, han sido despojadas de su sano juicio debido a los honores que les rindieron los fascistas alemanes, y me pregunto si yo mismo permitiré que las lentes de la vanidad me distorsionen el aspecto de las cosas y las personas. Me dije, además, que sólo me enseñarían aquello bien hecho, por lo que a mí, conocedor del lenguaje, me resultará difícil mirar dentro a través de la superficie de un envoltorio, en todo caso, arreglado para la ocasión.[5]

Feuchtwanger es un escritor, y por tanto tiene

... la apasionada necesidad de expresar sin tapujos lo que percibo, veo y vivo, sin tomar en consideración a los individuos, sin tomar en consideración a una clase, a un partido o a una ideología, y por eso, a pesar de toda mi simpatía, me mostré desconfiado ante Moscú.[6]

Feuchtwanger—independientemente de la mirada controladora de una opinión pública mundial—es el escritor escéptico y reflexivo por excelencia. «Cansado de los esfuerzos de mirar y de reconocer», había decidido, en su fuero interno, «callar y esperar hasta que mis vivencias se hubieran condensado en la forma»,[7] y llega entonces, al final de su viaje, a un balance mixto, aunque en general «percibió más luces que sombras».[8]

El Feuchtwanger que se reúne a conversar durante tres horas con Stalin, el 8 de enero de 1937, no es un ideólogo, sino un observador agudo y muy experimentado en varios campos, un escéptico de sólido origen burgués.

UNA ESCENA CLAVE DE LA HISTORIA INTELECTUAL DE EUROPA: EL ENCUENTRO ENTRE FEUCHTWANGER Y STALIN

El 8 de enero de 1937, entre las 15:30 y las 19:00 horas, Stalin recibió en el Kremlin a Lion Feuchtwanger. La foto pu-

blicada al día siguiente en portada del *Pravda* los muestra a ambos delante de una pared revestida de madera. Otras personas que aparecen en la foto son Borís Tal, que hacía las veces de traductor, y un tal Mirónov, encargado de las relaciones con el exterior. Los fotografiados parecen ser conscientes de la significación de aquel encuentro. Miran de manera algo formal y tensa en dirección a la cámara.[9] Sobre el desarrollo de la conversación, Feuchtwanger escribió un relato bastante exhaustivo. Es, en cierto modo, el texto para esa foto:

Cuando vi a Stalin, ya había acabado el proceso contra el primer grupo de trotskistas, contra Zinóviev y Kámenev; los acusados habían sido condenados y fusilados, y estaba a punto de iniciarse un nuevo proceso contra el segundo grupo de trotskistas, contra Piatákov, Radek, Bujarin y Rykov; pero sólo se sabía vagamente de qué acusaban a estos últimos, y no se sabía aún si se iniciaría un proceso contra ellos, ni cuándo ni contra quién. Fue en ese tiempo intermedio, entre los dos procesos, cuando me reuní con Stalin.[10]

Feuchtwanger hace una alusión a la diferencia entre la imagen y la apariencia real:

En sus fotografías, Stalin parece alto, ancho e imponente. Pero en realidad es bajito y delgado; en aquel enorme salón del Kremlin donde lo vi, casi parecía perdido. Habla lentamente, con una voz baja y algo apagada. No le gustan los diálogos con preguntas breves y animadas, con respuestas y comentarios intercalados, sino que prefiere ir yuxtaponiendo frases lentas y bien pensadas. Lo que dice es apto para ser publicado, es como si dictara. Mientras habla, le gusta pasearse de un lado a otro, pero a veces se dirige de repente adonde está uno, con un dedo de su hermosa mano extendido hacia uno, indicando, disertando. O bien dibuja, mientras va formando sus pensadas frases, arabescos y figuras sobre una hoja de papel, con lápiz de color azul o rojo.

No se había acordado nada acerca de los temas sobre los que hablaría con él. Yo no había preparado ningún tema de conversación,

prefería dejarlo a la impresión que me causara el hombre, y al momento. En silencio, me temía que surgiera una conversación más o menos oficial como las que había sostenido Stalin, en dos o tres ocasiones, con escritores de Occidente. En un primer momento la conversación pareció adoptar ese tono. Se habló de la función del escritor en la sociedad socialista, de la repercusión revolucionaria que tienen a veces algunos escritores reaccionarios, como Gógol, por ejemplo, de la no pertenencia a una clase o del condicionamiento de clase de los intelectuales, de la libertad de expresión y de la literatura en la Unión Soviética. Al principio, Stalin habló con cautela y sobre generalidades. Poco a poco, sin embargo, su tono se fue haciendo más cordial, y pronto noté que podía hablar con libertad con aquel hombre. Le hablé con franqueza, y él me habló con franqueza. Stalin habla sin ornamentos, y sabe expresar ideas complicadas de forma sencilla. A veces lo hace de un modo demasiado sencillo, como el hombre que está acostumbrado a resumir sus ideas de tal modo que éstas sean entendidas desde Moscú hasta Vladivostok. Puede que no sea amigo de los chistes, pero tiene sentido del humor, sin duda; a veces sucede que su humor se vuelve peligroso. De vez en cuando suelta una risa contenida, en sordina, astuta. Se siente cómodo hablando de muchos temas y, sin prepararse, cita de memoria, con precisión, nombres, fechas y datos.

Se habló de la libertad para escribir, de democracia y, como ya relaté, se habló del culto a su persona. Sólo al comienzo de la conversación, Stalin se expresó de manera general y empleó algunos clichés del vocabulario del Partido. Más tarde, el líder del Partido se convirtió en un personaje, no siempre desprovisto de contradicciones, pero siempre inteligente, enigmático, superior.

Se mostró excitado cuando hablamos de los procesos a los trotskistas. Habló en detalle de las acusaciones contra Piatákov y Radek, cuyo material aún no se conocía por entonces. Habló del pánico que genera el peligro fascista en algunas personas incapaces de sacar sus propias conclusiones. Yo hablé una vez más del efecto negativo que había tenido en el extranjero aquel proceso demasiado simplista contra Zinóviev, incluso entre personas bien intencionadas. Stalin se mofó un poco de aquellos que exigían demasiados documentos escritos, antes de dignarse a creer en una conspiración; los conspiradores entrenados no tienen por costumbre dejar sus documentos

por ahí, a la vista de todos. Finalmente, habló de Radek, el escritor, el más popular entre los hombres del segundo proceso contra los trotskistas, y lo hizo con amargura y conmovido. Habló de sus relaciones de amistad con ese hombre. «Vosotros, los judíos—dijo—habéis creado una leyenda que será verdadera para toda la eternidad, la de Judas», y resultó extraño escuchar a aquel hombre, por lo general tan sobrio y lógico, decir esas patéticas palabras. Habló de una larga carta que le había escrito Radek en la que éste había proclamado su inocencia con muy malos argumentos. Al día siguiente, y bajo la presión de los testigos y los indicios, había confesado.[11]

La conversación con Stalin, por la cual Feuchtwanger había renunciado a sostener un encuentro con Bujarin—que desde diciembre se encontraba bajo arresto domiciliario—, fue para el mandatario soviético tan importante que aceptó interrumpir durante tres horas sus principales obligaciones. Stalin no sólo se reunió con Feuchtwanger en un intervalo entre dos grandes procesos públicos moscovitas, sino que en los días previos habían tenido lugar los interrogatorios y los careos de los acusados en el proceso público, que debía comenzar el 23 de enero, y Stalin informó a Feuchtwanger directamente acerca de las últimas noticias resultantes de esos interrogatorios y de la carta que Radek le había escrito.

Podemos comprender lo mucho que irritó a Feuchtwanger el llamado «proceso contra los trotskistas» porque así se lo expresó a Georgi Dimitrov. En su diario, Dimitrov anota el 18 de diciembre de 1936:

Feuchtwanger y Maria Osten entre nosotros. Sobre el proceso:

1) incomprensible por qué los acusados cometieron esos crímenes;
2) incomprensible por qué *todos* los acusados lo admiten *todo*, a sabiendas de que eso les costará la vida;
3) incomprensible por qué, además de la confesión de los acusados, no se presentan otras pruebas;

4) incomprensible por qué el régimen soviético, siendo tan poderoso, aplica penas tan duras contra enemigos políticos, cuando no hay ningún peligro que emane para él de esos hombres que estaban en prisión.

Las actas del proceso se han reunido de manera descuidada, están llenas de contradicciones y no son convincentes.

El proceso se llevó a cabo de una manera «escandalosa».[12]

También durante un segundo encuentro—al acabar el segundo proceso público, el 2 de febrero de 1937—Dimitrov retoma una vez más el tema del proceso:

Feuchtwanger viene a visitarme (al Komintern). (En compañía de Maria Osten).

La mayor impresión se la causó: *a)* la formación y la sed de conocimientos de la juventud; *b)* el plan para la construcción de Moscú.

Sobre el proceso:

1) Actos de sabotaje, espionaje, terrorismo: eso ha sido probado.
2) También se ha probado que Trotski los ha inspirado y dirigido.
3) El acuerdo de Trotski con Hess y los japoneses sólo se ha probado por medio de las autoinculpaciones de los acusados. ¡No existe ninguna prueba!
4) El hecho de que Radek y Sokólnikov no hayan sido condenados a muerte será valorado en el extranjero como una prueba de que han hecho esas declaraciones con toda la intención de salvar sus vidas.
5) Agobiante es la impresión que causa la indecente manera de insultar a los acusados. Son enemigos que merecen ser destruidos. Pero no actuaron por interés personal, y no deberían ser calificados de «canallas, cobardes y sabandijas», etcétera.
6) Por qué todo ese ruido en torno al proceso. No está claro. En la población ha surgido una atmósfera de extraordinaria inquietud, de sospechas mutuas y de denuncias, etcétera.

El trotskismo está muerto, para qué entonces toda esa campaña.[13]

Un simpatizante de la URSS, un hombre que no fuera comunista, difícilmente se habría expresado con mayor claridad a propósito del proceso. Pero cada uno de estos hombres tenía sus motivos para querer conversar: Stalin, porque no quería renunciar al renombre de aquel importante escritor europeo, cuya importancia e influencia podían contrarrestar la pérdida de prestigio y el aislamiento de la URSS en el mundo; Feuchtwanger, porque no deseaba excluir al representante de la única potencia que parecía decidida a enfrentarse al fascismo. Feuchtwanger puso en la balanza toda su reputación y su autoridad moral; la situación era bastante comprometedora. Y también lo fue para Stalin, el dictador, que acababa de estudiar las actas de los interrogatorios y se disponía a revisar la versión final del texto de la acusación; el compromiso de este último fue insólito: cabe suponer que el escritor le hiciera preguntas incómodas, pero él autorizó también la divulgación de las descripciones y las opiniones de Feuchtwanger en los periódicos y revistas de la Unión Soviética, y por último, autorizó la publicación de su libro, que apareció, después de todo, en una tirada de doscientos mil ejemplares que se agotó enseguida.[14]

A juzgar por la manera en que Feuchtwanger y Stalin evitan mirarse en la fotografía que les tomaron durante aquel encuentro, se diría que cada uno de ellos tenía sus propios motivos: el intelectual no podía oponer al fascismo nada más que su esperanza de que surgiera algún auténtico oponente antifascista y estaba dispuesto a arriesgar toda su autoridad e integridad por éste; el dictador accedía a dialogar con un intelectual que posiblemente le parecía un idiota pero que podía resultarle útil en un momento en que tanto él como la Unión Soviética estaban en peligro. Debemos pensar en este encuentro como un diálogo que tuvo lugar en un clima de amenaza de guerra, una situación que sólo cuatro años después condujo—con sentimientos igualmente encontrados—a la coalición en contra de Hitler.

Pero Feuchtwanger muy pronto renunciaría a su decisión de limitarse a observar y callar mientras no pudiera hacerse una impresión cabal y objetiva, y al poco tiempo anuncia: «¡He venido, he visto y escribiré!».[15] En el prólogo a su *Relato de viaje para mis amigos* explica por qué no pudo contenerse demasiado tiempo y termina diciendo, de un modo patético: «Rendiré testimonio».[16] Son, obviamente, dos motivos: en primer lugar, se siente en la obligación de tomar partido en aquella pugna que tenía lugar en Occidente sobre cómo considerar a la Unión Soviética, y lo hace «contra la tibieza, contra la estupidez y contra la mala voluntad y la apatía del corazón», contra las sospechas y calumnias a la hora de hablar de la Unión Soviética. Como escritor y dramaturgo, Feuchtwanger trabajaba con actores históricos, podía permitirse cierta distancia que no le estaba permitida como contemporáneo, un contemporáneo que, por sus creencias y su arte, había sido expulsado al exilio. Feuchtwanger ya no actuaba como un escritor histórico, sino como testigo de una época, un periodista que se había convertido en político en contra de su voluntad, como la mayoría de los intelectuales y escritores exiliados. Despojados de su entorno, de sus medios y sus contactos, buscaban desesperadamente una fuerza que pudiera detener la acelerada expansión del fascismo en Europa. Feuchtwanger formaba parte de aquellas figuras prominentes que querían participar en primera línea en la unión de todas las fuerzas interesadas en la resistencia contra el fascismo, fuerzas que se hallaban sumamente divididas por distintas causas, paralizadas en luchas fraccionarias, y que no estaban en absoluto preparadas para formar «un frente popular común contra el fascismo».

Son esa miseria existencial y esa impotencia aparentemente absoluta frente al avance del fascismo en Europa las que motivan a Feuchtwanger y determinan su perspectiva. Ape-

nas hay otro escritor más convencido desde el comienzo de que la política de Hitler desembocaría forzosamente en la guerra. Feuchtwanger no era un político, pero tenía a sus espaldas algunas lecciones de política real: la República de los Soviets e intento de golpe de Hitler en Múnich, la crisis económica mundial de 1929, la liquidación de la República de Weimar en el año 1933 en Berlín y, desde el verano de 1936, la rebelión de los falangistas contra la República española y la guerra civil, internacionalizada debido a la intervención extranjera. Para Feuchtwanger, los comunistas eran personas ajenas, sobre todo le resultaban ajenas sus formas de trato político en el exilio y sus ambiciones de liderazgo en los esfuerzos por conformar un frente popular, pero tampoco tenía miedo al contacto con ellos. Con el fascismo a la vista, el escritor los tomaba bajo su protección frente a las calumnias y los intentos de mantenerlos fuera de las alianzas comunes, aunque éstos, con mucha frecuencia, no se merecieron en absoluto formar parte de ellas, pues sólo tenían en mente sus egoístas y partidistas intereses de poder.

Con estas inculpaciones salidas de los debates parisienses sobre el Frente Popular, emprendió Feuchtwanger su viaje a la URSS, donde se vio involucrado en las habladurías sobre las valoraciones expresadas por André Gide. Por eso, todo lo que lleva al papel en forma de resumen se guía siempre en general por la intención firme de obviar aquello que pueda poner en peligro la alianza contra el fascismo, haciendo todo lo que esté a su alcance por fomentar esa alianza en Francia y en el resto de Europa. Son las circunstancias de la época las que hacen que un escritor histórico—en contra de su propia voluntad—se convierta en político y se vea catapultado a una esfera que le resultaba ajena. De esa situación de urgencia se deriva el tono confesional. Nunca se trata de algo que uno ve y describe, sino de una misión política. Es la forma de percibir y ver de las personas bajo la coacción de tener que tomar una decisión, algo que no se puede eliminar con una inteli-

gente operación del pensamiento. En los controvertidos debates, uno se convierte en «laureado entre los agentes soviéticos alemanes»—que es lo que dice más o menos Leopold Schwarzschild sobre Lion Feuchtwanger—, mientras que el otro pasa a ser un «lacayo del fascismo», como dice toda la turba de los críticos de Gide.[17]

Feuchtwanger también tiene clara otra circunstancia que distingue su mirada: el significado del cambio de lugar, del abandonar una esfera segura de la «vida occidental» y entrar en una órbita completamente nueva de experiencias hasta entonces desconocidas: «La gran diferencia entre la Unión Soviética y Occidente se percibe cuando dejamos que uno de esos procesos ejerzan su efecto sobre uno en el aire de Europa y el otro en el aire de Moscú».[18] Con ello se refiere a su propia estancia en Rusia. Con el cambio de lugar se desplazan todas las coordenadas y los puntos de referencia, se presenta esa relativización en la que lo ajeno alcanza una igualdad de derechos junto a lo hasta entonces habitual y familiar, y pone en entredicho las normas tenidas por universales. Esta apertura hacia una nueva la experiencia, así como la disposición de correr los riesgos asociados a ella, constituyen los logros de esos relatos de viaje de dos hombres tan atentos como Gide y Feuchtwanger, pero son también la causa de una inseguridad radical y de la puesta en peligro de la propia capacidad de juicio. Feuchtwanger era consciente de esa inseguridad, cuando, más tarde, en su novela *Exilio* (1940), le hace decir a uno de sus protagonistas:

Vosotros, los otros, lo tenéis bien. Estáis cómodamente asentados en vuestra visión del mundo, como la serpiente en su huevo, medís el mundo entero por el rasero de vuestros principios, como si éstos fueran una regla de medir; para vosotros, todo lo que existe está hecho de un modo, como que dos por dos son cuatro, y os sentís requetebién así... Yo no me siento bien. Yo he comprendido [...], mi mente lo comprende, pero mi sentimiento no participa, mi

corazón no dice sí. No me siento en casa en tu mundo, en el que todo es razón y matemática. No quiero vivir en él. Me parece que en él las masas tienen mucho que decir y el individuo muy poco. Yo sigo apegado a mi libertad pasada de moda. Las circunvoluciones de mi cerebro son muy profundas, y ya no puedo salir. A lo sumo, podría desaprender todo en teoría, pero no en la práctica. [...] En tu mundo, en todo caso, me sentiría terriblemente incómodo, eso seguro. Tendría que renunciar a amadas costumbres sin las cuales no podría imaginarme la vida. Son palabras pobres. [...] Lo viejo aún no está muerto, y lo nuevo aún no está vivo, es una horrorosa época de transición, ¡es en verdad una lamentable sala de espera![19]

Feuchtwanger es, por lo tanto, consciente del origen o de la manera en que está impregnado su modo de ver las cosas, y no vemos aquí aquella «ingenuidad» que los críticos de Feuchtwanger, nacidos después, creen tener que reprocharle póstumamente. Pero no se trata aquí de la rehabilitación moral de un escritor que llegó a tener, ciertamente, un juicio demasiado benévolo sobre la dictadura de Stalin, sino de la cuestión de cómo un contemporáneo atento y despierto, un hombre consciente de su responsabilidad, traza o pudo trazar un cuadro de la ciudad de Moscú en 1937. Una reconstrucción del libro de Feuchtwanger *Moscú 1937* que sólo busque el juicio moral estaría errada en lo que a una lectura actualizada se refiere: hacer visible el horizonte de pensamiento en el que es percibida la Moscú de 1937, no partiendo de los condicionamientos de los privilegiados que nacieron después, sino del saber de unos contemporáneos que no pudieron escoger las condiciones de su conocimiento.

EL FIN DE LA FIGURA DEL «FLÂNEUR»: VIAJE A LA SOMBRA DEL NKVD

El programa que Feuchtwanger cumplió entre el primero de diciembre de 1936 y el 8 de febrero de 1937 es muy compac-

to; sin embargo, el escritor no pudo realizar los viajes que tenía planeados al territorio judío autónomo de Birobidzhán ni a Kiev. En el programa están los obligatorios lugares de interés, aquellos *highlights* que registra también la *Guide Book Moscow* para el año 1937 y que quedaron plasmados en los relatos de viaje de Feúchtwanger y de Gide.[20] En el relato de Feuchtwanger se trata de la vieja Moscú, pero sobre todo de la nueva Moscú, de las exposiciones, las obras en construcción, los edificios recién construidos. Un particular valor otorgan Feuchtwanger y sus anfitriones soviéticos a establecer la mayor cantidad posible de contactos con escritores y lectores mediante las lecturas públicas. Vemos, por ejemplo, que lee en el Museo Politécnico, en la Asociación de Maestros, en la Sección de Literatura de las Casa de los Intelectuales, en la fábrica Ordzhonikidze, en la fábrica de rodamientos. Casi cada noche está cubierta con alguna visita al teatro o a la ópera. Feuchtwanger ve allí la obra *Los aristócratas*, de Pogodin, *Las fuentes de Bajchisarái*, de Pushkin, ve *Otelo*, *Carmen*, *El Don apacible*. También le interesa mucho el cine: ve *Los marinos de Kronstadt*, de Efím Dzigan, y, por supuesto, *El prado de Bezhin*, de Eisenstein («una obra maestra, llena de patriotismo soviético legítimo e íntimo»).[21] En el Hotel Metropol, donde se aloja, reina un constante entrar y salir. El autor alemán firma decenas de contratos, habla sobre la adaptación al cine de sus obras, da conferencias por la radio que son emitidas también hacia Alemania, se reúne con sus colegas escritores, entre ellos Iliá Ilf y Yevgueni Petrov, Valentín Katáiev, Isaak Bábel, Vsévolod Vishnevski, Serguéi Tretiakov y Borís Tal, subdirector del Departamento de Prensa y Editoriales del Comité Central.

Este programa sólo podía cumplirse con la correspondiente logística, de la cual era responsable la Organización Nacional para las Relaciones Culturales con el Extranjero (WOKS). Esta tenía experiencia y antes había organizado con éxito otros grandes eventos, como las visitas de George Ber-

nard Shaw, de Henri Barbusse, de Romain Rolland o de André Gide. A diferencia de la década de 1920, en la que Walter Benjamin podía pasearse por la ciudad en visita privada en calidad de *flâneur*, pudiendo incluso perderse por sus calles, ahora los visitantes habían pasado a la categoría de «visitas de Estado» y eran puestos en manos adecuadas que se ocuparan de ellos.[22] El viaje, muy bien organizado, era también, por lo mismo, un viaje controlado. De ello nos proporcionan información los apuntes hechos por la asistente de Feuchtwanger, D. Karavkina, la persona que coordinaba sus actividades diarias. Por lo visto, Feuchtwanger era un visitante muy exigente.

Se quejaba por cualquier detalle insignificante: la iluminación, el mobiliario, etcétera. No es sencillo mantener una visión de conjunto sobre la variedad de sus contactos: todas las personas imaginables llaman por teléfono o acuden a verlo, piden citas; muchos periódicos quieren artículos, entrevistas, etcétera. [...] Aunque el general Apletin y yo ponemos todo nuestro empeño para mantener bajo control los contactos de Feuchtwanger, siempre hay gente que llega hasta él y ejerce un efecto pernicioso sobre su persona.

En este caso se trata de la amiga de Erwin Piscator, Yanukova: «Ella le ha contado toda clase de historias de horror sobre nuestra escasez de viviendas». También le informa acerca de los chistes antisoviéticos:

Hoy me preguntó de repente: «¿Es cierto que Pasternak ha caído en desgracia porque su obra ya no coincide con la línea general del Partido?». Luego contó un chiste antisoviético. Cuando yo le pregunté, extrañada, quién le proporcionaba esas «informaciones», no me respondió.

También le informa de estados de ánimo, de matices:

Con ironía, me explicó que ya le gustaría ver cómo se iba a imprimir en la URSS un relato de viajes suyo en el que se describe nuestra vida de un modo tan «incómodo», según su impresión. Por muy bella que fuera la Unión Soviética, él seguía prefiriendo vivir en Europa.[23]

Feuchtwanger había llegado a una ciudad extraña para él, pero estaba rodeado de conocidos, de colegas escritores y de amigos, si bien faltaba uno que a él le hubiese gustado tener a su lado en Moscú: Bertolt Brecht. Pero con él estaban Maria Osten y Mijaíl Kóltsov, que le habían llevado la invitación hasta Sanary-sur-Mer y lo habían convencido para que hiciera el viaje. En Moscú se encontró con el coeditor de la revista *Das Wort*—Willi Bredel—, con autores a los que conocía de los congresos por la Defensa de la Cultura en París, exiliados alemanes que habían echado el ancla no en París, sino en Moscú, como Erich Weinert, Johannes R. Becher o Friedrich Wolf.[24] En el tren viajó de regreso con dos dirigentes del Partido Comunista Francés, Marcel Cachin y Paul Vaillant-Couturier. Se encontró con famosos realizadores de cine, o con la estrella del Teatro Estatal Judío, Solomon Mijoels, al que había visto en el papel del rey Lear. A quien no se encontró, o mejor dicho, con quien perdió la oportunidad de encontrarse fue con Nikolái Bujarin, pues ya estaba coordinado el encuentro con Stalin en el Kremlin. Bujarin había venido, hacía apenas medio año, a un encuentro con Gide celebrado en el Hotel Metropol, encuentro, por cierto, que se interrumpió.[25] Por la época de la visita del alemán ya se encontraba en arresto domiciliario, involucrado en unas investigaciones que, un mes después de la partida de Feuchtwanger de Moscú, acabarían con su expulsión del Comité Central del Partido y con su inmediato arresto en la misma sesión del Pleno.

FENOMENOLOGÍA DE LA CONFUSION Y PRODUCCIÓN DE SEÑALES INEQUÍVOCAS: «CREDO QUIA ABSURDUM»

A Feuchtwanger le salen al paso, en este recorrido por el mundo vital soviético, algunas cosas que están más allá del alcance y del control de la policía secreta, cosas que le impresionan e irritan al mismo tiempo. Tenemos, en primer lugar, la visible transformación de la ciudad de Moscú, esa gigantesca obra en construcción; luego está el ímpetu de la gente, imposible de pasar por alto, sobre todo de la gente joven, el afán por leer, por aprender y por adquirir conocimientos y cultura. Pero son muchas las cosas que también le irritan: la ingenua autovaloración y el despiste de los jóvenes, que no han visto nada más aparte de Rusia y de Moscú, la tendencia a exagerar, la fe que depositan en la autoridad y el culto que se practica en torno a los líderes, sobre todo en torno a Stalin. Sin embargo, también ello es aceptado como el precio a pagar por un país joven abocado a un proceso de modernización. Se trata de observaciones asombrosamente detalladas y precisas. En general, no hay diferencias de mucho peso entre ambos viajeros cuando Feuchtwanger y Gide hablan de sus observaciones, de lo «que viene al caso». Feuchtwanger constata la existencia de una fuerte crítica en algunas conversaciones aisladas, pero no existe una corriente crítica propiamente dicha. La ciudad muestra unas carencias exorbitantes, pero pesa más la sensación de que todo está mejorando, a pesar de las muchas limitaciones. En los comercios se encuentra tan sólo lo imprescindible, no hay ninguno de los objetos que incrementan el bienestar. La vida es deleznable, está burocratizada, y depende de innumerables permisos y autorizaciones:

Lo más agobiante, sin embargo, es la escasez de viviendas. Una gran parte de la población vive hacinada en habitaciones diminutas y precarias, difíciles de airear en invierno, se hacen colas delante de las tomas de agua, de los retretes. Políticos de prestigio, escritores

y científicos con elevados ingresos viven de un modo más primitivo que algunos pequeños burgueses en Occidente.

Feuchtwanger describe el salto a la vida de los nuevos moscovitas, los que ayer todavía eran campesinos. Para él, «el baluarte más fuerte y activo de la Unión Soviética es la juventud, por la que se hace todo y que es la más decidida en el apoyo al Gobierno soviético»:

Resulta edificante ver cómo en la Unión Soviética millones de personas que hace veinte años se hubiesen echado a perder en medio de la más extrema ignorancia, ahora, una vez se les han abierto las puertas, se apresuran entusiasmadas a entrar en los centros de la educación.

Y lo mismo—sed de conocimientos, avidez de cultura—es válido para el nuevo público lector soviético, cuya seriedad describe impresionado el autor alemán:

No siempre fue fácil estar a su altura. Ellos, esos jóvenes intelectuales de origen campesino y proletario, se acercan a uno con preguntas inesperadas, defienden sus puntos de vista con respeto, pero con obstinación y firmeza.[26]

Feuchtwanger, incrédulo, oye las cifras de las tiradas de los clásicos, de los periódicos, los números de visitantes a los teatros y los cines, pero le molesta también la preferencia por el «optimismo heroico»:

En general, la política cultural de la Unión Soviética hace que todo lo que se presente en Moscú sea mucho mejor que lo que se presenta en otra parte. La URSS tiene un teatro fabuloso, pero no drama.[27]

Muchas restricciones de la vida cotidiana se compensan con la perspectiva de un mejoramiento en el futuro:

Los clubes de los trabajadores y los empleados, las bibliotecas, los parques, las instalaciones deportivas, todo es grande, rico, cómodo, los edificios públicos son representativos, y, como consecuencia de la electrificación llevada a cabo, Moscú reluce de noche como cualquier otra ciudad del mundo. [...] El hecho de que sus clubes tengan salones tan agradables les hace más llevadera la circunstancia de tener un poco agradable alojamiento privado. Pero sobre todo, lo que más les consuela por sus pésimas viviendas es la promesa de que Moscú se está embelleciendo.[28]

Por supuesto que en ese proceso de construcción se producen fricciones, pero ello no debe confundirse, dice el autor, con los actos de sabotaje de cuya existencia Feuchtwanger está convencido:

Poco a poco ha ido surgiendo entre la población una auténtica psicosis contra los parásitos de la sociedad, los saboteadores. Se han acostumbrado a que todo lo que sale mal puede explicarse con el sabotaje, mientras que seguramente una buena parte de esas carencias se puede atribuir, simple y llanamente, a la propia incapacidad.[29]

El autor alemán se expresa con entusiasmo acerca de las carreras que ahora se han vuelto posibles para los jóvenes judíos en Moscú.[30] Constata, además, que su presencia en el segundo proceso público ha disuelto todas sus dudas, «como sal en el agua. Si aquello era mentira o estaba preparado, entonces ya no sé lo que es la verdad».[31] El autor se ajusta a una interpretación del asunto que parte de la idea de la autenticidad de los cargos de la acusación y de la autenticidad de las confesiones, y sin embargo dice:

He de confesar que aunque el proceso me convenció de la culpabilidad de los acusados, el comportamiento de estos últimos ante el tribunal no me ha quedado del todo claro, a pesar de los argumentos de los soviéticos.

Y lo que desea entonces—al igual que Ernst Bloch—es reservarse para sí la conclusión, la cual reza: «Lo que he entendido es acertado. Y de ello concluyo que lo demás, lo que no he entendido, también lo es».[32] Se trata de ese momento en que la idea y el conocimiento se separan de lo que uno cree o desea creer.

ADIÓS EN LA ESTACIÓN DE BIELORRUSIA

Feuchtwanger se prepara para emprender el viaje de regreso, que lo llevará de vuelta a Sanary-sur-Mer a través de Praga y París. A la despedida han acudido de nuevo miembros de la prensa, fotógrafos y colegas escritores. Algunos de ellos lo acompañarán hasta la frontera en Negoréloie y, desde allí, informarán para los periódicos. Allí Feuchtwanger dice, en esencia, lo mismo que aparecerá luego en su relato del viaje, publicado en el verano en la Editorial Querido de Ámsterdam.[33]

Entre los que acuden a despedirle a la estación de Bielorrusia serán asesinadas, poco después, las siguientes personas: Serguéi Tretiakov (arrestado el 26 de julio de 1937, condenado a muerte bajo la acusación de ser espía de Japón y fusilado); Isaak Bábel (arrestado el 16 de mayo de 1939 y condenado a muerte por trotskista el 26 de enero de 1940); Mijaíl Kóltsov (condenado a muerte el 12 de diciembre de 1938 y fusilado); Maria Osten, compañera sentimental de Kóltsov (arrestada el 24 de junio de 1941, y condenada y fusilada por espionaje); Borís Tal, traductor de Feuchtwanger (arrestado el 2 de noviembre de 1937 y condenado a muerte). Muchos de sus amigos y conocidos de la época de Múnich serán arrestados, y pasarán muchos años en los campos de trabajo o morirán: Zenzl Mühsam, esposa de Erich Mühsam, arrestada en 1936, puesta nuevamente en libertad, arrestada otra vez, condenada en 1939 e internada hasta 1946 en el Gulag, que en 1955 se marchará a la RDA; la actriz Carola Neher,

arrestada ya el 25 de julio de 1936 por «agente trotskista» y condenada a diez años de prisión el 17 de marzo de 1937, fallecida el 26 de junio de 1942 en un campo de Orenburg.[34] El propio Feuchtwanger, como muchos otros viajeros que visitaron Moscú entre las décadas de 1920 y 1930—Walter Benjamin, Joseph Roth, Oskar Maria Graf, Ludwig Marcuse, Arthur Koestler—tiene que huir ante el avance de Hitler, y no todos pueden salvar la vida. Pero cuando, diez años después de la publicación del libro de Feuchtwanger *Moscú 1937*, apareció también en la Editorial Querido de Ámsterdam el ensayo *Dialéctica de la Ilustración*, de Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, vecinos de Feuchtwanger en el exilio en California, no se encuentra en él ni el más mínimo vestigio de la experiencia de Feuchtwanger.

A LA LUZ DEL FUEGO: ESPAÑA Y OTROS FRENTES

MAPAS MOSCOVITAS: ESCENARIO ESPAÑA, *162* — LA DISOLUCIÓN DEL MUNDO, EL MIEDO A LA GUERRA, *167* — EL PUEBLO SOVIÉTICO COMO UNIDAD DE LUCHA PATRIÓTICA, *169* — METÁSTASIS: PROCESO PÚBLICO EN BARCELONA. EL NKVD EXTRATERRITORIAL, *173* — BARCELONA: TRANSFERENCIA DE EXPERIENCIAS MOSCOVITAS, *180*

Todo lo que sucede en Moscú en el año 1937 tiene lugar en el horizonte de la guerra. Ésta es omnipresente, y todos los acontecimientos cobran vida a la vista de dicha amenaza: «No se habla de la guerra como un acontecimiento en un futuro lejano, sino como un hecho inmediato», plasma Lion Feuchtwanger su impresión, sacada de su estancia en 1937. Y puesto que se tiene a la guerra por algo inevitable, se cuenta con que ella, «a pesar de todo, llegue, sí, que estará ahí mañana, y por eso todos se preparan para ella». Feuchtwanger—aunque por breve tiempo—había servido en la Primera Guerra Mundial, y mientras estaba en Moscú recordó aquellos tiempos de la guerra. Por todas partes veía películas de tema bélico, libros, poemas, pósteres:

> En el frente, durante los primeros cuatro años de la guerra mundial, apenas podían verse tantos muertos, batallas y combates como en los escenarios y en las pantallas de los cines durante las diez semanas de mi estancia en Moscú.[1]

Que esto no es la visión exagerada de un pacifista burgués se

pone rápidamente de manifiesto con sólo echar una ojeada a los periódicos de Moscú, al programa cultural, a los grandes temas del año. En ellos se representa un mundo que—recién salido del caos de la guerra y la guerra civil—parece estar familiarizándose otra vez con una nueva conflagración. Por todas partes se desatan conflictos, desde Manchuria hasta España, y en muchos puntos a lo largo de la frontera de la URSS se producen incidentes y escaramuzas, aunque sólo parecen ser los antecedentes de una nueva gran conflagración mundial. La guerra, sobre todo la guerra civil española, está en Moscú tan presente que es como si los frentes pasaran por el centro de la capital soviética.

MAPAS MOSCOVITAS: ESCENARIO ESPAÑA

Desde el 16 de julio de 1936, el primer día de la rebelión de la oficialidad en torno al general Franco contra la República española, hasta la capitulación de la España republicana a principios de abril de 1939, este país es un tema central de toda la prensa. Mijaíl Kóltsov, que informa con regularidad para *Pravda* desde España, escribe:

> El frente es demasiado extenso. Va más allá de las trincheras de Madrid, y abarca toda Europa, el mundo entero. Atraviesa países, pueblos, ciudades, está presente en las ruidosas salas de reuniones, serpentea sin hacer ruido por las estanterías de las librerías. La mayor particularidad de este frente de guerra invisible en el esfuerzo de los hombres por alcanzar la paz y preservar la cultura reside en que los escritores no pueden encontrar ninguna zona de tranquilidad o de neutralidad donde quienes suspiran por la paz puedan esconderse.[2]

Sobre la información de prensa desde este país, Moscú se ve conectada directamente a los acontecimientos que están teniendo lugar en la península ibérica. Lo que allí sucede

está unido a la vida de Moscú por telégrafo, por las noticias de las agencias, reportajes, informes de los emisarios del Komintern, asesores militares y policías secretas. Los periódicos informan día a día, a menudo a toda plana. Una y otra vez aparecen reportajes de corresponsales especiales como Mijaíl Kóltsov o Iliá Ehrenburg. La descripción del curso de la guerra a través de los mapas reproducidos en la prensa es—como en la Primera Guerra Mundial—de una importancia básica para la transmisión de lo ocurrido. Semana tras semana, día tras día, los lectores pueden hacerse una idea de los movimientos en el frente, de los avances y retrocesos de las fuerzas fascistas y antifascistas, entre la Falange y la República. Madrid, Albacete, Teruel, Valencia, Barcelona se convirtieron en aquellos años en topónimos familiares para toda una generación. A ello se añaden las imágenes de las calles bombardeadas, las fotografías de grupo de las asociaciones de voluntarios, la labor de propaganda y de cultura tras las líneas del frente. Y de ese modo se producen imágenes, se genera cercanía, de ese modo se prepara anímicamente a la opinión pública para un conflicto que tiene lugar en el otro extremo de Europa, pero en el que también están en juego la guerra y la paz de los ciudadanos de la URSS. A los lectores se les informa de cómo la guerra inminente será, sobre todo, una guerra aérea, una guerra de los aviones y de los bombardeos. Toda la vida civil cobra rasgos militares. Saltar en paracaídas—una de las actividades más populares durante el tiempo libre en los parques recreativos y culturales de la capital—deja de ser un pasatiempo o un deporte para convertirse en un entrenamiento. En las escuelas instruyen a los niños en el manejo de las máscaras antigás y en la protección de los heridos. El trabajo, desde los días de la industrialización a marchas forzadas, es trabajo de choque, lucha, y la disciplina laboral se mide a partir del rasero de la disciplina militar. Se inicia la reactivación de aquellos mundos de imágenes y la transfiguración romántica de los héroes de la guerra civil.

Esa experiencia chocante de las imágenes de la guerra venidera que ya ha comenzado es sólo superada por las imágenes de la fotografía de guerra y los documentales de las crónicas cinematográficas.

De forma parecida a como sucedía en otros países europeos, había también en la URSS una fuerte simpatía por el Gobierno del Frente Popular, surgido de las elecciones de febrero de 1936, el cual sería luego derrocado por el golpe de la oficialidad en julio de 1936. A diferencia de otros lugares de Europa, en la URSS ello no se mantuvo en términos de una simpatía puntual y difusa por la República española. El apoyo a la República pasó a ser—tras ciertas reticencias iniciales—parte de la política exterior soviética. A finales de agosto y principios de septiembre de 1936 el Gobierno soviético respondió a la solicitud de ayuda del Gobierno republicano e inició el transporte de ayuda y de armas. Al mismo tiempo, se inició un bien organizado y bien instrumentalizado movimiento de solidaridad que llegaba a cada fábrica a través de los medios de comunicación de masas. No se trataba en primer término de una ayuda desinteresada por la amenazada democracia en España, sino de posiciones soviéticas para obtener poder e influencia en un escenario de guerra con el cual—aparte de las intervenciones militares de la Alemania nacionalsocialista y de la Italia fascista—se daba un paso más en la guerra europea. España fue el preludio, el campo de pruebas de la futura Segunda Guerra Mundial.

El periodismo practicado en los diarios soviéticos muestra de qué manera la guerra, en cierto modo, había comenzado a penetrar en todos los ámbitos de la vida social. La guerra pasa a ser un estado general que le llega a uno a través de detalles y de informaciones exactas: la guerra como componente de la vida diaria normal, noticias de la guerra como consumación compartida de la lucha militar en lugares lejanos y a la vez tan próximos. La información sobre la guerra civil española y, más tarde, sobre las luchas en la fronte-

ra de la URSS con Manchuria, tiene un carácter educativo y cohesionador. La experiencia de la guerra es formadora de la identidad, y las imágenes de la guerra muestran que la lucha («¿De quién contra quién?») aún no está decidida, sólo ha pasado a una nueva etapa.

La lucha tiene lugar a diario y ante los ojos de todos en los mapas que publican las primeras páginas de los periódicos: el avance de Franco hacia Galicia y la conquista de El Ferrol el 21 de julio de 1936. El apoyo de las potencias del Eje a Franco desde el 26 de julio de 1936. La conquista de Toledo el 27 de septiembre. El traslado del Gobierno republicano a Valencia el 6 de noviembre de 1936. El fracasado ataque de Franco contra Madrid en enero y febrero de 1937. La conquista de Málaga por parte de las tropas franquistas el 8 de febrero de 1937. El bombardeo de Guernica el 26 de abril de 1937 y la posterior conquista de la ciudad. La reconquista de Segovia por parte de las tropas republicanas en mayo de 1937 y la contraofensiva de los republicanos en Brunete. La evacuación del Gobierno republicano hacia Barcelona en noviembre de 1937. Las luchas en torno a la ciudad de Teruel, que culminan con la ocupación de las tropas de Franco el 22 de febrero. El avance de las tropas franquistas hacia el Mediterráneo en abril de 1938 y los preparativos para la conquista de Cataluña en la batalla del Ebro. La conquista de Tarragona el 14 de enero de 1939, de Barcelona el 26 de enero de 1939, y la ocupación de Madrid el 28 de marzo de 1939.[3]

La guerra comienza a penetrar e impregnar la percepción cotidiana. Se convierte en el fondo sobre el cual se insertan las pequeñas cosas del día a día en el gran acontecer del mundo. Las noticias sobre la guerra se encuentran a menudo en la portada, entre noticias sobre la concesión de alguna orden, de una narración o de un estreno teatral. El informe sobre la interceptación de un barco soviético que llevaba ayuda a España aparece junto al relato sobre la fiesta de Año Nuevo en

el Parque Recreativo y Cultural Gorki. España se entremezcla con el aniversario de Pushkin, con los debates sobre la nueva Constitución y con los preparativos para la inauguración del canal del Volga y el Moscova; España se encuentra también en los informes sobre los déficits en la siembra de primavera o en una página cultural dedicada a los 110 años de la muerte de Ludwig van Beethoven. El lector se entera también de algo acerca de supuestos sabotajes y de actividades subversivas en las filas del frente unitario de los trotskistas.[4] El hundimiento de un barco soviético por parte de las tropas franquistas aparece junto a la noticia sobre la asamblea de los trabajadores estajanovistas de Moscú.[5]

Pero no todo quedaba en información y en meros anuncios de solidaridad. Una bien organizada ola de manifestaciones y mítines de solidaridad recorrió la ciudad:

> Desde el mismo inicio del conflicto el pueblo soviético se ha puesto de parte de la democracia española de un modo firme y decidido. Ya el 6 de agosto de 1936 llegaron a la Plaza Roja de Moscú, bajo la dirección de Nikolái Shvérnik, el entonces presidente del Consejo Central de los Sindicatos Soviéticos, *más de cien mil personas* para participar en una manifestación de apoyo a la República.[6]

Poco después, las trabajadoras de la fábrica textil Triójgornaia se dirigieron a todos los miembros de los sindicatos soviéticos con un llamamiento encendido a una reunión para recaudar fondos para las mujeres y los niños españoles. En un breve plazo se reunió una suma bastante elevada, y con ese dinero se compraron alimentos y ropa. Los regalos para España se cargaron en los buques *Neva* y *Kuban*, que llegaron sin contratiempos a finales de septiembre y principios de octubre, respectivamente, al puerto de Alicante.[7] En muchas fábricas de la capital se tomaron medidas de solidaridad. Los obreros de la planta GPZ-1, de las fábricas Dínamo, de la fábrica de frenos Aviajim, Samotochek, de la Eléctrica

de Kúibishev, así como de otras, acordaron donar a España la mitad de su salario mensual.[8]

Se hizo un llamamiento a todos los trabajadores del país para reunir dinero. Se creó una cuenta en el Banco Estatal en el que, solamente entre agosto y septiembre, se ingresaron más de dos millones de rublos.[9] España estaba en boca de todos. Se cantaban canciones españolas, se aprendía español, se publicaba a poetas españoles. Una delegación de la República española hizo un viaje por el nuevo canal del Volga y el Moscova.[10] Marineros españoles fueron recibidos solemnemente tras su desembarco en Odesa, el equipo de fútbol del País Vasco viajó por el país y jugó, entre otros, contra un equipo de Leningrado.[11] El Gobierno soviético se hizo cargo de los niños españoles y de los huérfanos de la guerra.[12]

Todo esto indica que la solidaridad con España era algo más que de una mera campaña arbitraria. La guerra civil española era un símbolo de la amenaza de la guerra en general, y la solidaridad con España era la clave cifrada para la relación con Europa y el mundo, una prueba de que la unión Soviética no estaba sola.

LA DISOLUCIÓN DEL MUNDO, EL MIEDO A LA GUERRA

El peligro de la guerra no era un invento de los redactores de *Pravda* o del Politburó, sino una realidad. Y España era la clave para un mundo en el que el frágil sistema de seguridad creado tras el Tratado de Versalles se hacía pedazos, sin desligarse del todo de una «nueva arquitectura de seguridad». También otros «focos de guerra» centelleaban a través de las columnas de *Pravda*: relatos sobre las actividades de los alemanes en Checoslovaquia, fricciones en la frontera polaco-alemana. En el centro de todo ello estaba el nerviosismo sobre el resurgimiento de Alemania, que había pasado de una política de revisión del Tratado de Versalles a una

política de rearme militar y de revisión territorial en relación con Austria, Checoslovaquia, Lituania y Polonia. Se trataba de una secuencia que iba en escalada de un modo amenazador: cancelación de las limitaciones de rearme del Tratado de Versalles y reintroducción del servicio militar obligatorio en marzo de 1935, acuerdo entre las flotas con Gran Bretaña en junio de 1935, ocupación de la zona desmilitarizada de Renania en marzo de 1936, Congreso del NSDAP en Núremberg en septiembre de 1936 con encendidos discursos antibolcheviques, creación del Eje Berlín-Roma en octubre de 1936, reconocimiento del Gobierno de Franco en noviembre de 1936, Pacto Anti-Komintern con Japón en noviembre de 1936, «anexión» de Austria el 13 de marzo de 1938, presión creciente sobre Checoslovaquia y ocupación del territorio de los Sudetes a raíz de la Conferencia de Múnich en septiembre de 1938, entrada de la Wehrmacht en el resto de Checoslovaquia en marzo de 1939 y, a partir de ese mismo mes, exigencia de devolución de la ciudad de Danzig, y entrada de las tropas alemanas en el territorio del Memel en marzo de 1939.

Ese mundo está lleno de subversión, desviacionismo, intervenciones diplomáticas, inflamada propaganda de agitación por parte del enemigo. En muchos lugares hay violaciones de las fronteras, provocaciones, puestas a prueba para ver hasta dónde se puede llegar. Los agentes y los espías desempeñan un papel más importante que la diplomacia, la diplomacia paralela es más importante que la auténtica diplomacia, y los paramilitares preparan el terreno de los militares. En el verano de 1937 se producen incidentes en la frontera con Manchuria, en la frontera checo-alemana, se redoblan además las actividades de agitación de los agentes de la Gestapo en Checoslovaquia[13] y se refuerzan líneas fronterizas en la frontera germano-polaca.[14]

Mientras Alemania, Japón e Italia se disponen a crear las potencias del Eje, fracasan todos los intentos para establecer un sistema colectivo de seguridad capaz de forjar una alianza

entre la Unión Soviética, Francia e Inglaterra. En la Conferencia de Múnich de septiembre de 1938, con la aprobación de Inglaterra, Francia e Italia, se produce la división de Checoslovaquia, y en marzo de 1939 se ocupa el resto del país. A la capitulación de las potencias occidentales en septiembre de 1938 le sigue, el 23 de agosto de 1939, la capitulación de Stalin en Moscú, la cual va incluso un paso más allá: la colaboración temporal con Hitler en la ocupación y la repartición de Europa del Este.

Todo esto, por sí solo, constituye un escenario amenazador. Pero en 1937 se entrecruzan en Moscú los hilos y los nudos en los que el conflicto externo se enreda con los internos, cuando las habituales diferencias internas se profundizan para conformar dos frentes de guerra civil, donde las personas con posiciones críticas son tildadas de espías y los opositores calificados de traidores. La línea por la que discurre el frente en la Segunda Guerra Mundial tiene su continuidad en la línea del frente interior.

EL PUEBLO SOVIÉTICO COMO UNIDAD DE LUCHA PATRIÓTICA

La guerra externa se convierte en el trasfondo para la percepción y el sostén de los conflictos internos. De forma constante, sin darse apenas cuenta, uno se entera de que la lucha no ha acabado, sino que se ha radicalizado y agudizado en una especie de «último combate». Puesto que el enemigo interno, en esencia, ha sido derrotado al serle retirada la base social, no puede hacer otra cosa que ponerse a disposición del enemigo externo si desea encontrar respaldo. Existe una notable sincronía entre la formación de los frentes en el exterior y en el interior. La necesidad de un enemigo interno se pone en sintonía con la imagen del enemigo externo. De ello se deriva una óptima estrategia de movilización. La línea por la que discurre el frente externo no es, por lo tanto, tan sólo un

hecho objetivo, sino que se dramatiza a fin de producir ciertos escenarios de tensión internos y perfilar imágenes concretas del enemigo. La cohesión del cuerpo popular se hace más plausible y fuerte allí donde se siente amenazado y se le exige que mantenga listas todas sus fuerzas defensivas. Y esto funciona de la manera más simple contra el enemigo externo y sus agentes internos, contra una «quinta columna».

La función de la cohesión y de la movilización del colectivo de lucha en una situación de amenaza se consiguió durante el primer proceso público de Moscú, cuando las grandes figuras políticas de la antigua oposición son rearmadas para convertirlas en agentes del fascismo; no es nada casual la coincidencia temporal de las manifestaciones de solidaridad a gran escala para con el pueblo español y el Frente Popular, por un lado, y las manifestaciones de odio dirigidas a destruir a los «agentes trotskistas», por el otro. En el segundo proceso público, el motivo de los agentes ya se ha vuelto imprescindible, y ha sido puesto en consonancia con la nueva constelación. Los «parásitos» actúan ya de un extremo al otro de la URSS, y lo hacen por encargo de las potencias del Eje, unidas ahora gracias al Pacto Anti-Komintern, que avanzan hacia el país a través de todas sus fronteras, en un instante en que las actividades de la Alemania nazi y del Japón imperialista se incrementan y suceden. Los guiones del proceso están ya listos de tal modo que se dice que los acusados pretenden ceder a Japón amplios territorios del Lejano Oriente soviético, y entregarle Ucrania a Alemania, para que ésta pueda satisfacer su apetito de materias primas.[15]

En el tercer proceso público, la fragmentación de la Unión Soviética por encargo e interés de ciertas potencias extranjeras ya se ha convertido en la línea principal de la acusación. A los acusados se les imputa:

> ... espionaje en favor de Estados extranjeros, labor de sabotaje, desviacionismo, terrorismo, actividades destinadas a desmorali-

zar al Ejército, provocación con vistas a un ataque bélico de esos Estados contra la URSS, fragmentación del territorio nacional y secesión de Ucrania, Bielorrusia, de las Repúblicas del centro de Asia, de Georgia, Armenia, Azerbaiyán, del territorio costero del Lejano Oriente (Primorie) en favor de los ya mencionados Estados y, finalmente, el derrocamiento del orden social y del Gobierno socialista existente en la URSS, restauración del capitalismo y restitución del poder a la burguesía.[16]

El proceso público coincide con la previsible derrota de la República española y el continuo avance de la Alemania nazi. Las penas de muerte contra Bujarin y otros se anuncian el día en que la Wehrmacht entra en Austria y se consuma el *Anschluss* de este país a la Alemania hitleriana, el 13 de marzo de 1938.

Los cargos de la acusación—y no sólo en este proceso—fueron formulándose cada vez más con la vista puesta en la situación internacional. El diseño de la acusación, inducido por la política exterior, afecta no sólo a las figuras prominentes de los procesos públicos. Los grupos de personas escogidos para las persecuciones del año 1937, los «contingentes nacionales», son presentados como grupos étnicos en el territorio soviético que actúan por indicaciones de sus países de origen. Son, por ejemplo, la minoría alemana—los alemanes nacionales, los alemanes emigrados del Reich, los alemanes en situación de apátridas—; son los austríacos, cuyo país ha pasado ahora a pertenecer al Gran Reich alemán; los húngaros, que actúan tras la estela del «Gran Reich alemán»; los polacos, que podrían agitar a los polacos, a los bielorrusos y a los ucranianos en el lado soviético de la frontera; los letones, lituanos y estonios, así como los finlandeses, quienes, en su condición de «limítrofes», podrían minar el régimen fronterizo de la URSS; por último, son los coreanos, que habitan en las regiones fronterizas y que podrían dejarse uncir al carro de la agresión japonesa. La imagen del enemigo es

nacionalista y xenófoba, ya que no tiene en cuenta individuos ni responsabilidades individuales, sino que estigmatiza a los grupos nacionales en su conjunto.[17] El nuevo colectivo de lucha—así como la identidad como «pueblo soviético»—se va formando mediante la exclusión de esos «enemigos», los cuales no sólo están del otro lado de la frontera, sino también dentro del propio país. La hora de alumbramiento del patriotismo soviético resuena mucho antes de que comience la Gran Guerra Patria.[18] Su principal materia prima no es una nostalgia imperial, un *remake* de la antigua y sagrada Rusia zarista, sino la autoafirmación de un país lanzado a la modernización en medio de un mundo de conflictos bélicos y agresiones. Nada modela mejor la cohesión de una nación nueva y recién salida de una guerra mundial y de una guerra civil que el miedo abrumador y disciplinador ante un retroceso a aquella «época de caos»; nada puede ser identificado de una manera más clara e inequívoca que un enemigo en el que se condensan todos los difusos miedos y amenazas. El mero orgullo por los logros en la reconstrucción, en los planes quinquenales, no basta para generar esa cohesión o mantenerla, una cohesión que puede tender un puente sobre la escisión que se perfila en el país. Casi podría decirse que si no hubiera existido aquella dinámica belicista y aquel peligro de guerra, los dirigentes estalinistas hubieran tenido que inventársela. Es ciertamente paradójico, pero no inexplicable, por qué aquella potencia que veía en todo y en todos la acción de agentes enemigos, en el instante en que la Wehrmacht nacionalsocialista marchó sobre las fronteras del país, estaba ciega ante cualquier amenaza, mientras que el pueblo, en cambio, sólo reconoció finalmente al enemigo al verse confrontado con aquel que tenía una fuerza destructiva superior y mostraba una resolución mucho más radical: un verdadero enemigo, no los enemigos fantasma cuya proyección la pandilla gobernante tanto necesitaba para preservar su poder. Sin el miedo a

que estallara una nueva guerra mundial y sin el incremento de ese miedo a través de un poder nada escrupuloso, no se puede entender el pandemonio de violencia que reinaba en el interior de la sociedad soviética.

METÁSTASIS: PROCESO PÚBLICO EN BARCELONA. EL NKVD EXTRATERRITORIAL

En España se concentró, para toda una generación, la lucha apasionada entre la libertad y la opresión, entre el bien y el mal, entre la disposición al sacrificio hasta la muerte y la fría política de poder. Las simpatías del mundo estaban con la República, con las unidades de voluntarios de las Brigadas Internacionales, y la Unión Soviética, que apoyaba a la República, sacó provecho de ese nimbo. ¿Quién hubiera podido contradecir un programa como el que había fijado la Internacional Comunista de 1935 tras corregir su política suicida y fragmentadora? Ahora no debían contar los egoísmos partidistas ni los intereses de las fracciones, ahora no se trataba de instaurar el socialismo o una «dictadura del proletariado», sino ante todo de rechazar el fascismo y de reafirmar o imponer la democracia.

Al mismo tiempo, en España se puso de manifiesto para muchos, por primera vez, que la consigna tan plausible de la unidad de los antifascistas, independientemente de su filiación partidista o de su ideología, estaba envenenada desde un principio por la forma instrumentalizada y táctica con que los comunistas manejaron dicha alianza, y por la desconsiderada imposición de sus pretensiones de liderazgo y de poder. Con los materiales de ayuda y las armas, llegó también al escenario de guerra de la península ibérica un pedazo de Moscú en el año 1937. La Unión Soviética no sólo proporcionó la ayuda y las donaciones recogidas por los soviéticos, sino que también aportó personal, un personal a través del cual podía controlar el movimiento en España:

asesores militares, agentes, policía secreta y asesinos a sueldo. El Gobierno español había solicitado ayuda a la Unión Soviética desde el 25 de julio de 1936. En agosto y septiembre llegaron los primeros asesores militares. A finales de noviembre de 1937 se encontraban en suelo español más de setecientos asesores militares soviéticos, agentes del NKVD y expertos en economía.[19]

Pero a diferencia de lo que sucedía en el propio ámbito de influencia, en España había todavía una opinión pública: periodistas que podían eludir la censura, reporteros—como George Orwell, por ejemplo—que podían llegar a una amplia audiencia para informar de lo que allí habían visto. Muy pronto, los asesores y agentes soviéticos habían asumido el control sobre los aparatos del Estado republicano—sobre todo en el Ejército y en los servicios de inteligencia—, y muy pronto, asimismo, se expandió por todos los territorios controlados por ellos una atmósfera como la que predominaba en Moscú en los años de Yezhov. George Orwell fue un observador atónito de la génesis de este mundo, y así lo plasmó en su obra, especialmente en *Homenaje a Cataluña*: «Uno tenía todo el tiempo la horrible sensación de que quien había sido un amigo hasta un momento dado podía traicionarle ante la policía secreta».[20] Orwell describió también la atmósfera reinante en la primavera de 1937, cuando los comunistas llegaron al poder en Barcelona y reprimieron de un modo sangriento a partidos como el POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), de orientación sindicalista, y a los anarquistas:

Las últimas semanas que pasé en Barcelona se respiraba un aire particularmente enrarecido, reinaba un clima de sospecha, temor, incertidumbre y odio disimulado. [...] Todavía no había ocurrido nada y ni yo mismo me hacía una idea de lo que podía suceder, pero había una continua y vaga sensación de peligro, la impresión de que algo malo iba a pasar. Aunque no estuvieses intrigando, el

ambiente hacía que te sintieras como un auténtico conspirador. Era como si uno pasara el tiempo susurrando en los rincones de los cafés y preguntándose si la persona de la mesa de al lado no sería un confidente de la policía.[21]

Por absurdos que fueran los reproches dirigidos contra la izquierda no comunista—por ejemplo, contra el POUM, de una tendencia radical de izquierda—, siempre hubo un sano juicio humano que consiguió hacerse escuchar. Se sabía lo que se había hecho con los militantes y los revolucionarios rebeldes, y nadie podía convertirlos en colaboradores de Franco: «Eso contradecía todo sano juicio humano, y la mera historia previa del POUM basta para que el reproche no sea creíble».[22] En el espacio de Cataluña, aún protegido de algún modo por una opinión pública internacional, se ve claramente que «tales calumnias, campañas de prensa y hábitos en la forma de pensar que se manifiestan en ellos, podrían hacerle un daño enorme y mortal a la causa antifascista».[23]

Las memorias de personas que participaron en la guerra civil, los expedientes que eran enviados semana tras semana a Moscú por los asesores militares y los agentes soviéticos, los reportajes de periodistas y reporteros que habían sido «vetados» por las instancias soviéticas—por ejemplo, el informe de Louis Fischer a Uritzki—[24] permiten echar una mirada desde dentro y ver cómo los especialistas soviéticos valoraban al personal de la República, cómo juzgaban a las facciones españolas y sus luchas internas, o cómo juzgaban las posiciones políticas y la capacidad militar, o las redes personales en las Brigadas Internacionales. También aquí se pone de manifiesto una manera de pensar, un rasero analítico que resulta ya conocido de las circunstancias en Moscú. Los errores, las carencias y los inconvenientes son tildados inmediatamente de sabotaje. La indisciplina se convierte en «amotinamiento», las balas perdidas en el combate son tildadas de

«actos terroristas», las enfermedades son relacionadas con el chocolate envenenado: «La capitulación de Brunete y la huida de numerosas brigadas fueron, en gran medida, el resultado de un pánico generado por la "quinta columna" que los fascistas habían infiltrado entre nosotros».[25] Las derrotas no se deben a la escasez de armas o a las debilidades de los jefes, sino que se explican «a través de la actividad violenta e intensa de los elementos derrotistas y los agentes de la quinta columna dentro de las unidades republicanas».[26]

Ya desde muy temprano se dice en una instrucción interna: «Depurad el ejército, la policía y las organizaciones influyentes, desde arriba hasta abajo, de los enemigos del pueblo».[27] Se afirma de manera categórica que la guerra contra Franco sólo se puede ganar si primeramente se elimina a los «enemigos internos»: anarquistas, trotskistas y sindicalistas: «No cabe duda alguna de que una guerra contra las fuerzas rebeldes no se puede ganar mientras esa escoria dentro del bando republicano no sea liquidada».[28]

Un agente llamado Nikonov escribe en su informe del 20 de febrero de 1937:

> La segunda tarea importante en el orden del día consiste en eliminar la actividad desmoralizadora que llevan a cabo algunos dirigentes de los trotskistas anarcosindicalistas y contrarrevolucionarios. Los anarquistas son los más fuertes en Cataluña, donde tienen un aparato político y militar amplio y bien organizado. La política de los llamados dirigentes ortodoxos dentro de las filas de los anarcosindicalistas es, en esencia, traición.[29]

A los voluntarios de las Brigadas Internacionales se les atribuye, en efecto, cierto espíritu de sacrificio,

pero, al mismo tiempo, no se debería olvidar que estos internacionalistas eran un grupo bastante heterogéneo desde el punto de vista tanto político como social; que eran proclives a contagiarse

y, para muchos de ellos, la República española era la patria futura, con la cual asociaban intereses personales y su perspectiva vital.[30]

Por último, la derrota de las fuerzas republicanas se atribuye a la traición, y la liquidación de las personas a las que se hace responsables de ello está presente al final, según esta lógica, en todas las intervenciones. En las unidades se habían infiltrado elementos de los servicios secretos de todas las nacionalidades. Sólo un aparato de seguridad fuerte podía acabar con eso:

En algunos casos hemos tenido éxito al sorprender a los provocadores con las manos en la masa, y sufrieron el castigo que se merecían—comunica el agente Sverjovski—, pero la gran mayoría de los agentes, debido a la debilidad general de la dirección y del aparato político, así como a la escasez de instituciones especiales, permanecen ocultos tras sus tapaderas, y realizan su cruel y malvada labor sin que hasta ahora se les haya pedido cuentas.[31]

Existe una gran demanda de personal del NKVD:

Desde comienzos de enero de este año le he pedido en varias ocasiones a nuestra gente del NKVD que ponga a disposición de mi división, aunque sea de manera temporal, a un instructor experimentado capaz de organizar el aparato especial y hacerlo funcionar. Pero a la vista de la aguda escasez de personal, aun entre los camaradas, no he podido recibir ninguna ayuda práctica. Mi intento de improvisación trajo algunos resultados, pero éstos estuvieron bastante alejados de lo que se hubiera podido alcanzar si, en lugar de un primitivo y simple departamento especial, se hubiera contado con un aparato dirigido por especialistas con experiencia».[32]

Entre las prácticas ya probadas en la Unión Soviética está la creación de listas en las que, por ejemplo, se clasificaba a

todo el mando superior del Ejército republicano o a los voluntarios de las Brigadas Internacionales según su origen, sus puntos de vista políticos y su postura en relación con la Unión Soviética.[33] El término ruso *Cheká* arraiga también en el uso del español. Sobre la ilimitada actividad de los servicios de seguridad, apuntaba Julián Gorkin, uno de los dirigentes del POUM:

El SIM [Servicio de Información Militar] arresta a su antojo, o siguiendo el plan represivo del NKVD. Se envía al «sospechoso» a prisión, empiezan las investigaciones, y luego se le deja en manos del juez. [...] Este último, con el pretexto de hacer nuevas investigaciones, retiene los expedientes durante meses.[34]

También sobre España se extiende una peculiar topografía del terror, después del sofocamiento de la revuelta en Barcelona en la primavera de 1937. Entre esa topografía se encuentra el Hotel Falcón, la antigua sede el POUM, transformada en una prisión; la calle Córcega, donde actuaba el servicio de identificación de la policía;[35] prisiones en el barrio barcelonés de Horta, y en Castellón de la Plana; la avenida Portal del Angel número 24, con sus ramificaciones en el Hotel Colón, en la plaza de Cataluña, también en Barcelona, el antiguo monasterio de Atocha, en Madrid; Santa Úrsula, en Valencia; Alcalá de Henares... Asimismo, algunas casas privadas se usaron para interrogatorios, torturas y ejecuciones.[36] No asombra en absoluto que el Partido Comunista de España exija también un proceso público contra los trotskistas en la ciudad de Barcelona. Éste se presenta como brazo ejecutor de la ira popular:

Las masas exigen una represión enérgica e implacable. Eso es lo que piden las masas populares en todas partes de España, en Cataluña y en Barcelona. ¡Exigen el desarme total, el arresto de los cabecillas, la creación de un tribunal militar especial para los trotskistas! Eso es lo que las masas exigen.[37]

Este proceso público tuvo lugar realmente más tarde, y fue tolerado por un Gobierno republicano azuzado por los comunistas, un Gobierno que ya veía aproximarse su fin:

Desde el 11 hasta el 22 de octubre de 1938, algunos miembros del Comité Ejecutivo del POUM—Gorkin, Andrade, Gironella, Rovira, Arquer, Rebull, Bonet, Escuder—fueron llevados ante un tribunal especial, en un proceso que recordaba a los que tuvieron lugar en Moscú.

Sólo gracias a la intervención de André Gide, de Georges Duhamel, de Roger Martin du Gard y de François Mauriac ante el jefe del Gobierno, Juan Negrín, se les conceden a los acusados garantías jurídicas, de modo que no llega a condenárseles a la pena de muerte exigida por el Partido Comunista de España, sino a quince años de cárcel; sin embargo, los acusados pudieron escapar antes de que las autoridades de seguridad de Cataluña los entregaran a un Franco que ya estaba a las puertas de la región.[18] Los policías de la Seguridad del Estado tampoco se detienen ante los voluntarios de las Brigadas Internacionales, que son descritos en un dosier como presas potenciales de los servicios secretos fascistas:

Si los antiguos voluntarios internacionalistas no reciben la atención política necesaria y la ayuda material, puede suceder que muchos soldados que ayer lucharon por la revolución se pasen al otro lado de las barricadas en las futuras luchas de clase y sean reclutados para realizar una sucia e infame labor de espionaje y sabotaje contra la URSS. Esto no debe permitirse.[19]

Muchos internacionalistas de las Brigadas, para quienes la lucha por la «libertad de España» había pasado a ocupar el centro de sus vidas, sólo pudieron comprender mucho más tarde—si bien algunos no llegaron a comprenderlo nunca—,

que a ellos les estaba deparada la mayor derrota, a manos de un enemigo situado a sus espaldas.

BARCELONA: TRANSFERENCIA DE EXPERIENCIAS MOSCOVITAS

Entre 1936 y 1939 España se convirtió en el preámbulo de la Segunda Guerra Mundial y la zona de contacto de todas las fuerzas que participarían en la gran lucha; abandonada por las democracias occidentales, era un lugar singular, único, en el que el amor a la libertad de un pueblo y de toda una generación se vio mezclado con un cínico cálculo de poder, donde la disposición al sacrificio y los espantosos horrores iban de la mano, donde la fascinación generada por el avión iba aparejada con los horrores de la primera guerra aérea moderna, un lugar de desencanto, de desilusión y de desplome moral. Fue un laboratorio para experimentar con nuevas técnicas militares y político-policiales. Por tal razón, el campo de batalla español pasó a ser un espacio de transferencia de experiencias, también de las experiencias acumuladas en la Moscú de 1937.

En España, donde, por órdenes de Aleksandr Orlov ya se había asesinado al líder de los trotskistas españoles, Andrés Nin, la cacería desatada contra Trotski entra en una nueva etapa. El agente del NKVD Pável Sudoplátov anota en sus apuntes:

Durante mi estancia en Barcelona conocí por primera vez a Ramón Mercader del Río, un joven teniente que acababa de regresar de una misión guerrillera detrás de las líneas de Franco. Por aquella época aún no tenía ni idea de lo que le depararía el futuro a Mercader, que sería el encargado de asesinar a Trotski, ni que yo mismo pondría en marcha esa acción. [...] Enviamos a nuestro joven agente secreto, aún inexperto, al escenario de la guerra, del mismo modo que mandamos allí a nuestros instructores mejor en-

trenados. España se reveló como una buena escuela para todas nuestras futuras operaciones especiales: la revolución española sufrió una derrota; los hombres y las mujeres de Stalin, por el contrario, vencieron. Al final de la guerra civil española, también Trotski estaba acabado.[40]

Desde España los caminos no sólo conducen a México, donde Trotski sería asesinado dos años después—el 21 de agosto de 1940—, sino también de regreso a Moscú. Muchos de los actores políticos, militares y pertenecientes a la policía secreta de la primera hora están muertos antes de que la guerra civil española llegue a su fin. Sin embargo, ninguno de ellos cayó en combate, sino en las mazmorras del NKVD. Desaparecieron de forma paralela a los procesos públicos de Moscú. Entre ellos estaba Marcel Rosenberg, el representante plenipotenciario de la URSS en España, a quien destituyeron en 1937 y que murió dos años más tarde. Yan Berzin, director de la Administración de Instrucción del Ejército Rojo, fue arrestado el 27 de noviembre de 1937 por el NKVD.[41] Grigori Shtern desapareció en las purgas. Artur Stashevski, agregado comercial soviético en España, desapareció en el año 1937 como consecuencia de las purgas.[42] Vladímir Antónov-Ovséienko, veterano bolchevique y líder del asalto al Palacio de Invierno, representante diplomático de la URSS en España, fue arrestado en la madrugada del 12 de octubre de 1937 por el NKVD y condenado a muerte el 8 de febrero de 1938.[43] Vladímir Górev, agregado militar de la URSS en España, fue arrestado el 25 de febrero de 1938 y condenado a muerte el 20 de junio de este mismo año.[44] Mijaíl Kóltsov, el más importante y capaz reportero desde el escenario de la guerra civil española, autor del *Diario de España*, fue condenado a muerte el 12 de diciembre de 1938.[45]

Un tercer camino nos conduce fuera de España, hacia otros lugares en los que las víctimas de una dictadura o de la otra se encuentran, al tiempo que intentan hallar las pa-

labras para expresar lo que han experimentado. Esas víctimas las encontramos (o se encontraron) en París o, incluso, en Londres y en Nueva York. Arthur Koestler, por ejemplo, que pudo salvarse de la prisión en España, se encuentra en París con Eva Weissberg, que había estado arrestada antes en la Lubianka, pero luego había podido escapar de la URSS de manera milagrosa:

> Conocía a Eva desde que tenía cinco años. Ibamos a la misma guardería y seguimos siendo buenos amigos en años posteriores en París, Berlín y en Járkov. Ahora ambos habíamos sido salvados, ella de una prisión comunista y yo de una fascista. Al mismo tiempo, y a la misma velocidad de cinco kilómetros por hora, anduvimos de un lado a otro por nuestras celdas en Moscú y en Sevilla. Por tal razón podíamos intercambiar unos relatos de viaje acordes con los tiempos.[46]

El saldo no se agota únicamente en numerosos diarios españoles, sino en una literatura que formula—y de ese modo preserva—la experiencia entre los frentes de la guerra civil española-europea y la doble experiencia del totalitarismo. La obra *Del cero al infinito*, de Arthur Koestler—iniciada en 1938 y acabada en abril de 1940—, forma parte de ello tanto como *Rebelión en la granja* o *1984*, de George Orwell.

CEGUERA Y TERROR: LA DESAPARICIÓN DEL CENSO DE 1937

VIAJE AL INTERIOR DE LA SOCIEDAD, *184* — 6 DE ENERO DE 1937: UN IMPERIO EN UNA INSTANTÁNEA, *187* — DIEZ AÑOS DESPUÉS DEL CENSO DE 1926: BALANCE TRAS EL GRAN CAMBIO, *192* — AUTOANÁLISIS, AUTOESCLARECIMIENTO, REGISTRO Y COMPRENSIÓN, *194* — LA CONMOCIÓN POR LOS MILLONES QUE FALTAN, *200* — LA ESTADÍSTICA COMO CRIMEN, *204*

En enero de 1937 tuvo lugar a nivel nacional un censo cuyos resultados, por cierto, sólo se publicarían medio siglo más tarde.[1] Se dieron a conocer al mundo cuando, tras la desaparición de la URSS, se abrieron también los archivos; V. Tsaplin, el entonces director del Archivo Central de la Economía Nacional, permitió el acceso a esos materiales conservados a principios de los años noventa del pasado siglo.[2] La dirección soviética había explicado en su momento la no publicación de los mismos aludiendo a ciertas deficiencias en los métodos y en la realización del censo. Los responsables de realizarlo fueron perseguidos, y muchos de ellos perdieron la vida. Pero la historia de este censo supone algo más que el intento de abarcar a toda la población por parte de un régimen de terror. Puesto que el censo era la empresa más ambiciosa, compleja y costosa encaminada a hacer un inventario social y un autodiagnóstico que tenía lugar veinte años después de la Revolución—«El censo, en sí, fue una empresa pionera, la cual debía proporcionar una imagen lo más completa posible de la vida soviética»—,[3] el escamoteo de sus resultados y el asesinato de sus organizadores son nada menos que una

forma de eliminar la capacidad para el autoanálisis social. Sin embargo, una sociedad dirigida de modo autoritario, sin una imagen de sí misma, está—sea lo que sea lo que planeen sus dirigentes en lo que respecta a la *social engineering*—condenada a la aplicación ciega de la violencia del Estado. La ceguera, cuando ésta es el resultado de la destrucción del saber de una sociedad sobre sí misma, se transforma en terror ciego.

VIAJE AL INTERIOR DE LA SOCIEDAD

S. Kovriguin, uno de los organizadores del censo y responsable de llevarlo a cabo en el distrito de Pervomáiski, en Moscú, relató algunas de sus experiencias en los preparativos, en un artículo publicado en *Pravda* el 5 de enero de 1937, es decir, un día antes de iniciarse el verdadero censo. Este hombre ya había participado en el censo de 1926, cuando aún vivía en un pueblo del interior: «Diez años median entre los dos censos. El censo nacional de 1937 mostrará—y ya lo está mostrando—cuánto ha cambiado el país y su gente en estos años». Kovrigin, que para esa fecha era estudiante del moscovita Instituto Bauman de Construcción de Maquinaria y estaba a punto de hacer el examen para obtener el título de ingeniero, asesoró a dos edificios de viviendas en el barrio de Dangáuerovka, en Moscú:

Uno de ellos estaba habitado por trabajadores de la fábrica Kompressor, y el otro por obreros de la construcción. La labor era difícil. La mayoría de los trabajadores de la construcción estaban en Moscú desde hacía muy poco y pertenecían a distintas minorías nacionales. En todas las viviendas me acogieron con amabilidad y alegría. En casi todas partes se respondió de buena gana y de forma detallada a las preguntas de los cuestionarios del censo, a menudo de un modo mucho más detallado de que lo que se pedía, por ejemplo, cuando alguien explicaba cuándo y dónde había estudiado, por qué había cambiado de trabajo y cuándo se había casado. A

veces, en otras viviendas, mis compañeros y yo nos vimos metidos en alguna que otra situación muy incómoda. En muchos de los pisos la gente se había reunido los días 1 y 2 de enero para celebrar el Año Nuevo. Los anfitriones se mostraban hospitalarios y nos invitaban. Nosotros declinábamos la invitación, y ellos se lo tomaban a mal. Al recorrer las viviendas hube de comprobar, con aflicción, que las personas no están nada bien informadas acerca del censo. Los administradores de la propiedad no se han preocupado por instruir a los inquilinos sobre las tareas fundamentales del censo, y se olvidaron de explicarles cómo responder a las preguntas. De ahí que hubiera de vez en cuando toda suerte de rumores provocadores. Una anciana nos preguntó si era cierto que iban a reubicar a los creyentes fuera de la ciudad de Moscú. En este caso, por supuesto, tuve que asumir la labor de propagandista. En contra de lo esperado, no hubo demasiadas dificultades a la hora de interrogar a los trabajadores no rusos. Estaban informados de que podían elegir libremente su nacionalidad. En uno de los pisos tuvo lugar un diálogo muy revelador. Entrevisté a un joven trabajador que era de nacionalidad mordovia. Llevaba viviendo mucho tiempo entre rusos, había ido a una escuela rusa, y habla, lee y escribe el ruso de manera excelente.

—¿Su nacionalidad?—le pregunté.

—Soy ruso—respondió él de inmediato.

—¿Cómo que ruso? ¿Tú no eres mordovio?—preguntó, asombrado, su compañero.

—Nací mordovio—se corrigió el interrogado—. Pero ahora tengo mucho más en común con los rusos que con los mordovios. ¿Puedo registrarme como ruso?—me preguntó.

—Por supuesto.

En otro piso se produjo otro encuentro no menos interesante. Un chino que estaba casado con una rusa. Tienen un hijo de once años.

—¿Cómo definís la nacionalidad de vuestro hijo?—pregunté.

Los padres se miraron. Luego se apartaron y deliberaron algo con mucha calma. Por último, el padre del niño se me acercó y me comunicó el resultado de la mencionada deliberación: aunque el niño, por su aspecto, parecía chino, había nacido en la URSS, vivía entre rusos, iba a una escuela rusa, no entendía el chino y

sólo hablaba ruso. Los padres, por lo tanto, inscribieron al niño como ruso.

Algunos problemas surgían en la inscripción de los niños cuando el padre era empleado y la madre obrera. Se dividían el niño entre ambos. Entre los entrevistados había también algunos creyentes. Hablaban abiertamente de ello, indagaban para qué les formulaban aquellas preguntas. La mayoría de los entrevistados sabía leer y escribir, salvo algunas personas mayores que habían emigrado a Moscú. Una mujer madura admitió ser una antigua creyente que había renunciado a su fe en Dios. También encontramos algunos con educiación superior. Los obreros tenían, en la mayoría de los casos, una formación profesional. El recorrido por la vivienda le muestra a uno cómo vive la gente. Casi en todos los pisos había un arbolito engalanado para las fiestas. Muchos obreros tienen estanterías con libros e instrumentos musicales: violines, guitarras, acordeones. Casi todas las familias tienen hijos que constantemente interrumpen la conversación.[4]

Éste es sólo uno de los muchos relatos sobre el desarrollo del censo. De ese modo el lector de *Pravda* tiene acceso, a través de los ojos de quienes hacen el censo, a viviendas, residencias y compartimentos de tren. Los relatos llegan desde los distritos de la capital, desde las capitales de las distintas repúblicas, desde Kiev, Asjabad, desde la taiga o desde las ciudades portuarias del océano Pacífico, desde los barrios de nueva construcción. Al lector se le presentan interiores, preferiblemente los de algunos «obreros cultivados», con estanterías de libros y algún tapiz en la pared. Se entra en el recién concluido Hotel Moscova, esa «ciudad dentro de la ciudad», en la que viven «los habitantes temporales de la capital»—ingenieros llegados desde Kazajistán, marinos de Kronstadt, directivos de empresas de la región del Donbáss—, se viaja un trecho con el ferrocarril Orient Express o se entra en clínicas de maternidad de algunas de las ciudades recién fundadas en los Urales. El «ejército» de censadores—casi un millón de personas; solamente en Moscú, dieciocho mil—,[5] no

sólo anda de viaje por los rincones más remotos de la Unión Soviética, sino que recorre sistemáticamente el paisaje social, se adentra en el entorno de los obreros de las fábricas, de los especialistas, se encuentra con creyentes de las confesiones más dispares. En el Orient Express—solamente en los trenes, el censo registra entre 320 000 y 350 000 personas—,[6] el censador encuentra una sociedad soviética *en miniature*, en la que las preguntas sobre el «¿De dónde vienes? ¿Adónde vas?», sobre la profesión y el grado de escolaridad ofrecen datos reveladores sobre la movilidad social y local. Pero no en todos los casos se quiere oír hablar de los activistas del censo. Los encargados de llevarlo a cabo son millones de pares de ojos que deben abarcar el país entero, de un modo tan completo como sea posible. Cada casa o edificio censado es un microcosmos del mundo soviético. En la composición específicamente orgánica de cada edificio de viviendas se refleja la sociedad mixta de los primeros dos Planes Quinquenales. Con ellos se puede averiguar algo acerca de una sociedad fluctuante, sobre identidades transitorias y sobre la construcción de nuevos proyectos de vida y de identidad, y todo ello en cantidades de centenares de miles, de millones, de un modo que está abocado, desde el principio, a ser valorado y aprovechado sistemáticamente. El censador que recorre el país no sólo es un controlador, sino más bien un «amigo y auxiliar» que debe ayudar al entrevistado a definir de la manera más exacta posible su lugar social, étnico y cultural. Del censo que se realiza en el ámbito del NKVD y de la administración de los campos de internamiento no se encuentra en los periódicos, sin embargo, el menor rastro.

6 DE ENERO DE 1937: UN IMPERIO EN UNA INSTANTÁNEA

Nuestro país lleva a cabo en la actualidad un censo general. Desde las primeras horas de la mañana, un ejército de un millón de cen-

sadores pone manos a la obra. Están allí, en todas partes donde vivan personas, y registran en sus listas a todos los habitantes de la URSS, sean grandes o pequeños. Ninguna persona, esté donde esté, debe ser pasada por alto, ya sea un habitante de la agreste taiga, un barrendero o un pasajero del Orient Express: el censador ha de encontrarlas a todas, hablar con todas, y recibir de todos respuestas precisas. El censo se realizará, como se sabe, en un solo día. Y en ello radica la complejidad y la responsabilidad del trabajo que está por hacer, que sólo puede realizarse contando con la absoluta confianza del personal del censo y con la más activa participación de los ciudadanos. Sólo bajo dichas condiciones podremos averiguar las cifras exactas de esta sociedad multiétnica, la de nuestra gran patria. El Partido y el Gobierno otorgan a este censo la mayor importancia. Las listas ya han sido cubiertas de antemano, entre el primero y el 5 de enero, la población ha estado estudiando las preguntas dadas a conocer en los murales, se ha preparado y puede responder a esas preguntas. Por todas partes, los encargados del censo son recibidos como visitantes largamente esperados. ¡Cuánto se diferencia este censo del realizado bajo el zar en el año 1897, cuando la población reaccionó de manera hostil o pasiva. Entonces no había información, se produjeron incluso disturbios, con autoinmolaciones de miembros de sectas que se negaron a ser censados.[7]

Pero esta vez las personas eran censadas en los lugares donde se encontraban. Días antes la población quedó recogida en listas del censo, entre el primero y el 5 de enero de 1937, todo con repasos de control de los respectivos segmentos del censo, que fueron verificados nuevamente.[8] La limitación del proceso de recuento real, que debía realizarse en un plazo de veinticuatro horas, desde la medianoche del 6 de enero de 1937 hasta la siguiente debía mantener el grado de error en su nivel más bajo y minimizar los recuentos dobles. Entre las ocho de la mañana y las doce de la noche los ciudadanos tenían que estar preparados para responder a las preguntas de los censadores. La vida de todo el país de-

bía detenerse en el «instante crítico», se había escogido precisamente el invierno, porque se la consideraba una época con un bajo grado de movilidad; pero, por otro lado, se había pasado por alto que ese día coincidía con la víspera de los festejos navideños de la Iglesia ortodoxa, que seguía siendo celebrada por millones de personas, razón por la cual estaba asociada a muchos desplazamientos, visitas a familiares, etcétera; también ese día debía realizarse el cierre del balance anual de los koljoses.[9]

La *Russia in flux* ('Rusia fluctuante', de John Maynard) o la «sociedad de arenas movedizas», de Moshe Lewin, se paralizó por un instante: lo mismo en las ciudades que a bordo de un vapor, en una yurta en Kazajistán o en un hotel de Leningrado. Detener la vida en una sexta parte de la Tierra, ésa fue una labor fascinante e impresionante, una labor que no hubiera sido posible sin un gigantesco trabajo previo de preparación, organización y esclarecimiento. Pero ésa fue la condición para el logro de una radiografía singular de una nación fluctuante.

Tenía que crearse para ello un aparato de censo y de encuestas. Su armazón constaba de un millón de censadores—reclutados, en su mayoría, entre estudiantes, maestros, empleados, contables y el personal directivo de los koljoses—, además de unos diecisiete mil instructores. Para ello fue preciso poner a disposición de ese personal edificios y oficinas. Había que entregarles a los censadores esquíes y ropa de invierno, a veces se les asignaron también traductores.[10] La población debía ser informada e instruida acerca de la forma de proceder. Hubo que imprimir doscientos millones de tarjetas perforadas y luego repartirlas por todo el país. Se pidieron a Alemania máquinas Hollerith, que se instalaron en los principales centros de recuento: Moscú, Leningrado y Járkov. Se repartieron entre la población folletos informativos en tiradas enormes.[11]

La instantánea sociológico-demográfica del 6 de enero de 1937 se concretó después de muchos intentos de arrancar y

de aplazamientos. Inicialmente, debía tener lugar en septiembre de 1932, como un balance de los resultados del «Gran Cambio» del primer Plan Quinquenal, luego se pospuso para el año 1935, primeramente, y más tarde para 1936. En el encabezamiento de los formularios del censo podía leerse todavía «Censo Nacional de 1936».[12] Como «principal acción de Estado», era una labor que partía de los más altos niveles. A la comisión responsable del Consejo de los Comisarios del Pueblo pertenecían líderes del Partido y gubernamentales de alto rango, como Mólotov, Kaganóvich, Mikoián, pero también destacados demógrafos y estadísticos. Stalin intervino en la redacción final del formulario de la encuesta, del cual hubo, en total, tres bocetos, si bien el primero había sido el más detallado. Fue Stalin, personalmente, quien se ocupó de que la pregunta sobre la afiliación religiosa fuera incluida en la encuesta (a diferencia de lo recomendado por Lenin, ésta era de una posición más bien escéptica frente a declaraciones individuales sobre las circunstancias religiosas). Se preguntaba—según la *Guía para el censador*—por «las convicciones actuales», «no por la profesión de fe a la que el encuestado o sus progenitores habían sido adscritos oficialmente en el pasado».[13] Fue preciso poner a disposición importantes recursos para la campaña de información y para el análisis estadístico. Hacia el primero de enero se escogió a los encuestadores y a los instructores, y se les dio un curso de formación; fue preciso imprimir y repartir cien millones de formularios.[14] Según el análisis retrospectivo de los demógrafos y los historiadores, este aparato hizo una labor excelente, y el nivel de errores estuvo, en total, entre un 0,5 y 0,6%, es decir, un millón de personas, muy bajo.[15]

Pero el trabajo más importante durante la fase preparatoria recayó en la formulación del modelo que adoptar, del catálogo de preguntas con el que los encuestadores tenían que empezar y que podían censar y categorizar a las personas.

Los demógrafos y estadísticos soviéticos ya habían acu-

mulado experiencias, y había un impresionante cuerpo de estadísticos y demógrafos bien formados, en su mayor parte salidos de los órganos de la autoadministración prerrevolucionaria. Todos ellos podían apoyarse en las experiencias y resultados del primer gran censo del Imperio ruso realizado en el año 1897, en la experiencia de un segundo censo iniciado en el año 1912, el cual sufrió luego un aplazamiento y terminó siendo interrumpido a causa del inicio de la guerra. También podían apoyarse en dos censos realizados bajo la dirección del Gobierno soviético, el de 1920 y el realizado entre 1923 y 1926. La música propagandística que acompañaba al censo de 1937 puso de vuelta y media a los censos prerrevolucionarios—que habían sido empresas para ocultar las verdaderas relaciones de clase—,[16] y, además, resaltaba las debilidades del censo de 1926, cuyos resultados habían sido publicados en una obra monumental de más de cuarenta volúmenes.

Para el censo se dieron a conocer instrucciones en las cuales también se divulgaban las experiencias acumuladas en el extranjero. Se confeccionó, por ejemplo, una enciclopedia de oficios y profesiones, bajo la dirección de S. Iosifovich, en la que se recogía un total de catorce mil oficios, entre ellos muchos nuevos que aún no existían en el momento en que se realizó el censo de 1926: operario de máquinas segadoras, jefe de brigada, conductor de trenes eléctricos. Pero otros habían perdido su importancia—como el tratante de ganado, por ejemplo—, y fueron eliminados del registro. Determinadas categorías como «rentista» desaparecieron, pero quedaron otras «personas que viven del alquiler de casas, de empréstitos o de la venta de propiedades o de recursos que se les envía desde el extranjero». Bastante detallado fue el grupo de los desclasados—mendigos, vendedores ambulantes—, mientras que los hechiceros y los proxenetas también desaparecieron del registro. Resulta asimismo interesante el *Diccionario de religión elaborado para el traba-*

jo de evaluación de los datos del censo de 1937, en el que estaban registrados cuatrocientos sesenta y siete credos practicados en la URSS.

La encuesta de 1937 contiene un catálogo con catorce preguntas y nos indica la prolijidad con la que esas preguntas han de ser respondidas. El catálogo incluye preguntas sobre el sexo (1), la edad (2), la nacionalidad (3), la lengua materna (4), la religión (5), el estado civil (6), la ciudadanía (7), las habilidades para leer y escribir (8), el grado de escolarización (9), la formación (10), los estudios superiores (11), la profesión (12), el puesto de trabajo (13) y la pertenencia social (14).[17]

Con dichas preguntas, el aparato del censo tanteaba a la sociedad soviética, la leía como si se tratase de un libro abierto, pero al mismo tiempo la estructuraba desde la perspectiva del grupo dirigente.

DIEZ AÑOS DESPUÉS DEL CENSO DE 1926: BALANCE TRAS EL GRAN CAMBIO

¿Cuál era el objetivo diez años después del censo de 1926? ¿Por qué había sido necesario aquel censo y cómo reaccionaron los encuestadores a las preguntas de la población? Mijaíl Zóschenko, quien había participado en el censo de 1923 en la ciudad de Leningrado, opinaba que esta vez todo había sido diferente. El censo de ahora ayudaría, según él, «a organizar mucho mejor la vida».[18] El censo debía registrar en datos la transformación experimentada, arrojar una imagen fiable de la estructura social del país después de la colectivización y la industrialización, y ofrecer nuevos puntos de partida para un desarrollo ulterior. A la población se le explicó que se necesitaban esos datos para poder orientar la planificación de la infraestructura en los cambios y en las necesidades que se habían modificado: la construcción de escuelas, hospitales y vías de transporte.

La dirección política, insuficientemente informada sobre la situación y la atmósfera reinante en el país, necesitaba un análisis más profundo y un confirmación de su tesis sobre la desaparición de las clases enemigas, del triunfo del socialismo, lo cual, por su parte, legitimaba la nueva Constitución aprobada en diciembre de 1936 en el Congreso de los Soviets. En esa Constitución se hablaba de «las clases amigas de los obreros y los campesinos», de «dos formas de propiedad»: la estatal y la cooperativa. La nueva Constitución debía suprimir el trato hasta entonces desigual de los ciudadanos soviéticos en el derecho al voto, debía excluir de la vida política a determinados grupos e introducir formas de voto «generales, igualitarias, directas y secretas». La Constitución debía, además, considerar las nuevas estructuras de la URSS, ya que, con la transformación de las repúblicas autónomas de Kazajistán y Kirguistán en repúblicas de la Unión, y con la disolución de la Federación Transcaucásica en las repúblicas de Armenia, Azerbaiyán y Georgia, el número de repúblicas se había elevado de siete a once.[19]

El censo estaba bajo la elevada presión de las expectativas: había ideas explícitas sobre un crecimiento enorme de la población, sobre la amplia y más o menos acabada alfabetización, sobre la absoluta desaparición de los llamados «de antaño», pero también reinaba un gran inseguridad y una necesidad de esclarecimiento y orientación. En detrimento de las reglas científicas elementales, algunos de los resultados se anticiparon en ciertas comparecencias políticas de los dirigentes, en artículos de periódico y en folletos propagandísticos. El censo debía demostrar un «crecimiento apoteósico», «saltos grandiosos», «éxitos extraordinarios». Esas expectativas se referían sobre todo al crecimiento general de la población, al hecho de que «nuestra patria demuestra un incomparable crecimiento poblacional» y supera en ello a los países capitalistas. En el aire quedaban las expectativas que se crearon, en parte, debido a la mención que hiciera Stalin,

en el XVII Congreso del Partido, de la cifra de 178 millones de ciudadanos soviéticos y, debido a extrapolaciones del censo del año 1926, de 180,3 millones.[20]

AUTOANÁLISIS, AUTOESCLARECIMIENTO, REGISTRO Y COMPRENSIÓN

Eran ésas las expectativas que el censo no podía satisfacer. En un documento en el que, poco después de cerrado el censo, se justificaban los resultados, que habían quedado algo por detrás, se destaca una vez más la importancia del crecimiento de la población en la lucha del socialismo contra el capitalismo:

> La cifra total de la población de la URSS está más o menos en los 172 millones de personas, frente a los 147 millones del censo del 17 de diciembre de 1926, lo cual arroja un crecimiento de 15 millones de personas, o lo que es lo mismo, un 10,2% en diez años. Con ello, el crecimiento medio en el período de diez años está en un uno por ciento anual. Dicho porcentaje está muy por encima de los datos correspondientes a la mayoría de los países capitalistas industrializados: Alemania registra un 0,7% para el año 1935, Inglaterra un 0,3%, Francia un crecimiento negativo del 0,05%, y sólo nos superan Estados Unidos y Japón (1,3% para el año 1933).[21]

Las cifras comprobadas al final—siempre sobre los 162 millones—están tanto por debajo de las extrapolaciones como por debajo de los crecimientos mencionados una y otra vez por la cúpula dirigente, y son expresión de la catástrofe demográfica que había tenido lugar en el período comprendido entre los dos censos, con la colectivización y las hambrunas desatadas por ésta.

El censo demuestra, en segundo lugar, el desplazamiento fundamental de los porcentajes de la población urbana y ru-

ral, en especial el crecimiento a saltos de las ciudades. La población rural conformaba todavía dos tercios del total, pero se encontraba en retroceso: de los 162 millones, vivían en las ciudades 44 millones, mientras que en los pueblos vivían 116 millones de personas.[22] La estadística muestra la duplicación de la población urbana, de 26 millones a 51,9 millones entre 1926 y 1937.[23] Se observa un crecimiento particularmente fuerte en las regiones urbanas y en los asentamientos industriales recién creados: la población en el territorio de Moscú ha aumentado, desde 1926, en un 39,3%, en el territorio de Gorki en un 25,9%, en el territorio de Svérdlovsk en un 31,6%, en la región de Donetsk nada menos que en un 59,1%. Desde 1926, la cifra de las ciudades con más de 50 000 habitantes se incrementó el doble, cuarenta y cinco ciudades en la RSFSR tenían más de 100 000 habitantes; veintitrés, más de 200 000.[24] En determinadas ciudades se puede, de hecho, hablar de una hiperurbanización. Particularmente drástico es el crecimiento poblacional en algunas urbes: en Moscú, la cifra de población de dos millones en 1926 se había incrementado hasta los 3,7 millones en 1937, es decir, en un 190%. Leningrado registraba en ese mismo período un crecimiento de 1,6 millones de habitantes a unos tres millones, es decir, un 180%. Otras ciudades muestran un crecimiento aún mayor: Zaporozhie creció en un 440%, Stálinsk en más de un 4000%, Kémerovo en más de un 500%.[25]

Frente a ello, hay regiones en las que la población sólo creció débilmente, se estancó o incluso retrocedió. Un territorio particularmente afectado por estos retrocesos fue el de Kalinin, con un 92,3% respecto de la situación que tenía en 1926; el territorio del oeste, con un 93,6% respecto de 1926; el territorio de los alemanes del Volga, un 85,6% en relación con 1926, y el territorio de Sarátov, con un 77% respecto de 1926.[26] En ello no sólo se refleja la emigración a las ciudades, sino las consecuencias de la hambruna y de las deportaciones de la población rural en esos territorios.

Un tercer grupo lo representan las repúblicas de Asia Central y del Cáucaso. Aquí hay un «crecimiento extraordinariamente alto» de la población.[27]

El censo también hizo visible la estructura étnica de aquel Estado multinacional. En total, se recogieron en las estadísticas 109 naciones, nacionalidades y grupos étnicos, entre ellos algunos que sólo contaban con unas decenas de miles de miembros. El censo de 1926 partía de una cifra bastante mayor, 195 nacionalidades.[28] Los rusos, como era de esperar, conformaban el mayor grupo, con 94 millones de personas, seguido de los ucranianos (con 26 millones), los bielorrusos (con 5 millones), y los judíos (con 2,7 millones).[29] Pero la única nación multiétnica no era la URSS, sino que también lo eran la RSFSR (República Socialista Federada Soviética de Rusia) y las grandes ciudades. Moscú contaba con doce grandes grupos nacionales, un 87,5% de rusos, un 6,5% de judíos, un 0,8% de tártaros, otro 0,8% de polacos, otro 0,8% de ucranianos, un 0,7% de bielorrusos, un 0,5% de letones, un 0,4% de alemanes, un 0,3% de armenios, un 0,1% de lituanos y otro 0,1% de estonios.[30]

El censo registra también el cambio del mapa étnico debido a las emigraciones forzosas y a la deportación de los kulaks de Ucrania hacia las regiones del este, y muestra también el debilitamiento de determinados grupos étnicos, como los alemanes del Volga, debido a la hambruna. La estadística hace surgir en Siberia y en los Urales un nuevo mapa étnico mestizo («la piel del tigre»). El mapa étnico demuestra en cada caso que la URSS y la RSFSR son estructuras multiétnicas, pero con dislocaciones y mestizajes causados por la emigración y las deportaciones forzosas: de repente había un grupo étnico ucraniano relativamente grande, con 53 000 habitantes en el territorio de Svérdlovsk, en Siberia, en el Lejano Oriente. En particular, en las «grandes obras en construcción del socialismo» se forman islas, sociedades urbanas muy mezcladas desde el punto de vista étnico-nacio-

nal.[31] También el crecimiento de la población en algunas zonas rurales puede remitirse al número de los deportados y los asentados especiales, como, por ejemplo, en Carelia, con un crecimiento de 77 000 prisioneros y personal de guardia; en la República Autónoma de Komi, con un crecimiento debido a los 40 000 internados en campos, o en el Lejano Oriente, debido a la cifra de prisioneros que ascendía a 354 000 personas.[32]

La sección relacionada con «Sexo» muestra una llamativa desproporción entre los géneros, la cual podía observarse ya en la década de 1920 como consecuencia de la guerra mundial y la guerra civil: en 1920 había en la RSFSR un 55,1% de mujeres y sólo un 44,9% de hombres.[33] En 1926 había un 47,8% de hombres y un 52,2% de mujeres. En 1937 las mujeres conformaban un 52,7%, y en 1939 un 52,6%.[34] Un hecho que agravó esa desproporción fue la emigración de las aldeas y también el gran porcentaje de hombres que sufrieron las deportaciones.[35]

La sección «División por edades» muestra sobre todo que en los pueblos quedaron más personas mayores que jóvenes, ya que estos últimos habían emigrado a la ciudad.[36]

Los datos sobre el nivel de escolarización muestran un retroceso del analfabetismo, aunque su porcentaje dentro de la población total era todavía bastante elevado, si bien había más hombres que mujeres que sabían leer y escribir: un 86% de hombres y un 66,2% de mujeres. Entre los jóvenes adolescentes, la alfabetización está por encima del 90%.[37] Esta desigual distribución, en relación con la ciudad y el campo, los hombres y las mujeres, los jóvenes y los viejos, puede corroborarse también en el grado de escolarización, aunque la estadística también constata una divergencia entre el este y el oeste.[38]

Particularmente reveladora es la sección «Pertenencia a una religión», que apareció por primera y única vez en la demografía soviética en este año de 1937; también para

ello se publicó el *Diccionario de religión, elaborado para la evaluación de los datos del censo de 1937*. En él se registraban 477 credos religiosos. Las preguntas sobre dicha sección fueron acogidas, por lo visto, con bastante escepticismo, cuando no incluso con miedo. Aún estaban frescos en la memoria la colectivización y el movimiento de la llamada Sociedad de los Sin Dios (o también Unión de Ateos Beligerantes), y se temía que los creyentes fueran excluidos de los koljoses o que fueran tratados como los kulaks, que se les gravara con altos impuestos o incluso que se les deportara.[39] Por otra parte, el debate sobre la Constitución había hecho que la gente se comportara con mayor libertad y se llenara de esperanzas. Los popes les habían propuesto a los miembros de sus comunidades, por ejemplo, que exigieran la reapertura de las iglesias. A la vista de circunstancias tan difíciles, el resultado nos deja boquiabiertos: 55,3 millones de personas mayores de dieciséis años se inscribieron como creyentes (es decir, un 56,7 %), mientras que otros 42,2 millones (es decir, un 43,3 %), lo hicieron como no creyentes.[40] Otras 900 000 personas no supieron qué responder. El porcentaje de creyentes era más bajo entre jóvenes y alfabetizados. La cifra predominante de los creyentes se adscribía a confesiones cristianas (un 75,3 %); un 14,9 % se declaró musulmán, un 0,5 % judío y un 0,2 % como budista.[41]

El análisis de la estructura de la ocupación arroja, sobre todo, un fuerte crecimiento del porcentaje de «obreros», «empleados» y una creciente diferenciación de los grupos profesionales y los perfiles. Los obreros y los empleados, a su vez, son divididos según su estatus y sus funciones: personal de alto nivel, de medio o de bajo, de planificación y control. Se cuentan también los miembros de las profesiones liberales: artistas, escritores y directores de teatro o cine, pero también otros, como, por ejemplo, los «barberos y peluqueros».

Las distintas secciones reflejan el cambio de la estructu-

ra social y de las profesiones por medio de la colectivización y la industrialización. Se ve claramente cómo se ha incrementado la cifra de los empleados y los miembros de la Administración. En total, se muestra una simplificación de la estructura de clases, a la par que una simultánea modernización y diferenciación interna de los grupos sociales y profesionales. El cuadro social es infinitamente mucho más rico y diverso de lo que uno asocia comúnmente con la expresión *sociedad estalinista*. Esa sociedad tiene sus zapateros, sus peluqueros, sus panaderos, sus relojeros, sus sastres y sus dentistas; tiene sus lavanderías y tintorerías, sus cafés y sus tiendas de tejidos, si bien éstas se ocultan ahora bajo denominaciones colectivas o son «cooperativas». Esa sociedad puede mostrar todavía «asistentes de misa», propietarios de inmuebles, vagabundos «que no trabajan» y mendigos. La «sociedad estalinista» es una sociedad que ha surgido del gran torbellino provocado por las transformaciones sociales de la guerra y la Revolución, es decir, una sociedad extremadamente fragmentada, atomizada, pero una sociedad al fin, y mezclada, en la que los elementos de la vieja sociedad coexisten con elementos de la nueva, con personas que se han formado ahora y que habían empezado a desempeñar su rol social. La disolución de las estructuras fijas y de las barreras de clase, por un lado, fue la causa fundamental de la hipermovilidad que caracteriza a los comienzos de la década de 1930, mientras que la consolidación de nuevos grupos e identidades grupales, por otro lado, representaba un momento de desaceleración y consolidación. Tampoco en un «Gran Cambio» la «sociedad»—en este caso una construcción teórica, un término auxiliar—podía «salirse» de sus condiciones dadas. La coexistencia y la confusión de los elementos del viejo y del nuevo orden eran el estado característico de aquellos años. La conclusión más importante de todo esto es que la sociedad reflejada en el censo está bastante lejos de ser tan homogénea como se la había imagi-

nado o como había deseado la dirección del país, pero también está bastante lejos de las simplificaciones de una sociedad que se deja dar órdenes y estandarizar fácilmente. Por el contrario, se trataba de una sociedad en extremo heterogénea, caótica, anárquica y obstinada.

LA CONMOCIÓN POR LOS MILLONES QUE FALTAN

En un informe dirigido a Stalin y a Mólotov, fechado el 25 de enero de 1937, el director del censo, Iván Krával, hacía un resumen de los resultados provisionales, pero todavía sin la población censada por los recuentos aislados del NKVD y el Ejército Rojo, y sin aquellos que, durante el censo, se encontraban como pasajeros «en movimiento», es decir, en trenes o en barcos. El número de los censados por los recuentos especiales del NKVD y el Ejército Rojo es calculado por Iván Krával con una cifra de 5,5 millones y el número de viajeros oscila entre los 300 000 y los 400 000. Sumados todos, ello arroja un cifra total de 162 millones de personas frente a los 147 millones del año 1926, es decir, un crecimiento total del 10,2 %, con un 1 % de crecimiento anual. Krával destaca además la desproporción del desarrollo poblacional: rápido crecimiento en algunas regiones, sobre todo en las regiones industriales y urbanas; estancamiento en otras; un «desfavorable movimiento poblacional natural» se constata en Ucrania (salvo en la región del Donbáss), en Kazajistán, y dentro de la RSFSR en la región del mar de Azov y en el mar Negro, en el norte del Cáucaso, en la República Autónoma de los Alemanes del Volga, en Saratov, Kúibishev, en la región de Kursk, es decir:

> ... propiamente en aquellas regiones en las que la resistencia de los kulaks a la colectivización fue más enconada. Los datos del censo muestran que la influencia de dicha resistencia de los kulaks fue

considerablemente mayor en el total de la población de lo que calculó el registro de nacimientos y muertes por parte de las oficinas de empadronamiento.[42]

En otro informe del 14 de marzo de 1937 se confirma un nuevo control posterior y una verificación en esencia del cálculo provisional dado en enero, y se atribuye un bajo índice de error. La suma total de la población se cifra en 162 003 225 personas.[43] En marzo de 1937 ya se disponía también de los «recuentos especiales» llevados a cabo en el ámbito del NKVD y del Ejército Rojo. El director del recuento especial del NKVD fue el comandante de la Seguridad del Estado Vladímir Tsesarski. Ese censo se dividía en tres secciones: el inventario del personal de las instancias directivas de la administración (el «contingente A»), la parte correspondiente a las tropas (el «contingente B») y, por último, los condenados y los presos en cárceles, centros de custodia, campos de trabajo y colonias del NKVD, los habitantes de los llamados asentamientos especiales y las colonias de trabajo, entre otros (el «contingente C»). Según la información de Tsesarski, el 6 de enero de 1937 se encontraban en campos y prisiones nada menos que 1,8 millones de personas.[44]

Los materiales del censo de 1937 integraban estos datos del NKVD y del Ejército Rojo, pero sin identificarlos de forma separada (por ejemplo, los prisioneros y los desterrados eran censados según el nombre de sus profesiones o de sus lugares de trabajo). A la cifra total de 157 millones de personas registradas por el censo general se le añadieron los tres millones censados por los recuentos especiales en el ámbito del NKVD y de los campos de trabajo, así como los 2,1 millones censados en el ámbito de competencias del Ejército Rojo. Ello arrojaba una cifra total de 162 millones de personas.[45]

Esta cifra, sin embargo, estaba bastante alejada de la última cifra de población oficialmente publicada a principios

de 1934, la cual abarcaba los 168 millones de personas, y asimismo, a principios del propio año de 1937, se habían dado cifras oficiales no inferiores a una horquilla de 170 a 172 millones de personas. Ello significaba que, según la versión oficial, nada menos que ocho millones de personas habían desaparecido durante el censo o no habían sido censadas. Ahora, de forma precipitada y tal vez presa del temor a morir, tenían que dar explicaciones los responsables de implementar el censo, gente como Iván Krával y Mijaíl Kurman, o sencillamente tendrían que mejorar y retocar las cifras. Kurman creía que el índice de error, en general, era bajo—0,5 %, o un millón—, y que otros dos millones no habían sido contados debido a las fugas de los kazajos a través de la frontera con China. Otros 2 o 2, 5 millones tampoco habían sido censados a consecuencia de la extrema escasez de tiempo—veinticuatro horas—y debido a déficits organizativos—una red demasiado débil, insuficiente preparación—, pero también en parte debido a ciertos impedimentos y a la resistencia de la población. La mayor cifra de los no censados recaía, según la opinión de esos hombres, en los muertos no registrados:

De la cifra no censada de casos de muerte, habría que calcular no menos de un millón a un millón y medio de aquellos casos de muerte que no fueron registrados dentro del censo general (residentes en asentamientos especiales, prisioneros de los campos de concentración y otros). Esos datos tienen que estar, por lo visto, en el Gulag del NKVD.

Esta afirmación de Kurman es confirmada por un estadístico que sobrevivió a todo, Vaag Asatián, quien en la década de 1960 informó acerca de una llamada telefónica entre Krával y Mólotov, en la cual se supone que el primero dijo lo siguiente: «Le entregamos al NKVD formularios para cuatro millones de personas, pero sólo nos devolvieron dos

millones». Krával, a continuación, colgó y dijo: «Esto es el fin».[46]

Finalmente, los responsables del censo aducen en su descargo que la red del recuento de los movimientos de la población era insuficiente. La red para el registro de los casos de muerte y los nacimientos—los registros civiles—se había desmoronado, en parte, por lo visto, debido al caos de la colectivización. Hubo muchas razones para no registrar más a los muertos: las caóticas circunstancias de la guerra civil en el país, el fracaso de las instituciones ante las muertes masivas, la «anonimización» de la muerte y de los datos en general. Los kulaks desaparecían hacia las ciudades, se «deskulaquizaban», como se decía, y utilizaban los papeles de gente muerta. También el sistema del registro policial—*propiska* y *vypiska*—, la insoslayable condición para hacer cualquier cambio de domicilio o de lugar de trabajo, y una medida con la que el poder intentaba recuperar el control sobre las enormes fluctuaciones de la población (así vemos que, sólo en Moscú, vivían 300 000 personas sin la *propiska*). A principios de 1937, tan sólo un cuarenta por ciento de la población de la URSS estaba registrada por el sistema de salvoconductos.[47] El desplome del sistema de registro de «vivos y muertos» durante la colectivización había mantenido en pie, de ese modo, la ficción de un constante crecimiento natural de la población, ocultando las dramáticas pérdidas humanas debido a una *excess mortality*, a las deportaciones y a la hambruna, de modo que ya antes de 1937 se había partido de la existencia de un número de población mucho mayor.

Fuera cual fuese la manera en que se presentaban los intentos de explicación de los estadísticos y demógrafos que trabajaban bajo esa amenaza de muerte, no podían ocultar que el crecimiento de la población había quedado por debajo de las fantásticas proyecciones que anhelaba la cúpula dirigente, y tampoco podían ocultar el retroceso. Particularmente alta era la mortalidad infantil, la elevada mortalidad

entre los hombres, que representaban la mayor parte de los deportados, los «asentados especiales» y los prisioneros de los campos, así como la situación catastrófica generada por los bajos índices de natalidad. Más de cuarenta millones de personas se vieron afectadas por las hambrunas:

> En el año 1933 murieron cerca de seis millones de personas más de lo habitual. Dado que la mayor parte de ese excedente ha de atribuirse a la hambruna, también se puede partir de la base, razonable, de que esta tragedia costó aproximadamente seis millones de víctimas. El campesinado ucraniano pagó el mayor precio, con cuatro millones de fallecidos. En Kazajistán hubo un millón de muertos; allí se vieron afectados, sobre todo, los nómadas, a los que se despojó, con la colectivización, de todas sus reservas de ganado, y a los que se obligó a asentarse. En el norte del Cáucaso y en la región de Tierras Negras hubo un millón de muertos.[48]

Aunque el censo de 1937 no habla de deportaciones, ejecuciones o víctimas de la hambruna, sí que hace visible, gracias a los datos recogidos y compilados por él, la dimensión real de la catástrofe. Los millones que faltan se corresponden con bastante exactitud con las pérdidas que tuvieron lugar debido al aumento de la mortalidad durante la colectivización y a la hambruna que ésta provocó.

LA ESTADÍSTICA COMO CRIMEN

La dirección del Partido ya había sido informada, desde el 25 de enero de 1937, con un resumen provisional presentado por el director Krával. Como razones principales para el fracaso del censo de 1937 se mencionaban la escasa instrucción de los entrevistadores, lo cual trajo consigo que pasaran por alto a muchas personas.[49] La compilación de los datos y su análisis estadístico se entregó en sólo unos pocos ejemplares: cuatro de ellos fueron a parar primeramente a las manos

de Stalin, de Mólotov, de Mezhláuk, y un ejemplar quedó en manos de Krával; otros cuatro ejemplares fueron luego a manos de Yezhov, de Yákovlev, de Bauman, de Popov y del sustituto de Krával, Brand.[50] Ya en en el mes de marzo empezaron los arrestos. Ni siquiera los resultados mejorados consiguieron detener la ola de represión. Lo primero fue alejar de sus cargos a aquellos hombres, y luego se arrestó al director de la Oficina del Censo, Olimpi Kvitkin, a su segundo, Lázar Brand (su apellido real era Brandgendler), y al director del sector «Población», Mijaíl Kurman. El 31 de mayo de 1937 arrestaron a Iván Krával y el 21 de agosto de 1937 lo condenaron a muerte y lo fusilaron.[51] La ola represiva abarcó a todo el aparato del censo, desde el centro hasta las repúblicas y las comunidades. En abril fueron desposeídos del cargo numerosos jefes de departamento: A. Kristin, E. Bettelheim, I. Dik, V. Záitsev, si bien éstos a menudo no habían tenido ninguna relación con el censo. Víctimas de la represión fueron también M. Múdrik, director de la Administración Central de Estadísticas Económicas en el Gosplan de la URSS (ZUNChU) y M. Samátov (de Kazajistán), A. N. Asablin, E. A. Kustolián, M. T. Varfoloméiev (de Ucrania). Fueron arrestados los directores de las direcciones regionales (*óblast*): A. Bobrov (de la región de Svedlovsk), V. Strokovski (de la región de Cheliábinsk) y L. Melamed (de la región de Oremburgo). Muchos estadísticos fueron fusilados, y otros regresaron al trabajo después de cumplir condena.

El 27 de septiembre de 1937 *Pravda* publicó el decreto del Consejo de los Comisarios del Pueblo sobre cómo proceder en adelante:

A la vista de que el censo nacional realizado el 6 de enero de 1937 por la ZUNChU[52] del Gosplan de la URSS se ha hecho violando groseramente los principios elementales de la estadística y vulnerando las instrucciones impartidas por el Gobierno, el Consejo de los Comisarios del Pueblo de la URSS dispone: 1. La realización del

censo y los documentos del mismo han de considerarse deficientes. 2. La ZUNCHU del Gosplan de la URSS tiene la responsabilidad de realizar un censo de toda la Unión en enero de 1939.[53]

A los estadísticos y los demógrafos se les tildaba de «espías trotskistas-bujarinistas» y de «enemigos del pueblo».[54]

El 10 de diciembre de 1937, finalmente, la Oficina Nacional del Censo para 1939 envió una carta secreta «Sobre distorsiones perjudiciales y deficiencias organizativas en la realización del censo de 1937». Es curioso que la declaración definitiva de invalidez tuviera lugar sólo ocho meses después del resumen que Krával había presentado en enero. ¿Acaso la cúpula dirigente del país no estaba segura de cómo juzgar los resultados ni de lo que debía hacer con ellos? Las explicaciones de Krával en una reunión celebrada en mayo indican que la ola de vigilancia y de denuncias que había seguido al Pleno del Comité Central de febrero y marzo también había alcanzado al aparato del censo: el 16 de mayo de 1937 tuvo lugar, en la ZUNCHU, la reunión de los jefes de las direcciones nacionales, regionales y locales o territoriales de la organización. Krával habló de los grandes méritos de los estadísticos, pero reclamaba que se había pasado algo por alto:

> Para cada uno de nosotros está claro que cuando se ha arrestado a una persona una vez, ya no existen sólo momentos de sospecha contra ella, sino que hay suficientes elementos para arrestarla. [...] Si es necesario aislar a una persona una vez, ello significa que es culpable.

Todo esto obligaba a los demás empleados del censo a «elevar la vigilancia al máximo y a realizar una revisión de todo nuestro aparato de arriba abajo».[55]

Lo que sucedió con los estadísticos y demógrafos encarcelados puede entresacarse de una carta enviada por Lázar Brand en diciembre de 1939, desde un campo en la región de

Kolymá, al presidente del Tribunal Supremo de la URSS, a fin de que revisaran su caso:

He sido inculpado de pertenecer a una organización contrarrevolucionaria. Esa inculpación se apoya en mi propia confesión y en las declaraciones del antiguo director de la Oficina del Censo de la ZUNCHU del Gosplan de la URSS, O. Kvitkin, y del colaborador de la ZUNCHU de la URSS, Weisblit. Todas esas declaraciones son falsas. Mi «confesión» fue forzada por una serie de medidas de coacción de los oficiales que dirigieron la investigación y con la amenaza no sólo de arrestarme a mí, sino a mi familia (a mi mujer y a mi hijo), si me negaba a firmar el acta. [...] En lo que concierne a mi mujer, esa amenaza, hasta donde tengo conocimiento, se materializó. Y yo firmé el acta. [...] En lo que atañe a las declaraciones de Kvitkin y Weisblit, nunca me las dieron a leer, aunque yo lo exigí. Tampoco se realizaron careos, algo en lo que también insistí. Las declaraciones, aunque fueron hechas, son falsas de principio a fin. [...] Está completamente claro que los «desenmascaramientos» tienen exactamente el mismo carácter que mi «confesión». También son absolutamente inventadas las declaraciones de Kvitkin, y puesto que los agentes encargados de la investigación, Iványov, Zagorodny y Kikin, habían dicho varias veces que encontrarían vías para «exprimirles» (según dijeron literalmente) a su antojo a varios testigos sus declaraciones sobre mi pertenencia a una organización contrarrevolucionaria, existen razones para suponer que esas declaraciones también fueron «exprimidas» de ese modo a Kvitkin.[56]

El prisionero Brand se defiende contra la acusación de «hacer labor de sabotaje»:

Igualmente es falsa la inculpación de que yo haya realizado una labor de sabotaje del censo. Al igual que el programa, el plan organizativo del censo también se elaboró de la manera más cuidadosa, y de ello se encargó una comisión especial presidida por Valeri Mezhláuk. Dicha comisión cambió de forma radical el proyecto elaborado por la ZUNCHU. En el fondo, la comisión preparó un

programa completamente nuevo y un modelo de realización del censo, de lo cual no tengo ninguna responsabilidad. [...] Por esta razón no se me puede achacar la responsabilidad por los errores del programa y del esquema organizativo del censo, y mucho menos se me puede inculpar de haber realizado labor de sabotaje.[57]

A finales del año, la anulación de los resultados lleva aparejado un enorme y costoso trabajo, la destrucción de los cuadros directivos entre los estadísticos y los demógrafos soviéticos y de su obra científica. Lo que ya se había insinuado antes—que un censo realizado bajo circunstancias de falta de libertad mostraría resultados marcados por el miedo a decir la verdad o a asumir la responsabilidad por los resultados—fue superado por la realidad de un modo apenas previsible: con la destrucción de los datos del censo mismo. Si bien la dirección política del país había anunciado a principios de 1937 que los bolcheviques no temían las cifras, su reacción demostraba ahora que, aunque estaban probablemente bien informados a través de las redes de información del NKVD, ese aparato dirigente no toleraba la verdad que les había aportado el censo. Su respuesta, tras la liquidación de los resultados y de sus autores, fue doble: iniciar un nuevo censo cuyos resultados se correspondieran mejor con sus deseos, y de ese modo tomar las medidas que fueran posibles para frenar la catástrofe demográfica, la cual, además de poner en peligro la reproducción de la nación, amenazaba también con destruir las reservas del orden soviético. De ello formaban parte, además de la nueva legislación sobre la familia, la prohibición del aborto, una amplia propaganda en favor de los hijos, la construcción de una nutrida red de guarderías, instituciones sanitarias contra la mortalidad infantil, las plagas y las epidemias, en fin, todas aquellas medidas que se han resumido bajo la expresión *renacimiento estalinista* (Valentina B. Zhirómskaia).

Sin embargo, después de destruir la matriz analítica en la

que se perfilaban los contornos del país y de su población, privándose a sí misma del instrumento para su interpretación, a una cúpula dirigente escandalizada y ciega, sólo le quedaba emprender una huida hacia delante, una huida llena de pánico. La huida ciega hacia el terror, hacia una escalada de violencia cuyas desmedidas proporciones superarían a las que el censo—si bien de manera críptica—había diagnosticado. Sólo que ya no existía ningún instrumental para la catástrofe subsiguiente, algo que pudiera diagnosticar lo que estaba sucediendo.

UN ESCENARIO PARA LOS HORRORES DE LA INDUSTRIALIZACIÓN: EL SEGUNDO PROCESO PÚBLICO DE MOSCÚ EN ENERO DE 1937

«UNA ATMÓSFERA AJETREADA», *213* — EL LENGUAJE DE LOS INFORMES PERICIALES, *216* — TOPOGRAFÍA DEL PLAN QUINQUENAL, *220* — SACRIFICIOS HUMANOS, NEMESIS, CORO, *227* — POSDATA, *256*

El 23 de enero de 1937, a las 12:05, comenzó el segundo proceso público de Moscú, en el cual se juzgó «la causa contra el centro trotskista y antisoviético». Este nuevo proceso, iniciado apenas cinco meses después del realizado contra Zinóviev y Kámenev, y que, aparte de Karl Radek—un reconocido periodista internacional, solicitado interlocutor de todos los que tenían que ver con los dirigentes soviéticos o con el movimiento comunista—, no contaba con acusados de similar prominencia, mostraba, sin embargo, un perfil muy claro del grupo de los acusados. Diez de los diecisiete acusados eran altos funcionarios de los principales Comisariados del Pueblo: Yuri Piatákov era el segundo comisario del pueblo para la Industria Pesada, Leonid Serebriakov era el jefe de la Administración Central de Transporte de Pasajeros y de Mercancías, Yakov Livshits era el segundo comisario del pueblo para los Ferrocarriles, Iván Kniázev trabajaba en el Comisariado del Pueblo para el Transporte, Borís Norkin era director de la Industria Química en Kémerovo, y Mijaíl Stroílov trabajaba como ingeniero jefe del consorcio del carbón Kuzbasugol, en Novosi-

birsk. En el pasado algunos de ellos habían estado de acuerdo con la oposición en el seno del Partido, pero no cabía ninguna duda sobre su pertenencia al núcleo duro del proceso de industrialización soviético. Todos formaban parte de la elite dirigente de los «ministerios» fundamentales para la industrialización, eran directivos con experiencia, cultos y probados, y ocupaban puestos de responsabilidad. Algunos, por ello, hablaron de un «proceso público contra el Comisariado del Pueblo para la Industria Pesada», y en ese sentido se referían al proceso más importante para el desarrollo interno de la URSS.[1]

Los cargos de la acusación eran tan fantásticos y absurdos como los del primer proceso. Los acusados habían formado, según la acusación, un centro trotskista paralelo, de reserva, el cual debía entrar en acción en caso de ser descubierto el centro de Zinóviev y Kámenev. A su vez, se trataba de «derrocar por la fuerza al Gobierno soviético con el propósito de cambiar el orden social y estatal existente en la Unión Soviética», a fin de «restaurar el capitalismo» y preparar la derrota de la URSS en la guerra que se avecinaba, y todo ello se lograría mediante una activa labor de sabotaje, de desviacionismo y de espionaje, junto con ataques terroristas contra los dirigentes soviéticos. Al final, trece acusados fueron condenados a la pena de muerte por fusilamiento, dos fueron condenados a penas de cárcel de diez años y dos a penas de cárcel de ocho años cada uno.[2]

Como ya había quedado claro en el primer proceso público, el desenlace estaba fijado de antemano. En él podría afirmarse y fabricarse de todo, pues no había pruebas, sino únicamente las confesiones de los acusados. La valoración de los indicios recaía única y exclusivamente en la «experiencia del tribunal». Vyshinski no mostró la menor duda de que este proceso pudiera funcionar sin ninguna prueba; a fin de cuentas, en un proceso contra conspiradores no podía haber pruebas:

Tenemos ante nosotros una conspiración, tenemos ante nosotros a un grupo de personas que tenían la intención de dar un golpe de Estado, que se organizaban y que, a lo largo de una serie de años, han venido llevando a cabo y practicando una actividad orientada a asegurar el éxito de dicha conspiración, una conspiración bastante ramificada que vinculaba a los conspiradores con fuerzas fascistas del extranjero. ¿Cómo es posible preguntar por las pruebas bajo tales circunstancias?

A lo que Vyshinski ofrece una clara respuesta:

Me atrevo a afirmar, en consonancia con las demandas fundamentales de la ciencia procesal, que en los casos de conspiración no se pueden hacer tales demandas. No se nos puede pedir que abordemos una causa por conspiración y por golpe de Estado desde un punto de vista que nos diga: «Denos actas, conclusiones, denos los carnés de miembros de la organización y los números de esos carnés», no se puede exigir que los conspiradores lleven adelante su conspiración confirmando su actividad criminal ante un notario. Ninguna persona en su sano juicio puede formular esa pregunta de tal modo en una causa por conspiración hostil a un Gobierno.

Pero Vyshinski fue todavía más lejos cuando declaró que, a fin de cuentas, el «vínculo objetivo» era ése y que las meras confesiones de los acusados capacitaban al tribunal para llegar al veredicto justo:

Pero también tenemos material de prueba objetivo. [...] En primer lugar, existe un vínculo histórico que confirma las tesis de los acusados sobre la base de su actividad con los trotskistas en el pasado. Además, no perdemos de vista las declaraciones de los acusados, las cuales, por sí mismas, encierran un enorme significado para la presentación de las pruebas. [...] Para diferenciar la verdad de la mentira delante de un tribunal basta, obviamente, con la experiencia del juez, y cada juez, cada fiscal del Estado y cada abogado

defensor que haya tomado parte en más de una docena de procesos sabe cuándo el acusado dice la verdad y cuándo, sea con el propósito que sea, se aleja de ella.[3]

Todo transcurrió tal y como se había elaborado y fijado en las semanas anteriores hasta la víspera de la apertura del proceso, en las investigaciones, los interrogatorios, los careos y las pautas de dirección.[4] Lo que se escenificó en la Sala Octubre de la Casa de los Sindicatos entre el 23 y el 30 de enero, ante un público escogido, había sido pactado en las salas de interrogatorios, en las celdas, en el despacho de Stalin, había sido ensayado, revisado nuevamente y precisado. Todo había «marchado», todo estaba decidido ya, sólo la esperanza de que alguno u otro pudiera escapar a la muerte por fusilamiento y, en su lugar, ser enviado a un campo de trabajo, pudo crear aquel resto de tensión sin la cual una función impecablemente ensayada no tiene éxito en las tablas. Lo que más fascinó a los observadores no fue tanto ésta o aquella revelación, éste o aquel detalle, sino la atmósfera, la naturalidad del trato entre acusados y acusadores, la rutina y el ajetreo de lo mecánico, de un trámite.

«UNA ATMÓSFERA AJETREADA»

En la Sala Octubre de la Casa de los Sindicatos, además de los representantes de los trabajadores, liberados de sus obligaciones y enviados allí, había también algunos funcionarios del Partido y miembros del NKVD, así como numerosos espectadores que conocían personalmente a los acusados de tiempos pasados, de negociaciones, recepciones diplomáticas, de la vida social en la capital. Sabían que estaban siendo testigos de un proceso extraordinario, de modo que intentaron observar todo al detalle. Uno de esos observadores era Lion Feuchtwanger, quien, independientemente del juicio definitivo sobre los acontecimientos, quería saber con exactitud lo

que estaba sucediendo allí. Otro era el embajador estadounidense Joseph Davies, quien tenía que llevarse una impresión exacta por razones de su trabajo. Ambos sabían lo que era un proceso judicial regular en un Estado de derecho, ambos eran observadores agudos, y ambos fueron atacados por los contemporáneos, pero sobre todo por los historiadores, por ingenuos o por directamente apologéticos. En su carta a Roosevelt, Davies alabó los logros del acta del *habeascorpus*; para Feuchtwanger, el proceso contra lo trotskistas fue «la prueba más dura». ¿Qué vio él en aquella Sala Octubre?

El espacio en el que tuvo lugar el juicio no es grande, da cabida a unas trescientas cincuenta personas. El juez, el fiscal, los acusados, los abogados de la defensa y los expertos estaban sentados en un estrado más bajo hacia el que conducían unas escaleras; no había obstáculo alguno entre el tribunal y el público presente. Tampoco había allí nada que recordara un banquillo de acusados; la barrera que separaba a los acusados del resto parecía más bien la barandilla de un palco. Los propios acusados eran señores bien acicalados, bien vestidos, con gestos desenfadados y naturales, bebían té, llevaban periódicos en los bolsillos y miraban mucho al público. No parecía tanto un proceso en extremo embarazoso como un debate, llevado en tono coloquial por hombres cultos que se esforzaban por determinar la verdad, lo que había ocurrido. Sí, daba la impresión de que los acusados, el fiscal y el juez tenían el mismo interés, un interés—casi me atrevo a decir—deportivo por esclarecer sin fisuras los acontecimientos. [...] Todos confesaron, pero cada uno lo hizo de manera distinta: uno lo hizo con un tono algo cínico, el segundo con valentía de soldado, el tercero resisitiéndose en su fuero interno, encogiéndose de hombros, el cuarto como un colegial que se arrepiente, el quinto con tono doctoral. Pero cada uno lo hizo con el tono, el gesto y la expresión de la verdad.

Jamás olvidaré cómo ese hombre, Gueorgui Piatákov, se paró delante del micrófono, un hombre de mediana estatura y mediana edad, algo calvo, con una perilla rubio-pelirroja pasada de moda, y no olvidaré cómo hablaba con tono doctoral. Tranquilo y, a la vez, fluidamente, fue desmenuzando cómo lo había hecho para

sabotear las industrias que estaban a su cargo. Explicaba, señalaba con el dedo, parecía un profesor universitario, un historiador que da una conferencia sobre la vida y las hazañas de un hombre muerto llamado Piatákov, al tiempo que se esfuerza por aclararlo todo en sus detalles más nimios, para que sus oyentes y estudiantes lo entendieran del modo correcto.

Tampoco me resultará fácil olvidar al escritor Karl Radek. No por su manera de sentarse allí, con su levita marrón, el rostro feo y enjuto enmarcado por una barba anticuada de color castaño; tampoco por la manera en que miraba hacia el público, al que conocía en gran parte, o a los otros acusados, a menudo sonriente, muy sereno, con frecuencia con un gesto intencionadamente irónico; tampoco por la forma en que, al entrar, rodeó el hombro de algún que otro acusado con un gesto sencillo y tierno; ni por la manera en que, cuando hablaba, gustaba de adoptar cierta pose, burlándose un poquito de los demás acusados, mostrando su superioridad lúdica, arrogante, su tono escéptico, fluido, literario. Con gesto brusco, apartó a Piatákov del micrófono y se expuso él mismo, a veces golpeando con el periódico sobre la barrera; o bien cogía su taza de té, echaba dentro una rodaja de limón, lo removía, y mientras exponía las cosas más monstruosas lo bebía a pequeños sorbos. Sin embargo, se despojó de toda pose cuando dijo sus palabras finales, en las que admitió por qué había confesado, y también esta vez su confesión—a pesar de la manera desenvuelta en que fue dicha, y a pesar también de su formulación perfectamente acabada y hermosa—sonó como la revelación de un hombre en graves apuros, una revelación patética. Lo más alarmante de todo, sin embargo, y lo más difícil de interpretar fue el gesto con el que Radek, al acabar el proceso, abandonó la sala del tribunal. Fue hacia las cuatro de la mañana, y todos, los jueces, los acusados y los oyentes, estaban agotados. De los diecisiete acusados, había trece—entre ellos algunos amigos cercanos de Radek—que habían sido condenados a muerte, y él mismo, junto con tres más, sólo había sido condenado a una pena de cárcel. El juez había leído la sentencia, y todos nosotros lo escuchamos de pie, tanto acusados como oyentes, inmóviles, en profundo silencio, e inmediatamente después de haberlo leído los jueces se habían retirado. Aparecieron unos soldados que se acercaron primero a los cuatro

que no habían sido condenados a la pena máxima. Uno le puso una mano a Radek en el hombro, exhortándolo, por lo visto, a que lo siguiera. Y Radek lo siguió. Entonces se dio la vuelta, alzó la mano a modo de saludo, se encogió muy ligeramente de hombros, les hizo un gesto a los otros, a los condenados a muerte, sus amigos, y sonrió. Sí, sonrió.[5]

Esta descripción coincide ampliamente con los apuntes de Davies. El acusado principal le parece a Davies, por sus maneras, un «*college professor* que dicta una conferencia».[6] Feuchtwanger y Davies describieron las reacciones de algunas personas que sabían que todo estaba dicho y decidido y que nada dependía ya de su comparecencia. Los acusados hablaban con toda tranquilidad de cartas pasadas de contrabando, de preparativos de actos terroristas, de encuentros en cafés en Berlín y París, de un vuelo de Piatákov de Berlín a Oslo, de encuentros de Trotski con Rudolf Hess. Todo sucedía de manera conexa, casi formal y afectuosa; todo estaba probablemente ensayado y preparado.

EL LENGUAJE DE LOS INFORMES PERICIALES

Todos los acusados presentaron amplias «confesiones» y describieron de forma detallada su supuesta «actividad saboteadora». La de Piatákov parecía haber consistido en «adelantar la puesta en marcha de los nuevos hornos de la fábrica de coque que se encontraba en construcción, antes de que éstos estuvieran terminados, a consecuencia de lo cual se destruirían rápidamente, y en la paralización—el principal cargo—de las obras de la sección química de esa fábrica, que casi no se construyó, de modo que la mitad de los enormes recursos que se habían invertido en la industria del carbón y la química habían sido desviados (o incluso dos tercios de los mismos). La parte más valiosa del carbón, la parte quí-

mica, no se explotó de manera exhaustiva y se esfumó en el aire». En la industria del cobre, de lo que se trataba, supuestamente, era de «disminuir la capacidad de rendimiento de las plantas de procesamiento que estaban funcionando»,[7] del «desvío de recursos» y de la «no realización o el aplazamiento» de las obras de construcción. Las zonas residenciales habían sido construidas intencionadamente muy cerca de las fábricas, a fin de que se viera dañada la salud de sus moradores. El proyecto y la realización de las construcciones en la industria del nitrógeno se habían retrasado intencionadamente.[8]

Otro de los acusados, Serebriakov, un experto en temas de transporte, hizo su labor de sabotaje, supuestamente, paralizando el tráfico de transporte de mercancías, con lo cual disminuyó el volumen de las cargas diarias, de modo que los tiempos de viajes sin carga se prolongaran y se mantuvieran unos tiempos de reposición de los vagones y las locomotoras que se consideraban excesivos. De modo que su crimen consistía en no haber conseguido sobrecargar suficientemente los vagones.[9] Livshits, también un experto en temas de transporte, había realizado preparativos para desorganizar el sistema de transporte en caso de producirse una guerra, y para ello había provocado atascos, de manera tal que la permeabilidad de los puntos de conexión ferroviarios disminuyera y, con ello, se pudiera conseguir una paralización de toda la movilidad. Este hombre defendía la opinión de que estas perturbaciones en el sistema de transporte debían combinarse con la labor desviacionista en la industria. El trabajo de sabotaje se practicaba mediante la descoordinación y la mala planificación, haciendo, por ejemplo, que en Mariupol los departamentos químicos se pusieran en funcionamiento dos años después que los hornos de carbón, o construyendo plantas de carbón aunque no se extrajera la materia prima. Los regeneradores de los hornos de carbón se habían hecho fundir, elevando la temperatura a más de

mil cuatrocientos grados. En otras partes, se había retrasado la construcción de los lavaderos de la materia prima. El acusado Loginov confesó que lo más importante en la organización del trabajo subversivo consistía en «retrasar y obstaculizar por medio del retraso la construcción de esas fábricas».[10] El plan para la labor de sabotaje del acusado Drobni consistía, por lo visto, en «hacer desaparecer recursos, para tomar medidas de importancia secundaria», de modo que la continuidad de la construcción se retrasara o se paralizara. Algunas obras en construcción en la industria química habían quedado inconclusas de forma intencionada, «lo cual tuvo efectos muy perniciosos en la puesta en marcha de la planta, disminuyó la calidad de la producción, y ello condujo a una producción de coques con un alto contenido de humedad y de ceniza».[11] También Shestov, un experimentado especialista, presentó su «plan para socavar el sistema». La «construcción de nuevas minas, así como la emprendida reconstrucción de las viejas» debían quedar paralizadas. De lo que se trataba era de «introducir tales sistemas en la explotación del carbón, con los cuales se podrían alcanzar pérdidas máximas, y debían surgir incendios subterráneos».[12] En la planta minera de Prokópievsk se introdujo un sistema de cámaras y de pilares con el cual se consiguió, en lugar del habitual 15 o 20% de pérdidas en la explotación, llegar a un 50%. En otra mina se provocaron, mediante el incumplimiento del plan de las labores de reparación, bloqueos en el transporte o incluso accidentes fatales. Otro especialista, Kniázev, dañó supuestamente el servicio de reparación de tramos y los trabajos en el parque de locomotoras:

De ahí que éstas no tuvieran la utilidad necesaria, y el tramo fuera empeorando cada vez más. Con ello se perseguía el objetivo de provocar un elevado número de catástrofes ferroviarias. La segunda forma de dichas labores subversivas era la desorganización de las

reparaciones de locomotoras y el empeoramiento del tratamiento dado a las mismas, a fin de que, al final, quedaran inservibles.[13]

Pero el tribunal no se conformó con esas «confesiones» y exposiciones detalladas, sino que también había convocado a peritos de los principales institutos del país. Con su ayuda debía esclarecerse si se había tratado de una causalidad o de algo intencionado, si se trataba de accidentes y catástrofes o de sabotaje y labor subversiva. «¿Había alguna posibilidad de evitar esos incendios?», fue la pregunta sobre los incendios en las minas de la planta minera de Prokópievsk. «¿Puede valorarse esa explosión como obra del azar, o fue el resultado de una mala intención?», se preguntó el fiscal acerca de la explosión ocurrida en la planta eléctrica estatal de Kémerovo los días 3 y 9 de febrero de 1936.[14] En relación con los accidentes ocurridos en Azostrói el 22 de marzo y el 5 de abril de 1936, debía aclararse «si esas averías podían considerarse casuales o si eran el resultado de una mala intención». Acerca de la explosión ocurrida el 11 de noviembre de 1936 en Górlovka, en la planta de fertilizantes nitrogenados el 7 de abril de 1934, y de la rotura del gasoducto en esa misma planta ocurrida el 14 de noviembre de 1934, los expertos debían hallar una respuesta para la pregunta sobre «si existía alguna posibilidad de evitar esa explosión», y «si ésta había de valorarse como casual o como consecuencia de una mala intención».[15]

Los informes periciales dieron la respuesta inequívoca que se les exigía:

Sin lugar a dudas. Para ello sólo se hubiesen tenido que atener a las instrucciones obligatorias del proceso de trabajo que garantizan el funcionamiento sin peligros de esos conglomerados. [...] Si se hubieran atenido a las instrucciones obligatorias para el funcionamiento, y la explosión hubiera tenido lugar, podría hablarse entonces de una casualidad. En el caso que nos ocupa, en el que todas las instrucciones fueron desatendidas, con lo cual se crearon

todas las premisas para una explosión, no es posible hablar de una obra del azar. El hecho de la mala intención es indiscutible». «La rotura del gasoducto no puede considerarse casual».

Sobre los incendios en las minas de las reservas de Kuznetsk, los peritos opinaban que hubiesen podido evitarse, «y esa posibilidad no fue aprovechada con anticipación». «La no aplicación de las medidas indicadas sólo podía ser consecuencia de una mala intención». «La explosión no puede considerarse casual», así que los entendidos llegaron a la conclusión de que «todas las explosiones en la planta eléctrica fueron consecuencia de malas intenciones».[16]

TOPOGRAFÍA DEL PLAN QUINQUENAL

Durante un par de días, la Sala Octubre de la Casa de los Sindicatos se convirtió en el prisma bajo el cual se hizo visible un paisaje dramático: la Unión Soviética de los primeros planes quinquenales, el campo de batalla de la industrialización. Paisajes de hierro que habían sido abandonados durante la época de la guerra civil y de la intervención, obras que habían quedado paralizadas, destruidas, en ruinas, y que ahora debían ser puestas en marcha de nuevo. Un espacio completamente nuevo más allá de la Rusia europea, que ya había llevado a cabo su industrialización en el siglo XIX, apareció en el horizonte. Estepas sólo pobladas por pueblos de pastores y que, ahora, revelaban recursos naturales insólitos y estaban listas para ser explotadas. Situadas a miles de kilómetros de lo que hasta entonces habían sido los centros, de repente eran ahora accesibles gracias a la extensión de vías ferroviarias y de carreteras. En medio de la estepa surgen ciudades: primero se trata sólo de agujeros en la tierra y de ciudades de tiendas de campaña, pobladas principalmente por gente joven llegada desde los centros del sur, de las urbes, pero sobre todo de los pueblos; y luego las naves de las

fábricas, las plantas de extracción, las minas, los altos hornos. Los asentamientos de barracas poblados por personas que pocas semanas antes habían logrado salir de sus pueblos con sus familias, montadas en carromatos, y que habían sido abandonadas en la estepa: kulaks, gente «de antaño», prostitutas, gente que había sido arrojada allí como «basura humana de las clases explotadoras», a la que no le quedaba nada más que luchar por su mera supervivencia: trabajo, trabajo, trabajo, por centenares de miles y hasta la muerte. Donde hasta entonces no había habido nada más que muelles e instalaciones portuarias, surgen superficies de carga, en las que se despacha y transporta hierro, mineral, carbón, pero sobre todo madera. Lo que Rusia había sido hasta entonces se convierte ahora en la Unión Soviética, región tras región, kilómetro cuadrado tras kilómetro cuadrado, un terreno enorme que había sido conquistado por el trabajo. Surgen así nuevas ciudades, nuevas vías de transporte, nuevos puertos fluviales y canales, nuevas instalaciones de alta tensión, fábricas, polígonos industriales, y surgen más rápido en los planes y en los mapas que en la realidad. Surge un nuevo mapa. Y cada ciudadano soviético—hasta el rincón más alejado del vasto país—tiene ese mapa en la cabeza.[17] Allí hay nuevos lugares, nuevos nombres: Dneprogués (la represa que, en su momento, fue la central eléctrica más grande del mundo), Magnitogorsk (una planta de extracción de mineral de hierro), el Kuzbás (la reserva de carbón y hierro mineral en Siberia occidental), los gigantes industriales: el Uralmasch en Svérdlovsk, la fábrica de tractores de Cheliábinsk, el Rosselmasch, la fábrica de maquinaria agrícola, de tractores y de segadoras en Rostov, la fábrica de tractores en Stalingrado, las fábricas de coches en Gorki y en Moscú, sin olvidar las obras de los canales que unen al mar Blanco con el mar Báltico y el Volga con el Moscova.

El ruido y los estampidos de todo un mundo que se viene abajo, el crujir de todo un país que es puesto sobre otros rie-

les, se traslada al escenario de los procesos de Moscú. Desde allí fuera se informa de incendios en minas, explosiones, derrumbamientos de naves y puentes, roturas de oleoductos, descarrilamientos de trenes, personas que caen bajo las ruedas, que son aplastadas, despedazadas, mutiladas, que mueren. En los teatros de Moscú se despliegan algunos escenarios ejemplares, como en una película. Son los principales escenarios típicos de todo el conjunto: el Kuzbás, la nueva reserva industrial en Siberia occidental, y el tema principal de Kémerovo; luego la fábrica química de abonos nitrogenados de Górlovka, en el Donbáss, en la cuenca del Ruhr de Rusia; y finalmente el ferrocarril y el sistema de transportes, que sostiene como una columna vertebral toda la economía nacional.

En esos tres centros de aquella industrialización que tuvo más bien el empuje de un *Sturm und Drang* se produjeron, según los materiales del proceso, varias series de accidentes y de averías. En la planta minera de Prokópievsk hubo, entre el año 1933 y octubre de 1936, diez explosiones de gas o de polvo de carbón, en las cuales quedaron gravemente lesionadas veintiuna personas por culpa de las quemaduras, y en un caso murieron también otras, con lo cual quedó reducida la extracción de carbón. En la Central Eléctrica Estatal de Kémerovo se produjeron entre el 3 y el 9 de febrero de 1936 varias explosiones: «Basta con una pequeña chispa para provocar una explosión que puede tener como consecuencia la destrucción de la caldera, la muerte del personal y una prolongada interrupción del suministro de energía».[18] El 22 de marzo y el 5 de abril de 1936 se vino abajo todo un techo. La reserva de Kuznetsk, debido a su carbón y su hierro de alto valor, era una de las grandes obras en construcción de la industrialización, sobre todo con su planta metalúrgica de Stálinsk. La población de la reserva había crecido de manera explosiva: de 24 000 habitantes en el año 1913 a 128 000 en 1928 y 770 000 en el año 1936. En Stálinsk—el

antiguo Kuznetsk—la población había pasado de 2000 habitantes en el año 1920 a 220 000 en 1936.[19]

Otro tema eran las plantas químicas y de nitrógeno de Górlovka. Allí se habían producido grandes explosiones el 7 de abril de 1934, y luego los días 11 y 14 de noviembre de 1935.

Lo que se analiza con mayor lujo de detalles es la tensa y dramática situación en el sistema de transportes, sobre todo el ferroviario. El acusado Turok menciona cuarenta accidentes graves entre finales de 1934 y finales de 1936; un accidente particularmente grave tuvo lugar el 30 de septiembre de 1935.[20] Otros accidentes graves tuvieron lugar en las líneas de Kazán, en el sur de los Urales, en las de Perm, en las del Transbaikal, en la región de Ussuri y de Siberia Oriental. Otro muy grave tuvo lugar el 27 de octubre de 1935, cuando un tren militar descarriló en la estación de Shumija, a raíz de lo cual murieron veintinueve soldados del Ejército Rojo y otros veintinueve quedaron gravemente heridos.[21]

La acumulación de accidentes en los ferrocarriles no podía asombrar a nadie, teniendo en cuenta la manera en que se sobrecargaba la red y el material rodante, así como los enormes problemas de coordinación en aquel país gigantesco. Los trabajadores ferroviarios habían hecho una labor asombrosa. Sólo en el año 1936 se movieron a diario 87 000 vagones, lo cual significaba, respecto del año 1935, un crecimiento del 32,4%. La mayoría de los accidentes ocurrían como consecuencia de daños en las vías, a causa del desgaste, de la mala calidad del material, de las campañas para cumplir los planes con un insuficiente financiamiento de las reparaciones y de la renovación de la red. A pesar de ese grado de utilización, también en el año 1936 se había elevado el rendimiento. Desde 1933 hasta 1938 se incrementó el rendimiento de carga diario de 51 200 vagones a 88 000, la reposición se duplicó con creces de 169,5 miles de millones de toneladas por kilómetro a 369,4 miles de millones de to-

neladas. El tiempo de circulación de los vagones de mercancías disminuyó en más de dos días, y la velocidad de viaje de los trenes se incrementó en 9,6 kilómetros por hora. Desde 1933 se tendieron 5000 kilómetros de nuevos tramos de una sola vía y 8000 kilómetros de tramos de dos vías. Más de 5000 kilómetros de viejas vías se renovaron, y también más de 5000 fueron dotadas de nuevas casetas de señalización. Se pusieron en funcionamiento 6000 nuevas locomotoras, 186 000 nuevos vagones de carga y más de 5000 vagones de pasajeros. Otro aspecto de esa modernización tuvo lugar con la introducción de frenos automáticos y de nuevos depósitos y talleres de reparación. Pero el número de accidentes a causa del desgaste siguió siendo enorme: sólo hasta noviembre de 1936 se registraron 640 accidentes como resultado de defectos en las vías, y un 40% de ellos fueron causados por roturas de los rieles.[22]

La presión desde fuera—por parte de los dirigentes políticos y de otros sectores—, aunque también la presión dentro del propio sistema ferroviario sobre los responsables para que encontraran una solución, se hizo más intensa. Pero todavía en el Día Nacional del Transporte, celebrado en el Parque Cultural y Recreativo de Moscú, el comisario del pueblo para el Transporte, Lázar Kaganóvich, en un discurso de dos horas ante unos veinticinco mil trabajadores ferroviarios, se pronunció en contra de una solución «policial» para la crisis en el transporte: «Aquí no se trata de depuración ni de represión. No, porque un 99% de los empleados de los ferrocarriles son personas honestas que realizan su trabajo con entrega y que aman a su patria».[23] Sin embargo, esa actitud cambió a raíz del proceso público de agosto de 1936. A finales de septiembre entraron en vigor nuevas normas, y Kaganóvich anunció lo siguiente: «La lucha por una mejor labor, libre de accidentes en el transporte, por el mantenimiento de las normas del funcionamiento técnico, es una lucha contra los enemigos de la patria socialista, es una lucha política».[24] Por to-

das partes aparecieron entonces los parásitos y saboteadores, los *predélschiki*, personas que deseaban relajar las normas para el rendimiento de los trenes y el cumplimiento de los horarios, y que a partir de entonces fueron calumniadas como partidarios de la llamada «Teoría de la utilidad marginal»; los *sabotázhniki*, que practicaban el sabotaje; los *dezorganizátori* y los *avariischiki*, que provocaban accidentes y averías. Ya en diciembre de 1936 había sido arrestado todo un cuadro de dirigentes del sistema ferroviario.[25] Ahora se veían saboteadores por todos lados. Kaganóvich, por su parte, decía:

> No puedo mencionar una sola línea, un solo punto de intersección ferroviario en el que no haya saboteadores trotskistas-japoneses. [...] Y, además, no hay un solo ramal en el transporte ferroviario en que no se realice esa labor de sabotaje.[26]

Los problemas provocados por el desgaste del material no podían camuflarse tampoco mediante el aumento de la disciplina, ni con la aplicación de nuevos métodos en la composición de los trenes de carga de larga distancia, ni, en general, con una mejor planificación de los viajes, la *marshrutizatsiya*. El ritmo del transporte por tren no era idéntico al ritmo en el que trabajaban las brigadas de trabajo de choque. El agotamiento del material no podía ser compensado tampoco con una gran voluntad. La coordinación y la dirección de los flujos de mercancías y pasajeros en el enorme país no podían regularse, sencillamente, con órdenes ni decretos. El precio de la industrialización relámpago, sostenido no tanto por la rutina de la disciplina laboral como por el espíritu colectivo de los trabajadores estajanovistas, era alto, y en cierto modo era algo intrínseco al sistema. Cualquier problema en un sitio desataba problemas en otros y podía poner en peligro el equilibrio del conjunto. El retraso en las entregas creaba un caos en todo el sistema. El incumplimiento de los horarios podía reflejarse en un caos general. No era motivo de asom-

bro que hubiera tantos incendios, descarrilamientos, explosiones y accidentes, sino que el sistema se mantuviera en funcionamiento durante tanto tiempo a pesar de tal desorganización y de tantas intervenciones voluntaristas y depuraciones. Tras el pleno de febrero-marzo de 1937, fueron arrestados y condenados ciento treinta y siete dirigentes del Comisariado del Pueblo para el Transporte y el Tráfico; el porcentaje de especialistas altamente cualificados entre los condenados era particularmente alto.[27] Ello se debía sobre todo, entre otras cosas, a que en los aparatos económicos y de planificación había personas especialmente cualificadas que habían recibido su formación en el período prerrevolucionario, y eso hacía que fueran consideradas «sospechosas»: muchos antiguos mencheviques, miembros de distintas agrupaciones opositoras o trabajadores repatriados del ferrocarril del norte de China. Sin embargo, a pesar de las depuraciones de los años 1936 y 1937, el rendimiento del transporte fue asombrosamente eficiente.[28]

No hacía falta demasiada imaginación para saber dónde estaban los puntos débiles de este tipo de economía sostenida por medio de órdenes, voluntarismo, entusiasmo y violencia. Todos los accidentes tenían una causa plausible, casi previsible. Los puntos en los que todo el sistema era vulnerable, atacable, podían definirse con facilidad. El fiscal y el autor del guión de los procesos los ponían en boca del enemigo, convertidos en directrices como, por ejemplo: «Propinar golpes sensibles en los puntos más sensibles»,[29] o bien: «Propinar golpes en los puntos más sensibles con los métodos más sutiles».[30] Y hasta la provocación de un accidente no era más que el medio para un objetivo, es decir: «Desatar el descontento contra el Gobierno»,[31] el esfuerzo de «provocar insatisfacción con el poder soviético entre los trabajadores». La metamorfosis de las causas de accidente «objetivas» en actos de sabotaje provocados de forma «subjetiva» era la función principal de aquella puesta en escena.

El saboteador, supuestamente, no sólo contaba con la muerte de otros, sino que la convertía en parte integrante de su cálculo político. El acusado principal, Piatákov, dijo en el interrogatorio:

Consideramos que, en caso de que fuese necesario, se echaría mano a actos desviacionistas con el propósito de realizar los planes de sabotaje, y que en ello eran inevitables las víctimas humanas. Lo tuvimos en cuenta y lo consideramos inevitable.

Drobnis, por su parte, dijo:

Es incluso mejor que haya víctimas en la mina, pues sin duda ese hecho causará descontento entre los trabajadores, y eso es precisamente lo que necesitamos.

Kniázev declaró en el acta:

Livshits asumió el encargo especial de preparar y cometer una serie de actos desviacionistas (explosiones, descarrilamiento de trenes o envenenamientos), los cuales costarían una elevada cifra de víctimas humanas.[32]

Uno de los esfuerzos principales del fiscal del Estado, Vyshinski, estuvo encaminado a presentar a esas víctimas humanas en el estrado, a ponerles cara y nombre y a usarlas con el propósito de movilizar los sentimientos y las pasiones. Por ello reprodujo hasta en sus mínimos detalles las escenas de mutilación a la hora de describir la avería ocurrida en Shumija:

... locomotoras y ocho vagones destrozados, veintinueve soldados del Ejército Rojo muertos, todos ellos presentados como seres humanos concretos, con nombres y familiares: Kriuchkov, nacido en

1910, campesino cooperativista; Sochilin, nacido en 1913, campesino cooperativista; Kolésnikov, nacido en 1912, campesino cooperativista; Térejov, nacido en 1913: Jrapunov; Agapkin [...], todos, con la excepción de los obreros Iványov, Kolésnikov y Guinkin, campesinos cooperativistas, nacidos en 1913.[33]

Vyschinski:

¡Camaradas jueces! En la vista del juicio han pasado por delante de nuestros ojos algunas imágenes terribles que tendré que evocar de nuevo ahora en su memoria. Tengo que recordar la explosión en la mina Tsentrálnaia, que provocó la muerte de diez obreros y graves heridas a otros catorce. También tendré que recordarles la catástrofe ferroviaria en la estación de Shumija, que provocó la muerte de veintinueve miembros del Ejército Rojo y heridas a otros veintinueve.[34]

Y puesto que no hay azares ni accidentes, tiene que haber causantes y responsables. Y puesto que no hay «mano invisible» detrás de todo, sino «manos visibles» que planean, dirigen, guían o provocan esos accidentes, han de recibir un nombre. Aquí tenemos que vérnoslas con la fabricación del deseado perfil de un delincuente. ¿Qué características deben tener los delincuentes del proceso contra Piatákov? Tenían que ser personas reales, identificables, con un nombre, un origen y un perfil. Ocupaban puestos de responsabilidad en puntos neurálgicos, donde surgían dificultades y donde, en lo posible, pudieran causar los mayores daños. Desempeñaban funciones directivas, tenían vínculos con empresas extranjeras como Borsig, Dehlmann o Fröhlich. Podían hacer viajes de trabajo al extranjero para entrar en contacto con Trotski. Estaban en puestos clave donde podían tomar decisiones o encubrir a otros conspiradores. De modo que tenían que estar ubicados en los distintos aparatos, en puestos de enlace. En su pasado, no se habían entregado del todo a la cau-

sa bolchevique, pertenecían a diversas facciones o grupos opositores. Asombrosamente, con mucha frecuencia tenían nombres judíos: Fridland, Fligeltau, Levin, Rheingold, Mandelstam y Livshits.[35] Había entre ellos numerosos aventureros con múltiples identidades, trasfondos biográficos poco claros, documentos falsos, currículos confusos. Nadaban en todas las aguas, conocían bien las escenas de las capitales del capitalismo, eran versados en el uso de tintas secretas, en el transporte de mensajes cifrados en los tacones de los zapatos, etcétera. Los tránsitos de dudosas existencias a opositores y criminales dispuestos a cometer actos terroristas eran fluctuantes. Vivían alejados de las masas del pueblo, se caracterizaban por «cierta señorialidad», como dijo Norkin sobre Piatákov.[36] Se vendían a los servicios de espionaje de potencias extranjeras. Aunque eran terroristas probados, extrañamente no consiguieron llevar a cabo ni uno solo de sus ataques. Razón por la cual Vyshinski no tuvo más remedio que llegar a la conclusión que llevaría a la total criminalización y deshumanización de los acusados:

¡En sentido estricto, una horda de bandidos, asaltantes, falsificadores, desviacionistas, espías y asesinos! Con esa banda de asesinos, provocadores de incendios y bandidos sólo puede medirse la Camorra de la Edad Media, aquella organización italiana que unía a dignatarios, vagabundos y bandidos comunes. ¡Ésa es la fisonomía moral de estos señores moralmente corruptos y venidos a menos! Esa gente ha perdido toda vergüenza, también la vergüenza frente a sus propios cómplices o ante sí mismos.[37]

El acusado Radek pareció no sólo confirmar esta autodenigración, sino que le otorgó su fundamento con la dignidad de la autentificación de una experiencia personal. Radek, conocido por su cinismo, mira en cierto modo desde fuera hacia sí mismo y hacia aquella «grieta» en el acero que puede conducir a una catástrofe si no se elimina, y formula la quin-

taesencia de sus puntos de vista en un mensaje a los «trotskistas» que todavía están en libertad para que depongan las armas. Él pretende llegar a ellos con su confesión:

Pero hay en el país individuos 50% trostkistas, 25% trotskistas, 10% trotskistas, individuos que nos ayudaron sin saber nada de la organización terrorista, individuos que simpatizaron con nosotros, que prestaron su ayuda por liberalismo, por oposición al Partido. A esas personas les decimos: «Cuando hay una burbuja en el metal de un martillo de acero, ésta no es tan peligrosa; pero cuando aparece una burbuja en el metal de una propela, puede ocurrir una catástrofe». Nos encontramos en un período de tensión extrema, en un período de preguerra. A todos esos elementos les decimos, delante del tribunal y ante nuestra deuda saldada: «Quien tenga la más mínima grieta en su postura hacia el Partido, que sepa que mañana puede convertirse en autor de actos desviacionistas, que puede convertirse en un traidor, si esa grieta no se repara con esmero, con una honestidad incansable hacia el Partido».[38]

En otro caso el afectado sería «apresado de inmediato y colgado del primer poste». «Y con razón, pues para los traidores no puede haber otra cosa sino el cadalso».[39]

El alegato final de Vyshinski no es más que la entrega demagógica de los «criminales» al pueblo. De ese modo se convierte en portavoz del pueblo, que supuestamente pide venganza por lo que se le ha hecho. Es un llamamiento a satisfacer la ira popular y pasar a la ejecución:

¡Yo no soy el único que acusa! Tengo una sensación, camaradas jueces, como si aquí, junto a mí, estuvieran las víctimas de esos crímenes y de estos criminales, en muletas, víctimas mutiladas, sólo a medias con vida, tal vez sin piernas del todo, como la guardagujas de la estación Chusovskaia, la camarada Nagovisina, quien hoy se ha dirigido a mí a través del periódico *Pravda*, y que, con veinte años, perdió sus dos piernas cuando quiso impedir la

catástrofe ferroviaria provocada por estos hombres. Yo no estoy solo. Siento que aquí, junto a mí, están las víctimas mortales y mutiladas de horrendos crímenes, las cuales me exigen, en mi condición de fiscal del Estado, que haga una acusación en toda regla. ¡No estoy solo! Puede que las víctimas hayan sido enterradas, pero hoy están aquí, junto a mí, señalando a ese banquillo de los acusados, señalándole a usted, acusado, con sus manos deformes, podridas en su tumba, esa tumba adonde usted la envió! [...] ¡No soy yo el único que acusa! Yo acuso junto a todo nuestro pueblo, yo condeno esos infames crímenes que sólo merecen un castigo: el fusilamiento, la muerte![40]

El pueblo aparece en escena como el coro de la tragedia griega. El coro articula la queja, el dolor, anuncia lo que sólo pueden haber visto y retenido miles de ojos, y lanza al final el anatema contra los acusados. El coro es la voz de los cientos de miles, es un coro de cientos de miles de voces. Se escucha en él algo elemental, una auténtica ira popular, pero tan sutilmente dosificada en sus intervalos y tonalidades que apenas puede caber duda de que hay un brillante director detrás de toda la obra. A diferencia del coro del teatro antiguo, Vyshinski dispone de algo más que de un anfiteatro. Entre sus medios de comunicación están los periódicos, los carteles, la caricatura, las transmisiones de radio, las manifestaciones y la plaza donde marchan los centenares de miles, ahora bajo la luz de los proyectores. Su aparición se produce en varias oleadas, oleadas que, en cierto modo, chocan contra la orilla, hasta llegar a un punto en que la obra llega a su clímax y el coro puede exclamar: «¡Todo se ha consumado!». Así, más o menos, se puede resumir la coreografía en aquella semana, durante el proceso público o en los días posteriores al mismo. La manera en que la noticia sobre el proceso impactó fuera, en todo el país, se pone de manifiesto en las reacciones de contemporáneos tan inteligentes como Lidia Chukóvskaia, quien en su novela *La*

casa extraña—escrita en el invierno de 1939-1940, pero sólo publicada treinta años después—describe las reacciones de Olga Petrovna a las noticias sobre el juicio:

En enero aparecieron en la prensa diaria una serie de artículos sobre un inminente nuevo proceso público. El último proceso contra Kámenev y Zinóviev había indignado mucho a Olga Petrovna, pero como no era una lectora asidua de los periódicos no había seguido las informaciones día tras día. Sin embargo, esta vez Natasha la convenció para que repasara junto con ella cada día todas las publicaciones; porque había que estar informado sobre los espías fascistas, los terroristas y las detenciones, que eran cada vez más el tema de conversación del día.

¡Sólo había que pensar que esos canallas querían asesinar a nuestro querido Stalin! Tal y como se demostró, eran los mismos que habían matado a Kírov. Habían organizado voladuras en las minas, habían hecho descarrilar trenes, y sus personas de contacto ocupaban puestos en casi todas las fábricas.[41]

La oleada fue creciendo ya durante el proceso. Se estaba ensayando la imposición de un lenguaje que en realidad no era del todo nuevo, pero cuya dureza y rigidez sí debía marcar a varias generaciones. Era la época en que se elaboraba un vocabulario destinado a producir la imagen del enemigo: espías trotskistas, desviacionistas, traidores a la patria, «los más bajos entre los bajos» que «infaman a la patria». El lector siempre está presente, pues cada día no sólo se publican pasajes de los alegatos, los interrogatorios y las sentencias, sino que también hay, cada día, un diario del proceso, un recuento del proceso plagado de espectadores.[42]

Cartas, resoluciones, telegramas procedentes desde todo el vasto país llegan a la redacción del periódico: desde Leningrado, Kiev, Svérdlovsk, desde Taskent, Almá-Atá, Ereván:

Este torrente crece cada día, a medida que se devela la cadena de traiciones insólitas. Por la sangre derramada por los trotskistas, por ser unos vendepatrias, por los ataques terroristas contra nuestro líder y nuestros jefes, por el socavamiento en la construcción del socialismo, los trabajadores exigen ajustar cuentas al enemigo.[43]

La voz del pueblo se deja escuchar en las resoluciones de ochocientos obreros de la fábrica de Górlovka, en la medida en que leen una lista con los nombres de los obreros fallecidos durante los accidentes. «Sabemos que estos asesinatos fueron cometidos por Ratáichak y Pushkin. Por los trotskistas en colaboración con la Gestapo».[44] Los veinte mil obreros de la cooperativa agrícola de Rostov, junto al Don, exigen la muerte de los desviacionistas. Los cuarenta y cinco mil trabajadores de la fábrica de automóviles de Moscú, la fábrica La Hoz y el Martillo, las fábricas Kírov en Leningrado, exigen «el fusilamiento de esos bandidos trotskistas que se han vuelto unos salvajes». Todas las ramas profesionales están representadas: mineros, empleados del Comisariado del Pueblo para la Industria Pesada, miembros de la Academia de Ciencias, famosos actores—como la *grande dame* del teatro ruso Maria Bliumental-Tamárina—, conocidos escritores y periodistas—Vsévolod Vishnevski y Mijaíl Kóltsov escriben sobre lo que observan en Moscú y en Madrid—, miembros de la Marina en Sebastopol, investigadores polares de la isla Dikson, trabajadores ferroviarios, tractoristas, personas de todas las edades. Unos niños firman una carta titulada «Ellos mataron a nuestros padres», la cual culmina con un llamamiento a redoblar la vigilancia, a «multiplicarla por diez».[45] Una reunión de mil personas en una fábrica de construcción de maquinarias en Krasnoiarsk exhorta al NKVD a arrestar a Lev Sedov, el hijo de Trotski, que no se marchó con su padre al exilio y que trabaja en el país como ingeniero, pues supuestamente intentó envenenar a unos trabajadores.[46] Nadie queda olvidado en el coro de los trabajadores. Incluso toman

la palabra los cosacos de Térek,[47] los trabajadores ferroviarios y los poetas como Aleksandr Fadéiev, Aleksandr Bezymenski y un tal Aleksandr Prokofiev, que adjunta un poema: «¡Con sangre habréis de pagar, señores!».[48] En algunos reportajes llegados desde Madrid se ve cuál es la reacción en el extranjero—con el anuncio de que los trotskistas en España correrán el mismo destino que los de Moscú—,[49] o desde Nueva York y Berlín, donde se mencionan citas aisladas tomadas del *Völkischer Beobachter* como prueba de lo justo del veredicto. La Sociedad de Amigos de la URSS en Inglaterra declara por qué el proceso está en consonancia con los derechos humanos.[50] De ese modo el coro se universaliza, el veredicto y la ira popular dan la vuelta al mundo.

Durante una semana el periódico *Pravda* brinda noticias sobre explosiones y mutilaciones, discursos cargados de odio, llamamientos a la venganza y al asesinato, exhortaciones a no bajar la guardia, a sacar de todo ello una enseñanza y a trabajar de un modo mejor y más disciplinado. Tan rápido como sea posible han de sanar las heridas causadas por los enemigos de la URSS. Se ejercita aquí el vocabulario de un ritual de la muerte, de una justicia del linchamiento que se toma las cosas muy en serio: «¡Fusilad a esos bandidos trotskistas!», «¡Ha llegado la hora de ajustar cuentas!», «Destruid a esos perros con una bala del pueblo soviético», «Ninguna piedad para con los traidores a la patria», «Destruid a esos perros salvajes del fascismo», «Ésas no son personas, sino animales», «¡Trotski, Judas!». Sin embargo, en esas mismas páginas en las que se publican los mensajes de odio aparecen también anuncios de las actividades del inminente jubileo de Pushkin, noticias sobre la ampliación de la red de peluquerías o la actuación de un conjunto de balalaicas del Ejército Rojo.[51] Y en medio de todo ello se encuentran las instrucciones para el agitador sobre el interrogante: «¿Por qué confiesan?».[52]

Pero fue más que una oleada de papel. Tras cada resolu-

ción enviada a Moscú había ya una asamblea, una manifestación *in situ*, con coros hablados, audiciones o lecturas de condenas y de desfiles. Ese movimiento, iniciado en todo el país, como lo ilustra el editorial «La sentencia del tribunal es la voz del pueblo»,[53] desembocó en grandes manifestaciones, como la efectuada en la Plaza Roja el 30 de enero de 1937, una manifestación masiva de anatemas y de unidad en el corazón de la capital. Como el rayo se difundió por toda la ciudad, de la noche a la mañana, la noticia de la sentencia y de la muerte por fusilamiento. Los obreros del turno de noche y los que empezaban a trabajar al despuntar el día marcharon a la ciudad espontáneamente, acompañados de otros trabajadores que habían renunciado a su día libre. Aunque hacía un frío extremo y soplaba un viento gélido, se formaron columnas de marcha con personas llegadas de las fábricas que avanzaron en dirección al centro: viejos, jóvenes, obreros, ingenieros, estudiantes. A partir de las cinco de la tarde, la Plaza Roja se llenó, a tal punto que no pudo acoger a toda la masa de manifestantes y éstos tuvieron que quedarse en las calles aledañas. Toda la plaza estaba llena con doscientas mil personas, cubierta de pancartas y retratos de los líderes. Hablaron el secretario del Partido en Moscú, Nikita Jruschov, el presidente de los sindicatos, Nikolái Shvérnik, el presidente de la Academia de Ciencias, Vladímir Komarov, el presidente de la Organización de Jóvenes Comunistas y una trabajadora de la fábrica Triójgornaia. Podían reconocerse, por sus delegaciones, las grandes fábricas. Sobre la plaza brillaban las estrellas de color rubí sobre las torres del Kremlin, las cuales acababan de ser instaladas, mientras que la plaza quedaba bajo la luz de los reflectores. Centenares de carteles exigían llevar ante un tribunal a otros antiguos miembros del aparato dirigente, como Bujarin, Rykov o Uglánov, por su condición de representantes de la oposición de derecha. El dramaturgo Vsévolod Vishnevski quedó conmovido ante aquella visión, con el rumor de fondo

que cruzaba la plaza. El tronar de los aviones, los coros hablados, las estaciones eléctricas, el «sonido de la nueva Moscú», al que habría que adaptarse. El pueblo, que afluía en torrentes, no era «europeo-neurasténico». Sólo podía reírse de gente como André Gide y compañía, que jamás habían pasado hambre, que jamás habrían luchado junto a nosotros.[54] La imagen del «pueblo victorioso» (*narod-pobedítel*) es repetida millones de veces y se convierte en icono, en ruido ambiental para la desatada e instrumentalizada ira popular. Pero cuando la manifestación pasó junto a la tribuna, los condenados a muerte ya llevaban tiempo ejecutados.

POSDATA

A la mayoría de los observadores les saltaban a la vista los rasgos teatrales de las deliberaciones del juicio y del plebiscito correspondiente en las plazas públicas, no sólo en las de Moscú. Lion Feuchtwanger y Joseph Davies consideraron que el único significado de aquellas manifestaciones era su teatralidad. Nikolái Yevréinov, un dramaturgo ruso que vivía en el exilio parisiense desde principios de la década de 1920, escribió una «crónica dramática en seis cuadros de la vida del Partido en la URSS» (1936-1938) con el título de *Los pasos de la némesis*.[55] Apenas había otro que estuviera mejor preparado para ese tema que él. Yevréinov había destacado ya antes de 1917—e inmediatamente después—como un teórico del «teatro condicionado», era un hombre de teatro brillante y muy culto, en su tiempo tan reconocido como Vsévolod Meyerhold. Totalmente en la tradición del teatro revolucionario de Richard Wagner y Edward Gordon Craig, su objetivo era eliminar la distancia entre actores y espectadores, entre el teatro y la vida. Pero incluso a un talentoso hombre de teatro como Yevréinov se le escapaba lo que realmente se había puesto en escena en la Casa de los Sindicatos del centro de Moscú. Se trataba, en efecto, de una escena teatral,

ПРАВДА
СТРАНА ПРИВЕТСТВУЕТ СПРАВЕДЛИВЫЙ ПРИГОВОР
МИТИНГ НА КРАСНОЙ ПЛОЩАДИ

«Hasta los mismos acusados fueron obligados a participar en esta pieza teatral: los sacaron al balcón de la Casa de los Sindicatos, donde tuvieron que aguantar los insultos de las masas enardecidas». En la fotografía del *Pravda* pueden verse las pancartas donde se dice «¡Fusilad a esos perros rabiosos fascistas!» en una manifestación airada de doscientas mil personas en la Plaza Roja, después de que se anunciara la condena en el llamado «proceso contra los trotskistas», en enero de 1937.

pero en un sentido mucho más radical del que Yevréinov podía imaginarse.

Yuri Piatákov, el condenado a muerte y el más prominente de los acusados, el segundo hombre en el poderosísimo Comisariado del Pueblo para la Industria Pesada, ya conocía el escenario de su hundimiento. En el año 1922 ya había tenido una gran presentación en la Casa de los Sindicatos, la antigua Asamblea de Aristócratas: en aquella ocasión, sin embargo, no había comparecido como acusado, sino como juez presidente en el proceso público contra los miembros de la derecha socialrevolucionaria. Por entonces éstos habían sido condenados a muerte, en efecto, por sus actividades antibolcheviques realizadas con absoluto convencimiento, si bien luego fueron indultados debido a las protestas internacionales. Todos los acusados se presentaron entonces, a la manera clásica y revolucionaria, como víctimas y mártires, al tiempo que confesaban sus delitos. Y fue Piatákov quien había colaborado en la puesta en marcha de aquella maquinaria del proceso público moderno.[56] También el proceso del año 1922 había ido acompañado de una campaña de acoso. Muchas de las pancartas de las masas que desfilaron frente a la Casa de los Sindicatos exigían «el fusilamiento de los perros rabiosos», y tanto el fiscal Krylenko como el juez Piatákov se solidarizaron con las exigencias llegadas desde la calle. Estaban allí junto a Kámenev, quien exigió que «se les cortara la cabeza a todos aquellos que no podían inclinarla ante el poder soviético». «Hasta los mismos acusados fueron obligados a participar en esta pieza teatral: los sacaron al balcón de la Casa de los Sindicatos, donde tuvieron que aguantar los insultos de las masas enardecidas».[57] El sentido de aquellas escenificaciones masivas era demostrar una legalidad derivada de la victoria en la guerra civil y una transformación de la población «en una masa enardecida y enervada», una acción para fabricar un «plebiscito de muerte».

Piatákov, quien en 1922, en su condición de juez, había

condenado a muerte a los socialrevolucionarios, también estaba previsto originalmente que asumiera el trabajo de fiscal en 1936, en el primer gran proceso público de Moscú contra Zinóviev y Kámenev.[58] Esto encaja con una historia en la que la línea divisoria entre realidad y ficción se ha disuelto de un modo peligroso para la vida, al extremo de que el hecho de acabar en un proceso como acusado o como acusador, como juez o como juzgado, como ejecutor o ejecutado, dependía del mero arbitrio.

«UN BANQUETE EN TIEMPOS DE LA PESTE»: EL ANIVERSARIO DE PUSHKIN EL 10 DE FEBRERO DE 1937

EL CENTENARIO DE LA MUERTE DE PUSHKIN EN «THE NEW YORK TIMES»: «ALL MOSCOW WAS PUSHKIN-MAD TODAY», *241* — «EL CAMARADA PUSHKIN»: LA ENTRONIZACIÓN DE UN CLÁSICO, *245* — UN BANQUETE EN TIEMPOS DE LA PESTE: DISCURSOS CIFRADOS, *251* — LUGARES COMUNES DE UNA NUEVA CULTURA, *258* — GENIO RUSO E IMPERIO, *262*

El 11 de febrero, sin que hubieran transcurrido todavía dos semanas desde el 30 de enero de 1937 se dictaran las sentencias de muerte contra Piatákov y otros, tuvo lugar en el mismo edificio, si bien en otra sala—la Sala de las Columnas, incomparablemente más grande y suntuosa—, el acto conmemorativo de la Academia de Ciencias con motivo del centenario de la muerte de Aleksandr Pushkin. El presidente de la Academia, Vladímir Komarov, culminó su discurso con los versos que el poeta Aleksandr Bezymenski había escrito para la ocasión; en ellos, una cita de Pushkin se funde con un eslogan de carácter político: «¡Viva Lenin, viva Stalin, viva la luz que irrumpe tras las tinieblas!».[1]

Un famoso verso de Pushkin, en el que el poeta, según la interpretación tradicional, evocaba la oscuridad de la reacción en tiempos del zar Nicolás y expresaba su optimismo de que ésta llegase a su fin, se utilizaba ahora para aludir a una época gloriosa como el año 1937. El presidente de la Academia revelaba con aquella cita más de lo que tenía en mente. Y así sucedió con todas las celebraciones del centenario de

Pushkin, que fue uno de los mayores acontecimientos culturales del año y uno de los más significativos: un poeta que durante tanto tiempo había sido considerado un representante de la aristocracia, encarnación de la «Era Dorada» feudal, y al que los revolucionarios, no hacía tanto tiempo, habían arrojado a la cuneta con «la locomotora de la historia» (Vladímir Maiakovski), ahora se convertía en el centro del canon literario y cultural de la era Stalin. El centenario de Pushkin era algo más que una pieza de dramaturgia cultural y de instrumentalización política. En él sucedió más de lo que habían pensado sus iniciadores, porque los procesos culturales tienen su sentido real y no se los puede manipular arbitrariamente.[2]

EL CENTENARIO DE LA MUERTE DE PUSHKIN EN «THE NEW YORK TIMES»: «ALL MOSCOW WAS PUSHKIN-MAD TODAY»

El 11 de febrero de 1937 el corresponsal en Moscú de *The New York Times* despachó un reportaje sobre las actividades del centenario de Pushkin: «*All Moscow was Pushkin-mad today on the hundredth anniversary of the poet's death*».[3] Esto es algo que puede comprenderse con facilidad cuando se repasa una vez más la información de esos días de febrero. Meses antes ya se había constituido un Comité Pushkin central que debía diseñar las líneas directrices de la celebración y coordinar sus numerosas actividades. El centenario de Pushkin era un asunto de Estado. Al más alto nivel de la dirección del Partido, del Comité Ejecutivo Central de la URSS, del Consejo de los Comisarios del Pueblo, se había acordado cómo había que conmemorar al gran poeta ruso. También al más alto nivel se había acordado cambiar el nombre a ciudades, plazas, calles, teatros y bibliotecas. A raíz de la puesta en práctica de esas directivas, el Museo Estatal de Arte de Moscú cambió de nombre y empezó a llamarse Pushkin, la Bolshaia Dmítrovka de Moscú se llamaría a

partir de entonces avenida Pushkin, y el paseo Neskuchni se llamaría, asimismo, paseo Pushkin. Détskoie Seló, en Leningrado, se convirtió en Pushkin; Ostánkino, en Moscú, cambió su nombre por el de Púshkinskoie, y la plaza de la Bolsa de Leningrado se convirtió en plaza Pushkin.[4] Se convocaron y decidieron concursos para crear nuevos monumentos. Se organizaron exposiciones conmemorativas y se inició la construcción de memoriales en todo el país. En las celebraciones por el centenario de Pushkin participaron los centros de las ediciones de clásicos y de la exégesis pushkinianas, así como los campesinos de los koljoses en el pueblo de Strajovo. El 10 de febrero el periódico *Izvestia* informaba:

Los días de Pushkin se celebran en todas partes como una auténtica fiesta popular. Rostov en el Don: un radiotelegrama llegado a Tuapse desde el buque cisterna *Batumi*, anclado frente a las costas de California, nos comunica que la tripulación se prepara para una noche de celebración en honor del gran centenario de Pushkin. En el buque cisterna *Emba*, hoy anclado en el mar Negro, se editó un boletín especial dedicado a Pushkin y un álbum en el que se recogen materiales sobre el poeta. En la propia Tuapse se preparan para una gran velada sobre Pushkin en el Palacio de la Cultura. Los marinos y sus esposas representarán fragmentos de *Eugenio Oneguin*, *Borís Godunov* y *Poltava*.[5]

Todas las manifestaciones artísticas participan en los festejos. Así, vemos cómo el pintor Nikolái Shestopálov pinta para la gran exposición sobre Pushkin en el Museo de Historia un cuadro de gran formato titulado *Los komsomoles ponen flores en el monumento a Pushkin del pueblo de Ostafievo*; el escultor B. Yákovlev entregó unos bocetos para un monumento a Pushkin, en cuya base aparecía la figura de un pionero, mientras que se nos informa en lo relativo a otro proyecto del prominente escultor Iván Shadr, de que su Pushkin lleva bajo el brazo un ejemplar de *Sobre el materialismo dia-*

léctico y el materialismo histórico, de Stalin. El pintor Kuzmá Petrov-Vodkin había creado un nuevo retrato de Pushkin, y el pintor de vanguardia Gustav Klucis había diseñado un cartel con este titular: «Gloria al gran poeta ruso». Los realizadores cinematográficos produjeron la película *La juventud del poeta*.[6] La celebración tuvo unos intensos preparativos. En los cuatro meses previos hubo solamente en Leningrado 1495 conferencias y 1737 presentaciones de artistas o con artistas, escuchadas o vistas por 700 000 espectadores. Ésto se repitió en escuelas, institutos, fábricas y sovjoses de todos los rincones de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.[7]

En el Museo Histórico junto a la Plaza Roja de Moscú se inauguró el 16 de febrero una gran exposición situada muy cerca de los dramas de sus protagonistas: Stepán Razin y Yemelián Pugachov habían sido martirizados y ejecutados públicamente en la misma plaza.[8] La escultura de Pushkin realizada por el escultor Serguéi Merkúrov eliminó la introversión y la actitud contemplativa del monumento a Pushkin realizado por Aleksandr Opekushin y recuerda un poco—con un Pushkin inclinado hacia delante, con abrigo—el porte de la estatua de Stalin realizada por Merkúrov y colocada a la entrada del canal del Volga y el Moscova. Miles de piezas de exposición son mostradas en diecisiete salas, que presentan en tres grandes secciones la vida y la obra de Pushkin, la influencia del poeta bajo el zarismo y a Pushkin en el presente soviético.

Se construyen nuevos museos en los lugares donde vivió el poeta, sobre todo en su casa natal—la misma donde murió—en la Moika, en Leningrado, pero también en Moscú. Surgen nuevos géneros: guías a través de la Moscú de Pushkin, una nueva cartografía de la topografía cultural en cuyo centro estaba ahora el poeta.[9] Se publicaron nuevas ediciones de las obras completas. Sólo en el año 1936, la tirada de las obras de Pushkin alcanzó los 18,6 millones de ejemplares—lo cual, en el marco de un solo año, representa más que

en todo el período prerrevolucionario—, y en el año 1937 se supone que rondó los 13,4 millones. Sus obras fueron traducidas y publicadas en cincuenta y dos lenguas de los pueblos que conformaban la URSS: «A Pushkin lo leen todos. Es el poeta preferido de los pueblos de la URSS ».[10] Una revista de emigrantes escribía que uno de cada cinco libros de las bibliotecas soviéticas era de Pushkin. Los actos conmemorativos centrales, que tuvieron lugar en el Teatro Bolshói, fueron transmitidos por radio a todo el país.[11] En el Teatro de los Artistas de Moscú, Olga Knipper-Chéjova declamó poemas de Pushkin, y en los periódicos se presentaba a la numerosa descendencia del poeta: nietos, bisnietos...[12] Delante del planeado Palacio de la Literatura Universal, junto a la confluencia de los ríos Moscova y Yauza—una idea de Maksim Gorki—, debía erigirse un conjunto escultórico dedicado a Pushkin que reemplazaría al viejo monumento del escultor Opekushin, ubicado en el bulevar Tverskói.

En algunos concursos para la remodelación o la nueva construcción de monumentos dedicados a Pushkin se medía, en cierto modo, el nuevo marco interpretativo. En los festejos participaron fundamentalmente representantes de la alta cultura: escritores, pintores, compositores, escultores, traductores. Pero lo verdaderamente nuevo era la transformación de Pushkin en un objeto de la cultura de masas. Pushkin por todas partes y en todas sus variantes: como cartel y como pegatina, como pintura de los artistas populares de Palech y de los artistas del cincel, de los orfebres y plateros, Pushkin tejido en bufandas y alfombras, como figurita de porcelana o en cajas de cerillas. La Tesorería imprimió medallas conmemorativas y órdenes Pushkin. La empresa Intourist organizó en febrero una década Pushkin para extranjeros. Pushkin fue celebrado a nivel nacional: en presentaciones de gala de los teatros de ópera en Kiev y Tiflis, en los Palacios de Cultura de Taskent y de Asjabad. Los periódicos informaron incluso de celebraciones dedicadas a Pushkin en Londres, Oslo

o Madrid. Con este centenario, y con ese maratón de actos, Pushkin se convirtió en un icono de la cultura soviética.

«EL CAMARADA PUSHKIN»: LA ENTRONIZACIÓN DE UN CLÁSICO

El punto culminante de las celebraciones moscovitas dedicadas a Pushkin fue, en efecto, la concentración masiva que tuvo lugar el 10 de febrero en la plaza Strastnáia, cuyo nombre había sido cambiado por el de plaza Pushkin. El escenario ha quedado fijado en muchas fotos y reportajes. Hasta el año 1936 había estado en esa plaza el monasterio Strastnói, fundado en el año 1646. Frente a él, en el otro lado de la calle, junto a la entrada del bulevar Tverskói, estaba el monumento a Pushkin de Opekushin, que había sido inaugurado en 1880 con la participación de todo el universo literario e intelectual de Rusia. En esa inauguración había hablado Iván Turguéniev, también el historiador Vasili Kliuchevski, y sobre todo, allí, el 8 de junio de 1880, había pronunciado Fiódor Dostoievski su célebre discurso sobre Pushkin, en el que el poeta ruso era calificado de «poeta popular» y un genio de toda la humanidad. Para entonces, el monasterio Strastnói, en el que últimamente habían instalado un Museo del Ateísmo, había sido demolido, y la plaza era un gran brecha en cuyos bordes descollaban nuevos edificios: el «gigante del constructivismo», erigido entre los años 1925 y 1927, el edificio de la redacción del periódico *Izvestia*, de Grigori Barjín, y los edificios de nueva construcción a lo largo de la avenida Gorki. Del complejo del monasterio sólo había quedado el campanario, que estaba cubierto de arriba abajo por grandes pancartas dedicadas al «camarada Pushkin». Un campanario como lugar visible para la agitación y la propaganda. Debajo del retrato de Pushkin, colgados también en el campanario, se encontraban unos «versos proféticos» del autor, tomados del poema «A Chaadáiev», del año 1818:

Confía, amigo: brillará
la estrella del divino día,
en que Rusia despertará,
y, al derribar la monarquía,
¡nuestros nombres grabará![13]

En esta plaza se reunieron, el 10 de febrero de 1937, unas veinticinco mil personas. Habían desfilado hacia la plaza en columnas y se habían colocado en semicírculo en torno al monumento adornado con margaritas blancas. Primero habló el presidente del Comité Nacional Pushkin, el camarada Andréi Búbnov, luego lo hizo el secretario del comité del Partido local de la ciudad, el camarada Mijaíl Kulkov, y luego habló el presidente del comité territorial del Partido en Moscú, Nikolái Filátov. Más tarde habló el escritor Vsévolod Iványov sobre la lucha de Pushkin contra la reacción del zar Nicolás. Le siguieron en el estrado el obrero estajanovista Butúsov, de la fábrica Frunze, y un escolar de la ciudad de Moscú:

Te estudiamos, Pushkin, pues nuestra estirpe aprende contigo el lenguaje del gran pueblo ruso. Te estudiamos, porque nuestra estirpe debe dominar todo el tesoro de la cultura humana. Te estudiamos porque nuestra estirpe, bajo la dirección del Partido de Lenin y de Stalin, ha de construir la sociedad comunista, y la construirá. ¡Gloria a ti, gran Pushkin!

Sobre la plaza se oyeron los acordes de «La Internacional», y por encima de las cabezas de los allí reunidos se vieron los retratos de Pushkin, de Lenin, de Stalin y de Yezhov.[14]

Los participantes eran conscientes de que no sólo estaban tomando parte en el aniversario de la muerte del poeta, sino de que eran testigos de una importante transformación de valores en relación con una figura de la cultura rusa que hasta entonces había sido destacada. Nikolái Filátov, en su discurso delante del monumento, señaló con orgullo que había

sido el Partido Comunista el que se había ocupado de que el texto original de Pushkin de la cuarta estrofa, que había sido mutilado por el poeta y por el censor zarista Vasili Chukovski, se restituyera en la base del monumento. Ahora aquellos versos volvían a decir:

> Y seré por el pueblo querido en toda edad
> por despertar los buenos sentimientos dormidos,
> porque en mi cruel siglo canté a la Libertad,
> porque imploré clemencia por todos los caídos.[15]

Uno de los observadores de aquella escena en la plaza era el escritor Lev Nikulin, lo suficientemente viejo para recordar que el monumento había sido adornado en los días de octubre de 1917 con banderas rojas, e informó de que antes de la Revolución el monumento había sido utilizado como emblema publicitario de la célebre fábrica de golosinas moscovita Abrikosov, mientras que ahora allí hablaba el obrero estajanovista Butusov, de la fábrica Frunze.[16]

Para su acto conmemorativo, la Academia de Ciencias había invitado a un gran número de expertos e intérpretes de la obra del poeta, que iluminaron la obra de Pushkin desde todos los ángulos: la profesora Nezhkina habló sobre «Pushkin y los Decembristas», Nikolái Brodski sobre «Pushkin y el movimiento revolucionario europeo»; otros hablaron sobre «El destino del legado escrito de Pushkin», sobre «Pushkin como fundador de la nueva literatura rusa», sobre «Pushkin y la literatura universal» y sobre «Pushkin como creador de la lengua literaria rusa». En la sesión final del 15 de febrero hubo ponencias sobre «Pushkin en la historia del movimiento social ruso», sobre «La visión del mundo de Pushkin» y, finalmente, sobre «Pushkin y la literatura turkmena» o «Pushkin en la literatura georgiana».[17]

Pero el denominador común bajo el que se pueden resumir las actividades del centenario no es formulado por

los expertos en Pushkin. Por el contrario: el centenario se orienta incluso de manera explícita contra el predominio real o supuesto de los expertos, contra el monopolio definitorio de los pushkinistas, y aboga por desempolvar la obra de Pushkin y devolvérsela al pueblo.[18] En la preparación, quien había fijado la dirección era B. Bábochkin, que en realidad no era un especialista en Pushkin, pero sí un popular actor de cine: Pushkin era tan querido entre los pueblos y entre la gente humilde «porque sus creaciones estaban impregnadas de gran carácter folclórico, porque era claro, sencillo, sincero y asequible para las más amplias masas».[19] Los autores soviéticos contemporáneos no podían aproximarse al modelo de Pushkin. Aquella celebración del centenario debía aprovecharse para arrancarles a Pushkin de las manos a los pushkinianos:

> No hace mucho apareció el séptimo tomo de las *Obras completas* de A. S. Pushkin en la editorial de la Academia de Ciencias. El libro me causó una impresión deprimente. Los larguísimos comentarios de los pushkinianos matan literalmente a Pushkin.

Es como si Bábochkin viera tras todo ello la labor subversiva de alguien:

> Por otro lado, es preciso asombrarse de que la editorial de la Academia de Ciencias edite el séptimo tomo de sus obras sólo en vísperas de su centenario. ¿Cuándo le seguirán los otros volúmenes? [...] Me parece que los culpables de que los libros aparezcan con tan extrema lentitud, que sólo aparezcan ahora, son personas concretas que trabajan en las editoriales.[20]

También una caricatura publicada en la revista satírica *Krokodil* polemiza contra los clichés de la «vulgar» interpretación crítica pushkiniana, según la cual Pushkin parece como un

«aristócrata liberal», un «pequeño latifundista», «un señor feudal desclasado», un «noble burgués».[21]

La línea general de la reinterpretación de Pushkin es formulada en un editorial de *Pravda*, «La gloria del pueblo ruso», publicado el propio día del centenario, el 10 de febrero de 1937.

El tono del homenaje a Pushkin queda marcado por la primera línea: «Cien años han transcurrido desde que el más grande de los poetas rusos, Aleksandr Sergueiévich Pushkin, fuera asesinado por la mano de un canalla aristócrata extranjero y un mercenario zarista». «Pero Pushkin nos pertenecía del todo a nosotros y a nuestro tiempo», continuaba el artículo, él todavía estaba vivo y viviría aún en las generaciones venideras. Pushkin, gloria y orgullo del gran pueblo ruso, no moriría jamás. Su influencia en el desarrollo de la cultura del país era infinita, sus obras eran la base de la educación rusa. Cientos de millones de personas habían adquirido, a través de él, una voz: «Él llevó nuestro lenguaje, rico y elástico por naturaleza, a alturas insólitas, y de ese modo lo convirtió en el lenguaje más expresivo del mundo». Jamás había sido tan popular como ahora, ya que nunca antes había tanta gente que supiera leer y escribir. Pero no sólo por ello, sino también porque los lectores habían podido familiarizarse con el verdadero Pushkin, sin la mezcla egoísta de tantos que han distorsionado su obra, sin el reaccionario censor y sin los comentadores mezquinos, mediocres, que habían intentado pasar al Pushkin indomable por su rasero burgués. Pushkin se había dado a conocer al pueblo, verdaderamente, como un poeta y un ciudadano del mundo. Pushkin siempre había pensado en el pueblo y había creado sus obras en nombre de aquél. En muchas de las obras del poeta podía identificarse un llamamiento a las nuevas generaciones:

Pushkin es del todo nuestro, es del todo soviético, en la medida en que ha sido el hombre soviético el que ha recogido todo lo mejor

de nuestro pueblo y, asimismo, en la medida en que constituye la materialización de las mejores esperanzas del pueblo. La creación de Pushkin, en última instancia, está fundida como un río que se vierte en el océano.

En su momento, continuaba el artículo, Pushkin depositó sus esperanzas en la llegada de un «monarca ilustrado». Pero pronto se convenció de que «sólo una terrible explosión podría acabar con la arraigada esclavitud en Rusia». La revuelta de los Decembristas estaba dentro de lo que él pensaba, pero sólo ahora se había realizado su sueño en un país donde se han eliminado las clases:

¡Eso es lo que provoca que entre las filas de nuestros enemigos haya tanto temor, malos deseos y calumnias! Los abominables crímenes de los bandidos trotskistas son, por supuesto, la respuesta directa de la burguesía contrarrevolucionaria a la liquidación de los explotadores en nuestro país. Pero desde hace más de un siglo, Pushkin nos tiende la mano amistosamente en señal de solidaridad.

Es cierto que Pushkin pertenecía a la aristocracia, pero, de ello, los «estúpidos vulgarizadores» de su obra no deberían concluir que él no pueda ser un poeta del pueblo.

¡Sus sueños se han vuelto realidad! Ya no hay grupos étnicos en nuestro gran país que no tengan una lengua escrita. Y tras haber aprendido a leer y a escribir, esos muchos pueblos tienen acceso a la poesía brillante de Pushkin. Pushkin está cercano igualmente al corazón de los rusos y al de los ucranianos, al de los georgianos y al de los calmucos; resulta caro al corazón de todos los pueblos de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Su gloria también ha cruzado más allá de las fronteras. Todos los pueblos del mundo encuentran en el tesoro de su poesía «una fuente inagotable de pensamiento profundo y de nobles

sentimientos». Ante el cada vez más tenebroso horizonte del peligro de una guerra, a la vista de los valores de la humanidad pisoteados por los bárbaros fascistas, de la represión de la razón, la ciencia y la cultura, la obra de Pushkin, con todo su optimismo y su humanismo, se convierte en una acusación contra esa escoria que quiere estrangular la libertad:

> El pueblo ruso le ha dado al mundo el genio de Pushkin. Bajo la dirección del gran partido de Lenin y de Stalin, el pueblo ruso ha llevado a cabo con éxito la Revolución Socialista y la llevará hasta el final con éxito. El pueblo ruso tiene derecho a estar orgulloso de su papel en la historia, del mismo modo que lo está de sus escritores y poetas. Pushkin es la gloria de nuestro pueblo, y el pueblo multiplicará esa gloria con sus acciones.[22]

UN BANQUETE EN TIEMPOS DE LA PESTE: DISCURSOS CIFRADOS

Pushkin como luchador por la libertad y como simpatizante de los Decembristas. Pushkin como el desterrado al exilio. Pushkin, el rebelde secreto. Pushkin, la víctima de una intriga de la corte y de un agente extranjero. Todo ello, por un lado, encaja bien con la lectura oficial. Pero los textos también tienen vida propia. Y por eso todo el discurso del centenario—la Asociación de Escritores había dedicado también su reunión anual al estudio de Pushkin—tiene una ambigüedad y un doble filo que no pudieron pasar inadvertidos para el contemporáneo atento. En la reinterpretación de Pushkin y en su integración en el contexto soviético participaron no sólo los redactores de *Pravda*, sino también escritores con otro trasfondo bien distinto, como Mijaíl Bulgákov, Andréi Platónov, Mijaíl Zoschenko, Daniíl Jarms o emigrantes retornados del exilio, como el príncipe y teórico literario marxista Dmitri Sviatopolk-Mirski o el periodista nacional-patriótico Nikolái Ustriálov.

Pero donde más claramente se pusieron de manifiesto las diferencias fue en la controversia sobre la interpretación pushkiniana antagónica y paralela que se desarrolló en los centros del exilio ruso. El discurso pushkiniano del año 1937 fue en verdad transgresor. También la diáspora rusa se reunió en torno a Pushkin, a *su* Pushkin. En los festejos que tuvieron lugar en Belgrado, París y Praga se presentaron intérpretes que se consideraban los verdaderos y competentes salvaguardas de la cultura rusa y de su *sancta sanctorum*.[23] Frente a la versión soviética de un Pushkin puro, revolucionario y demócrata, opuso Semión Frank, por ejemplo, a un Pushkin constitucionalista moderado y más bien conservador. Pushkin, según Frank, no había dejado instrucciones sobre la política del día a día, no había sido un político de partido que da instrucciones de manual, aunque tal vez pudiera afirmarse, «con cierta osadía, que había sido el más grande pensador político ruso del siglo XIX».[24] También Frank se planteaba la pregunta de por qué Pushkin no había estado en la plaza del Senado junto a sus amigos que se rebelaron, y llegaba a la conclusión de que el poeta no se había solidarizado con las pasiones políticas de sus amigos; y a continuación citaba una carta de Pushkin dirigida a Viasemski: «Rebelión y revolución nunca me gustaron». Más tarde, Pushkin incluso vio en Nicolás I una especie de continuador de la obra de Pedro el Grande: «El fundamento general de la visión del mundo política de Pushkin era una actitud intelectual nacional-patriótica, que había adoptado la forma de una conciencia de Estado».[25] Pushkin había insistido en la independencia personal y en la libertad de la creación espiritual y cultural. Había sido un monárquico convencido que había criticado a la monarquía rusa sólo por su actitud revolucionaria; había sido Robespierre y Napoleón al mismo tiempo, con lo cual tal vez se refería a la «revolución desde arriba» de Pedro el Grande, y tal vez también a la de Lenin y Stalin. Pero Pushkin se había equivocado, pues la monarquía rusa no se había

unido al pueblo en contra de la aristocracia; más bien la monarquía, y con ella toda la clase culta rusa, había sido barrida por las masas y se había hundido.[26]

El dramaturgo Mijaíl Bulgákov había estado trabajando desde 1934 en un pieza teatral sobre Pushkin. Cuando se acercaron los festejos en honor del poeta, su mujer, con resignación, anotó en su diario, el 7 de febrero de 1937: «Ahora empiezan los días del "Centenario de Pushkin", que tanto he deseado que lleguen en otras ocasiones. Pero ahora Pushkin está perdido, y nos vemos ante un montón de escombros».[27] Ello no cambió en absoluto en los años siguientes. La obra de Bulgákov sobre Pushkin, *Los últimos días*, es una reconstrucción de los sucesos que desembocaron en la muerte de Pushkin en el duelo con D'Anthès y en los que el papel protagonista lo tiene un espía, mientras que el propio Pushkin sólo aparece, en tercera persona, como un personaje siempre ausente. Su drama sobre Pushkin es, en esencia, un drama del poeta en un sistema de falta de libertad, de intrigas, un presentación de las prácticas de la policía secreta y, sin duda, una protesta contra toda la parafernalia que había tenido lugar ese año de 1937 en torno a Pushkin.[28]

También Andréi Platónov intervino en esta lucha por apropiarse de Pushkin de una manera acorde con los tiempos. El primer texto lleva por título «Pushkin, nuestro camarada», mientras que en el segundo se honra a Gorki como al Pushkin de la presente época.[29] Platónov comparte la adoración por Pushkin, pero la invierte: una lectura afirmativa se convierte en una lectura crítica. De Pushkin, Platónov admira el hecho de que durante su vida hubiera estado siempre al límite de la prisión en un castillo, en el destierro y en «el camino de la catástrofe». Pushkin había conseguido reaccionar al «cruel animal» del autodominio no sólo con rabia y resignación, sino también con mofa, con una carcajada. Platónov se adentra también en la cuestión de por qué Pushkin, el día de la revuelta, no estaba en la plaza del Senado junto

con los sublevados. ¿Acaso tenía una sutil sensibilidad histórica para saber que aún no había llegado la hora? Pushkin había confiado en la llegada de un «segundo Pedro», pero ni los Decembristas ni Pugachov hubieran dado continuidad a esa línea, de modo que llegó otro:

> ¿Acaso Pushkin, a menudo tan triste, no se hubiera sentido feliz si hubiese sabido que el sentido de su poesía—una Humanidad universal, sabia y viril—coincide con el objetivo del socialismo y que éste se ha hecho realidad en su patria, en la patria de Pushkin?

Él, que soñó con el retorno de la figura de Pedro el Grande, «el milagroso constructor», ¿qué hubiese sentido ahora, cuando todos los proyectos constructivos de Pedro se terminan en el plazo de un mes? «Si Pushkin viviera, su obra sería la fuente de un entusiasmo socialista universal. Viva Pushkin, nuestro camarada».[30] Un nuevo Pushkin era necesario: «El comunismo, digámoslo con franqueza, no es concebible sin "Pushkin", al que asesinaron una vez, y sin sus herederos, que probablemente aún no han nacido. La gran poesía es una parte integrante del comunismo». Su testigo ha sido llevado hacia delante. Pero todos ellos—Lérmontov, Gógol, Goncharov, Chernyshevski, Schedrín, Dostoievski, Turguéniev, Tolstói, Chéjov—no hubieran podido reemplazar a Pushkin. ¿Cómo se hubiera comportado Pushkin de haber vivido medio siglo después? No hubiera habido ningún sucesor en pleno valor de Pushkin, pero el fuego que ardía en él ha pasado a otros, «a Lenin, que se convirtió en el profeta de la acción, aunque tampoco en la literatura la llama se ha apagado. En la persona de Gorki, la gran literatura se salvó de sucumbir al veneno letal del imperialismo».[31] Entre Pushkin y Gorki sólo había, ciertamente, pocas cosas en común en lo formal, pero ambos poseían la misma pasión y la misma forma de pensar:

El, Gorki, lo hizo todo para convertirse en un nuevo Pushkin, un Pushkin del socialismo, un Pushkin de todo el mundo y del universo, que entendía, de pronto y de forma total, en qué consistía su misión. [...] En medio de la vida y entre nosotros, ya está tal vez el venidero «cantor secreto», que no traicionará la confianza de Pushkin ni de Gorki.[32]

No resulta difícil distinguir que el discurso sobre Pushkin no sólo giraba en torno a la literatura y a las interpretaciones de su obra. Era el diálogo distanciado y críptico de los escritores sobre sí mismos, un discurso cifrado en el que se trataba de las viejas preguntas de la inteligencia rusa: el papel del poeta, del escritor, del intelectual, su relación con el pueblo y con el poder, la responsabilidad social. Tal vez el poema escrito el 15 de junio de 1937 por Bujarin, quien permanecía detenido en la Lubianka, es todavía un eco tardío de aquella intensa polémica en torno al poeta muerto.[33]

Pero son sobre todo los textos de Pushkin los que empiezan a hablar por sí mismos en febrero de 1937. La parte liberada y corregida en la inscripción de la base del monumento («Porque en mi cruel siglo canté a la Libertad, | porque imploré clemencia por todos los caídos») es lo suficientemente elocuente a la vista de las víctimas de la violencia de Estado, estigmatizadas ante la opinión pública y entregadas a la muerte. Todo ello es válido para muchos otros pasajes de la obra de Pushkin, como el poema «El banquete en tiempos de la peste», una traducción que es una versión bastante particular del poema «The City of the Plague» (1816), del poeta escocés John Wilson, cuyo título se había convertido desde hacía mucho tiempo en una frase hecha, y que casi puede entenderse como una descripción precisa de los festejos por el centenario de Pushkin en el año del terror. El hecho alrededor del cual gira el poema del año 1830 es sencillo: una sociedad se reúne para un convite y para recordar a uno de sus miembros, que ya no está entre ellos. Ellos rememoran

la época que fue destruida por la peste; y no obstante se rebelan contra la amenaza mortal por medio de un «a pesar de todo», con un canto de alabanza a la peste.

Primeramente, oímos hablar de una época de felicidad:

Tiempo ha que feneció la época en que apacible florecía
nuestra tierra.
Los domingos se iba a la iglesia,
y uno se sentía de la mano de Dios.
Las sonoras voces de nuestros hijos
nos llegaban desde la escuela,
y afuera, en los campos, centelleaban las guadañas sobre
un mar amarillo.

Las estrofas siguientes son como la irrupción de una gran desdicha:

Como huérfana está ahora la iglesia.
Muda la escuela, cerrada.
Y en vano madura el trigo,
negro es el bosque, abandonado está, vacío.
Desolada nuestra aldea en el valle
como una casa quemada.
Todo está en silencio, sólo en el cementerio
se oye un rumor que entra y sale.

Entonces se hace visible un sombrío paisaje de muerte:

Traen y traen muertos.
Quien aún está vivo ora en voz alta,
implora al cielo, temeroso:
«¡Acógelos en tu seno!».
Se necesitan y necesitan tumbas,
y en ellas se hunden los muertos.
Y el rebaño aterrorizado
se apretuja tumba con tumba. [...]
Así visitó la peste en lejanos días
las montañas y los valles.

Y durante mucho tiempo se oyó, lamentable, el gemido
por las orillas de nuestros ríos y arroyos,
que hoy fluyen despreocupados, serenos
a través de este paraíso salvaje.
El año negro, implacable, que se llevó a tantos audaces,
gente buena y hermosa...
Con escasa miseria nos recuerda
una sencilla e ingenua canción pastoril,
llena de melancolía, agradable. [...] Nada puede
ponernos más tristes, en medio de todo el placer,
que la melancolía que resuena otra vez en los corazones.

Y entonces llega esa protesta que sólo es posible en un estado de embriagada desesperación:

Tales cantos
ya no están de moda [...].
¡Nos atrincheramos frente a la peste
como ante la beligerancia del invierno!
¡Hágase la luz! Verted el vino en la copa.
En el vino se ahoga el resto de humor.
Celebrad la fiesta cuando venga,
y alabad y cantad al reino de la peste.

El cantor del poema morirá, pero la fiesta continúa:

¡Por eso alabada sea, señora Peste!
No tememos la oscuridad de los sepulcros,
y sus actos nos encuentran serenos.
Elevad vuestras copas en nuestra fiesta,
y bebed el aroma de la rosa virginal.
Tal vez en ella esté la peste.[34]

Los festejos por el centenario de Pushkin, ubicados temporalmente entre el segundo gran proceso público y el Pleno del Comité Central, cuando el Gran Terror empezó a desatarse, contaron con oradores que poco después serían

perseguidos y asesinados—Andréi Búbnov, el comisario del pueblo para la Educación, pronuncia el discurso solemne en la Sala de las Columnas—, y contaron además con textos y autores que jamás serán publicados ni presentados—Platónov, Bulgákov, Jarms, Ustriálov—, y éstos constituyen los comensales de la poesía en medio de la estandarización y de un control absoluto, de un ajetreo asesino, mientras los asientos alrededor de la mesa van quedando cada vez más vacíos...

LUGARES COMUNES DE UNA NUEVA CULTURA

En dos suplementos culturales, Mijaíl Zóschenko, un maestro de la observación aguda y de la representación satírica, la emprende contra el ajetreo de los festejos por Pushkin. Conocía bien el terreno, y se sentía totalmente en su elemento: Pushkin por aquí, Pushkin por allá, Pushkin por todas partes. Zóschenko se mofa de un tal Matvéi Konoplianikov-Sujev, presidente de una comunidad de vecinos que, en su conferencia titulada «Lo que me gustaría decir sobre el poeta tardío», y en otra posterior titulada «Un discurso pronunciado durante los días de Pushkin en un mitin de la comunidad de vecinos del número 7 de la málaia Perinnaia», presenta toda la agitación desatada en torno a Pushkin. Una sucesión de lugares comunes de la exégesis pushkiniana, de las anécdotas sobre el poeta que penetraban en el pueblo, sobre su familia y su descendencia, sobre su genialidad y su relevancia actual para nosotros, sobre la confusión de «pasajes célebres» atribuidos a Pushkin.[35] A esta burla de toda aquella parafernalia y de la vulgaridad de la interpretación pushkiniana se le opone otra visión representada por Andréi Platónov: él nota la profunda seriedad de aquellos que han aprendido a leer y a escribir, y que ahora, con sus nuevos conocimientos y su avidez por los mismos, se lanzan sobre los libros, precisamente sobre las obras de Pushkin. Él ve una seriedad de

los hombres trabajadores en la confrontación con el poeta, algo que echa de menos entre los intérpretes profesionales de Pushkin. Compara a los obreros estajanovistas con Pushkin en un aspecto: en su idealismo, en su absoluta entrega al trabajo y a la obra, incluyendo el riesgo que todo ello implica:

El pueblo lee los libros con esmero y lentamente. Por su labor, sabe cuánto se puede crear y cómo acumular experiencias, sabe que tiene que vivir la realidad para que surja una idea adecuada y nazca una palabra precisa y verdadera. De ahí que la veneración que se profesa al libro y a la palabra sea mucho mayor entre los hombres trabajadores que entre los intelectuales prerrevolucionarios. La nueva inteligencia socialista, que ha surgido del obrero que realiza labores físicas, conserva, por así decir, su antigua actitud proletaria y noble frente a la literatura. Tenemos que ver cómo jóvenes ingenieros, agrónomos y marineros, personas de la clase trabajadora, leían durante media hora pequeños poemas de Pushkin, susurrando para sí palabra tras palabra, a fin de apropiarse mejor y de forma más precisa de la obra. La seriedad de su relación con el intelecto humano o con el arte es como la relación de su trabajo en un submarino, en un avión, en un motor diésel, si no mayor. Estas personas no necesitan el consejo de Hershenson: el de leer despacio para percibir las flores de la poesía bajo la gruesa capa de hielo de la superficialidad y la indiferencia. El lector de hoy es, él mismo, un hombre creador, y cada uno tiene un campo para una actividad inspirada y poética, sólo limitada por el horizonte de su imaginación. No resulta decisivo si esa actividad poética se expresa en un poema o en el movimiento estajanovista. Lo decisivo es que ese trabajo exige entrega, concentración y conciencia social.

Pushkin no escribió por dinero; y tampoco Stajánov trabaja por dinero. Los mejores obreros siguieron su

... intuición artística por la máquina, y no se interesan por los reconocimientos o los aumentos de salario, sus adeptos pueden ser víctimas de represión, y a algunos estajanovistas les ha sucedido, por-

que el enemigo, consciente o inconscientemente, de forma oculta o abierta, estaba entre los estajanovistas y está aún entre ellos.[36]

Del mismo modo que Zoschenko describe la trivialización y banalización de toda la parafernalia del centenario de Pushkin, Platónov, por su parte, describe la otra cara del asunto: la manera en que las nuevas clases del pueblo penetran y avanzan hacia el libro, hacia el bien de la cultura. Ello es algo que se confirma a través de las experiencias empíricas. Eran cada vez más las personas que sabían leer y escribir. Tras el censo de 1926, por cada mil hombres había en Moscú cuarenta y cinco analfabetos, y ciento noventa y tres por cada mil mujeres.[37] La orientada campaña de alfabetización, ya desde el Primer Plan Quinquenal, había traído consigo éxitos impresionantes en la nueva construcción de escuelas, en la formación de maestros, en la labor cultural de fábricas y clubes. No cabe duda de que esa nueva época fue menos dada a la experimentación, pero el sistema escolar sacó provecho de la reintroducción de clases regulares, la reinstauración de un riguroso canon de materias y de objetos de estudio y el reconocimiento del mérito de pedagogos y personal especializado. El número de escuelas y universidades se había duplicado en Moscú en el marco de pocos años. De 1932 a 1933 y hasta 1939-1940 aumentó el número de escuelas generales en Moscú de 322 a 689, el número de alumnos se duplicó de 366 600 a 618 800, el número de maestros pasó de 11 700 a 21 900. Entre 1935 y 1939 se construyeron en Moscú 379 nuevas escuelas.[38]

Otro indicio de la explosión cultural fue el aumento de los estudiantes universitarios. En 1929 había en Moscú veinte escuelas superiores y universidades, en 1934 eran ya 84, entre ellas, sobre todo, muchas escuelas técnicas superiores y especializadas. En 1934 había en Moscú 86 649 estudiantes universitarios, y en 1939 eran 95 000; en 1939 había 38 000 estudiantes en las 131 escuelas técnicas superiores. Con ello,

la URSS, pero sobre todo la ciudad de Moscú, ocupaba un lugar no demasiado rezagado en comparación con las condiciones, por ejemplo, de Alemania o Gran Bretaña.

Otra manifestación del crecimiento de una población totalmente nueva y lectora fue el desarrollo de una tupida red de bibliotecas. En la Moscú prerrevolucionaria había solamente dieciséis bibliotecas a las que también tenían acceso los trabajadores. Por el decreto de abril de 1918 se nacionalizaron todas las bibliotecas. La Biblioteca Rumianzev se convirtió, *de facto*, en la Biblioteca Nacional, que ya en 1942 disponía de unos fondos de nueve millones de volúmenes. Una de las nuevas construcciones más importantes del año 1937 fue el nuevo edificio de la Biblioteca Lenin. Las bibliotecas formaron asociaciones con las empresas y fábricas. Y de un modo particularmente formidable se incrementó el número de bibliotecas infantiles.[39]

El número de nuevos libros publicados, pero sobre todo de las tiradas medias, creció de un modo extraordinario. Mientras que en 1913 había 0,6 libros por persona, en el año 1939 ya eran 4,1. Ello afectaba a casi todos los ámbitos, pero sobre todo al de la literatura escolar y la bibliografía de formación técnica. Las editoriales técnicas, de libros de texto y escolares imprimían cada año ediciones de millones de ejemplares, sin que la avidez por los libros del país en desarrollo quedara saciada. De 1934 a 1937 aparecieron para la escuela primaria y secundaria obras por un total de 434 millones de ejemplares, muchas de ellas en una de las noventa lenguas de la URSS. Las más solicitadas eran las obras básicas de formación técnica y las obras de consulta: enciclopedias, manuales técnicos, las obras de Darwin, el atlas anatómico, los trabajos clásicos de los historiadores Kliuchevski, Platónov y Pokrovski, las obras fundamentales de la «filosofía occidental» de Bacon, Rousseau, Spinoza, Hegel, Diderot, Helvétius hasta Marx y Engels. Aún mayor era el número de las tiradas de libros de las bellas letras: en 1934 se publicaron

en Moscú 45 millones de libros de literatura, en 1937 fueron 101,5 millones, con lo cual la tirada media por libro oscilaba entre los 12 900 y los 25 300 ejemplares. En relación con el centenario de Pushkin, se publicaron, entre 1936 y 1937, más de veinte millones de ejemplares de las obras del poeta; grandes tiradas tuvieron también Gorki, Maiakovski, Shólojov, Tolstói y Ostrovski.[40]

El lector masivo, el nuevo público de masas, que tanto impresionaba a los visitantes que llegaban del extranjero—entre ellos también a Gide y a Feuchtwanger—, no era una creación de la propaganda, sino algo real. Se trataba de un lector al que ahora se tenía acceso, gracias a la alfabetización, con los métodos de la moderna influencia y manipulación, pero que, por otra parte, había ganado para sí una nueva independencia intelectual. La lectura de Pushkin era, para millones y millones de lectores completamente nuevos, otro nombre para acceder a la educación, la literatura, el saber y el mundo. «Pushkin» es el nombre para la transmisión de las bases de la cultura rusa, un «Breve curso» en la apropiación del canon de formas y valores después de una época de caos y disolución de todas las formas de orientación moral.

GENIO RUSO E IMPERIO

El monumento a Pushkin fue y sigue siendo el punto de encuentro obvio para citas de todo tipo, de trabajo o amorosas. Un lugar inconfundible, infalible, al que, en la jerga de los moscovitas, se conoce con el nombre de Tverbul-Pampusch, palabra compuesta a partir de los nombres del bulevar Tverskói («*Tverskói bulvar*») y el monumento a Pushkin («*pámiatnik Púshkinu*»). Pero el escritor Kornéi Chukovski no sólo se refería al punto de encuentro cuando planteó lo siguiente: «*Tverbul. Zhdú tebia, moi drug Karlusha, na Tverbule, u Pampusha*» ('Tverbul. Yo te espero, mi amigo Karlusha, en el Tverbul, junto al Pampush').[41] Se refería con ello a un lu-

gar común de la cultura rusa y soviética que cobró vida con este sitio. El centenario de Pushkin tiene todos los rasgos de un «trasplante». Pushkin es sacado de su contexto histórico y trasladado al centro de la década de 1930. Se trata de una descontextualización y una re-contextualización en su forma más aguda y, al mismo tiempo, se trata de promover una curiosa continuidad, de una recodificación del espacio público y de un paisaje intelectual y literario. La plaza Strástnoi pasó a ser la plaza Pushkin. En el lugar del monasterio apareció la plaza que, con sus líneas geométricas de los rieles del tranvía, con sus pasos de cebra, sus semáforos, limusinas, con el edificio de acero y cristal de la redacción de *Izvestia*, se convirtió en un icono del tráfico moderno en la Moscú reconstruida. El campanario se había transformado en una enorme pantalla para la propaganda política de la nueva Rusia. Más tarde se trasladó también el monumento, algo que ya se había acordado en el año 1944, pero que no se llevó a cabo hasta el año 1950. Pushkin es trasladado a la plaza Pushkin. Se genera un nuevo contexto urbanístico y cultural, con una nueva calle, la ampliada avenida Gorki, con edificios de viviendas y de comercios representativos, un gran acceso desde la estación de Bielorrusia hasta la Plaza Roja y el Kremlin, sobre la que ahora desfilarán las comitivas solemnes y los desfiles de confetis. Se había formado una nueva configuración entre la plaza Maiakovski, la plaza Pushkin y la avenida Gorki, y entre la plaza Manège y la Plaza Roja. De ese modo se creó una nueva continuidad, una nueva genealogía.

Moscú fue el escenario central de la entronización de Pushkin como el clásico fundamental. Pero las plazas Pushkin, las calles Pushkin, los teatros, las bibliotecas, los museos con su nombre empezarán a aparecer por todas partes a partir de ahora, en todos los rincones de la Unión Soviética, no sólo allí donde había huellas de Pushkin, como en Kishiniov (Chişinău), Odesa o en el Cáucaso, sino también en lu-

gares que jamás tuvieron nada que ver con Pushkin, incluso en aquellos donde el idioma ruso era una lengua extranjera, incomprensible, donde había sido la lengua de los amos de antaño, ahora restituida tras la caída del imperio y del resurgimiento de Moscú: en la región de Transcaucasia o en Asia Central. El centenario de Pushkin es una fiesta nacional, y el humanismo y el universalismo que se atribuye al poeta han de ir de la mano con los ideales de la comunidad transnacional del hombre soviético, que no debe conocer, a partir de entonces, ninguna rivalidad ni tensión interétnica. Por muy claro que fuera en su programa y en el tono de los festejos la acentuación de lo ruso, lo ruso seguía representando los valores culturales universales. Por mucho que el enemigo de Pushkin y duelista D'Anthès encarnara al extranjero, al foráneo, él está a kilómetros de distancia de una interpretación que, una década después—en 1949 durante los festejos del sesquicentenario del nacimiento del poeta—, lo convertirá en vehículo de un chovinismo militante en el contexto de la lucha contra el cosmopolitismo. Los festejos en torno a Pushkin del año 1937 establecen un culto que se basa en un fundamento más amplio que el de la política: el fundamento de la cultura; los valores que se abordan son los de una civilización humana general, y la autoridad que se implanta aquí es la que parte del genio de una gran cultura. Era la autoridad de una gran cultura que un poder débil y experimentado con la violencia intentaba aprovechar para consolidar su imperio, y era la autoridad y el orden de una cultura en la que un pueblo, en tiempos de confusión y de caos, buscó refugio, y en el que lo encontró por algún tiempo.

LA MUERTE PÚBLICA: EL SUICIDIO DE ORDZHONIKIDZE Y EL RITUAL DE LA MUERTE

LA CONMOCIÓN: SERGO HA MUERTO, *266* — FUGA HACIA EL RITUAL, *269* — EL SUICIDIO COMO ARMA, *275* — DESAMPARO Y PROTESTAS, *281* — COLECTIVIZACIÓN DE LA EXPERIENCIA DE LA MUERTE: HABLAR SOBRE LA MUERTE EN TIEMPOS DE ASESINATOS EN SERIE, *285*

El 19 de febrero los periódicos informaron de que Sergo Ordzhonikidze, comisario del pueblo para la Industria Pesada y miembro del círculo más íntimo de la cúpula dirigente, había muerto. La noticia desató un pequeño terremoto en toda la URSS. Su muerte llegó para la mayoría de un modo totalmente inesperado, y no pocos veían en Ordzhonikidze a uno de los líderes más trabajadores y asociaban su nombre a los progresos de la industrialización y la transformación del país, de un Estado agrario a una nación industrializada. En la medida en que pudiera usarse el término *popular* para referirse a alguien perteneciente al círculo de dirigentes en torno a Stalin, en su caso sería el más acertado. Pero tal vez la noticia de la muerte del destacado organizador y administrador, desde el principio, estuvo mezclada con la sospecha de que en aquella muerte había gato encerrado. La muerte de Ordzhonikidze no sólo alcanzó como un rayo a los ciudadanos soviéticos, sino también a los miembros del propio núcleo dirigente. Todos ellos se habían reunido a fin de prepararse para el Pleno del Comité Central, que debía ser inaugurado el 20 de febrero. Todos ellos estaban ocupados

con la elaboración de las ponencias y las instrucciones para las votaciones posteriores, incluso el propio Ordzhonikidze.

Después de todo lo que sabemos hoy, fue el propio Ordzhonikidze quien decidió poner fin a su vida. El 18 de febrero de 1937 este hombre se quitó la vida en su piso del Kremlin a las 17:30 horas. Poco después se reunió allí el núcleo mismo de los dirigentes, que estaban bajo estado de shock, desconcertados. El comienzo del pleno hubo de ser aplazado a causa del ritual fúnebre y del sepelio, no para el hombre que había elegido el suicidio o que había sido impulsado a cometerlo, sino para el hombre Ordzhonikidze, un hombre obsesionado por el trabajo, muerto a causa de un ataque al corazón, comisario del pueblo para la Industria Pesada. Ésta fue la forma en la que el círculo de Stalin quería prescribir hacia el exterior su poder sobre la muerte de Ordzhonikidze. El pomposo ritual fúnebre se convierte en ceremonia y en la forma en que una sociedad, para la cual el asesinato masivo y violento ha pasado a ser un componente del día a día, puede hablar todavía de la muerte ante toda la opinión pública.

LA CONMOCIÓN: SERGO HA MUERTO

El hecho de que la noticia de la muerte de Sergo Ordzhonikidze causara tal impresión entre los ambientes más diversos y en las regiones más lejanas demuestra que su repentino deceso había tocado un nervio sensible. Yelena Bulgákova escribe en la noche del 18 de febrero de 1937: «Por la noche los Viljam y Liubov Orlova. Avanzada la noche, cuando ya habíamos acabado de comer, llamó G. Aleksándrov para comunicarnos que Ordzhonikidze había muerto de un ataque al corazón. Todos estaban conmocionados».[1] Ese mismo día, Dimitrov se enteró de la muerte, como muestra la anotación de su diario: «Sergo [Ordzhonikidze] ha muerto (17:30 horas). Lo supe a las 12 horas. Escribí al Komintern. Nota necrológica del EKKI para *Pravda*»; «Estuve en el

Kremlin junto al cuerpo de Sergo. Allí me encontré a Kaganóvich y a Mikoián, entre otros».[2] El 19 de febrero de 1937 Andréi Arzhilovski anota—en la lejana Tiumén—en su diario: «De nuevo un acontecimiento significativo: Ordzhonikidze ha muerto. Aún no se conocen los detalles».[3] Una muchacha moscovita anota en su diario el 21 de febrero:

Grigori Konstantínovich Ordzhonikidze ha muerto. Lida, Svetlana y Lena Gerschman fueron hasta la Sala de las Columnas de la Casa de los Sindicatos, donde ha sido amortajado Ordzhonikidze. Pérdida tras pérdida: Kírov, Kúibishev, Gorki, Ordzhonikidze: la vieja guardia se nos va. [...] Hoy Mulika, Vovka y yo fuimos hasta la Plaza Roja. Vimos a todos los líderes en la tribuna.[4]

El periódico *Izvestia* informa:

En cada casa, en cada fábrica, en cada escuela y en cada empresa, las personas se reúnen para acudir lentamente, cabizbajas, hasta la Sala de las Columnas. Los pasajeros de los tranvías y del metro interrumpen su viaje y avanzan hacia la Sala de las Columnas en cuanto se enteran de la muerte del gran revolucionario Sergo Ordzhonikidze. Los transeúntes se preguntan por qué se han izado las banderas, y también emprenden el camino hacia la Sala de las Columnas. Las calles situadas delante de la Casa de los Sindicatos están repletas de personas que avanzan lentamente. Nadie dice una palabra. La pena ha caído sobre nosotros de un modo demasiado repentino. Trabajadores, miembros del Ejército Rojo, escolares, ingenieros, científicos: aquí se los encuentra a todos. Durante horas se abren paso hacia delante, porque la cola se extiende varias verstas a lo largo de las calles. Se dirigen hacia la sala, cuyas columnas de color blanco mate están cortadas por banderas de color negro, como si quisieran reproducir la pena de los corazones fortalecidos.[5]

En la celda de una prisión (en Járkov), el físico y emigrante político austríaco Alexander Weissberg-Cybulski se entera

de la muerte de Ordzhonikidze: «Fue un golpe para todos nosotros. Teníamos la sensación de haber perdido, a manos del tirano, a un defensor del pueblo».[6] Por otro lado, en Kazán, en Bakú y en otros sitios circulan rumores de que se trata de un suicidio, de una muerte deliberada.[7]

La noticia tenía que provocar una conmoción, ya que el comisario del pueblo había estado de viaje, incansable como siempre, hasta la noche del 18 de febrero de 1937. El primero de febrero había hablado en una recepción de los trabajadores de la industria de derivados del petróleo, y el día 5 lo había hecho en una reunión con los empleados del Comisariado del Pueblo para la Industria Pesada.[8] El 15 y el 16 de febrero preparó una conferencia y las resoluciones para el Pleno del Comité Central. Un día después entró en el Comisariado del Pueblo a las 12:10 horas, con retraso, ya que esa mañana, a las diez, había tenido una conversación en privado con Stalin. Al cabo de dos horas se puso en camino hacia el Kremlin para ver a Mólotov, donde tuvo lugar, a las 15:00 horas, la sesión del Politburó. Los puntos del orden del día fueron las resoluciones sobre las actividades subversivas en la Industria Pesada y en el Transporte. A las 16:30 horas Ordzhonikidze y Kaganóvich se reunieron con el secretario del Politburó, Aleksandr Poskrióbyshev, a fin de elaborar la resolución. A las 19:00 horas abandonaron su despacho, se despidieron y se marcharon a casa. A las 19:15 Ordzhonikidze estaba en su casa. A las 21:30 partió de nuevo en dirección al Comisariado del Pueblo, donde se reunió con el profesor Nison Gelperin, que había regresado de un recorrido de inspección en Kémerovo, donde fijaron nuevas reuniones.[9] Después de que la mujer de Ordzhonikidze encontrara el cadáver de su marido, ésta informó de ello a Stalin y al círculo de dirigentes más cercanos, que se reunió muy pronto en la habitación donde había muerto. El parte médico que luego trascendió a la prensa ignora que Ordzhonikidze ha muerto a consecuencia de una herida de bala, y constata:

El camarada Ordzhonikidze padecía esclerosis, acompañada de serias alteraciones escleróticas en el músculo cardíaco y en los vasos cardíacos, y, además, padecía una enfermedad crónica en el riñón derecho, el único que le quedaba después de haberle sido extirpado el otro en el año 1929, a causa de una tuberculosis. Desde hacía dos años Ordzhonikidze padecía de vez en cuando dolores de pecho (*angina pectoris*) y asma cardíaca. El último ataque de este tipo, que fue muy serio, tuvo lugar a principios de noviembre de 1936. La mañana del 18 de febrero Ordzhonikidze no expresó ninguna queja relacionada con su salud, pero a las 17:30 horas, mientras descansaba, se sintió enfermo de repente y murió pocos minutos después de un paro cardíaco.[10]

El parte está firmado por médicos que en los meses siguientes serían acusados y condenados a muerte.[11]

FUGA HACIA EL RITUAL

El primer paso hacia la gran narración heroica se había dado con la reinterpretación de un suicidio convertido ahora en un infarto al corazón. Ello fue la premisa para el subsiguiente y aparatoso ritual de la muerte. Ya se habían producido otros casos de muerte destacados, con motivo de los cuales se había elaborado el ritual, que se había ido volviendo más sofisticado con el tiempo desde un punto de vista estilístico. Al principio fue el embalsamamiento de Lenin, la guardia fúnebre y la capilla ardiente en el Politburó, el desfile popular de millones de personas pasando junto al sarcófago y el traslado del cuerpo al mausoleo todavía provisional de la Plaza Roja, en el año 1925. A ello le siguieron las pompas fúnebres por Serguéi Kírov, Valerian Kúibishev y, últimamente, en junio de 1936, por Maksim Gorki. Todos habían muerto de muerte natural y, en el caso de Kírov, éste había fallecido como consecuencia de un atentado homicida. Ordzhonikidze, por el contrario, debía ser la víctima de un ataque cardíaco, no el comisario del pueblo que no vio ninguna otra sali-

da que la muerte deliberada. Todo en el ritual de muerte que se desplegó en los días siguientes es por lo tanto ficción, camuflaje. El titular de *Pravda* del 19 de febrero de 1937 lleva una orla fúnebre de color negro. A la derecha, arriba, hay una foto que muestra el cuerpo amortajado de Ordzhonikidze rodeado por Zinaída Gavrilovna Ordzhonikidze y los camaradas Mólotov, Yezhov, Stalin, Zhdánov, Kaganóvich, Mikoián y Voroshílov. En portada se encuentran las posturas oficiales del Comité Central, el Politburó, el Consejo de los Comisarios del Pueblo, el parte médico y una comunicación de la comisión encargada de organizar las pompas fúnebres. En la comunicación del gobierno puede leerse:

El 18 de febrero, a las 17:30 horas, falleció inesperadamente en Moscú, en su apartamento del Kremlin, a causa de un paro cardíaco, el miembro del Politburó del Comité Central del Partido, el camarada Grigori Konstantínovich Ordzhonikidze.

En la declaración del Comité Central se elogian los méritos del comisario del pueblo para la Industria Pesada.

Él formó, con cariño, a los cuadros de talentosos dirigentes de la Industria Pesada, que se entregan a la causa del socialismo hasta el final y están agrupados en torno al Partido Bolchevique. Y ahora tú, querido camarada Sergo, ya no estás entre nosotros. La gravedad de esta pérdida es insustituible. Dolor sienten todos los trabajadores de nuestro país. Te hemos perdido en un instante en que en nuestro país ha triunfado el socialismo. En esas victorias conquistadas a base de lucha en el camino de la gran batalla tienen un gran peso tus esfuerzos, tu energía, tu ilimitada entrega al comunismo. ¡Adiós, querido amigo y camarada Sergo![12]

El cadáver de Ordzhonikidze es expuesto el 19 de febrero en la Sala de las Columnas de la Casa de los Sindicatos, y queda accesible para ser visitado a partir de las doce de ese día. De

la nota necrológica se infiere, sobre todo, que se trata de un «bolchevique intachable», que en octubre cumpliría los cincuenta años y que era celebrado en toda la nación. Las notas necrológicas de *Pravda* agrupan en cierto modo a toda la cúpula dirigente: la dirección del Komintern, la redacción de *Pravda*, la comisión para el control del Partido en el Comité Central, el Comité Regional y Municipal del Partido en Moscú, la dirección del Partido en Ucrania, la organización partidista de Leningrado a nivel territorial y de ciudad y todos los Comisariados del Pueblo.

Arkadi Rozengolts escribe acerca de «tribunas llameantes», Andréi Vyshinski habla de un «indoblegable luchador por la causa del comunismo», Ieronim Uborévich de un «excelente organizador y líder de las masas». En una carta de condolencia a la señora Zinaída Gavrilovna toman la palabra Stanislav Redens, Polina Zhemchúzhina, Orajelashvili, Kaganóvich, Yezhov. El poeta Demián Bedny aporta un poema sobre la inmortalidad. Iósif Vareikis escribe sobre el «predilecto del Partido». Desde el Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores toman la palabra, además de Litvínov, Krestinski y Stomoniákov. Mijaíl Kaganóvich alaba a Ordzhonikidze como «creador de la industria de construcción de maquinarias soviética» y como «comandante de hierro de la Industria Pesada». También los poetas se despiden: «¡Adiós, querido Sergo!», le dicen Vsévolod Vishnevski, Piotr Pavlenko, Vladímir Kirshón, Vladímir Stavski, Vsévolod Iványov, Nikolái Tijonov, Alekséi Tolstói y Aleksandr Bezymenski. El iniciador del movimiento estajanovista, Alekséi Stajánov, está representado con una carta de condolencia. Los directores de las grandes fábricas, encabezados por Iván Lijachov, director de la Fábrica de Automóviles Stalin (ZIL), quien había visitado a Ordzhonikidze poco antes de su muerte, recuerdan a su incansable jefe superior. Los militares lo alaban, Mijaíl Tujachevski envió su contribución por teléfono desde Sochi, con el título de «Coman-

dante de la Industria Pesada», y en ella alaba la modernización del Ejército Rojo y recuerda la lucha conjunta en el frente de Kuban, durante la guerra civil. La Academia de Ciencias y el Partido Comunista de Alemania envían telegramas de condolencia. Se expresan también los trabajadores de los altos hornos de Dniepropetrovsk, y juran ante las cenizas de Ordzhonikidze incrementar la producción y estar alerta. Desde todo el mundo llegan telegramas de las colonias soviéticas: desde Helsinki, Budapest, Viena, Copenhague, Tientsin. Estadistas como Edouard Herriot y Léon Blum, o representantes diplomáticos como lord Chilston, Von der Schulenburg, Coulondre, Joseph Davies y Baltrušaitis muestran sus condolencias.[13] Las mujeres del Kremlin se dirigen en una carta a Zinaída Gavrilovna para brindarle consuelo. Mijaíl Kóltsov informa acerca de una manifestación de condolencia en Madrid.

Una y otra vez se recalca el momento de la sorpresa:

> Resulta difícil creer que esto haya sucedido. A pesar de todos los indicios de una salud afectada, pensábamos que Sergo viviría todavía mucho, mucho tiempo, que su voz alegre y llena de fe en la causa del bolchevismo nos llamaría a seguir adelante. Nadie podía ni puede imaginarse ni siquiera ahora que Sergo pudiera morir. La muerte y Sergo eran dos ideas incompatibles. Pero ha ocurrido lo improbable y lo irreversible. Sergo ya no está.[14]

A esta coreografía de las manifestaciones de duelo se une una sección gráfica opulenta para las características de *Pravda*: Ordzhonikidze sobre su lecho de muerte, con un hermoso perfil muy marcado y las manos cruzadas; Ordzhonikidze con su mascarilla fúnebre, obra del escultor Serguéi Merkúrov; fotos de vastas multitudes de las manifestaciones realizadas por todas partes de la ciudad y en las fábricas; fotos de la guardia de honor, del traslado de la urna hasta la Plaza Roja, llevada por Mólotov, Stalin, Voroshílov, Kaganó-

vich, Andréiev, Póstyshev y Zhdánov. Cristaliza una iconografía del ritual de la muerte que ya había mostrado sus primeros perfiles con el embalsamamiento de Lenin y de Kírov. Más de doscientos cincuenta mil moscovitas se habían despedido del «gran hijo y ciudadano».[15] La fotografía muestra la colocación del sarcófago, rodeado por un mar de flores. Voroshílov, Stalin, Kalinin y Mólotov (este último en traje y corbata) hacen la guardia de honor del finado, mientras que otra foto muestra a Mikoián y a Kaganóvich rindiendo su guardia de honor. Las lámparas de la Sala de las Columnas están cubiertas con crespones negros, el sarcófago está forrado de terciopelo rojo, y sobre él puede leerse una pancarta con el lema: «¡Proletarios de todos los países, uníos!». El reportero escribe que Sergo yace como si pudiera levantarse en cualquier instante. En dos columnas desfila por allí la Moscú de los trabajadores. A las 16:55 horas entran en la Sala Stalin, Mólotov y otros, se detienen durante cinco minutos, mientras el director musical Samuíl Samosud dirige la orquesta del Teatro Bolshói. Las guardias de honor se relevan. Tras los representantes del Komintern llegan Yezhov y otros representantes del Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores, más tarde vuelven a entrar Stalin y otros miembros del Politburó, luego el mariscal Budiónny, miembros de la Academia de Ciencias y una representación de artistas con Igor Grabar y Konstantín Yuon. Entre los que desfilan junto al féretro está también el matrimonio Bulgákov:

Fui durante el día a la ciudad con Serguéi y M. A. Confiábamos en llegar a la Sala de las Columnas, pero ello resultó irrealizable, hubiéramos tenido que caminar demasiado tiempo junto con aquella columna, que se extendía hasta la avenida Tverskaia y luego hacía un gran arco y volvía a lo largo de la Dmítrovka.[16]

Mijaíl Bulgákov se salió de la fila y entró en la Sala de las Columnas con una entrada para el Teatro Bolshói:

Contó que la gente estaba apretujada en columnas muy nutridas (el grupo del Teatro Bolshói se coló en esa multitud que avanzaba por abajo, por la Dmítrovka). Dijo que apenas había podido ver nada, pues la columna pasó muy rápidamente. Lámparas con crespones de luto, y en la sala cantidades enormes de flores, una luz cegadora, una orquesta sinfónica en el podio. Apenas pudo ver con claridad el rostro del muerto.[17]

El escenario no se diferenciará demasiado de aquel que André Gide había observado en la misma sala durante la muerte de Gorki:

Yo había visto la Plaza Roja algunos días antes con motivo del funeral de Gorki. Había vivido ese pueblo, lo vi pasar lentamente junto al catafalco a través de la Sala de Columnas en una hilera interminable. Era el mismo pueblo pero a la vez distinto, tan distinto que más bien me recordaba al pueblo ruso de la época de los zares. Aquéllos no eran los más hermosos, fuertes y alegres representantes de los pueblos soviéticos, sino personas llenas de dolor, mujeres y, sobre todo, niños, de vez en cuando algún anciano, casi todos mal vestidos y en ocasiones con un aspecto miserable. Era un desfile silencioso, sombrío y luctuoso que parecía llegar desde el pasado y que, en perfecto orden, se mantuvo durante mucho más tiempo que el otro, ese glorioso paso de marcha.[18]

Media hora después de medianoche el desfile fúnebre ya había acabado. Los moscovitas pueden despedirse hasta el 20 de febrero de 1937 a medianoche. La cremación del cadáver tiene lugar en el crematorio, la urna es expuesta de nuevo en la Sala de las Columnas, de donde es sacada a las catorce horas y llevada hasta un autobús azul en la Plaza Roja, donde tiene lugar, a las quince horas, la ceremonia del sepelio. En la Plaza Roja se bloquea el acceso a partir de las catorce horas. A las tribunas se llega únicamente con un permiso especial. Sólo tienen acceso los miembros del Comité Cen-

tral, del Comité Regional y Territorial del Partido, los miembros del ZIK, del Consejo de Comisariados del Pueblo, del Comité Ejecutivo del Komintern, de la Comisión del Partido y del Control de los Soviets. Los discursos fúnebres los pronuncian Mólotov, Rujimóvich, Voroshílov, Jruschov, Beria y Kósarev.[19]

Como si hubiesen recibido una orden, la información que había llenado los periódicos entre el 19 y el 22 de febrero se interrumpe el día 23.

EL SUICIDIO COMO ARMA

La intención de reinterpretar frente a la opinión pública la muerte deliberada como un simple infarto cardíaco había sido fijada de antemano, como lo demuestran los burdos comentarios de Stalin, hechos *in situ* delante de la mujer de Ordzhonikidze, y como lo demuestran también las actividades de todo el núcleo dirigente. Los ataques al corazón sufridos por Ordzhonikidze en el pasado eran apropiados para dicha interpretación.[20]

En la actitud hacia el suicidio había en el Partido Bolchevique algo que era casi como una línea general. Por un lado, ésta estaba del todo representada en la tradición de la Ilustración y en la posición del movimiento radical: según ésta, los hombres podían disponer por sí mismos de su destino, por lo cual también podían poner fin a sus vidas si lo consideraban correcto. Este criterio no sólo era un ideal del movimiento radical ruso de finales del siglo XIX, sino también practicado. Formaba parte del canon ideológico de los radicales rusos el no dejarse quitar el derecho a la autodeterminación en el límite más extremo de la vida y la muerte, de manera que en aquellos años se puede hablar casi de una moda intelectual o de una epidemia suicida; y ésta se revivió nuevamente en consonancia con la fracasada Revolución de 1905.[21] Algo de esa actitud resuena aún en una conversa-

ción sobre el suicidio recogida en el diario de una muchacha moscovita en plena fase de crecimiento, una chica nacida en el seno de una familia de intelectuales:

Camino de casa ella habló entonces sobre sí misma. Dijo que se sentía falta de toda voluntad, que le daba igual vivir que no. Por último admitió incluso su derecho a suicidarse. Yo me asusté y le dije que yo también, a veces, me sentía agobiada.[22]

Por otro lado, en la tradición marxista el suicidio se veía como un acto de desesperación de los individuos que no podían soportar la presión de la lucha de clases. Era un acto que podía comprenderse pero era rechazable. El suicidio era una reacción individual e individualista allí donde el camino verdadero debía radicar en la lucha organizada por la libertad, sobre todo en las filas del partido revolucionario. En ese sentido, había un acuerdo sentimental de radical rechazo hacia una actitud que era denunciada como capitulación. Podía haber algunos argumentos racionales para la muerte deliberada, por ejemplo, cuando el o la combatiente, por determinadas razones—una grave enfermedad, por ejemplo—, ya no estaba en condiciones de trabajar por la Revolución, ya no podía ser «útil», o cuando era preciso escapar a la tortura para evitar revelar ciertos secretos. Así se consideraba, por ejemplo, a la veterana bolchevique Yevguenia Bosch, una emigrante de muchos años que, a su regreso en Rusia, se hizo miembro de la Cheká y se quitó la vida en el año 1924, porque ya no podía participar en la lucha revolucionaria a causa de una dolencia cardíaca. Bujarin la había honrado a ella y a su hazaña en una nota necrológica.[23]

Pero ésa era la excepción. La regla era que el suicidio es una «mera» respuesta individual e individualista, una capitulación ante las tareas de la lucha de clases, expresión de debilidad, o incluso más: en las confrontaciones internas del Partido de finales de la década de 1920 y principios de la

de 1930, el suicidio era interpretado como una confesión de culpabilidad:

> El suicidio era, desde el punto de vista del Estado y el Partido, un acto enojoso y particularmente sensible, pues no sólo enturbiaba el estado de ánimo de una euforia juvenil por el futuro, sino que también podía convertirse en punto de cristalización de una insatisfacción colectiva.[24]

El que cometía suicidio se anticipaba al desenmascaramiento y rehuía asumir su responsabilidad. Casi puede hablarse, en aquellos años, de un discurso sobre el suicidio. Y a ello habían contribuido las muertes deliberadas de Adolf Ioffe en 1927, que había protestado contra la persecución a Trotski, y de los poetas Serguéi Yesenin y Vladímir Maiakovski.[25]

En la época del acoso contra «intelectuales burgueses y especialistas», algunos de los afectados buscaron refugio en el suicidio, como el geólogo Vasili Orlov (1890-1930), acusado en el proceso de 1930 contra el llamado Partido Industrialista, que se ahorcó en una prisión de Rostov porque no soportó las torturas.[26] También intentó suicidarse el filósofo Abram Deborin en el peor momento de la campaña intimidatoria contra los historiadores y los filósofos en el año 1931.[27] Se sabe que el suicidio logró abrirse paso hasta el Kremlin cuando Nadiezhda Allilúieva, esposa de Stalin, puso fin a su vida el día el 9 de noviembre de 1932.[28]

Entre los años 1936 y 1938 puede hablarse, con propiedad, de una oleada de suicidios. Visarión Lominadze, jefe de la dirección del Partido en Magnitogorsk, se había quitado la vida en enero de 1935.[29] Mijaíl Tomski, miembro del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia desde 1904, presidente del Consejo Central de los Sindicatos Soviéticos, candidato del Comité Central del PCUS, se quitó la vida el 22 de agosto de 1936, ya que su nombre había sido mencio-

nado en el contexto del primer proceso público. Y quien coqueteó con la idea del suicidio fue Dmitri Shostakovich, que «a pesar de su serenidad externa, estaba bajo un estado de sumo estrés, y en algún momento se vio al borde de cometer suicidio».[30]

Hacia finales de 1936 se produjeron suicidios cada vez con mayor frecuencia, al punto que pasó a ser un tema importante de debate en el Pleno del Comité Central en diciembre. En ese pleno, Alekséi Rykov opinaba sobre Tomski:

Yo, personalmente, cuando oí hablar del suicidio, me sentí inclinado a creer que aquello había sido un resultado de su estado nervioso, pues anteriormente, cuando estuvo seriamente enfermo, había estado hablando una y otra vez del suicidio. Pero de todo lo que se ha conocido aquí, y a la vista de cómo Tomski se comportó ante mí el año pasado, y después también de lo que averigüé la noche siguiente de su muerte, estoy convencido de que él, por lo que sé, participó de algún modo en esta historia. Después de todo lo que se ha dicho aquí, ello parece estar fuera de toda duda.[31]

El suicidio es interpretado como una confesión de culpa, como se pone claramente de manifiesto en el debate sobre el suicidio del líder del Partido en Moscú Benjamín Furer. En la sesión del pleno de febrero, Stalin le reprocha a Bujarin:

¡¿Has visto la carta que Furer dejó tras su suicidio?! Se le saltan a uno las lágrimas cuando lee eso. [...] Pero sólo se necesita muy poca experiencia política para comprender que aquí tenemos que vérnoslas con otro asunto. Conocemos a Furer. Sabemos de lo que era capaz. ¿Y qué fue lo que sucedió en tu opinión? «Tengo razón, amo al Partido, estoy limpio, pero mis nervios están al límite. No puedo soportar la idea de que alguien crea en el Partido que yo, Furer, me he asociado en alguna ocasión con los trotskistas. Mi honor no me permite continuar viviendo de ese modo». ¿Y qué pasó? Lo que pasó fue peor de lo que uno había podido imaginarse

jamás. [...] El hombre se quitó la vida porque tenía miedo a que todo saliera a la luz. No quería ser testigo de su total desenmascaramiento. Y eso fue lo que pasó con Furer y con Lominadze. [...] Aquí se ve cómo se puede escupir y engañar al Partido de la forma más extrema, repugnante y sencilla una última vez, antes de morir, antes de dejar este mundo. Eso, camarada Bujarin, es el verdadero motivo de estos últimos suicidios. ¿Y usted, camarada Bujarin, pretende que le tomemos la palabra?[32]

También Mólotov argumentaba en el pleno de diciembre de 1936:

El suicidio de Tomski es una conspiración, un acto premeditado desde el comienzo, y para ello Tomski no sólo se puso de acuerdo con una persona, sino con varias, a fin de cometer suicidio y propinar al Comité Central un golpe adicional.[33]

En el pleno de la organización del Partido en la región del mar de Azov y del mar Negro, el 6 de enero de 1937, compareció el miembro del Comité Central Andréiev, quien brindó su interpretación del suicidio del militante Kolotilin:

Ahora bien, está claro que él era un enemigo, un enemigo jurado del Partido. Y el hecho de que se haya suicidado—tuvo la oportunidad de quitarse la vida que le brindaron los dirigentes de la organización territorial—ha permitido que se nos escape. Hubiese podido aportarnos valiosas pruebas que nos hubieran ayudado a desenmascarar a nuestros enemigos, que también hubiesen podido ayudarnos a resolver algunos problemas. Los dirigentes del comité regional, que aceptaron su permanencia en el puesto durante muchos años, decidieron que no podían esperar dos días más, y tomaron la decisión de retirarle de su cargo como secretario. Y una hora después se había pegado un tiro en la cabeza. Con ello, con su suicidio, ha confirmado plenamente su culpa. Porque un inocente no tiene motivos para suicidarse. [...] Ésta es un táctica muy particular. Y ahora está claro que se trata de un método muy

particular para eludir las investigaciones y el desenmascaramiento. Tenemos muchos ejemplos de ello. Lominadze se quitó la vida de un disparo. Primeramente, algunas personas sintieron pena por él, pero luego salió a la luz que era un gran canalla. Se disparó porque ya no había otra salida para él. Dondequiera que fuese lo desenmascararían. Tomski se disparó y dejó una carta diciendo que era inocente, que había sido calumniado injustamente, que no podía seguir viviendo, etcétera. Y ahora, tras las confesiones, ha salido a la luz que era el organizador de los peores actos terroristas. Y eso lo han dejado ahora claro, como la luz del sol, las declaraciones de los testigos. Se suicidó porque decidió rehuir el ser desenmascarado públicamente, y para evitar una investigación. [...] Se puede ver lo que valen estos suicidios. A partir de ahora, veremos cada suicidio únicamente como la confirmación de esas declaraciones de testigos. Veremos cada suicidio única y exclusivamente como una confirmación de que esa persona era un enemigo, que se ha matado, nadie más.[34]

En el pleno de febrero-marzo se condenó el suicidio, formalmente, como «un arma del enemigo». En un apéndice, con motivo de otro suicidio, se condena el suicidio como «un acto hostil al Partido, indigno de un militante».

El pleno condena tales actos, pues nuestra experiencia en la lucha y en la derrota de los trotskistas y otros «impostores» nos ha demostrado que el suicidio es un arma empleada por nuestros enemigos, que se sirven de ella para no rendir cuentas y no ser arrestados.[35]

De las purgas en el seno del Partido se conocen casos de militantes que, sintiéndose injustamente tratados o excluidos de las filas de la organización, buscaron refugio en el suicidio; y hasta se conocen casos de suicidios colectivos, con toda la familia.[36] En un caso, por ejemplo, en las memorias de Serguéi Prokófiev, se menciona la homosexualidad como el desencadenante de un suicidio.[37]

En febrero de 1937, Sergo Ordzhonikidze se encontraba en una situación difícil y sin salida, desesperada. Se acumulaban los acontecimientos amenazadores. Cualquiera de ellos hubiera bastado para convertirle en presa de la desesperación. Ahora todos esos hechos llegaban juntos: en noviembre de 1936 su hermano Papuli había sido detenido, y fusilado el 9 o el 10 de febrero de 1937.[38] El 30 de enero habían sido condenados a muerte y ejecutados, durante el segundo proceso público, su sustituto Yuri Piatákov y, con él, numerosos dirigentes del Comisariado del Pueblo para la Industria Pesada. Desde principios de enero sabía que en el Pleno del Comité Central previsto para el 20 de febrero tendría que presentar su ponencia sobre la labor de sabotaje y sobre la lucha contra él. Poco antes del 18 de febrero había tenido lugar un registro en su apartamento del Kremlin, por lo visto con la intención de encontrar material inculpatorio. Ordzhonikidze, que había calificado de «tonterías» el desenmascaramiento de algunos dirigentes del Comisariado del Pueblo,[39] tenía ahora que tomar un decisión. Estaba dispuesto a distanciarse de Piatákov, pero se puso a la cabeza de su Comisariado, a cuyos cuadros había formado durante el último decenio y con el que había realizado todos los proyectos relacionados con la industrialización. Cinco días después de acabado el proceso público, el 5 de febrero de 1937, habló en una asamblea de directores de departamento del Comisariado del Pueblo para la Industria Pesada y mencionó a los directores que eran tratados en sus fábricas, por los propios trabajadores, como criminales:

¡Basta ya! Es preciso decirles abiertamente a los directores que ellos no son criminales, sino que son cuadros nuestros. Los criminales han sido apresados, han sido fusilados. Y si en el futuro hubiera otros, también serán apresados. Fusilaremos a cualquier cerdo al que encontremos. Pero no se trata de eso. Se trata de la

gran masa de cuadros estupendos y formados por nosotros. Y eso es lo que hay que decirles abiertamente.

También habla allí del inminente Pleno del Comité Central y pide en cierto modo apoyo:

El día 20 de este mes se reunirá el Pleno del Comité Central de nuestro Partido. El orden del día abarcará también los acontecimientos y las enseñanzas de toda esta sucia historia. Yo representaré allí al Comisariado del Pueblo para la Industria Pesada. ¿Es que debo permitir que se me atribuya la culpa por todos vosotros? Si se producen sabotajes en las fábricas es Ordzhonikidze el que debe responder por ello, y nadie más. Pero ¿me habéis demostrado que hayáis intentado poner fin a esos sabotajes, que hayáis tomado medidas? No, no habéis hecho nada en este maldito asunto. Le echáis la culpa al departamento químico, al departamento de extracción del carbón. ¡¿Es que ellos deben aceptar esa responsabilidad?! Eso no tiene nada que ver con nosotros. No, camaradas, tenéis que cavar más hondo, estoy seguro de que hay en nuestra organización, por doquier, grandes o pequeñas células que han cometido actos deleznables. Mirad a Barinov. Algunas de sus torres de perforación se han derrumbado. De modo que algún canalla ha hecho derrumbar por propia mano algunas torres y puede decir que todo ha ocurrido durante una tormenta de nieve.

La pregunta más importante para Ordzhonikidze es la siguiente:

¿Cómo pudo suceder esto? Vosotros y yo hemos trabajado juntos tanto tiempo, hemos trabajado bien, y los resultados han sido bastante buenos. Cumplimos el Plan Quinquenal en cuatro años. ¿Cómo pudo suceder, entonces, que Piatákov estuviera en nuestro equipo y nadie, Dios mío, nadie lo descubriera? Me diréis: «Él era tu sustituto, pero tú no lo desenmascaraste». ¿Qué pretendéis ahora de nosotros? Eso no está bien. Que un obrero en Kémerovo lo hubiera dicho estaría bien, pero que lo digáis vosotros no está bien. [...] ¿Por qué sucede tal cosa? ¿Es que acaso nos hemos

quedado ciegos? Tenemos que hacernos esa pregunta a nosotros mismos. Si nos llevan a juicio, antes deberíamos llevarnos a juicio nosotros mismos, es decir, ante el juicio de nuestra conciencia, y preguntarnos cómo pudo suceder esto. Porque por lo visto no estamos observando suficientemente lo que está sucediendo a nuestro alrededor. Porque muchos de nosotros, por lo visto, se han dormido en los laureles, en nuestros éxitos. ¿Qué pasa entonces? Ocurre un accidente en una mina, y mueren diez o doce hombres. Bien, están muertos. ¿Qué significa eso? Deficiencias técnicas. ¿Qué nos dice eso? Nos dice algo sobre nuestra indiferencia. El hecho de que mueran diez personas o una sola debería preocupar a cada uno de nosotros. No se trata de extraños, sino de seres humanos. Son nuestros hermanos. ¿Pero es ésa nuestra actitud? No, no sentimos nada al respecto. Ese es el óxido que ha empezado a rodearnos desde todos los puntos. Y ese óxido es extremadamente peligroso. Es un claro síntoma de burocratismo el que un funcionario o un burócrata se distancie de ese modo de las masas. Yo no he hablado de que alguien no asista a las reuniones del Partido. Se puede asistir a las reuniones del Partido y estar distanciado del pueblo, es decir, no compartir la vida de las masas. ¡Ese maldito Piatákov, ese maldito Ratáichak y los demás! Nos han estado tomando el pelo a nuestras espaldas. Pero su caída, es decir, el hecho de haber sido atrapados y arrojados a prisión, el hecho de que ahora se vean obligados a contar todo lo que ha sucedido, ese hecho debería abrirnos los ojos. Podríamos decirlo de este modo: no podíamos imaginarlo, nadie podía imaginarlo; ¿por qué ahora nos atribuís la responsabilidad? Ahora, en cambio, tendremos que responder por ello. Y eso es lo que tenemos que considerar muy seriamente. Es evidente que estamos entrando en una fase en la que será necesario reorganizar una vez más nuestras filas. [...] ¡Al infierno con eso! Si no nos damos una buena sacudida, nos oxidaremos.[40]

Ordzhonikidze sabía cuán irreemplazable y cuán vulnerable era su personal. Su equipo de cuadros directivos y especialistas no sólo se caracterizaba por la buena formación, la competencia, la independencia en la toma de decisiones, sino

también porque entre ellos había muchas personas de las llamadas «de antaño», «no conformistas». El primero de diciembre de 1936 había, en el aparato de su Comisariado del Pueblo, entre los 743 militantes y candidatos a militantes del Partido, 42 que habían sido sancionados por la organización, entre ellos 12 personas acusadas de pertenecer a la oposición trotskista y 80 de ser miembros de otros partidos, antiguos mencheviques, socialrevolucionarios y otros. Había también en el aparato 170 militantes que habían sido expulsados de las filas partidistas, 169 que no pertenecían a ningún partido y que antes habían pertenecido a otros, 71 antiguos oficiales del ejército zarista, 94 que habían estado alguna vez ante un tribunal por actividades contrarrevolucionarias, es decir, todo tipo de «parásitos y saboteadores», vástagos de familias de comerciantes e industriales, de familias aristócratas, oficiales del antiguo ejército.[41]

Stalin y el Politburó esperaban, en efecto, que Ordzhonikidze desenmascarara y atacara en el pleno la labor subversiva de los trotskistas en el ramo de la Industria Pesada y en otros ámbitos, lo que hubiera significado otro paso más en el desmantelamiento del eficiente aparato central de la industrialización, construido por él. Y, por lo visto, Ordzhonikidze no estuvo dispuesto a dar ese paso, y era consciente del dilema en el que se encontraba. Ya había cobrado conciencia de ello en enero de 1935, con la carta de despedida de Visarión Lominadze, quien había intentado evitar el arresto con su suicidio. En esa carta, entre otras cosas, se dice:

Entregad, por favor, al camarada Ordzhonikidze. Hace tiempo que he tomado la resolución de escoger este final para el caso de que no se me creyera. Obviamente, he sido calumniado. [...] Hubiese tenido que probar todo ese absurdo y la falta de seriedad de tales calumnias, pero así y todo no me hubieran creído. Y yo no hubiera podido soportar todo eso. Estoy pendiente de un juicio que no estoy en condiciones de aguantar a la larga. A pesar de todos los

errores que he cometido, he dedicado toda mi vida consciente a la causa del comunismo, a la causa de nuestro Partido. Sólo está claro que no viviré la última batalla en la arena internacional. Pero ésta no está lejos. Muero con la absoluta fe en la victoria de nuestra causa. [...] Os ruego que ayudéis a mi familia.[42]

Ordzhonikidze se ocupó de que la viuda de Lominadze recibiera una pensión.

Pero con su muerte deliberada caía también otro bastión, quizá el último, que hubiera podido oponerse a una nueva escalada de violencia en el pleno previsto para el 20 de febrero, ahora pospuesto durante tres días debido a su suicidio.

COLECTIVIZACIÓN DE LA EXPERIENCIA DE LA MUERTE: HABLAR SOBRE LA MUERTE EN TIEMPOS DE ASESINATOS EN SERIE

En los periódicos que anunciaron con orla negra la muerte de Ordzhonikidze se muestra cuán estrechamente relacionados están el luto y el terror de Estado. Las figuras prominentes allí fotografiadas, los firmantes de las cartas de condolencia, son todos futuros candidatos a morir. Los miembros de la familia perdieron sus vidas, algunos fueron encarcelados y pasaron años en los campos de concentración.[43] Once de los veinte firmantes de la declaración del Comité Central por la muerte de Ordzhonikidze y que aparecen en la primera página de *Pravda* el 19 de febrero de 1937 fueron asesinados: Chubar, Kosior, Petrovski, Eiche, Rudzutaks, Póstyshev, Yezhov, Mezhláuk, Akúlov, Chkiriatov, Yákovlev. Tres de los cuatro firmantes del parte médico—el comisario del pueblo para la Salud, Grigori Kaminski, el director del hospital del Kremlin, Iósif Jodorovski, y su asesor, el profesor Lev Levin—perdieron la vida en las purgas. Entre los miembros del comité organizador para la realización de las ceremonias fúnebres había futuras vícti-

mas de las depuraciones y uno que evitó el arresto mediante el suicidio: Yan Gamárnik.

Entre los líderes del Partido ucranianos que habían firmado la carta de condolencia, muchos de ellos ya no estarían con vida muy pronto: Kosior, Petrovski, Póstyshev, Liúbchenko, Balitzki, Yakir, Popov, Zatonski, Seleches, Kudriávtchev, Jataiévich, Sarkísov, Guikalo, Sujomlin, Schlichter, Weger, Cherniavski. Arkadi Rozengolts, el representante del Comisariado del Pueblo para el Comercio Exterior, será acusado en el tercer proceso público de principios de 1938 y más tarde ejecutado. De los militares que escribieron en la edición de *Pravda* sobre el funeral de Estado figuraban Uborévich, Tujachevski, Yakir, Blücher y Yegorov, condenados a muerte en la depuración hecha en el ejército en junio de 1937. De los representantes del Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores serán acusados y ejecutados Krestinski, Karaján y Stomoniákov. Dos de los hombres del NKVD que desempeñaron un papel destacado en la ceremonia fúnebre—el jefe del NKVD en Moscú, Stanislav Redens, pero también el nuevo jefe máximo del NKVD, el mismísimo Nikolái Yezhov—desaparecerán en una futura ola de depuraciones y morirán. La mayoría de los que tuvieron el honor de hacer guardia junto al féretro del «camarada Sergo» fueron víctimas, en los meses siguientes, de la ola de depuraciones, entre ellos Alksnis, Unszlicht y Piátniski.

Con el suicidio de Ordzhonikidze da comienzo una auténtica oleada de suicidios. Los estadísticos han cuantificado un total de 1690 suicidios en la parte europea, la mayoría de ellos—698—en Moscú.[44] Sólo en el Ejército Rojo, según datos de Oleg Suvenírov, en el año 1937 se registraron 782 casos de suicidio, y en el año 1938—sin contar la flota de guerra—832 casos.[45] Se incrementan incluso los casos de suicidios de niños, a raíz de la orden dada por Yezhov de separar a los hijos de sus padres encarcelados o ejecutados: así, vemos, por ejemplo, cómo en el monasterio Danilov, que ha sido recon-

vertido en una prisión infantil, se ahorca el hijo del arrestado y ejecutado director de la agencia de noticias estatal Tass, así como el hijo del director de la fábrica de tractores de Cheliábinsk.[46]

La oleada de suicidios tampoco se detuvo ante el NKVD:

Cuando se comunicó a la prensa el arresto de Yagoda el 4 de abril de 1937, Matvéi Pogrebinski, comisario de tercer rango para la Seguridad del Estado y director de la administración territorial del NKVD en Gorki, se pegó un tiro. Era un hombre muy cercano a Yagoda, y se le consideraba su confidente, al tiempo que se ocupaba de la «reeducación» de los criminales de las colonias de trabajo. Tras el arresto de Yagoda no vio ya ninguna oportunidad de sobrevivir. Y ése no fue el único suicidio en el ámbito del NKVD en la primavera de 1937. El 17 de abril, I. Chertok, funcionario del tercer departamento de la Administración Central de la Seguridad del Estado, se arrojó por una ventana.[47]

A principios de mayo de 1938 se suicida el jefe del NKVD moscovita, Vasili Karutski.[48] Mijaíl Frinovski, comisario del pueblo para la Marina de Guerra, le recomendó incluso a un colega, Genrich Liushkov, que se suicidara en caso de que pudieran arrestarlo, y acuerda con él una señal, un telegrama sobre su dimisión. Liuchkov, por su parte, prefiere huir hacia Japón a través de la frontera, donde más tarde será ejecutado como agente soviético.[49] El aparato de terror devora a sus propios empleados. Muchos hombres del NKVD no aguantan el estrés de los procedimientos de arresto y asesinato, y se refugian en la muerte:

A pesar de toda la dureza bolchevique, muchas veces los funcionarios no soportaban la presión psíquica y física que predominaba en aquella cinta transportadora de la muerte. El 28 de febrero [de 1938; nota de K. S.] Borís Smirnov se pegó un tiro en su despacho; el 7 de marzo Soloviov se vino abajo y tuvo que ser relevado de su

trabajo por un tiempo. Los demás continuaron un poco a regañadientes, mientras que Kuznetsov invocaba casi una emulación, haciendo un llamamiento a sobrecumplir el planeamiento, exigiendo que se superara al círculo más próximo, como si tratara de una campaña de siembra o de cosecha.[50]

En octubre de 1938 el hombre del NKVD Rafaíl Listengurt intentó suicidarse por miedo a un arresto pero falló.[51]

Y he aquí un detalle macabro, pero que muestra cómo el miedo a la muerte y la búsqueda de un refugio en el suicidio se había convertido en algo cotidiano para la cúspide de la alta sociedad estalinista: el jefe del NKVD, Nikolái Yezhov, había convencido incluso a su mujer, Yevguenia, de treinta y cuatro años, para que se sacrificara por él y se envenenara con un sobredosis de Luminal que se hizo traer en una figurita de miniatura: «Le enviaré a ella un medicamento que la sumirá en un sueño tan profundo que jamás despertará de él».[52] Yevguenia Yezhova, editora de la revista de vanguardia publicada en cuatro idiomas *La URSS en construcción*, anfitriona de uno de los muchos salones visitados por famosos escritores y artistas, deja en el momento de su muerte una carta de despedida dirigida a Stalin:

Apreciado, querido camarada Stalin:

Oh, sí, aunque he sido calumniada y ensuciada, usted sigue siendo para *mí* un ser apreciado y querido, al igual que todas las demás personas que creen en usted. [...] ¡Por muy insoportablemente difícil que *me* resulte, camarada Stalin! ¿Qué pueden hacer los médicos para curar estos nervios, tan tensos después de tantos años de insomnio, qué pueden hacer ellos por este cerebro lesionado, por estos dolores de cabeza de los que no se sabe cómo escapar? Pero yo no tengo derecho a morir. Por eso vivo única y exclusivamente guiada por la idea de que soy honesta para con el país y para con usted. Me siento como un cadáver viviente. ¿Qué debo hacer? Perdonadme esta carta, que ha sido escrita en la cama. Perdonadme, pero no he podido seguir callando.[53]

El disparo mortal de Ordzhonikidze eliminó del camino a alguien que no era del todo previsible en la inminente confrontación por la ruta que se iba a tomar. Afectó a la dirección del Partido el hecho de que uno de los suyos, alguien que formaba parte del círculo más íntimo del poder, se hubiera retirado sin anunciarlo y sin justificarse, que se hubiera «largado». Sí, tuvo que haber sido una auténtica conmoción. Pero la reacción de la cúpula fue la de siempre: no se detuvo, sino que emprendió una fuga hacia delante y transformó el suicidio, que era un crimen contra la razón del Partido, en un infarto, tal y como correspondía a la figura de un «comandante» de la Industria Pesada. Todo ello fue percibido por la población como algo extraño, en ocasiones incluso con satisfacción, como nos queda claro a partir de una anotación de diario:

19 de febrero. Otra vez un acontecimiento significativo, Ordzhonikidze ha muerto. Los detalles aún no se conocen. [...] Ordzhonikidze no es, en mi opinión, tan importante, se encontrará algún sustituto para él. Y el país no ha perdido demasiado, pero en realidad ha ganado poco: uno más o uno menos apenas cambia nada en el cuadro.[14]

Las pompas fúnebres organizadas por el Gobierno fueron una especie de sucedáneo para la articulación de un sentimiento que estaba presente sin poder expresarse. La mayor plaza de la ciudad, normalmente el lugar de discursos públicos cargados de odio, se transformó en un espacio trajeado en rojo y negro, en el que, bajo la probada dirección de los artistas del Estado, encontraron su síntesis la impresionante ceremonia de la sagrada Rusia y las tradiciones del movimiento obrero internacional, una síntesis que debía crear un estilo hasta la caída del sistema soviético. Los gritos histéricos de los centenares de miles de personas que el 30 de enero de 1937 todavía pedían el fusilamiento de los «espías fas-

cistas» y los saboteadores, se habían transformado ahora en una música fúnebre en sordina. El disparo que había causado un espanto breve y un corto estado de pánico resonó en un ritual de muerte orquestado de un modo duradero y efectivo. No sólo se guardó luto en las plazas públicas, sino en las naves de las fábricas, en las cantinas, en los edificios de los clubes, en los palacios de cultura y en las escuelas. Apenas había nada en la secuencia de esos días que fuera espontáneo, improvisado. Los acontecimientos siguieron una sofisticada coreografía y la elaborada iconografía de un ritual de muerte, en la que se vieron involucrados todos los dirigentes soviéticos, las plantillas de las grandes empresas y la ciudad de Moscú como escenario.

Lo sombrío y lo ceremonioso transmitido en aquellas pompas fúnebres divulgadas por millones y millones de fotos y por la radio creaba un espacio de duelo colectivo en el que la nación se unía por el estado de conmoción y de tristeza. La nación que tantos millones de muertos tenía que lamentar en los últimos años y que había sido testigo reciente de dos procesos públicos, en cuyo estrado fueron confesados los crímenes más horrendos y monstruosos, y cuyos acusados fueron maldecidos decenas de miles de veces, esa nación tenía ahora un lugar y un punto en el que podía dar rienda suelta a sus sentimientos, en medio de su luto por una sola persona. Es el punto en el que los funerales de Estado organizados se mezclaban con un movimiento en el que el luto del pueblo podía mostrarse. Es el punto en el que un Estado de terror no sólo intenta afirmar su poder sobre las víctimas, sino también su forma de manejar la muerte.

EN LA SALA DE MÁQUINAS DEL AÑO 1937: EL PLENO DEL COMITÉ CENTRAL DE FEBRERO-MARZO

UN LIDERAZGO EN LAS ÚLTIMAS: LA VOZ DEL PÁNICO, *294* — PRUEBA DE RESISTENCIA Y SUPERACIÓN DE LÍMITES: EL PROCESO PARTIDISTA CONTRA BUJARIN Y RÍKOV, *299* — LA CONMOCION: «ELECCIONES GENERALES, LIBRES Y SECRETAS», *304* — ESTADO DE CUENTAS: INGOBERNABILIDAD Y MIEDO AL CAOS, *309* — LABOR DE SABOTAJE EN EL NKVD, *312* — DISOLUCIÓN DEL PARTIDO Y CREACIÓN DE OTRO NUEVO, *318* — EL MECANISMO SE PONE EN MARCHA, *323*

«¡Un pleno verdaderamente histórico!». Así resumía Georgi Dimitrov sus impresiones sobre la sesión del Pleno del Comité Central del Partido Comunista que tuvo lugar entre los días 23 de febrero y 5 de marzo de 1937.[1] La cúpula dirigente del Partido se había reunido, y para ello habían llegado a Moscú militantes procedentes de todas las regiones de la URSS. Lo inusual no sólo fue la duración de dicho encuentro. Lo inusual es que no existe ningún informe de testigos o participantes sobre ese «acontecimiento histórico» y que las actas fueran publicadas con sesenta años de retraso. No hay imágenes de ese encuentro, a no ser algunas caricaturas dejadas por algunos miembros del Comité Central—entre los cuales había excelentes dibujantes, pintores y caricaturistas—, caricaturas que luego se encontraron entre los papeles postumos del ministro de Defensa y estrecho compañero de Stalin, Climent Voroshílov. Los dibujos que hizo Valeri Mezhláuk (comisario del pueblo para la Construcción de Maqui-

naria y redactor jefe de la revista *La URSS en construcción*) de hombres como Nikolái Bujarin, Alekséi Rykov y otros los muestran brevemente por última vez, antes de su arresto, retratados por un miembro del Comité Central que sería expulsado él mismo un año después y condenado a muerte el 28 de julio de 1938.[2]

Fotos de la reunión le habrían presentado al observador una reunión de candidatos a morir. Sin embargo, tiene sentido que no existan imágenes de este pleno en el que se negociaría de forma muy decisiva el destino del Estado y del Partido, o incluso de miles y miles de personas; tiene sentido que siga siendo un arcano, es decir, el verdadero lugar del poder en la dictadura de Stalin. De modo que ahora debemos fiarnos de la documentación sobre el transcurso del pleno, entretanto publicada íntegramente.[3]

El orden del día enumeraba todo lo que era importante a comienzos del año 1937, y abarcaba seis puntos: 1. El asunto de los camaradas Bujarin y Rykov; 2. La preparación de la organización partidista para las elecciones al Soviet Supremo según un nuevo sistema electoral y la correspondiente reestructuración de la labor de la organización; 3. La conferencia de la comisión plenaria para elaborar un proyecto de resolución en el asunto de Bujarin y Rykov; 4. Las enseñanzas del trabajo subversivo, del desviacionismo y el espionaje de los agentes trotskistas-japoneses-alemanes en los Comisariados del Pueblo para la Industria Pesada y para el Transporte; 5. Las enseñanzas del trabajo subversivo, del esviacionismo y el espionaje de los agentes trotskistas-japoneses-alemanes dentro del NKVD; 6. Sobre la educación política de los cuadros del Partido y las medidas de la lucha contra los «impostores» trotskistas y otros en el seno de las organizaciones del Partido.[4]

En el fondo se trataba de tres decisiones: ¿Cómo proceder con Bujarin y con Rykov? ¿Cuál debía ser postura del Partido Comunista en relación con las elecciones al Soviet Supremo

previstas para finales de año? ¿Cómo valora el Partido, en general, la situación del país, y qué conclusiones se derivan de ello para el trabajo partidista y los órganos de seguridad?

Mientras que las resoluciones aprobadas formulan y formalizan esas decisiones de la manera más escueta y las reproducen en forma de directivas, es posible reconstruir, a partir de las actas, todo el transcurso de los debates, así como la dinámica y el agravamiento paulatino de las confrontaciones. Sin embargo, esas actas reproducen sobre todo la tonalidad de aquella música. Los miembros del Comité Central estaban presentes. Hablaban como solían hacerlo entre ellos, no para la opinión pública, la prensa o los observadores. Palabras sinceras en una sociedad normalmente hermética. Se trataba de una negociación abierta siempre que esto pueda decirse en relación con un nivel tan sometido a las coacciones grupales como era el Comité Central, un coro con muchas voces, con corrientes que se tornaban visibles y otras que eran subyacentes, con estudiadas frases hechas, constelaciones en las que cada cual mostraba y podía mostrar quién era, un escenario no sólo para los discursos, sino donde se libraba una lucha a vida o muerte. ¿Cuándo ha sucedido que, en el transcurso de un proceso de toma de decisiones políticas, los participantes en el controvertido debate no abandonen la sala, sencillamente, por su propia voluntad, sino que sean conducidos por la policía política y llevados directamente de la sala de sesiones a la celda de una prisión? ¿No tenía que ejercer cierto influjo sobre los allí reunidos el hecho de que algunos de los dirigentes más importantes del Partido y el Estado, que medio año antes habían tomado parte en aquellas sesiones—Yuri Piatákov, por ejemplo, era el sustituto del comisario del pueblo para la Industria Pesada—, apenas dos semanas antes fueran condenados y ejecutados como supuestos enemigos del pueblo y espías?[5] ¿Y acaso toda la sesión del pleno no había sido pospuesta porque un destacado miembro del Politburo, Gueorgui Ordzhonikidze, encarga-

do de redactar una ponencia y de dirigir la sesión, se había suicidado un día antes de la inauguración?[6] ¿Qué significa para una sesión plenaria el pasar directamente de las ceremonias fúnebres por un funcionario apreciado y muerto en circunstancias extrañas a las deliberaciones plenarias? ¿Acaso todos no habían llegado de regiones en las que, por doquier se descubrían de repente trabajo subversivo, conspiraciones, actos desviacionistas y redes de espionaje? El Pleno del Comité Central, con sus cien miembros y sus candidatos a serlo, no era solamente, según el cuadro ideal y prototípico—y autoestilizado—de un «centralismo democrático», el lugar de las decisiones fundamentales; allí confluían, en efecto, las contradicciones y las tensiones que actuaban sobre esa organización, las rivalidades y ambiciones que, a su vez, si bien no transmitían las tensiones reinantes en el país, al menos sí que las reflejaban en cierta medida. Sobre el debate del pleno pesaba la enorme presión de un país en el que el ímpetu fantasioso iba de la mano con catástrofes apocalípticas. Las actas nos brindan información sobre cómo el grupo de dirigentes va a «manejar» la crisis, aquella situación en el fondo sin salida en la que se habían metido.[7] Aquello fue la práctica retórica de la dureza, la exploración de la fuerza del núcleo duro, y el acuerdo de afirmarse en el poder, aun al precio de un baño de sangre.

UN LIDERAZGO EN LAS ÚLTIMAS: LA VOZ DEL PÁNICO

Merece la pena analizar el tono de dichas sesiones no sólo porque carecemos de otros testimonios. Pero ¿cómo se puede analizar el tono y el ambiente de tal modo que éstos sean reconocidos y tratados como un hecho fehaciente? La lectura es tormentosa y agotadora, pero—por razones de economía—entresacar de dichas sesiones sólo las comunicaciones de los hechos o algunos fragmentos de citas y luego sumar-

las no arrojaría un cuadro apropiado. El análisis del tono, el desciframiento de la semántica explica cómo un debate plenario entre funcionarios del más alto rango se transforma en un tribunal. Las actas evidencian cómo un discurso dominante se transforma en una disposición colectiva a matar. Somos testigos de la concepción de un plan para salvar el poder a toda costa, realmente a cualquier precio. Literalmente, a cualquier precio. También el de la destrucción del Partido existente hasta entonces, es decir, el asesinato literal de los miembros presentes en ese pleno.

Las actas muestran desde un punto de vista meramente cuantitativo el abismo que se abría entre los activistas del debate y los oyentes y actores pasivos. En el ejemplo de las confrontaciones particularmente acaloradas en torno a las figuras de Bujarin y Rykov se pone de manifiesto la manera de interactuar de los protagonistas y el coro. En total se han recogido, en el informe taquigráfico del pleno, durante el análisis del caso Bujarin y Kírov, unas mil intervenciones. Ninguna de ellas tenía como objetivo la defensa—aunque fuera tímida—de los acusados o la impugnación de las inculpaciones presentadas. Todas servían o bien para la denuncia o bien para el escarnio. A veces había cierto «ambiente alegre en la sala», como para aligerar aquel ambiente psicótico.

Casi un tercio de las intervenciones se introducen como una «voz, o voces, llegadas desde la sala»; las personas que tomaban las notas no podían determinar de quiénes eran en concreto aquellas frases. En los casos restantes, el nombre del hablante sí que está consignado en la nota taquigráfica.

La mayoría de las intervenciones (cien, incluidos los extensos monólogos que interrumpían los alegatos de Bujarin y Rykov) son de Stalin. Los que más se le acercan son Mólotov (82) y Kaganóvich (67). Las intervenciones de los restantes miembros del Politburó se dividen en secuencia descendente de la siguiente forma: Kosior (27), Voroshílov (24), Mikoián (24), Chubar (11) y Kalinin (4).

De los candidatos al Politburó, el más activo fue Póstyshev (88 intervenciones). Le siguieron Eiche (14), Petrovski (8), Zhdánov (5) y Rudzutaks (1).

Las intervenciones de personas que tenían que ver directamente con las investigaciones de la Cheká o las intrapartidistas se dividen como sigue: Chkiriatov (46), Yezhov (17), Vyshinski (que no pertenecía a ninguno de los órganos dirigentes y participaba en el pleno en su condición del fiscal del Estado de la URSS) y Yaroslavski (con cinco cada uno).

De los miembros «simples» y candidatos del Comité Central mostraron una particular actividad Beria (20), Mezhláuk (19), Budiónny (17) y Stetski (17). A ellos les siguieron Gamárnik (11), Polonski (8), Yagoda (7), Shvérnik (6), Lozovski (5) y Jruschov (4). De otras cinco personas se registran tres intervenciones de cada una, y de otras catorce, una o dos. Con ello, fueron cincuenta las personas que contribuyeron a aquella batida de caza contra los acusados, menos de la mitad de los miembros y candidatos del Comité Central presentes en aquel pleno.

Es de suponer que Stalin se proponía hacer un cuidadoso análisis de las intervenciones, tanto más por cuanto todas ellas fueron enviadas a los participantes del pleno para que fueran revisadas y corregidas, y al final se las añadió a la copia taquigráfica.[8] Se puede identificar algo así como un núcleo duro y una gran masa silenciosa, de cuya interacción se deriva la dinámica del grupo. Ello también es válido para la discusión de los demás puntos del orden del día. Afirmar que se trata «sólo» de cómplices sería demasiado simple. La mayoría de este pleno estaba formada por hombres con experiencia, probados en todos los combates. Directivos del poder *in situ*, algunos más déspotas, otros más inclinados a la camaradería en el seno de un club masculino, pero todos crecidos en las atrocidades y los horrores de la Revolución y la guerra civil; una agrupación de capos, jefes, amos territoriales, durante mucho tiempo indiscutidos, con absoluto po-

der doméstico en sus respectivas regiones, hombres que una vez «envolvían su salchichón con papel de periódico», pero que ahora poseían un poder ilimitado sobre casas, pisos, casas de veraneo, coches, asistentes... En realidad, no era una reunión de subalternos, sino de hombres que tomaban decisiones y que, por su profesión, eran autoritarios y desconsiderados. Dominaban el lenguaje, la dicción y los matices semánticos que llegaban desde Moscú y que podían oírse en las «señales» más dispares. Sabían que el paso del apelativo «camarada» al de «ciudadano» o del «tú» o al «usted» podía significar el final de una carrera, la expulsión del Partido, tal vez incluso la muerte.

Y puesto que dominaban la jerga del Partido, sabían qué significaba el que no se los tratara más con el apelativo «camarada». Se trataba de un discurso de dominación *a priori*. En un gremio que valoraba toda expresión independiente como una desviación del *mainstream*, como una peligrosa violación del consenso partidista reinante en cada momento, y donde la sospecha de faccioso predominante en el ambiente generaba una coacción a la conformidad, los matices pesaban muchísimo. Los que eran acallados a gritos, los que podían ser interrumpidos en su discurso, quedaban a merced de que se les disparara. Al que se escuchaba con tenacidad, el que era aplaudido y al que siempre citaban era algo así como un punto de referencia, una autoridad a la que no sólo era sensato atenerse, sino decisivo para el curso futuro de la carrera o la vida propia. En tales actos se llevaban a escena una serie de rituales, pero cuando algo no transcurría como había sido planeado, cuando alguien se salía de su papel—como Bujarin, que se había atrevido a defenderse y a llamar mentiras y calumnias las falsas afirmaciones en su contra—, entonces la rutina y el ritual se convertían en un caos y la inseguridad aparecía por un instante. El curso del pleno muestra que había una dinámica y una dramaturgia propias con elementos no previstos, sorpresas y riesgos

—durante cuatro días todos se ocuparon únicamente de Bujarin y de Rykov; de la decisión sobre cómo se debía proceder con ellos trató la polémica—, pero, en general, la dirección da muestras de profesionalidad y dominio rutinario de la escena, tal y como puede esperarse de organizadores del Partido que se han afirmado en el poder durante veinte años bajo las condiciones más difíciles. Aquello no era, en primer lugar, un aparato de sufragio, sino un campo para el sondeo de los estados de ánimo, para el despliegue de las contradicciones, para la dramatización de las diferencias y, luego, el escenario para las ejecuciones simbólicas, a las que les seguirían, más tarde, las reales. Aquí representaban su papel los que ponían el acento, pero también las voces anónimas que se ocuparían de la incitación, del ruido de fondo y del medidor de esa incitación, cosas a las que no podían renunciar aquellas dramatizaciones. Dichas voces conformaban el bastidor de la burla y de la risotada, con las que se diferenciaba, se difamaba y se excluía (existía una sutil y precisa escala de discriminación y de arrinconamiento). Tanto más llaman la atención, por lo tanto, en el eco de infames insultos, los casos de decencia y coraje, los cuales consistían en no afinar con el coro general. Donde la autoinculpación se había convertido en costumbre, la afirmación de lo que uno ha defendido toda la vida constituye un valor rayano en el suicidio, como la comparecencia de Valerián Osinski. El grito intercalado, la elevación del tono, la denuncia y la insinuación, la sospecha en lugar de la prueba concreta, el juego con los rumores divulgados por las calles, las «señales», ¡cuántas cosas no forman parte de la retórica del comadreo, del acoso, del ajuste de cuentas! El pleno es un auténtico objeto de estudio. Uno puede seguir aquí cómo las formas del trato colegial o de camaradería quedan derogadas, se eliminan las consideraciones y se llega a un derribo general de las barreras, a un acto de conjura colectiva para cometer un crimen inminente. También desde el punto de vista retórico vemos que todo es

posible: ya nada tenía que ver con convicciones o posiciones teóricas o políticas. A una fracción o a una persona determinada le estaba permitido todo: Stalin, por ejemplo, estaba autorizado para nombrar al fundador de la Cheká, Féliks Dzerzhinski, una «persona valiosa», aunque él también había sido trotskista. Todo el pleno estaba perplejo: en la sala se produjeron excitadas exclamaciones preguntando a quién se refería. No se trataba de argumentos, de posiciones verificables que había que refutar o reafirmar, sino del poder de la atribución, del monopolio definitorio sobre amigos y enemigos. El pleno, en ese sentido, ofrece un ejemplo de manual de una retórica arbitraria que decide sobre la vida y la muerte.

PRUEBA DE RESISTENCIA Y SUPERACIÓN DE LÍMITES: EL PROCESO CONTRA BUJARIN Y RYKOV

El punto del orden del día número uno era el «asunto Bujarin y Rykov». Estos dos hombres habían sido inculpados ya en el Pleno del Comité Central de diciembre de 1936 como conspiradores. Desde entonces se habían producido una serie de careos con otros hombres ya arrestados. En el proceso público de enero, ambos fueron inculpados de nuevo por otros acusados, sobre todo por Karl Radek. Bujarin fue atacado públicamente, en manifestaciones y en los periódicos, como un conspirador. Por eso había exigido al Comité Central presentarse ante él, protegido, y había dado cierto énfasis a esa exigencia mediante una huelga de hambre. Ante el pleno, en el que se habían repartido las actas de los interrogatorios y las denuncias contra él, mostró un aspecto agotado, iba sin afeitar y con los nervios destrozados, vistiendo un traje lamentable, en un estado que despertaba compasión.[9] Bujarin había entregado un texto extenso, de cien páginas, y había, además, redactado una declaración para los miembros del pleno:

Yo no puedo seguir viviendo así. He escrito una respuesta a los calumniadores. No estoy ni física ni moralmente en condiciones de asistir al pleno: me fallan las piernas, no puedo soportar la atmósfera que se ha creado, no estoy en condiciones de hablar, y no quiero romper a llorar, verme presa de la histeria y la impotencia...[10]

En su declaración, se refiere en detalle a las imputaciones y a las declaraciones de otros, sobre todo de Radek y de los miembros de la llamada «Escuela Bujarin», supuestamente fundada por él. Calificó a Radek como un maestro de la calumnia, un «sutil provocador», el inventor de monstruosas calumnias. Se refirió, también en detalle, a las fantásticas invenciones de contactos y redes. El «centro derecha» que supuestamente él había dirigido con Rykov, era, sencilla y llanamente, una invención. También las inculpaciones de los «derechistas», sus «discípulos», tenían rasgos demenciales. Jamás había tenido contacto con muchos de sus supuestos cómplices en la conspiración, o por lo menos no en los últimos años, y a algunos ni siquiera los conocía. Rechazó categóricamente todas las inculpaciones sobre «formación de un bloque», «rebelión», «golpe de Estado» y «labor subversiva». En la sesión nocturna del 24 de febrero también tomó la palabra Rykov. Es cierto que criticó la huelga de hambre de Bujarin, pero también rechazó las imputaciones formuladas contra él. Rykov dijo que tenía claro que ésa sería su última comparecencia en una asamblea del Partido, pero se resistió a la exhortación de denunciarse a sí mismo o a mentir: «Lo repito una vez más: nunca admitiré haber hecho algo que no hice, jamás podrán convertirme en ese canalla que intentan presentar aquí [...]. Y eso lo reafirmaré mientras viva».[11]

Todas las exposiciones y refutaciones detalladas—a veces, cuando se trataba de puntos de encuentro, de encuentros casuales, de visitas en dachas, de encuentros en redacciones, congresos, etcétera, se pierden casi en los detalles—

no les hubieran servido de nada a ambos. Tampoco se trataba de refutaciones, de argumentaciones o de pruebas, sino del ritual de la exclusión y el abandono. A la inculpación de Yezhov, que resumía una vez más la teoría de la conspiración y del golpe de Estado, le siguió una secuencia en escalada de exclamaciones e intervenciones: Mikoián atacó la desesperación de Bujarin como «táctica de las lágrimas» y la huelga de hambre como «táctica de las amenazas». Escribir al pleno una carta de cien páginas era una desconsideración inaguantable, algo que formaba parte del «estilo de Trotski». También el envío de cartas al Comité Central era un medio de combatir al Partido. Mikoián osciló todo el tiempo entre el trato de «tú» y de «usted». Bujarin, según él, intentaba explotar los sentimientos compasivos de los miembros del Comité Central. Bujarin no llegó con su respuesta a aquel torrente de palabras; rogó que no le interrumpieran, y legitimó su huelga de hambre como la única salida a su desesperación. Bujarin preguntó por qué el auditorio rompía en carcajadas una y otra vez, cuando se trataba de un asunto muy serio. Cuando refuta algunos detalles, se le atribuye estar «ejerciendo de abogado». ¿Cómo podía defenderse todavía? Nadie podía hacerle afirmar algo falso sobre sí mismo, hacer algo así sería también un crimen, le respondió Stalin. Cuando Rykov habló del suicidio, ello también fue rechazado como una maniobra de chantaje; todo el pleno rompió a reír a carcajadas y se mofó de él. Al auditorio no le bastaba con que Rykov admitiera que había bajado la guardia. Se le reprochó estar haciéndose el tonto, cuando en realidad había estado preparando acciones terroristas. A una reunión de Bujarin con Radek en la redacción de *Izvestia* se le llamaba «conspiración», y si se retiraba de vacaciones a las montañas de Pamir mientras se estaban tomando importantes decisiones, eso era ausencia premeditada para desviar la atención de sus actos conspirativos y tener una coartada. Cuando Bujarin dijo: «No puedo soportar la atmósfera que se ha crea-

do», ello era valorado como un chantaje contra el Partido. Y hasta su huelga de hambre fue blanco de las burlas: Bujarin no era capaz de hacer algo así, se dijo, sólo lo había simulado. Bujarin era como «un ratón aplastado que chillaba».[12] Debía dejar de una vez de aleccionar al Partido y hacerse el «buen cristiano» (*christosik*). No era más que un mediocre «actor de provincias», la huelga de hambre era un mero truco teatral. Si algo había fallado en el Comisariado del Pueblo para el Transporte, ello había afectado a unos setenta u ochenta millones de personas en el campo, y para el pleno ésa era la prueba de una labor subversiva excelentemente organizada. El pleno rechazó la exigencia de Bujarin de que se le presentaran pruebas de su colaboración con Hitler o de que se le mencionaran la hora y el lugar concretos de sus actividades conspirativas; su petición se descartó como «chantaje». Bujarin, acosado, opuso resistencia con sus exclamaciones intercaladas, cuando se le acusó de haber preparado un atentado contra Stalin. Todos los presentes en el pleno se mostraron expectantes sobre cómo se comportaría Valerián Osinski, que por fin subía al estrado. Osinski defendió su temprana amistad con Bujarin, admitió su inicial admiración por el teórico Bujarin y habló también de sus diferencias teóricas con él. El público se rio y exigió que fuera de una vez al grano, pues ciertamente él no sólo había tenido conversaciones de carácter filosófico con Bujarin sobre el paso de lo cuantitativo a lo cualitativo. También Osinski se vio en medio de la línea de fuego, y quedó a merced de las burlas. Es cierto que Bujarin se había dejado arrinconar, pero una y otra vez tomó la iniciativa para el contraataque contra el analfabeto político y veterano de la época de la guerra civil, Semión Budiónny, contra el inculto comisario del pueblo para la Defensa, Kliment Voroshílov, contra gente como Yemelián Yaroslavski y Iósif Vareikis, que tenían también bastante «basura burguesa» encima. Bujarin se burló de Budiónny, que no entendía nada de «judaísmo», uno de los cargos que le había imputa-

do a Bujarin. El hombre se mantuvo en sus trece: había cometido errores, pero lo de la labor subversiva, la rebelión, el terrorismo y la traición a la patria eran invenciones insostenibles y calumnias. Sus oyentes, sin embargo, rompieron a reír y a gritar: «¡Basta ya! Ya es hora de mandarte a la cárcel». Rykov rechazó como invento la inculpación de haber creado un «partido de centro»; aquello era un mito, una ficción, jamás había pertenecido a ningún «bloque».

Sin embargo, todo esto, a los ojos de Yezhov—quien tuvo la última palabra en relación con este punto del orden del día—, sólo confirmaba que los inculpados eran obstinados, unos «impostores», y que no estaban dispuestos a ceder. Algo típico de los «impostores» era exigir pruebas, ya que las conspiraciones no contaban con actas ni programas, es decir, con pruebas. La existencia del centro se demuestra mediante una perfecta conspiración, es decir, mediante la ausencia de pruebas. Que Bujarin era el autor de la antiestalinista «Plataforma Riutin» se derivaba del hecho de que había coincidencias de contenido entre Bujarin y dicha plataforma. Mientras que todos los participantes recibieron autorización para explayarse a gusto contra Bujarin, la protesta de éste fue desestimada.

Al final se creó una comisión encargada de elaborar una resolución que le sería presentada al pleno para su aprobación unos días después. Los votos originales y el texto definitivo se han conservado, y ofrecen un «cuadro del estado de ánimo» sobre cómo se pensaba proceder contra los «desviados» en el núcleo más íntimo del poder. No hubo ninguna opinión discordante en la comisión acerca de la exclusión de las filas del Comité Central y del Partido. Hubo algunos debates en torno a la cuestión de si entregarlo a un tribunal militar o no. Los votos se repartieron de la siguiente forma:

1. Una parte de los miembros de la comisión se mostró a favor de un fusilamiento inmediato.
2. Otros se pronunciaron por una condena a diez años de cárcel.

3. Un tercer grupo exigió que se le entregara al tribunal sin determinar de antemano la sentencia.
4. Un cuarto grupo exigió no llevarlo ante un tribunal, sino que se pasara el caso al NKVD para su investigación.

En su sesión nocturna del 27 de febrero, el pleno—con la abstención de dos votos, los de Bujarin y Rykov—aprobó la propuesta de Stalin de expulsar a Bujarin y a Rykov de las filas del Partido y entregarlos al NKVD para que continuara las investigaciones.[13] A raíz de la votación, Bujarin y Rykov fueron arrestados y llevados a la Lubianka.

Esos cuatro días no fueron situados como un debate personal al final de las discusiones del pleno, sino que fueron el comienzo. Aquí se dio continuidad a la cacería que ya había comenzado en el pleno de diciembre. Los miembros del pleno tuvieron tiempo y ocasión de articularse, los actores del debate tuvieron la oportunidad de sondear el estado de ánimo y de ensayar su manera de proceder. La unión se había logrado, el pleno debía apiñarse alrededor del núcleo duro. Todos se convirtieron en copartícipes de un proceso judicial que, un año más tarde, debía presentarse en forma de proceso público. Se había sentado un precedente para el trato con los miembros del pleno que aún no estaban dispuestos a todo: una buena premisa para la continuación de aquella reunión que tenía delante mayores desafíos. Sin embargo, ya se había dado el paso más importante: ser copartícipe de la entrega al verdugo de un miembro del propio grupo.

LA CONMOCIÓN: «ELECCIONES GENERALES, LIBRES Y SECRETAS»

Más tarde, Zhdánov pondría en conocimiento del pleno que en el otoño o el invierno se convocarían nuevas elecciones para el Soviet Supremo de la URSS en todos los niveles de los soviets, de acuerdo con la nueva Constitución aprobada

en diciembre de 1936, la llamada «Constitución de Stalin». Las determinaciones de la nueva Constitución eran de mucho peso. Según ellas, en el futuro habría «elecciones generales, libres y secretas». Ello significaba que, en primer lugar, se eliminarían todas las restricciones para «oficiantes del culto», para «antiguos guardias blancos», para la llamada gente «de antaño» y para las «personas que no se alimentaban del trabajo útil para la comunidad», así que todos tendrían acceso a las elecciones. Según la nueva Constitución, ya no habría la llamada *lishentsi*, en su condición de categoría especial excluida de las elecciones. En segundo lugar, éstas debían ser libres, igualitarias. La desigualdad reinante hasta entonces en los votos electorales entre la ciudad y el campo, entre los obreros y los campesinos, quedaba eliminada. Lo que correspondía ahora era que el voto de un campesino tuviera exactamente el mismo peso que el voto de un obrero. La prioridad asegurada por las instituciones para la ciudad y la clase trabajadora quedaba abolida de ese modo. En tercer lugar, las elecciones tendrían carácter directo. No se elegiría al candidato al Soviet Supremo como hasta ahora, a través de un sistema en cuatro escalones, sino de manera directa. En cuarto lugar, las elecciones serían secretas, mientras que antes eran abiertas y tenían lugar según las listas. A partir de ahora se podría votar en secreto por los distintos candidatos. Además, se introdujo un referéndum. Así, en todo caso, era la parte formal.[14]

El Partido debía prepararse para una situación completamente nueva. Andréi Zhdánov, miembro de la Oficina de Organización del Comité Central, intentó esclarecerle al pleno que se trataba de una decisión de mucho peso y de largo alcance, lo cual—por lo que se infiere de las reacciones—no parecía estar claro para muchos de los miembros del mismo. Una de las participantes—Anna Kalyjina—le recordó al pleno las elecciones para la Asamblea Constituyente del año 1917, un proceso que había exigido, desde el mero punto de

vista organizativo, un tiempo de preparación que abarcó desde mayo hasta diciembre de 1917.[15] Mijaíl Kalinin, presidente del Comité Ejecutivo Central de la URSS, señaló a los delegados la enorme labor organizativa vinculada a la formación de los distritos electorales en aquel país gigantesco, con sus distintas constituciones.[16] Y en efecto: los delegados no estaban preparados para el tema de las elecciones. Se les tuvo que pedir expresamente que tomaran la palabra, pues por lo visto habían perdido la voz. La mayoría no sabía lo que eran unas elecciones. Zhdánov lo expresó de manera franca cuando dijo que no tenían ninguna experiencia en la realización de votaciones generales y secretas.[17] Nunca habían tomado parte en ellas, y mucho menos habían organizado ellos mismos unas elecciones, a no ser en el marco de las elecciones intrapartidistas, que en los últimos años se habían suspendido en varias ocasiones. Muchos de ellos parecen haberse sorprendido ante la idea de que próximamente hubiera elecciones. Por lo visto, los delegados no tenían muy claro el alcance de aquel cambio en la Constitución y ahora debían afrontar las consecuencias. Se sentían presas del miedo de que el poder pudiera escapárseles de las manos en la situación de una medición de fuerzas abierta, de unas elecciones libres. Y por todas partes veían una reanimación, una activación de fuerzas y movimientos extrapartidistas, de figuras sin partido u opuestas al Partido Comunista. Mientras que este último seguía soñando, el enemigo ya había pasado a una activa batalla electoral. Las descripciones sobre la falta de poder y de influencia del Partido en el enorme país eran aterradoras: «No perdáis de vista que en nuestro país hay dos millones de comunistas, pero hay un número mayor de personas "sin partido"», les recordó Zhdánov a los delegados.[18] La mirada se dirigía ahora a los potenciales retadores del poder, a los potenciales centros de influencia política que pudieran salir de su encubrimiento, de la clandestinidad, a raíz de la campaña electoral. Se trataba sobre todo, desde el punto de vis-

ta del Partido Comunista, de los creyentes y sus representantes, del clero, de los campesinos deportados—los kulaks—, quienes, después de haber cumplido sus condenas, se disponían a regresar a sus regiones de origen, donde pretenderían reconquistar las posiciones que tenían antes. Se trataba también de antiguos militantes del Partido que habían sido expulsados en los ultimos años y se habían hecho más fuertes, en muchas partes, que los propios militantes; y se trataba, en última instancia, de los representantes de las antiguas clases dominantes y de los partidos prerrevolucionarios, quienes, tras décadas de paralización, de represión y pasividad, se habían activado otra vez. En el pleno, los miembros del Comité Central, por lo tanto, hablaban—y lo hacían a menudo, remitiéndose a los resultados del censo de enero de 1937—de las reales correlaciones de fuerza en el país. Se exponían al hecho de que el cierre de las iglesias y las mezquitas no hubiera significado, ni de lejos, que el movimiento ateo comunista hubiese triunfado; todo lo contrario, aún era asunto, en todas partes, de una minoría. En todos los lugares había gente de la iglesia activa: los sacerdotes abrían salas de lectura, organizaban partidos de fútbol, los mulás circuncidaban a los jóvenes pioneros.[19] Muchos creyentes y sacerdotes estaban entusiasmados con la nueva Constitución, enviaban telegramas de felicitación a Stalin.[20] El primer secretario del Partido en Moscú, Nikita Jruschov, constató en la ciudad y sus alrededores una activación de las «fuerzas enemigas» en las empresas, en los koljoses, en las instituciones y en algunas agrupaciones de antiguos socialrevolucionarios que se preparaban para las elecciones basándose en lo planteado por la nueva Constitución. El secretario del Partido en Kazajistán, Levón Mirzoián, informaba de cómo las mezquitas se habían convertido en centros de una labor religiosa, y de que el clero, remitiéndose a su vez a la nueva Constitución, alababa el poder secular. Yákov Popok, primer secretario del Partido en Turkmenistán, habló de los kulaks que estaban regresando a

su lugar de origen, los cuales, una vez habían pasado por Solovkí o por otros campos de trabajo y reformatorios, exigían su rehabilitación y ser acogidos en los koljoses en su condición de «trabajadores honestos». Iván Kabakov, del comité del partido en Svérdlovsk señaló el incremento problemático de «elementos foráneos» en su región. Alekséi Stetski, de la revista teórica *Bolschevik*—y con él el propio Stalin—, veía un peligro real en el hecho de que los soviets de las aldeas, durante las elecciones, cayeran en manos de personas ajenas al Partido; en ciertos distritos, algunos antiguos militantes del Partido habían tomado la iniciativa y ya habían hecho un llamamiento a participar en las elecciones.[21]

De cara a los inminentes comicios, a los participantes en el pleno pareció quedarles clara la debilidad elemental que aquejaba a la organización partidista en todo el vasto país. En algunos lugares, el número de los expulsados del Partido era mayor que el de los militantes activos. Los cuadros del movimiento ateísta se habían disuelto—o por lo menos así se informó—, y ya no existían como organización.[22] Si acaso tenía alguna, el Partido contaba únicamente con una posición relativamente segura en las grandes fábricas y empresas, pero fuera de ellas—teniendo en cuenta que entre un cincuenta y un sesenta por ciento de la población trabajaba en pequeñas empresas y en empresas *kustares*—, o entre las amas de casa y los empleados, no había ninguna labor partidista. Tampoco había labor partidista en el seno de la intelectualidad tecnológica, según plantearon Robert Eiche, de la organización del Partido en Siberia Occidental, y Stanislav Kosior, primer secretario de la organización partidista en Ucrania.[23] La agitación y la propaganda estaban apagadas o eran inútiles. Méndel Jataiévich, jefe de la organización partidista en Dniepropetrovsk, exigió que el Partido Comunista se convirtiera de nuevo en un partido de lucha. ¡Zhdánov recordó incluso los tiempos en que el Partido tenía que sobrevivir en la ilegalidad! Stalin habló de koljoses en los que al menos una vez al

año aparecía un representante del Partido, pero también dijo que había otros koljoses en los que aún no había puesto un pie un comunista.[24] En resumen: los delegados empezaron a comprender que en esas «elecciones» realmente «generales, libres y secretas» sería puesto en entredicho su poder, y tal vez hasta fuera barrido. La idea de que las elecciones debían tener lugar muy pronto y de que el Partido no estaba en ningún modo preparado para ellas los llenaba de espanto.

ESTADO DE CUENTAS: INGOBERNABILIDAD Y MIEDO AL CAOS

El cuadro que el pleno intentaba hacerse fue completado por los informes del punto del orden del día «Enseñanzas de la labor subversiva, del desviacionismo y el espionaje de los agentes japoneses-alemanes-trotskistas en los Comisariados del Pueblo para la Industria Pesada y el Transporte». El lugar del fallecido Ordzhonikidze lo ocupó Mólotov, que leyó la ponencia principal. Se trata de un resumen detallado del proceso que recién acababa de terminar contra Piatákov y otros. La consecuencia sacada del proceso tenía que ser: incremento de la vigilancia, aprender a diferenciar, por un lado, entre la negligencia y la irresponsabilidad, y el trabajo subversivo y el sabotaje, por el otro, y en ese sentido había que mejorar la labor partidista. Con lujo de detalles, Lázar Kaganóvich describió las condiciones en el ámbito del transporte. Era cierto que no se podían achacar todas las averías, los inconvenientes y daños a los trotskistas, dijo Kaganóvich, pues también desempeñaban un papel la chapucería, la negligencia, la estupidez, la mala formación, el caos y la permanente fluctuación de las fuerzas de trabajo. Algo parecido se informó desde el ámbito de la industria: Sarkís Sarkísov, de Donestk, describió la situación en el Donbáss; Avraami Zaveniaguin presentó la situación en la fábrica metalúrgica de Magnitogorsk; Robert Eiche habló del Kuzbás; acerca de la industria

del petróleo habló Mir Baguírov, de Azerbaiyán; Nikolái Antípov mostró el panorama en el ámbito de los servicios. Hubo otros informes acerca de la industria forestal y de la madera, de la energía hidráulica, de lo sovjoses, de la flota pesquera, de la industria de comestibles y conservas (Anastás Mikoián); sobre el sector de la Defensa (Kliment Voroshílov) y sobre el ámbito del Interior (Nikolái Yezhov). Todos los ámbitos de la economía se analizaron de ese modo, siendo ilustrados, una y otra vez, por medio de descripciones del trabajo cotidiano, descripciones que, no por cotidianas, fueron menos dramáticas. Se informó de depuradoras mal construidas que no sólo causaban enfado entre la población, sino que también provocaban epidemias;[25] se habló, asimismo, de reacciones exageradas que llevaron a que los directores de algunas fábricas se convirtieran en sospechosos de haber hecho labor subversiva, hombres honestos que habían conseguido salvarse del fusilamiento en el último minuto;[26] se habló de autocríticas que en realidad no eran más que cháchara vacía, y de diatribas que pretendían encubrir la verdadera autocrítica y el desenmascaramiento de ciertas debilidades. Se informó, además, de confusión y de anarquía en la planificación y realización, de altos hornos mal diseñados. Como ya había ocurrido en el pasado proceso público, se presentó un registro entero de formas de labor subversiva. En el ramo del transporte, éste consistía en «relajar las normas para el rendimiento de los vagones y las locomotoras», la «intencionada reducción de la velocidad», «el número mayor de locomotoras paralizadas para su reparación», los «atascos en los puntos de intersección ferroviarios», el «desaprovechamiento de las capacidades».[27] Además, se les había impedido la labor a los estajanovistas que intentaron incrementar el ritmo de trabajo en general;[28] de ese modo se coordinaron mal los horarios y se produjeron atascos y accidentes, las labores de prospección habían sido realizadas de tan mala manera que la extracción de petróleo hubo de reducirse,[29] la madera recién cortada, madera de mu-

cho valor, se pudría a causa de un almacenamiento inapropiado a cielo abierto o por un mal transporte,[30] los barcos se destruían a causa de la apertura demasiado temprana de la temporada de pesca, los químicos de la industria alimentaria aportaban análisis erróneos que habían provocado envenenamientos en el Ejército Rojo. La resolución final sobre este punto del orden del día abarcaba todo el registro de las actividades subversivas, cuando, en realidad, se trataba de un trabajo mal organizado en el día a día. Uno puede reconocer en ello, sin mucho esfuerzo, la tipología de los «crímenes» ya conocida de los procesos públicos: retraso del trabajo, descenso de la capacidad de producción, despilfarro de recursos financieros, desequilibrios en la planificación, desatención de los estándares de seguridad, malversación de la propiedad socialista. También se resumían una vez más las causas: trabajo desorganizado e irreflexivo, falta de miras, ausencia de vigilancia bolchevique, ingenuidad, distorsión burocrática del trabajo eficiente, actitud liberal ante la disciplina del trabajo.[31] Las conclusiones apuntaban sobre todo a la «elevación del nivel político del pueblo», empezando por el de los cuadros de dirección del Comisariado del Pueblo hasta las organizaciones básicas de la economía, incluyendo la verificación de esos cuadros que se habían convertido en eslabones decisivos, así como el fomento de los trabajadores jóvenes, enérgicos y con alta cualificación técnica.[32]

Según este análisis, no había ámbito de la economía que estuviera realmente impoluto. Los casos de «labor subversiva» eran omnipresentes: desde los incendios en las minas hasta las colas de espera ante las tiendas de víveres. La conclusión general no tenía como objetivo, sin embargo, la mejora de la labor económica, la normalización de la rutina de trabajo, sino la alerta política y la intervención policial. El ámbito del mundo de la vida se transformaba, en la percepción y en la determinación de las tareas de los miembros del pleno, en un universo político y policial. Yezhov mencionó

con orgullo las cifras de los casos de labor subversiva destapados por su comisariado en los últimos cinco meses: en el Comisariado del Pueblo de la RSFSR para el Transporte había habido, supuestamente, 137 casos; en la industria ligera, 141; en la industria de producción de alimentos, 100; en la economía municipal, 60; en el comercio interior, 82; en la agricultura, 102; en el sector financiero, 35; en el sector de la educación, 228 casos. En la construcción naviera se calculaban, en el año 1936, exactamente 2849 actos subversivos. Robert Eiche mencionó, en el caso del año 1936, 1600 accidentes en la minería.

El balance de los «subversivos y saboteadores» arrestados en los Comisariados del Pueblo es impresionante. Entre octubre de 1936 y marzo de 1937 se condenó, como «miembros de organizaciones trotskistas»: en la industria pesada y de armamento, a 585 personas; en el ramo de la educación, a 228; en la industria ligera, a 141; en el del transporte, a 137; en la agricultura, a 102; en el ramo de la producción de alimentos, a 100; en el comercio interior, a 82; en el ámbito de la salud, a 64; en la industria de recursos forestales, a 62; en el sector de correos y comunicaciones, a 54; en el sector financiero, a 35; en el ámbito de los recursos hidráulicos, a 88; en los sovjoses, a 35; entre las autoridades responsables de las vías marítimas del norte, a 5; en el comercio exterior, a 4; en academias e institutos superiores, a 77; en editoriales y redacciones, a 68; en los tribunales y entre las fiscalías, a 17. En el NKVD se arrestó a 238 colaboradores del aparato central y a 107 de la Administración Central de la Seguridad del Estado.[33] En resumen: en todos los ámbitos se mostraban supuestamente las huellas de la labor de socavamiento de los saboteadores.

LABOR DE SABOTAJE EN EL NKVD

A la situación en el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD) se le dedicó un apartado especial en el orden

del día, del mismo modo que se había hecho en el caso del Comisariado del Pueblo para la Industria Pesada y el Transporte. La labor de sabotaje también había llegado al NKVD, como explicó Nikolái Yezhov en una amplia autocrítica. La labor del NKVD llegaba con cuatro años de retraso, porque en el fondo todo se había planteado ya en una instrucción con fecha 8 de mayo de 1933, pero la dirección de la institución—por entonces todavía a las órdenes del comisario del pueblo Genrich Pagoda—no había llevado a cabo las acciones para detener esa labor de sabotaje. Ya desde entonces se debía haber orientado el trabajo del NKVD según la nueva situación, ya que, una vez derrotados los kulaks, lo importante no eran las represalias masivas, sino la labor encauzada y certera para apresar a un enemigo que había variado de un modo radical su forma de actuar. Pero el NKVD no había sido capaz de reestructurar sus métodos de trabajo, el aparato de la organización se había mostrado demasiado lento. Como resultado, el NKVD había estado ocupándose principalmente de casos rutinarios, de delincuentes comunes, de vandalismo, de pequeños delitos, y un ochenta por ciento de los arrestados en ese período no estaban relacionados con delitos contra la seguridad del Estado, mientras que los delitos reales, es decir, los delitos de carácter político, habían escapado a la atención del NKVD. La institución estaba sobrecargada con labores de rutina, y no estaba en absoluto preparada para esa nueva forma de actividades enemigas, tales como la subversión, el sabotaje o el espionaje bajo una máscara de lealtad política. La respuesta a ello no eran las acciones ni las represalias masivas, sino la intervención encauzada, individualizada y precisa, la cual sólo era posible si los agentes del NKVD recibían la adecuada instrucción y formación política para poder diferenciar a las personas verdaderamente leales de los que se enmascaraban tras una falsa lealtad. El NKVD no había estado preparado para la nueva situación y se había sobrecargado de papeleo burocrático, se

había metido en todo tipo de campañas, pero sin conseguir capturar al enemigo verdadero, el enmascarado. Sería necesario pasar al trabajo de la llamada *aguentura*, es decir, la infiltración de enlaces de confianza capaces de descubrir los métodos de trabajo concretos, los contactos, las redes y las conspiraciones que proporcionaran el material probatorio necesario para, de ese modo, desenmascarar al enemigo y combatirlo. La despreocupación y la ignorancia dentro del NKVD habían proporcionado a los enemigos encubiertos una ventaja segura. Durante mucho tiempo, algunas pruebas concretas de delitos habían sido desechadas como fantasiosas o como difamaciones, y por eso no se había seguido la pista a determinados indicios, permitiéndole al enemigo encubierto—a veces incluso en posiciones destacadas de dirección—encubrir las redes, advertir a los enemigos y borrar las pistas. Lo cierto era que muchas pistas no se habían seguido porque se consideró «absurdo» o «descabellado» sospechar que crímenes como el asesinato de Kírov pudieran haber salido del entorno de Zinóviev y de los trotskistas.

Las prisiones se asemejaban a centros de descanso forzoso en los que los enemigos del pueblo podían moverse con libertad, hablar y coordinar sus actividades; allí recibían literatura, papel, utensilios para escribir todo lo que quisieran, allí vivían matrimonios, incluso se concebían hijos y se degradaba a la dirección de la prisión a la categoría de chico de los recados. Y ahora era preciso acabar con esta actitud liberal respecto de las prisiones y los centros de aislamiento político. Después de que la instrucción de mayo de 1933 fuera ignorada en mayor o menor medida, de que el rastro del asesinato de Kírov no se siguiera con la suficiente decisión, los errores del trabajo del NKVD vinieron a corregirse con la carta del Comité Central del 29 de julio de 1936, y él, Yezhov, había realizado desde entonces numerosas detenciones.[34] Yezhov expuso su crítica al NKVD y a la dirección de Yagoda en términos tan duros que este último se puso de

pie de un salto, indignado, y protestó, poniéndose casi en la misma situación en la que habían estado, unos días antes, Bujarin y Rykov. Yagoda fue inculpado de crear y proteger «enchufes», se le reprochó incapacidad de garantizar la seguridad personal de los funcionarios y representantes soviéticos, y esto lo expuso, precisamente, el comisario del pueblo para Asuntos Exteriores, Maksim Litvínov; se dijo que en el NKVD reinaban el caos y la anarquía. Un orador de la sesión plenaria—Iván Zhúkov—preguntó incluso por qué Yagoda no había sido arrestado aún. El acta registró en este punto lo siguiente: «Ruido en la sala».[35] Y fue precisamente el fiscal general, Andréi Vyshinski, el que se encargó de ajustar cuentas, de un modo crítico, con determinadas prácticas de investigación y de interrogatorio en el seno del NKVD. Vyshinski impugnó la tendencia, muy difundida en el NKVD, de llevar a cabo las investigaciones sin basarse demasiado en la consolidación y la presentación de pruebas, sino en la búsqueda de las confesiones. Los agentes investigadores se preocupaban poco de los objetos, de los indicios concretos y objetivos o de los informes periciales, sino sobre todo de las confesiones, las cuales, ciertamente, tenían la desventaja de que podían ser refutadas en cualquier momento por los acusados. En tales casos, el tribunal se veía totalmente desarmado, ya que no podía oponer ningún argumento a la refutación, de modo que todo el curso del proceso podía venirse abajo en cualquier momento. Vyshinski mencionó numerosos ejemplos de tiempos recientes (si bien excluyó los dos procesos públicos de Moscú y su papel prominente en ellos). También citó ejemplos de prácticas de investigación y de interrogatorio en las que el inculpado había sido insultado durante tanto tiempo y puesto bajo tal presión que había terminado por enmudecer sin dar las respuestas que se esperaban de él. «¿Qué se puede hacer con tales confesiones?», preguntó Vyshinski. Se considera inapropiado e inaceptable, un atentado contra el «honor del uniforme», que

la investigación acabe con una confesión de culpabilidad. Una causa que no termina con una confesión es considerada incompleta, arroja una sombra sobre el trabajo y la ética profesional del NKVD.

Gracias a tales costumbres, en lugar de los verdaderos culpables llegan al banquillo de los acusados personas que más tarde resultan inocentes de los cargos de los que han sido acusados o personas que son absolutamente inocentes.[36]

Hasta un cincuenta por ciento de los procesos tenían que ser interrumpidos debido a tales prácticas, o acababan con cambios en la sentencia. Había miembros del NKVD que se jactaban de tales prácticas ilegales y hasta pretendían ser condecorados por ello. Vyshinski ejerció la autocrítica por el hecho de que tales prácticas del enemigo no hubieran sido erradicadas y de que hubiera «trotskistas» incluso en las filas de la fiscalía. Yezhov, que poco tiempo después dirigiría el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, en sustitución de Yagoda, describió en su discurso ante el pleno determinadas prácticas del NKVD:

Tengo que decir claramente que existieron las siguientes prácticas: antes de que el expediente fuera presentado al acusado para ser firmado, lo revisó primero el juez de instrucción y luego lo pasó a los niveles superiores, algunos expedientes importantes llegaron incluso hasta el propio comisario del pueblo. Este hizo anotaciones, y dio indicaciones sobre cómo debía cambiarse el acta. Y sólo entonces se le entregó ésta al acusado (gritos intercalados de Mólotov: «¡Una práctica bastante negativa!»). No puedo excluir, por supuesto, la posibilidad de que algún juez de instrucción que firmase el interrogatorio haya acudido a su superior para preguntarle si había captado el sentido; y por supuesto que después se le entrega al detenido el acta, que la corrige. Pero determinar de antemano lo que tiene que aparecer en un acta y lo que no, eso es inaceptable en cualquier caso.[37]

Yezhov apuntó que todavía podía mencionar otros ejemplos peores que los mencionados por Vyshinski.

Stalin—que en un comentario interpolado había puesto en entredicho el papel de vanguardia del NKVD invocado por Yezhov—trazó un perfil mucho más detallado en el análisis de los motivos ideológicos ocultos tras esas debilidades del NKVD, explicando que en dicha organización no se había entendido que todo había que situarlo en el contexto del cerco que estaba organizando el capitalismo y de la amenaza de una guerra, que ya no se trataba de reprimir a las clases del pasado—ya derrotadas—ni de perseguir ciertas corrientes políticas—para las que ya no había ninguna base social—, sino de detectar a aquellos individuos y elementos que, aun después de denunciarse ellos mismos, de distanciarse de sus antiguas posiciones, habían vuelto a ponerse una máscara para realizar una labor de subversión y socavamiento por encargo del enemigo. Precisamente el distanciamiento de las posiciones anteriores era una táctica para mantenerse dentro del entorno soviético. En ese sentido, Stalin puso como ejemplos, en primer lugar, el comportamiento de los acusados Kámenev y Zinóviev, y de Piatákov, Sokólnikov y Radek en el segundo proceso público de Moscú.[38]

En la resolución final sobre este punto del orden del día se planteó reorientar la labor del NKVD en función de este nuevo enemigo, de esa nueva etapa de confrontación y se decidió endurecer el régimen en las prisiones y mejorar la selección y la formación de los «chekistas». Además de los reajustes organizativos, como la creación de nuevos órganos penales, responsables de la criminalidad común y de los procesos rutinarios, se propuso incrementar la labor de los agentes encubiertos (la *aguentura*: los agentes y los denunciantes) y la expulsión de miembros del NKVD que no estuvieran lo suficientemente alerta en lo político y no fueran suficientemente conscientes. Además, se debía mejorar la dotación y la formación del personal.[39] Sin embargo, en las propias explicaciones de Yezhov

se pudo entrever cuán difícil era reconocer al enemigo; el propio futuro ministro decía de sí mismo que había necesitado algún tiempo para desarrollar cierto olfato y cierto instinto para la nueva situación.[40] Y, en efecto, ¿a partir de qué rasgos se podía reconocer ahora a un enemigo, después de todo lo que se había dicho?; ¿cuándo había que desenmascarar al enemigo: cuando hacía un mal trabajo o cuando realizaba un buen trabajo a fin de enmascarar su acto de sabotaje? ¿Eran los antiguos miembros de la oposición quienes despertaban las sospechas, o eran precisamente los más leales y los conformistas más acríticos quienes estaban predestinados a realizar esa «labor de sabotaje»? ¿Qué brújula podía servirle a partir de ahora al NKVD—como vanguardia del Partido—, para orientarse en esa niebla en la que ya no había frentes de clase?

DISOLUCIÓN DEL PARTIDO Y CREACIÓN DE OTRO NUEVO

Todos los informes de rendición de cuentas, los balances y las autocríticas—también los del NKVD—desembocaban en la cuestión relativa al papel y la responsabilidad que debían asumir los militantes del Partido Comunista en ese proceso que había descarrilado y qué conclusiones habría que sacar de todo ello. La ponencia principal sobre esta cuestión clave la asumió el propio Stalin, mientras que los demás papeles en el debate los asumieron Andréi Zhdánov y Gueorgui Malenkov.

La tesis principal de Stalin se dirigía contra la «perezosa» idea de que los conflictos disminuían, de que el enemigo de clase, en cierto modo, se había amansado y de que la lucha de clases se había debilitado en la URSS:

Por el contrario, cuanto más no movemos hacia delante, cuantos más éxitos tenemos, tanto más salvajemente golpearán a su alrede-

dor los residuos de las derrotadas clases explotadoras, tanto más rápidamente pasarán a las confrontaciones más enconadas, tanto más arrojarán fango sobre el Estado soviético, tanto más buscarán su último refugio en los medios de lucha más desesperados.[41]

Era preciso acabar con esa pasividad y con la despreocupación, mirar la realidad a la cara: al agravamiento de la situación internacional, al creciente peligro de guerra; había que cobrar conciencia de que la construcción de algo necesitaba mucho tiempo, pero la voladura del dique de una presa o de un puente de ferrocarril era cuestión de un segundo. En esa situación, los cuadros lo decidían todo. Si estaban preparados, podrían solucionarse todas las tareas. Stalin contaba con tres grupos dentro del Partido: a la cabeza estaban los generales, con tres mil o cuatro mil funcionarios, en el nivel intermedio estaba el cuerpo de oficiales, de unos treinta mil o cuarenta mil funcionarios y finalmente estaban entre cien mil y ciento cincuenta mil militantes del Partido a los que se podía calificar de suboficiales. En todos los niveles, los secretarios del Partido debían tener dos sustitutos, a los que habría que encontrar entre los miles y miles de personas capaces y laboriosas. Los funcionarios del grupo dirigente—adaptados a los distintos niveles—tendrían que realizar cursos. De ese modo podría prepararse el reemplazo de los miembros del Comité Central.[42] A esa ponencia, acogida con gran alivio, casi con entusiasmo (con exclamaciones interpoladas de Eduards Pramnieks, secretario del Partido en la región de Gorki, y de Borís Sheboldáiev, secretario del Partido en el norte del Cáucaso), le siguió un debate de dos días que giró primero en torno al tema del inventario de los cuadros. El tenor de la mayoría de las intervenciones fue que el Partido estaba pasando por una fase de gran debilitamiento, que en algunos lugares, incluso, se estaba disolviendo o estaba paralizado del todo, y que algunas fuerzas hostiles al Partido, la mayoría de ellas trotskistas, no sólo habían podido mantenerse en mu-

chos de los lugares, sino que habían ascendido hasta los niveles de la cúpula dirigente; los líderes partidistas de dichas localidades se comportaban a veces como «pequeños principitos» (*kniazhki*), y su actitud respecto del movimiento de masas, sobre todo su actitud frente a la crítica de esas masas, no sólo era pasiva y apática, sino también hostil. Los niveles de los dirigentes intermedios y más altos se sentían presas de un gran miedo a la crítica, tanto la de arriba como la de abajo. En el debate se expusieron autoinculpaciones por falta de vigilancia, al haber pasado por alto ciertas «señales» y haberlas desatendido:

> Yo confié en esa gente, jamás se me pasó por la cabeza la idea de que podían ser enemigos. No pensé que esa clase de personas podían resultar enemigas, espías o desviacionistas. Fue una ceguera, un exceso de confianza, y ello trajo consigo que ni siquiera se haya investigado a esas personas.

Como algo evidente, se las veía como «nuestra gente».[43] Pero a partir de ahora ya no se debería confiar en nadie más. De manera detallada y dramática se describió la situación en algunas organizaciones del Partido: en Kiev, por ejemplo, y en las regiones del mar Negro y el mar de Azov. Se sometió a una dura crítica la labor de la organización partidista en el Ejército, en el ramo de los periódicos. Los representantes del Partido en el Ejército se vanagloriaban de haber realizado bastante tempranamente la purga de elementos trotskistas, en lo que destacaron, sobre todo, Yan Gamárnik, el segundo Comisario del Pueblo para el Ejército, y Kliment Voroshílov, comisario del pueblo para la Defensa. Otros veían pruebas de que seguía habiendo trotskistas cometiendo sus fechorías en el ramo de la prensa, por ejemplo, en la figura del demonio de las erratas de imprenta, que cambiaban el sentido de lo publicado o creaban mensajes políticos subversivos.[44] En el centro de la crítica estaban las formas de comportamiento,

los métodos de dirección y el estilo de trabajo, sobre todo de los niveles directivos.

De ello formaba parte la crítica a la hipocresía, a la adulación, a la actitud despótica de los capos del Partido locales y regionales, que habían enchufado a sus amigos (y hasta se los habían llevado consigo a otras regiones cuando habían sido trasladados). También se veía de forma crítica la constante fluctuación del personal dirigente, con la consecuencia de que nadie podía familiarizarse con el trabajo y asumir responsabilidades a largo plazo, por lo que la dirección del Partido era una especie de actor invitado que estaba siempre de gira (*gastroliorski jarákter*).[45] Otro punto crítico era la economía de clanes y el nepotismo, asociados al reparto de cargos y privilegios entre familiares y amigos, a los favores mutuos y a la represión de la crítica, muy relacionada con lo anterior. El principio de las elecciones de los niveles directivos había sido derogado desde hacía mucho tiempo, la cooptación y el autorreclutamiento desde el propio entorno se había vuelto la norma. Hacía tiempo que ya no había elecciones ni reuniones del Partido en las que se rindiera cuenta sobre el trabajo realizado. En el debate se mencionaron cifras estremecedoras que indicaban que los gremios partidistas hacía tiempo que no eran determinados por comicios y que había más expulsados de las filas partidistas que militantes.

En el debate sobre el problema de la destrucción de la «democracia partidista» por medio de la cooptación se mencionaron las siguientes cifras:

> En todos los niveles de dirección en las secciones del Partido Comunista existe una media del 11,6% de camaradas militantes del grupo dirigente que son cooptados; en Kiev conforman un 22,8%; en Bielorrusia, un 26,2%; en las direcciones territoriales y municipales de Moscú son un 17%; en Leningrado conforman un 17,5% [...], y en las direcciones territoriales la cifra oscila entre un 14 y un 59%.[46]

Esta práctica había conducido a una unificación de los cuadros de dirección, a la cerrazón frente a la crítica y a la formación de intereses propios y de *lobbies* en los distintos aparatos.

En cuanto a las cifras de miembros y a la práctica de expulsión se mencionaron los siguientes datos. Los dos millones de militantes del Partido tenían una situación difícil en el país en su conjunto, en las ciudades y en las fábricas. En amplios sectores no había ningún comunista, ninguna organización partidista. Particularmente, en lugares apartados y en los sectores económicos afectados por la fluctuación de las fuerzas de trabajo, resultaba difícil desarrollar una labor continuada del Partido. Jruschov, en su informe, mencionó cifras alarmantes de expulsados para el caso de Moscú, que a menudo conformaban la mayoría en las fábricas respecto de los militantes. Pero Jruschov también señaló los motivos de esas dificultades: la imposibilidad de abarcar una organización que casi se hundía bajo el peso de las oleadas de inmigrantes, una organización, sencillamente, sobrecargada, que no estaba en condiciones de verificar el origen, las biografías y el pasado partidista de esas personas.[47]

Y allí donde había organizaciones partidistas, éstas se enfrentaban a un gran número de antiguos militantes que habían sido expulsados de las filas del Partido en el transcurso de las verificaciones y las purgas. En muchos lugares había, entretanto, más expulsados que militantes (un enorme ejército de decepcionados, de resentidos e insatisfechos, y un hervidero para el reclutamiento de posibles opositores). En Siberia Occidental se había expulsado del Partido, en los últimos once años, a 93 000 militantes, y ahora sólo había 44 000.[48] En el sector del transporte había 156 000 militantes y 75 000 expulsados en los últimos años. En algunos departamentos había cien expulsados frente a ochenta miembros en activo.[49] En las organizaciones partidistas del Ejército Rojo se había purgado en los últimos diez o doce años a 47 000 miembros.[50] La organización partidista en Kirguis-

tán se había reducido en un plazo de dos años de 14 000 a 6000 miembros, y la cifra de militantes en Odesa había retrocedido, entre 1933 y 1937, de 61 000 a 33 500.[51]

Reelección de los dirigentes por cooptación, expulsión de militantes en lugar de confrontación, crítica y reeducación—«formalismo», «política sin alma» en el trato con las personas—daban fe de un miedo a la crítica desde abajo. El ciudadano de a pie no tenía oportunidad de conocer los propósitos de los dirigentes, sus cartas a éstos eran ignoradas, en muchos casos se perseguía a los críticos incómodos y se les sometía a presión. Ello les ponía las cosas fáciles a los enemigos del Partido, fueran de izquierda o de derecha, a la hora de sembrar el descontento y aprovecharlo para sus fines. Había una manera de pensar según la cual, con un partido de dos millones de miembros, no importaban ni el individuo ni los otros diez mil expulsados, dado que ellos sólo representaban una carga. Se ofendía a la gente y con ello se la arrojaba a los brazos de los trotskistas. Según Stalin, en el transcurso de los últimos años se había «expulsado a trescientas mil personas por comportamiento inhumano y falta de sensibilidad burocrática», y desde 1922 la cifra alcanzaba el medio millón. Cuando se analizaban las fábricas individualmente—por ejemplo, la fábrica Kolomensk con sus treinta mil trabajadores—, se veía que había allí mil cuatrocientos militantes y dos mil excluidos. Ello era agua para el molino del enemigo, pues incrementaba las reservas de éste, cuyo núcleo duro, en realidad, era débil. Stalin la estima en treinta mil—con dos millones de militantes del Partido—, de los cuales habría dieciocho mil que ya habían sido arrestados y otros doce mil que permanecían en libertad.[52]

EL MECANISMO SE PONE EN MARCHA

Las conclusiones que Stalin saca en su discurso de clausura tenían en el punto de mira a los cuadros, a la creación de un

nuevo personal dirigente. Ello incluía a la cúpula más alta del Partido:

> He dicho en mi ponencia que nosotros, los antiguos miembros del Politburo, nos iremos pronto. Es una ley natural. Y desearíamos que se produzca ese cambio, pero para organizarlo es preciso prepararse para ello.

Stalin mencionó algunas cifras: ciento dos mil primeros secretarios de las organizaciones de base, tres mil quinientos secretarios de distrito, más de dos mil secretarios de los comités de la ciudad, más de cien secretarios para los niveles de dirección de los partidos comunistas nacionales en las distintas repúblicas. Ese era el inventario conductor, «que siempre habrá de aprender y perfeccionarse».[53] Ese nuevo grupo dirigente ocuparía el lugar del antiguo, sería el armazón de un nuevo partido, en sustitución del viejo, que se extinguiría físicamente, se desmoronaría o sería eliminado. El personal para ello ya estaba, en esencia, listo. Era la juventud que estaba incomparablemente mejor cualificada que la antigua elite partidista, y que sólo estaba esperando ocupar el lugar de esta última. En 1927 sólo había nueve mil seiscientos militantes con formación universitaria, en 1937 eran ya ciento cinco mil.[54]

Ese partido en esencia nuevo surgía en un proceso doble: por un lado, en la liberación de una avalancha de insatisfacción, de la crítica de las masas, de un movimiento de masas desde abajo, y por otro, en la encauzada eliminación de los vestigios de la vieja elite partidista: en su ponencia inaugural, Stalin habló de «arrancar de raíz» o de «eliminar» (*vykorchevyvanie*), así como de «desmantelar» (*razgrom*).[55] En el punto de intersección donde se encontrarían la crítica de las masas desde abajo y la criminalización y represión policial desde arriba surgía aquel torbellino en el que se creaba un nuevo estado de cosas. Y fue la combinación del terror desde arriba y del terror desde abajo a través de lo que el grupo diri-

gente en torno a Stalin reafirmó su poder.[16] A las masas sólo podía enseñarlas quien aprendiera de ellas:

> Eso que ven los que gobiernan lo ven también los gobernados desde el lado opuesto. Ellos miran a la misma cosa desde su reverso. Lo que nosotros no vemos lo ven tal vez las tropas de a pie del Partido, los militantes humildes, y lo que ellos ven la mayoría de las veces nosotros no lo vemos.

La unión de ambas experiencias, la de arriba y la de abajo, daba como resultado el auténtico conocimiento absoluto de un asunto. El Partido era como Anteo, el hijo de Poseidón y de Gaia: seguiría siendo invencible mientras mantuviera el contacto con la tierra, pero perdería su fuerza y sería vencido cuando alzara los pies de ella.[17] También para aquel núcleo que habría de ser destruido, exterminado, Stalin dio cifras: los restantes treinta mil opositores.

El mecanismo se puso en marcha casi inmediatamente después de terminado el pleno. Hasta el 22 de mayo, todas las organizaciones del Partido debían celebrar elecciones, que debían llevarse a cabo también en otras organizaciones de masa, en los sindicatos y las asociaciones profesionales. Asociadas a ellas, debían comenzar los preparativos para las elecciones a los soviets en los distintos niveles y para el Soviet Supremo. Y el NKVD debía asumir por fin de nuevo, tras cuatro años de dilaciones, su función en la vanguardia. Nada de lo que sucedió en los meses siguientes puede entenderse sin la específica presión de tiempo que emanaba de esas citas electorales. Así surgió, bajo la mayor presión, un movimiento ya ininterrumpido que se alimentaba de muchos impulsos y varias oleadas superpuestas, un movimiento que, una vez puesto en marcha, haría que la situación se hiciera aún más inabarcable y caótica de lo que ya era, y al que ya no se le podría poner freno, ni siquiera el dictador más omnipotente.

MOSCÚ EN PARÍS: EL PABELLÓN DE LA URSS EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE 1937

EL RECORRIDO DE UNA EXPOSICION: UN VIAJE POR EL MAPA DE LA URSS, *329* — EN EL PARQUE TEMÁTICO DE LA CIVILIZACIÓN DEL SIGLO XX, *334* — ENCUENTROS AL MARGEN, *337*

La Exposición Universal de París, que abrió sus puertas desde el 25 de mayo hasta el 25 de noviembre de 1937, fue también un acontecimiento moscovita. En los momentos previos, los periódicos de Moscú habían informado acerca de los planes y los preparativos.[1] La monumental escultura de Vera Mújina *El obrero y la koljosiana*, que coronaba el pabellón soviético, se había convertido desde el primer día en la clave cifrada de la primera participación de la Unión Soviética en una Exposición Universal, el emblema de la entrada en escena a nivel mundial, una y otra vez reproducida en periódicos, carteles y películas. De forma detallada se informó en los periódicos soviéticos acerca de los éxitos en la capital francesa, de la concesión de condecoraciones, del Grand Prix y de las logradas primeras presentaciones. Se informó, sobre todo, acerca de las impresiones que se llevaban los visitantes, y al final uno se llevaba la impresión general de que el eco emitido de vuelta hacia la URSS era, por lo menos, tan importante como la impresión inmediata causada entre los más de treinta millones de visitantes llegados desde todo el mundo. Durante la Exposición Universal se intensificó el ir y venir entre París y Moscú como no había sucedido en veinte años: artistas, actores y prominentes figuras soviéticas de toda índole subían en la es-

tación de Bielorrusia al expreso con destino a París o eran agasajados tras su regreso de la capital francesa, como sucedió, por ejemplo, con el conjunto del Teatro de Artistas de Moscú.[2]

El hecho de que la Unión Soviética participara en la Exposición Universal de París no había sido algo obvio desde el comienzo. En el seno del movimiento obrero socialista siempre hubo una sensación encontrada respecto de las exposiciones universales e industriales. Por un lado, eran una alabanza a la artesanía, a la capacidad inventiva del intelecto humano y, en particular, del hombre trabajador—baste recordar la primera exposición industrial realizada en el Campo de Marte en el año 1798—; por otro lado, Marx las había descrito como el panteón en el que la burguesía, con orgullosa autocomplacencia, «exhibía los dioses que ella misma se había creado».[3] Por un lado, era un gran acontecimiento en el que la burguesía resumía y celebraba sus actividades a nivel mundial; pero por otro lado, con sus palacios de cristal, sus innovaciones técnicas y sus sueños, hablaba de un futuro feliz. Por un lado, era un espectáculo de diversión efectivo para las masas, el de una industria del turismo y del entretenimiento en auge; por otro lado, era el sitio en el que se podían enviar mensajes dirigidos a la humanidad: por ejemplo, para la Exposición Universal de París de 1867, Victor Hugo había escrito su manifiesto *A los pueblos de Europa*.[4]

A lo largo de casi un siglo las Exposiciones Universales habían cambiado su función de una manera notable. «Las Exposiciones Universales son lugares de peregrinación al fetiche de la mercancía», había escrito Walter Benjamin en su libro *París, capital del siglo XIX*. Para la exposición de 1937, en la que participaron cuarenta y seis naciones, lo principal era su manifestación de fuerza nacionalista, su exhibición de los logros de las naciones. Pero el lugar y el momento se ocuparon de que la Exposición Universal de París—no sólo desde una retrospectiva histórica—tuviera una connotación bastante particular. París y el Campo de Marte no sólo fueron el

lugar en el que habían tenido lugar otras Exposiciones Universales—algo imposible de pasar por alto era la Torre Eiffel, construida para la Exposición Universal de 1900—; París era también la ciudad de los acuerdos de paz con los que había acabado la Primera Guerra Mundial y se había creado el nuevo orden de Europa. Y París 1937 también era el lugar en el que se hacían visibles las líneas del frente de los futuros conflictos y catástrofes. La muestra, que debía presentar el estado de nuestra civilización dos décadas después de la Primera Guerra Mundial, conducía directamente a la guerra futura. No es casual que en el centro de la atención de los visitantes no estuviera tanto la Columna de la Paz, entre las dos secciones del transformado Palais de Chaillot, sino más bien el *Guernica* de Pablo Picasso, terminado después de la inauguración, que trajo a los terrenos de la exposición parisiense la guerra civil española y los horrores del primer ataque aéreo masivo contra la población civil. El azar hizo que los visitantes que afluían en masa hasta la exposición tuvieran que pasar forzosamente por delante del pabellón soviético y el pabellón alemán, situados el uno frente al otro.

París se había convertido en un escenario asediado por las pugnas. Los electores franceses, a la vista de la crisis del país y del avance del fascismo y del nacionalsocialismo en Europa, se habían decidido en 1936 por la creación de un Gobierno del Frente Nacional:

Desde la distancia de cincuenta años, la exposición de 1937 parece en cierto modo el final de un mundo, la última fiesta antes de la catástrofe de la guerra, cuyo advenimiento ya se intuía, pero que se intentó conjurar con el levantamiento de una Columna de la Paz, el tótem de una triste desesperación. Una sociedad envejecida en su demografía, que apenas se había recuperado del trauma de la guerra anterior, intentaba olvidar la crisis económica, política y social y buscaba su identidad en la medida en que se exhibía al mundo entero de forma pública.[5]

EL RECORRIDO DE UNA EXPOSICIÓN: UN VIAJE POR EL MAPA DE LA URSS

La presentación de la URSS en la Exposición Universal de París había sido preparada durante mucho tiempo y con todo detalle. La Unión Soviética había dejado atrás su condición de paria (de la que en parte era culpable) y su actitud de confrontación, y había entrado a formar parte, en 1934, de la Liga de Naciones. La participación en la Exposición Universal de París era, en el terreno de la tecnología y la cultura, el equivalente de una diplomacia en el espíritu de la seguridad colectiva a la vista del nuevo peligro de guerra que emanaba del nacionalsocialismo. Los dirigentes soviéticos deseaban mostrar, sobre todo, cómo el país se había transformado en los últimos años. En el pabellón la URSS celebró en cierto modo, en un marco extraterritorial, el vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre. Los visitantes eran invitados a un viaje por el mapa de la URSS. En el pabellón podían ver un mapa de 19,5 metros cuadrados, realizado con piedras semipreciosas y minerales. Todos los logros—la conquista del norte, el desarrollo de la aviación o de la construcción—debían quedar ilustrados a través de maquetas de edificaciones recién terminadas (como la fábrica metalúrgica de Kuznetsk), del canal del Volga y el Moscova o con la sección de un vagón del metro moscovita.[6]

El programa, en sus elementos básicos, había sido formulado desde el otoño de 1935 y acordado de forma definitiva en el verano de 1936. Lo que se pretendía era realizar una edificación moderna en la que se usarían, en efecto, materiales valiosos, pero que, además de la decoración y los ornamentos, aplicara también los efectos de la electricidad, de los distintos estilos de iluminación, y que no fuera, conscientemente, la copia de ningún edificio de carácter histórico. En el concurso cerrado se les permitió participar a varios destacados arquitectos soviéticos, entre ellos Moiséi Guinzburg, Karó Alabián, Dmitri Chechulin, Borís Iofán, Vladí-

mir Schuko, Vladímir Gelfreich y Konstantín Mélnikov.[7] El encargo lo obtuvo, finalmente, Borís Iofán, que había realizado en Moscú el proyecto para el Palacio de los Soviets. Estaban previstas de antemano las funciones y el tamaño de los espacios, así como los temas. Lo que el visitante pudo ver era resumido más tarde por un periodista soviético:

Ante nuestros ojos tenemos un claro prototipo de una determinada idea arquitectónica que empieza a cristalizar ahora, que es llevada adelante y alimentada por todo un período de desarrollo de la arquitectura soviética. [...] No cabe duda de que la primera y más importante cualidad del pabellón de París, en su condición de obra arquitectónica, es la complejidad del diseño de esa obra constructiva.

El edificio del pabellón de la Expo no sólo debe ser un recipiente y una «vitrina» para ciertas piezas de exposición, sino que él mismo es una pieza de exposición, la cual, en cierto modo, representa al conjunto del Estado en una muestra internacional. El arquitecto del pabellón de la Exposición Universal de París también entendió así su tarea. [...] Esta figura está en agudo y osado contraste con todo el entorno de los terrenos de la Expo. La fuerza de convicción y la claridad no sólo se consiguen con el uso de símbolos y emblemas. La figura realista y viva, llena de fuerza, de belleza, el movimiento y espíritu juvenil, la figura del hombre nuevo, imbuida de una verdad interior y convencida de que la razón está de su parte: ésos son los rasgos con los que Vera Mújina ha dotado al gigantesco grupo escultórico fabricado con acero inoxidable.[8]

El pabellón, situado en espejeante simetría frente al pabellón alemán, descollaba, con su estrecha pero elevada fachada de la entrada, por encima de los treinta y cuatro metros, y sobre ellos se alzaba el grupo escultórico de veinticuatro metros y medio de altura, dinámicamente en avance hacia delante, en paso de ataque. El edificio del pabellón y la escultura formaban, según las ideas de Iofán y de Mújina, una unidad dinámica, acentuada aún más por la longitud del pabellón,

que se retiraba escalonadamente hacia el fondo de los terrenos, como expresión de una escala fluida y dinámica, mientras que el visitante debía ser, en cierto modo, absorbido hacia el interior del edificio a través de una escalinata.[9]

La decoración interior estuvo en manos de un discípulo de Malévich, Nikolái Suietin[10]—un buen ejemplo de cómo las líneas de una modernidad radical (Malévich) se unían con las de un academicista formado en Roma—; también el proyecto de Suetin para la escalinata revela un fino olfato para los efectos de brillantez.[11] En cinco salas y un salón de honor, se presentaban distintos ámbitos de la vida estatal, social y cultural, todo a través de maquetas, mapas y diagramas. Lo que se debía ilustrar era el desarrollo de la URSS desde el año 1917, con cifras y estadísticas, el crecimiento de la industria, de la población total y, muy especialmente, del proletariado, con descripciones del surgimiento de la mayor agricultura del mundo (con cifras sobre superficies cultivadas, informaciones sobre la red de sovjoses y las plantas de tractores y motores).[12] Otro punto temático en la primera sala debía presentar el desarrollo de la ciencia y la planificación, la reorganización de la Academia de Ciencias, la exploración sistemática de los recursos naturales, el desarrollo de la base energética del país, los nuevos métodos en el desarrollo de los cultivos agrícolas en el norte y la formación de los cuadros científicos. Había un *stand* aparte dedicado a la nueva Constitución de Stalin, así como una selección de los artículos más importantes de la misma. La Constitución fue expuesta por medio de un cuadro monumental que reflejaba la aprobación de la Carta Magna en el VIII Congreso de los Soviets; debía transmitir lo que los veinte años de poder soviético habían significado para los ciudadanos, los obreros, los campesinos, los empleados y los miembros de las minorías nacionales: eliminación del desempleo, seguridad social, protección laboral, acceso a la educación y mucho más. La segunda sala tenía como tema el desarrollo

urbanístico y arquitectónico. Allí uno podía familiarizarse con el Plan General para la Reconstrucción de Moscú, con el estado de los trabajos para la construcción del metro, los proyectos para otros grandes planes constructivos, como la Casa del Sovnarkom, el edificio del Comisariado del Pueblo para la Industria Pesada, el Teatro del Ejército Rojo, el parque Gorki, en fin, los hitos de la transformación de la ciudad. En una tercera sala se documentaba el estado de la educación nacional, en los ámbitos de las bibliotecas, de los museos, de la prensa y del mundo editorial. En la cuarta sala se exponían pinturas, esculturas, artes gráficas y arte popular. La quinta sala tenía como tema el cine, la radio, la música y el teatro. Allí estaba, obviamente, la maqueta en yeso del Palacio de los Soviets, de cinco metros de alto, prestada para la ocasión por la Concejalía de Urbanismo moscovita.[13] Para la siguiente sala estaba prevista una exhibición del transporte por ferrocarril, de la ampliación de la navegación y, sobre todo, del desarrollo de la aviación.[14] La secuencia de las salas iba a desembocar, tras pasar la maqueta del Palacio de los Soviets, en el Salón de Honor, en cuyo centro había una estatua de Stalin de 3,5 metros de altura, realizada por Serguéi Merkúrov, mientras que las paredes laterales y la pared trasera estaban cubiertas de cuadros de gran formato. Sobre la imagen central, obra de Aleksandr Deineka, con sus «ciudadanos de honor», se mueve hacia fuera, saliendo del cuadro y en tamaño natural, una columna de marcha que avanza hacia el espectador, en la mayoría de los casos con elegantes trajes blancos o trajes nacionales cortados a medida: jóvenes y viejos avanzan hacia la Plaza Roja, mientras que en el fondo se puede distinguir la construcción de la torre del aún inexistente Palacio de los Soviets; se trata de representantes de la nueva aristocracia proletaria surgida de la nueva sociedad, la imagen de una nueva elite floreciente. En la pintura de Alekséi Pajómov, en el lado derecho, pueden verse jóvenes pioneros de ambos

sexos realizando una competición de aeromodelismo en el estadio de Leningrado. En el lado izquierdo se muestra un cuadro de Aleksandr Samojválov con deportistas de ambos sexos en un estadio que hacen elevarse un globo adornado con la bandera oficial de la Unión Soviética. Los tres cuadros abarcan toda la pared y tienen el formato monumental de seis por seis metros. En todos predomina lo sencillo, el blanco de los trajes y los sombreros, la claridad de un cielo surcado por aviones, torres o paracaídas, el dinamismo, el aspecto atlético de los cuerpos entrenados.[15]

Una visualización tan concentrada de la imagen que tenían los soviéticos de sí mismos hubiera podido verse también en Moscú en distintos lugares de exposición. La reunión de proyectos tan dispares en un mismo lugar, el del pabellón—o más exactamente, el Salón de Honor del pabellón—, consigue una densidad apenas alcanzada en otra parte. Las obras de arte reunidas en el Salón de Honor habían sido creadas todas, expresamente, para la muestra, como lo había sido también el grupo escultórico de Vera Mújina. Todos los mitos de la época se ven reunidos en un mismo punto: el papel de la ciencia y de la tecnología con la idea de la planificación, capaz de eliminar la anarquía y el caos; la conquista del cielo y de las hostiles regiones del polo, aún no exploradas por el hombre, o del lejano norte; la transformación racional de la naturaleza a través de la infraestructura moderna, la construcción de puentes y canales; el rediseño de las ciudades a partir de principios racionales; el autoperfeccionamiento del hombre, de su cuerpo y de su intelecto; la combinación de la actividad artística con la actividad profana del día a día. La manera en que los soviéticos se imaginan a sí mismos es llevada, en el pabellón de la Exposición Universal de París, a su punto máximo, en una superficie expositiva de mil quinientos metros cuadrados.

EN EL PARQUE TEMÁTICO DE LA CIVILIZACIÓN DEL SIGLO XX

Muchos de los visitantes de la Exposición Universal se daban cuenta de que el pabellón soviético tenía cierto elemento notable, y lo mencionaban al unísono, la mayoría de las veces, con los pabellones italiano y alemán. Con ello se referían sobre todo a la monumentalidad y al obvio rasgo ostentoso y propagandístico; un visitante llegó a contar las veces que Stalin era citado en el pabellón soviético: nada menos que sesenta.[16] En qué medida el elemento monumental era un rasgo distintivo de los pabellones soviético, italiano y alemán se pone claramente de manifiesto cuando se observa el pabellón español de Josep Lluís Sert y de Luis Lacasa o el pabellón finlandés de Alvar Aalto como ejemplos de una arquitectura civil centrada en el hombre. Más allá de todas las diferencias ideológicas entre los tres Estados representados por aquellos tres pabellones, lo que se transmite en ellos es el monumentalismo, como una «*image des civilisations totalitaires*» (J. Rimaud), si bien monumentales eran también otras edificaciones, por ejemplo, el pabellón del país anfitrión: piénsese en la reconstrucción del Palais de Chaillot y el Museo de Arte Moderno.[17]

Asimismo, es acertado decir que la diferencia del pabellón soviético respecto del pabellón alemán se percibía en lo siguiente:

> En la relación antitética de los pabellones soviético y alemán se libró temporalmente por última vez la lucha que había dominado toda la arquitectura de la modernidad clásica entre la fe en el progreso y la reacción, entre las ideologías socialistas y las restauradoras: todo el diseño del pabellón de la URSS estaba comprometido con el dinamismo de la modernidad. Los pesados cubos de los compartimentos de la construcción, sin aberturas (que se asemejan de un modo asombroso a la arquitectura de Speer), fueron sustituidos por escuadrillas en forma de cuñas; de ese modo los cubos

parecen lascas que, en efecto, aparentan lanzarse con ímpetu hacia delante. Un estilo cuyo simbólico ímpetu de avance era denunciado en la Alemania de la década de 1920 por sus detractores como una expresión de nomadismo moderno, una esencia intelectualista y voluble. Un estilo, además, que se oponía diametralmente a la ideología del espacio vital del fascismo alemán, a la idealización de la capacidad de resistencia (arquitectónica). En el Tercer Reich—y ahora en París—la arquitectura nazi respondía a ese desafío con monumentos de la inmovilidad obsesionados con lo eterno.[18]

Albert Speer, quien por casualidad había visto el proyecto—mantenido en secreto—del pabellón soviético, se sintió supuestamente tan impresionado con ese grupo de figuras en avance que corrigió un vez más su proyecto para el pabellón alemán:

A continuación proyecté un masa cúbica dividida en pesados pilares y que parecía contener esa avalancha, mientras que desde la moldura de mi torre miraba desde lo alto, hacia la pareja de rusos, un águila con la cruz gamada entre sus garras. Por la construcción recibí una medalla de oro; y mi colega soviético también.[19]

Los temas presentados en el pabellón soviético—y a menudo también la forma en que éstos eran presentados—estaban en perfecta consonancia con la época y se diferenciaban, en todo caso, por su radicalismo al apartarse del *mainstream* contemporáneo. Aquella Exposición Universal lo era también en otro sentido: presentaba los temas fundamentales de la época en unos terrenos de ciento tres hectáreas en trescientos pabellones. Cuando se caminaba desde la colina de Chaillot bajando hacia el Sena, se entraba en un parque temático del siglo XX:

Al pie de la Torre Eiffel estaban emplazados los pabellones de la prensa y del cine, del mismo modo que detrás del Campo de Marte

estaban los pabellones de la electricidad y de la luz. Entre el Sena y la avenida de Suffren se encontraba el Centre Régional, y en la Île des Cygnes estaba representada Francia con sus departamentos de ultramar. Sena arriba estaban situados, en la orilla derecha, los pabellones de la higiene, del deporte de vela, los museos de arte moderno, el Grand Palais y el Palais de la Découverte. En la orilla izquierda se pasaba, uno tras otro, junto al Centre des Métiers, y en los terrenos situados detrás estaban entre otros, los pabellones termales, los del turismo y los de la UAM (Union des Artistes Modernes). Sobre la explanada de la catedral de los Inválidos uno encontraba los pabellones de la aviación y del ferrocarril, seguidos de un parque con curiosidades. Y como ampliación de la exposición, Le Corbusier construyó el pabellón llamado *Des Temps Nouveaux*.[20]

Ya en el título de la exposición, «Exposition Internationale des Arts et Techniques dans la Vie Moderne», se escuchaba el eco de los temas principales. Los artistas más importantes de la época abordaban temas como el «transporte de las fuerzas» (Fernand Léger) y «la electricidad libre» (Raoul Dufy). Robert Delaunay había pintado en la entrada del pabellón del ferrocarril el mural *Aire, hierro y agua*. Motivos de otros cuadros de Delaunay eran: la sinfonía del ferrocarril, la velocidad, la seguridad, la precisión, la flexibilidad, las hélices y el ritmo,[21] y un pabellón de la aviación como construcción aerodinámica. Casi todos los temas del pabellón soviético se reencuentran en las exposiciones temáticas y en otros pabellones nacionales: la ciencia, la planificación, la salud, la organización del trabajo, el deporte, el turismo, el urbanismo, la higiene, el transporte, las celebraciones de masas. Casi todos los medios—que tan destacado papel desempeñaban en el pabellón soviético—eran utilizados también por otros: carteles, documentaciones fotográficas, estadísticas y diagramas, reflectores e iluminaciones a gran escala. Apenas hubo una nación que no asociara sus progresos con un himno a la aviación, apenas hubo un acto en el que no se emplearan la luz y los reflectores a gran escala.

Como todos los grandes acontecimientos, la Exposición Universal también puso en movimiento a centenares de miles de personas, incluso a millones. El recuento exacto arrojó una cifra de 31 040 955 visitantes.[22] La Exposición Universal se convirtió en un destino para turistas de todo el mundo. Se viajaba a París, también, para ver la Expo. Se escogía una ruta que conducía a través de París, o se trasladaba a la capital un congreso que normalmente se hubiera celebrado en Biarritz. Lo circense, lo espectacular y lo sensacional—sin lo cual no puede arreglárselas ninguna gran exhibición—surtieron su efecto. De ese modo, en el año 1937 se cruzan en París los caminos de millones de personas, allí se tocan la circulación de la vida en la capital política y cultural con la acelerada circulación de personas de un evento extraordinario. En el propio catálogo de la exposición se decía lo siguiente:

> Su propósito es ser una manifestación de concordia y de paz, en la medida en que se esfuerza no sólo por incrementar el intercambio económico, sino también el intercambio de ideas y de amistad. [...] La Exposición Universal de 1937 pretende, por lo tanto, representar una síntesis de todo el progreso alcanzado por nuestra generación. Con ello intenta ofrecer un balance de la civilización en nuestro mundo. Ese balance aleccionará a cada pueblo y le mostrará en qué ámbitos ha de dirigir sus esfuerzos para preservar su rango o alcanzar uno mejor.[23]

París era la capital europea del exilio, y aquí los expulsados de sus respectivos países encontraban una oportunidad de echar una ojeada a la autorrepresentación de sus países de origen, de oír, gracias al programa artístico paralelo, ponencias, conferencias o presentaciones y de ver películas en su lengua materna. Desde la década de 1920 París era la capital del exilio ruso, con decenas de miles de emigrantes que tenían sus propios periódicos, cafés, partidos políticos, es-

cuelas y editoriales.[24] Algo más tarde, y en una situación algo distinta, se encontraron allí los expulsados y exiliados de Alemania después de 1933. París era también un caravasar de aquellos que iban camino de España o regresaban de ella.

De ese modo, el París ruso se encontró en París con la Unión Soviética y, a menudo por primera vez, pudo ver obras en el original, como películas sobre el Plan Quinquenal o presentaciones de clásicos del Teatro de los Artistas. Pudieron ver y oír desmesuras. Para la mayoría de los exiliados, el pabellón soviético era una provocación, una falsificación histórica, un acto de dimensiones potemkinianas que no se cansaron de denunciar en sus periódicos y folletos. El París ruso, se agrupa en torno a la estatua de Stalin hecha por Merkúrov y admira los frescos pintados por Deineka y Samojválov. Pero también había algunos inmigrantes que empezaban a sentirse orgullosos de su patria, y vieron con ojos incrédulos cómo el mundo tomaba conocimiento de las cifras récord de los planes quinquenales, o de los casi increíbles éxitos obtenidos en la alfabetización, y pasaba por alto otros aspectos más oscuros. Todavía estaban bien frescos en la memoria los procesos públicos; el segundo, incluso, había tenido lugar tan sólo tres meses atrás. La Exposición Universal acababa de ser inaugurada cuando llegaron desde Moscú las increíbles noticias acerca de una conspiración dentro de la cúpula militar y se anunció la ejecución de los conjurados. En París había una prensa independiente e informada, así como una opinión pública que se formaba sus propias opiniones y que acababa de leer los *Retoques a mi «Regreso de la URSS»*, de André Gide. En la ciudad vivían intelectuales destacados del exilio ruso que estaban en estrecho vínculo con el «París intelectual», según un título de Gustav René Hocke sobre el París de 1937. La diáspora del año 1917 había recibido refuerzos con los exiliados forzosos, los opositores expulsados del país, y sobre todo de los trotskistas, que tenían sus propias organizaciones y periódicos. Lev Sedov, el hijo de Trotski, se

había establecido en ciertos momentos en París, ciudad en la que sería asesinado en 1938, en un hospital, por agentes del NKVD. En París había conocidos a los que un visitante de Moscú todavía podía visitar, si bien ateniéndose a determinadas reglas. Así sucedió con los escritores y poetas que habían venido a París en 1935 para el Congreso en Defensa de la Cultura; así había sucedido también con Nikoláy Bujarin, quien en 1936 pudo visitar en su casa parisiense, sin avisar, al antiguo menchevique y archivero del exilio ruso, Borís Nikoláievski, o también a Fiódor Dan. La antigua diáspora empezó a crecer en la década de 1930 con los aislados miembros de organizaciones y aparatos estatales soviéticos que no regresaban a la URSS—a los que se les conocía también con el nombre de «no retornados»—, por la sencilla razón de que temían por su vida. Algunos casos espectaculares se produjeron en París ya desde fecha temprana, como los protagonizados por el funcionario de la embajada soviética Grigori Besedovski, o, más tarde, por los miembros del NKVD, agentes del espionaje en el extranjero, Ignati Reiss y Walter Krivitski, que desertaron tras hacer algunas declaraciones políticas y más tarde fueron ejecutados por comandos de asesinos de su antigua institución; el rastro de muchos de los sospechosos relacionados con esos asesinatos conduce a París. En su condición de metrópoli europea, la capital de Francia, con sus conexiones, sus comunidades y redes, era el campo de operación ideal para la infiltración y la labor de socavamiento de los servicios de espionaje soviéticos.[25] Un ejemplo temprano fue el secuestro del general del Ejército Blanco Aleksandr Kutépov, en el año 1930, o los ataques contra Nikoláievski, los cuales tenían como fin acceder a sus archivos. El 22 de septiembre de 1937 fue secuestrado en París el general Yevgueni Miller, al que subieron a un barco y ejecutaron en Moscú el 30 de septiembre.[26] Entre los participantes había también conocidos miembros de la comunidad rusa en París, como la popular cantante Nadiezh-

da Plevitskaia, que más tarde fue sometida a juicio y condenada a una pena de prisión, o un destacado funcionario del Movimiento Ruso Blanco, Nikolái Skoblin.[27] Un personaje que se infiltró en el ambiente ruso de París por encargo del NKVD fue el marido de Marina Tsvietáieva, Serguéi Efrón.[28] El secuestro de Miller llegó a la opinión pública parisiense no sin cierto escándalo:

> El agregado comercial soviético Hirschfeld ha sido convocado al Ministerio de Asuntos Exteriores francés, donde se le ha pedido informar a Moscú de que la opinión pública se encuentra tan furiosa por el secuestro recientemente ocurrido del general Miller que si los agentes soviéticos se atrevieran a realizar otro secuestro similar o un asesinato en territorio francés el Gobierno del país se vería obligado a romper las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética.[29]

Sin embargo, aún no había transcurrido ni medio año del secuestro del general Miller cuando, el 16 de febrero de 1938, murió Lev Sedov, hijo de Trotski y su más estrecho colaborador, después de una operación realizada con éxito en un hospital parisiense; la orden de caza contra él había sido dada desde hacía tiempo.[30]

París, en el año 1937, estaba situado en el punto de intersección entre la época de posguerra y la de preguerra. Era el lugar de encuentro de los que creían en la restauración de la civilización europea tras la catástrofe de la Primera Guerra Mundial y en una modernidad, que ofrecía soluciones para problemas hacía tiempo caducados, obsoletos. Pero aquí se encontraban también los primeros refugiados de una reacción a la modernidad de cuya mortal tenacidad y rigor sólo unos pocos tenían alguna idea. De algún modo, ya no coincidían los cálculos ni las expectativas que podrían ofrecer cierta seguridad y confianza. Las enemistades de antaño ya no se correspondían con las nuevas líneas del frente. La in-

quietud inherente a este conocimiento había abarcado también a la capital de un siglo ya acabado. Intelectuales y movimientos de vanguardia artística—los surrealistas, el Collège de Sociologie—, así como nuevos planteamientos de carácter inequívoco—«*civilisations totalitaires*»—, flotaban en el aire.[31] París está llena de gente contra la que ahora, o sólo un poco después—entre la clausura de la Exposición Universal el 25 de noviembre de 1937 y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial el primero de septiembre de 1939 no median ni siquiera dos años—, se dará la orden de caza. Para muchos sería ya demasiado tarde. Uno de ellos fue Walter Benjamin. Desde el 28 de julio hasta el 12 de agosto residiría en París, a fin de informar sobre la Tercera Conferencia de los Congresos Internacionales por la Unidad de la Ciencia, que se celebraría en la Sorbona del el 29 al el 31 de julio. Tampoco a él, que dedicó a la Exposición Universal un lugar tan fundamental en su *Libro de los pasajes*, y que tanto aportó a la comprensión del mundo burgués, se le habrá escapado aquel gran acontecimiento que tenía lugar junto a la Torre Eiffel, así como la lucha exhibicionista entre los pabellones de Iofán y de Speer. Uno de sus alojamientos—el número 3 de la rue Nicolo, en el distrito 16, estación de metro de Trocadéro—estaba a tan sólo unos minutos a pie de los terrenos de la Exposición Universal[32]

LA PLAZA ROJA: LUGAR DE CELEBRACIONES Y PATÍBULO

Todos los caminos de la Moscú del año 1937 conducen a través de la Plaza Roja. Una topografía exacta de esa unidad de espacio-tiempo tendría que reconstruir el nudo, ese haz en el que esos caminos confluyen y se separan de nuevo. De los periódicos es posible extraer las fechas de las celebraciones y de los grandes acontecimientos, cuyo punto culminante y conclusión tienen lugar en la Plaza Roja. Ellos reflejan el ritmo de movimiento, las gradaciones, los intervalos entre las fases de excitación y de agotamiento. Quien visitaba Moscú y se quedaba unos días—tanto si era un turista soviético como un extranjero, el miembro de alguna delegación o alguien que estuviera de paso por razones profesionales—visitaba la Plaza Roja: en el Kremlin residía el poder, el Museo Histórico presentaba exposiciones—por ejemplo, con motivo del año Pushkin—, en las hileras de comercios situados en los laterales estaban los Almacenes Universales (GUM) y numerosos departamentos de diversos Comisariados del Pueblo.[1]

En ese sitio se cruzan muchos caminos vitales, miradas. La Plaza Roja no es únicamente una determinada superficie en la topografía moscovita, sino el punto de intersección de los ejes de las miradas, un espacio producido en las mentes de la nación. Quien pudiera analizar ese punto de condensación y síntesis tendría una historia en miniatura de la Moscú del año 1937.

La plaza se levanta todavía allí, casi intacta, pero ahora pueden verse por todas partes sus nuevas aristas y siluetas, como fueron marcadas en el Plan General para la ciudad de Moscú: con una Plaza Roja ampliada al doble y un complejo de rascacielos monumentales que se elevan en forma de

terrazas en uno de los laterales situados frente al Kremlin, donde todavía se encuentran los almacenes GUM. Aún es la mayor plaza de la capital, pero en un futuro previsible será sustituida por las plazas en las que se alzará el Palacio de los Soviets, concebidas exclusivamente para los desfiles masivos. Pero aún no se ha llegado a ese punto. En 1937, la Plaza Roja es todavía la plaza de Moscú para los desfiles, las celebraciones y las ceremonias.

De lo publicado en 1937 en *Pravda* o en *Rabochaia Moskvá* se deriva la coreografía, la secuencia de movimientos en la principal plaza de la capital. Se trata de los aniversarios y los días festivos revolucionarios, sobre todo el Primero de mayo y el 7 de noviembre, muy especialmente el año en que se conmemoraba el vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre, ahora que ya se habían suprimido los últimos símbolos de los viejos tiempos—el águila zarista sobre las torres del Kremlin—y se habían montado en ellas las estrellas soviéticas de color rubí. Pero también entre esos puntos culminantes del calendario festivo comunista hay grandes acontecimientos: el desfile de los deportistas, los días de celebración de los ferroviarios o del Ejército Rojo de Obreros y Campesinos. Sin embargo, las verdaderas pasiones no se atienen a la ceremonia del Calendario Festivo Rojo, sino que se dirigen hacia los éxtasis puestos en escena por algún motivo específico: la aprobación de la nueva «Constitución de Stalin» en diciembre de 1936, el anuncio de las sentencias de los grandes procesos públicos o el resultado de las elecciones al Soviet Supremo en diciembre de 1937. Hay triunfos que celebrar: el regreso de los pilotos que habían volado hasta Estados Unidos atravesando el Polo Norte, o el milagroso rescate de la tripulación de Iván Papanin de los hielos polares. Pero también tenemos sombrías pompas fúnebres, como las celebradas por las muertes de Gorki y Ordzhonikidze. Sólo en los dos días de celebraciones más importantes—el Primero de mayo y el 7 de noviembre—dos millones de personas des-

filan por la Plaza Roja en cada ocasión, y en los días del anuncio de las sentencias, un cuarto de millón. Todo ello multiplicado en imágenes y sonidos que son transmitidos al vasto país y al mundo.

La plaza, que parece tan amplia y espaciosa, se convierte en ciertos días en un punto de concentración, en el ojo de la aguja y el transformador de la energía humana de personas sudorosas, amedrentadas y nerviosas, que saben que tienen la suerte de participar como elegidos o convocados en un acontecimiento extraordinario. Dos millones de personas que desfilan por una plaza en cuestión de pocas horas, una plaza que, en su lateral, tiene unos mil metros y mide unos trescientos metros de ancho. Máxima concentración, cuerpo con cuerpo, cabeza con cabeza, una corriente humana que sólo puede llegar a la plaza gracias a la mayor disciplina y entereza. Para la ocasión han limpiado y ampliado la mayor plaza de la ciudad. En la parte norte están las Puertas Ibéricas y la capilla, la iglesia de la Virgen de Kazán, en la embocadura de la avenida Nikolskaia, ha sido demolida; en la parte sur han demolido todo el barrio que se extiende desde la catedral de San Basilio hasta el río Moscova, de modo que el río humano puede verterse ahora libremente desde la calle Gorki y la plaza Manège hacia la Plaza Roja, y allí puede atascarse, para luego desembocar en los paseos a orillas del río o directamente en el puente grandiosamente renovado y ampliado sobre el río Moscova. Las tangentes que conducen a través de la plaza están formadas por decenas o centenares de miles de personas llegadas desde toda la ciudad: delegaciones de empresas, fábricas, institutos, del ejército, jóvenes y ancianos. Cada departamento marcado y dividido por estandartes y banderas o pancartas. Masas organizadas, la masa como ornamento. Movimiento, distinto según cada ocasión, un cuerpo masivo inspirado: resuelta la juventud, marciales las fuerzas armadas y las unidades paramilitares, fluyendo hacia allí como un mar de colores los niños y adolescentes con

«Todo se junta: desfiles con confeti y plebiscito de muerte, ambiente de fiesta popular y sed de venganza, alegre carnaval y orgía de odio». Formación en la Plaza Roja.

las flores de papel y los globos. Átomos de un gran todo, partes de un conjunto. Suntuosidad de colores y exotismo de las

delegaciones nacionales. Ejércitos enteros de deportistas y acróbatas, de gimnastas y luchadores que dibujaban sobre el adoquinado de la plaza sus figuras geométricas. André Gide escribió sobre el transcurso del desfile de los deportistas:

En Moscú, en la Plaza Roja, presencié las fiestas dedicadas a la juventud. Los edificios situados frente al Kremlin ocultaban su fealdad tras una máscara de pancartas con consignas de color verde. Todo era suntuoso, incluso (y me apresuro a decirlo, porque no podré decirlo siempre) de un gusto perfecto. Llegada en tropel desde el norte y desde el sur, desde el este y el oeste, marchó por allí una juventud digna de admiración. El desfile duró horas. Jamás me hubiera imaginado un espectáculo tan magnífico. Por supuesto que esas criaturas, que funcionaban a la perfección, estaban bien entrenadas, preparadas, y habían sido especialmente bien escogidas; pero ¿cómo no se va a admirar a un país y a un régimen que es capaz de producirlas?[2]

La insólita disciplina de un gran cuerpo, formado por cuerpos humanos. Sobre la plaza desfilan maquetas: diques, altos hornos, locomotoras, aviones. Toda una URSS en miniatura. En un carnaval de la historia, desfilan a través de la plaza las ridículas figuras de los estadistas del mundo capitalista, en forma de marionetas de *papier maché*.

El punto máximo de la excitación se alcanza cuando las columnas del desfile se encuentran más o menos a la altura del centro, entre la antigua plaza de ejecución por un lado y la tribuna del mausoleo a Lenin por el otro, cuando se ven obligadas a saludar a los dirigentes políticos y a alzar la vista hacia ellos. Exclamaciones, consignas, coros lanzados de forma rítmica resuenan a través de la plaza. Todo ondea, se oyen los clamores que suben desde la calle. Ellos están allí arriba, inalcanzables, a menudo con trajes blancos, inaudibles, inaccesibles, pero casi familiares gracias a las fotos de los periódicos o de algún álbum histórico. Lo que sucede so-

bre el mausoleo es tan importante como lo que ocurre abajo. Quien está arriba forma parte de ellos; de quien ya no está arriba puede decirse que ha desaparecido. El mausoleo como punto de transformación de las personas en no personas. La mirada hacia los hombres de la tribuna es de relevancia analítica y obligatoria para los observadores profesionales llegados del extranjero. Entre los periodistas y los diplomáticos, en especial entre los agregados militares, son especialmente codiciados los puestos en las tribunas de invitados y las autorizaciones para visitar las celebraciones. Desde allí no sólo se puede echar una ojeada desde muy cerca a figuras legendarias, sino que se obtiene información sobre la composición interna del poder. La tribuna anuncia el ascenso y la caída de carreras y biografías. Algunos arrojan desde allí arriba una última mirada al mundo, antes de ser arrestados. Para ellos no habrá una tumba entre los muros del Kremlin.[3]

La secuencia de los desfiles es tan densa que las oleadas de clamores y consignas se superponen y parecen mezclarse. Todo se entremezcla: las actuaciones acrobáticas en la plaza, la marcha de la guardia fronteriza y de los paracaidistas, el optimismo de las y los deportistas. Todo se junta: desfiles con confeti y plebiscito de muerte, ambiente de fiesta popular y sed de venganza, alegre carnaval y orgía de odio. La Plaza Roja es el auténtico anfiteatro del año 1937: plaza de celebraciones y cadalso al mismo tiempo.

El escritor Yuri Trífonov, en su novela *La desaparición*, describió el arresto de su padre en el año 1937. Su *alter ego*, el niño Ígor, observó los preparativos y el transcurso de las celebraciones de mayo en la Plaza Roja:

Sobre el puente estaban listos los militares para el desfile del día siguiente. [...] Unos reflectores esculpían el Kremlin sacándolo de la oscuridad, y en el cielo negro que estaba encima colgaba, sobre un globo invisible y camuflado, una foto de Stalin. La gigantesca cara con bigote centelleaba bajo la luz plateada de los reflectores.

Casi estaba inmóvil, sólo se notaba apenas en el medio, mecido por un viento ligero, y junto a la centelleante imagen de Stalin pasaban los aviones con otras imágenes más pequeñas: de Marx, de Engels, de Lenin y otra vez de Stalin. Sobre el puente quedaban los transeúntes, que observaban aquella hilera iluminada desde abajo, que pasaba flotando lentamente por el oscuro cielo, con los conocidos rostros. Con estruendo y en riguroso orden, los aviones desaparecieron del alcance de los reflectores con aquellas imágenes más pequeñas, el ruido de los motores se alejó, y en el cielo sobre el Kremlin quedó únicamente el enorme retrato. Allá, a lo lejos: transitoriedad, premura del tiempo, pasar, desaparecer; aquí, por el contrario: celebración, eternidad. La imagen brilló ante el negro del cielo como la pantalla de un cine de increíbles dimensiones. Y el hecho de que esa imagen estuviera allí, en el aire, le confería un aura sobrenatural, como un milagro, y recordaba lejanamente el inmóvil flotar de una pequeña araña que cuelga de un hilo invisible.[4]

El Primero de mayo apunta lo siguiente:

Formados en un cuadrado blanco estaban los marinos de la Flota Roja; en azul estaban los aviadores; de verde la guardia fronteriza, y de color verde olivo y azul acero la División Proletaria. Ígor no veía todo aquello por primera vez, y lo conocía muy bien, pues así había sido en todos los desfiles. Y a las diez en punto, como en todos los desfiles, mientras el reloj de la torre spásskaia derramaba sobre el silencio de la plaza la última y clara campanada que penetraba en todos los corazones, Voroshílov salió cabalgando con trote ligero a través del portón, y entonces empezaron las exclamaciones de «¡Aah ..., aah ...!», como si detrás del trote del caballo de Voroshílov se fuera extendiendo una enorme alfombra de ruido vivo fundido en una sola cosa. El ruido crecía por oleadas. La alfombra seguía extendiéndose y rodeando la plaza. Sin embargo, en cada ocasión, aunque el niño ya conocía aquello y lo había visto, a Ígor aquellas exclamaciones le recorrían la espalda en forma de escalofrío, la barriga le temblaba de entusiasmo, le sudaban las manos, se cerraban en dos puños, y él también gritaba sordamente, junto con los otros: «¡Aah..., aah...!».[5]

La caballería pasaba cabalgando, sin ruido ondeaban las lanzas, con colores rojo brillante y azul claro centelleaban los *bashliks* de los cosacos, en las tribunas se murmuraba alegremente: «Por primera vez [...] cosacos. [...] Ya lo sabéis, por primera vez participan en el desfile cosacos rojos».[6]

Les seguían los ciclistas; luego, con ensordecedor estruendo, los motociclistas con *sidecar*, donde estaban apostados las ametralladoras—una novedad—, pesadas baterías antiblindados con cadenas de deslizamiento, una avalancha de tanques, tanquetas, blindados enormes, la nube de los gases de escape cubrió de niebla el aire, apenas se podía respirar, era como en una auténtica batalla, la tierra temblaba, el cielo bramaba; la gente en las tribunas, por lo que parecía, quedaría pronto sorda debido al ruido de motores de los cazas y de los rápidos bombarderos; las mujeres se tapaban los oídos, sus rostros mostraban espanto, pero Ígor y Liona se mantenían tranquilos e impasibles. Se hubieran quedado allí dos, tres o cuatro horas, las que fueran necesarias.

Y cuando luego las piernas casi se les doblaban y las manos estaban cansadas de tanto aplaudir, cuando empezaron a sentir mareos debido al ruido, al estruendo, al barullo de la música; cuando los deportistas ya habían desfilado, y los niños españoles calados con curiosos sombreros de dos puntas, los llamados curiosamente *pilotka*, pasaron también, así como unos divertidos hombres sobre zancos; cuando los altavoces empezaron a bramar: «Llamando al canal», «Aquí ya retumba el cañoneo de los primeros vapores», «¡Llamando a Madrid!, ¡Aquí Madrid!, ¡Llamando al tren que lleva al Lejano Oriente a la sección femenina del Komsomol!»; cuando el sol asomó y empezó a hacer calor, papá dijo que era hora de irse a casa, que allí los esperaban para la comida. Pero Ígor, aunque apenas podía sostenerse sobre sus piernas, respondió que tenía que ver aquello, sin falta, hasta el final. [...] ¿Qué era aquello? Papá dijo: «No, lo harás la próxima vez. El próximo año».[7]

Pero no hubo próximo año, porque el padre de Ígor fue arrestado.

CONCIERTO DE CHOPIN Y RITUAL DEL ASESINATO: LA RADIO Y LA CREACIÓN DEL GRAN COLECTIVO

«RADIOFIKATSIA»: LAS DOS CARAS DEL PROGRESO, *353* — LA RADIO COMO RUIDO DE FONDO DE LA NUEVA ERA, *357* — EL ESPACIO DE LAS SENSACIONES, *360* — RADIOYENTES: «CIUDADANOS DEL UNIVERSO», *362* — STALIN EN SONIDO ORIGINAL: EL MOVIMIENTO DEL INSTANTE HISTÓRICO, *364* — LOS SABOTEADORES DE LA RADIO, *367*

En la noche del 30 al 31 de enero de 1937, Nikolái Ustriálov, un prominente emigrante retornado a la Unión Soviética, está sentado delante de su aparato de radio. En Moscú había acabado recientemente el segundo proceso público contra Piatákov con una gran manifestación en la Plaza Roja, en la que se leyeron las sentencias de muerte. Ustriálov, un entrenado y apasionado oyente de la radio, escucha, pero mientras hace girar el dial de su aparato capta otra emisión muy distinta: es una noticia llegada desde Berlín que habla del desfile de las antorchas en Unter den Linden organizado para celebrar el cuarto aniversario de la llegada al poder de los nacionalsocialistas. Al final de su anotación en el diario, habla de «la magia de la época»:

Sentimientos complicados. Aunque la muerte de esas personas ha sido dictada por la lógica de la historia, al escuchar la noticia sobre Radek y Sokólnikov [que han salido del proceso sólo con penas de cárcel; nota de K. S.], *sentí una sincera alegría*. ¿De dónde sale eso? ¿Soy acaso un intelectual inútil? ¿Es esto una abstracta y ex-

cesiva admiración por el «intelecto», por el «talento», por el saber, una admiración condicionada por mi estatus social? ¿Es la fe en que esas personas son capaces de mejorarse seriamente y servir a la patria? En cualquier caso, he de confesar algo: cuando el locutor de la radio declaró que esos dos permanecerían con vida, sentí en lo más profundo de mi alma un gran alivio.

A las cinco, mitin en la Plaza Roja: acogida positiva de la sentencia del tribunal. En la habitación penetran, a través de la radio, los sentimientos de millones de soviéticos, ira, odio al enemigo, indignación, ruido, atronadores aplausos, música. Entusiasmo. Libertad. Socialismo.

Un ligero giro en el dial de la radio, y otra vez ruido, aplausos atronadores, hurras, entusiasmo. ¿De dónde llega eso? Berlín, Friedrichstrasse. El cuarto aniversario del «despertar» de Hitler. Desfile de las Antorchas. Masas. Calle. Pasiones: filosofía de la historia. Magia de la época.[1]

La radio no es únicamente un medio de comunicación que abarca un espacio vasto e infinito, no es sólo el medio para la información, la educación y el esclarecimiento. Es un medio, un instrumento incluso para la sincronización de las experiencias, de la cohesión, de la producción de colectivos unidos por las sensaciones, los sentimientos y el odio. Son muchas las cuestiones, ciertamente, que no se pueden responder sin la transformación y la colectivización que generó la radio: la cuestión de cómo puede generarse el estado psíquico de agudos sentimientos de amenaza; la cuestión de cómo pudo derivarse una especie de pánico y de histeria colectivos, pero también la más intensa adoración de lo lejano, la compasión—por ejemplo, en la solidaridad con la República española—; o la cuestión de cómo, en determinadas ocasiones, pueden transformarse ciertos grandes colectivos—asambleas de fábricas con miles y miles de participantes, manifestaciones y desfiles con centenares de miles de obreros—en colectivos unidos por la voluntad de matar y exterminar.[2]

El poderoso efecto de este medio puede inferirse al ver

que ha dejado su rastro y ha encontrado su eco en todas partes. Y puede verse, ciertamente, cómo hay una experiencia feliz: la de verse incluido en los acontecimientos mundiales y de participar de manera amplia en la riqueza cultural del mundo, por un lado; y también otra, más inquietante y chocante, por otro lado, cuando se ve que ya no existe ningún punto en el que se pueda escapar a la violencia política e ideológica. No es posible señalar lo suficiente la influencia que tuvo la radio en la creación de una conciencia colectiva y ciudadana de los soviéticos. La mayoría de las voces que se citan a continuación provienen de ese espacio de resonancia de la radio. Al final, la radio misma se ve inmersa en el torbellino de las sospechas, de las autoinculpaciones, de las purgas y la destrucción.

A través del análisis de un programa de radio emitido en noviembre de 1937 puede verse cuál era el aspecto de esa mezcla de propaganda, folclore y poesía en una emisión nada atípica que se dedicó, poco antes del final de la campaña electoral, al candidato Nikolái Yezhov:

El 24 de noviembre, millones de obreros escucharon la emisión radiofónica dedicada al secretario del Comité Central del Partido Comunista, al comisario del pueblo para Asuntos Internos de la URSS y candidato al Soviet Supremo por el distrito electoral Gorki-Lenin (ciudad de Gorki), el camarada Nikolái Ivánovich Yezhov. El actor Vladímir Yajontov leyó un relato sobre la vida y la actividad revolucionaria de Yezhov. En el programa literario-musical se presentaron, además, el *Poema sobre el comisario del pueblo Yezhov*, del poeta popular de Kazajistán Dzhambul; *Pensamientos sobre la patria*, del cantante popular de Daguestán Suleimán Stalski; poemas de Péretz Márkish; la *Marcha* de Voroshílov; *Estamos alerta* y *Canciones sobre el heroísmo*, de los compositores Ilíin, Listov y Fere.[3]

«RADIOFIKATSIA»: LAS DOS CARAS DEL PROGRESO

La radio había iniciado su marcha triunfal desde principios de la década de 1920, antes que en ninguna otra parte, en Estados Unidos, Inglaterra y Alemania. Pero también en la Rusia soviética se entendieron desde el comienzo las ventajas elementales de ese nuevo medio. Lenin había calificado la radio como «periódico sin papel», «más allá de las distancias», como un «gran invento». La radio pasó a ser un símbolo de la nueva era. Según Stalin:

> La antigua aldea con su iglesia en la plaza más visible, con sus mejores casas en un primer plano, las del guardia, el pope, el kulak, con sus cabañas de campesinos semiderruidas en el fondo: todo eso empieza a desaparecer. En su lugar aparece el nuevo pueblo con sus edificios dedicados a la economía colectiva, con sus clubes, la radio, el cine, las escuelas, las bibliotecas y las guarderías, con sus tractores, sus máquinas cosechadoras, sus segadoras y sus coches.[4]

Ya en agosto de 1918 empezó a trabajar en Nizhni Novgorod—dando continuidad a experimentos hechos en el período anterior a la Primera Guerra Mundial—, bajo la dirección de Mijaíl Bonch-Bruiévich, un laboratorio de radio. En 1919 se realizó la primera transmisión radiotelefónica hacia Moscú. En marzo de 1920 el Gobierno soviético tomó la decisión de construir una estación radiotelefónica con una radio que tenía un alcance de dos mil verstas, y ese mismo año se produjeron las primeras transmisiones radiotelefónicas hacia Berlín.[5]

En el marco de esta expansión de la radio (la llamada *radiofikatsia* o «radiodinamización») se colocaron en las calles de Moscú una serie de altavoces—el primero de ellos en el balcón del edificio Moskovie—que transmitían noticias, información política y literatura. En junio de 1921 se colocó este «periódico oral» en plazas céntricas de Moscú, como la

plaza del Teatro o en la Krestiánskaia Zastava. En 1922 se instaló en Moscú una estación radiofónica con una capacidad de doce kilovatios, entonces la más potente emisora del mundo. El 17 de septiembre de 1922 se inauguró la nueva emisora del Komintern. A principios de 1923 se inauguró la segunda estación radiofónica en Sokólniki. En septiembre de 1924 tuvo lugar el primer concierto emitido públicamente por la radio, con Antonina Nezhdánova y Nadiezhda Obújova. El 3 de febrero de 1925 se transmitió, desde el Teatro Bolshói, la ópera *El príncipe Igor*.

Con cuánta energía los dirigentes soviéticos emprendieron la «radiodinamización» puede inferirse a partir del creciente número de emisoras, de los puntos de enlace para las transmisiones, de las salas de oyentes especialmente creadas y del número de oyentes. A principios de 1925 había en la URSS sólo 4697 receptores de radío; en 1927 eran ya entre 1,5 y 2 millones.

Desde 1933 había en el Consejo de los Comisarios del Pueblo un comité de la *radiofikatsia* y las transmisiones de radio, y había comités comparables en los niveles de las repúblicas nacionales y autónomas, así como en los centros regionales y territoriales. Las estaciones de radio, repartidas por todo el país, transmitían durante todo el día. La URSS disponía de una de las emisoras más potentes de todo el mundo, la emisora de onda larga del Komintern, con quinientos kilovatios, y una emisora de onda corta RV-96. Se podía llegar a los puntos más remotos mediante una red de repetidores. En toda la URSS, en 1928 había 92 100 puntos de transmisión radiofónica; en 1940 eran ya 697 600.

En Moscú se «radiodinamizaron» primero los clubes y las casas de la cultura, las llamadas «Esquinas Rojas», los grandes edificios de viviendas, los albergues obreros; en el territorio de Moscú se crearon soviets en los pueblos y salas de lectura en el campo, y se montaron instalaciones de radio.

En la década de 1930 la radio se convirtió en un componente familiar en la vida de los moscovitas. A finales del año 1936 Moscú tenía trescientos puntos de transmisión radiofónica y era la avanzadilla de la «radiodinamización».[6] Los programas eran transmitidos en más de ochenta idiomas de la URSS, así como en una serie de idiomas extranjeros, como el inglés y el francés. La cifra total de aparatos de radio en la URSS sobrepasaba en el año 1938 los veinte millones. El discurso de Stalin en el VIII Congreso de los Soviets, en diciembre de 1936, fue escuchado, según se estima, por más de veinticinco millones de personas. El número de oyentes de las más importantes transmisiones durante la campaña electoral al Soviet Supremo en el año 1937 y a los Soviets Supremos de las repúblicas de la nación y las repúblicas autónomas en el año 1938 debió de rondar los treinta millones.[7]

Puede hablarse de un auténtico movimiento social de radioaficionados, con asociaciones propias, clubes, revistas. En 1938 se habían establecido en el país más de cuatro mil radioauditorios destinados especialmente a estudios nocturnos y a la audición colectiva de las emisiones. Había, además, miles de aparatos de radio en clubes, palacios de la cultura, salas de lectura, bibliotecas, escuelas y sanatorios. Decenas de miles de radioactivistas salidos de las filas de los radioaficionados se ocupaban de asesorar esas estaciones de radio. Sólo en el territorio de Saratov había en 1938 más de seiscientos radioactivistas del koljós. De ese movimiento de aficionados entusiastas surgió, por ejemplo, el más tarde célebre y popular explorador polar, radiotelegrafista y «héroe de la Unión Soviética», Ernst Krénkel.

La radio cultivaba los géneros más dispares: las informaciones políticas, las conferencias, las ponencias, las entrevistas sobre temas históricos, las emisiones destinadas a grupos de población especiales, las emisiones sobre literatura, las destinadas a los niños, a la música clásica, las emisiones en idiomas extranjeros. Sólo las estaciones de radio

moscovita emitían cada mes una media de doscientos cincuenta a trescientos programas con informaciones nacionales e internacionales. Algunos acontecimientos importantes eran transmitidos en directo: por ejemplo, las sesiones del VIII Congreso de los Soviets o los actos de presentación de los candidatos a las elecciones. Se transmitían, además, las celebraciones y los desfiles con motivo de los aniversarios de la Revolución de Octubre, de la fundación del Ejército Rojo, y otros desfiles y manifestaciones en la Plaza Roja, el Primero de mayo o el Día del Deporte. Grandes acontecimientos radiofónicos fueron, por ejemplo, las emisiones asociadas a reportajes en directo sobre el rescate de la tripulación del *Cheliuskin*, atrapado en el hielo polar, en 1934, y del equipo de Papanin, en 1938. Hazañas pioneras de la radio soviética fueron las transmisiones en directo desde el fondo del mar, desde los túneles de la construcción del metro de Moscú, desde trenes en marcha, desde zepelines y aviones.

La radio también debía tener su efecto en la alfabetización y la educación de las masas. Esto sucedía con conferencias de carácter científico-popular o con ciclos de charlas como los titulados «Científicos al micrófono». Sólo entre las emisoras moscovitas había cada mes más de cien entrevistas, conferencias y lecturas, entre ellas las de prominentes estajanovistas o escritores. Particularmente importantes eran las emisiones musicales, las cuales conformaban aproximadamente un sesenta por ciento de todas las emisiones. Sólo en las emisoras de Moscú había cada mes entre cuatrocientas y quinientas transmisiones de conciertos en directo desde los estudios y las salas de concierto de la capital, con los mejores intérpretes del país, transmisiones de óperas y de música sinfónica, con conjuntos nacionales. Se introdujeron nuevos formatos, como la presentación de músicos aficionados, de concursos musicales y de encuestas musicales. También eran amplios los programas literarios y las transmisiones desde los teatros. Solamente las emisoras moscovitas ofrecían unos

cien programas literarios cada mes. Y si se tienen en cuenta otros programas—para niños, para activistas, sobre el deporte matutino o la gimnasia—, se pone de manifiesto que en la década de 1930 existía una amplia cultura radiofónica, y hasta podían verse los inicios de la televisión. De todo ello daba fe la animada correspondencia recibida en las emisoras, las cartas de los oyentes. Solamente la Comisión Central de la Radio debe de haber recibido cada año unas doscientas mil cartas de oyentes. La radio—que aún era un medio nuevo—se había convertido de forma rápida en un componente de la cotidianidad.

LA RADIO COMO RUIDO DE FONDO DE LA NUEVA ERA

Cada época tiene su propio ruido de fondo, su propio *sound*. Los grandes cambios históricos van aparejados de una interrupción de los ruidos familiares, esos a los que uno se ha acostumbrado. Una forma de vida que llega a su fin se lleva consigo también el cosmos acústico que se ha ido formando a lo largo de generaciones y al ritmo de las innovaciones técnicas. La melancolía del tardío Imperio ruso, en el que se mezclaban los anuncios y las consignas revolucionarias, fue resumido por Ósip Mandelstam en una colección de estudios y ensayos bajo el título de *El ruido del tiempo*. A Walter Benjamin, que llegó a Moscú a finales de 1926, le retumbó en los oídos el silencio de las campanas de las iglesias, esos tañidos a los que estaba acostumbrado: en todas las esquinas había iglesias, monasterios, campanarios—Benjamin se veía «rodeado» por ellos—, pero no se escuchaba sonido alguno, ni un gong, ni una insinuación de aquello que una vez había sido cotidiano: la expansión de una alfombra de sonidos que muy pronto se inflaría, para pronto desaparecer, un alfombra tejida por diferentes campanas, grandes e imponentes, pequeñas y de tañido claro, que se extendía sobre la Moscú prerrevoluciona-

ría, una acústica marcación rítmica del tiempo, crecida con los siglos, una división en años, meses y días, hasta adentrarse en las horas y los horarios del día. El enmudecimiento de esas campanas, no como resultado de un proceso de secularización de muy larga duración, sino como un final abrupto, una interrupción, era un hecho insólito, si bien apenas se ha cobrado conciencia de ello hasta hoy. Se entiende el nerviosismo y el esfuerzo de los bolcheviques y de los artistas del sonido y los compositores exhortados por ellos para que sustituyeran ese vacío ahora surgido con un concierto dedicado a las sirenas de las fábricas, por lo menos en los días festivos más importantes. Pero ¿qué podía significar un único concierto con sirenas fabriles en toda Moscú con motivo del Primero de mayo frente al sonido que irrumpía cada hora, un sonido diferenciado, ejercitado a lo largo de los siglos, un sonido que se expandía para luego desaparecer de nuevo, el de cientos y miles de campanas y campanillas? Esas campanas formaban parte de la antigua Rusia, y a ellas les estaba predestinado, a fin de cuentas, el ser desmontadas en número de cientos de miles, bajo el grito jubiloso de activistas del movimiento ateísta, que alzaban sus estandartes y cuyo grito insinuaba que se estaban dando valor para emprender la desacralización del lugar en cuya cercanía las personas, durante siglos, se habían persignado y habían inclinado la cabeza. La gran época del desmontaje y el derribo de las campanas fue el primer Plan Quinquenal, cuando quedó desacralizada o fue reciclada o demolida la mayoría de las iglesias, sinagogas, mezquitas y templos.

La Nueva Era tenía su propio ruido de fondo, no sólo las orquestas de música de los desfiles de agitación y propaganda o de los ejércitos de obreros y campesinos, sino, sobre todo, los ruidos de la nueva civilización tecnológica. Llevarlo adelante era uno de los propósitos más ambiciosos, exigentes, pretenciosos y prestigiosos del nuevo régimen. El Nuevo Mundo se compone de nuevos sonidos y ruidos (y también de nuevas imágenes). Los motores del automóvil aparecen en el

lugar que antes ocupaba el traqueteo de los caballos; el arranque de los autobuses en el lugar de los coches tirados por caballos o el silencioso deslizarse de los trineos; los gritos del mercado, las voces de los vendedores anunciando sus productos y el rumor de los bazares son sustituidos por la retórica de la alocución política, del esclarecimiento, de la advertencia; el suave sonido que generaban los adoquines de madera que cubrían las calles de Rusia desaparece en favor del sonido duro que generaba la calle adoquinada o asfaltada; el tintineo de las vajillas en los restaurantes y las comidas tomadas con recogimiento es reemplazado por el de las cantinas repletas de las fábricas, a las que todos debían traer su propia cuchara. Pero no sólo se había producido un salto en el universo de las imágenes—los carteles y el cine—, sino también en el universo de los ruidos, con el invento y la divulgación de la radio y del altavoz. Y los contemporáneos captaron esto con exactitud.[8]

En novela *La excavación*, de Andréi Platónov, la radio no tiene un papel destacado, sino que «aparece» como parte del inventario de la vida cotidiana, como algo obvio. Platónov hace que su sarcástico e irónico héroe, Safronov, diga a sus compañeros:

—Camaradas, ¿qué opináis? ¿No deberíamos agenciarnos una radio para escuchar las noticias sobre los éxitos y las directivas? ¡Tenemos aquí a unas masas atrasadas a las que les iría bien algo de revolución cultural y un par de acordes musicales, para que dejen por fin de enriquecer sus entrañas con tonos sombríos![9]

En otro pasaje, la radio entra en juego como un altavoz que emite ridículas consignas propagandísticas:

El camarada Pashkin, siempre tan alerta, ha conseguido una radio con altavoz para el alojamiento de los jornaleros, para que éstos, durante su tiempo libre, puedan captar a través del altavoz el sentido de la existencia de clases.

—¡Camaradas, es preciso hacer acopio de ortigas para el frente de la obra de construcción del socialismo! ¡Las ortigas son un producto escaso y codiciado en el extranjero!

Luego fue otro llamamiento el que repetía el altavoz cada minuto:

—¡Camaradas, ahora toca cortarles a los caballos las crines y las colas! ¡Ochenta mil caballos calvos equivalen a treinta tractores!

Safronov, sobrecogido por la sensación de triunfo, escuchaba, pero sólo lamentaba una cosa: le hubiera gustado responderle a aquel altavoz, para que allá arriba se enteraran de la buena disposición del camarada Safronov, que ardía en deseos de esquilar caballos y estaba feliz. Shachev y Vosishev, por el contrario, se sentían penosamente conmovidos por aquellas largas alocuciones de la radio, pero no sabían por qué; no tenían nada contra el hombre que allí hablaba y repartía lecciones, aunque terminaban por sentirse personalmente humillados.[10]

EL ESPACIO DE LAS SENSACIONES

Pero la radio también puede hacer bailar a las personas y levantar los ánimos:

El activista colocó el altavoz de la radio en la escalera delantera: sonaba la «Marcha de la Juventud», y el koljós entero empezó a brincar alegremente allí, y también los huéspedes que habían venido desde lejos. Los rostros de los koljosianos estaban radiantes, como recién lavados, ya nada les daba pena, en sus pechos sólo había ahora una sensación de frescor y vacío. Cuando empezó a sonar otra música, Yelei salió al centro, dio patadas en el suelo y empezó a bailar, barriéndolo, sin encoger el torso, sin parpadeos de los ojos en blanco; tieso como un palo, atravesó bailando la multitud allí de pie, utilizando con precisión el tronco y los huesos. Poco a poco los campesinos se fueron animando, empezaron a rodearse unos a otros, mientras

las mujeres alzaron los brazos con desparpajo, y sus piernas, bajo las faldas, se pusieron en movimiento de forma espontánea. Los huéspedes lanzaron sus bolsas, exhortaron a las jóvenes del lugar a que bailaran, y formaron un torbellino, agachados en el suelo, saboreando los besos de sus amadas, las koljosianas. La música de radio iba animando cada vez más a las personas, los campesinos más pasivos se satisfacían con exclamaciones de alegría, pero los más activos iban marcando en todas partes el ritmo de la fiesta, y hasta los caballos colectivizados subieron uno tras otro a la plaza para ponerse en consonancia, relinchando, con aquella bullente alegría humana.[11]

La radio lo trae todo: noticias, entrevistas, reportajes. No tiene consideración de las situaciones individuales, es o crea para ellas un espacio de resonancia, tanto para los dichosos como para los desdichados. La colegiala moscovita Nina Kostérina, cuyo padre, un antiguo revolucionario, había sido arrestado, anotaba el 20 de abril de 1938 en su diario:

Acaban de dar por la radio la romanza de Chaikovski «Si te amo, no lo sé, pero diría que sí». Desde hace algún tiempo me siento en un estado de ánimo muy romántico, y hasta empiezo a querer la Luna. Ayer la estuve buscando, pero no la encontré.[12]

El 2 de octubre de 1938 apuntaba:

Otoño, lluvia, niebla. ¿Dónde está papá? ¿Cómo se siente? [...] En la radio alguien toca algo triste y conmovedor en un violín. La vida acaba de comenzar y yo me pregunto: ¿Vale la pena seguir viviendo? Las amistades se rompen.[13]

Los acontecimientos políticos quedan almacenados en un universo de sonido. Mientras que Ustriálov, por ejemplo, escribe un texto programático sobre el tema «Los soviets como nuevo tipo del poder del Estado: la dialéctica de la dictadura

del proletariado y la extinción del Estado», la radio transmite el primer acto de *Carmen* desde el Teatro Bolshói. «¿Qué sonidos tan cautivadores y mágicos son ésos, que hacen vibrar las cuerdas gastadas y rotas del alma?». El emigrante retornado a Rusia se aparta de nuevo bruscamente de los recuerdos que le despierta la música y regresa a la esfera de la lucha ideológica del presente.[14]

RADIOYENTES: «CIUDADANOS DEL UNIVERSO»

La radio era un vínculo con el ancho mundo y con el entorno soviético. Esto era válido, sobre todo, para los extranjeros. Y así lo cree Ruth von Mayenburg, quien residió mucho tiempo en el Hotel Lux, del Komintern:

> Para mí, el día en el Lux transcurría de un modo igualmente monótono, pero no lo era: si la conexión de radio en las habitaciones estaba encendida, la radio moscovita inundaba todo el edificio de música, largas conferencias, anuncios de toda índole, al mayor volumen, cuando era preciso hacer llegar a la población alguna información especialmente importante. En ese sentido, los que residíamos en el Lux también pertenecíamos a la población rusa mientras que habitualmente los extranjeros se hallaban en una isla vigilada y estaban al margen de todo lo que formaba parte de la vida cotidiana rusa.[15]

En especial para los miembros del Komintern, que se sentían a sí mismos como los miembros de la plantilla de un movimiento revolucionario mundial habitando en una fortaleza sitiada, la radio era un medio para mantener el contacto con el exterior, aunque también para recibir instrucciones (cifradas) que eran transmitidas a través de una de las emisoras radiofónicas más potentes del mundo.[16] Georgi Dimitrov, presidente del Comité Ejecutivo del Komintern, se informa sobre lo que está ocurriendo en Alemania también a través de

la radio: «He oído en la radio del coche el discurso de Goebbels en el Congreso que el Partido (el NSDAP) celebró en Núremberg. ¡Un monstruoso discurso de enardecimiento!».[17]

Pero esto también es válido para el ciudadano simple que tiene los medios y el tiempo libre para escuchar la radio, como apunta en su diario Andréi Arzhilovski: «Para ellos la vida es realmente mejor y más alegre: la radio brama directamente al oído, y cada día puedes enterarte de lo que pasa en el mundo».[18]

El antiguo emigrante Nikolái Ustriálov era un oyente de radio asiduo y sistemático. La escuchaba durante horas por la madrugada: transmisiones en directo, reportajes, análisis políticos; en su diario dejaba constancia, en detalle, de lo escuchado, como si realizara informes escritos para sí mismo. Incluso cuando estaba fuera de Moscú intentaba hacerse una idea de los acontecimientos venideros a través de las informaciones de la radio:

Acabo de oír algo de España, luego, desde Berlín, a Hitler y a Goebbels, y luego, a las siete y media, las informaciones políticas llegadas de París. ¡De ese modo uno evita convertirse en un provinciano aun estando en Lozhkina! Esta caja maravillosa, que se puede abrir tan fácilmente, nos transforma a todos en ciudadanos del universo.

En Madrid, un mitin, con concierto incluido, en honor de la Unión Soviética. El obrero y líder sindical Álvarez del Vayo, nuestro plenipotenciario Rosenberg. La excitante relación de ideas, que vencen el espacio y el tiempo. El éter respira historia.

En Berlín retumba el Palacio de los Deportes, un frenético Goebbels brama su discurso en honor del décimo aniversario de la organización nazi de Berlín. Cañones. En torno a esos cañones gira todo el discurso, un improvisación histérica que vuelve locos a los oyentes. Sí, un gran orador.

Luego, cantos, música; y de repente un bramido con los gritos de «*Sieg Heil!*», música, fragor de cañones, patadas, chillidos, suspiros. Y luego: «*der Führer spricht*» [el Führer habla]. De nuevo se desata

el ruido, un momento de silencio y, una vez más, el éter nos regala historia con voz ronca y rápida de barítono. Esparcir ideas y pasiones, ideas y fuerzas, pero el orador tranquilo de Radio París añade un par de matices: mientras que en la Sala Calderón se pronunciaban bonitos discursos, en la calle contigua corría la sangre, debido a las bombas de Franco. A eso se le llama el banquete los dioses.[19]

STALIN EN SONIDO ORIGINAL: EL MOVIMIENTO DEL INSTANTE HISTÓRICO

Hasta un espíritu independiente como el intelectual Vladímir I. Vernadski plasma en su diario la impresión que le causó escuchar por primera vez la voz de Stalin en la radio: «He oído en la radio, por primera vez, la voz de Stalin. Es asombroso cómo se puede tener tal éxito con tan malas premisas: voz y acento, poco cultivados».[20]

Ustriálov, el versado y viajado publicista, siguió por la radio la transmisión de las sesiones del VIII Congreso de los Soviets, en el que fue aprobada la nueva Constitución, la «Constitución de Stalin». Es casi un acta, un acta propia sobre las propias reacciones; aunque sólo era un oyente de radio, parece estar presente él mismo en el congreso, así de intensa es la sugestión:

Junto al aparato de radio. Oigo los cautivadores sonidos de «La Internacional», pero en una presentación fuera de lo común, única e histórica: la canta el VIII Congreso.

Kalinin ya ha pronunciado su discurso inaugural. ¡Pronto hablará Stalin!

Una campana. La elección de la presidencia del Congreso. Propuesta: 29 personas. Las enumeran. [...] Voroshílov, ovaciones. El Palacio Alejandro respira hoy entusiasmo, Zhdánov, Kalinin (*aplausos*). [...] Kaganóvich (*ovaciones*). Liúbchenko, y aún, aún Mólotov. [...] Los saludos acaparan una buena parte del tiempo; y así es como debe ser. El camarada Ordzhonikidze, Petrovski, Póstyshev,

Rudzutaks. ¿El camarada Stalin? Nuevamente una tormenta, aclamaciones, estallidos de entusiasmo, ruido, ovaciones infinitas.

Bajo tal ruido, bajo tal entusiasmo, uno quiere pensar y uno quiere vivir. Uno quisiera, al parecer, unirse a ese coro de aclamaciones. «Sulímov, Jruschov, Cherniakov. [...] Camaradas. Camaradas, os ruego encarecidamente dejar ese ruido», les dice el presidente, convenciéndolos. Y luego el último: el camarada Litvínov.

La comisión de mandato. El presidente: camarada Yákovlev. Hay que elegir a otras veintidós personas. Supuestamente. Orden del día, aceptado. El reglamento. Akulto lee los puntos. Ritual, como de costumbre. Stalin. Lo escucharé...[21]

Ustriálov hablaba en detalle de los puntos principales del discurso de Stalin acerca de la nueva Constitución: su definición de las nuevas clases y la derivación sociológico-política de los nuevos principios constitucionales. También el Día de la Constitución, el 6 de diciembre de 1936, Ustriálov lo pasó junto a la radio. De madrugada, a las dos, hizo su apunte en el diario: «Día de la Constitución. Durante todo el día la radio ha estado lanzando entusiasmo patriótico y triunfalismo socialista. Un acto masivo tras otro en todo el país. Una manifestación de solidaridad nacional y de hermandad solidaria». Ustriálov le da la razón al jurista y fiscal francés que había afirmado que a Rusia le faltaba una conciencia nacional, y que ahora había llegado el instante en que esa conciencia había surgido espontáneamente, como un todo:

El arte del poder. ¡Con cuánta perfección domina ese arte nuestra clase dirigente, nuestro partido! ¡Gobernar un país como el nuestro! ¡En una época como ésta! ¡Y bajo tales condiciones, enfrentándose a todo el mundo burgués, es decir, a todos los Estados del mundo de hoy! Una tarea gigantesca. ¡Una labor sobrehumana! ¡Una osadía incomparable! Pero está bien. Ved únicamente cuán «sencillamente» funciona todo entre nosotros. De forma fácil y absolutamente «natural». Uno no se da cuenta de inmediato de

la notable maestría que es necesaria. Llegan unas ordeñadoras, Makar Mazái [un trabajador de elite y obrero metalúrgico; nota de K. S.], Alekséi Stajánov es elegido en la redacción que elaborará la versión final de los textos constitucionales, llegan desde todos los rincones y confines del país para elaborarlos en conjunto.

«Cualquier cocinera debe saber dirigir el Estado». La causa común. «En la cartera de cualquier soldado está el bastón del mariscal». Makar Mazái: eso es grandioso, es «representativo», como dirían Keyserling, Ortega *e tutti quanti. Massenmensch* ['el hombre de las masas'; en alemán en el original, nota de K. S].

Y al mismo tiempo el símbolo concreto de la fuerza de voluntad, la personificación del Estado, la personificación del socialismo, la encarnación del nuevo plan de la vida diaria y de la conciencia: Stalin.

Ese nombre organizador e hipnotizante; el nombre es consigna y el nombre es persona: es lógico, histórico y social, enviado por el destino. La revolución lograda—¡la gran Revolución!—, y eso en un país como el nuestro, un país multinacional y multiétnico, por si fuera poco, con pueblos que están acostumbrados a pensar concretamente, se necesita una voz dirigente clara, consciente y concreta. ¡Y por suerte hemos recibido una! En el logro mismo se perfilan los rasgos de su rostro actual. Puede que este hecho provoque estupor entre algún que otro «viejo bolchevique» que se ha convertido en contrarrevolucionario de forma dialéctica, puede incluso que lo llene de rabia; eso sólo debe de provocar la habitual sonrisa sarcástica de nuestra siempre impotente y malaconsejada intelectualidad, pero eso no cambia nada en que todo esto es necesario y decisivo para el futuro. Nuestro país no es la Casa de los Científicos en la Miortvy pereúlok, sino la maquinaria del Estado de un poder euroasiático en un instante crítico de la historia universal, y no puede ser dirigido a través de una ponencia sobre el derecho constitucional inglés, a la vieja y buena usanza. ¡Sí, necesitamos un talismán, necesitamos a... Stalin, STALIN [subrayado en el texto, y aquí, junto al texto, hay pegada una fotografía de Stalin de perfil; nota de K. S.], a fin de poner en movimiento los pistones, las válvulas y los amortiguadores, esos sistemas del sistema creados por los hombres, tan necesarios para salvar nuestro Estado, para transformarlo, hacerlo grande, para alcanzar el socialismo, consolidarlo y extender su influencia! Los millones y millones, Makar Mazái y el único, incomparable y ama-

do Stalin, son conceptos relacionados entre sí. Están relacionados entre sí tanto desde un punto de vista organizativo y político como histórico. Quien no entienda esto o no lo «acepte» no tiene sitio en el reino de las realidades de hoy, y además: «¡No ama a su patria!».

¡Qué diablos! ¿Acaso no está claro que el país ha dado un salto histórico insólito e improbable hacia delante y que es ahora cuando encuentra su equilibrio? ¡El instante más peligroso! Ese salto ha desequilibrado al mundo entero, y ahora sólo nos queda crear un nuevo equilibrio en el mundo o... Bueno, es mejor no hablar de otra alternativa posible.

Alea iacta est. Ya no hay alternativa. Hoy, para nosotros, el patriotismo está indisolublemente asociado al internacionalismo bolchevique. La vida en la patria es inseparable de su posición en el mundo. Ésa es la razón por la cual, cuando llegue el momento, habrá que morir en el frente español por España, o por la China soviética, etcétera, pues se entiende que con ello se muere por el propio país, por su futuro, por su destino histórico, por su *logos* creador. ¡Morir—junto a Mazái—bajo el estandarte del gran Stalin![22]

Aquí Ustriálov, mientras escucha las noticias, sostiene un diálogo consigo mismo con el que pretende ganar claridad, e intenta convencerse de la corrección de sus convicciones. Oír como autosugestión: él, antiguo emigrante no perteneciente al partido, e incluso distante de él, se va adentrando en una espiral ascendente de identificación con el «Gran Stalin». La radio se convierte casi en un *vis-à-vis* y en un interlocutor, un asociado en el proceso del propio entendimiento y la integración en el conjunto del pueblo.

LOS SABOTEADORES DE LA RADIO

Las tareas de la radio son tratadas también en la sesión del Pleno del Comité Central del 26 de febrero de 1937. V. S. Bogushevski, redactor jefe del periódico *Za sotsialistícheskuiu industrialisatsiv* [Por la industrialización soviética], enumeró distintos puntos débiles del sector de la radio, sobre todo

del programa «Últimas noticias de la radio». Adujo falta de cualificación de los redactores, la dependencia de las noticias proporcionadas de forma centralizada por la agencia Tass, la incapacidad de informar para determinar la debilidad interna del fascismo, de modo que surgía una imagen demasiado positiva de la situación en Alemania e Italia, el «parloteo» en lugar de la «agitación por medio de los datos», la adulación de los respectivos jefes regionales, simple incompetencia y falta de conocimientos o ingenuidad: tales reproches, y otros similares, arrojan luz sobre las condiciones ciertamente caóticas en el sector de la radio soviético, que todavía se encontraba en proceso de construcción. Bogushevski, el orador principal para hablar de la radio, no se quedó únicamente en la enumeración de debilidades y errores. También él veía en todo ello la pérfida labor de los saboteadores. El 22 de enero, por ejemplo, aniversario de la muerte de Lenin, o el 23 de enero, el día en que se transmitió la sentencia sobre el centro trotskista. El 22 de enero, día de duelo nacional, se transmitió, aunque sólo fuera a modo de «experimento técnico», música bailable, romanzas gitanas, foxtrot, entre otras cosas; el 23 de enero, por su parte, tras la transmisión de la sentencia del tribunal y del informe sobre la ejecución de ésta, se transmitió la *Sonata en si bemol menor* de Chopin, con la *Marche funèbre*. Eso no había sido ninguna casualidad: no se había anunciado ninguna marcha fúnebre, sino la *Sonata en si bemol menor*, de lo contrario, la intención—expresar duelo por la ejecución de la sentencia—hubiera sido demasiado obvia: «Ello se explica debido a que allí, obviamente, existía alguna infiltración de elementos trotskistas y de otra gente repugnante».[23] Esa «pandilla asquerosa» había penetrado en la redacción de la radio.

Ese desenmascaramiento más bien torpe de la labor de sabotaje en la radio muestra que los dirigentes políticos sabían muy bien cuán importante era la radio para la creación de una gran colectividad de sentimientos entre los soviéticos.

ART DÉCO SOVIÉTICO: EL TIEMPO ATRAPADO EN LA PIEDRA

EL PRIMER CONGRESO DE LA ASOCIACION NACIONAL DE ARQUITECTOS, DEL 16 AL 26 DE JUNIO DE 1937, *373* — MOSCÚ: UNA OBRA EN CONSTRUCCIÓN, *381* — CAOS Y TENSIÓN, *383* — EL UNIVERSO SOVIÉTICO COMO EXPOSICIÓN, *385* — LA CREACIÓN DE UN NUEVO ESTILO BAJO LAS CONDICIONES DEL ESTADO DE EXCEPCIÓN, *389* — UN DISCURSO DE CLAUSURA: FRANK LLOYD WRIGHT, *395*

Construir lleva su propio tiempo. Es tan inerte y pesado como el propio material de construcción, y tan lento como el proceso de construcción. Para realizar una obra constructiva se necesita una planificación y una preparación. Y una vez concluye la obra, queda allí, como un monumento de sí misma, un monumento de su tiempo. Puede suceder entonces, por ejemplo, que algunas obras arquitectónicas que encarnan el estilo de su época lleguen a otras épocas que no saben qué hacer con ellas. Avanzan hacia su consumación, aunque la época que les dio vida ya haya pasado. Y ahora están ahí, macizas, muy distintas a una tesis o a un argumento que puede ser apartado de la mesa en un debate. El tiempo trabaja con su propia inercia. Y eso es válido también para el momento histórico del año que va de 1937 a 1938. En el ritmo vertiginoso de los acontecimientos—congresos, plenos, récords, ejecuciones—se trastocó ese largo tiempo que es propio del construir. En el año 1937 se terminan algunas obras espectaculares que habían sido proyectadas ya en los años 1930 o 1932 o que habían sido aprobadas en concursos.

En 1937 empieza a realizarse algo que en realidad ya no «funciona», pues ha sido concebido y aprobado en los años anteriores. La inspiración de la época del *Sturm und Drang*, ese ímpetu y ese afán renovador de finales de la década de 1920 y principios de la de 1930, penetra todavía en el año 1937 y va más allá. ¿Acaso hubo alguna vez una situación más singular? Mientras se lanzaba un fulminante anatema contra el «formalismo» en arquitectura, surgían obras maestras tardías del constructivismo, como el Palacio de Cultura del Distrito Proletario, de Aleksandr Vesnín, inaugurado en el verano de 1937. Se terminan construcciones en las que la «dictadura del rectángulo» se vincula con un nuevo monumentalismo—la Academia Militar Frunze, de Lev Rúdnev—y en las que se anuncia un nuevo estilo monumental-decorativo, como las viviendas de Arkadi Mordvínov, concebidas como construcciones modelo, en la calle Gorki.[1] El largo período de tiempo que es propio de la arquitectura y de la construcción parece ser resistente frente al breve y jadeante tiempo de la retórica política y de las declaraciones programáticas del «realismo socialista». No obstante, para el mundo de la construcción, el año 1937 es un período de estado de excepción.

El 30 de agosto de 1937 el periódico *Pravda* publicó una carta abierta en la que Alekséi Schúsev, el arquitecto del mausoleo de Lenin en la Plaza Roja, fue calificado de saboteador de la construcción del socialismo. Esa fue la señal para una campaña de acoso en la que se ajustarían cuentas, como «cabecilla de un círculo contrarrevolucionario», a uno de los más destacados arquitectos soviéticos (de él era también el edificio constructivista del Comisariado del Pueblo para la Agricultura y el Hotel Moscova, por entonces en construcción). El 25 de octubre de 1937, Schúsev fue expulsado de la Unión de Arquitectos Soviéticos, y poco después fue acogido de nuevo en la asociación gracias al visto bueno de la dirección del partido moscovita. Murió de muerte natural con

setenta y seis años en 1949, después de haber tomado parte, durante los años de posguerra, en la reconstrucción de ciudades soviéticas destruidas.[2]

Lo mismo que a Schúsev les ocurrió a muchos que sobrevivieron al año 1937 y que, al menos en su mayoría, alcanzaron una edad casi bíblica para las circunstancias soviéticas. En primer lugar, esto es válido para aquellos arquitectos que habían recibido su formación antes de 1917 y que luego alcanzaron reconocimiento como antiguos miembros de la Academia Imperial de las Artes en la época soviética: Iván Zholtovski, nacido en 1867, quien, con su construcción «neopalladiana» en la calle Mojovaia, había diseñado un hito del neoclasicismo y marcado un giro, murió en 1959. Iván Fomin, nacido en 1872, prominente arquitecto ruso y creador de construcciones que, con su «clasicismo dórico», eran hitos de un giro neoclasicista a principios de la década de 1930, murió de muerte natural en el año 1936, entusiasmado con las nuevas posibilidades que le había abierto el Gobierno soviético. El ya mencionado Alekséi Schúsev, nacido en 1873, había creado sus obras más importantes también antes de 1917—por ejemplo, la iglesia de estilo Art Noveu para conmemorar la batalla de las Naciones en Leipzig y la nueva construcción de la estación de Kazán, en Moscú—; el apogeo creativo de su vida coincide, por cierto, con el poder soviético. Vladímir Semiónov, nacido en 1874, graduado en la Academia de las Artes, ya era antes de 1917 un destacado urbanista y había participado de forma decisiva en la elaboración del Plan General para la Reconstrucción de Moscú; murió en el año 1960.

Otra figura destacada, Vladimir Schuko, nacido en 1878, ya se había hecho un nombre antes de 1917 y era uno de los coautores prominentes del Palacio de los Soviets; murió de muerte natural en 1939. Algunos arquitectos cuyos nombres están asociados al esplendor de la vanguardia soviética sobrevivieron, pero luego, en cierto modo, desa-

parecieron en el olvido a mediados de la década de 1930: Grigori Barjín (1880-1969), Nikolái Ladovski (1881-1941), Iliá Gólosov (1883-1945), Aleksandr Nikolski (1884-1953), Aleksandr Vesnín (1883-1959), Viktor Vesnín (1882-1950), Vladímir Tatlin (1885-1953), Nikolái Miliutin (1889-1942), Vladímir Krinski (1890-1971), Lázar Lisitski (1890-1941), Moiséi Guinzburg (1892-1946), Iván Leonídov (1902-1959).[3] Totalmente retirado vivía Konstantín Mélnikov, nacido en el año 1890. La estrella del pabellón Majorka, de 1923, arquitecto de algunos de los clubes más animados y de la tal vez más conocida y solitaria casa privada de la capital soviética, murió en 1974.[4] Borís Iofán, nacido en 1891, arquitecto de la Casa del Gobierno, del pabellón soviético en París y del Palacio de los Soviets, murió en 1976 en su piso de la Casa del Gobierno, en la que vivieron—y donde fueron arrestados—, en la década de 1930, tantos miembros de la cúpula gubernamental. Lev Rúdnev, nacido en 1885, había proyectado, después de la Academia Militar, otro edificio modelo de la última parte del período de Stalin: el edificio de la Universidad Estatal Lomonósov, ubicada en las colinas Lenin; murió en el año 1956. Nikolái Kolli, nacido en 1894, había proyectado, en colaboración con Le Corbusier, el edificio del Zentrosoiuz, así como algunas estaciones de metro; murió en 1966. Y a todos ellos parece haber sobrevivido Karó Alabián, nacido en 1897, «el Calibán de Stalin en la arquitectura», arquitecto del Teatro del Ejército Rojo y director del Primer Congreso Nacional de Arquitectos en el año 1937. Murió con casi cien años en 1995.[5]

En esos datos se expresa una continuidad vital que no es en ningún modo obvia para las elites de la Rusia del siglo XX, pero también una discontinuidad, una ruptura, una desaparición en el punto culminante de la creación artística, la cual, a decir verdad, no coincide exactamente con el año 1937.

EL PRIMER CONGRESO DE LA ASOCIACIÓN NACIONAL DE ARQUITECTOS DEL 16 AL 26 DE JUNIO DE 1937

El acontecimiento principal para el desarrollo de la arquitectura en el año 1937 fue el Primer Congreso Nacional de Arquitectos, inaugurado en la Sala de las Columnas de la Casa de los Sindicatos el 16 de junio y clausurado diez días después, el 26. Originalmente debía realizarse antes, y los preparativos para el mismo se habían iniciado ya en 1932. De forma parecida a como sucedió con el Congreso de Escritores en el año 1934—en el que fueron disueltas las asociaciones y organizaciones de los escritores hasta entonces existentes, quedando unificadas en una organización de carácter nacional, y en el que se anunció una doctrina estética, el «realismo socialista»—, en el mismo año empezaron a adoptarse medidas similares en la arquitectura. También se esperaba que el quinto encuentro del *Congrès Internationaux d'Architecture Moderne* (CIAM) tuviera lugar en Moscú y que diera brillo a la capital rusa con visitantes como Le Corbusier y Ernst May. Entre 1934 y 1937 la fracción comunista dentro de la Asociación de Arquitectos había hecho todo lo posible para hacerse con la dirección del futuro congreso. En el entorno marcado por la histeria por el asesinato de Kírov, con la purga a él asociada dentro del Partido, se había atacado también a algunos arquitectos y se les había tildado de trotskistas. Uno de los casos más notables fue el de Mijaíl Ojitóvich, un arquitecto que en la década de 1920 había estado ligado a la izquierda, pero que mostraba cierto escepticismo en torno a la utilidad de la modernidad para las condiciones de Rusia y que se sentía afín a ciertas concepciones «desurbanísticas»; Ojitóvich fue expulsado del Partido y más tarde acogido de nuevo en sus filas, pero después de 1934 volvió a estar otra vez en la mira de los denunciantes. Por último, se le criticó por «bujarinista» y por «desviacionista de derechas», ya que se había pronunciado en favor de conservar las viviendas individua-

les para el campesinado reunido en koljoses. También Solomón Lisagor, otro destacado arquitecto que había estado cerca de la izquierda, fue atacado como «trotskista». Ojitóvich fue arrestado a raíz de la purga del Partido en el otoño de 1935 y murió en 1937. La reconstrucción de los enfrentamientos muestra que se estaba asestando un golpe a Ojitóvich y a Lisagor, pero que en realidad el objetivo eran los «grandes viejos»: Moiséi Guinzburg, Alekséi Schúsev, Iván Zholtovski y otros. Muchos de esos enfrentamientos se presentan como una lucha de los arquitectos más jóvenes contra «los viejos renovadores ya establecidos», de los vínculos surgidos entre las provincias y la periferia con la capital—sobre todo la «mafia caucásica»—, los cuales se dirigían contra la posición dominante de los arquitectos judíos y rusos. Los reproches en esta confrontación—trotskismo, nacionalismo, incluso fascismo, falta de vigilancia—eran arbitrarios e intercambiables, y daban fe, sobre todo, de una cosa: la incondicional voluntad de poder y de imponerse de un grupo que se había reunido en torno a la figura del arquitecto comunista Karó Alabián, oriundo del Cáucaso y crecido en el seno de la clandestinidad revolucionaria.[6]

Pero la estandarización de los arquitectos se reveló como una empresa sumamente difícil. Dentro de la asociación, los arquitectos más destacados y prestigiosos—sobre todo en el extranjero—seguían siendo los representantes de las tendencias constructivistas, funcionalistas y académico-neoclasicistas. En los congresos internacionales y en el envío de delegaciones, los «grandes viejos» eran los más demandados, no los arribistas ni los arquitectos con el carné del Partido. Al grupo del Partido dentro de la Asociación de Arquitectos le resultó bastante difícil cumplir con la exhortación de Lázar Kaganóvich de llevar adelante la lucha contra el filisteísmo, el nihilismo y el «purismo» y defender una arquitectura «noble y verdadera».[7] En los debates especializados sobre arquitectura que se llevaron a cabo todavía

públicamente dentro de los círculos de arquitectos, no cabía duda de quién era considerada aquí la autoridad y quién no. Los arquitectos atacados como «formalistas» y «nihilistas antinacionales»—Guinzburg,[8] los Vesnín,[9] Schúsev—rechazaron la crítica del grupo del Partido y declararon que no tomarían parte en el congreso si no cambiaba el tono de las confrontaciones. En la sesión preparatoria decisiva, organizada por el grupo de militantes del Partido—celebrada los días 4 y 5 de marzo de 1937, justo cuando había acabado el proceso público contra Piatákov y se habían publicado los acuerdos del Pleno del Comité Central sobre las labores de sabotaje y en favor de una fortalecida vigilancia—, se demostró, sin embargo, que el Partido podía minar la posición de los «formalistas» sólo desde un punto de vista administrativo y recurriendo a la represión. Alabián habló de la lucha contra la «simplificación» en el terreno de la arquitectura, defendió la apropiación de la herencia cultural y el estudio de las tradiciones nacionales; también veía «enemigos del pueblo» en el ámbito de la arquitectura y exigió que se pasara más rápidamente al método de prefabricado y a una reducción radical de los costes de construcción. Alabián atacó a Guinzburg, a Golz y a Búrov como los portavoces de una corriente «formalista»: Guinzburg no soportaba, dijo, que se le criticara, sobre todo cuando la crítica venía de abajo. De modo que fue a él, a Guinzburg, a quien se le reservó el papel de líder de la corriente formalista, designándolo como «el Trotski de la arquitectura». Se mencionó por su nombre a Mélnikov, a Guinzburg, a los Vesnín, que se negaron a «reformarse» (*perestroitsia*). También se originaron controversias sobre posiciones estéticas: Mordvínov alabó la arquitectura del Palacio de los Soviets como la prueba más importante de la superioridad de la arquitectura soviética.[10]

En el congreso estuvieron presentes cuatrocientos dieciocho delegados y diecisiete invitados oficiales extranjeros.

Fue visitado por delegados de las fábricas, de los comités sindicales y de otras asociaciones profesionales, que trajeron sus propuestas y observaciones sobre la construcción soviética. Los comunistas estaban representados en un número excesivo: mientras que en la Asociación de Arquitectos sólo un 10% de sus miembros era militante del Partido, estaban presentes en el congreso ciento cuatro comunistas: un claro síntoma de cuán inseguros se sentían de su causa, en la directiva de la Asociación de Arquitectos, los militantes del Partido. Entre ellos acudieron diecisiete de Armenia, once de Georgia, seis de Azerbaiyán, veintiocho de Ucrania; setenta y un delegados se registraron como judíos. Un 95% de los participantes eran hombres. También la composición por edades es reveladora: la mayoría—un 61%—eran personas entre los veinticinco y los cuarenta años, mientras que un 18% tenía cincuenta años o más.[11] Entre los invitados extranjeros se encontraban, por ejemplo, Simon Breines, de Estados Unidos, y Edvard Heiberg, de Dinamarca. Pero el huésped más prominente, sin duda, fue «el patriarca de la arquitectura moderna»: Frank Lloyd Wright.[12]

La ponencia inaugural estuvo a cargo de Karó Alabián, que también era secretario general del comité organizador. Alabián habló de las actividades constructivas que se estaban llevando a cabo en la URSS, especialmente de los grandes proyectos—el Palacio de los Soviets, el canal del Volga y el Moscova, el metro—que, a sus ojos, eran la encarnación real de la era soviética. Pero Alabián también emprendió un ajuste de cuentas a gran escala contra el formalismo, y presentó una nueva valoración de la historia de la arquitectura soviética. La emprendió, en particular, contra Mélnikov, al que se refirió como el más claro representante del formalismo, destacando su incapacidad para romper con el pasado. También criticó a Guinzburg, a Sabsóvich y a los hermanos Vesnín, defensores de la falsa creencia de que la forma estética derivaba automáticamente del diseño técnico; un punto

de vista tan utilitario era, según Alabián, una vulgarización, y traía consigo un empobrecimiento de las formas arquitectónicas. Alabián difamó al constructivismo como una «arquitectura de cajones», cuya expresión más acabada era la casa comunitaria o colectiva. Mélnikov, Guinzburg, los Vesnín no se habían desvinculado ni renegado de su pasado, y Alabián llegó a equiparar los proyectos de dicha tendencia con la demolición y el sabotaje, cuyo objetivo era dañar la salud y el bienestar de la clase obrera. Por lo tanto, él exigía un cambio consciente y un determinado distanciamiento del formalismo, así como el compromiso con una arquitectura que siguiera las directrices del realismo socialista: «el dominio de la herencia clásica y lo mejor de la arquitectura contemporánea».[13] Ejemplos modélicos de una exitosa combinación de arte de la era comunista y el pueblo, de «expresividad ideológica y emocional», del uso de toda la riqueza de posibilidades artísticas y técnicas de la herencia clásica y del patrimonio de la arquitectura nacional y popular eran, en su opinión, el metro de Moscú y el Palacio de los Soviets. El congreso aprobó unas resoluciones que condenaban a los saboteadores, a los espías y enemigos del pueblo, y en las que se obligaba a los arquitectos a comprometerse con esa «preocupación por el hombre» (Stalin), haciendo que ésta acaparara el centro de su labor.

Pero en el congreso también hubo voces que no siguieron a Alabián y a sus partidarios. Schúsev recalcó en su discurso que los arquitectos soviéticos tenían que aprender mucho de las avanzadas técnicas de los países occidentales, en especial de Estados Unidos. De la Antigüedad y el clasicismo podía aprenderse el realismo, la naturalidad, la humanidad y la armonía, pero no la tecnología moderna. Según Schúsev:

La transferencia mecánica de elementos de la arquitectura clásica al presente, bajo exigencias técnico-económicas distintas, jamás puede dar buenos resultados. La vía del «restauracionismo», del

uso simplificado del clasicismo, ha de ser rechazada de manera enérgica. El arquitecto no sólo tiene que ser un maestro de su especialidad, sino también un filósofo que esté a la altura de su tiempo.[14]

Schúsev se pronunció a favor de un nuevo monumentalismo, algo que ahora se hacía posible gracias al socialismo.

Guinzburg habló de la industrialización de la construcción de viviendas y alabó como ejemplares—a diferencia de Alabián—los progresos de esta nueva tecnología constructiva en Occidente. La Unión Soviética también debía aprender en esto de Estados Unidos, probar nuevos materiales y orientarse según la actividad constructiva estadounidense, con una organización transparente y eficiente. Allí se empleaban nuevos materiales, como la cerámica, el asbesto, el contrachapado y otros materiales de construcción ligeros. Guinzburg se centró en los ritmos de construcción en Estados Unidos, y puso como ejemplos no sólo los grandes proyectos como el Empire State Building o el Radio City Music Hall, sino también la construcción de viviendas unifamiliares. Criticó los métodos voluntaristas del llamado trabajo de choque, el despilfarro de recursos, la militarización de los procesos de construcción, la subordinación a estructuras políticas incompetentes. La audiencia respondió con una ovación a Guinzburg cuando señaló que los arquitectos necesitaban autonomía, y añadió que los arquitectos soviéticos podrían controlar esas tareas con la ayuda de Stalin.

Víktor Vesnín, entre «atronadores aplausos», propuso a Stalin y a otros—Mólotov, Kaganovich, Kalinin, y también al camarada Yezhov—para la presidencia de honor del Congreso de Arquitectos. Pocos días antes de la inauguración, Tujachevski y otros altos comandantes del Ejército Rojo habían sido acusados, condenados y fusilados. El ambiente histérico se contagió al congreso: Víktor Vesnín prometió a un representante del Ejército Rojo que también los arquitectos harían todo lo que estuviera a su alcance para entrar a for-

mar parte del Ejército Rojo, «como un solo hombre», y de ese modo combatir a los enemigos; otro orador también veía entre los arquitectos a

> ... enemigos del pueblo, desviacionistas, saboteadores, agentes del fascismo, espías, asesinos, así como a bandas vampíricas de degenerados y traidores trotskistas y bujarinistas, que tenían sus asquerosas zarpas metidas en los trabajos de arquitectura y en los proyectos...

y a continuación citó lugares y nombres.[15] Por otra parte, el congreso interrumpió su orden del día para rendir tributo al vuelo de los pilotos soviéticos sobre el Polo Norte, los cuales habían establecido un nuevo récord mundial.

Pero la confrontación no acabó con el congreso. En una carta abierta, L. Savéliev y O. Staprán criticaron por su nombre en el *Pravda*, el 30 de agosto de 1937, a Schúsev, calificándolo como alguien que estaba torpedeando la construcción del socialismo, que recomendaba métodos constructivos extranjeros y que ejercía una influencia negativa en la nueva generación de arquitectos. Como director de la Oficina Estatal de Arquitectura, se conducía como si esa institución fuera su propia empresa. El grupo de militantes del Partido que se reunió el 2 de septiembre de 1937 se pronunció, a raíz de la conferencia de Alabián sobre este tema, a favor de la expulsión de Schúsev de la Asociación de Arquitectos. La denuncia se amplió: Schúsev hacía chistes antisoviéticos, su estudio se había convertido en un punto de reunión de vástagos de la antigua clase dominante, con un príncipe, siete nobles, dos antiguos sacerdotes, un comerciante, tres ciudadanos de honor y varios extranjeros; había mantenido amistad con el traidor Tujachevski y, en realidad, no era el creador del mausoleo de Lenin. Schúsev tenía una «fisonomía antisoviética»,[16] en sus viajes al extranjero se había mostrado demasiado impresionado por la arquitectura

italiana, mientras que se expresaba despectivamente sobre el trato dado por los soviéticos a los monumentos constructivos históricos de Rusia (entre otras cosas, había considerado una barbaridad el derribo de la muralla de Kitái-Górod). Un colaborador del estudio arquitectónico de Schúsev veía incluso en la mirada de éste «un elemento de labor saboteadora»; a otro lo calificaba de «cabecilla de un círculo contrarrevolucionario», y extendía su ataque a toda la generación de arquitectos de mayor edad: «¿Qué derecho tiene un miembro de la Academia zarista de calificarse ahora, bajo el poder soviético, como un miembro de la Academia y arrojar arena a la cara de la gente? Y eso es exactamente lo que hacen los viejos». El propio Alabián, puesto bajo presión por los denunciantes, no pudo evitar el criticar dentro de la Asociación de Arquitectos cierta «falta de vigilancia». Hacía tiempo que se debía haber identificado a ese enemigo, y era preciso desenmascarar a los «muchos pequeños Schúsev» que todavía quedaban: «Tenemos que golpear de un modo implacable a todos esos arquitectos que pretenden defender a Schúsev».[17]

En la reunión de la presidencia de la Asociación de Arquitectos, el 25 de octubre de 1937, se expulsó a Schúsev de la asociación (Víktor Vesnín y Guinzburg no estuvieron presentes, tal vez para evitar formar parte de ese tribunal de esbirros). Ahora Alabián había asumido el mando sin oposición, y envió comisiones de purgas a las capitales de las repúblicas nacionales. Schúsev, sin embargo, no se quedó de brazos cruzados ante su expulsión, sino que se defendió, algo que no hizo Konstantín Mélnikov, el otro «gran viejo». Schúsev se dirigió al Mosoviet, y puesto que en su expulsión habían tomado parte dos personas que en su momento habían sido desenmascaradas como «enemigos del pueblo», se le acogió de nuevo en la Asociación de Arquitectos. A partir de entonces debería terminar su gran proyecto—el Hotel Moscova—y se le dejaría en paz. La inter-

vención de la dirección del partido moscovita salvó a Schúsev, el arquitecto del mausoleo de Lenin, de las maniobras de Karó Alabián.

MOSCÚ: UNA OBRA EN CONSTRUCCIÓN

En el año 1937, en el muelle Frunze, se inauguró, en un complejo de edificios erigido especialmente para ello, una «Exposición Permanente sobre la Construcción», a la que asistieron innumerables visitantes extranjeros llegados a la capital.[18] Pero, en realidad, la propia ciudad era una enorme exposición. Los participantes en el primer Congreso Nacional de Arquitectos celebraron las sesiones en una obra en construcción grandiosa. Esto no estaba previsto así, ni podía preverse, sino que derivó, por un lado, de la fecha del congreso, aplazada una y otra vez—en un principio debía ser en el año 1934, luego en la primavera de 1936—,[19] y, por otro lado, del plazo de 1937 impuesto por el año del aniversario de la Revolución, que debía ofrecer una muestra de todo lo hecho en las dos décadas transcurridas desde la Revolución de Octubre. En cierto sentido, la situación era singular: el congreso celebraba las sesiones muy cerca de las nuevas construcciones sobre las que hablaban las ponencias. El material ilustrativo estaba allí, ante los ojos de todos. Pero en 1937 Moscú no era el lugar adecuado para un balance sereno ni para la autorreflexión.

Las ponencias del congreso reflejaban también los puntos principales de la febril actividad constructiva y de los problemas que ello acarreaba. Una buena panorámica sobre la labor constructiva del momento y sobre los problemas presentes en el ámbito de la arquitectura nos la ofrecen las informaciones publicadas en las revistas especializadas, como *Stroítelstvo Moskvy*, en el año 1937. De forma sistemática, se presentan y discuten allí los proyectos arquitectónicos más importantes. Ello atañe tanto a la construcción de hospitales

y escuelas, de clubes y casas de cultura o de parques, cuanto a los proyectos de infraestructuras como la canalización, las depuradoras, las viviendas, los cines-teatro, los estadios, los hoteles, las dachas y la arquitectura de las exposiciones. Se presentan y discuten problemas relacionados con el proyecto y la realización, con las nuevas técnicas de producción de hormigón, con el desarrollo de las labores artesanas: estucadores, electricistas, carpinteros y artesanos artistas, los tejidos, los tapices, las alfombras, el mobiliario del espacio público (rejas ornamentales, farolas, bancos de los parques). El congreso, por lo tanto, tenía lugar en un escenario que estaba erigido en medio de un bosque de andamios de obra, y apenas transcurría una semana sin que se abriera el telón delante de una de esas importantes nuevas construcciones y se inaugurara públicamente.[20]

Entre las construcciones completadas e inauguradas en el año 1937 destacan el edificio de recepción de mercancías del puerto norte en la entrada del canal de Moscú (el canal del Volga y el Moscova) y toda la serie de esclusas y canales. Entre esas obras figuraban también las estaciones de la segunda línea del metro construida en 1937: la que iba de la Smolenskaia a la Kievskaia, desde la plaza Manège hasta la estación de Kursk, desde la plaza Sverdlov hasta Sokol. En 1937 estaban listos también los proyectos de la recién iniciada tercera línea del metro, la de Krásnye Vorota, Kurski Vokzal, Tagánskaia, y la estación de Paveletski. El Teatro del Ejército Rojo ya estaba casi terminado. En verano se inauguró el más importante de todos los palacios de la cultura hasta entonces construidos, el de la Fábrica de Automóviles Stalin. También el Hotel Moscova, el prototipo de hotel de lujo soviético, avanzaba hacia su terminación. Casi finalizados estaban también la Academia Militar Frunze y un número impresionante de viviendas y complejos de viviendas, la mayoría para los miembros de determinados Comisariados del Pueblo, asociaciones profesiona-

les y academias, los cuales habían sido erigidos en los sitios indicados por el Plan General, anticipando de ese modo las coordenadas de la futura Moscú. El Palacio de los Soviets, el proyecto más importante, aparte el del metro y el del canal, también se acababa de iniciar. Lo que podía verse en el año 1937 era un gigantesco cráter en el sitio en el que cinco años antes se erguía la catedral de Cristo Redentor. Para los arquitectos, se perfilaban ya de ese modo, con toda claridad, los contornos de la nueva arquitectura. La Moscú de 1937 es el anfiteatro en el que colisionan entre sí varios estilos arquitectónicos, algunos excluyentes, como por ejemplo, por un lado, el Teatro del Ejército Rojo, cuyo plano se encuentra en obvia contraposición a toda la funcionalidad de la construcción de un teatro, con su forma de estrella soviética de cinco puntas, lo cual expresa el predominio del simbolismo político; y, por el otro, el Palacio de la Cultura de la Fábrica de Automóviles Stalin, que tanto en su diseño exterior como interior es la labor de un maduro constructivismo.

CAOS Y TENSIÓN

Todo en el año 1937 se encontraba bajo la presión de las fechas y del rendimiento en el año del aniversario. Ello se ponía de manifiesto en la inauguración de edificios, en la terminación de varias películas y, muy especialmente, en las exposiciones con motivo de dicho aniversario. Posponer el año de publicación de un libro es una cosa, pero posponer una exposición que ya está preparada desde hace tiempo es otra muy distinta. Esto ya lo había demostrado la exposición denominada «La industria del socialismo», que se había acordado en el año 1935, bajo el mandato de Ordzhonikidze. Concebida como una celebración de los méritos de la industrialización socialista y planeada para el otoño de 1937, no pudo ser inaugurada, sino que fue inaugurada públicamente, tras varios aplazamientos, en marzo de 1939. En doce sec-

ciones debía mostrarse el progreso que había tenido lugar desde 1917, visto con los ojos de los artistas que, siguiendo un plan temático, habían estado realizando viajes de trabajo por todo el país, visitando las grandes obras en construcción para luego reflejarlas en sus obras. Entre ellos figuraban pintores tan importantes como Borís Ioganson, Pável Kuznetsov e Iliá Mashkov.[21]

Las disputas sobre el formalismo, sin embargo, crearon un desorden tal en este plan que hacia finales de 1936, diez meses antes de la planeada inauguración, predominaban el caos y la confusión. En junio de 1937, cuatro meses antes de la apertura prevista, había una gran cantidad de artistas—entre ellos, Dmitri Moor e Iliá Mashkov—que aún no habían entregado sus obras. Algunos se veían desbordados con otros encargos: a Aleksandr Deineka le habían encargado la decoración de las estaciones del metro, mientras que otros sufrían a causa de la escasez de materiales—también la desaparición del lienzo era atribuida al sabotaje de los enemigos del pueblo—,[22] al tiempo que otros eran criticados o calumniados, como Serguéi Guerásimov y el propio Aleksandr Deineka. El permiso para la construcción del pabellón del Salón de la Construcción, concebido por Aleksandr y Víktor Vesnín, fue revocado en junio de 1937. La exposición se trasladó provisionalmente al edificio de la Exposición Permanente de la Construcción, en el muelle de Frunze. Pese a algunas dificultades grotescas—había problemas con la electricidad en una exposición que debía informar sobre el triunfo de la electrificación—, y pese también a las destituciones y los cambios en los órganos rectores de la muestra, ésta se inauguró en noviembre de 1937, pero sólo para quedar cerrada al público nuevamente, pues en ella se hacía referencia a personas y héroes que habían sido declarados inhumanos con motivo de las últimas purgas. Fue preciso retirar, por ejemplo, el conjunto pictórico de Aleksandr Guerásimov para el Comisariado del Pueblo de la Industria Pesada,

el cual tuvo que ser pintado de nuevo íntegramente.[23] Transcurrieron otros dieciocho meses para que público pudiera ver en marzo de 1939 esta muestra en la que se exponían unos dos mil objetos de setecientos artistas. Las obras y los artistas mostrados ahora ya no eran idénticos a los de la exposición original: «Los trabajos que se encargaron en el año 1935, casi todos terminados en 1937, ya no coincidían con las actuales prioridades ideológicas y artísticas». La exposición, de algún modo, había sido dejada de lado, y más tarde algunas de las obras de arte individuales fueron repartidas entre los museos provinciales de territorios recién conquistados, como Lvov y Białystok.[24]

EL UNIVERSO SOVIÉTICO COMO EXPOSICIÓN

Tal vez en ninguna otra parte se pone más claramente de manifiesto el elemento de búsqueda, de tanteo y de experimentación que aún era propio de la arquitectura soviética en el año 1937 como en los avatares en torno a la concepción de la Exposición Agrícola Nacional. Y tal vez en ninguna otra parte fuera mayor la pretensión de crear un estilo nuevo y sintético como allí donde debía representarse la gran variedad de naciones y culturas del vasto país.[25] Dicha muestra había sido aprobada en febrero de 1935 en el Segundo Congreso Nacional de los Koljosianos y los Trabajadores de Choque, y debía ser inaugurada en agosto de 1937, pero luego fue pospuesta, primero hasta agosto de 1938, y por último hasta el verano de 1939. Ya en la época de los zares había una rica tradición de exposiciones nacionales sobre la industria, el arte y la artesasía, y con esa tradición conectó el poder soviético en 1923 al crear la Exposición Agrícola Nacional. Por entonces, después de la reactivación de la economía gracias a la Nueva Política Económica (NEP), la Rusia soviética se había presentado con un área expositiva y una arquitectura de exposi-

ciones que también había hecho furor en el extranjero, con obras como el pabellón Majorka de la Exposición Agropecuaria y de la Industria Artesanal de Rusia en Moscú, obra de Konstantín Mélnikov, que debería convertirse en un icono de la arquitectura moderna. Una impresión aun mayor causarían los pabellones soviéticos en la Exposición Universal de París en 1925 (también de Konstantín Mélnikov), o en la Exposición Internacional de la Prensa (Pressa) de Colonia en 1928 (obra de El Lisitski). Pero en el año 1937 lo que se debía presentar en Moscú eran los logros de la nueva agricultura colectivizada. La dirección de la exposición estuvo a cargo del Comisariado del Pueblo para la Agricultura, y la concepción de la muestra recorrió varios estadios. En un primer momento fue un gran complejo con una monumental Casa de los Campesinos Koljosianos en las proximidades de la Academia de Agricultura Timiriásev, rodeado por un conjunto de pabellones de madera más pequeños, que debían mostrar la singularidad de la tradición constructiva rusa en madera y ser desmontados al cabo de cien días. Pero la Exposición también contaba con otras localizaciones: se hablaba de las colinas Lenin, sobre el río Moscova, de la plaza situada delante de la estación de Kiev o del campo de Luzhniki.[26] Más tarde, en la entrada de la muestra agrícola se colocaría también el grupo escultórico de Vera Mújina para la Exposición Universal de París de 1937. En una concepción original del año 1935, se determinó que la muestra tuviera pabellones para los distintos ramos de la agricultura, pero también para los logros de cada república y cada región por separado, a fin de ilustrar la realidad de la agricultura soviética en un espacio más reducido: las auténticas granjas de los koljoses y sovjoses, las estaciones motorizadas con sus tractores, las empresas de experimentación, los talleres, los laboratorios, las estaciones meteorológicas, los invernaderos, los campos de experimentación, los cines, y muchas cosas más.[27] En los cinco años transcurridos entre los comienzos

de la planificación y la inauguración, participaron en los preparativos unos dos mil quinientos arquitectos, artistas y escultores—entre ellos, nombres como Ródchenko, El Lisitski, Fridland, Alpert—; la concepción cambió en varias ocasiones, y la idea original de organizar una exposición temporal se convirtió en la de una muestra permanente.[28] El Plan General para la exposición, elaborado por Viacheslav Oltarzhevski, fue aprobado el 21 de abril de 1936. Nada menos que El Lisitski había concebido el diseño de la muestra: como en una Exposición Universal, debía presentar la revolución de la agricultura con todos los elementos naturales—agua, tierra, aire y fuego—, y ello se reflejó hasta en el diseño de la tipografía.[29] La muestra debía ser concreta, ilustrativa, no una muestra de agitación y propaganda, sino una exposición de objetos vivos (cereales, frutas, verduras, ganado). En varios dioramas, se debía mostrar de manera multimedia el camino recorrido desde 1917: «Desde la procesión de iglesia de Repin hasta el teatro en el koljós», con la ayuda de altavoces, películas, diagramas y fotos, con una sala en la que se ilustraría la vida cotidiana en la antigua Rusia por medio de objetos sacados de la galería Tetriakov, y otra sala en la que se mostraría la vida cotidiana en la nueva Rusia. En la plaza de los Pueblos y en la avenida de los Pueblos se alineaban los pabellones de las repúblicas nacionales soviéticas. En los pabellones de las nacionalidades se expondrían los productos de dichas repúblicas: Asia Central y el algodón, Ucrania y la producción de azúcar de remolacha, además de los elementos característicos del arte popular nacional. Ante los visitantes se vertería toda «una corriente, una cascada, unas cataratas del Niágara de productos alimenticios».[30] La enorme premura de tiempo trajo consigo, entre otras cosas, que se construyeran pabellones sumamente interesantes desde el punto de vista técnico-ingeniero y estético: por ejemplo, la estructura de madera de la cúpula de la torre del pabellón central dedicado a la «mecanización» o las estructuras de madera en el

pabellón de la República Autónoma Soviética de Baskiria.[31] El diseño de los pabellones individuales, su decoración interior, que incluía naturalezas muertas con pepinos, calabazas, champiñones o melones, es algo que ocupa una y otra vez a los colectivos creativos o políticos encargados de ellos, incluso a los comisarios del pueblo.

Tras numerosas modificaciones conceptuales y organizativas, surgió un impresionante terreno de muestra de 190 hectáreas, con plazas, avenidas y lagos. Se crearon caminos asfaltados con un longitud de 17 kilómetros, 1600 esculturas, frescos y mayólicas, con una superficie total de 2000 metros cuadrados. Sobre los terrenos se repartían 237 pabellones, 150 kioscos, dos cines con 400 y 900 plazas respectivamente, un anfiteatro para 1400 espectadores, además de la infraestructura: correos, caja de ahorros, telégrafo, policlínica. En la entrada principal se levantaron estatuas de Stalin y Lenin. De ese modo había surgido un paisaje artificial con plazas, avenidas, fuentes, estanques, pabellones, kioscos, invernaderos, dioramas, etcétera, en el que se generaba no sólo una imagen de la URSS en miniatura, sino también una mirada a todo el país. En los años siguientes, la exposición agrícola serviría a menudo como base de varias comedias cinematográficas.[32]

En las fotografías de los terrenos de la exposición del año 1937 llama la atención el que tengamos que vérnoslas todavía con un gran porcentaje de «la arquitectura de exposiciones de 1923», es decir, sencillas e ingeniosas estructuras de madera, simples pabellones de madera, pero también imponentes cúpulas hechas con el mismo material, invernaderos milagrosamente ligeros con pérgolas; kioscos que aún juegan con las formas del Art Noveau, así como obras expresionistas y simbólicas, como el pabellón denominado «Frío» o el pabellón dedicado a la industria procesadora de carne. Encontramos grandes formas—como en el pabellón principal, de «Mecanización»—, o formas pequeñas, como el pabellón dedicado al circo o la casa del té. El pabellón deno-

minado «Lejano Oriente» toma en préstamo elementos del Art Noveau y del Art Déco, y los pabellones de Baskiria, de Uzbekistán y de Armenia juegan con las formas nacionales; toda el área de la exposición está poblada de símbolos de fertilidad y abundancia—espigas, toros, verracos, carneros—, y de símbolos de la revolución tecnológica en el campo: estaciones eléctricas, bicicletas, coches; hay también otro pabellón dedicado a los jóvenes naturalistas. Tenemos allí delante, pues, un sitio de acumulación de formas y estilos, del cual, en condiciones normales, hubiera podido surgir un auténtico laboratorio de experimentos estilísticos.[33]

LA CREACIÓN DE UN NUEVO ESTILO BAJO LAS CONDICIONES DEL ESTADO DE EXCEPCIÓN

La dirección del Partido—incluido el responsable de los arquitectos, Lázar Kaganóvich—no tenía ideas muy precisas acerca de un «estilo de la era Stalin», de un «realismo socialista» en la arquitectura. Tal vez fuera algo que no se podía explicar en absoluto, sino que había que «sentir» cuando se estaba delante de una fachada, como dijo uno de los oradores del debate.[34] «¿Qué es el realismo socialista en la arquitectura?», preguntó Kaganóvich:

> La respuesta sólo puede ser una: no es, obviamente, una mera copia o una fotografía de la naturaleza, sino que se remite a las formas realmente existentes, vivas. La tecnología ha avanzado mucho en nuestro país, y ello le abre a la arquitectura posibilidades mucho más amplias en el aprovechamiento de mayores estructuras en forma de arco y de luz, etcétera. Sobre esta cuestión tenemos que hacer una serie de propuestas.

Kaganóvich sólo tenía una vaga idea de lo que podría ser. Tampoco la fórmula estalinista aplicada a la arquitectura («nacional en las formas y socialista en su contenido») ayu-

daba mucho más.[35] La cuestión sobre cuál era la arquitectura más acorde con la nueva época era bastante controvertida aun entre los propios arquitectos, y la fuerza principal para conseguir disciplinar a los arquitectos procedía de su propio entorno. Uno de los líderes del constructivismo soviético, Aleksandr Vesnín, ya había constatado en 1934:

En este instante puede observarse entre muchos arquitectos soviéticos cierta confusión. [...] En la apropiación de la herencia arquitectónica se ha generado una situación completamente absurda. La mayoría de los arquitectos se comporta respecto de esa herencia como si se tratase de un arcón lleno de regalos: cada uno saca de allí lo que más le gusta y lo incluye en su proyecto. Los arquitectos y los críticos no entienden que la antigua arquitectura de forma sobreelaborada haya de integrarse en la nueva. La lucha contra la simplificación nos conduce a menudo a una lucha contra la seria, sencilla y elegante arquitectura del constructivismo, si bien por este último término se entiende algo que nada tiene que ver con él, y en el que algunos de los mayores logros de la arquitectura soviética (como por ejemplo, la Casa de la Industria Ligera, una construcción del arquitecto Le Corbusier, situada en la Miasnitskaia) son equiparados con porquerías hechas sin talento, al calificar tanto unas como otras de «constructivismo», de «cajones» o de «simplificaciones». La riqueza en la arquitectura no se entiende como una riqueza del contenido, ni como una riqueza de formas sencillas y elegantes, sino como una acumulación absurda e inconexa de detalles. La lucha por la calidad se convierte a menudo en una lucha por una realización técnica positiva del proyecto y de la obra, mientras que la calidad de la solución arquitectónica se descuida. La creación arquitectónica en la arquitectura se sustituye a menudo por el simbolismo.[36]

Todavía en febrero de 1936, Aleksandr Vesnín seguía defendiendo el constructivismo, «eso que a él le parecía verdadero y correcto».[37]

Una interpretación completamente distinta tenía Nikolái Kolli en su conferencia dictada en el congreso de la arqui-

tectura soviética—desde el Art Noveau hasta el presente, pasando por el «simbolismo romántico» y el constructivismo—: les reprochaba a los arquitectos de la década de 1920 un exceso de proyectos, y que no hubieran tenido en cuenta las condiciones y las posibilidades realmente existentes, lo cual había dejado una gran cantidad de proyectos irrealizados; arquitectura de papel:

La construcción habitual de viviendas se orientaba únicamente al constructivismo. Ese tipo de construcción de viviendas dejó un alarmante rastro, una arquitectura de cajones que deformó muchas de nuestras ciudades. Todas esas viviendas se caracterizan por un cierto primitivismo en su exterior, y a causa del color de los materiales son edificios sombríos y grises.

El constructivismo, con su monopolio, había fijado los raseros para la formación, y con su fijación en determinados materiales—cristal, hormigón armado, acero—había ignorado las condiciones reales en el sector de la construcción. Entre el formalismo y el constructivismo había muchas cosas en común, «en concreto, una actitud nihilista frente a la herencia arquitectónica, la ausencia de una genuina preocupación por el hombre y un distanciamiento de la realidad». «El constructivismo, de forma general, era un sistema de vulgarización y de simplificación de la arquitectura», e incluso «una etapa claramente decadente en la historia de la arquitectura y la cultura constructiva, una etapa rayana en el desastre».[38]

En el congreso, Víktor Vesnín señaló que, literalmente, todos los arquitectos—por lo menos de forma temporal—habían sido constructivistas alguna vez, pero también admitía:

Ahora, cuando se mira en retrospectiva a ese pasado, se ve claramente que el constructivismo no ha sabido resolver las nuevas tareas de la arquitectura soviética. El constructivismo es ya una etapa

del pasado, algo que nos enseñó mucho, porque podemos aprender tanto de los errores como de las cosas positivas que tuvo.[39]

Eran una y otra vez los mismos reproches: nihilismo frente a la herencia arquitectónica, vulgarización y reducción de la arquitectura a mera función, autonomía de la forma frente a las tareas constructivas concretas. Lo que puede entenderse como positivo de un estilo adecuado intentó dejarlo claro Alabián en su conferencia inaugural cuando mencionó las estaciones del metro como el ejemplo más logrado de una nueva arquitectura: funcionales, bellas, de colores claros, transmitiendo en la cotidianeidad una sensación de bienestar; la «preocupación por el hombre» era la idea fundamental. Realismo socialista era, para Alabián, «el dominio de la herencia cultural y de lo mejor que había alcanzado la arquitectura moderna»; «expresividad ideológica y emocional», maestría que acoge en sí «toda la riqueza de las posibilidades artísticas y técnicas en la herencia cultural y en la herencia de la arquitectura popular nacional», con lo cual se refería al Palacio de los Soviets.[40] El congreso constató en su resolución final lo siguiente: «El realismo socialista es incompatible con los métodos formalistas, con la copia ciega de la arquitectura del pasado o con una desdeñosa subestimación de la herencia arquitectónica».[41]

Pero hay muchos elementos que indican que la confrontación sobre el formalismo, el nihilismo y el utilitarismo era sólo la forma retórica de algo diferente: una manera de disciplinar a todas aquellas cabezas pensantes por sí mismas dentro de los círculos de los arquitectos. «Formalismo» era una fórmula vacía para denunciar corrientes artísticas muy diversas y un nombre en clave para atacar cualquier gesto de autonomía. En el fondo, «formalismo» era equivalente a no querer someterse a la autocrítica y rechazar la crítica del Partido. De ese modo se debía desacreditar y disciplinar a Vesnín y a Guinzburg. La facción comunista de la asociación de

arquitectos, en su desamparo al querer imponer esta línea de pensamiento, se había dirigido una y otra vez a los órganos superiores del Partido, ya que los atacados se resistían y seguían ejerciendo una gran influencia.

El apoyo a ese proceso de disciplina y represión lo conformaban los arribistas salidos de las filas de la Asociación Nacional de Arquitectos Proletarios (VOPRA), radical de izquierdas, en la que casi todos sus miembros habían pasado por la escuela del constructivismo, aunque ahora se volvían contra los arquitectos de las viejas generaciones, reconocidos internacionalmente. El ataque de los otrora miembros de la VOPRA, que ahora habían asumido la dirección de la Asociación de Arquitectos, venía «de abajo» y era, para los dirigentes políticos, una palanca bien recibida a fin de controlar un campo en el que la posición del Partido comunista era preocupantemente débil. La dirección del Partido aprovechó la rivalidad de esas distintas corrientes en el campo de la arquitectura y se arrogó el derecho de tomar la decisión definitiva. Alabián era útil mientras de lo que se tratara era de destruir el núcleo de la corriente vanguardista, pero sería reprendido debido a sus pretensiones de poder cuando se vio con claridad que no se podía renunciar a los viejos maestros (como en el caso de Schúsev). Y, a la inversa, ni Guinzburg, ni los Vesnín ni Schúsev se enfrentaron a Alabián en una confrontación directa, sino que aceptaron el marco impuesto por él y quedaron a su merced. El único que no participó de este juego de poder y de impotencia fue Konstantín Mélnikov; lo que hizo fue algo rayano en el milagro: retirarse a su casa de la Krivoarbatski pereúlok y a su esfera privada.

Como en la literatura, había una definición exacta y positiva de la nueva arquitectura. Esta no debía ser ni constructivista ni neoclasicista, sino que debía acoger en sí la herencia nacional, pero no permanecer en el nivel de lo folclórico; no debía ser purista, pero tampoco ecléctica. ¿Cómo debía ser entonces? Por un breve instante—a fines de la década de

1930, los últimos años previos a la Segunda Guerra Mundial—hubo un período de transición y un estilo de transición entre las marcadas tendencias de finales de la década de 1920 y de la de 1940.

A pesar de todas las oposiciones y de la individualidad de tales arquitectos, como por ejemplo Alabián, los hermanos Vesnín, Mordvínov, Schúsev y Rújliadiev, había rasgos en común en los que se mostraba una especie de posmodernidad.[42] Todavía se dejaban sentir por todas partes la línea clara y la gran superficie, pero ahora elevadas a un plano monumental: y su expresión más clara podía verse en la Academia Militar Frunze, en el Hotel Moscova y en el Palacio de la Cultura de la Fábrica de Automóviles Stalin. Las fachadas ya no eran superficies lisas, sino que pueden verse en ellas rupturas y una modesta decoración. En la mayoría de las obras, aún puede escucharse el imperativo de que los edificios se adecuasen a su función, y no es casualidad que la idea de Alabián sobre la construcción de un teatro provocara las carcajadas del público moscovita. Encontramos ornamentos, una nueva atención al detalle, en lo relativo a la composición de interiores y al mobiliario. Esculturas, bajorrelieves, frescos, el diseño de la iluminación revelan un nuevo amor por los materiales exquisitos. Los materiales y las telas son muy escogidos, incluso costosos. Se generó un intenso debate acerca de la realización artesanal, el diseño, la arquitectura interior y el mobiliario. Ya no se quiere dejar nada al azar: no sólo hay demanda de maestros de obras y de arquitectos, sino de artistas y decoradores, que deben crear espacios con gran confort, espacios en los que uno se sienta bien. Hay demanda también de materiales nobles: nuevas maderas, mármol en todas sus tonalidades y vetas, metales (sobre todo acero inoxidable y cromo). La luz y la iluminación cobran valor propio. Las farolas de la ciudad y los diseños luminosos—tanto en exteriores como en interiores—se vuelven algo significativo. A los interioristas se les encargan proyectos para las recepciones de los hoteles, los

cafés, las terrazas en azoteas, las salas de cine, los almacenes, los aviones y los barcos de pasajeros. Ello recuerda bastante la «tendencia a la obra de arte total» del *fin de siècle*, pero con una diferencia cualitativa: ahora todo debe reflejar el progreso industrial y tecnológico, hacerlo visible, no ocultarlo. No es una casualidad que el Radio City Music Hall del Rockefeller Center de Nueva York sea citado una y otra vez como punto de referencia y como rasero de la propia forma de construir. La propia Moscú había entrado en un período de Art Déco, si bien no bajo las condiciones del New Deal de Roosevelt y la dirección de un Robert Moses, sino bajo las condiciones de estado de excepción características de los años de Stalin.

DISCURSO DE CLAUSURA: FRANK LLOYD WRIGHT

Poco antes de la ceremonia de clausura del congreso del día 25 de junio de 1937 hablaron los invitados extranjeros. El más célebre de ellos era sin duda alguna el arquitecto estadounidense Frank Lloyd Wright, que había llegado a Moscú pasando antes por París, donde había visitado la Exposición Universal, y por Berlín, donde había permanecido un par de días. No queda del todo claro por qué se había invitado a Wright ni por qué éste decidió emprender el viaje. ¿Acaso lo movieron su gran interés y su curiosidad por una «nueva arquitectura» y por la URSS? ¿O se trataba de ambición, de adicción a la fama? ¿Y cómo fue posible que los dirigentes soviéticos invitaran a Moscú precisamente a este hombre, representante de un enfático individualismo y de un americanismo casi jeffersoniano, un arquitecto oriundo de las praderas del Medio Oeste? Wright no era un desconocido en Rusia. Moiséi Guinzburg había estudiado sus escritos durante su carrera en Milán, antes de la Primera Guerra Mundial. La esposa de Wright era oriunda de Rusia, y todavía tenía parientes que se habían quedado en el país después de la Re-

volución.[43] Tal vez Wright no podía hacerse una idea exacta de las posiciones y facciones que existían dentro del ámbito de la arquitectura soviética, pero sí tenía conciencia de que en el país estaban sucediendo cosas grandes e insólitas; el embajador estadounidense Davies le había informado ampliamente, poco antes del congreso, acerca de los fusilamientos de los generales. Wright comenzó aludiendo al exitoso vuelo transpolar, con lo cual Estados Unidos y la URSS se habían convertido en países vecinos. Se sentía feliz de estar allí, dijo, y de poder estudiar la nueva vida en la Unión Soviética. En su declaración, explicó que Estados Unidos contaba ciertamente con una técnica muy desarrollada en el ramo de la construcción, pero que, desde el punto de vista arquitectónico, se había metido en un callejón sin salida. En arquitectura, Estados Unidos vivía de la imitación, de los modelos culturales de una civilización condenada al hundimiento y a la muerte. Los elevados estándares tecnológicos del ramo de la construcción en Estados Unidos no eran un consuelo, y habló en contra del entusiasmo por los rascacielos, algo que también existía en la Unión Soviética:

> Esas estructuras de acero que aspiran a las alturas, las de los rascacielos, están, por regla general, ocultas tras la delgada máscara de unos bloques de piedra que imitan los muros de las torres feudales. Los rascacielos son impresionantes, pero son falsos y artificiales como la estructura económica que los hace elevarse al cielo en esos distritos urbanos sombríos y superpoblados.

Aquí hablaba el crítico del industrialismo, de la ciudad y del capitalismo estadounidense. Wright confiaba en que la arquitectura soviética evitase ese callejón sin salida del desarrollo urbano y arquitectónico que se percibía en Europa y en Estados Unidos, que se desligara de la imitación de los viejos estilos y encontrara el valor de hallar un nuevo estilo que se correspondiera con una nueva forma de vida. La ar-

quitectura soviética, liberada de la estrechez de los intereses privados, podía planificar a gran escala. Allí era posible lo que Wright denominaba «arquitectura orgánica».

Desde esa perspectiva, daba consejos a los arquitectos soviéticos, y en dos direcciones: a los «de izquierda» y a los «conservadores»:

La URSS ha de construir ahora edificios sobre una base científica, guiada por el sentido de la colectividad y con el empleo más efectivo de los mejores materiales. El ala izquierda de la llamada «nueva» arquitectura se ha pronunciado, asimismo, por desarrollar los principios de una arquitectura orgánica, pero, a pesar de todas sus declaraciones de intención, no ha ido más allá de las paredes lisas, los techos planos y las ventanas esquineras decorativas; por su parte, el ala de derecha de esa «nueva» arquitectura ha transformado las obras en ornamentos. Ambas tendencias provienen de culturas antiguas y en proceso de extinción. El camino correcto para crear una arquitectura orgánica consiste en la organización científica del proceso de construcción y en el despertar de un espíritu genuinamente humano. Los arquitectos de la Unión Soviética deben concentrar ahora sus esfuerzos en la buena planificación y en una construcción organizada, deben cuidarse muy bien de añadir ornamentos a sus edificios de un modo superficial o endilgarles formas imponentes y artificiales, hasta que los arquitectos más jóvenes encuentren nuevas formas y modelos técnicos para las nuevas formas de vida soviéticas, exactamente del mismo modo como la arquitectura del Kremlin fue la expresión de la antigua Rusia. Bajo estas condiciones, la URSS legitimará sin duda la esperanza que el mundo deposita en ella, y será capaz de crear una nueva arquitectura. Confío en que Estados Unidos también aprenda esto algún día.[44]

Wright, que se pronunciaba en contra tanto de los representantes de una modernidad clásica pura como de los que se escapaban hacia formas del neoclasicisimo o el eclecticismo, exhortaba a los jóvenes arquitectos a aprender bien su

oficio y a producir una arquitectura que estuviera en consonancia con las nuevas formas de vida en la Unión Soviética. Su llamamiento de alerta frente la *grandomanıa* (megalomanía) llegaba, sin embargo, demasiado tarde. Al alcance de la vista del lugar donde se celebraba el congreso ya habían echado a andar los trabajos de construcción para el Palacio de los Soviets, el mayor edificio del mundo.

«CUERPOS MORENOS, CLAROS PANTALONES CORTOS»: EL DESFILE DE LOS DEPORTISTAS

«LA MARAVILLOSA BELLEZA DE LOS JÓVENES», *399* — «FIZKULTÚRNIK, FIZKULTÚRNITSA»: ICONOS DE LA NUEVA ERA, *402* — «LA TRIBU DE STALIN»: «TABLEAUX VIVANTS» EN LA PLAZA ROJA, *407*

El 12 de julio tuvo lugar en la Plaza Roja el desfile anual de los *fiskultúrnik*, los deportistas. Era un gran acontecimiento en la capital. Los desfiles de los jóvenes deportistas dirigiéndose hacia la Plaza Roja bloqueaban calles y convertían a los transeúntes en espectadores. Los periodistas y diplomáticos sabían que el desfile de los deportistas era algo especial, algo que uno no debía perderse. A diferencia del Primero de mayo o del 7 de noviembre, donde lo que se mostraba, sobre todo, era la disposición combativa de las tropas, el día de los *fizkultúrnik* era una fiesta de la juventud, la presentación de una perfección física, de belleza y salud. Unas cuarenta mil personas, sobre todo jóvenes de ambos sexos, desfilaron ese día por la plaza.[1]

«LA MARAVILLOSA BELLEZA DE LOS JÓVENES»

Un observador preciso como el embajador estadounidense Joseph Davies no oculta la fascinación que dicho desfile ejerce sobre él. El 14 de julio de 1937 anotaba en su diario lo que había podido ver desde la tribuna destinada al personal diplomático:

A su manera, fue maravilloso e impresionante.

Un día radiante, soleado. Ambos flancos, así como la fachada situada enfrente, estaban ricamente decorados con banderas, banderolas rojas y distintos símbolos de gran formato, con medallas deportivas, honras a Stalin, etcétera, a modo de blasones.

En tres puntos de la plaza rectangular estaban apostadas compañías de trescientas o cuatrocientas personas cada una, hombres y mujeres, de modo que casi la mitad de la plaza quedaba libre para el desfile y las distintas tablas y actuaciones.

Había tantas mujeres y niñas como chicos entre los grupos del desfile y las presentaciones: una «juventud llameante». ¡Y qué juventud tan hermosa! Todos descubiertos y muy bronceados, la mayoría llevando solamente unos pantalones cortos de color blanco y chaquetas tricot de colores. Cada compañía lucía colores distintos. Algunos vestían trajes de baño, otros, ropa de gimnasia. Se veían combinaciones en azul y blanco, rojo y blanco, naranja y blanco, rojo brillante y blanco, marrón claro y oscuro, todas las combinaciones imaginables, con calzado deportivo, y los mismos colores en el pelo de las chicas o en las manos de los participantes en el desfile. Era una visión hermosa. Además, se veía a miles de soldados, bronceados, con las cabezas rapadas, con pantalones cortos azules y mocasines de color blanco. Dos mil o tres mil gimnastas de diferentes lugares de la Unión Soviética mostraban una especial magnificencia de colores, sobre todo los de Ucrania, el Cáucaso y las regiones orientales del país. Estos últimos llevaban flautas, trompetas y tambores, que creaban una música frenética para sus danzas con espadas y todo tipo de danzas primitivas orientales, con sus marchas de carácter en parte religioso y en parte deportivo y su ritmo vibrante. Las túnicas de colores y las danzas en sí mismas eran singulares y parecían exóticas. El desfile duró aproximadamente cuatro horas. Se estima que habrán participado en él entre cuarenta mil y cincuenta mil jóvenes. Hubo también toda suerte de juegos florales, ejecutados de un manera excelente, algo habitual, con campanillas y amapolas y flores de todo tipo en abundancia.

Ya sabes las lindas imágenes que se construyen aquí con grandes cantidades de flores.

En las secciones individuales se presentaron las más diversas

formas de actividades deportivas. Los esquiadores, por ejemplo, desfilaron en compañías de por lo menos quinientos hombres. Por lo visto, tenían rodamientos bajo los esquíes, a fin de poder deslizarse por el asfalto.

En algunas secciones había barras en las que los deportistas hacían sus ejercicios gimnásticos; los acróbatas realizaban sus saltos mortales desde una doble altura. Otros patinaban o se deslizaban sobre unas tablas. Uno de los espectáculos consistía en cuarenta o cincuenta chicos y chicas que hacían ejercicios de gimnasia, mientras las tablas seguían avanzando.

Después de todo, fue uno de los espectáculos más bonitos y curiosos que he visto. Por supuesto que fue también un día estupendo, y la maravillosa belleza de esos jóvenes, con sus cuerpos perfectos y su aspecto saludable, hizo lo suyo para convertir todo el espectáculo en algo sumamente poco habitual.[2]

Algo parecido le sucedió a Yelena Bulgákova, que pasó cerca del desfile y pudo ver incluso los rostros de la gente.

Día del desfile de los deportistas. Íbamos a ver a la dentista que había encontrado por casualidad y que nos había excluido desvergonzadamente cuando se enteró de nuestro nombre. Nos quedamos parados en la plaza Arbat, mirando a los deportistas que pasaban. Desde lejos era un espectáculo maravilloso: cuerpos bronceados, pantalones cortos en color claro. Pero, vistos de cerca, apenas había ningún rostro bonito, ninguna figura bonita.[3]

Las presentaciones en la Plaza Roja fueron recogidas por equipos de camarógrafos. De ese material surgió la película de casi una hora de duración titulada *La tribu de Stalin (Stalínskoie plemia)*, que llegó a los cines en otoño de ese año y proyectó las imágenes de la Plaza Roja en centenares de miles de copias por toda la URSS. No se trataba solamente de un desfile masivo en el centro de Moscú.

«FIZKULTÚRNIK, FIZKULTÚRNITSA»: ICONOS DE LA NUEVA ERA

El desfile de los cuarenta mil deportistas, hombres y mujeres, llegados desde todas las repúblicas de la Unión no era el primer acto de tal «espontaneidad orquestada» públicamente,[4] pero sí su clímax. El estilo de los desfiles de deportistas había ido cobrando forma a lo largo de los años, hasta crear un género propio. Ya el 25 de mayo de 1919 desfilaron por primera vez por la Plaza Roja unos atletas delante de Lenin y Trotski, en una acción de propaganda para el Ejército Rojo que marchaba a la guerra civil. Otra piedra miliar fue la Espartaquiada de los Trabajadores, el 12 de agosto de 1928, una contrapartida a los Juegos Olímpicos, cuando treinta mil atletas, hombres y mujeres, desfilaron por la Plaza Roja bajo los acordes de «La Internacional». Como acontecimiento que se repetía año tras año, el desfile existía desde 1931.[5] A partir de entonces el programa se fue haciendo más profesional y detallado, con miles de participantes dirigidos por el Instituto Moscovita de Cultura Física. Fueron habituales aquellas marchas con actuaciones sincronizadas y sumidas en un mar de banderas, con coreografías elaboradas hasta en sus detalles más mínimos: los deportistas formaban «esculturas vivientes» que representaban símbolos, aviones, consignas. En algunas carrozas desfilaban cuadriláteros de boxeo o pistas de carreras en las que se realizaban auténticas competiciones: «En ese instante el desfile de *fizkultura* adoptó en cierto sentido el espíritu de un musical de Hollywood».[6] Un punto culminante alcanzó el acontecimiento cuando, en julio de 1937, durante el desfile en la Plaza Roja, se desplegó una enorme alfombra verde, un campo deportivo en toda regla, en el que se debía disputar un partido normal de fútbol (si bien al final lo que se vio fue un juego de fútbol coreografiado y más bien simbólico, posiblemente debido a que el popular club Spartak, el rival del club del NKVD, el Dynamo, había ganado).[7] ¡La transformación de la Plaza Roja

en un campo de fútbol, la transformación de la tribuna sobre el mausoleo de Lenin en una grada![8] Un partido de fútbol que también extraía su popularidad y su fascinación entre las masas en la URSS de la década de 1930 debido a que era un partido con un final abierto: los estadios eran los únicos sitios donde se podía gritar impunemente: «¡Acabad con los del NKVD!», pues se trataba de una aclamación sin carga política, y todo en una plaza reservada a actividades militares y paramilitares.

El desfile de los deportistas era sólo la manifestación más visible y espectacular de un fenómeno que podía encontrarse en la ciudad en cualquier parte y en cualquier momento. Las esculturas de deportistas de ambos sexos decoraban las recién construidas estaciones subterráneas del metro. Los setenta mil obreros y obreras, casi todos jóvenes, que habían construido el metro tenían sus propias instituciones culturales y deportivas, y desfilaron con dos mil quinientos delegados por la Plaza Roja. Deportistas creados por prominentes escultores y pintores poblaban las estaciones de metro: futbolistas, boxeadores, tenistas, corredoras de vallas, patinadoras sobre hielo. Pintores, fotógrafos y diseñadores se apropiaron del deporte. Aleksandr Rodchenko, Gustav Klucis, Borís Ignátovich, todos ellos estaban fascinados por los cuerpos, sus movimientos y configuraciones, y crearon a partir de ellos sus fotos, sus cuadros y sus carteles más destacados.[9] Gustav Klucis combinó en sus montajes sobre el «Deporte» a los gimnastas en las barras con formas geométricas. El Lisitzki dibujó montajes con jugadores de fútbol. La diseñadora de moda Nadiezhda Lámanova se ocupaba de la ropa deportiva desde la década de 1920. No sólo había periódicos deportivos con elevadas tiradas, sino que también el deporte era, en general, un componente de los grandes diarios, como por ejemplo, *Izvestia* o *Pravda*. Las esculturas de atletas de ambos sexos adornaban las entradas de los estadios, las piscinas, las casas de cultura y los parques culturales y recreati-

vos. Los deportistas eran creados en porcelana, en cuadros, obras que no sólo pasaban a ser iconos, sino que retomaban también la tradición de la pintura icónica rusa. Esto es válido, de un modo especial, para las obras de Aleksandr Samojválov *Muchacha con camiseta de fútbol*, de 1932, y *Lanzadora de peso*, de 1933. Ambas obras fueron distribuidas por todo el país en millones de reproducciones. Al final, los atletas tuvieron también una concentrada representación en la última sala del pabellón de la URSS en la Exposición Universal de París. Tres cuadros—*Cultura física soviética*, de Samojválov, *El noble pueblo de la Unión Soviética*, de Deineka, e *Hijos de la URSS*, de Alekséi Pajómov—no sólo constituían un homenaje a Moscú, sino también a esos nuevos y hermosos habitantes de la capital.[10] También en el Plan General para la Reconstrucción de Moscú ocupa un lugar destacado la ampliación de las instalaciones deportivas. Además del estadio Dynamo, en el norte de la ciudad, que ya había sido inaugurado en 1928, se debía construir otro gran estadio.[11] El deporte se escribía con letras mayúsculas también en las direcciones de las fábricas, que ponían en marcha clubes deportivos, actividades para el tiempo libre y gimnasia matutina y en las pausas del trabajo.

Dos factores relacionados entre sí explicaban el protagonismo del deporte y su interés: la popularidad que tenía entre las clases sociales más bajas y la evidente utilidad del mismo para la clase dirigente, puesto que permitía contentar a la opinión pública. Estos dos factores hicieron del deporte un fenómeno muy poderoso (comparable en muchos sentidos a la función que desempeñó en la cultura de masas de otras sociedades).[12]

Muchos elementos de esta celebración de la belleza del cuerpo humano apuntaban hacia la tradición clásica y clasicista. En la escuela neoclásica, que había conseguido la supremacía, no sólo estaban en el programa las formas constructivas de la Antigüedad, el renacimiento de Palladio o las columnas, sino también la escultura de la Antigüedad clásica:

el grupo escultórico de Vera Mújina *El obrero y la koljosiana* enlaza sin duda alguna con el movimiento de la Victoria de Samotracia, y son omnipresentes, incluso en los discursos de Stalin, las figuras de Anteo y de Gaia. Fue Romain Rolland quien en su visita a Moscú en el año 1935, donde fue testigo de la llamada «Fiesta de la Juventud Obrera y Deportista», se sintió transportado en la memoria a los desfiles triunfales de la antigua Roma.[13] Sin embargo, no se trataba de un retorno a los cánones formales de la Antigüedad o del Renacimiento, no se trataba de un retorno a la naturaleza o a lo natural, después de un período de abstraccionismo. *Fizkultúrnik* y *fizkultúrnitsa* son expresiones del hombre moderno, forman parte enteramente de una sociedad que ha enfilado con todas sus fuerzas por la senda de la industrialización y la urbanización. Son, en todos los sentidos, figuras de lo urbano o de un proceso de urbanización, un equivalente del trabajo fabril e industrial. *Fizkultura* existe en la ciudad, no tanto en el campo. *Fizkultura*, es decir, la cultura física, es trabajo sobre uno mismo, es la parte de la vida humana que pertenece a la esfera de la reproducción, en la que no se puede dejar nada en manos del azar. La salud, el bienestar se pueden planificar del mismo modo que se planifica el trabajo, sobre todo el industrial. La *fizkultura*, en su condición de actividad apolítica para el tiempo libre, se diferencia del deporte precisamente en que sirve a un propósito social, la preservación y la mejora de la salud en aras del proceso de trabajo, y también en el hecho de que ésta se practica colectivamente. La *fizkultura* es un elemento educativo fundamental: con ella uno aprende cómo moverse, cómo se convierte uno en *kulturno*, cómo se adquiere la *kultúrnost*; se trata, por lo tanto, de algo más que deporte. *Fizkultura* es el primer movimiento de *fitness* de la historia y, con ello, pasa a ser un fenómeno exclusivo de la nueva sociedad de masas emergente.[14] El deporte, tal y como se practicaba antes de la Revolución, era un asunto privado, individual, implicaba competencia. También se le quería oponer algo distinto al

antiguo deporte de los obreros, una forma proletaria y fraternal de la competición deportiva: la variante soviética de esto eran las Espartaquiadas. Lo que vinculaba a los desfiles en la Plaza Roja con los actos de destreza gimnástica y corporal en el estadio del Reich o en el Campo de Marte de Berlín era el patrón, el poder autoritario que hacía que el movimiento de miles de atletas y gimnastas ofreciera unas actuaciones hasta entonces nunca vistas en un cuerpo biosocial.[11] Sin embargo, también se realizaron grandes actos colectivos de actividades físicas en sociedades democráticas, como podía verse en los Festivales Gimnásticos de Sokol, en la Checoslovaquia de entreguerras, donde constituían un elemento fundamental de una democracia nacional combativa.

Pero fuera cual fuese el propósito educativo y la misión civilizatoria del movimiento fisiculturista, su sujeto, sus portadores, eran personas vivas en toda su corporeidad. No era concebible una mayor oposición entre el mero movimiento del cuerpo y un régimen en el que todo debía convertirse o se había convertido ya en política. El cuerpo es el punto más alejado de la política que pueda imaginarse. Pero un poder que ha aprendido a controlar el cuerpo, su fuerza y su belleza, ha alcanzado un inmenso poder sobre las personas.

La movilización social desatada por la Revolución rusa había liberado una reserva inagotable de talentos y habilidades, tanto físicos como intelectuales. Una organización autoritaria podía hacer uso a su antojo de este «material humano» y formar algo a partir de él. Por eso produjo en gran escala músicos, violinistas, pianistas, cantantes, actores, ingenieros, técnicos y... también deportistas. El deporte es cosa de la juventud, y el desfile de los *fizkultúrnik* es un desfile de la juventud. No es casual que los relatos de testigos hablen alternativamente de «Día de la Juventud» o de «Desfile de los deportistas». En este contexto, uno puede sentirse tentado a variar la consigna de Lenin: el estalinismo es juventud más poder soviético, poder autoritario más belleza del cuerpo at-

lético. Aquí, con el término *juventud*, se alude a la edad de la fuerza y la salud. Pero juventud era algo más. Significaba haber nacido o crecido después de la Revolución, de modo que se era un hijo del nuevo orden, más allá del mundo de los hombres «de antaño»; no se tenía esa carga, se era inocente. Juventud era un modo de vida: confianza inquebrantable en el nuevo poder, credibilidad ingenua, tal vez inexperiencia, pero con valentía y disposición al peligro, sacrificio y entrega, actitud militante y rigurosa, hasta llegar incluso a la violencia contra todo lo no soviético. Fue aquel orgullo de la juventud soviética, asociado a una infinita ingenuidad—«El metro de Moscú es el más bonito del mundo»—, lo que dejó perplejos, a veces incluso horrorizados, a visitantes como André Gide y Lion Feuchtwanger.

En la década de 1930, la juventud había pasado a ser casi un tipo fisionómico: musculosa, desenvuelta, siempre avanzando, bien afeitada, con la camisa blanca y el cuello abierto, con portafolios para los materiales de estudio, y quizá con boina. ¡Cuánto se habían alejado los prototipos de la nueva era de los de la época de la Revolución! ¡Cuán alejados estaban aquellos rostros barbudos y miopes de gafas niqueladas de las «neurasténicas» estudiantes vestidas de negro y con cuello alto y blanco! De hecho, había surgido una nueva raza, y el régimen sólo le había dado el último toque.[16]

«LA TRIBU DE STALIN»: «TABLEAUX VIVANTS» EN LA PLAZA ROJA

El desfile de los *fizkultúrnik* del año 1937 proporcionó también el material en bruto para la película *La tribu de Stalin*, que llegó a los cines a finales del verano.[17] Por un lado, la película transmite una idea de lo que ocurría en la Plaza Roja, pero sobre todo de las imágenes que debían transmitirse a todo el país. La impresión principal que pudiera llevarse un espectador no es tal vez la de una fiesta de la juventud, sino la

de una fiesta de los pueblos soviéticos, en la cual no fascinaba tanto la belleza de los cuerpos como el exotismo y la variedad etnográfica de los pueblos reunidos que se presentaban en la plaza. Se trata de un *show* en toda regla. La película responde a una narrativa temporal. Muestra cómo las personas entran en la Plaza Roja en oleadas desde todas las direcciones, bajo los sonidos de una música festiva. Se ofrece incluso un indicador de tiempo, las 13 horas, con una vista del reloj de la torre Spásskaia del Kremlin. El personal de la cúpula dirigente situado en la tribuna del mausoleo de Lenin aparece en una pose bastante desenfadada: Stalin, Mólotov y Kaganovich, todos vestidos de blanco y del mejor humor; Stalin da un empujoncito a Mólotov con el brazo, y Jruschov se ve juvenil, casi con rasgos de niño. La cámara capta de pronto lo que avanza por la plaza: una locomotora, una gigantesca estrella soviética, esquiadores—en pleno verano, sobre patines—, las cifras del año «1937» a gran tamaño, coches, el pabellón soviético de la Exposición Universal de París, tanques de guerra hechos con flores, maquetas de tanques, formados y movidos por seres humanos, el territorio de la URSS en un globo enorme, un avión formado por personas, un ejército de ciclistas. En una segunda parte aparecen luego las once repúblicas y pueblos soviéticos, que desfilan con mujeres que llevan ánforas de vino, con cazadores del Asia Central y del Cáucaso que llevan consigo sus águilas y sus halcones. ¡Águilas de montaña en la Plaza Roja! Entre la catedral de San Basilio y el Museo Histórico, entre los muros del Kremlin y el edificio de los Almacenes Universales (GUM), se despliega un espectáculo folclórico plurinacional. Los georgianos realizan danzas del sable, las muchachas uzbekas bailan con cintas de colores, los bielorrusos traen a la Plaza Roja, además de sus danzas populares, algunos árboles que bailan y saludan. Leningrado, con su Instituto Lesgaft—la célula madre de la educación fisiculturista y deportiva rusa y soviética—, ofrece un espectáculo bastante sofisticado. La

República española está presente con sus bailes flamencos, pero también aparecen en la imagen, una y otra vez, perfiles de espectadores de aspecto mediterráneo o vasco. La cámara gira hacia la tribuna de los espectadores: allí se ve a trabajadores estajanovistas de vanguardia, los cuales pueden verlo todo desde una perspectiva privilegiada, y se ve también a los diplomáticos de los países burgueses con sus sombreros y trajes, e intelectuales. Los extranjeros intentan retenerlo todo con sus cámaras de fotos. La película no sigue obviamente el curso real del acontecimiento, no pretende ser un noticiario, sino arte cinematográfico. Capta los aviones que sobrevuelan la Plaza Roja y cómo éstos se reflejan en el pulido granito del mausoleo. Otros objetos se mueven a través de la plaza, como las maquetas de las esclusas del canal de Volga y el Moscova, retratos enormes de Yezhov. También el Ejército Rojo tiene su actuación, con un ballet de luchadores con bayonetas. Las mujeres desfilan vestidas de girasoles, los hombres como espigas de trigo. En los aparatos de gimnasia que desfilan por la plaza se realizan temerarias figuras—pudiera decirse que hasta peligrosas para la vida—, saltos mortales en el potro y en las barras fijas y paralelas. También desfilan los más pequeños: los pioneros, chicas y chicos en pantalones cortos de color blanco y calzado deportivo del mismo color. Entre ellos se deslizan otros bloques de pueblos de la Unión Soviética: los armenios con su música peculiar, con sus trajes típicos, sus coros y sus ánforas de vino. A los turkmenos se los puede reconocer por sus turbantes y sus luchas con espadas. Tampoco falta el clásico ballet, ni los levantadores de pesas, que alzan con gesto juguetón grandes pesos, los saltadores de altura y los acróbatas de circo en barras fijas y cuerdas, motociclistas y una especie de gimnasia colectiva sobre una barra fija, con varios gimnastas a la vez, de modo que se crea la impresión de un reloj humano cuyas ruedas encajan con precisión unas en otras. El desfile acaba con «La Internacional». El cartel «1917-1937» hace explícito el significado

especial del desfile de ese año. También entre los deportistas y entre los jóvenes entusiastas del deporte el terror se ha cobrado sus víctimas: los célebres entrenadores del popular club de fútbol moscovita Spartak, los hermanos Stárostin, fueron acusados y condenados por culpa de ciertas intrigas, y pasaron varios años en un campo de internamiento, donde, a su vez, crearon y entrenaron equipos de fútbol.[18] Pero en cierto sentido el desfile de los *fizkultúrnik* era en realidad un desfile de la juventud nacida después de la Revolución de Octubre, una juventud que era «la tribu de Stalin», gente de su estirpe.

RIQUEZA Y DESTRUCCIÓN: EL XVII CONGRESO INTERNACIONAL DE GEOLOGÍA EN MOSCÚ

EL DESPUNTAR DE LOS GEÓLOGOS SOVIÉTICOS: LA CIENCIA Y EL SUEÑO DE UN PAÍS RICO, *412*— PIONEROS QUE LA PATRIA NO NECESITA: GEÓLOGOS COMO ENEMIGOS DEL PUEBLO, *417*— VLADÍMIR VERNADSKI: VALOR Y PATRIOTISMO, *428*— UNA EXCURSIÓN POR EL CANAL DEL VOLGA Y EL MOSCOVA: CIENCIA Y TRABAJO ESCLAVO, *438*

El 22 de julio de 1937, en la Gran Sala del Conservatorio de Moscú, se inauguró el XVII Congreso Internacional de Geología. Al día siguiente, uno de los principales oradores del congreso, Vladímir I. Vernadski, que había hablado en su conferencia sobre el georadar, anotó lo siguiente en su diario, después de regresar a su casa de verano en Úzkoie:

Úzkoie, 23 de julio de 1937. Ayer en el congreso. Los alemanes no han venido. De los grandes estadounidenses tampoco ha venido nadie, ni tampoco ninguno de los grandes geólogos ingleses. Sin duda, las circunstancias políticas, los temores de que habría un golpe entre nosotros, les han impedido viajar hasta aquí. Pero, en general, el congreso está haciendo su trabajo. Continúan las detenciones entre los científicos. Por lo visto, están arrestando a los que ya fueron arrestados alguna vez. Sin embargo, la vida continúa y se avanza un poco. A pesar de las enormes—e innecesarias—pérdidas de recursos humanos y financieros, el trabajo en el campo de la geología continúa.[1]

Vladímir Vernadski no era un cualquiera, sino uno los científicos más destacados del mundo en su área de conocimientos, la geoquímica. Formado antes de la Revolución en Rusia y Europa, con muchos años de estancia en el extranjero, se sintió bastante afligido por la ausencia de los científicos extranjeros, aunque había conseguido que se hiciera en Rusia de nuevo el Congreso Internacional de Geología, después de casi medio siglo (en 1897 el congreso se había celebrado en San Petersburgo, aunque limitado al ámbito de la Rusia europea). Vernadski atribuía aquella ausencia a la incertidumbre asociada con la reciente oleada de arrestos y ejecuciones entre los oficiales del Ejército, una oleada que, por otra parte, también le incluyó a él, así que incluso parece haber respirado aliviado de que se hubiera podido evitar, en el último momento, un golpe militar.[2] El hecho de que el congreso tuviera lugar en Moscú—anteriormente, el decimocuarto se había celebrado en Madrid en 1926; el decimoquinto en Pretoria en 1929, y el decimosexto en Washington en el año 1933—fue un gran éxito de la ciencia soviética, y así se entendió también, como un reconocimiento de los científicos de todo el mundo por los méritos alcanzados. Pero lo que estremecía verdaderamente a Vernadski no era tanto la ausencia de aquellos invitados, sino lo que estaba sucediendo entre las bambalinas del congreso y a espaldas de los participantes: la destrucción de una buena parte del contingente de cuadros científicos que habían dedicado toda su vida a hacer de Rusia una rica y próspera nación.[3]

EL DESPUNTAR DE LOS GEÓLOGOS SOVIÉTICOS: LA CIENCIA Y EL SUEÑO DE UN PAÍS RICO

Para la geología y otras ciencias afines—la mineralogía, la geografía o la edafología, entre otras—, Rusia, o sea la Unión Soviética, era un gigantesco campo de actividad, con enormes desafíos. Habiendo llegado tarde al proceso de indus-

trialización, lo primero que hacía falta era explorar los recursos del suelo, las condiciones climáticas, las vías de comunicación y la base energética, realizar una especie de levantamiento económico-geográfico. Como en Europa un siglo antes, y como sucedió en los vastos territorios de América del Norte que los colonizadores europeos se habían abierto para sí en los umbrales de la conquista de aquellas tierras, en Rusia existía una enorme necesidad de informes periciales, de exploraciones y de prospecciones. Institutos, sociedades y asociaciones, tanto privadas como estatales, empezaron a florecer aceleradamente en la segunda mitad del siglo XIX. También la Comisión Geológica, fundada en 1882, encargada de una exploración planificada y sistemática de la estructura geológica del país y de sus riquezas minerales, así como de la elaboración de un mapa geológico de Rusia, se creó en esa época fundacional y de despegue. En lugar de algunas prospecciones y cartografías puntuales y fragmentarias, que ya habían existido en el siglo XVIII y a principios del siglo XIX—piénsese en el viaje a Siberia de Alexander von Humboldt—, había empezado a realizarse una labor sistemática que abarcaba todo el territorio del Imperio ruso y, más tarde, de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Desde el punto de vista científico, del personal y financiero, se trataba de grandes proyectos significativos para todo el Estado, que no sólo sobrevivieron a la Revolución y al desplome del *Ancien Régime*, sino que durante la segunda fase de industrialización, tal y como comenzó a finales de la década de 1920 con el Primer Plan Quinquenal, se continuaron hasta llevarlos a una fase superior, se aceleraron e intensificaron. Ninguno de los grandes proyectos de los dos primeros planes quinquenales, los cuales cambiaron de manera radical el mapa de la URSS, puede concebirse sin las expediciones y exploraciones de las bases de geólogos, mineralogistas, geógrafos, cartógrafos, ingenieros petroquímicos y cristalógrafos, ya se tratase de la exploración de yacimientos de oro en

los Urales, de potasa en Solikamsk, de carbón y hierro en los Urales, en el Kuzbás o de la exploración de los recursos hidroenergéticos. Para muchos científicos y sabios de la generación anterior, lo atractivo del nuevo poder residía precisamente en haber convertido en tarea primordial y de un modo generoso, a gran escala, la exploración y la modernización del país. En este punto había una confluencia entre las ambiciones del poder y de la antigua intelectualidad, entre el *ethos* científico y el patriotismo de la antigua *intelligentsia* rusa, y un poder que explotó de manera poco escrupulosa esas virtudes.

Los temas y la repartición de tareas del congreso de Moscú en 1937, así como las excursiones asociadas a él, reflejan muy bien ese ambiente de auge de la geología y sus disciplinas afines. En total se dictaron, o por lo menos se anunciaron, 409 conferencias. Los temas que se trataron fueron: cuestiones sobre el petróleo y sus reservas mundiales (48 ponencias), geología de los yacimientos de carbón (39), el Precámbrico y sus reservas minerales (33), la formación del Pérmico y su estratigrafía (50), relaciones entre tectónica, magma y yacimientos de hierro (54), tectónica de Asia (49), problemas de la geoquímica (19), métodos geofísicos y geología (25), geología de las regiones árticas (17), contribuciones al conocimiento de los climas paleozoicos y precámbricos (25), otros (29). Incluso para los legos en la materia, resulta fácil distinguir de qué se trataba: la exploración de yacimientos de petróleo, el origen de una reserva petrolífera, la geología de los yacimientos de carbón del Precámbrico, es decir: grandes yacimientos de hierro, reservas de oro, yacimientos de cobre, de níquel y de otros recursos naturales ligados a la corteza terrestre formada en el Precámbrico. También la estratigrafía del Pérmico, la investigación de la tectónica y del magma perseguían, en esencia, el interés en la valoración de los yacimientos. Principalmente esto era lo que los geólogos soviéticos podían aportar sobre el tema de la geología de la región del Ártico y sobre la división de la Rusia europea en once provin-

cias mineralógicas. También los amplios informes sobre las excursiones que se publicaron en relación con el congreso revelan un inequívoco interés por la exploración y la medición del territorio de la URSS en el contexto de la segunda fase de industrialización: se organizaron excursiones, entre otras, a la península de Kola y a Carelia, a Nueva Zembla en el Ártico, a los yacimientos de hierro de los Urales, a la presa del Dniéper en el sur, al distrito rico en manganeso de Nikopol y a Crimea; una gran excursión petrolera viajó hasta Asia Central, a Azerbaiyán, a Georgia, e incluso hasta el valle de Ferganá. Otra gran excursión fue hasta el Cáucaso, y la más extensa viajó a Siberia. A través de la minería, los participantes en el congreso se enteraron de que la URSS, en el caso de los minerales más importantes—carbón, petróleo, hierro, manganeso y oro—, se había convertido en el primer productor mundial. Las reservas estimadas de carbón, sólo en el Kuzbás—cuatrocientos mil millones de toneladas—, superaban las reservas de los dos países más ricos en carbón de Europa: Inglaterra y Alemania. Y a pesar de eso, había perspectivas de descubrir otros yacimientos de carbón; en Siberia, por ejemplo, en Sajalín, en Karagandá. Rusia, que hasta la Primera Guerra Mundial había sido un país importador de carbón, se volvió autónoma en ese sentido. También en el terreno de la extracción de petróleo, la URSS se colocó a la cabeza del mundo, como bien señaló un participante alemán en el congreso: «La intención de la URSS es superar a Estados Unidos en la extracción de petróleo en el marco de los próximos diez a quince años».[4] Se trata de los yacimientos petrolíferos de Bakú, Grozny, Turkmenistán, de Asia Central y de Sajalín, de los yacimientos junto al Kama y de la construcción de oleoductos. La URSS ocupa también una posición líder en la producción de hierro y, sobre todo, de manganeso:

Para la economía nacional de Rusia en la posguerra, la extracción de oro es muy significativa. Precisamente ese ramo de la minería

rusa es difícil de determinar de manera estadística. No se mencionan cifras de extracción en las diferentes reservas, pero lo que sí está claro es que la economía estatal y planificada no había gastado tanta energía ni tanto capital en ningún otro sector. Entre quinientas mil y seiscientas mil personas se supone que estaban empleadas en la minería del oro.

Rusia se proponía convertirse, durante el siguiente Plan Quinquenal, en el primer productor de oro del mundo, por delante de Sudáfrica.[5]

La seriedad con la que los dirigentes soviéticos estaban llevando adelante la investigación científica básica y la exploración en el contexto de esa segunda fase de industrialización no sólo puede inferirse a partir del traslado de la Academia de Ciencias de Moscú, hecho que ocurrió en 1934, ni tampoco únicamente de la forzada reorientación de las ciencias naturales, de las ciencias tecnológicas y de ingeniería, o de la creación de una «forja de cuadros» entre los científicos y los técnicos.[6] El número de instituciones de educación superior y de graduados había aumentado considerablemente, sobre todo en las disciplinas científicas y técnicas, con instituciones como la Academia de Minería, el Instituto de Petroquímica de Moscú, el Instituto Bauman para Investigaciones sobre el Acero, el Instituto de Electromecánica, el Instituto Químico-Tecnológico, así como otros numerosos institutos de la nueva Academia. Se trataba de instituciones de elite de la industrialización. La promoción activa de hijos de trabajadores y, sobre todo, de campesinos, convertía a las escuelas técnicas y científicas de nivel superior en los canales más importantes para el ascenso social.[7] El incremento del valor experimentado por las ciencias naturales se expresaba incluso en la planificación y la reconstrucción de la capital.[8] El Plan General para la Reconstrucción de Moscú, de 1935, no sólo preveía un nuevo complejo de edificios para la Academia de Ciencias, no sólo contemplaba la construcción de edificios extravagantes, sino de toda

una ciudad de la ciencia, una especie de campus científico en el que la elite científica de la nación pudiera dar su máximo rendimiento, despojada de toda suerte de preocupaciones y limitaciones. Todo el suroeste de la ciudad, al otro lado del Moscova, y aun detrás de los montes del Gorrión, estaba previsto que fuera una especie de polo científico (una idea bastante utópica para la época).[9] Desde Moscú se estaba volviendo a explorar y midiendo de nuevo todo el país. Allí se iniciaban y acababan las sensacionales y publicitadas expediciones, puestas en escena con gran despliegue de medios, como la expedición polar de Otto J. Schmidt, entre 1937-1938.[10]

PIONEROS QUE LA PATRIA NO NECESITA: GEÓLOGOS COMO ENEMIGOS DEL PUEBLO

Parece obvio que los participantes soviéticos en este Congreso Internacional formaban parte de la elite de dicha disciplina. Sin embargo, esto no fue óbice para que un número grande de participantes—nada menos que 46 miembros de la delegación soviética—fueran arrestados a continuación, e incluso inmediatamente después de concluir el congreso, acusados de crímenes fantasiosos y condenados.[11]

De los 968 geólogos que fueron reprimidos en todo el período de dominio soviético—con penas de distinta índole: desde la pérdida del puesto de trabajo hasta la pena de muerte, desde la reclusión en un campo hasta la restitución y la rehabilitación—, hubo unos 600 (según mis propios cálculos, 561) que sufrieron represalias entre los años 1936 y 1938. Ello significó, en muchísimos casos, penas de prisión de varios años, destierro y, en otros muchos casos, la muerte. Ello significó, además, que entre la mitad y dos tercios de los perseguidos sufrieron las represalias ese año, por lo que se trata de un verdadero hito y de un punto culminante.

Otros hitos que habían dejado huella en el mundo de la ciencia y la intelectualidad fueron las consecuencias del Te-

rror Rojo en el año 1918, contra científicos, intelectuales, profesores universitarios y la *intelligentzia* en general que se resistía a quedar estandarizada por parte de los bolcheviques y que mantenía vínculos con los liberales, los monárquicos o los partidos revolucionarios de izquierda a los que se había obligado a pasar a la clandestinidad. Hubo entonces toda una serie de «conspiraciones» fabricadas, como la conspiración de Taganzev, en la que se supone que estaban involucrados o presentes algunos científicos y profesores de la universidad.

Otro punto de cesura significativo es el comienzo del Primer Plan Quinquenal y la ola de la revolución cultural—más o menos entre 1928 y 1932—, que se dirigió contra los antiguos expertos y especialistas y que fue llevada a cabo por jóvenes radicalizados y fanáticos. Ingenieros y técnicos de las generaciones más viejas, que estaban ocupados, en el más amplio sentido, en la reestructuración de la industria, se convirtieron de la noche a la mañana en el blanco de violentos ataques ideológicos y físicos. En relación con la lucha contra los antiguos especialistas burgueses, vemos no sólo los primeros procesos públicos a gran escala, sino también el desvelamiento de otras «conspiraciones de especialistas burgueses».[12]

En la lista publicada por la Academia de Ciencias, que en cierto modo constituye un martirologio, figuran de forma destacada todos aquellos científicos e ingenieros que eran fácilmente atacables por su procedencia burguesa o aristocrática y por su formación en las instituciones prerrevolucionarias, sobre todo las del extranjero. Vemos, así, que los científicos de origen aristocrático o burgués conforman el mayor número entre los «de antaño» o los «elementos socialmente ajenos», excluidos entre los años 1934 y 1936 en Leningrado, Moscú y otras ciudades. Ellos forman parte de los blancos preferidos de esta purga social.[13]

Entre los años 1936 y 1938 hemos de vérnoslas con una radicalización, un agravamiento y una extensión de los ata-

ques. Los principales cargos de acusación que se lanzaban ahora eran éstos: pertenencia a antiguos grupos opositores de orientación de izquierda o de derecha, actividades contrarrevolucionarias o antisoviéticas, conspiración, labor como agente extranjero, espionaje; delitos todos que, en su mayoría, eran clasificados y penados como «contrarrevolucionarios». En muchos casos se dictó la pena máxima: fusilamiento inmediato. No cabe ninguna duda de la gran importancia que ello tuvo en los años 1937 y 1938 para la comunidad científica soviética, aun cuando la oleada represiva continuaría después y sólo acabaría en esencia con la muerte de Stalin, por lo menos como amenaza mortal.[14]

Las propias denominaciones profesionales nos indican que en este caso se trata de «fuerzas productivas vivas», con conocimientos reales y competencias a cuya formación se dedicó la energía de toda una vida y de toda una sociedad. Sus oficios y profesiones representan una reserva de conocimiento especializado y altamente cualificado, imprescindible para la industrialización y la modernización de Rusia. Entre ellos hay geólogos, geofísicos, jefes de excavaciones geológicas, jefes de expediciones, etnógrafos, arqueólogos, especialistas en Siberia, prospectores, cartógrafos, geodestas, geobotánicos, paleontobotánicos, sedimentólogos, ingenieros de minas, geólogos expertos en petróleo, inspectores de minas, historiadores, edafólogos, minerálogos, petrógrafos, técnicos de minas, topógrafos, especialistas en la tecnología de metales raros y radioactivos, geólogos de minas, hidrogeólogos, especialistas en suelos, especialistas en el permafrost, cristalógrafos, geólogos del carbón, radiogeólogos, radiobiólogos, geotécnicos, vulcanólogos. Tales fuerzas vivas, en un país en desarrollo como lo es Rusia en el primer tercio del siglo XX, son algo raro y valioso. Y por ello ocupan casi todos los cargos de responsabilidad y de dirección. Lo que viene a continuación es únicamente un pequeño fragmento del martirologio de algunos geólogos.

Nikoláy Petrovich Gorbunov (1892-1938), funcionario del Estado y secretario, dirigió hasta el año 1928 el Consejo de la Economía Nacional, excelente organizador en el ramo de la ciencia, jefe de la expedición a Tayikistán y a las montañas de Pamir en la década de 1930; secretario permanente de la Academia de Ciencias, arrestado en Moscú en el invierno de 1937 a 1938. Murió a principios de 1938.[15]

Gavril Iványovich Goretski (1900-1988), paleontólogo, oriundo de un familia campesina, fue arrestado en varias ocasiones en la década de 1920, miembro de la Academia Bielorrusa de Agricultura en 1930, supuesto miembro del llamado Partido de los Campesinos Trabajadores; en 1931 es fabricante de cajas en la fábrica de cartón en la República de Carelia, en Kem, en 1932 trabaja como geólogo en el canal del mar Blanco y el Báltico, desde 1934 se instala en la península de Kola; en octubre de 1937 es arrestado, puesto en libertad y vuelto a arrestar. Fue condenado a muerte por fusilamiento, pero luego indultado. A lo largo de diez años colaboró en diez proyectos hidrogeológicos como geólogo especialista en el período Cuaternario, estudió la península de Kola, los territorios de Carelia, Kama, los Urales y el Volga, y el sur y el oeste de Rusia. No fue readmitido en la Academia de Ciencias hasta 1965. Es el fundador del Jardín Botánico de Minsk.

Yevgueni Aleksándrovich Gukovski (1896-1938), geólogo del consorcio para la extracción de oro en Siberia Occidental, realizó prospecciones de yacimientos de oro en distintas regiones. Nacido en el seno de una familia aristocrática de Odesa de orientación socialrevolucionaria, cursó estudios en la Universidad de San Petersburgo, fue educador en la colonia de niños de Petrogrado, realizó numerosas expediciones al Yeniséi e inventó un aparato de medición especial. Arrestado en 1938 después de su doctorado, supuestamente porque hacía proselitismo a fin de reclutar nuevos miembros para una «organización trotskista de derecha» a la que

pertenecía, y con ello retrasaba y saboteaba la extracción de oro. En ciento nueve minutos fue condenado a muerte por fusilamiento el 15 de junio de 1938, según el artículo 58, párrafos 7, 8, 11. No fue rehabilitado hasta el año 1958.

Vera Mijáilova Dervis (1878-1951), una de las primeras mujeres geólogas de Rusia, oriunda de una familia aristocrática, concluyó sus estudios en la escuela moscovita de la Orden de Santa Catalina con la medalla de plata, asistió a los Cursos Superiores para Mujeres de Bestuzhev, en San Petersburgo, realizó estudios en la Universidad de Ginebra y se licenció en Cristalografía. Fue arrestada en 1945.

Tigrán Arshákovich Dzhrbashián (1890-1937), geólogo, mineralogo, participante en el XVII Congreso, estudiante del Instituto Tecnológico de Tiflis, realizó estudios en la Sorbona; en 1926 fue ingeniero de minas en Ereván con funciones en el Consejo de la Economía Nacional de la República. Fue arrestado el 31 de agosto de 1937.

Nikolái Nikoláievich Dingelstädt (1893-1937), geólogo, nacido en San Petersburgo, en el seno de una familia aristocrática y miembro del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia desde 1911, fue especialista en el oro de los Urales y de Pamir. Condenado en 1936, fue internado en un campo en Solovkí y fusilado el primero de noviembre de 1937.

Serguéi Alekséivich Dobrov (1884-1959), geólogo y uno de los más estrechos colaboradores de Alekséi P. Pavlov, miembro de la Academia de Ciencias, fue arrestado en junio de 1933; trabajó como cartógrafo y geólogo en un campo junto al canal del Volga y el Moscova.

Gueorgui Aleksándrovich Dutkievich (1907-1937), geólogo, estratígrafo, nombrado catedrático en 1937, fue uno de los fundadores de la escuela micropaleontológica rusa y estudioso de la geología de Pamir y de los Urales. Trabajó en el consorcio Vostokneft, exploró los yacimientos de petróleo de los Urales y participó en la expedición de la Academia de Ciencias a Tayikistán y a Pamir. Participó en el XVII Con-

greso de Moscú con una conferencia. El 5 de agosto de 1937, inmediatamente después de regresar del congreso, fue arrestado y acusado de pertenecer a una «organización terrorista, fascista y contrarrevolucionaria dedicada a hacer sabotajes», la cual, supuestamente, estaba activa desde 1930. El 30 de noviembre de 1937, según el artículo 58, párrafos 7, 8, fue condenado a muerte y fusilado. También arrestaron a su padre, el ingeniero de minas y metalúrgico Aleksandr M. Dutkievich. La esposa de éste, Maria A. Kalmykova, fue asimismo arrestada y tuvo que escuchar, durante el interrogatorio, que su marido «había sido condenado a diez años sin derecho a escribir cartas», lo cual, oficialmente, era la fórmula eufemística para denominar la pena de muerte. Tampoco más tarde supo lo que había ocurrido realmente con su esposo. Dutkievich fue rehabilitado en el año 1956.

Dmitri Ivánovich Mushkétov (1882-1938), geólogo, conocedor de la geología de Asia Central y uno de los pioneros de su estudio cartográfico sistemático, especialista en el ámbito de la tectónica. Miembro de la Academia Imperial de Naturalistas «Leopoldina», de Halle. Después de 1918 fue catedrático de Geología general, director del Comité Geológico y del Instituto de Geofísica Aplicada, fundado por iniciativa suya. Trabajó en regiones ricas en oro en Siberia, en el Donbáss, en el Cáucaso y en el mar Caspio. Participó en el XV Congreso Internacional de Geólogos, en Pretoria y fue uno de los organizadores del XVII Congreso. Fue arrestado el 29 de junio de 1937, un mes antes de la inauguración del congreso. En los documentos del mismo no aparecieron sus tesis, una conferencia sobre tectónica. Su nombre desapareció del programa del congreso y de la lista de participantes. Fue inculpado de haber fundado, en el año 1930, un grupo terrorista y contrarrevolucionario y de haber participado activamente en labores de sabotaje. Fue condenado a muerte el 18 de febrero de 1938 y fusilado el mismo día. Su mujer fue arrestada y luego internada en un campo de concentración.[16]

Mijáil Alekséievich Pávlov (1884-1938), geólogo, petrógrafo, nacido en el seno de un familia de ingenieros de minas, estudió en el instituto de bachillerato de Tsárskoie Seló y en la Universidad de San Petersburgo, y ya en su juventud participó en expediciones de exploración de los recursos naturales de los Urales del norte, en la región de Olonetski, en la tundra y a orillas del mar Blanco. Hizo expediciones a Nueva Zembla y a la Tierra de Francisco José y estudió en la Universidad de Perm. Expediciones posteriores lo llevaron al Lejano Oriente y a Shukotka. Fue condenado a trabajos forzados en la construcción del tramo de ferrocarril hasta Komsomolsk del Amur y en 1938 fue sentenciado a muerte por fusilamiento, acusado de sabotaje.

Piotr Ioakimovich Palchinski (1875-1929), ingeniero de minas, uno de los organizadores y pioneros en la exploración de las riquezas naturales de Rusia, estudió en el Instituto Medio Técnico en Kazán; en 1905 fue condenado a trabajos forzados, huyó a Europa, y regresó tras la amnistía de 1913. En 1915 fundó un instituto privado de investigaciones geológicas, fue editor de una revista especializada y profesor universitario en Petrogrado. Durante muchos años fue el presidente de la Sociedad Técnica Rusa, que fue refundada en el año 1921, y estuvo muy estrechamente relacionado con los círculos empresariales, y fue el organizador del sindicato del carbón, Produgol. Miembro del Gobierno Provisional, después de 1917 fue arrestado varias veces y encerrado en la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Durante la época de la Nueva Política Económica fue un consultor permanente del Gosplan. Fue condecorado con la Orden del Trabajo «Bandera Roja». Finalmente, fue arrestado durante los preparativos del proceso contra el llamado Partido Industrialista y fusilado antes del juicio el 23 de mayo de 1929. Más tarde se le inculpó de haber sido el iniciador de una conspiración de ingenieros.

Dmitri Yefímovich Perkin (1899-1938), organizador en el ámbito de las ciencias geológicas. Bolchevique desde marzo

de 1917 e iniciador de numerosas expediciones, fue arrestado en junio de 1937 y fusilado el 8 de enero de 1938.

Yevgueni Yevguénevich Popov (1890-1938), estratígrafo y paleontólogo nacido en el seno de una familia de médicos de Kansk, junto al Yeniséi. Estudió en la Universidad de Kazán y la Universidad de Tomsk. Realizó expediciones a la región del Volga y de los Urales y fue condenado por supuesta pertenencia a una organización trotskista y contrarrevolucionaria en la universidad. Durante el registro de su casa se le encontraron libros de contenido religioso. Desterrado a Kolymá, a Magadán, se congeló durante el camino de Kolymá a Indiguirka.

Iván Ivánovich Rádchenko (1874-1942), miembro activo del Partido desde 1898, miembro del Consejo Superior de la Economía Nacional, director del sindicato Torf y director de la Comisión Geológica. Arrestado en agosto de 1937 y acusado de participar en una organización antisoviética de derecha. Murió en prisión en 1942.

Borís Nicoláievich Rozhkov (1901-1938), geólogo, hijo de un ingeniero y ciudadano de honor de Moscú. Trabajó en instituciones del Consejo Superior de Economía Nacional y fue director de las investigaciones en Norilsk. En 1937 fue arrestado en Daguestán y fusilado en 1938.

Rudolf (Ruvim) Lazarievich Samoilóvich (1881-1939), geólogo, geógrafo, explorador polar, miembro honorario de las Sociedades Geográficas de Estados Unidos, Suecia y Austria, oriundo de Azov, en 1904 terminó sus estudios en la Academia de Minería de Friburgo. Antes de la Revolución, fue un miembro activo de la socialdemocracia rusa y acabó detenido en varias ocasiones. En el destierro estudió las regiones del norte. Participó en expediciones a Spitsbergen (para el suministro de San Petersburgo con carbón polar), director de varias instituciones. Realizó cinco viajes a Nueva Zembla y fue jefe de la expedición de rescate del rompehielos *Krasin* en 1928, jefe de la expedición aérea internacional del conde Hugo Eckener en el dirigible *Graf Zeppelin* en 1931 y parti-

cipó en una serie de expediciones marinas. Arrestado en Kislovodsk en 1938, antes había sido jefe de una expedición de hibernación en barcos en la región polar. Fue condenado en Moscú y ejecutado el 4 de marzo de 1939.

Gueorgui Leontevich Stadnikov (1880-1974), químico orgánico, especialista en química del carbón y geología, graduado en la Universidad de Moscú en 1904, detenido por la Cheká, aunque luego trabajó en diversas instituciones gubernamentales para el carbón, los combustibles y los asfaltos. La tercera edición de su monografía fundamental sobre los orígenes de dichas substancias apareció antes de su arresto. Fue detenido el 9 de agosto de 1938 por «pertenecer a una organización nacionalfascista dentro de la Academia de Ciencias» y encarcelado en Butyrka. Fue liberado en 1955. En 1957 publicó una monografía clave, *Tonalidades*, en la que habla de otros geólogos detenidos.

Mijaíl Stepánovich Stroílov (1899-1941) fue director del Instituto de Minas y desde 1935 jefe de ingenieros en la región carbonífera de Kuzbás. Fue detenido en 1936 en relación con el llamado «centro paralelo trotskista-antisoviético». Condenado en el segundo juicio público de Moscú, fue fusilado antes de la invasión alemana en Oriol.

Iván Konstantínovich Traubenberg (1882-1952), químico, fundador del Servicio de Química del Carbón, jefe del primer laboratorio químico de Vorkutá, conocido incluso en Alemania. Cargaba a sus espaldas los instrumentos y el equipo de laboratorio en el campo de Ukhta-Pechora, en Vorkutá.

Nikolái Mijáilovich Fedorovski (1886-1956), mineralogista, profesor, miembro correspondiente de la Academia de Ciencias, bolchevique desde 1904. Graduado por la Universidad de Moscú y después de 1917 miembro en el Consejo Económico Superior, fue catedrático de Mineralogía y director de numerosos institutos. Detenido en 1937 por «colaborar con una organización antisoviética», fue internado en la Lubianka. Condenado a la cárcel en un campo de prisio-

neros en 1939, fue enviado primero a Vorkutá, luego a una prisión especial moscovita y al final a Norilsk.

Aleksandr Aleksándrovich Florenski (1889-1937), geólogo, hermano del filósofo Pável A. Florenski. Realizó expediciones a Siberia y Najicheván. Colaborador del Instituto de Petrografía de la Academia de Ciencias, fue arrestado en febrero de 1937 por «pertenencia a un grupo contrarrevolucionario».

Vsévolod Konstantínovich Frederiks (1885-1944), físico, teórico de los métodos de exploración electromagnética, noble, hijo del vicegobernador de Nizhni Nóvgorod. Estudió en la Universidad de Ginebra, trabajó para la Universidad de Gotinga y en 1918 regresó a Rusia. Trabajó en el Instituto Estatal de Óptica y en el Instituto Físico-Técnico, entre otros, y fue consultor de la Comisión Geológica. Candidato a miembro correspondiente de la Academia de Ciencias, fue arrestado el 21 de octubre de 1936 por pertenencia a «una organización fascista contrarrevolucionaria» y procesado en la llamada «Causa Púlkovo»; en 1937 fue condenado según el artículo 58, párrafo 10, apartados 10 y 121, a diez años de prisión. Leñador en Taishet, gracias a la intervención de Serguéi Vavílov, Alekséi Krylov y Dmitri Shostakovich, fue trasladado a Oriol; estaba casado con la hermana de Shostakóvich. Murió por el camino, mientras viajaba entre los dos campos.

Víktor Gavrílovich Jiménkov (1881-1949), geólogo e hidrogeólogo, en la cárcel se convirtió en especialista en ingenieria geológica. Graduado de la Universidad de Moscú. En su condición de hidrogeólogo, analizó el trazado del metro de Moscú. Detenido en 1933 y condenado a trabajar en el Dmitlag, más tarde en el Volgolag. Participó en el XVII Congreso Internacional de Geología.

Víktor Vasílievich Chiorni (1899-1941), mineralogista, de origen rural, fue profesor universitario y realizó expediciones a la región de los Urales, al Cáucaso y a Asia Central. Detenido el 25 de octubre de 1937 acusado de «terrorismo» (se había encontrado en el museo donde trabajaba un «arsenal

de armas»: antiguas alabardas y picas, etcétera). Fue fusilado en la prisión de Oriol cuando llegaron los alemanes.

Anna Dmitrievna Shajovskaya (1889-1959), investigadora del Laboratorio de Bioquímica de la Academia de Ciencias de la URSS desde 1938, y secretaria y asesora de Vladímir Vernadski. Nacida en el seno de una familia noble, se graduó de los cursos ofrecidos por V. Gere; entre 1918 y 1922 trabajó en el museo de Dmítrov, al norte de Moscú. Fue detenida en varias ocasiones, en 1933, junto con un grupo de geólogos moscovitas. Tras la muerte de Vernadski se ocupó de ordenar sus papeles postumos.

Yuri Mijáilovich Scheinmann (1901-1974), geólogo, especialista en tectónica y magmatismo, trabajaba en la Comisión Geológica. Realizó expediciones a China y fue secretario científico del Comité Organizador del XVII Congreso Internacional de Geología; fue detenido el 29 de septiembre de 1938 por supuesta «participación en labores de espionaje y en la organización de sabotajes». Estuvo encarcelado en Norilsk, Krasnoiarsk, Moscú, Magadán.

Serguéi Serguéievich Schulz (1898-1981), geológo, experto en geomorfología, inventor de nuevos métodos científicos y creador de varias teorías. Profesor universitario, provenía de una familia aristocrática, oriunda de Alemania, de orientación anticomunista. Fue arrestado en 1920, como rehén, durante el levantamiento de Kronstadt. Trabajó en la Comisión Geológica encabezada por Mushkétov. Antes de su arresto en 1937, inmediatamente después del XVII Congreso, en el que había participado, Mushkétov le había aconsejado iniciar una investigación de campo de varios meses. Sobrevivió a aquella época y dirigió hasta su muerte la cátedra de Geomorfología de la Facultad de Geografía de la Universidad de Leningrado.

En esta enumeración se incluyen también otros destinos vitales más sombríos. Tatiana Dzerve, que había trabajado junto con Andréi Túpolev en la construcción del avión ANT-20 (Maksim Gorki), desapareció en enero de 1938 en el cam-

po de Vorkutá.[17] Berta Dubrova (1899-1965) perdió el oído durante los interrogatorios. Olga Lázareva, esposa del físico Piotr Lázarev (1878-1942), fundador de numerosos institutos científicos, se ahorcó;[18] Evgraf Moldávantsev (1885-1941) se arrojó por una ventana antes de ser arrestado.[19] Nikoláy Prójorov, analista de suelos y pionero en el campo de la investigación del permafrost, fue fusilado por haber perdido una carta topográfica en Leningrado.[20] Sobre Aleksandr Yevséiev se cuenta que fue torturado salvajemente.[21]

Todos ellos eran representantes de una intelectualidad rusa clásica, con un elevado porcentaje de aristócratas entre sus filas, de burgueses con títulos de nobleza, integrantes de ese «tercer elemento», de los de «origen ajeno», sobre todo alemanes y polacos. Muchos de los perseguidos formaban parte de dinastías de científicos—lo cual no era algo atípico en Rusia—, para quienes los viajes al extranjero o el trato con extranjeros era algo natural, personas que, muy a menudo, dentro del espectro político se adscribían a posiciones liberales o incluso de izquierda.

VLADÍMIR VERNADSKI: VALOR Y PATRIOTISMO

Vernadski era un típico representante de esa generación que, en su conjunto, destacó en la nueva Rusia soviética postrevolucionaria. Vladímir Ivánovich Vernadski nació el 28 de febrero de 1863 (12 de marzo, según el calendario gregoriano) en San Petersburgo, en el seno de una familia de intelectuales. Su padre era un conocido economista que fue denunciado en la *Enciclopedia Soviética* como un «economista vulgar». Vernadski estudió ciencias naturales en la universidad de su ciudad natal, donde se especializó en geología y mineralogía con el edafólogo Vasili Dokucháiev. En 1888 estudió con Paul Groth en Múnich, y en 1889 con André Fouqué en París. Tras una prolongada estancia en Italia, trabajó primero como profesor privado y más tarde como catedráti-

co de Mineralogía en la Universidad de Moscú. Desde 1906 fue miembro de la Academia de Ciencias, y pasó a ser director del Museo de Geología y Mineralogía de la propia Academia. En 1919 se convirtió en el primer presidente de la Academia de Ciencias de Ucrania. Hasta mediados de la década de 1920, se hizo un nombre internacionalmente como cristalógrafo, mineralogista y geoquímico, lo que le valió recibir invitaciones para acudir a la Sorbona—de 1922 a 1926—y ver traducidas sus obras principales a varios idiomas europeos (*La géochimie*, 1924). En 1926 regresó a la URSS, y desde 1929 hasta su muerte el 6 de enero de 1945 fue el director del Laboratorio de Bioquímica de la Academia de Ciencias.

Su fama posterior se basó sobre todo en una superación de las fronteras estrictas de las ciencias naturales y también en su integridad humana en tiempos difíciles. Con su concepto de «noosfera»—es decir, la esfera en que la naturaleza, la biosfera, es transformada por el impacto del desarrollo humano—demostró los efectos retroactivos de los factores antropogénicos en las condiciones naturales y, en ese sentido, se le puede considerar un precursor del pensamiento ecológico moderno.[22] De su perfil como miembro de la intelectualidad forma parte también el hecho de que mantenía su curiosidad y su compromiso desde un punto de vista sociopolítico: en su condición de miembro prominente del Partido Liberal de los Demócratas Constitucionales (los llamados «Cadetes»), trabajó en la Comisión para el Estudio de los Recursos Naturales (KEPS), tan importante para la economía de guerra, y tras la Revolución de Febrero trabajó durante algún tiempo en el Ministerio de Educación del Gobierno Provisional.[23] Su hijo Gueorgui (1887-1973) marchó a Estados Unidos después de 1920, a través de Constantinopla y de Praga, y allí, en la nación estadounidense, trabajó en la Universidad de Yale, donde se convirtió en uno de los fundadores de los estudios estadounidenses sobre Rusia; también una hija de Vernadski se estableció en Estados Unidos. Padre e hijo siempre se man-

tuvieron en contacto y se reunieron en repetidas ocasiones en Europa Occidental. No cabe duda de que Vernadski disfrutaba de un estatus especial. Todavía en la década de 1930 podía viajar al extranjero cada año: en 1932, a Münster, Gotinga, Berlín, Praga y París; en 1933, a Checoslovaquia y a Inglaterra, Polonia y Francia. Se movía en el círculo de los debates acerca de la división del átomo, y conocía a Otto Hahn y a otros científicos de la Sociedad Kaiser Wilhelm de Berlín. Pero siempre regresaba de esos viajes al extranjero, y empeñó todas sus energías en llevar a Moscú la Academia de Ciencias de Leningrado en el año 1934—la idea de una pequeña ciudad de las ciencias en Neskúchny Sad era suya—, y de hecho él mismo se trasladó a Moscú, donde ocupó una casa en la calle Durnovski, entre la plaza Smolenskaia y la plaza Sobachia, es decir, en el centro mismo del barrio de intelectuales de Arbat. Durante el verano vivía en la finca Uzkoie, en los alrededores de Moscú. Recibía periódicos extranjeros,[24] y estaba vinculado a la todavía existente asociación de antiguos intelectuales, artistas y escritores: conocía bien, por ejemplo, al médico del Kremlin, Pletniov, quien sería acusado de «asesino» y condenado a muerte en el tercer proceso público de Moscú.

En 1937 Vernadski tenía setenta y cuatro años, estaba empezando a escribir su *Libro de la vida* y sus *Pensamientos filosóficos de un estudioso de la naturaleza*, concebido como prólogo a la obra *Cosmos*, de Alexander von Humboldt. Era, hasta donde puede decirse bajo tales circunstancias, un hombre de pensamiento independiente en todos los sentidos, al que no se le podía dar gato por liebre. Durante el censo, Verandski, a la pregunta sobre su religión, respondió que era «creyente, pero no en el marco de las iglesias cristianas».[25]

Como muestran sus anotaciones en el diario, él, que casi cada día recibía visitas de todo el país, sabía bien lo que estaba ocurriendo a su alrededor:

Moscú, 26 de noviembre de 1937. Terror por todas partes, y sus

consecuencias a cada paso. [...] 5 de enero de 1938, por la mañana. Millones de arrestados. Millones de prisioneros: trabajo gratis que desempeña un enorme papel en la economía estatal».[26]

También sus anotaciones más antiguas dan fe de que sabía lo que había sucedido en el campo durante la colectivización. He aquí algunos de sus apuntes:

[12 de febrero de 1932]: K. A. Nenadkévich estuvo aquí. He hablado con él sobre el trabajo. Dejará el Instituto de Radio. Tiene que acabar lo de los átomos. Sobre los isótopos y el plomo. A través de los silicatos de aluminio. Me habló de Nizhni Tagil, donde vive su hermano. Agobiante monotonía. Las condiciones de la vida cultural son muy duras. Todo es una gran obra en construcción. El trabajo lo realizan los «deskulakizados», los traen de todas partes. Viven en condiciones espantosas tanto por la vivienda como por la rutina que se les impone. La esclavitud es total (peor que en las colonias del siglo XVIII). Derecho de servidumbre, el señor de la gleba. ¿Se les podrá liberar de la esclavitud? ¿Se irán en esa dirección? Estoy sacando de esto una conclusión a la que probablemente llegarán también las personas de allí. Una imponente y gran obra en construcción crece en Jibíny: su base es el trabajo de la servidumbre, el derecho de propiedad sobre el cuerpo y un montón de violencia y de sufrimientos entre personas inocentes. El horror de la vida del campesino ruso no tiene fin. Sufrimientos. Pero el espíritu es fuerte, pues se entiende y se transmite de generación en generación.

El 13 de febrero de 1932 Vernadski había apuntado en su diario:

Krachkovski dibujó el cuadro de la destrucción fáctica de la orientalística. La orientalística rusa es el colmo de lo provinciano. Ha perdido su significado de antaño. Gente sin absolutamente ninguna importancia ha venido a ocupar su lugar, gente que no tiene ni idea, fanfarrones y engreídos que no entienden nada. Podrán criticar, espiar, pero no aportar nada desde el punto de vista científico.

El 15 de febrero de 1932 había anotado lo siguiente: «Simorin estuvo aquí. En Taskent, Saratov—en la provincia—, auténtica hambre incluso en las ciudades. Y en los pueblos... un cuadro horrendo».

El 18 de febrero de 1932 leemos en el diario: «Wotschal, de la Academia Ucraniana de Ciencias: en esencia, ya no hay vida científica. No hay pan, no hay tocino, eso es todo el poder soviético» [en el texto original, en ucraniano: *Nema chliba, nema sala, to sovijska vlada stala*; nota de K. S.].

El 28 de febrero de 1932 por la mañana:

Intenté leer, y al final pude leerlo con atención: *Contra el materialismo mecanicista y el idealismo de corte menchevique en la biología*, de 1931. Es algo ilegible: penoso, no tiene ni idea. Un caso para el psiquiatra. El cuadro de una devastación moral. Incluso algunos científicos en toda regla, como Mijaíl Zavadovski y Nikolái Kóltsov, y no sólo ellos, se toman esto (esa crítica) en serio. Pobres ideas y total ausencia de trabajo científico.[27]

10 de marzo de 1932:

Por todas partes está el miedo a la guerra y la expectativa de una catástrofe. Ruina de la moneda, subida de precios. Por todas partes se empieza a hablar de la chapucería (con otras palabras) de los autores del plan, de la incapacidad para trabajar con éxito. [...] Empeoramiento de las condiciones de vida, rumores acerca de una guerra, hambre, colapso financiero inminente, desaparición de los víveres, empeoramiento de la situación en la prensa (la desaparición de periódicos y el empeoramiento de su contenido), retroceso en la producción de libros (ya no se puede obtener ninguno), presión y arbitrariedad. Ello está en el trasfondo de todas las conversaciones y todos los estados de ánimo. El hombre es un animal con una capacidad de adaptación asombrosa. Grandes ideas y proyectos, pero todo llevado a la práctica de un

modo chapucero, y es destruido fragmento a fragmento. No sólo ha quedado atrás la materialización de la libertad, sino también su idea.[28]

Vernadski constata lo que observa a su alrededor, e intenta explicárselo. Así, vemos que el primero de marzo de 1938 anota:

Hoy los periódicos informan acerca de un nuevo «proceso» [se refiere al proceso público contra Bujarin, entre otros. Nota de K. S.]. Se han vuelto locos. Están destruyendo todo lo grande que han creado y que, en esencia, no desaparecerá. Están enterrando el poder del Estado, en el que los intereses de la masa realmente se preservan (aparte de la libertad de pensamiento y de religión); se están destruyendo a sí mismos. Todos están poseídos por la inquietud y creen que el Gobierno es débil. En los periódicos se les atribuyen a los acusados motivos totalmente absurdos (en los editoriales), y luego está esa variedad de personas, ¡cuatro médicos, y entre ellos, Dmitri D. Pletniov! ¿Quién se lo va a creer? Y si lo creyera una parte de las masas, se trataría de aquella parte sobre la que uno no se puede apoyar. Se plantea ahora la alarmante pregunta de si el poder está en su sano juicio, un poder que hace lo necesario y lo grandioso, pero que ahora lo está destruyendo. Eso puede tener consecuencias fatales para el futuro. Una sensación de inestabilidad y de amargura al ver que esa destrucción no llega de fuera, sino que parte del propio poder. Trabajo en el libro. Escribo conclusiones para el artículo sobre los meteoritos.[29]

Al terminar el proceso contra Bujarin el 13 de marzo de 1938, Vernadski expresa su preocupación de que su firma pueda estar bajo la resolución titulada «Ninguna piedad para la banda de bandidos fascistas», firmada por diecisiete miembros de la Academia. Se niega a la pretensión del presidente de la Academia aduciendo enfermedad. De manera categórica, apunta lo siguiente acerca de las penas de muerte:

Para mí, cualquier muerte, incluida la pena de muerte, es inaceptable, en eso soy absolutamente inflexible e inconmovible. Y cuando más avanza la vida, tanto más clara se vuelve «esa convicción».[30]

Pero el arresto y el asesinato penetran también en su entorno más cercano. La primera víctima fue el secretario científico de la Comisión para el Desarrollo de las Fuerzas de Trabajo (KEPS), Borís Lichkov, quien fuera arrestado ya en junio de 1934 y enviado a trabajar en las labores de construcción del canal del Volga y el Moscova. Vernadski lo encontró e intercedió por él, de modo que se le dio un puesto como geólogo en el Dmitlag, y más tarde en Asia Central. En septiembre de 1937 el NKVD arrestó a la secretaria de Vernadski, Elisaveta Suprunova. Era obvio que buscaban material en su contra, y ejercieron presión en su instituto. También fue arrestado el médico y graduado de la Universidad de Sarátov, Aleksandr Simorin, un amigo cercano de Vernadski. A este último lo encontró en un campo de trabajo en Kolymá, y puso en juego toda su influencia para conseguirle un trabajo en el hospital del campo. Entonces, por lo visto, renunció a todos los cargos administrativos para poder concentrarse plenamente en la labor científica y no tener que participar en los debates generales acerca de los actos de purga. En abril de 1938 dio empleo como secretaria a Anna Shajovskaya, aunque sabía que la contratación de una de los «de antaño», una aristócrata, no dejaba de tener sus riesgos. Cuando el marido de Anna, Dmitri Shajovskói, fue arrestado en la madrugada del 26 al 27 de julio de 1938, él intercedió para conseguir su puesta en libertad, le escribió un carta a Andréi Vyshinski, que no sólo era el fiscal del Estado, sino también miembro de la Academia de Ciencias y un colega de Vernadski; pero no sirvió de nada: Shajovskói fue condenado a diez años de prisión.[31]

También después de que se suavizara la llamada *yezhóvschina* (la gran oleada de terror y de purgas bajo el mando de

Yezhov), Vernadski siguió siendo el observador atento que intentaba vislumbrar el camino hacia el que se dirigía Rusia. Hasta que se desató la guerra germano-soviética estuvo anotando en repetidas ocasiones sus observaciones: «Creciente insatisfacción con las autoridades», «carencia de los víveres más elementales», «aumento de las expresiones de descontento a pesar del gran peligro de denuncia» (10 de septiembre de 1940).

El comunismo policial crece y se traga *de facto* la estructura estatal. Hoy todo está penetrado por el espionaje. Por todas partes campea el robo a sus anchas. En todas partes los vendedores de las tiendas de comestibles sólo se ocupan de eso. Desde hace ya veinte años desapareció la sensación en torno a la estabilidad del régimen. [...] Los koljoses se transforman cada vez más en una forma de segunda esclavitud, y a la cabeza de ellos están los hombres del Partido. [...] Los periódicos están llenos de la palabrería hueca del XVIII Congreso del Partido. Ni un solo discurso vivo. La pobreza y la ausencia de un pensamiento vivo y fecundo en las comparecencias de los bolcheviques es alarmante. Se han reunido unos funcionarios, funcionarios que tienen miedo a decir la verdad. Ello demuestra, según me parece, la gran decadencia de su nivel intelectual y moral en relación con el potencial existente en la nación.[32]

La desaparición de los mapas panorámicos y geológicos, o su censura y distorsión—hasta quedar irreconocibles—, es para él no sólo una prueba de «ignorancia organizada», sino de la fusión de una labor de sabotaje consciente e inconsciente.[33] Vernadski habla de un Gobierno paralelo—el Comité Central y el Consejo de los Comisarios del Pueblo—, aunque el verdadero poder reside en la dictadura de Stalin: «Esto es lo que relaciona a nuestra organización con Hitler y Mussolini». Habla de la GPU como de «un Estado dentro del Estado»:

Se trata de engendros, podredumbre que devora al Partido, pero sin ello no se avanza en la vida real. Como resultado, millones de esclavos prisioneros, y entre ellos, junto a elementos criminales, la flor y nata de la nación y la flor y nata del Partido, la que consiguió su victoria en una lucha de hermanos.

Para Vernadski, Yezhov «desde hace mucho tiempo, probablemente, es un loco o un traidor que ha destruido a la flor y nata del Partido y aún continúa realizando su labor destructiva, aunque ya ha realizado gran parte de ella». Paradójicamente, la destrucción de la intelectualidad del Partido por parte de la GPU ha conducido a un «imponente resultado positivo», a una «curiosa restitución de la estatalización del pueblo ruso». Sin embargo, nadie puede decir lo que ocurrirá con el país tras la muerte de Stalin, de quien depende todo. El Partido, a pesar de todas las medidas de purga policial, está lleno de elementos criminales y de una moral burguesa. Un auténtica reorganización supera con creces las fuerzas del poder del Estado, que ha fracasado ante la GPU y ante el abastecimiento elemental de bienes de consumo para la población.

Por tal razón, Vernadski deposita sus esperanzas en la época posterior a la guerra, que había comenzado el 22 de junio de 1941:

En el fondo, tanto en la guerra con Finlandia como en ésta, ha quedado claro que tenemos ante nosotros inevitables cambios radicales, y ante el trasfondo de nuestra victoria y el de las democracias anglosajonas, no tengo ninguna duda de la realidad de esos cambios. El futuro más cercano nos deparará muchas sorpresas y una transformación radical de nuestras condiciones de vida. ¿Se encontrarán las personas adecuadas para ello?[34]

Como Vernadski pensaban otros muchos: que la guerra contra el agresor despejaría los frentes, que acabaría esa épo-

ca de autodestrucción y que ello uniría al pueblo y a la sociedad sobre una nueva base. Parecía sentirse feliz ante el efecto liberador de la movilización patriótica. El 29 de junio de 1941 apareció un primer llamamiento de la Academia de Ciencias a la lucha contra los invasores alemanes. Vernadski se mostró feliz de que ese llamamiento, también firmado por él, saliera a la luz sin las alabanzas a Stalin.[35] El dinero del premio estatal que le otorgaron lo donó de inmediato para un fondo del Ejército Rojo.

Vernadski y su mujer fueron evacuados el 16 de julio de 1941 de Moscú y trasladados a Borovoie, en la región de Akmolinsk. También desde allí mantuvo contacto con sus antiguos amigos y se ocupó de ellos. El 27 de julio de 1943 envió a Stalin un artículo sobre la noosfera, el cual incluía el ruego de que fuera publicado en *Pravda*.[36] En agosto de 1943 regresó a Moscú, ciudad donde murió el 6 de enero de 1945, en Léninskie Gory.

Sus expectativas no se cumplieron tras el triunfo de su país sobre Alemania. Pero tampoco esto hubiera cambiado tan fácilmente esa confianza que había albergado aun en la noche más oscura del terror. Para él no había duda de que Rusia superaría esa época. Ése es su *cantus firmus*. Se siente horrorizado por la decadencia intelectual y moral de los comunistas, pero la vida pasa por encima de todo ello. Y el 10 de septiembre de 1940, después de algunas deprimentes divagaciones sobre la situación, apunta en su diario: «Por doquier reina la mentira. Pero la vida hace lo suyo, y creo que a pesar de todo se está consumando y creando algo grande, más allá de cualquier programa». El 21 de enero de 1941 apuntaba: «El proceso de crecimiento de la nación no es tocado por ellos. La vida—hasta donde esto es posible bajo una dictadura—sigue su curso y pasa de largo».[37]

UNA EXCURSIÓN POR EL CANAL DEL VOLGA Y EL MOSCOVA: CIENCIA Y TRABAJO ESCLAVO

Dentro del programa oficial del XVII Congreso Internacional de Geología estaba prevista una visita a uno de los más importantes sitios de interés que el nuevo Moscú tenía para ofrecer a sus visitantes extranjeros: una excursión al recién inaugurado canal del Volga y el Moscova. Esto era algo más que una excursión turística, pues tenía mucho que ver con los objetos de estudio tratados en el congreso: geología, geomorfología, con el nuevo trazado de la superficie terrestre, tanto en un sentido literal como figurado. La construcción del canal convertiría a Moscú, una ciudad en pleno centro del continente, en el puerto de los cinco mares. Era una obra maestra desde el punto de vista geológico, tecnológico, de planificación y de ingeniería, una pequeña maravilla del mundo, como la construcción del metro o el comienzo de las labores constructivas del Palacio de los Soviets, que también pudieron admirar los visitantes. En el congreso se había hablado de extracción de oro, de las condiciones del permafrost, de los proyectos de Vorkutá, Kuznetsk y Karagandá. Y ahora viajaban por el canal, que era la obra del trabajo forzado, de presos que estaban allí reunidos en el mayor campo de reeducación, el Dmitlag, más grande que, en su momento, la concentración de trabajadores esclavos en la zona del campo del canal del Báltico y el mar Blanco. Era una clase de ideología en la que se hacía visible algo muy esencial: la interacción entre ciencia y terror, entre especialización y trabajo forzado, la transformación del saber para la apropiación de la naturaleza en saber para doblegar al hombre. Los participantes en el congreso se toparon aquí con un saliente del archipiélago en el que sucumbirían colaboradores y colegas con los cuales acababan de debatir.

UNA CIUDAD JUNTO AL MAR: LA INAUGURACIÓN DEL CANAL DEL VOLGA Y EL MOSCOVA

TRAS EL CANAL MAR BÁLTICO-MAR BLANCO: EL SEGUNDO EJE FLUVIAL DE STALIN, *442* — UN CANAL COMO OBRA DE ARTE TOTAL: LA ESTÉTICA DE LA ARQUITECTURA FLUVIAL, *448*— EL DMITLAG: EL ARCHIPIÉLAGO GULAG A LAS PUERTAS DE LA CAPITAL. LA SOCIEDAD PARALELA DE LA ZONA DE LOS CAMPOS, *454* — «PEREKOVKA» O «REHABILITACIÓN»: EL LABORATORIO DEL HOMBRE NUEVO, *463* — «HE VISTO UN PAÍS TRANSFORMADO EN UN GRAN CAMPO DE CONCENTRACIÓN», *468*

El 15 de julio de 1937 quedó inaugurado para el transporte general de pasajeros y de carga el canal que unía los ríos Volga y Moscova. De ese modo quedaba terminada la vía fluvial entre Moscú y los cinco mares. Toda una flotilla de barcos había viajado a través del canal hasta el centro de la ciudad, hasta las instalaciones situadas a orillas del parque Gorki, a fin de participar en un gran acto con veinte mil visitantes en el anfiteatro del parque. Un testigo recuerda que trajeron incluso a la popular cantante Lidia Ruslánova y al *entertainer* Mijaíl Garkavi.[1] Por la noche hubo en el Teatro Bolshói una velada solemne en la que estuvieron presentes todos los miembros prominentes del Kremlin: Stalin, Mólotov, la dirección del Partido en Moscú—con Nikita Jruschov y Bulganin a la cabeza—, los directores del NKVD y del proyecto del canal, entre ellos Nikolái Yezhov, Mijaíl Frinovski, Stanislav Redens y Serguéi Zhuk. Matvéi Berman, el comandante del Dmitlag, cuyos prisioneros habían construido el canal, dijo

en su discurso solemne que «un error de la naturaleza», que había aislado a Moscú de las grandes arterias fluviales, había sido corregido ahora gracias a una labor de cuatro años y ocho meses. Con esa intervención en la naturaleza, Moscú, la ciudad situada en el centro de Rusia, distante de todas las costas, se convertía en la ciudad portuaria de los cinco mares, en una ciudad junto al mar. El curso del Volga había sido detenido, y el agua de ese río bañaba ahora las orillas del Kremlin. La antigua canción popular «Ah, si el padrecito Volga fluyese corriente arriba» ya era obsoleta. Otro miembro destacado, Lázar Kogan, había declarado en un artículo:

> Los bolcheviques han forzado al Volga a desviar su curso, y le han cavado un nuevo lecho: las frías aguas del Volga fluyen ahora hacia el Moscova y refrescan la arteria fluvial de la capital, que fluye junto a los muros del Kremlin moscovita.[2]

Moscú: una ciudad junto al mar. Ese fue el eslogan que durante meses sirvió de música que acompañaba al gran acontecimiento.[3]

El día anterior, con motivo de la finalización del canal, se puso en libertad a cincuenta mil prisioneros del campo, y otros muchos miles fueron condecorados y honrados con órdenes, distinciones y regalos. Los principales periódicos de la capital publicaron largas listas de aquellos que habían sido reconocidos por las máximas autoridades.[4] Sin embargo, los periódicos no decían nada de que casi simultáneamente a la terminación de las labores de construcción y a la liberación de los presos se había arrestado a los dirigentes del proyecto del campo de la zona del canal. La opinión pública también esperó en vano la gran documentación sobre la construcción del canal que se había encargado hacer y que debía seguir las pautas del informe publicado a raíz de la terminación del canal del mar Blanco y el mar Báltico. En aquella ocasión, un grupo de destacados escritores

soviéticos, inspirados por una propuesta de Maksim Gorki, alabaron la construcción del canal no sólo como una labor pionera en la construcción de canales, sino como un ejemplo de la reeducación de los hombres mediante el trabajo, una obra que sigue siendo célebre—o más bien tristemente célebre—hasta el día de hoy.[5] También la terminación del canal del Volga y el Moscova debía quedar coronada con la publicación de una obra de esa índole. Pero eso no sucedió. La maqueta del magnífico libro de gran formato *El canal del Volga y el Moscova* estaba lista para ser impresa en un solo ejemplar con un total de 352 páginas, con fotografías a color y en blanco y negro, mapas, diagramas y dibujos, pero jamás llegó a ser publicada. ¿Por qué? Los autores de ese volumen, los jefes responsables de la construcción del canal, habían desaparecido en 1937. Mientras todavía se estaban realizando las labores finales y se preparaba, a toda velocidad, el desmantelamiento del campo, se desató una ola de arrestos en los que se detuvo a Semión Firin y a Serguéi Puzhitski, los principales organizadores de la construcción del canal y dueños absolutos sobre la vida y la muerte en la zona de los campos; con ellos cayeron también más de doscientas personas.[6] Aleksandr Komarovski, uno de los testigos presenciales que estaba a bordo de la flotilla con motivo de la apertura del canal, pudo observar cómo, mientras estaban de camino, algunos de los dirigentes tuvieron que bajar del barco y fueron trasladados a la Lubianka en unas limusinas negras.[7] También el autor del prefacio al volumen *El canal del Volga y el Moscova*, Aleksandr Kósarev, durante muchos años primer secretario de la Unión de Jóvenes Comunistas, fue arrestado algo después—el día 29 de noviembre de 1938—y ejecutado. De ese modo fue desapareciendo todo el *dramatis personae* al que originalmente se pretendía alabar, y fueron borrados o eliminados los retratos de aquellos que habían realizado la construcción del «segundo eje fluvial de Stalin». Tuvieron que pasar más de sesenta

años para que se pudiera contar la historia de la construcción del canal.[8]

TRAS EL CANAL MAR BÁLTICO-MAR BLANCO: EL SEGUNDO EJE FLUVIAL DE STALIN

La construcción del canal del Volga y el Moscova era uno de los principales proyectos del Segundo Plan Quinquenal (1932-1937), y el complejo de campos que debía facilitar estas obras—el Dmitlag—era entre 1932 y 1938, tal y como ha afirmado Varlam Shalámov, el mayor de su tipo dentro de la Unión Soviética: «El mayor campo, según los inventarios hechos en las listas, no era el de Kolymá ni el de Vorkutá ni el BAMLag. El más amplio era el Dmitlag, Moskanal, con la ciudad de Dmítrov como centro».[9]

La idea de unir los ríos Volga y Moscova a través de un canal—como en el caso de otros muchos proyectos—no era nueva. Ya Pedro el Grande había pensado que, en lugar de crear puntos de remolcadores, donde las barcas ligeras y los botes pudieran ser transportados y echados de nuevo al agua, lo mejor era construir una vía acuática. Cien años después, entre 1825 y 1844, se iniciaron las labores de construcción entre los ríos Istra y Sestra, pero la puesta a punto del tren de Nikolái entre Moscú y San Petersburgo pospuso por tiempo indefinido la continuación de dichas labores de construcción.

El 15 de junio de 1931 el Pleno del Comité Central del Partido Comunista acordó construir un canal cuya misión principal sería, primeramente y sobre todo, garantizar el abastecimiento de agua de una capital en proceso de rápido crecimiento y obtener una fuente energética adicional con la instalación de una hidroeléctrica, y que luego, en segunda instancia, serviría para la creación de una red de transporte y de carga. Un mejor abastecimiento de agua era una premisa imprescindible para el desarrollo de la capital, con todas sus nuevas fábricas y sus viviendas a reventar. Al mismo tiempo,

debía emprenderse la regulación de las aguas del Moscova, un río más bien pequeño, pero que se desbordaba durante las inundaciones de primavera. Debía convertirse al Moscova en el primer eje fluvial de la capital, debía reforzarse sus orillas a gran escala y adaptar la construcción de puentes al elevado nivel de las aguas: y todo ello formaba parte de los grandes objetivos del Plan General para la Reconstrucción de Moscú. Una y otra vez se señalaba la interrelación total de esos grandes proyectos: metro, Palacio de los Soviets, canal de Moscú. En una declaración del primer director del Dmitlag, Lázar Kogan, el canal fue presentado como un «proyecto gemelo» del metro.[10] Por el canal debían transportarse cada año quince millones de toneladas de carga: cereales, pescado, carbón, petróleo, materiales de construcción y hierro hacia todos los puntos cardinales del país.[11] Con ello se había creado una conexión directa con el río Volga, de modo que ya no se dependía sólo del Oka. A partir de entonces, a través de los distintos sistemas de canales, Moscú quedaría conectada con todo el país: sobre el sistema de canales del Santa María, con Leningrado, el mar Báltico y el mar Blanco; a través del canal del Volga, con el mar Caspio, y a través del Don, con el mar de Azov y el mar Negro.[12]

La construcción del canal del Volga y el Moscova tenía un precedente: el canal que unía el mar Báltico con el mar Blanco, el primer proyecto de construcción de canales y el mayor proyecto constructivo del Primer Plan Quinquenal. La construcción de ese primer canal no sólo había generado polémica en lo que se refería a su utilidad económica y estratégica, sino que se grabó en las conciencias de los contemporáneos como un laboratorio humano y tecnológico singular y monstruoso: no se trataba solamente de la obra constructiva, sino de la «rehabilitación» del hombre (*perekovka*) a través del trabajo, o mejor dicho: de centenares de miles de presos por medio del trabajo forzado. A lo largo de la vía del canal entre el lago Onega y Belomórsk, junto al mar Blanco, había

una zona de campos de trabajo, todo un universo de barracas que tenía su centro administrativo en Medviezhiegorsk, desde donde se dirigía el empleo de los presos. En octubre de 1932 había allí trabajando ciento veinticinco mil prisioneros, los cuales debían construir, bajo condiciones inenarrables, un canal con un total de doscientos veintisiete kilómetros, con sus esclusas, sus puertos, sus puentes, y todo mediante las excavaciones y a través de piedras y pantanos de Carelia. La mortalidad, por ejemplo, en el año 1933—8870 personas—estaba en un 10,56%. Durante la construcción de ese primer canal se ensayaron nuevas formas organizativas, modos de trabajo, prácticas de alimentación y de explotación que incluían en su cálculo la muerte de decenas de miles de personas a causa del trabajo y el agotamiento y que harían escuela en los siguientes grandes proyectos del Gulag. Célebre—tristemente célebre—se hizo la construcción del canal gracias sobre todo al libro que un grupo de prominentes escritores soviéticos presentó en el año 1934 a modo de reportaje colectivo sobre la terminación de la obra. El trabajo esclavo fue celebrado en dicho libro como una forma de resocialización, como un «camino hacia la vida». También en ese sentido, el Dmitlag retoma la herencia del Belbaltlag, y el canal del Volga y el Moscova la herencia del canal Belomor.[13]

En muchos sentidos, el segundo es la continuación directa del primer canal construido. Del trazado del canal Belomor se trasladaron barracas y herramientas de trabajo tales como carretillas, soportes, grúas y hormigoneras a la nueva vía fluvial. El personal directivo que había hecho méritos en Carelia y que había sido condecorado con órdenes, etcétera, asumió la dirección del nuevo proyecto constructivo. Pero sobre todo se envió desde Carelia, a la nueva vía fluvial, a personas, fuerza de trabajo y prisioneros que aún no habían cumplido sus condenas o que habían sido condenados a más penas. A medida que la zona de campos de trabajo junto al canal de Belomor se fue vaciando, se fue incrementando la

población penitenciaria en el campo de la nueva vía fluvial, como si se tratase de un sistema de vasos comunicantes. ¡Se trataba de una imponente transferencia de *know-how* organizativo y de *manpower*! El mismo procedimiento se repitió al final de las labores de construcción del canal del Volga y el Moscova, cuando en el otoño de 1936 se envió a prisioneros y a trabajadores libres al Volga, por ejemplo, para la construcción de la central eléctrica de Kúibyschev.

Las cifras de prisioneros en el Dmitlag muestran la siguiente evolución: en 1932: 10 400; en 1933: 51 502; en 1934: 156 319; en 1935: 188 792; en 1936: 192 034; en 1937: 146 920, y en 1938: 16 068.[14]

Cuando en abril de 1933 se inundaron las esclusas del canal de Belomor ya se habían creado en la nueva obra constructiva las primeras premisas organizativas para el nuevo proyecto. En un principio, la dirección estaba en manos del Comisariado del Pueblo para los Recursos Hidráulicos (Narkomvod), pero a partir del primero de junio 1932 esa dirección pasó a manos del Directorio Político del Estado (OGPU). Ésa fue una fecha crucial. La gestión del canal del Volga y el Moscova había sido trasladada de Moscú a Dmítrov, una antigua ciudad de provincias situada en la ruta del futuro canal, y que a partir de entonces se convertiría en la capital del complejo de campos llamado Dmitlag (aunque primero tendría otros nombres, como Dmítrovlag, DLAG, DITL). Los antiguos jefes de la construcción del canal de Belomor, Lázar Kogan, Yákov Rapoport, Naftali Frenkel, Aleksandr Friedman, Semión Firin y otros, también habían sido trasladados de Medvezhiegorsk a Dmítrov, junto a la ruta del futuro canal.[15] Se trajo fuerza de trabajo de todas partes: de los campos de trabajos forzados de Carelia, Asia Central y Sarátov; de Solovkí se trajo al experimentado personal de seguridad, y del campo junto al Svir, los perros guardianes. El Dmitlag creció tan rápidamente que la dirección perdió la visión de conjunto sobre las cifras de prisioneros, y tuvo que introducir un día

de recuento para tener una idea de las fuerzas disponibles, lo que sucedió durante la víspera de Año Nuevo, la noche del 31 de diciembre de 1932 al primero de enero 1933.[16]

El canal del Volga y el Moscova era una obra superlativa. La vía tenía 128 kilómetros de largo. El canal, como el de Belomor, servía ciertamente para unir los lechos de los ríos y lagos existentes a lo largo de su ruta, pero nada se podía emprender sin hacer masivas intervenciones en la naturaleza, ya que era preciso superar varias diferencias de altura entre el Volga y el Moscova a través de un sistema de presas, esclusas y estaciones de bombeo. Había que realizar grandes movimientos de tierra: de los 128 kilómetros, 108 eran vías fluviales artificiales de 85,5 metros de ancho y 5,5 metros de profundidad. En comparación, el canal de Belomor, si bien de 225 kilómetros de largo, tenía 5,5 metros de profundidad y 19 esclusas, pero sólo necesitó movimientos de tierra de 21 millones de metros cúbicos y obras de hormigonamiento de 400 000 metros cúbicos. El canal del Volga y el Moscova, con sus ciento veintiocho metros de largo, requería movimientos de tierra de 200 millones de metros cúbicos y tres millones de metros cúbicos de hormigón. Para otro gran proyecto de la época heroica de la industrialización—el Dneprogués, la represa del río Dniéper—se había necesitado un millón de metros cúbicos en labores de hormigonado.

Si se la compara con otras obras a nivel internacional, el canal del Volga y el Moscova también destaca con creces: en la construcción de los 80 kilómetros de longitud del canal de Panamá se habían necesitado movimientos de tierra de 160 millones de metros cúbicos y se emplearon 3,8 millones de metros cúbicos de hormigón. Además, los canales de Suez y de Panamá—según planteaban los ingenieros soviéticos—habían sido mucho más fáciles desde el punto de vista hidrogeológico.[17]

Entre los ríos Volga y Moscova había un gran número de

elevaciones y depresiones del terreno. La vía asciende hasta la estación de Iksha, continúa luego hasta Jlébnikovo y después desciende de nuevo hasta Moscú. En su punto más alto la ruta discurre a lo largo de treinta y ocho kilómetros sobre el nivel de agua del Volga. Para llevar el agua a ese nivel se construyeron cinco estaciones de bombeo, cada una de las cuales elevaba el agua unos ocho metros.[18]

El canal también tenía la función de suministrar agua. Por lo tanto, había que construir un canal de abastecimiento de agua de veintiocho kilómetros de longitud, de los cuales, nueve metros discurrían bajo tierra. El canal de abastecimiento de agua se llevó a cabo mediante dos líneas paralelas, de modo que una de ellas siempre pudiera ser desconectada y cerrada para su limpieza. En la ruta del canal se hicieron más de doscientas nuevas construcciones que, como el canal mismo, se levantaron en un tiempo récord; las más importantes eran también grandes obras: once represas de hormigón armado, ocho represas hechas a partir de movimientos de tierra, siete embalses, seis conducciones de agua subterráneas, cinco estaciones de bombeo con bombas de hélice (las más grandes estaciones de bombeo del mundo), ocho centrales hidroeléctricas que suministraban energía eléctrica adicional a la capital, siete puentes de hormigón armado—muchos eran obras de ingeniería técnicamente muy complicadas—, así como asentamientos y edificios de viviendas para los trabajadores del canal.[19] La trayectoria del canal tiene que haber sido una obra de construcción gigantesca. El canal debía estar terminado, originalmente, a finales de 1934. Y aunque el plan no pudo cumplirse, la realización de las labores constructivas se fue llevando a cabo, visto en retrospectiva, en una rápida sucesión.

Las obras comenzaron en septiembre de 1932, después de que, el 15 de junio de 1931, el Pleno del Comité Central, tras la conferencia de Kaganóvich, tomara aquel «histórico acuerdo» sobre la construcción del canal. El 10 de julio

de 1935 se acordó el Plan General para la Reconstrucción de Moscú. El 9 de septiembre de 1935 se publicó el acuerdo del Sovnarkom sobre el estado de las labores en la construcción del canal. El 23 de marzo de 1937 se iniciaron las labores de embalse del Volga en la nueva represa. El 17 de abril ya estaba inundado todo el canal. El 22 de abril de 1937 Stalin, Voroshílov, Mólotov y Yezhov emprendieron un viaje por el mismo, y el Primero de mayo de 1937 se pusieron en funcionamiento los ocho muelles de atraque. Con fecha de primero de junio de 1937 se puso en funcionamiento el edificio portuario de Jimki. El 5 de julio de 1937 un acuerdo del Sovnarkom determinó la conclusión de las labores de construcción del canal. El 14 de julio un decreto del Gobierno soviético concedió la libertad a cincuenta y cinco mil prisioneros del Dmitlag como trabajadores estajanovistas, y otros recibieron órdenes, distinciones y regalos. El 15 de julio, los llamados «soldados del canal» (*kanaloarméitsy*) informaron al Gobierno, al Partido, a todo el país y al «líder de los pueblos» de que el canal estaba terminado. Y ese mismo día se abría el tráfico para el transporte regular de pasajeros y de carga.[20]

UN CANAL COMO OBRA DE ARTE TOTAL: LA ESTÉTICA DE LA ARQUITECTURA FLUVIAL

Pero este canal no era como otro cualquiera. En un libro sobre el diseño arquitectónico del canal se decía:

El canal del Volga y el Moscova es una auténtica obra de arte de nuestra gran y heroica época estalinista; es la clara expresión de un imponente auge creativo y cultural en nuestro país. Este canal, como eslabón más importante del Plan de Stalin para la Reconstrucción de las Vías Acuáticas del país soviético, enriquece nuestra capital con grandes paisajes fluviales, nuevos parques, estadios, y junto con sus formas arquitectónicas, con su fuerza

expresiva ideal y artística, refleja la grandeza y el carácter heroico de nuestra época.[21]

El significado que se otorgaba en la URSS al proyecto del canal se expresaba también en el hecho de que a la Exposición Universal de París de mayo de 1937 se envió un gran mapa iluminado en relieve del proyecto. Lo particular y único de su trabajo, a los ojos de los jefes de obras, los arquitectos y los ingenieros, era crear un conjunto en el que estuvieran pensados todos los aspectos de un gran proyecto de tal envergadura y que se solucionara de la manera óptima. El canal, a sus ojos, era una obra de arte total de la arquitectura, la tecnología, la ingeniería, la hidrotecnología y la paisajística. Y todo ello bajo la presión de terminarlo en el plazo más breve: para el año en que celebraba el vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre. A los ingenieros y a los arquitectos les interesaba no sólo la funcionalidad, sino algo más: la belleza, el vínculo entre arte y vida. En esa obra constructiva debía notarse que en su realización había participado todo el pueblo soviético: por eso habían venido obreros desde Kramatorsk, desde Krivói Rog o desde Leningrado; de ahí que los materiales provinieran de los Urales, del Donbáss y de Siberia. Se debía demostrar que la construcción había sido posible con las propias fuerzas, es decir, exclusivamente con la «tecnología de la patria». Se trataba nada menos que de la transformación de un gran territorio en un paisaje de nuevo tipo hecho por el hombre, de la armónica combinación entre la tecnología, el transporte y el tráfico de pasajeros en un gran parque paisajístico, y todo muy cerca de la capital del país, en un lugar inigualable para la construcción de dachas. Las más de doscientas grandes obras constructivas—esclusas, represas, diques, edificios administrativos—debían, en lo posible, ser reconocibles como conjunto por una idea, un estilo, un diseño corporativo. Nunca antes había existido un conjunto estéticamente tan ambicioso de tal extensión: ciento veintiocho

kilómetros.[22] Al igual que durante la construcción del metro moscovita, se debían formular líneas estéticas comunes, a fin de garantizar esa unidad.

El objetivo declarado de combinar belleza y funcionalidad, de desarrollar un «realismo socialista» también en el terreno de la construcción, iba de la mano con el adiós al funcionalismo puro de la arquitectura industrial, tal y como había sido cultivado por el constructivismo dominante todavía a principios de la década de 1930, pero con una crítica a la recaída en el eclecticismo: «Debemos llevar adelante una lucha tanto contra el funcionalismo, esos juegos formalistas, como contra el eclecticismo».[23] Por tal razón hubo una gran unidad y cohesión estética en los proyectos de las edificaciones fundamentales. Las esclusas constituyen impresionantes obras arquitectónicas no solamente por su función, por la capacidad de sus cámaras, por el tamaño o el movimiento de las compuertas; ello queda subrayado también por el diseño de las construcciones de la entrada y por las torres que albergan la maquinaria, por toda la tecnología de funcionamiento y manejo. Su disposición por pares, en algunos casos en una escala sucesiva—sobre todo cuando hay dos o tres cámaras de esclusas que se suceden una encima de la otra—, genera, gracias a su ritmo, una creciente impresión de monumentalidad. Desde esas torres, con sus balcones y sus balaustradas, el comandante de la esclusa tiene una vista panorámica de todo lo que ocurre, como desde el puente de mando de un barco. Pero también para los pasajeros que viajan en ese barco el recorrido se hace interesante: pueden leer la historia en las obras del canal, con sus frescos y sus relieves; en la mayoría de los casos, la historia de la propia construcción del canal. Las superficies de las construcciones están diseñadas de forma individual—con columnas, pilastras, relieves—y realizadas con materiales distintos: granito, mármol, labradorita, diorita. Hay esculturas ornamentales y estatuas que han sido colocadas estratégicamente. Un motivo recu-

rrente es una maqueta de la carabela *Santa María* del almirante Cristóbal Colón, que reaparece una y otra vez entre las torres de las entradas norte y sur del canal. También la pareja esculpida por Serguéi Merkúrov, con las estatuas monumentales de Lenin y Stalin—ambas de unos treinta metros de altura—, las cuales, rodeadas de parques, flanquean la entrada en el canal y subrayan la unidad del conjunto.[24] Los arquitectos apostaron por el efecto causado por la escala de sus obras y atendieron para ello hasta el detalle más mínimo. De la arquitectura del canal formaban parte también la arquitectura paisajística, las avenidas, los paseos y declives del canal, el diseño unitario para las instalaciones, el diseño de las farolas y los bancos.

Entre los arquitectos del conjunto del canal no sólo había algunos destacados maestros de la vieja escuela, sino también arquitectos pertenecientes a la generación más joven, como Aleksandr Pasternak, Alekséi Rujliadiev o Vladímir Krinski, que habían pasado por la escuela del constructivismo. También Víktor Vesnín estuvo presente en varios puntos de la obra del canal. Eran hombres totalmente familiarizados con los debates técnico-estéticos de su época, y desarrollaron el estilo del conjunto en confrontación con el desarrollo arquitectónico internacional. Por eso se desechó la falta de consideración de Le Corbusier por los ríos y se acentuó precisamente la eficacia del Moscova como eje de tráfico urbano y como espacio estético. Vemos, así, cómo uno de los puntos de referencia utilizados es la arquitectura industrial de un Peter Behrens o la de las fábricas Fiat en Turín, al tiempo que se analizaban construcciones portuarias contemporáneas como la nueva terminal de ultramar en el puerto de Génova o las casas de cultura para marinos que se construían en los Países Bajos. Todo ello desempeñó un papel en el despliegue de un registro arquitectónico-estético a la hora de diseñar un nuevo «paisaje específicamente soviético». Esos arquitectos consiguieron, con ello, asombrosas

síntesis en las que confluían la armonía con la naturaleza y la dinámica de los nuevos tiempos, donde éstas se cruzaban literalmente. Éste fue, por ejemplo, el caso de una esclusa donde se cruzan la vía acuática, el ferrocarril y una autovía. O también el caso del punto en el que el canal cruza la carretera hacia Volokolamsk, que se sitúa por debajo de las aguas del canal a través de un espacioso túnel; o el sitio donde la línea del ferrocarril hacia Kalinin cruza el canal a través de un puente.[25] En algunas fotos o carteles aparece en la imagen, muy acorde con el espíritu de la época, un avión, de modo que el universo del transporte y de la comunicación queda sintetizado en un punto concreto. Y no cabe duda de que la fascinación que ejerció esta gran obra constructiva entre sus contemporáneos radica también en el hecho de que era un manifiesto de la «conectividad», de la ramificación en red y de la síntesis de un país que se iba extendiendo y—tal vez—también separando en todas direcciones. Un símbolo no sólo de que es posible mover montañas, sino también de que es posible conectar y cohesionar un país gigantesco para dar lugar a un organismo global.

Los viajes por el canal comienzan o terminan, por regla general, en el edificio de recepción del puerto en Jimki, diseñado por Alekséi Rújliadiev. En su transparencia y su sencilla claridad, en su casi exagerada *italianità*, representa el rasgo utópico de una Arcadia, algo que es típico de todo el proyecto. Se encuentra ubicado a quince kilómetros del centro de la ciudad, y se llega a él a través de la avenida de Leningrado; está emplazado exactamente a orillas de la represa de Jimki, uno de los mayores lagos artificiales a lo largo del canal. Se extiende en una longitud de ciento cincuenta metros a lo largo de la orilla de la presa y, con su torre de setenta y cinco metros de alto, coronada por una estrella, resalta una vertical que puede reconocerse desde lejos como un punto de llegada. La horizontalidad y la verticalidad juegan con la superficie del agua de ese paisaje fluvial y con la función del

puerto. Desde el punto de vista de la historia arquitectónica, es la primera terminal portuaria fluvial de la URSS provista de esculturas, frescos y amplios interiores, un edificio modelo para otras edificaciones de este tipo en los años venideros. Unas amplias escalinatas conducen abajo, al muelle, y un paseo adornado con esculturas lleva arriba, hasta la avenida de Leningrado. El alargado edificio de dos plantas, muy parecido al cuerpo de un buque, se abre hacia el exterior con galerías adornadas con columnas y arcadas. La sección norte representa el norte de Rusia (con un oso polar de mármol) y el ala sur representa el sur de la URSS (con una fuente con delfines). En el interior, tanto el vestíbulo, como la sala de espera y el restaurante muestran un carácter funcional, pero al mismo tiempo transmiten una agradable atmósfera de retiro y descanso que recuerdan en parte a un sanatorio. Ofrece sitio para cuatrocientas treinta personas. El salón principal es el vestíbulo central, adornado con símbolos de la URSS, la hoz y el martillo, las espigas, el escudo de las repúblicas soviéticas. Allí también se yergue una estatua de Stalin. Desde el vestíbulo, la mirada recae sobre las alas laterales, sobre el restaurante y la sala de espera, y se extiende hasta las fuentes, ubicadas en dos rotondas al final de cada una de las dos secciones. Todo se abre hacia el exterior, es sencillo y claro, e invita a pasear antes de la partida. Las paredes del restaurante son de mármol artificial, y están ornamentadas con cuadros y mosaicos que representan al acorazado *Aurora*, al rompehielos *Krasin* y, una vez más, a la carabela de Cristóbal Colón como símbolo de la navegación en general.[26] El edificio de la terminal portuaria está insertado en un parque del que forma parte también el complejo de piscinas Dynamo. Concebido para dos mil visitantes, es, con sus gradas de hormigón armado y sus atracaderos para yates, una de las instalaciones más interesantes de una modernidad clásica tardía, con sus líneas claras, algo que atrajo una y otra vez a los fotógrafos de aquellos años.

En los terrenos de las instalaciones deportivas encontramos por todas partes frescos y relieves, esculturas que representan a pilotos, trabajadores estajanovistas, chekistas, constructores del canal, obreros, campesinos koljosianos o deportistas.[27] La terminal portuaria de Rújliadiev constituye un homenaje a una ciudad junto al mar. El cine soviético de la época lo entendió de inmediato. En más de una película se mencionaba el viaje a través del canal hacia una alegre regata veraniega y el puerto de Jimki como el marco esplendorosamente blanco de un final feliz.

EL DMITLAG: EL ARCHIPIÉLAGO GULAG A LAS PUERTAS DE LA CAPITAL. LA SOCIEDAD PARALELA EN LA ZONA DE LOS CAMPOS

Este paisaje fantástico surgió en su mayor parte gracias al trabajo esclavo de los internados en el Dmitlag. Con la orden número 889/s de la OGPU, del 14 de septiembre de 1932, se inició la creación del campo de trabajo y la ocupación del complejo.[28]

El centro del complejo de campos lo conformaba la antigua ciudad rusa de Dmítrov, situada al norte de Moscú. La sede de la dirección del *stroi* del Volga y el Moscova fue el edificio del monasterio de los Santos Borís y Gleb y el antiguo seminario que formaba parte de él. El museo ubicado en el monasterio fue evacuado. Desde todas partes llegaban los prisioneros provenientes de otros campos, así como las personas puestas en libertad que deseaban regresar a Moscú, pero que no tenían autorización para hacerlo, ya que la región de la Gran Moscú estaba prohibida para ellas. Sin embargo, Dmítrov, situada a tan sólo sesenta kilómetros de la capital, era la única excepción. Algunos antiguos moscovitas que deseaban regresar a su ciudad intentaban llegar a Dmítrov, desde donde les resultaba más fácil retomar el contacto con sus familiares, sus empresas y sus institutos.[29]

Las cifras se fueron incrementando de manera explosiva y alcanzaron un máximo en el año 1936. Todas las colonias a lo largo del trazado del canal llevaban la marca de una ciudad improvisada y provisional, de una *Instant City* cuya existencia estaba sólo condicionada por la construcción del canal. Aquélla fue una forma ciertamente extrema, aunque característica, de la creación de ciudades en tiempos de una industrialización forzosa: ciudades que eran sólo apéndices de sus polígonos industriales e inmensos asentamientos urbanos, como suburbios enteros de barracas para los obreros que llegaban desde todos los puntos del país y para los hombres condenados a trabajos forzados que eran enviados a esos lugares.

Los prisioneros prácticamente quedaban a merced de un terreno hostil, y tenían que arreglárselas sin alojamiento, sin comida y sin ninguna infraestructura o equipamiento técnico, por lo que levantaban sus alojamientos literalmente desde cero. Las condiciones de trabajo eran increíblemente duras, y de ello nos da fe la orden del comandante Semión Firin para que se iniciaran los trabajos en el exterior con temperaturas de treinta grados bajo cero. Las raciones de alimentos ni siquiera eran suficientes para unas condiciones normales de trabajo: doscientos gramos de sémola, doscientos gramos de macarrones, cien gramos de aceite vegetal por cabeza y mes. Las raciones aumentaban en caso de que se sobrecumpliera el plan. Se trabajaba sin comida al mediodía, había que cumplir una norma diaria, aun cuando era imposible de cumplir para muchos de los que no estaban acostumbrados al trabajo físico. Los obreros trabajaban metidos en el agua y el lodo, sin posibilidades de calentarse o de secar sus ropas. Muchos huían a causa del hambre, intentaban alimentarse de bayas, de setas y de restos de comida. Muchos se autointoxicaron.[10] Se producían repetidos amotinamientos, violaciones de la disciplina del campo, pequeños sabotajes y asaltos a la administración del campo o a los guardias y a los familiares del perso-

nal de ingeniería, con las correspondientes sanciones disciplinarias, incluidas las ejecuciones; vemos, por ejemplo, que el 13 de abril de 1934 fueron ejecutados once prisioneros.[31] En repetidas ocasiones, secciones enteras eran trasladadas a otros campos. Muchos hombres eran asesinados cuando intentaban fugarse. La mortalidad fue bastante elevada, sobre todo en los primeros años. En 1933, por ejemplo, alcanzó la cifra de 8873 muertos; en 1934, 6041; en 1935, 4349; en 1936, 2472; en 1937, 1068, y en 1938, 39. En total, entre el 14 de septiembre de 1932 y el 31 de enero de 1938 murieron en el Dmitlag 22 842 personas.[32]

La población de la zona de los campos—en su momento de mayor auge de casi 200 000 personas—venía de todas partes, de otros campos situados en el norte de Siberia, de Kazajistán. Un primer contingente de «soldados del canal» había llegado hacia finales de 1932 y principios de 1933 junto con el «capital muerto» (las barracas, las palas, los azadones y las excavadoras) y con los dirigentes de los campos del canal de Belomor. Se trataba de una «sociedad mixta». Había allí, a pie de obra, representantes de cuarenta y seis nacionalidades. La inmensa mayoría eran prisioneros, pero también voluntarios de todos los rincones de la URSS. Lo más frecuente era encontrar en el Dmitlag a presos que habían sido condenados de conformidad con los artículos 35, 72, 73, 79, 82, 83, 107, 109, 165-170, 217 y 230 del Código Penal, los cuales contemplaban delitos contra la propiedad y la economía, «violación de la separación entre la Iglesia y el Estado», «especulación», fugas de centros penitenciarios, abusos de poder en el cargo o posesión de armas. Muchos habían llegado al Dmitlag después de haber sido condenados tras el decreto del Comité Ejecutivo Central y del Consejo Superior Económico de la URSS del 7 de agosto de 1932, «Sobre la protección de la propiedad de las empresas estatales, colectivas y cooperativas y la consolidación de la propiedad socialista». Dicho decreto preveía la pena máxi-

ma por fusilamiento y, en circunstancias atenuantes, hasta diez años de reclusión. También había en el Dmitlag condenados en conformidad con los artículos 58 y 59, es decir, presos «políticos».[33] Y como en la obra no sólo había prisioneros, trabajaban a lo largo de la ruta del canal, codo con codo, prisioneros de los campos y trabajadores libres que se habían establecido en la zona del canal o que se trasladaban cada día desde Moscú, de modo que surgió un mundo intermedio muy particular, basado en la coexistencia y en la cooperación.

Todo giraba en torno al cumplimiento de la tarea de terminar el canal en el plazo más breve posible, originalmente hacia finales de 1934. Tras las labores de prospección y estudio, se comenzó a trabajar simultáneamente en las distintas etapas de la construcción. Toda la ruta del canal estaba dividida en catorce distritos administrativos (*raióny*), y las regiones, por su parte, se dividían en fases constructivas (*uchastki*).

Los prisioneros producían ellos mismos casi todo lo que necesitaban para vivir y trabajar: no sólo construían el canal, sino que realizaban la extracción de turba (combustible), cortaban madera (material de construcción, combustible), levantaban aserraderos, fábricas de ladrillos, fábricas de cemento, talleres de reparación y otras fábricas. La zona se extendía hasta los límites de la ciudad de Moscú, e incluía también la construcción de carreteras (como la de Moscú-Mozhaisk-Minsk). Al centro administrativo de la zona de campos—Dmítrov—podía llegarse en tren desde Moscú. Los trabajadores libres y los especialistas iban y venían entre Moscú y Dmítrov, y para un grupo de especialistas—planificadores, ingenieros, arquitectos, dibujantes y organizadores—se había construido en Dmítrov un sector especial con viviendas propias, mientras que para el personal directivo del NKVD se había erigido un complejo residencial en los números 77-85 de la moscovita calle Meshjanskaia.

Aunque en ésta, la mayor obra constructiva del Segundo Plan Quinquenal, se hizo un despliegue tecnológico desconocido hasta entonces en la Unión Soviética—unas 200 excavadoras, 1800 coches, 172 locomotoras, 2000 vagones, 300 tractores—, y aunque en los terrenos se instalaron 650 kilómetros de vías férreas y la obra recibía el abastecimiento de todo el país en cuanto a excavadoras, grúas, etcétera, la mayor parte del trabajo era manual, sobre todo en la fase inicial, cuando lo principal eran los movimientos de tierra. Sólo en las excavaciones realizadas en las proximidades del pueblo de Jlébnikovo, por esa época, se excavaron dos millones de metros cúbicos de tierra con palas y paletas. Había tanto personal en la obra encargado de transportar la tierra en carretillas o en sacos que fue necesario regular el tráfico:[34]

Todos los movimientos de tierra en el canal se realizaron a mano. La tierra era sacada de las excavaciones por los obreros, y también se empleaban carretillas. Desde las colinas de Yájroma, la vía del canal recordaba un gigantesco hormiguero que se extendía infinitamente hacia todas partes. Por las noches el hormiguero quedaba iluminado por las luces de numerosos reflectores. Y así era desde el Volga hasta Moscú. Una imagen inconcebible. No había escasez de mano de obra. El Gulag la proporcionaba de manera incesante e ilimitada. Puede decirse, sin exagerar, que el canal de Moscú fue erigido sobre las piernas de los prisioneros. Todavía tendrían que pasar varios años para que el canal, ya lleno de agua, se convirtiera en la última línea defensiva de la gran batalla por Moscú.[35]

Los comandantes de las distintas secciones del campo competían por elevar el rendimiento, es decir, competían para ver cuál de ellos explotaba mejor el trabajo esclavo. Constantemente se organizaban nuevas campañas de emulación en el trabajo de choque y en el de los obreros estajanovistas. Quienes peor lo pasaban eran los intelectuales, que no estaban acostumbrados al trabajo físico. Muchos prisioneros, exhaustos por el trabajo, cayeron junto con

las vigas en las fosas excavadas y quedaron sepultados bajo toneladas de hormigón; algunos enfermos terminales fueron enterrados vivos, porque era necesario dejar plazas libres en el hospital para los que aún estaban en condiciones de trabajar. Ni siquiera se registraba la causa de la muerte. Todos los días partían sepultureros con cadáveres desde Dmítrov, Yájroma, Orev, Dedenevo e Iksha. Se excavaron fosas comunes en los bosques y en los pantanos de los alrededores. A veces los muertos eran enterrados en los cementerios locales. En invierno, los cadáveres se apilaban y se cubrían de arena para enterrarlos en primavera, cuando el suelo se descongelara de nuevo.[36]

Dmítrov fue la capital de ese reino del trabajo forzado, «un centro singular, en cierto sentido en competencia con la propia Moscú». En Dmítrov se encontraba todo el aparato administrativo de la dirección para la construcción del canal. Los especialistas tenían sus viviendas en pequeñas ciudades para ingenieros. Para la dirección de la obra y los obreros libres había una excelente cantina, un club, un estadio y hospitales, es decir, la infraestructura de una ciudad trabajadora y eficaz. El número de trenes de cercanías se incrementó debido al aumento de desplazamientos de un lado a otro. En los trenes de fin de semana, según un testigo, la atmósfera era por lo general muy divertida. Desde la dirección de la obra hasta la estación había incluso una carretera asfaltada. El sábado, todos los moscovitas acudían en tropel, con sus cosas, hacia la estación. Fue, según la información aportada por un trabajador libre, la única fase de la historia de Moscú en la que la longaniza no se traía de esta capital, sino que se llevaba hacia allí: «Dmítrov se había convertido en un bullicioso centro». Durante la hora de la comida, la cantina de Dmítrov se convertía en el punto de encuentro central, donde la gente quedaba e intercambiaba los chismes del día. También en la plaza cubierta de flores había un club muy bien equipado, donde entre las cuatro

y las ocho, durante el cambio de turno, se mostraban nuevas películas, a menudo mucho antes que en los cines de la propia Moscú.[37]

Dmitlag era una sociedad *en miniature*. Tenía su capital, su centro y sus límites, su elite y sus parias, sus especialistas y su gente común y corriente. Se mantenía cohesionada mediante la presión de acabar el proyecto en el plazo previsto. Para ello fueron transferidos masivamente los más destacados expertos en la construcción del canal de Belomor a la aún nueva organización del trabajo forzoso. En mayo de 1932 se nombró director del proyecto constructivo a Lázar Kogan, que en junio de 1932 fue sustituido por Matvéi Berman.[38] Con ellos llegaron otras personas, personal directivo del canal de Belomor, gente de probada experiencia. El 23 de septiembre de 1933, Semión Firin pasa a ser el director del Dmitlag, y el 3 de diciembre de 1933 se nombra a Serguéi Zhuk ingeniero principal de la obra.[39] Serán especialmente Firin y Shuk los que dejarán su impronta en el trazado del canal hasta su terminación. Y es ese núcleo dirigente el que construye la administración del campo, la cual era necesaria para la coordinación de todo el mecanismo. Para ello resultaba imprescindible una organización del trabajo, una administración y un aparato de distribución y de castigo, es decir, un gobierno del campo.

El canal sólo podía construirse con conocimientos y personal especializado. A la cabeza de los cuadros directivos y técnicos estaban destacados especialistas, como el ingeniero principal Shuk, quien había adquirido gran experiencia en la construcción de centrales hidroeléctricas; más tarde se convertiría en miembro de la Academia y sería el director del proyecto Gidro. Su segundo al mando era el profesor Vladímir Zhurin, antiguo director del Instituto Científico de Hidroeconomía en Taskent, quien sería posteriormente condenado como «contrarrevolucionario», de acuerdo con el artículo 58 del Código Penal. Otra persona con gran capaci-

dad era el profesor Nikolái Nekrásov, uno de los líderes del Partido de los Cadetes, diputado a la Duma estatal y posteriormente ministro y primer ministro sustituto del Gobierno Provisional, así como gobernador general de Finlandia. Él no había emigrado, y más tarde fue arrestado, si bien posteriormente, por recomendación de Lenin, fue nombrado director de la Asociación de las Cooperativas de Consumo; en 1930, sin embargo, fue arrestado de nuevo. Nekrásov fue uno de los proyectistas del canal de Belomor, y cuando acabó la construcción del canal del Volga y el Moscova fue condecorado con la Orden del Trabajo «Bandera Roja» y nombrado director de los trabajos en el Volgastroi, en la región de Kaliazin. En 1940 fue fusilado. El arquitecto jefe de la construcción del canal era Iósif Fridland, graduado de la Escuela Técnica Superior Bauman de Moscú y pariente de Yagoda. Ya había dirigido una serie de proyectos. Fue fusilado en Moscú el 20 de junio de 1937.[40]

Las labores de ingeniería y de arquitectura en la construcción del canal estaban en manos de destacados y conocidos arquitectos moscovitas, como Gueorgui Wegman, Aleksandr Pasternak o Víktor Vesnín.

El estudio central de arquitectos, emplazado en Dmítrov, lo dirigía Piotr Kósyrev. Provenía de una familia aristocrática, y más tarde se quedó como voluntario en la obra del Dmitlag. En el «Grupo Kosírev», como se le conocía, trabajaban también Yekaterina Zagriázhskaia, el joven arquitecto Yuri Yanzhul y muchos otros de los «de antaño»: gobernadores, oficiales, aristócratas y profesores de cuya alta cualificación dependía el proyecto. El Dmitlag se tragó a ingenieros, electricistas, arquitectos, hidrogeólogos y especialistas en extracción de turba que habían vivido largo tiempo en el extranjero. El piloto Aleksandr Raievski, que trabajaba en el laboratorio fotográfico de Dmítrov y que fue fusilado en 1937, había empezado en Francia con el pionero de la aviación Louis Blériot. Otro hombre de gran capacidad en

el terreno de la radioelectrónica era, por ejemplo, Leopold Eichenwald, que había nacido en 1877 en Mitau (actual Jelgara, en Letonia) y se había formado en Francia y Bélgica; en 1930 fue arrestado y condenado a muerte por fusilamiento. Su pena fue conmutada y sustituida por otra de diez años de trabajos en un campo de reeducación. Gracias a sus méritos, fue liberado en 1937 y obtuvo un puesto de trabajo en el aparato de montaje de las centrales eléctricas del canal del Volga y el Moscova. Allí fue arrestado el 16 de enero de 1938 acusado de «espionaje y agitación».[41]

Desde 1918 vivía en Dmítrov Piotr Kropotkin (1842-1921), el geógrafo y teórico del anarquismo, a la sazón retornado del exilio. En la misma casa en la que había vivido Kropotkin fue arrestado en 1937, «como sobrino del príncipe y anarquista Kropotkin», Nikolái Polivánov, que trabajaba en el canal, y más tarde sería fusilado en Bútovo el 8 de diciembre de 1937.[42] Los llamados hombres «de antaño», es decir, los miembros de la elite prerrevolucionaria, como Alexander von Sibert, Mijaíl Moguilianski o el arquitecto de San Petersburgo, nacido en Suecia, Erich Gustavson, formaban otro grupo específico dentro del mundo del campo.[43]

Lo que ocurría en Dmítrov no tenía lugar en un sitio oscuro y apartado. Moscú estaba rodeado por una gran cantidad de campos de internamiento y sus filiales, muchos de los cuales trabajaban para fábricas y obras de la capital (como, por ejemplo, los aeródromos de Podolsk y de Túshino, el estadio Dynamo, el puerto del sur). Como objeto de ostentación de los méritos del Segundo Plan Quinquenal, la construcción del canal estaba en el centro del interés público y de la información de los periódicos. Había un animado tráfico oscilante de trabajadores libres, de personal administrativo y de guardia entre las autoridades y los Comisariados del Pueblo. Más aún: todas las figuras relevantes de Moscú acudían en masa a la zona del canal, la cual, por sí misma—sobre todo hacia el final de las labores de cons-

trucción—, pasó a ser una atracción, porque allí podía verse el proceso de reeducación y «rehabilitación» del hombre:

En este verano del año 1936 la atención de todo el país se centró en las obras del canal. En ese sentido han sido muchas las visitas de personalidades famosas. Allí han acudido la actriz de cine Liubov Orlova, el explorador polar Otto J. Schmidt, el piloto Mijaíl Vodopiánov, el escritor Alekséi Tolstói y muchos otros. Dmítrov se convirtió en un curioso centro de atracción para la elite soviética.[44]

«PEREKOVKA» O «REHABILITACIÓN»: LABORATORIO DEL HOMBRE NUEVO

En un encuentro de trabajadores y trabajadoras de las llamadas «obras de choque» celebrado el 8 de marzo de 1934 en Dmítrov, se decía lo siguiente en un discurso de carácter programático:

Nosotros, los chekistas, partimos de la idea de que no hay persona que no sea perfectible. [...] Es preciso partir de la idea de que los hombres con los que tenemos que vérnoslas no son personas comunes y corrientes. Son personas que han vivido graves experiencias vitales, gente que creció y se educó en la calle o en algún entorno antisoviético. Sin llegar a ofenderlas, es preciso ir donde ellas, ayudarles a tomar el camino de la «rehabilitación» soviética. En el canal de Belomor era habitual que los mejores colectivos compitieran por acoger entre ellos a diez o doce holgazanes para llevarlos por el buen camino. Entre nosotros es al revés: todos se apartan de esas personas. Y eso no es correcto. Es preciso luchar para reformar a esas personas.[45]

El campo aparece así como una gran institución destinada a la «resocialización» en la que los hombres son convertidos en «entes sociales» por medio del trabajo.

Es por eso por lo que encontramos en él a casi todas las

instituciones que conforman una «auténtica sociedad». Muy al comienzo se fundó un museo, al que le siguió muy pronto un archivo. No era difícil encontrar entre los prisioneros a personas muy cualificadas para tales instituciones. Miles de prisioneros pasaron por las esclusas de las escuelas de alfabetización, no de un modo diferente a como sucedía «fuera», en la «sociedad libre». El campo disponía de grupos musicales, conjuntos de música popular y una orquesta de música clásica. Las orquestas de Dmítrov tocaban en las obras a fin de alentar a los obreros.[46] Tanto músicos profesionales como aficionados participaban en concursos cuyos jurados estaban formados por destacados compositores de la URSS. El 12 de junio de 1936 se dieron a conocer los resultados del concurso del campo para la creación de una música específica para el ejército del canal. En el jurado del concurso participaron compositores conocidos en toda la URSS, como Iván Dzerzhinski, Dmitri Shostakovich y Dmitri Kabalevski. De ciento doce obras fueron escogidas veinte como finalistas. Los primeros premios fueron a manos de los prisioneros del Dmitlag que habían compuesto la «Marcha de los obreros del hormigón» o canciones como «El viento», «Otoño en Orúdievo» y «Una melodía para armónica». En el Dmitlag había también una orquesta de instrumentos de viento, cuyo director, Max Kiuss, era el autor del famoso vals «Amurwellen», y había orquestas en plantilla en cada una de las regiones, cuya tarea consistía en tocar ininterrumpidamente, durante horas, música en la cantera o en las excavaciones, a fin de levantar el ánimo de los prisioneros.[47] En el campo tenían lugar conferencias y conciertos con poetas y compositores, entre ellos el otrora preso político Mijaíl Cherniak. En el año 1936, un festival de las mejores fuerzas creativas del Dmitlag duró seis días. La obra principal de ese festival fue *¿Quién vive bien en Rusia?*, con motivos de un poema de Nikolái Nekrásov, puesta en escena por Piotr Triodin y la ex bailarina Nina Vitkóvskaia-Kun, más tarde acusada de acuerdo con el artículo

58 y fusilada en Moscú en el año 1937.[48] En el campo algunos grupos de teatro presentaban obras del repertorio clásico, pero también ofrecían entretenimiento de obras ligeras.

El campo debía recibir el suministro de informaciones, por eso había decenas de periódicos. Estos eran los nombres de esos órganos de prensa: *Perekovka* [La rehabilitación], *Kanaloarmeika* [Los soldados del canal], *Perekovka tridtsatipiátnika* [La rehabilitación del treinta y cinco], *Za nóvyie liudi* [Por el hombre nuevo], *Dolói negrámotnost* [Abajo el analfabetismo], *Na schturm trassy* [Acometed la vía del canal], y muchos otros. Se supone que el periódico *Perekovka* tenía cinco mil suscriptores y una tirada de treinta mil ejemplares. En todos los ejemplares aparecían las siguientes advertencias: «Prohibida la distribución de este periódico fuera del campo» o «No se permite la divulgación de este periódico fuera de los límites del campo».[49]

En el campo había también numerosos clubes deportivos, entre otros un aeroclub.[50] El 30 de junio de 1935, trescientos miembros del club deportivo del campo, el Dynamo, participaron en el desfile de los deportistas de la Plaza Roja. También se cultivaban las artes plásticas; en julio de 1935 se mostraron, en una exposición representativa de todo el campo, obras de los llamados «soldados del canal».[51]

La idea básica de la reeducación era reafirmada desde las instancias más altas. En la revista *Bolschevik* se leía:

En su comparecencia de 1934 en el Club del NKVD, en un acto solemne por la terminación de la represa de Istra, el camarada Kaganóvich subrayaba que el canal se construía con las manos de antiguos ladrones, bandidos, saboteadores, de antiguos enemigos de la sociedad socialista, a los que ésta, mediante el trabajo duro pero útil, había transformado en luchadores conscientes por nuestro canal, el glorioso hijo del Segundo Plan Quinquenal. [...] Los antiguos criminales llamados «Los del treinta y cinco», los héroes del canal de Belomor, que habían sido condecorados por el Gobierno

con la Orden «Bandera Roja», Nikolái Kovaliov, Anastasía Pávlova y Borís Guinzburg, representan la prueba viva de las ilimitadas posibilidades de la política de reeducación bolchevique a través del trabajo. [...] Ya en la construcción del canal de Belomor se buscó a los hombres mejor dotados entre los criminales. Así, tenemos, por ejemplo, a Stepán Dúdnik, uno de los antiguos del «treinta y cinco», quien consiguió, mientras trabajaba en esas obras, convertirse en un artista serio. En nuestro campo, los artistas más capaces se han unido en un taller artístico central, organizado por el talentoso constructor de Belomor, Gleb Kun.[52]

Nadie se había identificado mejor con la idea de la rehabilitación que Semión Firin, quien fue el director del Dmitlag de 1933 a 1937. Este hombre llegaba precedido de varias leyendas. Es descrito por algunos como una persona que no ocultaba su simpatía por los criminales y los reincidentes, pero que tampoco rehuía a los «del 58» (condenados según el artículo 58), y que intentaba encontrar gente con talento y que le fuese necesaria y útil para resolver problemas prácticos en la vida cotidiana del campo. Otros lo describen como la encarnación de la crueldad y del poder total sobre la vida y la muerte.[53] Firin estaba rodeado de leyendas y rumores. Nacido en 1898, su padre era un pequeño comerciante de Vilna; había dejado la escuela a partir del segundo grado y trabajado como ayudante y aprendiz en una fábrica de zapatos; más tarde se incorporó al Ejército, del que luego desertó. Entendía seis idiomas, conocía la literatura y no escribía mal. En 1919 era el comandante del departamento de guerrilleros «Rosa Luxemburg», y luchó en la división soviética lituana en la región limítrofe occidental contra la contrarrevolución lituana y polaca, donde fue herido en dos ocasiones. De 1920 a 1930 sirvió en el departamento de inteligencia del Ejército Rojo de Obreros y Campesinos, con misiones en París y Berlín, por lo cual recibió numerosas órdenes y condecoraciones. En la dirección del proyecto del canal del mar Blanco y el mar Báltico, fue

el más claro partidario de la idea de la «rehabilitación» y por ello recibió, en 1935, la Orden de Lenin.[54] En la nueva obra se rodeó de una auténtica corte de poetas, músicos, artistas, intelectuales, bailarines, actores y deportistas. Su intención era que la experiencia adquirida en el canal de Belomor diera sus frutos también en el Dmitlag. El ladrón reincidente Stepán Dúdnik, por ejemplo, se convirtió más tarde en un profesor y artista popular. Otro personaje, Kun, llegaría incluso a ser aceptado en la Academia de las Artes. Firin editaba la revista literaria *Acometed la vía del canal*, cuyas reuniones de redacción tenían lugar en su dacha. La poetisa Lada Moguiliánskaia, fusilada en 1937, leía en esas veladas sus poemas y competía con el escritor Nikolái Shigulski, también fusilado en 1937. El periodista Roman Tijamirov, fusilado asimismo en el año 1937, hablaba sobre el tiempo que había pasado en Praga, donde había trabajado por encargo de la OGPU. También Firin era un hombre experimentado que había viajado mucho, de modo que hablaba de su época en Varsovia, en Viena o en Berlín, de su sueño de poder abrir algún día una escuela de automovilismo. Firin dirigía la labor cultural del campo personalmente: una fotografía lo muestra en medio de los artistas, en el estudio artístico central del monasterio de los Santos Borís y Gleb, muchos de los cuales fueron fusilados en el año 1937. La misión de esos artistas consistía en contribuir a la movilización de los «soldados del canal» con sus carteles y pancartas, que eran producidos por miles al mes por el método de la impresión con plantillas (los llamados clichés). Las exposiciones de sus obras también se mostraban en Moscú; y, a la inversa, había muchos artistas conocidos de la capital que acudían a las exposiciones del Dmitlag. Por ejemplo, el famoso pintor Iliá Mashkov escribió después de una visita:

El camarada Firin es la fuerza más poderosa para la reeducación de los «Soldados del canal», una fuerza establecida por el Partido Bolchevique y que gira en torno a las almas de las personas: él pone

esas almas en movimiento de la manera más brillante, y ellas lo hacen según lo estimen necesario, se le someten como a un talentoso escultor, de cuya mano no sale, en este caso, una escultura, sino hombres soviéticos vivos.[55]

El diseño artístico de la cotidianidad del canal—pancartas, carteles, banderas ornamentales de la flotilla de barcos—había sido asumido por los artistas del campo.

Firin se rodeaba de nombres conocidos para su periódico. Hizo venir a Dmítrov, desde el campo al que estaban asignados en Siberia, al escritor Lev Nitoburg, cuyas novelas se habían publicado en la revista *Novi mir*, y al periodista Roman Tijomírov (ambos fueron fusilados en 1937).[56] Firin instó a los principales periódicos a que publicaran reportajes sobre la *perekovka*, enviaba su revista *Acometed la vía del canal* a Moscú, se ocupaba de que los mejores trabajadores fueran premiados, se esforzaba por reducir sus condenas y por que se les concediera la excarcelación anticipada, invitaba a escritores y artistas famosos a la ruta del canal, traía a Dmítrov clubes deportivos y equipos de fútbol: Spartak, Dynamo y ZDKA.[57]

«HE VISTO UN PAÍS TRANSFORMADO EN UN GRAN CAMPO DE CONCENTRACIÓN»

Firin fue arrestado el 28 de abril de 1937. Fue convocado a Moscú, donde lo detuvieron. Junto con él arrestaron a más de doscientas personas, y el propio Firin fue condenado y fusilado el 14 de agosto. También otros miembros del personal directivo del canal del Volga y el Moscova fueron arrestados y fusilados: Serguéi Puzhitski, por ejemplo, fue arrestado el 9 de mayo de 1937 y condenado a muerte el 19 de junio; A. Sorokin se pegó un tiro en el año 1937; V. Radetski fue fusilado en 1938; S. Kaznelson, quien había sustituido a S. Firin, fue fusilado en octubre de 1938.[58]

Un testigo ocular retuvo en la memoria esa desconcertante coincidencia entre el solemne acto final de la inauguración del canal y el arresto mortal, la liberación de algunos y el arresto de otros:

> Los preparativos estaban en marcha, las orillas del canal estaban engalanadas con banderas y estandartes, con retratos de los «grandes» realizados por los artistas del campo. En la imprenta del campo se habían impreso dos mil invitaciones para el viaje inaugural por el canal. El 30 de abril de 1937, la flota de la ceremonia se puso en camino a través de la vía fluvial. [...] Pero, al mismo tiempo, se estaba llevando a cabo el arresto de los «enemigos del pueblo».

En primer lugar, se arrestó a los altos cargos directivos de las obras. En el canal era día de fiesta, pero la alegría fue de la mano, ese día, con el miedo y la inquietud, el ruido de la orquesta acallaba el aullido de los coches que se fueron llevando, una a una, a las víctimas. Arrestaron al director de urbanismo del distrito del Volga, Serguéi Byjovski, al director del Departamento Tercero, Serguéi Puzhitski, y, lo más sorprendente, dos días antes de las fiestas por el Primero de mayo, arrestaron también al propio director del Dmitlag, Semión Firin.[59] Más de doscientas personas fueron asesinadas sólo en la llamada «Causa Firin», acusados de pertenecer a una organización contrarrevolucionaria cuyo objetivo, presuntamente, era destruir a los líderes del Partido y del Gobierno. En un golpe de Estado, se debía tomar el Kremlin partiendo de la zona del canal. La paradoja, sin embargo, estaba en que Firin, el jefe del Dmitlag, fue acusado de otro crimen muy distinto: traición a agentes soviéticos durante una misión en el extranjero; y todo ello a pesar de que había recibido «una medalla por sus significativos éxitos en el trabajo clandestino». En realidad, no se necesitaba ningún argumento, porque Firin cayó como cayeron todos los demás en la causa criminal que llevaba su nombre, ya que en abril el pez gordo Genrich

Yagoda, jefe del NKVD y superior de Firin, había sido expulsado del Partido y arrestado, para luego ser condenado en el tercer proceso público (marzo de 1938), acusado de ser enemigo del pueblo, espía y traidor a la patria. Junto con Firin cayó también todo su séquito, su corte, o lo que se entendiera por ello. Alguien que también fue arrestado y fusilado en este contexto, el poeta y guionista moscovita Igor Teréntiev, al que Firin había llevado al canal de Belomor para que trabajara en una brigada de agitación y propaganda, apuntaba en uno de los interrogatorios: «He visto un país transformado en un gran campo de concentración, con Firin a la cabeza».[60] Y eso se decía de un país en el que ni siquiera los que construían los campos podían estar seguros de no ser asesinados.

EL AÑO DE LA AVENTURA: EL ÍCARO SOVIÉTICO DE 1937

TRIUNFOS, RÉCORDS: UNA CIUDAD ENFEBRECIDA, *472* — SIN ESCALAS HASTA ESTADOS UNIDOS, *477* — LA CONQUISTA DEL ÁRTICO, *479* — AVENTURA DEL SIGLO XX, *486* — HÉROES DE LA ÉPOCA: LOS AVIADORES DE STALIN, *489* — «HAY MILES DE SOÑADORES COMO YO», *492* — «ROMANTICISMO BOLCHEVIQUE» Y TERROR, *494*

El joven Stepán Podlúbny anotaba en su diario el 18 de marzo de 1938:

Mientras escribo estas líneas, tocan en la radio grandes orquestas, se alzan voces para saludar al equipo que ha regresado de pasar el invierno en el Polo Norte. Son los primeros hombres que han llegado al Polo Norte y que, desde allí, han ido a la deriva más de dos mil kilómetros hacia las orillas de Groenlandia. Ahora se les prepara una marcha triunfal: Papanin (el jefe de la estación), Krénkel (el radiotelefonista), Shirshov y Fiódorov. A su alrededor reina un ajetreo sin precedentes, y al servicio de ello se han puesto todos los recursos de la agitación y la propaganda. El pueblo está excitado, en boca de todos están los nombres de los hombres de Papanin. [...] Una gran publicidad es generada artificialmente en torno a los hombres de Papanin, pero no sé, no sé, tal vez se lo merecen, pero esa parafernalia hace que la gente desvíe la atención y no piense en términos políticos. Anteayer fusilaron al grupo de Bujarin, Rykov, Yagoda y Krestinski. De manera certera, los hombres de Papanin desvían la atención sobre el reciente proceso y sus resultados.[1]

Para este contemporáneo alerta, hijo de un kulak ucraniano que vivía clandestinamente en Moscú, había una relación

evidente entre el entusiasmo por la conquista del Polo Norte y la resignación ante la pena de muerte contra los representantes de la vieja dirección bolchevique. Desde el 21 de mayo de 1937, cuando la expedición fue depositada en un témpano del Polo Norte, todo el país la había seguido semana tras semana, día tras día, viviendo las experiencias de los expedicionarios, temiendo con ellos, con los integrantes de aquella estación polar que flotaba a la deriva hacia el sur sobre un témpano de hielo. Todo el país sabía sus nombres, estaba al tanto de sus orígenes y de su biografía, conocía sus preferencias personales, conocía al perro *Vesjoly*, que estaba con ellos en la estación. La moderna tecnología inalámbrica, la radio, los periódicos habían hecho posible que la gente siguiera el acontecimiento «en directo».

La expedición de Papanin no era más que la expedición más larga del año 1937. Entre 1932 y 1938, los aviadores soviéticos habían establecido sesenta y dos récords mundiales, y los más sensacionales tuvieron lugar en el año 1937. Ese año fue el de las aventuras, el descubrimiento de regiones hasta entonces desconocidas e inexploradas, el año de los pioneros y de los héroes solitarios que alcanzaban fronteras que ampliaban el mundo del siglo XX (y no sólo en Rusia). Tal vez en ninguna otra parte fuera más abrumadora la añoranza y la disposición de dejar atrás la fuerza de gravedad con un enorme salto, y todo ello ocurrió en un año en que el morbo de la aventura y el del crimen coincidieron de un modo insólito.[2]

TRIUNFOS, RÉCORDS: UNA CIUDAD ENFEBRECIDA

A partir de las informaciones de los periódicos se puede tener la impresión de que el regreso a Moscú y su eco mediático no eran menos importantes que la partida y la expedición en sí mismas: «En coches descapotables, los héroes y sus familiares viajaron a través de la ciudad. Los edificios estaban adornados con guirnaldas, y por el aire volaban miles y mi-

les de octavillas con los saludos de bienvenida».[3] Esta escena, descrita por el aviador y escritor Mijaíl Vodopiánov—una versión moscovita de los desfiles de confeti neoyorquinos—, se repitió varias veces entre los años 1936 y 1938. Uno de los pilotos del primer vuelo transpolar, Valeri Chkálov, describe del siguiente modo el regreso de su equipo a Moscú:

Van a dar las cinco de la mañana. El vagón de ferrocarril está ocupado por los corresponsales de los periódicos y los fotógrafos. Se hacen preguntas de todo tipo sobre Estados Unidos, su tecnología, sus formas de vida, sus tradiciones. Pasamos volando las estaciones ferroviarias. Borísov. Orsha. Smolensk. Viazma. Un recibimiento le sigue al otro. La noche «pasa». Es como si no hubiese existido. ¿Es que se puede dormir en una noche así? El tren avanza rápidamente hacia la capital. Ya vemos Moscú. La estación de Bielorrusia. Salimos del vagón. Encuentro con los parientes, con los amigos, los conocidos. Minutos de una excitación inolvidable. Salimos a la plaza situada delante de la estación. Está llena de gente. Viajamos por las calles de la capital. Miles de moscovitas, tan queridos para nosotros, nos reciben con júbilo. La Plaza Roja...

La marcha triunfal termina en la Sala San Jorge del Kremlin, donde se ha reunido toda la cúpula del Partido y del Estado.[4]

La puesta en escena del regreso como una marcha triunfal a través de las calles de la capital se convirtió en un ritual invariable. La ruta podía cambiar: desde la estación de Bielorrusia hasta la Plaza Roja y el Kremlin, a través de la calle Gorki, o desde los aeropuertos moscovitas de Schelkovo, Túshino o Jodynka, pero la puesta en escena, las imágenes, la secuencia de las mismas, eran muy similares desde que se había presentado con éxito el ritual durante el Primero de mayo: tras el salvamento, en el año 1934, de la tripulación del *Cheluskin*, aplastado entre los hielos, mediante el uso de aviones. Entonces se había probado, con gran bombo y platillo—acompañado de reportajes periodísticos y emisiones de radio, con el desfile de todos los dirigentes en la Plaza

Roja—, el modelo del regreso triunfal; y también por entonces se creó el título de «Héroe de la Unión Soviética», a fin de condecorar al equipo de pilotos participantes en el rescate. La llegada a Moscú era sólo el movimiento final, el punto culminante de un retorno a casa desde los límites, de un viaje aventurero de exploración al fin del mundo conocido entonces, de vuelta al centro del poder y de la atención. Valeri Chkálov, Gueorgui Baidukov y Aleksandr Beliakov habían regresado en el *Normandía* desde Nueva York, vía París, desde donde volvieron a la Unión Soviética, pasando antes por Berlín. Desde cada estación hubo reportajes detallados: de la sociedad mundana en el barco, de la visita a la Exposición Universal y del recorrido turístico por París, siguiendo las huellas de Lenin a su paso por esa ciudad, desde el paso a través del «Berlín fascista» y desde el recibimiento tributado en las fronteras estatales de la Unión Soviética en Negoréloie:

La luna ilumina nuestro camino. Aparece el arco de la frontera. Lenta y solemnemente, el tren se va acercando al país soviético. Estamos de pie junto a la ventanilla abierta. Por el pasillo del vagón viene un guardafronteras. Nos besamos. Todos nos abrazamos. Pero el pasillo ya está lleno de gente y el besuqueo no tendrá fin. [...] En la capital de Bielorrusia entra el tren a eso de las cuatro de la madrugada. Pero la estación brilla bajo las luces. Son miles los que esperan la llegada del tren.[5]

De forma parecida les sucede medio año después a los integrantes de la expedición de Papanin, que regresan a Moscú a través de Leningrado:

Cuando el enorme rompehielos, adornado con banderas, entró en el puerto a las 3:50 horas, fue recibido con aullido de sirenas por todos los demás buques. En tierra se escuchó la fanfarria de las orquestas, sólo superada en volumen por una escuadra de aviones que pasó volando por el cielo encima del puerto.[6]

Cada uno de estos reportajes celebra una vez más el triunfo. Había suficientes récords que celebrar, obtenidos en tierra, en el mar o en el aire: récords de velocidad, de altura o de longitud, récords en vuelos de pasajeros o de carga. 1937 fue un año de estrenos arrolladores, un año en el que se celebró la conquista del espacio a través del coche, la bicicleta, los esquíes, pero sobre todo fue el año del avión: «Nuestros pilotos han batido un récord de vuelo tras otro, y no cabe ninguna duda de que en un futuro próximo batiremos todos los récords del mundo».[7]

El 3 de agosto de 1936, el piloto Vladímir Kokkinaki se elevó a una altura de 13 110 metros con una carga de 500 kilos. El 16 de septiembre de 1936, el piloto Andréi Yumáshev ascendió 6605 metros con una carga de 10 000 kilos. El récord mundial en vuelo de larga distancia se lo llevó, en junio de 1937, el piloto y héroe de la Unión Soviética Mijaíl Grómov, con un vuelo entre Moscú y la ciudad de San Jacinto, en California. El 27 de junio de 1938 Kokkinaki estableció un nuevo récord de velocidad con su vuelo entre Moscú y Vladivostok: en un día superó los 7000 kilómetros a una velocidad de 307 kilómetros por hora. Entre los récords no sólo se contaban numerosas innovaciones técnicas y estructurales en la fabricación de aviones; lo novedoso era la participación de mujeres: así, vemos que en octubre de 1938, unas pilotos soviéticas superaron la distancia de 6450 kilómetros en 29 horas y 29 minutos, por lo cual fueron condecoradas con la orden «Héroes de la Unión Soviética».[8]

El otro campo para el establecimiento de récords era el lejano norte, el Ártico. En 1932 la tripulación del buque *Sibiriákov* había cruzado por primera vez el paso del Noreste dentro de un período de navegación, entre el 28 de julio de 1932 y el primero de octubre de ese mismo año. El *Cheliuskin*, que había partido el 12 de julio de 1933 desde Leningrado, pasando por Copenhague y Múrmansk, quería repetir el cruce del paso del Noreste en el invierno de 1933-1934, pero

quedó atrapado entre el hielo a la deriva en el estrecho de Bering, quedando tan dañado que se hundió el 13 de febrero de 1934. Esta expedición hizo historia, sobre todo por la ya mencionada dramática acción de rescate que realizaron los pilotos soviéticos.[9] El 3 de agosto de 1935, los pilotos Siguizmund Levanievski, Gueorgui Baidukov y Vasili Lévchenko intentaron batir un récord mundial en vuelos de larga distancia: desde Moscú hasta San Francisco, atravesando el Polo Norte, pero el vuelo hubo de ser interrumpido debido a problemas técnicos.[10] Por el contrario, el segundo intento de batir un récord mundial en vuelos de larga distancia—esta vez emprendido en suelo soviético—tuvo éxito. El 20 de julio de 1936, Valeri Chkálov, Gueorgui Baidukov y Aleksandr Beliakov completaron la llamada «ruta de Stalin», la ruta que iba de Moscú, pasando por la isla Victoria, la Tierra de Francisco José, las islas Sévernaia Zemliá y Petropavlovsk en dirección a la península de Kamchatka, y desde allí continuaron hacia el sur, hasta Jabárovsk y la isla de Udd. Con un avión tipo ANT-25, vencieron un trecho de 9374 kilómetros en cincuenta y seis horas y veinte minutos. Durante el recorrido, fueron informando acerca del vuelo desde las distintas estaciones, pronunciaron discursos en los diferentes recibimientos y alentaron aquella fiebre de récords y de vuelos reinante en el país. El 10 de agosto de 1936 llegaron de nuevo a Moscú, donde fueron recibidos personalmente por Stalin en el aeródromo de Schelkovo. Decenas de miles de personas adornaron las calles que conducían al centro de la ciudad, hasta una concentración masiva en el parque Gorki a la que acudieron más de veinte mil empleados de la industria aeronáutica, figuras prominentes de la vida política, constructores e ingenieros. El 18 de agosto de 1936 se celebró, con gran esplendor, el «Día de la Aviación», pero luego, dos días después, los titulares cambiaron de repente. El 20 de agosto se abrió el proceso público contra la «banda de asesinos trotskistas». Sólo pocas semanas después del regre-

so de Mijaíl Grómov de su vuelo de larga distancia a California, el ingeniero Andréi Túpolev—a quien debían su nombre los aviones ANT—fue arrestado en octubre de 1937 y enviado durante varios años a un campo especial, el «Aviatik-Gulag» (Leonid Kerber).[11] La época de los mayores triunfos de la aviación soviética y de la exploración del polo coincidió con la caza de brujas de ingenieros, técnicos y constructores. Como había dicho Serguéi Koroliov otro célebre pionero de la aviación y la cosmonáutica, nadie estaba a salvo del juicio de némesis: hoy él podía realizar complicados cálculos diferenciales y mañana, sin embargo, ser enviado a Kolymá.[12] Precisamente en ese período de desarrollo y de auge, con sus vuelos de prueba, sus problemas técnicos y sus accidentes, la aviación era bastante susceptible de recibir las inculpaciones estandarizadas del año 1937: «sabotaje».

SIN ESCALAS HASTA ESTADOS UNIDOS

En el verano de 1937 tres aviones partieron sucesivamente hacia Norteamérica a través de la ruta del polo. Esto ocurría casi exactamente diez años después de que Charles Lindbergh realizara su vuelo transatlántico desde Nueva York hasta París. El 18 de junio de 1937, la tripulación formada por Chkálov, Baidukov y Beliakov subió a su ANT-25 en Moscú, en el vuelo SSSR número 25. Tras una travesía de más de sesenta y tres horas, a las 8:30, llegaron al aeropuerto estadounidense Pearson Airfield, situado al norte de la ciudad de Portland, cerca de Vancouver (Washington), en el estado de Oregón. Los pilotos, que en realidad debían aterrizar en Oakland, fueron recibidos por el gobernador, el general George C. Marshall, y llevados a un hotel, y emprendieron, desde allí, un celebrado viaje de recibimiento por todo Estados Unidos que los llevó a San Francisco, Chicago y Washington—donde fueron recibidos en la Casa Blanca—, y, finalmente, a Nueva York. El 12 de julio se embarcaron en un buque con rumbo a La Haya.

Ese mismo día, el 12 de julio de 1937, partió de Moscú el segundo avión, también un ANT-25—en el vuelo SSSR número 25-1—, con los pilotos Mijaíl Grómov, Serguéi Danilin y Andréi Yumáshev, quienes había establecido un nuevo récord en vuelos de larga distancia con 10 100 kilómetros recorridos, cuando aterrizaron el 15 de julio de 1937 en San Jacinto, al sur de California.[13]

El tercer vuelo partió el 12 de agosto. Se trataba de la tripulación de Siguizmund Levanevski—vuelo SSSR-H-209—, que emprendía un nuevo intento de batir un récord de vuelo de larga distancia. El celebrado y popular héroe de la acción de rescate del *Cheliuskin*, sin embargo, desapareció en la región del polo, según los mensajes transmitidos por radio debido a un problema en los motores, y jamás pudo ser encontrado, a pesar de las acciones de búsqueda a gran escala en la que hubo participación internacional.[14]

Y como si estas sensaciones no bastaran, hubo otra noticia que causó furor antes de los vuelos transpolares hasta Norteamérica: el 21 de mayo de 1937, un avión procedente de Nueva Zembla depositó en el Polo Norte, sobre un témpano de hielo, una estación polar tripulada, la cual estuvo navegando durante un año a la deriva por los mares polares en dirección al suroeste, hasta las costas de Groenlandia, donde los hombres se refugiaron en febrero de 1938 hasta ser traídos de vuelta a la Unión Soviética.[15] Todo lo que los pilotos soviéticos habían conseguido hasta entonces parecía haber sido únicamente un ejercicio preliminar, un ensayo: el vuelo del ANT-4 «País de los Soviets» (*Straná sovétov*) en 1929, que duró cuatro semanas y que partió de Moscú, pasó sobre Siberia y llegó luego a Alaska, San Francisco, Salt Lake City, Detroit, Chicago y Nueva York. Hubo vuelos de demostración de los aviones soviéticos hasta el Aérosalon de París o a Alemania a principios de la década de 1930. El avión, como icono del progreso y la modernidad, fue el mejor vehículo para promover los esfuerzos de modernización soviéticos de

los primeros Planes Quinquenales. Desde entonces se habían registrado grandes progresos en el desarrollo de la industria aeronáutica del país, en el desarrollo de nuevos prototipos, pero también se habían producido retrocesos dramáticos, como cuando el avión más grande del mundo, el *Maksim Gorki*—un «avión gigante» (*samolet-gigant*)—, se estrelló en una exhibición aérea el 18 de mayo de 1935, en un accidente que dejó cuarenta y ocho muertos, seguido de duelo nacional y de un sepelio público, en el que más de cien mil ciudadanos pasaron junto a los féretros en la Sala de las Columnas, un acontecimiento que se grabó en la memoria de toda una generación.[16]

De ese modo, después del fracasado intento de Levanevski en agosto de 1935, el vuelo sin escalas hasta Estados Unidos por encima del Polo Norte se convirtió en un proyecto de prestigio de primer orden: diez años después del vuelo sobre el Atlántico de Lindbergh, veinte años después de la Revolución de Octubre y en el año de la Exposición Universal de París. En esta carrera por alcanzar la ruta más rápida y más corta participaban muchas naciones, con la URSS a la cabeza. Todo lo que entretanto fue convirtiéndose en algo rutinario en la aviación internacional, era todavía, en el año 1937, un viaje hacia lo desconocido, un riesgo, una novedad y una aventura. Los aviones tenían que ser equipados y estructurados de un modo especial, y era preciso probar nuevos aparatos de navegación y afrontar los problemas como la congelación de las alas, la disminución de la presión a grandes alturas, el cruce de zonas de nubes y de tormentas, la escasez de oxígeno, etcétera. Se trataba de la aventura en la época de Lindbergh.

LA CONQUISTA DEL ÁRTICO

Otra carrera por conquistar el Polo Norte se había puesto en marcha y, por lo menos desde la perspectiva soviética, el año 1937 fue también el año de la llamada Expedición de

Papanin, que fue depositada en el polo por unos aviones y que luego viajó a la deriva hacia el sur sobre un témpano de hielo. Nadie había aterrizado antes en el Polo Norte con un avión, y nadie se había atrevido a realizar aquella aventura de permanecer todo un año a la deriva. Desde finales del siglo XIX, el Polo Norte era una de las últimas regiones del planeta que aún faltaba explorar y conquistar, y así había quedado inscrito en la conciencia de la opinión pública. Una y otra vez, los exploradores polares se acercaron al Ártico. Los exploradores polares soviéticos se situaban así, conscientemente, dentro de la tradición de sus antecesores, la de los marinos ingleses que llegaron a Spitsbergen en 1827 y que avanzaron hasta los 82° 45'N; la de la expedición austríaca dirigida por Karl Weyprecht y Julius von Payer, que partió en 1872 en el buque *Tegetthoff* en dirección al mar de Kara y atracó, atrapada en el hielo, en un archipiélago al que llamaron la Tierra de Francisco José; las expediciones de Fridtjof Nansen, quien partió con su expedición entre 1893 y 1896 y descubrió que no existía ningún «continente» y que el mar del Polo Norte estaba cubierto de hielo; o la expedición italiana que partió en 1900-1901 en el buque *Stella Polare* con la intención de avanzar hasta el polo. Hacia el Polo Norte partían expediciones con trineos tirados por perros, en globos o en aviones. Pero sería el estadounidense Robert Peary el primer ser humano en llegar al polo el primero de marzo de 1909. Algunos habían perdido la vida en ese «campo de batalla de la exploración polar»: Salomon Andrée, Roald Amundsen, Robert Scott. Otros habían sido rescatados de los hielos eternos en acciones de salvamento seguidas en todo el mundo: por ejemplo, en el año 1928, cuando el italiano Umberto Nobile fue rescatado por el rompehielos soviético *Krasin*.[17]

La carrera por llegar al Polo Norte tenía una dramática historia previa, y en 1937 ya no se trataba del descubrimiento del polo, sino de otra cosa:

Ya no es necesario descubrir el polo como un punto exacto. ¿Por qué, entonces, seguimos viajando hacia él? ¿Para repetir una vez más la hazaña conseguida por nuestros antecesores? No, nuestra labor, por principio, es otra.

La expedición debía arrojar resultados científicos, y sobre todo averiguar cómo y dónde «se hacía» el clima, dónde se producían los cambios climáticos.[18] La operación de depositar la expedición en un iceberg a la deriva y de que esa deriva se realizara en los meses siguientes—a diferencia de los vuelos a Estados Unidos, anunciados *post festum*—, se hizo ante los ojos de la opinion pública. Obviamente, el país entero hubo de ser testigo de ello durante casi todo el año. Todo comenzó con la información de la agencia Tass enviada por el director científico de la expedición, miembro de la Academia de Ciencias y de la redacción de la *Gran Enciclopedia Soviética*, así como protagonista de la aventura del *Cheliuskin*, Otto J. Schmidt; la noticia se publicó el 22 de mayo de 1937, y decía que acababan de aterrizar en el polo un avión de exploración y cuatro grandes aviones con los miembros de la expedición, junto con gente de la prensa y del cine:[19]

Polo Norte, 22 de mayo. Hemos pasado el primer día en la estación polar soviética en el Polo Norte. Sobre el hielo a la deriva se han levantado, junto al avión, cinco tiendas de campaña. Dos antenas de radio destacan hacia lo alto. La estación meteorológica ha sido instalada, sobre un trípode hay un teodolito para la observación de la altura del sol para determinar la ubicación, condicionada por la deriva del hielo. [...] Aquí donde estamos la temperatura es relativamente cálida (doce grados bajo cero), el sol brilla y hay una ligera ventisca. Los cuatro participantes que pasarán el invierno aquí, junto con la tripulación del SSSR N-170, han descargado la parte del equipamiento de la expedición traída en este avión, principalmente el radiotransmisor y el equipamiento científico. Las restantes ocho toneladas, entre ellas un motor de viento, las reservas de alimentos para un año y todo el equipamiento, el combustible y la tienda de

campaña de invierno que se encuentra a bordo de los otros tres aviones están listas para ser traídas hasta aquí desde la isla de Rudolf en cuanto se presente el tiempo apropiado para volar. Nuestro estado de ánimo, el de todos, es excelente. Tras veinticuatro horas de trabajo ininterrumpido hemos podido dormir y descansar en los cálidos sacos de dormir. Los cinco tripulantes del *Cheliuskin* que forman parte de nuestro grupo recuerdan involuntariamente la vida en el hielo a la deriva. Ahora nos hemos desquitado de las fuerzas de la naturaleza por el hundimiento del *Cheliuskin*.[20]

En los días siguientes, el resto de la carga fue trasladada desde la isla de Rudolf, se terminó de levantar la estación, y los cuatro participantes que pasarían el invierno—Iván Papanin, Ernst Krénkel, Piotr Shirshov, Yevgueni Fiódorov, los cuales se hacían llamar también «trabajadores del plan soviético»—quedaron allí, mientras los otros, incluido el director científico Otto Schmidt, volaron al continente en dirección a Moscú. Lo que a partir de ahora vivirán los que pasarán allí el invierno, los llamados *papánintsy*, ocupará día a día al país entero y lo mantendrá en vilo.

Con la construcción de una estación polar debían estudiarse las condiciones meteorológicas y climáticas en la región del polo—las oscilaciones, los cambios producidos en cada temporada, la presión atmosférica—, y, en fin, debía mejorarse en general el sistema de las predicciones meteorológicas. También se esperaba adquirir nuevos conocimientos sobre los fondos marinos, la trayectoria de las crestas oceánicas submarinas, las condiciones de las corrientes de las masas de agua medias y bajas, las cuales eran de suma importancia para el desarrollo de la navegación en los tramos árticos y para el análisis de los desplazamientos del hielo en las costas. Otras cuestiones sobre las que se esperaba hallar respuesta eran las relacionadas con las fuerzas magnéticas terrestres en la zona del polo, tan importantes para la cartografía y, en especial, para la orientación del tráfico aéreo. Final-

mente, se debían obtener, asimismo, nuevos conocimientos sobre la flora y la fauna de las regiones polares. La estación sobre el hielo a la deriva debía facilitar, en su calidad de «expedición itinerante», las investigaciones durante un período de tiempo más prolongado.[21]

La decisión de realizar la expedición se había tomado en una sesión del Politburo celebrada el 13 de febrero de 1936; en ella habían participado el director de la misma, Schmidt, los pilotos Chkálov, Levanevski, Grómov, y algunos fabricantes de aviones y representantes de los Comisariados del Pueblo para la Industria Pesada y de la Administración Central de las Rutas Marítimas del Norte.[22] Fuera de Moscú se habían hecho pruebas con la tienda denominada «URSS. Expedición de deriva de la Administración Central de la Ruta Marítima del Norte», todo con un equipamiento completo.

Con el aterrizaje, que tuvo lugar el 21 de mayo de 1937, el asunto se volvió serio para los hombres de Papanin:

A partir de entonces nos rodeaba el silencio, un silencio que yo no había experimentado jamás y al que primero había que acostumbrarse. Estábamos en el punto más extremo del planeta, allí no había este ni oeste, ningún lugar adonde mirar, por todas partes reinaba el sur.[23]

Los cuatro participantes de la expedición estaban ocupados con la organización de su supervivencia, con la instalación y la puesta en marcha de los motores de viento, con la recopilación de las observaciones meteorológicas, las mediciones del agua de las profundidades (el 17 de julio de 1937 registraron una profundidad de 4095 metros), los cálculos astronómicos y la comprobación de la velocidad de deriva (que en junio de 1937 alcanzaba los veinte kilómetros por día); y todo ello, desde principios de octubre, en medio de la absoluta oscuridad de la noche polar.[24]

En la estación, lejos de la madre patria, se fue desarrollando una especie de URSS en miniatura, conectada con el mundo exterior mediante una fluida comunicación. Los hombres recibían noticias por radio y enviaban informaciones sobre el estado del tiempo. Durante el Congreso Nacional de Geología celebrado en Moscú, la estación proporcionó continuamente a los participantes los resultados de sus mediciones de profundidad. Esos hombres escuchaban allí las grabaciones del jazzista Leonid Utiósov, y se mantenían al día sobre lo que pasaba en la madre patria: se enteraron del triunfo de Gromov, Danilin y Yumáshev en Moscú, consultaban a los médicos de la isla de Rudolf, oían las noticias de la estación del Komintern y disfrutaban con la transmisión de un concierto desde la Sala del Conservatorio de Moscú. Desde la distancia, participaban en la vida política de la madre patria. Después de las transmisiones sobre los festejos por el aniversario de la Revolución de Octubre en la Plaza Roja, que siguieron durante horas con los auriculares puestos, organizaron su propio desfile conmemorativo sobre el témpano de hielo.[25] En la fase preparatoria de las elecciones al Soviet Supremo, se les nombró diputados, y lamentaron no poder entregar personalmente sus votos: «El témpano ha hecho imposible que depositemos nuestro voto y seamos testigos de la primera sesión del Soviet Supremo de la URSS». Y a pesar de que se encuentran a miles de kilómetros de distancia, en medio la oscuridad de la noche polar—según lo que indican en sus mensajes—, están conectados en todo momento con lo que ocurre en el país; y aún más, porque ahora el Polo Norte ha entrado a formar parte de la patria del hombre soviético:

> En vísperas del Año Nuevo, la noche previa al año 1938, Krénkel se conectó con Moscú, y hemos escuchado en nuestra tienda los sonidos de la Plaza Roja: «La Internacional» y las campanadas del reloj de la torre del Kremlin.[26]

Por lo menos con esto queda claro que no se trataba, en absoluto, de una mera expedición científica.

A medida que el témpano de hielo ganaba velocidad, la situación se iba volviendo más complicada, incluso peligrosa. El témpano se había desprendido del hielo a la deriva y, debido a la fragmentación y el deshielo, se iba volviendo cada vez más pequeño. Los cuatro investigadores tuvieron que trasladar la tienda, con todo su inventario, varias veces, a fin de evitar las grietas en el hielo: «Nuestro témpano flota en alta mar y no tiene ninguna conexión con los témpanos más próximos. Desde la tienda que nos sirve de vivienda hasta el borde más próximo sólo hay trescientos metros». Tenían que estar preparados para que el témpano se partiera en cualquier momento, y por eso dormían vestidos, con todo el equipo, listos para saltar a los botes salvavidas. El hielo crujía y se abrían nuevas grietas; los depósitos de los trozos de témpano desprendidos se alejaban a la deriva. El primero de febrero de 1938 comunicaban lo siguiente:

Nos encontramos en un fragmento de témpano que se ha desprendido y que tiene trescientos metros de largo y doscientos de ancho. Hemos perdido dos depósitos, además de un almacén técnico con algunas cosas menos importantes. Hemos podido salvar, sin embargo, todas las cosas valiosas del inundado cobertizo de las reservas. Bajo la tienda de la vivienda se ha comprobado, igualmente, la existencia de una grieta, de modo que nos trasladaremos ahora a un iglú. [...] Todo el enorme campo sobre el que hace ocho meses aterrizaron aviones de varios motores se compone ahora únicamente de fragmentos. En la actualidad no podría aterrizar aquí ni siquiera un avión ligero.[27]

Había llegado el momento de preparar una gran acción de rescate. Desde Kronstadt, en Múrmansk, partieron unos rompehielos y un buque ballenero, con mil setecientos marinos de la flota Bandera Roja del Báltico. Después de nueve

meses a la deriva, el 19 de febrero de 1938, los hombres de la expedición fueron avistados por las tripulaciones del *Taimyr* y del *Múrmanjets* y traídos a bordo:

En esta hora abandonamos el témpano de hielo en las coordenadas 70° y 54'N y 19° 48'O. En doscientos setenta y cuatro días de deriva hemos recorrido dos mil quinientos kilómetros. Nuestra estación de radio fue la primera que pudo informar de la conquista del Polo Norte, y a ella debemos la fiable conexión con la patria. Con la transmisión de este mensaje, la estación «Polo Norte» interrumpe sus labores. En las inconmensurables vastedades de las masas de hielo seguirá ondeando la bandera roja de nuestro país.[28]

La expedición de los hombres de Papanin y su rescate parece una asombrosa y exacta repetición del salvamento de la tripulación del *Cheliuskin*, en el invierno de 1933-1934. El barco, atrapado y aplastado en medio del hielo, también formó, con su tripulación, una URSS en miniatura, una pequeña ciudad sobre el hielo, una ciudad que construía pistas de aterrizaje, organizaba su trabajo, realizaba competiciones deportivas y preparaba veladas musicales con discos de Chaikovski y Joséphine Baker, con conferencias sobre geografía económica o literatura alemana. El «Campamento Schmidt», con su vida cotidiana, sus rituales y sus dramas personales, incluido el nacimiento de un niño, era una sociedad soviética en miniatura y en condiciones excepcionales, la sociedad soviética en el estado de excepción de los hielos eternos: «En el norte se reconocía al hombre en toda su plenitud. Aquí no era posible ocultar nada».[29]

AVENTURA DEL SIGLO XX

La fiebre de los vuelos no era únicamente un fenómeno soviético, sino internacional. Después de finalizada la era del

hierro y del ferrocarril, el avión era el símbolo de la aceleración y la modernidad.[30] En los mapas del tráfico planetario se inscribían ahora nuevas rutas: las rutas de vuelo transnacionales que abarcaban todo el planeta y lo hacían más pequeño. La aviación civil se estaba desarrollando a una velocidad de vértigo, de modo que ya se podía ir más allá del origen militar que había tenido la aviación moderna en la Primera Guerra Mundial. La guerra aérea—y la guerra química—ocupaba la fantasía de los autores de novelas, de los lectores de periódicos y de los espectadores del cine y el teatro. Había nacido un nuevo héroe internacional: el aviador con traje de cuero, equipado con unas gafas para volar y una cartera de mapas, de rostro curtido, deportivo, masculino, al cual le seguiría, muy pronto, la atlética mujer piloto. Sus nombres—Charles Lindbergh, Hannah Reitsch, Valeri Chkálov—eran tan conocidos como los de las célebres estrellas del cine. El progreso se medía en los récords de vuelo: más lejos, más alto, más rápido.

En esta Internacional del entusiasmo por los vuelos—se le podría llamar casi una Internacional de la Aviación—, la Rusia soviética ocupa un lugar destacado, y no sólo desde la década de 1930. La Unión Soviética de Stalin sólo retomó la corriente que ya se había iniciado en la Rusia prerrevolucionaria (sólo poco después de que Louis Blériot cruzara el canal de la Mancha en 1909, los moscovitas pudieron ver, en el aeródromo de Jodynka, una demostración del aviador francés Georges Legagneux con su biplano).[31] La fiebre aeronáutica de Moscú se diferenciaba poco de la que reinaba en Londres, París o Nueva York. En la Rusia anterior a la Revolución, los vuelos eran cosa de personas privadas, un deporte elitista y costoso. Ya entonces había importantes ingenieros e inventores: la aviación rusa anterior a la Revolución tuvo un ingeniero como Ígor Sikorski, que había construido aviones enormes, como el *Russki Vítiaz* o el *Iliá Múromets*, en cierto sentido, los aviones más avanzados del mundo.[32]

En medio del caos provocado por la Revolución y la guerra civil se había perdido primero la base técnica y organizativa para una moderna industria aeronáutica, pero sólo para recuperarla de nuevo más tarde con mucha más fuerza y sobre una base completamente distinta. Surgieron entonces organizaciones de masas cuya tarea principal era transmitir conocimientos sobre la aviación y sobre la manera de acostumbrarse a ella: aviones para armar, construcción de aviones, tecnología de radio, formación técnica, saltos en paracaídas como deporte de masas. Millones de personas estaban inscritas en organizaciones como OSOAVIAJIM, que era incansable en su manera de combinar la curiosidad de los jóvenes, el interés por las cosas técnicas, los hobbies de tiempo libre, el ansia de aventura y el entrenamiento militar. Más que en ninguna otra parte, el volar, los saltos en paracaídas y la radio se habían convertido en un asunto de masas y en una gran atracción de los jóvenes, que normalmente se interesaban poco por el comunismo.

Para la conquista del Polo Norte, ello no es menos válido. Los periódicos informaban de todos los detalles. El vuelo del zepelín del año 1929 había sido acompañado, en su viaje, por todo un ejército de periodistas y reporteros, entre ellos el aviador y poeta soviético Mijaíl Vodopiánov, y también por Arthur Koestler.[33] La acción de rescate realizada para la varada tripulación del *Nobile*, por parte del rompehielos soviético *Krasin*, se convirtió en un acontecimiento mundial. La medición científica del mundo, la apertura de nuevas rutas marítimas, la curiosidad, las ganas de aventura, todo ello confluía aquí.

Los *poliárniki* soviéticos, las tripulaciones del *Sibiriákov* en 1932 y del *Cheliuskin* en 1934, el grupo de Papanin, los aviadores transpolares: todos ellos no sólo daban continuidad a la antigua corriente de las exploraciones polares rusas prerrevolucionarias, sino que formaban parte de una auténtica carrera internacional por conquistar el polo (*race for the pole*).

HÉROES DE LA ÉPOCA: LOS AVIADORES DE STALIN

Los pilotos eran las estrellas de su época. En torno a ellos giraban los reportajes, las obras de teatro. A ellos se les dedicaban canciones, y hasta una célebre «Marcha de los Aviadores». Famosas películas como *Los siete osados* de Serguéi Guerásimov (1936), acerca de la expedición aérea al polo, hacían suyo el tema. Escultores y pintores modelaban y retrataban a los pilotos, tanto hombres como mujeres: de Vera Mújina hay un busto del aviador Kokkinaki; de Mijaíl Nésterov hay un retrato de Otto Schmidt.[34] Ellos eran los héroes de los sueños de niños y jóvenes de ambos sexos—«Yo quiero ser como Chkálov»—; los pilotos aparecían en todos los diarios de los jóvenes. Una exposición como «La apropiación del Ártico», en el parque Gorki moscovita en el año 1937, atrajo a más de quinientos mil visitantes, y unas de las principales atracciones soviéticas en el pabellón de la Exposición Universal de Nueva York eran el Ártico y la aviación.[35]

Dado que las biografías reales de esas personas reales —Chkálov, Papanin, Krénkel, Grómov y otros—no han sido escritas, debemos atenernos a la imagen de aquellos héroes que aparecen en los periódicos, en algunas memorias, en las gestas épicas, en las películas. En cierto modo, constituyen un manual de instrucciones para la fabricación de las vidas de héroes. Debían convertirse en una guía, en un modelo para toda una generación, la mejor imagen del hombre, una imagen ejemplar, y así lo fueron para muchas personas. Ningún detalle era obra del azar. El nuevo héroe soviético era un artefacto, una pieza de arte muy elaborada. El héroe soviético era la contrapartida de los héroes estadounidenses, que trabajaban sólo para sí mismos, en aras de su trayectoria personal, y cuyas expediciones—como la del almirante Richard Byrd—eran financiadas por Henry Ford como «vuelos publicitarios».[36] El heroísmo, del héroe soviético se basaba en el esfuerzo colectivo y era apoyado

por la solidaridad de todo el país y por la fuerza y la eficiencia de sus industrias.

El héroe soviético es osado, pero nunca pierde el control: «No estoy loco cuando me muestro tan osado. Soy como todo el mundo».[37] Es un romántico, pero un romántico que conoce el cálculo y las emociones controladas. No es un *héroe* singular, sino un fenómeno de masas.[38]

La mayoría de estos héroes son tan jóvenes que han vivido la guerra civil como un acontecimiento que los ha marcado. Y ahora entran en contacto no sólo con la Revolución, sino también con la tecnología moderna, con el coche, el avión, la radio y los transmisores. En general, ninguno de ellos son personas del Partido en sentido estricto, sino individuos con talentos muy especiales y que han conseguido hacer algo con ellos en cada caso: son resueltos, tienen iniciativa, a veces son lanzados, audaces hasta la irreflexión. Cuando sufren un accidente, cuando tienen que realizar un aterrizaje forzoso o cuando se lesionan, ello constituye más bien un estímulo, no una derrota. Reúnen las características prototípicas ideales—por lo menos en ese género de héroe—que debe transmitir una imagen positiva e impresionante del ser humano. Con resolución y sentido práctico, nada dogmáticos, curtidos por la vida. Se trata de «tipos fuertes», de una individualidad muy marcada, no son aburridos ni acartonados, creados por los departamentos de propaganda, sino que han sido encontrados y descubiertos por esos departamentos. Y entre los méritos del «régimen» está el haber descubierto ese recurso y haberlo aprovechado en su favor. Lev Nikulin escribía sobre el aviador Mijaíl Vodopiánov como si fuera una figura carismática:

Un talento natural. No hay manera más precisa de caracterizar a Mijaíl Vodopiánov. Cuando se ve a esta persona alta y valiente, cuando uno se tropieza con su mirada inquieta y al mismo tiempo clara, cuando se siguen sus movimientos algo controlados y lentos, se piensa: «Con tales ademanes sólo se mueven sobre la tierra las aves muy

fuertes y libres». Entonces se le ve salir a la calle y sentarse tras el volante del coche: trata a la máquina como a un animalito amaestrado y obediente; la conduce con seguridad y muy rápido, y por eso las calles de la ciudad le resultan en cierto modo demasiado estrechas. Este ser humano está acostumbrado al espacio libre que flota por encima de la tierra. «Los rusos son aviadores innatos», escribía hace poco un periódico inglés. Vodopiánov es un piloto innato. Es un piloto ruso, un talento natural, un héroe amado por el pueblo soviético.[39]

Los mismos rasgos podían ser mostrados en los casos de Papanin, de Chkálov o de Krénkel, o incluso en el de un científico y miembro de la Academia como Otto Schmidt. Schmidt, según sus hagiógrafos soviéticos, era muchas personas en una: intelectual y bolchevique, redactor jefe de la *Gran Enciclopedia Soviética*, reputado matemático, participante en la expedición de Pamir y, además, director científico, organizador y portavoz de importantes expediciones polares; no sólo era el editor de la *Gran Enciclopedia Soviética*, sino también el hombre que exploró las planicies del Ártico,[40] un intelectual y un hombre práctico. De otro héroe de la época, el aviador Iliá Mazuruk, se celebraba su sangre fría, pues durante un vuelo era capaz de hacer las veces de comadrona.[41] Anatoli Alekséiev, el comandante del avión SSSR N-172, había surgido del «horno de fundición de la guerra civil»:

Este hombre no se parece ni a los héroes románticos de las novelas de Jack London, a los que les atraía el arriesgado juego con el «destino» en los campos nevados del norte, ni a los resueltos héroes de Kipling, llenos de una dureza inhumana. El, por su naturaleza en general, es distinto.

Es cierto que había pasado los muchos meses de invierno en un saco de piel y había comido carne de oso, pero no estaba pensando en el «desbordante exotismo del Artico», sino sólo en los nuevos puertos que se construirían en Igarka, en

las características de vuelo de ciertas alas de avión y en ciertos motores.[42] Sobre Iván Papanin, al que siempre se le llama cariñosamente *Vaniusha*, nacido en 1894 en Sebastopol e hijo de un marinero, se dice que no sólo había sido recluta durante la Primera Guerra Mundial y activista durante la guerra civil, sino alguien que se había seguido superando en materias como astronomía, entrenándose como timonel o radiotelegrafista, y aprendiéndolo todo sobre la historia de las exploraciones polares.[43] Piotr Shirshov, participante en la expedición de Papanin, nacido en 1905 en Yekaterinoslav (actual Dnipropetrovsk) era un hidrobiólogo graduado, pero también veterano de la expedición del *Cheliuskin*. Yevgueni Fiódorov, que nació en 1910 en Besarabia, había estudiado magnetología.[44] Ernst Krénkel, el primer radiotelegrafista de onda corta de la Unión Sovietica, y legendario por su participación en importantes expediciones polares, provenía de una familia de origen alemán, había volado al Artico con el conde Von Zeppelin y se había hecho célebre gracias a la expedición del *Cheliuskin*: «Claro que en su niñez había leído a Jack London y soñado con realizar viajes, vivir peligros y aventuras. Pero también lo fascinaba la física práctica». Era de procedencia humilde, había tenido que pagarse él mismo sus estudios y, sin embargo, ahora el primer radiotelegrafista de la Unión Soviética podía charlar de tú a tú con todo el mundo, con Bakú, Londres, París, Mosul. Se había convertido en el hombre más famoso del Ártico soviético, y al aterrizar en el polo encontró el preciso y noble fondo sonoro de la época: «El silencio eterno de los polos, su misteriosa mudez ha terminado. ¡Oímos el polo! ¡Habla el Polo Norte! ¡Habla el Polo Norte! Y habla en nuestra lengua materna».[45]

«HAY MILES DE SOÑADORES COMO YO»

El 21 de mayo de 1937 se estrenó en el Teatro Realista de Moscú la obra *Sueño*, del poeta y piloto Mijaíl Vodopiánov. Una

asombrosa coincidencia hizo que el mismo acontecimiento se produjera a un tiempo en el escenario y en la realidad:

En el preciso momento en que el gong anunció el inicio de la obra, el propio Vodopiánov descendió en el Polo Norte, bajo los rayos del sol de la primavera polar, del pájaro de acero de color naranja. Tras acabar la obra, los espectadores pidieron ver al autor, pero éste no pudo aparecer en el escenario. El autor estaba en ese momento muy lejos. No podía alegrarse con el éxito de su obra, no pudo escuchar los aplausos. En ese momento estaba realizando el sueño de su vida, aquel sueño al que había dedicado la obra.

En la pieza teatral, el héroe aparece bajo el nombre de Besfamilny, y se está preparando para un vuelo polar. Para ese vuelo pionero está previsto, sin embargo, otro piloto, pero esa decisión fracasa por falta de preparativos. Entonces entra en acción Besfamilni y, junto con su novia, la mecánica de a bordo Ania Biriukova, salva el avión que se ha visto en apuros en el Ártico. El poeta y piloto Vodopiánov hace que su *alter ego*, el piloto Besfamilni, diga en una de las escenas de la obra: «En nuestro país hay miles de soñadores como yo». Y a continuación añade, haciendo una precisión: «Soñadores reales». «¡Ha sido, verdaderamente, un estreno poco habitual!», comentaba su colega escritor Lev Nikulin, aludiendo a esta coincidencia entre sueño y realidad, entre realidad y puesta en escena teatral:

No han transcurrido tres meses desde que se escribió la obra, y ya el autor, con su avión, aterriza en el Polo Norte. La obra ha dejado de ser un sueño. La fuerza de ese sueño ha entusiasmado al autor. La fuerza de ese sueño ha llevado a un vuelo sobre los hielos eternos del Ártico. La magia de ese sueño ha ayudado a los actores del teatro a crear las figuras vivas y auténticas de los pilotos soviéticos. ¡Ha sido, verdaderamente, un estreno poco habitual![46]

En el caso de Vodopiánov se funden la idea y la acción, el sueño y la realidad:

> Vodopiánov escribe un libro sobre el vuelo al Polo Norte. También escribirá otra obra de teatro sobre ese tema. Para él no se trata solamente de la afición literaria de un piloto que domina la pluma. Esto le sirve también para dar forma y contenido a su sueño, para hacerse entender. Crea diálogos para la obra de teatro, trabaja en un libro y escribe, al mismo tiempo, reportajes, se ocupa de la cuestión del perfeccionamiento del avión y estudia la ruta para el próximo vuelo al Polo Norte. Emprende largos vuelos de exploración al Ártico. De ese modo corrige y completa su plan a través de la práctica.[47]

Cálculo racional, fantasía, tecnología y romanticismo parecían, por un instante, fundidos en una unidad difícilmente superable.

«ROMANTICISMO BOLCHEVIQUE» Y TERROR

Por mucho que el director científico de las expediciones polares soviéticas, Schmidt, insistiera en las aspiraciones científicas de dichas expediciones, el resultado principal consistía en otra cosa: el control de una gran aventura, con una enorme participación de la opinión pública en tiempos de inquietud poco claros. En las expediciones se encuentran todos los elementos de la aventura: el peligroso cruce del paso del Noreste en un período de navegación de verano bastante corto, que se había intentado varias veces, pero jamás se había conseguido; el arriesgado aterrizaje de aviones en el hielo a la deriva, la primera vez que se cruzaba un espacio aéreo bajo las condiciones meteorológicas y tecnológicas más difíciles. Expediciones que, a pesar de los más detallados preparativos, constituían un riesgo, una apuesta a vida o muerte. La

expresión acuñada en aquella época, la de *romanticismo bolchevique*, expresa esto muy bien: aquel resto de impredecibilidad, de valor personal, de azar y de suerte. La catástrofe aérea—ya fuera el incendio del *Hindenburg* en Lakehurst en mayo de 1937 o la caída del *Maksim Gorki* dos años antes—no es, casualmente, un signo de la nueva era de la aviación. Casi parece que se repitiera en la caída el shock de la catástrofe ferroviaria del siglo anterior.

La retórica oficial entendía el concepto «romanticismo bolchevique» como «el maravilloso vínculo entre sueño y realidad, entre la osadía y el cálculo, entre el romanticismo y la sobria preparación».[48] El avión era mucho más que un medio de transporte, era un instrumento para superar y dominar las enormes vastedades del país soviético, una máquina para acabar con las distancias y para producir espacio soviético. A partir de entonces, después de que todos los puntos del continente euroasiático se hubieran vuelto accesibles, no había ningún punto «excluído», la periferia estaba firme y duraderamente vinculada al centro. Era como si el espacio soviético, ante el cual hasta entonces habían fracasado el dominio y el poder, ahora pudiera ser domesticado. El país atrasado donde no existían los caminos, el país que todos los años, en primavera y en invierno, quedaba en cierto modo fragmentado, incomunicado, porque los caminos se volvían intransitables y los ríos se habían congelado, estaba ahora cohesionado de forma definitiva. La fuerza de gravedad y la inercia del país, el peso de su historia, parecían superados de golpe.

El avión y la exploración de aquellas zonas del norte que parecían inaccesibles pasaron a ser, de ese modo, sinónimos de superación de la inercia, de la gravedad y del atraso, todo en uno. El avión no era meramente un medio de transporte y el piloto no era simplemente un piloto, sino que ambos eran símbolos de una misión revolucionaria, de un salto histórico; en general, el régimen zarista siempre había temido que se hiciera un uso impropio del avión, con fines propagandís-

ticos para derrocar al régimen o para cometer ataques terroristas desde el aire.[49]

Fue nada menos que Trotski quien ya en el año 1923 reconoció la importancia de la aviación para la creación del espacio y para la consolidación del poder soviético. La aviación soviética es presentada por él como un aliado principal de los bolcheviques en la lucha contra el espacio. El espacio, según Trotski, era el mayor enemigo de Rusia y a la vez su mayor aliado. Constituía un elemento de aislamiento, pero también protegía de los enemigos externos. El inmenso espacio ruso había fomentado el atraso de Rusia, había aislado las ciudades y había posibilitado la permanencia de formas de producción atrasadas, nómadas y bárbaras, frente a las fábricas estadounidenses más modernas: «La cuestión a la que se enfrentaba el país era cómo podían vencerse las barreras que el espacio oponía a la formación de un sistema cerrado, moderno y técnicamente eficiente». El desarrollo de un programa de navegación aérea era, por eso, un propósito básico del Gobierno soviético, a fin de enfrentarse al espacio y a sus efectos negativos. El avión pasa a ser, así, «un arma en la lucha contra las características negativas del espacio», sirve a la defensa nacional, al abastecimiento de bienes y de cultura en las regiones rurales. El avión debía ayudar a salir del aislamiento de las regiones entre sí, pero también del aislamiento provinciano y cultural.[50] La ideologización del avión o del progreso tecnológico era casi inevitable. Debían hacer de forma ejemplar y simbólica lo que el país aún no había podido alcanzar en la realidad: el salto hacia el futuro, la superación de la inercia y el peso de la historia. Un caso clásico de «simbolismo compensatorio».[51]

Como nunca antes, en el año 1937 se había hecho realidad el sueño del Ícaro ruso, aquel mujik llamado Yemelián Ivanov que en 1695 había prometido volar encima de la Plaza Roja «como una grulla».[52] Pero esos éxitos espectaculares no protegieron a la aviación soviética ni a la exploración polar

soviética de la locura del terror. Los aviadores y los exploradores eran especialmente vulnerables y sensibles: cualquier accidente, cualquier desperfecto técnico, cualquier experimento malogrado podía ser declarado fácilmente un acto de sabotaje y una obra de los elementos subversivos. Importantes instituciones de investigación, de la industria aeronáutica y de los militares, tan interesados por la aviación, se vieron afectadas por las purgas de los años 1937 y 1938.

Varios activistas de la aviación soviética se vieron afectados también por la oleada de arrestos y de purgas que empezó en mayo de 1937 contra la cúpula militar. Yákov Alksnis, comandante de la Fuerza Aérea, fue arrestado en noviembre de 1937 y fusilado. Otras víctimas fueron Vasili Jripin, jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea: Benedikt Troianker, director político de esa misma institución militar; Aleksandr Todorski, director de la Academia de Aviación Chukovski. La purga no sólo se limitó a los comandantes, sino que alcanzó también a investigadores, constructores e ingenieros. El director del Instituto Estatal Central de Aeronáutica, Nikolái Jarlámov, fue arrestado y fusilado en 1937; su sustituto, M. Shulzhenko, fue arrestado y ejecutado en 1940. Los empleados de la industria aeronáutica se vieron afectados en gran número, entre ellos el director de la fábrica de aviones de Moscú; otros centros de producción tuvieron incluso que ser cerrados. Importantes constructores—por ejemplo, los constructores de bombarderos Vladímir Petliakov y Vladímir Miásishev—fueron arrestados en 1937. Andréi Túpolev, el genial constructor de aviones, fue arrestado a finales de octubre de 1937, tres meses después del exitoso vuelo transpolar de Grómov, que había sido realizado con el ANT-25 diseñado por Túpolev. Este fue retenido durante varios años en el estudio de proyectos número 29, dirigido por el NKVD, y pudo sobrevivir. Pero otros no lo consiguieron, como por ejemplo Konstantín Kalinin, el constructor del primer avión de ala delta, que fue

fusilado en 1938 por supuesto sabotaje después de un accidente en un vuelo de prueba de su prototipo K-4. Otros teóricos de la aviación fueron arrestados y fusilados también. Unos cincuenta constructores e ingenieros importantes habían sido fusilados hacia finales de la década de 1930, y unos cien murieron en los campos; otros trescientos tuvieron que trabajar en campos especiales del NKVD.[53] También el jefe de OSOAVIAJIM, la organización de masas y base de la aviación soviética, Robert Eidemán, murió en 1938, víctima de tales purgas. El 15 de diciembre de 1938, Valeri Chkálov se precipitó a tierra durante un vuelo de prueba. Su muerte desató una oleada de represión en la industria aeronáutica y fue motivo de distintos rumores: para algunos, había muerto a causa de un avión de prueba que aún debía perfeccionarse; para otros había muerto debido a su indisciplinada osadía a la hora de volar; pero para muchos, se había convertido en un peligro para Stalin debido a su popularidad; a fin de cuentas, Chkálov era el nombre del que se hablaba incluso como sucesor de Yezhov: el piloto más popular de la URSS al frente del NKVD.[54]

Por su parte, la investigación polar también se vio afectada por las purgas. Incluso hasta las estaciones polares, situadas en el otro extremo del mundo, llegó la caza de saboteadores, espías y elementos subversivos. Investigadores conocidos en todo el mundo fueron condenados a trabajos forzados; sobre la figura simbólica de la investigación polar soviética, Otto Schmidt, recayó a veces la sospecha de ser un saboteador. Existe cierta lógica en el hecho de que la institución más importante en la exploración de las regiones polares—la *Glavsevmorput*: Administración de la Ruta Marítima del Norte—fuera reemplazada muy pronto por la *Dalstrói*, la administración del mayor complejo del Gulag siberiano en el noreste.[55]

Las noticias en los periódicos sobre los nuevos récords de vuelo y el anuncio de las condenas a muerte en los procesos públicos aparecieron juntas, unas al lado de las otras;

los apoteósicos desfiles con confeti de los héroes alternaron con las manifestaciones de masas que, en el fondo, no eran más que organizados plebiscitos para matar: «¿Acaso el mito del Polo Norte contribuyó a crear el apoyo de la población a Stalin?—se pregunta John McCannon—. La respuesta es claramente sí».[56] Sin Chkálov y Vodopiánov, sin Papanin y Schmidt no habría existido el año 1937.

El viaje hacia lo desconocido, la existencia de peligros mortales y la posibilidad de fracasar en cualquier momento se vinculaban con la tensión que encierra todo desenlace asociado con riesgos. La expedición, llena de peligros mortales, se convierte en lugar simbólico de la libertad en un país en el que se había suprimido toda libertad. La tensión, el nerviosismo, el estado febril que se ponía de manifiesto en las acciones de rescate escenificadas por los medios giraban en torno a algo más que la tripulación que debía ser rescatada entre los hielos o del mar. Mientras se celebraban los récords y los triunfos, la maquinaria de muerte funcionaba a todo tren. La obsesión con los vuelos y con los polos fue la masilla para mantener cohesionado lo que ya no se podía mantener unido sólo a través de la violencia. El poder había incorporado también el último sitio que servía de refugio de la libertad y la aventura—los cielos y los hielos eternos—, así como las cualidades vitales del hombre, su afán de aventura, su disposición a la entrega, su inteligencia en la lucha por la supervivencia, y las había transformado en cadenas de sumisión.

EL ESCAPARATE DE MOSCÚ: LA ABUNDANCIA DEL MUNDO, EL HAMBRE DE CONSUMO Y LOS MAREOS POR HAMBRE

ANDRÉ GIDE: SOBRE LA ESCASEZ Y EL LUJO, *504* — ANUNCIOS, DECORACIÓN: LOS OBJETOS DE DESEO Y SU PRESENTACIÓN, *507* — LOS MAREOS POR HAMBRE, *510* — SIN PERSPECTIVA: UN PUEBLO DE ESPECULADORES, *513* — LA INTELIGENCIA DE LA COLA DE ESPERA, *514*

La guía oficial de Moscú del año 1937, publicada por la Cooperativa Editorial de Trabajadores Extranjeros para los visitantes del exterior, está llena a rebosar de anuncios y avisos, algunos de ellos bastante coloristas. Destacan como una exuberante naturaleza muerta o como los decorados del escaparate de una tienda. El Comisariado del Pueblo para el Comercio Interior publica un aviso sobre el servicio en los vagones restaurantes; un camarero con librea blanca sobre un fondo amarillo lleva en una bandeja vinos de la región del Cáucaso y de Crimea, uvas, café y té. A un anuncio de una editorial que publica obras sobre el marxismo-leninismo, sobre la construcción socialista y la literatura clásica rusa, le sigue una lista de dos páginas de la aerolínea Aeroflot: un avión bimotor con alas de una envergadura enorme se dispone a aterrizar sobre los edificios de un aeropuerto construidos en el estilo de la Bauhaus, de colores azul, blanco y turquesa. Glavkonditer también ha insertado su publicidad de chocolate y cacao. La cadena de reciente fundación, Gastronom, presenta sus más de treinta filiales, algunas de las cuales abren las

veinticuatro horas. Gastronom ofrece, en magníficos colores, todo un surtido de exquisiteces de primera calidad: buenos vinos, cigarrillos, productos del mar frescos y caviar; la imagen a doble página está cubierta de latas de caviar, jamón, muestras de pescado, conservas, galletas y confitería. La tienda de antigüedades y de arte del número 14 de la Stoléshnikov pereúlok, en Moscú, también gestionada por el Comisariado del Pueblo para el Comercio Interior (Departamento *Soiuz Yuvelírtog*), ofrece una variada gama de joyas, diamantes, piedras preciosas y semipreciosas, objetos de oro y plata labrados en marfil y otras labores de filigrana, artesanía de Palekh, juegos de porcelana, de comedor y de té, cristalería, muebles antiguos, cuadros de pintores rusos y extranjeros. El café Arktika—en el número 3 de la calle Petrovka—hace publicidad de sus helados de sabores variados: frutas, chocolate, nueces, café y almendra, *crème brulée*, tartas heladas y frutas congeladas, desde fresa y cereza hasta albaricoque y ciruela. También tienen servicio de entrega a domicilio, de modo que es posible pedir un helado llamando al K-1-56-88. La tienda de comestibles de los números 7-9 de la calle Kuznetski ofrece platos preparados: chuletas, brochetas, filetes, carne asada, pescado en escabeche, pastas y ensaladas; también tiene servicio a domicilio, si se desea (teléfono K-2-57-28). Una tienda de zapatos, gestionada por el Comisariado del Pueblo para la Industria Ligera a través de su Administración General de la Industria del Calzado y el Cuero, con sede en el número 7 de la Stoléshnikov pereúlok, se presenta como una tienda elegante, con vitrinas y el mobiliario comercial más moderno. Con un color azul marino intenso la Administración Central de la Industria del Pescado (Glavryba) hace publicidad de sus ensaladas de cangrejo y su *chatka*: *fancy crabmeat*. Por su parte, Rasnoexport ofrece todo tipo de productos de origen animal, textiles, alfombras, tabaco, cerillas, minerales y materiales de construcción. La Industria Cárnica (Glavmiaso) presenta la carne en conserva y

hace publicidad de sus sopas de carne concentradas, «especialmente recomendadas para turistas y alpinistas». Un par de páginas más adelante se anuncian excursiones por el Volga y el Kama. Un anuncio de dos páginas del Almacén Central Universal (ZUM)—de los prerrevolucionarios grandes almacenes organizados por departamentos de Muir y Merilis—impresiona con sus cifras: 180 000 compradores por día, 2 000 000 de operaciones de venta por día, 50 000 000 al mes y 600 millones al año. En la Fábrica de Automóviles Stalin (SIS) se publicitan sobre todo camiones, autobueses, coches, incluido el modelo de lujo SIS 101, y la limusina de siete litros es alabada como «el coche más elegante, cómodo y potente del mundo». Eksportchleb, responsable de la exportación de alimentos de alta calidad, se presenta a todo color con un esturión que cubre todo el anuncio, con guirnaldas de manzanas y peras, agua mineral Borshomi del Cáucaso, latas de «Caviar de la URSS», cangrejos de Kamchatka, salmón, esturiones, jamón. Y no faltan tampoco juguetes y pieles. Entre dos anuncios las industrias cárnicas Mikoián, se le ofrece al lector una cascada de productos cárnicos y embutidos.[1]

Pero esos anuncios no sólo están dirigidos a los extranjeros. También es posible encontrarlos en el directorio, pero sobre todo en los periódicos locales y nacionales como *Vechérnaia Moskvá* o *Pravda*, que a menudo reservaban toda una página—de un total de unas escasas seis u ocho páginas—a la publicidad. Destacan los anuncios de la perfumería, sobre todo los de la marca Teshe. Teshe, que alude claramente a un nombre francés, tiene numerosas filiales en toda la ciudad; allí hay perfumes, toda la variedad de cosméticos, artículos de tocador, productos de higiene, agua de Colonia, pasta dental y enjuagues, siempre en paquetes especialmente diseñados. Las barras de labios de calidad superior acaban de llegar al mercado. La fábrica de confitería Bolschewik, surgida también de una empresa de antes de la Re-

volución situada en el número 13 del paseo de Leningrado, es conocida por sus galletas, sus tartas de crema y de frutas, sus pastelillos y su repostería, por artículos de marca como Migon, Krásnaia Moskvá, Romashka y otros. Su competencia es la fábrica Babáiev, situada en el número 7 de la málaia Krasnosélskaia, famosa por sus dulces y sus caramelos, con fruta auténtica y rellenos de crema. Grandes son los anuncios de compañías de seguros como Mosgosstraj, seguros para el hogar, de propiedad y de vida.[2] Pero también se ofrece otro servicio, el entretenimiento: Mosgosstraj asume la organización de conferencias, actos, veladas culturales y cinematográficas. Se pueden solicitar también otros servicios esenciales, como el exterminio de plagas, la desinfección contra las polillas, insectos, piojos y cucarachas. Claramente visibles son los anuncios de importantes hoteles, restaurantes y cafés. En muchos hay comida y cena con orquesta de fondo, música de jazz por las noches y servicio de vehículo privado. Las orquestas tocan hasta las dos de la madrugada. Un lugar destacado lo ocupa el recién construido Hotel Moscova, que ofrece «máxima comodidad y confort», salones de lujo, teléfono, baño, ducha y coches de alquiler. Moscú está conectado con el mundo exterior, como promete el anuncio de la Central de Telégrafos y Teléfonos moscovita, desde la que se envían telegramas y radiogramas a Nueva York, Tokio, Londres, París, Berlín, Roma, Viena, Berna, Ankara, Shanghái y Ulán Bator.[3]

El sector de la publicidad y los anuncios se había convertido en un ramo propio, y las formas eran muy variadas: anuncios luminosos, bandas con eslóganes móviles, diseño de luces con exposiciones, vitrinas, carteles. Entre 1935 y 1941 había una agencia especial del Estado—Torgreklama—encargada de la publicidad.[4] En el Comisariado del Pueblo para el Comercio Interior, en la primavera de 1936 se mantuvieron conversaciones sobre las ventajas de los anuncios luminosos. Los funcionarios estaban todavía bajo el influjo de lo que ha-

bían visto en sus viajes a Nueva York y a París.[5] Sobre nada de esto valdría la pena hablar si no fueran imágenes publicitarias de un país que había superado recientemente la hambruna más terrible de su historia, y en una ciudad en la que, a principios de 1937, había día tras día centenares de miles de personas de viaje, a fin de garantizarse los suministros más elementales de alimentos.

ANDRÉ GIDE: SOBRE LA ESCASEZ Y EL LUJO

En el verano de 1936, un visitante extranjero como André Gide había sabido señalar el contraste entre la abundancia y la extrema escasez de bienes de consumo:

> En los últimos tiempos se ha inaugurado una gran cantidad de nuevas tiendas, y al visitar la URSS me sentí bastante sorprendido al ver los muchos salones de manicura y a las mujeres maquilladas, con las uñas pintadas con colores estridentes, a las que me encontraba por todas partes, sobre todo, por supuesto, en la mágica costa de Crimea.[6]

Gide ve riadas de gente por todas partes y se muestra desconcertado:

> ¿Qué hace la gente allí, delante de unos almacenes? Hacen cola; y la cola llega hasta la calle siguiente. Son tal vez doscientas o trescientas personas las que allí esperan, pacientemente, con absoluta tranquilidad. Todavía es muy temprano por la mañana; los almacenes tienen aún las puertas cerradas. Tres cuartos de hora después paso de nuevo por allí: hay todavía la misma cantidad de personas. Estoy perplejo. ¿De qué sirve venir por adelantado? ¿Qué se gana con ello?

Gide se explica esa cola interminable por la existencia de una demanda que no podía satisfacer ninguna oferta, por

«Ya por entonces lo que importaba no era propagar una imagen directriz ascética y proletaria, sino que lo que interesaba, por el contrario, eran el bienestar y el lujo que podían merecerse y alcanzarse». Publicidad de caviar en la *Guía de Moscú*.

muy grande que fuese. Al visitar unos grandes almacenes, se asombra de que no se haya producido un colapso del orden, creando el desconcierto y el pánico generales:

Dentro hay una multitud increíble. Pero los vendedores mantienen la calma, ya que, a su alrededor, no noté la menor señal de impaciencia; todo el mundo espera hasta que le toca su turno, permanece sentado o de pie, algunos con niños en brazos, todos sin número de orden, pero sin crear ningún caos. Si es necesario, se pasa uno allí toda la mañana, todo el día, en medio de un aire que el que viene de fuera cree que será irrespirable; pero pronto uno se acostumbra

a él, como se acostumbra uno a todo. Puesto que yo quería escribir no me quedaba más remedio que resignarme a esperar. Pero los rusos hacen algo mucho mejor que resignarse: por lo visto, les gusta la espera, y por eso te hacen esperar con sumo placer.

No menos desconcertado se muestra Gide ante la falta de gusto en la presentación de las mercancías:

Casi sin excepción, esas mercancías son repelentes. Uno puede incluso pensar que las telas, los productos que se venden, etcétera [...], se hacen a sí mismos extraordinariamente poco atractivos, a fin de aplacar el apetito por ellos, de modo que sólo se compren cuando exista una necesidad muy urgente, pero nunca más, a fin de entregarse al placer de comprar.

El gusto se refina, eso lo sabía Gide, cuando se pueden comparar distintas cosas, cuando se puede diferenciar. Pero, añade:

aquí no existe eso de que «Eso le queda mejor». A uno no le queda más remedio que «preferir» lo que se le oferta. ¡O tomarlo o prescindir de ello! Cuando el Estado lo es todo al mismo tiempo (fabricante, vendedor y comprador), el progreso de la calidad de vida depende únicamente del progreso general de la cultura.[7]

Con estas palabras, el francés se ganó los comentarios burlones y sarcásticos de otro visitante de Moscú en esas fechas: Lion Feuchtwanger. No obstante, Gide supo ver algo con agudeza: en primer lugar, que aquella abundancia de Moscú que se veía en los anuncios tenía que verse siempre ante el telón de fondo de una escasez fundamental; y, en segundo lugar, que tras la destrucción del mercado la publicidad ya no obedecía a la «estética de la mercancía», sino a una «artística presentación de objetos de uso».

ANUNCIOS, DECORACIÓN: LOS OBJETOS DE DESEO Y SU PUESTA EN ESCENA

Los anuncios del año 1937 se diferenciaban claramente de los de la época de la Nueva Política Económica, pero también de los del Primer Plan Quinquenal. Los anuncios de la Nueva Política Económica (NEP) tenían todavía cierto elemento de sorpresa, de anarquía y de seducción, ya que en efecto—y en cierta medida—reflejaban el regreso a las leyes del mercado; en muchos sentidos, seguían la tradición del diseño y el arte publicitario de la época anterior a la guerra y del período prerrevolucionario. En lo que atañe a los anuncios de las instituciones soviéticas, tenían una nota polémica, relacionada con la lucha de clases, e iban dirigidos contra el mundo de los «*népmany*» [los hombres de la NEP], como se mostraban todavía en la tipografía, en las fotos y en los carteles de Rodchenko y de Maiakovski.[8] Del diseño del Primer Plan Quinquenal, la publicidad de finales de la década de 1930 destacaba por el hecho de que ya por entonces lo que importaba no era propagar una imagen normativa, a la vez ascética y proletaria, sino que lo que interesaba, por el contrario, eran el bienestar y el lujo que podían merecerse y alcanzarse; lo que interesaba eran los valores y los símbolos de un mundo que hasta entonces había sido considerado burgués o pequeñoburgués: cuidado de la belleza, educación en las buenas maneras, buen gusto y buenas formas en el trato. Lo que hasta hacía poco se había desestimado como burgués—los perfumes, los muebles elegantes y cómodos, la buena ropa—había pasado a ser ahora una imagen directriz de una vida más rica y plena.[9] En 1935, con el fin del sistema de racionamiento y de bonos, así como con la autorización del comercio, se le había dado la espalda a la idea de que el abastecimiento sólo podría lograrse mediante una distribución centralizada y organizada por el Estado. Se había puesto de manifiesto que el sistema de racionamiento, con su división jerárquica de los bienes de consumo—en la cúspide de la pirámide, los

miembros de la Nomenklatura, los especialistas y directores, la clase trabajadora que hacía un trabajo físico y, en la base, los «de antaño», los despojados de sus derechos y los excluidos de toda participación (*lishéntsy*) y, sobre todo, el campesinado—, no resolvía los problemas de abastecimiento. En 1935 se abolió el rígido sistema de racionamiento y distribución en favor de «un mercado en el marco del plan»; pero dado que la demanda siempre superaba con creces la oferta, se producían continuamente graves cuellos de botella, de modo que, «desde abajo», se exigía la reintroducción de la distribución centralizada y el racionamiento, como sucedió, por ejemplo, en el invierno de 1936-1937. A raíz de una cosecha extraordinariamente floja y tras una continua expropiación estatal del campesinado organizado en los koljoses, en la primavera de 1937 surgió otra vez el fantasma de que se repitiera la hambruna de 1932. Lo que podía verse en los «almacenes universales» del año 1937 no era, por lo tanto, un nuevo retorno del mercado de la época de la Nueva Política Económica bajo el ropaje de formas más civilizadas, sino más bien un «aparente mercado» en el marco de un rígido proceso de expropiación estatal y de redistribución, un segmento específico que satisfacía las elevadas necesidades de una creciente «clase media». Los nuevos almacenes debían mostrar, de forma sensata, que había acabado la época de los viejos bazares, de los mercados y del estraperlo y que debía ocupar su lugar una nueva cultura de consumo. Las tiendas y almacenes se habían convertido en centros de enseñanza del buen gusto y de aspiraciones más elevadas. Frente a la «incultura» y la «incivilización» de los mercadillos y bazares, donde se había desarrollado el intercambio económico de la era preestalinista, ahora, supuestamente, se intentaba mostrar transparencia, cálculo, confianza, calidad y una ampliación del surtido. Los anuncios no eran tanto una forma de publicidad, sino más bien de educación, y no cumplían una función meramente comercial sino más bien pedagógica. El comer-

cio soviético, los «grandes almacenes» soviéticos, con distintos departamentos—*univermag*—, debía demostrar su superioridad frente a los almacenes del capitalismo, sólo orientados a la venta. La publicidad era información objetiva sobre la calidad de un producto, «orientada al uso y al valor de intercambio». Su función era aclarar al cliente soviético sobre dónde era mejor comprar los productos más económicos. Esa publicidad se entendía a sí misma como una ayuda para la navegación, a fin de garantizar una visión de conjunto en el mundo de los nuevos productos soviéticos. Así vemos cómo el diario moscovita *Vechérnaia Moskvá* publicó un plano de las plantas de los almacenes ZUM, con el cual se domeñaba el «caos del bazar» con la ayuda de un plano panorámico de la tienda, de modo que los clientes pudieran orientarse fácilmente con ayuda de estos croquis, una copia de los almacenes Macy's de Nueva York.[10] Y para que nadie se hiciera falsas ideas sobre un supuesto inicio de la «sociedad de consumo» soviética, bastaba con indicar las proporciones. Ya al final del Tercer Plan Quinquenal, en 1940, la producción de algodón por persona rondaba los dieciséis metros, la de lana los nueve metros, la de seda los cuarenta centímetros, menos de tres pares de calcetines y un par de zapatos de piel, y menos de un par de piezas de ropa interior. En 1937 había dos relojes de pulsera por cada cien habitantes; cuatro gramófonos, tres bicicletas, dos cámaras fotográficas, un aparato de radio por cada mil personas y seis motocicletas por cada cien mil. En el año 1940 la industria estatal de alimentos producía trece kilos de azúcar por persona, entre ocho y nueve kilos de carne y pescado, unos cuarenta gramos de productos lácteos, cinco kilos de aceite comestible, siete de conservas, cinco de dulces y confitería, y cuatro kilos de jabón:[11] la mayoría de esas cosas nunca se distribuían a través de la circulación de mercancías de los comercios, sino directamente a través de las fábricas, las empresas y las instituciones de los consumidores finales.

LOS MAREOS POR HAMBRE

En el verano de 1936 había habido una mala cosecha, que, desde el punto de vista estadístico, había arrojado resultados tan malos como los de 1931 y 1932. Una vez que los koljoses entregaron su cosecha de cereales al Estado, apenas quedó nada para la alimentación propia ni para la cosecha siguiente: un escenario ya conocido de la hambruna de los años 1932-1933. Ya en noviembre y diciembre de 1936, el NKVD empezó a enviar desde esas regiones hacia Moscú noticias acerca de crecientes «problemas con los alimentos».[12] Por su parte, esa escasez de alimentos también agravó el problema de la ganadería y la cría de animales. Como consecuencia de esa escasez de alimentos, los campesinos empezaron a sacrificar las reses, lo cual era más fácil que alimentarlas o venderlas a precios muy poco rentables para sus dueños, de modo que se produjo una nueva fase de colectivización en los sacrificios masivos de ganado. En el campo, por su parte, empezó a ponerse de manifiesto un ambiente de crisis y de catástrofe, que también se filtró a las ciudades, incluso a una ciudad como Moscú, privilegiada en lo que al abastecimiento de víveres se refería. El colegial moscovita Alekséi Sokolov, que a la sazón tenía trece años, contaba cómo había pasado sus vacaciones de invierno en el campo:

No tenía tiempo para hacer mis deberes ni para salir a dar un paseo. Tenía que levantarme a las tres de la madrugada y hacer cola para comprar pan: ocupando el puesto número veinte o treinta en la fila, a pesar de que el pan sólo lo despachaban a partir de las nueve o las diez de la mañana. Pasaba frío a la intemperie durante cinco o seis horas. Luego no distribuían suficiente pan, y te veías allí, de pie en medio del frío, y regresando a casa sin siquiera haber conseguido un kilo de pan. Creo que otros escolares de la época pasaron sus vacaciones de ese modo, o quizá peor. A juzgar por ello, puedo decir que el Gobierno soviético no ha mejorado en nada la vida de los campesinos, sino que la ha empeorado.

El número de quejas y cartas críticas que eran interceptadas había ido aumentando de forma sostenida en el invierno de 1936-1937. El tono era aproximadamente el siguiente: «Los trabajadores de fábricas y oficinas obtienen ayudas, pero los campesinos son reprimidos»; «Me gustaría que hubiera guerra. Yo sería el primero en enfrentarme al Gobierno soviético»; «El zar Nicolás era un estúpido, pero el pan iba barato y era blanco, y uno no tenía que hacer cola. Uno podía conseguir cuanto quería»; «Hitler no sólo se apoderará de la Unión Soviética, sino del mundo entero: sólo entonces comenzará la vida como es debido. Ahora sólo los líderes (*Führer*) tienen una vida como es debido»; «Tarde o temprano, a Stalin lo matarán. Son muchos los que están contra él. Stalin ha dejado morir de hambre a muchos»; «El Gobierno soviético y Stalin se comportan como si fuéramos sus siervos. Al igual que antes, cuando los campesinos trabajaban para los terratenientes, ahora el koljosiano trabaja hasta caer rendido, pero nadie sabe para quién, porque no consigue pan».[13]

Una vez más se inició una incontrolada emigración de campesinos; se desplazaban sin papeles, acampaban en las estaciones ferroviarias o a cielo abierto. Y una vez más se extendió el hambre, se mezclaba hierba con la masa para el pan, la gente se comía los gatos y los perros. Las personas morían, hinchadas por los edemas provocados por la falta de alimentación. Se produjeron suicidios, se cerraron escuelas, el tifus se extendió por todas partes. Particularmente afectados se vieron los territorios de Yarosavl, la República Autónoma de Mordvinia y la región del Volga. En algunos lugares los campesinos formaron bandas para conseguir el pan, y en las ciudades se formaban largas colas; hubo riñas tumultuosas, y cuando los comercios abrían quedaban vacíos en un santiamén. La crisis de los cereales alcanzó a las ciudades, que ya no pudieron ser abastecidas con el producto. Otra vez empezaron a buscarse chivos expiatorios, y en el verano y el otoño de 1937 hubo procesos públicos contra supues-

tos «saboteadores» en las regiones rurales.[14] Sólo la cosecha récord de 1937 disminuyó en algo la presión y el pánico de la cúpula dirigente. Y bajo esas condiciones surgió, «desde abajo», un movimiento que reclamaba la reintroducción del sistema de cupones. Las personas pasaban horas en las colas de espera: en las cafeterías y las cantinas de las fábricas, delante de las tiendas de víveres y de los grandes almacenes en los que se ofertaban artículos de consumo diario: calcetines, agujas, papel. Una buena parte de la energía vital de la gente se invertía en conseguir los víveres elementales. La mayor parte de la población estaba cansada y agotada hasta la extenuación.

Por otra parte, el puesto cercano a las fuentes, a esos sitios en los que se decidía el acceso a esos bienes de consumo crónicamente escasos, y el estatus eran más decisivos que cualquier otra cosa.[15] La posición de poder decidía sobre el acceso a los recursos extremadamente escasos. Por obtener bienes y servicios se libraban enconadas e irreconciliables batallas. Por un lado, estaba la economía de subsistencia dictada por una lucha por la supervivencia, con sus cientos de miles y millones de transacciones diarias, sin las cuales el país no podía ser alimentado; y por otro lado, estaba la administración de la distribución estatal, donde se acumulaban enormes riquezas o, por el contrario, uno podía convertirse en el chivo expiatorio por el mal funcionamiento del abastecimiento y ser el blanco del odio y de la envidia generales. Muchos empleados en el ramo del comercio perdieron la vida entre los años 1937 y 1938: antiguos propietarios de restaurantes, de comercios, empleados de pequeñas empresas de productos artesanales o de instituciones soviéticas, todo el nivel directivo de Narkomtorg, de Tsentrosoiuz y de diversas organizaciones del comercio. Nada era más sencillo que echar la culpa del colapso del abastecimiento, de las colas de espera, de los excesos de la mala planificación y de la malversación de bienes estatales a los «saboteadores trotskistas». La

fuerza del odio del año 1937 rezumaba por los poros de una tensión diaria entre una población que casi había perdido el buen juicio y el autodominio.[16]

SIN PERSPECTIVA: UN PUEBLO DE ESPECULADORES

Sin embargo, en el fondo se trataba de una lucha sin salida, y la cúpula dirigente del país era rehén de su propia política: cuanto más rigurosamente expropiaba las riquezas del país y las malversaba, tanto más dependía de los rendimientos elementales de una economía de supervivencia y de subsistencia que se organizaba de manera espontánea y que se desplegaba en el intercambio natural, en el bazar o el mercado negro regionales. Sin el mercado negro, toda la economía planificada no hubiera durado ni un día: los negocios comerciales *in natura* entre las fábricas y las empresas privadas disfrazadas de cooperativas, los pequeños artesanos organizados en forma de brigadas, una economía sumergida de la cual nunca se sabía claramente si se lucraba de la malversación de la propiedad estatal o si las empresas estatales se aseguraban de ese modo el rendimiento de la iniciativa privada. Las empresas clandestinas florecían precisamente allí donde la economía centralizada tenía sus grietas y sus cuellos de botella:

> Hacia la última etapa del racionamiento, los mercadillos y los mercados de objetos usados se habían convertido en imitaciones de los grandes almacenes. Las mercancías «fluían en tropel» desde el sector socialista estatal hacia el mercado negro, donde la reventa de esas mercancías garantizaba grandes beneficios. Los controles del NKVD a los mercados y los comercios demostraban la magnitud de la circulación de mercancías en el comercio privado. Todo el país, desde el comerciante profesional hasta el trabajador común, participaba en la especulación.[17]

Las formas eran tan variadas e ingeniosas como las transacciones que se hacían: iban desde el mal uso y la malversación de los materiales y recursos de las empresas y fábricas estatales hasta el pesaje engañoso de las mercancías, los negocios ficticios y la reventa de artículos salidos de las tiendas por parte de los departamentos estatales, todo vendido en el mercado negro con grandes márgenes de ganancia. Todo un pueblo, si pretendía mantenerse a flote, estaba obligado a servirse en gran medida del trueque y de la reventa, con lo cual se había convertido en un especulador colectivo. En realidad, el poder estalinista era impotente contra el mercado negro, como órgano de la racionalidad económica, y contra los que negociaban en el mercado negro, como agentes de otro tipo de economía.

LA INTELIGENCIA DE LA COLA DE ESPERA

La cola de espera y el mercado negro eran las formas principales no de una oposición, pero sí, tal vez, de un movimiento oculto que nunca se quebrantaba. Algunos informes del NKVD—los aquí citados provienen de la primavera de 1939—ponen claramente de manifiesto la exactitud con la que el poder observaba y analizaba los movimientos espontáneos y las inquietudes de las masas que hacían cola. Impotente, tenía que ver cómo la población se ponía en movimiento para salir en busca de los bienes de consumo imprescindibles para su supervivencia, sobre todo hacia las ciudades, mejor abastecidas que el campo, y aquí, a su vez, hacia las ciudades privilegiadas de la URSS, como Moscú o Leningrado. La emigración de vendedores y compradores cristaliza en un determinado punto: en las colas delante de los puntos de distribución y en las tiendas. Un informe del NKVD menciona exactamente, en la noche del 13 al 14 de abril de 1939, a cuarenta y tres mil ochocientas personas que habían hecho cola delante de los comercios y que todavía estaban allí cuando, al cabo de tres o cuatro horas, ya no quedaba un

solo producto en esos comercios. Los compradores y vendedores llegaban a Moscú desde todas partes; uno de ellos decía: «¡Cuántos días de trabajo se desperdician en una cola! ¡En esos días de trabajo se hubieran podido construir dos fábricas de tejidos en Moscú!».[18]

El informe del NKVD ofrece una especie de descripción condensada de lo que sucedía en la cola de espera:

La cola se forma varias horas antes de que la tienda cierre, en los patios de los edificios vecinos. Alguien lleva una lista de los que esperan, y una vez que uno se ha inscrito en la lista, algunos se marchan para descansar un poco en la calle o en el patio. Algunos ciudadanos traen grandes abrigos de invierno y mantas para mantenerse calientes. Otros también traen sillas plegables de cocina para sentarse.

Cuando sale el sol, la gente se pone a la cola, se sienta en las aceras, envuelta en mantas, o en los umbrales de las puertas próximas a la tienda (en la calle Gorki). Los empleados empiezan a dejar entrar a los clientes antes del horario de apertura, y de repente las colas se disuelven. Todos empiezan a correr hacia las puertas de la tienda, y la gente se golpea y se amontona.

Los jóvenes han organizado en las colas toda suerte de juegos y de bailes en la calle, los cuales, de vez en cuando, degeneran en actos de vandalismo.

Hacia las ocho de la mañana ya se han reunido delante de la tienda de la industria textil más de tres mil clientes (en la Kuznetski most). Cuando la tienda abre a las ocho y media, ya hay allí entre cuatro mil y cuatro mil quinientas personas. La cola, que se había formado a las ocho de la mañana, se extendía desde la Kuznetski most, pasando por la Neglínny pereúlok, hasta el final de la calle Púshechnaia (por lo menos un kilómetro).

A las ocho de la mañana se formó una cola de mil personas en el *univermag* del distrito Leningrado de Moscú, pero la milicia bloqueó a la muchedumbre con diez camiones. Una nutrida masa de gente corrió hacia la plaza situada junto al cine-teatro Espartaco, a fin de llegar a la tienda entre el cine y los coches de la policía. Allí se produjo un tumulto imposible, hubo caos y gritos. La milicia

parecía sentirse impotente. A fin de hacer algo y no ser aplastados, los milicianos subieron a los camiones y exhortaron desde allí a los clientes a que mantuvieran el orden. Cuando la tienda abrió, había en la cola más de cinco mil personas.

A las seis de la mañana se formó una cola en la zona de Dzerzhinski, llenando las calles colindantes, el tranvía y las estaciones de autobuses. Hacia las nueve ya había allí ocho mil personas.

Finalmente, la estrecha calle lateral de Stoleshnikov se convirtió en algo parecido al Mercado de Yaroslavl.[19]

El informe del NKVD recoge también las conversaciones que tienen lugar en la cola: la mayoría se queja de que no puede comprar nada con su dinero y de que algunos tengan que estar cuatro o cinco días en la cola para conseguir un abrigo. Para ello se desarrollan todo tipo de trucos que serán de suma importancia en la historia cultural de la cola: apuntarse en una lista, «alquilar» a alguien que ocupe su lugar en la cola o contratar y pagar a alguien para ello por adelantado, por correo: «Hacer cola se convirtió en un arte».[20] Las colas que congregaban a miles de personas eran estructuras socialmente complejas y exigían un alto grado de inteligencia social y de autoorganización, sobre todo porque tenían que reafirmarse frente a las prohibiciones, las amenazas y las intimidaciones. Las colas de esa magnitud eran señales de alarma y de advertencia al poder y así eran entendidas por éste. El «turismo de compra» formaba parte de la Moscú de finales de la década de 1930: personas pernoctando en estaciones, puertas cocheras y traspatios, epidemias, suciedad y brotes de criminalidad. Pero ni siquiera un decreto gubernamental con el elocuente título de «Sobre la lucha contra las colas que se hacen en los comercios de Moscú para obtener bienes de consumo» contribuyó demasiado a resolver el problema. Las colas no podían prohibirse, como tampoco podían prohibirse los bazares o el mercado negro. La formación de colas creaba su propia inteligencia, daba lugar a

un auténtico juego del gato y el ratón entre la milicia y la población: se disolvía cuando la milicia hacía acto de presencia, y se formaba de nuevo cuando ésta había desaparecido. No cabe duda de que este elemental estado de cosas—el ciudadano en su lucha cotidiana por la supervivencia—se anticipaba y superaba toda «política».

No es posible entender el poder de la década de 1930 sin el agotamiento total de la población, que gastaba todas sus energías haciendo frente a la vida cotidiana. La escasez de productos básicos, el fin de la civilización de los bienes obvios y los actos rutinarios de la normalidad ejercen una presión no menos opresora sobre la vida de un pueblo que la que emana de la cruda represión. Y para aquellos que estaban a salvo de las peores condiciones de vida, las naturalezas muertas de la publicidad, con su champán y su caviar, no eran sólo la promesa de un futuro mejor, sino un rentable depósito en el presente. La escasez y la pobreza son componentes tan importantes de la época como el odio, la envidia y el agotamiento. Una historia del año 1937 ha de ser también una historia del agotamiento físico y mental, y de los límites que pueden soportar las personas, que ya están cerca de la violencia del terror, al ver arruinada su vida cotidiana. No sólo los individuos enloquecen, también las sociedades pueden «enloquecer». Y sin esa «locura» de toda una sociedad no habría existido el año 1937.

ESPACIOS ABIERTOS, PAISAJES DE ENSUEÑO: VIAJES EN CRUCERO A TRAVÉS DEL VOLGA, VACACIONES EN LA RIVIERA ROJA, CONSPIRACIÓN EN LA DACHA

En la *Guía de Moscú* del año 1937 no sólo se mencionan los principales hoteles de la capital—el Metropol, el Savoy, el Nacional y el Novomoskóvskaia—, sino que también se anuncian las rutas de viaje por el país. Por ejemplo, se ofrecen viajes en crucero por el Volga y por sus afluentes. Por supuesto que lo primero que se alaba son las bellezas de la naturaleza, pero el verdadero atractivo de ese viaje radica en otra cosa: es un viaje a la nueva era, a un nuevo orden social. De la manera más confortable, a bordo de un lujoso barco, se puede estudiar aquel país en transformación: la enorme fábrica de tractores Dzerzhinski en Stralingrado, las fábricas de automóviles Mólotov y la fábrica de cristal en Gorki, las nuevas plantas para la construcción de cosechadoras en Sarátov, la fábrica de conservas Mikoián en Astracán, la de papel y celulosa en Balajná y la de goma y amianto en Yaroslavl. En otros lugares, junto al Kama, pueden visitarse la planta química de Bereznikí, la fábrica de papel de Perm o los nuevos silos de cereales de Chelny. El Volga como la arteria principal de la nueva Rusia, a lo largo de la cual se han creado una nueva industria, nuevas ciudades y un nuevo paisaje. Los barcos que navegan entre Moscú y Astracán están equipados con todo lo necesario para un viaje de placer: espaciosas cabinas, cubiertas con veranda, salones, comedores, bibliotecas y una excelente cocina: «Un viaje por el Volga no sólo resulta un placer, sino que constituye una de las mejores formas de restituir la salud a personas con alteraciones nerviosas o

afectadas por el cansancio».[1] De cualquier modo, cada año eran centenares de miles de turistas los que se permitían este placer que duraba entre dos y tres semanas, y no sólo eran extranjeros. En la página 236 de la *Guía de Moscú* se anuncian dos nuevas rutas: el canal Stalin entre el Báltico y el mar Blanco y el canal del Volga y el Moscova. Ambos acababan de ser terminados—fueron construidos entre los años 1932 y 1937—, con el empleo de centenares de miles de personas condenadas a trabajos forzados.

Pero los anuncios para los viajes de vacaciones también se encuentran en los periódicos y en las revistas. Lugares que reaparecen una y otra vez son los antiguos balnearios y sanatorios del Cáucaso—Esentuki, Piatigorsk, Borjomi—, las playas de Crimea—Yalta, Feodosia, Artek y Gurzuf—y los grandes ríos rusos.

Esto significaba que en Rusia el turismo—cuyo desarrollo ya había empezado en la época de entresiglos y se había venido abajo debido a la guerra y el caos de la revolución y la guerra civil—había sido retomado. En 1929 se había fundado la organización Inturist, especialmente creada para atender a los visitantes extranjeros. Si uno sigue las autovaloraciones y los eslóganes publicitarios, parece que en realidad se creía que en la URSS—esa «sexta parte de la Tierra»—estaba surgiendo un «centro internacional del turismo» y que el interés por el surgimiento de una nueva sociedad atraería a «un raudal de turistas» de todo el mundo. En ese país había de todo, se decía: un territorio gigantesco, las montañas más altas de Europa, una rica fauna que se había extinguido ya en otras partes, paisajes subtropicales y polares, pero sobre todo:

En la URSS existe también aquello que no existe en ninguna parte del mundo. Aquí se construye una nueva vida. Relaciones entre los hombres que jamás habían existido antes, nuevas formas de trabajo, una actividad constructiva insólita, un auge de la cultura, el florecimiento de un nuevo arte, el desarrollo de una nueva

cotidianeidad, el nacimiento de un hombre nuevo; eso es lo que estimula el interés por la Unión Soviética.[2]

Pero no se trata únicamente de un «nuevo tipo de turismo para extranjeros».[3] En la época del Primer Plan Quinquenal se habían creado de manera sistemática y metódica numerosas organizaciones para un turismo específicamente proletario: el turismo se puso en manos de organizaciones, sobre todo de los sindicatos y las asociaciones profesionales. Había un grado de especialización: para turismo de larga o de corta estancia, para alpinistas o bañistas, para esquiadores, deportes acuáticos y excursionismo. El turismo debía ser algo más que una forma de pasar el tiempo libre, debía servir al esparcimiento y la cultura, a la superación y a la elevación del nivel cultural y, finalmente, a desarrollar el entrenamiento físico y la capacidad de resistencia:

El derecho al descanso y al esparcimiento, reafirmado por la Constitución de Stalin, encuentra su más clara expresión en los viajes, en el turismo y en las excursiones que han alcanzado actualmente en la Unión Soviética una magnitud hasta ahora desconocida: miles de trabajadores pasan año tras año sus vacaciones en los más diversos viajes turísticos. En los países capitalistas, el turismo sirve por regla general como un medio de distracción. Nuestro turismo soviético es una forma de revolución cultural. Familiarizarse con la naturaleza del país, con su economía, con su vida cotidiana y con la cultura de los distintos pueblos de la URSS, con la industria socialista, con la construcción de las granjas estatales y colectivas (sovjoses y koljoses), con las nuevas ciudades, con los centros de las repúblicas nacionales, con sus vías fluviales: todo eso forma parte de las tareas del turismo soviético y lo sitúa en lo alto, en un nivel impresionante.[4]

Pero a pesar de la manera en que se ensalza lo nuevo y lo proletario, las rutas principales del turismo soviético siguen, en la mayoría de los casos, los caminos creados antes de la

Revolución, los cuales conducen a esos lugares de interés y se apoyan en la infraestructura ya entonces creada del sector del turismo y el esparcimiento. Esta tendencia se inicia con la nueva puesta en marcha y la rehabilitación de los barcos de pasajeros de las sociedades navieras prerrevolucionarias y termina con la entrega de mansiones, casas de veraneo y palacios de la costa del mar Negro a las organizaciones soviéticas: a los sindicatos, al Comité Ejecutivo Central del Consejo de Comisarios del Pueblo, a los diversos comisariados y a los institutos. La expropiación de la Riviera rusa y la incorporación del paisaje de palacios blancos, de paseos, parques y alamedas, es un proceso que acarrea ciertas consecuencias: el paisaje de ensueño del *Ancien Régime* queda incorporado al nuevo mundo, y se hacen accesibles al pueblo unos mundos hasta entonces inalcanzables. En la película *Una chica acude presurosa a una cita*, dirigida por Mijaíl Werner en 1936, se pone en escena una ciudad—Esentuki—como lugar de recreo en una dictadura.[5] Allí la nueva elite adopta hasta los hábitos de la antigua clase dominante: el traje blanco de algodón, el sombrero panamá, la desidia bajo un cielo mediterráneo. No obstante, se va formando inevitablemente un estilo del todo propio. Se necesita un enorme despliegue burocrático para poder llegar a esos lugares soleados tan deseados y siempre escasos. A mediados de la década de 1930 surgen construcciones modelo de centros recreativos, sanatorios y balnearios, los cuales se apropian de los más recientes conocimientos en el ramo de los balnearios en Europa y Estados Unidos, la *kurortologuia*, como el sanatorio de Barvija, en los alrededores de Moscú, y el sanatorio Matsesta, en la costa del mar Negro. En ellos todo es «moderno», desde la arquitectura, orientada a la luz y a la incidencia de los rayos del sol, con sus verandas acristaladas y sus balcones, hasta el diseño de los decorados interiores, que garantiza la tranquilidad y la relajación y dispone de todas las instalaciones médicas y balneológicas.[6] El turista colectivo de la organización está en

ventaja frente al grupo de los viajeros individuales, para entonces ya prácticamente extinguido.

El «hacinamiento» que se experimentaba en los pisos comunitarios de la capital se repite ahora en los balnearios y en las playas: uno ya no está en familia, sino que pasa el tiempo de recreo en un espacio muy reducido con otras personas casi siempre desconocidas. A pesar del abastecimiento privilegiado de comestibles, también en las playas de la costa aparece la cola delante de las cantinas, las cafeterías y los kioscos. No obstante, el «viaje al sur»—que puede referirse lo mismo al Volga, al Cáucaso o a las costas del mar Negro—forma parte de un privilegio y un lujo insólito, minoritario.

Pero tampoco los viajes por el interior del vasto país ayudan a escapar de la realidad. En la película *Prisioneros*, de Yevgueni Cherviakov (1936), aparece el canal del mar Blanco y el mar Báltico como parte de una ruta de viaje: los viajes y los trabajos forzados en una familiar cercanía.[7] Hay también otro lugar que representa un escape de las presiones del día a día y del ajetreo político: la casa de veraneo, la dacha, la cual, en 1937, también se ve absorbida por el torbellino de la política.[8] En los procesos públicos de Moscú, la dacha, el lugar de la retirada al ámbito privado, el sitio de recreo y de relajación, aparece una y otra vez como un lugar de conspiraciones. En las dachas tienen lugar encuentros confidenciales, allí se realizan reuniones, se intercambian supuestamente cartas y textos, se forjan complots. Supuestamente, Radek había visitado a Bujarin en su dacha, a fin de animarlo a que interviniera en su favor.[9] Un encuentro secreto entre Zinóviev y Tomski tuvo lugar, supuestamente, en la dacha del primero.[10] Hasta el propio Ordzhonikidze parecía haber aceptado conversaciones contrarrevolucionarias en su dacha.[11] En el proceso público de Moscú, las casas de veraneo de los alrededores de la capital desempeñan, en todo caso, un papel considerable como supuestos escenarios de la conspiración. Incluso la proximidad a las dachas de las figuras prominentes po-

día tener consecuencias funestas: el alquiler de dachas en el suburbio moscovita de Kunzevo a diplomáticos, la denuncia—con cuya ayuda el denunciante podía entrar en posesión de una codiciada casa de veraneo—, la mera cercanía a la dacha de los personajes relevantes podía tener sus efectos en la envergadura del castigo durante los arrestos.[12] Particularmente significativo es el destino del terreno situado junto a la casa de veraneo de Yagoda, un terreno de propiedad estatal perteneciente a la Kommunarka: se convirtió en el lugar de fusilamiento de los hombres de Yagoda, después de que se destapara una supuesta «conspiración» en el Dmitlag en 1937. La dacha, que en realidad era un símbolo del retiro en el ámbito privado, del tiempo libre y de la relajación, se transforma en un lugar de conspiraciones y ejecuciones.[13]

VIAJE A CASA Y MUERTE DEL NACIONALBOLCHEVIQUE NIKOLÁI USTRIÁLOV

RETORNO DEL EXILIO: APROXIMACIÓN A LA NUEVA RUSIA, *527* — EL NACIONALBOLCHEVISMO Y LA IDEA DE STALIN DEL «SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS», *532* — EL MUNDO DE LOS «DE ANTAÑO» Y EL AÑO 1937, *535* — DOBLE LECTURA: UN DIARIO COMENTADA POR EL NKVD, *540*

En 1935, Nikolái Ustriálov, uno de los representantes más destacados del exilio ruso, regresó a su patria. Dos años después, el 6 de junio de 1937, fue arrestado en Moscú el 14 de septiembre de 1937, y el Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS, basándose en el artículo 58, párrafos 1a, 8, 10 y 11 del Código Penal lo condenó a muerte por fusilamiento. El tribunal lo acusó de traición a la patria, terrorismo, propaganda y agitación para derrocar al poder soviético, y participación en la organización de actividades destinadas a debilitar el poder soviético; la sentencia se ejecutó, como era habitual, de inmediato.[1] Ustriálov, que había estado viviendo más de una década en el extranjero, donde había animado a los emigrantes a reconocer por fin a la Rusia ahora transformada en soviética, se convirtió, tras su regreso, en víctima precisamente de aquel poder al que había animado a servir en tantísimas ocasiones. Lo había hecho no sólo—y no en primera instancia—por nostalgia, sino porque estaba convencido en lo más hondo—como lo demuestran todos sus escritos en el exilio—de que el renacer de Rusia se consumaría tras una época de caos revolucionario, y ésa sería la obra

del «poder estatal rojo». En este aspecto coincidían, casi sin fisuras, su sentimiento de patriotismo hacia la Gran Rusia y la consigna de Stalin de un «socialismo en un solo país».[2]

El día de su arresto, Ustriálov le pidió a su mujer que le enviara a la prisión el diario que había venido llevando desde su regreso a Rusia. Esperaba que con él pudiera demostrar su lealtad al poder soviético. Aquel cuaderno escrito por ambas caras con una estilográfica, sobrevivió en el expediente del proceso llevado contra Ustriálov. Junto con los subrayados—que fueron hechos, probablemente, por los agentes que lo interrogaron—, estos diarios revelan el proceso de reeducación de la propia persona al que el mismo Ustriálov se sometió de manera sistemática y tormentosa, lo cual intensificó aún más las sospechas que al poder y a su policía secreta les inspiraba el individuo que se sometía y se autoinculpaba.

Ustriálov pertenecía a «la crema de la intelectualidad rusa». Nació en 1890 en San Petersburgo, creció en Kaluga y acabó sus estudios de Derecho en 1913 en la Universidad de Moscú. Una parte de los estudios los realizó en el extranjero, en la Sorbona parisiense y en la Universidad de Marburgo, donde asisitó a las conferencias de Hermann Cohen. En el año 1916 pasó a ser *privatdozent*, y tenía contacto con la Sociedad Religioso-Filosófica de Moscú, en la cual él mismo impartió algunas conferencias. También en 1916 ingresó en el partido del liberalismo ruso, los Demócratas Constitucionales (los llamados «Cadetes»), y se hizo un nombre como ensayista en destacadas revistas como *Rússkaia misl.* Aquí se insinúa ya la amplitud de sus horizontes y de sus futuros temas. En sus estudios, Ustriálov escribiría más tarde sobre la ética de Schopenhauer (1927), sobre el fascismo italiano (1928), sobre el universo de ideas políticas de Platón (1929) o sobre el nacionalsocialismo alemán (1933). Después de la Revolución de Febrero, dirigió en Kaluga el departamento regional del partido de los Cadetes, y poco

después trabajó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Perm. La «segunda etapa de su vida» comenzó con su traslado a Omsk, donde dirigió el Comité Central de los Cadetes en aquella república siberiana, así como el Departamento de Información del Gobierno del almirante Aleksandr Kolchak. Ya por entonces estaba convencido de la falta de perspectivas del movimiento contrarrevolucionario blanco: «Si nos hundimos, eso quiere decir que merecimos hundirnos», apunta en la primavera de 1919.[3] Tras la derrota del ejército de Kolchak, emigra a Harbín en 1920 a través de Irkutsk, de Chitá y de Manchuria; Harbín, con sus cuarenta mil fugitivos rusos, sus institutos, bibliotecas, periódicos y teatros, con su universidad local, se había convertido en uno de los centros culturales más importantes de la diáspora rusa. Aquí, como él mismo comenta, comienza la «tercera etapa» de su vida.[4] En el año 1925 entra al servicio de la KWShD, el tren de la China Oriental, una empresa mixta chino-rusa en la zona limítrofe, donde desplegó una intensa actividad docente y de publicaciones. Pero lo que llevó su nombre al parnaso de la cultura y la política rusas fue el volumen antológico *Smena vekh* [Cambio de señales], que editó con la colaboración de otros prominentes intelectuales rusos y que fue publicado en Praga en el año 1921; en él, Ustriálov y los demás autores expresaban su convicción de que «la suerte estaba echada», de que el renacimiento de Rusia se perfilaría bajo el signo y las formas del bolchevismo, y de que la emigración tendría que emprender su «camino de Canossa» si deseaba permanecer fiel a Rusia. La contribución de Ustriálov al tomo *Smena vekh* se titulaba, de manera significativa, «Patriótica». Ese volumen desató acaloradas controversias en toda la diáspora, pero también en la propia Rusia. Había tocado un nervio sensible: la guerra civil había concluido, y la intelectualidad, que hasta entonces había reaccionado de manera expectante o con hostilidad, tuvo que reorientarse, tanto dentro como fuera del país. Us-

triálov forma parte de aquellos que entendían la consigna de «¡A Canossa!» de un modo literal. Ya en 1925 había emprendido un viaje a la Unión Soviética y había publicado un libro sobre ese viaje.[5] Entonces empendió el regreso definitivo a Rusia y lo preparó minuciosamente, tal y como se infiere de su correspondencia y del envío de su archivo y sus diarios a Estados Unidos. Tenía pensado retomar en Rusia su actividad docente y, sobre todo, actuar como propagandista de la reconstrucción soviética. El 12 de mayo de 1935, en Harbín, subió al tren hacia Moscú con su familia, y llegó a la capital el 2 de junio.[6]

RETORNO DEL EXILIO: APROXIMACIÓN A LA NUEVA RUSIA

Desde el primer día de su retorno, Ustriálov se sintió impresionado por los cambios en su vieja y en su nueva patria. Sus anotaciones fueron precisas, la mayoría de ellas, incluso, llevan consignada hasta la hora en que fueron incluidas en el diario. Deseaba rendir cuentas de cada reencuentro con lugares y con viejos conocidos, fijar sus impresiones sobre la nueva Rusia y ajustar cuentas consigo mismo. El regreso a Rusia, tal y como él mismo lo expresa, se convirtió en un viaje en «una auténtica máquina del tiempo» (6 de junio de 1937). Esas impresiones se le echan encima, apenas se siente capaz de asimilarlas: «En la patria. De algún modo no he podido procesar nada como es debido. Es, literalmente, un sueño, una avalancha de impresiones, un *élan* vital» (30 de mayo de 1935). Las conversaciones en el tren, el encuentro con los lugares de la infancia desatan un «caos de sentimientos». Visitó los lugares de su niñez y su juventud, pero también tuvo que ocuparse de encontrar un puesto de trabajo. Por esa razón fue un viaje a través de distintas épocas: el pasado, la época de su infancia, el presente, que representaba a la nueva Rusia. A veces esas épocas se entremezclaban. En esos dos

años viajó mucho: fue a Voronezh, a Kaluga, a Moscú, a Leningrado; fue a los balnearios del Cáucaso y del mar Negro. En Kaluga visitó la casa de su abuela: «infancia resurrecta, pasado viviente» (6 de junio de 1935), se embriagó con los ruidos, caminó con los niños a lo largo del río, se ocupó de las deterioradas tumbas en el cementerio y se encontró con campesinos que todavía pertenecían por entero al universo de la antigua aldea rusa. Se mostró confundido ante el choque de las contradicciones y soñó con un escritor que fuera capaz de describirlas y abarcarlas. Le asustaron el deterioro y la desolación, los empapelados desconchados, tan familiares para él de su infancia, el parquet estampado del despacho, la mala hierba en el jardín de la casa de su familia. Estaba atónito: «El pasado [...] Había una vez [...] Tierra de recuerdos [...] mundo sumergido [...], pero ¿puede que sea posible todavía una reconstrucción?». Y, en efecto, se encontró con un jovencito que se había instalado en el «antiguo cuarto de mamá», y que le dijo que todo sería puesto nuevamente en orden: «Sí, sí, en las ruinas hay una nueva vida» [anotación del 10 de julio de 1935, en alemán en el original, nota de K. S.]. Hizo excursiones a Sérguiev Posad, a Novi Ierusalim, cuyo monasterio había sido transformado en un sanatorio para enfermos de tuberculosis y su catedral en un museo (25 y 26 de mayo de 1937). Se preguntaba una y otra vez si no había sucumbido a la nostalgia y a una mirada sólo vuelta hacia el pasado.

La integración en la vida laboral soviética no transcurrió sin fricciones, tal vez como él se había imaginado. Una y otra vez lo citaron al Comisariado del Pueblo para el Transporte y las Comunicaciones, donde debía impartir conferencias sobre geografía económica. En febrero de 1937 se le comunicó que, debido a la situación general—al incremento de la vigilancia—, sus conferencias no podrían iniciarse en el semestre de primavera que estaba a punto de comenzar. Las redacciones de los periódicos rechazaron o mutilaron muchos

de sus artículos sobre Pedro el Grande o sobre Pushkin. Ustriálov sufría a causa de aquel ocio forzoso.

Pero, sobre todo, sus anotaciones en el diario tratan sobre la nueva Rusia. Y esto no sólo se debía a que le interesaba esa Rusia transformada, sino a que buscaba y esperaba encontrar puntos de referencia, pruebas que confirmaran su visión de una gran Rusia renovada por el bolchevismo.[7] Casi en todas partes podía escucharse la fuerza del deseo que guiaba su pensamiento. Él no sólo quería ver ruinas y devastaciones, sino «imágenes de una labor febril y creativa de los jóvenes» (19 de junio de 1935). Creía incluso que él, en su condición de retornado del exilio, contaba con una mirada más aguda, ya que podía hacer comparaciones, mientras que los nativos, a menudo, no veían el bosque a causa de los árboles (24 de junio de 1935). Le parecía que la historia que tenía lugar ante sus ojos era digna de «los versos de un Shakespeare, o de la música de un Wagner o del pincel de un David». «Aquí, sin embargo, se trata de historia en estado puro, *au naturel* [...]. Historia, es decir, presente. Puntos de conexión. Sí, algo imponente, fatal, con el peso del destino» [en alemán en el original; nota de K. S.] (16 de febrero de 1937).

Por todas partes veía signos de una nueva era, de un nuevo comienzo. La visita a la fábrica de rodamientos de Moscú lo llenó de entusiasmo. El 11 de junio de 1935 escribía:

> Excelentes máquinas, gente estupenda. Es una alegría percibir ese crecimiento polifacético del país. En esas imponentes fábricas modernas uno comprende la singular belleza de la tecnología, ésa de la que una vez hablara Spengler, quien alabó la belleza de los cruceros y cosas por el estilo.

Estaba fascinado con los «pájaros de hierro que retumban por el cielo», con el «hombre nuevo» que había visto en los desfiles de los deportistas (19 de julio de 1935). Le gustaba que hubiesen cambiado las formas del trato y que el térmi-

no *ciudadano* se hubiera convertido en *camarada*. El rostro social de la ciudad, apunta el 9 de julio del mismo año, también había cambiado:

¡Una nueva capa social! ¡Una nueva clase! Sí, aquí se percibe de manera literal e inmediata su surgimiento y su ascenso. El rostro de las ciudades se ha transformado de manera considerable. Un nuevo tipo de rostros, los «rostros de los suburbios» de antaño. Sí, la era de los obreros y los campesinos, la revolución proletaria. Ya no puede hablarse de la ciudad burguesa-intelectual ni noble-aristocrática. También el rostro de la nueva intelectualidad es diferente, también es proletario, el de la masa. Pocas veces, muy pocas veces aparece en la calle una figura de estilo antiguo: literalmente es un uro en extinción. Ése es el efecto social de la revolución: «los suburbios» se han trasladado a la ciudad, y «la ciudad» se ha ido a la emigración, al extranjero, al más allá. Pero sería un pecado cuestionar la lógica histórica. Por primera vez Rusia tiene auténticas ciudades que han superado la resistencia a la inercia. Muy lentamente la población se irá convirtiendo en una población verdaderamente «urbana». Estamos en los comienzos de este proceso inmenso, tan interesante.

Él mismo se siente como un fósil en ese entorno transformado por una revolución social-demográfica: «Sí, todo alrededor ha cambiado, por todas partes se ven caras nuevas, desconocidas; las conocidas, las que sobrevivieron a la tormenta, se ven viejas, y lo son» (16 de julio de 1935).

Con particular atención sigue las turbulencias políticas. Escucha las transmisiones directas cuando se aprueba la Constitución de Stalin, apunta en detalle los nombres de los oradores y los aplausos, anota, casi siempre sin satisfacción, el caso de los opositores de izquierda que lo habían atacado en el pasado; a uno de ellos lo había conocido incluso personalmente: había estudiado con Piatákov en la Universidad de Moscú. Al escuchar las noticias de la radio sobre el proceso contra los trotskistas, apunta (30-31 de enero de 1937):

Sentimientos encontrados. Aunque la muerte de esas personas ha sido dictada por la lógica de la historia, sentí, al escuchar la noticia sobre Radek y Sokólnikov [que habían sido condenados a penas de prisión, no a la pena de muerte; nota de K. S.], una alegría sincera.

Escuchó fascinado la transmisión de la intervención de Stalin por la radio y la noche del 6 al 7 de diciembre de 1936 escribió:

Ese nombre organizador, que hipnotiza; el nombre es consigna y el nombre representa una personalidad, es un destino dictado por la lógica, la historia y el desarrollo social. La revolución exitosa, ¡la gran Revolución!; un país como el nuestro, un país multiétnico, con pueblos que están acostumbrados a pensar de forma concreta, necesita un guía claro, consciente y concreto. Y es una suerte que lo haya obtenido. Sí, se necesita un talismán, se necesita a Stalin, STALIN [en el texto, subrayado y con una imagen de Stalin de perfil pegada al texto; nota de K. S.], para poner en movimiento los pistones, las válvulas de vapor y los amortiguadores, ese sistema formado por hombres, destinado a preservar nuestro Estado y a transformarlo, a conquistar el socialismo por medio de la lucha, a consolidarlo y divulgarlo.

Stalin encarnaba la fuerza de esa máquina conformada por millones de personas que había transformado el mundo. Quien no viera eso, según Ustriálov, tenía una relación perturbada con la realidad: «*Alea jacta est*. No hay alternativa. Hoy, para nosotros, el patriotismo está indisolublemente ligado al internacionalismo bolchevique. La vida en nuestra patria es inseparable de su posición en el mundo» (6-7 de diciembre de 1936). Aquí no se trataba de un estado de ánimo momentáneo o de una excitación al oír una transmisión por radio; esta anotación de Ustriálov expresa más bien una convicción fundamental que él compartía con otros «retor-

nados» de su generación, entre ellos el príncipe Dmitri Sviatopolk-Mirski (1890-1946?), perteneciente a la más antigua nobleza rusa, o el escritor Aleksandr Kuprín (1870-1938), quien regresó en 1937 de Francia, estando enfermo de muerte, y también el compositor Serguéi Prokofiev (1891-1953), quien había regresado a la URSS en 1936 para siempre, después de una larga vida como artista en el extranjero.[8]

EL NACIONALBOLCHEVISMO Y LA IDEA DE STALIN DEL «SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS»

En su diario, Ustriálov sólo formulaba lo mismo que ya había formulado en el exilio en 1921, junto con sus amigos políticos, en la antología *Smena vekh*.[9] Con el final de la guerra civil, que acabó con la derrota de la contrarrevolución y el establecimiento del poder soviético, había tenido lugar un balance sin rodeos y una revisión de la relación de la intelectualidad y de la emigración con el poder bolchevique. La continuación de la oposición, incluso de la resistencia militar y de la subversión, no sólo era un propósito sin perspectiva, sino que también significaba traición a la patria y a los propósitos de los verdaderos patriotas. El Ejército Blanco sólo había contribuido a la destrucción de la infraestructura y de las bases vitales, mientras que la preservación de la integridad de Rusia y la misión de reconstruir el país, arruinado por la guerra y la revolución, habían pasado a manos del poder bolchevique. Por una paradójica jugada de la historia, la causa de la nación rusa y del Imperio ruso había pasado a los bolcheviques. Lenin y Trotski encarnaban entonces las mejores virtudes de la intelectualidad rusa. Moscú, en su condición de capital de la Tercera Internacional, se había convertido en una capital mundial, en la verdadera sucesora de la Tercera Roma, y Lenin y Trotski habían pasado a ser autoridades estimadas y honradas en todo el mundo. Era un ilusión de la emigración creer que el triunfo de los

bolcheviques se basaba sólo—o sobre todo—en el poder de las bayonetas; más bien podía decirse que tenía una base social amplia y firme. Ustriálov y sus coautores estaban impresionados por lo que los bolcheviques habían conseguido en un tiempo muy breve. La intelectualidad rusa—tanto en el interior como en el exilio—sólo podía permanecer fiel a su gran tradición de resistencia y de lucha por la renovación y la modernización de Rusia si estaba dispuesta a «convertirse», es decir, a una colaboración constructiva con el régimen postrevolucionario.[10]

La posición de los *smenovejovtsi* había desatado un vivo debate, un debate incluso tempestuoso, en los centros de la emigración, sobre todo en Sofía, en Belgrado y en Berlín, pero no sólo allí. El Gobierno soviético, y en especial Lenin, había tomado la palabra de los intelectuales liberales y conservadores, con lo cual había enviado una señal importante para iniciar un proceso de fermentación y de reorientación dentro de la intelectualidad, y había sacado las conclusiones pertinentes. Ese poder fomentaba de forma amplia las publicaciones y los periódicos de esa tendencia, sobre todo de la revista *Nakanunie*. Invitaba a los líderes intelectuales a dar conferencias y a participar en debates en la URSS y, al mismo tiempo, no dejaba duda alguna de que consideraba la «Teoría de Radiesch» de los *smenovejovtsi*—el poder soviético rojo por fuera y blanco por dentro—como un pensamiento ideal reaccionario. Por primera vez después de la guerra civil surgían foros para un debate relativamente abierto sobre cuestiones fundamentales de la política soviética y de las posibilidades también para intelectuales no comunistas de participar e influir en el poder soviético, sobre todo aquellos intelectuales y miembros de las profesiones liberales que hasta entonces habían sido difamados como especialistas burgueses: ingenieros, médicos, miembros de la Academia, del cuerpo docente universitario, agrónomos, etcétera. El debate sobre los «cambios de señales» ponía fin al

curso sectario del poder soviético y atraía a muchos intelectuales que hasta entonces mostraban una actitud hostil o se mantenían a la espera. Éste fue un momento muy decisivo para la rápida restauración de la economía nacional y para una distensión, incluso de una normalización de la situación intelectual, en el marco de la Nueva Política Económica. La consigna de Stalin, la «construcción del socialismo en un solo país», que empezó a circular a partir de 1923, en contraposición con la consigna de Trotski sobre la «revolución permanente» y la fijación en la continuación de la Revolución a nivel mundial, no era otra cosa que el reconocimiento del hecho de que la transformación radical se había mantenido circunscrita a Rusia y de que había que considerar ese hecho. Para la reducida clase de los expertos, tan importante para el funcionamiento de toda la sociedad, la de los especialistas, los intelectuales, la invitación a participar en la construcción del país abría nuevas posibilidades de acción, a la que la intelectualidad de orientación patriótica y conservadora no sólo no deseaba cerrarse, sino que quería involucrarse activamente y con energía. En qué medida el Partido Comunista temía la influencia potencial de esta clase puede leerse en la reavivacón de la llama de las prácticas de la guerra civil también frente a los miembros de la antigua intelectualidad a finales de la década de 1920: acoso a intelectuales y expertos, procesos públicos, descalificación de toda esa clase, ataques físicos por parte de activistas militantes de la revolución cultural y por obreros azuzados a ello. Por su parte, la intelectualidad patriótica fue puesta en la picota, excluida y castigada con graves sanciones. La revisión de la política de exclusión y la rehabilitación de los expertos, de sus competencias y su autoridad, por ejemplo, a partir del año 1935, fue vista por los afectados como una redención. De manera parecida a como había sucedido al final de la guerra civil y en el tránsito hacia la Nueva Política Económica, también a finales de la fase del ímpetu voluntarista, del *Sturm und Drang*, con la

industrialización y la colectivización, se hizo visible un nuevo *modus vivendi* entre el Gobierno y aquellos grupos de la población hasta entonces estigmatizados, lo cual llenó de grandes expectativas y de una nueva confianza a los afectados: el poder trabajar con tranquilidad para sí mismos y para el país. Esto, por lo demás, también afectó a adeptos de otras corrientes, que habían ido surgiendo en todo ese tiempo de fermentación y de reorientación en la diáspora y dentro del país, como, por ejemplo, la corriente de los euroasiáticos. El patriotismo, al que los «nacionalbolcheviques» aglutinados en torno a Ustriálov, habían otorgado una expresión, era una fuerza poderosa dentro de ese entorno y no sólo fue reconocido por el poder, sino también instrumentalizado y adaptado a su conveniencia. Había dos fuertes tendencias que chocaban: un patriotismo anticuado, surgido ya en los últimos años del Imperio de los zares, cuyo objetivo era modernizar y elevar el rango de Rusia a una gran potencia (es decir, el patriotismo de la antigua elite), y la política imperial de Stalin, la cual pretendía renovar el antiguo contexto imperial en forma soviética con nuevos medios, nunca antes existentes, y de ese modo reinstaurarlo.[11] No cabe duda de que el nuevo poder no abrigó ni por un segundo la duda de que el patriotismo de viejo cuño tendría que plegarse a las exigencias y las formas de la nueva época. Ustriálov y sus amigos, a los ojos de Stalin, ya no eran los bienvenidos propagandistas para la legitimación del nuevo imperio.

EL MUNDO DE LOS «DE ANTAÑO» Y EL AÑO 1937

Ustriálov, que había llegado a Moscú procedente de Harbín, se encontró allí con toda clase de conocidos de los viejos tiempos: en el metro se encuentra con un antiguo amigo que ahora trabaja como traductor—«Fue bonito encontrarme con una sombra de aquella época pasada e irrecupera-

ble» (14 de febrero de 1937)—; en la Kuznetski most se tropieza con otro conocido que ahora trabajaba en un editorial soviética. La ciudad se había transformado de un modo radical, pero a los miembros de aquella clase con la que él había tenido trato frecuente podía encontrárselos en todas partes. Los antiguos vínculos vitales no desaparecían sin dejar rastro de la noche a la mañana. Estas personas habían perdido sus puestos de trabajo, pero habían encontrado refugio en otras parcelas, se habían instalado y se las habían arreglado, se habían retirado temporalmente y luego habían regresado a la ciudad. También el nuevo poder tenía necesidad de determinadas profesiones y de gente cualificada, sobre todo de aquellas que no estaban tan difundidas entre quienes habían ascendido de las clases más bajas, vinculadas a los conocimientos de idiomas, al mundo del arte y de la cultura, al contacto con extranjeros, a las funciones administrativas y de dirección, con habilidades organizativas, vinculadas al mundo del comercio y las ventas, al lujo y a las modas. Determinadas competencias eran extremadamente raras y aseguraban a los «de antaño», a los «prescindibles»—a pesar de toda discriminación y exclusión—, una base de supervivencia. A menudo eran existencias vividas en las catacumbas, y podían sostenerse en los «nichos» gracias a la intervención de poderosos benefactores y promotores; Bujarin, Voroshílov, Yezhov: todos ellos tenían su *entourage* de artistas e intelectuales. Muchos destacados dirigentes partidistas tenían sus propios círculos culturales, vínculos y conexiones, con la consecuencia de que estos últimos también eran arrastrados al abismo cuando caían los primeros. El violinista Yuri Yelaguín escribe en sus memorias que el Teatro de los Artistas de Moscú gozaba sobre todo de la protección de Mólotov y de Voroshílov:

Bajo la protección de esos poderosos hombres llevábamos una vida agradable en que nadie los molestaba. La lucha de clases no había penetrado en nuestro teatro. Entre sus muchos miembros, actores,

músicos, tramoyistas y acomodadores, había varios sobre los que, según la ley, pesaba el sambenito de «enemigos de clase» y que jamás hubieran podido aspirar a una vida tan holgada en un Estado socialista de obreros y campesinos.

En el Teatro Bolshói, el Teatro Mali, el Teatro de Arte, en todos los teatros de Moscú, sucedía algo parecido. En la orquesta del Teatro de los Artistas había un anciano muy humilde, de barba blanca, que tocaba la guitarra. Antes de la Revolución había sido uno de los hombres más ricos de Moscú, propietario de una docena de grandes edificios en el corazón de la ciudad. Los hijos de los «excluidos» se habían infiltrado en el coro y en el cuerpo de baile del Teatro Bolshói y de ese modo podían eludir muchas dificultades. Fue así como Luisia Aleksándrova, una antigua dama de la corte de la emperatriz Aleksandra y favorita de Nicolás II, pudo capear el temporal sin sufrir el menor rasguño. Cuando sus vínculos con la corte del zar llegaron a oídos de círculos más amplios, tuvo que marcharse a Moscú, donde llevó una vida despreocupada y sin molestias como actriz del Teatro Mali.

En la década de 1930, el Teatro de los Artistas presentó la obra *El zar Fiódor Ivánovich*, pero durante la puesta en escena el director temió no poder encontrar a alguien que pudiera hacer repicar de un modo auténtico las campanas de la iglesia que sonaban detrás de la escena. En la Moscú del gran Stalin, en la década de 1930, apenas podía encontrarse a una persona capaz de tañir correctamente unas campanas. Tras una búsqueda desesperada se encontró finalmente, en un campo de concentración del norte, a un anciano que antes de la Revolución había sido el campanero principal en la torre de Iván el Grande del Kremlin. Al anciano lo indultaron sin muchas dilaciones y lo llevaron a Moscú, donde pasó el resto de su vida haciendo repicar las campanas tras el escenario del Teatro de los Artistas.[12] En esos «nichos»—como es el caso de Yelaguin, cuyo abuelo había sido un industrial

y su padre un ingeniero—se producía una significativa condensación de los «de antaño»:

En el Teatro Vajtángov el electricista era el hijo de un general zarista y el director de la orquesta era un sobrino del ministro del Interior del zar. La princesa Rita Obolénskaia, conocida por su belleza y por sus melancólicos y expresivos ojos, era actriz de nuestra compañía. Uno de los casos más extremos era el de nuestro maestro concertante, mi compañero de atril en la orquesta, el conde Sheremetev. Cuando lo conocí en el año 1931 era todavía un hombre joven, no mucho mayor que yo. Provenía de una de las familias aristocráticas rusas más antiguas y conocidas, y llamaba la atención tanto por la distinción de su aspecto como por los rasgos delicados y nobles de su rostro, algo que ya apenas se encuentra en la Rusia de hoy [...]. Era un músico con una formación excelente. Su manera de tocar el violín era impecable, expresiva, y tenía un sonido particularmente bello. Su oído musical era perfecto.[13]

Se trataba, en este caso, de la cabecera de un grupo que afectó a veinte millones de personas durante el momento álgido de la política de discriminación de finales de la década de 1920.[14] Formaban parte de un grupo de personas que, en virtud de las Constituciones de 1918 y de 1926, fueron excluidas por el poder soviético de participar en las elecciones y del disfrute de los derechos fundamentales: «elementos capitalistas», representantes del *Ancien Régime*, comerciantes, sacerdotes, miembros de los cuerpos de la policía zarista, del Ejército Blanco, gente que daba empleo a jornaleros y cuyos ingresos no procedían de su propio trabajo. Pero esas personas no sólo estaban excluidas del derecho al voto, sino que con ello perdieron también el acceso a viviendas, al trabajo, a las escuelas y universidades, a la atención médica, a los cupones de comida; en el fondo, eran como pajarracos sueltos, expuestos al arbitrio de cualquier denunciante o de las autoridades. Cada vez que había elecciones eran arrestados, registrados, aislados. Algunos ramos profesionales se vieron par-

ticularmente afectados por todo esto: la esfera del comercio, por ejemplo, los campesinos que practicaban el comercio a pequeña escala, miembros del clero de la Iglesia ortodoxa, los rabinos, los mulás, los pastores, antiguos miembros de los cuerpos de oficiales. Ellos—y sobre todo también sus familiares y parientes—eran las víctimas preferidas, incluso las víctimas previstas para estas acciones de exclusión y deportación de los años 1929, 1934 y 1935. Quedaron excluidos del acceso a las escuelas, de las pensiones, de la atención médica, de la práctica de algunas profesiones; y tampoco podían recibir alimentos ni víveres.[15] Como no tenían acceso al trabajo ni a los puestos de trabajo, se vieron a merced de una existencia semilegal y semicriminal. La existencia de los *lishéntsy* era para ellos mismos lo suficientemente insoportable, y su efecto principal era disciplinador: cualquiera que estuviera en ese estatus era extorsionable, podía ser «desenmascarado» y excluido. La cacería emprendida contra los «de antaño» se convirtió casi en un deporte, y la penosa supervivencia a esa cacería era una ocupación permanente, que minaba los nervios. El hecho de que no se tratara de un grupo muy pequeño se infiere a partir de la cifra de personas excluidas del derecho al voto en las elecciones de 1928-1929 sólo en el territorio de Moscú: 219 084 personas, de las cuales un 85%, es decir, 185 700, se esforzaron por conseguir que se les restituyeran sus plenos derechos.[16]

Las consecuencias prácticas de la exclusión de tan elevado número de personas nos permite comprender la aquiescencia y el entusiasmo con que este grupo acogió la nueva Constitución estalinista. El artículo 135 de la nueva Constitución—según el texto—garantizaba el derecho al voto para todos y eliminaba la discriminación de la Constitución de Lenin de 1918. Ahora esas personas no sólo podían tomar parte en las elecciones, sino que podían enviar a sus hijos a la escuela, unirse a los koljoses, recibir cupones de comida. Pero aun así, tras la aprobación de la Constitución, se-

guía sin estar claro cómo interpretar el artículo 135 y saber si se eliminarían todas las restricciones, si los desterrados podrían regresar. El proclamado fin de la ausencia de derechos tras las exclusiones de la época de la Revolución y de la guerra civil, asociado al nuevo llamamiento al orgullo nacional, generó una atmósfera de nueva cohesión nacional y social. La entrada del diario de Ustriálov el 6-7 de diciembre de 1936 sobre el anuncio en la radio de la Constitución, reza: «Día de celebración de la Constitución. Durante todo el día la radio festejó con entusiasmo patriótico el triunfo socialista».

Ustriálov admiraba la labor integradora del Imperio soviético: «Se repite el pasado antiguo: *Civis romanus sum*. La gente está orgullosa: soy un ciudadano soviético. [...] ¡Viva la URSS! ¡Viva el Estado soviético! ¡Viva la nación soviética, unida y grande!» (noche del 12 de agosto de 1936). La creación de un amplio consenso nacional en una época de crisis y de inestabilidad iba de la mano, desde el comienzo, con el control y la exclusión de todos los riesgos imaginables que podían subyacer a unas elecciones verdaderamente generales y libres. La campaña electoral, que desembocó el 12 de diciembre de 1937 en las primeras elecciones celebradas después de la nueva Constitución, estuvo acompañada de una campaña que azuzaba los asesinatos masivos y en la cual fueron eliminados, de manera encauzada y profiláctica, los potenciales representantes de otra alternativa. Nikolái Ustriálov fue asesinado a raíz de esa campaña, que constituyó la otra cara de la campaña electoral, y que costó la vida a más de medio millón de personas.

DOBLE LECTURA: UN DIARIO COMENTADO POR EL NKVD

El diario no sólo nos ofrece un cuadro sobre la actitud de Ustriálov, dispuesto a la entrega total y al propio sacrificio, sino

también sobre las razones por las que ésta nunca fue verdaderamente creíble para el poder, y por las que Ustriálov—o cualquier otra persona con el mismo perfil—siempre fue visto como una amenaza y un enemigo. El diario contiene numerosos pasajes subrayados. Estos subrayados, puestos y leídos en conjunto, nos revelan las sospechas y la desconfianza de la policía secreta, una suerte de negativo de la víctima llamada Ustriálov. Los subrayados revelan la atención de los órganos por el reemigrado, al que el poder soviético le había expedido un pasaporte por tres años. La policía del Estado vigilaba, por lo visto, sus contactos, las personas que visitaba en Moscú; y con qué otros emigrantes de Harbín establecía contacto, con quién se encontraba en el metro.[17] De interés eran también sus artículos sobre cómo se entendía a sí mismo, sus trabajos, en una gran «confesión» (10 de febrero de 1937). Asimismo aparecen subrayados sus comentarios sobre el elemento «nacional» en Napoleón o Mussolini, por un lado, o en Lev Tolstoi, Lenin y Stalin, por el otro. Subrayado está también su comentario sobre la muerte de Gorki: «Lo siento por él. En puridad, no era verdaderamente popular en los círculos de la intelectualidad soviética, pero guardo luto por él» (20 de junio de 1936). Curiosamente, se registró asimismo (26 de junio de 1936) su observación sobre el nacimiento de un gran estilo apropiado a la Revolución rusa, sobre la aparición de los «Rastrelli soviéticos»:

Es inevitable que el pensamiento del presente dé un vuelco: ¡la Revolución rusa tiene que encontrar su estilo! Y ese estilo, por lo visto, tiene que unir en sí mismo la monumentalidad de la gran nación, el espíritu juvenil y la alegre autoafirmación del nuevo material humano con la universalidad de la idea internacionalista, con la amplitud y la envergadura de la ideología de la liberación, y con ello debe vincular también el orden de la sociedad soviética y la dictadura de la educación. En el fondo, esa síntesis promete un estilo grandioso. Si la Revolución francesa consiguió su diseño

arquitectónico en las formas del Imperio napoleónico, entonces la revolución proletaria soviética superará a Napoleón, sin ninguna duda, por el brillo de sus formas arquitectónicas. Y ése, sin duda, será el caso. Estos primeros intentos de hoy son la aurora de una nueva época cultural. ¿De dónde saldrán los Rastrelli soviéticos, los Quarenghi, los Cameron, los Felten? ¿Vendrán acaso de allí, de Occidente? ¡No, ahora somos nosotros la vanguardia!.

Es posible percibir cómo se va cerrando el círculo de Ustriálov. El 21 de abril de 1937 apuntaba que el director de su instituto le había comunicado que un joven que había asistido a sus conferencias en Harbín había sido arrestado como espía japonés. El 25 de mayo de 1937 anotaba, justo al lado de su entusiasmo por la expedición polar soviética, que el director del instituto jurídico «ya no estaba trabajando» y había sido sustituido por una cara nueva que él no *conocía*. El 2 de junio de 1937, después de leer el periódico, apuntó algo sobre la llegada desde el exilio del poeta Aleksandr Kuprín y sobre el suicidio de Gamárnik. La última anotación del diario es del 4 de junio de 1937:

A veces uno piensa: ¡qué bueno sería no pensar! [...] ¡Qué bueno sería no pensar! Claro que es algo absurdo. Eso sería lo mismo que decir: ¡qué bueno sería no vivir! Porque: *Cogito ergo sum*. Eso significa que todo queda así: «¡Luz, más luz!» [en alemán, escrito por el propio Ustriálov; nota de K. S.].

Todas sus confesiones sobre el poder soviético, sobre la Constitución de Stalin y sus esfuerzos por «rehabilitarse», no le sirvieron de nada. El patriota soviético Ustriálov era un sospechoso, estigmatizado como «emigrante de Harbín». Además, en una anotación de su diario, con fecha del 5 de septiembre de 1935, tras un viaje en automóvil con Maksim Gorki, había descrito la ruta que iba desde el centro de la ciudad de Moscú hasta la avenida Mozhaisk. En la descrip-

ción de ese viaje también puede leerse: «Aquí hay un tramo importante: el distrito de las dachas de Stalin, Voroshílov y de otra gente famosa». El funcionario del NKVD había subrayado ese pasaje: para él, ciertamente, la descripción del camino era una prueba de los «preparativos para un atentado contra la cúpula dirigente soviética».

CELEBRACIONES DE LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE EL 7 DE NOVIEMBRE DE 1937

EN EL PALCO DE LOS DIPLOMÁTICOS, *545* — CONVERSACIONES EN EL CÍRCULO ÍNTIMO DEL PODER, *553*

Las celebraciones del vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre constituyeron un punto culminante en el calendario de celebraciones y acontecimientos del año 1937. Hacia esa fecha convergían muchas cosas, y en ese momento debían acabarse muchos proyectos: obras de la construcción, películas, exposiciones. El 7 de noviembre era una especie de *deadline*, establecía plazos, definía el ritmo de horarios y de trabajo de la capital e incluso de todo el país. El calendario de celebraciones era como una autoimposición del poder, que con ello se sometía a una singular coacción para actuar y tomar la iniciativa. La presión generada debido a la realización de las celebraciones representativas con motivo de la Revolución contribuyó no poco a la tensión y al gran caos del año 1937. El 7 de noviembre de este año el poder no celebraba tanto aquel acontecimiento, que ahora se remontaba veinte años atrás, como el hecho de haber sobrevivido y haberse reafirmado. Más importante que el recuerdo de los inicios heroicos era la reafirmación de que todo continuaba. De ahí que las celebraciones del 7 de noviembre fueran tan sólo un momento de la gran movilización que tuvo lugar durante todo el año para las elecciones al Soviet Supremo, un mes después, el 12 de diciembre de 1937. Por importante que fueran la retrospectiva, la mitificación del poder bolchevique y el trabajo en la rein-

terpretación de la historia de la Revolución para la legitimación del régimen de Stalin, lo decisivo era la exitosa reafirmación del poder, que, a veinte años de su existencia, tan sólo había conseguido perpetuar el estado de excepción.

En las celebraciones de octubre participaron centenares de miles, incluso millones de personas, cada una de ellas con sus propias experiencias, observaciones y reflexiones. Los dos relatos siguientes pertenecen a testigos, si bien ambos provienen de orígenes diferentes y de posiciones muy distintas en la Moscú del año 1937. Uno de ellos—el embajador de Estados Unidos, Joseph Davies—era un diplomático, el otro—Georgi Dimitrov—era un funcionario comunista. El primero acababa de llegar a Moscú para ocupar su puesto, y representaba los puntos de vista y las expectativas de los miembros de la elite estadounidense oriunda del Medio Oeste: era un hombre abierto en relación con la URSS, tal vez algo ingenuo, pero un buen observador que intentó comprender lo que veía. El otro provenía del movimiento revolucionario búlgaro, pero hacía tiempo que ejercía como líder del comunismo internacional, y era toda una autoridad. Se había hecho mundialmente conocido por su labor de agitación en Leipzig durante el proceso por el incendio del Reichstag. Una de esas personas tenía un puesto de observación privilegiado en el palco reservado a los diplomáticos; la otra tenía acceso directo a Stalin, con quien podía charlar al margen de las celebraciones. Ambos solían llevar un diario. Uno hace su relato desde fuera; el otro, desde dentro.

EN EL PALCO DE LOS DIPLOMÁTICOS

El embajador de Estados Unidos, Joseph Davies, resumió sus observaciones en un minucioso informe con fecha del 15 de noviembre enviado al Departamento de Estado estadounidense, donde ofrecía una imagen bastante plástica del transcurso de las celebraciones:[1]

Sir, el Gobierno soviético ha declarado tres días—el 6, el 7 y el 8 de noviembre de 1937—como días festivos de carácter nacional para conmemorar el vigésimo aniversario de la Revolución soviética.

A continuación, resumo los puntos principales del programa oficial:

a) Una gran reunión pública (por invitación) el sábado por la noche, 6 de noviembre, en el Teatro de la Ópera bolchevique.

b) Una celebración en la Plaza Roja el domingo, 7 de noviembre, con un desfile de las unidades del Ejército Rojo, así como una marcha de distintas asociaciones civiles ante de Stalin, el secretario general del Partido Comunista, así como en presencia de un grupo formado por el presidente Kalinin, el primer ministro Mólotov, el mariscal Voroshílov y otros dirigentes del Partido.

c) Una recepción del ministerio de Asuntos Exteriores para los miembros del cuerpo diplomático en Spiridonovka, el edificio social oficial que el Gobierno tiene a su disposición para tales celebraciones.

La celebración en el Teatro de la Ópera bolchevique. Esta reunión debía comenzar el sábado a las seis de la tarde. Mucho antes de esa hora, la plaza situada delante del bello edificio de la Ópera estaba llena a rebosar. Delante mismo del teatro había dos grandes y hermosas estatuas de Lenin y Stalin, adornadas con banderas y estandartes de las distintas repúblicas que conforman la URSS; en el fondo había decorados con banderas rojas y flores, todo iluminado con unos reflectores ocultos. La fachada de la antigua Ópera también estaba ornamentada, de un modo muy efectivo gracias a la iluminación indirecta, con cuatro grandes retratos de Marx, Engels, Lenin y Stalin que abarcaban toda la fachada del teatro. El interior tenía un decorado similar, también muy impresionante. Los seis palcos de mayor rango, que forman una herradura,[2] estaban separados unos de otros por bandas continuas de color rojo en las que había escritas, con letras doradas, consignas comunistas. El escenario, que por lo menos tiene unos cincuenta metros de ancho, estaba forrado con enormes telas de felpa roja, como fondo para otra estatua blanca de Lenin y un gran retrato de Stalin, situado directamente detrás, todo profusamente rodeado de flores. En un primer plano, delante del escenario, había una larga mesa, en la

que estaban sentados el presidente Kalinin y otro grupo de personalidades del Gobierno. En la segunda fila, directamente detrás de Kalinin, estaban Stalin, Voroshílov y Yezhov (el jefe de la policía secreta). Al dar por iniciada la reunión, se hizo notar el gran entusiasmo, acompañado de un largo aplauso.

El primer ministro Mólotov pronunció un discurso desde el palco. Fue un discurso erudito y duró unas dos horas. La forma en que recitaba no tenía nada de emocionante. No obstante, cosechó aplausos en varias ocasiones, sobre todo cuando se mencionaba el nombre de Stalin. Durante el largo discurso pudo observarse cómo Stalin, Voroshílov y Yezhov, sentados en la última fila, charlaban y bromeaban entre sí, entre susurros.

Después de ese discurso hubo una pausa de una media hora en la que se le sirvió al cuerpo diplomático, a modo de cena, un bufet frío en el salón de protocolo, ubicado justo detrás del vestíbulo.

Tras el descanso, presentaron una película soviética en la que se describen las actividades de Lenin en los tres días inmediatamente antes del derrocamiento del Gobierno de Kérenski. La película era muy buena. Por supuesto, estaba totalmente impregnada de propaganda. En varios momentos se sacó a relucir la figura de Stalin, con una intención clara, al parecer para demostrar que entre Lenin y Stalin había existido una confianza sincera.

A la película le siguió todavía un programa de canciones, bailes, etcétera, que se alargó hasta la madrugada.

La celebración en la Plaza Roja. A todos los que tenían una entrada se les pidió que estuvieran en sus sitios la mañana del domingo antes de las nueve y media. Las entradas no se repartieron hasta la noche del día anterior y, en algunos casos, la misma mañana a las ocho. Sólo los jefes de las embajadas y delegaciones, así como sus primeros secretarios, pudieron conseguir entradas. Casi todo el cuerpo diplomático estaba presente en el palco de los representantes de los gobiernos extranjeros, el cual se encontraba muy cerca de la tribuna, situada junto a la tumba de Lenin, en la que estaban Stalin, Kalinin, Voroshílov, Yezhov y otros. Directamente enfrente de la tribuna delante del Kremlin, se hallaban, en posición de firmes, los soldados y marineros con sus estandartes. Eran unos seis o siete mil. La banda de música, compuesta por unos

seiscientos u ochocientos instrumentos, era muy impresionante. Junto a los muros del edificio, situado frente a los espectadores, estaban las omnipresentes banderas y banderolas rojas con sus consignas. Entre ellas llamaba sobre todo la atención la consigna, traducida a todos los idiomas de las repúblicas soviéticas: «¡Proletarios de todos los países, uníos!». Puntualmente, a las diez, Voroshílov, el jefe del Ejército Rojo, cabalgó sobre un corcel muy bello, saliendo por la puerta del Kremlin, y pasó revista a las tropas allí formadas; iba acompañado del jefe del distrito militar de Moscú, el mariscal Budiónny, y sus ayudantes. A ellos se les unió el desfile, pasando delante de la tribuna donde estaban Stalin, Kalinin, Yezhov, Dimitrov (presidente del Komintern) y los mariscales Voroshílov, Yegorov y Budiónny, todos en posición de firmes. Se adjunta a este informe un memorándum redactado por deseo del agregado militar de nuestra misión, el coronel Faymonville, en el que se enumeran todas las tropas que participaron en el desfile.

Al concluir esa exhibición militar, a eso de las doce y media, los miembros del cuerpo diplomático se retiraron. Stalin y algunos dirigentes del Gobierno se quedaron, a fin de continuar pasando revista a las unidades civiles, que estuvieron desfilando durante toda la tarde, hasta el anochecer.

En lo que atañe al cuerpo diplomático, para sus miembros las celebraciones acabaron con la recepción en Spiridonovka, el edificio oficial del Gobierno para eventos sociales. Se trata de un edificio muy grande e impresionante, ideal sobre todo para propósitos sociales. Como otros grandes edificios de Moscú, lo construyó algún magnate del comercio en la época anterior a la Revolución. Puesto que el comisario del pueblo para Asuntos Exteriores, Litvínov, así como su primer asistente, Potiomkin, habían viajado a la Conferencia de Bruselas, quienes recibieron a los invitados en su lugar fueron el vicecomisario Stomoniákov y su mujer, así como la señora Litvínov. Allí parecía estar presente todo el cuerpo diplomático. Tres cuartos de hora estuvieron cubiertos por un excelente programa musical. Lo más excepcional fue la actuación de dos niños prodigio, una violinista de catorce años y un chelista de quince, los cuales ganaron este año los primeros premios en el Concurso Internacional de Bruselas. A las doce se sirvió un

copioso banquete. Había platos excelentes en abundancia que resaltaban de un modo muy particular gracias a la porcelana, de belleza poco habitual, y a las bandejas doradas de la época del antiguo régimen imperial.

El ambiente general. Las autoridades no escatimaron esfuerzos para crear una atmósfera solemne y festiva en toda la ciudad. Desde varios días antes se levantaron andamios y se vio a obreros plantando enormes astas con banderas e innumerables pancartas, con las consabidas consignas propagandísticas.

Pinturas al óleo como pósteres. Hace algunos meses tuve ocasión de visitar los estudios donde trabajaban los artistas por encargo del Gobierno. Observé que casi todos estaban pintando grandes murales para la celebración de los veinte años de la Revolución, en parte para las festividades del Ejército Rojo y en parte para otros actos gubernamentales. Ahora podían verse esos cuadros por todas partes. Gigantescas pinturas murales, algunas de seis o nueve metros, con escenas históricas de la Revolución y retratos de las distintas personalidades del Gobierno, colgaban en los laterales de los edificios. Por las noches, estaban casi siempre iluminadas con unas farolas ocultas. Los cuadros al óleo eran completados a menudo con carteles litografiados (dibujos a lápiz), en blanco y negro o en colores muy vivos.

Como ya se ha mencionado, también se veían grandes estatuas de yeso de Lenin y Stalin, en blanco o de color bronce. En la fachada de la esquina de uno de los edificios principales del centro de Moscú descollaba, por encima del nivel de la calle, una gigantesca estatua de Lenin fijada a la pared lateral del edificio y que medía por lo menos nueve o diez metros de altura. En los escaparates de las principales calles comerciales había profusión de banderas rojas, que no faltan en ninguna parte, y de otros muchos elementos decorativos. En una de las arterias principales, se repetía un mismo anuncio: el de los actos de la Unión Soviética en favor del cuidado de los niños y del movimiento de la juventud.

Aceleración de las actividades en la construcción. Durante los preparativos de estas celebraciones se hizo notar con claridad que,

en general, se aceleraron las labores de mejora y limpieza de las carreteras y calles que conducían a la capital, y que la actividad constructiva, en aquellos sitios donde estaban surgiendo nuevas obras, se impulsó de manera intensa, a fin de que todo quedara terminado a tiempo para esos días de conmemoración de la Revolución bolchevique. El gran puente, por ejemplo, que cruza el río Moscova y une la Plaza Roja con el Kremlin, que había estado en construcción en el último año, mostró una actividad febril poco antes de la celebración del llamado «Día Rojo», con trabajos que se realizaban tanto de día como de noche, de modo que el puente quedara inaugurado con motivo del Día del Ejército de Obreros y Campesinos, el 7 de noviembre.

Kioscos de bebidas. Algo que despertó en particular mi atención fue el gran número de kioscos provisionales para vender bocadillos, bebidas, etcétera, instalados por el Comisariado para la Alimentación en el centro de la ciudad. Esos comestibles y bebidas tenían un aspecto apetitoso y limpio, y estaban expuestos con sumo gusto. Había también un gran número de vehículos con pequeños tentempiés, parecidos al camión de los helados en Estados Unidos.

Detalles insólitos y significativos. Creo que podría ser de interés para el Departamento de Estado conocer algunos de los detalles poco habituales que me llamaron la atención tanto a mí como a aquellos miembros del cuerpo diplomático que habían visto ya otras celebraciones como ésta, y que han dado motivo a algunos comentarios.

La ausencia de discursos con ataques a las naciones capitalistas. Se hizo especial hincapié en que una diferencia clara con respecto a la celebración del pasado año era que esta vez las consignas, las pancartas y las representaciones gráficas no contenían ataques contra los países capitalistas y los enemigos fascistas. Yo mismo sólo he visto tres caricaturas que tenían a Alemania comoobjeto.

Hábil ejecución y organización. Entre otras cosas, me ha causado una fuerte impresión el hecho de que estos eventos sean el testimonio de un gran talento para la organización y la realización

práctica. Todo estaba bien concebido, con gran precisión, y todo se realizó en el tiempo previsto. Todas las recepciones oficiales fueron un éxito e impresionaron por su dignidad y su orden.

El desfile militar en la Plaza Roja. La exhibición de las fuerzas navales y militares fue imponente. El equipo, las unidades y los oficiales de las distintas tropas causaron una magnífica impresión. Las unidades motorizadas—carros de combate, unidades de ametralladoras, artillería—que pasaron por la Plaza Roja a gran velocidad me impresionaron extraordinariamente.

El juicio generalizado de los agregados militares, me dice el coronel Faymonville, es que ha sido una exhibición de primer orden y un testimonio de fuerza militar; sin embargo, en comparación con el año pasado no se ha presentado nada nuevo, y al parecer las autoridades muestran cierta tendencia a no exhibir innecesariamente todo lo que tienen. Hablando en términos generales, el desfile militar fue aproximadamente el mismo que el de mayo de este año.

Las exhibiciones civiles en la Plaza Roja. Lo que más me impresionó de las celebraciones efectuadas en la Plaza Roja fueron las exhibiciones de los trabajadores que desfilaron, tanto durante como después del desfile militar. Dispersos entre las verdaderas unidades militares, tal y como les pasó revista el mariscal Voroshílov, se vio a varios miles de civiles formados en compañías, armados con fusiles, pero todos vestidos con ropa de civil, no especialmente de buena calidad. A esas unidades se las llama «Unidades de Defensa Proletaria».[3] Pero a partir de las doce y media toda la Plaza Roja estaba repleta por el desfile de la población (los clubes obreros), que empezaron a entrar en la plaza desde tres de las calles que confluyen en ella. Esas calles estaban repletas, a lo largo de kilómetros, de multitudes que habían estado avanzando durante toda la mañana y ahora pasarían toda la tarde junto a la tribuna del desfile situada frente al Kremlin. En la propia plaza ondeaba un auténtico mar de estandartes, pancartas y banderas con consignas, así como pequeñas figuras simbólicas y estatuas en las manos de miles de participantes de las marchas, aparentemente entusiasmados. Esas multitudes estaban formadas por integrantes de ambos sexos; mu-

chos padres llevaban a hombros a sus hijos pequeños, para que éstos pudieran echar una rápida ojeada a Stalin. El entusiasmo era incitado por las ya mencionadas bandas de música. Por lo visto, había también lo que podría llamarse «azuzadores de consignas», invisibles en todo momento, pero que voceaban hurras a sus dirigentes y a los ideales de la Revolución con la ayuda de grandes altavoces.

La policía secreta (el NKVD, antes, GPU). Una gran impresión causó también el papel significativo de la policía secreta (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos) durante las celebraciones. El comisario, Yezhov, un hombre de baja estatura—casi un enano—, pero con una cabeza y un rostro elegantes, estuvo todo el tiempo muy cerca de Stalin, aunque sin llamar en absoluto la atención.

En el desfile militar participaron, según se estima, entre cuatro mil y cinco mil hombres de la policía secreta. Ésta conforma, en efecto, una expresa organización militar. Tanto sus oficiales como sus soldados estaban llamativamente bien vestidos, eran hombres ágiles y muy bien entrenados. Su desfile, en paso de marcha, fue notablemente bien. Sus tropas de caballería llamaron la atención por el buen entrenamiento.

Igualmente impresionante y significativo fue el hecho de que, durante los desfiles de civiles en la Plaza Roja, en medio de las multitudes humanas que se agolpaban en la plaza, podía verse a cientos de soldados de esa policía secreta formados en cuatro largas filas paralelas, todos llevando sus gorros azules y verdes. Mientras que, hacia fuera, parecía que esto ocurría para mantener el orden, se podía notar, sin embargo, que al mismo tiempo era una medida de protección, pues delante de la tribuna del desfile y de toda la plaza había largas hileras de policías secretas con gorras verdes o de guardafronteras.

Se estima que el número de personas que desfilaron esa tarde delante de Stalin y del mausoleo de Lenin oscila entre las ochocientas mil y un millón doscientas mil personas.

Paralización de la vida económica. En el tiempo que duraron esas celebraciones de tres días, todas las instancias oficiales permanecieron cerradas y también se paralizó la vida económica.

El significado subliminal. El significado subliminal de estas celebraciones del vigésimo aniversario de la Revolución bolchevique no debe subestimarse. El mero hecho de que este régimen se haya mantenido en el poder durante veinte años es algo significativo, como ilustra la siguiente anécdota: se cuenta que Lenin, una vez transcurridos los primeros noventa días de la Revolución soviética, expresó su gran satisfacción por el hecho de que ésta hubiera superado a la francesa en duración.

No obstante, a pesar de que hay que admitir la fortaleza económica, política y militar de este régimen, no se puede pasar por alto que el desarrollo futuro de esta celebración se mueve sobre la línea tradicional y reconocida por todos, la que prescribe la naturaleza humana para todas las revoluciones. El ritmo de desarrollo funciona aquí de manera más lenta, pero lenta trabaja también la levadura.

Si no se interpone una guerra europea, un asesinato político o cualquier otra desgracia, domina aquí la opinión unánime de que el Ejército es leal, de que las instituciones dedicadas a la propaganda dan pruebas de buen trabajo y de que los dirigentes del Partido, fanáticos, son intimidados por la policía secreta, lo cual explica que el actual Gobierno, al menos durante el tiempo presente, siga llevando el timón con firmeza y fuerza.

Queda de usted, *sir*, con todo el honor que me cabe y mi más alta estima, Joseph E. Davies.

CONVERSACIONES EN EL CÍRCULO ÍNTIMO DEL PODER

Paralelamente a esto, pero del otro lado de la tribuna, en cierto modo entre los bastidores del acontecimiento, Georgi Dimitrov, el presidente del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, tomaba también sus apuntes. Allí recogió las conversaciones que tenían lugar obviamente al margen de los desfiles, tal vez en la tribuna misma, situada en el mausoleo o antes del banquete en el Kremlin. Georgi Dimitrov escribía el 7 de noviembre de 1937 en su diario:[4]

–Desfile y manifestación
–De la conversación con Stalin:

Con la explicación sobre los hechos destapados de las actividades contrarrevolucionarias (los arrestos, etcétera) en la KPdSU(B) y en el Komintern es preciso esperar, mientras se estén elaborando los materiales necesarios. No vale la pena sacar conclusiones a partir de datos fragmentarios.

Knor(in) es un espía alemán y polaco (ya desde hace tiempo y hasta la época más reciente).

Rakovski: ha estado al servicio del *Intelligence Service* (la Inteligencia inglesa) desde antes de la Revolución y hasta época reciente. Él también captó a Bogomolov para el servicio secreto británico. [La página ha sido eliminada].

Piátnitski: es trotskista. Todos hablan de él. [Knorin, Abramov, entre otros].

Kun: ha actuado en colaboración con los trotskistas en contra del Partido. Con toda probabilidad está involucrado en el espionaje. Muy sospechoso es su papel en la represión de la revolución en Hungría.

Antípov y Vareikis, entre otros, eran agentes del espionaje zarista.

–Hay algunos materiales que indican que también Trotski, entre 1904 y 1905, estuvo al servicio del espionaje zarista. Este asunto se investiga ahora.

–La esposa de Yákovlev [es decir, Varbara Yákovleva] resultó ser una espía de Francia. En el año 1918 traicionó al Comité Revolucionario en Odesa.

–En un almuerzo con Voroshílov [después de la manifestación]. Presentes: 1) Sta[lin], 2) Mol[otov], 3) Vor[oshilov], 4) Kag[anóvich], 5) Kalin[in], 6) Andréiev, 7) Mikoián, 8) Yezhov, 9) Chubar, 10) Chkiriatov, 11) Jruschov, 12) Bulganin, 13) Budiónny, 14) Yegorov, 15) Sháposhnikov, 16) Víktorov, 17) Kósarev, 18) Shvérnik, 19) Frinovski, 20) Redens, 21) Digal, 22) representantes del NKVD en el Ejército Rojo, 23) Mezhláuk, 24) el comandante del Kremlin, 25) la mujer de Voroshílov, 26) D[imitrov].

Un brindis de Voroshílov en honor de Stalin.

Tamara Mikoián hace unos agudos brindis dedicados a todos los presentes. Voroshílov y Mikoián. Y una vez más, un brindis en honor del gran Stalin.

Stal[in]: Quiero decir unas palabras que tal vez no sean muy solemnes. Los zares de Rusia hicieron muchas cosas malas. Saquearon al pueblo y lo esclavizaron. Desataron guerras y conquistaron territorios por interés de los terratenientes. Pero hay una gran cosa que pueden mostrar: el haber creado un vasto imperio, hasta Kamchatka. Hemos recibido este Estado en herencia. Y nosotros, los bolcheviques, hemos consolidado ese Estado por primera vez, convirtiéndolo en un Estado unido e indivisible, no en interés de los terratenientes y capitalistas, sino en beneficio de los trabajadores, de todos los pueblos que componen este país. Hemos unido al país de modo tal que cada parte que se le arrancase a ese Estado socialista en general no sólo perjudicaría a este último, sino que no podría existir por sí solo y quedaría bajo el yugo de un país extranjero. Por lo tanto, cualquier persona que intente destruir la unidad del Estado socialista, que aspire a separar de él sus partes individuales y sus nacionalidades, es un enemigo, un enemigo jurado del Estado, de los pueblos de la URSS. Y nosotros vamos a destruir a cada uno de esos enemigos, aunque sea un veterano bolchevique, vamos a destruir a su gente, a su familia entera. A cualquiera que, tanto en sus actos como en sus pensamientos, ataque la unidad del Estado socialista, lo vamos a destruir sin piedad. ¡Por la destrucción de todos los enemigos y de sus familias, hasta el final! (Exclamaciones de aprobación: ¡Por el gran Stalin!).

Stal[in]: Aún no he acabado con mi brindis. Se habla mucho de los grandes líderes. Pero ninguna causa triunfa si no se dan las condiciones para ello. Para ello, lo más importante son los cuadros del Partido, de la economía y del Ejército que están en los niveles intermedios. Ellos eligen al líder, ellos les explican a las masas las circunstancias, garantizan el éxito de la causa. ¡Por los cuadros de los niveles intermedios! Ellos siempre están en un segundo plano, nunca se les ve.

D[imitrov]: Y por la persona que inspira a esos cuadros, el que les muestra el camino, el que los lidera. ¡Por el camarada Stalin!

Sta[lin]: No, no. Lo más importante son esos cuadros de los niveles intermedios. Los generales no son nada sin un buen cuerpo de oficiales. ¿Por qué hemos vencido a Trotski y a los otros? Se sabe que Tr[otski], después de Lenin, era el hombre más popular

en nuestro país. También eran populares Bujarin, Zinóviev, Rykov y Tomski. A nosotros apenas se nos conocía. A mí, a Mólotov, a Vor[oshilov], a Kalinin [...]. Eso fue entonces. En tiempos de Lenin, nosotros éramos los pragmáticos, sus compañeros de lucha. Pero a nosotros nos apoyaron los cuadros de los niveles intermedios, ellos les explicaron a las masas nuestros puntos de vista [...]. Trotski, sin embargo, no les prestó a esos cuadros la menor atención [...].

D[imitrov]: [...] que usted, después de Lenin, nos haya mostrado el camino correcto y haya dado continuidad, sin estremecerse, a su causa. Porque muy a menudo sucede en la historia que los sucesores destruyen la causa de sus antecesores [...].

Vor[oshilov] y Molo[tov]: ¡Dimitrov desea hacer un brindis!

D[imitrov]: [...] No puedo añadir nada a lo que ha dicho el camarada Stalin sobre la lucha implacable contra los enemigos y sobre la importancia de los cuadros de los niveles intermedios. Esto se tendrá en cuenta en el Partido, y yo mismo haré todo lo que esté a mi alcance para que todo esto se haga realidad también en las filas del Komintern. Pero tengo que decir, y esto no sólo es mi más profunda convicción, sino que también lo viví cuando estuve en prisión, que bajo las condiciones de las pruebas más difíciles, y esto es la mayor fortuna de la revolución socialista y del proletariado internacionalista, que el camarada Stalin ha continuado las obras de Lenin de un modo inamovible y genial, a pesar de todos los graves giros de la historia, y de ese modo ha garantizado la victoria. ¡No se puede hablar de Lenin sin vincularlo con Stalin! (¡Todos levantan las copas!)

Stalin: Aprecio mucho al camarada Dimitrov: somos amigos y seguiremos siendo amigos. Pero no estoy de acuerdo con él. Se ha expresado incluso de un modo no marxista. Para el triunfo de la causa deben darse determinadas condiciones, los líderes, por el contrario, se pueden encontrar. No basta tan sólo con mostrar el camino correcto. Porque el partido inglés practica nuestra visión de una política correcta, pero no puede orientar nada, porque los cuadros intermedios están de parte de los seguidores de los laboristas. El partido francés lleva adelante una política correcta, pero el partido socialista sigue siendo muy fuerte. Lo decisivo son los cuadros intermedios. Esto es preciso tenerlo en cuenta y no se puede olvidar

nunca que bajo las mismas condiciones son los cuadros intermedios los que deciden el éxito de la causa.

Jruschov: ¡Entre nosotros hay una feliz constelación: un gran líder y cuadros de niveles intermedios!

–Después de la comida, en el Kremlin.

–Hemos visto la película sobre Lenin.

–¡Maniobra del Ejército Rojo!

UNA «HIGH SOCIETY» EN MINIATURA ANTES DE LA MASACRE

LOS GOLPES SE ACERCAN, *559* — «BEAU MONDE», SOCIEDAD ILUSTRE, *564* — BAILE DE MÁSCARAS EN LA EMBAJADA ESTADOUNIDENSE, *571* — INTERIOR CON PIANO Y NIÑERA, *573* — EL SALÓN DE YEZHOV: ARTE Y POLICÍA SECRETA, *576* — APENDICE: INVENTARIOS DEL LUJO Y DE LAS MODAS, *579*

Sería fascinante escribir una historia amplia de la *high society* moscovita de la década de 1930. A partir de las memorias, podrían reconstruirse las redes y los puntos de contacto; habría que seguir la pista de las aspiraciones, el gusto, las formas del trato de esa elite surgida después de la Revolución. Una historia de esa índole, sin embargo, tendría que retratar una elite en ese preciso instante, pues esa misma elite, después de sus espectaculares carreras ascendentes, se despeñó nuevamente por un abismo. Sería un boceto sobre el ascenso y la caída en un segundo histórico, sobre el final de una clase humana que ni siquiera había hallado tiempo para acostumbrarse a los privilegios derivados de su poder, que ni siquiera había podido descansar en su desesperante lucha por consolidar su poder. No se trataba, precisamente, de un *establishment* petrificado, no se trataba de un *juste milieu*, cuyos días estaban contados y que había tenido tiempo de prepararse para su fin, sino de un fin sin tiempo para tomar impulso, de una muerte no anunciada: un lujo muy reciente, apareado con una muerte a sangre fría.

LOS GOLPES SE ACERCAN

Los apuntes de muchos de los diarios de miembros de ese *milieu* tan heterogéneo en el año 1937 se leen como noticias sobre golpes cada vez más próximos. En un principio son nombres que uno conoce por los periódicos, luego son personas conocidas de conocidos, y en algún momento es gente del propio círculo de amistades. La noticia llega como un rumor. Pasa algún tiempo para que el rumor se convierta en hecho o para que, con suerte, un hecho se transforme en rumor. Yelena Bulgákova observó el escenario desde la perspectiva del ambiente de un escritor.[1] Ella, en el fondo, escribió una secuencia acelerada de la persecución en su entorno más cercano, una secuencia compuesta por noticias de los periódicos, llamadas telefónicas de amigos y colegas, rumores y desmentidos. No es preciso conocer a todas las personas que se mencionan aquí—casi todas son representantes de la vida cultural—para entender que se habla de un mundo del rumor y del miedo difuso, de una orgía de arbitrio y de azar:

Contaron que Meyerhold se arrepintió de sus pecados en la asamblea del Activo de los Trabajadores de la Cultura. Sin embargo, eso parece haber sucedido de un modo tan inesperado, tan sumiso y de tal forma, que uno al principio supuso que él no lo decía en serio (30 de marzo de 1937).

Corre el rumor de que hay algún problema con Kirshón y Afinoguénov. Se dice que Auerbach ha sido arrestado. ¿Acaso el destino también lo ha alcanzado a él? (21 de abril de 1937).

En los periódicos se informa de que a Kirshón, Lerner, Sannikov y Gorodetski se les han pedido responsabilidades penales por su gestión en el ámbito de los derechos de autor (16 de mayo de 1937).

En la ciudad circulan rumores de que han detenido a algunos autores. Un tal Sarudin o Sarubin, y luego a Bruno Jasieński, a Iván Katáiev y a otro más (15 de agosto de 1937).

M. A. [Bulgákov; nota de K. S.] ha oído decir que en Leningrado han arrestado a Adrian Piotrovski (18 de agosto de 1937).

Víktor Fiodorovich Smirnov ha llamado, y él estuvo aquí en su momento por lo de su libreto. Dijo que le han nombrado provisionalmente presidente de la WOKS. De sus palabras («Arósev está gravemente enfermo y no volverá») podía inferirse que han arrestado a Arósev, el antiguo presidente de la WOKS (30 de agosto de 1937).

En los periódicos una información sobre el suicidio del presidente del Consejo de los Comisariados del Pueblo de Ucrania, Liúbchenko (2 de septiembre de 1937).

Se rumorea que Kirshón ha sido arrestado. M. A. no lo cree (25 de septiembre de 1937).

Olesha llamó, le pidió consejo a M. A., porque se siente enfermo. Está mal de los nervios, y para colmo ha tenido una desgracia. Él no nos lo contó, lo sé por el periódico y por otra gente. Su hijastro saltó desde una ventana, se dio muerte (28 de septiembre de 1937).

En el periódico la noticia sobre el entierro de Búbnov (13 de octubre de 1937).

En el *Pravda* aparece un artículo de Kérzhentsev sobre Meyerhold: «Teatro foráneo». Una dura crítica a toda la trayectoria teatral de Meyerhold. El teatro será cerrado, sin duda (12 de diciembre de 1937).

Hoy el acuerdo del comité sobre la liquidación del Teatro Meyerhold. Ayer estuvimos comiendo y hablando con Yermolinski hasta las cinco de la mañana. Vaya disparate (8 de enero de 1938).

Ayer una noticia destructiva sobre Kérzhentsev. En la sesión del Soviet Supremo fue designado por Zhdánov como *commis voyageur*. Es el fin de su carrera. Pero cuántos daños y embrollos no ha causado (19 de enero de 1938).

Por la mañana, una llamada de Dmítriev, y nos rogó que le permitiéramos venir de inmediato. Llegó destrozado. Su mujer, Yelisaveta Isaevna, ha sido arrestada. Nos pidió consejo sobre lo que debía hacer (6 de febrero de 1938).

En los periódicos, la noticia sobre una terrible desgracia, nuestro aerostato se ha venido abajo en un vuelo de prueba en el norte. Debía volar hasta donde está la gente de Papanin para liberarlos de la difícil situación en los hielos (8 de febrero de 1938).

Este día pasó Dmítriev. No consigue dejar de pensar en cómo puede intervenir mejor en favor de su mujer (10 de febrero de 1938).

En el Bolshói ha tenido lugar una historia incomprensible: la Kudriavzeva, Iván Smolzov y alguien más han sido arrestados. A M. A. le contaron que el doctor Blumentahl (!) ha sido arrestado. ¿Qué significa todo esto? (23 de febrero de 1938).

Hoy en los periódicos la noticia de que el 2 de marzo, en una vista pública (en el tribunal militar del Tribunal Supremo de la URSS), se presentarán los casos de Bujarin, de Rykov, Yagoda y otros (entre ellos también el del profesor Pletniov). En particular se inculpa a Pletniov, Levin, Kazakov y Vinográdov (todos médicos) de haber asesinado de manera hartera a Gorki, a Menzhinski y a Kúibishev (28 de febrero de 1938).

Ese Yagoda es quizá un monstruo. Pero hay algo difícil de entender: ¿cómo es que Gorki, un psicólogo tan bueno, no intuyó quién lo rodeaba. ¡Yagoda, Kriuchkov! Recuerdo cómo en cierta ocasión M. A. regresó de la casa de Gorki (creo que fue en 1933, Gorki todavía vivía, si no me equivoco, en Krásnye Gorki), y a mi pregunta: «Bueno, ¿y qué tal por allí? ¿Cómo fue?», él respondió: «¡Allí tras cada puerta hay un oído aaasí que escucha!», e hizo un gesto indicando una oreja enorme (10 de marzo de 1938).

M. A. ha oído decir que Smolzov, arrestado hace algunos meses, y la Kudryavzeva han sido llevados de vuelta al Bolshói—en un Lincoln—, van a recibir un sueldo durante seis meses y una plaza en el albergue de recreo. Y en el MChAT [el Teatro Académico de Artistas de Moscú; nota de K. S.], se dice, han arrestado a Stepún (19 de septiembre de 1938).

En el periódico vespertino se critica a Katáiev por falsedad y superficialidad artística. Mi Zhenishka llamó y dijo que en el *Krásnaia Svezda* y en el *Komsomólskaia pravda* también le han criticado (27 de septiembre de 1938).

Se cuenta que han arrestado a Shumiatski y a su mujer (27 de noviembre de 1938).

Desde otra perspectiva muy distinta, y en otro entorno muy diferente, en su casa, el embajador estadounidense Joseph D. Davies toma apuntes sobre la desaparición de personas, a muchas de las cuales él conocía personalmente. Sobre el proceso contra Piatákov, en enero de 1937, apunta lo siguiente:

Desde que empezó el proceso circulan constantemente rumores de detenciones masivas de intelectuales y activistas políticos en todos los rincones de Rusia, a todos se les acusa de formar parte de la conspiración de Trotski. Circulan, además, frenéticos rumores de que la viuda de Lenin, un mariscal de la Revolución y algunos vicecomisarios de Defensa, así como otras personas de altos puestos, han sido arrestados. Por otra parte, llegan rumores del exterior de que Voroshílov, el comisario de Defensa, avanza hacia Moscú, de que el comisario de Asuntos Exteriores, Litvínov, ha sido arrestado, y cosas similares. Por lo que sé, estas últimas afirmaciones son falsas. Puede que otras sean exageradas. Pero resulta interesante que se diga que, a principios de la Revolución, Lenin y otros dirigentes revolucionarios intelectuales acordaron entre ellos que aprenderían de la Revolución francesa y se ocuparían de que no hubiera conflictos mortales entre ellos que pudieran convertirse en caldo de cultivo de la contrarrevolución (apunte del 17 de febrero de 1937).[2]

Según los rumores que circulan, entre los demás arrestados por traición a la patria están Kaminski, Rudzutaks, Mezhláuk (miembro del Politburó), Karaján, Krestinski, Rozengolts, Osinski, Unszlicht y Shtern (8 de julio de 1937).

Rozengolts es el comisario para el Comercio Exterior. Hace un par de meses cenamos con él en su casa de campo. Me parece inconcebible que esté involucrado en estos asuntos (8 de julio de 1937).

Queda fuera de toda duda que están teniendo lugar sucesos muy significativos. En la superficie todo transcurre tranquilamente. No hay nada extraordinario en las calles o entre las personas a las que uno se encuentra, pero constantemente uno se tropieza con rumores acerca del arresto o la liquidación de personalidades prominentes de todas las esferas de la vida: algunos de esos rumores están sin confirmar y otros son auténticos (10 de julio de 1937).

Pero los informes de Davies también incluían las ejecuciones masivas que estaban teniendo lugar en las regiones de provincia en el verano de 1937:

A lo largo de las últimas semanas se han notificado en la prensa de provincias, literalmente, centenares de ejecuciones; las acusaciones oscilan entre actos de sabotaje y terrorismo. Al mismo tiempo, son muchos los excelentes altos funcionarios soviéticos como Búbnov, Liubímov, Rujimóvich, Veitzer, Karp, Orlov, etcétera, que han sido depuestos y, presuntamente, arrestados. Es cierto que no se han dado cifras exactas sobre estos hechos, pero los observadores más competentes opinan que la cifra de los funcionarios del Partido y funcionarios gubernamentales ejecutados desde el comienzo de las presentes acciones de purga asciende a miles, mientras que los arrestados alcanzan un número de decenas de miles. La purga se ha apoderado de todos los ámbitos de la vida soviética, incluidas personas que antes eran adeptas inamovibles del régimen bolchevique. Se conoce, por ejemplo, que más de cuarenta miembros—o miembros alternos—del Comité Central del Partido, nueve ex miembros del Politburó, dieciocho antiguos comisarios del pueblo, cincuenta vicecomisarios, dieciséis embajadores y agregados y una gran número de presidentes del Soviet de los Comisariados del Pueblo de las distintas repúblicas soviéticas han sido arrestados (16 de noviembre de 1937).

También desaparecieron muchos interlocutores del embajador, o bien se encontraron en el banquillo de los acusados de los procesos públicos. En un caso, el del misterioso «barón Steiger», un aristócrata de origen alemán del Báltico, que actuaba tal vez como informante y antena diplomática del Kremlin, la desaparición se produjo incluso delante de los ojos del cuerpo diplomático:

Una noche, algo tarde, fuimos invitados por el Gobierno al estreno de una nueva ópera en el antiguo palco imperial. Steiger estaba entre los invitados. Después de la presentación, el barón Steiger invitó a mi hija Ekay, a miss Wells, a Stanley y a Joan Richardson a tomar un refrigerio y a bailar en el club nocturno del Hotel Metropole. Éstos me contaron que poco después de la medianoche, mientras estaban todos sentados en torno a una mesa, dos

hombres vestidos de civil llegaron y tocaron al barón Steiger en el hombro. Él se fue con ellos, después de disculparse con los otros y de decir que estaría de vuelta enseguida. Nunca más volvió, y después de eso jamás volvimos a verle.[3]

«BEAU MONDE», SOCIEDAD ILUSTRE

Un diplomático tiene que observar e informar de un modo lo más preciso y fiable posible todo lo que sucede en torno a su cargo. Las embajadas actúan en un especio extraterritorial, pero sólo adquieren su importancia por el hecho de que participan de los acontecimientos sobre el terreno y acumulan información en un puesto avanzado, informaciones que, normalmente, no se pueden obtener de otro modo. De ello forma parte el contacto directo y personal, el movimiento *in situ*, el recoger y valorar estados de ánimo y rumores y, en caso de urgencia, el ser también servicio de atención para ciudadanos de la propia nación que se ven en apuros. Las embajadas son casas abiertas, dispuestas para dar recepciones representativas, pero también para muchos encuentros íntimos. Como enclaves extraterritoriales, están en una situación privilegiada, pero también por ello son puntos sensibles y vulnerables. Tienen acceso a todos los canales de algún modo significativo y a foros de la opinión pública de la capital. Entre sus misiones oficiales está, sin embargo, el hecho de ser efectivas socialmente. Por eso las embajadas cuidan el contacto con «personalidades influyentes», con artistas y escritores; para ellas siempre hay entradas reservadas en los mejores sitios en estrenos de teatro y en conciertos. Los bailes, las recepciones, los conciertos son las formas establecidas en las cuales la sociedad capitalina entra en contacto con otros y consigo misma. Pero también se puede «salir» a la ciudad, a los comercios, a los mercados, a los suburbios obreros, a los museos o a las casas de veraneo alquiladas a través del Comisariado para Asuntos Exteriores. La ciudad tiene mucho

que ofrecer: estrenos de ópera, una exposición sobre Rembrandt, tiendas de anticuarios. Entre las visitas a los procesos públicos contra Piatákov se puede echar un vistazo a las tiendas de arte: «En un salón de arte que tiene unos cuadros en comisión he visto pinturas al óleo de artistas soviéticos modernos: muy interesante. Fue un día impresionante», apuntaba en su diario el embajador Davies el 27 de enero de 1937. «Fueron dos horas interesantes. Adquirí varios cuadros al óleo muy cautivadores (paisajes nevados, imágenes de la Revolución, etcétera) para mi colección de la Universidad de Wisconsin», escribió Davies el 28 de enero de 1937, y el día 29 su plan preveía, entre otras cosas, lo siguiente:

La 01.00. Asistí a la vista del tribunal del último día. Oí los alegatos de defensa de Radek, Sokólnikov, Sykinski, Serebriakov y de otros. Clausura a las tres.

Las 04.00. Visita a la señora Litvínov para tomar el té; me acompañan Marjorie y E. K.[4]

Pero la vida extraterritorial del embajador se mantenía unida a la vida de la capital a través de miles de hilos. Entre las cosas obvias de la labor diplomática sobre el terreno está el contar con la observación de la policía secreta durante las veinticuatro horas:

Aunque no existe ningún trato o vínculo entre esas personas y yo, el mero hecho de que nos veamos todos los días y nos demos los buenos días o las buenas noches con una mutua sonrisa promueve una especie de camaradería entre nosotros. No hay duda de que se interesan seriamente a todas horas por nuestra protección. Estoy convencido, incluso, de que la razón principal para que se cree esa institución dedicada a mantener bajo la permanente vigilancia de la policía secreta a todos los jefes de las misiones extranjeras, cada vez que éstos abandonan sus embajadas, es la de ofrecerles protección.[5]

Todas las partes implicadas en este juego eran conscientes de las normas:

Dicen que los únicos lugares donde a uno no le pueden poner escuchas son las plazas públicas al aire libre o en un recinto en el que las ondas de sonido se puedan romper golpeando la madera con un lápiz. Ésta es una práctica común en Moscú. Me han asegurado que es igual en toda Europa. La policía secreta es omnipresente. [...] Para mi sorpresa, en mis primeras visitas a mis colegas diplomáticos, éstos retiraban en cada ocasión el auricular del teléfono que estaba sobre su escritorio, con el argumento de que el teléfono era el escondite preferido de la policía secreta para poner escuchas.[6]

En tiempos de confrontación en la política exterior, los embajadores se entendían también como una comunidad *sui generis*: intercambiaban informaciones, se comunicaban sus impresiones, las mismas personas de la alta sociedad se reunían siempre en las mismas recepciones, estrenos teatrales o campos de tenis. Provenían de las mismas escuelas, compartían los mismos recuerdos de sus puestos y estaciones en los que habían estado hacía mucho tiempo. El entonces comisario del pueblo para Asuntos Exteriores, Gueorgui Chicherin, y el jefe de Protocolo Dmitri Florinski, llevaban los uniformes del Comisariado del Pueblo, pero sus gustos, sus formas en el trato se habían formado en otra época. Esto dice Hans von Herwarth acerca de Florinski:

En ocasiones se tenía la impresión de que la manera de presentarse de Florinski y compañía, como un proletario, era una pose estudiada. Luego Florinski desapareció de un día para el otro, y jamás volvimos a oír nada de él. Su sucesor, Nikolái Barkov, no provenía del servicio diplomático del zar, llevaba ropa burguesa y era más agradable y natural en su trato que su antecesor, que vivía

con el constante miedo de revelar su pasado. Pero también Barkov desapareció.[7]

Los diplomáticos eran una comunidad de comunicación y de auxilio transnacional, una comunidad que poseía dinero, que competía en las tiendas de anticuarios y se reunía para jugar al tenis. Las embajadas tenían las mejores comunicaciones con las agencias de noticias y los periodistas, con el *Kölnische Allgemeine Zeitung*,[8] con el *Deutsche Allgemeine Zeitung*, con Hermann Pörzgen, del *Frankfurter Zeitung*, con William Chamberlain, del *Christian Science Monitor*, o con Walter Duranty, de *The New York Times*.[9] En la dacha del estadounidense se reunían viejos conocidos de sus días de estudiante: Fitzroy MacLean, que había estudiado en Marburgo; George Kennan, que había estudiado en Riga y Berlín; Charles *Chip* Bohlen, que también había sido nombrado embajador en el Báltico.[10] La vida de dicha *community* quedó profundamente afectada por los procesos de Moscú:

> Los procesos de purga destruyeron una gran parte de nuestros contactos con el Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores. Cuando pedíamos hablar por teléfono con algún funcionario en concreto, recibíamos la siguiente respuesta: «No está». En el mejor de los casos, recibíamos la información de que había sido trasladado. El destino de las personas con las que a menudo habíamos colaborado durante muchos años, y que habían desaparecido sin dejar rastro, nos llenaba de terror.[11]

Con frecuencia los miembros de la embajada alemana veían a sus interlocutores soviéticos de otros tiempos una última vez, durante los procesos públicos; así fue como citaron el consejero delegado Gustav Hilger en el proceso contra Radek,[12] y así citaron también al agregado militar Ernst Koestring en las vistas del proceso contra Radek.[13]

En el diario del embajador estadounidense Davies se despliega una visón panorámica de la *high society* moscovita poco antes de su hundimiento. El escenario son las fiestas en las casas de veraneo, fuera, junto al río Moscova, las recepciones en la embajada estadounidense, la legendaria Casa Spaso o en la antigua mansión Morózov en la Spiridonovka, la casa de huéspedes del Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores. Davies nos introduce en el universo más exclusivo de la alta sociedad moscovita.

Vemos, por ejemplo, la reunión para un almuerzo en la dacha del comisario del pueblo para el Comercio Exterior, Arkadi Rozengolts. Allí estaban el mariscal Voroshílov, el comisario del pueblo para la Defensa Nacional; así como Mikoián, el comisario del pueblo para la Industria de Alimentos; Vyshinski, el fiscal que acababa de cerrar el proceso público contra Piatákov y otros:

El almuerzo en casa del comisario de Comercio Exterior fue sumamente curioso e interesante. Condujimos unos cincuenta kilómetros a lo largo de un territorio cubierto de blanco en un día claro y frío, a lo largo de la avenida Stalin, un carretera ancha y asfaltada, de unos cuarenta y cinco metros de ancho, y una parte de una nueva carretera para el Ejército. A ambos lados se extendían kilómetros y kilómetros de bosque, con abedules de troncos blancos de un lado, abetos verdes del otro, y por todas partes había progresado el bosque bajo. En todo el territorio se veían fincas, con vallas de unos tres metros de alto, casi siempre pintadas de verde, y todas parecían bien cuidadas. Un hermoso y sinuoso camino conducía hasta la dacha. La casa es grande y cómoda, con preciosas vistas al paisaje nevado hacia todas partes; está bien amueblada, con buen gusto, en correspondencia con la tendencia algo severa del gusto moderno en Alemania. En el camino de regreso pasamos junto a la dacha de Stalin. También ésta estaba rodeada de una alta valla pintada, rodeada por algunos soldados. El es bastante inaccesible, pero espero verlo antes de mi partida.

Estos comisarios llevan sin duda una buena vida. O bien viven

en el Kremlin, que es como una ciudad rodeada de muros dentro de otra ciudad, con hermosos palacios e iglesias antiguas pertenecientes a la corte, o en las afueras, en propiedades rurales, o bien en ambos lados.[14]

Davies se siente impresionado con Voroshílov y Vyshinski:

El fiscal general es un hombre de unos sesenta años y me recuerda mucho a Homer Cunnings; es tranquilo, desapasionado, intelectual, talentoso y sabio. Condujo este proceso sobre traición a la patria de una manera que despertó toda mi estima y admiración como jurista.

Sobre Rozengolts apunta: «No tiene aspecto de judío, tiene unos ojos muy bonitos y un cuerpo atlético. (Para mantenerse en forma, tiene una mesa de ping-pong)».[15]

Una sociedad ilustre—la señora Kennan, la señorita Wells, madame Chubar, madame Krestinski, madame Stomoniakov—se reunió para un almuerzo de señoras en casa de la señora Mólotov, que en aquellos últimos tiempos se había interesado bastante por el desarrollo de la industria de la perfumería. No faltaba nada: *hors d'œuvres* en grandes cantidades, tres tipos de carne y seis clases de pescado:

Muy peculiar: una reunión de mujeres de comisarios que trabajan todas como técnicas, médicas o directoras de fábricas [...]. Un día en concreto, estuvimos conduciendo de un lado a otro, durante una hora a lo largo del campo, camino de los bosques de Rublova, pasando junto a grandes mansiones, hasta que por fin vimos la valla verde y los soldados de guardia. Se abrió el portón, y hasta que llegamos a la casa vimos otros muchos guardias. La casa es moderna, grande, pero en ningún modo es un palacio, ni por dentro ni por fuera, sino bastante sencilla. Buen gusto (aunque no está amueblada de manera cómoda ni está «habitada»). Pero es apropiada en todos los sentidos. Recibidor, amplias escaleras, roperos, etcétera. El salón es espacioso. No hay fotografías ni baratijas. El comedor es grande, con

amplios ventanales. Las mesas están decoradas con violetas alpinas, por lo menos hay tres plantas por persona; en el suelo hay ocho o diez macetas, de color blanco y lila, muy bonitas, llenas de flores.[16]

Un punto culminante fue ciertamente la recepción en la embajada de Estados Unidos para los dirigentes del Ejército Rojo: sólo tres meses después sus miembros habían sido condenados en un proceso secreto y fusilados. Davies está visiblemente impresionado con los militares:

En la mesa de la embajada éramos unas sesenta personas. Entre ellas estaba el «comandante en jefe del Ejército y de la Marina» y otras figuras notables, por ejemplo, pilotos portadores de la orden de «Héroes de la Unión Soviética», famosos paracaidistas, ingenieros de aviación y ese tipo de personas. El aspecto magnífico de estos hombres me cautivó: fuertes, sanos, de rostros bellos. Los uniformes les quedaban perfectos y brillaban sin más, gracias a los diferentes distintivos de rango y condecoraciones, como la orden de Lenin y otras. La cena fue tan buena como pudo ofrecerla la embajada, y con absoluta pompa capitalista. El mariscal Voroshílov se sentó a la izquierda de la señora Davies, mientras que a su derecha ocupó el sitio una dama de la embajada encargada de hacer de intérprete; el vicemariscal Tujachevski a la izquierda de la anfitriona, con mi hija al otro lado. Ella habla bastante bien el ruso, ha estudiado en el Vassar College y asiste a conferencias en la Universidad de Moscú. Se entienden muy bien en ruso, y el mariscal empezó a sondearla cautelosamente acerca de Karl Marx y su doctrina. A la pregunta de él sobre si había estudiado el «marxismo», ella respondió: «Sí, en la universidad». «¿Y no le parece un sistema maravilloso?», le preguntó entonces el mariscal. Ella dijo que no, que no le había causado demasiada impresión. [...] Después de la comida se ofreció una película.[17]

Pero ya poco después el embajador se vio obligado a anotar: «Al cabo de nueve semanas después de esta cena, once importantes oficiales del Ejército y de la Marina fueron lle-

vados ante un tribunal militar y fusilados, cuadros de mando que habían estado entre los invitados a nuestra cena».[18] Aún más drásticas fueron las consecuencias de esta ola de represión para la embajada alemana y su relación con el entorno moscovita: muchos de los acusados en el segundo y el tercero procesos públicos, así como muchos de los militares, tenían relaciones con alemanes o eran de origen alemán, lo cual salió a relucir también en los procesos.

BAILE DE MÁSCARAS EN LA EMBAJADA ESTADOUNIDENSE

Hasta en sus más mínimos detalles describe Davies las fiestas en la embajada estadounidense. Esas descripciones comienzan con el lugar mismo, la Casa Spaso:

> Delante de la casa se encuentra algo poco común en Moscú: un hermoso y pequeño parque. Algo más hacia la derecha hay una hermosa y antigua iglesia, cuyo trágico deterioro le parte a uno el corazón. Allí viven ahora muchas familias, y las trazas de los pocos cuidados que recibe el edificio, cuyo aspecto es de enorme abandono, le entristecen a uno. Entre la iglesia y la Casa Spaso hay un antiguo palacio que debió de ser en algún momento muy bonito, el antiguo hogar de un noble ruso; pero también aquí llama la atención la tragedia, pues está muy deteriorado y sirve como vivienda a familias de trabajadores y soldados.[19]

Los bailes en la embajada estadounidense—ya antes de 1937—se describen también, en varias ocasiones, en los apuntes de diario de Yelena Bulgákova; éstos iban a encontrar también su expresión literaria. Para los Bulgákov no era sencillo mantener la etiqueta de vestimenta para tales ocasiones (el frac o el vestido negro). La enumeración de los nombres indica que *le tout Moscou* se reunía para tales ocasiones:

Para la cena: caviar, salmón, pasteles hechos en casa, rabanitos, pepinos frescos, champiñones secos, vodka y vino blanco.

Los estadounidenses hablan ruso. Bohlen lo hace incluso muy bien.

M. A. les enseñó fotos suyas, y dijo que iba a solicitar un pasaporte para viajar al extranjero. Shujovitski se lo tragó en seco. A los estadounidenses esto les pareció estupendo, dijeron que tenía que viajar de todos modos.

Bohlen desearía traducir al inglés, junto con Shujovitski, *El piso de Soya*. Al despedirnos, quedamos en vernos el 19 en casa de Bohlen para comer.[20]

El baile en la casa del embajador estadounidense. M. A. con traje negro. Yo llevaba un vestido de noche azul con flores de color rosa claro. Fuimos allí a las doce. Todos de frac, sólo algunas personas asiladas con esmoquin y trajes.

Afinoguénov con traje, por alguna razón lleva bastón. Bersénev va con la Giazintova. Meyerhold y la Reich. Vl. Iv. [Vsévolod Ivánov; nota de K. S.] con Kotik. Taírov con la Koonen. Budiónny, Tujashevski, Bujarin con una levita pasada de moda, llevando del brazo a su esposa, también pasada de moda. Radek con un curioso informe. Búbnov en uniforme de caqui.

Bohlen y Faymonville bajaron adicionalmente al vestíbulo para ayudarnos. Bullitt le pidió a la señora Wiley que se ocupara de nosotros.

Se bailó en el salón de las columnas, y desde la galería brillaban unos reflectores de distintos colores. Detrás de una jaula, una variedad de aves revoloteando. Una orquesta, traída especialmente desde Estocolmo. Lo que más impresionó a M. A. fue el frac del director, que le llegaba hasta los tacones. La cena tuvo lugar en mesas individuales, en un salón comedor acondicionado especialmente para la ocasión y pegado a la mansión de la embajada. En las esquinas del comedor había pequeños parterres con césped en los que pastaban cabritillos, ovejitas y ositos. En las paredes había jaulas con gallos. A las tres empezó a tocar un acordeón, y los gallos empezaron a cantar. *Style russe*.

Había cantidades enormes de tulipanes, rosas, todo traído de Holanda. En la planta superior se había acondicionado un bufé de brochetas. Rosas rojas, vino tinto francés. Abajo, por todas partes, champán, cigarrillos.

Queríamos irnos a las tres, pero los estadounidenses no nos dejaron marchar: los secretarios, Faymonville (el agregado) y Ward estuvieron todo el tiempo con nosotros. A las seis, nos acomodamos en su Cadillac de la embajada y fuimos a casa. Me traje a casa un enorme ramo de tulipanes, regalo de Bohlen.[21]

En una de esas recepciones apareció también el tal «barón Steiger», ya mencionado por Davies: «la GPU de la casa».[22] La mayoría de veces, en esas recepciones se reunía una sociedad bastante variopinta e interesante: el embajador, siempre tan interesado en las cosas de Rusia (primero William Bullitt, y después Davies), artistas soviéticos, músicos, escritores, pilotos famosos, autores franceses de paso por la ciudad. Se reunían para esquiar en la dacha de los estadounidenses, para ver películas y asistir a bailes de disfraces:

El día anterior llegó una invitación para el baile de máscaras de la embajada de Estados Unidos, organizada por la hija del embajador. ¡Qué poco encaja esto con nuestro estado de ánimo!

Por la noche M. A. llamó a la esposa de Kennan, yo también hablé con ella. Enseguida intentó convencernos para que asistiéramos.

—¡Cualquier disfraz original!

—¿Los caballeros llevarán frac?

Ella respondió (con fuerte acento):

—No, también pueden venir de esmoquin. ¡Pero un disfraz sería mejor! Las máscaras las recibirán allí.

—¿Y de dónde vamos a sacar un esmoquin? ¿De dónde los zapatos de charol? ¿Las camisas, los cuellos? [...]

M. A. se divertía y me divertía a mí.

—¿Serviría también una sotana?

—¿Una sotana? ¡Por supuesto![23]

INTERIOR CON PIANO Y NIÑERA

El símbolo más visible del ascenso social y de la pertenencia a la Nomenklatura era la nueva vivienda, porque significaba

haber escapado a la estrechez de la *kommunalka* y a la dictadura de la intimidad forzosa en los pisos comunitarios. Y la pérdida de ese privilegio era la prueba más visible de que alguien había sido excluido del universo de la *high society*. Los cambios de vivienda eran considerados un símbolo de ascenso y de caída. Yuri Trífonov convirtió el entramado de biografías que confluían en la Casa del Gobierno en un núcleo de su retrato literario de esa generación. La descripción del ambiente de los que ascendían es allí un elemento esencial:

Florinski estaba orgulloso de su nuevo piso, al que se había mudado recientemente desde la Casa de los Soviets número cuatro: ¡ciento veinte metros cuadrados de superficie habitable! Un gabinete de trabajo enorme. Lástima que no haya llegado ni conseguido trabajar en esa casa, sólo consiguió desayunar y dormir. Hasta el año anterior el piso pertenecía a uno de esos cuyos nombres manchados la humanidad maldijo para toda la eternidad. El piso ha sido rehabilitado totalmente, renovaron incluso el parquet.[24]

Para el Año Nuevo de 1937 se dice:

El árbol de Navidad estaba en medio del comedor, la mesa del comedor había sido desplazada junto al piano. Ahora la habitación parecía reducida y olía a bosque, a dacha, a esquís, al perro *Morka*, a la veranda con las ventanas pintadas de blanco y el suelo sucio y mojado, donde la nieve, sencillamente, se desprende de las botas de fieltro sobre los tablones. Los guantes se arrojaban sobre la mesa, que no tenía ni siquiera una capa de cera—todo en la terraza tenía un aspecto miserable y parecía congelado—, y la puerta forrada de tela había que abrirla empujando para irrumpir en una zona cálida y seca, la acogedora cocina, algo llena de humo, con el horno crepitante. A todo eso olía el verde del abeto, era el olor de las vacaciones.[25]

Bastante detallada es la descripción del despacho, un típico interior del mundo vital de la intelectualidad rusa:

El cuarto de trabajo era grande y contenía cosas algo misteriosas. Cuatro armarios guardaban libros, miles de libros, entre ellos muchos viejos folletos de escaso interés, deteriorados y cubiertos de polvo, pero también bellas enciclopedias encuadernadas en piel, con el corte de las hojas dorado y numerosas reproducciones, de las que Ígor, hacía tiempo, había arrancado el papel de cebolla incluido para proteger las páginas, un papel que él utilizada para todos los propósitos imaginables. Entre uno de los armarios y la ventana colgaban en la pared las armas del padre: una carabina inglesa, un pequeño Winchester con la culata pintada de verde, una escopeta de caza belga de dos cañones, un sable con una vaina antigua, una *nagaika* de cosaco tejida, suave, flexible y con una coleta en un extremo, una ancha espada china con dos cintas de seda en los laterales, una de color escarlata y otra verde oscuro (el padre las había traído de China, donde decapitan a los criminales con esas espadas); en un libro ilustrado, que también trajo de China el padre, Igor había visto una foto de una ejecución de ésas; con aquella espada, el padre, por las mañanas—aunque también, a veces, durante el día—, hacía una peculiar gimnasia china, realizando toda suerte de movimientos de esgrima. [...] Una enorme y gruesa alfombra persa cubría todo el suelo y uno podía echarse en ella mejor que en el sofá [...].[26]

La nueva clase alta soviética—aquí se habla, concretamente, de la casa de los Florinski—, integraba también en el ámbito doméstico la niñera, la *au pair* o la cuidadora:

La sirvienta, una dama corpulenta con una pequeña cofia, algo parecida a la esposa de Florinski, también de pelo negro y con una piel blanca y tersa, llevaba una bandeja cargada con la merienda y a duras penas podía sujetarla sin ayudarse con la barbilla. Arsiushka quiso impresionarle antes de que él iniciara una conversación. Aburrido, Nikolái miró a su alrededor en el salón comedor, que parecía un museo. Un oscuro cuadro antiguo con marco de bronce, objetos de porcelana, de cristal, todo muy burgués. «¡Mira!—pensó Nikolái—. Mira quién vela por ti. En tiempos pasados hubieras sido un simple apoderado de seguridad de distrito».[27]

Un objeto inevitable en ese interior era el piano, del que se dice:

En el comedor tocaban el piano las dos abuelas, Anna y Vera, a cuatro manos. En los candelabros sobre el antiguo piano Becker ardían unas delgadas velas que habían quedado del árbol de Navidad de los niños, sus reflejos dobles en el espejo se estremecían en la negra ventana, y todo tenía un olor dulzón a cera de vela y a galletas de canela hechas en casa.[28]

EL SALÓN DE YEZHOV: ARTE Y POLICÍA SECRETA

A partir de los apuntes del diario de Yelena Bulgákova se puede inferir una topografía de los «nidos de la intelectualidad», de las vinculaciones y las redes de la elite cultural. Los mismos Bulgákov vivían en un edificio junto con los Mijálkov, con Víktor Shklovski y con otros escritores.[29] Allí reina siempre un agitado movimiento. La lista de los visitantes puede leerse como un «Quién es quién» de la intelectualidad literaria y artística ruso-soviética: Anna Ajmátova, Veresáiev, Serguéi Prokofiev. Shostakovich interpretó nuevas composiciones en el piano (6 de enero de 1936). En otra ocasión es Isaak Dunaievski (7 de octubre de 1938). Se reúnen en los clubes, en los restaurantes; en el del Club de Artistas, todos se conocen: «Casi en todas las mesas hay caras conocidas» (28 de junio de 1937). Se ven en los estrenos teatrales:

La sala, como diría Molière, estaba salpicada de figuras prominentes: Akúlov y Kérzhentsev estaban allí, Litvínov, Mezhláuk, Moguilny, Rykov, Gai, Boiarski. No puedo enumerarlos a todos. Además, había venido un público selecto, había muchísimos profesores, doctores, actores, escritores. [15 de febrero de 1936].

Pero hay también elementos que indican que había otras sociedades bastante heterogéneas: «Estuvimos donde los

Yákovlev. Un público mezclado: artistas y gente de la GPU. La Duvlova tocó el arpa, que fue traída especialmente para la ocasión» (11 de noviembre de 1935). Pulula por allí la gente curiosa:

Konski llamaba a casa: «Os añoro, ¿puedo ir a veros?». Vino, pero se comportó de un modo extraño. Mientras M. A. llamaba por teléfono, Grisha, que entró en ese momento en el despacho, se acercó al secreter y sacó un álbum e intentó incluso echar una ojeada dentro de un sobre con fotos que había encima del secreter. Un segundo Bitkov. [El chivato de la pieza de Bulgákov sobre Pushkin; nota de K. S.].[30]

Hacia el final de la velada, ya casi a la una, apareció un desconocido de gafas oscuras, de unos cincuenta años, y se presentó como «Fedjas, amigo del instituto». Tenía exactamente el aspecto de Tuller». [Los gemelos Tuller, policía secreta en la obra de Bulgákov *Adán y Eva*; nota de K. S.].[31]

A la más alta sociedad pertenecían los chekistas, y no pocos de ellos, entre los más destacados, daban valor a mantener una estrecha relación con escritores y artistas. Muchos artistas sacaban provecho de la posición de sus mecenas, pero, asimismo, muchos de ellos se precipitaban en la muerte cuando sus benefactores y protectores caían en desgracia. Numerosos fueron los círculos que se formaron en torno a distintos dirigentes del Partido. Los artistas acudían a ellos para recibir apoyo frente a los desmanes de la izquierda: así tenemos, por ejemplo, a los pintores Konstantín Yuon, Aleksandr Guerásimov, Serguéi Guerásimov, Ígor Grabar, que se dirigieron a Mólotov a causa de las intrigas de la Comisión de Arte dirigida por Kérzhentsev.[32] Yákov Agránov, el hombre del NKVD (vicecomisario del pueblo), era el patrón del TeatroVajtángov; Dmitri Shostakovich se dirigió a Mijaíl Tujashevski a raíz de su difamación en el año 1936.[33] El radical de izquierda Leopold Auerbach tenía una muy

buena relación con Guénrij Yagoda, pues su hermana estaba casada con este último. El director teatral Vsévolod Meyerhold tenía patronos protectores que frecuentaban el salón de su esposa, la actriz Zinaida Raich.[34] El comisario del pueblo para la Defensa, Voroshílov, estaba siempre abierto a escuchar a los cantantes de ópera, mientras que al fiscal general y acusador en los procesos públicos, Vyshinski, se le consideraba un buen destinatario para juristas y diplomáticos. Meyerhold solía escribir con frecuencia a Ável Yenukidze y a Guénrij Yagoda. El propio Stalin recibía constantes peticiones, y él mismo se ponía en contacto directamente por teléfono con escritores. Bujarin, por ejemplo, salió en defensa de Mandelstam y de Pasternak. El vínculo de Yezhov con el mundo de los escritores y artistas no era, por lo tanto, nada inusual.

Yezhov estaba ligado al mundo de los escritores y los artistas a través de su segunda mujer, Yevguenia Gladún, quien había escalado desde el puesto de secretaria hasta el de redactora de una importante revista, *La URSS en construcción*. Pero ella no sólo era redactora, sino que llevaba un salón que frecuentaban los autores más prominentes de Moscú, no pocos de los cuales mantenían estrechas relaciones con ella. Del salón literario de la señora Yezhova formaban parte Isaak Bábel, Mijaíl Kóltsov, el comisario del pueblo para Asuntos Exteriores, Maksim Litvínov, así como otros escritores y actores, incluido el explorador polar Otto Schmidt (se supone que Bábel y Schmidt eran amantes de la señora Yezhova, aunque posiblemente también lo fuera el presidente del Komsomol, Aleksandr Kósarev, que era editor de la revista *La URSS en construcción*).[35] En el interrogatorio de Isaak Bábel, que fue arrestado en relación con la caída de Yezhov, se hace visible el escenario de aquellas veladas literarias y de la vida en la redacción, una mezcla de libertinaje, de orgías, de aventuras literarias, a la que se sumaba el morbo de estar relacionado con el orden militante

de la Revolución. En esos interrogatorios se denunció a Bábel, y éste, a su vez, denunció a otros. De modo que a partir de entonces todo podía ser usado en su contra: sus buenas relaciones con los comandantes de la guerra civil, con escritores extranjeros—como André Malraux, por ejemplo—, su relación íntima con la señora Yezhova, que fue acusada de ser una espía inglesa, y sobre todo con su esposo, Yezhov, quien fue acusado y ejecutado como cabecilla de aquella conspiración. Vitali Shentalinski opina que fue el genio literario de Bábel el que le hizo buscar aquella proximidad al corazón de las tinieblas:

El trabajaba desde hacía tiempo en un libro sobre la Cheká, había acumulado material, había hablado con chekistas prominentes, escuchado con interés sus relatos y tomado apuntes. [...] El escritor quería plasmar «el momento de la verdad». ¿Era necesario, acaso, que se viera en los calabozos de la Lubianka para poder experimentar ese momento?[36]

APÉNDICE: INVENTARIOS DEL LUJO Y DE LAS MODAS

La mejor revelación de aquello que formaba parte del alto nivel de vida de un miembro del círculo íntimo del poder lo ofreció el poder mismo. A finales de marzo y principios de abril de 1937 cinco oficiales del NKVD practicaron un registro en la vivienda y en las oficinas de su antiguo jefe y comisario del pueblo, Guénrij Yagoda. Luego presentaron un inventario preciso que abarca un total de ciento treinta puntos. Entre ellos encontramos:

Moneda soviética: 22 997 rublos y 59 kopeks, y entre ellos también una libreta de ahorro con 6180 rublos y 59 kopeks.

1229 botellas de diversos vinos, la mayoría vinos extranjeros de los años 1897, 1900 y 1902.

Colección de fotografías pornográficas: 3904 fotos.
Películas pornográficas: 11 películas.
Cigarrillos, entre ellos diferentes marcas extranjeras, egipcias y turcas: 11 075.
Abrigos de hombre, casi todos extranjeros: 21.
Abrigos de astracán: 2.
Trajes de hombre de confección extranjera: 22.
Botas de piel cromada y piel de *chevreau*: 19 pares.
Zapatos extranjeros de mujer: 31 pares.
Sombreros extranjeros de mujer: 22.
Medias de seda de confección extranjera (de la mejor calidad): 130 pares.
Pieles de ardilla: 50.
Pieles de astracán: 43.
Pieles de nutria: 5.
Grandes alfombras: 17.
Camisetas de hombre extranjeras: 50.
Calzoncillos de hombre extranjeros (de seda): 43.
Camisas de hombre extranjeras (de seda): 29.
Gramófonos extranjeros: 2.
Discos extranjeros: 399.
Guantes extranjeros: 37 pares.
Bolsos de señora extranjeros: 16.
Pijamas extranjeros: 17.
Corbatas extranjeras: 34.
Bragas de señora, extranjeras (de seda): 68.
Aperos de pesca extranjeros: 73.
Prismáticos: 7.
Distintos revólveres: 19.
Escopetas de caza y de pequeño calibre: 12.
Fusiles del ejército: 2.
Puñales antiguos: 10.
Espadas: 3.
Relojes de oro: 5.
Coches: 1.
Bicicletas: 3.
Colección de pipas y de boquillas de marfil y ámbar, la mayoría de ellas con motivos pornográficos: 165.

Un consolador de goma: 1.
Pantalla de cine plegable: 1.
Cajas de películas: 120.
Vajilla antigua: 1008 piezas.
Efectos eléctricos extranjeros (calentadores, neveras, aspiradoras, lámparas): 71.
Perfumes extranjeros: 95.
Artículos sanitarios y de higiene extranjeros (medicamentos, preservativos): 115.
Pianos y pianolas: 3.
Máquina de escribir: 1.
Literatura contrarrevolucionaria, trotskista y fascista: 542.[37]

Con este inventario, Yezhov ponía en conocimiento público las necesidades de lujo, la estructura de las necesidades e inclinaciones de su antecesor. No transcurrieron ni siquiera dos años antes de que la vivienda y la oficina de Yezhov fueran sometidas a un registro similar. El inventario presentado a raíz del registro en el domicilio de éste se diferencia bastante poco del resultado del registro efectuado a Yagoda. Se confiscaron esta vez muchas decenas de abrigos de señora, chubasqueros, vestidos, cuarenta y ocho blusas, treinta y un sombreros, innumerables zapatos, trajes, treinta y cuatro estatuillas de mármol, porcelana o bronce, veintinueve «cuadros enmarcados», nueve retratos y una gran cantidad de fotografías y películas pornográficas.[38] Los inventarios resultantes de esos registros constituyen documentos singulares: nos proporcionan información sobre los anhelos del círculo más íntimo del poder, sobre el alma y la esfera privada del jefe de la policía secreta.

EL HOLLYWOOD SOVIÉTICO: SOBRE MILAGROS Y MONSTRUOS

LENIN EN OCTUBRE: LA REVOLUCIÓN CORREGIDA, *583* — LA URSS: UN PAÍS DE CINE, PALACIOS CINEMATOGRÁFICOS Y ESTRELLAS, *585* — MOSFILM 1937: CAOS EN LA FÁBRICA DEL CINE, *591* — «VOLGA, VOLGA»: DIRECTORES-CONSPIRADORES, ACTORES-AGENTES, *597* — TERROR Y ENTRETENIMIENTO, *600*

Cualquier poder despótico intuye que está en peligro mientras no haya conquistado también el poder sobre las imágenes, con lo cual adquiere asimismo el derecho a borrar esas imágenes y a construir nuevos universos de imágenes. Y puesto que la industria del cine no fue una «reserva» tranquila ni ajena al apoteósico año de 1937, en este aspecto se confunden bastante las líneas de diferenciación entre los hechos y la ficción, entre la realidad y la fantasía, entre el cuento de hadas y la historia de terror. El universo de fantasía de las películas apenas puede competir con las fantásticas historias sobre conjuras y asesinatos creadas por los magistrales narradores y directores de los procesos públicos de Moscú; los actores se ven enfrentados al miedo de asumir determinados papeles: el enemigo del pueblo, el saboteador, el espía; los directores que deben reproducir y crear de un modo teatral y fílmico la lucha contra el sabotaje, las acciones subversivas y el terrorismo se convierten ellos mismos en sospechosos de acciones terroristas. Las armas de atrezo del actor se convierten en las armas reales de un asesinato. La industria del cine reproduce y exagera los universos delirantes del año 1937.

LENIN EN OCTUBRE: LA REVOLUCIÓN CORREGIDA

En el centro de las celebraciones por el vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre, la noche del 6 de noviembre de 1937, en el Teatro Bolshói, figuraba el estreno de la película *Lenin en octubre,* de Mijaíl Romm. No era posible imaginar un marco más solemne. El teatro, forrado totalmente de oro y terciopelo rojo, los dirigentes en el escenario y en los palcos, el cuerpo diplomático y la elite del país, ahora diezmada en algunas de sus figuras destacadas, estaban reunidos al completo. La película fue presentada en un intermedio, entre el discurso oficial—pronunciado por Mólotov en su condición de presidente del Consejo de Comisariados del Pueblo, discurso, por cierto, que no tuvo «nada de atractivo», como constata uno de los invitados, el embajador estadounidense Davies—y un programa compuesto por canciones y danzas populares que se prolongó hasta primeras horas de la madrugada.[1]

La presentación de aquella obra de encargo recién terminada demostraba la modernidad de la clase dirigente del país: el cine era el medio más nuevo, y éste se presentaba ahora con el trasfondo del venerable y antiguo teatro. Se trataba, además, de un estreno esperado con tensa expectación: por primera vez Lenin, interpretado por el actor Borís Schukin, aparecía como personaje cinematográfico. La pregunta era: ¿se conseguiría presentar a un líder de la Revolución vivo, fiel y convincente, un líder que, a pesar de toda su humanidad, no debía aparecer ni demasiado humano ni demasiado común y que, a pesar de toda su naturalidad, no fuera demasiado naturalista? Y finalmente: aquí se debía desplazar a Stalin de su papel histórico subalterno en los días de octubre al papel principal como futuro sucesor suyo. ¿Cómo era posible realizar una operación de esa índole sobre una época que se remontaba a dos décadas atrás y que estaba muy presente en la memoria de muchos activistas todavía vivos? Hasta el último

instante reinó la incertidumbre sobre si el filme podría terminarse o no. La presentación estuvo acompañada de ciertos percances, que más tarde, treinta años después, recordaría con horror el director Mijaíl Romm:

Cuando llegué, vi a mecánicos e ingenieros que estaban montando los equipos y los oí desbarrar. Todavía les faltaba bastante para acabar, y sólo quedaban tres cuartos de hora para el inicio de la presentación. Todos temblaban de miedo, incluido yo. Shumiatski [el responsable de la industria cinematográfica, el comisario del pueblo que fue arrestado el 18 de julio de 1938 y condenado a muerte; nota de K. S.] me estrechó la mano, y también él estaba terriblemente nervioso. Por fin empezó la película, y fue una catástrofe. La pantalla era muy pequeña, la imagen aún más pequeña y descolorida, a tal punto que apenas podía reconocerse nada. Y por último, el sonido también era bastante bajo, apenas se oía. Fui hasta donde estaban los equipos de proyección, mi sombra se reflejó en la pantalla y grité: «El sonido está muy bajo».[2]

La película se partió quince veces durante la proyección. No obstante, fue alabada al día siguiente en los periódicos, aunque se señalaba que había sido retirada de nuevo de la programación para solucionar algunos desperfectos (dos escenas, el asalto al Palacio de Invierno y el arresto del Gobierno Provisional, debían ser filmadas de nuevo y añadidas). Y en efecto, Romm volvió a filmar esas dos escenas en un plazo de dos días, de modo que la película llegó a los cines un mes después—justo a tiempo para las primeras elecciones realizadas después de aprobada la nueva Constitución, el 12 de diciembre de 1937—, y se convirtió muy pronto en un clásico del cine soviético.[3] El propio Stalin había criticado los «puntos débiles» del filme, pero luego dio su beneplácito. Este incidente muestra con cuánta intensidad se ocupaba Stalin de la industria cinematográfica y—algo que se comentaba de manera generalizada—también cómo el poder político conocía

el poder de las imágenes, sobre todo de las imágenes en movimiento, las *motion pictures*.[4]

LA URSS: UN PAÍS DE CINE, PALACIOS CINEMATOGRÁFICOS Y ESTRELLAS

Los dirigentes bolcheviques comprendieron desde un principio la importancia del cine para la transformación del país. También en eso daban continuidad a la fiebre de cine predominante en el período anterior a la guerra y a las fantasías desatadas por el nuevo medio, a través del cual podía llegarse a un público masivo, en especial a uno que aún no sabía leer ni escribir y que podía ser empleado sin gran preparación ni infraestructura y desplegar su efecto: para la información, la agitación política, la instrucción, el esclarecimiento y la educación del pueblo, sin olvidar el entretenimiento. El mensaje de las imágenes en movimiento era de fácil comprensión, creaba un horizonte para el entendimiento, generaba un horizonte de imágenes con eslóganes, símbolos y tipos. En resumen: el cine podía convertirse, de un modo muy especial, en el «medio guía» para un país lanzado a toda velocidad hacia la modernidad, y sin duda es ése el lugar histórico para el singular florecimiento y originalidad del arte cinematográfico soviético, en el cual se perfilaron y radicalizaron todas las cuestiones de la realización y la estética cinematográficas. Los pioneros de ese cine pasaron a un segundo plano a finales de la década de 1920, quedaron silenciados o fueron acallados: Dziga Vértov, Aleksandr Dovzhenko, Vsévolod Pudovkin, Lev Kuleshov.[5]

Si bien durante la primera década posterior a la Revolución el cine soviético vivía sobre todo de la experiencia de la gran ruptura, de las nuevas posibilidades y los de experimentos formales que se iniciaban y que todavía llegaban a un público relativamente pequeño—sobre todo urbano—, a finales de la década de 1920 y principios de la de 1930 se crearon las bases de una industria cinematográfica propia de la

Unión Soviética y que llegaba a un público completamente nuevo, el de las aldeas y de los inmigrantes del campo que afluían en masa a las ciudades. Se produjo un segundo *boom* del cine tras el primero, que había tenido lugar hacia 1910. En la antigua Moscú había una docena de cines pequeños, pero a mediados de la década de 1930 ya había cincuenta y siete cines grandes y, además, cuatrocientos veintitrés lugares para proyecciones esporádicas de películas, tales como clubes obreros, palacios de la cultura, institutos, clubes del Ejército Rojo y cines al aire libre. Todos eran, entretanto, cines con sonido, con todo el nuevo y costoso equipamiento necesario. Los edificios dedicados al cine figuraban entre las obras modelo de la nueva Moscú, como, por ejemplo, el cine Udarnik, situado en el complejo de la «Casa del Gobierno».[6] En 1938 se construyó otro cine modelo, el cine-teatro Rodina, que tenía dos salas con capacidad para mil doscientos espectadores. En los planes de construcción hasta 1945 estaban previstos numerosos edificios para cines, y de ello se infiere que se pretendía hacer una especie de amplia «cinefilización»:

> De 1928 a 1940 se ha cuadruplicado el número de instituciones dedicadas a la proyección de cine, y además se ha triplicado el número de entradas vendidas. La industria cinematográfica soviética también tuvo éxito, a fin de cuentas, en la producción de un material cinematográfico bruto propio, de proyectores y otros equipos.[7]

Los cines estaban siempre llenos al completo. Las proyecciones empezaban ya desde las doce del mediodía. En total, las estadísticas, de la segunda mitad de la década de 1930 en Moscú muestran que unos cuarenta y cinco millones de personas acuden al cine cada año. Cada moscovita va al cine unas diez veces por año. A ello se añaden los doscientos sesenta clubes, las instituciones de enseñanza, que también ofrecen programas cinematográficos especiales, como el Plane-

tarium, el Museo Politécnico, el Parque Cultural y Recreativo Gorki, con miles de millones de visitantes cada año.[8] La densidad de los lugares de proyección, los programas de cine que se publican en los periódicos, la forma en que las visitas al cine quedan plasmadas en memorias y diarios, todo ello demuestra cómo el cine, además del teatro—esa instancia siempre poderosa de la vida cultural rusa—, se fue convirtiendo en un «lugar común» natural en la vida de la capital, sobre todo para las generaciones más jóvenes.

Y de ello forma parte también el nuevo culto a las estrellas del cine. La época del colectivismo y el ascetismo, tan característico del primer Plan Quinquenal, había llegado a su fin. Aparecían de nuevo las personalidades identificables, las figuras de los actores y actrices, los favoritos de los espectadores, con los cuales podía identificarse un público compuesto por millones de personas, y cuyas melodías se habían convertido en canciones de moda y en auténticos éxitos. Regresaban los individuos, las personas, las estrellas. Ahora tenían un rostro que aparecía en lugar destacado en carteles, páginas publicitarias y anuncios. Sus nombres eran Liubov Orlova, Borís Bábochkin, Marina Ladynina. Estaban cerca de los círculos del poder, pero tampoco negaban de dónde venían. Eran la encarnación de la nueva y moderna Rusia soviética, cultivados, cosmopolitas y, al mismo tiempo, patriotas. Se movían en una esfera de lujo, pero su mensaje rezaba que cualquiera podía lograrlo si se esforzaba lo suficiente; eran los representantes de los soviéticos que habían hecho carrera a una velocidad de vértigo. Eran las primeras estrellas soviéticas, también conocidas en un marco internacional.

El gran modelo era Estados Unidos: Hollywood. Y eso valía asimismo para la década de 1920, en la que los filmes de éxito estadounidenses también tenían un marcado éxito en la URSS, y nombres como los de Charlie Chaplin, Mary Pickford, Douglas Fairbanks y otros eran muy conocidos en

este país. Hollywood era el destino obvio de los realizadores de cine soviéticos, donde se encontraban muy a menudo con conocidos, normalmente emigrantes rusos que habían conseguido dar el salto a la Meca del cine. Por lo tanto, no constituía ninguna gran sensación—sino que era visto como algo natural—el que la persona a cargo de la industria cinematográfica soviética, Borís Shumiatski, anunciara tras su regreso de un viaje a Estados Unidos que deseaba crear un Hollywood soviético, una segunda California en Crimea. Y fue sobre todo con las películas de entretenimiento, las comedias cinematográficas y los musicales con lo que pretendieron competir con su modelo estadounidense, pero sin copiarlo.[9] El 11 de enero de 1935, en el Teatro Bolshói, durante una gran ceremonia destinada a la entrega de órdenes a los realizadores de cine que contó con la presencia de los dirigentes políticos encabezados por Kalinin y Stalin, uno de los presentes, Jay Leyda, recordó la entrega de los Oscars, los *Academy Awards* de Hollywood.[10]

El público no añoraba películas como *El acorazado Potemkin*, sino películas de entretenimiento. La demanda del público era mayor que la oferta de películas producidas. El número de cines casi se había duplicado, de diecisiete mil que había en 1927 a treinta y un mil en 1937; y mientras que en el año 1927 se ofrecían treinta y una películas por semana—de ellas, veinte provenientes del extranjero, de Occidente—, diez años después eran solamente once películas semanales, pero exclusivamente de producción soviética. Además, ya no había cines privados, sino única y exclusivamente instancias estatales para la cesión y proyección de películas.[11]

En las películas de entretenimiento soviéticas los temas no eran nunca las banalidades de la vida cotidiana, sino cosas características, típicas, cosas que atañeran y conmovieran a las masas, pero evitando perderse en el juego de los experimentos formales o sucumbir a una abrumadora objetividad absurda. El realismo soviético se ocultaba en la narración de

historias en las que las personas pudieran reconocerse, cuyo éxito fuera cuantificable en número de espectadores, en resultados de rentabilidad, en la reacción de las masas.[12] Ese cine contaba con un nuevo público, no con los conocedores del cine, sino con «el pueblo», el cual no se interesaba por la teoría, la ideología y los programas, sino por una historia sobrecogedora en la que pudiera reconocerse o, cuando esto no era posible, en la que por lo menos pudiera experimentar un instante de alegría y distracción serenas. Estaban representados todos los géneros: documentales, películas para niños, dibujos animados, adaptaciones literarias, documentales sobre la naturaleza, sobre descubrimientos, sobre viajes o sobre ciencias. Pero se precisaba:

El primer lugar del repertorio debía quedar ocupado por las películas de héroes. El objetivo de esas películas es la movilización de las masas. El segundo lugar lo ocupan películas sobre los problemas de la vida cotidiana en la época de la transición. [...] En tercer lugar—con menos importancia, pero en un número mucho más elevado—están las películas de entretenimiento, cuyo cometido consistía en atraer a las masas para luchar contra formas perjudiciales de ocio, tales como el alcoholismo, el gamberrismo, etcétera.[13]

Borís Shumiatski había definido de la manera siguiente el cine de entretenimiento:

Por valor de entretenimiento de una película entendemos el considerable efecto emocional que tiene un filme, así como la realización simple, capaz de transmitir al público masivo de forma rápida y sencilla el contenido ideológico, el tema que se aborda.[14]

Entre 1933 y 1940 se produjeron en los estudios soviéticos trescientas ocho películas, de ellas cincuenta y cuatro para niños. Sesenta y una de esas películas trataban el tema de la

Revolución y de la guerra civil, entre ellas algunas muy exitosas como *Chapáev*, de los hermanos Gueorgui y Serguéi Vasíliev, y la trilogía *Maksim*, de Grigori Kózintsev y Leonid Trauberg. Entre las películas históricas destacaron *Pedro I*, de Vladímir Petrov (1937 y 1939), y *Aleksander Nevski*, de Serguéi Eisenstein (1938). Los filmes restantes trataban de temas actuales y cotidianos, la mayoría de ellos desarrollaban su trama en koljoses (17), y los menos en fábricas (12).[15]

Los grandes éxitos cinematográficos de la década de 1930 iban absolutamente en esa línea, la cual fue impuesta de manera aún más intensa, sobre todo en el marco de la «lucha contra el formalismo» y en favor «del sujeto», como se decía en clave en el lenguaje de la época. El mayor éxito fue sin duda el filme *Chapáev*, un *Eastern*, una película basada en una novela de Dmitri Fúrmanov en la que confluían escenas de excitantes aventuras con la historia bastante reciente de la guerra civil, y que se convirtió en el prototipo de un género del que bebió toda una generación: «Todo el país acude a ver *Chapáev*», decía un editorial de *Pravda* del 21 de noviembre de 1934:

> La película *Chapáev* se convierte en un fenómeno político. [...] El Partido ha encontrado ahora un poderoso y nuevo instrumento para educar la conciencia de clase de las nuevas generaciones. El odio al enemigo, asociado a una arrolladora admiración por la memoria heroica de los combatientes que cayeron por la Revolución, cobra la misma fuerza que el amor apasionado por la patria socialista. Todo el país ve *Chapáev*. La película cuenta con centenares de copias listas para una proyección con sonido. También habrá versiones mudas, de modo que *Chapáev* pueda ser proyectada en todos los rincones de este vasto país: en las ciudades y en los pueblos, en los koljoses y en las colonias obreras, en los cuarteles, los clubes y las plazas.[16]

Entre las películas de mucho éxito estaban también algunas para niños, como por ejemplo *Karo*, basada en una historia

de Arkadi Gaidar, y *Una vela blanca en el horizonte*, creada a partir de un libro de éxito de Valentín Katáiev. Entre los mayores éxitos estaban las comedias musicales, que conformaban el terreno principal del cine de entretenimiento soviético para las masas. Aquí coincidían, en una curiosa constelación, genios del género, que creaban películas como *Chicos alegres* (1934), *Circo* (1936) o *Volga, Volga* (1938). Un genio de la dirección como Grigori Aleksándrov, discípulo de Eisenstein, coincidía aquí con un cámara de la talla de Vladímir Nilsen, quien, en su momento, fue discípulo del cámara de Einsenstein, Eduard Tissé. Guionistas de talla mundial como Iliá Ilf y Yevgueni Petrov, Valentín Katáiev y Nikolái Erdman coincidían con compositores como Isaak Dunaievski y la legendaria cabeza pensante del jazz soviético, Leonid Utiósov. Un autor de canciones para las masas y de moda como Vassili Lebedev-Kumach coincidía con una actriz como Liubov Orlova, quien—siendo casi una figura comparable a Greta Garbo o a Marlene Dietrich—se había convertido en una estrella de la escena cinematográfica soviética: «Ese alto índice de coincidencia entre los tres criterios (el ideológico, el estético y el de la resonancia masiva) jamás se ha alcanzado de nuevo en la historia del cine soviético».[17]

MOSFILM 1937: CAOS EN LA FÁBRICA DEL CINE

El centro de la fábrica de sueños soviética eran los estudios de cine moscovitas Soyuskino—más tarde Moskino—, los cuales, a partir de 1935, se llamaron Mosfilm. En ninguna otra parte se concentró tanto *know-how* y experiencia cinematográficos como en las laderas de los montes del Gorrión. Casi todos los directores soviéticos famosos habían trabajado allí. Y en efecto, podemos ver los estudios Mosfilm como un microcosmos, un prisma de la confusión del año 1937,

como ha demostrado en sus estudios la historiadora del cine rusa Maia Túrovskaia.[18]

Los estudios Mosfilm tenían, en el año del aniversario de 1937, planes muy ambiciosos. Se esperaba producir doce películas de ficción, entre ellas *Valor* (Pavlenko, Marián), *El más feliz* (Zarji, Pudovkin), *El prado de Bezhin* (Rzheshevski, Eisenstein), *Gavroche* (Shajovskói, Lukashévich), *Volga, Volga* (Aleksándrov) y *El trabajador maravilloso* (Medvedkin). Como media, cada película contaba con un presupuesto de 1 400 000 rublos. Pero el resultado real era muy distinto, y algunas películas se concluían, otras se aplazaban y algunas, incluso, quedaban en nada.[19]

Hubo muchas razones por las que el plan nunca pudo llevarse a la práctica y por las que, a pesar de eso—y en cierto modo siguiendo el plan—, surgieron películas significativas.

Algunas películas no satisfacían las exigencias políticas y estéticas formuladas e impuestas por los dirigentes del Partido responsables de la industria cinematográfica. Ello incluía el examen de los guiones fílmicos por parte de comisiones especiales, y en algunos casos también por los propios dirigentes del partido. Numerosos guiones fueron leídos personalmente por Stalin, comentados y «mejorados». La intervención de Stalin en la película de Romm, *Lenin en Octubre*, no fue un caso aislado. Stalin proponía cambios de títulos, y así lo hizo, por ejemplo, con el título de la película de Iván Pyriev *Anka*, convertida luego en *El carné del Partido*. El guión del filme *Aerograd* de Aleksandr Dovzhenko, de 1935, fue leído en el Kremlin a todo el Politburó, incluido Stalin. Stalin también mostró posturas decididas en relación con las películas de Eisenstein *El prado de Bezhin* y *Aleksandr Nevski*.[20] En un caso, Stalin llega a firmar incluso como coautor. En una carta en la que se hablaba de la película *El gran patriota* de Friedrich Ermler, Stalin escribía en el año 1937 al responsable del cine Borís Shumiatski:

Estoy leyendo el guión del camarada Ermler. Estoy de acuerdo en que, sin duda, está ideológicamente a la altura de los tiempos. También tiene sus cualidades literarias. Sin embargo, hay un par de errores en él: 1. Los representantes de la «oposición» parecen, tanto por su edad física como por lo que respecta a su pertenencia al Partido, más antiguos que los representantes del Comité Central. Ello no representa bien el asunto y no se corresponde con la realidad. La realidad nos muestra otro cuadro; 2. La representación de Cheliabov ha de ser eliminada: no existe analogía entre el revolucionario Cheliabov y los terroristas y pigmeos salidos del bando de los zinóvievistas y trotskistas; 3. La alusión a Stalin ha de ser eliminada. En su lugar, es necesario que aparezca una alusión al Comité Central del Partido; 4. El asesinato de Shajov no debería estar en el centro ni debe ser el clímax de la escena: las acciones terroristas palidecen cuando se las compara con los actos terroristas que se destaparon en el proceso contra Piatákov y Radek.[21]

Las turbulencias y la ola represiva del año 1937 hicieron que Mosfilm no pudiera cumplir su plan en el año del gran aniversario. Debido a las prohibiciones del Politburó, el 5 de marzo de 1937 se había paralizado el rodaje de la película de Eisenstein *El prado de Bezhin*.[22] Esta película debía ser el filme de muestra en el vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre. Dicha suspensión fue igual que una catástrofe. En abril sólo se aprobaron y se dio luz verde a dos películas de un total de veintiséis guiones, como por ejemplo, *Volga, Volga* y *El lobo y los siete rehenes*. La atmósfera general de miedo había hecho que nadie quisiera asumir responsabilidades ni tomar decisiones sobre la aceptación o el rechazo de un guión. La revista *Cine* escribía en su edición del 17 de mayo de 1937:

Nuestro mayor estudio cinematográfico, Mosfilm, se encuentra actualmente en una profunda marcha atrás en cuanto a producción. Es un hecho vergonzoso que el estudio no haya comenzado

a trabajar en una sola película con motivo del vigésimo aniversario de la Revolución Socialista de Octubre.

En la misma edición decía:

La mayor empresa con una plantilla de más de dos mil personas lleva paralizada ya cinco meses. En todo el primer trimestre del año, el estudio ha producido un total de 0,8 películas. Sin embargo, el estudio ha conseguido gastar en ese tiempo 800 000 rublos.[23]

Para la fecha del aniversario faltaban apenas unos seis meses y se habían planificado dieciséis películas dedicadas a ese evento. Un guión, *El levantamiento*, que tenía muy entusiasmado a Shumiatski, no había sido aprobado todavía por la comisión encargada de supervisarlos y todo debido a lo sensible del tema—Lenin aparecía por primera vez en la película; Stalin desempeñaba un nuevo papel histórico—, y a pesar de que el rodaje debía haber comenzado en julio.[24] Mijaíl Romm empezó a rodar la película a mediados de agosto—las escenas de la revolución no las filmó en Leningrado, sino en los decorados de los estudios Mosfilm—, y la entregó el 6 de noviembre de 1937, tras un período de rodaje y de producción increíblemente corto. Con ello, Mosfilm quedó rehabilitado en cierto modo. Se distribuyeron novecientas copias de la película por todo el país (de *El acorazado Potemkin*, de Eisenstein, sólo se hicieron cuarenta y dos copias, mientras que de la comedia musical *Chicos alegres* se dispuso de doscientas cincuenta y nueve). No obstante, Mosfilm había conseguido llevar al pueblo, en el año del aniversario, la figura de Lenin como un líder popular y cercano al pueblo, con Stalin en un segundo plano.

El tema decisivo en ese «año cinematográfico» de 1937 fue la controversia en torno a la película de Eisenstein *El prado de Bezhin*, que acabó con la prohibición y la destrucción física del filme. No se trataba solamente de una película de

Eisenstein, sino de un hito en general: el triunfo del «realismo socialista» sobre el «formalismo» y el «naturalismo».[25] Eisenstein estaba interesado en este proyecto desde 1935, cuando el guionista Aleksandr Rzheshevski adaptó la historia del pionero Pávlik Morózov: un joven pionero en una aldea del norte de los Urales fue asesinado por denunciar a su padre, un acomodado campesino, un kulak. Con el filme, Eisenstein quería ofrecer su aportación a la representación de las transformaciones experimentadas por la aldea rusa gracias a la colectivización, tal y como había hecho, antes que él, Friedrich Ermler con su película *Los campesinos*.[26] Pero el tratamiento que hace Eisenstein de la lucha de clases en las aldeas cobró otra forma bajo su mano, si bien el realizador tenía intención de consagrar su pieza maestra a la superación del formalismo. De aquel drama concreto sobre el «agravamiento de la lucha de clases» en la aldea se pasó a lo general, casi hacia imágenes arcaico-bíblicas del sublime conflicto entre lo viejo y lo nuevo, entre el progreso y la reacción, entre los instintos asesinos y la inocencia infantil. La postura del Politburó, el 5 de marzo de 1937 reza como sigue:

1. A la vista de la insostenibilidad antiartística y abiertamente política de la película, es preciso prohibir su estreno; 2. Al camarada Shumiatski hay que señalarle que los estudios no deben rodar sin la previa autorización del guión detallado y de los diálogos de producción; 4. Al camarada Shumiatski corresponde la responsabilidad de explicar el presente decreto a los camaradas creativos del cine.

Esta explicación y el debate tuvieron lugar en una sesión celebrada entre el 19 y el 21 de marzo, en la que tomaron parte todas las figuras prominentes del cine en Moscú.[27]

Eisenstein se confesó culpable de no haber superado el antiguo individualismo de la intelectualidad y recalcó al mismo tiempo su subjetividad: «Me he puesto en la situación de un Don Quijote. [...] Y ése es mi error. Siempre me pareció

que, en las cuestiones de las ideas y del arte, tenía derecho a tener puntos de vista propios». No obstante, se plegó a la reconversión que le ofrecieron: «[...] la misión de un artista no es la obstinada interpretación propia de las cosas, sino la materialización de la opinión o de los acuerdos del Partido».[28] Eisenstein veía el error en el distanciamiento de su colectivo en relación con la vida del pueblo:

Trabajo de manera solitaria, dentro de nuestro equipo de grabación. No he creado una película a partir de la carne y la sangre de nuestra realidad socialista, sino más bien a partir de una red de asociaciones y de nociones teóricas sobre esa realidad.

Eisenstein se fijó la tarea de «trabajar de manera seria en su propia visión del mundo y adentrarse cada vez más, con visión marxista, en nuevos temas, en estudiar de forma concreta la realidad y el hombre nuevo».[29] No obstante, aquello no funcionaba sin el ritual de la denuncia pública. En el debate, el realizador David Marián atacó a Eisenstein como «ajeno a lo soviético», mientras que Borís Barnet abogó valientemente por Eisenstein y opinó que «para que Serguéi Mijáilovich comprendiera su error, había que darle la posibilidad de montar su material como había querido desde un principio. Creo en un artista tan grande como Eisenstein». También Mijaíl Romm alabó al director.[30] Eisenstein se dirigió luego en una carta a Shumiatski:

Sólo el apasionado trabajo de choque, en absoluta tensión de todas las fuerzas creativas, puede liquidar los errores ideológicos y artísticos. [...] Es preciso mostrar el país, el pueblo, el Partido, la causa de Lenin, Octubre. Traducir lo que el Partido y el Gobierno han indicado.

El 19 de abril, Shumiatski aconsejó a la dirección del Partido prohibir el trabajo de Eisenstein:

Puesto que Eisenstein, con sus insistencia en la «restitución», persigue el objetivo de quebrar el acuerdo del Comité Central del Partido de la WKP(B), y puesto que el propio Eisenstein intenta reforzar sus ambiciones amenazando con cometer suicidio, considero imprescindible una instrucción del Comité Central.

El Politburó delibera sobre la cuestión y decide, el 9 de mayo, que Eisenstein debe tener la posibilidad de seguir haciendo películas en el futuro. Un año después, tras muchos años, llega a los cines otra película de Eisenstein: *Aleksander Nevski*, un tema que ya anticipaba la guerra alemana y que debía convertirse en el gran éxito de público del año 1938. Pero mientras Serguéi Eisenstein trabajaba en *Aleksander Nevski*, Shumiatski, el jefe de la industria cinematográfica soviética, que tanto lo había martirizado, cayó en desgracia y fue tildado de «enemigo del pueblo».[31]

«VOLGA, VOLGA»: DIRECTORES-CONSPIRADORES, ACTORES-AGENTES

También la película *Volga, Volga* debía quedar acabada para el aniversario. Aleksándrov y Nilsen querían rodar una película con los medios más modernos de la técnica cinematográfica. El rodaje había empezado en un barco en el Volga. En enero de 1937, Nilsen y Aleksándrov habían sido condecorados con órdenes por sus películas *Chicos alegres* y *Circo*. El guión llevaba la autoría de Nikolái Erdman, que también había escrito el de *Chicos alegres*. Tras su condena en el año 1933, Erdman vivía en las afueras de Moscú, desterrado, y son muchos los elementos que hablan en favor de la tesis de la historiadora del cine rusa Maia Túrovskaia, cuando dice que uno de los escenarios en que comienza la película *Volga, Volga*, el pueblucho de provincias Melkovodsk, era, en realidad, un reflejo del lugar de destierro de Erdmann, Yeniseisk.[32] *Volga, Volga* es una película sobre la lucha de una

chica sencilla, pero muy ingeniosa y enérgica—Dunia Petrova—, contra un autosatisfecho burócrata del Partido en la provincia: Dunia desea participar en una olimpíada musical en Moscú. El conflicto se desata entre las pretensiones de la supuesta música seria y clásica, por un lado, y la música popular y espontánea, por el otro. El viaje del grupo musical conduce a lo largo del Volga hasta la capital. El espectador navega por un país en pleno proceso de transformación. El barco entra en el canal del Volga y el Moscova y llega finalmente al puerto del norte, encabezando toda una flotilla. La canción «inventada» por Dunia y su melodía encuentran espontáneamente, por así decir, su camino hacia un concurso nacional de canto, se divulga a una velocidad de vértigo y conmueve a las masas. Al final triunfa Dunia, mientras que el burócrata Byvalov, que es un embaucador, es desenmascarado y sometido al desprecio general. De forma parecida a lo que sucedió con la canción *Porque no hay otro país sobre la Tierra*, de la película *Circo*—con texto de Vasili Lebedev-Kumach y música de Isaak Dunaievski, que pronto iba a convertirse en el himno no oficial de la URSS—, la melodía original de *Volga, Volga* se convirtió rápidamente en un gran éxito. No obstante, la película no se terminó en 1937, como estaba planeado.[33]

El 12 de octubre de 1937 se publicó en el periódico *Cine* un artículo titulado «Aumentad la vigilancia bolchevique», dedicado al cámara Vladímir Nilsen, a quien antes se mencionaba como «el cámara condecorado con medallas». Allí, ahora, se decía que Nilsen «había ocultado descaradamente su oscuro pasado criminal». Nilsen, en realidad, había tenido una vida inusual. Había estudiado en Alemania, ingresó en la Liga de la Juventud Comunista y conoció a Eisenstein; trabajó primero como asistente de Eduard Tissé en la película *Octubre*, de Eisenstein, y luego fue director de fotografía de Grigori Aleksándrov. Acompañó a la delegación soviética y a Shumiatski a Hollywood para estudiar las técnicas de fo-

tografía de Estados Unidos, y también había escrito algunos libros. El 10 de octubre de 1937 Nilsen fue detenido. En los créditos al principio y al final de *Volga, Volga*, el nombre del cámara ya no aparecía, y el director Aleksándrov tuvo que justificar públicamente los motivos por los que había trabajado con Nilsen y con Nikolái Erdman. La película, finalmente, llegó a los cines en 1938.

En un momento crítico para la producción de la película, el equipo recibió un segundo golpe. El 22 de diciembre de 1937 arrestaron también al director de cine S. Darevski. En las actas del juicio a Darevski se encontraron inculpaciones fantasiosas. Por ejemplo, se supone que confesó que había sido captado por Y. Sokolóvskaia, una directora de los estudios Mosfilm, para formar parte de una organización trotskista y antisoviética, y que, con el apoyo de ella, había despilfarrado dinero para la película *El prado de Bezhin*. Darevski confesó que él estaba destinado a conseguir las armas en caso de que se produjera una sublevación armada en la ciudad de Moscú. Por instrucciones suyas se habían comprado coches blindados, ametralladoras y fusiles. Las armas, que se habían adquirido para la producción de la película *Lenin en Octubre*, eran, en realidad, armas para un levantamiento armado. En el acta de la acusación del 2 de febrero de 1938 se decía que Darevski había colaborado en la creación de una base armada en Mosfilm. El 10 de marzo de 1938 el Tribunal Militar Supremo de la URSS condenó a Darevski a la pena máxima, es decir, a la pena de muerte. Fue fusilado ese mismo día.

También Borís Shumiatski, el máximo responsable de la industria cinematográfica soviética, fue arrestado y condenado. También a él, tras su arresto—que tuvo lugar el 18 de enero de 1938—, se le acusó de despilfarrar recursos financieros para la producción de la película *El prado de Bezhin*, y se le atribuyeron, además, actividades como la de espía japonés y la planificación de atentados contra miembros del Politbu-

ró. Concretamente, se suponía que su objetivo era «destruir el émbolo adicional del rectificador de mercurio» en la sala de proyecciones de cine del Kremlin. Shumiatski fue fusilado el 28 de junio de 1938. Mientras todo esto echaba a andar, Eisenstein, quien un año antes ya había sido reprendido y cuya película había sido destruida, había empezado a trabajar en *Aleksander Nevski*, su primer filme después de varios años de silencio. Mijaíl Romm, el realizador del exitoso filme *Lenin en octubre*, había sido entretanto admitido en el Partido. El 11 de abril de 1938 la comisión de supervisión y censura dio luz verde a *Volga, Volga*, de modo que la película pudo llegar a los cines el 24 de abril de 1938. Algunos de los que habían colaborado en *Volga, Volga*, una de las más exitosas comedias musicales en la historia del cine soviético, ya no estaban para entonces en libertad o no estaban siquiera entre los vivos.[34]

TERROR Y ENTRETENIMIENTO

El mundo del cine del año 1937 es el mundo del año 1937, resumido en «imágenes en movimiento». Unas imágenes muestran el mundo en tensión dialéctica: no tal como es—eso sólo sería soso naturalismo—, sino como debería ser. Pero sólo sirve aquella película capaz de emocionar a la gente, que se tome en serio sus preocupaciones, sus miedos y esperanzas, es decir, libre de todo «juego formalista». En ello consistía el mérito del nuevo cine soviético, y eso era lo que importaba en los debates en torno a la práctica del «realismo socialista», debates que se llevaron a cabo con pasión, odio y resentimiento. Una realidad «tal como era» ya no aparecía en ese contexto. Ya no podía haber ningún documental o crónica cinematográfica sobre la muerte en el campo, sobre las cavernas de tierra en las nuevas ciudades industriales levantadas de la nada, ni tampoco imágenes de las ejecuciones realizadas a diario en el campo de fusilamiento de Bútovo; pero,

por lo demás, todo el mundo podía tomar la palabra.[35] Todos los sucesos importantes de la época encontraron una vía para llegar a la pantalla de los cines. Y puesto que eran tiempos de nerviosismo, tiempos de una tensión extrema que en cualquier momento podía convertirse en una rebelión, también al cine se le exigía lo máximo. El cine tenía que producir obras maestras de la empatía y la demagogia, representar conflictos drásticos e idilios totalmente improbables.

Casi todo lo que era significativo en el año 1937 encontró su equivalente gráfico y cinematográfico. La singularidad de la Constitución de Stalin ya era tema de la película de éxito *Circo*, en la que una madre sola llegaba de los Estados Unidos huyendo de los conflictos raciales con su hijo de color y eran acogidos en el seno de los pueblos soviéticos y protegidos contra los ataques de un alemán embaucador y fascista. El filme fue presentado con los mejores actores del país, con atractivas melodías y en los escenarios más impresionantes de la nueva Moscú. El año de Pushkin quedó reflejado también en las adaptaciones cinematográficas de obras literarias: *Dubrovski* (A. Ivanovski, 1936) y *Viaje a Erzurum* (M. Levin, 1937). La fiebre de los vuelos del año 1937 produjo también una serie de películas sobre aviadores y siguió produciendo otras: *Los pilotos* (Y. Raizman, 1935) y *Valeri Chkálov* (M. Kalatózov, 1941). La aventura de las expediciones al Polo Norte no sólo fue tratada en las transmisiones radiofónicas en directo y en las crónicas cinematográficas actualizadas, sino también en películas de ficción, como por ejemplo, la solidaridad de un grupo de sobrevivientes en una estación de hibernación en el hielo, tema tratado en la película *Los siete audaces* (S. Guerásimov, 1936). En el país no había escasez de escenarios en los que pudiera verse el vertiginoso cambio que se estaba produciendo y que era traducido a imágenes cinematográficas, como ocurre en la nueva ciudad del Lejano Oriente que conforma el escenario de la película *Komsomolsk* (S. Guerásimov, 1938). Numerosos fueron los filmes

en los que la nueva Moscú sirvió de escenario, como *Circo*, por ejemplo, o *Volga, Volga*. Hasta el empleo de los trabajos forzados en la construcción del canal del mar Blanco y el mar Báltico consiguió llegar a la gran pantalla, como en la película *Prisioneros* (N. Pogodin y Y. Cherviakov, 1936), que trata de la gran reeducación de antiguos criminales que son convertidos en ciudadanos soviéticos modélicos. El mundo de la guerra civil, de la astucia y la audacia para sobrevivir, el de los impresionantes veteranos y jinetes, el de algunas figuras legendarias y simpáticas no sólo encajaba muy bien en la atmósfera de una guerra civil retomada en la época de la colectivización, sino que rodeaba a ésta de un aura de romanticismo y presentaba los hechos como históricamente inevitables. El cine recuperó para la memoria una historia que se remontaba a más de una década atrás, y no lo hizo a través de la literatura, sino mediante dramáticas imágenes en movimiento sobre personajes reales y que ahora iban acompañadas de sonido. La dramática historia de los años 1917 a 1921 ofrecía siempre una fuente inagotable de acontecimientos, episodios y figuras heroicas. En las películas históricas de la década de 1930—tanto si se abordaba la figura de Pedro el Grande, de Lenin y Sverdlov en octubre como de Aleksandr Nevski—se produjo y fabricó la imagen histórica de la generación más joven: con rostros, gestos, «topos» y símbolos que en algún momento se fundirían para crear la imagen canónica y duradera de ese pasado.

Como todo gran cine, también el soviético de la década de 1930 hablaba de los sueños acerca de una vida mejor y de las luchas que habrían de librarse todavía para hacer realidad esa vida. El escenario principal del cine soviético era la vida cotidiana, sus personajes principales eran personas sencillas, pero siempre bajo condiciones extraordinarias, las condiciones de un estado de excepción en medio de la lucha por un mundo mejor. De este modo la gente común y corriente se convierte en héroe. La pantalla está poblada de mine-

ros, tractoristas, ordeñadoras, contables de koljoses, trabajadores estajanovistas, jefes de brigada, antiguos intelectuales que han encontrado el camino para unirse al poder soviético, amas de casa y guardafronteras que cumplen con sus deberes patrióticos y, para ello, llegan incluso a arriesgar la vida. Su heroísmo consiste precisamente en dominar la vida cotidiana bajo las condiciones de la lucha, de la amenaza y el peligro, que puede sobrevenir en cualquier momento sobre los pacíficos ciudadanos soviéticos, gente que sólo cumple con su deber. El mundo está lleno de personajes oscuros y siniestros, los cuales, cuanto más descabellados son sus planes, tanto más arteros, astutos y criminales se vuelven.[36] Su grado de peligrosidad incrementa, paradójicamente, en la medida en que van perdiendo importancia histórica. En estas películas no hay banalidades del día a día, todo está cargado de una significación más trascendental. Todo está sobrecodificado bajo la luz de la gran confrontación de las clases y de la lucha final. Hasta el más ínfimo detalle impregna el espíritu apocalíptico e histérico de la época. No hay rutinas que hayan quedado intactas y de las que uno pueda fiarse. Por todas partes se desarrolla una lucha, a veces de forma oculta, a veces de forma abierta. Las historias nunca tratan, sencillamente, del amor, sino del amor ante el trasfondo de las confrontaciones de la historia mundial. No tratan del odio personal o de una envidia que es sencillamente humana, sino de un odio políticamente necesario, un odio que sirve para imponer los objetivos más elevados de la época. Las virtudes que triunfan en la pantalla son la ferviente vigilancia y el desenmascaramiento del enemigo, todo ello asociado a la exigencia de no ceder en el ajetreo cotidiano. Desenmascaramiento, denuncia, discursos de odio y llamamientos a la destrucción del enemigo son *leimotiv* recurrentes de esas películas. En ellas se ven fisonomías inequívocas que diferencian al amigo del enemigo, así como pautas recurrentes de conspiración e intriga. En las pantallas pululan los sabo-

teadores, los espías, los terroristas (y cuanto más simpáticos e inocentes fingen ser éstos, tanto más traicioneros son). En las grandes películas de aquellos años se vinculan las imágenes sobre una vida lograda con llamamientos a la venganza, la avidez de imágenes positivas con la disposición a renunciar a las últimas consecuencias—incluso ante los familiares más cercanos o los amigos—, cuando se trata de defender la «buena causa». En las películas más exitosas de los años 1937 y 1938—como *El gran patriota*—,[37] la pantalla se convierte en una tribuna en la que, una vez más, tiene lugar un proceso público, en esta ocasión puesto en escena por actores y realizadores brillantes, y mostrado a la mirada de un público de millones de personas de todo el país. La música de la película fue compuesta por Dmitri Shostakovich.

MUERTE EN EL EXILIO

EL DIARIO DE DIMITROV: PROTOCOLO DE UNA AUTODESTRUCCIÓN, *610* — PUNTO DE FUGA: MOSCÚ, BIOTOPO, *612* — LOS CAMARADAS EXTRANJEROS, *615* — VULNERABILIDAD: EL COMUNISMO MUNDIAL COMO CONJURA INTERNACIONAL, *625* — LISTAS, DOSIERES, FICHEROS, *628*

En la confusión de las purgas del año 1937, nadie podía explicarse los acontecimientos que estaban teniendo lugar, mucho menos los miembros de los partidos comunistas extranjeros que habían encontrado refugio en la Unión Soviética. El grado de confusión y desconcierto lo muestra una carta enviada a Stalin el 29 de octubre de 1938 por Ella Henrion, la esposa de un funcionario del Partido Comunista de Alemania al que también habían arrestado y que era fiel a la línea del Partido. Allí, mirando en retrospectiva los acontecimientos de los años 1937 y 1938, se decía:

Estimado camarada Stalin:

Quisiera describirle de manera totalmente franca el estado de ánimo que reina entre los camaradas alemanes. Pienso que con ello no hago nada malo. No hay casi ninguna familia alemana a la que no le hayan afectado de algún modo las detenciones. Ya sea el marido, el padre, el hermano, el hijo, la madre, la hermana o tal vez el buen amigo o colega. Los arrestos comenzaron hace dos años y medio. Aunque no personalmente, los bandidos David, Emel y otros eran conocidos por su nombre entre los camaradas alemanes. Esos arrestos no asustaron a ninguno de los camaradas, pues, en mayor o menor medida, se conocían las desviaciones y actos anticomunistas de esos enemigos del pueblo, si bien eran desco-

nocidos sus mayores crímenes. Pero luego continuaron las detenciones. Algunas de ellas causaron sorpresa, pero todos eran de la opinión de que tenían su razón de ser y de que no se arrestaría a ningún inocente.

Hace alrededor de un año empezaron los arrestos masivos. Cada día se enteraba uno de nombres nuevos. Todos estaban perplejos: «¿Éste también, y éste?». Sin embargo, todos estaban convencidos de que, sin duda, algo habrían hecho. Muchos camaradas no se abstuvieron de confesar que sentían taquicardia de noche cuando oían el pesado ruido de los pasos. Cuando los arrestos continuaron, surgió—y no miento—un miedo general. Y cada día se escuchaba: «¿Lo has oído? ¡El también!».

En la actualidad, el estado de ánimo entre los camaradas alemanes es el siguiente: se sienten totalmente desconcertados ante los innumerables arrestos. Dicen: «Es imposible que el partido alemán tuviera tantos elementos negativos en sus filas, que todos los deportados sean espías, contrarrevolucionarios, etcétera». [...] Los camaradas dicen abiertamente: «No cabe duda de que nos tocará a todos».[1]

Forman legión las cartas y las llamadas de auxilio desesperadas de esta índole.[2] Y, en efecto: a todos «les tocó». La colonia de emigrantes políticos alemanes era en Moscú la más extensa y fue el objetivo preferido de las purgas. El *Journal de Moscou* declaraba incluso el 12 de abril de 1938: «No es exagerado decir que todo japonés residente en el extranjero es un espía y que todo alemán en el extranjero es un agente de la Gestapo».[3] Hasta finales de abril de 1938, el representante alemán del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (EKKI) registró el arresto de ochocientos cuarenta y dos antifascistas alemanes, pero en realidad fueron muchos más. Algunos de ellos pertenecían a la dirección del Partido Comunista Alemán de la época de Weimar: Hugo Eberlein, participante en el primer congreso de la Internacional Comunista, secretario del Comité Central del Partido Comunista de Alemania y representante en el EKKI; Werner Hirsch, secretario y amigo de Ernst Thaelmann; Leo Flieg, secretario del

Comité Central del Partido Comunista de Alemania; Hermann Remmele, miembro del Politburó; Heinz Neumann y Herbert Schubert, miembros del Comité Central; Hans Kippenberger, jefe del aparato ilegal del Comité Central alemán; Heinrich Süsskind, redactor jefe de *Rote Fahne*.[4]

También «les tocó» a los partidos comunistas de Letonia, Lituania y Estonia; al líder de los comunistas iraníes; a Gómez, el líder de los comunistas mexicanos; al representante del Partido Comunista de China ante el Komintern; al departamento coreano y a figuras prominentes de los comunistas indios. La delegación de Yugoslavia quedó diezmada, el Partido Comunista de Bulgaria perdió a destacados miembros. Muchos comunistas italianos, fineses, austríacos, españoles, checos, franceses, rumanos, holandeses, brasileños e incluso estadounidenses fueron arrestados y perdieron la vida. Dirigentes conocidos desde hacía décadas en el seno del Komintern fueron arrestados e inculpados como enemigos del pueblo, entre ellos Ósip Piatniski, miembro del Comité Central de la KPdSU y secretario del EKKI; el líder de la revolución húngara, Béla Kun; el cofundador del Partido Socialdemócrata de Polonia, más tarde Partido Comunista, Adolf Varski. En el verano de 1938 llegaron a disolverse incluso los partidos comunistas de Bielorrusia, de Ucrania Occidental y de Polonia:

> Constituye una horrenda paradoja que los comunistas de Europa occidental residentes en la URSS mueran, mientras que la mayoría de aquellos que estaban en los calabozos de sus países de origen en los años 1937 y 1938 salvaran la vida.[5]

Con espanto y desconcierto se seguía en los países de origen la desaparición de destacados camaradas que estaban en el exilio moscovita. El comunista polaco Marian Naszkowski recuerda cómo las noticias llegadas desde Moscú eran acogidas por los camaradas que estaban en prisión en Polonia:

En *Ilustrowany Kurier Codzienny* encontré en una página una nota muy pequeña. Decía que el Partido Comunista de Polonia había sido disuelto. Ni más ni menos. Resulta difícil transmitir la impresión que me causó. En un principio rechazamos la noticia y la consideramos una lamentable provocación de la policía secreta. [...] Pero en los días siguientes llegaron informes más amplios. Y mientras intentábamos matar en nosotros, por todos los medios posibles, el bacilo de la inquietud, los periódicos nos confirmaban cada vez más la siniestra verdad. Finalmente, uno de nosotros recibió desde fuera la confirmación oficial. En la prisión reinó un silencio agobiante [...]. ¿Cómo podían creerse esas terribles inculpaciones? ¿Cómo era posible relacionar esas acusaciones y esos crímenes infames con aquellas figuras que se reflejaban en nuestros pensamientos de un modo tan luminoso?

Naszkowski cuenta los nombres de las camaradas y los camaradas arrestados, a fin de conseguir hallar una explicación:

En el esfuerzo por encontrar las causas para ello, se desentierran las viejas historias de la lucha de facciones, la historia de la lucha de la «mayoría» contra la «minoría». [...] Pero nada de aquello encajaba. Entre los «agentes liquidados», como se les llama en el comunicado del Komintern, había tanto miembros de la «mayoría» de antaño como de la «minoría».

Al final aceptamos definitivamente la afirmación de que toda la dirección del Partido estaba penetrada por provocadores, y de inmediato nos planteamos importantes preguntas: ¿qué va a pasar con el movimiento? ¿Quiénes somos nosotros? ¿Acaso nuestro glorioso y combativo Partido, del que estábamos tan orgullosos, del que salimos, por el que cualquiera de nosotros hubiera dado la vida, no valía un rábano?

Esa cuestión nos atormentaba y nos envenenaba la sangre. Encontramos todos una opinión unánime: ¡No, y mil veces no! La integridad del Partido, que tanto había hecho para elevar el espíritu revolucionario de las masas, que había guiado a los grandes sectores de la clase trabajadora hacia la lucha contra el capitalismo, no podía ser una mera ilusión. [...] Aunque habíamos sido

heridos de muerte, aunque estábamos derrotados y quebrados, aunque hubimos de aceptar con amargura la «verdad» sobre la traición de nuestros líderes, por otro lado no dudamos ni un instante de la verdad de nuestra idea y de la integridad de nuestro movimiento y nuestro Partido. Ello les dio a miles de comunistas la fuerza para sobrevivir a aquellos tiempos difíciles que todavía sobrevendrían, y creó los fundamentos para la posterior resistencia del Partido.[6]

No obstante, una noticia de aquella índole no iba a ser la última cuyos efectos estremecedores y desmoralizadores les partieran el espinazo a los partidos, pues todavía les llegaría la noticia sobre el Pacto de No-Agresión y de Amistad entre Alemania y la URSS en el año 1939.

Dentro del aparato del Komintern sólo había unas pocas voces muy aisladas, como la de Jenö Vargas, el húngaro especialista en economía y analista de crisis que, como muchos otros que residían en Moscú desde hacía más de una década, les escribió a Stalin, a Yezhov y a Dimitrov que «los extranjeros eran vistos sin distinciones como espías, y los niños extranjeros eran humillados en las escuelas como fascistas, etcétera». La línea, según Vargas, consistía al parecer en «arrestar a dos personas inocentes y luego soltarlas como espías». El resultado era:

> ... la desmoralización de los cuadros de los partidos comunistas en los países fascistas. [...] Esa desmoralización abarcaba a la mayoría de los colaboradores del Komintern y llegaba hasta lo más alto, hasta los miembros especiales del Secretariado del EKKI. [...] El motivo principal para dicha desmoralización era la sensación de un absoluto desamparo a la vista de los arrestos de los emigrantes políticos.

El NKVD no tenía ni idea, seguía diciendo Vargas, de la historia de esos partidos comunistas extranjeros: «Todas las noches muchos extranjeros juntaban sus pocas pertenencias a

la espera de un posible arresto». ¿Y qué se les iba a decir a la gente en casa? «¿Que la revolución proletaria húngara de 1919 fue organizada por enemigos de la clase trabajadora?». Vargas señalaba, además, que cada persona arrestada tenía parientes o amigos en el país de origen, que eso se divulgaría y pondría al Partido Comunista en una situación imposible.[7]

EL DIARIO DE DIMITROV: *PROTOCOLO DE UNA AUTODESTRUCCIÓN*

Todo lo que se les hizo a los camaradas arrestados ocurrió en nombre de la causa por la que esos hombres y mujeres creían haber luchado. Y se lo hicieron personas para con las cuales jamás habían mostrado deslealtad o resistencia. Ésa fue su mayor debilidad. Mientras esperaban, impacientes y desolados, el curso de las cosas, casi enloquecidos por los arrestos y las descabelladas inculpaciones que habían caído del cielo—para las cuales no encontraban explicación ninguna—, Stalin y Yezhov no actuaban a tientas, sino de manera muy concreta y consciente de su objetivo. A Georgi Dimitrov, el secretario general del Komintern, el «León de Leipzig», quien había desafiado al régimen de Hitler durante el proceso por el incendio del Reichstag, Stalin, en una conversación a raíz de la velada dedicada a Pushkin en el Teatro Bolshói, le decía: «Todos vosotros, los del Komintern, estáis trabajando a favor del enemigo».[8] Y Yezhov, que visitó a Dimitrov el 26 de mayo de 1937 a la una de la madrugada, comentaba delante del camarada búlgaro: «Se supone que los mayores espías trabajan en la Internacional Comunista».[9] Así, vemos que mientras algunos quedaban petrificados por el terror y la impotencia, los otros repartían de forma bien dirigida sus mortales golpes. Al final de la ola represiva, la organización del comunismo mundial estaba tan débil que Georgi Dimitrov tendría que asumir provisionalmente todas las funciones que habían quedado vacantes por el arresto de los otros

líderes principales, y tuvo que pedir al Partido Comunista soviético que lo apoyara en temas organizativos. Los partidos comunistas nacionales se habían debilitado de tal modo que al final no había suficientes «agentes». En algunos países—como en el caso de los Estados del Báltico—, «no queda, aquí en Moscú, ni un solo compañero fiable de esos partidos sobre quien podamos apoyarnos y a quien podamos enviar a esos países».[10]

La destrucción de la Internacional Comunista está registrada casi de manera protocolaria—alternando en tres idiomas—en el diario de su secretario general Georgi Dimitrov, incluida su activa participación en ello. En ese diario—que los editores han denominado «Diario de trabajo»—, el autor va apuntando de manera minuciosa la desaparición de su círculo de dirigentes más cercano, aquellos que habían sido desenmascarados, arrestados y ejecutados como enemigos. En el diario, Dimitrov informa sobre personas que él mismo convocó para que acudieran a Moscú, donde luego fueron arrestadas y acusadas de inmediato por el NKVD. El «León de Leipzig» esboza comentarios sobre los procesos públicos en curso, con los cuales se debe orquestar la propaganda de los partidos en los respectivos países. Es obvio que no siempre estuvo escribiendo, pues aparecen una y otra vez pausas más largas o más cortas en la escritura: por ejemplo, desde el 7 de julio hasta el 21 de octubre de 1937; desde el 21 hasta el 7 de noviembre del mismo año; y también entre el 12 de diciembre de 1937 y el 17 de febrero de 1938; entre el 17 de marzo de 1938 y el 16 de agosto de 1938. También hay algunas páginas que han sido arrancadas del diario, por ejemplo, la del 18 de agosto de 1936, en un momento, por lo tanto, en el que se iniciaba el proceso público contra Zinóviev y Kámenev.[11] Con ello, ese diario se convierte en un espejo exacto del papel de Dimitrov como actor, medio y víctima de la represión.

En el martirologio de los comunistas y los antifascistas están representadas todas las naciones, dado que el comunismo era un movimiento de carácter internacional. Abarcaba no sólo a los militantes directos del Partido, sino también, y en un número mucho mayor, a miles de personas que habían llegado a la URSS como fruto de una callada simpatía o de una gran esperanza, o simplemente con la expectativa de una vida mejor. Había gente de todas las profesiones y edades, también artistas o simples trabajadores y, sin duda, también algunos aventureros. Mientras que fue disminuyendo el número de personas que llegaron llenas de entusiasmo a la URSS a finales de la década de 1920, a fin de contribuir a la industrialización, fue incrementándose la cifra de refugiados y emigrantes políticos. Cada derrota de la izquierda en cualquier país, cada nueva dictadura instaurada en cualquier parte del mundo se reflejaba en un aumento de aquellas personas que buscaban asilo y refugio en Moscú. La Moscú internacionalista se alimentaba de esos refugiados salidos de los intentos fracasados de los comunistas por dar golpes de Estado y organizar la Revolución, así como de los perseguidos oriundos de los países con nuevos regímenes autoritarios. Esas personas fueron lanzadas a través de la frontera de la URSS en distintas oleadas: ya en 1919, tras el desplome de la República de los Soviets en Hungría, o después de 1922, cuando en Italia se instauró el fascismo. Moscú se convirtió en el territorio de retirada para las personas buscadas por «criminales» en los países gobernados por regímenes autoritarios del sur y del centro de Europa; esas personas llegaban desde Polonia, Lituania, Letonia, Estonia, Finlandia, Rumanía, Bulgaria, Yugoslavia y Grecia, o provenían también de las luchas de los movimientos independentistas de las colonias. Las mayores oleadas de refugiados llegaron a Moscú en 1933, con el triunfo del nacionalsocialismo en Alemania; en 1934, con la represión contra los miembros de la Liga de Defensa Repu-

blicana en Viena; y, a continuación, como consecuencia de la guerra civil española. La capital de la URSS, como centro mundial del comunismo, se convirtió en lugar de refugio de un movimiento internacional derrotado. Si en alguna ocasión se consideró a Berlín la capital de un movimiento mundial victorioso, en la década de 1930 fue Moscú el lugar de retirada de esos movimientos, así como el sitio de su hundimiento. Para miles de esas personas, la huida hacia Moscú fue una fuga hacia la muerte.[12]

Todos los caminos en esta historia conducen hasta el edificio clasicista de tres plantas situado en la esquina de las calles Mojovaia y Vozdvizhenka, en el centro de Moscú. Desde el edificio del EKKI estaban al alcance de la vista casi todas las instituciones importantes: el Kremlin y la Plaza Roja estaban *vis-à-vis*, la Biblioteca Lenin acababa de ser terminada, el Instituto Marx, Engels y Lenin estaba «al doblar la esquina», los alojamientos para los empleados del aparato estaban también en el centro de la ciudad. Los grandes hoteles, en los que se alojaban siempre las figuras prominentes del ámbito internacional—el Hotel Nacional, el Metropol y el Grand Hotel—, así como las residencias de los funcionarios y empleados—ante todo el Hotel Lux—, estaban muy próximos. La Casa de los Sindicatos, en la que tenían lugar los actos políticos más importantes de la capital—entre ellos los procesos públicos—, estaba casi al alcance de la vista. Dimitrov podía señalar con cierto orgullo a ese centro cosmopolita e internacional situado en el corazón mismo de Moscú, y así lo expresó cuando dijo que más de la mitad de la organización del Partido del aparato de la Internacional Comunista estaba compuesto por extranjeros (280 de 468) y que «eran miles los caminos que conducían de la calle Mojovaia hacia todos los países del mundo: China, Alemania, España, los Balcanes».[13] Esos caminos no sólo conducían a la Mojovaia, sino que confluían en el propio Dimitrov, como lo atestiguan las anotaciones de su diario, en el que hay pá-

ginas y páginas llenas de anotaciones como «Ha llegado...», «He recibido...», «Ha partido...», «Lo he encontrado de paso...». Todo es como una gran cita del movimiento comunista internacional.

No existen cifras exactas sobre el número de emigrantes políticos. Cuando el departamento de cuadros del EKKI intentó a principios de 1936 obtener una visión de conjunto y asegurarse el control de los emigrantes residentes en Moscú, sólo pudo apoyarse en una parte de los partidos miembros. ¿Cuántos eran? A principios de 1936 el EKKI estimaba que desde el año 1920 se habían establecido en la URSS entre 35 000 y 37 000 emigrantes políticos. Unos 20 000 provenían de Estados fronterizos: de Polonia o los países balcánicos, y sobre todo de Alemania. Alrededor de una cuarta parte—unos 10 000—se convirtieron en militantes del Partido Comunista de la Unión Soviética. Los alemanes, con dos mil seiscientos; los polacos, con dos mil, y los estadounidenses con unos dos mil o tres mil militantes, conformaban la mayoría de los militantes acogidos por el Partido Comunista de la Unión Soviética.[14] Dado que el departamento de cuadros sólo abarcaba a los militantes del Partido, se puede concluir que el número de extranjeros residentes en la URSS, sobre todo en Moscú, era significativamente mayor.[15] Existía, sin embargo, una gran incertidumbre e inseguridad sobre ese punto, y se hacía todo lo posible por controlar la entrada y la estancia de los extranjeros. En relación con la verificación de los documentos partidistas y con el primer proceso público, en el cual iban a desempeñar un papel fundamental algunos emigrantes políticos—sobre todo miembros del Partido Comunista de Alemania huidos de la Alemania nazi—, papel que tendría que ver principalmente con la disposición del proceso, esos controles se agudizaron. Las solicitudes de visado de entrada, dirigidas a la MOPR (la Organización Humanitaria Internacional para Combatientes de la Revolución), se pasaban al NKVD para su verificación.[16]

Allí se determinó, por ejemplo, que un hombre como Valentín Olberg, quien fuera acusado en el primer proceso público, había entrado en la URSS de forma ilegal en el año 1935 y había obtenido un puesto de trabajo en el Instituto Pedagógico. La verificación de los emigrantes polacos, por ejemplo, dio como resultado que más de una quinta parte de los polacos investigados fueran considerados sospechosos, por lo cual debían ser verificados por el NKVD, a raíz de lo cual fueron repatriadas ciento cuarenta personas de nacionalidad polaca.[17]

El vínculo de algunos emigrantes políticos con un pasado político sospechoso y un origen poco claro en el primer proceso público de 1936—personas como Konon Berman-Yurin, Valentín Olberg, Fritz David o Natán Lurié—desempeñaría un papel central a la hora de establecer conexiones entre enemigos internos y externos.

LOS CAMARADAS EXTRANJEROS

Ni el *Directorio* de Moscú de 1936 ni la *Guía para turistas* de 1937 aportan demasiados datos sobre aquel grupo internacional tan heterogéneo. En cambio, sí que ha quedado un rastro en las memorias, en los diarios y, sobre todo, en las actas de los tribunales y de los interrogatorios; por ejemplo: Carola Neher, calle Krasnoprúdnaia 36, apartamento 17; Gustav von Wangenheim, Kuznetski most 22/2.[18] Como capital mundial del comunismo, en Moscú establecieron su sede decenas de organizaciones, grupos, instituciones, junto con sus aparatos específicos, el personal y su entorno de simpatizantes. El microcosmos de la Internacional Comunista y de su entorno era algo más—mucho más—que una mera organización: representaba un singular mundo de vida, un biotopo, el del Komintern.

Desde el punto de vista topográfico, su centro estaba situado en el edificio de la calle Mojovaia, esquina con Vozdvi-

zhenka, donde tenía su sede oficial el EKKI. Pero, más allá de ese centro, allí tenían su sede también las demás Internacionales: la Internacional Juvenil Comunista, la Internacional Comunista de los Sindicatos, la Internacional de los Campesinos, la imprescindible organización humanitaria para ayudar a los combatientes de la Revolución, el Socorro Obrero Internacional, con sus respectivos secretariados centrales y nacionales. Es cierto que la vida de la organización no se desarrollaba solamente o en primer lugar en las oficinas de dichas organizaciones, sino más bien en ciertos contextos informales, es decir, allí donde tenían lugar los verdaderos encuentros, en las conversaciones relacionadas con el recibimiento de alguien, en recepciones o en actos solemnes, en las invitaciones y veladas realizadas en el domicilio privado de Dimitrov en la Casa del Gobierno y, en repetidas ocasiones, en las dachas de las afueras de Moscú.[19] La vida en las reuniones, la formación de relaciones personales, que se transmite a través de la asignación de tareas políticas, en fin, el «lugar social», saltan a la vista al leer las memorias de los implicados. Las reuniones formaban parte de la vida cotidiana: en su transcurso se decidía en ocasiones sobre la vida y la muerte de alguien. La «vida en reuniones», así lo describe el poeta y emigrante alemán Erich Weinert, quien se quejaba de que ya no se fuera a trabajar o de que se perdiera el contacto con el entorno:

Ésas son las incontables reuniones que tenemos o teníamos. De enero a mayo [de 1936; nota de K. S.] tuvimos incontables reuniones, de modo que pasábamos más tiempo en esos recintos que delante del escritorio, en reuniones de la comisión, de la célula del Partido, del círculo político, en los grupos de trabajo, en la redacción de *IL*, en mil cosas. Ahora se puede calcular, *a posteriori*, cómo en un período de tiempo no tan extenso se celebraban tantas reuniones en un mes. A ello se añadía que algunas de esas reuniones se extendían infinitamente...

ya que cada camarada tenía que comparecer forzosamente, aunque fuera para repetir lo mismo que ya se había dicho.[20] De un modo similar suena esto en las memorias del comunista austríaco Ernst Fischer:

Ibamos día tras día al Komintern, lo mismo en coche que a pie, y allí dejábamos nuestros informes, o los escribíamos, redactábamos artículos, folletos, participábamos en reuniones, discutíamos sobre problemas de la política internacional, aunque, en pensamiento, estuviéramos en Austria, en Alemania, en España o en Francia, sin saber apenas nada de Moscú. Vivía entre extranjeros, trabajaba con extranjeros o con rusos que se ocupaban del extranjero, y no era nada fácil establecer contacto con otros rusos; los pocos nativos a los que nos acercábamos eran judíos imparciales. Sólo ahora, al recordar, cobro conciencia de lo aislado que estaba.[21]

Otro punto básico—o mejor dicho, otro punto de concentración y asunto candente a la vez—de los emigrantes residentes en Moscú era la vivienda. Considerando la situación de la vivienda en la capital, una situación enormemente tensa, y teniendo en cuenta también que la mayoría de los emigrantes estaba acostumbrada a las condiciones de vivienda de Europa central, la situación de la mayoría de ellos era catastrófica en relación con la vivienda. Sólo unos pocos privilegiados vivían en condiciones similares a las de los inquilinos de la Casa del Gobierno o del sanatorio de Barvija[22]—y un abierto comentario de Zenzl Mühsam, que no tenía pelos en la lengua en lo relativo a su opinión sobre Moscú, pudo haber sido el motivo del arresto de esta mujer—;[23] la mayoría de ellos vivía hacinada en un espacio muy reducido, y muchos intentaban, aunque esto fuera sumamente difícil y costoso, encontrar un hueco en un hotel, aunque fuese de manera provisional. Así, vemos cómo una y otra vez aparecen determinadas residencias y determinados hoteles para los inmigrantes en los cuales se concentra la vida de los mis-

mos. Entre ellos se encuentran el célebre y privilegiado Hotel Lux, el Dom Vostoka y los hoteles Novomoskóvskaia, Savoy, Oktiábr y Soiúznaia.[24] También hay algunas residencias—por ejemplo, la casa de los especialistas alemanes, en el número 16 de la calle Matrósskaia Tishiná,[25] y la residencia del Socorro Obrero Internacional, en el número 4 de la calle Ogariov, donde vivió algún tiempo Zenzl Mühsam—[26] que desempeñan un papel en esta topografía de la «Moscú internacionalista». El haber encontrado un lugar donde vivir era para los refugiados, tras su llegada, algo de importancia vital, y perder la vivienda era equivalente a un destierro. Se producían batallas enconadas por conseguir una plaza en una vivienda, las rivalidades se tensaban, irrumpían la envidia y el odio:

Está, por ejemplo, la cuestión de la vivienda—explicaba Erich Weinert ante el tribunal autocrítico de los escritores—, que puede convertirse en una catástrofe. Para la mayoría de los camaradas resulta imposible realizar su trabajo de acuerdo con determinados puntos de vista políticos, ya que ellos realizan su labor según el punto de vista de su mérito. Los alquileres son exorbitantes, de modo que sólo para pagarlo es preciso invertir todo el dinero. Por ejemplo, muchos camaradas nuestros no tienen ninguna vivienda, y ése es el caso de los camaradas Becher, Gabor o Halpern. Yo obtuve una vivienda en el Savoy por pura casualidad.

Ello, según Wienert, traía consigo «que no pueda llevar una vida social fuera del trabajo. Yo no doy ninguna *vetsher* ['velada social'] y casi nunca voy a ninguna».[27] También Willi Bredel se quejaba de que tenía que escribir de un modo incesante y ganar dinero para poder financiar su alojamiento en una habitación de hotel, compartida con otras tres personas.[28]

De ese modo, la vida se reducía a unos puntos muy determinados. A ello se añadían los clubes en los que se ofrecían

veladas con poetas, conferencias, donde se ejercía la crítica y la autocrítica o se intercambiaba información e instrucción políticas, por ejemplo, el Club de la Cooperativa de Trabajadores Extranjeros (en el número 25 de la calle Oktiabriá, hoy Nikólskaia), la Casa de los Republicanos austríacos (en los números 7-9 de la Vorotnikovski pereúlok), los clubes culturales de los lituanos, los polacos y los españoles, las veladas en la Casa de los Escritores o en la Casa de los Científicos. Otros puntos de conexión y de encuentro e intercambio eran los secretariados, las redacciones, las oficinas en las que trabajaban conjuntamente redactores, escritores y traductores. Cuando se mira al despliegue del aparato editorial y de propaganda del Komintern y sus «organizaciones de frente», vemos que se trata casi de una pequeña Galaxia Gutenberg con títulos prominentes: *Deutsche Zentral-Zeitung* [Diario Central Alemán], en los números 19-21 de la Tretiakovski proíezd; *Inprekorr*, *Literatura internacional* (úlitsa 25 Oktiabriá, 10-12), *Journal de Moscou*, *Kommunistische Internationale*, *Das Wort*, *Unter dem Banner des Marxismus* [Bajo la bandera del marxismo], la Cooperativa Editorial de Trabajadores Extranjeros y, por supuesto, la redacción de la emisora de radio del Komintern. Puesto que entre los refugiados había también numerosos intelectuales, científicos y artistas, importantes institutos de Moscú se mostraron como puntos de base para la vida en la emigración: el Instituto Marx, Engels y Lenin, los institutos de la Academia de Ciencias, las numerosas universidades de la ciudad y, finalmente, los centros creados para el cultivo del internacionalismo, tales como la elitista Escuela Internacional Lenin, con su escuela de idiomas de alto nivel.

La convivencia forzosa en un espacio reducido, sin el lujo de las *gated communities,* promovía ciertas formas de comportamiento y creaba un clima determinado. El amplio mundo de la Internacional Comunista, en el que se negociaban y decidían cuestiones y problemas de alcance global, se había

contraído en un punto, se había concentrado allí. El mundo, que era medido por emisarios, agentes y propagandistas, se había retirado al entorno de los atestados apartamentos colectivos. Todos lo que hasta entonces no se habían conocido personalmente tuvieron que conocerse de manera forzosa. Todos aquellos cuyas vidas se habían cruzado alguna vez se reencontraban allí una vez más y eran incitados, bajo las condiciones de presión de los forzosos autoanálisis y los exámenes de conciencia, a desplegar su vida ante los demás. Pasaba revista, una vez más, toda una época de guerra y revolución, de luchas clandestinas y de derrotas, y todo en medio del mal olor de aquellas habitaciones de hotel repletas, de pensiones y pisos comunitarios. «¿Acaso no se conocen todos?», había preguntado Emma Dornberger en una de aquellas veladas de autocrítica que se prolongaban hasta altas horas de la madrugada.[29] Pues sí: el espacio vital se había reducido de tal modo, el mundo exterior se había vuelto tan difícil de entender, tan inaccesible y extraño, el muro de miedo y desesperación se había elevado tanto, que la Moscú del Komintern, con todas sus ramificaciones, se había vuelto un lugar del que ya no podía decirse si se trataba de un arca salvadora o de una prisión de la que no había escapatoria. Sus habitantes, a pesar de su buena voluntad política, mantenían una relación difícil con el entorno, el cual les resultaba diferente y más atrasado que el que les era familiar: por razones de idioma, habían sido excluidos de ese entorno.[30] La convivencia en un espacio más que reducido y en condiciones de extrema miseria fomentaba la cohesión de personas que hasta entonces se conocían poco, pero ello también las arrojaba a una dictadura de la intimidad, en la que ya nada privado permanecía oculto. Se conocían detalles que era mejor no conocer, debilidades, idiosincrasias. A menudo se producían orgías de borrachera, e incluso se llegaba a las manos.[31] Estaban condenados a estar juntos y, al mismo tiempo, de manera forzosa, estaban excluidos de la posibilidad de viajar por

el país. Todo tenía lugar en un solo espacio en el que ya no existía la esfera privada. Todos lo sabían todo. Así vivía Gustav von Wangenheim, al que vemos admitir con franqueza, en un soliloquio autocrítico, los detalles sobre la vida sexual de un compañero de vivienda:

Todos sabíamos que el tal Rauschenbach era homosexual o un tipo homoerótico. Era un hombre muy viril, un tipo musculoso e increíblemente duro, pero, como sabían todos los camaradas de *Columna Izquierda*, estaba insólitamente enamorado del tal Bruno. Lo amaba en todos los sentidos, pero nosotros, como lo sabíamos, prestábamos una enorme atención. Nunca estuvieron de gira juntos, jamás durmieron solos, ya que esa relación homoerótica era conocida. Yo estuve indagando y tuve largas conversaciones en la propia *Columna*, y nunca se supo nada. Tengo que añadir que si vosotros hubieráis conocido a los camaradas de *Columna Izquierda*, sabríais entonces que vivían de tal modo que nada podía permanecer oculto. No podía haber ninguna relación amorosa en el grupo que no fuera conocida por el resto de la tropa. Todavía hoy, después de haber corroborado algunas cosas, estoy convencido de que ese joven, que rechazaba y declaraba de manera decidida que él no sabía que el otro era homosexual, no lo reconoció el día en que fue sometido a tal chantaje. Rondando al tal Rauschenbach había un chantajista. Yo supe después lo que nadie me había dicho. Yo, como director, al principio no me ocupaba de esas cosas cuando se sostenían conversaciones sobre lo que se contaba en la cocina, lo consideraba indigno de mí. Hoy ya no.[32]

Por un lado, se eliminaba la distancia; por otro lado, aumentaba la presión del control social directo. Nada permanecía oculto. Quién se acostaba con quién, quién había vivido con quién, quién había adoptado qué determinada posición en las luchas facciosas que se remontaban a una década atrás en el distrito del Partido de Neukölln, quién había logrado cruzar la frontera valiéndose de qué trucos. Se trataba de detalles y de asuntos personales que en la vida normal

resultaban irrelevantes, pero que en un estado de excepción impregnado de denuncias por todas partes podían convertirse en una amenaza para la vida. El pequeño mundo de la sociedad del Komintern, tan encerrada en sí misma, hervía de chismes, cotilleos, rumores, y todos juntos generaban una atmósfera de desconfianza, de sospecha y de miedo. György Lukács habló de la «psicosis del emigrante»:

Esa vida de emigrante esconde en sí muchas enfermedades dentro de la propia organización. Nosotros no hemos sacado las conclusiones suficientes de ese hecho, el de haber emigrado, lo cual degeneró en rasgos personales e insanos. Sabemos muy bien lo que han escrito Marx, Engels y Lenin sobre la emigración y cómo lucharon contra esa psicosis del emigrante. Entre nosotros, esa psicosis no se combatió. ¿En qué consiste la cuestión central de esa enfermedad? Pues consiste en que el emigrante no está en relación directa con los movimientos de masa vivos del proletariado, que los emigrantes, aquí, no están lo suficientemente vinculados con la vida de los rusos, y no predomina el contacto estrecho.[33]

Que esto era sumamente difícil lo sabía el propio Lukács. Tanto más revelador nos parece entonces, ante ese trasfondo opresivo, el espacio de felicidad que también existió: la casa de veraneo, la dacha, a veces—también—el campamento para niños o el balneario en Crimea. El Komintern tenía casas de veraneo propias, lugares donde alojaba a sus funcionarios y también a huéspedes que debían permanecer de incógnito:

No lejos del pueblo de Sukovo se encontraba el «Enclave número 1 del Departamento de Relaciones Internacionales (OMS) del Komintern»: una casa de campo en la que eran alojados los correos secretos de dicha organización y en la que tenían lugar algunos encuentros. A ese «enclave» también se iba a hacer vacaciones, en las que tomaban parte algunos miembros del EKKI. Estos úl-

timos también pasaban allí sus vacaciones de verano. Desde ese sitio se abastecía asimismo la cantina del EKKI con fruta fresca y verduras.[34]

En Sukovo había también una colonia de emigrantes políticos alemanes, donde vivían funcionarios destacados junto con sus familiares. Dimitrov cuidaba la dacha de Mólotov en Meshtsherino.[35] Una inquilina del Hotel Lux, Ruth von Mayenburg, describiría más tarde su lugar de refugio para escapar de la ciudad, Serebriani Bor, a orillas del Moscova:

Por entonces, la cerrada zona de las dachas del Komintern se encontraba en Serebriani Bor, lo cual significa nada menos que 'bosquecillo de plata'. El lugar está situado al oeste de Moscú, en un meandro del río Moscova, con sus muchos afluentes, de modo que allí se ofrecían muchas posibilidades para tomar baños. Allí se encontraba también el célebre baño nudista, tan apreciado sobre todo por los alemanes, adonde fui obligada a ir en 1934, por primera vez en mi vida, un sitio donde uno se despojaba de todo envoltorio ante los ojos de todos, donde Béla Kun no se recataba de mostrar su gran barriga desnuda y donde la señora de Fritz Heckert, representante del Partido alemán, realizaba danzas del velo con los pechos saltando de un lado para el otro, para satisfacción de todo el grupo de nudistas.[36]

La dacha aparece, en todas las memorias de los sobrevivientes—por ejemplo, en la de Markus Wolf, el hijo del destacado escritor Friedrich Wolf—, como un lugar de felicidad:

¡Peredélkino! Ese pequeño y pintoresco distrito periférico de Moscú, apenas a una hora en tren desde la estación de Kíev, era el lugar elegido por los escritores para crear un asentamiento. Gracias al creciente éxito de sus obras de teatro, nuestro padre tuvo la oportunidad y también una cantidad de dinero para arren-

dar allí un terreno y construir. Desde el terreno cubierto de abedules, el panorama se abría a un campo abierto cruzado por un arroyo que serpenteaba hasta el estanque del pueblo, a una colina con un pequeño cementerio y su antigua iglesia ortodoxa. [...] Por entonces, Peredélkino, a pesar de todo lo que estaba sucediendo, nos parecía un idilio.[37]

Los habitantes de esta arca ya habían aprendido mucho en su intento por echar raíces en un país extranjero, pero superaba toda la fuerza de su imaginación el hecho de que todo aquello de lo que alguna vez pudieron sentirse orgullosos se les imputara como delito y se les cargara en su cuenta.[38] Y eso fue precisamente lo que sucedió. Todo su pasado, sus conexiones con el vasto mundo de la Internacional se convertían ahora en un crimen. O peor aún: se les convirtió en un desastre por su condición de extranjeros, por la mera circunstancia de ser gente de fuera. Esto, por lo visto, fue observado por la gente sencilla con un sano juicio humano, como lo prueba la carta de una tal M. Simionova del 10 de mayo de 1938 a Dimitrov:

Soy una estajanovista y una simpatizante del Partido. La semana pasada mi hijo regresa de la escuela y dice que todos sus compañeros de clase preparan un pogromo para darles una paliza a todos los chicos oriundos de otras naciones, polacos, letones, alemanes, ya que sus padres son todos espías. Cuando intenté averiguar de quién había sido esa idea, uno de los chicos dijo que su hermano era un miembro de los Jóvenes Komsomoles y trabajaba en el NKVD, y ese hermano decía que pronto todos los espías extranjeros que vivían en Moscú serían llevados ante un tribunal y habría palizas para sus familias en sus casas y para sus hijos en las escuelas, como se hizo con los judíos bajo el régimen del zar. Fui a la escuela para hablar con el director, pero éste me dijo que eso era cosa que salía de los padres y que él no podía prestar atención a todos los rumores. Hoy he visto de nuevo a un grupo de mujeres en nuestra fábrica que debatían sobre la consigna «¡Matad a los letones y a

los polacos!», que había aparecido esa mañana en una pared. Eso es grave. También le he escrito al camarada Stalin, y otras mujeres propusieron que le informara a usted de esas conversaciones que tienen lugar cada día. Incluso los militantes del Partido están muy preocupados, pero se habla de ello en privado, se habla sobre si esos niños y mujeres son culpables y de que les van a dar palizas y los echarán de sus casas.[39]

Los camaradas que habían ido a Moscú desde todos los confines del mundo se habían convertido en personas ajenas, cuerpos extraños, enemigos extranjeros, espías.

VULNERABILIDAD: EL COMUNISMO MUNDIAL COMO CONJURA INTERNACIONAL

La transformación de los refugiados en «enemigos extranjeros» no fue algo específico de Rusia. Algo parecido sucedió durante la Primera Guerra Mundial en todos los países en guerra, y asimismo durante la segunda conflagración mundial con los japoneses o los ciudadanos estadounidenses de origen japonés en Estados Unidos y los refugiados antifascistas llegados de Alemania o Austria en los campos de internamiento de Francia e Inglaterra. Y no cabe duda de que tras esa xenofobia y «espiomanía» se ocultaba una buena dosis de miedo ante un nueva guerra.[40] Apenas hubo un grupo más apropiado para movilizar ese miedo a la guerra que el de los miembros de los partidos comunistas afiliados a la Internacional, miembros ahora recodificados como espías y agentes. Ya en septiembre de 1935 Yezhov había identificado a los emigrantes políticos como agentes ideales de las potencias extranjeras:

Los servicios de espionaje extranjeros y los saboteadores sabían que no hay mejor tapadera para su labor de espionaje y sus operaciones subversivas que un carné del Partido, y apostaron por ello.

Por eso es necesario esconderse a toda costa detrás de un carné de miembro del Partido. Y ellos han utilizado todos los medios de engaño para obtener carnés del Partido para un espía o un saboteador. Podemos decir de manera inequívoca que hubo polacos, finlandeses, checos y alemanes que andaban en busca de ello de manera abierta.[41]

Todo lo que había distinguido en alguna ocasión a los comunistas pasó a ser una desventaja funesta para ellos. Detalles sin relevancia se convirtieron de golpe en un asunto de vida o muerte: quién fue abordado por quién y cuándo en algún café de París, quién había criticado a quién en una ocasión durante una reunión del Partido, quién había tomado un libro prestado de alguien en algún momento: la cadena de posibilidades de sospecha y de motivos era infinita. Lo que antaño era considerado un estilo de vida antiburgués e independiente, una ruptura de los tabúes, era denominado a partir de entonces un «cambio vital de personas corrompidas» y una señal de «vida bohemia». Todo lo que en una ocasión les había valido el respeto los convertía ahora en sospechosos. Pero su mácula principal seguía siendo la nacionalidad, el hecho de que procedieran de países en los que habían triunfado el fascismo y el nacionalsocialismo y que ahora preparaban una guerra contra la URSS. Cuando los comunistas habían escapado de un cárcel fascista, ello ya no era un acto valiente que merecía respeto, sino un indicio de que la policía fascista sólo había escenificado la fuga para infiltrar a un agente. Quien había logrado cruzar la frontera con riesgo de su propia vida no había burlado al enemigo, sino que había sido infiltrado por éste. Apenas ninguno de los perseguidos tenía papeles en regla, muchos sólo habían podido salvarse con identificaciones falsas. Pues a partir de entonces esto se convirtió en la prueba de un enmascaramiento del enemigo de clase. Casi todos los refugiados tenían biografías complicadas y enrevesadas, habían participado en las luchas secta-

rias de su época, habían polemizado, la lucha entre las distintas tendencias había sido para ellos, durante toda la vida, una cosa obvia. Ahora, sin embargo, habían llegado a un país donde el debate de opiniones y tendencias era un fenómeno estrangulado desde hacía tiempo y donde cualquier opinión propia era descalificada como oposición, o incluso calificada como delito. Esas personas habían pasado sus vidas en medio de contradicciones y en la resistencia, y ahora debían plegarse sin rechistar. Esto provocó una colisión entre dos culturas políticas diferentes, entre dos mundos, una colisión que era entendida como agresión. La despreocupación—es decir, el poder hablar sin tener en cuenta el entorno, dejar documentos por ahí, sin vigilancia—era ahora una señal de «liberalismo burgués», de «falta de vigilancia», es decir, un crimen. Gracias a esa «idiota enfermedad de la despreocupación, los enemigos estuvieron en condiciones de echar raíces en nuestra organización».[42] Muchos de ellos no sólo tenían un nombre, sino varios, no sólo tenían una identidad personal, sino varias identidades partidistas. Para el NKVD eran una reserva inagotable de «impostores» en los que no se podía confiar. Como los miembros del Komintern se sentían en casa en el mundo entero, como tenían conexiones en todas partes, ¡quién, si no, era más apropiado para crear una red de conjura y conspiración internacional! A menudo esas personas provenían de partidos comunistas que habían sido infiltrados por los servicios de inteligencia de sus países de origen, y había abundantes pruebas de ello. Como ilegales profesionales conocían el contrabando de mensajes secretos y el arte de la tapadera. Como especialistas de la guerra civil eran duchos en el arte de conseguir armas y en la realización de acciones militantes y militares. Ellos eran los terroristas ideales, y de ellos había una gran necesidad en los cerebros del aparato del NKVD. Como perseguidos y solicitantes de asilo, se les había denegado el regreso a sus países de origen, y como apátridas de la guerra civil mundial no tenían patria ni lugar

de retirada, estaban completamente desarmados e indefensos. Hablaban un lenguaje extraño e incomprensible, por lo tanto eran sospechosos. Cuando dominaban dos o más idiomas eran mucho más peligrosos; como exiliados pertenecían a dos culturas, quizá también a una cultura doble, y eso significaba «hablar con dos lenguas», ser un «impostor», tener doble lealtad, es decir, ser sospechosos. No era difícil emprenderla con ellos, porque estaban indefensos y divididos. Estaban completamente aislados en un mundo extraño para ellos. Y puesto que luchaban desesperadamente para sobrevivir, hacían lo que nadie hace en circunstancias normales y lo que todos hacen cuando lo que importa es salvar el propio pellejo: denunciar a otros, los cuales, a su vez, denunciaban a otros, creando de ese modo el fantasma de la conspiración internacional, ésa que Stalin y Yezhov necesitaban con tanta urgencia para fundir al vasto país en una compacta amalgama de miedo. El comunismo, sobre el que se decía en el *Manifiesto* de 1848 que era «un fantasma que recorre Europa», se había convertido verdaderamente en un fantasma que circulaba por casas de difuntos como el Hotel Lux, como una sombra de sí mismo. Cuando el Komintern fue disuelto formalmente en el año 1943, hacía tiempo que estaba liquidado.

LISTAS, DOSIERES, FICHEROS

Apenas existe un ámbito de nuestra estructura en el que el enemigo no haya encontrado una vía para infiltrarse e intentar minar desde fuera el bastión de nuestra dictadura del proletariado. Somos la organización que, más que ninguna otra, constituye el punto de conexión con el mundo capitalista. A favor de nuestra causa debemos admitir que nuestra vigilancia ha estado en un nivel más bajo que la de otras organizaciones de la WKP(B). Tenemos ante nosotros un cuadro de profunda penetración del enemigo en los sectores más importantes de nuestro aparato. Los sectores más afectados por ello son los dos importantes departamentos de relaciones y cuadros. Ved simplemente lo que ha sucedido. El importante de-

partamento de relaciones ha revelado estar en manos del enemigo. El otro departamento importante, el de cuadros, está en manos del enemigo desde hace muchos años, desde su creación.[43]

Y luego, una vez más:

Toda la cúpula directiva del departamento de cuadros estaba en manos del enemigo. El problema de la selección de los empleados del departamento de cuadros no ha sido solucionado de manera satisfactoria. Hubo un cambio permanente, y en los últimos tres años han pasado cuarenta y cinco personas por ese departamento. Reina allí una sensación de confusión entre los colaboradores de este aparato. Eso es absolutamente poco fiable, ya que el pánico sólo puede beneficiar al enemigo. Para poder unirnos en un sentido bolchevique resulta esencial llevar al aparato de vuelta por la amplia senda bolchevique.[44]

Quien esto decía, Mijaíl Moskvín (Meer Trilisser), miembro del Presídium y del Secretariado del EKKI, colaborador del servicio de inteligencia del Komintern y director durante muchos años del departamento para el extranjero de la OGPU, una figura que encarnaba como pocas la unidad entre policía secreta, militar y dirección del Komintern, será arrestado el 23 de noviembre de 1938 como «enemigo del pueblo» y «espía», y condenado a muerte.

Si en verdad estaba claro desde hacía mucho tiempo que—como lo formulara esa eminencia gris del EKKI, Dmitri Manuílski—«los enemigos de la URSS y del Komintern utilizaban la emigración política como un canal para infiltrar a sus agentes en la URSS y hasta en las filas de la WKP(B)»,[45] entonces lo único que hacía falta era hacer un examen de la propia Internacional Comunista y destruir ese canal. En cambio, todo estaba listo, porque las organizaciones de la Internacional Comunista estaban ya servidas en bandeja de plata, en miles y miles de dosieres, actas y ficheros. Sólo era

preciso unir todos los hilos. El propio EKKI escribió lo siguiente en una directiva para informar sobre el curso y las condenas del tecer gran proceso público de Moscú:

> El punto central de la campaña en relación con el proceso contra el «bloque de los derechistas y trotskistas» debe explicar el hecho de que en este caso se trata de una conspiración internacional de la reacción y el fascismo, la cual se dirige directamente contra el país del socialismo, pero también contra la paz y la libertad de todos los pueblos.[46]

Este documento podría verse también como un manual de autodisolución y autodestrucción. Y todo estaba listo para eso. El NKVD estaba presente en esos vínculos de personal en el EKKI del Komintern. Todos los permisos de entrada al país, los permisos de residencia y los expedientes de los cuadros habían pasado por las manos del NKVD. Allí estaban archivados todos los datos: nombre, lugar de nacimiento, procedencia social, profesión, carrera en el Partido, fracción de pertenencia, simpatías o expresiones críticas. Ese fichero podía ser usado por la policía secreta a su antojo. De la lista de los miembros arrestados y de los candidatos de la organización partidista dentro del aparato del EKKI, lista presentada el 11 de septiembre de 1939, se concluye que la mayoría de los afectados provenían de Moscú, Polonia, Letonia o Alemania, aunque también había franceses, holandeses, británicos y estadounidenses. La lista 7 muestra que, en efecto, los departamentos de relaciones y de cuadros—es decir, los que constituían «el punto de conexión» entre la URSS y los países extranjeros enemigos—se contaban entre los más afectados.[47] Entre el 20 de enero de 1936 y el primero de abril de 1938 el aparato del EKKI quedó reducido de trescientos noventa y cuatro miembros a doscientos veintitrés. Noventa y cinco miembros fueron arrestados, y algunos departamentos quedaron tan desprovistos de personal que hubo que sus-

pender su trabajo.[48] En su apunte de diario del 8 de mayo de 1943, Dimitrov aprobó la disolución del Komintern, ya que éste se había convertido en «un obstáculo para el desarrollo autónomo del movimiento comunista», y «la existencia de la Internacional Comunista, en adelante, significaría un descrédito para la idea del internacionalismo, lo cual no deseamos». En realidad, el Komintern había quedado liquidado, como tarde, en los años 1936 y 1938.

ARCADIA EN MOSCÚ: EL LUNAPARK DE STALIN

«UNA COMBINACIÓN DE CULTURA Y ENTRETENIMIENTO», *632* — «¡QUÉ VERANO!», *636* — EL LUGAR DE LA OPINIÓN DEL PUEBLO, *640*

El 18 de mayo de 1937 abrió sus puertas el Parque Cultural y Recreativo Gorki. Trescientas mil personas acudieron el primer día en que empezaba la temporada de verano, que, al mismo tiempo, era la décima del parque: «Los visitantes encontraron una amplia oferta de formas de ocio y entretenimiento, cada uno según su edad, sus preferencias y sus gustos», escribe la *Guía turística*. El parque, situado en la orilla derecha del río Moscova y de fácil acceso a través de una nueva estación de metro y del puente de Crimea, tiene doscientas noventa y seis hectáreas. La entrada principal, con su oficina de servicios, de información y de correos, está junto a la muralla Krimski. El parque está dividido en tres zonas, el parterre, la zona verde a lo largo de la orilla y las colinas Lenin: «El parque debe ser un centro para la salud y el recreo, y satisfacer las necesidades culturales de millones de visitantes y animarlos a aficionarse al arte y al deporte».

«UNA COMBINACIÓN DE CULTURA Y ENTRETENIMIENTO»

En el año del aniversario de la Revolución de Octubre, la oferta, por naturaleza, era muy ambiciosa:

Los cantantes aficionados, los bailarines y los acróbatas tienen la oportunidad de demostrar su talento de manera individual o colectiva. Orquestas sinfónicas o folclóricas, bandas de jazz, todas encuentran su espacio en el vasto perímetro del parque. A menudo se organizan veladas espontáneas de canto. Se han formado clubes deportivos y artísticos, círculos de pescadores, de jardineros, de fotógrafos y de radioaficionados. Destacados grupos teatrales de toda la URSS ofrecen sus actuaciones en los escenarios teatrales y en los anfiteatros del parque, entre ellos el grupo del Teatro de los Artistas de Moscú, el Teatro Mali, el Teatro Vajtángov y grupos teatrales de Leningrado y de Ucrania, etcétera. Más de treinta mil espectadores visitan a diario el teatro y el circo. Especial mención merece el Teatro Verde, en el que se organizan presentaciones masivas al aire libre para más de veinte mil espectadores. En la temporada veraniega de 1935 se presentó *Carmen*, y en 1936 se presentó *El Don apacible*, de Iván Dzerzhinski, una ópera sobre la vida de los cosacos, así como el brillante ballet *Las fuentes de Bajchisarái*. Por la noche, el Teatro Verde se utiliza para exhibiciones cinematográficas. Hay allí una pantalla enorme de ciento setenta metros cuadrados, con una visibilidad estupenda y buenos equipos de sonido. Poetas, escritores y artistas cooperan con la dirección del parque en las labores de educación artística. Exhibiciones de los trabajos de poetas y escritores, y veladas literarias en las que los autores se encuentran con los lectores, también forman parte del programa. El parque otorga una importancia especial al trabajo con niños.[1]

Sobre la «aldea infantil» del parque Gorki, la guía informa a los turistas:

La «aldea infantil» del Parque Cultural y Recreativo Gorki organiza actividades recreativas para niños en edad preescolar. El centro de preescolar está destinado a niños entre cuatro y siete años. Aquí los niños están siempre bajo el cuidado de experimentados maestros, y se mantienen todo el tiempo ocupados con actividades que han sido cuidadosamente planeadas. El centro está equipado con una gran colección de libros y juegos. Los niños, bajo la orienta-

ción de un director, llevan a escena distintas historias para cada una de las cuales usan el vestuario adecuado. Carnavales, fiestas colectivas, recitales, conciertos y presentaciones de títeres, entre otras actividades, se celebran con regularidad en el centro para niños en edad preescolar. Hay también una exposición sobre la educación infantil, con un tutor allí empleado. Regularmente se organizan además conferencias para los padres. El centro escolar abarca el Club Arquímedes para jóvenes inventores, la «Sala de formas interesantes de ocio», donde los niños pueden dedicarse al dibujo, la escultura y la talla; está también la Estación de los Jóvenes Pioneros, que organiza actividades relacionadas con el estudio de la naturaleza, el juego, las expediciones a los distritos exteriores de Moscú y la práctica agrícola, la agricultura experimental y el cuidado de animales. Hay allí, asimismo, un gran circuito de coches para niños, así como muchas áreas de juego y de deportes. El trabajo del Club Arquímedes merece una mención especial. El club incluye una sala de proyección y laboratorios para la práctica de la ciencia y la técnica populares, así como instalaciones para labores de construcción con piezas de armar, para fotografía y telegrafía, etcétera. En el laboratorio, el instructor habla con cada niño, y le aclara en detalle qué aparatos puede construir a partir de las piezas existentes y qué experimentos son posibles con determinada máquina o determinado aparato, una vez estos últimos estén terminados. En el club se llevan a cabo debates sobre el desarrollo de la tecnología y sobre los descubrimientos científicos más importantes, sobre los proyectos de grandes científicos del pasado y el presente, y sobre las conquistas tecnológicas más recientes de la URSS. Se organizan, además, encuentros de los niños con científicos y técnicos, así como con los mejores trabajadores de las fábricas.[2]

Gracias a la detallada guía, dotada de un programa de actividades y de un mapa, se puede seguir hasta el más mínimo detalle el elaborado concepto de este Parque Cultural y Recreativo, lo cual nos permite reconstruir su actividad diaria y recorrerlo de un modo virtual.[3] Con el parque—en la década de 1930 ya había en Moscú otros tres parques pareci-

dos—[4] surge un «topos» central de la cultura soviética, un lugar que reunía los elementos del antiguo parque de diversión, el Lunapark, que cumplía labores de propaganda política, de alfabetización y educación del pueblo, y así, finalmente, de carnaval, una combinación de cultura y entretenimiento de nuevo cuño, un topos cultural y social. En un estudio, Katia Kúcher, durante un paseo por los terrenos del parque en el año 1937, ha analizado esta institución rica, compleja y tan singular. El Parque Cultural y Recreativo era el sitio en el que se transmitía la *kultúrnost* de un modo ejemplar, lo cual quería decir, nada menos, que pasar el tiempo libre de un modo exigente, así como de apropiarse de las buenas maneras: un mérito elemental para cualquier país sacado por la fuerza de las vías de la tradición y catapultado de pronto a la modernidad.[5]

El programa es concentrado en un grado poco habitual. Abarca gimnasia, remo, juegos con pelota, gimnasia colectiva y coros masivos, clases de danza moderna occidental, lecturas poéticas de la obra de Gorki y Blok, conferencias científicas. Pero la diversión tiene su precio, el tiempo de espera para una ronda de descanso en la hamaca puede alcanzar entretanto los cincuenta minutos. Las atracciones deben de ser tan fantásticas como sus nombres: «Hombres voladores», «La torre que se mece», «El torbellino», y también los títulos de las panorámicas eran evocadores, por ejemplo, «nuestro Polo Norte», «Turksib», la rueda gigante y la torre de paracaidismo.[6]

Pero el parque Gorki se convirtió también en el escenario de importantes acontecimientos del año 1937, aquí tuvieron lugar exposiciones del año del aniversario: una retrospectiva de la industrialización y de la actividad constructiva, presentaciones de películas, concentraciones masivas sobre los procesos públicos y el recibimiento por el regreso de los pilotos que volaron a Estados Unidos o al equipo de Papanin cuando regresó de su expedición al Polo Norte.[7]

El parque fue acogido por los visitantes—en especial por los niños y adolescentes—como un lugar paradisíaco. No es casual que en los conocidos cuadros de Samojválov y Svarog, en los que se ve a la dirección política del país haciendo una visita al parque, predomine el color blanco: el blanco de la ropa veraniega, el blanco de las balaustradas de las orillas del río, de las estatuas de atletas. Las referencias a los parques de San Petersburgo—el Jardín de Verano, el parque de Pedro—son tan evidentes como el modelo del Lunapark y del Tívoli, que podía encontrarse por esa época en muchas grandes ciudades europeas. Las visitas al Parque Cultural y Recreativo dejaron sus huellas en los diarios de chicos y chicas, por ejemplo, en los apuntes de Nina Kostérina del 29 de agosto de 1937:

Nosotras tres, Stella, Liolia y yo, nos sentamos en unas cómodas sillas junto a la orilla del lago artificial del parque cultural. Comimos helado. En el lago navegaban unos pequeños botes que, cargadas de personas, parecían cestas de flores. Había una nueva atracción: sonaba una estampida e, inmediatamente después, se veía en el cielo una colorida nube.

En el parque uno puede pasarlo de maravilla. Hay bellas fuentes, alamedas, estanques para chapotear. Estamos en Moscú desde el 25 de agosto, pero todos mis planes se han quedado en nada. Me encontré con Lida en la calle. No pasará de curso por culpa de la física.

Ayer fui a ver a Lena Gerschman. Ha regresado de Sochi, que le ha gustado mucho. Se alegró de nuestro reencuentro, y hemos decidido sentarnos juntas de nuevo.[8]

Los radiantes días veraniegos en el parque dejaron también sus huellas en la literatura, lo mismo en Ilf y Petrov que en una escena de una obra de Andréi Platónov, donde, a través de un aire de vibraciones eróticas, se trasluce el horror de la guerra social:

La banda musical de los pioneros, que ahora iba un trecho por delante, entonaba la Marcha de la Juventud. Junto a la forja pasaban, con plena conciencia de su importancia en el futuro, unas muchachas descalzas con paso preciso; sus delicados cuerpos púberes estaban cubiertos por blusas marineras, y sobre las cabecitas despiertas y atentas resaltaban, como coronas, unas boinas rojas; sus piernas tenían todavía el vello infantil. Aunque todas se movían al compás del paso de marcha, cada una de aquellas muchachas sonreía orgullosamente, consciente de su propio valor, que era la premisa para la continuidad de la formación y para la fuerza del desfile. Todas esas pioneras habían nacido en una época en que los cadáveres de los caballos todavía yacían sobre los campos de batalla de la guerra civil, y sus madres no tenían nada con que alimentarse más que las propias reservas de sus cuerpos, así que muchas de ellas, al nacer, eran poco más que huesos; por eso, en los rostros de esas muchachitas se advertía el experimentado hastío de la vida, la sobriedad de sus cuerpos y la contenida belleza de la expresión. Pero la felicidad de la amistad infantil, la anticipación del mundo futuro a través del juego de niñas y de la dignidad de una libertad austera impregnaban también los rostros de esas muchachas con una alegría poderosa que compensaba la falta de belleza y de buena alimentación.[9]

Desde la perspectiva de la «generación mayor», Ósip Mandelstam formuló lo siguiente:

Ya no puedo desfilar al mismo paso de los jóvenes
por esos estadios llenos de líneas,
ya no saltaré de la cama al amanecer
con la llamada de despertar de la motocicleta,
y tampoco entro nunca en esos palacios de cristal
sobre zancos
ni siquiera siendo una tenue sombra
[...] ¡Qué verano! Jóvenes obreros
con espaldas tártaras, de oscuro brillo
con cintas afeminadas, largas como columnas vertebrales,

y enigmáticos y estrechos omóplatos,
con clavículas infantiles. ¡Te saludo, te saludo, poderosa
e innombrada columna vertebral!:
Estarás con nosotros [...] ¡Durante siglos y más![10]

Una visita al parque Gorki figuraba también, obviamente, en el programa de todo visitante extranjero; en el verano de 1936, André Gide escribía:

Lo he visitado una y otra vez. Es un lugar para el recreo, comparable a un Lunapark de dimensiones gigantescas. Apenas uno ha franqueado sus puertas, se siente en otro mundo. Entre la multitud de jóvenes, tanto hombres como mujeres, sólo hay una seria buena educación; ni la más mínima insinuación de diversiones tontas o vulgares, de chistes fuera de sitio o de impertinencia, ni siquiera de un flirteo. Por todos lados se preserva el brío alegre. En un sitio juegan, en el otro bailan, casi siempre bajo la supervisión y la dirección de un animador o una animadora, y todo según un orden impecable jamás perturbado. La rueda de los que bailan se amplía cada vez más y más, cualquiera puede participar; pero el número de espectadores siempre es mayor que el de los bailarines. Luego se ofrecen también danzas y canciones populares, casi todas acompañadas por los sonidos del acordeón. Aquí, en esta área delimitada pero accesible, los principiantes se ejercitan en distintas artes; un entrenador supervisa una sesión de saltos mortales, da consejos, orienta. Un poco más allá hay una exposición de aparatos de gimnasia y andamios para trepar; en los equipos para hacer ejercicios todos esperan impacientes a que les toque su turno. Una gran superficie está reservada para el voleibol; no me canso de admirar la fuerza, la gracia y la belleza de los jugadores. Algo más lejos llegamos a los callados juegos de concentración: ajedrez, damas, así como otros pequeños juegos de habilidades y de paciencia, entre los cuales algunos que no conocía me parecieron muy ingeniosos. También hay juegos que exigen mucha fuerza, flexibilidad y destreza, juegos que nunca había visto en ninguna parte. No pretendo intentar describirlos, pero estoy seguro de que algunos encontrarían una buena clientela entre nosotros. Uno puede ocu-

parse de todo esto durante horas. Hay juegos para adultos, otros para niños, y los más pequeñitos también tienen su zona, donde pueden encontrar casitas y ferrocarriles, barcos, coches y muchas otras herramientas pequeñas, adaptadas a su tamaño. Más allá de los juegos silenciosos, siempre rodeados de tantos aficionados que a menudo hay que esperar mucho para encontrar una mesa vacía, se llega a un ancho paseo donde hay unos murales de madera con rompecabezas de imágenes y de texto, así como algunos ejercicios para entrenar el pensamiento. Todo ello, lo repito, sin la menor traza de vulgaridad; y esa imponente masa humana se comporta de un modo irreprochable, irradia honradez, dignidad, decencia; y sin ningún tipo de presión, por cierto, con una naturalidad evidente. Aparte de los niños, el público está formado casi exclusivamente por obreros que vienen aquí para practicar deportes, relajarse, distraerse o cultivarse (hay también salas de conferencias y de lectura, cines, bibliotecas, etcétera) [...]. Junto al río Moscova hay algunas zonas de baño. Y en un rincón o en otro de este gigantesco parque aparecen pequeños estrados donde algún catedrático puede dictar una conferencia; con paneles se imparten clases sobre temas concretos: de historia o geografía, hasta de práctica médica y fisiología, todo con ayuda de muchos paneles de enseñanza anatómica, etcétera. Todos escuchan con seriedad. Como ya he dicho, en ninguna parte he notado el más mínimo asomo de escarnio.

Y todavía encontraría algo más bonito: ¡un pequeño teatro en medio de un espacio verde! En aquella platea a cielo abierto no ha quedado ni un sitio vacío, unos quinientos oyentes guardan silencio devotamente y escuchan, apretujados, a un actor que recita algo de Pushkin, un canto de la novela en verso *Eugenio Oneguin*. En un rincón del parque, cerca de la entrada, está el territorio de los paracaidistas. Este deporte es muy popular. Cada dos minutos se desprende uno de los tres paracaídas de una torre de cuarenta metros de alto y arroja de manera ruda en la arena a otra persona obsesionada con el paracaidismo. ¡Adelante! ¿Quién se atreve a hacerlo de nuevo? La gente se agolpa hacia adelante, espera a que le toque su turno, disciplinadamente, haciendo fila. Y no hablemos del gran anfiteatro, donde en ocasiones se reúnen hasta veinte mil espectadores.[11]

Uno de los observadores mejor informados de las circunstancias rusosoviéticas de la década de 1930 es el general Ernst Koestring, el agregado militar de Alemania, un hombre que había nacido en Rusia antes de la Revolución; en sus apuntes, el general comenta:

Es absolutamente falso lo que solía hacer la mayoría de los extranjeros: desdeñar esta institución con cierto encogimiento de hombros compasivo. Porque este parque recreativo tenía objetivos claramente identificables para la educación del pueblo. Y, por supuesto, también tenía objetivos propagandísticos, que eran particularmente reconocibles en lo relacionado con la voluntad de ingresar en el ejército y con el interés por el mismo. En la entrada había una torre enorme desde la cual se podía saltar en paracaídas. Estaba rodeada siempre por una nutrida multitud de gente, no sólo adolescentes, que luego saltaban. Por lo demás, también vi torres como ésa en otras ciudades de provincia, y en todas partes eran muy frecuentadas. Había allí también grandes teatros al aire libre en los que se representaban piezas del teatro clásico y óperas. Y en el río Moscova, que fluía a través del parque, había disponibilidad de lanchas de carrera. No faltaban las más diversas maquetas de todas las armas imaginables, las cuales no sólo podían ser visitadas sino que con ellas la gente podía ejercitarse. Por otra parte, tampoco faltaban aquí los maestros de baile para el estudio de las antiguas danzas folclóricas rusas, así como salas siempre repletas para jugar al ajedrez. Sin embargo, ya no estaban representados los juegos de cartas, que tanto abundaban antes en cualquier pequeña ciudad rural de Rusia. Para mí, algo particularmente interesante eran los numerosos oradores dispersos por todo el parque, los cuales se encargaban de aclarar y explicar a los visitantes las respectivas cuestiones del día. Estos hábiles y bien formados propagandistas sabían dar siempre una respuesta plausible a las muchas intervenciones y preguntas que hacían los visitantes. A mí los oradores me recordaban a los precursores de la prensa moderna, los cantores populares de la Edad Media, que recorrían el país e iban anunciando las novedades antes de que surgiera una prensa que

divulgara las noticias. Como en otros tiempos hicieron ellos, estos oradores eran también un factor a tomar muy en cuenta. Y ello se puso de manifiesto a raíz del vuelco repentino que significó para todo el mundo el pacto germano-soviético, después de varios años de descalificaciones mutuas. Sin embargo, durante ese acuerdo de pacto, cuando en una ocasión Ribbentrop quiso proceder demasiado repentinamente al acercamiento mutuo, el propio Stalin le había dicho a este último que eso no podía ser, tras todos los años en que los alemanes lo habían estado «cubriendo de estiércol». En ese asunto, sin embargo, los oradores demostraron estar a la altura de la situación. Seguramente algún lector sonreirá. Se preguntará qué puede encontrar de divertido un agregado militar en un parque como ése. Pero para juzgar la fuerza de un ejército y la popularidad de una política es necesario conocer también la opinión del pueblo. Y, para ello, esos parques eran una verdadera mina y, por si fuera poco, algo auténtico, sin falsificaciones.[12]

Betty Glan, durante muchos años directora y «alma» del parque, que en el año 1937 alcanzó una cifra de más de once millones de visitantes, fue arrestada en junio de ese mismo año. Según una versión, la acusación decía que, durante una visita de Stalin al parque, había colocado una bomba debajo de la tribuna de los visitantes. Betty Glan pasó casi diecisiete años en prisión en el destierro.[13]

«AVTOZAVÓDTSY»: LOS OBREROS DE LA FÁBRICA DE AUTOMÓVILES STALIN

«SHANGHAI»: CIUDAD DE INMIGRANTES, CIUDAD EN LA PERIFERIA, *643* — EL MAGNATE DE LA ECONOMIA: IVAN LIJACHOV, *648* — PATRIOTISMO FABRIL: LA FÁBRICA COMO CRISOL, *652* — «CRÍTICA DE MASAS» O LA ORQUESTACIÓN DE LA DESESPERACIÓN Y EL ODIO, *660*

Yelena Bulgákova apuntó en su diario del 15 de marzo de 1937: «[Llega] una postal del teatro de aficionados de la Fábrica de Automóviles Iósif Stalin; le piden a M. A. que escriba un *sketch* con motivo del vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre».[1] Justo a tiempo para el vigésimo aniversario de la Revolución, en noviembre de 1937, se terminó el Palacio de la Cultura de la Fábrica de Automóviles Stalin (SIS). Tras varios años de obras, aquellos edificios fueron a partir de entonces uno de los modelos de la arquitectura soviética—los arquitectos fueron los hermanos Aleksandr y Viktor Vesnín—, pero sobre todo se convirtieron en una institución de exhibición, que a partir de ese momento formó parte del programa de quienes visitaban Moscú, tanto soviéticos como extranjeros. Y con razón, porque aquel complejo, con sus clubes, sus salas para representaciones teatrales y actividades deportivas, su jardín de invierno y sus laboratorios, tenía un completo programa dedicado a satisfacer la desaforada avidez de cultura y de saber en este distrito obrero, el más importante de la capital. En el distrito proletario, con sus numerosas fábricas—casi todas erigidas poco tiempo atrás—, se concentraba la afluencia de los

inmigrantes procedentes del campo que buscaban trabajo en Moscú. El crecimiento repentino de ese distrito no estaba exento de colisiones y conflictos, los cuales, por un lado, eran inevitables, aunque por otro lado eran azuzados de manera consciente. La inauguración del Palacio de la Cultura tuvo lugar en medio de sacudidas que destruían cualquier rutina de trabajo y minaban los cimientos de un proceso de producción normativizado. Las cifras de producción de la Fábrica de Automóviles Stalin, a finales del año 1937—que fue, al mismo tiempo, el último año del segundo Plan Quinquenal—, estaban significativamente por debajo de los incrementos previstos en dicho plan. Como en un prisma, pueden estudiarse aquí las dos caras de un mismo proceso: la paralización de todo germen de solidaridad en el seno de esos inmigrantes rurales desplazados a la ciudad y la formación de una masa de algún modo homogénea que se iba identificando poco a poco con su trabajo, su fábrica y con la industrialización, y que desarrollaba en ella una especie de «patriotismo fabril».[2]

«SHANGHÁI»: CIUDAD DE INMIGRANTES, CIUDAD EN LA PERIFERIA

La Fábrica de Automóviles Stalin estaba ubicada en el distrito proletario, bastante alejado del centro, al sureste de la ciudad. El lugar donde se encontraba la fábrica tenía en el fondo una larga historia y estaba marcado por el imponente emplazamiento, en el siglo XIV, del monasterio Símonov, situado en la orilla del río Moscova, el cual fue demolido en su mayor parte y dinamitado a finales de la década de 1920 para hacer sitio al Palacio de la Cultura. La *Simonovka*, como se llamaba al lugar, era ya, a finales del siglo XIX, durante la industrialización, una zona industrial surcada por vías férreas y con muy mala reputación, debido a la abundancia de tabernas, refugios nocturnos y peleas. Una de las fábricas más im-

portantes era la fábrica de automóviles construida por la importante dinastía de comerciantes moscovitas de los Riabushinski, la AMO (*Avtomobílnoie Moskóvskoie Obschtchestvo*). También Rusia necesitaba, al comienzo de la Primera Guerra Mundial, una producción propia de automoción; en agosto de 1916 se colocó la primera piedra de la AMO, que inicialmente sólo producía piezas prefabricadas para la Fiat. Pero la verdadera historia de las fábricas de automóviles de Moscú empezó después de la Revolución, especialmente durante el primer Plan Quinquenal, con el que también se construyeron otras grandes fábricas en el distrito obrero. En realidad, puede hablarse de un triángulo: la fábrica «La Hoz y el Martillo» (*Serp i molot*: SIM), las fábricas de automóviles (AMO-SIS) y la fábrica de maquinaria Dínamo. En esos años Moscú experimentó un gran auge como centro de la industria metalúrgica y de construcción de maquinarias, con la inauguración de otras grandes fábricas: la de motores de avión, la de bicicletas, la fábrica de rodamientos Kaganóvich, la fábrica de cables de Moscú, la de compresores, la fábrica de automóviles KIM, las de fresadoras y calibradoras. La capital borraba con ello su fama—que databa de tiempos prerrevolucionarios—de ser la ciudad textil más importante de Rusia, y empezaba a hacerle seria competencia a la ciudad que tradicionalmente había sido la más avanzada desde el punto de vista tecnológico: Leningrado. El distrito proletario, con sus fábricas, era por lo tanto un escenario fundamental de la industrialización de la Rusia rural. Representaba el progreso tecnológico, incluso en relación con la llamada *high tech*. La Moscú textil pasó a ser en efecto una «Moscú de metal», como se llamaba a la ciudad en los medios de propaganda. Moscú proporcionaba maquinaria para el campo, necesitado de tecnología y un pleno desarrollo: la AMO-SIS, por ejemplo, fabricaba sobre todo coches, camiones, autobuses y turismos. Y si bien el núcleo de la antigua AMO existía desde 1916, los edificios de la fábrica Stalin eran bá-

sicamente de nueva construcción. Las distintas plantas, erigidas en una superficie de quinientas hectáreas, habían sido construidas por miles de inmigrantes campesinos que habían aprendido los oficios de la construcción y de albañilería por el método de *learning-by-doing*, dirigidos por un pequeño ejército de capataces, jefes de brigada y un grupo aún más reducido de técnicos e ingenieros. La gran mayoría vivía en la propia obra o en sus cercanías, primero en alojamientos improvisados, en huecos excavados en la tierra, sólo cubiertos de manera precaria. El que tenía suerte encontraba una plaza en las codiciadas barracas levantadas a toda prisa, en cuyos grandes dormitorios convivían, codo con codo, centenares de personas, a veces sólo separadas por una cortina. Los privilegiados conseguían llegar hasta los pisos comunitarios, donde compartían una vivienda con otras familias, cada una de las cuales ocupaba una habitación. Incluso en un territorio como el distrito proletario, tan codiciado gracias a la construcción de numerosas fábricas, las condiciones de vida debieron de ser miserables: no había agua corriente, ni alcantarillado, no había calefacción ni iluminación, ni tranvías, y sólo poco a poco se fue creando una rudimentaria red de instalaciones higiénicas y de suministros: unos baños públicos, un centro comercial, centros deportivos, escuelas. En el lenguaje del Plan Quinquenal, cuando en toda la Unión Soviética se construían alojamientos de la nada o ciudades de barracas y tiendas de campaña emplazadas en los alrededores de las grandes obras constructivas, se llamaba «Shanghái» a esas colonias que se extendían velozmente; había incluso algunos lugares, donde se construían macizos edificios de ladrillo y mansiones para los especialistas e ingenieros extranjeros, que eran conocidos con el sobrenombre de *Amerikanka*.[3] Muchos obreros dormían en las naves de las fábricas, en sus puestos de trabajo. Todo giraba en torno a la fábrica: en sus cantinas recibían el alimento las masas de trabajadores, en sus tiendas especiales se llevaban

a cabo asignaciones de productos y a través de ellas se realizaban también las asignaciones de viviendas o algún que otro viaje de vacaciones organizado por el comité sindical. La fábrica de automóviles disponía de una base de abastecimiento propia en la periferia moscovita, con koljoses, invernaderos y huertos.[4] Sobre todo en la época del racionamiento, la fábrica era, *de facto*, el centro de suministros para decenas de miles de personas y sus familias.[5] La fábrica, además, era el lugar que garantizaba el acceso a la cultura: a los libros, a la música, al teatro. Era una ciudad dentro de la ciudad, un área gigantesca de quinientas hectáreas, con su avenida principal, que se extendía a lo largo de 2,5 kilómetros, con una arquitectura de calidad, con esculturas, césped bien cuidado y zonas ajardinadas.[6] Decir la fábrica era decir el distrito obrero. La mitad de los diputados del soviet del distrito trabajaban en la fábrica, donde también tenían su propia oficina.[7]

La plantilla de la AMO—la fábrica, como tal, había sido rebautizada el primero de octubre de 1931 con el nombre de «Fábrica de Automóviles Stalin» (*Savod imeni Stalina*, SIS)—pasó de 1798 trabajadores en el año 1928 a 19 329 en 1932. En el año 1937 el número de personas empleadas era de 37 000, y en 1940 de 40 000.[8] Con rapidez similar creció también la población en el distrito proletario: durante el primer Plan Quinquenal se había duplicado y estaba, por ende, por encima de la media del crecimiento de población general de toda la ciudad, el cual era, por lo demás, bastante dinámico. Algo más intensamente que la media había crecido el porcentaje de obreros. Mientras que durante el Primer Plan Quinquenal en toda Moscú el porcentaje de obreros había crecido de un 31,6 a un 39%, en el distrito proletario se había incrementado de un 37,9 a un 58%.[9] Una característica de la construcción de viviendas en la periferia de Moscú residía en los pocos barrios modelo erigidos en la década de 1920—como los de Dubrovka y Dangáuerovka—, y también en las casas de madera y en las barracas construidas a toda

prisa. Si uno no quería o no podía conformarse con recorrer a pie un camino de horas y horas para llegar al trabajo, estaba obligado a vivir en el sureste de la ciudad.[10]

La nueva clase obrera que empezaba a cristalizar allí puede determinarse de una manera inequívoca: provenía exclusivamente del campo, era joven, el porcentaje de mujeres era elevado y aumentaba constantemente; en un principio no sabía leer ni escribir, pero el número de analfabetos se redujo rápidamente, de modo que a finales de la década ya no había prácticamente ninguno. En 1932, en la fábrica de automóviles, más o menos la mitad de la plantilla estaba por debajo de los veintitrés años. Cifras similares aparecen también en las otras dos grandes fábricas del distrito, «La Hoz y el Martillo» y «Dínamo». Se trataba—aparte del núcleo de los «proletarios por herencia», cuyo porcentaje relativo y absoluto retrocedía cada vez más—de fuerzas de trabajo sin formación ni cualificación. La formación tenía lugar allí mismo, *in situ*, ya que las escuelas de formación profesional no podían asumir la avalancha de la demanda: es decir, la formación tenía lugar a pie de obra, en los talleres, junto a los altos hornos, para lo cual había algunos alumnos más avanzados que asumían las labores de instrucción, aprendizaje y recalificación continua.

El número de mujeres entre los trabajadores fabriles aumentó de manera extraordinaria. En total, al iniciarse el Primer Plan Quinquenal en 1928 las mujeres formaban un 24,6% de toda la fuerza de trabajo; en 1939 eran un 43%. Durante la Segunda Guerra Mundial, la cifra debió de incrementarse por encima de la mitad.

Pero el rasgo llamativo y característico era que esa nueva clase trabajadora había sido reclutada directamente entre el campesinado. Entre un 40% y un 60% de los trabajadores reclutados durante el Primer Plan Quinquenal procedían de la aldea, y también después la cifra siguió siendo elevada, si bien fue disminuyendo poco a poco a favor de la «autorreproducción» que se produjo en las propias filas de la nue-

va clase obrera. Las cifras dadas en el caso de la fábrica «La Hoz y el Martillo» serían también aplicables al caso de la fábrica de automóviles: allí el porcentaje de los trabajadores llegados desde el campo, entre los años 1932 y 1933, era de un 48,8%, y en algunos años fue incluso más elevado, hasta alcanzar el 70,2%.[11] Por un lado, a causa de la colectivización, de las deportaciones y de las hambrunas que se cobraron la vida de millones de personas, el éxodo del campo fue para muchos la única vía para sobrevivir. Por otro lado, los grandes proyectos, ambiciosos y a menudo improvisados, requerían de una cantidad de fuerza de trabajo incalculable que apenas se podía satisfacer, pues no había disponibilidad de maquinaria moderna ni de tecnología. Esas personas tenían que aceptar lo que se les diera. Se creó, por lo tanto, un movimiento migratorio y de éxodo que funcionaba a través de conocidos y de ciertas redes de ayuda mutua entre compatriotas, así como un movimiento de adquisición y reclutamiento que partía de las propias empresas industriales. Los campesinos se plantaban, sencillamente, delante de las puertas de las fábricas, y allí eran acogidos de inmediato. Como sucede siempre en tales situaciones, los recién llegados entre los inmigrantes asumieron los trabajos más arduos, peligrosos y peor remunerados, demostrándose a sí mismos y a los demás que se habían convertido en «auténticos proletarios». Entre el siglo XIX y el XX, el distrito proletario y, en especial, el entorno de las fábricas se convirtieron en una especie de *frontier*, una cámara de esclusas entre la ciudad y el campo.

EL MAGNATE DE LA ECONOMÍA: IVÁN LIJACHOV

En un artículo del libro *Moscú*, publicado en 1935 con motivo de la aprobación del Plan General para la Reconstrucción de Moscú, se decía:

Nuestra Fábrica de Automóviles Stalin (la antigua AMO) ha recorrido en estos últimos diez años de existencia un camino notable. La historia del desarrollo de la fábrica es la historia de la construcción de automóviles soviéticos y de la creación de los cuadros de los obreros soviéticos de la automoción (*avtomobilistov*),

El autor del artículo era el director de la fábrica de automóviles, Iván A. Lijachov. Con su nombre, su imagen y su personalidad se asocia el desarrollo de la Fábrica de Automóviles Stalin.[12]

En 1926, cuando Iván Lijachov asumió la dirección de la fábrica AMO, tenía treinta años. Nacido en el seno de una familia campesina en el año 1896, en Ozióry, empezó a trabajar en 1908 en la fábrica Putilov de San Petersburgo. Durante la Primera Guerra Mundial, entre 1914 y 1918, sirvió como marino en la Flota del Báltico, donde también se unió al Partido Bolchevique en 1917. Durante la guerra civil luchó en las filas de la Guardia Roja y de la Cheká. Cuando la guerra terminó, Lijachov recibió una formación técnica en el Instituto de Minería y Electrotécnica. Pero su celebridad la alcanzó como director de la fábrica AMO, que dirigió, con una breve interrupción, entre 1926 y 1950. Fue uno de los pocos «directores rojos» que—con una breve interrupción en el año 1939, cuando fue nombrado comisario del pueblo para la Construcción de Maquinaria—se mantuvieron en su puesto a lo largo de veinticinco años consecutivos; en 1941, por ejemplo, dirigió la evacuación de la fábrica, y después de 1953 llegó a ser incluso ministro de Transporte. En el año 1956, la Fábrica de Automóviles Stalin, a raíz del proceso de desestalinización, fue rebautizada en su honor y llamada a partir de entonces Fábrica de Automóviles Lijachov (SIL).[13]

Casi todos los elementos característicos de la primera generación de la elite directiva de la economía en la URSS coinciden aquí y confluyen en este hombre: el origen del campo, la migración a una de las grandes fábricas de San Petersburgo,

la politización y radicalización durante la guerra, una posición dirigente en el ámbito militar o policial durante la guerra civil y una formación al finalizar las confrontaciones militares, el paso de «luchador de clase» a «magnate de la economía» (*joziáistvennik*).[14] Cuando en el año 1926 Lijachov asumió la dirección y reconstrucción de las antiguas fábricas de vehículos moscovitas, asumidas por Riabushinski, ya tenía tras de sí un recorrido y una cierta experiencia y competencia que redundaron en su favor: estaba familiarizado con el entorno de origen de los campesinos emigrados desde las aldeas a la ciudad, también había superado el doloroso y duro proceso de adaptación, y de subordinación a la disciplina de la fábrica, y había vivido y pensado durante toda una década dentro de estructuras políticas y militares, jerarquías y formas de trato que ahora le beneficiaban para convertirse en el comandante en jefe de un gigantesco ejército de inmigrantes, que debían ser remodelados y convertidos en una plantilla, un colectivo fabril, un eficiente equipo de producción. De los escasos trazos de su biografía se infiere que la autoridad de Lijachov estaba bien justificada y que, tras el terremoto masivo de los años 1937 y 1938, pudo ser restituida hasta el punto de que fue uno de los pocos «directores rojos» que sobrevivió sano y salvo a las purgas de esa época. No tuvieron tanta suerte los niveles intermedios de la dirección de la fábrica de automóviles:

> El nivel de los jefes de departamento [en el año 1937; nota de K. S.] fue eliminado casi totalmente, y la administración de la fábrica perdió a su ingeniero jefe y a su sustituto, así como a todos los directores de los departamentos de producción.[15]

Para muchos de los dirigentes del rango de Lijachov, que tenía trato casi a diario con Ordzhonikidze, el comisario del pueblo para la Industria Pesada, el suicidio de este último en febrero de 1937 significó también el final de sus carreras. Ése fue el caso de Piotr Stepánov, director de la fábrica «La Hoz

y el Martillo», también ubicada en el distrito proletario, que fue víctima de las purgas del año 1938, a las que sin embargo sobrevivió, si bien le costaron el puesto.[16] Stepánov tenía en su haber una carrera muy parecida a la de Lijachov: tornero en la tradicional empresa moscovita Bromléi—rebautizada tras la Revolución con el nombre de «Proletario Rojo»—, en 1919 se hizo miembro del Partido, y a partir de 1925 sirvió como director de la fábrica «La Hoz y el Martillo».[17]

Lijachov era una figura simbólica de la exitosa industrialización y, sobre todo, de la fabricación de vehículos motorizados. El coche se había convertido en un símbolo del primero y del segundo Plan Quinquenal, y el progreso se medía por la producción de los vehículos en la fábrica. La fábrica Stalin sería la encargada de entregar los productos de mejor calidad, sobre todo aquellas representativas limusinas negras que se convirtieron en un símbolo por antonomasia del confort soviético y del poder. El aumento de la producción de vehículos motorizados era, en efecto, impresionante. La producción se inició en el año 1924 prácticamente en un punto cero—diez coches ese año—, y llegó a sesenta mil coches en el año 1937. Pero los planes eran mucho más ambiciosos. Después de la segunda reconstrucción, la fábrica de Moscú debía producir cada año ochenta mil vehículos, sobre todo camiones, así como diez mil turismos. Los productos de calidad—como el primer modelo de seis plazas de la limusina de lujo SIS-101—fueron presentados en el Kremlin en abril de 1936.[18]

Lijachov no fue sólo un talentoso gerente con una memoria fabulosa y un conocimiento preciso de todos los detalles, sino también un admirador incondicional del progreso tecnológico. Sus fábricas fueron las primeras en la URSS en las que se practicaron, desde 1926, los «métodos de Ford». La modernización y la ampliación de las fábricas durante el Primer Plan Quinquenal se llevaron acabo con la ayuda de empresas estadounidenses. Más tarde, Lijachov envió a sus

ingenieros y expertos para que continuaran su cualificación en el extranjero, no sólo en Estados Unidos, sino también en la Daimler-Benz de Alemania. El propio Lijachov visitó Estados Unidos, donde se reunió personalmente con Henry Ford, al que le dijo, en tono aleccionador, que muy pronto los estadounidenses vendrían a la URSS para aprender de los rusos.[19] Alabó su fábrica como la mayor fabricante de camiones del mundo, la comparó con las grandes empresas automovilísticas de Estados Unidos que había visitado y quedó convencido de que su fábrica era superior a las de General Motors, Leyland y Daimler-Benz: «Después de haber levantado nuestra fábrica sobre la base de la mejor tecnología estadounidense, no nos conformamos con ello y trabajamos sistemáticamente en la ulterior mejora de la tecnología de la empresa».[20]

Lijachov estaba presente entre la opinión pública en todos los acontecimientos importantes: en febrero de 1937, cuando Ordzhonikidze visitó la fábrica pocos días antes de suicidarse; durante el entierro de Ordzhonikidze en la Plaza Roja, donde encabezó la delegación de la fábrica Stalin. Su ascenso hasta la cima del poder soviético, sólo interrumpido de forma breve, se consumó con su elección como diputado al Soviet Supremo de la URSS, al que fue enviado por un distrito electoral de la región de Kursk el 12 de diciembre de 1937. Pero su verdadera significación no radicaba en su mandato como diputado, sino en la dirección de una de las fábricas soviéticas más grandes y en la transformación de cuarenta mil inmigrantes campesinos en una plantilla en cierto modo homogénea que se denominaba a sí misma, orgullosamente, *avtozavódtsy*, 'trabajadores del automóvil'.

PATRIOTISMO FABRIL: LA FÁBRICA COMO CRISOL

La gran fábrica, a principios de la década de 1930, era considerada en la propaganda oficial bolchevique como una «for-

taleza proletaria», pero en realidad se asemejaba más, tal y como apuntó Sergo Ordzhonikidze, a «un campamento de nómadas y gitanos».[21] Las obras de construcción y las fábricas eran el punto final provisional de un movimiento migratorio imponente que abarcaba a millones de personas. Una segunda gran oleada migratoria—tras la década de la Primera Guerra Mundial y la guerra civil—se extendió por todo el país. Su punto de partida era la aldea, y su punto de llegada, la ciudad. Con el golpe brutal propinado a la condición agraria del campesinado y al orden rural que representó la colectivización forzosa, con el comienzo de la guerra en el campo y la situación sin salida en la que la hambruna arrojó a los campesinos en muchos territorios de la Rusia europea, de Ucrania y del norte del Cáucaso, muchos millones de personas fueron arrastrados del campo a la ciudad, convirtiendo a esta última en un lugar de refugio y de supervivencia. Allí estaban los alimentos que se les había quitado a los campesinos, allí uno podía ocultarse y escapar a las persecuciones, allí, tal vez, podría encontrarse el camino de acceso a un mundo civilizado en el que había escuelas, formación, radio y vivienda. El creciente aumento de la población de Moscú, los abarrotados alojamientos del distrito proletario, las obras en construcción caóticas y repletas y las naves fabriles de las fábricas recién construidas eran el producto de esa «sociedad de arenas movedizas» (Moshe Lewin) que amenazaba con sepultar bajo ella todas las estructuras firmes, que atropellaba y minaba todas las redes institucionales, socavando las jerarquías conocidas y desmembrando ciertas prácticas habituales aún existentes.

¿Cómo se podía convertir a aquella abigarrada masa de salvajes, juntada al azar, en una plantilla bien entrenada que respetase el ritmo y el orden del proceso productivo y se fundiera en un «colectivo de trabajo»? De los cuarenta mil empleados de la fábrica de automóviles—la cifra es de finales de la década de 1930—únicamente una ínfima fracción pertenecía a los llamados «proletarios por herencia», es decir, obre-

ros de segunda o tercera generación. En su inmensa mayoría, los miembros de esa plantilla jamás habían visto una fábrica por dentro ni habían estado junto a una máquina. El encuentro con la ciudad había supuesto para ellos una gran conmoción, una experiencia difícil de sobrellevar. Podían estar

... de pie durante horas a su lado, en el mismo sitio donde habitaban, con la cabeza apoyada hacia atrás y los ojos muy abiertos, siguiendo con curiosidad el paso de los aviones a través del cielo. Los trenes los llenaban de confusión, saltaban a un lado para ponerse a resguardo de los coches. La fábrica les cortaba el aliento, y la impresión que les causaba su aspecto exterior imponente era enorme.

El joven campesino Iván Gomosenko, que llegó a Moscú en 1937, recuerda

... la luz eléctrica en cada casa de la calle. Nunca antes había visto esas lámparas eléctricas, y me gustaron mucho [...]. Me gustaba tanto Moscú que hubiera vendido mi alma con tal de quedarme allí. ¿Por qué? Porque Moscú era bella. Y cuando fui a la Plaza Roja, oh, cuánto me gustó, y sobre todo el Kremlin.[22]

La fábrica, con su maquinaria, era como una sacudida:

El suelo se estremecía con el traqueteo de las máquinas. En la planta por la que pasé estaban vertiendo un río infinito de leche y agua (pronto comprendí que no se trataba de leche, sino de una emulsión química). [...] Intentaba no molestar a nadie y no quedarme varado en el volante. Se tenía la impresión de que bastaba un solo movimiento irreflexivo para ser tragado por aquella máquina.[23]

Moscú, con sus tranvías, su metro, los cines y los teatros, los bares, comercios y parques culturales, los atractivos rincones

oscuros, no poco peligrosos, debió de ser algo abrumador para los inmigrantes campesinos llegados de la provincia, y con mayor razón aceptaban éstos las condiciones de vida más miserables a fin de participar de esas vivencias excitantes y de entrar en el nuevo mundo; asimismo, asumían los largos trechos a pie que duraban horas, las colas y, por supuesto, el desprecio de los bien establecidos moscovitas.

La emigración a la ciudad, ciertamente, no era nada nuevo en la Rusia campesina; desde mediados del siglo XIX la industrialización se alimentó de esos flujos migratorios, y desde hacía dos generaciones el saber en torno a la ciudad y la industria, así como las posibilidades de hacer méritos, se filtraba de vuelta al campo. Sin embargo, ahora se producía una situación radicalmente nueva. Los emigrantes de la década de 1930 que se dirigían a la ciudad no iban únicamente por una temporada, a fin de pasar el invierno y luego regresar a sus comunidades rurales. No, estos emigrantes abandonaban el campo para siempre: la colectivización les había quitado sus medios económicos autónomos, centenares de miles había marchado a las ciudades huyendo de la represión, a fin de pasar a la clandestinidad, dejando detrás un cosmos rural en ruinas. Pero con ello no acabó aquel movimiento. La gente seguía emigrando cuando ya había encontrado algo mejor. Podían seguir emigrando mientras la fuerza de trabajo fuera tan escasa y los directores de las fábricas y empresas siguieran recogiendo con alegría a cualquier trabajador que se plantara antes sus puertas. El desplazamiento entre fábrica y fábrica, la fluctuación de la fuerza de trabajo fue tal vez la única y más importante arma con la que contaba esa clase trabajadora de reciente surgimiento, después de que los sindicatos se convirtieran en meras «correas de transmisión» de la dirección del Estado, el Partido y las empresas. La emigración era un fenómeno masivo y cotidiano, un rasgo característico de la «Rusia en movimiento»; encarnaba la dinámica de la disolución del viejo campesinado y la

formación de una nueva clase obrera salida inesperadamente de la nada, símbolo de provisionalidad, de una inestabilidad social elemental que amenazaba con destruir la consolidación y la reafirmación recién iniciadas de una disciplina y una rutina de trabajo:

> A lo largo de todo el día, un río infinito de personas confluye en los corredores de la fábrica, a través de los talleres y las escaleras. Ésta es la mejor señal tanto del nivel de la disciplina como de la organización productiva. En el pasillo de la fábrica de componentes eléctricos, se practica el mercadeo de libros o se ofrecen helados. Por momentos es una fábrica; en otros momentos, una tienda.[24]

Poner freno y controlar la emigración masiva del campo a la ciudad y la fluctuación de fábrica en fábrica era, por lo tanto, el mandamiento supremo de toda política industrial o fabril. La estricta regulación del éxodo a las ciudades, la introducción de salvoconductos en diciembre 1932, la importancia de los carnés de obreros y el endurecimiento de la disciplina del trabajo fueron las medidas más inmediatas y obvias. Sin embargo, también fueron burladas y quedaron como meras medidas disciplinarias y policiales casi sin efecto en lo concerniente a la «rehabilitación» de esa masa.[25] Porque de lo que se trataba no era de pensar y trabajar en ritmos de temporada sino en en ritmos de producción, en la interiorización de normas, en prestar atención a la puntualidad—¡todos los «hombres nuevos» tienen relojes de pulsera!—y en aprender a trabajar con máquinas y subordinarse al ritmo de la cinta transportadora.

El distrito proletario y las fábricas de automoción se convirtieron de ese modo en un grandioso laboratorio social. Eran el lugar del adiós y de la ruptura, del dejarse llevar, de la incorporación a un nuevo contexto vital. Eran, asimismo, el lugar de la transferencia abierta o encubierta de un mundo que estaba hecho pedazos, aunque aún no había desapa-

recido del todo: un mundo lleno de expectativas, sueños, experiencias, esperanzas y traumas. Eran también el lugar del encuentro con nuevas posibilidades y el de una millonaria mímesis, el de una desesperada voluntad de adaptación, una aculturación bajo las condiciones del estado de excepción, ya que todo dependía de si se encontraba o no un camino hacia la nueva sociedad soviética. Los caminos de retorno habían sido cortados, bloqueados, la única posibilidad era la fuga hacia delante, hacia un nuevo papel, una nueva identidad. La aproximación y formación de una clase obrera con identidad propia era de una importancia decisiva para la estabilidad del país y del régimen.

Las condiciones bajo las que se desenvolvió este proceso fueron descritas de manera excelente por un estadounidense que trabajaba en la URSS:

> Kuznetsov vivía con otras quinientas y tantas personas, entre hombres y mujeres, hacinados en una barraca de madera que tenía aproximadamente doscientos cincuenta metros de largo y cinco de ancho. El recinto tenía unas quinientas camas estrechas cubiertas con colchones rellenos de paja y follaje. No había almohadas ni mantas. Para taparse, la gente usaba abrigos u otras prendas de vestir. Algunos inquilinos no tenían ni siquiera una cama y dormían en el suelo o en unos cobertizos de madera. A veces las camas eran usadas alternativamente por los turnos de noche y de día. No había paneles ni paredes que garantizaran a los habitantes de aquellas barracas cierta esfera privada. Yo no pude permanecer en aquellas barracas por mucho tiempo. No podía soportar el hedor a keroseno y a cuerpos desaseados. La única posibilidad de lavarse era una bomba de agua que había en el patio. El retrete era una destartalada choza sin calefacción ni asiento.[26]

Para controlar de algún modo esa cotidianeidad, en la que no había luz eléctrica ni servicios de recogida de basura y sí muchos dormitorios y corredores abarrotados, piojos, ratas, peleas y violaciones, había en los barracones de más de cien in-

quilinos los llamados tribunales de camaradas. Con ello, un sitio en la barraca era un paso hacia adelante que le permitía a uno salir de lo peor, es decir, de los alojamientos improvisados construidos por medios propios en agujeros cavados en la tierra y en chozas de madera.

Sin conocer ese trasfondo resulta imposible comprender la descarga de rabia, desesperación, odio y sentimientos de venganza que se produjeron en las asambleas de las fábricas en 1937. Se trataba casi siempre de asuntos elementales: luz, calefacción, baños, higiene, atención médica, conexiones de transporte. El tener que lidiar con esas nuevas condiciones de vida apenas soportables ocupaba a los recién llegados de la aldea hasta llevarlos al límite del agotamiento absoluto, y es un milagro que no se produjeran mayores brotes de descontento o incluso episodios de violencia. En el fondo, éstos eran espacios sociales donde los emigrantes estaban a merced de sí mismos y de su destino, territorios en los que el «Estado» se hallaba ausente, donde el mercado negro, la prostitución y la violencia eran una experiencia cotidiana y donde no se atrevía a entrar ni siquiera la milicia. *Vandalismo* o *gamberrismo* era el nombre para todo un espectro de «comportamiento antisocial». Las puñaladas estaban en el orden del día. Las bandas que protegían sus barracas o barrios eran más importantes que las milicias para el mantenimiento del orden.[27] Paradójicamente, allí el Estado se había «extinguido», y era más bien un *failing state*.

Pero ¿qué trajeron los emigrantes a las ciudades, a ese mundo desconocido e incluso hostil? Su elemental falta de necesidades, su capacidad para manejar aquella situación sin salida. De la época del *otjod*, la emigración a las ciudades en el siglo XIX, eran habituales la ayuda de las redes del campo y la aldea, la cohesión de sus *arteli* de trabajo (denominación socialista para *cooperativas*), una inteligencia natural y la capacidad para adaptarse a situaciones inesperadas y nuevas, así como, por último, las reservas de la cultura de origen que

llevaban consigo: los cantos, los bailes colectivos, el calendario eclesiástico y las ocasiones festivas, el beber en comunidad, las competiciones grupales de fuerza, las prácticas de autoabastecimiento y de supervivencia, lo mismo si se plantaba una huerta o se creaba una cría de conejos en el traspatio de las barracas. A veces las brigadas de trabajo no eran más que el nuevo nombre para las antiguas cooperativas de la aldea: *arteli*.[28] El colectivo, la brigada, era sólo un nuevo nombre para el trabajo realizado colectivamente, casi siempre de forma tradicional, a partir del cual a veces también se repartía la recompensa. Y esas experiencias e imágenes se filtraron también a la ciudad. Las traumáticas experiencias de la colectivización y la deportación llenaron por lo menos el espacio de la noche sobre Moscú, cuando los jóvenes campesinos se acomodaban a dormir debajo de sus puestos de trabajo o en sus catres de las barracas. Sin duda para la mayoría de ellos siguió siendo del todo incomprensible la jerga política de la época: los discursos sobre trotskismo, bujarinismo, sabotaje, espionaje, etcétera; aquello era para ellos un libro con siete llaves. Y eso significaba que esa «aldea en la ciudad», el distrito proletario, continuaría existiendo fuera de la «cultura política» dominante.

De ese modo surgió un espacio intermedio compuesto por viejas y nuevas experiencias: iconos e imágenes de Lenin, días festivos de la Iglesia ortodoxa y celebraciones revolucionarias, cines y bailes folclóricos en el descampado de un parque urbano, caminatas diarias hasta el lugar de trabajo y viajes en metro en los días festivos, un tiempo libre impregnado por la propaganda de agitación y los juegos de cartas, el dominó y el fútbol. La ciudad era la gran educadora de una «sociedad de arenas movedizas». La fábrica era una maquinaria para inculcar disciplina a una masa que trabajaba a un ritmo pertinaz y propio, y ello llevado hasta los límites, sobrepasándolos en ocasiones: cuantos más obreros no cualificados afluían a la ciudad, tanto más se hundía la productivi-

dad del trabajo. Todo progreso en la formación se consumía otra vez de inmediato debido a la afluencia de ingente nueva fuerza de trabajo sin cualificación, que ni siquiera sabía leer ni escribir. Acostumbrar a aquellos campesinos obreros a trabajar regularmente en la industria fue un trabajo de Sísifo, y el absentismo era un fenómeno habitual de la vida cotidiana de la fábrica.

«CRÍTICA DE MASAS» O LA ORQUESTACIÓN DE LA DESESPERACIÓN Y EL ODIO

La crónica de la fábrica, al parecer ya planeada para el año 1933, tampoco se pudo terminar en el año del aniversario, 1937, aunque el Comité Central había nombrado al antiguo redactor de la revista *Bolchevique*, Borís Tal, editor y compilador responsable de dicha publicación. La labor de escribir la historia de la fábrica quedó interrumpida, aunque ya se había acumulado una gran cantidad de material.[29] Borís Tal, segundo jefe del Departamento de Agitación y Propaganda en el Comité Central del Partido Comunista, que desde 1936 había sido director adjunto del periódico gubernamental *Izvestia*, fue arrestado el 2 de noviembre de 1937 y condenado a muerte.[30] La gran confusión que había afectado a otros sitios y otros proyectos constructivos del socialismo—el canal del Volga y el Moscova, el censo, la realización de películas—también había llegado a la narración histórica del objeto de exhibición de la producción ruso-soviética de automóviles.

Pero éste no fue el único indicador de una cesura grave en el año 1937. Por significativa que fuera la contribución de la Fábrica de Automóviles Stalin a la automoción y automovilización de la URSS, el plan anual sólo se cumplió en un 86%, y en lugar de los 65 000 camiones y 5060 turismos previstos sólo se fabricaron 60 259 y 1294 respectivamente. Particularmente drásticas fueron las cuotas en la producción de pie-

zas de repuesto, donde sólo se consiguió un 75,1 % del plan previsto. Similares deficiencias se habían producido también en el año 1936.

Aunque no existe ninguna historia de la fábrica elaborada a partir de las fuentes, sí que hay indicios de que el mismo huracán que se desató sobre otras fábricas—como, por ejemplo, *Serp i Molot* o *Elektrosavod*—, también hizo sus estragos en la Fábrica de Automóviles Stalin. En el año 1937 la rutina de producción se vio afectada por una cadena ininterrumpida de acontecimientos, y se eliminaron y derogaron ciertas estructuras de dirección y de mando que sepultaron la autoridad de la dirección bajo un número creciente de ataques y críticas sobre sabotaje, enemigos del pueblo y falta de vigilancia revolucionaria. Aunque en las fábricas había una organización partidista fuerte, ésta se vio comprometida a causa de una plantilla que abarcaba a casi cuarenta mil obreros y obreras. A principios de 1937 había en la fábrica 3017 militantes del Partido, entre ellos 823 aspirantes. En 1936 había 103 núcleos con 3000 militantes en las instalaciones de la fábrica. Había brigadas de agitación y propaganda, con 220 propagandistas y unos 500 miembros y conferenciantes de las brigadas de agitación, célebres por su rotundidad y su responsabilidad en la explicación de las políticas a seguir. Pero ellos no estaban en condiciones de cubrirlo todo, y ni siquiera llegaban a los turnos de tarde y de noche.[31]

La labor de educación, de formación y de inculcar disciplina, en cuyo éxito se basaba a fin de cuentas la integración de los emigrantes campesinos, apenas podía satisfacer cada nueva oleada emigratoria. La rápida expansión de la producción y de la plantilla destruía de nuevo cualquier progreso en la formación y la calificación del personal, con lo cual impedía cualquier incremento de los índices de producción. Todas las medidas—y éstas fueron impresionantes desde el punto de vista meramente cuantitativo—parecían gotas sobre una piedra hirviendo: cursos de formación avanzada,

empleo de aprendices, alfabetización, emulación socialista, un sofisticado sistema de gratificación; todas estas medidas no consiguieron garantizar el aumento de la producción mediante la intensificación del trabajo y el aumento de su efectividad. En dicha situación, ya de por sí tensa, cualquier comportamiento que se desviara de las necesidades planificadas del proceso de producción podía perturbar las etapas del trabajo y la vida de la fábrica. Y fue precisamente esto lo que sucedió en el año 1937 en una medida hasta entonces desconocida. La producción estaba a merced de la calma, la disciplina y de una rutina de trabajo que funcionaba, pero el año 1937 fue un año de inquietudes. Una oleada de asambleas venía a sustituir a la anterior; apenas quedaban establecidos los comités y los distintos niveles directivos, eran destituidos nuevamente o desenmascarados en reuniones públicas, expuestos a la crítica de las masas, forzados a ejercer la autocrítica y, en no pocas ocasiones, arrestados inmediatamente después de concluida la asamblea. El año 1937 fue testigo de la caída y la renovación de los niveles directivos en casi todos los ámbitos de la sociedad: en la administración de las empresas, en los departamentos técnicos, en el ámbito de los comités de fábrica y los comités sindicales, en las organizaciones del Partido y, finalmente, en el nivel estatal de los soviets.

No cabía duda de que la conmoción causada por las purgas había dado lugar a un retroceso y, según las cifras, a un desplome de la producción:

En general, las purgas perturbaron la producción y dejaron una sensación de amargura y miedo que fue sumamente perjudicial para el funcionamiento normal de la industria y la colectividad. El crecimiento industrial cayó de un 28,8% en el año 1936 a un 11,8% en 1938, y los contemporáneos mencionaban una «atmósfera de desconfianza» que había envenenado la iniciativa y la colaboración. En el año 1938 no se produjo el llamamiento anual para

revisar las normas, ya que el nivel directivo había quedado terriblemente diezmado. A finales de ese año, los dirigentes del Partido lanzaron una campaña para restituir la autoridad de directores e ingenieros, y les adjudicaron innovaciones técnicas que poco antes habían atribuido a los estajanovistas.[32]

La ya difícil y conflictiva situación en las fábricas se agravó a causa de las intervenciones políticas y policiales:

El lugar de trabajo en la Moscú de la década de 1930 estaba determinado por las confrontaciones entre directivos y obreros recién llegados a la ciudad, así como por las intervenciones arbitrarias y muchas veces violentas del Partido y la policía. La fuerza de trabajo que se derivaba de esas confrontaciones no era ni muy cualificada ni disciplinada. Las redes rurales y las *arteli* que los antiguos campesinos preservaban en Moscú siguieron sirviendo como medio para contrarrestar al control ejercido por los directivos y para mantener ciertas formas preindustriales de la organización del trabajo y la cultura. Las medidas oficiales encaminadas a incrementar la producción—entre ellas las campañas destinadas a imponer nuevos récords y las intervenciones de la policía—sólo perturbaban el funcionamiento regular de las fábricas. El sistema industrial soviético, con su fuerza de trabajo indisciplinada, su dirección debilitada y la intervención del Partido y la policía, jamás consiguió imponer una rutina de producción racional.[33]

El llamado «despliegue de la emulación socialista» era una de las vías para llegar a una forma de trabajo concertada y coordinada, capaz de estimular la cohesión. La competencia asociada a ello, así como el estilo de trabajo basado en campañas, sólo provocaban una profundización de las contradicciones, azuzaban el odio entre la «antigua clase obrera», que padecía bajo el ímpetu de la nueva, y la ira de la nueva respecto de la vieja, que despreciaba a la primera. Como decía un obrero:

La maldita emulación. No sólo había competencia entre los trabajadores, sino incluso entre los miembros de las propias filas y entre las distintas fábricas. Lo chusco de todo eso era que realmente aquello no le importaba a nadie, pero cuando un joven y estúpido «komsomol» decía en voz alta: «Organicemos la emulación socialista», a todos les daba pánico decir que no.[34]

Se produjeron así agresiones contra trabajadores destacados y estajanovistas, se arrancaron carteles y estandartes, se produjeron peleas entre trabajadores de la construcción rusos y tártaros, entre bashkires y tártaros, algunos obreros rusos atacaron las barracas donde vivían los trabajadores de las minorías nacionales, y también se escucharon expresiones antisemitas contra la dirección de las fábricas:[35]

La enorme afluencia de nuevos trabajadores amenazaba las jerarquías e interrumpía la rutina de trabajo. Los obreros bien establecidos defendían su estatus privilegiado reprochándoles a los obreros recién llegados el no ser obreros en absoluto. Por su parte, los jóvenes obreros de la ciudad insultaban a los obreros llegados del campo y exhibían su procedencia con tal de reafirmarse como los verdaderos obreros.[36]

Por todas esas razones, las fábricas se parecían más bien a lugares de desorganización, de caos, de anarquía, y la idea de que había culpables sobre quienes cargar la responsabilidad, era algo más que tentador, aunque algunas personas como Ordzhonikidze se resistieran a aceptar una respueta tan simplista:

En diecinueve años de poder soviético hemos formado en nuestras escuelas y universidades a ingenieros y a técnicos, más de cien mil ingenieros y una cifra igual de técnicos. Si éstos últimos, junto con los ingenieros veteranos que hemos reeducado, se hubieran convertido en saboteadores en el año 1936, entonces sólo podemos

felicitarnos por los éxitos que hemos obtenido. ¡Pero esos saboteadores no existen! No son saboteadores, sino gente buena, son nuestros hijos, nuestros hermanos, nuestros camaradas; trabajan plenamente para el poder soviético, y estarían dispuestos a morir en el frente por ese poder si fuera necesario.[37]

Pero la dirección del país, con el pleno de febrero-marzo de 1937, había trazado la ruta en esa dirección: aumentar la vigilancia por doquier en las fábricas, encontrar a los saboteadores y terroristas, desenmascararlos y entregarlos a los «tribunales populares». El grupo dirigente, por lo visto, no conocía otra vía para salir de la crisis que la movilización de las masas contra un enemigo imaginario.

En el pleno de febrero-marzo de 1937 hizo un llamamiento a eliminar las prácticas que se habían propagado en los últimos años: se pedía que los niveles directivos no fueran elegidos, sino que fueran cooptados por la vía del autorreclutamiento, y que no hubiera elecciones secretas. Estos problemas debían resolverse mediante un movimiento de crítica desde abajo, a través de nuevas elecciones y de cambios en las directivas. Luego todo fue golpe a golpe. En los departamentos de las fábricas se celebraron asambleas entre el 23 y el 25 de marzo de 1937, y en ellas se discutieron los materiales del Pleno del Comité Central, que desplegaban la crítica y la autocrítica y debatían la relación entre la labor política y la labor económica. En abril de 1937, con una creciente participación de los militantes del Partido, se llevaron a cabo asambleas de ajustes de cuentas y para elegir a las organizaciones del Partido. Uno de los problemas de la fábrica de vehículos de automoción era que las elecciones debían tener lugar en una asamblea general de la entidad, pero como no había sitio en el que pudieran reunirse más de tres mil comunistas, la cuestión fue analizada por lo tanto al más alto nivel, y las elecciones se pospusieron dos noches, a fin de garantizar la «democracia partidista». El secretario

del Partido, Y. Gubenko, atacó directamente al director de la fábrica Iván Lijachov y a otros directivos por «violación de la disciplina de trabajo». Como resultado, se eligió a un nuevo secretario del Partido, A. Krundel. En abril de 1937 también se produjo una reunión del activo económico en la que Lijachov admitió la crítica como justificada. También involucraron a los sindicatos. En junio de 1937 tuvieron lugar asambleas sindicales en las que se escucharon informes de ajustes de cuentas y se realizaron votaciones secretas de los comités sindicales. La participación fue muy animada. En la fábrica de automóviles se realizaron setenta y dos asambleas en los niveles departamentales, en las cuales tomaron la palabra ochocientas treinta y nueve personas. Se criticó que el comité sindical no se hubiese ocupado de las cuestiones relacionadas con el salario o la vivienda, ni se hubiese molestado en realizar una labor de esclarecimiento político. El trabajo del comité de fábrica fue sometido una crítica tajante:

> La lucha contra la burocracia, la amplia democratización de la actividad de la organización sindical en la fábrica, los ajustes de cuentas y las nuevas elecciones para los comités de fábrica promovieron también la reanimación del trabajo social en la empresa.

Paralelamente a la democratización de las organizaciones del Partido y los sindicatos, tuvo lugar la preparación y la realización de las primeras elecciones al Soviet Supremo de la URSS el 12 de diciembre de 1937. Dentro del marco de los preparativos de esas elecciones se celebró, el 13 de octubre de este año, una asamblea de fábrica. El 20 de octubre, en una asamblea general de toda la empresa a la que asistieron quince mil personas entre trabajadores, ingenieros y empleados, se nombró por unanimidad a P. Pichuguin como candidato a las elecciones para el Soviet Supremo. Como ya se ha dicho, esas elecciones tuvieron lugar el 12 de diciembre y el asunto

cobró el carácter de fiesta nacional. Como candidato al Soviet Supremo también estaba nominado Lijachov, pero por otro distrito electoral situado en la región de Kursk. El 14 de diciembre se realizaron otras asambleas para discutir *a posteriori* los resultados de la votación.[38] Solamente esta serie de asambleas nos dice que la plantilla de la fábrica estuvo en movilización ininterrumpida durante casi todo el año de 1937.

Con la descripción del transcurso de estas asambleas en las fábricas, uno tiene la impresión de que esas fábricas se habían transformado en una auténtica caldera infernal de debates constantes, de críticas constantes y de denuncias constantes: «De pronto, las charlas sobre la producción dejaron de ser aburridas».[39] Es cierto que antes, en relación con la verificación de los carnets del Partido, se habían producido críticas masivas, pero esta vez tales planteamientos podían tener consecuencias mortales. Sólo había «muy pocas empresas industriales cuyo personal directivo no hubiera cambiado varias veces a lo largo de los últimos doce meses a causa de los arrestos y las ejecuciones».[40] En realidad, no eran pocos los aspectos criticables: las condiciones catastróficas de la vivienda, el irregular abastecimiento de víveres y medios de vida, los frecuentes accidentes de trabajo e interrupciones del mismo (que tenían como consecuencia, más tarde, la suspensión del pago de los salarios o su disminución), la suciedad. En esas asambleas se reunían los nuevos proletarios, hasta entonces callados o tolerantes, ahora animados a soltar sus críticas a un amedrentado personal directivo que se veía obligado a luchar por su posición y por su vida. Todo tenía lugar sobre una tribuna pública, en los talleres, con la presencia de centenares o incluso miles de personas, las cuales aprovechaban la oportunidad para soltar toda su lista de agravios, para saldar públicamente ciertas deudas y atacar a ciertos funcionarios a los que odiaban. Había discursos, réplicas, aplausos y una atmósfera cargada.[41] Los superiores temían contradecirse, ya que ello podía interpretar-

se como rechazo a la crítica, aunque reconocer sus errores podía interpretarse como un enmascaramiento más refinado. Los obreros que tomaban la palabra ya habían aprendido las reglas del juego, así como el vocabulario de los gestos y las palabras irritantes: trotskista, bujarinista, saboteador, oposición, por lo que apuntaban bien a fin de acabar con la dirección o con cualquiera de sus iguales. Aquellas palabras mágicas obraban como un «Ábrete, sésamo».[42] Es cierto que el escenario era dominado por los jóvenes, los gritones y los bocazas, individuos que aprovechaban la oportunidad para ajustar cuentas. Se atacó a los miembros del personal directivo, es decir, a la generación que había llegado a lo más alto gracias a la Revolución y la guerra civil, alcanzando el *establishment* dentro de las filas del Partido, los sindicatos y las direcciones de las fábricas. La oleada de críticas masivas, de denuncias, había barrido a los viejos dirigentes. Y mientras la cúpula dirigente aprovechaba la campaña para descubrir y eliminar a opositores potenciales y unir a las plantillas de obreros en contra «del enemigo», los obreros confiaban en ensuciar el prestigio de los jefes poco queridos o incluso eliminarlos: «Las nuevas elecciones abrieron la caja de Pandora del rencor, las acusaciones y las quejas».[43]

El mensaje formulado por el Pleno del Comité Central en febrero-marzo de 1937 fue acogido con fuerza en las empresas durante la primavera y hecho realidad. Ese mensaje rezaba más o menos así:

Vuestros jefes, en especial los directores de las fábricas, pueden ser enemigos del pueblo. Deberíais prestar atención y descubrir si hay indicios de que el enemigo esté actuando, y en ese caso, no importa cuán poderoso sea o cuánto prestigio tenga, deberéis desenmascararlo de forma implacable, tanto en privado como ante la opinión pública.

¿Ha habido accidentes a causa de la «falta de vigilancia» en los que han perdido la vida algunos trabajadores? Pues probablemente

se trate de sabotaje. Y si es así, entonces el sospechoso principal es el director de la fábrica o alguien de su entorno más cercano. Da igual si se ha producido un accidente en vuestra fábrica o no; ¿es que acaso no se violan regularmente las medidas de seguridad? Ésa puede ser una forma sutil de sabotaje, un intento de provocar la ira de los trabajadores, haciendo que se incremente la cifra de enfermedades y accidentes relacionados con el trabajo.

Si sois estajanovistas o queréis serlo, ¿creéis que los jefes de vuestras fábricas os apoyan lo suficiente y colaboran de forma adecuada con vosotros? ¿O sois estajanovistas que sí recibís el apoyo de vuestros jefes, pero no se os ofrece la suficiente protección frente a la animadversión de otros trabajadores que sólo ven en vosotros a personas que boicotean las normas de producción? Tanto en un caso como en el otro, pensad que los jefes de vuestra fábrica posiblemente desean sabotear de forma abierta o encubierta el movimiento de trabajadores estajanovistas.

¿Y qué sucede si vuestros jefes se muestran autoritarios y pretenden amedrentaros para que no ejerzáis la crítica? ¿Existen dificultades para que los trabajadores hagáis oír vuestras quejas? ¿Esperan de los trabajadores cierta reverencia? ¿Hay algún culto a la personalidad en torno al director de la fábrica (retratos, carteles sobre el Primero de mayo, etcétera)? Todo eso puede indicar que vuestros jefes son contrarrevolucionarios encubiertos.

Y por último: ¿Tenéis alguna queja personal que plantear contra alguien? ¿Hay algún superior que os haya tratado mal en alguna ocasión? ¿Habéis expresado alguna vez una crítica que haya sido rechazada? ¿Tenéis alguna información sobre violaciones menores que puedan ser indicio de un proceder de mayor envergadura? ¿Habéis sido insultados alguna vez, maltratados, se os ha escamoteado alguna bonificación o habéis sido castigados injustamente? De ser así, ésta es tu oportunidad. Aquel que te ha ofendido era posiblemente un enemigo del pueblo, y es tu deber desenmascararlo.[44]

No resulta difícil imaginar lo que un mensaje como éste puede desencadenar y provocar. Es la señal para que se suelte toda la ira, la violencia, todo el rencor, los deseos de ven-

ganza acumulados, un amasijo enmarañado de crítica justa y ajuste de cuentas personal de la más baja estofa:

En numerosas tribunas, desde Kiev hasta Jabárovsk, unos actores locales realizan, en pequeños dramas, cargados de inculpaciones de carácter político y de banalidades, sus ajustes de cuentas personales y sucias denuncias. Reproches y contrarreproches van y vienen, ilustrados con detalles de la vida cotidiana: quién ha estado bebiendo con quién, quién ganaba más de lo que le correspondía, quién había hecho un comentario político sospechoso. Aquello no era una historia de un solo bicho malvado y de muchas víctimas, sino un drama mucho más complejo, en el que la represión política sólo era la expresión cómoda del odio a los superiores, de rencillas organizativas y de ambiciones personales. El cotilleo en el centro de trabajo tenía consecuencias mortales, pues producía un caos que, bajo el manto encubridor de la democracia participativa, era algo que gustaba «investigar» al NKVD. No hubo entonces escasez de víctimas ni de verdugos: la cúpula dirigente de todos los sindicatos se vio alcanzada pronto por ese juego mortal.[45]

A finales de 1937 se eligieron nuevos comités centrales en 146 de los 157 sindicatos. Alrededor de un millón doscientas mil personas o un 6% de 22 millones de afiliados a los sindicatos fueron elegidos para cargos en los mismos. Como resultado, se sustituyó a más del 70% de los miembros de los comités de fábrica, un 66% de los presidentes de los comités de fábrica y un 92% de las direcciones sindicales regionales.[46] A finales de 1937 se había despedido a un tercio de los secretarios de los sindicatos, y la inmensa mayoría de ellos fue arrestada.[47] Algo similar sucedió en las reelecciones y en la ocupación de nuevos cargos en las distintas direcciones del Partido. En la fábrica Dínamo, también ubicada en el distrito proletario, de los 561 militantes de Partido y 178 aspirantes—sobre una cifra total de 7000 trabajadores—fueron arrestadas 72 personas, es decir, un 11%.

En un período de dos años, la Dínamo tuvo tres directores, dos de los cuales fueron expulsados de las filas del Partido y uno arrestado.[48]

Todo se desarrolló tal y como se había discutido y acordado en el pleno de febrero-marzo de 1937:

Para Stalin y sus partidarios, la democracia era un método destinado a ganarse el apoyo de la clase obrera y a forjar un partido unido del que se hubiera purgado toda clase de oposición y corrupción; veían como un obstáculo las posesiones feudales personales que se habían ido formando en torno a las elites locales. Para los obreros, en cambio, la campaña para la democracia en los sindicatos abría una oportunidad de elegir a sus directivos, los cuales se ocuparían de las estadísticas de accidente, las condiciones de trabajo, las cuestiones relacionadas con la vivienda, el abastecimiento de alimentos y los salarios. Ellos sustituirían a los antiguos dirigentes, sobre todo en los niveles más bajos, con la esperanza de que se crearan unos sindicatos que representaran verdaderamente sus intereses. Para los dirigentes sindicales la campaña desató una desesperada lucha por la reafirmación de sus posiciones. En 1938, miles de dirigentes sindicales habían alzado la espada de doble filo del terror y la democracia, y habían empezado a cortarse en pedazos. Los nuevos dirigentes atacaron a los antiguos, y cada uno se dispuso, con ímpetu fanático, a encontrar a alguien a quien endilgarle los problemas de la fábrica. Se volvió imposible desenredar el nudo de los reproches y los contrarreproches. Todos los directivos pretendían ser salvaguardas de la democracia y defensores de la clase trabajadora. [...] La campaña por una mayor democracia sindical se convirtió en carta blanca para la lucha dentro de los propios sindicatos, y era imposible diferenciar al verdadero estalinista del opositor, al honesto del corrupto, al normal del demente. Como resultado, el Partido perdió el control sobre el «guión», pues había en juego demasiados intereses personales, políticos y de clase, todos entremezclados entre sí. La represión no la ejerció un «Otro» malvado sobre el pueblo soviético, la ejercieron activamente y difundieron personas, y luego cada institución la aprovechó según sus objetivos. La campaña por la democracia sindical no

sólo transcurrió de forma paralela a la represión masiva de los años 1937 y 1938, sino que fue más bien ella misma un instrumento que transformó a grupos con distintos objetivos en adeptos solícitos e incluso entusiastas de las purgas y de la represión.[49]

El distrito proletario y las fábricas de vehículos de automoción, como lugares de una gran transformación social, lugares plagados de contradicciones, se hicieron controlables gracias a la idea de un enemigo sobredimensionado y al inicio de una guerra de todos contra todos. El despliegue de un huracán en el cual ya no era posible diferenciar la crítica de la denuncia creó la cohesión del colectivo frente a un enemigo común ficticio y destruyó al mismo tiempo todas las estructuras autónomas que hubieran podido oponerse a una arbitrariedad sin límites. La formación de una clase nueva homogeneizada gracias al trabajo industrial se vio ciertamente dificultada, pero no frenada.

JAZZ: EL SONIDO DE LA DÉCADA DE 1930

JAZZ (UTIÓSOV), *675* — LA CANCIÓN PARA LAS MASAS (DUNAIEVSKI), *678* — EL SINFONISMO (SHOSTAKÓVICH), *680*

El año 1937 fue para los músicos soviéticos un año de triunfos. Pianistas soviéticos, violinistas, violonchelistas ganaron premios muy prestigiosos en concursos internacionales. Entre ellos figuraban intérpretes que más tarde llegarían a ser muy conocidos, como David Óistraj, Emil Guilels, Busia Goldstein, Mijaíl Fichtenholz y Rosa Tamárkina, entre otros. Por lo visto, la decadencia de Europa y el auge de la nueva Rusia también se ponían de manifiesto en el terreno de la música:

> Los nuevos cuadros entre los talentosos intérpretes musicales constituyen un fenómeno de suma importancia. En Occidente tenemos que vérnoslas literalmente con el trágico «envejecimiento» de los cuadros artísticos. Casi todos los intérpretes europeos han empezado su práctica de conciertos en la última década del siglo pasado. No había nadie que pudiera sustituirlos, y si lo había, sólo se trataba de casos muy aislados. Muy distinto es lo que sucede en nuestro país, donde vemos a toda una pléyade de jóvenes maestros en todos los terrenos de la interpretación musical.[1]

Los intérpretes soviéticos que han seguido la orientación de Stalin según la cual debía producirse un «clasicismo musical soviético» han evitado el error del mero virtuosismo. En el extranjero se ha entendido tal vez que la URSS no es sólo

el país de la revolución tecnológica, sino también del cultivo de la música clásica.

Las noticias sobre los éxitos de los músicos soviéticos se mezclaban con otras noticias sobre nuevos récords de producción, sobre el descubrimiento de nidos de espías y la labor de sabotaje de agentes trotskistas. Aún más impresionantes eran los éxitos de la propia música, sobre todo los de una nueva música de entretenimiento. La violencia de la década de 1930 es impensable sin la banda sonora, el *sound*, de esa década. Del año del Gran Terror forma parte un peculiar «rumor de la época», como se tituló una antología de ensayos poéticos de Ósip Mandelstam sobre el San Petersburgo de *fin de siècle*. En la Rusia soviética la década de 1930 sería sumamente reveladora para un estudio sobre el cambio del cosmos acústico de la época. La nueva civilización llegaba en forma de maquinarias, de altos hornos, de líneas férreas y del universo sonoro correspondiente: el monótono zumbido de las máquinas, el rumor de los ríos de hierro fundido, el chirrido de las sirenas de las fábricas. Por el asfalto rodaban autobuses en lugar de coches de tiro, que solían traquetear sobre la madera o los adoquines de piedra. Los cines se equiparon para sustituir al cine mudo y acoger al cine sonoro, dejando fuera al pianista acompañante o a la orquesta, que fueron sustituidos por la banda sonora de las películas. La radio creó un espacio auditivo nacional. En los parques, en las plazas públicas y también en las viviendas privadas, había altavoces a través de los cuales el poder lograba un acceso directo al oído del ciudadano, lo quisiera o no este último. De ese «rumor de la época» formaba parte, sobre todo, la música como «tiempo apresado en sonidos».

Si uno pretende actualizar en sonidos el tiempo del año 1937, tendrá que toparse inevitablemente con tres compositores y tres géneros: Leonid Utiósov y su muy exitosa *jazz-band* (*chass*, como se dice en ruso); Isaak Dunaievski con su música para películas y canciones populares—sobre todo la

Canción de la patria, que se convertiría en el himno no oficial de la Unión Sovietica—; y Dmitri Shostakóvich con su *Quinta sinfonía*.[2]

JAZZ (UTIÓSOV)

A primera vista, parece extraño que a finales del año 1936 y en el período comprendido entre los dos grandes procesos públicos se llevara a cabo un vivo debate sobre el jazz en los principales periódicos del país: *Izvestia* y *Pravda*. En esos debates participaron destacados funcionarios de la cultura, y más tarde quedaron interrumpidos por una intervención directa de Stalin. En dicha controversia se trataba nada más y nada menos que la cuestión de si podía haber o no un jazz proletario, si el jazz, en sí, no era un género burgués y decadente.

La última palabra—por lo menos en esa primera ronda—la tuvo *Pravda*, en cuyas páginas se publicaron apasionados alegatos en favor de un jazz proletario y soviético.[3] La controversia no versaba sobre un tema marginal, sino sumamente popular, como lo demuestra una mirada a los calendarios de actos de los diarios moscovitas. Las entradas para los conciertos de Leonid Utiósov siempre se agotaban, y también se agotaron las de su actuación como músico invitado en el Teatro Estrade, en la Casa Central del Ejército Rojo de Moscú, en julio de 1937. Al reseñista le pareció que Utiósov había refutado de manera definitiva, con su concierto, el reproche de que no era posible crear un programa de entretenimiento de «altos vuelos artísticos» y de calidad; el músico se había seguido desarrollando musicalmente, mientras que otros seguían tocando lo mismo. Sus títulos, *Grenada*, *Sulikó*, *Rodnaia* abarcaban todo el espectro de lo jocoso, lo provocativo y lo lírico. Tenía un conjunto excelente:

El propio Utiósov, que en el pasado era un estupendo cupletista, que había incursionado en el género de la opereta y también en el

del teatro minimalista y el del cine, ha seguido siendo un notable músico de entretenimiento: alegre, con ganas de vivir, despierto. En el Estrade ha encontrado un género que se corresponde con su talento histriónico. El conjunto musical de Utiósov ha recorrido ya el difícil camino de evolución que va del *tea-jazz* a la tienda de música, pasando luego a la orquesta de jazz, al género de la canción alegre para las masas, masas llenas de ganas de vivir y de pura sangre soviética.[4]

Pero ésa no fue la única actuación de Utiósov, y tampoco la Casa del Ejército Rojo era el único lugar donde se tocaba *chass*. El género se ofrecía en todos los grandes hoteles y restaurantes, y a éstos no solamente accedían los extranjeros. El jazz se tocaba en las estrados, en los grandes parques culturales y recreativos, y con motivos festivos y hasta solemnes: incluso con motivo del Primero de mayo en la Plaza Roja o en la gala de Año Nuevo en el Kremlin. Había jazz para el teatro, para el cine y para amenizar. También había conjuntos de jazz en la provincia, en Vorónezh o en Svérdlovsk, y también se ofrecían conciertos de jazz en los clubes obreros y en las fábricas de tractores. En Moscú podía escucharse jazz, regularmente, en los hoteles Savoy, National, en el Jardín Olivier del Ermitage, en el Hotel Metropol y en el restaurante Empire (más tarde Budapest). Un corresponsal del *New York Times* informaba en el año 1935:

Cada uno de los grandes hoteles de Moscú tiene su propia banda de jazz y su propia pista de baile, originalmente, como es probable, para turistas y extranjeros. Pero ahora uno puede encontrar cada vez más rusos, sobre todo el «Sábado Rojo», la víspera de su día libre. Los extranjeros siguen siendo claramente mayoría en esas veladas.

La orquesta de un hotel moscovita tiene un bailarín de *tap*, un negro estadounidense que todas las noches entusiasma al público con sus bailes, que los rusos jamás han visto antes. La música de jazz, después de años de casi absoluta prohibición, está celebrando un

notable resurgimiento en la Rusia soviética. Los visitantes que esperan ver aquí la buena música folclórica rusa, con balalaicas y guitarras, tienen que buscar largo y tendido. En los cafés, los restaurantes y parques de recreo, lo que encuentran son orquestas tocando versiones del jazz estadounidense para satisfacer la demanda pública.[5]

En los clubes de las fábricas los trabajadores pueden aprender a bailar el foxtrot y el tango o escuchar jazz. Un diplomático de la embajada de Estados Unidos como George Kennan, que a su vez era un entusiasta guitarrista de jazz, acudía al Hotel Moscova para escuchar a un famoso músico de jazz de esos años: Yákov Skoromovski. El jazz florecía aunque apenas había partituras, ni instrumentos—¿de dónde sacar los saxofones, sobre todo?—, y a pesar, también, de que los discos de jazz estadounidenses eran una valiosa rareza. No obstante, los Weintraub Syncopators estuvieron en 1935 en Leningrado y en Moscú; la orquesta de cuerdas de Antonín Ziegler, de Praga, tocó entre la medianoche y las tres de la mañana en el Metropol, antes de regresar a Checoslovaquia en noviembre de 1937. El jazz tenía, no hay que olvidarlo, sus promotores en los altos cargos del poder: el comisario del pueblo para la Defensa, Voroshílov, era un amante y promotor del jazz y se le consideraba un entusiasta bailarín; el responsable del ramo del cine, Borís Shumiatski, era un aficionado al jazz, y hasta dentro de las filas del NKVD había entusiastas coleccionistas de discos de jazz, por ejemplo, Iván Medved, de Leningrado.[6]

Leonid Utiósov, como el otro prominente músico de jazz de la época, Aleksandr Tsfasman—futuro director de la Orquesta Estatal de Jazz, fundada en 1938—, había nacido en el seno de una familia judía de orígenes humildes. Trajeron su música desde el sur, donde habían nacido—Utiósov en Odesa, y Tsfasman en Yelisavetgrad—, y desarrollaron un sonido soviético propio. La carrera de Utiósov fue vertiginosa y se le consideraba incluso el «hombre más rico de Ru-

sia».[7] No sólo era músico, sino que era un entendido en lo que más tarde se llamaría *performance*. Había pasado por la escuela del arte circense y acrobacia, por el teatro de provincias y por el espectáculo de *varietés*, y había visto en el extranjero a Maurice Chevalier y a Joséphine Baker. Había conseguido levantar un puente entre la «música negra» estadounidense y la música popular judía, ucraniana y rusa. Con sus *slapsticks* y sus cautivadoras apariciones en la comedia musical *Chicos alegres* (estrenada en diciembre de 1934), Utiósov y su banda se hicieron famosos en toda la URSS. Utiósov era, «después de Stalin, el hombre más conocido en la Unión Soviética. Apenas había un artista clásico en cualquier ámbito que hubiera podido atraer a tantos seguidores como los músicos de Utiósov».[8]

LA CANCIÓN PARA LAS MASAS (DUNAIEVSKI)

La música para la película *Chicos alegres* era de Isaak Dunaievski, que había nacido en 1900 en una región de provincias de la Ucrania del este, en el *schtetl* Lojvitsa, cerca de Poltava, en el seno de una familia relativamente acomodada. De niño había tocado melodías populares judías en un clavicordio, en su casa había un gramófono, y el chico recibió una sólida formación en la interpretación del piano y el violín. Después de pasar por Járkov, donde recibió clases en el estilo de composición tradicional, llegó a Leningrado, donde conoció todo el espectro del nuevo teatro musical: estrado, música para cine, teatro minimalista, revistas, *varietés*, corales. Su biógrafo resume la obra de su vida del siguiente modo:

Dunaievski pasará a la historia como creador de una música de entretenimiento típicamente «soviética», que acoge con talento todos los modelos y estímulos que estaban disponibles—de Rusia, y sobre todo de Occidente—y las funde en algo distinto, en una

cultura popular que suena «soviética» al oído. Una confrontación acre y crítica con las influencias foráneas, asunción sin prejuicios de aquellos elementos que parecen buenos y útiles, combinación con otras tradiciones y enriquecimiento con méritos propios y particularidades, y por regla general (por lo menos a partir de 1936) enmarcados en una creación de sentido soviético, esa práctica debía convertirse en el logotipo de Dunaievski y de su exitosa obra.[9]

Su capacidad de asimilación y su fuerza para la transformación sintética parecían ilimitadas:

En sus composiciones, Dunaievski solía fundir, con suma creatividad y talento musical, estímulos estilísticos de géneros ligeros de origen francés o austríaco (entre otros, de Offenbach, Strauss, Lehár, Kálmán), del «clasicismo» ruso del siglo XIX (entre otros, Chaikovski, Rubinstein), de las romanzas urbanas moscovitas y petersburguesas de entresiglos, del patrimonio popular judío y de las canciones revolucionarias y proletarias. Sin embargo, durante toda su etapa creativa no se abstuvo de tomar algunos elementos en préstamo, bastante audibles, incluso los admitió: «Creo que una canción ha de estar próxima a lo que existe en el pueblo. Una canción de masas debe situarse en el marco de los sonidos que nos son familiares». Encontró temas muy pegadizos y fácilmente cantables, casi siempre en tono mayor y alegre; la melancolía es bastante rara en sus composiciones, más bien encontramos la justa dosis de sentimentalismo, que sin embargo jamás consiguió ocultar la alegría de fondo.[10]

Con un éxito abrumador, desplegó esa línea en la composición de unas cuarenta bandas sonoras para películas, algunas de las cuales se convirtieron en clásicos, por ejemplo, *Circo*, con la estrella Liubov Orlova y el director Grigori Aleksándrov (1936); luego *Volga, Volga* (1938). El efecto que tuvo esa música puede inferirse de la correspondencia de sus admiradores, que él mismo usó de manera sistemáti-

ca para multiplicar su alcance mediático. Dos jóvenes admiradoras le escribían:

Sus canciones, su maravillosa creación, tiene el efecto de una descarga eléctrica. Cuando oímos su música, deseamos tanto vivir, crear, trabajar: se apodera de nosotros un extraordinario deseo de hacer algo, y nos sentimos capaces de realizar cualquier hazaña. De verdad, sus canciones ayudan a construir y a vivir, nos llaman y nos guían como un amigo. Sus canciones son partículas de vida, son perlas de la cámara de creación del pueblo soviético, fortalecen la fe en la pronta llegada de nuestro futuro luminoso [...], nos obligan a creer en la propia fuerza y a obviar todas las inseguridades y dudas. Sus canciones nos resultan tan cercanas, tan familiares, son tan sencillas y profundas, tan asequibles para todos, y su profundo realismo, su alegría de vivir son conmovedoras. Cuando las oímos, decimos [...] involuntariamente: «Oh, qué bien se vive en la Unión Soviética».[11]

Algunos admiradores iban mucho más lejos y atribuían a Dunaievski el rango de un «Beethoven soviético» o «rojo».

EL SINFONISMO (SHOSTAKÓVICH)

Tampoco Shostakóvich pudo sustraerse a la fuerza y la fascinación del jazz. Había hecho un arreglo para orquesta sinfónica de la obra *Tea for two*, de Vincent Youmans, bajo el título de *Tahiti Trott*.[12] Conocía a Utiósov y su banda, y también conocía a Dunaievski.[13] Éste, a su vez, admiraba la obra de Shostakóvich, aunque tenía algunas objeciones e insistía en que se le sobrestimaba.[14]

Desde el punto de vista musical, el año 1937 empezó un año antes, a principios de 1936.[15] El 28 de enero de 1936 se publicó en *Pravda*, bajo el título de «Caos en vez de música», la crítica a la ópera de Shostakóvich *Lady Macbeth de Mtsensk*. Yelena Bulgákova apuntaba en su diario el mismo 28 de enero de 1936.

Hoy, en *Pravda*, un artículo sin firma: «Caos en vez de música». Una crítica virulenta a la ópera de Shostakóvich *Lady Macbeth*. Se habla de una «inarmónica confusión de sonidos». [...] Esta ópera es, según el artículo, «una expresión de engendros radicales de izquierda». [...] Pobre Shostakóvich, cómo se sentirá ahora mismo...[16]

Por supuesto que al *establishment* político no podía gustarle aquel diseño musical tan ávidamente vivo, apasionado, erótico y violento, y fue muy revelador que la ópera fuera retirada del repertorio. A Shostakóvich le propusieron que hiciera un viaje al campo para observar la vida musical del pueblo y aprendiera de él.

A continuación, Shostakóvich empezó a trabajar en su *Cuarta sinfonía*, que sólo se estrenó muchas décadas después. El año 1936 fue sombrío: algunas personas de su círculo de amistades más cercanas se habían visto arrastradas por la oleada de represión: la escritora Galina Serebriakova y la traductora Yelena Konstantínovskaia habían sido arrestadas; el marido de su hermana mayor, el físico Vsévolod Frederiks, había sido arrestado como «miembro de una organización terrorista» y desterrado a Asia Central; su suegra fue arrestada a finales de 1936; en junio de ese año había muerto Maksim Gorki, su protector; un tío de Shostakóvich, el veterano bolchevique Maksim Kostrikin, había sido arrestado en la época del estreno y fusilado.[17] Shostakóvich canceló la presentación de la *Cuarta sinfonía* y se dedicó a la música para el cine, para la película *El gran patriota*, de Friedrich Ermler, en la que se abordaba el tema del asesinato de Kírov en Leningrado en el año 1934.

En la primavera de 1937 Shostakóvich empezó a trabajar en su *Quinta sinfonía*, pasó algunas semanas en un sanatorio para científicos y creadores culturales, en Crimea, ubicado en un antiguo palacio de la condesa Pánina, en Gaspra. A principios de junio de 1937 regresó a Leningrado con tres

movimientos terminados. Pero a finales de mayo, su segundo mentor y patrocinador, Mijaíl Tujachevski, mariscal del Ejército Rojo y vicecomisario del pueblo para la Defensa, fue arrestado y fusilado por conspirador.[18]

El estreno de la *Quinta sinfonía* tuvo lugar el 21 de noviembre de 1937 con la Filarmónica de Leningrado, bajo la dirección de Yevgueni Mravinski, y el estreno moscovita, por su parte, tuvo lugar el 29 de enero de 1938 bajo la dirección musical de Aleksandr Gauk. Muchos oyentes lloraron, y al final el público se puso de pie para dedicarle a la pieza una ovación de media hora. Liubov Shapórina, la esposa de un compositor amigo, escribió esto en su diario sobre el estreno en Leningrado: «Todos opinaban lo mismo: él ha respondido, y ha respondido bien».[19]

Para el estreno moscovita de la *Quinta sinfonía*, que constituyó también un gran triunfo como el de su estreno en Leningrado, se esperaba la asistencia de Stalin. La obra fue transmitida por la radio y apareció poco después en forma de disco. Shostakóvich fue alabado hasta la exageración. Alekséi Tolstói hizo un brindis en su honor: «A uno de los nuestros al que ahora podemos calificar de genio».[20] Es cierto que también hubo voces que criticaron aquellas «atrocidades fisiológicas», esos «gritos y jadeos naturalistas».[21]

El propio compositor, en un artículo publicado en el *Vechérnaia Moskvá* el 25 de enero de 1938, dijo lo siguiente sobre su sinfonía:

El tema de mi sinfonía es la gestación de la personalidad. En esta obra fundamentalmente lírica deseo representar al ser humano y todas sus vivencias. En el *Finale* intento diluir los motivos trágicos de los primeros movimientos en un optimismo vital. [...] Si realmente he logrado inscribir en mi música todo lo que he reflexionado y sentido después del artículo crítico leído en *Pravda*, puedo darme por satisfecho. La labor compositiva de esta sinfonía fue precedida por un largo período de preparación íntima. [...]

Escribí la *Quinta sinfonía* siguiendo el modelo de la música sinfónica clásica, en cuatro movimientos. Es una típica obra sinfónica y, según me parece, comparada con mis trabajos anteriores es, en sentido orquestal, un paso adelante. [...] Estoy muy satisfecho con el tercer movimiento, en el que conseguí preservar una cierta atmósfera directa. En ese movimiento intervienen únicamente instrumentos de cuerda y de madera. Los metales se acallan y hacen acopio de fuerzas para el cuarto movimiento, en el que les toca trabajar mucho.[22]

La manera en que se ha interpretado la *Quinta sinfonía*, su exégesis, ha sido hasta hoy desigual y controvertida. Desde el punto de vista formal, se trata de una sinfonía tradicional, orientada según la forma de sonata, es una obra compacta y tiene temas *cantabile*. Es el intento del compositor por traducir el realismo socialista a un drama instrumental. La idea subyacente a esta sinfonía—la «gestación de la personalidad»—tiene, por lo visto, un fuerte componente autobiográfico. Estados de ánimo como el miedo, la desesperanza o la queja parecen predominar en este trabajo, especialmente en el *Largo*. Pero entonces sucede algo inaudito en el *Finale*. Y la mayoría de las interpretaciones se centran en ese final que culmina con un cierre de fanfarria, en el que el tema principal, sostenido por los cornos y las trompetas, se extingue en un brillante re mayor. Sin embargo, un contemporáneo, el escritor Aleksandr Fadéiev, había comentado en su diario que en esa brillante tonalidad mayor hay algo reprimido, algo imponente y violento: «El final no suena como una salida (y mucho menos como una fiesta o una victoria), sino como un juicio, una condena, como una venganza».[23] En lo musical, ese efecto parece generarlo el tema de la marcha, que lo domina todo, y su repetición: «Su tempo, relativamente lento, y los repetidos acordes pueden entenderse al mismo tiempo como brillante apoteosis y como amenaza».[24] Y uno de sus biógrafos dijo:

Pero quien escuchaba con detenimiento, notaba allí, precisamente, en la parte del *finale* en el que se alza el triunfo del final, en los «las» infinitamente repetidos de los violines, la soledad y el miedo de aquel que está en el centro de la atención y debe regocijarse. Pero tampoco ese final tiene nada de regocijo, sino de una actividad mecánicamente construida.[25]

El biógrafo de Dunaievski ha señalado que había que subrayar el «vuelco estalinista» en el terreno de la música en los años 1935 y 1936. En ese período tuvo lugar un cambio de paradigma, al que también se subordinaron la cultura del entretenimiento y la música de ese género. Su frases fundamentales eran «apego a lo popular», «comprensibilidad», «apto para las masas»; desde el punto de vista musical se pasó a una «solemnización, una folclorización y una poetización».[26] Ello queda probado en un cambio del repertorio en el caso de Utiósov, a través del debate sobre la «evolución del jazz», que tuvo lugar entre los periódicos *Pravda* e *Izvestia*, y en el «cambio de la tonalidad» misma.

Las canciones revolucionarias del pasado estaban escritas en tonalidad menor, pues eran canciones de la clandestinidad revolucionaria, porque todo lo que las rodeaba era extraordinariamente deprimente. Nuestra canción popular era melancólica en la mayoría de los casos, ya que todo el entorno, toda la represión que el pueblo había sufrido, impedía que surgieran canciones alegres. Por tal razón exigimos de los autores una diferenciación creativa y de principios entre las canciones de nuestros días y el patrimonio cancionístico—no menos grandioso—, que ha surgido sobre otra base y que tenemos que estudiar, ciertamente, pero de un modo crítico y reflexivo. ¿Quiere decir eso que estamos en contra del tono menor? No, por supuesto que no [...]. Pero estamos decididamente en contra de ese tono menor lastimero y desesperado, pues ya no tiene sitio en nuestras canciones, es mendaz, y los compositores lo conciben por mero interés en crear una música afable, ligera y asequible.[27]

Algo nuevo había surgido, algo que en muchos sentidos retomaba lo que había hacia el año 1900: los inicios de la cultura de masas, ahora bajo un signo soviético. ¡Cuántas cosas se juntaban allí! La formación clásica—Tsfasman había estudiado con Féliks Blumenfeld en el Conservatorio de Moscú; Dunaievski había estudiado composición clásica; las influencias de una ciudad multiétnica como Odesa, así como la influencia del sur, donde se mezclaban los elementos judíos, ucranianos y rusos—; Utiósov derivaba el jazz soviético de la Moldavanka, el barrio judío de Odesa; la ininterrumpida transferencia del jazz estadounidense, que llegaba a través de discos, conciertos y contactos personales; y finalmente, un público completamente nuevo y el gusto transformado de éste; las masas revueltas y movilizadas gracias a la Revolución, particularmente en las poblaciones turbulentamente mezcladas que crecían de un modo vertiginoso en las grandes ciudades.[28]

La Unión Soviética era un suelo musical infinitamente fértil que producía melodías, nuevas combinaciones, nuevas instrumentaciones, así como genios musicales y grandes intérpretes. Las intervenciones ideológicas y la coacción que se hacía notar por doquier, no generó ni interrumpió esa evolución de las cosas: los acontecimientos musicales respondían a «leyes» propias. Había muchas cosas que influían desde el exterior en la música, como el mandamiento del optimismo social, la simple ausencia de instrumentos, la polémica en los periódicos, la amenaza directa que afectaba a los propios músicos: el director del conjunto de jazz de la radio moscovita, Gueorgui Landsberg, el pianista David Gegner, la directora de la banda de jazz femenina, Vera Dneprova, fueron arrestados y desterrados a regiones de provincia.[29] Era obvio que las presiones ideológicas no pasaban de largo junto a los compositores soviéticos sin dejar huella en ellos: «Gracias al comisario del pueblo estalinista Nikolái Ivánovich Yezhov, el fiel guardián de la tranquilidad de nuestra gran patria», se

decía en una resolución de la Asociación de Compositores de Leningrado, con fecha de 16 de marzo de 1938, a finales del tercer proceso público.[30] No todo fluía sin restricciones y concesiones: «La supervivencia del jazz le costó su vitalidad».[31] Y a pesar de eso, la carrera musical era sólo como el deporte o la técnica, una de las vías alejadas de la política para ascender socilamente, en la medida en que esto podía afirmarse de un país que vivía en permanente estado de excepción. No por casualidad, las carreras «apolíticas» de pilotos, violinistas, pianistas, campeones de ajedrez e ingenieros eran las más atractivas para los jóvenes soviéticos. La música—ya fuera clásica o de entretenimiento—no sólo contribuía a la estabilidad de un régimen terrorista e inestable: era también una forma de sobrevivir en tiempos difíciles.

CAMBIO DE ROSTRO, CAMBIO DE ÉPOCA

Una foto policial es a menudo lo único que ha quedado de las víctimas, el único rastro que nos lleva hasta ellas. En las miles y miles de fotografías que se realizaron en los procesos de fichaje e identificación policial, el aparato de represión estalinista fijó los rostros de personas inocentes arrestadas y condenadas, *en face* y *en profile*, como se ha hecho habitual en cualquier Estado moderno, con datos como el nombre, la fecha, el lugar de nacimiento y el día en que se realiza la identificación, materiales que luego se añaden al expediente de la instrucción y de la pena.[1] El registro, el fichaje y el almacenamiento de los datos relevantes, así como la creación del aparato necesario para ello, formaban parte de los principales objetivos y actividades del aparato estatal soviético. Dicho aparato, así como una práctica ensayada durante años, era lo que hacía posible apresar de forma rápida y eficaz a determinados grupos de personas durante las llamadas «operaciones masivas», siguiendo determinados criterios de búsqueda. La introducción del pasaporte interno en diciembre de 1932, con los datos personales necesarios para ese fin, constituyó un paso importante en relación con el fichaje, al igual que las encuestas del censo de enero de 1937.[2] Un decreto del Politburó y del Consejo de Comisariados del Pueblo del 21 de octubre de 1937, en el que se establecía que a partir de ese mismo momento todos los salvoconductos tenían que estar provistos de una foto y que una segunda foto debía enviarse al Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (el NKVD), demuestra cuánto le importaba al Estado soviético tener un control a través del fichaje, en lo posible total, de sus ciudadanos.[3]

De manera involuntaria, el aparato policial estalinista retuvo con esas fotos las facciones de los condenados y los asesinados, legándolos a la posteridad. Tomó esas fotos en instantes de un terror desconcertante, de un miedo inefable, de un desamparo absoluto. Esas personas parecen preparadas, preparadas para todo. Probablemente no sepan qué les está pasando ni cómo; muchos de esos rostros se ven marcados por la conmoción, por las penurias del registro y el arresto, por los largos viajes, y sin duda también por las palizas y los interrogatorios. Arrancados de la vida, ahora no son más que una ficha que se adjunta a los expedientes policiales. Se ven exhaustos, soñolientos, sin afeitar. Muestran los rasgos fisonómicos de todos los pueblos de la URSS, de todos los grupos profesionales. Muchos de ellos representan un tipo fisonómico que pronto desaparecerá del repertorio de la sociedad soviética: el ortodoxo de barba poblada, el intelectual prerrevolucionario, la humilde campesina, el emigrante y el peregrino, el emigrante europeo occidental que ha ido en busca de refugio a la Unión Soviética en el exilio, monjes y monjas, integrantes del ejército zarista. Esa galería de retratos no sólo constituye un documento del poder de dar órdenes y de la arbitrariedad del Estado policial, de su capacidad para arrestar de forma arbitraria, de su voluntad de destrucción; esa galería fija, en el segundo en que se dispara el flash de magnesio, el rostro de un país abocado al hundimiento.

La destrucción de retratos, la transformación de personas conocidas en no-personas, la eliminación y la supresión de nombres se desarrolló en aquellos años hasta convertirse en una práctica habitual y en una auténtica manía. Apenas existe una revista, una enciclopedia, un álbum en los que no se hayan suprimido varios retratos, de los que no se hayan arrancado fotos, no se hayan eliminado nombres o incluso páginas enteras.[4]

Junto a esa galería de retratos de las desapariciones existe también una galería del ascenso. En relación con las elec-

ciones para el Soviet Supremo del 12 de diciembre de 1937, algunas revistas como *Ogoniok* publicaron a lo largo de varias ediciones retratos a toda página de los diputados recién elegidos, sobre los cuales, en el momento de la elección, no podía decirse ciertamente por cuánto tiempo conservarían su lugar en esa galería de fotos.[5] Ésta es una galería de la Nomenklatura, y tal vez nos proporcione algunas conclusiones exactas sobre esas nuevas personas, esos iconos creados por el «hombre nuevo» de la década de 1930: el mural de Aleksandr Deineka titulado *El noble pueblo de la Unión Soviética*, mostrado en la Exposición Universal de París, donde aparecen una serie de trabajadores estajanovistas vestidos con trajes blancos; el cuadro *Muchachas en traje deportivo*, de Yuri Pímenov, pintado un poco antes, en 1932, que muestra con una nueva objetividad a una mujer muy estirada, con mucha conciencia de sí misma; los deportistas en formato gigante de Aleksandr Samoivalov, que pasan junto a la tribuna donde está Serguéi Kírov, también mostrado en la Exposición Universal de París. Asimismo, solían divulgarse las fotos de los pilotos, de los participantes en la expedición al Polo Norte, de los alpinistas, y sobre todo de los trabajadores de vanguardia más prominentes, los campesinos koljosianos y los tractoristas.[6] Todos ellos pertenecen a un prototipo fisonómico determinado: robusto, atlético, afeitado, con camisa blanca—tal vez, incluso, con traje—, y las mujeres con vestidos de flores, con el rostro vuelto hacia el observador. Existen todas las variantes posibles: frescos, mosaicos, pinturas, fotogramas, esculturas en bronce o en acero inoxidable, en barro y en porcelana.[7] La sociedad del hombre nuevo aparece en las recepciones, en los días festivos, en las fiestas de Año Nuevo: bien vestida, casi siempre joven, los miembros del Ejército Rojo siempre un poco exagerados, dominando los modernos bailes de sociedad, conscientes de su carrera.[8]

La galería de retratos de *Ogoniok* muestra a los diputados recién elegidos, si bien no con los colores vivos de Deineka,

pero sí a esas personas que habían ascendido a las alturas del poder, el tipo de los *vydvizhéntsy* de la década de 1930, que contaban con los más importantes apoyos sociales y políticos del régimen de Stalin. Su ascenso a las alturas del poder es tan vertiginoso como la caída, e incluso como la desaparición de toda la elite política postrevolucionaria. Más de medio millón de personas, en su mayoría jóvenes, fueron promovidas entre el XVII y el XVIII Congreso del Partido—es decir, entre 1934 y 1939—a puestos de responsabilidad en el aparato del Estado o del Partido, pero en especial en el aparato militar, económico y político. De los 333 secretarios de las direcciones del Partido a nivel territorial, regional y de las repúblicas—es decir, los niveles de toma de decisiones más importantes del país—, 293 ascendieron después de 1934, la mayoría entre 1937 y 1938. Los ascendidos son en su mayor parte jóvenes: entre los secretarios de los partidos en los comités de las repúblicas, los regionales y territoriales, un 8,5% tiene entre 26 y 30 años; el 53,2% tiene entre 31 y 35 años, y el 29,4% de 36 a 40 años.

El Partido del año 1939 tiene ya muy poco que ver con el que había «hecho» la Revolución de Octubre: en 1939, un 80,5% de los militantes del Partido ha ingresado en él después de 1923, y una cuarta parte lo ha hecho después de 1938. El punto de inflexión más importante es aquí el año 1937: a principios del mismo, un 38,6% de los secretarios del Partido regional había ingresado en él antes de 1917; un 41,6% lo había hecho entre 1918 y 1920, y sólo el 12,3% después de 1923. En los niveles inferiores del Partido, hasta un 93,5% de los secretarios partidistas—con referencia al número de militantes en el año 1939—había ingresado en la organización después de 1924: «La juventud del Partido ha hecho una carrera vertiginosa bajo las condiciones de las oleadas de represión masiva, y eso ha consolidado su entrega al líder y su apoyo a las represiones frente a la vieja guardia».[9]

Una similar redistribución de los cuadros dirigentes se dio

también en otros ámbitos. De los setenta comisarios del pueblo de la URSS y la RSFSR, de los directores de las principales administraciones y los presidentes de los comités en el Consejo de los Comisarios del Pueblo que estaban en su puesto a principios de 1939, casi la mitad (29) habían sido promovidos entre los años 1937 y 1938. De ciento veinticinco de sus sustitutos, más de la mitad (77) también había sido designado para el puesto entre los años 1937 y 1938. Lo mismo vale para los directores de las principales administraciones y asociaciones de los Comisariados del Pueblo de la URSS y de la RSFSR: de 548 directores, 366 habían obtenido sus puestos en esos dos años. En total, a principios de 1939, de los 32 899 directores de instituciones estatales y económicas que estaban en la Nomenklatura del Comité Central del Partido Comunista, 15 485 habían sido nombrados entre los años 1937 y 1938. Esa precipitada promoción de nuevos cuadros trajo consigo, además, un considerable rejuvenecimiento de los dirigentes a nivel estatal. De los setenta comisarios del pueblo y directores de administraciones principales y presidentes de los comités en el Consejo de los Comisarios del Pueblo, diez tenían entre treinta y uno y treinta y cinco años, veintiocho tenían entre treinta y seis y cuarenta años, veintidós entre cuarenta y uno y cuarenta y cinco años, y muchos de ellos habían terminado sus estudios superiores entre los años 1937 y 1938. En total, de los 32 899 directores del aparato estatal y económico que fueron acogidos en la Nomenklatura del Comité Central, 426 tenían menos de veinticinco años, 3331 entre veintiséis y treinta, y casi un 59% tenía entre treinta y uno y cuarenta años. En lo social, más o menos la mitad de los nuevos *vydvizhéntsy* provenían de la clase obrera y el campesinado, pero muchos de ellos—a diferencia de la generación más vieja de funcionarios—habían superado un examen de estudios superiores y habían pasado de la universidad directamente a esas posiciones como dirigentes.[10] Ese cambio de imagen documenta por lo tanto un cambio de época, o me-

jor dicho, cierra un cambio de elites y de época que había comenzado en el año 1917. Y con ello entra en escena una generación que va a dejar su impronta en el rostro de la Unión Soviética de la segunda mitad del siglo XX.

AMÉRICA, SIEMPRE AMÉRICA: EL OTRO NUEVO MUNDO

EL VIAJE A ESTADOS UNIDOS DE ILIÁ ILF Y EVGUENI PETROV, *695* — «SPECIAL RELATIONS»: AMERICANISMO SOVIÉTICO («SOVIETSKI AMERIKANIZM») Y «NEW DEAL», *700* — «AMERICAN WAY OF LIFE» EN EL AÑO 1937, *706* — LA UTOPÍA COMO PRESENTE, *708*

En el año del Gran Terror apareció en la Unión Soviética uno de los más hermosos reportajes que se ha publicado alguna vez sobre Estados Unidos. Lo escribió nada menos que la pareja de escritores Iliá Ilf y Yevgueni Petrov, que se habían convertido en los escritores más famosos de la Unión Soviética con sus sátiras *Las doce sillas* y *El becerro de oro*. En septiembre de 1935 viajaron a Estados Unidos por encargo del periódico *Pravda*. A principios de 1936 estaban de vuelta, y en una entrevista en la *Literaturnaia gazeta* anunciaron que escribirían un libro sobre ese país. En los meses de verano lo redactaron—juntos, como siempre—, trabajando en un libro y en un reportaje fotográfico que fueron publicados inmediatamente después. El boceto de viaje *La América de una planta* apareció a finales de 1936 como primicia en la revista *Znamia*, algunos capítulos también en *Pravda*, y la serie *Fotos americanas* apareció como un relato de continuación en la revista ilustrada *Ogoniok*.[1]

En 1937 le siguió la edición en forma de libro de *La América de una planta*. Cuando se entregaron los primeros ejemplares, Iliá Ilf ya estaba moribundo; murió el 13 de abril de 1937 de tuberculosis. El hecho de que Ilf falleciera de muerte natural en el año del terror es algo tan digno de mención

como el hecho de que uno de los relatos de viaje más notables sobre Estados Unidos que se publicaron en la Unión Soviética pudiera aparecer en el año 1937. Si se mira más detenidamente, se ve que esa inequívoca alabanza de Estados Unidos no fue una casualidad, y que las relaciones entre Estados Unidos y la URSS eran todavía en aquel momento muy variadas y estrechas: ambas partes se veían a sí mismas como las futuras potencias del siglo XX, destinadas a asumir la herencia de la vieja Europa, desparecida en la Primera Guerra Mundial. Al final del libro sobre Estados Unidos, cuando Ilf y Petrov se embarcan en el *Majestic* y se despiden del *skyline* de Nueva York, se ve con claridad lo que les interesaba de aquel país: no sólo la tecnología, no sólo los coches. Dicen:

Pero hay un fenómeno de la vida americana que debería interesarnos tanto como un nuevo modelo de automóvil. Y ese fenómeno es el carácter democrático de las relaciones entre los seres humanos, aunque ese rasgo también disimula la desigualdad social y no es más que una mera fórmula externa. Pero en nuestro país, que ha logrado la igualdad social entre los hombres, esas formas externas de la democracia pueden ayudar a resaltar la justicia de nuestro sistema social. Esas formas externas de carácter democrático son espléndidas. Ayudan mucho en el trabajo, asestan un golpe a los hábitos burocráticos y elevan la dignidad de las personas. La Unión Soviética y Estados Unidos: un tema inagotable. Nuestros cuadernos de notas son el resultado de nuestras impresiones de viaje. Nuestra única intención ha sido reforzar el interés por Estados Unidos en el seno de la sociedad soviética y contribuir al conocimiento de ese gran país.

Mientras los europeos van a Estados Unidos, disfrutan de su estancia allí y luego despotrican contra el país, para el ciudadano soviético el asunto es bien distinto:

No estamos hablando del estreno de una obra, y nosotros no somos críticos teatrales [...] ¿Qué se puede decir de Estados Unidos, ese

país que al mismo tiempo asusta y entusiasma, despierta compasión y proporciona ejemplos dignos de admiración, ese país rico, pobre, tan dotado para algunas cosas y tan negado para otras?[2]

La manera en que los autores se esforzaron por dar una respuesta a esa pregunta puede inferirse del hecho de que Iliá Ilf, a pesar de estar gravemente enfermo, llegó hasta el final del viaje.

EL VIAJE A ESTADOS UNIDOS DE ILIÁ ILF Y EVGENI PETROV

El viaje del 29 de octubre de 1935 al 13 de enero de 1936 los llevó de un extremo al otro de Estados Unidos; atravesaron en su Ford veinticinco estados federales, pararon en decenas de ciudades y hablaron con centenares de personas. Midieron Estados Unidos en un sentido geográfico, social y cultural. La ruta los llevó de Nueva York a Buffalo, a Cleveland, a Dearborn y a Detroit, de allí a Chicago y al Medio Oeste, a Santa Fe y al Gran Cañón, y luego continuaron el viaje hasta San Francisco y Los Ángeles. El viaje de regreso los condujo a través de El Paso, Nueva Orleans, Charleston y Washington D.C. Fue un viaje a través de un mundo de contrastes extremos: vieron la silla eléctrica en la prisión de Sing-Sing y estuvieron presentes en una conferencia de prensa de Franklin Delano Roosevelt en la Casa Blanca; en Dearborn se encontraron con Henry Ford, que criticó Wall Street, y admiraron el Empire State Building y las tiendas en las reservas de los indios navajos. Conocieron—acompañados generosa y eficientemente por un ingeniero oriundo de Lituania—los entornos más dispares: los intelectuales de Nueva York y los sin techo, los ingenieros de la General Motors y los cantantes y bailarines negros. Casi en todas partes adonde llegaron se encontraron con personas conocidas o con estadounidenses que tenían sus raíces en la Rusia prerrevolucionaria, individuos que habían huido de los pogromos y habían adoptado la ciudadanía

estadounidense. Casi por doquier se encontraron con un fuerte interés, incluso simpatía, por la nueva Rusia, también entre personas que habían visto Rusia con sus propios ojos, como Theodor Dreiser, por ejemplo. En Estados Unidos, los autores no eran desconocidos: sus libros habían sido traducidos y tenían un éxito extraordinario, y eran sólo dos de los muchos soviéticos que visitaron Estados Unidos durante esos años. Los llevaron de una conferencia a otra, de un salón a otro. Y así conocieron sobre todo los Estados Unidos liberales y de izquierdas. Su ruta llevaba a través de las obras en construcción de la nueva América: el Rockefeller Center con su Radio City Music Hall, en Nueva York; las fábricas de automóviles de la General Motors en Dearborn, cerca de Detroit; la presa Hoover en el río Colorado, en el desierto de Nevada, y el puente del Golden Gate en San Francisco, que entonces se encontraba en construcción y fue inaugurado en 1937 («un milagro de la técnica»).[3] Pasaron muchos días visitando la fábrica de sueños de Hollywood. Pero ellos no habían ido a Estados Unidos únicamente para recorrer sus lugares de interés. Su objetivo declarado era descubrir «la otra América», los Estados Unidos situados al otro lado de la silueta de rascacielos de Manhattan. Resulta asombroso ver lo conscientes de su objetivo que eran y lo bien que se movieron por el Nuevo Mundo:

> Para alguien que vive en la Unión Soviética, la palabra *América* está ligada a ciertas asociaciones bastante precisas y fantasiosas; para esta persona el país de los rascacielos, del metro y del tren elevado, cuyo rumor se oye día y noche, del ruido infernal de los automóviles y de los gritos ininterrumpidos y desesperados de los agentes de bolsa, que vocean entre los rascacielos el curso de las acciones. Nosotros queremos cambiar esa imagen.

Los dos escritores soviéticos se interesan por otra América, los Estados Unidos que están más allá de Manhattan y de Nueva York:

En su mayor parte, Estados Unidos es un país de casas de una o dos plantas. Ésa es la primera condición absoluta que ustedes, camaradas, tienen que aceptar si quieren ver ese rostro cargado de energía, sonriente y, al mismo tiempo, demasiado dulzón e hipersensible de Estados Unidos.[4]

Ilf y Petrov son observadores precisos. Como demuestra la serie publicada en *Ogoniok*, titulada *Fotos americanas*, no son sólo escritores, sino también fotógrafos. Aunque no eran profesionales de la fotografía y sólo llevaban consigo una Leica, lo que ellos fijaron con su ojo fotográfico estaba a la altura del arte de la fotografía de la época. Tenían un olfato para los *common places* de la civilización estadounidense que se sumaba a un don de observación agudo y extraordinario. Por tal razón consiguen llevar a casa un fotorreportaje de estilo casi clásico. Su mirada se fija en lo característico, en imágenes, tópicos, símbolos en los que se reconoce todo Estados Unidos. Dichos tópicos son: la *highway*, la gasolinera, el centro comercial, la *Main Street*, los grandiosos desiertos y paisajes montañosos del Oeste, la calle Broadway iluminada de noche, las palmeras de la avenida Sunset Boulevard en Hollywood, coches y más coches, la infinita variedad de fisonomías del llamado *melting pot*, los negros vestidos de forma correctísima en los guetos, la vista desde la habitación del hotel en Nueva York hacia el *midtown* de Manhattan, la arena del Madison Square Garden, las ensordecedoras sirenas de los coches de bomberos y de la policía de Nueva York. En sus textos se pone de relieve claramente qué es lo que les causa mayor impresión. No son las maravillas del mundo estadounidense, sino el funcionamiento nada espectacular y discreto de la sociedad. A pesar de todos los contrastes observados entre ricos y pobres, entre el lujo y la miseria, entre la apariencia y la realidad, quedaron fascinados por Estados Unidos. El tema del libro, en el fondo, es el *American way of life*: «Las carreteras constituyen

uno de los fenómenos más característicos de la vida estadounidense. Y decimos bien de la vida, no sólo de la técnica».[5] La *highway* representa la existencia de una infraestructura que abre todo ese gran espacio. Las gasolineras, los moteles, los carteles, las normas de tráfico son símbolos de una vida móvil bien establecida. Admiran las cualidades de los estadounidenses:

> Son unos trabajadores excelentes, unos «manitas». Nuestros ingenieros dicen que es un verdadero placer trabajar con ellos. Son precisos y escrupulosos, y al mismo tiempo nada pedantes. Cumplen su palabra y creen en la palabra ajena. Siempre están dispuestos a ayudar a los demás. Son muy sociables, además de buenos compañeros. Pero carecen de un rasgo muy recomendable: la curiosidad.[6]

Los dos periodistas están fascinados por el estadounidense medio:

> No estamos hablando de trabajadores con ideas avanzadas ni de intelectuales de corte progresista, sino del llamado americano medio, principal consumidor y elector. Es una persona bastante simple, partidario a ultranza de la democracia. Sabe trabajar y trabaja mucho. Ama a su mujer y a sus hijos. Escucha la radio, va con frecuencia al cine y apenas lee un libro. Además, siente un enorme respeto por el dinero.[7]

La industria del cine es, en opinión de los autores, el centro de la vulgaridad y de la vulgarización que amenaza con destruir los asombrosos logros de la cultura estadounidense: la escuela, las universidades, el teatro.[8] Un fenómeno esencialmente estadounidense son los omnipresentes anuncios, a veces incluso en forma de franjas condensadas en el cielo. No sólo lo acompañan a uno a todas partes, sino que son casi una especie de instrucción sobre cómo vivir.[9] Se sienten

consternados por el derroche lumínico de Broadway, con cuya energía podría suministrarse luz eléctrica a países enteros como Estonia o Bulgaria. Sin embargo, se sienten impresionados por el nivel de confort y de consumo que encuentran por todas partes. Les asombra el servicio del ascensor, las habitaciones de hotel decoradas de modo funcional; se ha pensado en todo: agua fría y caliente, ducha, papel para cartas, bolsas para la ropa sucia, formularios para telegramas. En las mesas de las cafeterías y bares hay todo el tiempo un surtido de salsas, sal, pimienta y azúcar. El curso de las cosas ha sido pensado de antemano y está muy bien organizado, es práctico. El mercado reacciona de inmediato y satisface los más sutiles matices de las necesidades de los clientes. Hay todo un capítulo dedicado a los viajes por las carreteras estadounidenses, las *highways*, y otro capítulo sobre el servicio gratuito en las gasolineras. Todo tiene que ser práctico, funcional y fiable. Los estadounidenses piensan de forma concreta, formulan preguntas precisas, piensan en función de los negocios. Cuando compran una aspiradora o una nevera, no desean sostener conversaciones abstractas, sino tener a mano datos y cifras.[10] Es preciso aprender de los estadounidenses:

El hombre de negocios norteamericano siempre tiene tiempo para hablar de lo suyo. Trabaja en su oficina en mangas de camisa, tranquilamente, sin armar ruido ni hacerse notar. Nunca llega tarde a ningún sitio, nunca se le ve apremiado. Y no tiene más que un teléfono. Jamás hace esperar a nadie en el recibidor, poque el *appointment* está fijado con absoluta precisión y la conversación nunca dura un minuto más de lo necesario. Se ocupa exclusivamente de sus negocios. Uno se pregunta cuándo asiste a reuniones. Es probable que casi nunca. Si un norteamericano, en el transcurso de una conversación, dice de pasada que hará algo, no es necesario recordárselo. Lo hará sin falta. Cumplir con la palabra dada, y hacerlo de manera eficaz, precisa, a cualquier precio: de todos los rasgos del hombre de negocios norteamericano, ése es en el que más debemos fijarnos.[11]

No resulta difícil darse cuenta de lo que los dos escritores querían decir realmente y a qué experiencias apunta esta alabanza de Estados Unidos: al fatigoso caos burocrático de la vida cotidiana soviética.

«SPECIAL RELATIONS»: AMERICANISMO SOVIÉTICO («SOVIETSKI AMERIKANIZM») Y «NEW DEAL»

Ilf y Petrov no fueron los únicos que viajaron a Estados Unidos en esos años. Hasta 1937, en determinados círculos fue más bien una moda hacer una visita a ese país para ver con los propios ojos el Nuevo Mundo, la otra civilización revolucionaria. Nueva York no era únicamente, como la denominaba todavía muy en serio Maksim Gorki, la «ciudad del diablo amarillo», del Mammón, sino la puerta a un mundo que era imprescindible conocer para la gente que deseaba hablar entre sí del futuro. Los soviéticos que visitan Estados Unidos en la primera mitad de la década de 1930 provienen de todos los ramos y profesiones.[12] Entre ellos encontramos al pintor Aleksandr Deineka, quien, como Ilf y Petrov, se concentra en los lugares comunes de la civilización estadounidense—*Main Street, gas station, skyscraper, highway*—para realizar una colección de imágenes de Estados Unidos.[13] Encontramos también a destacados arquitectos en cuyas manos estaba la reconstrucción de Moscú y los grandes proyectos constructivos de la misma, y que recorren Estados Unidos observándolo todo, visitando los proyectos más importantes, haciéndose llevar a las obras y realizando dibujos. Los arquitectos del Palacio de los Soviets hicieron en 1935 un viaje para informarse y aprender de los más modernos entre los modernos: del Rockefeller Center y el Radio City Music Hall, de sus rápidos ascensores, de las instalaciones de ventilación, de los materiales usados y de los sistemas de iluminación.[14] También vemos, a la inversa, cómo algunos destacados arquitectos estadounidenses siguen con gran atención lo que está su-

cediendo en la URSS en materia de arquitectura y de urbanismo. Algunos de ellos participaron en concursos—Hector Hamilton, por ejemplo, participó en el concurso convocado para la construcción del Palacio de los Soviets—; otros visitaron Moscú para hacerse una idea más precisa—Frank Lloyd Wright fue uno de los invitados extranjeros más destacados en el Primer Congreso Nacional de Arquitectos soviéticos en 1937—,[15] y, a su vez, algunos participaron con sus estudios de planificación en la construcción de las grandes fábricas de automóviles y tractores, como Albert Kahn y otros.[16] Particularmente animada, en lo que a viajes se refiere, fue la actividad de los ingenieros: fueron allí para visitar fábricas, para ver el montaje de las cintas transportadoras, la construcción de maquinarias y turbinas, las presas y las centrales eléctricas.

La mayoría de los ingenieros soviéticos visitaron probablemente el centro de la industria automovilística estadounidense: Detroit, Dearborn, la planta de River Rouge. El director de las fábricas de automóviles de Moscú, Iván Lijachov, visitó Detroit, y allí se reunió personalmente con Henry Ford. La empresa General Motors envió cuarenta técnicos de la planta de River Rouge a Nizhni Nóvgorod, donde se construyó la Fábrica de Automóviles Mólotov, mientras que unos ciento sesenta obreros soviéticos escogidos fueron enviados a Estados Unidos para un curso de aprendizaje.[17] De vez en cuando viajaban delegaciones de alto rango, por ejemplo, la del comisario del pueblo para la Industria Ligera, es decir, para la producción de bienes de consumo, Anastás Mikoián. A Mikoián le entusiasmaron los logros del ramo en Estados Unidos, en particular la industria de las conservas y la producción de *fast food*. En repetidas ocasiones se mencionaban los restaurantes *self service* y el servicio en los bares, cafeterías y restaurantes como un ejemplo, siendo alabados casi con un entusiasmo ferviente. En general, la racionalización de la industria de bienes de consumo—inclui-

dos los aparatos de cocina, las neveras, los muebles—y la orientación de la producción al consumo masivo era descrita como un ejemplo casi inalcanzable. Los *cornflakes* consiguieron introducirse en el mundo de la publicidad soviética y en el idioma ruso.[18]

También acudió la gente del cine, que visitaba los grandes estudios de la Metro Goldwyn Mayer, Walt Disney, Paramount Pictures, para aprender cómo levantar en el propio país una industria cinematográfica (una especie de California en Crimea y grandes estudios en las colinas Lenin de Moscú). La gente del cine soviético entraba y salía de Hollywood, e igualmente las películas estadounidenses, sus estrellas, alcanzaban gran popularidad en la URSS: en la década de 1920 eran Mary Pickford, Douglas Fairbanks y Charlie Chaplin, quien más tarde se convertiría casi en un mito para los espectadores soviéticos. En Estados Unidos se aprendía cómo se hacía una película y qué podía ser el entretenimiento de calidad. El perdurable efecto de ese conocimiento de Hollywood puede verse en todas partes en el cine soviético de la época. Ese conocimiento impregnó de color la creación de las tramas y los géneros—comedia musical, musical y revista musical—, fomentó el surgimiento de un culto soviético a las estrellas, cuyas grandes figuras parecían haberse convertido cada vez más en parientes de actrices como Joan Crawford, Marlene Dietrich o Greta Garbo.[19] Algunos, como el director Grigori Aleksándrov, se hicieron más estadounidenses que los propios estadounidenses:

Aleksándrov trabajaba diariamente con nosotros. Aunque había oído hablar de su admiración por Estados Unidos, me sorprendió cuán profundas huellas había dejado el gran continente en su forma de pensar, empezando por su vestimenta, pasando por su sonrisa estereotipada, hasta llegar a las detalladas descripciones que ofrecía de nuestras vivencias; todo expresaba un amor casi infantil y una veneración por Estados Unidos y por el modo de

vida estadounidense. Muy asombrados nos quedamos, por ejemplo, cuando, tras un ensayo, vimos que conocía todos nuestros nombres y apellidos. Más tarde nos enteramos de que había pedido a la dirección de la orquesta, antes del primer ensayo, una lista de todos los miembros, cuyos nombres había memorizado. Algo como eso era desconocido en la Unión Soviética; en Estados Unidos, como vi posteriormente, era una costumbre lógica entre hombres que ocupaban posiciones importantes.[20]

En lo que atañe a la música, era casi imposible pasar por alto la transferencia de bandas sonoras, de ritmos y formas de movimiento bajo el ropaje de la música estadounidense, y no sólo del jazz. Los grupos estadounidenses viajaban todavía a la Unión Soviética en la primera mitad de la década de 1930. La *Rhapsody in blue*, de George Gershwin, fue presentada en Leningrado en 1931 por Isaak Dunaievski.[21]

En cierto sentido, los soviéticos que viajaban a Estados Unidos podían sentirse como si estuvieran en casa a pesar de su manifiesta crítica al capitalismo. Dondequiera que llegaban se encontraban con conocidos, familiares, a menudo incluso con personas que conocían el idioma. Por todas partes veían en ese país de inmigrantes llamado Estados Unidos a ciudadanos cuyas raíces estaban en el territorio del antiguo Imperio ruso, a menudo gente oriunda de los *schtetln* del llamado distrito de los asentamientos. Por todas partes tropezaban con inmigrantes de la Polonia rusa, de Lituania, de Odesa, de San Petersburgo (por ejemplo, Max Factor, que era originalmente oriundo de Yelisavetgrad, o Rouben Mamoulian, el productor de Hollywood nacido en Armenia, que produjo, por ejemplo, *Porgy and Bess*). En los lugares más recónditos de provincias se encontraban con descendientes de personas oriundas del Imperio ruso. Y, aparte de eso, se movieron en la red de la intelectualidad progresista: Upton Sinclair, John Dos Passos, Ernest Hemingway, el traductor Charles Malamuth o el precursor del *New Deal*

de Roosevelt, Stuart Chase.[22] Estadounidenses y soviéticos coincidían también en su pasión común por los aviones. Los pilotos soviéticos que aterrizaron en California tras batir sus récords de vuelo encontraron en su viaje de regreso, durante las distintas escalas que hicieron a lo largo y ancho de Estados Unidos, a un público extraordinariamente entusiasta.

Esa red asombrosamente densa no había surgido de la noche a la mañana, sino que había ido creándose en la primera década postrevolucionaria, y en especial en la época del Primer Plan Quinquenal, es decir, entre 1929 y 1932.[23] Su intensidad se debía en esencia a la circunstancia de que no existía ningún tipo de obstáculo para las buenas relaciones entre Estados Unidos y la nueva Rusia. No había problemas territoriales, no había cuestiones de frontera o de minorías y tampoco había esa división entre vencedores y vencidos que tanto envenenó el ambiente en la Europa de la posguerra. El hecho de que las relaciones diplomáticas se establecieran en 1933 no había impedido a los dos Estados mantener relaciones beneficiosas para ambos. Los dos parecían sacar provecho del hecho de haber entrado en la escena europea, en cierto modo casi al mismo tiempo, como los *newcomer* revolucionarios: Estados Unidos con su entrada en la guerra en abril de 1917, y la nueva Rusia con la Revolución, primero en febrero, y luego en octubre del mismo año.

Ambos habían salido a escena con programas revolucionarios: el presidente Wilson con el Programa de los Catorce Puntos, la eliminación de la diplomacia secreta y un carácter democrático en esencia revolucionario en cuanto a la intromisión en los asuntos internos de otros Estados; Lenin, por su parte, con su declaración de guerra a las antiguas potencias europeas, con un derrotismo y un internacionalismo subversivo que no reconocía las fronteras nacionales. Lenin y Wilson eran, a los ojos de Europa, figuras que encarnaban la subversión, la revolución y el ascenso de las potencias no europeas en la política mundial. A ello se añadía, por parte de

Estados Unidos, una acción de ayuda en la época de la mayor crisis—la hambruna en la región del Volga tras la guerra civil—, una acción que sólo un país rico y generoso como Estados Unidos hubiera podido organizar. En ese intenso encuentro entre Estados Unidos y la Unión Soviética en la primera década postrevolucionaria había muchos puntos en común: la afinidad de los *newcomer*, la ausencia de problemas entre las dos naciones (tan característicos del espacio europeo), la tupida red de relaciones idiomáticas, culturales y también económicas tejida gracias a la inmigración hacia Estados Unidos. A finales de la década de 1920 se abrió paso una nueva constelación en la que las dos sociedades parecían estar, en cierto modo, a merced la una de la otra, y de la que creían sacar provecho mutuo: en 1929 la crisis económica mundial había sacudido con fuerza a Estados Unidos, hasta las raíces, y en ese momento pareció surgir una salida bastante obvia: un enorme mercado soviético interesado en la tecnología estadounidense y en su *know-how*, las necesidades de modernización de un país atrasado que había iniciado un proceso de industrialización forzosa. Dos mitades que parecían complementarse de un modo mutuamente beneficioso. En ese tiempo parecen alcanzar su cenit las relaciones entre las sociedades soviética y estadounidense. Estados Unidos se entusiasmó incluso con el plan. El sistema del *New Deal* debía ser la respuesta estadounidense a la anarquía y al caos de la economía capitalista. Algunos autores soviéticos que poetizaban los utópicos planes del país se convirtieron en autores de éxito en Estados Unidos.[24] Stuart Chase, el precursor de la idea del plan estadounidense, se convirtió en el visitadísimo interlocutor de los soviéticos que viajaban a Estados Unidos. La cúpula dirigente soviética quería aprender de Estados Unidos y fundir la «pasión bolchevique» con el «pragmatismo estadounidense»; Estados Unidos, por su parte, empezaba a mirar por primera vez a Rusia para aprender de ella.[25] El americanismo soviético—*sovietski amerikanizm*—ha sido carac-

terizado como una ideología compensatoria de un país atrasado y sumergido en un proceso de modernización.[26]

En 1929 dos mil quinientos estadounidenses visitaron la Unión Soviética; en 1930 fueron cinco mil, y en 1931 diez mil. La literatura sobre Rusia se cuadruplicó.[27] En el año 1931 mil técnicos e ingenieros estadounidenses estuvieron en la Unión Soviética, sobre todo en las fábricas de automóviles y tractores, y se convirtieron en figuras pioneras de la industrialización soviética: el coronel Hugh H. Cooper dirigió la construcción de la represa de *Dneprogués*;[28] John Calder fue el encargado de dirigir la construcción de las fábricas de tractores de Leningrado. Para muchos, el viaje a la Unión Soviética del Plan Quinquenal se convirtió en una segunda juventud, un viaje a una nueva *frontier*; y a ellos debemos hoy algunos de los mejores relatos de viaje sobre la Unión Soviética de entonces.[29]

Lo que estaba en juego aquí no era tanto una simpatía de izquierdas como la afinidad de los países y las sociedades: en los dos casos se trataba de países muy grandes que abarcaban grandes continentes; ambos eran—a pesar de las divisiones raciales en Estados Unidos—sociedades mestizas, más allá de las formaciones nacionales europeas; pero sobre todo ambas sociedades estaban inmersas en un proceso de resurgimiento, eran dinámicas, fluidas y estaban abiertas para hacer unas carreras que cortaban el aliento, y también para afrontar las caídas.[30] Ello trajo consigo que los estadounidenses y los soviéticos pudieran sentirse un poco como en casa cuando visitaban al otro. Eran los ciudadanos de un mundo que había dejado atrás a Europa, y ésta era la verdadera base de su entendimiento.[31]

«AMERICAN WAY OF LIFE» EN EL AÑO 1937

Ilf y Petrov terminaban su libro sobre Estados Unidos con este comentario: «Nos parece un país interesante para estu-

diarlo, pero no nos gustaría vivir en él».[32] Esto, sin duda, no había sido planteado por conformismo político, sino porque respondía a sus puntos de vista y a su sentir sobre la vida. Pero, además, ¡qué otra cosa hubiesen podido decir en su condición de celebrados autores ruso-soviéticos también fuera de su país! Se podrían encontrar otros desmarques parecidos. Y, sin embargo, les es inherente un elemento formal y de principio, mientras que en su descripción de la vida en Estados Unidos se nota lo perplejos, confusos y fascinados que están los autores. Y esto es válido sobre todo para aquellos aspectos que atañen a la organización práctica de la vida: la vida en un espacio pre-político, incluso una vida más acá de la política y del Estado. El Estado y la representación estatal apenas aparecen en esos relatos de viaje. El espacio de exploración es lo que más tarde se denominó la sociedad civil (*civil society*), y lo verdaderamente fascinante de su estancia en Estados Unidos fue el *American way of life*, esa organización racional y sensata de la vida. De ello forman parte tanto las vías de comunicación como la vida abarcable dentro de la *community*, la oferta de mercancías y la amabilidad como forma general del trato en los grandes almacenes, la dureza de la lucha por la existencia al igual que el milagro de la técnica. Es lo no espectacular, lo no sensacional, lo banal-práctico, aquello de lo que realmente no vale la pena hablar. Pero en el trasfondo de la experiencia soviética se trata de cosas insólitas: todo es asequible con dinero, no hay colas ni comercios para privilegiados; el hecho de que el cliente sea el rey no es un mero eslogan propagandístico, sino una condición del éxito comercial. Estados Unidos, que no tiene tiempo para deliberaciones, sesiones ni reuniones infinitas, se convierte en un patrón transparente para el estrafalario y desbordante «reunionismo» de la burocracia soviética. Y el hecho de que los autores pudieran asistir a una conferencia de prensa en la Casa Blanca, y que los periodistas, al final de la misma, se despidieran de Roosevelt con un «*Goodbye, Mr. President*», suena, en un

país donde los poderosos se rodean de una coraza de secretos y de agentes de seguridad, como una blasfemia.[33] Y esto es aún más insólito cuando se piensa que desde la aprobación de la llamada «Constitución de Stalin», y a raíz de los preparativos para las elecciones al Soviet Supremo, el espacio público estaba lleno de una retórica seudodemocrática.

Esta alabanza del carácter democrático estadounidense, de la cultura del consumo y el servicio, es decir, del *American way of life*, no se ha pasado por alto en la Moscú del año 1937. Junto a las críticas respetuosas y amables—Lev Nikulin dijo que el libro sobre América era «un libro bello, inteligente y divertido»; Alekséi Tolstói, por su parte, lo calificó de «asombrosamente maduro»—, hubo también algunas reseñas duras. En *Izvestia* del 21 de marzo de 1937, a los autores se les inculpó de que habían dejado de «comparar los resultados de los triunfos de la Revolución proletaria con la situación de los hermanos de clase en Estados Unidos».[34] En otra reseña se decía que, según los autores, los servicios eran el tren fundamental de la realidad estadounidense.[35] Sin embargo, tanto los reportajes como el libro sobre América fueron publicados y circularon por el país, y, por si fuera poco, también en grandes tiradas: como una especie de novela por entregas, como serie de reportajes, en forma de libro que no sólo fue publicado en el centro, sino también en Ivánovo, Smolensk y Jabárovsk.[36] Y es así como en el año del Gran Terror, cuando los vínculos personales con Estados Unidos podían ser un motivo de sospecha y denuncia, aparece al mismo tiempo un canto de alabanza al *American way of life* y, en pleno año de histéricas y asesinas campañas masivas, se entona un canto que alaba la democracia real en Estados Unidos.[37]

LA UTOPÍA COMO PRESENTE

Yevgueni Petrov sobrevivió a su colega Iliá Ilf sólo cinco años. Murió durante la guerra, en un vuelo de regreso a Moscú,

cuando su avión fue derribado por los alemanes. Pero dejó el manuscrito de una novela inacabada con el título de *Viaje al país del comunismo*, cuya trama tiene lugar en el año 1963 y que en muchos sentidos está impregnada por las impresiones recogidas en su viaje a Estados Unidos. El fragmento de esta novela sólo se publicó en la década de 1960, y trata de un viaje de unos estadounidenses a la URSS, sobre todo el de un periodista y un diplomático. El país, que el diplomático conocía de la década de 1930, está irreconocible después de varias décadas de impetuosa modernización. En cambio, reconocemos en la descripción del país del comunismo, en el año 1963, muchos rasgos de Estados Unidos, tal y como Ilf y Petrov los habían descrito en su libro de 1936. Ya sólo existía la vieja Moscú como museo. La nueva estación central subterránea es una conexión entre el metro de Moscú y la neoyorquina Grand Central Station. Todos los empleados hablan inglés. El equipaje es llevado directamente al hotel. Moscú está rodeada de cinco anillos de circunvalación. Limpian las calles con quitanieves, «como en Estados Unidos». El tren expreso con coche de vistas panorámicas y biblioteca ha sido copiado de los trenes intercontinentales estadounidenses. El paisaje que atraviesa a toda velocidad recuerda los suburbios de Estados Unidos, con bungalós de una sola planta, gasolineras y droguerías. Entretanto se ha creado un «Comisariado del Pueblo para el Servicio», cualquier producto puede pedirse por teléfono o por una *mail order* y es entregado con puntualidad a domicilio. La Unión Soviética se parece en muchas cosas a Estados Unidos antes de la guerra, pero con importantes diferencias: es como Nueva York, pero sin el Bronx ni Harlem; la capital se asemeja a Washington, pero no está afeada por la vecindad de los barrios marginales. Se ha adoptado el carácter democrático del sistema estadounidense, pero sin vulgaridad. Se ha aprendido del pragmatismo de los estadounidenses, pero está permitido ocuparse también de cosas más sublimes, como el arte, la filosofía o la es-

tética. Y una cosa más: en ningún momento del viaje los visitantes se tropiezan con una valla publicitaria, ¡la publicidad ha sido prohibida desde hace diez años! Y aunque toda Rusia le parece bastante estadounidense—o americanizada—, él percibe una diferencia fundamental: «Y una vez más pasó volando junto a nosotros un paisaje moderno de Rusia con algo estadounidense, o mejor dicho, nada estadounidense». Hay algo que irrita al viajero, que no puede dejar de hacer comparaciones con Estados Unidos:

> Voy a escribir todavía mucho sobre Estados Unidos y la Unión Soviética, en primer lugar porque lo veo todo con los ojos de un estadounidense, y en segundo, porque en mi opinión no hay nada más interesante que el tema de Estados Unidos y la Unión Sovietica. Sin embargo, en ese instante no me sorprendió tanto la diferencia basada en una diversidad de principio del orden social, sino algo externo, una diferencia asombrosamente clara, subrayada por un parentesco indudable que yo no podía comprender. ¿De qué se trataba? Todo estaba allí: el espacio, las distancias estadounidenses, la velocidad, las calles estadounidenses, y, por último, las pequeñas ciudades de provincia estadounidenses, atestadas de coches, y sus casas de una sola planta; y ése es justamente su aspecto. Sin embargo, yo no conseguía entender demasiado de dónde provenía aquella diferencia tan fundamental.

¡Era el vacío generado por la ausencia de anuncios! Sin embargo, ese vacío se llena cuando el tren se acerca a Moscú y se apaga la luz del tren para que los pasajeros puedan disfrutar de la vista de la ciudad. En el horizonte aparece el edificio del Palacio de los Soviets, con la estatua de Lenin descollando en el cielo.[38] Publicidad comercial frente a propaganda monumental: la diferencia de las formas de vida se ha restituido.

Aproximadamente por la misma época en que Yevgueni Petrov trabajaba en su libro *Viaje al país del comunismo*, los pensamientos de Nikolái Bujarin giraban en torno a Estados

Unidos. Preso desde febrero de 1937 en la Lubianka, estaba a la espera del proceso en su contra. Uno de los cerca de doscientos poemas que escribió en esa cárcel siendo prisionero de Stalin lleva por título *Rascacielos*, tal vez un recuerdo de los años que había pasado en el exilio estadounidense.[39] Y en la carta que dirigió a Stalin en diciembre, le pedía que, en caso de que le dejara vivir, sólo deseaba una cosa: ser desterrado a Estados Unidos.

«PORQUE NO HAY OTRO PAÍS SOBRE LA TIERRA...»: 1937 Y LA PRODUCCIÓN DEL ESPACIO SOVIÉTICO

EL SURGIMIENTO DE LA UNIÓN SOVIÉTICA A PARTIR DEL ESPÍRITU DE LA CANCIÓN DE MASAS, *713* — MOSCÚ: UNA MÁQUINA DE PRODUCCIÓN DE IMÁGENES, *715* — LABOR DE HOMOGENEIZACIÓN: DEPURACIÓN Y UNIDAD DEL PUEBLO SOVIÉTICO, *719*

La imagen de la Unión Soviética como una nueva patria se abrió paso hasta adentrarse también en las salas de los tribunales. Arkadi Rozengolts, antiguo comisario del pueblo para el Comercio Exterior, acusado en el tercer proceso de Moscú—donde fue condenado a muerte—, se despidió del mundo en sus palabras finales del 12 de marzo de 1938, y lo hizo citando la letra de una canción:

El dolor de la partida se hace más profundo por cuanto contamos ya con resultados totalmente reales de la construcción socialista. Por primera vez tenemos una vida, una vida llena de fuerza, de alegría y de colorido. Millones, decenas de millones de personas, niños y ciudadanos de la Unión Soviética, entre ellos también mis propios hijos, cantan esta canción: «Bella eres, mi amada tierra, porque no existe otro país sobre la Tierra donde el corazón del hombre lata con tanta libertad». Y esas palabras las repito ahora yo, el prisionero, las repito: porque no existe otro país sobre la Tierra donde haya tal entusiasmo por el trabajo, donde resuene una risa tan alegre y feliz, donde se cante y se baile con tanta libertad, donde reine un amor tan espléndido, y digo: «¡Adiós, mi querida patria!». Y desearía que se me creyera. No necesito nada, ni del tribunal ni de las personas, no quiero ni puedo decir una sola

palabra que no se corresponda con la verdad, cuando me dirija por última vez a los hombres.[1]

Esta referencia no es casual.

EL SURGIMIENTO DE LA UNIÓN SOVIÉTICA A PARTIR DEL ESPÍRITU DE LA CANCIÓN DE MASAS

Se ha calificado a *La canción de la patria*, del exitoso filme soviético *Circo*, como el verdadero himno nacional de la URSS. Con letra del poeta Vasili Lebedev-Kumach y música del compositor Isaak Dunaievski, era cantada con acompañamiento de coro por la estrella del cine soviético Liubov Orlova, y producida bajo la dirección del magistral realizador Grigori Aleksándrov; la canción se convirtió pronto en la melodía identificativa de una época o por lo menos de toda una generación.[2] Erich Weinert, emigrante en Moscú entre los años 1935 y 1937, encontró para *La canción de la patria* una traducción hermosa, si bien bastante libre en algunos pasajes, que reproduce el ritmo, el pathos y el sonido de la canción:

¡Patria, ningún enemigo puede hacerte peligrar!
Querida tierra que llevas nuestro amor.
¡Porque no existe otro país sobre la Tierra
donde el corazón del hombre lata con tanta libertad!
Desde el Amur hasta las playas lejanas del Danubio,
desde la taigá hasta el Cáucaso,
avanza el hombre libre en la vasta tierra
donde la vida es bienestar y goce.
De una fuerza enorme surgió nuestro país.
Poderoso como el Volga rumorea el mar.
Por doquier la senda libre para nuestros jóvenes,
por doquier protección y honra para nuestros ancianos...
Glorioso se nos presente el futuro.
Y, osados, un nuevo mundo erigimos.
Digámoslo orgullosos: camaradas,

sintamos los que nos mantiene unidos.
¡No más odio de las razas y naciones!
¡Derechos iguales para todo el que aquí construye!
En todas partes donde habitan nuestros pueblos,
la palabra camarada tiene su sonoridad y su fuerza.
¡Respirad hondo! El amanecer primaveral
de los pueblos brilla luminoso, ninguna nube lo enturbia.
Porque, liberado de la esclavitud y de las preocupaciones,
crece nuestro mundo, que ríe y ama feliz.
Pero amenazan los hostiles bandidos,
ahí estamos, alerta y dispuestos.
¡Este país protegeremos!
¡Nuestro corazón le pertenecerá siempre![3]

La canción retoma el sentimiento de las personas que vivían en un país sacudido por acontecimientos violentos y terribles, y debía darles la certeza de pertenecer a un gran colectivo, o más aún, de que juntos podían gobernar el futuro. Es una canción en un tono mayor optimista y de ritmo seguro. Alude al espacio en el que vive ese colectivo: un país vasto, infinito. El país tiene paisajes característicos: bosques, ríos, campos. Pero sólo se habla de un río (el Volga) y sólo de una ciudad (Moscú); sin embargo, la canción no habla de Rusia, sino de un «vasto país», un espacio supranacional, no nacionalista, no definido étnicamente. No se trata en la canción de un colectivo nacional, sino de un colectivo de naciones y, sobre todo, de generaciones de cuya colaboración conjunta debe surgir un mundo nuevo. Y no obstante, *La canción de la patria* representa el nacimiento de los soviéticos como ningún otro documento cultural. En el año 1937 a esto se le añadió otro documento: la «Constitución de Stalin», aprobada por el VIII Congreso de los Soviets en diciembre de 1936, y sobre cuya base se realizaron las elecciones al Soviet Supremo en diciembre de 1937. Ambas cosas juntas representan la producción de la «sovieticidad»: la canción de masas para la creación de un sentimiento emocional de pertenencia y la

campaña electoral para la creación de un singular patriotismo constitucional soviético. Pero incluso estas dos cosas no son más que elementos en el camino hacia un Estado que debía ser algo nuevo, algo más allá del viejo imperio y del Estado nacional tradicional: una Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Lo que sucedía en la popular *Canción de la patria*—la proyección de una patria llamada Unión Soviética—se repetía día a día millones de veces, en todos los géneros, en todos los medios y en todos los registros. Por eso Moscú es la capital, porque proporciona las imágenes que constituyen este nuevo espacio. Moscú es el punto en el que coinciden esas imágenes llegadas desde todos los rincones y lugares recónditos del infinito país y en el que esas imágenes son procesadas para convertirse en una imagen única.[4]

MOSCÚ: UNA MÁQUINA DE PRODUCCIÓN DE IMÁGENES

El poder mediático concentrado en Moscú es una máquina de síntesis y de homogenización.[5] Basta echar un vistazo al calendario cultural y de actos de la capital en ese año. El Imperio entero daba un espectáculo de invitados en los escenarios de la capital.[6] En las llamadas «décadas culturales» se presentaban las culturas de todos los pueblos de la URSS. En los escenarios moscovitas actuaban cantantes uzbekos y poetas; el anciano poeta kazajo Dzhambul Dzhabáiev se convirtió en una figura inmensa del mundo literario soviético. Conjuntos de música tadzhika o grupos de danza mostraban su arte en la capital. En el metro moscovita, los visitantes llegados desde Asia Central llamaban la atención con sus túnicas tan coloridas. En exposiciones, en los parques culturales y en la Plaza Roja los miembros de las tribus de las montañas caucásicas presentaban sus espectáculos con halcones. Moscú no sólo celebraba a Pushkin, sino también al

poeta de la epopeya nacional georgiana, Shotá Rustaveli, y a Tarás Shevchenko, el padre de la literatura nacional ucraniana. La gran exposición nacional de agricultura, planeada para el año 1937 pero inaugurada en realidad en 1939, era una URSS *en miniature* en un área expositiva enorme situada al noreste de la capital. Allí se encontraba expuesta toda la Commonwealth soviética, y se podía hacer un viaje a través de todas las zonas horarias, climáticas y económicas del Imperio: a través de los viñedos y las plantaciones de té de Georgia, de los campos de algodón de Uzbekistán y de Turkmenistán, la industria de azúcar de remolacha de Ucrania, de los campos de trigo de Kubán o de las granjas de visón de Siberia. En los cincuenta y dos pabellones del área de la exposición estaban representadas veintidós repúblicas individuales y territorios autónomos, en los cuales se debía expresar la singularidad nacional, el «espíritu» y la cultura de los pueblos que conformaban la URSS. Por todas partes los arquitectos se esforzaban por diseñar los pabellones en correspondencia con el estilo nacional (y en muchos casos esos trabajos, como, por ejemplo en el pabellón de Uzbekistán, marcaban el nacimiento de un moderno estilo nacional). La única república que no tenía un pabellón propio era Rusia, por lo cual tampoco tenía un edificio donde pudiera demostrarse lo que podría ser un estilo solamente para algunas regiones individuales: nacional específicamente ruso. Rusia estaba representada en la región del Volga, por ejemplo, en Leningrado, en los territorios de Moscú, Riazán y Tula, y, obviamente, en los «pabellones temáticos» como el dedicado a la «mecanización» o a los «koljoses».[7] Los visitantes de una u otra exposición aprendían de ese modo no sólo los nuevos símbolos del Estado, los escudos de las distintas repúblicas y los rasgos de la escritura de idiomas para ellos desconocidos, sino que experimentaban algo sobre el «país y su gente».[8]

El hecho de que la Unión Soviética fuera un «Estado de

naciones» y no un imperio en el sentido antiguo, ni un Estado nacional en el sentido moderno, se ponía de manifiesto a cada instante. La prensa masiva celebraba a los héroes del trabajo y a las campesinas ejemplares de los koljoses; esas mujeres podían llevar nombres ucranianos, armenios, rusos, uzbekos o judíos. Cada desfile en la Plaza Roja, cualquier fiesta de gran envergadura se convertía en una marcha multiétnica (y sin ningún asomo de exotismo o de extranjerismo, sin diferenciarse mucho en esto de los desfiles y rituales estatales de la última fase del imperio zarista).

Semana tras semana se enviaban imágenes que partían hacia todo el país: en periódicos y revistas, en las crónicas del cine y en las películas de entretenimiento. La URSS aparecía como un continente propio, con playas soleadas en el sur, paisajes de alta montaña, estepas y vastas llanuras de nieve y hielo. El país era infinitamente grande, pero la tecnología hacía posible superar y vencer las distancias. Hasta el punto más distante era alcanzable. Atravesar el país de un lado a otro y la eliminación de territorios ignotos eran temas habituales de los reportajes deportivos y de viajes. Algunos *rallies* de coches iban desde Moscú hasta Simferópol o Taskent. Se hablaba de maratones de esquí que habían recorrido toda la Rusia europea, y de carreras de coches que iban desde Leningrado hasta la cordillera del Pamir o hasta Irkutsk. Surgía de ese modo una nueva noción del espacio. El avión, finalmente, hacía posible llegar a cualquier punto, primero sólo para los pioneros de la aeronáutica, pero luego también para los vuelos regulares de transporte y de pasajeros. La URSS era sostenida en su cohesión por una red de rutas de vuelo que atravesaban el espacio con facilidad. La naturaleza, tan hostil a veces en muchas regiones, era domeñada, el mapa de la URSS quedaba dibujado de nuevo. El mapa del antiguo Imperio ruso, presentado como *tabula rasa*, se llenaba con símbolos cartográficos nuevos y coloridos: mostrando recursos naturales, instalaciones mineras e industriales, nuevas ciu-

dades, canales y líneas ferroviarias. De ese modo, un paisaje marcado por el vacío se convirtió en un paisaje de riqueza y de insospechadas perspectivas. No había en él obstáculos insuperables: ni montañas que no se pudieran escalar, ni ríos imposibles de domar, que no pudieran embalsarse o incluso ser encauzados hacia un nuevo lecho.[9] De un espacio inconmensurable surgió un territorio abarcable. ¡Rusia, tras siglos de falta de caminos, se había vuelto transitable y accesible! De los infinitos e impenetrables bosques se obtenía madera, el llamado «oro blanco». En ese mapa aparecían nuevos nombres, de los cuales, en un principio, sólo eran conocidos los que no resultaban aptos para la vida humana: Magadán, Vorkutá, Kotlas, Dudinka.[10] Se trataba de espacios que habían sido poblados a la fuerza en el transcurso de los últimos años, lugar de estancia forzosa para centenares de miles de personas. El Gulag, por ejemplo, los campos de trabajos forzados, de los cuales dependían muchos de los grandes proyectos constructivos de la época de Stalin, no dejó ninguna huella en los mapas de acceso público del territorio. Muchas zonas de un territorio despoblado de cara al exterior eran en realidad habitadas por prisioneros. El territorio había sido «conquistado» y domesticado por esos ambiciosos proyectos constructivos. Pero los espacios habitados por prisioneros eran secretos, no estaban reflejados en los mapas, eran «inaccesibles».[11] Se ganaban a la naturaleza más hostil nuevos puntos de partida, incluso entre los hielos eternos. Los universos de imágenes de los periódicos y publicaciones soviéticos—*SSSR na stroike* (la revista que aparecía en cuatro idiomas, también en alemán: *La URSS en construcción*), *Ogoniok*, *Vokrug sveta* y otras[12]—eran exploraciones en un vasto país, emprendidas con trineos tirados por renos, con automóviles, a lomos de camello, en tren, pero preferiblemente y cada vez más a bordo de un avión. La mirada desde una aeronave era la única que permitía ver el vasto país en todo su conjunto. El avión era el gran anulador del espacio, el que

lo dominaba, su domador *par excellence*.[13] En ese mundo de imágenes había también un límite y un mundo—casi siempre hostil—más allá de los límites. El guardafronteras con su perro, casi siempre un perro pastor, es una de las figuras centrales de esa época (en la exposición nacional también había un pabellón dedicado a la cría de perros); eran hombres que vivían en solitario durante meses, como el trampero en las películas del Oeste, en bosques, en montañas o en costas, y todo para proteger al país de enemigos intrusos.[14] En los relatos que llegaban del extranjero o los que se escribían sobre él, resultaba interesante ver, sobre todo, cuánto destacaba la URSS de los demás países, de qué manera tan positiva, y había que ver también cómo se hablaba de los «logros soviéticos». En esas exploraciones etnográficas y geográficas el país parecía presentarse a sí mismo.[15]

LABOR DE HOMOGENEIZACIÓN: DEPURACIÓN Y UNIDAD DEL PUEBLO SOVIÉTICO

Por supuesto que lo que importaba en primer lugar no era la representación de lo que realmente era, sino de lo que debía ser. Lo que ocurría en Moscú se repetía también en muchos lugares. Por todas partes se veían duplicados, multiplicaciones del modelo de Moscú. En las capitales de las distintas repúblicas surgían nuevos edificios para la Administración y el Gobierno, a menudo complejos constructivistas de color blanco o edificios solitarios monumentales en el centro de los cascos históricos de las ciudades. Así, vemos surgir en la Unión Soviética muchas capitales con nuevos rostros: Almá-Atá, Bakú, Ereván, Járkov, Kiev, Minsk. De paisajes vírgenes, en los que hasta entonces sólo se habían atrevido a entrar cazadores de pieles o geólogos, surgían ahora paisajes industriales con siluetas muy características: altos hornos, galerías mineras, naves fabriles. Los campos de los koljoses eran infinitos y se perdían en el horizonte, y la única

referencia para la mirada era la cosechadora o el ejército de tractores que avanzaban hacia el observador. Surgió así un mapa de la modernización en el que se había eliminado el rastro de la destrucción. Se expandió un nuevo prototipo de ciudad y de zona residencial: con colonias obreras y de ingenieros, escuelas, baños públicos, centros comerciales, instalaciones deportivas, parques deportivos, culturales y recreativos. Eran omnipresentes los diagramas y las estadísticas con las cifras de producción, con los números de las tiradas más grandes, las cifras de los graduados de las univesidades técnicas o de los autobuses empleados en el transporte de una ciudad. La máquina de producir imágenes llamada Moscú era, al mismo tiempo, una maquina unificadora y homogeneizadora. Creaba modas y tendencias, desde los interiores hasta los vestidos. Establecía estándares y presentaba formas de comportamiento. Pero, sobre todo, marcaba la tonalidad y el lenguaje. Formulaba las señales y las palabras clave que se entendían en todo el país y que se habían vuelto tan importantes para sobrevivir. En un país que hablaba tantos idiomas distintos, que se extendía no solamente a lo largo de varias zonas horarias, sino cuyas regiones individuales y zonas mantenían por naturaleza su propio ritmo y «funcionaban» de manera cerrada, constituía un reto extremo para la elite política—con independencia del color que fuera o de la procedencia que tuviera—encontrar un lenguaje común, vivir a un ritmo común y pertenecer a una patria horaria común. En ninguna parte era tan urgente la creación de un tiempo unitario, en ninguna parte era tan fuerte el anhelo de una patria como en este país tan imponente por su extensión geográfica, tan sacudido por los acontecimientos históricos; asimismo, en ninguna otra parte ese anhelo podía vincularse de un modo tan evidente a la imposición totalitaria de una unidad forzada desde arriba.[16]

Casi todos los eventos importantes de 1937 tuvieron una dimensión nacional. En los procesos públicos, toda la Unión

Soviética había sido el escenario de conspiraciones y redes terroristas. Durante los homenajes a Pushkin, de lo que se trataba era de convertir a un poeta ruso en un escritor soviético, razón por la cual se les puso su nombre, en todo el imperio, a calles, plazas, teatros y escuelas. El día del censo, toda la población del país, desde Negoréloie, en la frontera occidental, hasta Vladivostok, en el Pacífico, se paralizó durante veinticuatro horas para ser empadronada. A través de la radio, todo el país se convirtió en una caja de resonancia de los grandes acontecimientos: desde los procesos públicos hasta la transmisión de los desfiles en la Plaza Roja, desde el tañido de campanas de la torre Spásskaia hasta la señal de fin de transmisiones de la emisora moscovita. Cualquier acontecimiento sobre el que se informara—el estreno de la película *Pedro I* o el aniversario de la muerte del «filósofo materialista» alemán Ludwig Feuerbach—siempre era algo más que una simple noticia. Con ella se transmitían también mensajes sobre estándares comunes, iconografías y normativas del lenguaje. Los apretados calendarios de citas y celebraciones de los años 1937 y 1938 no eran tanto un homenaje al pasado, a los «grandes» de la cultura, en especial de la rusa, sino que más bien servían para crear un canon, un horizonte temporal común y un espacio cultural idéntico. De lo que se trataba era nada menos que de la elaboración forzada de una identidad soviética, de la «sovieticidad».[17]

Para ese período de tránsito hacia una URSS como una *imagined community* y hacia un hombre soviético como un arquetipo transnacional, que por lo menos no estuviera definido étnicamente, el año 1937 desempeña un papel muy importante. Más aún que las celebraciones nacionales por el vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre, el efecto lo tuvo el proceso de las elecciones. Entre la aprobación de la nueva Constitución en diciembre de 1936 y las elecciones de diciembre de 1937 quedaba todo un año de movilización ininterrumpida, una serie constante de procesos de debate,

electorales y demás, que tenían que ver con la Constitución y con las campañas asociadas a las elecciones. En junio de 1936 ya estaba listo el borrador de la Constitución elaborado por una comisión de alto rango, y ésta pasó entonces al debate público. Durante todo el verano aparecieron artículos y tomas de posición al respecto. Miles y miles de enmiendas, cartas y propuestas se enviaron a la comisión constitucional y se supone que más de cincuenta millones de personas participaron en el debate, en medio millón de actos.[18] No cabe duda de que tales discusiones y enmiendas decían algo sobre el estado de ánimo reinante en el país. En su discurso sobre el borrador de la constitución en el VIII Congreso Extraordinario de los Soviets, Stalin se refirió a las reacciones de la población. En el verano de 1937 se iniciaron los preparativos para las elecciones después de la nueva Constitución, que debía considerar la nueva estructura de clases, radicalmente cambiada, dentro de la URSS: fueron eliminadas todas las discriminaciones de la antigua Carta Magna, se debía poner fin a los privilegios de los obreros frente a los campesinos (los trabajadores tenían en la antigua constitución más votos que los habitantes del campo), la población en edad de votar debía presentar sus candidatos según su propio criterio. Y en esa línea directriz expresada en el Pleno del Comité Central en febrero y marzo de 1937 se mantuvo todo hasta octubre de 1937, a pesar de las advertencias de los dirigentes partidistas locales y regionales que temían unas «elecciones generales, libres y secretas» y amenazaron al centro con que esas elecciones pudieran ser mal utilizadas por «elementos antisoviéticos» y con que el proceso electoral pudiera salirse de control. Sólo en el último instante—en el Pleno del Comité Central de principios de octubre—se produjo un giro radical del asunto: la dirección del Partido, a la luz de la supuesta «afinidad ideológica entre los miembros del Partido y los que no pertenecen a él», acordó que debía abandonarse la idea de una pluralidad de candidatos en fa-

vor de una lista única integrada por candidatos tanto militantes como no afiliados. El peligro inherente a unas elecciones verdaderamente libres y secretas quedó conjurado en el último momento con la presentación de una lista común negociada con antelación, de un bloque conformado por los militantes y los no afiliados.[19] Fuera lo que fuese lo que se simuló en esta campaña a gran escala para las elecciones soviéticas, la propaganda de la nueva Constitución del país y la realización práctica de las elecciones no carecían de importancia. Como parte de esa realización práctica estaban la división del país en distritos electorales, la creación de un aparato correspondiente que funcionase a fin de llevar a cabo todo el proceso electoral, la organización y el manejo de los acuerdos sobre los candidatos—junto con sus currículos, sus méritos y sus fallos—, así como la elección misma. Dicho proceso abarcó a todo el país, y el resultado —el Soviet Supremo y sus diputados en la Cámara Nacional y en las demás cámaras nacionales—reflejaba lo esperado de manera consciente por el Partido Comunista, esa representatividad abarcable desde el punto de vista estadístico en la que «el pueblo soviético» debía verse identificado. La campaña electoral fue introducida como vehículo para el anclaje de un singular patriotismo soviético, transmitido por supuesto por la Constitución.

El reverso de esa permanente movilización general fueron las operaciones de masas que corrieron paralelamente a los preparativos de las elecciones y en cuyo transcurso fueron arrestadas un millón y medio de personas, unas setecientas mil de las cuales fueron asesinadas por «antisoviéticas» y por ser elementos «ajenos».[20] La ficción de unas «elecciones libres, generales y secretas» y la purga de la sociedad eran las dos caras del mismo proceso, la fabricación de la «unidad del pueblo soviético». No importaba tanto que hubiera unas elecciones democráticas, como crear un sentimiento—aunque fuera difuso—de comunidad y de pertenencia, sin el cual

no puede arreglárselas ningún colectivo de tales dimensiones. Cuán frágil era ese sentimiento nos lo muestra, como ninguna otra cosa, el asesinato fuera de las urnas electorales.

EL CAMPO DE TIRO DE BÚTOVO: TOPOGRAFÍA DEL GRAN TERROR

BÚSQUEDA DE RASTROS: ARQUEOLOGÍA DEL CEMENTERIO, *728* —ASESINATOS EN MASA EN LAS AFUERAS DE LA CIUDAD, *736* — SOCIOLOGÍA DE LA TUMBA COLECTIVA, *743* — ASESINATOS POR CUOTAS: LA ORDEN NÚMERO 00447, *753* — GUERRA MUNDIAL, GUERRA CIVIL, *772*

El campo de tiro de Bútovo, situado en las afueras de Moscú, fue un escenario fundamental del Gran Terror de los años 1937 y 1938. Las primeras noventa y una víctimas fueron transportadas desde varias prisiones de Moscú al campo de tiro el día 8 de agosto de 1937, y las últimas cincuenta y dos el día 19 de octubre de 1938. En los primeros quince meses transcurridos entre esas dos fechas perdieron allí la vida, según datos fiables, 20 761 personas.[1] Casi a diario tenían lugar en Bútovo ejecuciones en masa, un día más, otro día menos. Del *Bútovski poligon* formaban parte también otros «enclaves especiales», y Bútovo era únicamente uno de los tantos sitios de ejecución en el territorio de la ciudad de Moscú y sus alrededores. Fue el punto final en la vida de miles de personas, de las cuales apenas había alguien que supiera por qué había sido detenido, condenado y ejecutado. Los hombres y mujeres cuyos cuerpos, tras el disparo en la nuca, caían en las fosas recién abiertas—tapadas luego por una excavadora de la marca Komsomolez adquirida a ese efecto—[2] procedían de todos los estratos sociales, de todas las regiones de la URSS, eran ciudadanos de numerosos países extranjeros y representaban todas las confesiones religiosas. Entre los

asesinados había miembros de la vieja elite prerrevolucionaria y miembros de la vieja guardia bolchevique. Fue enterrada tanto gente anónima como personalidades otrora prominentes: generales, deportistas, pilotos, artistas. Bútovo se convirtió en una fosa común para millares de personas que sólo fueron fusiladas por pertenecer a una determinada nacionalidad. Y muchos encontraron allí la muerte aunque no pertenecían a ninguna de la categorías buscadas, expuestas a la persecución, sino tan sólo por el hecho de que el cupo de las personas entregadas a la muerte por parte de las organizaciones del terror de Estado no se había cumplido. Bastaba con estar en el lugar equivocado en el momento equivocado para caer bajo el engranaje del Gran Terror. Las cifras de las ejecuciones documentadas en Bútovo entre agosto de 1937 y octubre de 1938 son éstas:

Agosto de 1937: 1296
Septiembre de 1937: 3165
Octubre de 1937: 2045
Noviembre de 1937: 1743
Diciembre de 1937: 2376
Enero de 1938: 546
Febrero de 1938: 2326
Marzo de 1938: 2335
Abril de 1938: 882
Mayo de 1938: 1346
Junio de 1938: 1169
Julio de 1938: 510
Agosto de 1938: 780
Septiembre de 1938: 119
Octubre de 1938: 126

El 21 de septiembre de 1937 fueron asesinadas 429 personas; el 8 de diciembre de 1937, 474; el 17 de febrero de 1938, 502; el 28 de febrero de 1938, 562: ésos fueron los peo-

	1937					1938									
Nº.	Ago.	Sept.	Oct.	Nov.	Dic.	Ene.	Feb.	Mar.	Abr.	May.	Jun.	Jul.	Ago.	Sep.	Oct.
1		–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	162	–	–	–
2	–	111	–	–	210	132	–	–	–	–	–	1	–	–	74
3	–	146	233	230	133	–	258	–	–	–	115	–	120	–	–
4	–	205	–	–	311	–	–	–	–	–	136	160	–	–	–
5	–	281	166	123	–	–	247	–	275	–	–	–	–	–	–
6	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–
7	–	–	–	–	–	–	–	313	253	–	113	–	–	–	–
8	91	126	173	–	474	34	–	365	–	–	–	–	–	–	–
9	115	342	144	–	159	–	–	–	–	–	–	–	122	–	–
10	–	80	–	–	243	–	–	198	–	–	124	119	114	119	–
11	4	–	61	–	127	–	–	–	210	–	–	–	–	–	–
12	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–
13	–	–	147	186	–	–	–	–	–	–	–	–	117	–	–
14	–	164	111	–	–	–	–	354	66	–	118	–	–	–	–
15	194	–	–	–	137	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–
16	–	219	–	355	–	–	–	320	–	154	105	–	123	–	–
17	136	119	128	–	–	–	502	–	–	172	–	–	–	–	–
18	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–
19	–	–	–	190	154	66	–	–	–	–	–	–	–	–	52
20	134	–	–	–	–	–	–	233	–	–	160	–	116	–	–
21	89	429	347	275	–	–	370	–	–	–	–	–	–	–	–
22	–	8	–	–	62	–	–	325	–	–	130	–	–	–	–
23	205	369	–	–	–	–	–	–	–	–	25	–	–	–	–
24	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–
25	–	–	251	225	119	–	–	227	–	–	–	–	–	–	–
26	–	294	–	–	–	–	387	–	–	216	2	68	–	–	–
27	–	272	–	159	–	–	–	–	78	162	141	–	68	–	–
28	168	–	–	–	–	–	562	–	–	230	–	–	–	–	–
29	–	–	–	–	247	–	–	–	–	262	–	–	–	–	–
30	160	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–
31	–	–	284	–	–	314	–	–	–	150	–	–	–	–	–
Muertos	1296	3165	2045	1743	2376	546	2326	2335	882	1346	1169	510	780	119	126

res días.[3] El 26 de junio de 1938 fueron asesinadas dos personas, y el 2 de julio de 1938, sólo una. La mayor parte del tiempo hubo en Bútovo entre cien y ciento sesenta ejecuciones diarias.

El abrupto incremento y el no menos abrupto retroceso de las ejecuciones masivas, el escenario y la manera de proceder en Bútovo son representativos de lo que estaba sucediendo en todo el país entre julio de 1937 y noviembre de 1938: el despliegue del Gran Terror, del que fueron víctimas—en los quince meses que duró la puesta en marcha de las «operaciones masivas» entre julio de 1937 y la destitución de Yezhov en noviembre de 1938—casi un millón y medio de personas, de las cuales aproximadamente setecientas mil fueron asesinadas. El campo de tiro de Bútovo, que antes de la Revolución había sido una localidad de dachas con un criadero de caballos perteneciente a los Simin (una conocida familia de mecenas moscovitas amantes de la música), se convirtió en el escenario del Gran Terror a escala capitalina.[4]

BÚSQUEDA DE RASTROS: ARQUEOLOGÍA DEL CEMENTERIO

A diferencia de los procesos públicos de Moscú, que dominaron la percepción pública de la «Gran Purga», los escenarios del Gran Terror permanecieron bajo un halo de sombra hasta el final de la Unión Soviética. Durante más de medio siglo el campo de tiro de Bútovo fue un lugar del que no se hablaba. En Bútovo se suspendieron los fusilamientos hacia finales de 1938, mientras que otros enclaves, situados en las inmediaciones—Sujánovka, Kommunarka—, continuaron funcionando. En los terrenos de Bútovo se realizaron durante un tiempo viajes de prueba del vehículo del modelo denominado SIS-110, destinado a Stalin. Durante la guerra, las barracas

allí situadas todavía se usaron como alojamiento de prisioneros de guerra. En la década de 1950 se le añadieron viviendas, escuelas y un centro de formación, así como un sanatorio del Ministerio del Interior (MVD), y un campamento de pioneros para hijos de los «chekistas». La valla alrededor de esos terrenos se renovaba cada cierto tiempo. Bútovo era una típica colonia de dachas moscovita, en la que circulaban ciertos rumores acerca de que allí había ocurrido algo especial, y en donde se encontraban a cada rato restos humanos.[5]

No obstante, fue preciso un gran esfuerzo para hallar el lugar exacto de las ejecuciones del Gran Terror y sacarlo a la luz. En ello desempeñaron un papel importante tanto las comisiones de rehabilitación como los arqueólogos.[6] Sin la colaboración de los activistas de la organización Memorial y del personal cooperativo del KGB no se hubiera encontrado el lugar. El camino para ello se abrió con el inicio de la *Perestroika*, cuando el Congreso de los Diputados del Pueblo, en octubre de 1988, y el Politburó del Partido Comunista de la URSS, en diciembre de 1988, sentaron, según el artículo 58, las premisas jurídicas para la rehabilitación de los condenados y pusieron a disposición recursos y mano de obra para iniciar ese costoso proceso y acelerarlo. En el año 1991 se creó un grupo especial de trabajo que encontró documentos que señalaban hacia determinados lugares de Moscú donde había fosas comunes: el hospital Yauza y los cementerios de Vagánovskoi y Donskói. Pero todavía a principios de la década de 1990 no se habían mencionado los nombres de Bútovo o de Kommunarka. Ni siquiera en los «registros de fusilados» (*rasstrélnye knigui*) encontrados en 1991 se hallaban indicios de los lugares, y los pocos que tenían que saberlo—los colaboradores del antiguo NKVD y luego del KGB—guardaron silencio. También para los empleados del KGB que participaron en las labores de búsqueda, la localización de los lugares de las ejecuciones suponía una labor bastante difícil. Sin embargo, finalmente apareció un colaborador del NKVD

moscovita que todavía estaba con vida, A. Sadovski, quien dio a la comisión de investigación una pista crucial. Cuando le presentaron los «registros de fusilados», este hombre declaró que el lugar de las ejecuciones era el *Bútovski poligon*.[7] Esa pista fue más tarde confirmada por habitantes de Bútovo y por antiguos chóferes del NKVD. De ese modo se llegó a la localización del otro lugar de ejecuciones: Kommunarka. En el año 1993 los terrenos quedaron abiertos para la visita de los familiares y para la comisión de investigación, y se erigió un primer monumento. Con el apoyo de algunas iniciativas ciudadanas y de la Iglesia ortodoxa se consiguió preservar el lugar y que éste no se llenara de nuevos edificios de viviendas.

Al mismo tiempo, junto con la documentación de los «registros de fusilados», se iniciaron también las investigaciones arqueológicas, las cuales, a fin de cuentas, proporcionarían la prueba definitiva. Arqueólogos, especialistas en mediciones electromagnéticas y de georradar, expertos en tejidos industriales, zapatos y medicina forense, antropólogos y expertos en balística empezaron las excavaciones en agosto de 1997. Pronto encontraron, a un metro y medio de profundidad, restos de ropa, de chaquetas de cuero, de botas de cuero y de fieltro, guantes arrojados a las fosas, fragmentos de botellas de cristal y restos humanos. En la primera parcela excavada se encontraron tres capas de cuerpos humanos y, como muestra un dibujo realizado por los arqueólogos, los cuerpos se habían ido fundiendo unos con otros a lo largo de las décadas: cuerpos de creyentes y ateos, de humildes campesinos y de obreros, de académicos y funcionarios del Partido, de ciudadanos soviéticos y de extranjeros. Algunos muertos mostraban orificios de bala en la nuca, balas de calibre de siete y ocho milímetros, con agujeros de salida en la parte delantera del cráneo. Algunos indicios apuntaban a que la víctima había sido tapada con tierra mientras estaba con vida. Las excavaciones aún no han acabado a día de hoy, cuando en la zona siguen en pie una iglesia y un monumento. La Iglesia ortodoxa

rememora cada año a los sacerdotes y creyentes asesinados en Bútovo y en toda Rusia, y, en colaboración con el Gobierno de la ciudad, ha transformado el *Bútovski poligon* en un monumento del que forman parte la iglesia de los «Santos Nuevos Mártires y Fieles Rusos», las obras de construcción y el parque de la antigua propiedad Drozhzhino-Bútovo, el cementerio del pueblo y algunos lagos.

Los terrenos, situados entre las salidas que se dirigen hacia el sur de las avenidas de Varsovia, de Simferópol y de Rastorguievski, de unos tres kilómetros cuadrados y rodeados de cercas, atalayas y barreras levadizas de la época de las llamadas operaciones masivas,[8] eran un lugar de ejecuciones en Moscú, uno más entre muchos. Al oeste de Bútovo estaban los terrenos de los sovjoses del NKVD, la Kommunarka, donde, desde el 2 de septiembre de 1937 hasta el primero de octubre de 1941, se enterró a 6500 ejecutados; en un principio se sospechaba que aquí estaba la tumba de unos diez mil o catorce mil asesinados. La Kommunarka, como la prisión de Sujánovka, era un lugar destinado a prisioneros prominentes y candidatos a la pena de muerte. Sólo doscientos habitantes de la llamada «Casa del Gobierno» fueron enterrados en la Kommunarka, así como algunos que habían residido en el Kremlin, como Nikolái Bujarin o Józef Unszlicht. En las fosas comunes de la Kommunarka yacen legendarios oficiales del Ejército Rojo, comandantes de la Armada, figuras cimeras del espionaje en el extranjero como Serguéi Efrón o el marido de Marina Tsvietáieva. Al principio se fusilaba y enterraba allí sobre todo a antiguos chekistas, como Yákov Peters o Martyn Lācis. En los terrenos de la Kommunarka están enterrados escritores como Borís Pilniak, Artiom Vesioly, y autores y colaboradores de más de cincuenta editoriales y redacciones de periódicos. En la Kommunarka yacen también unos pocos sacerdotes; sin embargo, llama la atención el elevado número de obreros y empleados ferroviarios. La Kommunarka se convirtió otra vez en un lugar de ejecuciones masivas al co-

mienzo del ataque de los alemanes a la URSS, en los días 27, 28 y 30 de julio de 1941. Entre otros, se encontraron allí las tumbas de las esposas de algunos militares fusilados ya en el año 1937, como Kork, Uborévich, Tujachevski y Gamárnik.

En las inmediaciones del *Bútovski poligon* se erigió a principios de 1939, en los muros del antiguo convento de Santa Catalina, la prisión secreta de Sujánovka. Uno de los primeros prisioneros de esa «dacha de la tortura», como se llamaba a la prisión, fue el propio Yezhov, que pasó aquí nueve meses, y de allí era trasladado a las sesiones del Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS, que terminó condenándolo a muerte. En Sujánovka estaba prisionera también Polina Zhemchúzhina, la mujer de Mólotov; aquí estuvo además quien fuera durante muchos años el jefe del NKVD moscovita, Stanislav Redens; y allí fusilaron asimismo a Isaak Bábel. La cárcel, construida para ciento cincuenta prisioneros, estaba concebida para representantes de la elite del Partido, para dirigentes del Komintern, extranjeros, diplomáticos y chekistas. Sujánovka era considerada, después de Butyrka, Lubianka y Lefórtovo, el punto más bajo de los tormentos.

Con la guerra quedaron cerrados esos «enclaves especiales» situados en las afueras de la capital: fueron evacuados de inmediato, como la prisión de Sujánovka, que fue puesta en funcionamiento nuevamente en 1942, acogiendo entonces a oficiales que habían huido de la clandestinidad en la línea de detrás del frente o que habían logrado escapar de las prisiones alemanas.[9]

Bútovo no era más que un punto en una red que servía para el aislamiento, la neutralización, el encierro, la deportación y el asesinato. La historia de esa maquinaria, con sus portones de entrada, sus corredores, sus oficinas, sus celdas, sus prisiones y celdas de aislamiento, sus salas de interrogatorio y sótanos destinados a los fusilamientos, sus salas de descanso para los agentes ejecutores, sus matones y especialistas en tortura, aún no ha sido escrita. Sería la historia de una

ciudad dentro de la ciudad, de una *gated community* de los especialistas de la Seguridad y de los expertos en el arte de matar, una ciudad que tenía sus propias normas, sus identificaciones, sus emblemas identificativos, una ciudad con comercios especiales propios, con guarderías, clubes recreativos y para el ocio, una red de empresas agrícolas suministradoras, dachas y sanatorios en el entorno.

El complejo había ido creciendo con los años. En una ciudad en la que el estado de excepción no había acabado después de la Revolución, había necesidad de esos «enclaves especiales» y «edificios especiales». Durante la guerra civil los oficiales, los nobles, los sacerdotes y otros «elementos contrarrevolucionarios» eran fusilados en el Kremlin, en parques, en el campo de Chodinka o en el cuartel de Jamovniki. Otros lugares de ejecuciones durante la Guerra guerra civil fueron los monasterios de Moscú: el de Spaso-Andrónikov, el de Ivanovski y el monasterio de Novo-Spasski.

Con el tiempo se fue formando un auténtico «laberinto del terror» en pleno centro de la ciudad, un laberinto que se fue expandiendo en todas direcciones, ocupando edificios y calles enteras: el imperio de la «Comisión Nacional Extraordinaria para Combatir la Contrarrevolución, la Especulación y el Sabotaje» (la *Vecheká*) y la organización que le sucedió, la GPU. De él formaban parte edificios en las calles Bolshaia y málaia Lubianka, en la Kuznetski most, en la calle Rozhdestvenka, en las calles Varsonófievski, Jholzunov, Bolshói y Maly Kiselny. En esos edificios pertenecientes a la Cheká y a la GPU no sólo había prisioneros, sino también recintos equipados para realizar ejecuciones y para deshacerse de los cadáveres. En los números 7 y 9 de la calle Varsonófievski, por ejemplo, se encontraba el parque móvil número 1, es decir, los garajes de la policía secreta. Había allí, en los sótanos, seis dependencias para fusilamientos acondicionadas como morgue. Ya en 1918 los moscovitas llamaban a este sitio el «garaje de los fusilamientos» (*garazh rasstrélov*).

En el número 9 de la Bolshaia Lubianka estaban los cuarteles de las unidades de la Cheká, y en el número 11 de la misma calle estaba ubicada la Cheká y su prisión. Los moscovitas llamaban a este edificio el «barco de la muerte» (*korabl smerti*). En los números 14 y 18 de la Bolshaia Lubianka tenían su sede la Cheká moscovita y el tribunal revolucionario. En la pequeña calle Kiselni, en un edificio que hacía esquina, estaban los alojamientos de la Cheká moscovita, y en la esquina conformada por las calles Bolshaia Lubianka y Varsonófievski pereúlok estaban instaladas las unidades de servicios especiales (*spetsluzhby*), de cuya existencia se supo tan sólo después de la disolución de la URSS en la década de 1990. Otros centros eran los complejos de prisiones en la Sretenka, la prisión de Butyrka, la prisión de Lefórtovo y la de Tagánskaia.

En la década transcurrida después de la Revolución y hasta el momento del Gran Terror, las víctimas eran enterradas principalmente en lugares de la región urbana de Moscú; de 1926 hasta 1936, por ejemplo, se hacía sobre todo en el cementerio de Vagánkovskoie, pero también en los terrenos del hospital Yauza, situado en la calle Vérjniaia Radíschevskaia, en el distrito Taganski. De 1935 hasta 1953 los entierros, y en parte también las cremaciones, se realizaban en el cementerio de Donskói, donde se había erigido el nuevo crematorio de Moscú.[10] Se dice que en el cementerio de Kalitnikóvskoie, situado en la málaia Kalitnikóvskaia, cerca del matadero de Moscú, se observaron en varias ocasiones perros con extremidades humanas entre los dientes.[11]

La situación cambió con el inicio de las «operaciones masivas» del año 1937:

El rendimiento de los cementerios moscovitas no podía mantenerse con esa afluencia de entierros. Fue por entonces, probablemente, cuando surgió la idea de construir los llamados «enclaves especiales» en las inmediaciones de la ciudad de Moscú.

Se escogieron por entonces tres sitios apropiados para esos fines: en primer lugar, el *Bútovski poligon*, a dieciocho kilómetros al sur de la ciudad, en la avenida Stároie Varshávskoie; en segundo lugar, la antigua dacha de Pagoda, en los terrenos de los sovjoses de la Kommunarka, a veinticuatro kilómetros en la avenida Staro kalúshskoe; y finalmente—como reserva y algo más alejados—los vastos campos de Liúbertsy, al sureste de Moscú. Probablemente hubiera otros lugares con fosas comunes: por ejemplo, en la antigua dacha de Ável Yenukidze, en Meschérino, la antigua propiedad campestre del paisajista ruso Nikolái Mescherin, situada a pocos kilómetros del complejo de museos y memoriales de Gorki Leninskie. Otros lugares mencionados son Teriáievski Les, en los terrenos de los sovjoses de la Kommunarka, las fosas comunes de los oficiales fusilados entre 1939 y 1941 en Schérbinka, y una tumba desconocida en los campos del NKVD en Ostáfievskoie. Algunos habitantes de la zona mencionan también la dacha del chekista de origen suizo Artusov (Fraucci), en el pueblo de Verjneie Otrádnoie.[12] Algunas investigaciones han dado como resultado la cifra de 26 089 muertos en tumbas de Moscú y en sus territorios aledaños, si bien la mayor parte de ellos, 20 761, corresponden a Bútovo y a la Kommunarka:

Campo de tiro de Bútovo	8/8/1937-19/10/1938:	15 036 personas
Kommunarka-Bútovo	1937-1941:	4763 personas
Cementerio de Donskói	1930-1952:	5068 personas
Terrenos del hospital Yauza	1926-1926:	106 personas
Cementerio de Vagankovskoie	1926-1936:	1007 personas
Tumba no encontrada		118 personas[13]

La mayoría de las condenas a muerte ejecutadas en Bútovo fueron impuestas por órganos no judiciales: por comisiones trilaterales (*troiki*), por comisiones bilaterales (*dvoiki*) o por el Tribunal Militar del Tribunal Supremo. Al iniciarse las operaciones masivas en agosto de 1937 había en Moscú tres comisiones trilaterales: la central, bajo la presidencia del subcomisario del pueblo del NKVD, Leonid Zakovski; la moscovita, bajo la presidencia del responsable del NKVD moscovita, Stanislav Redens, y, después del arresto de este último, bajo el mando de G. Yakubóvich; y la de la Milicia, al mando de M. Semiónov, bajo cuya competencia estaban los llamados «elementos socialmente peligrosos»: vagabandos, mendigos, ladrones, pequeños criminales, gente que habían violado el sistema de salvoconductos, que fueron en ocasiones condenados de acuerdo con el artículo 58 («agitación y propaganda antisoviética»).

El segundo órgano extrajudicial era la comisión bilateral, la llamada *dvoika*, la comisión del NKVD y de la Fiscalía de la URSS, formada por el comisario del pueblo Yezhov y el fiscal general Andréi Vyshinski, los cuales tenían que confirmar las condenas que enviaban a Moscú las llamadas troikas, las comisiones trilaterales.

Aquellos que yacen en las fosas comunes de la Kommunarka—conocidos funcionarios del Partido—fueron condenados a muerte por el Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS.

Al iniciarse las llamadas «operaciones masivas» se fijó una cuota para Moscú y sus territorios colindantes en un total de 35 000 personas: de ellas, 5000 entraban dentro de la categoría número 1—«la pena máxima», es decir, el fusilamiento—y 30 000 dentro de la categoría número dos: internamiento en un campo; en realidad se trataba de una reducción de la cuota exigida en un primer momento por el primer se-

cretario del Partido moscovita, Nikita Jruschov, que incluía a 8500 personas que debían ser fusiladas y a otras 32 805 que debían ser desterradas a los campos.[14] No se arrestaba a esas personas siguiendo un procedimiento concreto, sino respondiendo a un determinado «perfil criminal». Las vistas de las troikas tenían lugar en ausencia de los arrestados y acusados. Tampoco se condenaba sobre la base de pruebas, sino de confesiones, que se conseguían empleando todos los medios, incluida la tortura.[15] Las víctimas eran reunidas a partir de las fichas confeccionadas a lo largo de los años (departamentos de cuadros de las empresas, administraciones de edificios, registros de inquilinos). A. Postel, un antiguo colaborador del NKVD, recordaba que:

Se arrestaba y fusilaba a familias enteras, entre las cuales había mujeres totalmente analfabetas, menores de edad e incluso mujeres embarazadas, y a todos se les fusiló por espías [...] y todo por el mero hecho de que eran «de alguna otra nacionalidad».[16]

En los interrogatorios se procedía siguiendo el llamado «método del álbum», que permitía la condena sumaria a ritmo de cinta transportadora:

Los colaboradores de la administración local del NKVD redactaban al final de la instrucción del caso un informe—uno de los llamados *spravka*—para cada persona arrestada, el cual contenía una propuesta de pena (fusilamiento o de cinco a diez años de internamiento en un campo). Esos informes eran incluidos en una lista especial (el llamado «álbum») y corregidos y firmados por el jefe del NKVD local o por el fiscal de la localidad (siempre con vistas a la pena propuesta). Luego ese álbum era enviado a Moscú, donde el comisario del pueblo de Asuntos Internos y el fiscal general de la URSS (Yezhov y Vyshinski) tomaban la decisión final. La condena era ejecutada cuando el «álbum» llegaba de nuevo a la dirección del NKVD local.[17]

Se puso en marcha una especie de competición para ver quién conseguía procesar a un mayor número de condenados y con qué rapidez. Sobre ello nos informa I. Berg, que era el encargado en Bútovo de ejecutar las penas de muerte:

> Todas las penas (*delá*) pasaban por Semiónov sin ningún tipo de objeción, entre 400 y 450 procesos en la troika, es decir, dos procesos por minuto. Es preciso decir que, en eso, Semiónov competía con Yakubóvich para ver quién actuaba con mayor rapidez [...]. Tras la reunión, Semiónov siempre iba al despacho de Yakubóvich, y se jactaba de que había resuelto cincuenta casos más que él en el mismo tiempo, y ambos se alegraban de lo rápido que habían condenado a los acusados sin haber mirado siquiera la documentación [...].[18]

Los candidatos a muerte enviados a las prisiones moscovitas eran fotografiados *en face* y *en profile*, se despachaban los expedientes y luego eran enviados a Bútovo. El camino hacia ese lugar comenzaba, para los condenados a muerte, con la firma del comisario del NKVD moscovita, Stanislav Redens. La solución de los problemas organizativos y logísticos—traslado desde la prisión, ejecución y eliminación de los cadáveres—era competencia de M. Semiónov y de I. Berg, quienes no sólo legitimaban con sus firmas la ejecución de las condenas, sino que participaban en persona en los fusilamientos.[19]

A menudo llegaban a Bútovo, de visita, algunos altos cargos del NKVD, entre ellos quien fuera posteriormente el general V. Blojín. Blojín fue uno de los pocos que sobrevivió a las purgas del NKVD y que murió en la cama. Junto a él, obviamente, no pasó de largo ninguna de las masacres de aquella época: su nombre aparece una y otra vez en distintos lugares: en Katyn, en Járkov, en Kalinin, donde, además de algunos ciudadanos soviéticos, fueron asesinados también 15 000 oficiales polacos. Este hombre, que era descrito por

sus coetáneos y compañeros de estudio—en años posteriores estudió la carrera de arquitectura—como un tipo alegre y un buen compañero, participó personalmente en algunos fusilamientos, aunque no tenía ninguna obligación de hacerlo. Para realizar su trabajo, según se cuenta, solía vestirse de carnicero (con un delantal de hule de color marrón, un peto y unas botas de goma).[20]

Los habitantes de la zona no parecen haberse interesado en un principio por los disparos que se escuchaban en el polígono: «Un campo de tiro es un campo de tiro» (*poligon yest poligon*). Pero corrían rumores de que se oía y veía algo, de que había movimientos sospechosos. Se veía a los «cuervos», los transportes de prisioneros (*avtozaki*). A veces eran dos o tres, otras veces eran diez al mismo tiempo. Se oían gritos procedentes del bosque. No se sabía nada con exactitud, pero algo estaba sucediendo allí. La población llamaba *dushegubki* a los coches, y circulaba el rumor de que llenaban esos vehículos con gas; tras su arresto en 1938, I. Berg, el antiguo jefe de la administración económica del NKVD, fue acusado como inventor de los *dushegubki*, es decir, de esos coches destinados a gasear a los presos, por lo cual lo condenaron.[21]

Sobre el proceso de las ejecuciones masivas informó, a principios de la década de 1990, el antiguo comandante del departamento económico del NKVD moscovita, A. Sadovski, quien trabajó en Bútovo desde enero hasta octubre de 1937:

A las personas que eran condenadas a muerte por fusilamiento se las llevaba a Bútovo sin informarles de las razones ni del lugar adonde iban. Ello se hacía con cautela, a fin de evitar complicaciones innecesarias. Los *avtozaki*, en las que se metía hasta cincuenta personas, se aproximaban al campo de tiro por el lado del bosque, hacia la una o las dos de la madrugada. Por entonces aún no existía la valla de madera. La zona estaba vallada con alambre de espinos. Allí donde los coches se detenían había una elevación para los

guardias y para el reflector fijado a los árboles. No lejos de allí podían verse dos edificios: una casa de piedra no muy grande y una barraca de madera muy alargada, de casi ochenta metros de longitud. Se llevaba a los prisioneros a la barraca, en cierto modo para el *sanobrabotka*, el tratamiento higiénico. Inmediatamente antes del fusilamiento se les informaba acerca de la condena y se verificaban los datos. Ello se llevaba a cabo con suma meticulosidad. Además de los expedientes para la ejecución de las condenas, había también en los documentos informes que exigían datos exactos sobre el lugar de nacimiento o el nombre de los condenados.

Y viendo el ritmo al que se llevaban a cabo entonces las instrucciones de los casos, no puede asombrarnos que en Bútovo ocurrieran cosas como el fusilamiento de una persona en lugar de su hermano. Una ejecución podía ser aplazada cuando se descubría que faltaba una foto con la que pudiera demostrarse la identidad de un condenado. En todos esos casos se aplazaba la ejecución de la condena, y se enviaba a las personas de vuelta a la prisión. Esa meticulosidad en el lugar de la ejecución tenía a veces efectos favorables para las personas, pero existen muy raros casos en los que se haya conmutado una pena de muerte; lo habitual era que, tras el esclarecimiento del malentendido, el afectado fuera llevado de regreso al campo de tiro. En ocasiones, a pesar de todos los controles, también se cometían algunos errores; se fusilaba por descuido a personas que habían sido condenadas a penas de internamiento en un campo, no a la pena de muerte, o viceversa. En estos últimos casos existía aún la posibilidad de que se corrigiera el error, no así en los casos anteriores, en los que esto, por supuesto, ya no era posible. Pero también ocurría lo siguiente: una persona que en la década de 1950 estaba registrada como fusilada aparecía de pronto y redactaba una solicitud de rehabilitación. Ello significaba que en los años 1937-1938 habían fusilado en su lugar, ya fuera por error o intencionadamente, a otra persona.

Los procedimientos de apelación previos a la ejecución, los de cotejo de fotografías y de aislamiento en Bútovo, en los cuales surgían algunas preguntas o malentendidos, duraban varias horas. Según el informe del comandante, quienes ejecutaban las órdenes se encontraban en ese tiempo en un estricto aislamiento, en una casita de piedra no muy lejana: no tenían nada que ver con la veri-

ficación de la documentación. Tenían otras tareas, y aguardaban a que llegara el momento de realizarlas.

A los condenados se los sacaba por separado de la barraca. Allí hacían acto de presencia los ejecutores—cada uno recibía a su víctima—y los conducían hasta la parte trasera, en el campo de tiro. Al borde de la fosa les disparaban de cerca un tiro en la nuca. Luego arrojaban el cuerpo de los fusilados a las fosas y cubrían el fondo de la profunda excavación. De la «evacuación» de los cadáveres se ocupaban especialmente algunos miembros escogidos del NKVD.

Era raro el día en que se fusilaba a menos de cien personas. Había días de trescientas, cuatrocientas y hasta de quinientas [...]. Los ejecutores de la pena de muerte utilizaban sus propias armas, adquiridas en la mayoría de casos durante la guerra civil; habitualmente se trataba de una pistola del tipo Nagan, un arma que consideraban la más precisa, la más fácil de maniobrar y la que menos fallaba. Durante las ejecuciones debían estar presentes los médicos y un fiscal, pero, según sabemos por las confesiones de los agentes encargados de ejecutar los fusilamientos, ésta era una norma a la que apenas se prestaba atención. Los días en los que había fusilamientos había para todos los ejecutores, en la garita de guardia, un cubo lleno de vodka, del que cada cual podía beber lo que quisiera (porque, claro, ¿¡cómo se podía realizar tal labor sin antes anestesiarse!?). Al lado había también un recipiente con agua de colonia, ya que los ejecutores olían a sangre y pólvora. Según sus propias confesiones, «hasta los perros huían de ellos, asustados».

Más tarde había que realizar todo el papeleo burocrático:

En la comandancia los ejecutores rellenaban a mano los formularios y estampaban su firma bajo el acta que daba fe de la ejecución de la condena. Una vez cumplidas todas las formalidades necesarias llegaba la hora del almuerzo, y más tarde se llevaba a los ejecutores, en general endemoniadamente borrachos, hacia Moscú. Por las noches llegaba alguna de las personas encargadas de manejar la excavadora que había en el campo de tiro con el fin de cubrir los ca-

dáveres con una delgada capa de tierra. Al día siguiente tenían lugar nuevos fusilamientos. Claro que, a lo largo de los meses, el procedimiento de las ejecuciones no era siempre el mismo, y posiblemente variase día tras día. Las ejecuciones podían llevarse a cabo también en lugares cerrados, en edificios especialmente destinados a ese fin dentro del campo. Tampoco se debe olvidar que a Bútovo se traían también a menudo los cuerpos de personas fusiladas en las prisiones de Moscú. Aunque estaba estrictamente prohibido, por una orden especial, informar acerca de los lugares de fusilamiento, a partir de algunos expedientes puede deducirse que algunos condenados fueron ejecutados en la prisión de Butyrka, y en otro caso se dice que se trataba de personas fusiladas en la cárcel de Tagánskaia.[22]

El número de agentes del NKVD encargados de las ejecuciones era, por lo visto, bastante pequeño. Normalmente pertenecían a los llamados «pelotones de fusilamiento» cuatro «agentes destinados a misiones especiales». En días en los que los fusilamientos eran masivos se aumentaba el número de ejecutores. En ocasiones participaban en los mismos algunos altos dirigentes, y lo hacían por voluntad propia, deliberadamente. Según las palabras de un chófer del departamento moscovita del NKVD que agrupaba a los «agentes destinados a misiones especiales», aquel pelotón estaba formado por doce ejecutores, también encargados de realizar los fusilamientos en la Kommunarka, en las prisiones moscovitas y en la calle Varsonófiyevskaia. Durante las llamadas operaciones masivas esos «agentes para misiones especiales» eran enviados en «viaje de trabajo» a otras regiones y ciudades para realizar ejecuciones allí. Los chóferes del parque móvil número uno del NKVD se enteraron de esto por boca de los propios implicados, que se reunían a menudo en el patio del edificio de la calle Varsonófiyevskaia para jugar a las damas o al dominó. Casualmente, se conserva una fotografía que los muestra a todos durante una de esas pausas.[23]

Kolia Rémizov, un joven obrero que trabajaba como chófer en un hospital de distrito, le escribió a su tío lo siguiente, después de enterarse de la muerte de su padre, deportado a Siberia:

Querido tío Vasia:

Tengo que comunicarte algo muy triste: nuestra familia ha perdido al padre, y tú has perdido a tu hermano... Él ha muerto. [...] ¡Adiós, padre! Has muerto lejos de su casa y tu hogar [...]. ¿Quién os ha condenado a esa muerte lenta y tormentosa? ¡Oh, cuánta madera habréis cortado con vuestra fuerza en esos bosques impenetrables, y cuántas vías férreas habréis construido! Con vuestros cráneos se ha cimentado el lecho de los canales excavados por vosotros. Sobre vuestros huesos construimos un socialismo ficticio. Y todo ello se oculta tras una sólida pared de mentiras [...]. La verdad es ahogada en todas partes sin contemplaciones, pero llegará el momento en que el hombre, ese ser grande y osado, se encontrará de nuevo, y contribuirá a que emerja la verdad, y se mostrará terrible en toda su desnudez; y aquellos que son responsables de tales horrores se darán la vuelta y se asombrarán.[24]

La carta de Kolia Rémizov fue interceptada, y su autor fue arrestado y fusilado el 14 de septiembre de 1937 en Bútovo. Puesto que el joven obrero fue condenado de acuerdo con el artículo 58—«actividades antisoviéticas»—y más tarde rehabilitado como «prisionero político», conocemos su historia, a diferencia de la de aquellas 5658 personas que fueron condenadas y asesinadas, según el Código Penal, por ser «elementos criminales», y que jamás fueron rehabilitadas.[25]

En las fosas de Bútovo se encuentra de nuevo un corte transversal de toda la sociedad soviética. La gran mayoría de los fusilados—11 300 personas—era oriunda de Moscú o de sus territorios colindantes. Los muertos procedían de todas

partes de la URSS: de las regiones de la RSFSR—de la Rusia Europea, de los Urales, de Siberia, del Lejano Oriente—había sólo 2652 víctimas. de Ucrania provenían 331, de Bielorrusia 98, y 150 del Báltico, Moldavia o de las repúblicas del Cáucaso, de Asia Central o de Kazajistán. De las prisiones y de los campos de trabajo procedían más de cien víctimas. De unas trescientas faltaban los datos. Aún no se han analizado las enormes cifras de las 5658 víctimas que fueron condenadas como «criminales» según el Código Penal, ya que sus documentos no estaban disponibles. Se trata, además, de fosas de carácter internacional: allí yacen hacinadas víctimas oriundas de Alemania, Polonia, Francia, Estados Unidos, Austria, Hungría, Rumanía, Italia, Yugoslavia, Checoslovaquia, Turquía, Japón, India, China y de muchos otros países, entre ellas numerosos refugiados y apátridas. Los rusos conforman aproximadamente el 70% de los que yacen enterrados allí. Un porcentaje claramente elevado lo conforman letones, polacos y judíos, seguidos de ucranianos, alemanes y bielorrusos. En total hay en esas tumbas personas pertenecientes a más de sesenta nacionalidades. El ritmo con el que fueron arrestadas y asesinadas es pasmoso. Los casos que se despachaban con mayor rapidez eran los de «agitación y propaganda antisoviética», y los más difíciles eran las condenas por «espionaje» o «desviacionismo terrorista». Una cifra abrumadora de fusilados—entre un 80 y un 85%—no estaba afiliada a ningún partido, y sólo la mitad de esas personas tenían estudios superiores. En pocas palabras: se trataba fundamentalmente de personas que no tenían nada que ver con la política o con la Nomenklatura. Entre los muertos están representadas todas las franjas de edades. Se fusilaba lo mismo a chicos de quince o dieciséis años que a ancianos de ochenta. A las fosas comunes de Bútovo se arrojó a habitantes de colonias enteras. A veces se asesinaron allí entre diez o treinta personas de un mismo pueblo:

Vemos, por ejemplo, cómo se fusiló en Bútovo a diez personas de la aldea de Vozmische, en el distrito de Volokolamsk, 13 de la colonia de Krásnye Stroitel, 31 de la aldea de Golitsino, junto al ferrocarril de Bielorrusia. También hay muchas del pueblo de Bobrovo, del distrito de Kolómenskoie, 26 de Nemutsinovka, 46 del pueblo de Vishniaka, del distrito de Ujtomsk, etcétera.[26]

Se fusiló a matrimonios—son más de cuarenta matrimonios los que yacen allí enterrados, padres con sus hijos adultos, hermanos y hermanas—, a veces a cinco, seis u ocho miembros de una misma familia. Se fusiló a miembros de familias que vivían en distintas ciudades y regiones de la URSS, y que fueron reunidos en Moscú sólo para ser ejecutados. La muerte en Bútovo tenía rostro de hombre: se asesinó a 19 903 hombres y a 858 mujeres. Están representadas todas las clases y estratos de la sociedad: la abrumadora mayoría de las víctimas son obreros que hasta hacía poco pertenecían al campesinado, en segundo lugar estaban los empleados de instituciones soviéticas, y por último, los campesinos. Había campesinos que no sabían leer ni escribir y que, en lugar de la firma, sólo ponían una cruz al final del acta del interrogatorio, inculpados de «trotskismo» o de «actividad terrorista y contrarrevolucionaria», términos que ni siquiera existían en el vocabulario de los acusados. Muchos murieron sin haber comprendido jamás cuáles eran las sospechas que recaían sobre ellos ni de qué se les inculpaba. Se acusó colectivamente de espionaje a familias enteras de campesinos. Entre éstos estaban también los llamados «trabajadores de la tierra» (*grabari*), que—agrupados en *arteli*, 'cooperativas'—eran los encargados de realizar el trabajo pesado en las grandes obras de construcción, en fábricas, en las canteras, en la construcción de vías férreas, carreteras y canales; en la mayor parte de los casos no tenían una residencia fija y vivían tan sólo del uso de sus caballos: en Bútovo hay enterrados unos sesenta de esos *grabari*. Muchos de los obreros de las

obras, leñadores y cortadores de turba, eran antiguos campesinos que habían salido huyendo de sus aldeas y se habían colado allí de incógnito. En Bútovo están representados también todos los oficios y profesiones: carpinteros y ebanistas, médicos, pasteleros, camioneros, chóferes, bomberos, carteros, electricistas, empacadores, estibadores, vendedores de ambos sexos, panaderos, queseros, herreros, barberos, barrenderos, sacerdotes, monjes. Allí encontramos toda la variedad de artesanos de la Rusia rural, pero también maestros, ingenieros, médicos, jueces legos y artistas.

Según las cifras, a los campesinos les seguían los creyentes. Sacerdotes y laicos de la Iglesia ortodoxa ocupan un lugar destacado. En un período de quince meses se fusiló aquí a novecientas setenta y tres personas cuyo delito consistía en ser creyentes.[27] La Iglesia ortodoxa había estado expuesta, en las dos décadas posteriores a 1917, a terribles persecuciones. Pero en 1937 se inició un nuevo ataque general a la Iglesia y a los religiosos: se cerraron ocho mil iglesias, se disolvieron setenta diócesis y vicarías, y se fusiló a sesenta obispos. Los primeros sacerdotes fueron fusilados en Bútovo el día 20 de agosto de 1937, y particularmente elevado fue el porcentaje de asesinados en el otoño de 1937 y en el invierno de 1937-1938. El día festivo de los iconos de la Virgen, el de la Anunciación de María, el 21 de octubre de 1937, se fusiló a cuarenta y ocho sacerdotes y laicos; el 10 de diciembre ejecutaron a cuarenta y nueve sacerdotes, entre ellos al arzobispo Nikolái de Vladímir (Dobronrávov), y al último archimandrita del monasterio de la Trinidad en Sérguiev Posad, Kronid (Liubímov). En Bútovo se les quitó la vida a siete obispos, un metropolitano, dos arzobispos, y con ellos, también, a un gran número de archimandritas, abates, sacerdotes, cantores, sacristanes y humildes miembros de comunidades religiosas. La mayoría fue acusada de «agitación antisoviética» y de «actividad contrarrevolucionaria», términos que podían interpretarse como cualquier cosa: su preocupación por el

mantenimiento del edificio de una iglesia, la ayuda a los desterrados, la garantía de un alojamiento para sacerdotes sin techo. Entre los asesinados había líderes de la Iglesia que eran ancianos, gente frágil y de mucho prestigio. El mayor de ellos fue Serafim, el metropolitano de Leningrado, un intelectual también activo como escritor, músico y pintor. El arzobispo de Mozhaisk, Dmitri, fue arrestado a la edad de setenta y tres años, y fusilado el 21 de octubre de 1937 por «actividad contrarrevolucionaria». El último archimandrita del monasterio de Chudov, situado en el Kremlin—más tarde derruido—, quien había dicho en su interrogatorio que el poder soviético sería derrocado por el pueblo, fue fusilado el 27 de septiembre de 1937.[28]

Pero no fue sólo la Iglesia ortodoxa la que sufrió la represión y quedó totalmente diezmada. Entre las víctimas figuraban también otras comunidades religiosas: por ejemplo, los llamados «viejos creyentes» o *raskólniki* (por lo menos cincuenta asesinados), los bautistas (unos ciento sesenta mártires), los luteranos, los protestantes y los católicos (casi todos polacos y austríacos), un mulá, dos rabinos, un cantor y miembros de numerosas sectas.

En Bútovo murieron numerosas «personas sin ocupación determinada» (los llamados LBOZ: *Litsa bez opredeliónogo zaniatia*) y personas «sin ocupación ni domicilio determinado» (BOMZh: *Bez opredeliónogo mesta zhítelstva*). Podía tratarse de obreros despedidos de sus puestos de trabajo, miembros de la clase intelectual prerrevolucionaria, emigrantes que habían regresado de Harbín pero que no habían encontrado ningún sitio en la sociedad soviética. A Bútovo se envió también, después de que se terminaran las obras del canal del Volga y el Moscova, a un gran grupo de dos mil quinientos «soldados del canal» (*kanaloarméitsy*), que no tuvieron la suerte de formar parte de los agraciados con órdenes o con la puesta en libertad. Entre esos prisioneros del Dmitlag había campesinos y obreros, pero también ingenieros como

el barón F. von Graevenitz, que había construido el puente ferroviario del distrito de Jlébnikovski y que fue condenado a muerte, junto con otros miembros de su familia, el 3 de diciembre de 1937.[29]

En Bútovo hallaron la muerte, además, obreros y empleados de los sectores del transporte, el comercio, la administración de fábricas, artesanos y miembros de cooperativas y brigadas. De una única brigada de veteranos de guerra que llevaba el nombre de *Technochimik* fueron fusilados treinta y nueve de sus integrantes. Cincuenta propietarios de los tradicionales trenes de lavado chinos de Moscú encontraron la muerte también en Bútovo en el año 1937.

Se fusiló, además, a cincuenta y cuatro miembros de la milicia, entre ellos a destacados funcionarios del distrito, así como a detectives e investigadores de la Policía Criminal muy conocidos en la ciudad y que gozaban de gran popularidad. Se asesinó también a miembros del cuerpo de bomberos, funcionarios de los Registros Civiles, médicos, catedráticos, maestros de academias, de escuelas de baile, maestros de las escuelas nacionales de Polonia, Letonia, Alemania, así como a sus alumnos y estudiantes.

En Bútovo se ejecutó asimismo a setenta y un miembros de la Comuna de Trabajo Bolchevo y a veintidós miembros de la Comuna Liúbertsy, y también a miembros de algunas organizaciones fundadas en la década de 1920 por iniciativa de Féliks Dzerzhinski destinadas a devolver a la vida útil a huérfanos, niños sin hogar y abandonados, así como a muchos adolescentes. Miles de personas habían pasado por esas legendarias comunas del NKVD, hasta que, con el arresto de Guénrij Yagoda, el más destacado patrocinador de estas instituciones, esas comunas de trabajo se convirtieron también en objetos de la persecución. Pedagogos, directores de los talleres y criminales resocializados fueron inculpados de «crear grupos de lucha terrorista a partir de las filas de bandidos sin escrúpulos, ladrones y guardias blancos», y fueron ejecutados.[30]

Bútovo supuso también la tumba para un nutrido grupo de artistas. Casi todas las ramas del arte están representadas: músicos, compositores, cantantes, pianistas, violinistas, actores, artistas de circo, cantantes populares. Hay entre esos artistas aproximadamente cien pintores, grabadores y escultores de las más diversas tendencias: de la vanguardia y del realismo socialista, de la pintura icónica y del arte textil, diseñadores y pintores de porcelana. Había entre ellos muchos letones, por ejemplo, Gustav Klucis, el pionero de los pósteres de agitación soviéticos; Aleksndr Drevin, cuyos cuadros se exhiben ahora en la galería Tretiakov; Vladímir Timiriov, hijo de un general, o Vladímir Komarovski, un pintor de origen aristócrata, editor de la revista *Rússkaia ikona*, quien antes de su ejecución el 5 de noviembre de 1937 ya había sido arrestado en cinco ocasiones, o el conde Yuri Olsúfiev, especialista en arte ruso antiguo, fusilado en marzo de 1938.

El campo de tiro fue asimismo la necrópolis de varios representantes de la elite prerrevolucionaria. Entre los ejecutados encontramos a Fiódor Golovín, presidente de la Segunda Duma Estatal y miembro de la Cuarta Duma, el conde A. Bíbikov, el mariscal aristócrata de la región de Tula, un ayuda de cámara de la corte del zar Nicolás y una maestra de los hijos del último zar, así como muchos nombres de las más antiguas familias de la nobleza rusa: los Rostoptshin, los Chegodaiev, los Shajovskói, los Gagarin, los Obolenski.[31] El 26 de febrero de 1938 fue fusilado el antiguo gobernador de Moscú, Vladímir Dzhunkovski, un hombre conocido por ser un funcionario con mucha experiencia y un benefactor generoso, que dedicó toda su vida al desarrollo de la ciudad de Moscú y que siguió abogando por ella incluso después de la Revolución. Durante un tiempo había podido buscarse la vida como sacristán de una iglesia, como profesor de francés o incluso como asesor durante la introducción del nuevo sistema de pases y salvoconductos, hasta que fue arrestado en diciembre de 1937.[32]

Así pues, no es de extrañar que entre los nombres de los ejecutados encontremos a muchos miembros del ejército del zar y de la Guardia Blanca: nueve antiguos generales del Ejército zarista, a los que ni su avanzada edad—casi todos tenían entre setenta y ochenta años—ni sus altas condecoraciones de guerra pudieron protegerlos de las inculpaciones—«agitación antisoviética» o «espionaje»—o de la ejecución. En Bútovo yacen los restos mortales de un bisnieto del general Kutúzov, pero también los familiares del mariscal del Ejército Rojo, Mijaíl Tujachevski.

Resulta asombroso el elevado número de alpinistas ejecutados en Bútovo, que habían dado su nombre a algunas cumbres del Tian Shan, escaladas por primera vez. Los alpinistas se movían a través de regiones limítrofes, tenían contactos internacionales y participaban en expediciones mixtas, de modo que entre ellos aparece con frecuencia la acusación de espionaje, pero también la participación en «organizaciones contrarrevolucionarias, fascistas y terroristas». Con la elite del alpinismo soviético yacen asimismo en Bútovo y en Kommunarka sus promotores y aficionados dentro de la cúpula dirigente soviética: el subjefe del NKVD, Mijaíl Frinovski, el comisario del pueblo para la Justicia, Nikolái Krylenko, o el secretario de la Academia de Ciencias, Nikolái Gorbunov, todos ellos entusiastas escaladores. En Bútovo yacen además diez pilotos, pioneros de la aviación rusa y soviética y algunos ingenieros constructores de zepelines.[33]

Del enorme grupo de 5658 personas ejecutadas en Bútovo como «criminales» y «socialmente peligrosas» apenas puede decirse a cuántas de ellas se las puede clasificar realmente como delincuentes—asesinos, ladrones y violadores—, ya que esas personas jamás fueron rehabilitadas y, por lo tanto, sus expedientes nunca fueron revisados. Entre los asesinados se encuentran personas arrestadas en redadas practicadas en las estaciones ferroviarias, en trenes de cercanías, en albergues nocturnos, en cervecerías, y entre ellas hay delin-

cuentes reincidentes, personas sin techo y gente sin trabajo ni domicilio fijo, adolescentes con historias vitales llenas de crueldad y peripecias de toda clase, gente que quedó destruida por haber sido acusada de robar una bicicleta, un par de *galoshi* [chanclos], una hogaza de pan, una armónica o una pastilla de jabón, o personas que vendían manzanas en las estaciones («especuladores»). En Bútovo se liquidó a adivinas, prostitutas, gitanos, *aisory*, descendientes de asirios que en Moscú dominaban desde tiempos inmemoriales el oficio de limpiabotas.

También sin precedentes es el asesinato de un grupo de 830 personas con discapacidad y, según algunos informes, de hasta 1160 inválidos. En las cárceles moscovitas, irremediablemente repletas por culpa de las llamadas operaciones masivas, los inválidos representaban, en opinión de los responsables, «un condicionamiento extremadamente molesto para el alojamiento de los reclusos en prisión preventiva que van llegando». Leonid Zakovski, director administrativo del NKVD para la región de Moscú, decidió en febrero de 1938 sacar de las prisiones moscovitas a aquellos prisioneros con condenas firmes de internamiento en campos de concentración. El motivo de su fusilamiento en Bútovo no fue otro que su discapacidad, su incapacidad para trabajar. Entre esas personas discapacitadas había sordos, ciegos, gente con piernas amputadas, enfermos del corazón o tuberculosos, así como muchos que se habían «quedado colgados» en las prisiones moscovitas y habían enfermado durante el cautiverio.[34]

Aunque nunca se sabrán los nombres y los datos de todas aquellas personas que fueron asesinadas entre el 8 de agosto de 1937 y el 19 de octubre de 1938—ya que los asesinos borraron deliberadamente sus huellas, así como documentos, ficheros, etcétera—, las informaciones disponibles no sólo nos dan una idea de la dimensión numérica de los crímenes, sino de la forma específica de atacar y de los grupos que eran blanco de esos ataques. Las fosas comunes pueden ser inter-

pretadas, en cierto modo, como una sociología del Gran Terror. ¿Qué es lo que nos llama la atención de ellas?

En esas fosas comunes estaban representados, sin excepción, todos los estratos y grupos de la sociedad soviética, aunque también había ciudadanos extranjeros y gente que había perdido su patria: nobles y proletarios, campesinos e intelectuales, niños y ancianos, comunistas de la elite dominante y personas totalmente apolíticas, analfabetos y gente con estudios, chinos y judíos, religiosos y ateos, letones y rusos, personas que apoyaban al poder soviético y otras, inofensivas, que vivían en la marginalidad social. En el caso de Moscú, se han calculado los siguientes treinta y ocho grupos individuales entre la cifra de víctimas en los años 1937 y 1938, un cálculo basado en el análisis de 3067 biografías de personas ejecutadas en Bútovo.[35]

El mayor grupo entre los asesinados lo representan los obreros y empleados; junto con los campesinos, ellos suponen alrededor de dos tercios de las víctimas. El hecho de que la cifra de víctimas campesinas no sea más alta, y que se aleje bastante de los promedios del campo, tiene que ver ciertamente con la capital y la concentración de aparatos políticos y administrativos que había en ella.

Llama la atención el gran grupo de víctimas procedentes de las filas del clero ortodoxo, sacerdotes, monjas, y también religiosos de otros credos.

También salta a la vista el extraordinario porcentaje de grupos nacionales, sobre todo de polacos, letones y alemanes. Junto con el elevado porcentaje de extranjeros entre los comunistas asesinados—hasta un ochenta por ciento—, ello apunta a la orientación «nacionalista» del furor destructivo.

Otro grupo bien determinado que fue objeto de tal violencia lo constituyen los miembros de la antigua elite y de los partidos y agrupaciones no bolcheviques.

Asimismo, un grupo considerable de víctimas está representado por los prisioneros del Dmitlag, los que construye-

ron el canal del Volga y el Moscova, gente que, sencillamente, fue asesinada una vez terminadas las obras, por la simple razón de que no se quiso dejarla en libertad.

Lo mismo es válido para las casi seis mil personas que conforman el grupo de los «asociales» (o antisociales) y los inválidos, eliminados para hacer sitio en las prisiones moscovitas.

Lo ocurrido en Bútovo no puede ser visto de forma aislada. Lo que estaba sucediendo en las afueras de la ciudad de Moscú se había extendido por todo el país. Tanto el carácter general, aparentemente azaroso, de aquel huracán de destrucción como la existencia, al mismo tiempo verificable, de ciertos «grupos de riesgo» y el momento en que tuvieron lugar las ejecuciones—igual que su inicio repentino y su no menos repentino final—atestiguan que se trataba de una acción planificada y dirigida. Tal y como escriben Arseni Roguinski y Nikita Ojotín, muchas fuentes:

> ... trazan el cuadro de una represión total y asistemática. Desde nuestro punto de vista no es así. Obviamente las represalias masivas de los años 1937 y 1938 no sólo no tienen precedentes en cuanto a sus dimensiones, sino tampoco en relación con su brutalidad. Éstas tenían, sin embargo, su lógica propia, su estructura y sus reglas, todo lo cual garantizaba un elevado nivel de control del proceso de represión, independientemente de las numerosas veces que esas reglas fueran violadas. Sólo si aceptamos esa premisa, podremos contar con una correcta reconstrucción de la historia del Gran Terror.[36]

ASESINATOS POR CUOTAS: LA ORDEN NÚMERO 00447

El salto que representan los 126 fusilamientos llevados a cabo en Bútovo en julio de 1937 en relación con los 2327 que se registraron en agosto de ese mismo año fue como el inicio de una tormenta. Algo parecido se pone de manifies-

to a nivel nacional: en 1936 hubo 131 168 arrestos, en 1937 ya fueron 936 750, y en el año 1938 la cifra todavía fue de 638 509. En ambos años, los arrestos por «delitos contrarrevolucionarios» conformaron un porcentaje abrumador, casi un 90%. El número de penas de muerte impuestas también se disparó: si en 1936 se fusiló a 1118 personas, en 1937 fueron 353 074, y en el año 1938 la cifra alcanzó los 328 618.[37] Sin embargo, en este caso no se trataba de un devastador fenómeno natural, sino de la concreción de un plan, cuya puesta en marcha y cuya realización habían sido analizadas en detalle en muchos sentidos, aunque muchas cosas sigan siendo un enigma.[38] Nada parecía indicar que fueran a producirse esas llamadas «operaciones masivas» que estaban a punto de tener lugar. Es cierto que continuaban las purgas en el seno del Partido y del aparato estatal—en mayo y junio se arrestó y fusiló a altos cargos militares—, pero las operaciones masivas parecían haber acabado con el final del proceso de colectivización, con las deportaciones en masa de los kulaks y con la expulsión de las grandes ciudades, entre 1935 y 1936, de aquellas personas consideradas «elementos socialmente peligrosos». No hubo campaña propagandística, no hubo ningún proceso de preparación interna en el Partido. El 2 de julio de 1937 incluso se publicó en *Pravda* un importante documento sobre la realización de las elecciones para el Soviet Supremo. Sin embargo, ese mismo día, el 2 de julio, el Politburó aprobó una resolución titulada «Sobre elementos antisoviéticos», con la cual, en principio, se acordó llevar a cabo las operaciones masivas. Un día después, el 3 de julio, se envió un telegrama redactado por Stalin dirigido a los secretarios de las organizaciones partidistas en las distintas repúblicas y regiones. En él podía leerse lo siguiente:

Se ha comprobado que un gran número de antiguos kulaks y criminales que en cierto momento fueron deportados desde diferentes regiones hacia el norte y a Siberia y que, una vez transcurrido

el tiempo de destierro, han regresado a sus regiones de origen son los principales provocadores de disturbios y los causantes de toda clase de delitos antisoviéticos que incluyen el sabotaje en los koljoses y en los sovjoses, así como en el ramo del transporte y de distintos sectores de la industria. El Comité Central del Partido recomienda a todos los secretarios de las organizaciones regionales y territoriales, así como a todos los representantes del NKVD en las regiones, los territorios y las repúblicas, hacer un registro de todos los kulaks y criminales que han retornado a casa, a fin de, por medio de una Comisión Trilateral (*troika*) arrestar y ejecutar sin dilación a los más peligrosos entre ellos y capturar al resto, a los menos activos—aunque no por ello se trate de elementos menos hostiles—, y desterrarlos a ciertos distritos que determinará el NKVD. El Comité Central recomienda que los nombres de quienes conformen la Comisión Trilateral sean presentados en un plazo de cinco días ante este Comité Central, así como las cifras de las personas que deben ser ejecutadas y las que deberán ser confinadas.[39]

Las propuestas muy concretas desatadas por esta misiva, llegadas desde todas las regiones, fueron recogidas por el NKVD y más tarde elaboradas en forma de lista, en la cual se fijaban sumariamente cuotas para las dos categorías—fusilamiento y confinamiento—en el caso de cada una de las regiones. Este documento, firmado por Yezhov—la «orden 00447»—, fue enviado el 30 de julio de 1937 por el vicepresidente del NKVD, Mijaíl Frinovski, al secretario personal de Stalin, Aleksandr Poskrióbyshev, y luego salió de nuevo hacia todo el país, en forma «estrictamente secreta», como un acta que recogía los resultados de una sesión del Politburó para la instrucción de los secretarios del Partido. En él no sólo se habla de los planeados asesinatos masivos, sino también de los costes concretos y del control técnico y organizativo de los problemas de transporte y de logística.

La orden número 00447 del NKVD, «Sobre las operaciones para la represión de antiguos kulaks, criminales y otros elementos antisoviéticos», con su instrucción de formar *troi-*

kas y de hacer un registro de antiguos kulaks, miembros de partidos antisoviéticos, gendarmes, sacerdotes, criminales y retornados, etcétera, y de fijar el grado de la condena—1ª categoría: fusilamiento; 2ª categoría: confinamiento entre ocho y diez años en un campo reformatorio—, se convirtió en el punto de partida y en el modelo de otras órdenes y operaciones masivas que tuvieron lugar a lo largo del año. Visto con rigor, hubo otra orden que precedió en el tiempo a la orden 00447: la orden 00439 del 25 de julio de 1937, con la cual se inició la llamada «Operación Alemana» del NKVD, a partir de la cual se debía acusar y arrestar sumariamente a los alemanes—ciudadanos alemanes y emigrantes residentes en la URSS, pero también ciudadanos soviéticos de origen alemán—acusados de ser espías, agentes y terroristas.[40] La orden 00447 contenía en esencia todos los elementos que fueron características de las demás operaciones masivas de los años 1937 y 1938. En la orden 00447, firmada por Yezhov, se decía:

A partir de los materiales de la investigación en las causas contra las agrupaciones antisoviéticas ha quedado claro que hay una alta cifra de antiguos kulaks que se ha establecido en los pueblos, personas que ya fueron represaliadas alguna vez y otras que pudieron eludir esa represión o se han escapado de los campos y las colonias de trabajo. También se han establecido muchas personas castigadas en el pasado y que representan a la Iglesia y a algunas sectas, antiguos participantes activos en acciones armadas antisoviéticas. Casi intactos permanecen en los pueblos significativos grupos de partidos políticos antisoviéticos (*eseri*, *gruzmeki*, *dashnaki*, *mussavatisty*, *ittihadisty* y otros), así como grupos de antiguos participantes activos en revueltas de bandidos, de guardias blancos, de expediciones de castigo o repatriados, entre otros.

Una parte de los elementos enumerados anteriormente ha emigrado del campo a las ciudades, y ha conseguido infiltrarse en empresas del sector industrial, del transporte o de la construcción.

Además, hay otros grupos de importancia que siguen anidando hasta hoy en el campo y la ciudad, grupos de criminales peligro-

sos—ladrones de ganado y de caballos, reincidentes, rateros, entre otros—que han cumplido sus condenas o han escapado de las prisiones y han eludido las medidas de represalia. La insuficiente lucha contra esos grupúsculos criminales ha hecho que éstos eludan la persecución punitiva y estimulen las actividades delictivas. Como se ha comprobado, todos estos elementos antisoviéticos constituyen el apoyo fundamental de toda suerte de delitos antisoviéticos y de desviacionismo, tanto en koljoses como en sovjoses, en el ramo del transporte y en otros sectores de la industria.

A los órganos de la Seguridad del Estado se les plantea la misión de aplastar del modo más implacable a toda esa banda de elementos antisoviéticos, proteger al pueblo trabajador soviético de sus desmanes contrarrevolucionarios y, por último, poner fin de una vez por todas a su labor infamante y destructiva contra los fundamentos del Estado soviético *(raz i navsegd pokónchit)*.

De acuerdo con lo anteriormente dicho, ORDENO INICIAR A PARTIR DEL 5 DE AGOSTO DE 1937, EN TODAS LAS REPÚBLICAS, DISTRITOS Y TERRITORIOS, UNA OPERACIÓN PARA REPRIMIR A ANTIGUOS KULAKS, ACTIVOS ELEMENTOS ANTISOVIÉTICOS Y CRIMINALES.

LA OPERACIÓN EN LAS REPÚBLICAS DE UZBEKISTÁN, TURKMENISTÁN, TAYIKISTÁN Y KIRGUISTÁN SE INICIARÁN EL DÍA 10 DE AGOSTO DE ESE MISMO AÑO, Y EN LOS DISTRITOS DEL LEJANO ORIENTE Y DE LA REGIÓN DE KRASNOYARSK, ASÍ COMO EN LOS TERRITORIOS DE SIBERIA ORIENTAL, EL 15 DE AGOSTO.[41]

La Orden 00447, firmada por Yezhov, es un documento clave del año 1937 y quizá también de todo el siglo XX, y por eso resulta preciso citarlo *in extenso*. La orden contiene los siguientes apartados: 1. Los contingentes que deben ser represaliados; 2. El castigo para los represaliados y el número de las personas que castigar; 3. La realización de la operación; 4. La realización de la investigación y la instrucción; 5. La organización y el trabajo de la Comisión Trilateral; 6. El procedimiento para la ejecución de las condenas; 7. La organización de la dirección de la operación y la información acerca de ella.

Los «contingentes sometidos a la represión» son subdivididos en nueve grupos:

1. Antiguos kulaks que han regresado tras haber cumplido sus condenas y que continúan realizando una activa labor antisoviética y subversiva.

2. Antiguos kulaks que se han escapado de los campos y colonias de trabajo, así como aquellos que han eludido el proceso de eliminación de los kulaks y realizan actividades antisoviéticas.

3. Antiguos kulaks y elementos socialmente peligrosos que han formado parte de agrupaciones de bandidos rebeldes, fascistas y terroristas, que han sido castigados con anterioridad o que hayan escapado a la represión o huido de las instituciones de castigo, retomando de nuevo sus actividades delictivas.

4. Miembros de partidos antisoviéticos (el Socialrevolucionario —*eseri*—, *gruzmeki, mussavatisty, ittihadisty y dashnaki*), antiguos guardias blancos, gendarmes, funcionarios, personal de prisiones (*karáteli*), bandidos, simpatizantes de las bandas, funcionarios de prisiones (*perepravschtschiki*), reemigrados que han eludido la represión, que se han escapado de las instituciones penitenciarias y continúan con sus actividades antisoviéticas.

5. Los participantes más activos y hostiles de las hoy liquidadas organizaciones de cosacos, guardias blancos, rebeldes y de otras organizaciones fascistas, terroristas y contrarrevolucionarias, dedicadas al espionaje y a la disidencia, desenmascaradas gracias al material aportado por las investigaciones y las agencias.

Se someterá a esas medidas represivas, asimismo, a los elementos de esa categoría que están ahora bajo arresto y cuya instrucción ya esté terminada, aunque las instancias de los tribunales aún no hayan cerrado los procesos.

6. Los elementos antisoviéticos más activos de los antiguos kulaks, entre ellos el personal de prisiones (*karáteli*), los bandidos, los guardias blancos, miembros activos de sectas, miembros de la iglesia y otros individuos que están ahora confinados en prisiones, campos, colonias de trabajo y continúan allí con su activa labor subversiva y antisoviética.

7. Criminales, bandidos, asaltantes, ladrones reincidentes, contrabandistas, especuladores reincidentes (*aferisty*), ladrones de reses y de caballos que realicen una actividad criminal y estén vinculados al entorno de la delincuencia.

Se someterá a esas medidas represivas, asimismo, a los elementos de esta categoría que estén ahora bajo arresto, pero cuyos procesos aún no hayan sido cerrados por las instancias de los tribunales.

8. Elementos criminales que se encuentren en campos y colonias de trabajo y allí continúen con su actividad criminal.

9. Se someterá a esas medidas represivas a todos los contingentes enumerados anteriormente que se encuentren actualmente en el campo (en los koljoses y sovjoses, en las empresas agrícolas) y en la ciudad (en el ramo de la industria, el comercio, el transporte, en instituciones soviéticas y en el ramo de la construcción).

En la segunda parte se definen las categorías de la pena y se mencionan las cuotas de los castigados:

1. Todos los kulaks que han de ser represaliados, los criminales y otros elementos antisoviéticos están divididos en dos categorías:

–A la primera categoría pertenecen los elementos mencionados anteriormente que sean los más activos. Éstos serán arrestados de inmediato y, una vez sus casos sean procesados por la Comisión Trilateral, irán AL PAREDÓN (*K rasstrelu*).

–A la segunda categoría pertenecen todos los demás elementos mencionados, los menos activos que sin embargo siguen manteniendo posturas hostiles. Éstos serán arrestados e internados en campos durante un plazo de ocho a diez años, mientras que los más subversivos y socialmente más peligrosos serán internados por el mismo plazo de tiempo en prisiones, tal y como fijen las Comisiones Trilaterales.

2. De acuerdo con los datos proporcionados por los comisarios del pueblo del NKVD en las repúblicas y por los jefes de las administraciones regionales y territoriales se fijarán las siguientes cifras de personas sometidas a tales medidas punitivas.

	Categoría 1	*Categoría 2*	*Total*
01. República de Azerbaiyán	1500	3750	5250
02. R. de Armenia	500	1000	1500
03. R. de Bielorrusia	2000	10 000	12 000
04. R. de Georgia	2000	3000	5000
05. R. de Kirguistán	250	500	750
06. R. de Tayikistán	500	1000	1800
07. R. de Turkmenistán	500	1500	2000
08. R. de Uzbekistán	750	4000	4750
09. R. de Baskiria	500	1500	2000
10. R. Burato-Mongol	350	1500	1850
11. R. de Daguestán	500	2500	3000
12. R. de Carelia	300	700	1000
13. R. de Karbadino-Balkaria	300	700	1000
14. R. de Crimea	300	1200	1500
15. R. de Komi	100	300	400
16. R. de Kalmukia	100	300	400
17. R. de Mari	300	1500	1800

	Categoría 1	*Categoría 2*	*Total*
18. R. de Mordovia	300	1500	1800
19. R. de los Alemanes del Volga	200	700	900
20. R. de Osetia del Norte	200	500	700
21. R. de Tartaristán	500	1500	2000
22. R. de Udmurtia	200	500	700
23. R. Chechena de Ichkeria	500	1500	2000
24. R. de Chuvasia	300	1500	1800
25. R. del mar de Azov y del mar Negro	5000	8000	13 000
26. Lejano Oriente	2000	4000	6000
27. Siberia Occidental	5000	12 000	17 000
28. Región de Krasnoyarsk	750	2500	3250
29. R. de Ordzhonikidze	1000	4000	5000
30. R. de Siberia Oriental	1000	4000	5000
31. Territorio de Vorónezh	1000	3500	4500

	Categoría 1	*Categoría 2*	*Total*
32. T. de Gorki	1000	3500	4500
33. T. Occidental	1000	5000	6000
34. T. de Ivánovskaia	750	2000	2750
35. T. de Kalininskaia	1000	3000	4000
36. T. de Kursk	1000	3000	4000
37. T. de Kuibischev	1000	4000	5000
38. T. de Kírov	500	1500	2000
39. T. de Leningrado	4000	10 000	14 000
40. T. de Moscú	5000	30 000	35 000
41. T. de Omsk	1000	2500	3500
42. T. de Orenburg	1500	3000	4500
43. T. de Sarátov	1000	2000	3000
44. T. de Stalingrado	1000	3000	4000
45. T de Svérdlovsk	4000	6000	10 000
46. T. del Norte	750	2000	2750
47. T. de Cheliábinsk	1500	4500	6000
48. T. de Yaroslavl	750	1250	2000

	Categoría 1	*Categoría* 2	*Total*
R. DE UCRANIA			
01. T. de Járkov	1500	4000	5500
02. T. de Kiev	2000	3500	5500
03. T. de Vinnitsa	1000	3000	4000
04. T. de Donetsk	1000	3000	4000
05. T. de Odesa	1000	3500	4500
06. T. de Dnipropetrovsk	1000	2000	3000
07. T. de Chernígov	300	1300	1600
08. R. de Moldavia	200	500	700
R. DE KAZAJISTÁN			
01. T. de Kazajistán del Norte	650	300	950
02. T. de Kazajistán del Sur	350	600	950
03. T. de Kazajistán Occidental	100	200	300
04. T. de Kostánai	150	450	600
05. T. de Kazajistán Oriental	300	1050	1350
06. T. de Ajtubinsk	350	1000	1350

	Categoría 1	*Categoría* 2	*Total*
07. T. de Karagandá	400	600	1000
08. T. de Almá-Atá	200	800	1000
Campo del NKVD	10 000	–	10 000

Pero sobre eso se añade:

3. Las cifras fijadas son orientativas. Los comisarios del pueblo del NKVD en las repúblicas y los jefes de las administraciones territoriales y regionales del NKVD no tienen potestad para elevarlas por su cuenta. No se permite bajo ningún concepto aumentar esas cifras.

En casos en los que la situación exija un aumento de las cifras fijadas, los comisarios del pueblo del NKVD en las repúblicas y los jefes de las administraciones territoriales y regionales del NKVD tienen la responsabilidad de presentarme las solicitudes fundamentadas del modo correspondiente.

Está permitido rebajar esas cifras, así como pasar a personas de la primera categoría a la segunda, y a la inversa.

4. Las familias de los condenados de las categorías primera y segunda no serán represaliadas por regla general.

Las únicas excepciones son:

–Familias cuyos miembros estén en condiciones de realizar una activa labor antisoviética. Los integrantes de esas familias serán enviados a un campo o a una colonia de trabajo con una autorización especial de la Comisión Trilateral.

–Familias de personas que han sido represaliadas de acuerdo con la primera categoría y que habitan en una zona fronteriza; serán sometidas a un traslado a territorios fuera de esa zona limítrofe dentro de la respectiva república, del respectivo territorio o distrito.

–Familias de personas represaliadas de acuerdo con la primera categoría que vivan en Moscú, Leningrado, Kiev, Tiflis, Bakú, Rostov del Don, Taganrog y en los distritos de Sochi, Gagra y

Sujumi, las cuales serán sometidas a una reubicación, sacadas de esos lugares y llevadas a otros territorios de su elección, pero no a los territorios limítrofes.

5. Todas las familias de personas que han sido represaliadas de acuerdo con las categorías primera y segunda habrán de ser registradas y permanecer bajo una vigilancia sistemática.

Por lo demás, la orden 00447 contiene ciertas determinaciones sobre su ejecución. Sobre la realización de la operación se dice que ésta debe iniciarse el 5 de agosto y darse por terminada en un plazo de cuatro meses. Es la represión urgente de los contingentes de la primera categoría. Cada territorio es dividido en sectores a fin de poder llevar adelante la operación con eficacia. Ésta debe ser dirigida por las respectivas jefaturas del NKVD, que tienen que formar grupos operativos los cuales, de acuerdo con las necesidades, serán reforzados con unidades y fuerzas militares. Los jefes serán los responsables de las acciones en sus territorios:

Se reunirán datos exactos y material comprometedor de cada represaliado. Sobre la base de esto último se confeccionarán listas de arrestos (*spiski na arest*) que firmarán los jefes de los Grupos Operativos y que se enviarán, para su verificación y confirmación, al jefe del departamento administrativo o territorial del NKVD. El comisario del pueblo para Asuntos Internos, el jefe de la administración o del departamento territorial del NKVD deberá verificar la lista y sancionar el arresto de las personas registradas en ella.

Y más adelante se dice:

7. Sobre la base de la lista confirmada, el jefe del Grupo Operativo realizará el arresto. Para cada arresto se requerirá una orden formal de detención (*órder*). Durante el arresto se efectuará un cuidadoso registro. Es obligatorio confiscar lo siguiente: armas, munición, equipos militares, materiales explosivos, venenosos o

peligrosos, literatura contrarrevolucionaria, material de valor en forma de monedas, barras u objetos, moneda extranjera, equipos para reproducir material escrito y correspondencia. Todos los objetos confiscados serán enumerados en el acta del registro.

Por otra parte, se determina la concentración de los represaliados en recintos «que sean apropiados para el alojamiento de los arrestados». Se debían tomar todas las medidas oportunas para evitar «una fuga o cualquier tipo de exceso». Para la ejecución de la instrucción del caso se dice en la cuarta parte de la orden que ésta debe realizarse «de la manera más rápida y simple»: «Durante el proceso de instrucción deben esclarecerse todos los vínculos delictivos del arrestado». Una vez concluido el proceso de instrucción se presentará la causa a la Comisión Trilateral, ante la cual se presentará: la orden de arresto, el acta del registro, los materiales confiscados durante este último, los documentos personales, la ficha del arrestado, el material de la agencia, el acta del interrogatorio y la breve sentencia.

La quinta parte de la orden nombra primeramente la composición del personal de las Comisiones Trilaterales en las repúblicas, los territorios y las regiones, y pasa a describir luego, de forma general, la composición de la Comisión Trilateral. En las sesiones de esas *troikas* puede estar presente un fiscal, si bien no es obligatorio. La *troika* se reunirá en las correspondientes sedes del NKVD, pero también puede reunirse en otros lugares fuera de la sede. La *troika* verifica los documentos y confecciona un acta de sus sesiones, en las cuales se consigna la sentencia. Luego el acta pasa al jefe del Grupo Operativo para que éste ejecute las sentencias:

Las Comisiones Trilaterales verán de forma separada los materiales que se le presenten sobre un arrestado, un grupo de arrestados o sobre las familias sometidas a reubicación. Dichas comisiones pueden pasar de la categoría dos a la uno, dependiendo del ca-

rácter de los materiales y del grado de peligrosidad social de las personas arrestadas. Los jefes de las *troikas* serán presentados por su nombre.

Sobre la ejecución de la sentencia se dice, en el apartado VI, que el presidente de la *troika* determina cuál será el personal que realice la ejecución. La base para la ejecución eran

... los extractos compulsados del acta de la sesión de la *troika* con la mención de la sentencia de cada condenado, así como una instrucción especial con la firma del presidente de la *troika*, que será entregada a la persona encargada de ejecutar la sentencia.

Sobre la garantía del secreto se dice:

Las sentencias de la primera categoría serán ejecutadas en los lugares y mediante el procedimiento acorde con las instrucciones de los comisarios del pueblo de Asuntos Internos, los jefes de las administraciones y los departamentos territoriales del NKVD, bajo mantenimiento absoluto del secreto sobre el lugar y la hora de ejecución de la sentencia. [...] Los documentos sobre la ejecución de la sentencia se añadirán al acta de la instrucción de cada condenado en un sobre aparte.

Para la organización de la operación y para la rendición de cuentas acerca de la misma se dice en el apartado VII que toda la responsabilidad recaerá sobre el sustituto de Yezhov, Mijaíl Frinovski, y sobre el grupo especial creado para su realización. Las actas sobre la ejecución de las sentencias serán enviadas de inmediato, junto con la ficha del registro, al Departamento Octavo de la Administración Central de la Seguridad del Estado del NKVD. Sobre la continuidad de la operación se debe informar por telégrafo y correo ordinario cada cinco días:

Es preciso informar de inmediato por telégrafo sobre todos los nuevos grupúsculos contrarrevolucionarios descubiertos, sobre el surgimiento de cualquier exceso, intento de fuga, formación de bandas o de grupos de asaltantes y otros incidentes extraordinarios. Durante la organización y realización de dicha operación es preciso agotar todas las medidas para que en ningún caso se produzca lo siguiente: que los represaliados pasen a la clandestinidad; que se produzcan fugas del lugar de confinamiento, y mucho menos fugas al extranjero; la formación de bandas de ladrones y asaltantes o cualquier otro exceso. Los intentos de acciones contrarrevolucionarias activas han de ser esclarecidos a tiempo y evitados de inmediato.[42]

El Politburó acordó asegurar la operación con los correspondientes recursos financieros y humanos, entre otras cosas con un total de setenta y cinco millones de rublos, de los cuales veinticinco millones estarían destinados a los gastos de transporte. Se instruyó a las administraciones de los campos para recibir a los condenados de la categoría segunda. Otras organizaciones, como el Partido y el Komsomol, estaban obligadas a apoyar con personal la operación.

La orden 00447 preveía el arresto de un total de 268 950 personas, de las cuales debían ser fusiladas 75 950. En el transcurso de la operación, la cifra prevista para los arrestos se elevó a 753 315 personas, de las cuales 183 750 (incluidos 150 500 fusilamientos) fueron arrestadas por acuerdos del Politburó del Comité Central del Partido, mientras que otros 300 000 arrestos fueron el resultado de una orden de Yezhov transmitida por telegrama, sin ningún acuerdo formal de la dirección del Partido. Hasta el final de la operación en noviembre de 1938 se condenó a 767 397 personas, 386 798 de ellas de acuerdo con la categoría primera.[43] Más de la mitad de las condenas dictadas en la llamada «Operación Anti-Kulaks» (un 50,4%) fueron condenas a muerte; solamente entre el 5 y el 31 de agosto se dictaron, durante

esta operación—la orden 00447—, 150 000 condenas, y se fusiló a 30 000 personas.[44]

Paralelamente a la operación masiva prevista de acuerdo con la orden 00447, que se inició el 5 de agosto de 1937, se fueron iniciando y realizando, poco a poco, otras operaciones masivas, que respondían sobre todo a criterios nacionales:

La llamada «Operación Alemana», de acuerdo con la orden 00439, se inició el 29 de julio de 1937 y dio lugar a un total de 55 005 condenas, de ellas 41 989 condenas a muerte (un 76,2%). A partir del 29 de julio debía arrestarse a todos los ciudadanos alemanes que trabajaran en empresas militares o en obras destinadas a la defensa del país o en los ferrocarriles, y se les debía despedir de sus puestos de trabajo, y esto incluía también a aquellos alemanes que se habían establecido en la región y vivían allí.[45]

La llamada «Operación Polaca», según la orden 00485, se inició el 20 de agosto de 1937 y dio lugar a un total de 139 835 condenas, 111 091 de ellas a muerte (un 79,4%).[46]

La «Operación Letona» se inició el 3 de diciembre de 1937 y dio lugar a un total de 22 360 condenas, entre ellas 16 573 condenas a muerte (un 74,1%).[47]

La lista de órdenes y operaciones masivas todavía no está completa con ello.[48] Otras operaciones afectaron a los rumanos de Ucrania, a los finlandeses de la región de Carelia, a iraníes, afganos, griegos, estonios, búlgaros, macedonios, coreanos,[49] chinos,[50] emigrantes de Harbín[51] y otras minorías nacionales residentes en regiones fronterizas. Pero las operaciones masivas afectaron también a algunos grupos políticos especiales, como el antiguo Partido de los Socialrevolucionarios.[52]

Tanto la acción contra los «elementos antisoviéticos y criminales» como las operaciones masivas contra los miembros de minorías nacionales se prolongaron más allá del plazo previamente fijado. Las cuotas para los «elementos antisoviéti-

cos» se aumentaron mediante una orden del 31 de enero de 1938, debido al apremio llegado desde las regiones, y la realización de la operación se extendió hasta más tardar al primero de abril de 1938.[53] Las cuotas para las veintidós regiones del total de sesenta y ocho territorios administrativos de la URSS preveían la aprobación de 48 000 condenas a muerte y de 9200 penas de internamiento en un campo.[54]

Como ya había sucedido antes, llegaron desde las regiones solicitudes y consultas sobre un aumento de las cuotas. El secretario del Partido en el territorio alemán (*nemobkom*), por ejemplo, solicitó un permiso que afectaba a otras mil personas hasta el 15 de febrero de 1938; el secretario del Partido en Gorki, que ya había represaliado a 9600 «elementos antisoviéticos», pidió reprimir a otras tres mil personas de la primera categoría (fusilamiento) y a dos mil de la segunda (internamiento en un campo).[55]

Pero también se prolongó el plazo para represaliar a los «contingentes» nacionales.[56] La mayoría de las víctimas de la operación contra «los *kulaks*, los criminales y los elementos antisoviéticos» fueron asesinadas en los primeros meses tras ser emitida la orden 00447, y ello se extendió hasta finales de año; las víctimas de las «operaciones masivas nacionales» murieron en el año 1938. Mientras que la «Operación Anti-Kulak» «concluyó» a finales de 1937, la «operación masiva nacional» alcanzó su punto culminante en la primavera de 1938.[57]

La maquinaria de arrestos, condenas y asesinatos trabajaba a pleno rendimiento. En muchos lugares resultaba incluso difícil mantener el ritmo de las desapariciones de personas. Instituciones enteras tuvieron que suspender sus actividades por falta de personal, se paralizaron determinados procesos de trabajo y quedaron colapsados. Entre el arresto y la ejecución mediaban a menudo sólo dos días, pocas veces duraba más de dos semanas.[58] Las listas de arrestos ya estaban preparadas, pues desde la propia Revolución ya se ha-

bían registrado todos los elementos potencialmente sospechosos, y eran actualizadas una y otra vez según los datos más recientes. La represión podía recurrir a un amplio aparato de procesamiento de datos. Desde principios de la década de 1920, cada dirección regional de la GPU disponía de listas con distintas categorías de enemigos: antiguos funcionarios de la Administración zarista, antiguos guardias blancos, participantes en las revueltas campesinas durante la guerra civil, retornados, inmigrantes políticos, antiguos prisioneros de guerra, sacerdotes condenados, antiguos kulaks y campesinos arrestados. A ello se añadieron algunos renegados políticos y antiguos militantes del Partido, los cuales representaban un grupo nutrido y, en algunos lugares, superaban a los propios militantes activos.[19]

Cuando se agotaba la reserva de dichas categorías se hacía una selección arbitraria: «A partir de entonces empezó a anotarse en las listas cuántas personas procedían de una determinada capa social, de un determinado grupo profesional o sector de la economía». Debía mantenerse una especie de proporción. Los interrogatorios se llevaban a cabo en correspondencia con las exigencias de determinados patrones prescritos, y se procesaba a los acusados durante el tiempo necesario—entiéndase por ello el desgaste psicológico—para que sus confesiones se correspondieran con el patrón exigido (espionaje para los fascistas alemanes, para Japón, para el Servicio Secreto polaco, o para otros). De ese modo, siguiendo un principio que en cierto modo funcionaba como una cinta transportadora, se podían conseguir decenas de confesiones al día que más tarde serían presentadas ante la *troika*. Ello, a su vez, garantizaba decenas de condenas en cada sesión (casi siempre nocturnas); el récord en este sentido lo alcanzó la *troika* de Omsk el 10 de octubre de 1937, con 1301 condenas por sesión. Con una cantidad de quinientos casos cada noche—según informó Semiónov, el sustituto del jefe del NKVD en Moscú—era imposible centrarse en

ciertos casos individuales. Ello es válido sobre todo para el nivel más alto de la toma de decisiones, al cual le presentaban los «álbumes» con las sentencias ya preparadas de antemano, que debían ser confirmadas. De ese modo Vyshinski y Yezhov consiguieron confirmar entre mil y dos mil sentencias cada noche.[60]

Y aunque las discusiones sobre las cifras de víctimas aún no han acabado, hay una estadística presentada en el año 1953, a raíz de la muerte de Stalin, que muchos investigadores aceptan como un punto de partida realista. Según esa estadística, en el lapso de 1937 a 1938 los órganos de la Seguridad del Estado arrestaron a 1 575 259 personas, un 87% de ellas por razones políticas, de las cuales 1 344 923 (es decir, un 85%) fueron condenadas.[61] La cifra total de los internos en los campos y prisiones había aumentado entre 1937 y 1938 hasta 1 006 030 personas. Si en el pasado las estimaciones sobre las ejecuciones en los años 1937 y 1938 oscilaban entre las 500 000 y los 7 millones de personas, sí que se da por sentado que en ese período de tiempo fueron fusiladas 681 692 personas. Si se suman a ello los casos de muerte como consecuencia de las condiciones infrahumanas de los campos y prisiones, es preciso atribuir directamente a la ola represiva de esos años un total de 2 millones de muertes.[62] En lo porcentual, esto significa que 1,66% de la población entre los 16 y los 69 años fue arrestado en esa fecha y que se le quitó la vida a un 0,72% de la población.[63] Ello representa, incluso en medio de una cadena ininterrumpida de excesos de violencia como la que había vivido Rusia desde el comienzo de la guerra en el año 1914, un inconcebible «exceso dentro del exceso» (Alec Nove).

GUERRA MUNDIAL, GUERRA CIVIL

Las operaciones masivas se interrumpieron con el acuerdo del Politburó del 17 de noviembre de 1938. En el documen-

to firmado conjuntamente por Mólotov y Stalin se hacía un llamamiento a continuar la lucha contra los espías, los terroristas y los saboteadores, pero se criticaba al NKVD por haber cometido graves «errores» en su labor. No era el terror lo que se criticaba, sino las faltas cometidas durante el tiempo en que éste se desató. Se trataba más bien de incrementar la eficacia, de perfeccionar los métodos en la lucha contra los enemigos del poder soviético. Arrestos masivos no justificados durante las operaciones, «métodos de instrucción simplificados», actas confeccionadas de forma incorrecta, falsificadas: todo ello había estado en el orden del día, así como el impulso otorgado a esas prácticas por parte de la fiscalía. Todo aquello era obra del enemigo, que incluso había conseguido abrirse paso y penetrar en los órganos de la represión, es decir, el NKVD. Todas las prácticas ilegales y criminales que habían sido diseñadas por Stalin, el Politburó y el propio NKVD en los meses anteriores, que habían sido iniciadas y realizadas por esas instancias, eran presentadas ahora como obra del enemigo.[64] Poco después—el 23 de noviembre de 1938—Yezhov escribió a Stalin y dimitió de su cargo como comisario del pueblo para Asuntos Internos (ministro del Interior). Asumió entonces un nuevo cargo: el de comisario del pueblo para el Transporte Marítimo y Fluvial, mientras que Lavrenti Beria era ascendido a jefe del NKVD.[65] Al final de las operaciones masivas le siguió entonces el arresto y el asesinato del personal directivo del NKVD encargado de llevarlas a cabo, incluido el propio Yezhov, quien tras varios años de prisión en Sujánovka fue fusilado el 4 de febrero de 1940 en el sótano del edificio de la calle Varsonófievskaia, supuestamente por uno de sus «colaboradores para misiones especiales», V. Blojín. Sus cenizas, mezcladas con las de sus víctimas, fueron depositadas en una fosa común en el cementerio del monasterio de Donskói.

El número de víctimas y de asesinatos de esa magnitud sólo se encuentra en el transcurso de confrontaciones béli-

cas. El Gran Terror fue, en efecto, una guerra librada contra el propio pueblo.[66] Las cifras muestran a las claras que la mayoría de las víctimas no provenían de las filas de la «vieja guardia», no eran personas del *establishment* político, sino de la gran masa de la población. Los centenares de miles de personas perseguidas y asesinadas que se vieron afectadas por las operaciones masivas paralelas contra los «elementos antisoviéticos» y «nacionales» pertenecían a todos los estratos del pueblo. Las acciones constituyeron una forma de guerra contra un imaginario «enemigo interno», que supuestamente se había aliado con un enemigo externo que existía realmente. La confusión y la imposibilidad de abarcar las determinaciones que definían a alguien como enemigo, el ritmo homicida y atropellado de las operaciones, la violencia desbordante, muchas veces fuera de control, hacen que sea difícil situar esas operaciones bajo un denominador común. No obstante, es posible mencionar algunas líneas básicas de ese terror, y seguir el proceso de una «radicalización acumulativa» (Hans Mommsen).

La dirección soviética, en especial el propio Stalin, estaba convencida de que con la colectivización y la transformación del país como resultado de la campaña de industrialización había surgido una nueva sociedad en la que había desaparecido el antagonismo de clase; así se formuló ya en el año 1934 en el XVII Congreso del Partido. Ello constituyó también el trasfondo para el cambio de la Constitución, en la que debía eliminarse la discriminación de determinados grupos sociales—los campesinos, los miembros de las antiguas elites, de los partidos hostiles no bolcheviques—, ya que dicha discriminación había perdido sentido. Sobre esa base, y según la nueva Constitución del año 1937, debían tener lugar elecciones generales, libres y secretas (un proyecto que no era un mero ardid demagógico, sino que perseguía un fin concreto: conseguir que el débil régimen emergente, bastante estremecido, consiguiera un amplio apoyo de las masas y una ma-

yor legitimidad). El anuncio de esas elecciones y su preparación llenaron el calendario de todo el año 1937. Y el hecho de meterse en una empresa tan arriesgada hablaba bastante del aislamiento que padecía la dirección política del país, en especial el Politburó, así como del desconocimiento de estos últimos sobre la verdadera situación de la URSS. A pesar de las advertencias presentadas en el pleno de febrero-marzo de 1937, el Politburó siguió en sus trece, hasta octubre de 1937, en su línea de convocar unas «elecciones generales, libres y secretas», para las cuales cualquier ciudadano o ciudadana podía presentar su candidatura a los comicios. Esa línea sólo podía mantenerse en pie si se tomaban determinadas medidas de precaución, a fin de que cualquier otra alternativa en las elecciones fuera ahogada desde su propio germen. Y eso fue lo que sucedió: en efecto, eso fue lo que se hizo con las operaciones masivas contra los kulaks y contra los elementos antisoviéticos y criminales.

Todo lo que hubiera quedado en la sociedad soviética de elementos potencialmente autónomos, cuya acción conjunta pudiera poner en peligro al régimen y cuya activación durante la campaña electoral podía suponerse—o incluso comprobarse en casos muy puntuales—, fue eliminado. A más tardar en junio de 1937, la dirección política del país debió de sentirse presa del pánico, temiendo que, una vez cumplidas sus condenas de privación de libertad, una vez regresados del destierro o de los campos de internamiento a sus lugares de origen, los «kulaks», los miembros de los partidos no bolcheviques, los militantes expulsados de las filas del Partido Comunista—desde 1922 se había expulsado a 1,5 millones de militantes—, los restos de los antiguos sectores intelectuales, el clero (que podía presentarse a sí mismo como la voz de un pueblo que se sentía religioso), pero también aquellas personas cuya iniciativa y cuyo afán emprendedor habían sido criminalizados, que todos esos sectores, en fin, se unieran y conformaran una masa crítica que pudiera suponer una se-

ria amenaza para el débil régimen de Stalin, erigido sobre la base de la violencia. La liquidación controlada de centenares de miles de personas, de núcleos potencialmente autónomos, en medio de una sociedad agotada y traumatizada por las catástrofes sufridas, es la otra cara de las «elecciones generales, libres y secretas» que desembocaron el 12 de diciembre de 1937 en la formación del «Parlamento» soviético. Tanto el punto de partida—la publicación de la orden electoral y el acuerdo de las operaciones masivas, que se tomaron literalmente el mismo día, el 2 de julio de 1937—como el punto final—las operaciones masivas debían realizarse en un plazo de cuatro meses, hasta que se iniciaran las elecciones el 12 de diciembre de 1937—, apuntan a que la apertura de las elecciones y la liquidación controlada de potenciales rivales eran las dos caras de una misma moneda.[67]

Paralelamente—y con un mayor porcentaje de penas de muerte que en la «operación contra los kulaks»—, tuvieron lugar las llamadas «operaciones masivas nacionales». Cuanto más cerca estuviera de la frontera del país un grupo étnico-nacional, tanto mayor era la probabilidad de ser el blanco de dichas «operaciones nacionales», es decir, de la deportación o del asesinato colectivo; cuanto más fácil fuera para un grupo étnico identificarse con algún lugar de origen que quedara fuera de las fronteras soviéticas o con algún país que fuera un potencial enemigo, tanto mayor era la probabilidad de que fueran víctimas de las represalias.[68] Los arrestos y fusilamientos de los «contingentes nacionales» no tenían nada que ver con delitos realmente cometidos, sino con la idea de que se crearan quintas columnas, redes de espionaje, de colaboradores, todo con el trasfondo de la amenaza de guerra.[69] La «lógica» que unió en un mismo destino a coreanos y griegos, a finlandeses e iraníes, a alemanes y emigrantes de Harbín, a polacos y chinos, era la lógica de la amenaza real e imaginaria de la guerra, que convertía en sospechosos a todos los que parecieran ajenos, y que fue encauzada delibe-

radamente hacia una xenofobia que fuera capaz de unir por un instante a un país en quiebra. Al agravamiento de la situación interna a causa de las elecciones—unas elecciones que amenazaban con escapar al control de los dirigentes—le correspondió un agravamiento de la situación internacional, después de que hubieran fracasado todos los esfuerzos por crear un sistema de seguridad colectivo en Europa frente al fascismo: la derrota de la República española ya se perfilaba, y con la expansión de Japón en el interior de China las tropas japonesas se encontraban en la frontera con la URSS en el Lejano Oriente, con lo cual surgía el peligro real de una guerra en dos frentes. Es éste el punto al que se refirió Mólotov sesenta años después, con pleno convencimiento y obstinación:

Es preciso pensar que, aunque después de la Revolución repartimos golpes a diestro y siniestro y vencimos, seguían quedando restos de enemigos de los colores más dispares, los cuales, a la vista del peligro creciente de una agresión fascista, podían unirse. Al año 1937 hemos de agradecer el que entre nosotros, durante la guerra, no hubiera una quinta columna. Porque incluso bajo los bolcheviques hubo y hay gente que es leal y abnegada mientras todo va bien, cuando no hay peligros que amenacen al país y al Partido. Pero luego, cuando sucede cualquier cosa, empiezan a titubear y se pasan al enemigo. [...] Stalin, en mi opinión, seguía una línea totalmente correcta: puede que rodara alguna cabeza de más, pero a cambio, durante la guerra y después de la misma, no hubo titubeos.[70]

La idea de una solución final de la cuestión social—«Ponerle fin de una vez por todas»—, la resolución de eliminar todas las inseguridades e incertidumbres en una operación de asesinatos y arrestos a gran escala generó, en relación con el creciente peligro de guerra en Europa, un huracán de violencia de cuyas consecuencias autodestructivas la sociedad soviética ya no pudo recuperarse hasta el final. Paradójicamente

fue la sangrienta Gran Guerra patria, y sus veintisiete millones de muertos, el sustrato sobre el que el país se levantó de nuevo y recobró su fuerza.

«UNA VELA BLANCA EN EL HORIZONTE...»: TIEMPO DE SUEÑOS, MUNDOS INFANTILES

El cuadro de Aleksandr Deineka titulado *Futuros pilotos*, del año 1937, muestra a tres muchachos en un paseo de Sebastopol. Miran hacia el mar azul y siguen los movimientos de un hidroavión. En este cuadro, Deineka no sólo captó uno de sus paisajes de ensueño, la soleada Crimea, un lugar que visitó en repetidas ocasiones; no se trata únicamente de un homenaje del pintor a la belleza del cuerpo humano, sino también la invocación de un momento de ingrávida y perfecta dicha infantil. 1937 fue el año de los pilotos, y el querer ser piloto ocupaba un lugar destacado en la lista de deseos de cualquier chico o chica adolescentes.[1] Además de eso, aquél fue, de un modo especial, el año del niño.

Todo el mundo parecía girar en torno a la figura del niño. Una editorial especial para la literatura infantil se había fundado ya en el año 1936 por iniciativa de Maksim Gorki. Los libros para niños alcanzaban tiradas récord, y se fundaban grupos de teatro infantil.[2] Volvieron incluso los juguetes y las muñecas, durante mucho tiempo criticados como expresión de la educación burguesa. Había almacenes especiales para artículos infantiles, como «El Mundo del Niño». En 1937 se inauguraron en los parques culturales y recreativos toda clase de pequeñas ciudades infantiles.[3] En ciudades como Leningrado se aprovecharon las celebraciones por el aniversario de la Revolución para transformar antiguos palacios aristocráticos en palacios de pioneros, con todo lo que formaba parte de ellos: observatorios, laboratorios, cursos de idiomas y de juegos para armar. Entre los autores soviéticos más leídos figuraban los autores de libros infantiles: Kornéi

Chukovski, Samuil Marshak, Valentín Katáiev, Arkadi Gaidar y Lev Kassil. Algunos de sus libros se convirtieron en clásicos, y no sólo en la URSS. Los célebres autores de libros para niños trabajaban también como autores de guiones de películas infantiles. Después de que los cuentos estuvieran mal vistos durante mucho tiempo, apareció de pronto una avalancha de películas sobre cuentos de hadas: clásicos como la versión cinematográfica de *Ruslán y Liudmila*, de Pushkin (1939), o *Vasilisa la bella* y *La reina rana*. En 1937 llegaron a la pantalla películas de aventuras, las de Masha y su perro *Pushka* en *Aventura en el aire* (1937), las andanzas de *Petrushka* y *El hombre distraído*, según la obra de Samuil Marshak (1937 y 1938), y, finalmente, el clásico de la literatura infantil, que tanto atrapó a varias generaciones de niños, *El doctor Aibolit*, de Kornéi Chukovski, que legó a las pantallas en el año 1939. Otras películas de éxito fueron *Los hijos del capitán Grant* (1936) o *La isla del tesoro* (1938). En el año 1937 se estrenó también *Una vela blanca en el horizonte...*—estrenada primero como pieza teatral en el Teatro Infantil Central—, que más tarde se convertiría en uno de los filmes más exitosos, realizado según el libro de Valentín Katáiev, que cuenta las peripecias de la Revolución de 1905 en Odesa desde la perspectiva de Gavrik y Petia. Una historia de la Revolución en forma de historia de aventuras, Odesa como un gigantesco terreno de juego, con un montón de figuras estupendas y una trama de suspense: no se trataba de burdos filmes de agitación destinados a los más pequeños, sino de narraciones en las que se hablaba de aventuras, de solidaridad, de ayuda a los más débiles, de amistad, de una buena relación con los padres y los maestros, de cosas tan sencillas como la decencia y un comportamiento correcto. A millones de niños se les leían estos libros en voz alta antes de que acudieran a la escuela, y de ese modo aprendían algo sobre las normas de una convivencia adecuada entre las personas.[4]

En muchos sentidos, el año 1937 fue, para los niños y los

adolescentes, como otro cualquiera: un año escolar en el que había que estudiar mucho y aprobar exámenes, en el que los días festivos y las celebraciones por el aniversario de la Revolución eran una interrupción bienvenida en la rutina de la escuela: «Yo estoy feliz y satisfecho, la escuela me da tantas alegrías que casi no puedo soportar estar en casa».[5] En ninguna otra parte la avidez por adquirir cultura, por leer libros, parecía mayor que en un país en el que, con la Revolución, todo había salido de quicio, donde la añoranza por un regreso a una cotidianidad ordenada era enorme. En esa cotidianidad había disgustos con los maestros, noches en las que se ensayaban los primeros pasos del *foxtrot*, en un año en el que, como siempre, hubo vacaciones largas, que tal vez incluyeran un viaje a un campamento de pioneros junto al mar Negro. Hay visitas a la galería Tretiakov o a las fiestas de mayo del parque Sokólniki. Unas se preguntan cómo conseguir medias de seda, otros lloran por la muerte de un gatito o describen su duelo después de una apasionada aventura amorosa. En el horizonte perceptivo de los niños y adolescentes también aparecen los principales acontecimientos de 1937, y de repente aparece una nota sobre el estreno de *La Princesa Turandot* junto a la anotación sobre el final de los procesos públicos, como vemos en el diario de Nina Kostérina:

Breve resumen del mes de enero: los doce días de vacaciones se fueron demasiado rápido. No estuve en el campamento de vacaciones. Casi todos los días monto en patín y voy muy a menudo al teatro. En enero vi, entre otras cosas, *El sufrimiento es producto de la razón* y *La princesa Turandot*. Ahora ha comenzado el segundo juicio contra los trotskistas. Cosas terribles salen a la luz. Probablemente todos serán fusilados.[6]

Una alumna despierta como Nina Kostérina—hija de un antiguo miembro del Partido Socialrevolucionario que, al iniciarse la guerra en 1941, se había presentado de inmediato

al frente, donde caería en su primer combate—registra en su diario todos los grandes acontecimientos que, en un principio, permanecerían sólo al margen: la Constitución, las celebraciones por el aniversario de Pushkin, la muerte de Ordzhonikidze. En este año hay incluso momentos de dicha. Nina Kostérina anota al final del año 1937 en su diario:

Pienso en la historia de nuestro amor. No empecé a vivir en realidad hasta la primavera de 1937. Desde entonces, mis vivencias más hermosas, mis sentimientos y pensamientos están unidos a ti. Tú eres una parte de mi vida, y arrancarte de esta vida es algo imposible, y me causaría mucho, mucho dolor...[7]

El horror «tiene lugar», y va ocurriendo hasta que pasa a un primer plano en una dramática secuencia de catástrofes, destruyendo la vida de esta joven y de su familia. El diario de Nina Kostérina—como los diarios de muchas otras personas—es un testimonio de cómo el mundo sagrado de centenares de miles de niños se resquebrajó. Las anotaciones de diario son como relámpagos de una luz enceguecedora. En ellos habla el horror, el desconcierto, el miedo, la desesperación, incluidas las ideas de suicidio. Ya no se hablaba de personas cuyos nombres se conocían por los periódicos, sino del tío, del maestro, de compañeros de trabajo del padre, e incluso del propio padre. Noticias sobre el arresto de familiares llegaban desde otras ciudades. Nina Kostérina llevaba un libro sobre la terrible espera en las colas ante la taquilla del edificio del NKVD en la Kuznetski most, también sobre el hecho de que las cartas ya no llegaran a sus destinatarios.

Nina escribía el 25 de marzo de 1937:

Ha ocurrido algo extraño e incomprensible. El tío Misha, el hermano de papá, ha sido arrestado, y también su mujer, la tía Ania. Irma, nuestra prima pequeña, ha de ser llevada a una residencia infantil. Se dice que el tío Misha ha estado participando en una

conspiración contrarrevolucionaria. ¿Cómo es posible algo así? El tío Misha pertenece al Partido desde los primeros días de la Revolución. ¿Y se supone que ahora es un enemigo del pueblo?[8]

Un mes después, el 16 de abril de 1937, anotaba:

Mi cumpleaños pasó inadvertido. Sólo Tonja me regaló un monederito rojo. Los demás ni se enteraron. [...] Y encima ha sucedido algo terrible e incomprensible: han arrestado al padre de Stella. Dicen que era un enemigo del pueblo...[9]

Las noticias se agolpan. Así, vemos cómo la joven se entera, el día 22 de mayo de 1937, de lo siguiente:

En casa sucede algo terrible. El desaparecido tío Misha ha regresado. En realidad había venido a Moscú para buscar ayuda para su hermano, arrestado en Bakú. Fue al NKVD en busca de justicia, y lo arrestaron de inmediato. Ahora el tío Misha parece totalmente perturbado. Habló de las cosas más horribles que tuvieron lugar en Bakú, y mientras hablaba miraba constantemente a su alrededor, aunque estaba hablando muy bajito. En el NKVD lo interrogaron acerca de todo. Al dejarlo libre, le aconsejaron que se olvidara de su hermano. Por la noche nos divertimos un poco, pues a fin de cuentas el tío Misha aún está libre.[10]

Pero las detenciones acabaron afectando a los propios niños, que se quedaron huérfanos, solos en el mundo. No siempre se encontraban familiares, o no siempre éstos estaban dispuestos a acoger en sus casas a los hijos de los arrestados «enemigos del pueblo» o de los «espías». A menudo fueron las abuelas o las niñeras las que acogieron y criaron a las desamparadas criaturas.[11] A los cuatro millones de huérfanos que había generado la guerra, la Revolución, la guerra civil y el caos general—y que vagaban por el país sin hogar, muchas veces organizados en bandas—se añadió una nueva genera-

ción de hijos sin padres. Desde que fuera aprobada la ley de 1932, esos niños ya no podían contar con ninguna condescendencia. Hasta los niños de doce años podían ser condenados a muerte. En las fosas comunes de Bútovo se han encontrado también cuerpos de adolescentes que fueron ejecutados. Atrás habían quedado los tiempos en los que, por lo menos de palabra, los jóvenes eran rehabilitados gracias a la llamada «rehabilitación», mediante el trabajo y reinsertados. Atrás quedaban también la retórica y los experimentos de reformas pedagógicas que habían fascinado a tantos visitantes extranjeros, confundiéndolos. La nueva línea exigía tomar en serio a los niños y adolescentes como si fueses «adultos pequeños»:

> El niño soviético, incluso el más pequeño, se interesa con avidez por todo lo que sucede a su alrededor. [...] Es más, el niño soviético no se da por satisfecho con el papel de observador pasivo, y él mismo toma parte en la vida y en la lucha de los mayores.[12]

El niño, como «adulto pequeño», fue arrastrado a esa campaña por mantener la vigilancia, debía aprender a identificar a los hipócritas, a desenmascararlos, y debía aprovechar su curiosidad infantil para descubrir conspiraciones y saboteadores. La película prohibida de Serguéi Eisenstein de 1937 mostraba a uno de esos chicos alerta y vigilante—*Stiopok*—, y lo convertía en un héroe copiado de una figura real de niño, la de Pávlik Morózov. La educación del hijo que desenmascara a su propio padre, que es denunciado por ello y asesinado, es otro motivo de los mundos infantiles del año 1937.[13] Pero el régimen ni siquiera confiaba en aquellos niños que, según la opinión oficial, no eran responsables de los actos de sus padres. Por ser hijos de enemigos del pueblo y de elementos antisoviéticos, apenas tenían oportunidad de encontrar una plaza para cursar estudios superiores, un puesto de trabajo normal o incluso algún apoyo.[14]

La avalancha de arrestos y ejecuciones del año 1937 generó a su vez una avalancha de huérfanos, y uno de los lugares que acogió esa avalancha fue la Danilovka, un reformatorio infantil—*detpriomnik*—instalado en el antiguo monasterio de Danilov, transformado para tales fines y situado al sureste de Moscú, uno de los monasterios más antiguos que databa del siglo XIII. Ya en la década de 1920 se habían trasladado los restos de los grandes de la cultura rusa que yacían enterrados allí, entre ellos Nikolái Gógol. La catedral de Pokrovski había sido transformada hacía tiempo en una prisión, y la imagen del altar había sido sustituida por un retrato de Yezhov. Más de cinco mil niños pasaron por el monasterio solamente en el año 1931. En 1935 la institución tenía unos mil inquilinos, y cada celda, antes ocupada por un monje, era ahora un atestado pandemonio. A la Danilovka enviaron en 1937 a los hijos de los enemigos del pueblo más destacado: el hijo de Nikolái Bujarin, las hijas de Alekséi Rykov y de Gueorgui Piatákov, el hijo del antiguo jefe del NKVD Guénrij Yagoda, los hijos de algunos comisarios del pueblo y de militares de alta graduación.[15] Allí los chicos esperaban a ser enviados a campos creados especialmente para los hijos de los enemigos del pueblo, en zonas rurales como Dnipropetrovsk, Odesa o Kazajistán. La orden 00486 del 15 de agosto de 1937 decía:

> Los hijos de los condenados, niños socialmente peligrosos, habrán de ser encerrados según su edad, el grado de peligrosidad y las posibilidades de rehabilitación, en los campos y colonias reformatorias del NKVD, o serán alojados en residencias infantiles especiales de los Comisariados del Pueblo para la Educación.[16]

El año 1937 significó el nacimiento de una generación sin padres, de miles y miles de niños que habían perdido a sus padres o que jamás volvieron a verlos. No resulta difícil entender que exista una relación entre la pérdida del padre y el establecimiento del culto a Stalin como el Gran Padre de todos.

YEZHOV EN EL TEATRO BOLSHÓI: EL ACTO CONMEMORATIVO DEL VIGÉSIMO ANIVERSARIO DE LA CHEKÁ

EN EL CENTRO DE MOSCÚ: LA VISIBILIDAD DEL PODER, *786* — DISCURSOS CONMEMORATIVOS Y MÚSICA EN MEDIO DE LOS ASESINATOS MASIVOS, *790* — OVACIONES PARA LOS VERDUGOS: «MORITURI SALUTANT», *795*

Ese mismo año 1937, el NKVD y las organizaciones que lo precedieron cumplían veinte años de existencia. Un acto solemne organizado en el Teatro Bolshói el 20 de diciembre de 1937 debía recordar la fundación de la «Comisión Nacional Extraordinaria para Combatir la Contrarrevolución, la Especulación y el Sabotaje», cuya abreviatura era *Vecheká* o *Cheká*, creada el 20 de diciembre de 1917 por un decreto de Lenin; después de 1922, la comisión quedó reorganizada bajo la dirección de su presidente, Féliks Dzerzhinski, con el nombre de «Administración Política Estatal Unificada» (OGPU), y en el año 1934 las distintas instituciones encargadas de la policía y la investigación se fusionaron en el «Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos» (NKVD). Era lógico, pues, que el acto tuviera lugar en el Teatro Bolshói.[1]

EN EL CENTRO DE MOSCÚ: LA VISIBILIDAD DEL PODER

El Teatro Bolshói era el recinto más solemne y representativo del que disponía la capital, aparte de la Sala del Plenos en el Gran Palacio del Kremlin, la cual estaba reservada para

los congresos del Soviet y del Partido. Desde la transformación del antiguo Teatro Imperial en el Gran Teatro Estatal Académico en el año 1917, el teatro había sido utilizado una y otra vez como lugar de los actos conmemorativos de los acontecimientos fundamentales de carácter político estatal, lo que había convertido el lugar en una auténtica tribuna de la política del poder soviético. En el Teatro Bolshói se había presentado en 1920 el plan para la electrificación de Rusia: el GOELRO. A finales del año 1922 fue el escenario de la constitución de la URSS. Los aniversarios de la Revolución de Octubre eran celebrados en medio del esplendor del antiguo Teatro Imperial. Y así había sucedido, últimamente, el 6 de noviembre de 1937, cuando la película *Lenin en octubre*, terminada para la ocasión, fue estrenada en el Teatro Bolshói.[2] Ello no sólo era expresión de la escasez de espacios públicos que sufría Moscú—la construcción del gran Palacio de los Soviets había sido aplazada en repetidas ocasiones y en el año 1937 sólo estaba en sus comienzos—, sino que el apropiarse de la sala pública más representativa de la antigua Moscú formaba parte del programa político. Ello se pone de manifiesto claramente en una pintura de la época: la clase obrera, vestida de gala, ha ocupado su puesto en los palcos de la antigua clase dominante, bajo la luz de las arañas doradas y delante de las cortinas de terciopelo.[3] Aparte de eso, el Teatro Bolshói—aunque ello es válido también en cierto sentido para otros teatros moscovitas como el Teatro Vajtángov, el Teatro de Artistas de Stanislavski y el Pequeño Teatro—se había convertido en uno de los pocos lugares donde la clase dirigente del régimen aparecía ante los ojos de un auditorio y donde se producía—aunque fuera de un modo abstracto y protegido—una toma de contacto entre la cúpula dirigente y la «sociedad»:

Por la noche, en el Bolshói con *Natalka-Poltavka*. Una puesta en escena de la compañía invitada de la Ópera de Kiev. Me senté

en el palco de la dirección, directamente al lado del escenario. El palco estaba a reventar. Antes de que comenzara el segundo acto, aparecieron enfrente, en el palco del Gobierno, Stalin, Mólotov y Ordzhonikidze. Después de la función, todos los actores se reunieron en el escenario y aplaudieron a Stalin, y el teatro entero se unió a las ovaciones. Stalin saludó a los cantantes desde el palco y aplaudió.[4]

La asistencia al teatro—sobre todo en los excelentes escenarios de la capital—era un privilegio que la cúpula dirigente y su escolta aprovechaban con presteza. Aparecían repetidas veces en los palcos del Gobierno reservados para ellos, y su aplauso o el abandono de la función podía interpretarse como una valoración positiva o como una crítica. No pocas veces en las funciones se producían manifestaciones de aplauso del público dedicadas a la cúpula dirigente. Aparecer en el Teatro Bolshói significaba pertenecer al círculo más íntimo del poder y desaparecer de allí equivalía a una caída, a la muerte. Justamente en el año del aniversario de 1937, sobre todo en los meses de noviembre y diciembre, quedaría claro en qué medida el Bolshói se había establecido como un lugar de representación del poder. Funciones de ópera al estilo clásico—como *Iván Susanin*—, nuevas puestas en escena como la de *El Don apacible* y *El acorazado Potemkin* alternaron con actos de Estado. Hubo una oleada de asambleas y actos que recorrió la capital. El primero de diciembre se conmemoró, con asambleas y celebraciones en las fábricas, el asesinato de Kírov hacía tres años. Los días 5 y 6 de diciembre toda la ciudad—sus parques, sus plazas, sus casas de cultura, las salas de conferencias universitarias, los clubes obreros, las salas de entrada de las estaciones del metro y los teatros—se convirtió en un enorme lugar de asambleas: los candidatos a las elecciones para el Soviet Supremo se presentaban ante sus electores, acompañados de bailes multitudinarios, bandas de metal, competiciones de es-

quí y espectáculos acrobáticos, todo hasta altas horas de la noche. Los periódicos hablaron de una participación en los actos con carácter de fiestas populares de centenares de miles de personas, aunque mientras tanto continuaban los arrestos.[5] También la presentación de Stalin como diputado del distrito electoral que llevaba su nombre tuvo lugar el 11 de diciembre en el Teatro Bolshói. Las elecciones del 12 de diciembre debían convertirse en una demostración de la «unidad de militantes y no militantes». Los colegios electorales ya estaban abiertos desde la seis de la mañana, la votación se convirtió en un acto colectivo, solemne y escenificado en todos sus detalles. Más de noventa millones de personas habían participado en las elecciones en toda la unión, un 96,5% de los ciudadanos con derecho a voto.[6] Y el 16 de diciembre, nuevamente, más de un millón de personas celebraron en la Plaza Roja a los diputados recién electos. Toda la ciudad estaba en movimiento, y desfiló en columnas hacia el centro, bajo el sonido de las campanas de la torre Spásskaia, de las consignas y canciones que resonaban en los altavoces.[7] Un 90% de las personas con derecho a voto se había pronunciado en favor del «bloque de los comunistas y los no afiliados a ningún partido».[8]

El final del movimiento asociado a la campaña electoral se entrecruzó con otro movimiento: la capital se preparó para la fiesta de Año Nuevo, que, en su significado, debía sustituir a la antigua festividad navideña de la Iglesia ortodoxa. Los periódicos estaban repletos de anuncios y de publicidad. Quien todavía quisiera obtener una plaza en una de las salas de baile para el Nuevo Año—en la del hotel Novamoskóvskaia, la del Savoy, la Nacional o la del Metropol—tenía que haberla reservado ya a mediados de diciembre. Quien quisiera contar con pastelería navideña, tartas o pasteles para los días festivos, tenía que hacer su pedido por anticipado en la pastelería Aurora (Petróvskie linii), en la Praga (en el número 2 de la plaza Arbátskaia), en la Livorno (Rozhdestvenska, núme-

ro 6) o en la Sport (Leningradskoie, 9). En numerosas plazas centrales de la capital—por ejemplo, en la plaza Trubnaia o también frente a las obras del Palacio de los Soviets—se vendían árboles de Navidad. Hacia finales de año, la ciudad entró en una recta final; también la construcción del superhotel Moskvá, que pretendía ser inaugurado en Año Nuevo con una gala para cuatrocientos invitados, debía quedar acabada.[9] Y luego, el 12 de enero de 1938, el recién elegido Soviet Supremo se reunió para su primera sesión.

DISCURSOS CONMEMORATIVOS Y MÚSICA EN MEDIO DE LOS ASESINATOS MASIVOS

En los discursos pronunciados durante la celebración del aniversario de la Cheká resonó el recuerdo de los días heroicos de la Revolución y la guerra civil, cierta nostalgia por aquellos compañeros de lucha, sobre todo por los fundadores de la Cheká, como Féliks Dzerzhinski (una y otra vez mencionado como distinguida y noble figura de «caballero de la Revolución»), pero, en esencia, aquélla fue la celebración de una organización que acababa de provocar un baño de sangre y estaba a punto de incrementarlo. En diciembre de 1937, la operación masiva iniciada de acuerdo con la orden 00447—contra kulaks y elementos antisoviéticos y criminales—ya había concluido por todo lo alto, y hallaba su continuidad en las operaciones masivas contra los llamados «contingentes nacionales». La foto en primera plana del *Vechérnaia Moskvá* mostraba a los organizadores responsables de esas operaciones sentados lado a lado en la tribuna: Kaganóvich, Andréiev, Chkiriatov, Voroshílov, Zhdánov, Yezhov, Bratanovski y Mólotov. Allí también había tomado asiento Dimitrov. El orador principal de la velada fue Anastás Mikoián. El propio Stalin se les unió para el concierto solemne que se ofreció tras la pausa.[10] Además, comparecieron la camarada Maksímova, de la Fábrica de Automóviles

Stalin, y una trabajadora de la fábrica Triójgornaia, las cuales aseguraron que el NKVD, en su labor, podía confiar en el apoyo del pueblo. También el vicecomisario del NKVD, Mijaíl Frinovski, evocó en su discurso los «lazos indestructibles entre los chekistas y el pueblo soviético».[11]

En la tribuna se encontraban algunos de los principales responsables de la ejecución, medio año antes, de las operaciones masivas, los que habían viajado a las provincias para controlar y garantizar el cumplimiento de las operaciones, los mismos que, en los meses anteriores, en determinados días, habían estampado su firma bajo las miles de penas a muerte propuestas por las Comisiones Extraordinarias y que, en ocasiones, habían tomado cartas en el asunto personalmente: en los interrogatorios o mediante el uso de la violencia física.[12] Cuando uno mira hacia la sala de espectadores del Teatro Bolshói, ve al fondo, en los palcos bañados en oro, una pancarta con la siguiente consigna: «¡Viva el NKVD!». Puede distinguirse a algunos hombres bien vestidos, también a algunas mujeres. Con el trasfondo de los procesos de decisión, las sesiones y las disposiciones de ejecución, esta asamblea conmemorativa del 20 de diciembre sólo supone un respiro en los asesinatos masivos. Sólo en el campo de tiro de Bútovo, en Moscú, fueron ejecutadas, el día 19 de diciembre de 1937, en vísperas de la celebración, ciento cincuenta y cuatro personas; y el 22 de diciembre, dos días después, se ejecutó a otras sesenta y dos;[13] uno de los firmantes de esas órdenes de ejecución, Stanislav Redens, el jefe del NKVD moscovita, estaba sentado en la tribuna en esa celebración. Los invitados a la ceremonia, que habían llegado a la capital desde los distintos puntos donde prestaban sus servicios, se separarían poco después para seguir cometiendo otros asesinatos. Ya antes del comienzo de las operaciones masivas, el 27 de julio de 1937, Yezhov, en la sesión del Presídium del Comité Ejecutivo Central de la URSS con motivo del otorgamiento de unas órdenes a colaboradores del

NKVD, había declarado que «intentaremos justificar con hechos la enorme confianza que han depositado el Partido y el Gobierno en nosotros, y que hoy se pone de manifiesto con el otorgamiento de estas órdenes. ¡Juramos al pueblo soviético, a nuestro Partido y nuestro Gobierno, así como al líder de nuestro Partido, que en la lucha contra el enemigo seremos tan implacables como antes!» (atronadores aplausos). Yezhov prometió formar a «hombres nuevos», una «nueva cohorte de gloriosos chekistas».[14] La celebración por el aniversario—según se plantea en la orden interna emitida acerca del homenaje al NKVD—debía «movilizar más que nunca a todos los chekistas del NKVD (*narkomvnudéltsy*) para la lucha contra todos los enemigos del pueblo soviético, aguzar la mirada y elevar la vigilancia y la entrega de todos los colaboradores del sistema soviético».[15] El discurso de Mikoián es un homenaje a la organización del terror estatal revolucionario, una invocación de la indisoluble unión del aparato con la población, una advertencia ante el peligro de bajar la guardia y el anuncio de que el terror continuaría. Su discurso es interrumpido una y otra vez por «aplausos atronadores y continuos». Mikoián ofrece un panorama histórico escueto. El camino recorrido desde la Cheká y la OGPU hasta el NKVD reflejaba a las claras el camino recorrido por todo el país. La organización había continuado desarrollándose desde su fundación. Mikoián repasa una vez más en su discurso el paisaje de la guerra civil: el Petrogrado del año 1919, Bakú, las luchas en el Lejano Oriente, en las costas del mar Negro, y habla de todo corazón para los antiguos luchadores y voluntarios.[16] Tras la época de la lucha contra la contrarrevolución armada y abierta, contra la especulación y el sabotaje, la organización fue reestructurada—la OGPU—, a fin de protegerse frente a las nuevas formas de sabotaje, el desviacionismo, la contrarrevolución económica y el espionaje. A continuación, Mikoián aborda la tercera etapa, la época de la colectivización:

¿Qué significa guiar hacia la senda del socialismo a cien millones de campesinos que durante siglos trabajaron en una feroz competencia entre sí, cada uno para sí mismo? ¿Qué significa lograr que esos cien millones de pequeños propietarios individuales, que jamás fueron socialistas, empiecen a trabajar de un modo socialista, en conjunto, de forma colectiva?[17]

Resultaba fácil hablar de ello entonces, después de que se consumara la «transformación social más profunda en la historia de la humanidad». Acto seguido, Mikoián desplegaba todo el arsenal imaginable de enemigos, a fin de evocar en la memoria la lucha a vida o muerte entre el poder soviético y los kulaks y sus aliados, los cuales, a medida que su situación se hacía cada vez más desesperada, se volvían más duros, más malvados, más astutos. La victoria sobre ellos incluso había traído consigo que la certeza del triunfo hiciera estragos, y que el enemigo se infiltrara en las filas del Partido, en las instituciones del poder soviético y hasta en los órganos del NKVD. El «embotamiento de la vigilancia de clase y la despreocupación» habían permitido a los enemigos cometer sus crímenes durante largo tiempo con absoluta impunidad. El mérito de Yezhov había consistido en afilar de nuevo la espada de la Revolución, llevando al NKVD a la altura de su misión, en la medida en que desenmascaraba al enemigo infiltrado en los órganos penales y represivos del Estado proletario, decía, refiriéndose al antecesor de Yezhov, Guénrij Yagoda. Por un lado, estaba el universo de los enemigos—la «banda de espías trotskistas-bujarinistas-japoneses-alemanes»—, y por el otro estaba el «Ejército de los investigadores soviéticos». Yezhov había creado en el seno del NKVD todo un «esqueleto notable de chekistas y de investigadores soviéticos» y había impuesto el estilo estalinista de trabajo de ese organismo. El discurso está impregnado por el vocabulario de la dureza, la crueldad, lo despiadado. Mikoián también expresa su simpatía hacia los miembros del NKVD, siempre sobrecargados de trabajo:

Los colaboradores del NKVD trabajan mucho. El suyo es un trabajo difícil y exigente, muy agotador, pero creo que los miembros del NKVD, en el vigésimo aniversario de su lucha, pueden estar satisfechos de sus victorias y del amor que les profesa el pueblo al que sirven.[18]

A continuación Mikoián cita ejemplos del apoyo de la población al NKVD: pistas, denuncias, sobre todo acerca de ciudadanos soviéticos no rusos desenmascarados como agentes del enemigo externo, de accidentes de tren, de intoxicaciones masivas de obreros y campesinos en cantinas, de infecciones en hospitales, de epidemias. Muchos de esos crímenes habían sido destapados y abortados por el NKVD. A éste le protegía, como al Ejército Rojo, la población. Desde hacía dieciséis años, continuaba Mikoián, el peligro de una guerra que podía desatarse en cualquier momento pesaba sobre todo el país. Mikoián, cuyo discurso quedaba acallado por los aplausos, acabó con felicitaciones y pidiendo que el NKVD se mantuviera siempre «a la altura de los tiempos», que jamás «bajara al nivel del ciudadano aburguesado políticamente», que «actuara de forma clara y decidida», y que «fuera implacable en la lucha contra los enemigos del pueblo», pero que estuviera «exenta de todo pánico».[19]

Todo se resume en ese discurso: la legitimación militante del «filo de la espada de la Revolución» y el llamamiento a la destrucción implacable del enemigo. Con la advertencia sobre el aburguesamiento se pretende aludir, sencillamente, al miedo a la tranquilidad del día a día, a la normalidad de las épocas de paz. Mikoián dejaba bien claro que el NKVD era una institución del estado de excepción, y que necesitaba ese estado de excepción para continuar existiendo y poder desarrollarse. Los reunidos en el Teatro Bolshói tienen que haber sentido una vez más el escalofrío de sus intervenciones sangrientas durante la guerra civil, sobre todo contra los campesinos en el período de la colectivización. Recién re-

gresados del mundo de las condenas y de las ejecuciones en masa, tenían que sentirse agradecidos por ese afecto, y por la certeza de que ellos—tal vez los mejor informados acerca de lo que el pueblo pensaba respecto a lo que estaba ocurriendo en el país—, precisamente, fueran los «preferidos del pueblo». Pero en ese discurso hablan también el miedo y el pánico de los ejecutores de aquellas operaciones masivas. La tensión del estado de excepción, el miedo justificado de poder ser el próximo en caer en aquella rueda trituradora, la orgía de una retórica de lo implacable, ¿qué mejor tono podía encajar con el vigésimo aniversario de una institución como la Cheká?

OVACIONES PARA LOS VERDUGOS: «MORITURI SALUTANT»

Todos los presentes en aquella reunión conmemorativa conocían la situación del país por experiencia propia, como bien confesó uno de ellos más tarde, durante un interrogatorio:

> Para nosotros, los de la Cheká, estaba más claro que para nadie, que el malestar se iba incrementando en el país, que sólo con los arrestos no se podría controlar la situación. [...] Era preciso cambiar de un modo radical la política del Comité Central del Partido.[20]

No pasaría demasiado tiempo para que ellos mismos se convirtieran en blanco de la recién azuzada «vigilancia». Ya en el Pleno del Comité Central de enero de 1938 se empezó a criticar a quienes habían «falseado la línea» del Partido, que se habían «propasado» o que «permitieron las expulsiones masivas del Partido o las detenciones en masa». De repente se hablaba de una «deficiente verificación individual de casa caso» y de otras cosas por el estilo. Los funcionarios del NKVD, se decía ahora, habían «tensado demasiado el arco» y «perdido el sentido de la proporción».[21]

Parecía repetirse lo que ya había ocurrido en la primavera de 1937, cuando el arresto del entonces comisario del pueblo Guénrij Yagoda desató una oleada de arrestos y suicidios en la cúpula del NKVD.[22] Yagoda y sus favoritos fueron inculpados de participar en una conspiración que, entre otros, incluía al Dmitlag, el campo de trabajo del canal Volga-Moscova, el cual sería utilizado como base logístico-militar en un plan que abarcaba la toma del Kremlin y el asesinato de los dirigentes soviéticos.[23] Los arrestos en esa línea continuaron a lo largo del verano de 1937, y a Yagoda lo fueron preparando para el papel que tendría que asumir en el inminente proceso público en su contra. El mérito de Yezhov, según el discurso conmemorativo de Mikoián, había sido descubrir la infiltración del NKVD y haberla destruido.

No era demasiado difícil encontrar «enemigos» dentro del aparato de represión comunista, tal y como éste se había formado a partir de la Revolución y la guerra civil. El cuadro sociológico de los cuadros directivos del NKVD en vísperas del año 1937 es elocuente. Es una copia de la «vieja guardia» de los años 1917-1920:

A finales de 1936, casi un 50 por ciento de los miembros directivos tenían más de cuarenta años y no eran de origen proletario. Un 48% tenía una formación media, y sólo el 14,5% había cursado estudios superiores. El porcentaje de los chekistas con muchos años de servicio era extraordinariamente alto, casi el 70% había iniciado su labor en los «órganos» [de seguridad] en los años comprendidos entre 1917 y 1920. También era importante la antigüedad en las filas del Partido Comunista: un 73% de los miembros directivos habían ingresado a las filas del Partido entre 1917 y 1920, y un 14,5% lo había hecho antes de 1917. Un 39% de los cuadros directivos era judío, un 8% era letón, un 4,5%, polaco, y sólo un 3% ruso. Lo más llamativo era el turbulento pasado político de los principales chekistas. Un 21% o de ellos habían pertenecido a los socialrevolucionarios, a los mencheviques, a los anarquistas o a la llamada «Liga Judía», es decir, habían pertenecido a partidos

o agrupaciones no bolcheviques. Un 1,8%, incluso, había combatido en las filas de los guardias blancos. En 1934, el porcentaje de los principales chekistas con un «pasado no comunista» era aún mayor: alcanzaba el 30%.[24]

En este grupo de dirigentes, política, social y étnicamente tan heterogéneo, había suficientes personas sobre las que podía recaer la sospecha de deslealtad o de animadversión al Partido y que, en la vorágine de un temor real o azuzado por la guerra, podían ser estigmatizadas como «extranjeros» o como «quinta columna».

Hubo de transcurrir un año para que el propio Yezhov perdiera su sitio: en abril de 1938 fue destituido y desplazado al cargo de comisario del pueblo para la Navegación Fluvial; más tarde, el 25 de noviembre de 1938, «dimitió» de su verdadero cargo. En agosto de 1938 Beria ascendió primero como sustituto suyo, y luego, el 25 de noviembre de 1938, fue nombrado comisario del pueblo para Asuntos Internos. Con la disposición del Comité Central del 17 de noviembre de 1938—«Sobre los arrestos y la prisión preventiva»—se mencionaron por primera vez ciertas «violaciones graves de la legalidad socialista» por parte de los órganos del NKVD, la obtención coactiva de confesiones y el uso de la tortura, con lo cual se dispuso el fin de las operaciones masivas.[25]

A partir de entonces, sólo faltaba un pequeño paso para que Yezhov fuera acusado como cabecilla de una conspiración y más tarde, el 4 de febrero de 1940, fuera condenado a muerte y ejecutado. Para entonces, hacía tiempo que había cambiado su puesto en la tribuna del Teatro Bolshói por una celda en la prisión de Sujánovka, mientras que su sustituto, Beria, dominaba la escena.

En el fondo, la purga del NKVD llevada a cabo entre los años 1934 y 1939 buscaba una nueva creación de esos «órganos»:

Desde 1934 hasta 1940, de los 322 jefes en los niveles republicanos, territoriales y de distrito fueron arrestados 241, lo que corresponde a casi un 75%. El punto máximo de las represalias se alcanzó en los primeros meses después de que Beria asumiera su cargo.[26]

Según las estadísticas, entre octubre de 1936 y agosto de 1938, durante el tiempo de mandato de Yezhov, se arrestó en toda la URSS a 2273 funcionarios de la Seguridad del Estado, de los cuales 1862 fueron acusados de delitos contrarrevolucionarios, lo cual suponía, según la cifra total de funcionarios de esa institución en marzo de 1937 (25 000), un 7,5%. La cifra total de funcionarios del NKVD arrestados entre 1937 y 1938 fue de 9500, e incluía también a las personas arrestadas en las filas de la milicia, las tropas guardafronteras y los bomberos, entre otros.[27] La renovación fáctica del NKVD se inició cuando Beria asumió el cargo, y dio lugar a una gran oleada de despidos y destituciones. En 1939 se despidió a 7400 funcionarios del NKVD, es decir, alrededor de un 23%, entre ellos también a algunos activistas del terror masivo vivido en la época de Yezhov. Pero sobre todo creció el aparato del NKVD. A principios del año 1941 el número total de funcionarios en los distintos departamentos de este organismo había llegado a más de 46 000, lo cual quiere decir que el aparato casi se había duplicado desde el año 1936, cuando contaba con 25 000 colaboradores. Más de la mitad de los nuevos chekistas se habían incorporado al NKVD a finales de 1938 o a principios de 1939.

Vista de ese modo, la reunión del 20 de diciembre de 1937 había sido una instantánea. Una vez Beria asumió el cargo, se sustituyó a cuatro de los cinco jefes de los departamentos principales; a 28 de los 31 jefes de departamento y a 69 de los 72 suplentes de la jefatura. Sólo uno de los cuadros directivos de servicio en la Lubianka en enero de 1935 murió de muerte natural:

De los jefes de la GUGB que prestaban servicios a primero de enero de 1938, sólo sobrevivió uno, diez de ellos fueron fusilados entre febrero de 1938 y febrero de 1940, y a Sluzki, el jefe del Departamento para el Extranjero, lo envenenaron en el despacho de Frinovski. [...] Muchos se anticiparon al esperado golpe del destino mediante el suicidio, y lo mismo sucedió en la Administración moscovita. Zakovski, que desde enero de 1938 era el jefe del NKVD de Moscú, fue degradado en abril de 1938 y enviado a la región de Kúibishev como comandante de un campo de trabajo. Él, su mujer y su hermana, una funcionaria del NKVD, fueron fusilados uno tras otro entre agosto y septiembre de 1938. Vasili Karutski, quien asumió el cargo de Zakovski en Moscú, se quitó la vida sólo tres semanas después de ocupar el cargo. Su sucesor, Vladímir Tsesarski, fue trasladado como comandante de campo después de tres meses en el puesto, y finalmente lo arrestaron y fusilaron—junto con otros muchos destacados chekistas—, en enero de 1940. El tiempo que duró en el cargo su sustituto, Aleksandr Zhurbenko, abarcó únicamente desde septiembre hasta noviembre de 1938; su sentencia de muerte fue ejecutada en febrero de 1940.[28]

EL ADIÓS DE BUJARIN

ÚLTIMAS PALABRAS, *802* — EL PROCESO PÚBLICO: EJERCICIOS DE DIALÉCTICA, *805* — LA LUBIANKA: UNA PRISIÓN COMO CENTRO DE PRODUCCIÓN, *811* — CARTA A KOBA, *815* — INFANCIA EN MOSCÚ HACIA 1900, *819*

El 2 de marzo de 1938 comenzó, tras un año de preparación, el tercer gran proceso público de Moscú ante el Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS. Como los procesos anteriores, éste también tuvo lugar en la Sala Octubre de la Casa de los Sindicatos. La acusación hablaba de «traición a la patria, espionaje, desviacionismo, terrorismo, labor de sabotaje, desmoralización del poder militar de la URSS y provocación de un ataque militar a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas».[1] Las vistas del juicio acabaron a altas horas de la madrugada del 13 de marzo con el anuncio de las sentencias. Dieciocho de los acusados fueron condenados a la «pena máxima», es decir, a la muerte por fusilamiento y a la confiscación de todos sus bienes; uno fue condenado a veinticinco años de prisión, dos a penas de privación de libertad de quince y de veinte años. Éste fue el juicio con los acusados más relevantes. Tres de ellos habían pertenecido al Politburó encabezado por Lenin—Bujarin, Rykov y Krestinski—, y Jhristián Rakovski, revolucionario de profesión nacido en el seno de una familia acomodada, había sido embajador de la URSS. Entre los acusados figuraban el jefe del NKVD, Guénrij Yagoda, y otros antiguos comisarios del pueblo—Arkadi Rozengolts, Mijaíl Chernov, Grigori Grinkó, Vladímir Ivanov—, secretarios regionales del Partido, como

Vasili Sharangóvich, de Bielorrusia, Faizullá Jodzháiev y Akmal Ikrámov, de Uzbekistán. Por otra parte, se hallaban sentados también en el banquillo de los acusados los secretarios de Yagoda, Kúibishev y Gorki, y tres médicos que eran considerados destacados especialistas de la URSS. Todo lo que hasta entonces se había «destapado» sobre distintas conspiraciones—la de los trotskistas, zinóvievistas, desviacionistas de derecha, nacionalistas burgueses, mencheviques, socialrevolucionarios, agentes de potencias extranjeras y saboteadores—se fundía ahora en una conspiración de conspiraciones, la de «la causa del bloque antisoviético de derechistas y trotskistas». Su cabecilla en suelo soviético era Nikolái Bujarin, una de las figuras más conocidas del Partido Bolchevique, célebre por su capacidad como teórico y designado por Lenin como el «favorito del Partido». Y puesto que las solicitudes de clemencia fueron rechazadas, las sentencias fueron ejecutadas de inmediato, el mismo 13 de marzo de 1938.[2]

El tercer proceso público de Moscú penetró en la conciencia de los contemporáneos y de la posteridad a través de las increíbles autoinculpaciones de los principales acusados, que eran todos, en realidad, viejos y probados revolucionarios. El hecho de que esos representantes de la «vieja guardia bolchevique» no sólo hubieran cometido aquellos crímenes horrendos de los que se les acusaba, sino que los confesaran con franqueza y conscientes de su culpa, fue algo chocante y enigmático. El embajador de Estados Unidos, que solía asistir regularmente al proceso, apunta: «Es algo espantoso». Sin embargo, al mismo tiempo siente «un nuevo despertar de su antigua capacidad crítica, la que se necesita para separar el trigo de la paja y valorar de una forma correcta la credibilidad de los testigos; en otras palabras: diferenciar lo verdadero de lo falso».[3] Arthur Koestler, que había conocido personalmente a algunos de los acusados y que había pasado él mismo por la escuela del comunismo partidista, erigió un monumento a los acusados en su novela *El cero y el infinito*, iniciada

en el otoño de 1938, donde crea con asombrosa precisión el personaje de Nikolái Rubashov. En 1947, Maurice Merleau-Ponty, en su estudio *Humanismo y terror,* retomaba una vez más la cuestión de «la teoría y la práctica de la violencia en el comunismo». Para ambos, las palabras finales de Bujarin en el juicio constituyeron el punto principal de referencia.[4]

Pero el alegato final de Bujarin en el proceso no fueron sus últimas palabras. Esas palabras se encuentran más bien en sus escritos en la prisión, redactados en un esfuerzo febril y muy concentrado entre el momento de su arresto el 27 de febrero de 1937 y el comienzo del juicio el 2 de marzo de 1938. Esos escritos nos dicen más sobre lo que ocurría en su interior que las actas del proceso, las cuales, por su parte, pasaron antes por el peine y el maquillaje de la censura.[5] En el año que estuvo preso en la Lubianka—con el juicio y una muerte segura en el horizonte—, Bujarin escribió cuatro amplios manuscritos.[6]

ÚLTIMAS PALABRAS

Bujarin conocía la sala en la que hablaba:

> Me parece que si empiezan a surgir ciertas dudas y vacilaciones en una parte de la intelectualidad de Europa Occidental y estadounidense en relación con los procesos que están teniendo lugar en Moscú, éstas aparecen, en primer término, porque ese público no entiende la diferencia fundamental de que en nuestro país el opositor, el enemigo, tiene esa conciencia doble, escindida. Y me parece que es preciso entender esto ante todo.[7]

Bujarin pretende que sus oyentes entiendan que en el caso de su confesión de culpabilidad no han desempeñado ningún papel ni los «polvillos tibetanos» ni la hipnosis, ni tampoco esa *âme slave* esclavista: «De mí quiero decir que en la prisión, donde permanecí a lo largo de un año más o menos,

he trabajado, estudiado y mantenido mi mente en forma». Pero aun cuando se confesaba culpable de haber organizado sublevaciones de kulaks y de haber preparado una conspiración cuyo objetivo era derrocar al Gobierno, y aunque decía que merecía la pena máxima, también deseaba recordar «que yo, como acusado, no puedo ya asumir más de lo que he asumido, que no puedo concebir hechos que no han tenido lugar». Bujarin confesaba haber tenido una «orientación derrotista», y enfatizaba al mismo tiempo que, «personalmente, yo no tenía ese punto de vista». Asumió la responsabilidad por los mayores y más horrendos «crímenes contra la patria socialista y contra todo el proletariado internacional», «aunque yo, personalmente, no pueda recordar haber dado directriz alguna sobre actividades subversivas».[8] Se le había calificado,

> ... con acierto, como cabecilla de una banda de delincuentes, pero los miembros de una banda deben conocerse entre sí para poder constituir una banda. [...] Sin embargo, yo vi por primera vez el nombre de Sharangóvich en el escrito de la acusación, y a esa persona la vi por primera vez ante el tribunal...

Bujarin se asombraba de ver a médicos que ciertamente formaban parte de la conspiración, pero que ni siquiera sabían quiénes eran los mencheviques o los trotskistas. Él asumía una responsabilidad general, pero cuestionaba de un modo categórico el haber participado personalmente en la planificación concreta del asesinato de líderes soviéticos. Él conocía mejor que el jefe de la acusación, Vyshinski, la historia confusa de las luchas fraccionarias, y le corrigió constantemente en detalles relacionados con la historia del Partido.

Entonces, ¿por qué él, Bujarin, había estado negándolo todo durante tanto tiempo, por qué había ofrecido tan larga resistencia, y cómo había logrado superar esa escisión interna de su persona, que por un lado estaba en favor de la lí-

nea general pero por el otro la había saboteado por falta de apoyo?

He estado negándolo todo aproximadamente durante tres meses. Luego empecé a hacer declaraciones. ¿Por qué? La causa reside en que, en la prisión, he hecho una nueva valoración de todo mi pasado. Porque, cuando uno se pregunta: «Si mueres, ¿por qué mueres?», entonces surge de repente, con absoluta claridad, un vacío completamente negro. No hay nada por lo que uno tendría que morir, si uno quisiera morir sin haberlo lamentado. Y lo mismo es válido al revés. Cuando se considera todo lo positivo que ahora alumbra en la URSS, ello cobra en la conciencia del hombre otra dimensión. Y esto ha acabado desarmándome de un modo definitivo, y me ha impulsado a ponerme de rodillas ante el Partido y a inclinarme ante el país. Y cuando uno se pregunta: no morirás si gracias a algún milagro permaneces con vida, pero cabe preguntarse de nuevo: ¿para qué? [...] Y en esos momentos, ciudadano juez, se esfuma todo lo personal, toda derrota personal, los residuos de amargura, de amor propio y una larga serie de otras cosas, todo ello desaparece. Y si a uno le llega entonces el eco de la amplia lucha que se libra a nivel internacional, todo ello, en su conjunto, surte su efecto, y el resultado es una absoluta victoria moral interna de la URSS sobre sus enemigos, a los que pone de rodillas. [...] La historia del mundo es el tribunal universal...

Bujarin habló de una «singular escisión de la conciencia», de una «doble psicología»:

Aquí se trasluce lo que en la filosofía de Hegel se designa con el nombre de conciencia desdichada. Esa conciencia desdichada se diferencia de la normal únicamente en que es, al mismo tiempo, una conciencia criminal. El poder del Estado proletario no sólo se expresa en que ha aplastado a las bandas contrarrevolucionarias, sino también en que ha desmoralizado internamente a sus enemigos, en que ha desorganizado la voluntad de sus enemigos. Eso no existe en ninguna otra parte, no puede existir en ningún país capitalista.[9]

Argumentando en esta línea, Bujarin pretendía, por un lado, asumir una responsabilidad general—objetiva—por «crímenes políticos», pero, por otro lado, rechazaba una participación personal y cualquier hecho concreto, es decir, todos aquellos atentados concretos atribuidos a su persona, las acciones de envenenamiento y otras acciones criminales. Esta línea de argumentación, que mantuvo hasta el final, junto a la refutación abierta de su confesión por parte de Nikolái Krestinski, ocurrida al inicio mismo del proceso, convirtieron el tercer proceso público de Moscú en un acto dramático que a veces llegó a superar hasta a los propios directores de escena, pero sobre todo provocó el desconcierto en la opinión pública mundial y en los intérpretes.

EL PROCESO PÚBLICO: EJERCICIOS DE DIALÉCTICA

Si no se mide el proceso público por el rasero de un proceso judicial normal, sino como una puesta en escena planeada y concebida desde el mismo comienzo, cuyo objetivo era la difamación y la deshumanización del enemigo político que debía ser entregado al linchamiento público, el análisis se concentra en los efectos de la puesta en escena, en las pautas retóricas del acoso, en el arte de movilizar el odio, el resentimiento y la disposición a la violencia. La receta para ello es sencilla: invocar todo el mal del mundo, todos los miedos y peligros a los que está expuesta la sociedad y dirigirlos hacia un punto específico. En el tercer proceso público de Moscú los directores de escena, que habían repasado todos los detalles, y el hombre de la tribuna—Vyshinski—, desplegaron en ese sentido una labor impresionante. Vyshinski impresionó sobre todo por su capacidad para mantener la visión de conjunto y por estar preparado en todo momento para cualquier pregunta específica: lo sabía todo acerca de determinados medicamentos, de política exterior, de cuadros clíni-

cos, de los escritos de Maquiavelo y de las prácticas jurídicas de la Edad Media; en todo momento supo cambiar el tono, pasar del moderador condescendiente al acosador sediento de sangre. Era un hombre al que se le ocurrían de repente los insultos más violentos, brutales e infamantes, como, por ejemplo, al término de su alegato final, cuando acusó a Bujarin de ser un «cruce entre zorro y cerdo».[10]

Al igual que en los procesos anteriores, se trataba de transformar hechos cotidianos y ordinarios en acontecimientos inusuales, espectaculares, de convertir accidentes en actos de sabotaje y de estilizarlos debidamente para presentarlos como actividades subversivas y de sabotaje; en fin, se trataba de criminalizar la realidad, de crear una codificación política y policial de ciertos conflictos, de los que un país acosado por la crisis y los enfrentamientos tiene más que suficientes. Era preciso encontrar culpables para accidentes y averías habituales, y para cualquier suceso era preciso hallar una intención malvada. Por lo tanto, para crímenes inventados era preciso encontrar—o inventar—al chivo expiatorio adecuado.

Como habilidoso director de escena Vyshinski desplegó a su vez todos los elementos de esa violenta dramaturgia de movilización, presentando un país desgarrado por las tensiones y la insatisfacción, casi a punto de estallar, mencionando casi todos los puntos débiles de la vida cotidiana en la URSS en la década de 1930, pero no presentándolos como «insuficiencias objetivas», sino como algo provocado de manera consciente por elementos hostiles. En lugar de remediar esas insuficiencias, lo cual no era tan fácil, se estigmatizaba y liquidaba a personas a las que se declaraba culpables, a fin de ganar un poco de tiempo. El subjetivismo que evidenciaba la puesta en escena era ilimitado, y el poder que la interpretaba era total.

Todo lo que se había tratado en ese tercer proceso público en relación con los males sociales era algo que sabía

«cualquier pionero». Lo que Vyshinski planteaba era un secreto a voces: caos en los sectores de Hacienda y de las cajas de ahorros,[11] colas delante de los comercios, epidemias y enfermedades que atacaban al ganado y a las reservas de caballos, diezmándolos, caos en la cosecha de cereales y en su distribución;[12] en todas partes había escasez de artículos de primera necesidad como el tabaco, el pan o el azúcar.[13] Los timos en los grandes almacenes eran el pan de cada día,[14] en todas partes predominaba el caos de la economía planificada, que entregaba artículos de verano en pleno invierno y al revés.[15]

La dirección política, incapaz de eliminar las causas de esas crisis y conflictos, sin voluntad alguna de eliminarlos, necesitaba chivos expiatorios, y los encontró en los Comisariados del Pueblo responsables. Por eso la distribución de los papeles de los acusados era tan fácil de elucidar. La lista de los acusados se componía de representantes de casi todos los ámbitos de la economía: Grinkó (Finanzas), Rozengolts (Comercio Exterior), Chernov (Agricultura, Cultivo y Cría de ganado), Zelenski (Cooperativas de Consumo, distribución de artículos en las tiendas del Estado). También había papeles previstos para acusados con un pasado impenetrable (en el seno de la Ojrana zarista o en el Ejército Blanco) o, sencillamente, había expertos apolíticos que tuvieron que pagar muy cara su ingenuidad o su «falta de vigilancia», como el profesor Levin, prestigioso médico. El eslabón decisivo en la cadena de esta estructura estaba en la manera en que un inconveniente obvio y cotidiano se convertía en un crimen, es decir, en el resultado de una actividad intencionada. La escasez, según planteaba esta interpretación de la realidad cotidiana, era «aprovechada» para «azuzar» la insatisfacción, para encender el espíritu de rebelión y de sublevación, se «creaba descontento» y se herían los «sentimientos nacionales de los ucranianos» para predisponerlos en contra del Partido Comunista, se «creaba avidez de mer-

cancías», pero se disminuía intencionadamente la superficie de siembra, para provocar un retroceso en la producción de cereales, generando la insatisfacción de los campesinos; no se suministraba madera para que se paralizaran los trabajos en las obras en construcción, se talaban moreras para destruir la cría de gusanos de seda, etcétera. Para esta metamorfosis de la insatisfacción en rebelión, de la indignación en rabia por el mal abastecimiento, en odio contra «los de arriba», no había nadie más apropiado que todos aquellos que habían tenido dudas sobre lo correcto de la línea del Partido Comunista o se habían pronunciado de un modo «conciliador» en algún momento, todos aquellos que no habían apoyado de un modo «suficientemente decidido» al grupo dirigente. Ese personal, gente cuestionada como «provocadora de disturbios», era en realidad el producto de cientos de miles de personas creado por el propio Partido Comunista a lo largo de los últimos veinte años, debido a sus expulsiones masivas. Y especialmente apropiados para el papel de chivos expiatorios eran todos aquellos que, en el pasado, no habían estado de acuerdo con la línea general proclamada, y en último lugar los detractores de una política de colectivización del todo o nada, es decir, los «desviacionistas de derecha», cuyo cabecilla, supuestamente, era Bujarin. El paso final era relacionar la insatisfacción interna con la amenaza procedente del exterior, la rebelión latente en lo interno con el peligro de guerra proveniente de fuera. Y puesto que la posibilidad de vincular una cosa con otra existía realmente, sólo hacía falta inventarse hechos para convertir esa posibilidad en un acto criminal. En este punto, se dio rienda suelta a todas las fantasías criminales y criminológicas; aquí lo que importaban eran los detalles, la mención de nombres y lugares misteriosos, de figuras ambiguas y de efectos sorpresa.

Tampoco en el tercer proceso público se escatimó en invenciones: un viaje del embajador soviético Krestinski a Berlín y a Meran, «durante la vendimia», para un «encuentro

secreto» con Trotski;[16] una riña de Mijaíl Chernov, es decir, del comisario del pueblo para la Agricultura, con la policía, durante una estancia en Berlín;[17] la escena en la que el jefe de la Reichswehr, Hans von Seeckt, le entrega al embajador Krestinski unos marcos del Reich—en total, 250 000 marcos oro—con los cuales se debía financiar a Trotski;[18] planes de fuga de Trotski en Almá-Atá a través de la frontera soviética hacia China, etcétera.[19] En extremo detalladas eran también las escenas en las que se debía asesinar al comisario del pueblo Yezhov, con la ayuda de una solución de mercurio en un frasco de origen extranjero;[20] o el asesinato del hijo de Maksim Gorki debido a un tratamiento médico erróneo.[21] Y para darle colorido al proceso público estaba, a su vez, la rebuscada jerga de los peritos:

Basándonos en el material presentado, resultante de los análisis químicos de la alfombra, de las cortinas y de los forros del mobiliario, así como del aire del despacho del camarada N. I. Yezhov, así como del análisis de su orina y de la naturaleza de las enfermedades que se le presentaron, puede considerarse absolutamente demostrado que se había organizado y realizado un envenenamiento con mercurio al camarada N. I. Yezhov, mercurio que debía ingerirse a través de las vías respiratorias, lo cual representa el método más efectivo y peligroso de una intoxicación crónica con dicha sustancia.[22]

Para la correcta valoración del delito daba lo mismo que los acusados desearan hacer algo o hicieran algo de manera «subjetiva», o que su manera de pensar y actuar condujese «objetivamente» a la comisión del delito o fuera utilizada para ello. Al principio, Krestinski se había negado del todo a declararse culpable:

Me declaro no culpable. No soy un trotskista. Jamás participé en ese «bloque de los derechistas y los trotskistas», cuya existencia ni siquiera conocía. No he cometido ni un solo delito que se me pueda

imputar, y en lo concreto me declaro inocente de los vínculos con los servicios de espionaje alemanes.[23]

En el transcurso posterior del proceso, Krestinski, tras ser «manipulado» del modo correspondiente, se apartó de ese guión. También la declaración de Bujarin puede leerse como una confesión que es, a la vez, una refutación; él asume la responsabilidad «por la totalidad de los actos», «independientemente de que supiera algo o no acerca de ellos [de esos delitos; nota de K. S.], de si tomé parte directa o no en éste o aquel acto».[24] La universalización de la responsabilidad hace insignificante la confesión de un delito concreto. No tenía importancia alguna lo que los acusados confesaran o dejaran de confesar, porque la decisión sobre la vida y la muerte ya había sido tomada hacía tiempo.

Los acusados habían dado a entender que durante el tiempo pasado en prisión habían experimentado un proceso de esclarecimiento, de reelaboración de los valores y habían sufrido una auténtica metamorfosis. Todos tuvieron su experiencia de catarsis. Junto a Bujarin, fue Jhristián Rakovski quien lo expresó con mayor claridad:

Nadie va a discutir que la prisión, el confinamiento, incita a que uno haga una revisión de los valores [...] Y allí me vi delante de mí mismo, siendo mi propio juez de instrucción; yo mismo era mi tribunal. Un tribunal al que nadie puede reprochar ningún perjuicio. Yo mismo era mi tribunal. Desde muy joven pertenecí al movimiento obrero, ¿y adónde he llegado? Al sitio en el que facilité con mis acciones la actividad más repugnante: el haberles facilitado a los agresores fascistas el prepararse para la destrucción de la cultura, de la civilización, de todos los logros de la democracia, de todos los logros de la clase trabajadora.

Y ello me motivó a renunciar a mi obstinación, a mi falsa vergüenza, salida del amor propio, a mi miedo por mi propio destino, que es una ignominia para gente que alguna vez participó en el movimiento revolucionario. [...] Llegué a la conclusión de que ahora

mi deber es ayudar en esta lucha contra el agresor, de que debo desenmascararme a mí mismo completamente, y declaro al juez de instrucción que a partir del próximo día empezaré a hacer declaraciones totales y exhaustivas. Y tengo que confesar que las declaraciones que he hecho ahora son totales, sinceras y exhaustivas.[25]

LA LUBIANKA: UNA PRISIÓN COMO CENTRO DE PRODUCCIÓN

El 2 de marzo de 1938 Bujarin había salido por primera vez, después de casi un año exacto, de las profundidades; el proceso fui incluso filmado, pero, salvo una breve secuencia que fue mostrada en 1948 en unas crónicas de cine en los teatros soviéticos, nadie ha vuelto a ver ese material cinematográfico hasta hoy. Inmediatamente después de la sesión del Pleno del Comité Central del 27 de febrero de 1937, lo habían llevado al interior de la prisión de la Lubianka. Su biblioteca y su archivo habían sido confiscados tras el registro practicado en su casa, y han permanecido desaparecidos durante décadas, quizá para siempre.[26] Sólo se puede imaginar lo que Bujarin pasó ese año entre la vida y la muerte: en aislamiento, sin saber lo que estaba sucediendo con su familia, separado de sus libros, en una celda mal iluminada que casi le destroza la vista, sufriendo alucinaciones. Allí se produjeron constantes careos e interrogatorios, si bien, supuestamente, sin «coacción física».[27] Allí estuvo bajo la custodia de Lázar Kogan, un chekista experimentado, proveniente de las filas de los anarquistas, que había sido jefe de las obras de construcción del canal del mar Blanco y el Báltico antes de convertirse en «asesor personal de Bujarin» en la Lubianka.[28] Desde su celda, Bujarin continuó la lucha por su honor, por su vida y la de su familia. Al principio se negó categóricamente a aceptar aquellas fantasiosas inculpaciones, pero el primero de junio su resistencia se vino abajo—le habían inculpado en relación con el descubrimiento de una «conspiración mi-

litar»—, y a partir de entonces intentó «negociar» con Stalin acerca del papel asignado a él en ese proceso. Esto ha quedado descrito en parte detalladamente en las cartas que envió a Stalin desde la prisión los días 15 de abril, 29 de septiembre, 14 de noviembre y 10 de diciembre de 1937.[29]

Pero lo realmente inconcebible es lo que Bujarin fue capaz de producir a lo largo de ese año en que estuvo entre la vida y la muerte. Cuando se lo llevaron para ejecutarle, había dejado en su celda una amplia obra. Había conseguido tener la disciplina, la fuerza y la concentración intelectual para escribir cuatro libros, un total de mil cuatrocientas páginas escritas a máquina. ¡Cuatro libros en un año, escritos con la muerte a la vista! Eso es bastante más de lo que se hubiera podido esperar de un escritor profesional y de un hombre con experiencia en el trabajo científico, como lo había sido Bujarin. En la historia del bolchevismo hubo numerosos casos de individuos para los cuales la prisión había sido un lugar de reflexión en condiciones extremas. Arrancados de la vida e inmovilizados por la fuerza, la estancia en prisión se convertía para ellos en una pausa en el camino, un tiempo para la reflexión teórica, para la acumulación de fuerzas. Sin embargo, Bujarin era prisionero de su propio Partido, un hombre destinado a morir, sin perspectiva de «pronunciar ante el tribunal el discurso del revolucionario», sin abogado defensor y sin prensa, que había sido en otro tiempo la caja de resonancia de la voz poderosa de los perseguidos. Como se infiere de las citas tomadas de los *Escritos en prisión*, Bujarin recibía en su celda literatura, libros de la biblioteca de la cárcel, como el libro de Lion Feuchtwanger titulado *Moscú* o las *Memorias* de Serguéi Witte, y probablemente se los llevara el propio Lázar Kogan, el «chekista intelectual», pero, en general, tenía que arreglárselas sin ninguna suerte de aparato científico.[30]

Pero tal vez ello le diera una mayor independencia y libertad de la que había dispuesto en sus obras más eruditas, con las cuales siempre había querido impresionar al mundo cien-

tífico. Tal vez el miedo a la muerte no sólo le paralizara, sino que también le inculcara disciplina. Y también pudo suceder que el centro de la violencia, una celda en el núcleo más profundo del laberinto del terror, fuera al mismo tiempo esa zona donde el cautivo pudo convertirse, en sentido intelectual, en el hombre más libre e independiente de todo Moscú. De su vivienda en el Kremlin, en el centro del poder, Bujarin había pasado al centro de la completa impotencia y el más absoluto abandono. Pero en cambio había recibido la oportunidad de ver algo que sólo ve aquel que se detiene en el ojo del huracán. Desde allí—«*de profundis*»—podía contemplar una panorámica de todo Moscú, y no había ningún otro punto que se le igualara.

En el caso del primer escrito redactado entre marzo y abril de 1937, *El socialismo y su cultura*, se trataba de la segunda parte de un estudio ya terminado cuando se produjo su arresto, pero que había sido confiscado, un estudio sobre la decadencia de la cultura y el fascismo.[31] Allí Bujarin planteaba de un modo sistemático un tema que le había ocupado durante toda su vida: el desarrollo de la cultura en una sociedad libre de antagonismos de clase.[32]

En septiembre de 1937, siete meses después de su arresto, Bujarin concluyó un segundo manuscrito, un ciclo de doscientos poemas bajo el título de *La transformación del mundo*. Casi todos los días, tal vez después de los interrogatorios, Bujarin había escrito un poema, por ejemplo, «Amor Dei intellectualis» (Baruch Spinoza), el 13 de agosto 1937; «Cuartel berlinés» y «La danza de las paracaidistas», el 1 julio de 1937; «Los rascacielos de Nueva York», el 5 de agosto de 1937; «La lira de la ironía» (a partir de un poema de Heinrich Heine), el 14 de julio de 1937; o «Sabotaje», el 16 de septiembre 1937.[33] Sólo una publicación de estos poemas escritos en rápida secuencia podría decirnos algo sobre el significado de este género para el prisionero Bujarin. ¿Se trataba de producir un cosmos poético propio y libre en condiciones de confinamien-

to? ¿Fue la forma que halló Bujarin para procesar las escasas noticias que le llegaban desde fuera? ¿Eran las formas de un programa intelectual y estético de entrenamiento para la supervivencia? En cualquier caso, sus trabajos poéticos fueron—junto con sus dibujos y caricaturas—la expresión de una naturaleza inusualmente talentosa y polifacética, una naturaleza artística, convencida de su fuerza incluso en la prisión.[34]

Su tercer manuscrito, *Arabescos filosóficos*, iniciado en abril y concluido entre «el 7 y el 8 de noviembre de 1937, en los días del aniversario de una gran victoria», fue calificado por él mismo como un texto «de madurez» y considerado probablemente como el más ambicioso.[35] Ya la propia forma externa debe de haber sido impresionante, como juzgan aquellos que tuvieron el manuscrito en sus manos:

El manuscrito revela la existencia de una mano firme. No tiembla ante ninguna palabra, en ninguna línea. Hay muy pocas enmiendas, no hay palabras ilegibles, tal vez algunas partes complementarias en forma de capítulos enteros que al final son incluidos en la primera versión. Las trescientas diez páginas del manuscrito (dividido en cuarenta capítulos) fueron escritas en letra muy apretada, pequeña y punzante, con una pluma bastante primitiva. Se leen tan bien como las páginas impresas de un libro, y podría traducirse directamente sin las habituales dificultades del «desciframiento».[36]

El tema era conocido para Bujarin: ya había trabajado en ese campo en la década de 1920, cuando las diferencias filosóficas tenían un aspecto disidente y faccioso, pero no constituían un peligro para la vida. Bujarin menciona como motivo para el libro la necesidad de orientación en medio de una crisis secular:

Nuestra época es la época de la gran crisis de la historia universal. La lucha de las fuerzas sociales ha alcanzado su punto culminante. Tiempos apocalípticos para las viejas generaciones de ambos sexos.

El nacimiento de un nuevo mundo para la humanidad. Una época de gran heroísmo de la clase encargada de transformarlo todo. Ocaso de los dioses para un orden de cosas que se retira y se hunde. Todos los viejos valores se vuelven frágiles y sucumben. Se está consumando una revisión general de las costumbres, de las normas, las ideas, las ideologías, una diferenciación y polarización de todas las potencias materiales y espirituales. ¿Acaso asombra que la filosofía se vea arrastrada también a ese ciclo, a esa lucha titánica?[37]

Por su estructura y por su forma, el texto recuerda un manual y se corresponde, de un modo extraño, con el libro de Stalin *Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico*, que fue publicado en 1938 en una tirada extraordinaria y que, a partir de ese momento, sería considerado el catecismo de la doctrina comunista. Tal vez Bujarin, con los *Arabescos filosóficos*, pretendía competir con algunas debilidades de sus antiguas posiciones y mostrar su reverencia a Lenin, que siempre criticó a Bujarin por ser una mente no dialéctica. En su mayor parte, sin embargo, los *Arabescos filosóficos* de Bujarin indagaban en lo que le sobrevendría a él como resultado de aquel proceso público: el intento de encontrar una forma teórica para la reconciliación con la «lógica de los procesos históricos», que lo habían convertido a él, un inocente, en un culpable, si bien no de manera subjetiva, sino de forma «objetiva». Pero, aparte del lenguaje de Hegel en su *Fenomenología del espíritu*, hay otro lenguaje, y aparte del Bujarin que comparece en la tribuna del proceso público hay también otro Bujarin.[38]

CARTA A KOBA

Con la aclaración de: «Ruego que nadie más lea esto sin permiso de J. V. Stalin», Bujarin le escribió a Stalin el 10 de diciembre de 1937, sólo pocas semanas antes de que se iniciara el tercer proceso público de Moscú:

Iósif Vissariónovich:

Escribo esta carta que, probablemente, será la última antes de mi muerte. Por eso pido que, aunque sea un prisionero, se me permita escribirla sin tener en cuenta ninguna de las normas oficiales, tanto más por cuanto la escribo sólo para ti, con lo cual su existencia o no existencia queda del todo en tus manos...

En estos momentos se abre la última página de mi drama y tal vez también de mi vida física. Presa de tormentos, he reflexionado sobre si debía o no coger la pluma; ahora tiemblo de excitación, a causa de miles de emociones, y apenas consigo dominarme. Pero precisamente por tratarse del límite más extremo quisiera despedirme antes de ti, mientras no sea demasiado tarde para ello, mientras mi mano aún pueda escribir, mis ojos aún puedan ver y mi cerebro siga funcionando de algún modo.

Y para que no haya ningún malentendido, te digo de antemano que no tengo intención, ante el mundo (y la sociedad) de: 1. retractarme de nada de lo que he escrito; 2. de que en ese sentido (y en este contexto) no pienso pedirte ni implorarte nada que saque este asunto del carril por el que marcha. Pero escribo esto para tu información personal. No puedo despedirme de la vida sin escribirte estas últimas líneas, pues me agitan unos tormentos que tú debes conocer.

Detenido al borde de un abismo del que no hay retorno, te doy mi más absoluta palabra de honor de que no he cometido ninguno de los crímenes que he admitido durante la investigación.[39]

Después de confesar una serie de errores y pecados menores, Bujarin pasa a hablar de lo que le parecía más importante en esa hora de su muerte inminente:

Permíteme ahora pasar a hablar de mis últimos y pequeños ruegos:

a) Es para mí más fácil morir mil veces que soportar el proceso que está a punto de comenzar: sencillamente, no sé cómo puedo dominarme; ya conoces mi naturaleza, no soy un enemigo del Partido o de la URSS, y haré todo lo que me permitan mis fuerzas,

aunque bajo estas condiciones son mínimas, y me acosan unos sentimientos tormentosos; quisiera, olvidando la vergüenza y el orgullo, suplicar de rodillas que esto no pasase. Pero eso, probablemente, es imposible, y por eso quisiera pedir, si fuera posible, que se me dé la posibilidad de morir antes de que se inicie el proceso judicial, aunque conozco la severidad con la que valoras este tipo de cuestiones.

b) En caso de que me espere la pena de muerte, te pido por anticipado y te suplico por todo lo que más quieras que se sustituya el fusilamiento por la posibilidad de tomar un veneno en mi celda (que me den morfina, de modo que me quede dormido y no vuelva a despertar). Para mí este punto es extraordinariamente importante, no sé qué palabras usar para solicitar ese tipo de clemencia: porque, políticamente, ello no ocasionaría ningún daño, y tampoco nadie habría de enterarse. Pero dejadme pasar mis últimos segundos del modo que prefiera. ¡Tened piedad! Tú, que me conoces bien, lo entenderás. A veces miro a la muerte sin temor, en la medida en que, como bien sé, soy capaz de hacer actos heroicos. Pero a veces me siento de pronto tan confuso, que en mí sólo hay un enorme vacío. Por lo tanto, si es la muerte lo que me aguarda, pido entonces apurar el cáliz de morfina. Lo pido encarecidamente [...].

c) Pido también poder despedirme de mi mujer y de mi hijo. No así de mi hija: siento pena por ella, y ello me resultaría muy difícil, y lo mismo sucede con Nadia y papá. Pero Aniuta es joven, ella lo soportará, y me gustaría decirle también algunas palabras de despedida. Quisiera pedir que se me permita tener un encuentro con ella antes de que empiece la vista del juicio. Para ello existen los siguientes argumentos: si mis familiares se enteran de lo que he confesado, podrían atentar contra sí mismos, si no han contado de antemano con esa confesión. De algún modo, tengo que prepararlos para ello. Me parece que esto encaja con los intereses de la causa y de su interpretación oficial.

d) Si, en contra de lo esperado, conservo la vida, quisiera pedir entonces (aunque antes tendría que hablarlo con mi esposa) emigrar durante algunos años a Estados Unidos. Los argumentos que hablan a favor de esta opción son los siguientes: organizaría una campaña sobre los procesos y llevaría a cabo una lucha implacable contra Trotski, ganaría para nuestra causa a importantes sectores

de la intelectualidad que duda y sería, desde el punto de vista táctico, el anti-Trotski; realizaría esa labor con mucho brío y entusiasmo: se podría enviar conmigo a un chekista cualificado y, a modo de garantía adicional, retener a mi esposa aquí durante medio año, hasta que haya demostrado en la práctica cómo consigo propinarles un buen golpe a Trotski y compañía. Pero si existiera la más mínima duda, entonces podrían enviarme por lo menos durante veinticinco años a Pechora o a Kolymá, a un campo; allí me encargaría de organizar una universidad, un museo regional, estaciones de investigación tecnológica, etcétera, institutos, una pinacoteca, un museo etnográfico, un museo de botánica y zoología, una revista del campo y un periódico.

Dicho brevemente, si me estableciera allí con mi familia para el resto de mis días, me encargaría de llevar a cabo una labor pionera y fundadora.

En cualquier caso, y eso lo declaro, trabajaría en cualquier parte como una potente maquinaria. No obstante, y para ser sincero, no creo en ello, pues el mero hecho de que se cambie la directiva del pleno de febrero habla por sí solo (y veo, además, que todo se encamina a que el proceso no tenga lugar en un tiempo inmediato).

Éstos son quizá mis últimos ruegos (aunque hay uno más: mis trabajos filosóficos, que todavía conservo conmigo; en ellos he planteado muchas cosas útiles).

Iósif Vissariónovich: tú has perdido en mí a uno de tus más capaces y abnegados generales, realmente entregado a ti. Pero eso ya es historia. Me viene a la mente lo que Marx dijo acerca de Barclay de Tolly, al que se acusaba de traición: no hubiera sido necesario que Alejandro I perdiera a un hombre de confianza como aquél. Resulta amargo pensar en todo eso. Pero me preparo espiritualmente para despedirme de este valle de lágrimas terrenal, y siento hacia todos vosotros, y hacia el Partido y toda la causa, un amor grande e infinito. Haré todo lo que un hombre puede hacer. Te lo he escrito todo. He puesto todos los puntos sobre las íes. Y lo he hecho ahora porque en realidad no sé en qué estado de ánimo me encontraré mañana o pasado mañana. Tal vez me sumiré, como un neurasténico, en una apatía universal, al punto de no poder mover ya ni un dedo.

Pero ahora todavía consigo escribir, a pesar de los dolores de ca-

beza y de que tengo los ojos llenos de lágrimas. Ahora siento que mi conciencia está limpia contigo, Koba. Te pido un último perdón (sólo en el espíritu, no de otro modo). Por eso te abrazo en mis pensamientos. Adiós para siempre, y no tengas de este desdichado un mal recuerdo.

N. BUJARIN
10-XII-37
Adjuntas, siete páginas anexas.[40]

INFANCIA EN MOSCÚ HACIA 1900

Bujarin envió esa carta a Stalin mientras se encontraba todavía en plena redacción de su cuarto manuscrito, que había empezado el día 12 de noviembre de 1937, pocos días después de las celebraciones del vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre. Fue su último texto antes del proceso, y en ese sentido ofrece las últimas palabras que se conservan de Bujarin, escritas para sí y para la posteridad. Tiene una extensión de trescientas cincuenta páginas impresas. Los primeros siete capítulos los escribió hasta mediados de enero de 1938, el momento en el que originalmente debía iniciarse el proceso. Su aplazamiento hasta principios de marzo le permitió a Bujarin acabar otros quince capítulos. Bujarin titula *Tiempos* (*Vremia*) la novela, pero en realidad se trata de un autorretrato. Se puede ver en qué situación surgió este enorme texto literario, un texto condensado y hermoso, en la carta que Bujarin envió a Stalin el 10 de diciembre de 1937. Un hombre en agonía, como anestesiado por las alucinaciones y las pesadillas, casi cegado por la luz constante de su celda, desesperado, con un miedo inefable por el destino de sus seres queridos, un hombre que prefería morir antes que quedar expuesto ante un tribunal, un hombre que incluso en el momento en que cobró conciencia de su muerte inexorable se refugió en la esperanza de que lo enviaran a Estados Unidos para probarse a sí mismo como el anti-Trotski, o que, como

alternativa, pedía que lo desterraran a Kolymá, donde haría méritos trabajando para construir una universidad, bibliotecas o laboratorios, que rogó que no lo fusilaran, sino que le suministraran veneno, y que convocaba al verdugo, su amigo, para que salvara al menos su obra: ese hombre ya no es él mismo ni está en sus cabales, como en la novela *Tiempos*.

También ese manuscrito no corregido causa una impresión de integridad. Así escribe únicamente alguien que mantiene la máxima concentración, en un momento en que, como suele decirse, la vida le pasa por delante como un rayo poco antes de la muerte: una agudísima actualización de detalles que jamás detienen el prolijo flujo de la narración; la riqueza de un lenguaje del que no podía hacerse una idea nadie que sólo conociera sus tratados filosóficos y político-económicos; y, por último, una intensidad que da fe de una gran entrega, de un amor al objeto tratado, a un mundo que había sido y estaba a punto de desaparecer: su mundo, el mundo de su infancia y juventud en Moscú hacia el año 1900.

Bujarin era uno de los pocos moscovitas entre el grupo dirigente de los bolcheviques.[41] Esas trescientas cincuenta páginas son el intento del autor por encontrarse a sí mismo, por regresar a sus comienzos y por entender por qué se había convertido en lo que era. «¿Quién eres? ¿Qué eres? ¿Quién eres?», hace preguntarse a su protagonista.[42] El hecho de que la novela se interrumpa en 1905 puede atribuirse al año 1937, que interrumpió ese propósito.

En esa novela conocemos la Moscú de los años alrededor del 1900. Kolia Petrov, el *alter ego* literario de Bujarin, podría, como él, haber nacido en el año 1888. Crece en el ambiente de la intelectualidad rusa anterior a la Revolución, en el seno de una familia de maestros del barrio moscovita de Zamoskvorechie o, más exactamente, en la Bolshaia Ordynka. Bujarin nos muestra el vivo ajetreo de esta vida dominada por comerciantes, pequeñoburgueses, cocheros y artesanos, en un barrio lleno de villas señoriales, comercios,

pisos en sótanos y traspatios. Bujarin es un observador preciso. Describe el orden que mantienen los creyentes durante la misa, y pasa revista a toda la variedad de comestibles sabrosos y *delicatessen* de los que Moscú era tan abundante en el pasado. Su capacidad de observación se ha agudizado para la mirada sociológica: por la manera de presentarse los comerciantes moscovitas, que calzan botas y visten caftanes, él reconoce el ascenso de una nueva clase, y en los disturbios de los inmigrantes campesinos en los barrios fabriles ve el fermento revolucionario. Entiende el ritmo en que vive el barrio, y describe su sonido, compuesto de bares, campanadas de la iglesia, gritos en el mercado y música doméstica burguesa. El barrio tiene sus estaciones, cuando se va a patinar al hielo del Moscova, o la época en la que los chicos ponen en el agua flotillas enteras de barcos de papel, o el verano, cuando la familia abandona la ciudad con todas sus pertenencias para alojarse en las afueras, en un pueblo donde se oye el canto del salmista, hasta que llega el otoño, cuando empieza de nuevo la escuela, y regresan. Bujarin describe la infancia feliz de un chico con intereses y talentos muy variados, que ha aprendido a leer y a escribir muy temprano, que es capaz de recitar poemas de Heinrich Heine y descubre su pasión por los escarabajos y las mariposas.

La novela nos lleva también al exterior, hacia las vastas regiones del imperio. El traslado del padre a Bălți, en Besarabia, pero también la visita de Kolia a su tío, que vive como médico en un pueblucho olvidado de Bielorrusia, lo cual le permite a Bujarin tomar nota del mundo situado fuera de Moscú, las vastas regiones del país y la cohesión del imperio. El mundo de Bălți es colonial: con un enclave compuesto por la clase dirigente rusa y por terratenientes, con una sociedad mixta, formada por arrendatarios judíos, artesanos armenios e intelectuales rusos. Bujarin nos dibuja una ciudad de la que sus habitantes no salen jamás, donde el tiempo se ha detenido, una ciudad perdida en las inmensidades de

la estepa. Las noticias del exterior llegan a la provincia, las epidemias hacen estragos, el antisemitismo y la atmósfera de las Centurias Negras acechan en las calles. En el pueblo bielorruso donde el tío de Kolia, George, trabaja en un hospital, el chico conoce por dentro las chozas de los campesinos y los talleres de los forjadores y vagabundea con los descalzos hijos de los campesinos; se siente cautivado por el universo de los «nidos de los aristócratas», donde todavía perviven restos del espíritu de los tiempos de Catalina la Grande, el sitio en que parecen estar en casa. Pero en ese mundo también hay puntos de apoyo de la Ilustración, donde se lee periódicos extranjeros y se prueban nuevos métodos de cultivo, un mundo ya surcado por los ferrocarriles y los cables telegráficos, y que pronto se saldrá de sus carriles.

A través de los ojos del chico, Bujarin nos hace entrar en el mundo de la escuela: primero la escuela primaria en la Bolshaia Ordynka, luego el primer instituto en Moscú, cerca de la catedral de Cristo Redentor. Es un mundo completamente nuevo, en el que se lee fervorosamente y se aprende con avidez. La trayectoria escolar de Kolia se convierte en un viaje de exploración de la topografía de la Moscú prerrevolucionaria. Kolia lee lo que lee su generación: novelas españolas, *Huckleberry Finn*, la *Historia de la literatura* de Korsch, el *Anticristo* de Soloviov, Plutarco, más tarde Hegel, Feuerbach, Marx, y Ulianov, cuya «razón es aguda y afilada como la de una guillotina revolucionaria».[43] Recorremos con Kolia la recién inaugurada galería Tetriakov y escuchamos las canciones de moda de la época. Kolia acaba la escuela con honores, es un chico con los rasgos de un niño prodigio, que convalida clases y toma lecciones privadas de dibujo y pintura; en un pasaje de la novela, Nikolái Bujarin-Kolia Petrov enumera todas las tiendas de dibujo y de utensilios para pintar de la vieja ciudad de Moscú.[44] Bujarin ofrece descripciones maravillosamente detalladas de su escuela, del olor del parquet encerado, del colegio de maestros con su profesor che-

co de latín, un profesor de francés y alemán oriundo de Alemania, y un alumnado que representa a todas las etnias, las clases y religiones de la última etapa del Imperio zarista. En la novela abundan los chistes, anécdotas y cancioncillas latinas, francesas, alemanas y polacas.[45]

La familia de maestros se muda con frecuencia, y ello ofrece la posibilidad de conocer toda la ciudad de Moscú. Kolia conoce como «la palma de su mano» la ciudad por la que tanto deambula. Así nos enteramos de muchas cosas sobre el barrio de artesanos—*Medinski pustir*—, sobre los distritos de prostitutas—la calle Dolgorukovskaia—y sobre el mundo de los asilos nocturnos, en los que se reúnen los inmigrantes provenientes del campo, los vendedores callejeros y todo tipo de gente de vida oscura.[46] Bujarin retiene el sonido de la antigua Moscú, sus rituales cotidianos, y los estremecimientos que llegan hasta las calles más recónditas de la ciudad a causa de los acontecimientos de la política internacional, la Moscú de las fábricas y las huelgas, las fábricas de Hackenthal, Bromley, Guyon, la ciudad de los estudiantes que empiezan a rebelarse y que pronto conocerán las celdas de las prisiones de la calle Gnezdikóvskaia, en Taganka y Butyrka. La politización de Kolia comienza cuando el mundo de los círculos, de la literatura prohibida, de las octavillas, de los escritos ilegales impresos en papel de fumar empieza a llegar también al instituto junto a la catedral de Cristo Redentor. Él nos lleva de la mano al mundo de los círculos culturales, con su infantil fetichismo organizativo, sus luchas facciosas, sólo comprensibles para los iniciados; nos describe los intentos del Gobierno zarista por dirigir el movimiento obrero revolucionario hacia los canales de una organización obrera dirigida por el Estado—el llamado socialismo policial—, los atentados y la infiltración de los partidos revolucionarios por parte de agentes y provocadores de la policía secreta. El texto acaba con el desplome de Kolia, quien, afectado por la muerte de su hermano, desea la muerte para sí:

Sueño, fantasía, pesadilla, realidad: todo se entremezclaba, se confundía en el torbellino de imágenes y de preguntas tormentosas para las que no había respuesta, enigmas que no se pueden descifrar, problemas que no se pueden resolver.[47]

Kolia está desesperado, se sume en un delirio cada vez más intenso, en el que se disuelven todos los firmes puntos de apoyo y las coordenadas de su visión del mundo. Piensa en el suicidio, se sume en una idea de circo: acróbatas, payasos, malabares, domadores, monos, un público cautivado por los aplausos estruendosos y los gritos de «¡Abajo, abajo!», una escena de cabaret francesa, al final de la cual a los cabaretistas se los lleva la policía. «Por primera vez vi con mis propios ojos como se hace "eso"», resume Kolia la interrupción de la función y el arresto del grupo de artistas.[48]

No resulta difícil de reconocer en el delirio las líneas generales de lo que está a punto de caerle encima a Bujarin. Las vivencias, los sentimientos de Kolia Petrov son en realidad los mismos que los del prisionero Bujarin en vísperas de su comparecencia forzoza en aquel proceso público. Numerosos pasajes nos lo indican.

Ahí están las pesadillas en las que Kolia se ve atormentado en el infierno por los demonios; ahí está el sueño en el que un cometa cae sobre él desde un cielo estrellado que explota: «Esas pesadillas en las que las catástrofes apocalípticas se mezclaban y alternaban extrañamente con nociones científicas acabarían pronto, y Kolia se sintió colmado por una paz espiritual que puso fin, para siempre, a los fantasmas religiosos».

Ahí están, también, las imágenes que han quedado en su memoria de los recorridos hechos por la galería Tetriakov: un demente *Iván el Terrible*, de Iliá Repin, delante de su hijo ensagrentado, asesinado por él mismo; *La ejecución de los Streltsí*, de Vasili Sérikov, y el célebre cuadro *Boiarina Morózova*; el cuadro *¿Qué es la verdad?*, de Nikolái Ge, en el que

Poncio Pilato interroga al martirizado Cristo: «Todos ellos vivían, y cuando él abandonó la galería le pareció que todos ellos existían en la realidad».[49]

En el contexto de los preparativos del proceso público en su contra, muchos de los episodios de la novela cobran un significado bastante preciso. Al describir una escena de confesión, Kolia se pregunta qué debe decirle al pope acerca de Dios, de su fe y de la Iglesia, si debe mentir, y qué pasaría si dijera la verdad. Él admite entonces ante el pope todos sus pecados, pero apenas sale a la calle, bajo el claro sol de primavera, se mofa de su confesión.[50] También resulta macabra, ante el trasfondo del inminente proceso, la escena de una curiosa metrópoli a través de la cual el joven Kolia pretende demostrar que se puede blasfemar sin ser castigado: se mofa entonces del cuerpo de Cristo recibido durante la cena—«carne de hombre y sangre de hombre» en forma de hostia—, la escupe delante de sus amigos y se la regala a un pavo que la picotea. ¿Es el vocabulario de la escena de la confesión, la profesión de fe y la comunión—arrepentimiento, transfiguración, salvación—un simple recuerdo de algún inofensivo pecado de juventud o encierra la alusión a otra confesión de culpa por venir y a la «traición»? En la novela, Bujarin también escribe sobre los mártires de la cultura rusa, sobre los poetas censurados, prohibidos o desterrados. ¿Cómo no pensar en la propia época de Bujarin cuando se leen allí frases como éstas?:

He de confesar con franqueza [...]. Las mejores cabezas—la flor y nata de la nación—, son cortadas como con una máquina. Apenas el genio y el talento se hacen notar, cae el hacha. [...] Todos conocen los hechos, pero ¿y si se contaran todos juntos? Pushkin: destierros, prohibiciones, muerte. Lérmontov: destierro. Chaadáiev, al que hasta un hombre como Schelling consideraba el más inteligente, casi trasladado a un manicomio por orden del zar. Poleshaiev: torturado en un cuartel. ¿Recuerda usted la *Canción*

del iroqués prisionero?: «Yo moriré. En el poste de la infamia entregaré mi cuerpo indefenso a los verdugos». [...] Dígame, ¿acaso una nación a la que se decapita constantemente está todavía en condiciones de vivir?

Todo esto, en la novela de Bujarin, se refiere al régimen del zar, pero es muy poco probable que el autor, estando en la prisión interna de la Lubianka, pudiera olvidar su propia situación.[51] El joven Kolia, que pierde el control sobre sus pensamientos, e incluso sobre su yo, no puede librarse ya de preguntas sobre la inmortalidad, la transmigración de las almas y la muerte.[52]

Nikolái Bujarin fue fusilado el 13 de marzo de 1938 en la prisión de Lefórtovo, después de que su petición de clemencia fuera rechazada. El encargado de fusilarlo fue el «agente para misiones especiales» Piotr I. Maggo, un hombre algo mayor, chekista aficionado al alcohol, de origen letón.[53] El día de su ejecución estuvo a la sombra de otros acontecimientos: el 13 de marzo, la Wehrmacht alemana, entre aclamaciones de júbilo, entró en Austria, mientras que en Moscú, justo debajo de la Casa de los Sindicatos—en la que Bujarin fue condenado a muerte—, quedaba inaugurada oficialmente y abierta al público la lujosa nueva estación de metro Plaza de la Revolución.

«¡SÓLO PARA USO OFICIAL!»: MOSCÚ, UNA CIUDAD EN EL MAPA DEL ENEMIGO

De la Moscú del año 1937 existen pocos mapas, y ni siquiera existe ninguno que sea exacto y que posea una escala que permita hacerse una idea más precisa de la ciudad. El mapa más exacto e informativo, el que reproduce el escenario del año 1937, es un mapa alemán confeccionado por la Wehrmacht. Procede, muy probablemente, del *Atlas Geográfico Militar*, hecho con vistas a la campaña militar contra la Unión Soviética y a la ocupación de la ciudad. Se puede encontrar bajo el título de «Moscú: medios de transporte 1 : 35 000. Suplemento con los datos geógrafico-militares sobre la Rusia Europea, carpeta H: Moscú. Edición especial VII, 1941» e incluye un detalle del centro de la ciudad a mayor escala, edición especial de VI, 1941. Ambos mapas llevan la aclaración: «¡Sólo para uso oficial!». Como base para la elaboración del mapa se menciona: el plano de Moscú, editado por la Oficina Municipal de Moscú en el año 1928; algunos datos complementarios a partir del plano de la ciudad de Moscú del *Gran Atlas Mundial Soviético*, publicado en 1940; y finalmente, el plano de la ciudad de Moscú editado por el Instituto de Geodesia también en el año 1940. Pero dado que en el mapa todavía se consigna la existencia de un Depósito de Tranvías Bujarin, queda claro que se utilizaron también mapas más viejos en los que todavía no se había eliminado el nombre del líder fusilado.[1]

Los mapas son instrumentos del poder, y en la guerra pasan a ser un arma. La cartografía de una ciudad es el primer paso para su conquista. La mirada del agresor que dibuja un mapa es selectiva y especialmente aguda: no se interesa tan-

to por los lugares de interés turístico, los museos o los teatros, como hacen, por ejemplo, la guía *Baedeker* de 1912, la *Guía de Moscú* de 1925 o la *Tourist-Guide* de 1937. Esa mirada no reproduce los prospectos ni los esquemas que proyectan los mapas del Plan General para la Reconstrucción de Moscú en 1935. La mirada cartográfica del agresor apunta hacia los puntos estratégicos. En ese mapa quedan registrados unos mil objetos que están marcados con los símbolos destinados a los cuarteles, los edificios del Estado Mayor, los depósitos de municiones y los hospitales. Consigna, además, dieciséis puentes sobre el río Moscova, catorce sobre el Yauza y cuatro que cruzan el canal que sirve de anillo, indicando si se trata de un puente de arcos de hierro o de madera y cuál es su longitud. En el mapa están representados también los numerosos aeródromos de Moscú. En el caso de las calles, se consigna cuáles están asfaltadas y cuáles están provistas de un revestimiento de hormigón. Los dibujantes de este mapa geográfico-militar se interesan más bien por la infraestructura que pueda tener relevancia militar, con cuya destrucción pueda paralizarse de golpe la vida de la gran ciudad: centrales eléctricas, de calefacción, cámaras frigoríficas, estaciones de autobuses y tranvías, grandes garajes, puestos de bomberos, estaciones de comunicaciones del Ejército, estaciones de radio, telégrafos y telecomunicaciones, plantas de gas, canalizaciones y almacenes de combustible. Pretenden informar acerca de aquellos objetivos que deben ser evitados en los bombardeos para luego poder ser usados por las propias fuerzas: fábricas de aviones, plantas de vagones y cables, imprentas. Y por último, lo que importan son los aparatos e instituciones del poder, el centro del mismo, que debe ser atacado. Este mapa contiene una topografía del poder. Junto con el Kremlin, la antigua plaza y la plaza Nogin como centro, están marcados en él la mayoría de los Comisariados del Pueblo, los sitios desde donde se dirige la economía de la URSS. También se

registran los complejos de edificios del NKVD—al que los cartógrafos todavía llaman GPU—, el Comisariado del Pueblo, las viviendas, los cuarteles, la estación de radio y el «departamento secreto», todo concentrado en torno al edificio principal de la Lubianka y a lo largo de la calle Dzerzhinski. También se consigna la prisión de Butyrka. A ello se añaden las viviendas de los funcionarios del Gobierno y aquellos hoteles que se usan como residencia de la Nomenklatura. La huella de la gran obra constructiva del Palacio de los Soviets servía, obviamente, como la marca de orientación más visible (una enorme excavación en pleno centro de la ciudad). Para la guerra contra la ciudad debían tener una enorme importancia en el mapa las esclusas marcadas en el mapa del canal del Volga y el Moscova, pues no sería un incendio lo que asolaría a Moscú en caso de guerra, como en 1812, sino una inundación.

Sería difícil, por no decir imposible, conseguir un mapa soviético de esa época con tal concentración de información. El primero de enero de 1937 quedó disuelto el instituto más importante para la confección de mapas: el Consorcio Nacional Cartográfico de la Administración Central Geológica, Hidrológica y Geodésica. Pero ya dos años antes—el 15 de junio de 1935—las competencias para el trazado de mapas del país habían pasado a manos del NKVD, en cuyo seno se había creado una Administración Central de Topografía y Cartografía. Por lo demás, los respectivos Comisariados del Pueblo eran los responsables de la topografía y la cartografía en sus ámbitos individuales.[2] La imposición de que el monopolio de la confección de mapas estuviera en manos del NKVD fue algo casi forzoso. La cartografía es poder, y el año 1937 también dejó sus huellas en esto. Los mapas eran secreto de Estado, y los mapas de acceso público eran cada vez más esquemáticos y perdían valor informativo, puede decirse incluso que perdían su relación con la situación real, adoptando los rasgos de una cartografía ficticia.[3] Los mapas

se convirtieron, pues, en secreto de Estado, y la pérdida de un mapa era considerada obviamente como una revelación de ese secreto. Así vemos cómo, en octubre de 1937, a raíz de que se descubriera la pérdida de un mapa en el Estado Mayor del Ejército Rojo de Obreros y Campesinos, un «documento secreto de absoluta importancia», se arrestara a catorce funcionarios del Estado Mayor, once de los cuales con cargos de «participantes en conspiración militar» y de «espías de los servicios de inteligencia extranjeros».[4] También en otros contextos— por ejemplo, en el arresto de geólogos y alpinistas—los mapas desempeñaron un papel como material de prueba de una supuesta labor de espionaje.

En realidad, para confeccionar un mapa de Moscú no era necesaria la existencia de espías inventados, ni la venta de informaciones cartográficas. En unos momentos en que Stalin estaba provocando un baño de sangre entre la cúpula militar, en que miles de comandantes, a causa de las torturas, confesaban tener unos vínculos fantasiosos con el fascismo alemán y en que luego eran fusilados por ello, en Berlín se estaba trabajando en una serie de mapas que pudieran ser utilizados en una futura guerra. Ello demuestra que esos mapas los confeccionaban verdaderos especialistas y conocedores del escenario moscovita. Oskar von Niedermayer, un experto en geopolítica, amigo de Karl Haushofer y catedrático de Geografía militar en la Universidad de Berlín, había estado durante diez años *in situ*, y había trabajado en Moscú como hombre de contacto entre la Reichswehr y el Ejército Rojo en una misión secreta. Conocía la ciudad, y su Instituto General de Ciencias Militares (financiado por la Wehrmacht y la Sociedad Alemana de Investigaciones Científicas y ubicado desde 1935 en los números 40-42 de la Georgenstrasse) disponía ya en agosto de 1936 de treinta y dos locales, y medio año después de cuarenta. Con la ayuda de sus asistentes y expertos, que en el año 1937 habían presentado algunos trabajos sobre «El potencial de movilización de la Unión Sovié-

tica», este hombre colaboraba con la Wehrmacht y creó una serie de mapas en tres volúmenes, el primero sobre Francia, el segundo sobre el Imperio británico y el tercero sobre la URSS, el *Atlas Geográfico Militar de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas*, publicado en una edición con las cubiertas de cuero rojo en la imprenta del Reich:

> Con el tercer atlas, Niedermayer y sus colaboradores presentaron la mejor serie de mapas de la URSS que se había publicado hasta entonces fuera de aquel país. En 233 mapas—los 62 mapas del primer tomo, dedicado a Francia, eran pocos en comparación—, Niedermeyer quiso reunir de un modo ilustrativo ese «universo continental de tránsito entre Europa y Asia, con su concentración estatal». Y de ello formaban parte tanto las cámaras frigoríficas de la URSS como las industrias de armamentos y las minorías nacionales.[5]

Niedermayer pudo basarse para su labor en los mapas accesibles en la URSS, pero también en sus propios conocimientos, en todo el material reunido y en la valoración de una infinita cantidad de fuentes bastante dispares: periódicos, estadísticas, testimonios de refugiados y de repatriados llegados de la URSS. Y ciertamente pudo basarse también en las informaciones que proporcionaron los funcionarios de la embajada en Moscú, en especial el agregado militar Ernst Koestring. Tanto Niedermayer como el general Koestring eran observadores y analistas profesionales, con un entrenamiento de muchos años, y nadie podía tener dudas sobre su extraordinaria actividad de reconocimiento y espionaje.[6] Y fue precisamente Koestring quien estuvo presente como espectador en el segundo proceso público de Moscú, a cuyos acusados conocía personalmente; y fue también a Koestring a quien se dedicó una referencia en el tercer proceso cuando, en la vista, se habló de «un representante de una potencia extranjera»; y luego, fue también Koestring la persona ante la que Stalin

se disculpó en persona porque su nombre hubiera salido a la luz en el proceso.[7] Oskar von Niedermayer había tenido también la oportunidad de echar un vistazo *in situ* en enero de 1941, seis meses antes del ataque a la URSS, cuando viajó a Japón e hizo una escala en Moscú:

Modernas carreteras de salida y anillos, a menudo rodeadas de edificios grandes y nuevos de aspecto desagradable, rascacielos que no tienen ningún sentido en un país donde el suelo es tan barato, y barrios miserables en medio, en ruinas, atravesados por sucias *pereúlok*; y el magnífico tren subterráneo, con el mundo de arriba muchas veces tan precario.[8]

La labor de recopilación y de análisis realizada en Berlín no sólo abarcaba objetos del territorio urbano de Moscú, sino de su gente. Se tomaba a Moscú como centro del bolchevismo y del judaísmo internacional, la sede de la Internacional Comunista y el lugar hacia el que huían los antifascistas alemanes y los emigrantes políticos. Ya en 1933 se inició en la Gestapo la confección de un fichero central de emigrantes, el cual recibió el apoyo del Ministerio de Asuntos Exteriores, la Reichswehr, el Frente Alemán del Trabajo, el Servicio de Seguridad, las SA y las organizaciones del NSDAP en el extranjero. Se analizaba la prensa del exilio, los informes consulares, las declaraciones de las personas que retornaban de Rusia, de las cuales, hasta 1939, había 12 000. Otras fuentes eran también los expedientes y *dosieres* del NKVD y de diversos Comisariados del Pueblo que se encontraron, después de iniciarse la guerra en 1939, en las ciudades soviéticas ocupadas temporalmente, como Lemberg, por ejemplo, o Białystok. Se buscaba a personas sospechosas de «alta traición o de traición a la patria», así como a miembros del gupo dirigente soviético, del Partido, de la economía, del ejército, del aparato policial, de la cultura y de la prensa. Parecía existir un interés particular por los funcionarios y agentes del Servicio de Inteligen-

cia soviético en el extranjero, pues, con su ayuda, se esperaba desenmascarar a la red de agentes soviéticos en suelo alemán. La llamada «Lista Especial de Búsqueda URSS» abarca 5256 registros, entre ellos quinientos importantes funcionarios soviéticos.[9] También es objeto de observación todo el espectro profesional y organizativo de la comunidad del exilio, la red de sus organizaciones. Pero en la lista encontramos también a artistas como Serguéi Eisenstein, Iliá Ehrenburg, Emil Guilels y Erwin Piscator, Heinrich Vogeler, funcionarios del Komintern como Dimitrov, Klement Gottwald, Palmiro Togliatti, Mijaíl Moskvín, comunistas alemanes como Hermann Remmele, Heinz Neumann, Leo Flieg y Herbert Wehner. En esa lista están registrados también algunos comisarios del pueblo como Nikolái Yezhov y Viacheslav Mólotov, al igual que el propio Stalin-Dshugashvili. De algunos se da incluso la dirección exacta, como ocurre con Friedrich Wolf— número 8 de la calle Nizhni Kislovski—, y en muchos casos se menciona alguna residencia, si bien la mayoría de las veces, lo que se indica es una institución. Muchos de los registrados en esta lista de personas buscadas ya no estaban ni siquiera en libertad ni con vida: el antiguo jefe de las Fuerzas Aéreas, Yákov Alksnis, el compañero de lucha de Rosa Luxemburg, Hugo Eberlein, el comunista húngaro Béla Kun, el presidente del NKVD moscovita Stanislav Redens, y muchos otros. Mientras que Stalin organizaba una auténtica carnicería de personas inocentes acusadas de fantasiosos delitos como «espías» o «traidores», los agentes de Hitler ya trabajaban concienzudamente en el mapa para el ataque. Muchos de aquellos que estaban en la lista de personas buscadas del aparato de seguridad del Reich estaban también, curiosamente, en las listas del NKVD, por ejemplo, la familia alemana Feyerherd, una familia de cinco miembros, registrada en la lista con los números que van del 55 al 59.[10] El furor destructivo de Stalin se había anticipado a la campaña de exterminio planeada por Hitler.

LA EXCAVACIÓN

EL CENTRO IMAGINARIO. SOSTÉN DEL IMPERIO, *835* — LA CÚPULA DESAPARECIDA: EL BIZANCIO RUSO, *837* — TRABAJO EN EL VACÍO: FANTASÍAS PARA LA CONSTRUCCIÓN DEL SIGLO, *840* — ROMA, NUEVA YORK, MOSCÚ: EL GENIO DE BORIS IOFÁN, *844* — GUERRA, POSGUERRA, FIN DEL ESTADO DE EXCEPCIÓN, *850*

En mayo de 1937 G. Grigóriev escribió en la revista ilustrada *Ogoniok*:

Todos conocen el paisaje que ofrecía Moscú a cualquiera que se aproximara a la ciudad. Dondequiera que uno mirase, se alzaban las cúpulas de las iglesias por encima de los demás edificios sombríos y bajos. Y en cualquier parte del centro de ese «conjunto» resplandecía luminoso, bajo la luz del sol, el casco dorado de la catedral de Cristo Redentor.

En los últimos años la faz arquitectónica de la capital ha cambiado de un modo radical. Han desaparecido muchas chozas miserables, los silos. En las calles de Moscú han surgido edificios de muchas plantas. Junto al sitio que ocupaba la demolida catedral de Cristo Redentor—en las obras del Palacio de los Soviets—pasan camiones de un lado a otro, crujen las excavadoras y las palas que sacan la arena de la excavación. Aquí se levantará el edificio más grande, de más de cuatrocientos metros de altura, más alto que la Torre Eiffel de París. La imponente construcción del Palacio de los Soviets servirá de base a la gigantesca figura de ese genio de la humanidad llamado Vladímir Ilich Lenin.

El Palacio de los Soviets de la URSS, con sus plazas, rodeado de nuevos y grandes edificios públicos, será el conjunto central de la nueva Moscú socialista. Será el mayor monumento de la heroica era estalinista.[1]

EL CENTRO IMAGINARIO. SOSTÉN DEL IMPERIO

En este paseo virtual al que es invitado el lector, el autor habla en todo momento del Palacio de los Soviets como si ya estuviera allí, como si el edificio fuera ya un componente real del perfil de la nueva Moscú; visualmente, ello se consigue con la ayuda de un fotomontaje. Pero él no es el único. A lo sumo con el comienzo de las obras, en mayo de 1937, el Palacio de los Soviets—del que hasta entonces sólo existían el proyecto y los dibujos—se vuelve omnipresente: en periódicos, revistas, como viñeta o como boceto destacado. Su maqueta está en el centro del pabellón soviético de la Exposición Universal de París y Nueva York. Para los turistas que acuden a Moscú, tanto nacionales como extranjeros, resulta obligatoria una visita a la maqueta en la Muestra Nacional de Arquitectura. El «mayor edificio de la época» no existe solamente como un *fata morgana*, sino como una firme referencia. Como proyecto, da alas o domina la imaginación de los contemporáneos. Para los moscovitas, que no habían podido acostumbrarse a la gran excavación—un socavón—en el centro de su ciudad, ésta es una especie de sucedáneo de un edificio que Moscú había perdido de forma irrevocable en diciembre de 1931, cuando fue dinamitado. Y para todos los nuevos ciudadanos soviéticos de fuera de Moscú, aquella construcción debió de ser un símbolo de cohesión, un símbolo que representaba el centro, la grandeza y el progreso técnico. Un gesto de poder ilimitado, pero también, quizá, un punto de orientación, con el cual el país esperaba hallar sostén en una «época de caos». El Palacio de los Soviets no se construyó nunca, pero las razones para no haber sido erigido son tan concluyentes y reveladoras como los orígenes mismos de todo el proyecto.

De las dimensiones del proyecto constructivo el visitante podía convencerse *in situ*. Al principio, sólo se evacuaron los terrenos situados en el centro de la ciudad, que dejaron una

enorme superficie vacía, pero ya a finales de año las palas habían excavado veinte metros bajo tierra, a fin de preparar el subsuelo para la construcción de los cimientos. Esto se hacía directamente a orillas del Moscova, bajo la presión de la alta capa freática y con un subsuelo bastante problemático desde el punto de vista geológico, lo cual convertía la obra en una empresa difícil. Los periódicos informaban acerca de cualquier progreso; desde la demolición de los cimientos de la catedral dinamitada, pasando por el uso de la teconología estadounidense más moderna de la firma Armstrong, los nuevos métodos para sellar los cimientos de la obra frente a las filtraciones del agua de la capa freática por medio de una maciza capa de betún y la colocación de los soportes de acero sobre los cuales reposarían más tarde las columnas de carga, las cuales, a su vez, tendrían que soportar el peso de la estructura de acero del palacio.[2] Los pilares estaban ordenados en dos círculos concéntricos, y sobre ellos debía quedar distribuido el peso de medio millón de toneladas. En todas las fotos del período de preguerra puede verse un enorme cráter en un lugar expuesto: entre los muros occidentales del Kremlin y la puerta de Borovitski y el inicio de la calle Kropótkinskaia, que conducía hasta el barrio mejor y más elegante de la antigua Moscú, con sus palacetes y sus mansiones.[3] El palacio debía ubicarse junto a una suntuosa avenida con edificios de la vieja y de la nueva Moscú: el museo en forma de templo dedicado a las artes plásticas, rebautizado en 1937 como «Museo Pushkin»; el edificio Pashkov, de estilo clasicista, situado en un altozano, que albergaba la biblioteca y, enfrente, *vis-à-vis*, cruzando el río Moscova, el complejo de edificios de la llamada Casa del Gobierno, por entonces recién concluido. Algunas nuevas construcciones de los alrededores insinuaban ya esas dimensiones de las que habría de formar parte también el Palacio de los Soviets: la nueva Biblioteca Lenin, la Casa del Gobierno en la orilla opuesta del río, los edificios iniciales de la planeada avenida: el edificio del Gosplan, el Hotel

Moskvá, pero, sobre todo, el edificio modelo de Iván Zholtovski en estilo neorrenacentista: el edificio de la embajada estadounidense en la calle Mojovaia. Las empresas que trabajaban en la obra fueron devorando todos los terrenos del entorno: la obra tenía su propia infraestructura, con aserraderos, talleres, parques móviles, plantas de hormigón y centros de abastecimiento. Tenía también empresas propias de suministros en toda la URSS: las acererías le suministraban un nuevo tipo de acero inoxidable de la marca «DS», los institutos de investigación experimentaban con temas de acústica y con la construcción de ascensores rápidos, en todo el país había geólogos y petrógrafos en busca del mármol más apropiado para el revestimiento del palacio, que debía tener una larga vida, como las construcciones de la Antigüedad, protegido durante miles de años contra el deterioro.[4] Aquella obra, junto con la ampliación de la red del metro y el canal del Volga y el Moscova, era el mayor proyecto arquitectónico del Segundo Plan Quinquenal. La evocación del gigantismo de las medidas del edificio, la visibilidad de las labores de esa gran maquinaria, transmitidas a través de las crónicas cinematográficas y los periódicos, contribuyeron de manera esencial a que no hubiera ninguna duda sobre la realidad futura del proyecto. Éste crecía día tras día, se hacía visible, primero en las profundidades, aunque pronto pudieron verse también los pilares del esqueleto de acero.

LA CÚPULA DESAPARECIDA: EL BIZANCIO RUSO

En realidad, aquella excavación era un cráter a través del cual había desaparecido la mayor catedral del Imperio ruso. El 5 de diciembre de 1931, un comando de artificieros convirtió en escombros aquella imponente edificación. Se necesitaron varios detonantes y cargas. La construcción, desde el momento en que se había decidido eliminarla, había sido saqueada, des-

tripada y desmontada. Los trabajadores de los museos y de las instituciones culturales supervisaron lo mejor que pudieron el desmontaje de los frescos, las imágenes del altar, los candelabros y los ornamentos. Los grandes relieves de mármol en las paredes del exterior, obras maestras del arte escultórico ruso, fueron cortados, despedazados y guardados en fragmentos. El valioso mármol se conservó para darle un uso posterior. Ya mucho antes se habían bajado las enormes campanas, que luego fueron fundidas. Aquella labor de «desmembramiento» quedó grabada en la memoria de los viejos moscovitas.[5]

En 1931 se había destruido un edificio en el que habían trabajado, durante casi todo un siglo, varias generaciones, un edificio que podía ser considerado una obra de arte total y única, el resultado del gran esfuerzo de toda la nación. Cuando en diciembre de 1812 abandonaron el suelo ruso los últimos soldados de la *Grande Armée* de Napoleón, surgió la idea de erigir la catedral a modo de recuerdo y de gratitud. Se organizó un concurso internacional, en el que destacó como ganador, en 1817, el proyecto presentado por Aleksandr Vitberg. Las labores de construcción de dicho proyecto—un proyecto, en muchos sentidos, con una sobrecarga filosófica—se iniciaron en los montes del Gorrión, pero se extendieron por razones constructivas y financieras de tal modo que el sucesor de Alejandro I, el zar Nicolás I, dio la espalda en 1827 al proyecto de Vitberg y decidió erigir la catedral en el centro de la ciudad, al oeste del Kremlin, en lugar del monasterio de Alekséiev:

La nueva ubicación había sido elegida hábilmente, tanto desde el punto de vista urbanístico como simbólico: mientras que el Kremlin, por su lado este, tenía a la catedral de San Basilio (otro monumento en conmemoración de una victoria del pueblo), la cual le ofrecía un contrapunto, la catedral representaba el equilibrio óptico en el lado oeste, algo más alejada que la de San Basilio, pero en cambio más alta.[6]

En 1831 el arquitecto Konstantín Thon presentó un proyecto de estilo «ruso-bizantino», y el 10 de septiembre de 1839 tuvo lugar la ceremonia de colocación de la primera piedra. Si los preparativos fueron arduos, también fueron arduas y complicadas la financiación y la elaboración del programa iconográfico y de los detalles artísticos. La catedral no se inauguró hasta el 26 de mayo de 1883 y mantuvo, hasta que fue dinamitada, una altura de 102 metros: con sus cuatro torres en las esquinas, en las que estaban también las campanas y la cúpula dorada, era la mayor iglesia de Moscú, la que determinaba su silueta. En su decoración participaron los pintores más célebres de la época, entre ellos Iván Kramskói, Vasili Vereschaguin y Vasili Sérikov. Las mejores fundiciones se encargaron de fabricar las catorce campanas de la catedral. Los relieves de mármol y bronce, que recordaban las decisivas batallas de Borodinó y Leipzig, constituían una especie de panteón de las victorias rusas sobre Napoleón. La sagrada Rusia estaba allí reunida, desde Aleksandr Nevski hasta los iconos milagrosos de la Virgen María, pasando por Sergio von Rádonezh. Los más importantes escultores trabajaron durante casi dos años en la decoración, entre ellos Peter Clodt von Jürgensburg, oriundo del Báltico. A la catedral se incorporaron además un memorial y un museo dedicado a los caídos en la guerra patria, cuyos nombres fueron grabados allí.[7]

Dinamitar dicha catedral fue más que una intervención en la imagen urbana de Moscú. La destrucción de la catedral de Cristo Redentor puede entenderse como la quiebra del símbolo más notable de la última etapa del Imperio ruso, el final simbólico de la dominación y el liderazgo espiritual de la ortodoxia rusa sobre el Imperio y la ciudad. En la enrevesada historia del edificio cristalizaba la búsqueda por parte de Rusia de un camino para salir del viejo estado de cosas en vísperas de las grandes sacudidas: la liberación de los campesinos y la industrialización ya ha-

bían comenzado, y las etnias y naciones no rusas ya habían emprendido su propia andadura. La catedral permaneció abierta también después de la Revolución y, a pesar de la persecución, mantuvo una comunidad fiel de feligreses. Su demolición fue un capítulo esencial de ese ataque general a la vieja Rusia, un ataque que lleva el nombre de colectivización. La detonación del 5 de diciembre de 1931 fue el ruido de la guerra que asolaba el país, pero esta vez en medio de la capital. Fue, literalmente, la lucha por alcanzar la hegemonía en el cielo de Moscú. Se trataba del espíritu de la ciudad y del Imperio.

TRABAJOS EN EL VACÍO: FANTASÍAS PARA LA CONSTRUCCIÓN DEL SIGLO

En esta lucha por el «dominio de la arquitectura» se dio continuidad, casi de una manera lógica, a las peripecias de la construcción de la catedral. Y ello tenía que ver con la lógica del lugar: un enorme vacío en medio de la ciudad había de ser llenado. En realidad, al vacío sólo se le podía hacer desaparecer con otro edificio, una construcción que arrojara sombra sobre todo lo demás, que fuera capaz de borrar toda memoria, y ciertamente no sólo por sus dimensiones monumentales, su altura o su volumen, sino por el espíritu mismo de la obra que debía ocupar el lugar de la anterior, ya dinamitada. Por muy raro que pueda sonar, en este caso los constructores fueron prisioneros del lugar, y muchas cosas de las que sucedieron después de 1931 con la obra y en torno a la misma evidenciaban ese afán por superar a lo anterior, por rematarlo. La gigantomanía que se impuso a lo largo de los distintos concursos, mostraba claros rasgos de huida: una huida de las sombras del dinamitado edificio anterior.

La historia de los concursos para la construcción del Palacio de los Soviets se ha contado en repetidas ocasiones y en todos sus detalles, aunque hasta hoy todavía no se ha ofreci-

do una descripción basada en fuentes de cómo se desarrollaron los procesos de toma de decisiones.[8] Esa historia se concentra básicamente en cuestiones estéticas, en la competencia de los estilos, y ve en todo el proceso la prueba de la tesis de que el poder—y Stalin personalmente—consiguió doblegar a los arquitectos y a los artistas. Posiblemente este relato no es erróneo, aunque tampoco es demasiado exacto. No existe ningún poder de lo utópico en sí, sino sólo una constelación en la que lo utópico se vuelve todopoderoso, incluso inevitable, necesario. Y sobre todo: no existe poder sin los artistas, sin su talento, su imaginación y su resolución de hacer realidad sus ideas.

El concurso para la construcción del Palacio de los Soviets intentaba cerrar el cielo que se había venido abajo con la caída de la catedral. Fue una fase de búsqueda intensa y de un trabajo vertiginoso para superar un vacío. Se diría que Andréi Platónov, en su novela *La excavación*, escrita entre 1929 y 1930, se había olido la situación. En ella, el autor pone a un ingeniero a reflexionar sobre un imponente nuevo proyecto constructivo:

> Dentro de un año todo el proletariado habrá abandonado la pequeña ciudad capitalista y tomará posesión del nuevo edificio monumental. Dentro de otros diez o veinte años, otro ingeniero levantará una torre en el centro del mundo, en la que los trabajadores de todo el planeta encontrarán un alojamiento feliz y eterno. Pruzhevski estaba en condiciones de planificar cuál sería el aspecto de esa obra constructiva en relación con la estática y la mecánica, la arquitectónica artística y la funcionalidad habitacional; sin embargo, le parecía difícil prever en qué disposición del alma se encontrarían los habitantes de ese edificio situado en tan vasta llanura, y mucho menos podía imaginarse a los hombres vivos en esa torre de la totalidad del mundo.[9]

Sin embargo, todo había comenzado de un modo mucho más simple: al principio sólo existía la idea de construir un

«Palacio del Trabajo». El 31 de diciembre de 1922, Serguéi Kírov, en un acto solemne celebrado en el Teatro Bolshói con motivo de la fundación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (la URSS), proclamaba que esa Unión necesitaba un edificio en el que pudieran reunirse en el futuro todos sus diputados. Como edificio representativo, debía ser un espacio abierto y transparente, estar comunicado a través de estaciones de radio con todo el mundo, con mástiles donde pudieran atracar los zepelines. En un boceto de 1924 se mencionan todas las funciones de ese edificio:

Estado Mayor de la Revolución mundial, Estado Mayor de la Tercera Internacional Comunista, Centro de la Unión Internacional de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. Todos los congresos revolucionarios internacionales, los congresos nacionales de los Consejos y del Partido Comunista de Rusia, las conferencias y actos masivos, deben tener lugar en ese edificio. El proletariado de todos los países será su constructor. [...] El monumento entusiasmará a generaciones de arquitectos rojos de todos los países. Como un imán gigante, lo atraerá todo hacia su campo de fuerza, y las formas de las casas, de las calles, plazas y ciudades se orientarán a partir de él.[10]

En la época de la reconstrucción, por el contrario, había que conformarse con lugares provisionales como el Teatro Bolshói, o el Conservatorio, pero en la época del Gran Cambio, después de 1929, la cúpula dirigente soviética retomó la idea y mediante una carta fechada el 17 de abril de 1931 invitó a los arquitectos soviéticos como Alekséi Schúsev, Vladímir Schuko, los hermanos Aleksandr y Víktor Vesnín, Nikolái Ladovski y otros, a formular las líneas fundamentales de un concurso nacional. La ubicación de ese edificio, que debía corresponderse con el «carácter de la época», era hasta entonces otro terreno, situado al norte del Kremlin y de la Plaza Roja, entre la Ojótni Riad, la Bolshaia Dmítrovka y la Tverskaia. Se formó un jurado con miembros de altísimo

rango, subordinado al Comité Ejecutivo Central de la URSS, es decir, al Gobierno, y los proyectos entregados para el concurso fueron expuestos en la Exposición Nacional de Arquitectura y discutidos públicamente. Pero el periódico *Izvestia* del 13 de julio de 1931 no sólo publicó un programa preciso para el posterior desarrollo del concurso, sino que mencionó también una nueva ubicación; Víktor Balijin, miembro de la unión vanguardista de los nuevos arquitectos, lo había propuesto: el sitio de la catedral de Cristo Redentor.[11] Hasta diciembre de 1931 se entregaron 272 proyectos, entre ellos 24 de arquitectos extranjeros. El Museo de Artes Plásticas (a partir de 1937 Museo Pushkin) mostró entre diciembre de 1931 y junio de 1932 los proyectos premiados: es decir, casi enfrente de la dinamitada catedral de Cristo Redentor, ahora en ruinas. A partir de marzo de 1932, el concurso, que había tenido dos procesos previos de selección, entró en su fase final. Los criterios para el edificio habían sido modificados: ya no era obligatorio un espacio abierto para las masas manifestándose, y el palacio debía ser considerablemente elevado. Al final, salió ganador del concurso el proyecto presentado por Borís Iofán, Vladímir Schuko y Vladímir Gelfreich.

El concurso de Moscú, junto con otros concursos realizados con vistas a la construcción del palacio de la Liga de Naciones en Ginebra o de los pabellones de las Exposiciones Universales de París y Nueva York, estuvo entre los concursos de arquitectura más fascinantes de la época.[12] La obra debía traducirse en un edificio del futuro, apropiado para una nueva sociedad. Apenas hay un estilo o una forma que no estén representados. El concurso se reveló como un punto en el que confluyeron la fantasía, la ambición, la diversidad de estilos y la prueba de los últimos hallazgos en tecnología, un auténtico laboratorio de la arquitectura del siglo XX. Elementos sumamente simbólicos y expresionistas aparecían junto a otros más tecnológicos y funcionalistas. La forma de la máquina aparecía junto a la invocación del Renacimiento italia-

no, citas sacadas de la arquitectura de la Antigüedad clásica se mostraban al lado de elementos de la arquitectura de los rascacielos. En el concurso de Moscú se dio cita la vanguardia arquitectónica internacional: Hans Poelzig, Walter Gropius, Ludwig Mies van der Rohe, Le Corbusier y Armando Brasini aparecían junto a destacados arquitectos soviéticos.[13]

Al final, el premio se lo llevó el proyecto de Iofán, Schuko y Gelfreich. El hecho de que se impusiera ese proyecto fue equiparado con un triunfo de la línea conservadora, retrógrada y antimoderna, y se lo asociaba indefectiblemente con la estandarización y la estatalización de las asociaciones artísticas y arquitectónicas que habían estado en pugna hasta el año 1932. Le Corbusier y Erich Mendelsohn se retiraron decepcionados. Y todavía en 1937, cuando se iniciaron los trabajos de construcción, Frank Lloyd Wright exhortaba al ganador, Iofán, a interrumpir la obra y a empezar el concurso desde el principio, e incluso llegó a hablar de una «*grandomania of American type*», destinada únicamente a evitar la pérdida de prestigio de la URSS; a ello, Iofán respondió: «*Never mind, we will tear it down in ten years*» [No se preocupe, lo derribaremos en diez años].[14] Pero Iofán no tenía pensado eso; él —como lo demuestran ahora las fuentes—había estado escalando posiciones desde el principio, a través de su intervención directa, y aprovechándose de sus buenas relaciones con la cúpula dirigente soviética—primero con Rykov y Yenukidze, liquidados más tarde, y luego con Mólotov—, a fin de imponer sus ideas. La llamada «obra del siglo» no había sido una idea del Partido o de Stalin, sino que había salido de la mente de un arquitecto artista muy talentoso, posiblemente genial.

ROMA, NUEVA YORK, MOSCÚ: EL GENIO DE BORÍS IOFÁN

El proyecto de Iofán tiene su propia historia. En el proyecto para el primer concurso había dibujado todavía dos edificios

separados que abarcaban, respectivamente, la Sala Grande y la Sala Pequeña, y una torre solitaria en forma de *campanile*, con una escultura. En el segundo concurso dio un paso decisivo, al unir esos dos edificios en uno solo y erigirlo de acuerdo con la vertical de la torre, que quedaría coronada con una estatua de Lenin. La forma básica de una construcción en ascenso, cuya base albergaba los espacios funcionales y, al mismo tiempo, servía como base de una escultura monumental, ya estaba decidida en 1934, y las numerosas variantes que se añadieron hasta que se inició la construcción en 1937 y más tarde fueron sólo variaciones de esa idea fundamental, que oscilaba entre la forma compacta y más maciza, y una forma dinámica y ascendente. A Iofán, al que se consideraba demasiado joven e inexperto, se le asignaron dos co-proyectistas, representantes de la tradición clasicista de la Academia de Bellas Artes de San Petersburgo: Vladímir Schuko y Vladímir Gelfreich, que abogaban más bien por una forma cúbica, exuberante y en forma de terraza, mientras que Iofán prefería una construcción cilíndrica, que se fuera estilizando a medida que ascendía y que tratara la construcción—como ya había hecho el pabellón de París—como un estilóbato, una columna que culminara la escultura de Lenin. Ello le confería al edificio un dinamismo vertiginoso, pues parecía asaltar el cielo.[15] La construcción era una suerte de faro, el nuevo punto central de Moscú y del país.[16]

El trío de arquitectos intentó conciliar la forma y la funcionalidad. En las plantas situadas bajo el subsuelo, bajo la base, se alojaban las instalaciones necesarias para el funcionamiento del edificio: suministro eléctrico, bomberos, guardias, comandancia, planta de abastecimiento, ventilación, garajes, etcétera. La entrada principal del palacio estaba del lado del Kremlin. A través de una suntuosa escalinata de cien metros de ancho se llegaba al vestíbulo del palacio, que se abría entonces a través de magníficos corredores, salas de ceremonias, de recepción y reservados. El centro de la construcción

era la Gran Sala, con un diámetro de ciento cuarenta metros y noventa y siete metros de altura, concebida para veinte mil personas que podrían ocupar un puesto en unas hileras de graderías ligeramente ascendentes, las cuales imitaban la forma de un anfiteatro, bajo una imponente cúpula. Por el ala oeste se le unía la llamada Pequeña Sala, para seis mil personas. La Gran Sala estaba concebida como «Parlamento del Pueblo Soviético», y en ella tendrían lugar los acontecimientos políticos más importantes del país, mientras que en la Pequeña Sala habría lugar para funciones de teatro, de cine y otras actividades de ocio. En las plantas situadas sobre la Gran Sala había oficinas, y también diversos museos. Los visitantes podían subir hasta la plataforma mirador, o llegar hasta la estatua de Lenin para disfrutar desde allí de la vista sobre la ciudad. El edificio quedaba coronado por la estatua de Lenin fundida en acero inoxidable, cuyos setenta y cinco metros le otorgaban al edificio una altura total de 415 metros.

El Palacio de los Soviets era una obra de superlativos, y no sólo en lo que respecta a su capacidad.[17] Los visitantes podían moverse por el edificio a través de sesenta y dos escaleras mecánicas que conectaban las distintas plantas entre sí, o podían hacerse transportar hacia lo alto por medio de noventa y nueve ascensores. Era una refinada construcción de alta tecnología, en la que todo estaba pensado con precisión: los sistemas de comunicación, las instalaciones de aire acondicionado bajo los asientos de las graderías, la acústica, la iluminación. Desde el palacio se transmitirían presentaciones cinematográficas y transmisiones en directo para todo el país, y se habían concebido incluso las instalaciones de un estudio de televisión. Los oyentes debían estar en condiciones de entender sin esfuerzo cada palabra que se dijera en la tribuna. Había palcos para los diplomáticos y para la prensa. En la Pequeña Sala existían todos los dispositivos técnicos para la transformación de la tribuna, incluida la presentación de tractores y aviones, de competiciones de natación y de pati-

naje sobre hielo. El complejo era tratado como una obra de arte total, desde el diseño de los ascensores hasta los frescos de la pared, pasando por el mobiliario. Los pintores y los escultores debían abordar los grandes temas: la historia de la lucha de liberación de la Internacional, las etapas principales del movimiento revolucionario en Rusia, la Revolución, la guerra civil, pero, sobre todo, la industrialización del país. Los textos de la «Constitución de Stalin» debían esculpirse en piedra y podrían ser leídos en las paredes. En la cúpula de la Gran Sala—también llamada «Sala de la Constitución»—habían añadido el escudo de la URSS y unas luces con la forma de la hoz y el martillo. Los frescos, los relieves, las esculturas: uno casi podía pensar en el programa heroico y triunfalista de los ornamentos del edificio predecesor. Pero si uno se fijaba bien, las líneas que confluían en el proyecto de Iofán conducían en otra dirección: hacia Roma y hacia Nueva York.

Borís Iofán (1891-1976) era, de hecho, demasiado joven para ser el arquitecto de una construcción del siglo. Había nacido en 1891 en Odesa, donde había estudiado pintura y escultura entre 1903 y 1911, en el Instituto de Arte, y entre 1914 y 1916 se marchó a París para después estudiar arquitectura e ingeniería en Roma. Trabajó como asistente de Manfredo Manfredi, a quien le habían confiado la terminación del monumento a Víctor Manuel II, y de Armando Brasini, quien más tarde se convertiría en uno de los más desatacados arquitectos de la Italia fascista. Borís Iofán, cuyo hermano Dmitri era un renombrado arquitecto en San Petersburgo, permaneció hasta 1924 en Italia, donde llegó a ingresar en las filas del Partido Comunista, y donde conoció, entre otros, a Antonio Gramsci. Una vez regresado a Moscú, construyó algunos edificios de viviendas e institutos en el tímido estilo de la modernidad clásica, pero sus trabajos más importantes fueron el complejo de viviendas de la Casa del Gobierno, el sanatorio de Barvija, cerca de Moscú, y el pabellón de la URSS en las Exposiciones de París (1937) y de Nueva York

(1939). Durante la guerra fue evacuado hacia Svérdlovsk, y al final de la conflagración trabajó en los planes para la reconstrucción de las ciudades soviéticas destruidas y en nuevas variantes de un Palacio de los Soviets.[18]

Pero esos momentos de su biografía no lo son todo. En Roma se familiarizó a fondo con la arquitectura del Renacimiento, y en especial con el legado de la edad clásica; en todas partes puede percibirse la fascinación por la Antigüedad: en el grupo escultórico *El obrero y la koljosiana* algunos ven el movimiento hacia adelante de la Victoria alada de Samotracia, mientras que otros, por su parte, ven el ejemplo de los tiranicidas Harmodio y Aristogitón;[19] las torres recuerdan el Coloso de Rodas o el Faro de Alejandría; también la imponente cúpula de la Gran Sala es un testimonio indudable de la impresión que dejó en él el Panteón. El hecho de que Armando Brasini—proveniente de la Italia fascista—participara en el concurso tiene que ver mucho con su relación con Iofán. Pero mucho más reveladora resulta la idea de que la construcción de la torre como centro de una composición del Palacio de los Soviets sea de Brasini, quien con ello pretendía aludir tanto al mausoleo de la tumba de Adriano como al estilo antiguo ruso de construir iglesias en Kolomenskoie, cerca de Moscú. La vertical del proyecto de Iofán proviene, por lo tanto, del contexto romano, y nos lleva de vuelta al taller de Brasini.[20]

Pero también hay un segundo impulso, muy fuerte. En 1934, cuando se elaboraron los proyectos técnicos, Iofán había viajado con sus co-autores a Estados Unidos, donde pretendían aprender directamente de los pioneros de los rascacielos para solucionar los extraordinarios problemas arquitectónicos y técnicos del palacio. Iofán y sus colegas buscaron obviamente la obra arquitectónica mayor y más importante de Estados Unidos en la era del New Deal: el Rockefeller Center de la ciudad de Nueva York. Iofán tuvo allí su «vivencia de los rascacielos», lo cual seguramente tuvo su importan-

cia en el hecho de que enfatizara aún más la vertical del palacio en la reelaboración del proyecto.[21] En Nueva York podían estudiar y ver todo lo que les pareciera importante: métodos de construcción con acero y hormigón, tecnologías de las construcciones elevadas, climatización, ascensores rápidos, sistemas de iluminación, la logística de los grandes complejos constructivos. En lo que atañe a la parte estética, Iofán estaba probablemente inmunizado frente a la estética de los rascacielos—la crítica al «caos neoyorquino», a la falta de conjuntos bien diseñados aparece también décadas después en su obra—; sin embargo, la impresión abrumadora que provocó en él ese viaje a Estados Unidos es inequívoca. En su boceto del Comisariado del Pueblo para la Industria Pesada (planeado junto a la Plaza Roja) se advierten rasgos inconfundibles del Rockefeller Center, como el diseño del vestíbulo con los frescos y los relieves que recuerdan tanto a Nueva York, y también la preferencia por determinados materiales y detalles: la escultura de Lenin hecha de acero inoxidable—como la pareja de Mújina—recuerda a los atlantes de la plaza Rockefeller. Iofán, amante de la elegancia y el lujo, debió de quedar prendado de la decoración del Radio City Music Hall. También el mirador del Palacio de los Soviets, aquella atracción prosaica y turística al pie de un monumento casi sagrado, parte seguramente de la panorámica que se divisa desde el techo del bloque central del Rockefeller Center. Su proyecto para el pabellón soviético de la Exposición Universal de Nueva York en 1939 es, en cierto modo, una versión sovietizada del original neoyorquino situado en la Quinta Avenida.[22]

El hecho de que hasta ahora se haya mirado siempre al eje Moscú-Berlín, a los paralelismos entre los planes para la capital berlinesa «Germania» y el Plan General de Moscú, a los dos pabellones de París y al gusto y la estética en muchos sentidos emparentada de los arquitectos Albert Speer y Borís Iofán, no es un error; el embajador alemán en Moscú, Von der Schulenburg, nos habla de la exposición de los proyectos de

Speer en el Kremlin de Moscú y del entusiasmo de Stalin por ellos (aunque eso fue en octubre de 1939, cuando todas las decisiones sobre el palacio se habían tomado ya hacía tiempo).[23] La relación de Iofán con Roma y Nueva York era más antigua y de una fuerza mucho mayor. Es más que una ironía de la historia el hecho de que el único lugar donde hoy todavía se puede ver cuál habría sido el aspecto del edificio moscovita del siglo si hubiera llegado a realizarse sea la ciudad de Nueva York: el Rockefeller Center y, en particular, el Radio City Music Hall. Allí el visitante encuentra fragmentos de lo que los arquitectos e ingenieros moscovitas habían traído a casa de su viaje a Estados Unidos plasmado en sus cuadernos de dibujo: las escaleras mecánicas entre los vestíbulos, el aire acondicionado bajo los asientos de las graderías, los sistemas hidráulicos de los escenarios, los bosquejos de esculturas de una era prometeica, las pinturas murales realistas de José Maria Sert simbolizando la liberación de los explotados y oprimidos.[24]

GUERRA, POSGUERRA, FIN DEL ESTADO DE EXCEPCIÓN

No cabe duda de que el Palacio de los Soviets se hubiera terminado, probablemente en el plazo fijado, tal como estaba previsto y como fue reafirmado por Mólotov en el XVIII Congreso del Partido en 1939, «al final del Tercer Plan Quinquenal», es decir, en el año 1942. En el verano de 1938 ya se había iniciado el montaje de la estructura de acero de la torre. Pero el ataque alemán a la URSS acabó destruyendo ese proyecto, así como la reconstrucción de Moscú en general. El Palacio de los Soviets se había convertido en un importante punto de orientación para los bombarderos alemanes que atacaban, y los materiales constructivos y el acero eran empleados entonces para muchas otras cosas, como la defensa de la capital. La comisión creada para la construcción del palacio fue evacuada a Svérdlovsk, donde continuó trabajando en otras varian-

tes. Después de la guerra se retomó el proyecto, bajo otras condiciones y en otro lugar: primero se consideraron las colinas Lenin, y más tarde se pensó en los propios terrenos del Kremlin. Borís Iofán dedicó todo el tiempo, hasta el final de su vida, a hacer modificaciones y adaptaciones a la nueva situación histórica. Pero el proceso de «desestalinización» iniciado por Jruschov propinó a la construcción del siglo el tiro de gracia. La excavación se convirtió en una piscina pública que fue utilizada con eficiencia hasta el final de la URSS.[25] El Palacio de los Soviets sólo existía en negativo: como punto de referencia, como centro imaginario de los cinco rascacielos que se construyeron a su alrededor en Moscú entre finales de la década de 1940 y principios de la de 1950. De ese modo, el Palacio de los Soviets está presente por lo menos de forma indirecta, hasta el momento en que fue sustituido por un nuevo edificio central: la catedral de Cristo Redentor, reconstruida entre 1995 y 2000.

La transformación de la mayor obra constructiva de la URSS y del edificio del siglo en una piscina simboliza el tránsito de una sociedad que no podía vivir sin esas grandiosas contrucciones a otra que podía soportarlo o tuvo que aceptar el tener que vivir con una banal piscina pública en su mismo centro. El proyecto del asalto al cielo era la encarnación de una sociedad que se encontraba en movilización permanente. Su suspensión marca el tránsito de una formación necesitada de utopías a otra que actuaba con indiferencia ante ellas, o que incluso se había vuelto reacia a esas utopías. La «dialéctica de la Ilustración» había realizado un movimiento muy singular: de la sobretensión heroica de la imaginación a las tierras bajas de la normalidad, que tampoco puede vivir sin gestos heroicos. Ya se verá si la reconstrucción a finales del siglo XX de la catedral de Cristo Redentor revelará algo más que la recuperación de un centro urbanístico, e incluso si cabe entenderla como un nuevo y antiguo gesto imperial.

A MODO DE EPÍLOGO

Normalmente, en un epílogo se resumen las tendencias que han cristalizado en un trabajo, y se intenta sacar ciertas conclusiones. Eso también podríamos intentarlo aquí, reteniendo lo alcanzado, haciendo un balance de las pérdidas humanas, discutiendo las consecuencias a largo plazo de aquella bacanal de la autodestrucción y, tal vez, determinando una tendencia a la consolidación. Pero ello implica una mirada en perspectiva hacia un futuro que ha comenzado ahora—tras la conmoción ante los más violentos excesos—, la cual tal vez sea una época de distensión, en todo caso, que insinúa el fin de un estado de excepción y de extremos.

Un epílogo sobre la historia que aquí se ha contado tendría forzosamente, si quiere seguir el rastro a esa historia, que decepcionar esas expectativas. A la catástrofe le siguió, en un intervalo de sólo tres años, una catástrofe aún mayor; a las masacres de los años 1937 y 1938 les siguió una destrucción de vidas humanas cuyo número se calculó, al extinguirse la URSS, en unos veintisiete millones: ejércitos enteros rodeados y destruidos, años enteros borrados, ciudades reconstruidas, con sus fábricas de tractores, sus plantas y escuelas totalmente en ruinas (lo único real que quedó de todo ese vuelco radical). Al capítulo de 1937-1938 no le siguió precisamente la paz, la consolidación, sino la prolongación del estado de excepción y un incremento de la magnitud de las crueldades en las que se pueden desangrar, e incluso sucumbir, grandes pueblos. Al capítulo aquí presente debería seguirle otro sobre la guerra, sobre el práctico hundimiento del país y su propia salvación. Fue pues el final de una tragedia a la sombra de una tragedia aún mayor.

AGRADECIMIENTOS

Al escribir este libro recibí el estímulo, la crítica y la aprobación de muchas personas. Y debido a que fue elaborándose a lo largo de un período de tiempo bastante extenso, casi podría dar mis agradecimientos bajo el título de «gente, años, vida». Dada la naturaleza del tema tratado las personas con las que conversé acerca del tema «Moscú 1937» no sólo pertenecían al mundo académico. Algunas de ellas se habían visto personalmente—o habían visto a sus familias—afectadas por los acontecimientos de ese año, y a muchos la experiencia los mantuvo cautivos durante toda una vida. De echo el mayor estímulo lo debo al encuentro con esas personas.

Michal Reiman me puso en contacto, al principio de mi estancia en Moscú en 1981, con Yuri Bujarin y Anna Lárina, y—tal como era habitual en Moscú en aquella época—ellos me pasaron otros contactos y así pude entablar una relación con personas como Larisa Bogoraz-Tan, Antón Antónov-Ovséienko y otros disidentes e hijos de «enemigos del pueblo». En el seno de la familia de Yuri Aichenwald y de su mujer, la señora Valeria, conocí a un amplio círculo de hijos de aquellos que habían perdido a sus padres en el año 1937. Natalia Smirnova y Kostia Ryzar me ilustraron, con sus relatos, lo que significaba una vida en el destierro en Kazajistán. Más tarde conocí al general Piotr Grigorenko, cuya carrera militar se inició en el año 1937 y que terminó pagando la lucha por llevar adelante el proceso de desestalinización con el internamiento en una clínica psiquiátrica y el envío al exilio. Las charlas con Natalia Gorbanévskaia, Leonid Pliusch, Vladímir Maxímov, Borís Weil, Lusia Bonner, Andréi Siniavski y Piotr Abovin-Eguides en París y otros lugares de la diáspora rusa me hicieron comprender que sin un esclarecimiento de lo que ocurrió en 1937 no habría ninguna regeneración intelectual ni moral en Rusia. Me encontré con Lev Kópeliev y con Raisa Orlova exiliados en Colonia, y casi siempre las conversaciones acababan en aquellos años que ocupaban un lugar central en sus recuerdos. Con otra mirada muy diferente, pero

no menos penetrante, me impresionó también Aleksandr Zinóviev en la época en que vivía en Múnich. Más tarde, ya después del fin de la URSS, vinieron los viajes a los lugares reales del horror y los encuentros con los historiadores, los intérpretes de rastros, los archiveros y personas de los museos de la nueva Rusia. Pienso sobre todo en los viajes de exploración a Solovkí, a Leningrado/San Petersburgo y a lo largo del canal del mar Blanco y el mar Báltico, y en la alegría que tuve al encontrarme con la organización «Memorial», con Benjamin Joffe, Irina Flige y los arqueólogos y el documentador del campo de Soloviezki, Yuri Brodski. El trabajo que han realizado en Moscú, en los últimos años, Arseni Roguinski y sus compañeros y compañeras de «Memorial», me llena de una grandísima admiración. Su labor incansable es, en mi opinión, el símbolo de una Rusia con amor propio y autocrítica, a la que pertenecerá el futuro. Desde nuestros primeros encuentros en el seminario de Yuri Levada, a principios de la década de 1980, aquella conversación ininterrumpida con Lev Gudkov se convirtió en una fuente inagotable de aprendizaje y de reflexión sobre los destinos de Rusia en el siglo XX.

Una línea completamente distinta surgió gracias a los amigos de la época de la Primavera de Praga y del posterior exilio checo. Conocí a algunos acusados y testigos de los procesos públicos de Checoslovaquia—Arthur London y Eduard Goldstücker—y a su primer historiador—Karel Kaplan—, y pude hablar con ellos largo y tendido. También en las conversaciones que mantuve con György Konrád, János Bak e István Rév en Budapest el tema de la década de 1930—transmitido a través de Lukács—estuvo siempre presente.

El primer boceto de una *histoire totale* sobre el estalinismo como civilización se presentó en un seminario organizado en el verano de 1993 en la Universidad de Constanza; tiene que haber sido un estímulo, porque de él salieron dos estudios notables de Susanne Schattenberg y de Katharina Kúcher, a los cuales yo mismo debo mucho.

Un punto de inflexión lo constituyó primero la lectura de la obra y luego el conocimiento personal de Sheila Fitzpatrick, quien con la impresionante obra de su vida sentó las bases de una nueva investigación histórica sobre Rusia. Admiro su tenacidad y su

valor, con los cuales ella—poco a poco, y en una época en que eso no dejaba de entrañar riesgos—presentó sus estudios revolucionarios. Los encuentros en Constanza, así como los talleres organizados con Michael Geyer en Harvard y en Chicago, fueron para mí una experiencia extraordinaria y feliz. Quisiera dar las gracias a Manfred Hildermeier, en cuya significativa conferencia sobre el estalinismo antes de la Segunda Guerra Mundial, organizada en el Colegio de Historia de Múnich, tuve el privilegio de participar, y quien desde entonces ha acompañado mis estudios con un benévolo escepticismo. Wolfgang Hardtwig me dio la oportunidad de presentar, a modo de ponencia en su coloquio—también organizado en el Colegio de Historia—mis reflexiones sobre la utopía como un pensamiento de estado de excepción.

Los más importantes trabajos de los últimos años sobre el estalinismo han sido presentados por una nueva generación de historiadores. Su mente está liberada de todos esos residuos de pólvora de batallas libradas durante mucho tiempo en la época del final de la guerra fría; han sabido aprovechar lo favorable del momento y asumieron el trabajo duro en los archivos. Aprendí mucho de los trabajos de Jörg Baberowski, Klaus Gestwa, Lorenz Erren, Malte Rolf y Jan Plamper, y de las conversaciones con todos ellos. Con Gábor Rittersporn y Jochen Hellbeck me reuní cada vez que se me ofreció la oportunidad: en Berlín, en Nueva York y en Solovkí, en el mar Blanco. También agradezco las conversaciones mantenidas con Nicolas Werth sobre los problemas de representación, y cuya solución nos ocupó a ambos algún tiempo. A Wladislav Hedeler le agradezco el que no haya escatimado esfuerzos para responder a las muchas preguntas de un principiante en este terreno; admiro la tenacidad y la solidez con las que él ha elaborado su obra principal, pero también la seriedad con la que se ocupa de salvar el recuerdo de las olvidadas víctimas de Stalin. Con Gerd Koenen, con el que comparto algunas experiencias y visiones íntimas sobre el comunismo partidista de la Década Roja, hablé siempre sobre el enigma que no nos ha abandonado desde la lectura del libro de Merleau-Ponty *Humanismo y terror*. Apenas puede asombrar que exista una gran proximidad con su fascinante estudio sobre la utopía de la depuración. También en el caso de ese libro estuvo intelectualmente presente desde muy

pronto Helmut Fleischer, con su *ceterum censeo* en el tema de la «historización del comunismo».

Este libro no hubiera sido posible sin dos estancias de un año en dos instituciones: el año 2005-2006 que pasé en el Colegio de Historia de Múnich no sólo me ofreció una nueva visión sobre la magia de la capital bávara, sino que me permitió una reevaluación de la abundantísima bibliografía sobre este tema. El Swedish Collegium for Advanced Social Studies (SCASS), de Uppsala, fue, en el período de 2006 a 2007, el entorno tranquilo y al mismo tiempo estimulante en el que pude comprobar que la experiencia de «Moscú 1937», en las regiones del mundo de las que provenían los demás becarios, no era tan incomprensible ni extraña como podía haber parecido al principio.

Tuve repetidas ocasiones de presentar a modo de ponencia y también de debatir los resultados parciales de mi investigación: en la Universidad de Toronto, en el Bard College de Nueva York, en las universidades de Estocolmo y Uppsala, en la Universidad Libre de Berlín, en Gotinga y en mi vieja *alma mater* de Constanza.

Para hablar sobre los problemas relacionados con la presentación no hubo, durante los años de Múnich, interlocutores mejores que Hans Magnus Enzensberger (sobre «el escándalo de la simultaneidad») y Rüdiger Safranski (sobre «la aventura de la dialéctica»). A Bazon Brock le agradezco no solamente su estímulo, para mí sorprendente, de seguir trabajando en una misma línea determinada, sino también por la indicación acerca del significado del término *constelación*, que me llevó a desarrollar nuevas ideas.

Los primeros lectores del manuscrito completo fueron Michael Hagemeister y Anne Hartmann. Les agradezco inmensamente sus indicaciones y observaciones para mejorar el texto, y sólo puedo confiar en que el resultado no decepcione ahora sus expectativas. De suma valía fueron para mí los consejos de Oksana Bulgákova y Dietmar Hochmuth, que no sólo me permitieron aprovechar su insuperable conocimiento íntimo de la historia del cine soviético, sino que me proveyeron de rarezas cinematográficas sin las cuales mi visión del asunto hubiera sido significativamente más pobre.

En la labor de transformar el manuscrito en el texto que más tarde se enviaría a la editorial desempeñaron un papel importante mis colaboradores de la Universidad Europea Viadrina (Fráncfort

del Oder): Heidrun Hotzan, Jan Musekamp, Charlotte Steinke y Markus Wolf. A todos ellos les agradezco mucho su trabajo responsable, esmerado y consciente.

Tobias Heyl, de la Editorial Hanser, fue un guía seguro, como en años anteriores, a la hora de terminar este libro. Y al editor, Michael Krüger, le agradezco su enorme confianza; consiguió disipar las dudas del autor respecto a que esta vez pudiera quedarse sin aliento, y lo animó generosamente a acabar el proyecto. A mi esposa Sonia Margolina le agradezco el haber soportado durante tanto tiempo y con tanta paciencia la tensión asociada con este viaje al fin de la noche.

Cualquier deficiencia que, a pesar de todo el esfuerzo, haya quedado reflejada en el texto es, obviamente, responsabilidad única de su autor.

NOTA DEL TRADUCTOR

Son innumerables las personas y las instituciones que han contribuido, a lo largo de estos dos años de trabajo en la traducción de este monumental ensayo, al esclarecimiento de información de la que este traductor carecía, a la precisión de un dato, a la corroboración de certezas y a la aclaración de falsas nociones.

En especial, debo agradecer a mis colegas de todo el mundo que prestaron sus bien entrenados oídos y sus conocimientos a las muchas preguntas que surgieron a lo largo de este trabajo: Mijaíl Rudnitski y Yekaterina Ivanova, de Moscú, y Yevgueni Voropáiev, de San Petersburgo, fueron oyentes pacientes, agudos y generosos; Yekaterina Bótova me acompañó en los últimos meses con sus rápidas aclaraciones ciberespaciales entre San Petersburgo y Santa Cruz de Tenerife; y también ha sido una gran ayuda Beate Rausch, sabia traductora del ruso al alemán.

Por otra parte, este trabajo jamás se hubiera realizado en el apretado plazo de dos años sin la colaboración del Colegio Europeo de Traductores de Straelen, por una parte, y lo que es, en mi sentir, lo más parecido a una *Heimat* que he tenido en los últimos años: la Casa de los Traductores de Looren, en Suiza.

A todos ellos, mi más profunda gratitud.

Tenerife, diciembre de 2011

NOTAS

INTRODUCCIÓN

1. *1937 God i sovreménnost*, Tézisy «Memoriala», 30 oktiabriá, n.° 74, 2007, Spetsvypusk. Edición alemana: «Das Jahr 1937 und die Gegenwart. Thesen von Memorial», en: *Osteuropa* 6 (2007), pp. 387-394. La descripción más importante y fiable sobre la que tendría que basarse cualquier reconstrucción es: Wladislaw Hedeler, *Chronik der Moskauer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938. Planung, Inszenierung und Wirkung.* Con un ensayo de Steffen Dietzsch, Berlín, 2003. Véase también Vadim S. Rogovin, *1937. Jahr des Terrors*, Essen, 1998.

2. Sobre las pérdidas demográficas véase Geoffrey Hosking, *Rulers and Victims. The Russians in the Soviet Union*, Cambridge (Mass.) y Londres, 2006, pp. 47-49, pp. 129-135; V. A. Isúpov *Demografícheskie katastrofy i krízisy v Rossíi v pervoi polovine XX veka. Istóriko-demografícheskie ócherki*, Novosibirsk, 2000; Valentina Zhirómskaia, *Demografícheskaia istoria Rossii v 1930-ie gody. Vzgliad v neizvéstnoie*, Moscú, 2001.

3. «*The Great Terror of the 1930s défies explanation, let alone comprehension, and divergent interpretations, old and new, will generate critical debate till the end of time*» [El Gran Terror de la década de 1930 desafía toda explicación, por no hablar de comprensión, y las interpretaciones divergentes, tanto las nuevas como las antiguas, serán causa de debate crítico hasta el final de los tiempos]. (Arno J. Mayer, *The Furies. Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*, Princeton y Oxford, 2002, 660); Nicolas Werth, «Repenser la "Grande Terreur". L'URSS des années trente», en: *Le débat* 122, 2002, 118-139; Gábor Tamás Rittersporn, *Stalinist Simplifications and Soviet Complications. Social Tensions and Political conflicts in the USSR 1933-1953*, Newark (Nueva Jersey), 1991; Nicolas Werth, *La terreur et le désarroi. Staline et son système*, París, 2007.

4. Para valorar la importancia de las «operaciones masivas» en el balance general de esos años véase especialmente Rolf Binner y

Marc Junge, «Wie der Terror "groß" wurde: Massenmord und Lagerhaft nach Befehl 00447», en: *Cahiers du Monde russe* 42/2-4 (2001), 557-614; *id.*, "S etoi públikoi tseremónitsia ne sléduiet". Die Zielgruppe des Befehls Nr. 00447 und der Große Terror aus der Sicht des Befehls Nr. 00447», en: *Cahiers du Monde russe*, 43/1 (2002), 1, 181-228; Barry McLoughlin, McDermott (eds.), *Stalin's Terror. High Politics and Mass Repression in the Soviet Union*, Basingstoke, 2004; J. Arch Getty y Roberta T. Manning (eds.), *Stalinist Terror. New Perspectives*, Cambridge, 1993.

5. Véase la bibliografía en: Wladislaw Hedeler, *Chronik der Moskauer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938. Planung, Inszenierung und Wirkung*, Berlín, 2003, pp. 497-524; Jörg Baberowski, *Der Feind ist überall. Stalinismus im Kaukasus*, Múnich, 2003, pp. 832-876; *id.*, *Der Rote Terror. Die Geschichte des Stalinismus*, Múnich, 2003; Manfred Hildermeier, *Stalinismus vor dem Zweiten Weltkrieg. Neue Wege der Forschung*, Múnich, 1998; todavía merece la pena consultar Robert Conquest, *Der große Terror. Sowjetunion 1934-1938*, Múnich, 1993; Roy A. Medwedew, *Die Wahrheit ist unsere Stärke. Geschichte und Folgen des Stalinismus*, Fráncfort del Meno, 1973; Alec Nove (ed.), *The Stalin Phenomenon*, Nueva York, 1992. Robert C. Tucker (ed.), *Stalinism. Essays in Historical Interpretation*, Nueva York, 1977; Sheila Fitzpatrick (ed.), *Stalinism. New Directions*, Londres y Nueva York, 2000; Nick Lampert Gábor T. Rittersporn (eds.), *Stalinism: Its Nature and Aftermath. Essays in Honour of Moshe Lewin*, Armonk y Nueva York, 1992.

6. El panorama más completo se encuentra en Wladislaw Hedeler, *Chronik der Moskauer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938*, pp. 497-524. Y de particular importancia para este trabajo es: Vladímir N. Jáustov, V. P. Naúmov, N. S. Plótnikova (eds.), *Lubianka. Stalin i VChK – GPU - OGPU - NKVD. Yanvar 1922-dekabr 1936*, Moscú, 2003; así como este otro de los mismos autores-editores, *Lubianka, Stalin i glávnoie upravlenie gosbezopásnosti NKVD 1937-1938*, Moscú, 2004; Aleksandr N. Yákovlev (ed.), *Reabilitatsia. Politícheskie protsessy 30-50yj godov*, Moscú, 1991; *Reabilitatsia. Kak eto bylo*, tomos I-III, Moscú, 2000-2004; J. Arch Getty y Oleg V. Naumov (eds.), *The Road to Terror. Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*, New Haven y Londres, 1999;

William J. Chase, *Enemies Within the Gates? The Komintern and the Stalinist Repression, 1934-1939*, New Haven y Londres, 2001; Oleg V. Khlevniuk, *The History of the Gulag. From Collectivization to the Great Terror*, Londres y New Haven, 2004.

7. De las obras de consulta, en particular: Aleksandr I. Kokurin y Nikita V. Petrov (eds.), *Lubianka. VChK–OGPU - NKVD -NKGB-MGB-MVD-KGB. Správochnik*, Moscú, 1997; Nikita V. Petrov, Konstantín V. Skorkin, *Kto rukovodil NKVD 1934-1941. Správochnik*, Moscú, 1999; Jacques Rossi, *Správochnik po GULAGu*, Londres, 1987.

8. Sobre los registros de las listas de fusilamientos véase la bibliografía de Wladislaw Hedeler, *Chronik der Moskauer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938*, p. 516, y los tomos I-VIII sobre el *Butovskij poligon*, Moscú, 1997-2004.

9. El término es de Stephen Kotkin, *Magnetic Mountain. Stalinism as a Civilization*, Berkeley, 1995; sobre las nuevas fuentes de diarios y autobiografías véase Véronique Garros, Thomas Lahusen, Natalia Korenevskaya (eds.), *Das wahre Leben. Tagebücher aus der Stalinzeit*, Berlín, 1998; Jochen Hellbeck, *Revolution on My Mind: Writing a Diary under Stalin*, Cambridge (Mass.), 2006; Orlando Figes, *The Whisperers. Private Life in Stalins Russia*, Londres, 2007. [Existe traducción en español: *Los que susurran*, trad. Mirta Rosenberg, Barcelona, Edhasa, 2009].

10. Reinhart Koselleck, «Raum und Geschichte», en: Koselleck, *Zeitschichten, Studien zur Historik*. [Existe traducción en español: *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, trad. Daniel Innerarity, Barcelona, Paidós, 2001]. Con un ensayo de Hans-Georg Gadamer, Fráncfort del Meno, 2000, pp. 78-96; Karl Schlögel, *Im Raume lesen wir die Zeit. Über Zivilisationsgeschichte und Geopolitik*, Múnich, 2003. [Existe traducción en español: *En el espacio leemos el tiempo. Sobre historia de la civilización y geopolítica*, trad. José Luis Arántegui, Madrid, Siruela, 2007].

11. Mijaíl M. Bajtin, *Formen der Zeit. Untersuchungen zur historischen Poetik*, Fráncfort del Meno, 1989. [Existe traducción en español: «Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela. Ensayos de poética histórica», en *Teoría y estética en la novela*, trad. Helena S. Kriúkova y Vicente Cazcarra, Madrid, Taurus, 1989]. Katerina Clark, Michael Holquist, *Mikhail Bakhtin*, Cambridge (Mass.) y Londres, 1984, pp. 258-262.

12. Los bocetos de Serguéi Eisenstein para su película sobre Moscú se encuentran en: Jay Leyda, *Eisenstein at Work*, Nueva York, 1982, pp. 81-82; Oksana Bulgákova, *Sergej Eisenstein. Eine Biographie*, Berlín, 1998. El principio de ordenamiento alfabético para una narrativa—según Hans Ulrich Gumbrecht, 1926: *Ein Jahr am Rand der Zeit*, Fráncfort del Meno, 2001—se revela algo menos apropiado que el que desarrolla Walter Kempowski en su grandioso libro *Echolot – ein kollektives Tagebuch* (4 tomos, Múnich, 2002-2005).

13. Bajtín, *Formen der Zeit*, *op. cit.*, p. 7. El estudio epocal de Bajtín sobre Rabelais—*Rabelais und seine Welt. Volkskultur als Gegenkultur*, Fráncfort del Meno y Mayon, 1987—se inspira, sin duda, en los acontecimientos de los que fue un coetáneo y un testigo en riesgo, del mismo modo que, a la inversa, su teoría sobre la carnavalización de la historia nos ayuda a encontrar la clave para entender el Gran Terror.

14. Pienso sobre todo, en este punto, en las obras *Strudelhofstiege*, de Heimito von Doderer [traducción en español: *Las escaleras de Strudhof*, trad. José Miguel Sáenz, Barcelona, Debolsillo, 2013]; *Petersburg*, de Andréi Bieli [traducción en español: *Petersburgo*, Trad. José Fernández, Madrid, Alfaguara, 1981]; *Berlín Alexanderplatz*, de Alfred Döblin [traducción en español: *Berlín Alexander platz*, trad. Miguel Sáenz, Madrid, Cátedra, 2002]; *Manhattan Transfer*, de John Dos Passos [traducción en español: *Manhattan transfer*, trad, José Robles, Barcelona, Debate, 1999]; *Maximum City*, de Suketu Mehta (sobre Bombay-Mumbai) [traducción en español: *Ciudad total: Bombay perdida y encontrada*, trad. Aurora Echevarría, Barcelona, Random House, 2006].

15. Una historia política de Moscú nos la ofrece Timothy J. Colton en *Moscow. Governing the Socialist Metropolis*, Cambridge (Mass.) y Londres, 1995. Y una mirada completamente nueva nos la proporciona David L. Hoffmann, *Peasant Metropolis. Social identities in Moscow 1929-1941*, Ithaca y Londres, 1994. Una semiótica de la ciudad de Moscú es lo que he intentado en: Karl Schlögel, *Moskau lesen*, Berlín, 1984. Y una obra imprescindible para la historia de la ciudad es: *Istoria Moskvy v shestí tomaj. Tom shestói. Period postroienia sotsializma (1917 g.-iún 1941 g.)*. Moscú, 1959, así como *Istoria Moskvy. S drevnéishij vremión do nashij dnéi. V trioj to-*

maj, Moscú, 1997-2000, y la *Entsiklopedia Moskvá*, Moscú, 1997.

16. Para la confección de este mapa doy las gracias de manera muy especial a Stephan Lenz y a mis colaboradores del Leibniz-Länder-Institut, Leipzig.

17. 2 de julio de 1937. El único que señala de manera explícita este vínculo estrecho es, hasta donde sé, J. Arch Getty, en: J. Arch Getty, «State and Society under Stalin: Constitutions and Elections in the 1930s», en: *Slavic Review* 50/1 (primavera de 1991), pp. 18-35, pero especialmente en: J. Arch Getty, «"Excesses are not permitted": Mass Terror and Stalinist Governance in the Late 1930s», en: *Russian Review* 61 (2002), pp. 113-138, citado aquí de la página 126.

18. Hannah Arendt, *Elemente und Urprünge totaler Herrschaft. Antisemitismus, Imperialismus, totale Herrschaft*, Múnich, 2005 (título original: *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York, 1951). [Existe traducción en español: *Los orígenes del totalitarismo*, trad. Guillermo Solana, Madrid, Alianza, 2006]. De los trabajos sistemáticamente interrelacionados de Sheila Fitzpatrick se han mencionado aquí únicamente: *Education and Social Mobility in the Soviet Union 1921-1934*, Cambridge, 1979; Fitzpatrick, *The Cultural Front. Power and Culture in Revolutionary Russia*, Ithaca y Londres, 1992; Fitzpatrick, *Tear off the Masks! Identity and Imposture in Twentieth-Century Russia*, Oxford y Princeton, 2005; Fitzpatrick (ed.), *Stalinism. New Directions*, Londres y Nueva York, 2000; Fitzpatrick, *Everyday Stalinism. Ordinary Life in Extraordinary Times: Soviet Russia in the 1930s*, Nueva York y Oxford, 1999. Sobre la historia de la controversia entre las escuelas del totalitarismo y el revisionismo, véase Abbott Gleason, *Totalitarianism. The Inner History of the Cold War*, Nueva York y Londres, 1995.

19. Era ése el sentido de mis bocetos programáticos: «Rusia im 20. Jahrhundert. Eine unerzählte Geschichte», en: Karl Schlögel, *Go East oder die zweite Entdeckung des Ostens*, Berlín, 1995, pp. 201-215.

20. El haber elaborado un paradigma de este tema es un mérito de Moshe Lewin; cuyo trabajo más reciente es: *The Soviet Century*, Londres y Nueva York, 2005, pp. 60-65.

21. Un enfoque conceptual sobre una historia del miedo lo encontramos en: Corey Robin, *Fear. The History of a Political Idea*, Oxford, 2004; sobre la «cultura de la violencia» véase Jörg Ba-

berowski, *Zivilisation der Gewalt. Die kulturellen Ursprünge des Stalinismus*, Berlín, 2005; Stephan Plaggenborg, «Stalinismus als Gewaltgeschichte», en: Plaggenborg (ed.), *Stalinismus. Neue Forschungen und Konzepte*, Berlín, 1998, pp. 71-112; sobre la opinión pública véase Gábor T. Rittersporn, Malte Rolf y Jan C. Berends (eds.), *Sphären von Öffentlichkeit in Gesellschaften sowjetischen Typs. Zwischen parteistaatlicher Selbstinszenierung und kirchlichen Gegenwelten*, Fráncfort del Meno, 2003.

22. Las excepciones son, por supuesto, Stalin, sobre el que han aparecido, en los últimos años, varias biografías, por ejemplo: Simon Sebag Montefiore, *Stalin. The Court of the Red Tsar*, Nueva York, 2004; Montefiore, *Young Stalin*, Londres, 2007; más raros siguen siendo aún los estudios como el de Marc Jansen y Nikita Petrov, *Stalin's Loyal Executioner: People's Commisar Nikolái Ezhov 1895-1940*, Stanford, 2002.

NAVEGACIÓN: EL VUELO DE MARGARITA

1. Mijaíl Bulgákov, *Der Meister und Margarita*. trad. de Thomas Reschke, Darmstadt y Neuwied, 1973, p. 455. © 1994 Luchterhand Literaturverlag, Múnich, del grupo editorial Random House GmbH. [Existe traducción en español: *El maestro y Margarita*, Madrid, trad. Amaya Lacasa, El País, 2002. Citado aquí de la p. 464 de la edición castellana].

2. Citado a partir de Irina Belobrovtseva y Svetlana Kulius, *Román Mijaíla Bulgákova «Máster i Margarita», komentarii*, Tallin, 2004, pp. 49-50.

3. *Ibid.*, p. 50.

4. Yelena Bulgákova, *Margarita und der Meister. Tagebücher und Erinnerungen*, trad. de Antje Leetz y Ottokar Nürnberg, Berlín, 1993, p. 23 y s. © 1993 Luchterhand Literaturverlag, Múnich, Grupo Editorial Random House GmbH.

5. Ese vuelo gigantesco ha sido objeto frecuente de varios cuadros, y su caída es registrada por la mayoría de los autores de diarios de aquellos años como una catástrofe.

6. Lyndal Roper, *Hexenwahn. Geschichte einer Verfolgung*, Múnich, 2007, p. 149.

7. *Ibid.*, pp. 71-72.

8. Irina Belobrovtseva y Svetlana Kulius, *Román Mijaíla Bulgákova*, *op. cit.*, p. 26.

9. Bulgákova, *Margarita und der Meister*, *op. cit.*, p. 223.

10. *Ibid.*, p. 246.

11. *Id.*

12. *Moskvá*, n.º 11, 1966 y n.º 1, 1967.

13. Bulgákova, *Margarita und der Meister*, *op. cit.*, p. 216.

14. Citado según Belobrovtseva y Kulius, *Román Mijaíla Bulgákova*, *op. cit.*, p. 26.

15. Los datos proceden de Lidia M. Yanóvskaia, *Tvórcheski put M. Bulgákova*, Moscú, 1983; *Vospominanija o M. Bulgakove*, Moscú, 1988; Borís S. Miagkov, *Bulgákovskaia Moskvá. Po sledam bulgákovskij gueróiev*, Moscú, 1993; artículo: «Bulgakov», en: *Moskvá. Entsiklopedia*, Moscú, 1997, p. 146.

16. Véase Kornelia Starodub, «Bulgákovskaia kvartira», en: *Moskvá. Entsiklopedia*, Moscú, 1997, pp. 146-147; Borís V. Sokolov, *Entsiklopedia bulgákovskaia*, Moscú, 1996; *Mijail Bulgákov. Zhizn i tvórchestvo*, Moscú, 2006.

17. Alexander Etkind, *Eros des Unmöglichen. Die Geschichte der Psychoanalyse in Rußland*, traducido del ruso por Andreas Tretner, Leipzig, 1996, pp. 358-376.

18. Irina Belobrovtseva y Svetlana Kulius, *Román Mijaíla Bulgákova*, *op. cit.*, p. 92.

19. *Ibid.*, p. 92.

20. *Ibid.*, p. 93.

21. *Ibid.*, p. 95.

MOSCÚ, UNA OBRA EN CONSTRUCCIÓN: EL PLAN GENERAL DE STALIN EN ACCIÓN

1. Les agradezco a Oksana Bulgakova y a Dietmar Hochmuth el haber puesto a mi disposición las películas de Medvedkin y otros documentos cinematográficos. Oksana Bulgákova, *Symbolische Topographie des neuen Moscú im Film. Wie eine Stadt im Kopf entsteht* [Topografía simbólica de la nueva Moscú en el cine. Cómo surge una ciudad en la mente], conferencia dictada en el Colegio de Historia de Múnich en julio de 2006 (de próxima publicación); Oksana Bulgákova, «Spatial Figures in Soviet Cinema of the

1930s», en: Evgeny Dobrenko y Eric Naiman (eds.), *The Landscape of Stalinism. The Art and Ideology of Soviet Space*, Seattle y Londres, 2003, pp. 51-76; Yanina Urusova, *Das neue Moscú. Die Stadt der Sowjets im Film 1917-1941*, Colonia, Weimar y Viena, 2004; Emma Widdis, *Visions of a New Land. Soviet Film from the Revolution to the Second World War*, New Haven y Londres, 2003, pp. 87-88.

2. Oksana Bulgákova, *Sergej Eisensteins Moscú-Film «Lauf der Zeit»* (manuscrito de una conferencia).

3. Emma Widdis, *Alexander Medvedkin*, Londres, 2004.

4. Yanina Urúsova, *Das neue Moscú*, *op. cit.*, p. 344.

5. Widdis, *Visions of a New Land*, *op. cit.*, p. 178.

6. *Ibid.*, p. 179.

7. Iósif Romanovski, *Nóvaia Moskvá. Plóschadi i maguistrali*, Moscú, 1938; Lev Nikulin, *Vot Moskvá! Dve póvesti*, Moscú, 1937; I. A. Grankina; V. P. Pronina; T. A. Selivanova (eds.), *Moskvá sotsialistícheskaia*, Moscú, 1940; V. Ye. Poletáiev, *Na putiaj k novoi Moskvé. Nachalo rekonstruktsii stolitsy (1917-1935)*, Moscú, 1961; P. Lopatin, *Metró*, Moscú, 1937; P. Lopatin, *Moskvá. Ócherk iz istorii velíkogo góroda*, Moscú, 1939; P. Lopatin, *Volga idiot v Moskvú*, Moscú, 1938.

8. Citado según Belobrovtseva y Kulius, *Román Mijaíla Bulgákova*, *op. cit.*, p. 82.

9. *Guenerálny plan*. Sobre la historia de las reformas véase especielmente: *Istoria Moskvy*, tomo VI, «Period postroienia sotsializma (1917 g.-iún 1941 g.), kniga vtoraia», Moscú, 1959; Vladímir Papernyj, *Architecture in the Age of Stalin. Culture Two*, Cambridge, 2002.

10. *Moskvá rekonstruíruietsia. Albom diagramm, toposjem i fotografii po rekonstruktsii góroda Moskvy*, Moscú, 1938 (Institut izobrazítelny statístiki sovétskogo stroítelstva i joziáistva TSUNJU Gosplana SSSR).

11. Maksim Gorki, L. L. Averbaj, S. G. Firin (eds.), *Belomorsko-Baltíiski kanal ímeni Stalina. Istoria stroítelstva*, 1934.

12. *Moskvá rekonstruíruietsia*, Moscú, 1938, prólogo.

13. Sobre el Imperio ruso postrevolucionario como país de refugiados y nómadas véase: Jörg Baberowski, *Der Rote Terror. Die Geschichte des Stalinismus*, Múnich, 2003; véase además Moshe Lewin, *The Soviet Century*, Londres y Nueva York, 2005, pp. 52-65.

14. Sobre urbanismo, véase Harald Bodenschatz, Christiane

Post (eds.), *Städtebau im Schatten Stalins. Die internationale Suche nach der sozialistischen Stadt in der Sowjetunion 1919-1935*, Berlín, 2003; Iván Sabelin, *Istoria góroda Moskvy*, Moscú, 1990.

15. Citado según *Guenerálny plan, postanovlenie SNK SSSR i TsK VKP (b) 10 de julio 1935*, pp. 1-20; citado aquí de la p. 1.

16. *Ibid.*, pp. 2-3.

17. Timothy J. Colton, *Moscow. Governing the Socialist Metropolis*, Cambridge (Mass.) y Londres 1995, p. 254.

18. *Guenerálny plan*, *op. cit.*, p. 46.

19. *Moskvá sotsialistícheskaia*, *op. cit.*, p. 22.

20. Colton, *Moscow*, *op. cit.*, p. 340; compilado a partir del *Guenerálny plan*.

21. Dietmar Neutatz, *Die Moskauer Metro. Von den ersten Plänen bis zur Großbaustelle des Stalinismus (1897-1935)*, Colonia, Weimar y Viena, 2001.

22. Véase en este libro el apartado «Infancia en Moscú hacia 1900» (p. 819), sobre la novela de Bujarin *Vremená*; Iván Sabelin, *Istoria góroda Moskvy*, Moscú, 1990.

23. Colton, *Moscow*, *op. cit.*, p. 269; véase también en este libro el último capítulo, «La excavación».

24. Yuri Fedosiuk, *Utro krásit nezhnym svétom. Vospominania o Moskvé 1920-1930-j godov*, Moscú, 2003, p. 95; Fedosiuk, *Moskvá v koltsé sadovyj. Putevodítel*, Moscú, 1983.

25. Colton, *Moscow*, *op. cit.*, p. 265.

26. *Ibid.*, pp. 267-268.

27. *Pravda*, 22 de julio de 1937.

28. Colton, *Moscow*, *op. cit.*, p. 267.

29. Ruth von Mayenburg, *Hotel Lux*, Fráncfort del Meno, 1978, p. 153.

30. David L. Hoffmann, *Peasant Metropolis. Social identities in Moscow 1929-1941*, Ithaca y Londres, 1994, p. 139.

31. Julia Obertreis, *Tränen des Sozialismus*, Colonia, Weimar y Viena, 2004; Natalia B. Lebina, *Povsednévnaia zhizn sovétskogo góroda: normy i anomalii 1920-1930 gódy*, San Peterburgo, 1999.

32. Hoffmann, *Peasant Metropolis*, *op. cit.*, p. 131.

33. *Ibid.*, pp. 135-136.

34. *Ibid.*, p. 70.

35. Sobre las leyes de pasaportes véase: Mervyn Matthews, *The*

Passport Society. Controlling Movement in Russia and USSR, San Francisco y Oxford, 1993; Nobuo Shimotomayo, *Moscow under Stalinist Rule, 1931-34*, Nueva York, 1991.

36. Hoffmann, *Peasant Metropolis*, *op. cit.*, pp. 1-2.

37. *Ibid.*, p. 7.

38. Gabriele Freitag, *Nächstes Jahr in Moskau! Die Zuwanderung von Juden in die sowjetische Metropole 1917-1932*, Gotinga, 2004.

39. Irina N. Gavrílova, *Naselenie Moskvy: istoricheski rakurs*, Moscú, 2001, p. 121.

40. Jörg Baberowski y Anselm Doering-Manteuffel, *Ordnung durch Terror. Gewaltexzesse und Vernichtung im nationalsozialistischen und im stalinistischen Imperium*, Bonn, 2006.

41. Iván Petróvich Gomozenkov, citado según David L. Hoffmann, *Peasant Metropolis*, *op. cit.*, p. 70.

TOPOGRAFÍA DE LA DESAPARICIÓN: EL DIRECTORIO TELEFÓNICO MOSCOVITA DE 1936

1. *Vsiá Moskvá. Ádresno-správochnaia kniga na 1936 g.*, Moscú, 1936.

2. Karl Schlögel, «Wsja Moskwa», en: Karl Schlögel, *Moscú lesen*, Berlín, 1984, pp. 101-113. Un trabajo más sistemático sobre este género de fuentes es: Karl Schlögel, *En el espacio leemos el tiempo. Sobre historia de la civilización y geopolítica,* Madrid, Siruela, 2007.

3. J. Arch Getty, «Soviet City Directories», en: *A Researcher's Guide to Sources on Soviet Social History in the 1930s,* edición de Sheila Fitzpatrick y Lynne Viola, Armonk, Nueva York y Londres, 1990, pp. 202-214.

4. *Vsiá Moskvá*, *op. cit.*, p. 603 y ss.

5. La ausencia de organizaciones partidistas rusas y de estatalidad en el Moscú soviético es un tema central en el ensayo de Geoffrey Hosking *Rulers and Victims. The Russians in the Soviet Union*, Cambridge (Mass.), 2006.

6. *Vsiá Moskvá*, *op. cit.*, p. 1.

7. Yuri Trífonov, *Das Haus in der Uferstraße*, Berlín, 1983; Mijaíl Korsunov y Viktoria Terejova, *Tajna tajn Moskovskich*, Moscú, 1995; pero sobre todo véase: Wladislaw Hedeler, *Die Präsenz sta-*

atlicher Gewalt inmitten einer urbanen Umwelt. Das Beispiel Moskau (conferencia dictada en el Colegio de Historia de Múnich en julio de 2006).

8. *Ibid.*, p. 1.

9. *Ibid.*, p. 73.

10. *Ibid.*, p. 75.

11. *Ibid.*, p. 73.

12. *Ibid.*, p. 77 y s.

13. Los Comisariados del Pueblo son tratados por orden en *Vsiá Moskvá*, *op. cit.*, p. 8 y ss.

14. Véase también en este libro el capítulo «El campo de tiro de Bútovo».

15. Yuri Trífonov, *Das Verschwinden*, Berlín, 1989, p. 5.

16. *Vsiá Moskvá*, *op. cit.*, p. 4; todos los datos se ofrecen según Wladislaw Hedeler, *Chronik der Moskauer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938*, Berlín, 2003.

17. Roy A. Medvédev, *Die Wahrheit ist unsere Stärke*, Fráncfort del Meno, 1973, p. 251.

18. *Vsiá Moskvá*, *op. cit.*, p. 92, p. 325.

19. *Ibid.*, p. 94.

20. *Ibid.*, p. 93.

21. *Ibid.*, p. 95.

22. *Ibid.*, p. 97.

23. *Ibid.*, p. 328.

24. *Ibid.*, p. 329.

25. *Ibid.*, p. 379.

26. *Ibid.*, p. 453.

27. *Ibid.*, p. 15.

28. Medvédev, *Die Wahrheit*, *op. cit.*, pp. 220-221.

29. *Ibid.*, p. 227.

30. Timothy J. Colton, *Moscow. Governing the Socialist Metropolis*, Cambridge (Mass.), 1995, p. 289.

31. *Ibid.*, p. 287.

32. Aleksandr Vatlin, «Terror raiónnogo masshtaba: Kúntsevo», en: *Bútovski poligón. 1937-1938 gg. Kniga Pámiati zhertv politícheskoi repressii*. Vypusk 5, Moscú, 2001, pp. 13-21; Aleksandr Vatlin, *Tatort Kunzewo. Opfer und Täter des Stalinschen Terrors 1937/38*, Berlín, 2003.

33. «IIz pokazani svidételia Tijacheva», en: *Bútovski poligón. 1937-1938 gg. Kniga Pámiati zhertv politícheskoi repressii.* Vypusk 3, Moscú, 1999, pp. 352-354.

34. William J. Chase, *Enemies Within the Gates? The Komintern and the Stalinist Repression, 1934-1939*, New Haven y Londres, 2001, pp. 163-174.

35. Compilado a partir de: «Arestóvanny v Moskvé», en: *Bútovski poligón. 1937-1938 gg. Kniga Pámiati zhertv politícheskoi repressii.* Vypusk 7, Moscú, 2003, pp. 318-319.

36. *Bútovski poligón. 1937-1938 gg.* Vypusk 7, Moscú, 2003, p. 318.

37. Véase el detallado estudio sobre «La casa junto al río Moscova», de Wladislaw Hedeler, *Die Präsenz staatlicher Gewalt inmitten einer urbanen Umwelt. Das Beispiel Moscú* (conferencia dictada en el Colegio de Historia de Múnich en julio de 2006).

38. «Arestóvanny v Moskvé», en: *Bútovski poligón. 1937-1938 gg.* Vypusk 7, Moscú, 2003, pp. 318-319.

39. Véase en este libro el capítulo «¡Sólo para uso oficial!».

LA FABRICACIÓN DE ENEMIGOS: LA CAUSA CONTRA EL CENTRO TERRORISTA TROTSKISTA-ZINOVIEVISTA, 19-24 DE AGOSTO DE 1936

1. *Prozessbericht über die Strafsache des trotzkistisch-sinowjewistischen terroristischen Zentrums, verhandelt vor dem Militärkollegium des Obersten Gerichtshofes der UdSSR 19.–24.* Agosto de 1936, Moscú, 1936 [Informe del proceso en la causa contra el centro terrorista trotskista-zinovievista, vista ante el Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS del 19 al 24 de agosto de 1936]; edición del Comisariado del Pueblo de la URSS para la Justicia, p. 119. A diferencia de los otros dos procesos que le sucedieron, de éste sólo hay un informe, pero ningún «acta».

2. *Ibid.*, p. 167.

3. *Ibid.*, p. 185.

4. André Gide, «Zurück aus Sowjetrußland. Retuschen zu meinem Rußlandbuch», en: André Gide, *Gesammelte Werke VI. Reisen und Politik*, t. 2, edición de Peter Schnyder, traducción de Johann Borek, Ralph Schmidberger y Raimund Theis, Stuttgart, 1996, pp. 41-116, pp. 117-210. © DVA, Múnich, grupo editorial Random

House GmbH. [Existe traducción en español: *Regreso de la URSS*, trad. Carmen Claudin, Barcelona, El Aleph Editores, 1982].

5. Tanto éste como los siguientes procesos públicos fueron ampliamente descritos y analizados, véase: Robert Conquest, *Der grosse Terror. Sowjetunion 1934-1938*, Múnich, 1993. [Existe traducción en español: *El gran terror*, trad. Joaquín Adsuar, Barcelona, Caralt Editores 1974]. Véanse también: Nicolas Werth, *Le Procès de Moscou. 1936-1938*, Bruselas, 1987; William J. Chase, «Stalin as Producer: the Moscow show trials and the construction of mortal threats», en: Sara Davies y James Harris (eds.), *Stalin. A New History*, Cambridge, 2005.

6. Sobre los preparativos de los procesos de 1936 a 1938 véase: Wladislaw Hedeler, *Chronik der Moskauer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938. Planung, Inszenierung und Wirkung. Mit einem Essay von Steffen Dietzsch*, Berlín, 2003; Oleg W. Chlevnjuk, *Das Politbüro. Mechanismen der politischen Macht in der Sowjetunion der dreißiger Jahre*, Hamburgo, 1998.

7. Oleg Chlevnjuk, Lars T. Lih y Oleg Naumov (eds.), *Stalin. Briefe an Molotow 1925-1936*, Berlín, 1996.

8. Sobre la biografía de Vyshinski: Arkadi I. Vaksberg, *Gnadenlos: Andrej Wyschinski – Mörder im Dienst Stalins*, Bergisch-Gladbach, 1991. Sobre los procesos públicos anteriores, véase: Jörg Baberowski, *Der Rote Terror. Die Geschichte des Stalinismus*, Múnich, 2003.

9. J. Arch Getty y Oleg V. Naumov (eds.), *The Road to Terror. Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*, New Haven y Londres, 1999.

10. *Prozessbericht*, *op. cit.*, p. 47.

11. *Ibid.*, p. 64.

12. *Ibid.*, pp. 87-89.

13. *Ibid.*, p. 103.

14. *Ibid.*, p. 100.

15. *Ibid.*, p. 96.

16. *Ibid.*, pp. 59, 64.

17. *Ibid.*, p. 104.

18. *Ibid.*, p. 103.

19. *Ibid.*, p. 67.

20. *Ibid.*, p. 134.

21. *Ibid.*, p. 127.

22. Oleg W. Chlevnjuk, *Das Politbüro,* Hamburgo, 1998, p. 91.

23. Vadim Rogovin, *Vor dem großen Terror. Stalins Neo-NÖP*, Essen, 2000.

24. Oleg W. Chlevnjuk, *Das Politbüro,* Hamburgo, 1998, p. 53.

25. Sobre esta reinterpretación véase también Gábor Tamás Rittersporn, *Stalinist Simplifications and Soviet Complication: Social Tensions and Political conflicts in the USSR 1933-1953*, Newark, Nueva Jersey, 1991; y, además, Gábor Tamás Rittersporn, «The Omnipotent Conspiracy: On Soviet Imagery of Politics and Social Relations in the 1930s», en: Nick Lampert y Gábor Tamás Rittersporn (eds.), *Stalinism: Its Nature and Aftermath. Essays in Honour of Moshe Lewin*, Basingstoke, 1992, pp. 101-120.

26. Lorenz Erren, *Selbstkritik und Schuldbekenntnis*, Múnich, 2008; también en el caso del giro conservador de Solomon hacia la derecha.

27. El ensayo más importante sobre las atribuciones de identidad, el enmascaramiento y el desenmascaramiento es de Sheila Fitzpatrick, *Tear off the Masks! Identity and Imposture in Twentieth-Century Russia*, Oxford y Princeton, 2005.

28. Sobre los rituales de las purgas partidistas véase Erren, *Selbstkritik*, *op. cit.*; y Nathan Leites y Elsa Bernaut, *Ritual of Liquidation. The Case of the Moscow Show Trials*, Illinois, 1954.

29. *Prozessbericht*, *op. cit.*, p. 57.

30. Erren, *Selbstkritik*, *op. cit.*, p. 371; sobre la historia del proceso público véase Elizabeth A. Wood, *Performing Justice. Agitating Trials in Early Soviet Russia*, Ithaca y Londres, 2005.

31. Erren, *Selbstkritik*, *op. cit.*, pp. 146-147.

32. *Ibid.*, p. 381.

33. *Ibid.*, p. 388.

34. *Prozessbericht*, *op. cit.*, p. 35.

35. *Ibid.*, p. 132.

36. *Ibid.*, p. 173.

37. *Ibid.*, p. 124.

38. *Ibid.*, p. 170.

39. Erren, *Selbstkritik*, *op. cit.*, p. 82.

40. *Prozessbericht*, *op. cit.*, p. 124.

41. Leites y Bernaut, *op. cit.*

42. Erren, *Selbstkritik*, *op. cit.*, p. 396.

1. Sobre los viajes de intelectuales occidentales a la URSS véase Robert Conquest, «The Great Error: Soviet Myths and Western Minds», en: Robert Conquest, *Reflections on a Ravaged Century*, Nueva York, 2001, pp. 115-149; David Caute, *The Fellow-Travellers: Intellectual Friends of Communism*, New Haven, 1988 [de este último autor, véase en español *El comunismo y los intelectuales franceses (1914-1966)*, trad. José Vírós, Barcelona, Oikos-Tau, 1968]; Sophie Cœuré, *La grande lueur à l'Est: Les français et l'Union soviétique 1917-1939*, París, 1999; Paul Hollander, *Political Pilgrims: Travels of Western Intellectuals to the Soviet Union, China, and Cuba 1928-1978*, Nueva York y Oxford, 1981 [existe traducción en español: *Los peregrinos políticos*, trad. M. Elena Barro, Madrid, Playor, 1987]; Sylvia R. Margulies, *The Pilgrimage to Russia: The Soviet Union and the Treatment of Foreigners, 1924-1937*, Madison, 1968; Rachel Mazuy, *Croire plutôt que voir? Voyages en Russie Soviétique (1919-1939)*, París, 2002; Gerd Koenen, *Die großen Gesänge. Lenin, Stalin, Mao Tse-tung: Führerkulte und Heldenmythen des 20. Jahrhunderts*, Fráncfort del Meno, 1991.

2. Gide, «Züruk aus Sowjetrußland. Retuschen zu meinem Rußlanduch», en: Gesammelte Werke VI. Reisen und Politik, t. 2., edición de Peter Schnyder, traducción de Johann Borek, Ralph Schmidberger y Raimund Theis, Stuttgart, 1996, pp. 41-116, pp. 117-210.

3. Yelena Bulgákova, *Margarita und der Meister. Tagebücher und Erinnerungen*, Berlín, 1993, pp. 229.

4. Lion Feuchtwanger y Arnold Zweig, *Briefwechsel 1933-1958*, edición de Harold von Hofe, t. 1, Berlín y Weimar, 1984, p. 122.

5. Lion Feuchtwanger, *Moskau 1937. Ein Reisebericht für meine Freunde*, Berlín, 1993, p. 9.

6. *Ibid.*, p. 8.

7. *Ibid.*, p. 11.

8. *Ibid.*, p. 10.

9. Wladislaw Hedeler, *Chronik der Moskauer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938*, Berlín, 2003, p. 135.

10. Feuchtwanger, *Moskau 1937*, *op. cit.*, p. 81.

11. *Ibid.*, pp. 82-84.

12. *Georgi Dimitroff, Tagebücher 1933-1943*, edíc. de Bernhard

H. Bayerlein. Traducción del ruso y del búlgaro de Wladislaw Hedeler y Birgit Schliewenz, Berlín 2000, t. 1, p. 140; véase Bibliografía.

13. *Ibid.*, p. 148.

14. Volker Skierka, *Lion Feuchtwanger*, Berlín, 1984, p. 179.

15. *Pravda* y *Deutsche Zentral-Zeitung* (DZZ), 6 de febrero de 1937.

16. Feuchtwanger, *Moskau 1937*, *op. cit.*, p. 11.

17. Skierka, *Lion Feuchtwanger*, *op. cit.*, p. 180; David Pike, *Deutsche Schriftsteller im sowjetischen Exil, 1933-1945*, Fráncfort del Meno, 1981, p. 229 y s.

18. Feuchtwanger, *Moskau 1937*, *op. cit.*, p. 86.

19. Lion Feuchtwanger, *Exil*, Ámsterdam, 1940, p. 875 y s.

20. Obras imprescindibles para los viajes en aquella época eran: *Guide to the City of Moscow. Handbook for Tourist With Information on the City's Past, Present & Future. Descriptions of its Museums and Points of Interest. Including 6 Maps*, Co-operative Publishing Society for Foreign Workers ín the U.S.S.R., Moscú, 1937. Existe una especie de cobertura informativa paralela, la de un compañero de viaje: Ludwig Marcuse, *Mein 20. Jahrhundert. Auf dem Weg zu einer Autobiographie*, Múnich, 1960.

21. Feuchtwanger, *Moskau 1937*, *op. cit.*, p. 44.

22. Michael David-Fox, «"The Heroic Life" of a Friend of Stalinism: Romain Rolland and Soviet Culture», en: *Trondheim Studies on East European Cultures & Societies*, n.º 18, agosto de 2006, pp. 8-114; Matthias Heeke, *Reisen zu den Sowjets. Der ausländische Tourismus in Rußland 1921-1941. Mit einem bio-bibliographischen Anhang zu 96 deutschen Reiseautoren*, Münster, 1999.

23. Los relatos de D. Karavkina fueron publicados en la segunda reimpresión de la nueva edición del libro de Feuchtwanger, *Moskau 1937*, *op. cit.*, pp. 143-148.

24. Sobre el exilio alemán en Moscú véase Carola Tischler, *Flucht in die Verfolgung. Deutsche Emigranten im sowjetischen Exil – 1933 bis 1945*, Münster, 1996; Reinhard Müller, *Die Akte Wehner. Moskau 1937 bis 1941*, Berlín, 1993; Reinhard Müller, *Herbert Wehner – Moskau 1937*, Hamburgo, 2004; Reinhard Müller, *Menschenfalle Moskau. Exil und stalinistische Verfolgung*, Hamburgo, 2001; Reinhard Müller (ed.), *Die Säuberung. Moskau 1936: Stenogramm einer geschlossenen Parteiversammlung*, Reinbek, 1991.

25. El último encuentro entre Bujarin y Gide tuvo lugar el 18 de junio de 1936. Véase Wladislaw Hedeler, *Chronik der Moskauer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938*, Berlín, 2003, p. 53.

26. Feuchtwanger, *Moskau 1937*, *op. cit.*, p. 15, pp. 19-22.

27. *Ibid.*, pp. 46-48.

28. *Ibid.*, p. 23.

29. *Ibid.*, p. 36.

30. *Ibid.*, p. 67.

31. *Ibid.*, p. 87.

32. *Ibid.*, p. 98.

33. Informes en el periódico *Pravda*, 7 de febrero de 1937.

34. Todos los datos proceden de Wladislaw Hedeler, *Chronik der Moskauer Schauprozesse*, *op. cit.*

A LA LUZ DEL FUEGO: ESPAÑA Y OTROS FRENTES

1. Lion Feuchtwanger, *Moskau 1937. Ein Reisebericht für meine Freunde*, Berlín, 1993, p. 72.

2. Mijaíl Kolzov, *Spanisches Tagebuch*, Berlín, 1960, p. 534. El libro se basa ampliamente en los reportajes y ensayos escritos para el periódico *Pravda*.

3. Sobre los sucesos en los frentes véanse las descripciones de la guerra civil: Antony Beevor, *The Spanish Civil War*, Londres, 1982 [existe traducción en español: *La guerra civil española*, trad. Gonzalo Pontón, Barcelona, Crítica, 2005]; Burnett Bolloten, *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution*, Chapel Hill, 1991 [existe traducción en español: *La guerra civil española: revolución y contrarrevolución*, Madrid, Alianza, 1997].

4. *Pravda* 1937, n.º 21 y 22.

5. *Ibid.*, n.º 244, 4 de septiembre de 1937.

6. *Istoria rabóchij Moskvy 1917-1945 gg.*, Moscú, 1983, p. 300.

7. Ivan U. Majskij: *Memoiren eines sowjetischen Botschafters*, Berlín, 1971, p. 289.

8. *Istoria rabóchij Moskvy 1917-1945 gg.*, Moscú, 1983, p. 300.

9. *Ibid.*, p. 300.

10. *Pravda* 1937, n.º 124.

11. *Ibid.*, n.º 179.

12. Sobre su destino posterior, véase Stéphane Courtois, *Schwarz-*

buch des Kommunismus, Múnich y Zúrich, 1998, entre otros.

13. *Pravda* 1937, n.º 7.

14. *Id.*

15. *Prozessbericht über die Strafsache des sowjetfeindlichen trotzkistischen Zentrums, verhandelt vor dem Militärkollegium des Obersten Gerichtshofes der* UdSSR *vom 23.-30. Januar 1937, vollständiger stenographischer Bericht*, Moscú 1937 [Informe sobre la causa contra el centro antisoviético, visto ante el Colego Militar del Tribunal Supremo de la URSS entre el 23 y el 30 de enero de 1937. Enero de 1937]; edición del Comisariado del Pueblo de la URSS para la Justicia, Moscú, 1937, por ejemplo, pp. 8, 9.

16. *Prozessbericht über die Strafsache des antisowjetischen «Blocks der Rechten und Trotzkisten», verhandelt vor dem Militärkollegium des Obersten Gerichtshofes der* UdSSR *vom 2.–13. Marz 1938* [Informe sobre el proceso en la causa contra el bloque antisoviético de derechistas y trotskistas, visto ante el Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS del 2 al 13 de marzo de 1937]; edición del Comisariado del Pueblo de la URSS para la Justicia, Moscú, 1938, p. 5.

17. Sobre el aspecto étnico de las purgas estalinistas y la «etnización de los conflictos»: Terry Martin, *The Affirmative Action Empire. Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939*, Ithaca y Londres, 2001; Jörg Baberowski y Anselm Doering-Manteuffel, *Ordnung durch Terror. Gewaltexzesse und Vernichtung im nationalsozialistischen und im stalinistischen Imperium*, Bonn, 2006; véase también, en la presente obra, el capítulo «El campo de tiro de Bútovo».

18. Véase David Brandenberger, *National Bolshevism. Stalinist Mass Culture and the Formation of Modern Russian National Identity, 1931-1956*, Cambridge (Mass.) y Londres, 2002.

19. Ronald Radosh, Mary R. Habeck y Grigory Sevostianov (eds.), *Spain Betrayed. The Soviet Union in the Spanish Civil War*, New Haven y Londres, 2001, p. 23. Otros cálculos parten de un total de 2044 asesores militares, de los cuales había en el lugar, de forma permanente, entre setecientos y ochocientos; véase Stéphane Courtois y Jean-Louis Panné, «Der lange Schatten des NKWD fällt auf Spanien», en: Stéphane Courtois *et al.*, *Das Schwarzbuch des Kommunismus*, Múnich y Zúrich, 1998, pp. 366-386, citado aquí de las páginas 370, 396. [Existe traducción en español: *El libro*

negro del comunismo, trads. César Vidal y Victoria Esteban, Barcelona, Ediciones B, 2010]. Uno de los chekistas que más tiempo estuvo en España fue Aleksandr Orlov, que se trasladó a Canadá en julio de 1938 y escribió allí sus memorias: Aleksandr Orlov, *Kreml-Geheimnisse*, Wurzburgo, 1953 [véase, en español, *Historia secreta de los crímenes de Stalin*, trad. Rafael Gómez, Barcelona, Destino, 1955].

20. George Orwell, *Mein Katalonien. Bericht über den spanischen Bürgerkrieg*, Zúrich, 1975, p. 183. [Existe traducción en español: *Homenaje a Cataluña*, Trad. Miguel Temprano, Madrid, Debate, 2011]. Sobre el papel de los comunistas en la guerra civil española, véase también Edward H. Carr, *The Komintern and the Spanish Civil War*, Nueva York, 1984 [existe traducción en español: *La Comintern y la guerra civil española*, trad. Fernando Reigosa, Madrid, Alianza Editorial, 1986]; Tim Rees y Andrew-Thorpe (eds.), *International Communism and the Communist International: 1919-1943*, Manchester, 1998.

21. Orwell, *Mein Katalonien, op. cit.*, p. 242.

22. *Ibid.*, p. 213.

23. *Ibid.*, p. 221.

24. Radosh, Habeck y Sevostianov, *Spain Betrayed*, *op. cit.*, pp. 108-120, Doc. 30.

25. *Ibid.*, p. 481, Doc. 76.

26. *Ibid.*, p. 485, Doc. 76.

27. *Ibid.*, p. 8, Doc. 1.

28. *Ibid.*, p. 133, Doc. 33.

29. *Ibid.*, p. 132, Doc. 33.

30. *Ibid.*, p. 471, Doc. 75.

31. *Ibid.*, p. 486, Doc. 76.

32. *Ibid.*, p. 487, Doc. 76.

33. *Ibid.*, p. 271. Véase Stéphane Courtois y Jean-Louis Panné, «La larga sombra de la NKVD», en: S. Courtois, *El libro negro del comunismo*, 2010; citado a partir de la edición alemana, pp. 381-382.

34. Courtois y Panné, *Das Schwarzbuch*, *op. cit.*, p. 379.

35. *Ibid.*, p. 383.

36. *Ibid.*, p. 376.

37. Radosh, Habeck y Sevostianov, *Spain Betrayed*, *op. cit.*, p. 197.

38. Courtois y Panné, *Das Schwarzbuch*, *op. cit.*, p. 381.

39. Radosh, Habeck y Sevostianov, *Spain Betrayed*, *op. cit.*, p. 473, Doc. 75.

40. Pável Anatólievich Sudoplátov y Anatoli Sudoplátov, *Der Handlanger der Macht. Enthüllurgen eines KGB Generals*, Düsseldorf, Viena, Nueva York y Moscú, 1994, pp. 62-63.

41. Wladislaw Hedeler, *Chronik der Moskauer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938*, Berlín, 2003, p. 563.

42. Radosh, Habeck y Sevostianov, *Spain Betrayed*, *op. cit.*, p. 93.

43. Hedeler, *Chronik der Moskauer Schauprozesse*, *op. cit.*, p. 555.

44. *Ibid.*, p. 593.

45. *Ibid.*, p. 610.

46. Arthur Koestler, *Als Zeuge der Zeit. Das Abenteuer meines Lebens*, Berna y Múnich, 1983, p. 374. [Existe traducción en español: *Autobiografía*, trad. Juan Rodolfo Wilcock, Barcelona, Debate, 2000].

CEGUERA Y TERROR: LA DESAPARICIÓN DEL CENSO DE 1937

1. *Vsesoiúznaia pérepis naselenia 1937 goda. Kratkie itogui*, Moscú, 1991. Poco después le siguió *Vsesoiúznaia pérepis naselenia 1939 goda. Osnovnyie itogui*, Moscú, 1992. Una edición completa de los datos aparece en: *Vsesoiúznaia pérepis naselenia 1937 goda: obschie itogui. Sbórnik dokuméntov i materiálov*, Moscú, 2007.

2. Semión Golotik, Valeri V. Miináiev, *Naselenie i vlast. Ócherki demografícheskoi istorii SSSR 1930-j godov*, Moscú, 2004, p. 81.

3. Catherine Merridale, «The 1937 Census and the Limits of Stalinist Rule», en: *The Historical Journal* 39/1 (1996), pp. 223-240, citado aquí de la p. 227.

4. «Zavtra vsesoiúznaia pérepis naselenia», en: *Pravda*, 5 de enero de 1937.

5. «Net staroi okrainy», en: *Pravda*, 7 de enero de 1937.

6. *Pravda*, 7 de enero de 1937.

7. «Dolg sovétskogo grazhdanina», en: *Pravda*, 6 de enero de 1937.

8. Golotik y Miináiev, *Naselenie i vlast*, *op. cit.*, p. 80.

9. Instrucciones para rellenar la lista del censo, en: Golotik y Miináiev, *Naselenie i vlast*, *op. cit.*, pp. 82-85.

10. *Ibid.*, p. 92.

11. La tecnología moderna de censo y tabulación con las máquinas de Hollerith se probó por primera vez en Alemania en los censos en el año 1933, y luego en 1939; sobre esto véase Götz Aly y Karl Heinz Roth, *Die restlose Erfassung. Volkszählen, Identifizieren, Aussondern im Nationalsozialismus*, Fráncfort del Meno, 2000.

12. *Vsesoiúznaia pérepis naselenia 1939 goda. Kratkie itogui*, Moscú, 1991, p. 5.

13. *Ibid.*, p. 210.

14. *Ibid.*, p. 32.

15. Valentina Zhirómskaia, «Istoria podgotovki i provedenia pérepisi naselenia 1937 goda», en: *Vsesoiúznaia pérepis naselenia 1939 goda: obschie itogui*, Moscú, 2007, p. 22.

16. Véase la entrada sobre el «censo» en la *Gran Enciclopedia Soviética*: «Pérepis naselenia», en: *Bolshaia Sovétskaia Entsiklopedia* (BSE), Moscú, 1940, tomo 45, p. 21.

17. Encuesta e instrucción, en: Golotik y Miná iev, *Naselenie i vlast*, *op. cit.*, pp. 82-86.

18. «Sovsem inaia kartina», en: *Pravda*, 6 de enero de 1937.

19. Sobre la relación entre registro demográfico, categorización etnográfica y Constitución soviética véase Francine Hirsch, «The Soviet Union as a Work-in-Progress: Ethnographers and the Category Nationality in the 1926, 1937, and 1939 Censuses», en: *Slavic Review* 56/2 (verano de 1997), pp. 251-278; y Francine Hirsch, *Empire of Nation. Ethnographic Knowledge and the Making of the Soviet Union*, Ithaca y Londres, 2005.

20. *Vsesoiúznaia pérepis naselenia 1937 goda. Kratkie itogui*, Moscú, 1991, p. 6.

21. «Dokladnaia zapiska nachálnika TSUNJU Gosplana SSSR v TSK VKP (b) i SNK SSSR o predvarítelnyj itógaj vsesoiúznoi pérepisi naselenia» en: *Vsesoiúznaia pérepis naselenia 1937 goda. Kratkie itogui*, Moscú, 1991, pp. 22-23.

22. «Predvarítelnye itogui», en: *Vsesoiúznaia pérepis naselenia 1937 goda: obschie itogui. Sbórnik dokuméntov i materiálov*, Moscú, 2007, p. 76.

23. Valentina Zhirómskaia, *Demografícheskaia istoria Rossii v 1930-ie gody. Vzgliad v neizvéstnoie*, Moscú, 2001, p. 61.

24. *Ibid.*, p. 71.

25. *Vsesoiúznaia pérepis naselenia 1937 goda: obschie itogui*, Moscú, 2007, pp. 60, 64.

26. *Vsesoiúznaia pérepis naselenia 1937 goda. Kratkie itogui*, Moscú, 1991, pp. 26-27.

27. *Ibid.*, p. 24.

28. *Vsesoiúznaia pérepis naselenia 1937 goda: obschie itogui*, Moscú, 2007, pp. 86-87.

29. *Ibid.*, pp. 86-97.

30. Zhirómskaia, *Demografícheskaia istoria Rossii v 1930-ie gody*, *op. cit.*, p. 76.

31. Golotik y Mináiev, *Naselenie i vlast*, *op. cit.*, p. 104.

32. Zhirómskaia, *Demografícheskaia istoria Rossii v 1930-ie gody*, *op. cit.*, p. 72.

33. *Ibid.*, p. 88.

34. *Ibid.*, pp. 92, 101.

35. *Ibid.*, p. 90.

36. *Ibid.*, pp. 96, 99.

37. Golotik y Mináiev, *Naselenie i vlast*, *op. cit.*, p. 104.

38. *Ibid.*, p. 105.

39. *Ibid.*, p. 106. Sobre la actitud de rechazo de una parte de los encuestados véanse los expedientes del NKVD de Bielorrusia, en: *Vsesoiúznaia pérepis naselenia 1937 goda: obschie itogui*, Moscú, 2007, pp. 291-292.

40. Golotik y Mináiev, *Naselenie i vlast*, *op. cit.*, pp. 118-123, subdivididos aquí conforme al número de alfabetizados y analfabetos, hombres y mujeres.

41. *Ibid.*, p. 109.

42. *Vsesoiúznaia pérepis naselenia 1937 goda. Kratkie itogui*, Moscú, 1991, p. 25.

43. *Ibid.*, p. 34.

44. Golotik y Mináiev, *Naselenie i vlast*, *op. cit.*, pp. 97-100.

45. E. Andréiev, L. Darski y T. Jarkova: «Óptytotsenki chíslennosti naselenia SSSR 1926-1947 gg. (Kratkie rezultáty issledovania», en: *Vestnik statistiki* 7 (1990), pp. 34-46; citado aquí de la p. 36.

46. A. G. Vólkov, «Iz istorii pérepisi naselenia 1937 goda», en: *Véstnik statístiki*, 8 (1990), pp. 45-56.

47. «Dokladnaia zapiska 14-3-1937», en: *Vsesoiúznaia pérepis naselenia 1937 goda. Kratkie itogui*, Moscú, 1991, p. 38.

48. Nicolas Werth, «Ein Staat gegen ein Volk. Gewalt, Unterdrückung und Terror in der Sowjetunion», en: Courtois, *Das Schwarzbuch*, *op. cit.*, pp. 51-298, citado aquí de la p. 185. Sobre la discusión acerca del alcance y las consecuencias de la catástrofe demográfica, véase Barbara Anderson y Brian Silver, «Demographic analysis and population catastrophes in the USSR», en: *Slavic Review*, 44/3 (1985), pp. 517-536; Alain Blum, *Naître, vivre et mourir en URSS*, París, 2004; Steven Rosefielde, «Excess mortality in the Soviet Union: A reconsideration of the demographic consequences of forced industrialization, 1929-1949», en: *Soviet Studies*, 35 (1983), pp. 385-409; Stephen G. Wheatcroft: «On assessing the size of forced concentration labour in the Soviet Union, 1929-1956», en: *Soviet Studies* 33 (1981), pp. 265-295; Stephen G. Wheatcroft, «More light on the scale of repression and excess mortality in the Soviet Union in the 1930s», en: *Soviet Studies* 42/2 (1990), pp. 355-367; Steven Rosefielde, «Excess collectivization deaths, 1929-1933: New democratic evidence», en: *Slavic Review*, 43/1 (1984), pp. 83-88. Vladímir A. Isúpov, *Demografícheskie katastrófy i krízisy v Rossii v pervoi polovine XX veka. Istóriko-demografícheskie ócherki*, Novosibirsk, 2000; Frank Lorimer, *The Population of the Soviet Union: History and Prospect*, Ginebra, 1946; Serguéi Maksúdov y Zhanna Zaionchkóvskaia (eds.), *Poteri naselenia SSSR*, Benson y Vermont, 1989; *Naselenie Rossii v XX veke. Istorícheskie ócherki*, tomo 1: 1900-1939, Moscú, 2000.

49. A. G. Vólkov, «Iz istorii pérepisi naselenia 1937 goda», en: *Véstnik statístiki 8* (1990), p. 45.

50. Golotik y Mináiev, *Naselenie i vlast*, *op. cit.*, p. 111.

51. Wladislaw Hedeler, *Chronik der Moskauer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938. Planung, Inszenierung und Wirkung*, Berlín, 2003, p. 614.

52. Abreviatura de «Tsentrálnoie upravlenie narodno-joziástvennogo uchiota» (Administración Central del Censo de la Economía Nacional).

53. Golotik y Mináiev, *Naselenie i vlast*, *op. cit.*, p. 81.

54. Véase la entrada sobre el «Censo» en la *Gran Enciclopedia Soviética*: «Pérepis naselenia», en: *Bolshaia Sovétskaia Entsiklopedia (BSE)*, Moscú, 1940, tomo 45, p. 22.

55. A. G. Vólkov, «Iz istorii pérepisi naselenia 1937 goda», en: *Véstnik statístiki 8* (1990), pp. 46-47.

56. *Ibid.*, p. 47.
57. *Ibid.*, p. 52.

UN ESCENARIO PARA LOS HORRORES DE LA INDUSTRIALIZACIÓN: EL SEGUNDO PROCESO PÚBLICO DE MOSCÚ EN ENERO DE 1937

1. Sobre el análisis de los procesos véase William Chase, «Stalin as Producer: the Moscow Show Trials and the Construction of Mortal Threats», en: Sarah Davies y James Harris (eds.), *Stalin. A New History*, Cambridge, 2005, pp. 226-248; Nicolas Werth, *Le Procès de Moscou 1936-1938*, Bruselas, 1987; Robert Conquest, *Der grosse Terror. Sowetjunion 1934-1938*, Múnich, 1993; Nathan Leites y Elsa Bernaut, *Ritual of Liquidation. The Case of the Moscow Show Trials*, Illinois, 1954.

2. *Informe sobre el proceso en la causa contra el centro antisoviético y trotskista, visto ante el Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS del 23 al 30 de enero de 1937*, informe dactilográfico completo, Moscú 1937, editado por el Comisariado del Pueblo de la URSS para la Justicia, pp. 19-20.

3. *Informe sobre el proceso...*, *op. cit.*, p. 560. Sobre la teoría del derecho de Vyshinski: Peter H. Solomon, *Soviet Criminal Justice under Stalin*, Cambridge, 1996.

4. Sobre la consecución de los interrogatorios y los careos, véase Wladislaw Hedeler, *Chronik der Moskauer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938,* Berlín, 2003.

5. Lion Feuchtwanger, *Moskau 1937. Ein Reisebericht für meine Freunde*, Berlín, 1993, pp. 93-96.

6. Joseph E. Davies, *Als USA-Botschafter in Moskau. Authentische und vertrauliche Berichte über die Sowjetunion bis Octubre 1941*, Zúrich, 19433, p. 29.

7. *Informe sobre el proceso... op. cit.*, pp. 50-51.
8. *Ibid.*, p. 54.
9. *Ibid.*, p. 186.
10. *Ibid.*, p. 208.
11. *Ibid.*, p. 230.
12. *Ibid.*, p. 268.

13. *Ibid.*, p. 400.
14. *Ibid.*, p. 332.
15. *Ibid.*, p. 453.
16. *Ibid.*, pp. 488-489, 493-494, 499-500.
17. El método más sistemático y que tiene más sentido es seguir esta producción de «*mental maps*» en los años correspondientes de la *SSSR na stróike*, cuyo editor, por demás, fue en algunos momentos Yuri Piatakov.
18. *Informe sobre el proceso...*, *op. cit.*, p. 499.
19. «Kuznetski bassein», en: *Bolshaia Sovétskaia Entsiklopedia (BSE)*, tomo 35, Moscú, 1937, pp. 374-387.
20. *Informe sobre el proceso... 1937*, p. 435.
21. *Ibid.*, pp. 432-435.
22. Edward Afron Rees, *Stalinism and Soviet Rail Transport 1928-41*, Houndsmill, Basingstoke y Londres, 1995.
23. *Ibid.*, p. 148.
24. *Ibid.*, p. 152.
25. *Ibid.*, p. 156.
26. *Ibid.*, p. 172.
27. *Ibid.*, pp. 169-171.
28. *Ibid.*, p. 185.
29. *Informe sobre el proceso...*, *op. cit.*, p. 12.
30. *Ibid.*, p. 506.
31. *Ibid.*, p. 432.
32. *Ibid.*, pp. 13-14.
33. *Ibid.*, p. 404.
34. *Ibid.*, p. 546.
35. *Ibid.*, p. 182, p. 472.
36. *Ibid.*, p. 321.
37. *Ibid.*, p. 525.
38. *Ibid.*, p. 602.
39. *Ibid.*, p. 539.
40. *Ibid.*, p. 563.
41. Lidia Chukóvskaia, *Ein leeres Haus*, Zúrich, 1967, p. 50.
42. *Pravda*, 21 de enero de 1937.
43. *Pravda*, 27 de enero de 1937 («Gróznyie volny naródnogo gneva i nénavisti»).
44. *Pravda*, 25 de enero de 1937, («Unichtozhit izménnikov Ro-

diny, krovávyj psov fashizma – takovo trebovanie trudiaschijsia mass SSSR»).

45. *Pravda*, 31 de enero de 1937.

46. *Pravda*, 27 de enero de 1937.

47. *Pravda*, 28 de enero de 1937.

48. *Pravda*, 27 de enero de 1937.

49. Mijaíl Kolzov, en *Pravda*, 23 de enero de 1937.

50. *Pravda*, 27 de enero de 1937.

51. *Pravda*, 30 de enero de 1937.

52. *Pravda*, 27 de enero de 1937 («Pochemú oní priznaiútsia?»).

53. *Pravda*, 30 de enero de 1937.

54. *Pravda*, 31 de enero de 1937 («Míting na Krasnoi plóschadi, Vsévolod Vishnevski, Narod-pobedítel»).

55. Nikolái Yevréinov y Shagui Nemezidy («Ya drugói takói strany ne znaiu»...). *Dramatícheskaia jrónika v 6-tí kartínaj iz partíinoi zhizni v SSSR (1936-1938)*, París, 1956.

56. Lorenz Erren, *Selbstkritik und Schuldbekenntnis*, Múnich, 2008, p. 374.

57. *Ibid.*, p. 375.

58. *Ibid.*, pp. 395-396.

«UN BANQUETE EN TIEMPOS DE LA PESTE»: EL ANIVERSARIO DE PUSHKIN EL 10 DE FEBRERO DE 1937

1. «Da zdrávstvuiet Lenin, da zdrávstvuiet Stalin/Da zdrávstvuiet solntse! Da srkóietsia tma!», en: *Pravda*, 14 de abril de 1937.

2. A ese aniversario de Pushkin se han dedicado ya algunos trabajos: Stephanie Sandler, «The 1937 Pushkin jubilee as epic trauma», en: Kevin M. F. Platt y David Brandenberger (eds.), *Epic Revisionism. Russian History and Literature as Stalinist Propaganda*, Madison, Wisconsin, 2006, pp. 193-213; Yuri Molok, *Pushkin v 1937 godú. Materialy i isslédovanie po ikonografii*, Moscú, 2000; Rainer Grübel, «Gabe, Aufgabe, Selbstaufgabe. Dichter-Tod als Opferhabitus», en: Klaus Städtke (ed.), *Welt hinter dem Spiegel*, Berlín, 1998, pp. 139-204, en especial, p. 191 y ss.; Wolfgang Stephan Kissel, *Der Kult der toten Dichter und die russische Moderne, Puškin-Blok-Majakovskij*, Colonia, 2004. Sobre la canonización, véase también la entrada en la *Gran Enciclopedia Soviética*, redacta-

da por D. Guershenzón: «Pushkin», en: *Bolshaia Sovétskaia Entsiklopedia (BSE)*, Moscú, 1940, tomo 47, pp. 651-673.

3. Stephanie Sandler, «The 1937 Pushkin jubilee», *op. cit.*, p. 204.

4. Molok, *Pushkin v 1937 godú*, *op. cit.*, p. 62.

5. Veronique Garros, Natalia Korenevskaya y Thomas Lahusen (eds.), *Das wahre Leben. Tagebücher aus der Stalinzeit*, Berlín, 1998, p. 117.

6. Molok, *Pushkin v 1937 godú*, *op. cit.*, pp. 30, 199.

7. Sandler, «The 1937 Pushkin jubilee», *op. cit.*, p. 196.

8. Véase el comentario de Víktor V. Shklovski en: «Pódvig mysli», en: *Pravda*, 13 de febrero de 1937.

9. *Púshkinskaia Moskvá. Putevodítel*, Moscú, 1937; Nikolái P. Antsíferov, *Moskvá Púshkina*, Moscú, 1950.

10. «Poet v ssylke», en: *Pravda*, 13 de febrero de 1937.

11. Sandler, «The 1937 Pushkin jubilee», *op. cit.*, p. 196.

12. *Pravda*, primero de febrero de 1937; foto con los descendientes de Pushkin en: *Pravda*, 9 de febrero de 1937.

13. Aleksandr Serguéievich Pushkin, «K Chaadáievu», en: A. S. Pushkin , *Sobranie sochinenia v desiati tomaj*, Moscú, 1981, tomo 1, p. 207. [El poema «A Chaadáiev» en español ha sido tomado de una página de internet, traducido por I. Brey. *(N. del T.)*].

14. *Pravda*, 10 de febrero de 1937.

15. Aleksandr Serguéievich Pushkin, «*Exegi monumentum*, ya pámiatnik sebé vozdvig nerukotvórny», en: A. S. Pushkin, *Sobranie sochinenia v desiati tomaj*, Moscú, 1981, tomo 11, p. 295. La línea de texto añadida por Vasili Zhukovski : «... prélestiu zhivói stijov | ya byl polezen» fue sustituida otra vez por la línea original de Pushkin, que decía: «...v mói zhestoki vek | vosslávil ya svobodu», y en lugar de «ya dolgo budu tem narodu | ya liubezen», se añade correctamente, conforme con el verso original, «...ya liubezen narodu». [Le agradezco a Natalia E. Smirnova, de Moscú, las indicaciones que me hizo sobre este texto, tomado de la página de Internet ya mencionada, traducción de Kelin y Arconada. *(N. del T.)*].

16. Lev Nikulin, «Triumf poeta», en: *Pravda*, 11 de febrero de 1937.

17. *Pravda*, 6 de febrero de 1937.

18. A decir verdad, la comunidad de expertos sobre Pushkin

tampoco quedó a salvaguarda del terror, como lo demuestran los destinos de Serguéi I. Hessen (1903-1937) y de Lev B. Modzalevski (1902-1948).

19. B. A. Bábochkin, «Pushkin pobedítel», citado según Yuri Molok, *Pushkin v 1937 godú*, p. 53 y ss.

20. *Ibid.*, p. 54.

21. Reproducción tomada de *Krokodil 3* (1937).

22. «"The Glory of the Russian People", *Pravda*, 10 de febrero de 1937», en: Kevin M. F. Platt y David Brandenberger (eds.), *Epic Revisionism. Russian History and Literature as Stalinist Propaganda*, Madison, Wisconsin, 2006, pp. 214-219.

23. Representativo de esto es Vadim Perelmuter (ed.), *Pushkin v emigratsii. 1937,* Moscú, 1999.

24. Semion L. Frank, *Etiúdy o Púshkine*, París, 1987, p. 31.

25. *Ibid.*, pp. 40, 42, 46-47.

26. *Ibid.*, pp. 54, 57.

27. Yelena Bulgákova, *Margarita und der Meister*, Berlín, 1993, p. 156.

28. Sobre esto véase Sandler, «The 1937 Pushkin jubilee», *op. cit.*

29. Andréi Platónov «Pushkin – nash továrisch», en: Andréi Platónov, *Velichie prostyj serdts*, Moscú, 1976, pp. 277-291; Andréi Platónov, «Pushkin i Gorki», en: *Velichie prostyj serdts*, Moscú, 1976, pp. 292-313.

30. Andréi Platónov, «Pushkin i Gorki», en: *Velichie prostyj serdts*, Moscú, 1976, pp. 290-291.

31. *Ibid.*, p. 304.

32. *Ibid.*, p. 313.

33. Se trata del poema «Svétlaia rádost», citado en: Wladislaw Hedeler, *Chronik der Moskauer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938*, Berlín, 2003, p. 268.

34. «Pir vo vremia chumy», en: A. S. Pushkin, *Sobranie sochinenia v desiati tomaj*, Moscú, 1981, tomo 4, pp. 329-337.

35. Mijaíl Zóschenko, «What I Would Like To Say About The Late Poet», en: *Krokodil'* 5 (1937); «A Speech Given during the Pushkin days at a meeting of the Tenants' Cooperative on Malaia Perinnaia, n.° 7», *Krokodil'* 5 (1937), en: Kevin M. F. Platt y David Brandenberger (eds.), *Epic Revisionism. Russian History and Literature*

as Stalinist Propaganda, Madison y Wisconsin, 2006, pp. 220-232.

36. Andréi Platónov «Pushkin – nash továrisch», en Andréi Platónov, *Velichie prostyj serdts*, Moscú, 1976, pp. 277-278.

37. *Istoria Moskvy v shestí tomaj. Tom shestói. Period postroienia sotsializma (1917 g.-iúnia 1941 g.). Kniga 2*, Moscú, 1959, p. 126.

38. *Istoria Moskvy*, *op. cit.*, p. 167.

39. *Ibid.*, p. 240.

40. *Ibid.*, p. 288.

41. Kornéi Chukovski, citado en: Yuri Molok, *Pushkin v 1937 godú*, *op. cit.*, p. 20.

LA MUERTE PÚBLICA: EL SUICIDIO DE ORDZHONIKIDZE Y EL RITUAL DE LA MUERTE

1. Yelena Bulgákova, *Margarita und der Meister, Tagebücher. Erinnerungen*, Berlín, 1993, p. 158.

2. Georgi Dimitrov, *Tagebücher 1933-1943*, Berlín, 2000, p. 150.

3. Véronique Garros, Thomas Lahusen y Natalia Korenevskaya (eds.), *Das wahre Leben. Tagebücher aus der Stalinzeit*, Berlín, 1998, p. 77.

4. Nina Kostérina, *Das Tagebuch der Nina Kosterina*, Fráncfort del Meno, 1981, p. 24.

5. Garros, Lahusen y Korenevskaya (eds.), *Das wahre Lebent*, *op. cit.*, p. 119.

6. Alexander Weissberg-Cybulski, *Im Verhör*, Viena/Zúrich, 1993, p. 71.

7. Robert Conquest, *Der grosse Terror*, Múnich, 1993, p. 198.

8. Oleg V. Jlevniuk, *1937-i Stalin, NKVD i sovétskoie óbschestvo*, Moscú, 1992, pp. 131-132.

9. Jlevniuk, *1937-i*, *op. cit.*, pp. 139-141.

10. Conquest, *Der grosse Terror*, *op. cit.*, p. 197. Sobre la relación de Stalin-Ordzhonikidze véase Oleg V. Jlevniuk, *Stalin i Ordzhonikidze. Konflikty v Poliutburó v 30-e gody*, Moscú, 1993.

11. Conquest, *Der grosse Terror*, *op. cit.*, p. 198.

12. *Pravda*, 19 de febrero de 1937.

13. *Ibid.*

14. *Ibid.*

15. *Pravda*, 20 de febrero de 1927, p. 1.

16. Bulgákova, *Margarita*, *op. cit.*, anotación del día 19 de febrero de 1937.

17. Bulgákova, *Margarita*, *op. cit.*, anotación del día 20 de marzo de 1937.

18. André Gide, *Gesammelte Werke VI. Reisen und Politik*, t. 2, edición de Peter Schnyder, traducción de Johann Borek, Ralph Schmidberger y Raimund Theis, Stuttgart, 1996, p. 55.

19. Georgi Dimitrov, *Tagebücher 1933-1943*, anotación del 21 de febrero de 1937.

20. Roy Medvédev, *Die Wahrheit ist unsere Stärke*, Fráncfort del Meno, 1973, pp. 216-220; Conquest, Der grosse Terror, *op. cit.*, pp. 195-201; Chlevnyuk, *1937-j*, *op. cit.*, pp. 116-144, Montefiore, pp. 210-218.

21. Irina Paperno, «Constructing the meaning of suicide», en: Jane Burbank (ed.), *Imperial Russia,* pp. 305-330; Irina Paperno, *Suicide as a Cultural Institution in Dostoevsky's Russia*, Ithaca y Londres, 1997. Sobre el debate general acerca del suicidio véase Alfred Alvarez, *The Savage God: A Study of Suicide*, Nueva York, 1971 [existe traducción en español: *El Dios salvaje*, trad. Marcelo Cohen, Barcelona, Emecé, 2003]; Jack D. Douglas, *The Social Meanings of Suicide*, Princeton, 1967.

22. Kostérina, *Das Tagebuch*, *op. cit.*, 1981, p. 43 (13 de abril de 1938).

23. Gueorgui Andréievski, *Povsednévnaia zhizn Moskvy v stalínskuiu epoju 1930-1940-e gody*, Moscú, 2003, p. 240.

24. Lorenz Erren, *Selbstkritik und Schuldbekenntnis*, Múnich, 2008, p. 262.

25. Chlevnyuk, *1937-j*, *op. cit.*, p. 196. Sobre los suicidios entre los adolescentes en la década de 1920 véase Vera Spiertz, «Geheime Berichte über den Freitod junger Rotarmisten (1923-1927)», en: Corinna Kuhr-Korolev, Stefan Plaggenborg y Monika Wellmann (eds.), *Sowjetjugend 1917-1941: Generation zwischen Revolution und Resignation*, Essen, 2001; Monica Wellmann, «Integrationsprobleme und Ausgrenzungserfahrungen: Abschiedsbriefe junger Selbstmörder aus Moscú (20er Jahre)», en: Kuhr-Korolev, Plaggenborg y Wellmann (eds.), *Sowjetjugend 1917-1941*, *op. cit.*, Essen, 2001.

26. Féliks F. Perchionok, *Repressírovanyie gueologui. Biografícheskie materialy*, San Petersburgo, 1992, pp. 121.

27. Erren, *Selbskritik*, *op. cit.*, p. 180

28. Jlevniuk, *1937-i*, *op. cit.*, p. 19; Montefiore, entre otros.

29. Hedeler, *Chronik*, *op. cit.*, p. 624.

30. Solomon Vólkov, *Stalin und Shostakovich. Der Diktator und der Künstler*, Berlín, 2004, pp. 195, 203.

31. J. Arch Getty y Oleg V. Naumov (eds.), *The Road to Terror. Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*, New Haven y Londres, 1999, p. 315.

32. *Ibid.*, pp. 321-322.

33. Jlevniuk, *1937-i*, *op. cit.*, p. 201. Algo parecido sucede con Voroshílov; véase Vadím Rogovin, *1937. Jahr des Terrors*, Essen, 1998, p. 265 y s.

34. Getty y Naumov (eds.), *The Road to Terror*, *op. cit.*, pp. 337-338.

35. *Ibid.*, p. 442.

36. Jlevniuk, *1937-i*, *op. cit.*, p. 62.

37. William J. Chase, *Enemies Within the Gates? The Komintern and the Stalinist Repression, 1934-1939*, New Haven y Londres, 2001, p. 281.

38. Conquest, *Der grosse Terror*, *op. cit.*, p. 196.

39. Jlevniuk, *1937-i*, *op. cit.*, p. 122.

40. Getty y Naumov (eds.), *The Road to Terror*, *op. cit.*, pp. 292-294.

41. Jlevniuk, *1937-i*, *op. cit.*, pp. 131, 133 y 287.

42. *Ibid.*, p. 119.

43. Medvédev, *Die Wahrheit*, *op. cit.*, pp. 218-219.

44. Valentína Zhirómskaia, *Demografícheskaia istoria Rossii v 1930-ie gody. Vzgliad v neizvéstnoie*, Moscú, 2001, p. 25.

45. Jlevniuk, *1937-i*, *op. cit.*, p. 207.

46. *Bútovski poligón. 1937-1938 gg. Kniga Pámiati zhertv politícheskoi repressii. Vypusk 8*, Moscú, 2004, p. 332.

47. Wladislaw Hedeler (ed.), *Stalinscher Terror 1934-41*, Berlín, 2002, p. 20; Marc Jansen y Nikita Petrov, *Stalin's Loyal Executioner*, p. 62.

48. Marc Jansen y Nikita Petrov, *Stalin's Loyal Executioner: People's Commisar Nikolai Ezhov 1895-1940, Stanford*, 2002, p. 142.

49. *Ibid.*, p. 144.

50. Aleksandr Vatlin, *Tatort Kunzewo. Opfer und Täter des Stalinschen Terrors 1937/38*, Berlín, 2003, p. 66.

51. Jansen y Petrov, *Stalin's Loyal Executioner*, *op. cit.*, p. 177.

52. *Ibid.*, p. 171, p. 253.

53. *Ibid.*, pp. 169, 170.

54. Andréi Arzhilovski, en: Garros, Lahusen y Korenevskaya (eds.), *Das wahre Leben*, *op. cit.*, pp. 77, 79, 119.

EN LA SALA DE MÁQUINAS DEL AÑO 1937: EL PLENO DEL COMITÉ CENTRAL DE FEBRERO-MARZO

1. Georgi Dimitrov, *Tagebücher 1933-1943*. Edición de Bernhard H. Bayerlein. Traducido del ruso y del búlgaro por Wladislaw Hedeler y Birgit Schliewenz, Berlín, 2000, anotación del día 5 de marzo de 1937, p. 152.

2. Las caricaturas fueron publicadas y comentadas en: Aleksandr Vatlin y Larisa Malashenko (eds.), *Piggy Foxy and the Sword of Revolution. Bolshevik Self-Portraits*, traducción de Vadim A. Staklo, prólogo de Simon Sebag Montefiore, New Haven y Londres, 2006, reproducciones n.º 169-181.

3. Las actas a partir de las cuales se cita aquí fueron publicadas entre 1992 y 1999 en la revista *Voprósy istorii* bajo el título de «Materialy fevrálsko-martóvskogo plénuma TsK VKP-(b) 1937 goda». 23 de febrero de 1937, sesión vespertina, en: *Voprósy istorii* 2/3 (1992), pp. 3-44. 23 de febrero de 1937, sesión vespertina, en: *Voprósy istorii* 4/9 (1992), pp. 3-36. 24 de febrero de 1937, sesión vespertina, en: *Voprósy istorii* 6/7 (1994), pp. 3-29. 25 de febrero de 1937, sesión matutina, en: *Voprósy istorii* 8/9 (1992), pp. 3-29. 26 de febrero de 1937, sesión vespertina, en: *Voprósy istorii* 5 (1993), pp. 3-23. 27 de febrero de 1937, sesión matutina, en: *Voprósy istorii* 6 (1993), pp. 3-36. 27 de febrero de 1937, sesión vespertina, en: *Voprósy istorii* 1 (1994), pp. 12-13. 27 de febrero de 1937, sesión vespertina, en: *Voprósy istorii* 7 (1993), pp. 3-24. 28 de febrero de 1937, sesión matutina, en: *Voprósy istorii* 8 (1993), pp. 3-26. 28 de febrero de 1937, sesión vespertina, en: *Voprósy istorii* 9 (1993), pp. 3-32. Primero de marzo de 1937, sesión vespertina, en: *Voprósy istorii* 2 (1994), pp. 3-29. Primero de marzo de 1937, sesión vespertina, en: *Voprósy istorii* 6 (1994), pp. 3-23. 2 de marzo de 1937, sesión matutina, en:

Voprósy istorii 8 (1994), pp. 3-29. 3 de marzo de 1937, sesión vespertina, en: *Voprósy istorii* 3 (1995), pp. 3-15. 3 de marzo de 1937, sesión matutina, en: *Voprósy istorii* 4 (1995), pp. 3-18. 3 de marzo de 1937, sesión vespertina, en: *Voprósy istorii* 2 (1999), pp. 3-26. 4 de marzo de 1937, sesión matutina, en: *Voprósy istorii* 4 (1999), pp. 3-18. 4 de marzo de 1937, sesión matutina, en: *Voprósy istorii* 10 (1995), pp. 3-26. 4 de marzo de 1937, sesión vespertina, en: *Voprósy istorii* 7 (1995), pp. 3-25. 5 de marzo de 1937, sesión vespertina, en: *Voprósy istorii* 8 (1995), pp. 3-25. 5 de marzo de 1937, sesión vespertina, en: *Voprósy istorii* 11 (1995), pp. 12, 3-23.

4. *Voprósy istorii* 1992, 2/3, pp. 3-44.

5. Sobre el «proceso a Piatákov», véase en la presente obra el capítulo «Un escenario para los horrores de la industrialización».

6. Véase en la presente obra el capítulo «La muerte pública».

7. Los estudios más detallados acerca del pleno de febrero-marzo son: J. Arch Getty y Oleg V. Naumov (eds.), *The Road to Terror. Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*, New Haven y Londres, 1999; pero sobre todo: Wladislaw Hedeler, *Chronik der Moskauer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938*, Berlín, 2003, pp. 160-206.

8. Vadim S. Rogovin, *1937. Jahr des Terrors*, traducido del ruso por Hannelore Georgi y Harald Schubärth, Essen, 1998, pp. 269-270.

9. Sobre la aparición en el pleno: Rogovin, *1937. Jahr des Terrors*, *op. cit.*, p. 257.

10. Carta de Bujarin al pleno, con fecha 20 de febrero de 1937, en: *Voprósy istorii* 2/3 (1992), p. 5.

11. Citado según Rogovin, *1937. Jahr des Terrors*, *op. cit.*, p. 274; *Voprosy istorii* 6/7 (1994), p. 9.

12. Pável Póstyshev, en: *Voprósy istorii* 8-9 (1992), p. 24.

13. Hedeler, *Chronik*, *op. cit.*, pp. 177-178; Documento 143, en: Getty y Naumov (eds.), *The Road to Terror*, *op. cit.*, pp. 412-413, facsímiles pp. 414-415.

14. Estipulado en la resolución al final del debate, sesión vespertina del 27 de febrero de 1937, en: *Voprósy istorii* 7 (1993), pp. 3-24.

15. *Ibid.*, pp. 7, 3-4.

16. *Ibid.*, pp. 6, 15.

17. *Ibid.*, pp. 5, 3-5.

18. *Ibid.*, pp. 5, 6.
19. *Ibid.*, pp. 5, 16.
20. *Ibid.*, pp. 6, 8.
21. *Ibid.*, pp. 7, 5.
22. Yaroslavski , en: *Voprósy istorii* 5 (1993), p. 16.
23. *Ibid.*, pp. 6, 5-6, 7-8.
24. *Ibid.*, pp. 7, 17, 20.
25. *Ibid.*, pp. 8, 8.
26. *Ibid.*, pp. 8, 19.
27. *Ibid.*, pp. 9, 4.
28. *Voprósy istorii* 1 (1994), p. 15.
29. *Ibid.*, pp. 2, 6.
30. *Ibid.*, pp. 2, 13.
31. *Ibid.*, pp. 10, 3-27.
32. *Ibid.*, pp. 10, 13.
33. Citado a partir de Hedeler, *Chronik*, *op. cit.*, pp. 185, 189, 191, 196.
34. *Voprósy istorii* 10 (1994), pp. 13-27.
35. *Voprósy istorii* 2 (1995), p. 21.
36. *Ibid.*, pp. 2, 12.
37. *Ibid.*, pp. 2, 16.
38. *Ibid.*, pp. 3, 3-15.
39. Resolución, en: *Voprósy istorii* 2 (1995), p. 22.
40. *Ibid.*, pp. 2, 16.
41. *Ibid.*, pp. 3, 11.
42. *Ibid.*, pp. 3, 14.
43. *Ibid.*, pp. 4, 15.
44. *Ibid.*, pp. 7, 11-12.
45. *Ibid.*, pp. 7, 17.
46. Hedeler, *Chronik*, *op. cit.*, p. 172.
47. *Voprósy istorii* 8 (1995), pp. 22-23.
48. *Voprósy istorii* 6 (1993), p. 5.
49. *Ibid.*, pp. 9, 28.
50. Voroshílov , en: *Voprósy istorii* 8 (1994), p. 12
51. Malenkov, en: *Voprósy istorii* 10 (1995), p. 5.
52. El discurso final de Stalin, en: *Voprósy istorii* 11 (1995), p. 22.
53. *Ibid.*, pp. 11, 18.
54. Malenkov, en: *Voprósy istorii* 10 (1995), p. 6.

55. *Ibid.*, pp. 3, 6.

56. El mérito de haber dirigido el interés hacia el choque de esos dos movimientos es de J. Arch Getty, *Origins of the Great Purges. The Soviet Communist Party Reconsidered, 1933-1938*, Cambridge, 1985.

57. *Voprósy istorii* 11 (1995), pp. 18-20.

MOSCÚ EN PARÍS: EL PABELLÓN DE LA URSS EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE 1937

1. *Pravda*, 24 de abril de 1937 (n.º 113) y *Pravda* n.º 133.

2. *Pravda*, 31 de agosto de 1937 (n.º 240).

3. Karl Marx sobre la Exposición Universal de 1851 en Londres, citado a partir de Maria Christina Zopff, «Ein Rundgang im sowjetischen Pavillon der Weltausstellung 1937 in Paris. Architektur, Bauplastik, Wandmalerei in ihrer Aussage und Bedeutung», en: Jürgen Harten, Hans-Werner Schmidt y Marie Luise Syring (eds.), *«Die Axt hat geblüht ...». Europäische Konflikte der 30er Jahre in Erinnerung an die frühe Avantgarde*, Düsseldorf, 1987, p. 426; *Années 30 en Europe. Le temps menaçant 1929-1939. Exposition du 20 février au 25 mai 1997. Musée d'Art Moderne de la Ville de Paris*, París, 1997.

4. Walter Benjamin, *Gesammelte Schriften* 1, edición de Rolf Tiedemann, Fráncfort del Meno, 1982; Walter Benjamin, *Passagen*, t. 1, p. 51. [Existe traducción en español: *El libro de los pasajes*, trads. Luis Fernández, Isidro Herrera, Fernando Guerrero, Madrid, Akal, 2005].

5. Bertrand Lemoine, «Die Ausstellung von 1937», en: Harten *et al.* (eds.), *«Die Axt hat geblüht...»*, *op. cit.*, p. 145.

6. *Vystavochnyie ansambli SSSR, 1920-1930-ie gody.* Materialy i dokumenty, Moscú, 2006, p. 5.

7. *Ibid.*, p. 217.

8. *Ibid.*, Doc. 91; David Arkin, «Arjitektúrny óbraz strany Sovétov: Pavilión SSSR na mezhdunarodnoi vystavke v Parizhe», en: *Arjitektura i skulptura*, Moscú, 1938, p. 218.

9. Véase la descripción del pabellón en: *Vystavochnyie ansambli SSSR*, p. 216 y ss., así como Maria Christina Zopff, «Ein Rundgang im sowjetischen Pavillon», en: *«Die Axt hat geblüht...»*, pp. 426-429.

10. Zopff, «Ein Rundgang...», *op. cit.*, p. 427, n. 6.

11. Los cuadros se reproducen en: Harten *et al.* (eds.), *«Die Axt hat geblüht...»*, *op. cit.*, p. 448.

12. *Vystavochnyie ansambli SSSR*, p. 217.

13. Reproducción de la maqueta en: Harten *et. al.* (eds), *«Die Axt hat geblüht...»*, *op. cit.*, p. 428.

14. *Vystavochnyie ansambli SSSR*, p. 90.

15. Reproducción de la Sala de Honor en: Harten *et. al.* (eds), *«Die Axt hat geblüht...»*, *op. cit.*, p. 429.

16. *Ibid.*, p. 429.

17. Arquitectos del Palacio de Tokio: Jean-Claude Dondel, André Aubert, Paul-Jean-Emile Viard y Marcel Dastugue, según Harten *et. al.* (eds), *«Die Axt hat geblüht...»*, *op. cit.*, pp. 124-125.

18. Dieter Bartetzko, «Tödliches Lächeln-Der deutsche Ausstellungspavillon von Albert Speer», en: Harten *et. al.* (eds), *«Die Axt hat geblüht...»*, *op. cit.*, p. 339.

19. Albert Speer, *Erinnerungen*, Berlín, 1969, p. 95. [Existe traducción en español: *Memorias*, trad. Ángel Sabrido, Barcelona, Acantilado, 2011].

20. Bertrand Lemoine, «Die Ausstellung von 1937», en: Harten *et. al.* (eds), *«Die Axt hat geblüht...»*, *op. cit.*, p. 141.

21. Romy Golan, «Das Bild der modernen Welt», en: Harten *et. al.* (eds), *«Die Axt hat geblüht...»*, *op. cit.*, pp. 151-152.

22. http://www.exposeum.de (julio de 2008).

23. *Paris 1937. Exposition Internationale des Arts et Techniques dans la Vie Moderne* 1, citado según http://expo2000.de/expo2000/geschichte (julio de 2008).

24. Sobre la París rusa véase: Marina Gorboff, *La Russie fantôme. L'émigration russe de 1920 à 1950*, Lausana, 1995; Hélène Menegaldo, *Russkie v Parizhe 1919-1939*, Moscú, 2001.

25. Sobre los casos de Kriwitzki, Reiss y Malli (Mann): Aleksandr Orlov, *Kreml-Geheimnisse*, Wurzburgo, 1953, pp. 267-274; en el capítulo sobre la liquidación de los chekistas véase también http://www.wonder.ru/alex (julio de 2008).

26. Wladislaw Hedeler, *Chronik der Moskauer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938*, Berlín, 2003, p. 363.

27. Gorboff, *La Russie Fantôme*, *op. cit.*, p. 157.

28. Sobre Serguéi Efrón véase Vadim Rogovin, *1937. Jahr des Terrors*, Essen, 1998, p. 384.

29. Orlov, *Kreml-Geheimnisse*, *op. cit.*, p. 269.

30. Vadim Rogovin, *1937. Jahr des Terrors*, *op. cit.*, p. 386.

31. Sobre el Collège de Sociologie, fundado en 1937 por Georges Bataille, Michel Leiris y Roger Caillois, al que asistieron Walter Benjamin, Hans Mayer, Alexandre Kojève, André Masson y Pierre Klossowski, véase Stephan Moebius, *Die Zauberlehrlinge. Soziologiegeschichte des Collège de Sociologie*, Constanza, 2006.

32. Willem van Reijen y Herman van Doorn. *Aufenthalte und Passagen. Leben und Werk. Walter Benjamin. Eine Chronik*, Fráncfort del Meno, 2001, pp. 174-175.

LA PLAZA ROJA: LUGAR DE CELEBRACIONES Y PATÍBULO

1. Véase la entrada «Plaza Roja» en la *Gran Enciclopedia Soviética*: «Krásnaia Plóschad», en: *Bolshaia Sovétskaia Entsiklopedia (BSE)*, tomo 34, Moscú, 1937, pp. 583-588. Sobre el aspecto de la plaza Roja en el año 1937, véase: *Guide to the City of Moscow. Handbook for Tourist with Information on the City's Past, Present & Future. Descriptions of its Museums and Points of Interest. Including 6 Maps,* Moscú, 1937; así como L. Kovalëva (ed.), *Moskvá*, Moscú, 1935.

2. André Gide, *Gesammelte Werke VI. Reisen und Politik*, t. 2, edición de Peter Schnyder, traducción de Johann Borek, Ralph Schmidberger y Raimund Theis, Stuttgart, 1996, p. 55.

3. Sobre los espacios de la opinión pública política en el estalinismo véanse las esferas de la opinión pública en las sociedades de tipo soviético: Gábor T. Rittersporn, Malte Rolf y Jan C. Behrends (eds.), *Public Spheres in Soviet-Type Societies*, Fráncfort del Meno, 2003. Sobre la dimensión especial del culto a la personalidad véase Jan Plamper, «The Spatial Poetics of the Personality Cult: Circles around Stalin», en: Evgeny Dobrenko y Eric Naiman (eds.), *The Landscape of Stalinism. The Art and Ideology of Soviet space*, Seattle y Londres, 2003, pp. 19, 50; Monica Rüthers, *Moscú bauen von Lenin bis Chruschtschew. Öffentliche Räume zwischen Utopie, Terror und Alltag*, Viena, Colonia y Weimar, 2007, en especial pp. 33-52. Fundamental para conocer los desfiles solemnes soviéticos es Malte Rolf, *Das sowjetische Massenfest*, Hamburgo, 2006.

4. Yuri Trífonov, *Das Verschwinden*, Berlín, 1989, p. 192.
5. *Ibid.*, p. 193.
6. *Ibid.*, p. 194.
7. *Ibid.*, p. 196.

CONCIERTO DE CHOPIN Y RITUAL DEL ASESINATO: LA RADIO Y LA CREACIÓN DEL GRAN COLECTIVO

1. Nikolái V. Ustriálov, «Dnévnik N. V. Ustriálova 1935-1937 gg.», en: *Istóchnik*, 5-6 (1998), pp. 3-100 (anotación de los días 30-31 de enero de 1937, pp. 66-67).

2. Sobre la comunidad de voluntades véase: Lorenz Erren, *Selbstkritik und Schuldbekenntnis*, Múnich, 2008. Sobre el papel de la radio y de los medios de comunicación masiva: *Sovétskaia vlast i media. Sbórnik statéi pod obshei redáktsiei Hans Günther i Sabine Hängsen*, San Petersburgo, 2006; Tatiana Goriáieva, *Radio Rossii: politícheski control sovétskogo radioveschania 1920-1930-j gg.*, Moscú, 2000; Tatiana Goriáieva, «*Velíkaia kniga dnia*» *Radio v SSSR. Dokumenty i materialy*, Moscú, 2007; Yuri Murashov, «Das elektrifizierte Wort», en: Yuri Murashov y Georg Witte (eds.), *Die Musen der Macht. Medien in der sowjetischen Kultur des 20er und 30er Jahre*, Múnich, 2003, pp. 81-112.

3. Citado según Véronique Garros, Thomas Lahusen y Natalia Korenevskaya (eds.), *Das wahre Leben. Tagebücher aus der Stalinzeit*, Berlín, 1998, p. 148.

4. Citado según la entrada de la *Gran Enciclopedia Soviética*: «Radioveschanie», *Bolshaia Sovétskaia Entsiklopedia* (BSE), tomo 48, pp. 55-59; citado aquí de la p. 56.

5. *Istoria Moskvy v shestí tomaj. Tom shestói. Period postroienia sotsializma (1917 g.-iún 1941 g.)*, Kniga 2, Moscú, 1959, p. 290.

6. *Ibid.*, p. 292.

7. Anotación sobre la radio en la *Gran Enciclopedia Soviética*: «Radioveschanie», *Bolshaia Sovétskaia Entsiklopedia*, *op. cit.*, p. 57.

8. Sobre el sonido y el universo sonoro de la vieja Rusia véase Richard Hernandez, «Sacred Sound and Sacred Substance: Church Bells and the Auditory Culture of Russian Villages during the Bolshevik Velikii Perelom», en: *American Historical Review* (diciembre de 2004), pp. 475-504; Edward V. Williams, «Aural

Icons of Orthodoxy: The Sonic Typology of Russian Bells», en: William C. Brumfield y Milos M. Velimirovich (eds.), *Christianity and the Arts in Russia*, Cambridge, 1991.

9. Andréi Platónov, «Die Baugrube», en: Platónov, A., *Romane*, Múnich, 1990, pp. 5-166; se cita aquí a partir de la edición alemana, p. 57. [Existe traducción en español: *La excavación*, Madrid, Alfaguara, 1990].

10. *Ibid.*, p. 63.

11. *Ibid.*, p. 126.

12. Nina A. Kostérina, *Tagebuch*, Fráncfort del Meno, 1981, p. 45.

13. *Ibid.*, p. 63.

14. Nikolái Ustriálov, «Dnévnik», 80, anotación del 12 de mayo de 1937.

15. Ruth von Mayenburg, *Hotel Lux*, Fráncfort del Meno, 1978, p. 50.

16. Wladislaw Hedeler, *Chronik der Moskaer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938*, Berlín, 2003, p. 106.

17. Georgi Dimitrov, *Tagebücher 1933-1943*, edición de Bernhard H. Bayerlein. Traducido del ruso y el búlgaro por Wladislaw Hedeler y Birgit Schliewenz, Berlín, 2000, p. 129.

18. «Andrej Arschilowskij am 13. November 1936», en: Véronique Garros, Thomas Lahusen y Natalia Korenevskaya (eds.), *Das wahre Leben. Tagebücher aus der Stalinzeit*, Berlín, 1998, p. 148.

19. Nikolái Ustriálov, «Dnévnik», anotación de la noche del 30 al 31 de octubre de 1936, pp. 56-57.

20. Vladímir I. Vernadski, «Dnévnik 1938 goda», en: *Druzhba naródov* (Moscú) 2 (1991), pp. 219-248, citado aquí de la página 237.

21. Nikolái Ustriálov, «Dnévnik», anotación del día 25 de noviembre de 1936, pp. 58-59.

22. *Ibid.*, anotación de los días 6-7 de diciembre de 1936, pp. 60-61.

23. «Protokóly plénuma 26-2-1937», en: *Voprósy istorii* 1993, pp. 5, 22-23.

ART DÉCO SOVIÉTICO: EL TIEMPO ATRAPADO EN LA PIEDRA

1. Sobre el debate arquitectónico y la historia: Alekséi Tarkha-

nov y Serguéi Kavtaradze, *Architecture of the Stalin Era*, Nueva York, 1992; Vladímir Papérny, *Architecture in the Age af Stalin. Culture Two*, Cambridge, 2002; Dmitri Jmelnitski, *Arjitektura Stálina. Psijologuia i stil*, Moscú, 2007.

2. Sobre la biografía de Schúsev véase Kirill Afanásiev y A. V. Schúsev, Moscú, 1978.

3. Compilado según *Masterá sovetskoi arjitektury ob arjitekture*, tomos 1 y 2, Moscú, 1975.

4. S. Frederick Starr, *Melnikov. Solo Architect in a Mass Society*, Princeton, 1978; Selim O. Chan-Magomedov, *Konstanin Melnikov*, Moscú, 2006.

5. Sobre la biografía de Alabián véase *Masterá sovetskoi arjitektury ob arjitekture*, tomo 2, Moscú, 1975, pp. 406-422.

6. La descripción más importante de la «estalinización» de la arquitectura la encontramos en Hugh D. Hudson, Jr., *Blueprints and Blood. The Stalinization of Soviet Architecture, 1917-1937*, Princeton y Nueva Jersey, 1994; sobre el proceso de Ojitóvich y Lisagor véase, entre otros, el capítulo 8.

7. Hugh D. Hudson, Jr., *Blueprints*, *op. cit.*, p. 168.

8. Sobre la biografía de Moiséi Guinzburg véase Selim O. Jan-Magomédov, *M. Ya. Guinzburg*, Moscú, 1972.

9. Sobre la biografía de los hermanos Vesnín véase Mijaíl A. Ilin, *Vesniny*, Moscú, 1960; Selim O. Jan-Magomédov, *Alexander Wesnin und der Konstruktivismus*, Stuttgart, 1987.

10. Hugh D. Hudson, Jr., *Blueprints*, *op. cit.*, pp. 187, 190.

11. *Ibid.*, p. 191.

12. Peter Lizon, *The Palace of the Soviets. Change in Direction of Soviet architecture*, Ann Arbor/Michigan 1972, p. 171.

13. Hudson, Jr., *Blueprints*, *op. cit.*, pp. 191, 193.

14. Alekséi V. Schúsev, «Zadachi sovetskoi arjitektury», en: *Masterá sovetskoi arjitektury ob arjitekture*, tomo 1, Moscú, 1975, p. 199.

15. Hudson, Jr., *Blueprints*, *op. cit.*, p. 197 (sobre S. Z. Guinzburg).

16. *Ibid.*, pp. 198-199.

17. *Ibid.*, pp. 199-200.

18. Lion Feuchtwanger, *Moskau 1937. Ein Reisebericht für meine Freunde*, Berlín, 1993, p. 23 y ss.

19. Cronología compilada según Vladímir Papérny, *Architecture in the Age of Stalin. Culture Two*, Cambridge, 2002, p. 277 y ss.

20. Ello atañe a los años correspondientes de *Stroítelstvo Moskvy*, *Arjitektura SSSR* y de otras revistas.

21. La reconstrucción de esta enumeración se encuentra en Susan E. Reid, «Socialist Realism in the Stalinist Terror: The Industry of Socialism Art Exhibition, 1935-41», en: *The Russian Review* 60 (abril de 2001), pp. 153-184; citado aquí de la p. 158.

22. Reid, «*Socialist Realism*», *op. cit.*, pp. 162-163.

23. *Ibid.*, pp. 164, 168.

24. *Ibid.*, pp. 181-182.

25. Greg Castillo, «Peoples at an Exhibition: Soviet Architecture and the National Question», en: T. Lahusen y E. Dobrenko (eds.), *Socialist Realism without Shores*, Durham, 1997; David Brandenberger, «Proletarian Internationalism, "Soviet Patriotism" and the Rise of Russocentric Etatism During the Stalinist 1930s», en: *Left History* 6/2 (2000), pp. 87-88.

26. *Vystavochnyie ansambli SSSR, 1920-1930-e gody. Materialy i dokumenty*, Moscú, 2006, p. 167.

27. *Ibid.*, p. 154.

28. Lista de los artistas más importantes, en: *Ibid.*, p. 158.

29. La conferencia de El Lisitski se encuentra en: *Ibid.*, p. 160.

30. *Ibid.*, p. 164.

31. *Ibid.*, pp. 164, 168.

32. La exposición sirve como bastidor a un carnaval nocturno en la película de Medvedkin *Nóvaia Moskvá* y en la de Iván Pyriev *Svinarka i pastuj*. También en *Svetly put* el viaje de Tania acaba en la exposición; véase Emma Widdis, *Visions of a New Land. Soviet Film from the Revolution to the Second World War*, New Haven y Londres, 2003, pp. 180, 182.

33. Las existencias definitivas en el momento de la inauguración, en 1939, están descritas en las guías de la exposición: A. F. Zhúkov, *Arjitektura vsesoiúznoi selkojoziáistvennoi vystavki 1939 goda*, Moscú, 1939; *Vsesoiúznaia selkojoziáistvennaia vystavka. Putevodítel*, Moscú, 1940.

34. Hudson, Jr., *Blueprints*, *op. cit.*, p.174.

35. *Ibid.*, pp. 170, 175.

36. Aleksandr Vesnín, «Spórnyie voprosy», en: *Masterá sovetskoi arjitektury ob arjitekture*, tomo 2, Moscú, 1975, p. 21.

37. Aleskandr Vesnín, «Iz vystuplenia na obshemoskóvsom soveshanii arjitéktorov v febrale 1936 goda», en: *Masterá sovetskoi arjitektury ob arjitekture*, tomo 2, Moscú, 1975, pp. 23.

38. Nikolái Kolli, «Iz ócherkov o sovetskoi arjitektury», en: *Ibid.*, p. 356.

39. Viktor Vesnín, «Ot konstruktivizma k sotsialistícheskomu realizmu 1937 g», en: *Ibid.*, p. 47.

40. Hudson, Jr., *Blueprints*, *op. cit.*, p. 193.

41. *Ibid.*, p. 198.

42. Sobre la discusión acerca de cómo debería denominarse ese estilo véase Hans Günther y Yevgueni Dobrenko (eds.), *Sotsrealistícheski kanón*, San Petersburgo, 2000, en especial el capítulo 1, pp. 7-182.

43. Todo lo relacionado con la estancia de Frank Lloyd Wright en Rusia puede encontrarse en: Donald Leslie Johnson, «Frank Lloyd Wright in Moscow, June 1937», en: *The Journal of the Society of Architecturral Historians*, 46/1 (marzo 1987), pp. 65-79. Agradezco a Oksana Bulgákova el haberme indicado la existencia de ese trabajo.

44. Johnson, «Frank Lloyd Wright in Moscow», *op. cit.*, pp. 70-71.

«CUERPOS MORENOS, CLAROS PANTALONES CORTOS»: EL DESFILE DE LOS DEPORTISTAS

1. Sobre la semántica de la cultura física véase el artículo de la época publicado en la *Gran Enciclopedia Soviética*: «Fizícheskaia kultura», en: *Bolshaia Sovétskaia Entsiklopedia* (BSE), tomo 57, Moscú, 1936, pp. 304-305.

2. Joseph E. Davies, *Als USA-Botschafter in Moscú. Authentische und vertrauliche Berichte über die Sowjetunion bis Octubre 1941*, Zúrich, 19433, pp. 133-134 (anotación del 14 de julio de 1937).

3. Yelena Bulgákova, *Margarita und der Meister. Tagebücher, Erinnerungen*, Berlín, 1993, p. 203 (anotación del 12 de julio de 1937).

4. Mike O'Mahony, *Sport in the USSR. Physical Culture, Visual Culture*, Londres, 2006, p. 80.

5. Sobre la historia y el significado del deporte soviético véanse: Henry W. Morton, *Soviet Sport: Mirror of Soviet Society,* Nueva York y Londres, 1963; James Riordan, *Sport in Soviet Society. Development of Sport and Physical Education in Russia and the USSR*, Cambridge, 1977; Robert Edelman, *Serious Fun: A History of Spectator Sports in the USSR*, Nueva York, 1993; Barbary Keys, «Soviet Sport and Transnational Mass Culture in the 1930s», en: *Journal of Contemporary History* 38/3 (2003), pp. 413-434; Robert Edelman, «A Small Way of Saying "No": Moscow Working Men, Spartak Soccer, and the Communist Party, 1900-1945», en: *The American Historical Review* 107/5 (diciembre de 2002), en la red, bajo la dirección *historycooperative.org/journals/ahr/107.5/ah0502001441.html* (mayo de 2008); *Soviet Sport: The Success Story*, Moscú, 1987.

6. O'Mahony, *Sport in the USSR*, *op. cit.*, p. 84.

7. *Ibid.*, p. 85.

8. Robert Edelman, *Serious Fun*, Oxford, 1993, p. 27.

9. Alexander Lavrentiev, *Alexander Rodchenko, Photography 1924-1954*, Colonia 1995, pp. 247-293.

10. O'Mahony, *Sport in the USSR*, *op. cit.*, pp. 79-80; véanse las imágenes del hombre en: Matthew Cullerne Bown y Brandon Taylor (eds.), *Art of the Soviets: Painting, Sculpture and Architecture in a One-party State, 1917-1992*, Manchester, 1993; Irina N. Bársheva, *et al.* (eds.), *Aleksandr Nikoláievich Samojválov*, Leningrado, 1963; Vladímir Sysóiev, *Aleksandr Deineka*, vol. 1-2, Moscú 1989; Leonid S. Zinger, *Aleksandr Samojválov*, Moscú, 1982.

11. Véase en la presente obra el capítulo «Moscú: una obra en construcción», así como *Istoria Moskvy v shestí tomaj. Tom shestói. Period postroienia sotsializma (1917 g.-iún 1941 g.).* Kniga 2, Moscú, 1959, p. 116 y ss.

12. Barbary Keys, «Soviet Sport and Transnational Mass Culture in the 1930s», en: *Journal of Contemporary History* 38/3 (2003), pp. 413-434.

13. Romain Rolland, *Voyage à Moscou* (junio–julio 1935), edición de Bernard Duchatelet, París, 1992, p. 137. Agradezco a Anne Hartmann el haberme señalado la existencia de esta obra.

14. Sobre el «kultúrnost» véase Sheila Fitzpatrick, *The Cultural Front. Power and Culture in Revolutionary Russia*, Ithaca y Londres, 1992, en especial pp. 216-237.

15. *Art and Power: Europe under the Dictators, 1930-1945*. Catálogo de la exposición Londres, Barcelona, Berlín y Londres, 1996.

16. Sobre la imagen del hombre y el culto de los héroes véase Hans Günther (ed.), *The Culture of the Stalin Period*, Londres, 1990; Günther, H., *Der sozialistische Übermensch. Maksim Gor'kij und der sowjetische Heldenmythos*, Stuttgart y Weimar, 1993; Derek Müller, *Der Topos des Neuen Menschen in der russischen und sowjetrussischen Geistesgeschichte*, Berna, 1998.

17. *Stalínskoie plemia*: gracias a Oksana Bulgákova y a Dietmar Hochmuth, que pusieron la película a mi disposición.

18. Nikolái Stárostin, *Futbol skvoz gody*, Moscú 1989; Robert Edelman, «A Small Way of Saying "No": Moscow Working Men, Spartak Soccer, and the Communist Party, 1900-1945», en: *The American Historical Review* 107/5 (diciembre de 2002). En la red, bajo la dirección: *historycooperative.org/journals/ahr/107.5/ah050200144 1.html* (julio de 2008), la ilustración número 6 muestra a Stárostin en Norilsk; Jim Riordan, «The Strange Case of Nikolai Starostin, Football and Lavrenti Beria», en: *Europe-Asia Studies* 46/4 (1994), pp. 681-690.

RIQUEZA Y DESTRUCCIÓN: EL XVII CONGRESO INTERNACIONAL DE GEOLOGÍA EN MOSCÚ

1. Vladímir Vernadski, *Zhizneopisanie. Ízbrannyie trúdy. Vospominania sovreménnikov. Suzhdenia potómkov*, Moscú, 1993, p. 234.

2. Anotación del día 7 de julio de 1937, en: Vladímir Vernadski, *Zhizneopisanie*, *op. cit.*, p. 234.

3. Véase Kendall E. Bailes, *Science and Russian Culture in an Age of Revolutions*, vol. 1: *Vernadsky and His Scientific School, 1863-1945*, Bloomington, Indiana, 1990; véase también la entrada de Alexander Fersman en la *Gran Enciclopedia Soviética*: «Vladímir I. Vernadski», en: *Bolshaia Sovétskaia Entsiklopedia (BSE)*, Moscú, 1928, tomo 10, pp. 306-307.

4. Paul Range, «Der Internationale Geologenkongreß in Moskau 1937», en: *International Journal of Earth Science*, Berlín y Heidelberg, 31/7-8 (diciembre de 1940), pp. 508-518; citado aquí de la p. 515.

5. *Ibid.*, p. 518; sobre la extracción de oro en el sistema de campos, véase Anne Applebaum, *Der Gulag*, Berlín 2003, pp. 125-

128. [Existe traducción en español: *Gulag: una historia*, Barcelona, Nuevas Ediciones de Bolsillo, 2005].

6. Sobre esto véase, en especial, Kendall E. Bailes, *Technology and Society under Lenin and Stalin. Origins of the Soviet Technical Intelligentsia, 1917-1945*, Princeton y Nueva Jersey, 1978.

7. Sobre la movilización para el ascenso a través de la educación y la cultura véase Sheila Fitzpatrick, *Education and Social Mobilization in the Soviet Union 1921-1934*, Cambridge y Londres, 1979; Fitzpatrick, S., «Stalin and the Making of a New Elite, 1928-1939», en: *Slavic Review* 38/3 (1979), pp. 377-402; Fitzpatrick, S. (ed.), *Stalinism. New Directions*, Londres y Nueva York, 2000. Sobre el perfil y el estatus de los ingenieros soviéticos véase: Susanne Schattenberg, *Stalins Ingenieure. Lebenswelten zwischen Technik und Terror in den 30er Jahren*, Múnich, 2002.

8. *Istoria Moskvy v shestí tomaj. Tom shestói. Period postroienia sotsializma (1917 g.-iún 1941 g.)*. Kniga 2, Moscú, 1959, pp. 205 y ss.

9. Alekséi V. Schúsev , «Gorodok nauki», en: *Moskvá*, Moscú, 1935, pp. 605-607; véase allí el capítulo sobre la reconstrucción de Moscú.

10. *Istoria Moskvy*, *op. cit.*, p. 214.

11. Los datos biográficos provienen de la lista publicada por la Academia de Ciencias—Repressii uchónyj. Biografícheskie materialy—, en la cual encontramos también una sección titulada «Repressírovanyie gueologui. 968 personali». Esas biografías breves contienen datos sobre el año y el lugar de nacimiento, el origen, la formación académica, las principales etapas profesionales y las publicaciones más importantes; sobre el año en que fueron perseguidas esas personas, así como sobre lo que fue de ellas, véase «Repressii uchónyj. Biografícheskie materialy repressi chlénov Akademi nauk», en: http://russcience.chat.ru/repress/rep.htm (6 de noviembre de 2006).

12. Sobre el antiintelectualismo, el acoso a los intelectuales y la persecución véase Sheila Fitzpatrick, *The Cultural Front. Power and Culture in Revolutionary Russia,* Ithaca y Londres, 1992; Dietrich Beyrau, *Intelligenz und Dissens. Die russischen Bildungsschichten in der Sowjetunion 1917 bis 1985*, Gotinga, 1993, pp. 73-155.

13. Golfo Alexopoulos, *Aliens, Citizens, and the Soviet State, 1926-1936*, Ithaca y Londres, 2003.

14. Sobre la ciencia véase Zhores A. Medvédev, *Soviet Science*, Oxford, 1979; Roy A. Medvédev, *Die Wahrheit ist unsere Stärke. Geschichte und Folgen des Stalinismus*, Fráncfort del Meno, 1973, pp. 551-590.

15. «Biografícheskie materialy repressi chlénov Akademi nauk», 44 (véase también http://russcience.chat.ru/repress/rep.htm).

16. Sobre la corresponsabilidad familiar, véase Vladislav Hedeler, «Sippenhaft im "Großen Terror" 1937/38: Das "Akmolinsker Lager für Ehefrauen von Vaterlandsverrätern" (ALZIR) und seine deutschen Häftlinge», en: *Jahrbuch für Historische Kommunismusforschung* 2005, pp. 81-101.

17. «Biografícheskie materialy repressi chlénov Akademi nauk»; 55 (véase también http://russcience.chat.ru/repress/rep.htm) (6 de noviembre de 2006).

18. «Biografícheskie materialy repressi chlénov Akademi nauk»; 95 (véase también http://russcience.chat.ru/repress/rep.htm).

19. «Biografícheskie materialy repressi chlénov Akademi nauk», 114 (véase también http://russcience.chat.ru/repress/rep.htm).

20. «Biografícheskie materialy repressi chlénov Akademi nauk», 135 (véase también http://russcience.chat.ru/repress/rep.htm).

21. «Biografícheskie materialy repressi chlénov Akademi nauk»; 61 (véase también http://russcience.chat.ru/repress/rep.htm).

22. Véase Vladímir Vernadski, *Der Mensch in der Biosphäre. Zur Naturgeschichte der Vernunft,* edición de Wolfgang Hofkirchner, Fráncfort del Meno, 1997.

23. Sobre KEPS véase Karl Schlögel, *Petersburg, Das Laboratorium der Moderne 1909-1921*, Múnich, 2002, pp. 353-408; Kendall E. Bailes, *Science and Russian Culture in an Age of Revolutions. V. I. Vernadsky and His Scientific School, 1863-1945*, p. 139 y s.

24. Vernadski, *Zhizneopisanie*, *op. cit.*, p. 237.

25. *Ibid.*, p. 232.

26. *Ibid.*, p. 235.

27. *Ibid.*, p. 229.

28. *Ibid.*, p. 230.

29. Vernadski, «Dnévnik 1938 goda», , en: *Druzhba naródov* 2 (1991), *op. cit.*, pp. 219-248; citado aquí de la p. 240.

30. *Ibid.*, p. 242.

31. Vernadski, *Zhizneopisanie*, *op. cit.*, p. 184.

32. *Ibid.*, p. 237.
33. *Ibid.*, p. 238.
34. *Ibid.*, p. 244.
35. *Ibid.*, p. 240.
36. *Ibid.*, p. 98.
37. *Ibid.*, p. 237.

UNA CIUDAD JUNTO AL MAR: LA INAUGURACIÓN DEL CANAL DEL VOLGA Y EL MOSCOVA

1. Alekséi Komarovski, «Vospominania ochevídtsa. Dmitlag 1936-1937 gg.», en: *Bútovski poligón. 1937-1938 gg. Kniga Pámiati zhertv politícheskoi repressii*. Vypusk 7, Moscú, 2003, pp. 53-59; citado aquí de la p. 59. Véase también: http://www.martyr.ru/content/view/23/17 (julio de 2008).

2. Lázar Kogan, «Volga u Kremliá», en: L. Kovaliova (ed.), *Moskvá*, Moscú, 1935, pp. 624, 639.

3. Aleksandr I. Kokurin *et. al.* (eds.), *Stalínskie stróki GULAGa 1930-1953*, Moscú, 2005, p. 77.

4. Postanovlenie TSIK i SNK SSSR n.° 103/1113 «O nagrazhdeni i lgotaj dlia stroítelei kanala Moskvá-Volga», en: Kokurin, *op. cit., Stalínskie*, p. 101. Véase también *www.idf.ru/documents/info.jsp?p=21&doc=61110* (julio de 2008).

5. Maksim Gorki, L. L. Averbaj y S. G. Firin (eds.), *Belomorsko-Baltíiski kanal ímeni Stalina. Istoria stroítelstva*, Moscú, 1934; la edición inglesa: Maxim Gorky *et. al.* (eds.): *Bjelomor. An Account of the Construction of the New Canal between the White Sea and the Baltic Sea*, Nueva York, 1935.

6. Kokurin *et. al.*, *Stalínskie*, *op. cit.*, p. 74.

7. Komarovski, «Vospominania ochevídtsa. Dmitlag 1936-1937 gg.», *op. cit.*, p. 59.

8. Nikolái Fiódorov, «Straná "Dmitlag". Iz istorii stroítelstva kanala im. Moskvy (kanala Moskvá-Volga)», en: *Bútovski poligón. V rodnom kraiú. Dokumenty, svidételstva, sudby ...*, Moscú, 2004, p. 219, p. 260; Kokurin *et. al.*, *Stalínskie*, *op. cit.*, Moscú, 2005, p. 59, p. 102. Oleg V. Khlevniuk, *The History of the Gulag. From Collectivization to the Great Terror*, New Haven y Londres, 2004, p. 111, p. 119. Mucho antes de que se abrieran

los archivos soviéticos, Aleksandr Solzhenitsyn había publicado, a principios de la década de 1970, su monumental «ensayo de investigación literaria» (o más bien su «intento de superación a través del arte»): Solzhenitsyn, *Archipel Gulag 1918-1956. Versuch einer künstlerischen Bewältigung*, 3 vols., Berna, 1974-1976. [Exíste traducción en español: *Archipiélago Gulag: ensayo de investigación literaria (1918-1956)*, trad. Josep Güell, Barcelona, Tusquets 2005].

9. Nikolái Fiódorov cita a Varlam T. Shalámov , *Víshera*, Moscú, 1989, p. 37, donde se habla de más de un millón de personas en el Dmitlag (Fiódorov , «Straná "Dmitlag"», *op. cit.*, pp. 219, 260); Mijaíl V. Smirnov (ed.), *Sistema ispravítelno-trudovyj lagueréi v SSSR 1923-1960. Spravóchnik*, Moscú, 1998, pp. 90-91. Allí se habla de 192.031 personas a finales de 1936. Véase también http://www.memo.ru/history/nkvd/gulag (mayo de 2008).

10. Lázar Kogan, «Volga u Kremliá», en: L. Kovaliova (ed.), *Moskvá*, Moscú, 1935, pp. 624-639.

11. V. M. Perlin, «Arjitektura kanala Moskvá-Volga», en: A. I. Mijaílov (ed.), *Arjitektura kanala Moskvá-Volga*, Moscú, 1939, p. 10.

12. Sobre la cuestión general de la construcción de los canales en el contexto de una historia de la tecnología y el ambientalismo en la Unión Soviética véase Klaus Gestwa, «Auf Wasser und Blut gebaut. Der hydrologische Archipel Gulag, 1931-1958», en: *Osteuropa* 6 (2007), pp. 239-266; Gestwa, K., *Die Stalinschen Großbauten des Kommunismus. Technik- und Umweltgeschichte der Sowjetunion, 1948-1967* (tesis de oposición a una cátedra, entregada en febrero de 2007 en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Tubinga).

13. Cynthia A. Rudder, *Making History for Stalin. The Story of Bjelomor Canal*, Gainesville, 1998; Anne Applebaum, *Der Gulag*, Berlín, 2003, pp. 99-109; Frank Westermann, *Ingenieure der Seele. Schriftsteller unter Stalin. Eine Erkundungsreise*, Berlín, 2002, pp. 61-82.

14. Mijaíl V. Smirnov (ed.), *Sistema ispravítelno-trudovyj lagueréi v SSSR 1923-1960*, Moscú, 1998, pp. 90-91.

15. Aleksandr I. Kokurin, *et. al.*, (eds.), *Stalínskie stróki GULAGa 1930-1953*, Moscú, 2005, p. 63.

16. Fiódorov, «Straná "Dmitlag"», *op. cit.*, pp. 221-222.

17. Kokurin, *Stalínskie*, *op. cit.*, p. 30.

18. Perlin, «Arjitektura kanala Moskvá-Volga...», *op. cit.*, p. 12.

19. *Ibid.*, p. 16.

20. *Ibid.*, p. 5, y Kokurin , *Stalínskie*, *op. cit.*, pp. 74-75.

21. Perlin, *Arjitektura*, *op. cit.*, p. 16.

22. A. I. Mijaílov, «Znachenie kanala Moskvá-Volga v razvitii sovetskoi arjitektury», en: A. I. Mijaílov, *Arjitektura Kanala Moskvá-Volga*, Moscú 1939, pp. 73, 90; citado aquí de la p. 87.

23. Perlin, *Arjitektura*, *op. cit.*, p. 18.

24. Serguéi D. Merkúrov, «Monumentálnaia skulptura na kanale Moskvá-Volga», en: *Arjitektura Kanala Moskvá-Volga*, Moscú, 1939, pp. 68-72.

25. A. I. Mijaílov, «Znachenie kanala Moskvá-Volga v razvitii sovetskoi arjitektury», *op. cit.*, p. 90; citado aquí de la p. 84.

26. Alekséi M. Rújliadev, «Arjitektura rechogo vokzala», en: *Arjitektura Kanala Moskvá-Volga*, Moscú, 1939, pp. 58-67.

27. *Ibid.*, pp. 58-67.

28. «Prikaz OGPU nº 889/s, Ob organizatsii Dmítrovskogo ITL», en: Alesandr I. Kokurin (ed.), *Stalínskie*, *op. cit.*, p. 83.

29. Alekséi Komarovski, «VVospominania ochevídtsa. Dmitlag 1936-1937 gg.», en: *Bútovski poligón. 1937-1938 gg. Kniga Pámiati zhertv politícheskoi repressii*. Vypusk 7, Moscú, 2003, pp. 53-59. Véase también http://www.martyr.ru/content/view/23/17 (mayo de 2008).

30. Fiódorov, «Straná "Dmitlag"», *op. cit.*, p. 227 y ss.

31. *Ibid.*, p. 226.

32. Kokurin, *Stalínskie*, *op. cit.* p. 77.

33. Fiódorov, «Straná "Dmitlag"», *op. cit.*, p. 224.

34. *Ibid.*, p. 230.

35. Komarovski, «Vospominania», *op. cit.*, pp. 54-55.

36. Fiódorov, «Straná "Dmitlag"», *op. cit.*, p. 231.

37. Komarovski, «Vospominania», *op. cit.*, pp. 53-59.

38. Kokurin, *Stalínskie*, *op. cit.*, p. 60.

39. *Ibid.*, p. 64.

40. Fiódorov, «Straná "Dmitlag"», *op. cit.*, p. 233.

41. *Ibid.*, pp.234-240.

42. *Ibid.*, p. 241.

43. Véase en la presente obra el capítulo «El campo de tiro de Bútovo».

44. Komarovski, «Vospominania», *op. cit.*, p. 56.

45. Kokurin, *Stalínskie*, *op. cit.*, p. 67.

46. Hay algunas célebres fotografías del canal de Bielomor, realizadas por Aleksandr Ródchenko, que muestran a bandas de música en el fondo de unas esclusas recién concluidas: Aleksandr Ródchenko, *The Museum of Modern Art*, Nueva York, 1998, pp. 282-284. Véase también Tomasz Kizny, *GULAG: Solowezki, Bjelomorkanal, Waigatsch – Expedition, Theater im GuLag, Kolyma, Workuta, Todesstrecke*, Hamburgo, 2004, pp. 116-183.

47. Fiódorov, «Straná "Dmitlag"», *op. cit.*, p. 250.

48. *Ibid.*, p. 251.

49. Kokurin, *Stalínskie*, *op. cit.*, pp. 71, 96.

50. Fiódorov, «Straná "Dmitlag"», *op. cit.*, p. 238.

51. Kokurin, *Stalínskie*, *op. cit.*, p. 69.

52. Fiódorov, «Straná "Dmitlag"», *op. cit.*, pp. 244-245, 247, 251.

53. Nikolái Fiódorov, «Dvigátel "Perekovki". Nachálnik Dmitlaga S. G. Firin», en: *Bútovski poligón. 1937-1938 gg. Kniga Pámiati zhertv politícheskoi repressii. Vypusk 7*, Moscú, 2003, p. 45. Véase también http://www.martyr.ru/content/view/21/17/ (mayo de 2008).

54. Fiódorov «Dvigátel», *op. cit.*, p. 47. Allí también se habla de las memorias de Firin, que aparecieron publicadas en el año 1935 en una tirada de tres mil ejemplares.

55. Fiódorov, «Straná "Dmitlag"», *op. cit.*, pp. 245-249.

56. *Ibid.*, p. 251.

57. Fiódorov «Dvigátel», *op. cit.*, p. 50.

58. *Ibid.*, pp. 47, 51.

59. *Ibid.*, p. 45.

60. *Ibid.*, p. 51.

EL AÑO DE LA AVENTURA: EL ÍCARO SOVIÉTICO DE 1937

1. Jochen Hellbeck (ed.), *Tagebuch aus Moscú 1931-1939*, Múnich, 1996, pp. 255-256.

2. Los ensayos fundamentales sobre este tema son: Scott W. Palmer, *Dictatorship of the Air. Aviation Culture and the Fate of*

Modern Russia, Cambridge y Nueva York, 2006; y John McCannon, *Red Arctic. Polar Exploration and the Myth of the North in the Soviet Union, 1932-1939*, Nueva York y Oxford, 1998.

3. Mijaíl Vodopiánov, *Der Flieger Tschkalow*, Berlín, 1963, p. 190.

4. Valeri Chkálov, *Unser Transpolarflug*, Moscú, 1939, p. 89.

5. *Ibid.*, p. 86.

6. Iván Papanin, *Eis und Flamme. Erinnerungen*, Berlín, 1981, p. 276.

7. Chkálov, *Unser Transpolarflug*, *op. cit.*, p. 11.

8. Yuri A. Kaminski, *Kremlióvskyie perelióty*, Moscú, 1998, p. 176.

9. McCannon, *Red Arctic*, *op. cit.*, pp. 60, 65.

10. Yuri A. Kaminski, *Kremlióvskyie perelióty*, Moscú, 1998, p. 52; Palmer, *Dictatorship of the Air*, *op. cit.*, p. 223.

11. Palmer, *ibid.*, p. 249.

12. Leonid L. Kerber, *Tupolev*, Moscú, 1999, p. 118.

13. Reportajes y retratos sobre la tripulación de Chkálov, Baidukov y Beliakov se encuentran en la cobertura de prensa de la época, por ejemplo en el *Pravda* de los días 21, 22 y 23 de junio de 1937, y sobre la tripulación de Grómov, Danilin y Yumáshev en el *Pravda* del 15 de julio de 1937.

14. Kaminski, *Kremlióvskyie perelióty*, *op. cit.*, p. 158; John McCannon, *Red Arctic*, p. 160.

15. McCannon, *Red Arctic*, *op. cit.*, p. 73 y ss.

16. Palmer, *Dictatorship of the Air*, *op. cit.*, p. 218.

17. Hay un esbozo histórico de la conquista del Polo Norte en J. Shokalski, «Der Nordpol», en: *Die Eroberung des Nordpols*. Primera Parte: Mijaíl Vodopiánov, *Der Traum des Piloten* (novela), prólogo de Peter Freuchen. Segunda Parte: *Die Verwirklichung des Traums. Beiträge zur Geschichte der Eroberung des Pols*, Londres, 1938, pp. 207-213; citado aquí de la p. 209. Este volumen, a pesar de su carácter propagandístico, contiene una antología de textos importantes: artículos de periódico, telegramas, reportajes, esbozos biográficos.

18. Otto Schmidt, «Warum streben wir nach dem Pol?», en: *Die Eroberung des Nordpols*, *op. cit.*, pp. 221-223.

19. «Auf fünf Flugzeugen», en: *Die Eroberung des Nordpols*, *op. cit.*, pp. 279-280.

20. «Radiobriefe vom und zum Nordpol», en: *Die Eroberung des Nordpols*, *op. cit.*, pp. 357-358.

21. Otto Schmidt, «Warum streben wir nach dem Pol?», en: *Die Eroberung des Pols*, *op. cit.*, p. 214 y ss.; e Iván Papanin, *Eis und Flamme. Erinnerungen*, Berlín, 1981, p. 275.

22. Papanin, *Eis und Flame*, *op. cit.*, p. 172; Schmidt, «Warum streben wir nach dem Pol?», *op. cit.*, p. 234.

23. Papanin, *Eis und Flame*, *op. cit.*, p. 194.

24. Yevgueni Fiódorov y Piotr Shirshov, «Die wissenschaftlichen Arbeiten der Polarstation auf treibender Scholle», en: *Die Eroberung des Nordpols*, *op. cit.*, pp. 384-391.

25. Papanin, *Eis und Flame*, *op. cit.*, p. 223.

26. *Ibid.*, p. 248, p. 251.

27. *Ibid.*, p. 259.

28. *Ibid.*, p. 272.

29. B. Galin y Ernst Krénkel, en: *Die Eroberung des Nordpols*, *op. cit.*, p. 317.

30. Sobre la aviación y sobre la imaginación inspirada por ella, véanse, entre otros, Robert Wohl, *A Passion for Wings: Aviation and the Western Imagination, 1908-1918*, New Haven, Connecticut, 1994; Clive Hart, *Images of Flight*, Berkeley, California, 1988; Felix Philipp Ingold, *Literatur und Aviatik: Europäische Flugdichtung, 1909-1927*, Basilea, 1978; Peter Fritzsche, *A Nation of Fliers: German Aviation and the Popular Imagination*, Cambridge (Mass.), 1992.

31. Palmer, *Dictatorship of the Air*, *op. cit.*, p. 20.

32. *Ibid.*, p. 64.

33. Arthur Koestler, *Als Zeuge der Zeit. Das Abenteuer meines Lebens*, Berna y Múnich, 1983, pp. 121-137.

34. McCannon, *Red Arctic*, , *op. cit.*, p. 124; sobre los aviadores como figuras heroicas véase Hans Günther, «Stalínskye sókoly: análiz mifa tridtsátyj godov», en: *Voprósy literatúry* 11/12 (1991), pp. 122-141.

35. McCannon, *Red Arctic*, *op. cit.*, p. 116.

36. Lev Nikulin y Mijaíl Vodopiánov, en: *Die Eroberung des Nordpols*, *op. cit.*, p. 291; sobre la imagen soviética de Estados Unidos véase Alan Ball, *Imagining America: Influence and Images in Twentieth-Century Russia*, Nueva York, 2003.

37. Nikulin, en: *Die Eroberung des Nordpols*, *op. cit.*, p. 298.

38. «Bolschewistische Romantik», en: *Izvestia* del 23 de mayo de 1937; citado según *Die Eroberung des Nordpols*, *op. cit.*, p. 392.

39. Lev Nikulin y Mijaíl Vodopiánov, en: *Die Eroberung des Nordpols*, *op. cit.*, p. 287.

40. E. Kriege, «Der Sowjetmathematiker Schmidt», en: *Die Eroberung des Nordpols*, *op. cit.*, p. 286.

41. V. Jodakov e Iliá Mazuruk, en: *Die Eroberung des Nordpols*, *op. cit.*, p. 299.

42. V. Guerásimova y Anatoli Alekséiev, en: *Die Eroberung des Nordpols*, *op. cit.*, p. 302, p. 305.

43. V. Vishnevski e Iván Papanin, en: *Die Eroberung des Nordpols*, *op. cit.*, p. 312.

44. «Die Überwinterer», en: *Die Eroberung des Nordpols*, p. 322, p. 324.

45. L. Kassil, «Hier spricht der Nordpol», en: *Die Eroberung des Nordpols*, *op. cit.*, p. 376, p. 383.

46. «Traum. Ein ungewöhnliches Bühnenwerk», en: *Die Eroberung Eroberung des Nordpols*, *op. cit.*, p. 294, p. 296.

47. Lev Nikulin, en: *Die Eroberung des Nordpols*, *op. cit.*, p. 291.

48. «Bolschewistische Romantik», en: *Die Eroberung des Nordpols*, *op. cit.*, p. 394.

49. Palmer, *Dictatorship of the Air*, *op. cit.*, p. 17.

50. *Ibid.*, pp. 99-101.

51. Este término acuñado por Scott W. Palmer constituye la quintaesencia de su excelente investigación: *Dictatorship of the Air*, *op. cit.*

52. Véase, sobre esto, el grandioso cuadro de Aleksandr Deineka, *Nikita, el primer Ícaro ruso*, surgido en realidad algunos años después (1940); Aleksandr Deineka, *Paintings, Graphic Works, Sculptures, Mosaics, Excerpts from the Artist's Writings*, Leningrado, 1982, lámina 156.

53. Leonid L. Kerber, *Stalin's Aviation Gulag: A Memoir of Andrei Tupolev and the Purge Era*, edición de Von Hardesty, Washington D. C., 1996.

54. Palmer, *Dictatorship of the Air*, *op. cit.*, pp. 248-251. McCannon, *Red Arctic*, *op. cit.*, p. 163.

55. McCannon, *Red Arctic, op. cit.*, p 145 y ss., p. 165.
56. *Ibid.*, p. 179.

EL ESCAPARATE DE MOSCÚ: LA ABUNDANCIA DEL MUNDO, EL HAMBRE DE CONSUMO Y LOS MAREOS POR HAMBRE

1. *Guide to the City of Moscow. Handbook for Tourist with Information on the City's Past, Present & Future. Descriptions of its Museums and Points of Interest. Including 6 Maps,* Moscú, 1937; *Co-operative Publishing Society of Foreign Workers in the U.S.S.R.*, Moscú, 1937; Vsiá Moskvá. *Ádresno-správochnaia kniga. 1936 god*, Moscú, 1936.

2. Ehrenfried Schütte, *Das Versichungswesen der Sowjet-Union. Mit einem Rückblick auf das vorrevolutionäre Erbe,* Berlín, 1966; sobre el significado de las pólizas de seguro en el momento de la confiscación véanse las anotaciones de diario de Yulia Piátnitskaia, *Dnevnik zheny bolshevika*, Bension y Vermont, 1987, p. 22.

3. Sobre el desarrollo del consumo soviético de productos de lujo véase Yukka Gronov, *Caviar with Champagne. Common Luxury and the Ideals of the Good Life in Stalin's Russia*, Oxford y Nueva York, 2003.

4. Randi Cox, «"This Can Be Yours!" Soviet Commercial Advertising and the Social Construction of Space, 1928/1956», en: Yevgueni Dobrenko y Eric Naiman (eds.), *The Landscape of Stalinism. The Art and Ideology of Soviet Space*, Seattle y Londres, 2003, pp. 125-162; citado aquí de la p. 131.

5. Cox, «This can be yours!», *op. cit.*, p. 140. Todo un capítulo sobre los anuncios en Estados Unidos se encuentra en un relato de viaje que fue publicado en *Pravda* y en la revista *Ogoniok*, ahora publicado bajo el título de: Erica Wolf (ed.), *Ilf and Petrov's American Road Trip. The 1935 Travelogue of Two Soviet Writers Ilya Ilf and Evgeny Petrov*, Nueva York, 2007. [Existe traducción en español: *La América de una planta*, trad. Víctor Gallego, Barcelona, Acantilado 2007]. Sobre los anuncios, véase también Nancy Condee (ed.), *Soviet Hieroglyphics: Visual Culture in Late Twentieth Century Russia*, Bloomington, 1995.

6. André Gide, *Gesamelte Werke VI. Reisen und Politik*, t. 2, edición de Peter Schnyder, trad. Johann Borker, Ralph Sohmidberger y Raimund, Stuttgart, 1996, p. 176.

7. *Ibid.*, pp. 60-62.

8. Cox, «This Can Be Yours!», *op. cit.*, p. 132.

9. Una de las pocas investigaciones acerca del desarrollo de la moda soviética: Serguéi Zhuravliov y Jukka Gronow, «Krasotá pod kontrólem gosudarstva: osóbennosti i etapy stanovlenia sovétskoi mody», en: *The Soviet and Post-Soviet Review*, 32/1 (2006), pp. 1-92.

10. Cox, «This Can Be Yours!», *op. cit.*, p. 140.

11. Elena Osokina, *Our Bread Daily. Socialist Distribution and the Art of Survival in Stalin's Russia, 1927-1941*, Armonk, Nueva York y Londres, 2001, p. 145.

12. *Ibid.*, p. 155 y ss., p. 161.

13. *Ibid.*, p. 157.

14. *Ibid.*, p. 159, p. 163.

15. Sobre la historia cultural del comercio y el consumo soviéticos: Julie Hessler, *A Social History of Soviet Trade: Trade Policy, Retail Practices and Consumption, 1917-1935*, Princeton, 2004; Hessler, J, «Cultured trad. The Stalinist turn towards consumerism», en: Sheila Fitzpatrick (ed.), *Stalinism. New Directions*, Londres y Nueva York, 2000, pp. 182-209.

16. Osokina, *Our Bread Daily*, *op. cit.*, p. 181, véase la confesión del acusado Zelenski, en: *Informe del proceso sobre la causa contra el «bloque antisoviético de derechistas y trotskistas», vista ante el Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS del 2 al 13 de marzo de 1938,* Moscú, 1938, edición del Comisariado del Pueblo de la URSS para la Justicia, p. 814.

17. Osokina, *Our Bread Daily*, *op. cit.*, p. 182.

18. *Ibid.*, p. 187.

19. *Ibid.*, pp. 187-188. Sobre los inconvenientes de hacer cola véase a Yulia Piátnitskaia, *Dnevnik zheny bolshevika*, Bension y Vermont, 1987, p. 86, p. 96.

20. Osókina, *Our Bread Daily*, *op. cit.*, p. 190, p. 193.

ESPACIOS ABIERTOS, PAISAJES DE ENSUEÑO: VIAJES EN CRUCERO A TRAVÉS DEL VOLGA, VACACIONES EN LA RIVIERA ROJA, CONSPIRACIÓN EN LA DACHA

1. *Guide to the City of Moscow. Handbook for Tourists. With Information on the City's Past, Present & Future. Descriptions of its Museums and Points of Interest.* Incluye 6 mapas, Moscú, 1937; Co-operative Publishing Society of Foreign Workers in the U.S.S.R., p. 238.

2. *Správochnik-putevodítel po vnútrennim vódnym putiam SSSR*, Moscú, 1932, p. 218.

3. Matthias Heeke, *Reisen zu den Sowjets. Der ausländische Tourismus in Rußland 1921-1941.* Con un apéndice bio-bibliográfico sobre 96 autores alemanes de libros de viajes, Münster, 1999.

4. *Volga. Putevodítel na navigatsiu 1939 g.*, Moscú, 1939, p. 31.

5. Emma Widdis, *Visions of a New Land. Soviet Film From the Revolution to the Second World War*, New Haven y Londres, 2003, p. 139.

6. Selim O. Chan-Magomedov, *Pioniere der sowjetischen Architektur. Der Weg zur neuen sowjetischen Architektur in den zwanziger und zu Beginn der dreißiger Jahre*, Dresde, 1983, p. 514 y ss.

7. Widdis, *Visions of a New Land, op. cit.*, p. 141.

8. Sobre la dacha como lugar de vivienda ruso-soviética: Stephen Lovell, *Summerfolk: A History of the Dacha, 1710-2000*, Ithaca y Londres, 2003, pp. 136-162.

9. Vadim S. Rogovin, *1937. Jahr des Terrors*, Essen, 1998, p. 114.

10. *Ibid.*, p. 144.

11. *Ibid.*, p. 237.

12. Alexander Vatlin, *Tatort Kunzewo. Opfer und Täter des Stalinschen Terrors 1937/38*, Berlín, 2003, p. 50.

13. Véase en este libro el capítulo «Una ciudad junto al mar. La inauguración del canal del Volga y el Moscova»; sobre el Dmitlag como base de una conspiración véase Wladislaw Hedeler (ed.), *Stalinscher Terror 1934-41. Eine Forschungsbilanz*, Berlín, 2002, p. 24.

VIAJE A CASA Y MUERTE DEL NACIONALBOLCHEVIQUE NIKOLÁI USTRIÁLOV

1. Nikolái Ustriálov, «*Sluzhit ródine prijóditsia kostiami*». *Dnévnik N. V Ustriálova 1935-1937 gg*, en: *Istóchnik* 5-6 (1998),

pp. 3-100 (edición de Irina Kondakova), p. 4 (prólogo). Las fechas indicadas entre paréntesis en el capítulo se refieren a esa edición del diario.

2. Mijaíl Agurski, *Ideologuia natsional-bolshevizma*, París, 1980; Mijaíl Agurski, «Defeat as Victory and the Living Dead: The Case of Ustrialov», en: *History of European Ideas* 5 (1984), pp. 165-180; Andréi V. Kvakin, «Rússkoie zarubezhie. Zolotaia kniga emigratsii. Pérvaia tret XX veka», en: *Entsiklopedícheski biografícheski slovar*, Moscú, 1997, pp. 643-644. *Curriculum vitae* en: Nikolái Ustriálov, *Natsional-bolshevizm*, Moscú, 2003, p. 16.

3. Rainer Goldt, «Einladung zur Enthauptung. Nikolaj Ustrjalovs Briefe und Tagebücher als psychologisches Stenogramm einer gescheiterten Heimkehr in die UdSSR», en: Frank Göbler y Ulrike Lange (eds.), *Russische Emigration im 20. Jahrhundert. Literatur-Sprache-Kultur*, Múnich, 2005, pp. 33-60, citado aquí de la p. 43.

4. Sobre la emigración rusa en Harbín: Yelena P. Táskina (ed.), *Russki Harbín*, Moscú, 1998; Nadiezhda Ye. Ablova, *KVZhD i rossískaia emigratsia v Kitaie*, Moscú, 2005.

5. Nikolái Ustriálov, *Dnévnik N. V. Ustriálova 1935-1937 gg.*, p. 5.

6. Sus observaciones, recogidas durante un viaje por la URSS en el año 1925, fueron publicadas por Ustriálov en: *Rossia (u okná vagona)*, Harbín, 1926. Agradezco a Michael Hagemeister el haberme indicado la existencia de ese documento.

7. Sobre los destinos de la diáspora rusa véase Marc Raeff, *Russia Abroad. A Cultural History of the Russian Emigration 1919-1939*, Nueva York y Oxford, 1990; Karl Schlögel (ed.), *Der große Exodus. Die russische Emigration und ihre Zentren 1917 bis 1941*, Múnich, 1994.

8. *Smena vej. Sbórnik statéi* Praga, 1921. La corriente intelectual es descrita en Jane Burbank, *Intelligentsia and Revolution. Russian Views of Bolshevism 1917-1922*, Nueva York y Oxford, 1986; Hilde Hardemann, *Coming to Terms with the Soviet Regime. The «Changing Signposts» Movement among Russian Emigrés in the Early 1920s*, DeKalb, 1994; Erwin Oberländer, «Nationalbolschewistische Tendenzen in der russischen Intelligenz. Die "Smena Vech"-Diskussion 1921-1922», en: *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas* NF (1968), pp. 194-211.

9. Sobre la continuidad de la corriente véase Karl Schlögel, «Argonauten des 20. Jahrhunderts. Die russische Intelligencija zwischen "Vechi" (1909) und "Smena vech" (1921)», en: Schlögel, K., *Petersburg. Das Laboratorium der Moderne 1909-1921*, Múnich, 2002, pp. 87-162.

10. David Brandenberger, *National Bolshevism. Stalinist Mass Culture and the Formation of Modern Russian National Identity 1931-1956*, Cambridge (Mass.), 2002.

11. Yuri Yelaguin, *Kunst und Künstler im Sowjetstaat*, Fráncfort del Meno, 1961, p. 39.

12. *Ibid.*, p. 40.

13. Golfo Alexopoulos, *Aliens, Citizens, and the Soviet State, 1926-1936*, Ithaca y Londres, 2003, p. 3.

14. *Ibid.*, p. 29.

15. *Ibid.*, p. 133.

16. Ustriálov, «Sluzhit ródine prijóditsia kostiami», en: *Dnévnik N. V. Ustriálova 1935-1937 gg.*, *op. cit.*, p. 16.

CELEBRACIONES DE LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE EL 7 DE NOVIEMBRE DE 1937

1. Joseph E. Davies, *Als USA-Botschafter in Moscú. Authentische und vertrauliche Berichte über die Sowjetunion bis Octubre 1941*, Zúrich, 1943, pp. 176-183.

2. Los pomposos decorados de la Rusia comunista, con muchas banderas rojas sobre el fondo del bello Teatro de la Ópera, que databa del régimen de los zares, provocaron en mí una impresión muy singular.

3. La guerra de guerrillas desempeña un papel fundamental entre los soviéticos. Entre los muchos cuadros pintados por artistas modernos soviéticos para el Ejército Rojo, en los cuales se representan las armas de los soldados soviéticos, llama siempre la atención la frecuencia con que aparecen en ellos los grupos guerrilleros, los llamados partisanos. De ello se deriva hasta qué punto los jefes del Ejército Rojo confiaban en esa manera de hacer la guerra y cuán exitosa era ésta en las campañas del ejército bolchevique. Estos partisanos muestran cierto parentesco con la gente humilde y los «granjeros combatientes» de nuestra historia temprana. Esos

hombres de aspecto rudo son, sin duda, de esa clase con la que Alemania rivaliza ahora y de la que tan amargamente se queja. Son los combates en barricadas y guerrillas de la guerra civil.

4. Georgi Dimitrov, *Tagebücher 1933-1943*, Berlín, 2000, tomo 1, pp. 161-163; véase Bibliografía.

UNA «HIGH SOCIETY» EN MINIATURA ANTES DE LA MASACRE

1. Todas las citas proceden de Yelena Bulgákova, *Margarita und der Meister. Tagebücher. Erinnerungen*, Berlín, 1993.

2. Joseph E. Davies, *Als USA-Bots chafter in moscú*, Zúrich, 1943, p. 35. Todas las anotaciones de diario ofrecidas en el texto proceden de esa edición.

3. *Ibid.*, p. 62. Esta figura aparece en un lugar central en la novela de Bulgákov. La relación entre el *topos* literario y el lugar histórico de la embajada ha sido elaborada por Alexander Etkind, *Eros des Unmöglichen. Die Geschichte der Psychoanalyse in Rusia, Leipzig 1996*, Leipzig, 1996, pp. 353-388.

4. Davies, *Als USA-Bots chafter in moscú*, *op. cit.*, p. 24. Al hablar de Sykinski se refiere, probablemente, a Krestinski.

5. *Ibid.*, p. 81.

6. *Ibid.*, p. 123.

7. Hans von Herwarth, *Zwischen Hitler und Stalin. Erlebte Zeitgeschichte 1931-1945*, Fráncfort del Meno, 1989, p. 55.

8. Sobre el colectivo de los periodistas en Moscú véase Arthur W. Just, *Rusia in Europa*, Stuttgart, 1949, pp. 62-69.

9. Sobre el papel de Walter Duranty véase Sally J. Taylor, *Stalin's Apologist Walter Duranty. The Nueva York Times's Man in Moscow*, Nueva York y Oxford, 1990.

10. Von Herwarth, *Zwischen Hitler und Stalin*, *op, cit.*, pp. 74-80.

11. *Ibid.*, p. 118.

12. Gustav Hilger, *Wir und der Kreml. Deutsch-sowjetische Beziehungen 1918-1941. Erinnerungen eines deutschen Diplomaten*, Fráncfort del Meno y Bonn, 1964, p. 78, p. 256.

13. General Ernst Köstring, *Der militärische Mittler zwischen dem Deutshen Reich und der Sowjetunion 1921-1941*, edición

de Herman Teske, Fráncfort del Meno, 1965, pp. 101-102. Von Herwart afirma, sin embargo, que los miembros del equipo de la embajada alemana, a diferencia de los estadounidenses, no asistieron a los procesos públicos: Von Herwarth, *Zwischen Hitler und Stalin*, *op. cit.*, p. 118.

14. Davies, *Als USA-Bots chafter in moscú*, *op. cit.*, pp. 47-51.

15. *Ibid.*, p. 52 (anotación del 10 de marzo de 1937).

16. *Ibid.*, p. 87 (anotación del 14 de marzo de 1937).

17. *Ibid.*, p. 101 (anotación del 23 de marzo de 1937).

18. *Ibid.*, p. 102.

19. *Ibid.*, p. 10.

20. Yelena Bulgákova, *Margarita und der Meister*, trad. Antje Leetz y Ottokar Nürnberg, Berlín, 1993 (anotación del 11 de abril de 1935).

21. *Ibid* (anotación del 23 de abril de 1935).

22. *Ibid* (anotación del 3 de mayo de 1935).

23. *Ibid* (anotación del primero de abril de 1937).

24. Yuri Trífonov, *Das Verschwinden*, Berlín, 1989, p. 73.

25. *Ibid.*, p. 12.

26. *Ibid.*, pp. 14-15.

27. *Ibid.*, p. 70.

28. *Ibid.*, p. 76.

29. Bulgákova, *Margarita und der Meister*, *op. cit.*, p. 313.

30. *Ibid* (anotación del 15 de noviembre de 1937).

31. *Ibid* (anotación del 13 de diciembre de 1937).

32. Sheila Fitzpatrick, *Tear off the Masks! Identity and Imposture in Twentieth-Century Russia*, Oxford y Princeton, 2005, p. 190.

33. *Ibid.*, p. 190, p. 200.

34. *Ibid.*, p. 191.

35. Marc Jansen y Nikita Petrov, *Stalin's Loyal Executioner: People's Commissar Nikolái Ezhov 1895-1940*, Stanford, 2002, p. 185 y ss.

36. Vitali Shentalinski, *Das auferstandene Wort. Verfolgte russische Schriftsteller in ihren letzten Briefen, Gedichten und Aufzeichnungen. Aus den Archiven sowjetischer Geheimdienste*, Bergisch-Gladbach, 1996, cap. 2; citado aquí de p. 104.

37. Wladislaw Hedeler, *Chronik der Moskauer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938. Planung, Inszenierung und Wirkung*, Berlín, 2003, pp. 221-222.

38. Shentalinski, *Das auferstandene Wort*, *op. cit.*, p. 103.

EL HOLLYWOOD SOVIÉTICO: SOBRE MILAGROS Y MONSTRUOS

1. Joseph E. Davies, *Als USA-Botschafter in Moskau*, Zúrich, 1943, p. 177.

2. Borís Shumiatski, *Silvester bei Stalin*, Berlín y Bodenheim-Maguncia, 1999, p. 63.

3. Maia I. Túrovskaia, ««"Mosfilm"-1937», en: *Kinovédcheskie zapiski* 50 (2001), pp. 204-209.

4. Yevgueni Grómov, *Stalin, vlast i iskusstvo*, Moscú, 1998; Leonid Maksímenkov, *Sumbur vmesto múzyki. Stalínskaia kultúrnaia revolutsia 1936-1938*, Moscú, 1997. Véase también Christine Engel (ed.), *Geschichte des sowjietschen und russischen Films*, Stuttgart, 1999.

5. Peter Kenez, «Soviet Cinema in the Age of Stalin», en: Richard Taylor y Derek Spring (eds.), *Stalinism and Soviet Cinema*, Londres y Nueva York, 1993, p. 68; Yekaterina Khokhlova, *Forbidden films of the 1930s*, pp. 90-96; Denise J. Youngblood, *Soviet Cinema in the Silent Era 1918-1935*, Austin, 1991.

6. Sobre la búsqueda de un nuevo tipo de teatro cinematográfico véase Selim O. Chan-Magomedov, *Pioniere der sowjetischen Architektur. Der Weg zur neuen sowjetischen Architektur in den zwanziger und zu Beginn der dreißiger Jahre*, Dresde, 1983, p. 480.

7. Peter Kenez, «Soviet Cinema in the Age of Stalin», en: Richard Taylor y Derek Spring (eds.), *Stalinism and Soviet Cinema*, Londres y Nueva York 1993, p. 55.

8. I. A. Gránkina, V. P. Prónina y T. A. Selivánova (eds.), *Moskvá sotsialistícheskaia*, Moscú, 1940, pp. 75-77.

9. Richard Taylor, «Ideology as Mass Enterainment. Boris Shumyatsky and Soviet Cinema in the 1930s», en: Richard Taylor y Ian Christie (eds.), *Inside the Film Factory. New Approaches to Russian and Soviet Cinema*, Londres y Nueva York, 1991, pp. 193-216.

10. Jay Leyda, *Kino. A History of the Russian and Soviet Film*, Londres 1960, pp. 301-340 (capítulo XIV: *Wittnessed Years 1934-1937*); citado aquí según Richard Taylor, «Red stars, positive he-

roes and personality cults», en: Richard Taylor y Derek Spring (eds.), *Stalinism and Soviet Cinema*, Londres y Nueva York, 1993, p. 77.

11. Maia Túrovskaia, «The 1930s and 1940s: Cinema in Context», en: Taylor y Spring (eds.), *Stalinism and Soviet Cinema*, *op. cit.*, p. 42.

12. Un trabajo programático sobre este tema: Borís Shumiatski, *Kinematografia milliónov. Ópyt análiza*, Moscú, 1935. Agradezco la sugerencia a Anne Hartmann.

13. Túrovskaia, «The 1930s and 1940s: Cinema in Context», *op. cit.*, p. 43.

14. *Ibid.*, p. 45.

15. Kenez, «Soviet Cinema in the Age of Stalin», *op. cit.*, p. 57.

16. Túrovskaia, «The 1930s and 1940s: Cinema in Context», *op. cit.*, p. 47.

17. *Ibid.*, p. 50.

18. Túrovskaia, «"Mosfilm"-1937», *op. cit.*, pp. 198-218, en particular pp. 204-209.

19. *Ibid.*, p. 200. Para consultar el índice de las películas producidas en el año 1937 véase *Sovétskie judózhestvenny filmy*, catálogo, tomo 2, *Zvukovyie filmy* (1930-1957gg.), Moscú, 1961, p. 148 y ss.

20. Kenez, «Soviet Cinema in the Age of Stalin», *op. cit.*, p. 63.

21. *Ibid.*, p. 65.

22. Túrovskaia, «"Mosfilm"-1937», *op. cit.*, p. 201.

23. *Ibid.*, p. 204.

24. *Ibid.*, p. 205.

25. Sobre la obra completa y la estética de Eisenstein véase Oksana Bulgákova, *Sergei Eisenstein. A Biography*, Berlín, 2007.

26. Sobre la película de Friedrich Ermler véase *Ócherki istorii sovétskogo kinó*, tomo 2, 1935-1945, Moscú, 1959, pp. 88-94.

27. Túrovskaia, «"Mosfilm"-1937», *op. cit.*, p. 201.

28. *Ibid.*, p. 202.

29. *Ócherki istori sovétskogo kino*, tomo 2, 1935-1945, Moscú, 1959, p. 23.

30. Túrovskaia, «"Mosfilm"-1937», *op. cit.*, p. 202.

31. *Ibid.*, p. 203.

32. Túrovskaia, «"Volga-Volga" i ieió vremia», en: *Kinovédcheskie zapiski 45* (2000), p. 123.

33. *Ibid.*, p. 130.

34. Turovskaia, «"Mosfilm"-1937», *op. cit.*, pp. 211-212.

35. Valeria Selúnskaia y María Zénina, «Documentary film—a Soviet source for Soviet Historians», en: Taylor y Spring (eds.), *Stalinism and Soviet Cinema*, *op. cit.*, pp. 171-185.

36. Sobre Partíiny bilet (Iván Pyriev 1936) véase *Ócherki istorii sovétskogo kinó*, tomo 2, 1935-1945, Moscú, 1959, pp. 81-84.

37. Sobre Velíky grazhdanín (Fridrich M. Ermler 1938/1939) véase *Ócherki istorii sovétskogo kinó*, tomo 2, 1935-1945, Moscú, 1959, pp. 94-108.

MUERTE EN EL EXILIO

1. Reinhard Müller, *Menschenfalle Moscú. Exil und stalinistische Verfolgung*, Hamburgo, 2001, p. 145; Reinhard Müller (con la colaboración de Natalia Musiyenko), «"Wir kommen alle dran". Säuberungen unter den deutschen Politemigranten in der Sowjetunion (1934-1938)», en: Herman Weber y Ulrich Mählert (eds.), *Terror. Stalinistische Parteisäuberungen 1936-1953*, Paderborn, 1998.

2. La bibliografía sobre este tema: Peter Huber, «Das Beispiel Komintern. Überwachung und Repression», en: Wladislaw Hedeler (ed.), *Stalinscher Terror 1934-1941*, Berlín, 2002, pp. 179-202; William Chase, *Enemies Within the Gates? The Komintern and the Stalinist Repression, 1934-1939*, New Haven y Londres, 2002; Mijaíl Panteleev, en «La Terreur stalinienne au Komintern en 1937-1938», da como dato ciento trece colaboradores del EKKI arrestados entre 1937 y 1938, citado según Chase, *Enemies Within the Gates?*, *op. cit.*, p. 461; Carola Tischler, *Flucht in die Verfolgung. Deutsche Emigranten im sowjetischen Exil – 1933 bis 1945*, Münster, 1996; Fridrich Firsov, «Some Critical Notes on Recent Publications on Komintern and Soviet Politics», en: *Jahrbuch für Historische Kommunismusforschung*, 2003, pp. 268-276.

3. Rói. Medvédev, *Die Wahrheit ist unsere Stärke. Geschichte und Folgen des Stalinismus*, Fráncfort del Meno, 1973, p. 247; Oleg Dehl (ed.), *Verratene Ideale. Zur Geschichte deutscher Emigranten in der Sowjetunion in den 30er Jahren*, Berlín, 2000.

4. Medvédev, *Die Wahrheit ist unsere Stärke*, *op. cit.*, p. 248.

5. *Ibid.*, p. 248.

6. Marian Naszkowski, *Niespokojne tdni. Wspomnienia z lat trzydziestych*, Moscú, 1962, citado según Medvédev, *Die Wahrheit ist unsere Stärke*, *op. cit.*, pp. 244-245.

7. Chase, *Enemies Within the Gates*, *op. cit.*, p. 299.

8. Georgi Dimitrov, *Tagebücher 1933-1943*, Berlín, 2000, p. 149 (anotación del 11 de febrero de 1937).

9. *Ibid.*, p. 158 (anotación del 26 de mayo de 1937).

10. Georgi Dimitrov, «Brief an Andreev am 3.1.1939», en: Chase, *Enemies Within the Gates*, *op. cit.*, 307 (Documento 44).

11. Comentario del editor, Dimitrov, *Tagebücher 1933-1943*, *op. cit.*, p. 710.

12. Así reza el título del trabajo de Carola Tischler, *Flucht in die Verfolgung. Deutsche Emigranten im sowjetischen Exil – 1933 bis 1945*, Münster, 1996.

13. Chase, *Enemies Within the Gates*, *op. cit.*, p. 96 (Documento 5).

14. *Ibid.*, p. 133.

15. Simone Bark, «Gesetzt, sie sind unschuldig. Deutsche Wissenschaft und Kultur im Exil», en: Wladislaw Hedeler (ed.), *Stalinscher Terror*, Berlín, 2002, pp. 203-228; citado aquí de la p. 208.

16. Chase, *Enemies Within the Gates*, *op. cit.*, p. 134.

17. *Ibid.*, p. 136.

18. György Lukács, Johannes R. Becher, Friedrich Wolf, entre otros, *Die Säuberung Moscow 1936*: copia dactilográfica de una reunión secreta del Partido, edición de Reinhard Müller, Reinbek, 1991, pp. 558-560.

19. Ruth von Mayenburg sobre las dachas del Komintern en Kúntsevo, Ilínskoie, en *Hotel Lux*, Fráncfort del Meno, 1978, pp. 195-199.

20. György Lukács, Johannes R. Becher y Friedrich Wolf, entre otros, *Die Säuberung Moscow 1936*, p. 459.

21. Ernst Fischer, *Erinnerungen und Reflexionen*, Hamburgo, 1969, p. 395. Agradezco esta sugerencia a Anne Hartmann.

22. Véanse las detalladas anotaciones de Dimitrov sobre las estancias en los balnearios de Crimea y del Cáucaso: Kislovodsk, Yalta, Sebastopol, Alupka, o el más moderno balneario de la URSS en Matsesta, en: Dimitrov, *Tagebücher 1933-1943*, *op. cit.*, p. 306, p. 309.

23. El pandemonio de denuncias, intentos de salvación, casualidades e inmersión en el colectivo de los emigrantes políticos radicados en Moscú ha sido reconstruido con exactitud en los trabajos de Reinhard Müller, *Menschenfalle Moskau. Exil und stalinistische Verfolgung*, Hamburgo, 2001; Reinhard Müller, *Herbert Wehner: Moskau 1937*, Hamburgo, 2004.

24. Los expedientes con las biografías, los datos sobre las viviendas y sus pasados partidistas se encuentran en: Chase, *Enemies Within the Gates?*, *op. cit.*, pp. 162-172 (Documento 17).

25. Hedeler, *Shuravljow*, *op. cit.*, p. 234.

26. Reinhard Müller, *Menschenfalle Moscú. Exil und stalinistische Verfolgung*, Hamburgo, 2001, p. 262.

27. György Lukács, Johannes R. Becher y Friedrich Wolf, entre otros, *Die Säuberung Moscow 1936*, *op. cit.*, p. 458.

28. *Ibid.*, p. 348.

29. *Ibid.*, p. 380.

30. Weinert acerca del gran inconveniente que representaba el idioma ruso, en: György Lukács, Johannes R. Becher y Friedrich Wolf, entre otros, *Die Säuberung Moscow 1936*, *op. cit.*, p. 533.

31. *Ibid.*, p. 293.

32. *Ibid.*, pp. 414-415.

33. *Ibid.*, p. 187.

34. Wladislaw Hedeler (ed.), *Stalinscher Terror 1934-41*, Berlín, 2002, p. 61.

35. Dimitrov, *Tagebücher 1933-1943*, *op. cit.*, p. 152 (anotación del 6 de marzo de 1937).

36. Von Mayenburg, *Hotel Lux*, *op. cit.*, p. 191.

37. Markus Wolf, *Die Troika*, Reinbeck, 1991, p. 28.

38. Berthold Unfried, «Kommunistische Künstler in der Sowjetunion der dreißiger Jahre: Kulturelle Mißverständnisse und Konkurrenz», en: *Jahrbuch für Historische Kommunismusforschung* (2000-2001), pp. 126-143.

39. Carta de M. I. Simenova a Georgi Dimitrov, pasada por éste a Zhdánov, en: Chase, *Enemies Within the Gates*, *op. cit.*, pp. 302-303 (Documento 42).

40. Gabor T. Rittersporn, *Catching Spies, trapping the System: Spy Mania in the Prewar USSR*. Ponencia presentada en la mesa redonda «Soviet War against Fifth Columnists, 1936-1945» del trigésimo sex-

to National Convention de la AAASS, Boston, diciembre de 2004.

41. Chase, *Enemies Within the Gates?*, *op. cit.*, p. 103.

42. *Ibid.*, p. 243 (Documento 32).

43. *Ibid.*, p. 241 (Documento 32).

44. *Ibid.*, p. 256 (Documento 32).

45. *Ibid.*, p. 104.

46. Directiva del 22 de marzo de 1938, en: Chase, *Enemies Within the Gates?*, *op. cit.*, p. 295 (Documento 39).

47. Lista de los arrestados el día 11 de septiembre de 1937, en: Chase, *Enemies Within the Gates?*, *op. cit.*, pp. 309-318 (Documento 45).

48. *Ibid.*, p. 320.

ARCADIA EN MOSCÚ: EL LUNAPARK DE STALIN

1. *Guide to the City of Moscow. Handbook for Tourists. With Information on the City's Past, Present & Future, Descriptions of its Museums and Points of Interest.* Incluye seis mapas, Moscú 1937. Co-operative Publishing Society of Foreign Workers in the USSR, pp. 64-65.

2. *Ibid.*, pp. 40-41.

3. Una descripción fundamental de la cultura del ocio y el tiempo libre en la década de 1930 en: Katia Kúcher, *Der Gorki-Park. Freizeitkultur im Stalinismus 1928-1941*, Colonia, Weimar, 2007.

4. *Vsiá Moskvá. Ádresno-správochnaia kniga na 1936 g*, Moscú, 1936. Se trata de los siguientes parques culturales y recreativos: Parque de Ocio y Cultura M. Gorki, Krymski Val 9; Parque A. S. Búbnov «Sokólniki», Rusakóvskaia ul., 62; Parque de cultura y recreo I. V. Stalin, Naródny prospekt; Parque Krasnoprésnenski de Cultura y Recreo; Krasnoprésnenskaia Zastava, Mantúlinskaia úlitsa, 5.

5. Vadim Vólkov, «The Concept of "Kulturnost": Notes on the Stalinist Civilizing Process», en: Sheila Fitzpatrick (ed.), *Stalinism. New Directions*, Londres y Nueva York, 2000, pp. 210-230.

6. Sobre las ofertas en el parque Gorki en la década de 1930, véase: Kúcher, *Der Gorki-Park*, *op. cit.*, pp. 109-185.

7. Véase en este libro el capítulo «El año de la aventura: el Ícaro soviético en 1937».

8. Nina Kostérina, *Tagebuch*, Fráncfort del Meno, 1981, p. 32.

9. Andréi Platónov, «Die Baugrube», en: Andréi Platónov, *Romane*, Múnich, 1990, p. 12.

10. Ósip Mandelstam, *Mitternacht in Moscú. Die Moskauer Hefte. Gedichte 1930-1934*, traducción y edición de Ralpf Dutli, Zúrich, 1986, pp 99-101. ©1986 Ammann Verlag & Co, Zúrich.

11. André Gide, *Gesamelte Werke VI. Reisen und Politik*, t. 2, Stuttgart, 1996, pp. 52-54.

12. General Ernst Köstring, *Der militärische Mittler zwischen dem Deutschen Reich und der Sowjetunion 1921-1941*, edición de Hermann Teske, Fráncfort del Meno, 1965, pp. 124-125.

13. Kúcher, *Der Gorki-Park*, *op. cit.*, pp. 248-249; sobre las cifras véanse las estadísticas en la tabla 4, p. 255.

«AUTOZAVÓDTSY»: LOS OBREROS DE LA FÁBRICA DE AUTOMÓVILES STALIN

1. Yelena Bulgákova, *Margarita und der Meister. Tagebücher. Erinnerungen*, Berlín, 1993, p. 161.

2. Esta tesis la desarrolla Kenneth M. Strauss, *Factory and Community in Stalin's Russia. The Making of the Industrial Working Class*, Pittsburgh, 1997. Sobre el desarrollo de la clase obrera soviética, véase: Donald Filtzer, *Soviet workers and Stalinist industrialization. The formation of modern Soviet production relations, 1928-1941*, Armonk y Nueva York, 1986; Salomon M. Schwarz, *Arbeiterklasse und Arbeitspolitik in der Sowjet-Union*, Hamburgo, 1953; Lewis Siegelbaum, *Stakhanovism and the Politics of Productivity in the USSR 1935-1941*, Cambridge, Nueva York y New Rochelle, 1988; Jeffrey J. Rossman, *Worker Resistance under Stalin. Class and Revolution on the Shop Floor*, Cambridge (Mass.), 2005.

3. John Scott, *Jenseits des Ural. Die Kraftquellen der Sowjetunion*, Estocolmo, 1944, p. 105, p. 280.

4. David L. Hoffmann, *Peasant Metropolis. Social Identities in Moscow, 1929-1941*, Ithaca y Londres, 1994, p. 150.

5. Strauss, *Factory and Community in Stalin's Russia*, *op. cit.*, p. 228.

6. Iván A. Lijachov, «Sovetski avtomóbil», en: L. Kovaliova (ed.), *Moskvá*, Moscú, 1935, p. 402.

7. *Istoria Moskóvskogo avtozavoda ímeni Ivana Alekséievicha Lijachova*, Moscú, 1966, p. 244.

8. Strauss, *Factory and Community in Stalin's Russia*, *op. cit.*, p. 81; sin embargo, el número de algunas fábricas, como la fábrica de motores Gorki (GAS), creció mucho más rápido.

9. *Ibid.*, p. 40.

10. *Ibid.*, p. 219.

11. *Ibid.*, pp. 70-77.

12. Iván A. Lijachov , «Sovetski avtomóbil», *op. cit.*, p. 400.

13. *A Biographical Dictionary of the Soviet Union 1917-1988*, Londres, 1989, p. 238.

14. Vladmir Anderle habla de «class warrior to professional man», en: *Managerial power in the Soviet Union*, Westmead, 1976, p. 118.

15. Strauss, *Factory and Community in Stalin's Russia*, *op. cit.*, p. 325.

16. *Ibid.*, p. 162.

17. *Ibid.*, pp. 246-249.

18. *Istoria Moskóvskogo avtozavoda ímeni Ivana Alekséievicha Lijachova*, Moscú, 1966, pp. 219, 234, 240.

19. Strauss, *Factory and Community in Stalin's Russia*, *op. cit.*, p. 57.

20. Iván A. Lijachov, «Sovetski avtomóbil», *op. cit.*, p. 401, p. 403.

21. David L. Hoffmann, *op. cit.*, p. 54; Serguéi Zhuravliov y Mijaíl Mujin, *Krépost sotsializma. Povsednévnost i motivatsia truda na sovétskom predpriati 1928-1938 gg.*, Moscú, 2004.

22. Hoffmann, *Peasant Metropolis*, *op. cit.*, p. 70.

23. *Ibid.*, p. 75.

24. «Za industrializatsiu» del 2 de agosto de 1937, citado según Hoffmann, *Peasant Metropolis*, *op. cit.*, p. 91.

25. Iván A. Lijachov, «Sovetski avtomóbil», *op. cit.*, p. 404.

26. Hoffmann, *Peasant Metropolis*, *op. cit.*, p. 140.

27. *Ibid.*, pp. 135-136.

28. *Ibid.*, p. 87, p. 91.

29. *Istoria Moskóvskogo avtozavoda ímeni I. A. Lijachova*, p. 243.

30. Wladislaw Hedeler, *Chronik der Moskauer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938. Planung, Inszenierung und Wirkung*, Berlín, 2003, p. 675.

31. *Istoria Moskóvskogo avtozavoda ímeni Ivana Alekséievicha Lijachova*, Moscú, 1966, p. 238, p. 240.

32. Hoffmann, *Peasant Metropolis*, *op. cit.*, pp. 103-104; Hoffmann, «The Great Terror on the local level: Purges in Moscow factories, 1936-1938», en: J. Arch Getty y Roberta T. Manning (eds.), *Stalinist Terror New perspectives*, Cambridge, 1993, pp. 163-167; citado aquí de la página 167.

33. Hoffmann, *Peasant Metropolis*, *op. cit.*, p. 196; véase también Roberta Manning, «The Soviet Economic Crisis of 1936-1938 and the Great Purges», en: *Stalinist terror New perspectives*, *op. cit.*, Cambridge, 1993, pp. 116-141; citado aquí de la p. 138.

34. Hoffmann, *Peasant Metropolis*, *op. cit.*, p. 116.

35. *Ibid.*, p. 124.

36. *Ibid.*, p. 125.

37. Donald Filtzer, *Soviet workers and Stalinist industrialization. The formation of modern Soviet production relations, 1928-1941*, Armonk y Nueva York, 1986, p. 200.

38. *Istoria Moskóvskogo avtozavoda ímeni I. A. Lijachova*, Moscú, 1966, pp. 239-245.

39. Robert W. Thurston, «Reassessing the history of Soviet workers: opportunities to criticize and participate in decision-making, 1935-1941», en: Stephen White (ed.), *New directions in Soviet history*, Cambridge y Nueva York, 1992, pp. 160-188; citado aquí de la p. 175.

40. Roberta Manning, «The Soviet Economic Crisis of 1936-1938 and the Great Purges», *op. cit.*, p. 138.

41. Sobre la dinámica de la denuncia, véase Jörg Baberowski, «"Die Verfasser von Erklärungen jagen den Parteiführern einen Schrecken ein": Denunziation und Terror in der stalinistischen Sowjetunion 1928-1941», en: Friso Ross y Achim Landwehr (eds.), *Denunziation und Justiz. Historische Dimensionen eines sozialen Phänomens*, Tubinga, 2000, pp. 165-198.

42. Wendy Z. Goldman, *Terror and Democracy in the Age of Stalin. The Social Dynamics of Repression*, Cambridge, 2007, p. 184.

43. Wendy Goldman: «Stalinist Terror and Democracy: The 1937 Union Campaign», en: *The American Historical Review* 110/9 (diciembre de 2005), pp. 1427-1453; citado aquí de la p. 1449.

44. Sheila Fitzpatrick, «Workers against Bosses: The Impact of

the Great Purges on Labor-Management Relations», en: Lewis H. Siegelbaum y Ronald Grigor Suny (eds.), *Making Workers Soviet. Power, Class, and Identity*, Ithaca y Londres, 1994, pp. 311-340; citado aquí de las pp. 315-316.

45. Wendy Goldman: «Stalinist Terror and Democracy: The 1937 Union Campaign», en: *The American Historical Review* 110/9 (diciembre de 2005), pp. 1427-1453.

46. Wendy Z. Goldman, *Terror and Democracy in the Age of Stalin. The Social Dynamics of Repression*, Cambridge, 2007, p. 147.

47. *Ibid.*, p. 182. Véase también V. I. Nosac y N. D. Zvereva, *Rasstrelnye 30-e gody i profsojuzy*, San Petersburgo, 2007.

48. Goldman, *Terror and Democracy in the Age of Stalin*, *op. cit.*, p. 245.

49. Goldman, «Stalinist Terror and Democracy: The 1937 Union Campaign», *op. cit.*, pp. 1452-1453.

JAZZ: EL SONIDO DE LA DÉCADA DE 1930

1. I. Yampolski, «Molodyie sovétskie muzykánty», en: *Vechérnaia Moskvá*, 19 de septiembre de 1937, p. 3.

2. Sobre este triunvirato musical véase Matthias Stadelmann, *Isaak Dunaevskij-Sänger des Volkes. Eine Karriere unter Stalin*, Colonia, Weimar y Viena, 2003; Dmitri Mincenok, *Isaak Dunaevskij. Bol'šoj koncert*, Moscú y Smolensk, 1998; Salomon Vólkov, *Stalin und Schostakowitsch. Der Diktator und der Künstler*, Berlín, 2004; Krzysztof Meyer, *Dmitri Schostakowitsch*, Leipzig, 1980; Elizabeth Wilson, *Shostakovich. A Life Remembered*, Londres, 2006; Laurel E. Fay, *Shostakovich. A Life*, Oxford, 2000; Antonina Revels, *Riádom s Utiósovym*, Moscú, 1995. Las obras de estos tres compositores están accesibles en discos y CD en numerosas grabaciones originales, ejecuciones e interpretaciones.

3. El debate se ha presentado de manera detallada en el ensayo comparativo de Martin Lücke, *Jazz im Totalitarismus*, un análisis comparativo del trato político al jazz durante la época del nacionalsocialismo y del estalinismo, Münster, 2004, pp. 145-148; allí encontramos también una amplia bibliografía, pp. 215-245.

4. N. Labkovski, «Utiósov i iegó dzhaz», en: *Vechérnaia Moskvá* del 19 de julio de 1937, p. 3.

5. S. Frederick Starr, *Red and Hot. Jazz in Rußland von 1917-1990*, Viena, 1990, p. 100.

6. *Ibid.*, p. 104, p. 107.

7. *Ibid.*, p. 116.

8. *Ibid.*, p. 134.

9. Stadelmann, *Isaak Dunaevskij-Sänger des Volkes*, *op. cit.*, p. 28.

10. *Ibid.*, p. 144.

11. *Ibid.*, p. 170.

12. Starr, *Red and Hot*, *op. cit.*, p. 59.

13. J. Jelagin, *Kunst und Künstler im Sowjetstaat*, Fráncfort del Meno 1951, p. 168.

14. Stadelmann, *Isaak Dunaevskij-Sänger des Volkes*, *op. cit.*, p. 249.

15. Para una valoración de ese período véase el número especial de la revista *Osteuropa* dedicado a Shostakóvich: «Dmitrij Šostakovič. Grauen und Grandezza des 20. Jahrhunderts», en: *Osteuropa* 8 (2006); Hans-Joachim Hinrichsen y Laurenz Lütteken (eds.), *Zwischen Bekenntnis und Verweigerung. Schostakowitsch und die Sinfonie im 20. Jahrhundert*, Symposium Zürcher Festspiele 2002, Kassel y Basilea, entre otras, 2005.

16. Yelena Bulgákova, *Margarita und der Meister. Tagebücher, Erinnerungen*, Berlín, 1993, p. 126.

17. Vólkov, *Stalin und Schostakowitsch*, *op. cit.*, p. 219, p. 250.

18. *Ibid.*, pp. 225-226; sobre Shostakóvich en su relación con Tujachevski véase Solomon Vólkov (ed.), *Zeugenaussage. Die Memoiren des Dmitrij Schostakowitsch*, Hamburgo, 1979, pp. 121-129.

19. Vólkov, *Stalin und Schostakowitsch*, *op. cit.*, p. 234.

20. *Ibid.*, p. 241.

21. Krzysztof Meyer, *Dmitri Schostakowitsch*, Leipzig, 1980, p. 102.

22. *Ibid.*, p. 100.

23. Dorothea Redepenning, «Chronist seiner Zeit. Dmitrij Šostakovič zwischen Ethik und Ästhetik», en: *Osteuropa* 8 (2006) (número especial), pp. 5-24; citado aquí de la p. 13.

24. *Ibid.*, p. 13.

25. Bernd Feuchtner, «Lieder der Nacht, Nächste der Angst. Angst in der Musik von Dmitrij Šostakovič», en: *Osteuropa* 8 (2006) (número especial), pp. 61-74; citado aquí de la p. 64.

26. Matthias Stadelmann, *Isaak Dunaevskij—Sänger des Volkes*, pp. 146-147.

27. Dunaievski, citado a partir de Stadelmann, *Isaak Dunaevskij-Sänger des Volkes*, *op. cit.*, p. 155.

28. Richard Stites, *Russian popular culture. Entertainment and society since 1900*, Cambridge, 1992.

29. Starr, *Red and Hot*, op. cit., p. 145; Lücke, *Jazz im Totalitarismus*, *op. cit.*, pp. 142-144.

30. Stadelmann, *Isaak Dunaevskij-Sänger des Volkes*, *op. cit.*, p. 251.

31. Starr, *Red and Hot*, *op. cit.*, p. 146.

CAMBIO DE ROSTRO, CAMBIO DE ÉPOCA

1. Fotografías de las colecciones de la Sociedad «Memorial» en *Bútovski poligón 1937. Kniga Pámiati zhertv politícheskoi repressii*, Vypusk 8, Moscú, 2004; también: Tomasz Kizny, *Gulag*, Hamburgo, 2004.

2. Véase en este libro el capítulo «Ceguera y terror», acerca del censo nacional de 1937.

3. Documento n.º 233. Postanovlenie Politbiuró TSK VKP(B) «O vvedenii fotografíchéskij kártochek na pasportaj», en: Vladímir N. Jáustov, V. P. Naúmov y N. S. Plótnikova (eds.), *Lubianka. Stalin i glávnoie upravlenie gosbezopásnosti NKVD 1937-1938*, Moscú, 2004, pp. 401-402.

4. David King, *Stalins Retuschen. Foto- und Kunstmanipulationen in der Sowjetunion*, Hamburgo 1997.

5. Por ejemplo, la serie de retratos de los diputados en la revista *Ogoniok*, 1937, n.º 36 y *Ogoniok*, 1938, n.º 3.

6. Sobre la imagen del hombre nuevo véase Hans Günther (ed.), *The Culture of the Stalin Period*, Londres 1990; Hans Günther, *Der sozialistische Übermensch. Maksim Gor'kij und der sowjetische Heldenmythos*, Stuttgart y Weimar, 1993.

7. Véase el catálogo de la exposición: *Aguitatsia za schastie. Sovétskoie iskusstvo stalínskoie époji. Gosudárstvenny Russki muzéi Sankt-Peterburga i upravlenie kultúry góroda Kassel—dokumenta arjiv*, Sost. Chubertus Gassner, Bremen, 1994.

8. Reproducción de un baile de Año Nuevo en la contraportada de *Ogoniok*, 1938, n.º 1.

9. Oleg V. Jlevniuk, *1937-i: Stalin, NKVD i sovétskoie óbschestvo*, Moscú, 1992, pp. 233.

10. *Ibid.*, p. 234. Sobre el ascenso de esa generación, véase también Aleksandr Zinóviev, *Náshei yúnosti poliot*, Lausana, 1983.

AMÉRICA, SIEMPRE AMÉRICA: EL OTRO NUEVO MUNDO

1. La historia de la publicación ha sido reconstruida en un comentario de Borís Ye. Galánov, en: Iliá Ilf y Yevgueni Petrov, «Odnoetázhnaia Amérika. Putevye ócherki», en: *Sobranie sochinenia v piatí tomaj*, tomo 4, Moscú, 2003, pp. 551-553. La edición estadounidense apareció ya en el año 1937, bajo el título de «Little golden America. Two famous Soviet Humorists survey these United States», traducción de Charles Malamuth, Nueva York y Toronto, 1937; los reportajes fotográficos aparecieron en *Ogoniok* 1936, n.os 11-23. Una edición en inglés de esos reportajes apareció publicada en *Ilf and Petrov's American Road Trip. The 1935 Travelogue of Two Soviet Writers Ilya Ilf and Evgeny Petrov*, ed. de Erica Wolf, Nueva York, 2007. [Existe traducción en español: *La América de una planta*, trad. Víctor Gallego, Barcelona, Acantilado, 2007].

2. Ilf y Petrov, *La América de una planta*, *op. cit.*, p. 491, p. 492.

3. *Ibid.*, p. 331.

4. *Ibid.*, p. 116, p. 117.

5. *Ibid.*, p. 113.

6. *Ibid.*, 26.

7. Iliá Ilf y Yevgueni Petrov, «Odnoetázhnaia Amérika. Putevye ócherki», *op. cit.*, pp. 232-233.

8. *Ilf and Petrov's American Road Trip*, *op. cit.*, p. 91.

9. *Ibid.*, p. 101.

10. Iliá Ilf y Yevgueni Petrov, «Odnoetázhnaia Amérika. Putevye ócherki», *op. cit.*, p. 233.

11. *Ibid.*, 426.

12. Maksim Gorki, «Górod zhióltogo diavola», en: *Sobranie sochinenii v 16 tomaj*, Moscú, 1979; Charles Rougle, *The Russians Consider America. America in the Works of Maksim Gor'kij, Aleksandr Blok, and Vladimir Majakovskij*, Uppsala, 1977 (*Acta Universitatis Stockholmiensis* 8).

13. Encontramos una buena selección de las fotos estadounidenses en el catálogo: Aleksandr Deineka, *Paintings, Graphic Works, Sculptures, Mosaics, Excerpts from the Artist's Writings*, Leningrado, 1982.

14. De los cuadernos de bocetos americanos de Iofán véase Isaak J. Eigel, *Borís Iofán*, Moscú, 1978; sobre el viaje a Estados Unidos de los arquitectos véase también Isaak J. Eigel, «Der Tyrann und der Baumeister», en: Peter Noever (ed.), *Tyrannei des Schönen. Architektur der Stalin-Zeit*, Múnich y Nueva York, 1994, pp. 192-196.

15. Donald Leslie Johnson, «Frank Lloyd Wright in Moscow, June 1937», en: *The Journal of the Society of Architectural Historians* 46/1 (marzo de 1987), pp. 65-79.

16. John Lewis Gaddis, *Russia, the Soviet Union, and the United States. An Interpretative History*, Nueva York, 1978, pp. 102-125; Walter L. Carver: «Tractor is King in Soviet Russia, Leading Huge Automotive Plans», en: *Automotive Industries*, LXVI (marzo 5, 1932), pp. 375-378.

17. Kenneth M. Strauss, *Factory and Community in Stalin's Russia. The Making of the Industrial Working Class*, Pittsburgh, 1997, p. 57.

18. Ilf y Petrov, «Pismá iz Amériki», en: Ilf y Petrov, *Sobranie sochinenia v piatí tomaj*, tomo 4, Moscú, 2003, p. 516.

19. Véase en este libro el capítulo «El Hollywood soviético».

20. Yuri Yelaguin, *Kunst und Künstler im Sowjetstaat*, Fráncfort del Meno, 1951, p. 170.

21. Matthias Stadelmann, *Isaak Dunaevskij – Sänger des Volkes. Eine Karriere unter Stalin*, Colonia, Weimar y Viena, 2003, p. 78.

22. Ilf y Petrov, «Pismá iz Amériki», en: Ilf y Petrov, *Sobranie sochinenia v piatí tomaj*, tomo 4, Moscú, 2003, p. 512.

23. Sobre viajes y relatos de viajes de estadounidenses a la URSS, véase: Lewis S. Feuer, «Travellers to the Soviet Union», en: *American Quarterly*, XIV (verano de 1962), pp. 144-146; Judy Acheson, *Young America Looks at Russia*, Nueva York, 1932; Margaret Bourke-White, *Eyes on Russia*, Nueva York, 1931; William Henry Chamberlin, *Russia's Iron Age*, Boston 1930; John Dewey, *Impressions of Soviet Russia and the Revolutionary World: Mexico –*

China – Turkey, Nueva York, 1932; John Dos Passos, *In All Countries*, Nueva York, 1943; *Theodore Dreiser Looks at Russia*, Nueva York, 1928; Louis Fischer, *Machines and Men in Russia*, Nueva York, 1932; Waldo Frank, *Dawn in Russia: The Record of a Journey*, Nueva York, 1932; Anna-Louise Strong, *Children of Revolution: Story of the John Reed Children's Colony on the Volga, Which Is As Well a Story of the Whole Great Structure of Russia*, Seattle, 1925; Edmund Wilson, *Travels in Two Democracies*, Nueva York, 1936; Langston Hughes, *A Negro Looks at Soviet Central Asia*, Cooperative Publishing Society of Foreign Workers in the USSR, Moscú y Leningrado, 1934; Dorothy Myra Page, *Moscow Yankee*, Nueva York, 1936.

24. Mijaíl Ilin (seudónimo de Iliá J. Marshak), *Rasskaz o velíkom plane*, Moscú, 1930, traducido al inglés como *New Russia's Primer: The Story of the Great Five-Year Plan*, Boston, 1931.

25. La idea de equiparar bolchevismo y americanismo abarcaba a todas las fracciones de la cúpula soviética. Véanse las disquisiciones de Stalin sobre el «temperamento bolchevique» y el «pragmatismo estadounidense», así como los puntos de vista de comunistas de izquierda como Nikolái Osinski, *Amerikanski avtomóbil ili rossíiskaia telega*, Moscú, 1927.

26. Hans Rogger, «America in the Russian Mind—or Russian Discoveries of America», en: *Pacific Historical Review* 47/1 (febrero de 1978), 41; Hans Rogger, «Amerikanizm and the Economic Development of Russia», en: *Comparative Studies in Society and History* 23 (1981), pp. 382-420; Kendall E. Bailes, «The American Connection: Ideology and the Transfer of American Technology to the Soviet Union, 1917-1941», en: *Comparative Studies in Society and History* 23 (1981), pp. 421-448.

27. Peter G. Filene, *Americans and the Soviet Experiment 1917-1933*, Cambridge, 1967, p. 242. Frederich C. Barghoorn, *The Soviet Image of the United States. A Study in Distortion*, Nueva York, 1950.

28. Filene, *Americans and the Soviet Experiment 1917-1933*, *op. cit.*, 1967, p. 221.

29. Walter Arnold Rukeyser, *Working for the Soviets: An American Engineer in Russia*, Nueva York, 1932; Andrew Smith, *I was a Soviet Worker*, Nueva York, 1936.

30. En el inspirador trabajo de Schivelbusch falta el cuarto en esa alianza: Wolfgang Schivelbusch, *Entfernte Verwandtschaft. Fa-*

schismus, Nationalsozialismus, New Deal, 1933-1939, Múnich, 2005.

31. Ya en otra constelación distinta—la coalición anti-hitleriana—, el sociólogo ruso-estadounidense mencionaba las afinidades entre esos dos países: Pitirim Sorokin, *Russia and the United States*, Nueva York, 1944.

32. Ilf y Petrov, «Odnoetázhnaia Amérika. Putevye ócherki», *op. cit.*, p. 427.

33. *Ibid.*, p. 416.

34. Citado en el comentario en: Ilf y Petrov, «Odnoetázhnaia Amérika. Putevye ócherki», *op. cit.*, pp. 559-560.

35. *Ibid.*, p. 560.

36. Galanov, en: *Ibid.*, p. 551.

37. Ni siquiera los miembros de la cúpula estaban a salvo de esas denuncias: Lázar Kaganóvich tenía parientes en Estados Unidos, y el redactor jefe de *Pravda*, Lev Méjlis, creyó necesario responder en contra de una carta que se le había enviado desde Nueva York: «Zapiska L. Z. Méjlisa I. V. Stalinu o provokatsiónnom pismé iz Niu-Yorka», Doc. n.º 370, en: Vladímir N. Jáustov, V. P. Naúmov y N. S. Plótnikova (eds.), *Lubianka. Stalin i glávnoie upravlenie gosbezopásnosti NKVD 1937-1938*, Moscú, 2004, pp. 622-623.

38. Yevgueni Petrov, «Puteshestvie v stranú kommunizma. Neokónchenny román», en: *Literatúrnoie nasledstvo*, tomo 74, Moscú, 1965, p. 592.

39. Wladislaw Hedeler, *Chronik der Moskauer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938. Planung, Inszenierung und Wirkung*, Berlín, 2003, p. 280. Véase también, en la presente obra, el capítulo «El adiós de Bujarin».

«PORQUE NO HAY OTRO PAÍS SOBRE LA TIERRA...»: 1937 Y LA PRODUCCIÓN DEL ESPACIO SOVIÉTICO

1. *Informe del proceso sobre la causa contra el «bloque antisoviético de los derechistas y trotskistas», vista ante el Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS del 2 al 13 de marzo de 1938*, edición del Comisariado del Pueblo de la URSS para la Justicia, Moscú, 1958, pp. 832-833.

2. Véase en la presente obra el capítulo «El Hollywood soviético».

3. Citado aquí a partir de Erich Weinert, *Leben, Singen, Kämpfen. Liederbuch der FDJ*, Berlín, 1949, pp. 297-298. La traducción es demasiado libre, si se piensa que en el texto ruso no se habla del Danubio ni del Cáucaso, sino de «Moscú hasta sus más recónditas fronteras; de las montañas del sur hasta los mares del norte». Tampoco aparece por ninguna parte el verso de los camaradas. Pero la versión de Weinert es la que mejor capta el tono de los versos de Lébedev-Kumach y la música de Isaak Dunaievski. Agradezco a Astrid Volpert el haberme indicado la existencia del poema de Weinert.

4. El haber descrito por primera vez la producción del espacio soviético y sus *mental maps* es mérito de Emma Widdis, *Visions of a New Land. Soviet Film from the Revolution to the Second World War*, New Haven y Londres, 2003.

5. Sobre las imágenes espaciales soviéticas véase Yevgueni Dobrenko y Eric Naiman (eds.), *The Landscape of Stalinism. The Art and Ideology of Soviet Space*, Seattle y Londres, 2003.

6. La descripción de los acontecimientos siguientes se basa en la lectura de *Pravda* y *Ogoniok* de los años 1936, 1937 y 1938.

7. Greg Castillo, «Peoples at an Exhibition: Soviet Architecture and the National Question», en: Thomas Lahusen y Evgueny Dobrenko (eds.), *Socialist Realism without Shores*, Durham, 1997, pp. 91-119; el ensayo fue reelaborado en: *South Atlantic Quarterly* 94/3 (verano de 1995), pp. 715-746.

8. Una idea bastante precisa nos la ofrece, por ejemplo, Nikolái Tsitsin (ed.), en: *Vsesoiúznaia selkojoziáistvennaia vystavka. Putevodítel po territorii vystavki*, Moscú 1940. Véase también, en la presente obra, el capítulo «Art déco soviético».

9. Klaus Gestwa, *Die «Stalinschen Großbauten des Kommunismus». Technik- und Umweltgeschichte der Sowjetunion, 1948-1967* (tesis de oposición a una cátedra universitaria, presentada en febrero de 2007 en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Tubinga).

10. Sobre las topografías del Gulag véase Tomas Kizny, *Gulag: Solowezki, Belomorkanal, Waigatsch—Expedition, Theater im GuLag, Kolyma, Workuta, Todesstrecke*, Hamburgo, 2004; Oleg V. Khlevniuk, *The History of the Gulag. From Collectivization to the Great Terror*, New Haven y Londres, 2004; Anne Applebaum, *Der Gulag*, Berlín, 2003.

11. Widdis, *Visions of a New Land*, *op, cit.*, p. 194.

12. Sobre la repercusión de *La URSS en Construcción* véase *SSSR na stróike 1930-1949*. Illiustrírovany zhurnal nóvogo tipa, Moscú, 2006; veáse especialmente el ensayo de Erika Wolf: Erika Wolf, *SSSR na stróike: zhurnal i iegó chitátel*, pp. 11-23.

13. Widdis, *Visions of a New Land*, *op. cit.*, p. 194 y ss. Véase además el capítulo «El año de la aventura: el Ícaro soviético en 1937».

14. Sobre el tipo del *pogranichnik* en el cine soviético véase Widdis, *Visions of a New Land*, *op. cit.*, pp. 143-144.

15. Véase, por ejemplo, Borís Arápov, «Nasha ródina», en: *Ogoniok* 28, 1937, pp. 9-16.

16. Sobre el concepto del tiempo y la homogenización del mismo véase Robert C. Williams, «The Russian Revolution and the End of Time 1900/1940», en: *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas* 43, 1995, pp. 364-401.

17. Sobre la *sovietness* véase Widdis, *Visions of a New Land*, *op. cit.*, p. 1.

18. Sobre el proceso de toma de decisiones en relación con las elecciones de 1937, que permanece todavía en las sombras, véase el estudio de J. Arch Getty, «State and Society under Stalin: Constitutions and Elections in the 1930s», en: *Slavic Review* 50/1 (primavera de 1991), pp. 18-35; citado aquí de la p. 24.

19. «State and Society under Stalin: Constitutions and Elections in the 1930s», en: *Slavic Review* 50/1 (primavera de 1991), pp. 29-34.

20. Véase al respecto, en la presente obra, el capítulo «El campo de tiro de Bútovo».

EL CAMPO DE TIRO DE BÚTOVO: TOPOGRAFÍA DEL GRAN TERROR

1. Citado a partir de «Statistícheski svedenia o rasstréliannyj i zajorónennyj na spetsobiekte "Bútovski poligón" v 1937-1938 gg.», en: *Butovskij poligon*. Vypusk 7, Moscú, 2003, pp. 302-311; citado aquí de la p. 311. Véase también: *Bútovski poligón*. Vypusk 8, Moscú, 2004, pp. 396-397.

2. *Bútovski poligón*, Vypusk 8 (2004), p. 95.

3. *Ibid.*, vyp. 7 (2003), p. 311.

4. Lidia A. Golovkova, «V rodnom kraiú», en: *Bútovski poligón*, Vypusk 8, Moscú, 2004, pp. 143-144.

5. *Ibid.*, vyp. 8 (2004), p. 156.

6. Sobre la búsqueda de rastros véase «Ot obschéstvennoi grúppy po uvekovecheniu pámiati zhertv politícheskoi repressii», en: *Bútovski poligón*, Vypusk. 1, Moscú 1997, pp. 5-9, y *Bútovski poligón*, Vypusk 8, Moscú, 2004, pp. 157-163; véase también Barry McLoughlin, «"Vernichtung des Fremden": Der "Große Terror" in der UdSSR 1937/38. Neue russische Publikationen», en: *Jahrbuch für Historische Kommunismusforschung* (Berlín) 2000/2001, p. 55.

7. *Bútovski poligón*, Vypusk 8 (2004), p. 160.

8. Todo citado a partir de Lidia A. Golovkova «V rodnom kraiú» en: *Bútovski poligón*, Vypusk 8 (2004), pp. 170-179.

9. *Bútovski poligón*, Vypusk 8 (2004), pp. 145-147.

10. *Ibid.*, pp. 60-61.

11. Timothy J. Colton, *Moscow. Governing the Socialist Metropolis*, Cambridge, Mass. y Londres, 1995, p. 286.

12. *Bútovski poligón*, Vypusk 8 (2004), p. 61.

13. Citado a partir de la base de datos de la Sociedad «Memorial».

14. *Bútovski poligón*, Vypusk 8 (2004), p. 64; Rolf Binner, Marc Junge, «Wie der Terror "groß" wurde: Massenmord und Lagerhaft nach Befehl oo 447», en: *Cahiers du Monde russe*, 42 (2001), p. 562.

15. Sobre las prácticas de tortura véase Reinhard Müller, «NKWD-Folter. Terror-Realität und Produktion von Fiktionen», en: Wladislaw Hedeler (ed.), *Stalinscher Terror 1934-41*, Berlín, 2002, pp. 133-158; véase también Oleg V. Khlevniuk, *The History of the Gulag. From Collectivization to the Great Terror*, Londres y New Haven, 2004, Documentos 45-46.

16. *Bútovski poligón*, Vypusk 8 (2004), pp. 63-64.

17. Sobre la práctica de las troikas, véase: Wladislaw Hedeler, *Chronik der Moskauer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938. Planung, Inszenierung und Wirkung*, Berlín, 2003, 491; Alexander Vatlin, *Tatort Kunzewo. Opfer und Täter des Stalinschen Terrors 1937/38*, Berlín, 2003; Vatlin, A., «Stalinscher Terror im Rayonmaßstab. Das Beispiel Kunzewo», en: Hedeler (ed.), *Stalinscher Terror 1934-*

41, op, cit., pp. 51-68; Rolf Binner y Marc Junge, «Wie der Terror "groß" wurde: Massenmord und Lagerhaft nach Befehl oo 447», en: *Cahiers du Monde russe*, 42 (2001), pp. 573-581; Khlevniuk, *The History of the Gulag, op. cit.*, pp. 149-163.

18. *Bútovski poligón*, Vypusk 8 (2004), p. 65.

19. *Ibid.*, p. 71.

20. Sobre V. Blojín véase *Bútovski poligón*, Vypusk 8 (2004), p. 71; Nikita V. Petrov y Konstantín V. Skorkin, *Kto rukovodil NKVD 1934-1941. Správochnik*, Moscú, 1999, p. 112. Véase además *www.memo.ru/history/NKVD/kto/*.

21. *Bútovski poligón*, Vypusk 8 (2004), p. 72.

22. Borís Sopelniak, «Palach», en: *Sovershenno sekretno*, 1996, n.º 10, pp. 14-15; y en: *Bútovski poligón*, Vypusk 8 (2004), pp. 85-87.

23. A. Milchakov, «Dvorik v Varsonófieskom pereúlok, ili kto strelial v zatylok?», en: *Vechérnaia Moskvá* del 28 de octubre de 1990.

24. *Bútovski poligón*, Vypusk 8 (2004), pp. 136-137.

25. *Ibid.*, p. 86.

26. *Ibid.*, p. 97.

27. *Ibid.*, pp. 98-100,

28. *Ibid.*, pp. 104-105, 109.

29. *Ibid.*, pp. 114-115. Véase, sobre este tema, el capítulo «Una ciudad junto al mar» de la presente obra.

30. *Bútovski poligón*, Vypusk 8 (2004), p. 119.

31. *Ibid.*, p. 123.

32. *Ibid.*, p. 131.

33. *Ibid.*, p. 137.

34. *Ibid.*, pp. 65-66.

35. Barry Mc Loughlin, «"Vernichtung des Fremden": Der "Große Terror" in der UdSSR 1937/38. Neue russische Publikationen», *op. cit.*, p. 78.

36. Nikita Ojotín y Arseni Roguinski, «Zur Geschichte der "Deutschen Operation" des NKWD 1937-1938», en: *Jahrbuch für Historische Kommunismusforschung*, Berlín, 2000/2001, p. 121.

37. J. Arch Getty y Oleg V. Naumov (eds.), *The Road to Terror. Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*, New Haven y Londres 1999, pp. 588-589.

38. Sobre la valoración del Gran Terror véase Jörg Baberowski, *Der Rote Terror. Die Geschichte des Stalinismus*, Múnich, 2003; Oleg W. Chlevnyuk, *Das Politbüro. Mechanismen der politischen Macht in der Sowjetunion der dreißiger Jahre*, Hamburgo, 1998; Mark Junge y Rolf Biner, *Kak terror stal «bol'šim». Sekretnyj prikaz No. 00447 i technologija ego ispolenininja*, Moscú, 2003; Robert Conquest, *Der große Terror. Sowjetunion 1934-1938*, Múnich, 1993; Sheila Fitzpatrick (ed.), *Stalinism. New Directions*, Londres y Nueva York, 2000; J. Arch Getty, *Origins of the Great Purges. The Soviet Communist Part Reconsidered, 1933-1938*, Cambridge, 1985; J. Arch Getty y Roberta T. Manning (eds.), *Stalinist Terror. New Perspectives*, Cambridge, 1993; Nicolas Werth, *La terreur et le désarroi. Staline et son système*, París, 2007; véanse también los volúmenes de documentos: Vladímir N. Jáustov, V. P. Naúmov, N. S. Plótnikova (eds.), *Lubianka, Stalin i glávnoie upravlenie gosbezopásnosti NKVD 1937-1938*, Moscú, 2004; Andréi A. Artizov, *Reabilitatsia. Kak eto bylo. Dokumenty presídium TSK KPSS i druguie materialy. Mart 1953-fevral 1956*, Moscú, 2000; y Aleksandr N. Yákovlev (ed.): *Reabilitatsia. Politícheskie protsessy 30-50yj godov*, Moscú, 1991.

39. Documento 169 en: Getty y Naumov (eds.), *The Road to Terror*, *op. cit.*, pp. 470-471; el texto ruso se encuentra en: «Zapiska M. I. Frinóvskogo v politbiuró TSK VKP (b) s prilozhéniem operatívnogo prikaza NKVD SSSR n.° 00447», en: *Lubianka, Stalin i glávnoie upravlenie gosbezopásnosti NKVD 1937-1938*, Moscú, 2004, pp. 273-281. Véase también el documento homónimo en el Archivo Aleksandr Yákovlev: *www.idf.ru/documents/info.jsp?p=21&doc=61133*.

40. Ojotín y Roguinski, «Zur Geschichte der "Deutschen Operation" des NKWD 1937-1938», *op. cit.*, p. 89 y ss.; Prikaz n.° 00439 en: *Lubianka, Stalin i glávnoie upravlenie gosbezopásnosti NKVD 1937-1938*, Moscú, 2004, pp. 271-272. También en el Archivo Aleksandr Yákovlev: *www.idf.ru/documents/info.jsp?p=21&doc=61164*.

41. Documento 151 en: *Lubianka, Stalin i glávnoie upravlenie gosbezopásnosti NKVD 1937-1938*, Moscú, 2004, p. 273; la traducción al inglés en J. Arch Getty y Oleg V. Naumov (eds.), *The Road to Terror*, pp. 473-474.

42. *Lubianka, Stalin i glávnoie upravlenie gosbezopásnosti* NKVD *1937-1938*, Moscú 2004, pp. 274-281.

43. Wladislaw Hedeler, *Chronik der Moskauer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938. Planung, Inszenierung und Wirkung*, Berlín, 2003, p. 274.

44. Barry Mc Loughlin, «"Vernichtung des Fremden": Der "Große Terror" in der UdSSR 1937/38. Neue russische Publikationen», en: *Jahrbuch für Historische Kommunismusforschung*, Berlín, 2000/2001, p. 60, p. 67. Informe intercalado sobre el estado de la campaña contra los elementos antisoviéticos: «Spetssobschenie N. I. Yezhov I. V. Stálinu o pérvaj itógaj operatsii po repressírovaniu antisovétskyj eleméntov, 8 sentiabriá 1937 g.», en: *Lubianka, Stalin i glávnoie upravlenie gosbezopásnosti* NKVD *1937-1938*, Moscú, 2004, pp. 337-343; véase, además: *www.idf ru/documents/info.jsp?p=21&doc=61174*.

45. «Operatívny prikaz ob areste vsej némtsev, rabotáiuschij na oborónnyj zavódaj», 25 de julio de 1937, n.º 00439, en: *Lubianka, Stalin i glávnoie upravlenie gosbezopásnosti* NKVD *1937-1938*, Moscú, 2004, p. 271; véase, además: Mc Loughlin, «"Vernichtung des Fremdem"», *op. cit.*, p. 67.

46. Informe intercalado sobre el estado de la operación polaca y descripción de las actividades en Polonia, en: *Lubianka, Stalin i glávnoie upravlenie gosbezopásnosti* NKVD *1937-1938*, Moscú, 2004, pp. 300-321 (Zakrytoie pismó o fashistsko-povstáncheskoi, shpionskoi, diversionnoi, porazhéncheskoi i terroristícheskoi déiatelnosti polskoi razvedki v SSSR, 11 ávgusta 1937) y pp. 352-359 (Spetssobschenie N. I. Yezhov I. V. Stálinu o jode polskoi operatsii 14 sentiabriá 1937 g); *www.idf.ru/documents/info.jsp?p=21&doc=61149*.

47. Mc Loughlin, «"Vernichtung des Fremdem"», *op. cit.*, pp. 58-67.

48. Sobre las doce órdenes operativas véase Barry Mc Loughlin, «Die Massenoperationen», en: Hedeler (ed.), *Stalinscher Terror 1934-41*, *op. cit.*, p. 39.

49. «Postanovlenie Politbiuró TsK VKP (b) "O koréitsaj", 21 ávgusta 1937», en: *Lubianka, Stalin i glávnoie upravlenie gosbezopásnosti* NKVD *1937-1938*, Moscú, 2004, pp. 325-326; *www.idf.ru/documents/info.jsp?p=21&doc=61155* (julio de 2008).

50. Sobre la reubicación de los chinos véase: «Postanovlenie Politbiuró TsK VKP (b) o pereselenii kitáitsev s dálnego vostoka, 10 iunia 1938 g.», en: *Lubianka, Stalin i glávnoie upravlenie gosbezopásnosti NKVD 1937-1938*, Moscú, 2004, pp. 539-540; *www.idf.ru/documents/info.jsp?p=21&doc=61347* (julio de 2008).

51. «Postanovlenie Politbiuró TsK VKP (b) "O koréitsaj", 21 ávgusta 1937», en: *Lubianka, Stalin i glávnoie upravlenie gosbezopásnosti NKVD 1937-1938*, Moscú, 2004, pp. 325-332, *www.idf.ru/documents/info.jsp?p=21&doc=61155*; sobre la reubicación de los chinos véase también: «Postanovlenie Politbiuró TsK VKP (b) o pereselenii kitáitsev s dálnego vostoka, 10 iunia 1938 g.», en: *Lubianka, Stalin i glávnoie upravlenie gosbezopásnosti NKVD 1937-1938*, Moscú, 2004, pp. 539-540. S. a. http://www.idf.ru/documents/info.jsp?p=21&doc=61347. Orden sobre los repatriados de Harbín/Charbin: «Postanovlenie Politbiuró TsK VKP (b) "Vopros NKVD" s prilozhéniem proiekta operatívnogo prikaza n.° 00593, 19 sentiabriá 1937 g.», en: *Lubianka, Stalin*, pp. 366-368, www.idf.ru/documents/info.jsp?p=21&doc=61188 (todas de julio de 2008).

52. Sobre la persecución de los «socialistas revolucionarios» véase: «Postanovlenie Politbiuró TsK VKP (b) "Ob antisovétskyj eleméntaj", 31 yanvariá 1938 g.»; n.° 100, p. 777, en: *Lubianka, Stalin*, pp. 485-489; *www.idf.ru/documents/info.jsp?p=21&doc=61285* (julio de 2008).

53. «Postanovlenie Politbiuró TsK VKP (b) "Ob antisovétskyj eleméntaj", 31 yanvariá 1938 g.», en: *Lubianka, Stalin*, pp. 467-468. www.idf.ru/documents/info.jsp?p=21&doc=61104 (julio de 2008).

54. Mc Loughlin, «Die Massenoperationen», *op. cit.*, p. 46.

55. Véanse Docs. 287 y 288, en: *Lubianka, Stalin*, pp. 496-471, y en el Archivo Aleksandr Yákovlev: *www.idf.ru/documents/info.jsp?p=21&doc=61279* (Doc. 287) y en www.idf.ru/documents/info.jsp?p=21&doc=61280 (Doc. 288) (todos los datos de la web son de julio de 2008).

56. Sobre la prolongación de las acciones contra los contingentes nacionales hasta el 15 de abril de 1938 véase: «Postanovlenie Politbiuró TsK VKP (b) o prodlenii repressii sredí naselenia po príznaku natsionálnoi prinadlézhnosti, 31 yanvariá 1938», en: *Lubianka, Stalin*, pp. 468-469, *www.idf.ru/documents/info.jsp?p=21&doc=61278* (julio de 2008).

57. Sobre el porcentaje de víctimas en los llamados «contingentes nacionales» véase Rolf Binner y Marc Junge, «S etoi publikoi tseremónitsia ne sléduiet». El grupo al que iba dirigido la Orden 00447 y el Gran Terror desde el punto de vista de la Orden 00447, en: *Cahiers du Monde russe*, 43/1 (2002), pp. 181-228.

58. Barry Mc Loughlin, «Die Massenoperationen des NKWD», en: Hedeler (ed.), *Stalinscher Terror 1934-41*, *op. cit.*, p. 45.

59. Sobre el porcentaje y el peso de los casos no políticos en el balance de la persecución y de las muertes véase: David Shearer, «Social Disorder, Mass Repression and the NKWD during the 1930s», en: Barry McLoughlin, McDermott (eds.), *Stalin's Terror. High Politics and Mass Repression in the Soviet Union*, Basingstoke y Houndmills, 2004, pp. 85-117.

60. Barry McLoughlin, «Die Massenoperationen des NKWD», en: Hedeler (ed.), *Stalinscher Terror 1934-41*, *op. cit.*, p. 42.

61. J. Arch Getty y Oleg V. Naumov (eds.), *The Road to Terror. Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*, New Haven y Londres, 1999, pp. 589-590.

62. Getty y Naumov (eds.), *Road to Terror*, *op. cit.*, p. 592.

63. Barry Mc Loughlin, «Die Massenoperationen des NKWD», en: Hedeler (ed.), *Stalinscher Terror*, *op. cit.*, pp. 41-45.

64. «Postanovlenie Politbiuró TSK VKP (b) ob aréstaj prokurórskom nadzore i vvedenii slédstvia», en: *Lubianka, Stalin*, pp. 607-611; el texto en inglés: Getty y Naumov (eds.), *Road to Terror*, *op. cit.*, pp. 532-537; el texto en ruso en el Archivo Yákovlev: *www.idf.ru/documents/info.jsp?p=21&doc=61411* (julio de 2008).

65. Carta de dimisión de Yezhov en: Getty y Naumov (eds.), *Road to Terror*, *op. cit.*, pp. 538-541.

66. Así reza el título de Nicolas Werth, «Ein Staat gegen sein Volk. Gewalt, Unterdrückung und Terror in der Sowjetunion», en: Stéphane Courtois, Nicolas Werth *et. al.*, *Das Schwarzbuch des Kommunismus. Unterdrückung, Verbrechen und Terror*, Múnich y Zúrich, 1998, pp. 51-298.

67. J. Arch Getty, «"Excesses are not permitted": Mass Terror and Stalinist Governance in the Late 1930s», en: *The Russian Review* 61 (2002), pp. 113-138; citado aquí de la p. 126.

68. Terry Martin, *The Affirmative Action Empire. Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939*, Ithaca y Londres,

2001; aquí: capítulo 8, *Ethnic Cleansing and Enemy Nations*.

69. Gabor T. Rittersporn, *Catching Spies. Trapping the System: Spy Mania in the Prewar USSR*, ponencia presentada en la trigésimo sexta National Convention de la AAASS, Boston (diciembre de 2004).

70. Oleg W. Chlevnyuk, *Das Politbüro. Mechanismen der politischen Macht in der Sowjetunion der dreißiger Jahre*, Hamburgo, 1998, p. 258.

«UNA VELA BLANCA EN EL HORIZONTE...»: TIEMPO DE SUEÑOS, MUNDOS INFANTILES

1. Serguéi Mijalkov, «Kem jotiat byt nashi deti», en: *Ogoniok* 18 (1938), p. 21.

2. Catriona Kelly, *Comrade Pavlik. The Rise and Fall of a Soviet Boy Hero*, Londres, 2005, p. 181.

3. Véase el ensayo fotográfico de V. Seffer y A. Buzin , «Schastlívoie detstvo», en: *Ogoniok* 23 (1937), p. 212.

4. *Ócherki istorii sovétskogo kinó, tom vtorói, 1935-1945*, Moscú, 1959; Valentín Katáiev, *Es blinkt ein einsam Segel*, Berlín, 1946 [existe traducción en español: *Una vela blanca en el horizonte*, La Habana, Gente Nueva, s.f.]; Arkadi Gaidar, *Timur und sein Trupp*, Berlín, 1952 [existe traducción en español: *Timur y su pandilla*, Moscú, Editorial Progreso, 1974].

5. Nina Kostérina, *Tagebuch*, Fráncfort del Meno, 1981, p. 34; observaciones similares se encuentran en: Nina Lugovskaya, *Ich will leben. Ein russisches Tagebuch 1932-1937*, Múnich y Viena, 2005.

6. Kostérina, *Tagebuch* 23 (anotación del 25 de enero de 1937).

7. *Ibid.*, p. 91.

8. *Ibid.*, p. 26 (anotación del 25 de marzo de 1937).

9. *Ibid.*, p. 27 (anotación del 16 de abril de 1937).

10. *Ibid.*, p. 54 (anotación del 22 de mayo de 1938).

11. La experiencia de los niños se describe de un modo impresionante y estremecedor en: Orlando Figes, *The Whisperers*, Londres, 2007.

12. *Gazeta Kino* del 23 de julio de 1938; cita: *Ócherki istorii sovétskogo kinó*, tomo 2, 1935-1945, Moscú, 1959, p. 524.

13. Kelly, *Comrade Pavlik*, *op. cit.*

14. Wladislaw Hedeler, «Sippenhaft im "Großen Terror" 1937/

38: Das "Akmolinsker Lager für Ehefrauen von Vaterlandsverrätern" (ALZIR) und seine deutschen Häftlinge», en: *Jahrbuch für Historische Kommunismusforschung*, Berlín, 2005, pp. 81-101.

15. L. Murávnik, «Danílovskie kolokolá. Tsentrálny moskovski detpriómnik», en: *Bútovski poligón 1937-1938*. Vypusk 8 (2004), pp. 313-352; citado aquí de la p. 342.

16. Publicado en el apéndice documental del ensayo de Reinhard Müller, en: Simone Barck (ed.), *Jahrhundertschicksale. Frauen im sowjetischen Exil*, Berlín, 2003, pp. 47-53.

YEZHOV EN EL TEATRO BOLSHÓI: EL ACTO CONMEMORATIVO DEL VIGÉSIMO ANIVERSARIO DE LA CHEKÁ

1. «Prikaz n.º 134 sobre la organización de los festejos», en: Aleksandr I. Kokurin y Nikita V. Petrov (eds.), *Lubianka. Órgany VChK-OGPU-NKVD-NKGB-MGB-MVD-KGB, 1917-1991*. Správochnik, Moscú, 2003, pp. 587-590.

2. Véase en la presente obra el capítulo «El Hollywood soviético».

3. La foto de S. Sájarov, «Bolshói teatr. V luzhe udárnikov», en: *Moskvá*, Moscú, 1935, p. 500.

4. Yelena Bulgákova, *Margarita und der Meister, Tagebücher. Erinnerungen*, Berlín, 1993, anotación del 14 de marzo de 1936; véanse otras anotaciones de diario correspondientes los días 5 de enero de 1936, 11 de febrero de 1936 y 21 de marzo de 1939.

5. *Vechérnaia Moskvá*, 4 y 7 de diciembre de 1937; sobre el arresto de su madre en esos días nos informa Stepán Podlúbny, en: Jochen Helbeck (ed.), *Tagebuch aus Moskau 1931-1939*, Múnich, 1996, pp. 237-243.

6. *Vechérnaia Moskvá*, 15 de diciembre de 1937.

7. *Ibid.*, 16 de diciembre de 1937.

8. *Ibid.*, 17 de diciembre de 1937.

9. *Ibid.*, 23 de diciembre de 1937.

10. *Ibid.*, 21 de diciembre de 1937.

11. *Ibid.*, 21 de diciembre de 1937.

12. Sobre la biografía de Nikolái I. Yezhov véase Marc Jansen y Nikita Petrov, *Stalin's Loyal Executioner: People's Commisar Nikolái Ezhov 1895-1940*, Stanford, 2002; sobre los «agentes para misiones especiales» véase A. Golovkova, «Rasstrély i rasstrélschiki»,

en: *Bútovski poligón. V rodnom kraiú. Dokumenty, svidételstva, sudby*, Moscú, 2004, pp. 85-95.

13. Wladislaw Hedeler, *Chronik der Moskauer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938. Planung, Inszenierung und Wirkung*, Berlín, 2003, p.342.

14. «Rech N. I. Yezhov na tseremonii nagrazhdenia sotrúdnikov NKVD ordenami», en: *Lubianka. Órgany VChK-OGPU-NKVD-NKGB-MGB-MVD-KGB, 1917-1991*, pp. 586-587.

15. «Proiekt prikaza NKVD SSSR o 20-letnei godovschine VChK-NKVD, 20-12-1937», en: *Lubianka. Órgany VChK-OGPU-NKVD-NKGB-MGB-MVD-KGB, 1917-1991*, pp. 587-589.

16. Sobre la mentalidad del círculo íntimo forjado en los años de la guerra civil véase Jörg Baberowski, *Der rote Terror. Die Geschichte des Stalinismus*, Múnich, 2003, pp. 86-93.

17. «Doklad A. I. Mikoián, Slávnoie dvadtsatiletie sovetskie razvedki na tórzhestvennom zasedani v Bolshom teatre», en: *Lubianka. Órgany VChK-OGPU-NKVD-NKGB-MGB-MVD-KGB, 1917-1991*, pp. 590-599; citado aquí de la p. 595.

18. *Ibid.*, p. 596.

19. *Ibid.*, p. 599.

20. Así lo plantea L. Mirónov en el interrogatorio del 20 de junio de 1937, en: Nikita Petrov, «Die Kaderpolitik des NKWD während der Massenrepressalien 1936-39», en: Wladislaw Hedeler (ed.), *Stalinscher Terror 1934-41. Eine Forschungsbilanz*, Berlín, 2002, pp. 11-32; citado aquí de la p. 21.

21. Petrov, «*Die Kaderpolitik des NKWD...*», *op. cit.*, pp. 11-32; J. Arch Getty y Oleg V. Naumov (eds.), *The Road to Terror. Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*, New Haven y Londres, 1999, p. 26.

22. Petrov, «*Die Kaderpolitik des NKWD...*», *op. cit.*, p. 20.

23. Véase también en este libro el capítulo «Una ciudad junto al mar».

24. Petrov, «*Die Kaderpolitik des NKWD...*», *op. cit.*, p. 13.

25. «Postanovlenie Politbiuró TSK VKP (b) ob aréstaj prokurórskom nadzore i vvedenii slédstvia» y «Prikaz narkoma vnútrennij del o poriadke osuschestvlenia postanovlenia SNK i TSK VKP (b) ot 17 noiabriá 1938 goda», en: Vladímir N. Jáustov, V. P. Naúmov, N. S. Plótnikova (eds.), *Lubianka, Stalin i glav-*

noie upravlenie gosbezopásnosti NKVD *1937-1938*, Moscú, 2004, pp. 607-617. 1. «Ob arestach»: *www.idf.ru/documents/info.jsp?p=21&doc=61411*, 2. *«Prikaz narkoma...» www.idf.ru/documents/info.jsp?p=21&doc=61414* (julio de 2008).

26. Hedeler, *Stalinscher Terror*, *op. cit.*, p. 449.

27. Petrov, «*Die Kaderpolitik des* NKWD...», *op. cit.*, p. 28.

28. *Ibid.*, p. 30.

29. Barry Mc Loughlin, «"Vernichtung des Fremden": Der "Große Terror" in der UdSSR 1937/38. Neue russische Publikationen», en: *Jahrbuch für Historische Kommunismusforschung*, Berlín, 2000/2001, p. 82; véase también: Nikita V. Petrov y Konstantín V. Skorkin, *Kto rukovodil* NKVD *1934-1941*. Správochnik, Moscú, 1999, p. 227 (véase también *www.memo.ru/history/*NKVD*/kto*); sobre la estrucutra del aparato del NKVD véase, además, Hedeler, *Stalinscher Terror*, *op. cit.*, pp. 479-488.

EL ADIÓS DE BUJARIN

1. *Informe del proceso sobre la causa contra el «bloque antisoviético de los derechistas y trotskistas», vista ante el Colegio Militar del Tribunal Supremo de la* URSS *entre el 2 y el 13 de marzo de 1938, Moscú 1938*, edición del Comisariado del Pueblo de la URSS para la Justicia, p. 1.

2. Sobre la fecha de la ejecución hay distintas informaciones: Wladislaw Hedeler menciona el 13 de marzo (Hedeler, V., *Chronik der Moskauer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938*, Berlín, 2003, p. 393); Stephen F. Cohen habla del día 15 de marzo en *Nikolai Bucharin. How it All Began*, Calcuta, 2000, p. XI. [Existe traducción en español: *Cómo empezó todo*, trad. Rubén Darío Flórez, Valencia, Pre-Textos, 2007].

3. Joseph E. Davies, *Als USA-Botschafter in Moskau. Authentische und vertrauliche Berichte über die Sowjetunion bis Oktober 1941*, Zúrich, 1943, p. 207.

4. Arthur Koestler, *Sonnenfinsternis*, Fráncfort del Meno, Berlín y Viena, 1979 [existe traducción en español: *El cero y el infinito*, trad. Eugenia Serrano, Barcelona Debolsillo, 2011]; Maurice Merleau-Ponty, *Humanismus und Terror*, Fráncfort del Meno, 1966.

5. Sobre los estudios de las actas del proceso véase Wladislaw

Hedeler, «Jeshows Szenario. Der Moskauer Schauprozess 1938», en: *Mittelweg* 36/7 (1998/99) pp. 61-75.

6. Nikolái Bujarin, *Gefängnisschriften* 1. *Der Sozialismus und seine Kultur*, edición de Svetlana N. Gurvich-Bujarina, Wladislaw Hedeler y Ruth Stoliarova, prólogo de Svetlana N. Gurvich-Bujarina, Berlín, 1996. Nikolái Bujarin, *Philosophische Arabesken. Dialektische Skizzen, Gefängnisschriften* 2, edición, traducción y comentarios de Dieter Uzlig y Wladislaw Hedeler, Berlín, 2005; Nikolái Bujarin, *Vremena*, Moscú, 1994; Cohen, *Nikolái Bujarin. How it All Began*, *op. cit.* Bibliografía general: Wladislaw Hedeler, *Nikolaj I. Bucharin. Bibliographie seiner Schriften und Korrespondenzen 1912-1938*, con un apéndice que incluye las caricaturas de Bujarin, y Bujarin en la caricatura, Berlín, 2005.

7. *Informe del proceso...*, p. 845.

8. *Ibid.*, pp. 835-836.

9. *Ibid.*, p. 845.

10. *Ibid.*, p. 697.

11. *Ibid.*, p. 89.

12. *Ibid.*, p. 113, p. 137.

13. *Ibid.*, p. 359.

14. *Ibid.*, p. 364.

15. *Ibid.*, p. 366.

16. *Ibid.*, p. 67, p. 301.

17. *Ibid.*, p. 111.

18. *Ibid.*, p. 292.

19. *Ibid.*, p. 334.

20. *Ibid.*, p. 607.

21. *Ibid.*, p. 581.

22. *Ibid.*, p. 672.

23. *Ibid.*, p. 53.

24. *Ibid.*, p. 404, p. 408.

25. *Ibid.*, pp. 342-343.

26. Sobre el estado de las investigaciones posteriores: Wladislaw Hedeler (ed.): *Nikolái Bucharin: Gefängnisschriften 1. Der Sozialismus und seine Kultur*, Berlín, 1996; y Cohen, *Nikolái Bucharin. How it All Began*, *op. cit.*

27. Robert Conquest, *Der große Terror. Sowjetunion 1934-1938*, Múnich, 1993, p. 418.

28. Wladislaw Hedeler, *Chronik der Moskauer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938*, Berlín, 2003, p. 610.

29. Cohen, *Nikolái Bucharin*, *op. cit.*, XVI, n. 10; Wladislaw Hedeler, «Ein Brief N. I. Bucharins», en: *Mittelweg* 36/2 (1993), n.º 5, 69-71; Henryk Skrzypczak (ed.), «Nikolái Bucharin, Brief an Stalin (10.12.1937)», en: *Internationale wissenschaftliche Korrespondenz zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung* (IWK, Berlín), 1 (1993), pp. 21-25 (véase *www.stalinwerke.de/mp/mp_bucharinbrief html*); Nikolái Bujarin, «An eine künftige Generation von Parteiführern», en: Anna Lárina Bucharina, *Nun bin ich schon weit über zwanzig. Erinnerungen*, Gotinga, 1991, pp. 428-430; Nikolái Bujarin, «"Vsiudu i vezdé ya budu nastáivat" na svoíei polnoi absoliútnoi nevinóvnosti... (Pisma Bujárina poslédnij let). Ávgust-dekabr 1936 g.», en: *Istóchnik* 2 (1993), pp. 4-18; «"Vsió, chto govorit Rádek – eto absoliútno zlóstnaia klevetá...". Óchnaia stavka K. Rádeka i N. Bujárina v TSK VKP (b) 13 yanvariá 1937 g.», en: *Istóchnik* 1 (2001), pp. 65-77; Nikolái Bujarin, «"Ya ij, eti navéty, otvergaiu i budu otvergat". Pismó N. I. Bujárina I. V. Stálinu ot 19 yanvariá 1937 g.», en: *Istóchnik* 3 (2001), pp. 27-38; Nikolái Bujarin, «"No ja to znaju, cto ja prav". Pis'mo N. I. Bucharina I. V. Stalinu iz vnutrennej tjurmy NKVD, 15 aprelja 1937g.», en: *Istóchnik* 3 (2000), pp. 46-58; Nikolái Bujarin, «"Ni razu ni govorilos otnosítelno terrora". Stenogramma ochnoi stavki N. I. Bujárina s V. N. Ástrov v Politbiuró TSK VKP (b), 13 yanvariá 1937 g.», en: *Istóchnik* 2 (2001), pp. 89-110; Nikolái Bujarin, «"Prostí meniá, Koba". Pismó N. I. Bujárina v ádres I. V. Stálina, 10 dekabriá 1937 g.», en: *Istóchnik* 0 (1993), pp. 23-25.

30. Véase el epílogo de Hedeler en: Dieter Uhlig y Wladislaw Hedeler (eds.), Nikolái Bujarin, *Philosophische Arabesken. Dialektische Skizzen (Gefängnisschriften*, tomo 2), Berlín, 2005, pp. 392.

31. Cohen, *Nikolái Bucharin. How it All Began*, *op. cit.*, p. XII.

32. Nikolái Bujarin, *Gefängnisschriften 1. Der Sozialismus und seine Kultur*, edición de Svetlana N. Gurvich-Bujarina, Wladislaw Hedeler y Ruth Stoljarowa, Berlín, 1996.

33 Índice de todos los poemas en Wladislaw Hedeler, *Nikolaj Ivanovič Bucharin. Bibliographie seiner Schriften und Korrespondenzen 1912-1938*, Berlín, 2005, pp. 253-264; véase también Hedeler, *Chronik der Moskauer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938*,

op. cit., donde se consignan las fechas. Los comentarios más precisos de los poemas los encontramos en el epílogo de Wladislaw Hedeler a: Nikolái Bujarin, *Philosophische Arabesken. Dialektische Skizzen*, *op. cit.*, pp. 444-448; véase también B. Frezinski, «Gólos iz bézdny», en: Nikolái Bujarin, *Vrémena*, Moscú, 1994, pp. 3-20.

34. Sobre sus caricaturas, véase: Alexander Vatlin y Larissa Lalshenko (eds.), *Schweinefuchs und das Schwert der Revolution. Die bolschewistisiche Führung karikiert sich selbst*, Múnich, 2007; Aleksandr Korotkov, Natalia Kovaliova y Vladímir Lébedev, «Pokazat vsem chlénam Politbiuró... Duel karikaturístov na bolshevístskom olimpe», en: *Istóchnik* 3 (2002), pp. 77-83.

35. Bujarin, *Philosophische Arabesken*, *op. cit.*, p. 388.

36. *Ibid.*, p. 395.

37. *Ibid.*, p. 15.

38. Sobre las palabras finales de Bujarin en el sentido de una autoaniquilación hegeliana véase Jochen Hellbeck, *With Hegel to Salvation: Bukharin's Other Trial*. Le agradezco a Jochen Hellbeck el haberme permitido leer su manuscrito. Véase Hellbeck, J., *Revolution on My Mind: Writing a Diary under Stalin*, Cambridge (Mass.), 2006.

39. Henryk Skrzypczak (ed.), «Nikolái Bucharin, Brief an Stalin (10.12.1937)», en: *Internationale wissenschaftliche Korrespondenz zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung* (*IWK*, Berlín), 1 (1993), pp. 21-25; véase *www.stalinwerke.de/mp/mp_bucharinbrief html*; citado aquí de la p. 21.

40. Henryk Skrzypczak (ed.), «Nikolái Bucharin, Brief an Stalin (10.12.1937)», en: *IWK* 1 (1993), pp. 22-25. Véase también el análisis de la carta de Bujarin en: J. Arch Getty y Oleg V. Naumov (eds.), *The Road to Terror. Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*, New Haven y Londres, 1999, pp. 556-560.

41. Sobre la biografía de Bujarin véase Stephen F. Cohen, *Bukharin and the Bolshevik Revolution. A Political Biography. 1888-1938*, Nueva York, 1971; Adolf G. Löwy, *Die Weltgeschichte ist das Weltgericht. Leben und Werk Nikolái Bucharins*, Viena, 1990.

42. Bujarin, *Vremena*, *op. cit.*, pp. 349.

43. *Ibid.*, p. 212.

44. *Ibid.*, pp. 264-266.

45. *Ibid.*, p. 223, pp. 228-230.

46. *Ibid.*, p. 271.
47. *Ibid.*, p. 347.
48. *Ibid.*, p. 358.
49. *Ibid.*, pp. 180-182.
50. *Ibid.*, p. 202.
51. *Ibid.*, p. 289.
52. *Ibid.*, pp. 312-313.
53. Sobre la biografía de Piotr I. Maggo véase *Bútovski poligón*, vyp. 8 (2004), p. 92.

«¡SÓLO PARA USO OFICIAL!»: MOSCÚ, UNA CIUDAD EN EL MAPA DEL ENEMIGO

1. *Mil. Geo. Plan von Moscú: Verkehrsmittel 1:35 000. Anlage zu: Militärgeographische Angaben über das Europäische Rußland, Mappe H: Moscú. Sonderausgabe VII, 1941. Nur für den Dienstgebrauch!; Mil. Geo. Plan von Moscú (Stadtkern). Anlage zu Militärgeographischen Angaben über das Europäische Rußland, Mappe H: Moscú, Sonderausgabe VI, 1941. Nur für den Dienstgebrauch!*

2. Entrada en la *Gran Enciclopedia Soviética* sobre las «Instituciones Cartográficas»: «Kartografícheskie uchrezhdenia», en: *Bolshaia Sovétskaia Entsiklopedia (BSE)*, tomo 31, Moscú, 1937, pp. 646-647; véase también Emma Widdis, *Visions of a New Land. Soviet Film from the Revolution to the Second World War*, New Haven y Londres, 2003, p. 193.

3. Sobre el tema de la cartografía y su carácter secreto, uno de los pocos trabajos es el de Dagmar Unverhau, *Kartenverfälschung als Folge übergroßer Geheimhaltung? Annäherung an das Thema Einflussnahme der Staatssicherheit auf das Kartenwesen der DDR*, Münster, 2003.

4. «Spetssobschenie N. I. Yezhov I. V. Stálinu o resultátaj sledstvia po delu o propazhe kárty-dislokatsii, 14 aprelia 1938 g., n.° 102899», en: Vladímir N. Jáustov, V. P. Naúmov, N. S. Plótnikova (eds.): *Lubianka, Stalin i glávnoie upravlenie gosbezopásnosti NKVD 1937-1938*, Moscú, 2004, p. 518; véase además *www.idf ru/documents/info.jsp?p=21&doc=61339* (julio de 2008).

5. Hans-Ulrich Seidt, *Berlin, Kabul, Moskau. Oskar Ritter von Niedermayer und Deutschlands Geopolitik*, Múnich, 2002, p. 267.

6. Sobre las actividades de Niedermayer, por ejemplo, en Adén y Beirut, véase Seidt, *Berlin, Kabul, Moskau*, *op. cit.*, pp. 36-37.

7. Hans von Herwarth, *Zwischen Hitler und Stalin. Erlebte Zeitgeschichte 1931-1945*, Fráncfort del Meno, 1989, p. 196.

8. Seidt, *Berlin, Kabul, Moskau*, *op. cit.*, p. 294.

9. Werner Roeder, *Faksimile der «Sonderfahndungsliste UdSSR» des Chefs der Sicherheitspolizei und des SD, das Fahndungsbuch der deutschen Einsatzgruppen im Rußlandfeldzug 1941*, Erlangen, 1977.

10. Aleksandr Vatlin, «Terror raiónnogo masshtaba: Kúntsevo», en: *Bútovski poligón. 1937-1938 gg.*, Kniga Pámiati zhertv politícheskoi repressii. Vyp. 5, Moscú, 2001, pp. 13-21.

LA EXCAVACIÓN

1. G. Grigóriev, «Pámiatnik epoji», en: *Ogoniok* 20/21 (1937), pp. 23-25, citado aquí de la p. 23.

2. Véase, por ejemplo, *Vechérnaia Moskvá* del 23 de diciembre de 1936, pero sobre todo las revistas de construcción y arquitectura como *Stroítelstvo Moskvy*, bajo las secciones «Na stroítelstve Dvortsá Sovétov» o «Moskvá na stróike». *Stroítelstvo Moskvy* 9 (1937), pp. 26-27: «Sooruzhenie fundámentov Dvortsá Sovétov».

3. Ye. V. Mándel y A. F. Radin, «Raión Dvortsá Sovétov», en: *Stroítelstvo Moskvy* 9 (1937,) pp. 19-20, pp. 56-61.

4. Todo a partir de: *Dvorets Sovétov*, ed. Otdel Tejnopropagándy stroítelstva Dvortsá Soveta, Moscú, 1939.

5. Memorias de M. L. Pasternak, en: *Razrushenie jrama Jristá Spasítelia*, Londres, 1988, pp. 30-38, acompañado de documentos fotográficos; Serguéi Romaniuk, *Moskvá. Utráty*, Moscú, 1992 (capítulo: «Jram Jristá spásitelia», pp. 77-86).

6. Sebastian Kempgen, *Kirchen und Klöster Moskans*, Múnich, 1994, p. 205. Sobre la historia de la construcción: Ye. I. Kirichenko, *Jram Jristá Spasítelia-pámiatnik arjitekturu 1830-1850-j gg.*, Moscú, 1996; *Razrushiónnyie i oskverniónnyie jrámy: Moskvá i srédniaia Rossia s posleslóviem «Predély vandalizma»*, Fráncfort del Meno, 1980.

7. Todo citado a partir de: *Razrushenie jrama Jristá Spasítelia*, Londres, 1988.

8. Sobre los concursos véase Catherine Cooke, Igor Kazus, *Sow-*

jetische Architekturwettbewerbe 1924-1936, Basilea, 1991; *Naum Gabo und der Wettbewerb zum Palast der Sowjets, Moskau 1931-1933*, edición de Berlinischen Galerie, 1992; Peter Noever (ed.), *Tyrannei des Schönen. Architektur der Stalin-Zeit*, Múnich y Nueva York, 1994; Christian Borngräber, «Der Sowjetpalast im Zentrum von Moscú. Chronologie der sieben Entwurfsphasen bis zum Baubeginn am Ende der 30er Jahre», en: Jürgen Harten *et. al.* (eds.), *«Die Axt hat geblüht...». Europäische Konflikte der 30er Jahre in Erinnerung an die frühe Avantgarde*, Düsseldorf, 1987, pp. 417-425.

9. Andréi Platónov, *Die Baugrube*, Múnich y Viena, 1990, pp. 5-166; citado aquí de la p. 30.

10. Karine Ter-Akopyan, «Projektierung und Errichtung des Palasts der Sowjets in Moskau. Ein historischer Abriss», en: *Naum Gabo und der Wettbewerb zum Palast der Sowjets. Moskau 1931-1933*, edición de la Berlinischen Galerie, 1992, p. 185.

11. Ter-Akopyan, «Projektierung und Errichtung des Palasts der Sowjets in Moskau», *op. cit.*, pp. 202-209.

12. Ígor A. Kazus, «Stalin und der Palast der Sowjets», en: Peter Noever (ed.), *Tyrannei des Schönen. Architektur der Stalin-Zeit*, Múnich y Nueva York, 1994, pp. 51-54.

13. Helen Adkins, *Die internationale Beteiligung am Wettbewerb zum Palast der Sowjets*, pp. 197-201.

14. Entrevista con Frank Lloyd Wright en: Peter Lizon, *The Palace of the Soviets. Change in Direction of Soviet architecture*, Ann Arbor, 1972, pp. 173-175; véase también: Donald Leslie Johnson, «Frank Lloyd Wright in Moscow, June 1937», en: *The Journal of the Society of Architectural Historians* 46/1 (marzo de 1987), pp. 65-79.

15. Isaak Eiguel, *Borís Iofán*, Moscú, 1978, p. 93.

16. «Helffreich, Iofán, Schukó. Arjitektúrnaia dominanta Moskvy», en: *Stroítelstvo Moskvy* 19-20 (1937), p. 11 y ss.

17. Ye. Veniamínov, «Torzhestvó peredovói tejniki», en: *Stroítelstvo Moskvy* 19-20 (1937), pp. 15-17.

18. La mejor descripción sigue siendo la de Eigel, *Borís Iofán*, *op. cit.*

19. Isaak Eigel, «Der Tyrann und der Baumeister», en: Peter Noever (ed.), *Tyrannei des Schönen. Architektur der Stalin-Zeit*, Múnich y Nueva York, 1994, pp. 192-196; citado aquí de la p. 195.

20. Este tema ha sido desarrollado por primera vez en la exposición del Museo de Arquitectura Schúsev de Moscú sobre la obra de Armando Basini: *Il Palazzo Italiano dei Soviet*, Catálogo, Museo dell'Architettura «Scussev» (MuAr), Moscú 15 diciembre 2006-20 febrero 2007. Véase allí, sobre todo, el trabajo de Vladimir Sevod, «Ital'janskij Dvorec Sovetov», pp. 52-96, y el de Serguéi Nikitin, «Na putí k Dvortsú Sovétov. Zhizn i tvórchestvo Borisa Iofana v 1920-ie gódy», pp. 120-127.

21. La altura de la estatua se incrementó de setenta y cinco a cien metros, es decir, una cuarta parte de la altura total; véase Isaak Eiguel, *Borís Iofán*, *op. cit.*, 1978, p. 99.

22. Dibujos en: Eigel, *Borís Iofán*, *op. cit.*

23. Albert Speer, *Erinnerungen*, Berlín, 1969, p. 183.

24. Rem Kolhaas ha señalado al fresco de Lenin hecho por Diego Rivera en el Rockefeller Center, el cual fue sobrepintado, y hablaba de «the Kremlin in Fifth Avenue»; sin embargo, en realidad no se trata de la relación con el Kremlin, sino con el Palacio de los Soviets; véase Rem Kolhaas, *Delirious Nueva York*, Nueva York, 1994, pp. 220-229.

25. También el autor de este libro, que inició allí, hace muchos años, su descubrimiento de una Moscú que se había vuelto invisible: Karl Schlögel, *Moscú lesen*, Berlín, 1984, en el capítulo «La sombra de una torre imaginaria», pp. 56-64.

BIBLIOGRAFÍA

SELECCIÓN

AFINOGUÉNOV, ALEKSANDR, «Dnevnik 1937 goda», en: *Sovreménnaia dramaturguia* 1 (1993), pp. 239-253.

—, *Izbránnoie v dvuch tomaj*, t. 2, pisma i dnevniki, Moscú, 1977.

Aguitatsia za schastie. Sovétskoie iskusstvo stalínskoie époji. Gosudárstvenny Russki muzéi Sankt-Peterburga i upravlenie kultúry góroda Kassel – dokumenta arjiv, sost. Chubertus Gassner, Brema, 1994.

AGURSKI, MIJAÍL, *Ideologuia natsional-bolshevizma*, París, 1980.

—, «Defeat as Victory and the Living Dead: The Case of Ustrialov», en: *History of European Ideas* 5 (1984), pp. 165-180.

ALESHENKO, NIKOLÁI, *Rukovodíteli vlasti Moskvy: 1917-1993 gody*, Moscú, 2004.

ALEXOPOULOS, GOLFO, *Aliens, Citizens, and the Soviet State, 1926-1936*, Ithaca y Londres, 2003.

ANDERLE, VLADIMIR, *Managerial Power in the Soviet Union*, Westmead, 1976.

ANDRÉIEVSKI, GUEORGUI, *Povsednévnaia zhizn Moskvy v stalínskuiu epoju 1930-1940-e gody*, Moscú, 2003.

ALMOIEVA, V., *Yuri Ivánovich Pímenov*, Moscú y Leningrado 1950.

ALVAREZ, AL(fred), *The Savage God: A Study of Suicide*, Nueva York 1971. [Existe trad. en español: *El dios salvaje: el duro oficio de vivir*, trad. Marcelo Cohen, Barcelona, Emecé, 2003].

Années 30 en Europe. Le temps menaçant 1929-1939, Exposition du 20 février au 25 mai 1997, Musée d'Art Moderne de la Ville de Paris, París, 1997.

ANTÍPINA, VALENTINA, *Zhizn sovétskij pisátelei 1930-1950ie gody*, Moscú 2005.

APPLEBAUM, ANNE, *Der Gulag*, Berlín, 2003. [Existe trad. en español: *Gulag: una historia*, trad. Magdalena Chocano, Barcelona, Debolsillo, 2005].

ARALOVETS, NATALIA A. y VALENTINA B. ZHIRÓMSKAIA (comp.),

Vsesoiúznaia pérepis naselenia 1937 goda. Kratkie itogui, Moscú, 1991.

ARENDT, HANNAH, *Elemente und Ursprünge totaler Herrschaft. Antisemitismus, Imperialismus, totale Herrschaft*, Múnich, 1986. [Existe trad. en español: *Los orígenes del totalitarismo*, trad. Guillermo Solana, Madrid, Taurus, 1999].

Arjitektura kanala Moskvá-Volga, Moscú, 1939.

Arjitektura párkov SSSR. Recopilación de Mijaíl Kórzhev y Militsa Prójorova, Moscú, 1940.

ASTÁFIEVA-DLÚGACH, MARGARITA I., YURI P. VOLCHOK y ANATOLI M. ZHURAVLIOV (comp.), *Zodchie Moskvy. XX vek*, Moscú, 1988.

AVERBAJ, L. L., S. G. FIRIN y M. GORKI, (eds.), *Belomorsko-Baltíiski kanal ímeni Stalina. Istoria stroítelstva*, Moscú, 1934.

BABEROWSKI, JÖRG, *Der Rote Terror. Die Geschichte des Stalinismus*, Múnich, 2003.

___, *Der Feind ist überall. Stalinismus im Kaukasus*, Múnich, 2003.

BACON, EDWIN, *The Gulag at War. Stalin's Forced Labour System in the Light of the Archives*, Basingstoke y Hampshire, 1996.

BAILES, KENDALL E., *Science and Russian Culture in the Age of Revolutions. V. I. Vernadsky and his Scientific School, 1863-1945*, Bloomington, Indianápolis, 1990.

___, *Technology and Society under Lenin and Stalin. Origins of the Soviet Technical Intelligentsia, 1917-1945*, Princeton y Nueva Jersey, 1978.

___, «The American Connection: Ideology and the Transfer of American Technology to the Soviet Union, 1917-1941», en: *Comparative Studies in Society and History* 23 (1981), pp. 421-448.

BAJTIN, MIJAÍL, *Rabelais und seine Welt. Volkskultur als Gegenkultur*, Fráncfort del Meno 1987. [Existe trad. en español: *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: el contexto de François Rabelais*, trads. Julio Forcat y César Conroy, Madrid, Alianza, 1998]

BALINOI, M., YE. DOBRENKO y MURASHOVA (eds.), *Sovétskoi bogatstvo. Statí o kulture, literatura i kino. K shestidesiatiletiu Hansa Günthera*. San Petersburgo, 2002.

BALL, ALAN, *Imagining America: Influence and Images in Twentieth-Century Russia*, Nueva York, 2003.

BARGHOORN, FREDERICH C., *The Soviet Image of the United States. A Study in Distortion,* Port Washington, Nueva York y Londres, 1969.

BÁRSHEVA IRINA y KIRA SAZÓNOVA, *Aleksandr Nikoláievich Samojválov*, Leningrado, 1963.

BECK, F. y W. GODIN (pseudónimo de Fritz Houterman y Konstantin F. Šteppa), *Russian Purge and The Extraction of Confession*, Ciudad del Cabo, Londres y Nueva York, 1951.

BELITSKI, YÁKOV y GUEORGUI GLEZER, *Moskvá neznakómaia*, Moscú, 1993.

BELOBROVTSEVA, IRINA y SVETLANA KULIUS, *Román Mijaíla Bulgákova «Máster i Margarita». Ópyt komentaria*, Talín, 2004.

BENJAMIN, WALTER, *Gesammelte Schriften*, t. I, edic. de Rolf Tiedemann, Fráncfort del Meno, 1982. [Existe trad. en español: *Obra completa*, Madrid, Abada Editores, s.f.].

BEYRAU, DIETRICH (comp.), *Im Dschungel der Macht. Intellektuelle Professionen unter Stalin und Hitler*, Gotinga, 2000.

BINNER, ROLF y MARC JUNGE, «Wie der Terror "groß" wurde: Massenmord und Lagerhaft nach Befehl 00447», en: *Cahiers du Monde russe*, 42/2-4 (2001), pp. 557-614.

—, «"S etoi públikoi tseremónitsia ne sléduiet". Die Zielgruppe des Befehls Nr. 00447 und der Große Terror aus der Sicht des Befehls Nr. 00447», en: *Cahiers du Monde russe*, 43/1 (2002), 181-228.

BLUM, ALAIN, *Naître, vivre et mourir en URSS*, París, 2004.

BODENSCHATZ, HARALD y CHRISTIANE POST (comp.), *Städtebau im Schatten Stalins. Die internationale Suche nach der sozialistischen Stadt in der Unión Soviética 1919-1935*, Berlín, 2003.

BONNELL, VICTORIA E., *Iconography of Power. Soviet Political Posters under Lenin and Stalin*, Berkeley et al., 1997.

BORODKIN, LEONID y SIMON ERTZ, «Forced Labour and the Need for Motivation: Wages and Bonuses in the Stalinist Camp System», en: *Comparative Economic Studies* 47 (2005), pp. 418-436.

BOTERBLOEM, KEES, *Life and Death under Stalin, Kalinin Province, 1945-1953*, Montreal y Kingston, 1999.

BOWN, MATTHEW CULLERNE, *Kunst unter Stalin 1924-1956*, Múnich, 1991.

BRANDENBERGER, DAVID, *National Bolshevism. Stalinist Mass*

Culture and the Formation of Modern Russian National Identity 1931-1956. Cambridge (Mass.) y Londres, 2002.

BROOKS, JEFFREY, *Thank you, Comrade Stalin! Soviet Public Culture from Revolution to Cold War*, Princeton y Nueva Jersey, 2000.

BROUÉ, PIERRE, *Communistes contre Staline. Massacre d'une generation*, París, 2003. [Existe trad. en español: *Comunistas contra Stalin*, trad. Andreu Coll, Málaga, Sepha, 2008].

BUJARINA, LARINA A., *Nun bin ich schon weit über zwanzig. Erinnerungen*, Gotinga, 1989.

BUJARIN, NIKOLÁI, «An eine künftige Generation von Parteiführern», en: Anna Larina Bujarina, *Nun bin ich schon weit über zwanzig. Erinnerungen*, Gotinga, 1991, pp. 428-430. [En español existe una versión de esta carta en la red, en: http://www.fundanin.org/bujarin1.htm].

___, «Brief an Stalin (10.12.1937)», en: Henryk Skrzypczak (comp.): *Internationale Wissenschaftliche Korrespondenz zur Arbeiterbewegung* (*IWK*, Berlín), 1 (1993), 21-25.

___, *Gefängnisschriften 1. Der Sozialismus und seine Kultur*, edición de Svetlana N. Gurvitsch-Bujarina, Vladislav Hedeler y Ruth Stoliarova, prólogo de Svetlana N. Gurvitsch-Bujarina, Berlín, 1996.

___, *How it All Began*, trad. George Shriver, introd. Stephan F. Cohen, Calcuta, 2000. [Existe trad. en español: *Cómo empezó todo*, trad. de Rubén Darío Flórez, Valencia, Pre-Textos, 2007].

___, *Philosophische Arabesken. Dialektische Skizzen*, en: Bujarin, M., *Gefängnisschriften* 2, edición, traducción y comentarios de Dieter Uzlig y Vladislav Hedeler, Berlín, 2005.

___, *Vremená*, Moscú, 1994.

___, «"Ni razu ni govorilos otnosítelno terrora". Stenogramma ochnoi stavki N. I. Bujárina s V. N. Ástrov v Politbiuró TSK VKP (b), 13 yanvariá 1937 g.», en: *Istóchnik* 2 (2001), pp. 89-110.

___, «"Ya ij, eti navéty, otvergaiu i budu otvergat". Pismó N. I. Bujárina I. V. Stálinu ot 19 yanvariá 1937 g.», en: *Istóchnik* 3 (2001), pp. 27-38.

___, «"No ya to znaiu, chto ya prav". Pismó N. I. Bujárina I. V. Stálinu iz vnútrennoi tiurmy NKVD, 15 aprelia 1937 g.», en: *Istóchnik* 3 (2000), pp. 46-58.

___, «"Vsiudu i vezdé ya budu nastáivat" na svoiei polnoi abso-

liútnoi nevinóvnosti... (Pisma Bujárina poslédnij let). Ávgust-dekabr 1936 g.», en: *Istóchnik* 2 (1993), pp. 4-18.

BULGÁKOV, MIJAÍL, *Der Meister und Margarita. Roman*, Darmstadt y Neuwied, 1973. [Existe trad. en español: *El maestro y Margarita*, trad. Amaya Lacasa, Madrid, El País, 2002].

BULGÁKOVA, OKSANA, *Fábrika zhéstov*, Moscú, 2005.

BULGÁKOVA, YELENA, *Margarita und der Meister. Tagebücher, Erinnerungen*, Berlín, 1993.

Bútovski poligón. 1937-1938 gg. Kniga Pámiati zhertv politícheskoi repressii. Vypusk 1-8, Moscú, 1997-2004.

CANETTI, ELIAS, *Masse und Macht*, Hamburgo, 1960. [Existe trad. en español: *Masa y poder*, trad Horst Vogel, Barcelona, Alianza, 2010].

CHASE, WILLIAM J., *Enemies Within the Gates? The Comintern and the Stalinist Repression, 1934-1939*, New Haven y Londres, 2001.

CHKÁLOV, VALERI, *Unser Transpolarflug*, Moscú, 1939.

CHLEVNIUK, OLEG V., *The History of the Gulag. From Collectivization to the Great Terror*, Londres y New Haven, 2004.

CHUKÓVSKAIA, LIDIA, *Ein leeres Haus*, Zúrich, 1967.

CHUKOVSKI, KORNÉI, *Dnevnik 1901-1969*, t. 2: 1930-1969, Moscú, 2003.

CITRINE, WALTER, *Auf Wahrheitssuche in Rusia*, Zúrich, 1938.

City Planning in Soviet Russia. With an Interpretative Bibliography by Maurice Frank Parkins, Chicago, 1953.

CLARK, KATERINA, *The Soviet Novel. History as Ritual*, Bloomington, Indianápolis, 3 2000.

COLTON, TIMOTHY J., *Moscow. Governing the Socialist Metropolis*, Cambridge (Mass.) y Londres, 1995.

CONQUEST, ROBERT, *Der große Terror. Sowjetunion 1934-1938*, Múnich, 1993. [Existe trad. en español: *El gran terror*, trad. Joaquín Adsuar, Barcelona, Caralt Editores, 1974].

COURTOIS, STÉPHANE y JEAN-LOUIS PANNÉ, «Der lange Schatten des NKWD fällt auf Spanien», en: Stéphane Courtois, *Das Schwarzbuch des Kommunismus. Unterdrückung, Verbrechen und Terror*, Múnich y Zúrich, 1998, pp. 366-386. [Existe trad. en español: *El libro negro del comunismo*, trads. César Vidal y Victoria Esteban, Barcelona, Ediciones B, 2010].

COX, RANDI, «This Can Be Yours! Soviet Commercial Advertis-

ing and the Social Construction of Space, 1928-1956», en: Yevgeni Dobrenko, Eric Naiman (comp.), *The Landscape of Stalinism. The Art and Ideology of Soviet Space*, Seattle y Londres, 2003, pp. 125-162.

DALLIN, DAVID y BORÍS NIKOLAIEVSKI, *Zwangsarbeit in Sowjetrußland*, Viena, 1950.

DANIELS, ROBERT V., «The Great Terror and the Revolutionary Process», en: *Jahrbuch für Historische Kommunismusforschung* 2006, pp. 290-296.

DAVID-FOX, MICHAEL, «The "Heroic Life" of a friend of Stalinism: Romain Rolland and Soviet Culture», en: *Trondheim Studies on East European Cultures & Societies* 18 (agosto de 2006), pp. 8-114.

DAVIES, JOSEPH E., *Als USA-Botschafter in Moskau. Authentische und vertrauliche Berichte über die Sowjetunion bis Oktober 1941*, Zúrich, 1943.

DAVIES, SARAH, *Popular Opinion in Stalin's Russia. Terror, propaganda and dissent, 1934-1941*, Cambridge, 1997.

DAVIES, SARAH y JAMES HARRIS (comp.), *Stalin. A New History*, Cambridge, 2005.

DEHL, OLEG, *Verratene Ideale. Zur Geschichte der deutschen Emigranten in der Sowjetunion in den 30er Jahren*, Berlín, 2000.

DEINEKA, ALEKSANDR, *Paintings, Graphic Works, Sculptures, Mosaics, Excerpts from the Artist's Writings*, Leningrado, 1982.

«Die Axt hat geblüht...». Europäische Konflikte der 30er Jahre in Erinnerung an die frühe Avantgarde, edición de Jürgen Harten, Hans-Werner Schmidt y Marie Luise Syring, Städtische Kunsthalle Düsseldorf, Düsseldorf, 1987.

Die Eroberung des Nordpols. Primera parte: *Michail Wodopjanow, Der Traum des Piloten*, prólogo de Peter Freuchen; segunda parte: *Die Verwirklichung des Traums. Beiträge zur Geschichte der Eroberung des Pols*, Londres, 1938.

Die Verfassung des sozialistischen Staates der Arbeiter und Bauern. Mit den Reden von J. W Stalin/W. M. Mólotov/M. M. Litwinow/P. P. Ljubtschenko/I. A. Jakowlew auf dem außerordentlichen VIII. Kongress der UdSSR, Estrasburgo, 1937.

DIMITROV, GEORGI, *Tagebücher 1933-1943, Kommentare und Materialien*, 2 t. (Tomo 1: *Tagebücher*, edición de Bernhard H. Bayerlein, traducción del ruso y el búlgaro de Vladislav Hedeler

y Birgit Schliewenz), © Yale University, © Aufbau Verlagsgruppe GmbH, Berlín, 2000 (de la edición alemana).

Diréktor I. A. Lijachov v vospominániaj sovreménnikov, o zavode i o sebé, Redactor-compilador V. A. Krasílnikov, Moscú, 1971.

DOBRENKO, EVGUENI y ERIC NAIMAN (comps.), *The Landscape of Stalinism. The Art and Ideology of Soviet Space*, Seattle y Londres, 2003.

Dorogui yúnosti, Albom, Moscú, 1988.

DUNHAM, VERA, *In Stalin's Time. Middleclass Values in Soviet Fiction*, Dirham y Londres, 1990.

DURANTY, WALTER, *I Write As I Please*, Nueva York, 1935.

Dvorets Sovétov, compilado por Otdel Tejnopropagándy stroítelstva Dvortsá Soveta, Moscú, 1939.

EDELMAN, ROBERT, *Serious Fun: A History of Spectator Sports in the USSR*, Oxford, 1993.

EIGUEL, ISAAK, *Borís Jofán*, Moscú, 1978.

Eisenstein, Sergej. Das dynamische Quadrat. Schriften zum Film, edición de Oksana Bulgákova y Dietmar Hochmuth, Leipzig, 1991.

ERREN, LORENZ, *«Selbstkritik» und Schuldbekenntnis. Kommunikation und Herrschaft unter Stalin (1917-1953)*, Múnich, 2007.

ETKIND, ALEXANDER, *Eros des Unmöglichen. Die Geschichte der Psychoanalyse in Rußland*, traducción del ruso de Andreas Tretner, Leipzig, 1996.

FEDOSIUK, YURI, *Utro krásit nezhnym svétom. Vospominania o Moskvé 1920-1930-j godov*, Moscú, 2003.

FEUCHTWANGER, LION, *Exil. Roman*, Ámsterdam 1940. © Aufbau Verlagsgruppe GmbH, Berlín, 2000.

—, *Moscú 1937. Ein Reisebericht für meine Freunde*, Ámsterdam 1937. © Aufbau Verlagsgruppe GmbH, Berlín, 2000.

FIGES, ORLANDO, *The Whisperers. Private Life in Stalins Russia*, Londres, 2007. [Existe trad. en español: *Los que susurran*, trad. Mirta Rosenberg, Barcelona, Edhasa, 2009].

FILTZER, DONALD, *Soviet Workers and Industrialization: The Formation of Modern Soviet Production Relations, 1928-1941*, Londres, 1986.

FIÓDOROV, NIKOLÁI, «Straná "Dmitlag". Iz istorii stroítelstva kanala im. Moskvy (kanala Moskvá-Volga», en: *Bútovski poligón. V rodnom kraiú. Dokumenty, svidételstva, sudby...*, Moscú, 2004, pp. 219-260.

FITZPATRICK, SHEILA, «Stalin and the Making of a New Elite, 1928-1939», en: *Slavic Review* 38/3 (1979), pp. 377-402.

—, *Everyday Stalinism. Ordinary Life in Extraordinary Times: Soviet Russia in the 1930s*, New York y Oxford, 1999.

—, *Stalin's Peasants. Resistance and Survival in the Russian Village after Collectivization*, Nueva York y Oxford, 1994.

—, (comp.), *Stalinism. New Directions*, Londres y Nueva York, 2000.

—, *Tear off the Masks! Identity and Imposture in Twentieth-Century Russia*, Oxford y Princeton, 2005.

—, *The Cultural Front. Power and Culture in Revolutionary Russia*, Ithaca y Londres, 1992.

—, «The Impact of the Great Purges on Soviet Elites: A Case Study from Moscow and Leningrad Telephone Directories of the 1930s», en: J. Arch Getty, Roberta T. Manning (comp.), *Stalinist Terror. New Perspectives*, Cambridge, 1993, pp. 247-260.

FREEZE, GREGORY L., «The Stalinist Assault on the Parish, 1929-1941», en: Manfred Hildermeier (ed.), *Stalinismus vor dem Zweiten Weltkrieg. Neue Wege der Forschung*, Múnich, 1998, pp. 209-232.

FREITAG, GABRIELE, *Nächstes Jahr in Moscú! Die Zuwanderung von Juden in die sowjetische Metropole 1917-1932*, Gotinga, 2004.

FREZINSKI, BORÍS YA., «Gólos iz bézdny», en: Nikolái Bujarin, *Vremená*, Moscú, 1994, pp. 3-20.

Gabo, Naum und der Wettbewerb zum Palast der Sowjets Moskau 1931-1933, edición de la Berlinische Galerie, Berlín, 1993.

GAIDAR, ARKADI, *Timur und sein Trupp*, Berlín, 1952. [Existe trad. en español: *Timur y su pandilla*, Moscú, Ediciones Progreso, 1974].

GARROS, VÉRONIQUE, THOMAS LAHUSEN y NATALIA KORENEVSKAYA (comps.), *Das wahre Leben. Tagebücher aus der Stalinzeit*, Berlín, 1998.

GELDERN, JAMES VAN, «The Centre and the Periphery: Cultural and Social Geography in the Mass Culture of the 1930s», en: Stephen White (comp.), *New Directions in Soviet History*, Cambridge, Nueva York y Melbourne, 1992, pp. 62-80.

Geschichte der Kommunistischen Partei der Sowjetunion (Bolschewiki). Kurzer Lehrgang, Berlín, 1947.

GESTWA, KLAUS, *Die «Stalinschen Großbauten des Kommunismus». Technik- und Umweltgeschichte der Sowjetunion, 1948-1967* (Disertación presentada en febrero de 2007 en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Tubinga).

GETTY, J. ARCH, «"Excesses are not permitted": Mass Terror and Stalinist Governance in the Late 1930s», en: *The Russian Review* 61 (2002), pp. 113-138.

—, *Origins of the Great Purges. The Soviet Communist Part Reconsidered, 1933-1938*, Cambridge, 1985.

—, «State and Society under Stalin: Constitutions and Elections in the 1930s», en: *Slavic Review* 50/1 (primavera de 1991), pp. 18-35.

GETTY, J. ARCH y OLEG V. NAUMOV (comps.), *The Road to Terror. Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*, New Haven, Londres, 1999.

GETTY, J. ARCH y ROBERTA T. MANNING (comps.), *Stalinist Terror. New Perspectives*, Cambridge, 1993.

GIDE, ANDRÉ, «Zurück aus Sowjetrußland. Retuschen zu meinem Rußlandbuch», en: André Gide, *Gesammelte Werke* VI. Reisen und Politik, t. 2 edición de Peter Schnyder, Stuttgart, 1996, pp. 41-210. [Existe trad. en español: *Regreso de la URSS*, trad. Carmen Claudin, Barcelona, El Aleph Editores, 1982].

—, *Gratwanderung*, Múnich, 1980. [Existe trad. en español, *El vértigo*, trad. Fernando Gutiérrez, Barcelona, Círculo de Lectores, 2004].

GOLDMAN, WENDY Z.: «Stalinist Terror and Democracy: The 1937 Union Campaign», en: *The American Historical Review* 110/9 (diciembre de 2005), pp. 1427-1453.

—, *Terror and Democracy in the Age of Stalin. The Social Dynamics of Repression*, Cambridge, 2007.

GOLDT, RAINER, «Einladung zur Enthauptung. Nikolaj Ustrjalovs Briefe und Tagebücher als psychologisches Stenogramm einer gescheiterten Heimkehr in die UdSSR», en: Frank Göbler, Ulrike Lange (comps.), *Russische Emigration im 20. Jahrhundert. Literatur-Sprache-Kultur*, Múnich, 2005, pp. 33-60.

GOLOMSTOK, IGOR, *Totalitarian Art in the Soviet Union, the Third Reich, Fascist Italy and the People's Republic of China*, Nueva York, 1990.

GOLOTIK, SERGUÉI I. y VALERI V. MINÁIEV, *Naselenie i*

vlast. Ócherki demografícheskoi istorii SSSR 1930-j godov, Moscú, 2004.

GORIÁIEVA TATIANA, *Radio Rossii: politícheski control sovétskogo radioveschania 1920-1930-j godaj*. Dokumentírovannaia istoria, Moscú, 2000.

GORKI, M. y M. KOLTSOV (eds.) *Den mira*, Moscú, 1937.

GORTSEVA, ALLA, *Pressa Gulaga 1918-1955*, Moscú, 1996.

GORZKA, GABRIELE (comp.), *Kultur im Stalinismus*, Bremen, 1994.

GOUSSEFF, CATHERINE (comp.), *Moscou 1918-1941. De «l'homme nouveau» au bonheur totalitaire*, París, 1993.

GRANKIN, I. A., V. P. PRONIN, T. A. SELIVÁNOV (eds.), *Moskvá sotsialistícheskaia*, Moscú, 1940.GRÓMOV, YEVGUENI, *Stalin, vlast i iskusstvo*, Moscú, 1998.

GRONOV, JUKKA, *Caviar with Champagne. Common Luxury and the Ideals of the Good Life in Stalin's Russia*, Oxford, Nueva York, 2003.

GROYS, BORIS, *Gesamtkunstwerk Stalin. Die gespaltene Kultur in der Sowjetunion*, Múnich, 1988. [Existe trad. en español: *Obra de arte total Stalin*, trad. Desiderio Navarro, Valencia, Pre-Textos, 2008].

GROYS, BORIS y MAX HOLLEIN (comps.), *Traumfabrik Kommunismus. Die visuelle Kultur der Stalinzeit. Dream Factory Comunism. The visual culture of the Stalin Era*, Ostfildern-Ruit, 2003.

Guenerálny plan rekonstruktsii góroda Moskvy, Moscú, 1936.

Guide to the City of Moscow, Handbook for Tourists. With Information on the City's Past, Present & Future, Descriptions of its Museums and Points of Interest. Including 6 Maps, Moscow 1937. Co-operative Publishing Society for Foreign Workers in the USSR.

GUINZBURG, YEVGENIA, *Marschroute eines Lebens*, Reinbek de Hamburgo, 1967. [Existe trad. en español, véase: *El cielo de Siberia*, trad. de Enrique Sordo, Barcelona, Argos Vergara, 1980].

GULAG (Glávnoie upravlenie lagueréi) 1918-1960. Recopilado por Aleksandr I. Kokurin y Nikita V. Petrov, Moscú, 2002.

GÜNTHER, HANS (comp.), *The Culture of the Stalin Period*, Londres, 1990.

___, *Der sozialistische Übermensch. Maksim Gor'kij und der sowjetische Heldenmythos*, Stuttgart y Weimar, 1993.

GYÖRGY, PETER y HEDVIG TURAI (comps.), *Staatskunstwerk, Kultur im Stalinismus*, Budapest, 1992.

HALFIN, IGAL, *Terror in My Soul. Communist Autobiographies on Trial*, Cambridge y Londres, 2003.

HARRIS, JAMES, «Resisting the Plan in the Urals, 1928-1956. Or, Why Regional Officials Needed "Wreckers" and "Saboteurs"», en: Lynne Viola (comp.), *Contending with Stalinism: Soviet Power and Popular Resistance in the 1930s*, Ithaca y Nueva York, 2002, pp. 201-227.

HEDELER, WLADISLAW, «Jeshows Szenario. Der Moskauer Schauprozess 1938», en: *Mittelweg* 36/7 (1998/99), pp. 61-75.

___ (comp.), *Stalinscher Terror 1934-41*, Berlín, 2002.

___, *Chronik der Moskauer Schauprozesse 1936, 1937 und 1938. Planung, Inszenierung und Wirkung. Mit einem Essay von Steffen Dietzsch*, Berlín, 2003.

___, «Sippenhaft im Großen Terror 1937/38: Das Akmolinsker Lager für Ehefrauen von Vaterlandsverrätern (ALZIR) und seine deutschen Häftlinge», en: *Jahrbuch für Historische Kommunismusforschung* (Berlín) 2005, pp. 81-101.

HELLBECK, JOCHEN (comp.), *Tagebuch aus Moskau 1931-1939*, Múnich, 1996.

___, *Revolution on my Mind. Writing a Diary Under Stalin*, Cambridge (Mass.), 2006.

HELLER, KLAUS y JAN PLAMPER (comps.), *Personality Cults in Stalinism - Personenkulte im Stalinismus*, Gotinga, 2004.

HELLER, MICHAEL, *Stacheldraht der Revolution. Die Welt der Konzentrationslager in der sowjetischen Literatur*, Stuttgart, 1975.

HENRICH, DIETER, «Die Erschließung eines Denkraums», en: Henrich, D., *Konstellationen. Probleme und Debatten am Ursprung der idealistischen Philosophie (1789-1795)*, Stuttgart, 1991, pp. 215-264.

HERNANDEZ, RICHARD L., «Sacred Sound and Sacred Substance: Church Bells and Auditory Culture of Russian Villages during the Bolshevik Velikii Perelom», en: *American History Review* 109/5 (2004), pp. 1475-1504.

HERWARTH, HANS VON, *Zwischen Hitler und Stalin. Erlebte Zeitgeschichte 1931-1945*, Fráncfort del Meno, 1989.

HESSLER, JULIE, *A Social History of Soviet Trade. Trade Policy,*

Retail Practices, and Consumption, 1917-1953, Princeton y Oxford, 2004.

HILDERMEIER, MANFRED (comp.), *Stalinismus vor dem Zweiten Weltkrieg. Neue Wege der Forschung*, Múnich, 1998.

HILGER, GUSTAV, *Wir und der Kreml. Deutsch-sowjetische Beziehungen 1918-1941. Erinnerungen eines deutschen Diplomaten*, Fráncfort del Meno y Bonn, 1964.

HIRSCH, FRANCINE, *Empire of Nations. Ethnographic Knowledge and the Making of the Soviet Union*, Ithaca y Londres, 2005.

___, «The Soviet Union as a Work-in-Progress: Ethnographers and the Category Nationality in the 1926, 1937, and 1939 Censuses», en: *Slavic Review* 56/2 (verano de 1997), pp. 251-278.

HOFFMANN, DAVID L., *Peasant Metropolis. Social identities in Moscow 1929-1941*, Ithaca y Londres, 1994.

___, *Stalinist Values. The Cultural Norms of Soviet Modernity, 1917-1941*, Ithaca y Londres, 2003.

HOFMANN, WERNER, *Die Arbeitsverfassung der Sowjetunion*, Berlín, 1956.

HOLLANDER, PAUL, *Political Pilgrims*: Travels of Western Intellectuals to the Soviet Union, China, and Cuba, 1928-1978, Nueva York, 1981.

HOLQUIST, PETER, «State Violence as Technique. The Logic of Violence in Soviet Totalitarism», en: Amir Weiner (comp.), *Landscaping the Human Garden. Twentieth-Century Population Management in a Comparative Framework*, Stanford, 2003, pp. 19-45.

HOSKING, GEOFFREY, *Rulers and Victims. The Russians in the Soviet Union*, Cambridge (Mass.) y Londres, 2006.

HUDSON, HUGH D., *Blueprints and Blood. The Stalinization of Soviet Architecture, 1917-1937*, Princeton, Nueva Jersey, 1994.

IKÓNNIKOV, ANDRÉI V., *Arjitektura Moskvy XX vek*, Moscú, 1984.

Ilf and Petrov's American Road Trip. The 1935 Travelogue of Two Soviet Writers Ilya Ilf and Evgeny Petrov, edited by Erica Wolf, Nueva York, 2007. [Existe trad. en español: *La América de una planta*, Barcelona, trad. Victor Gallego, Acantilado, 2009].

ILF, ILIÁ, «Amerikanski dnevnik (1935-1936)», en: *Literatúrnoie nasledstvo* 74, Moscú 1965.

ILF, ILIÁ y YEVGENI PETROV, «Odnoetázhnaia Amérika. Putevye ócherki», en: Ilf & Petrov, *Sobranie sochinenia v piatí tomaj*, t. 4, Moscú, 2003, pp. 7-432.

Il Palazzo Italiano di Soviet. IItalianski Dvorets sovétov, catálogo, Museo dell'Architettura «Scussev» (MuAr), Moscú 15 diciembre de 2006-20 febrero de 2007.

In den Fängen des NKWD. Deutsche Opfer des stalinistischen Terrors in der UdSSR. Mit Kurzbiographien von mehr als 1100 Opfern, Berlín, 1991.

INGOLD, FELIX PHILIPP, *Literatur und Aviatik: Europäische Flugdichtung, 1909-1927*, Basilea, 1978.

Internationale Literatur. Deutsche Blätter, Año 7 1937, n.º 3.

IOFÁN, BORÍS, «Dvorets Sovétov», en: *Moskvá*, Moscú, 1935, pp. 640-643.

Istoria Moskóvskogo avtozavoda ímeni Ivana Alekséievicha Lijachova, Moscú, 1966.

Istoria Moskvy. S drevnéishij vremión do nashij dnéi. V trioj tomaj. Tom treti: XX vek, Moscú, 2000.

Istoria Moskvy v shestí tomaj. Tom shestói. Period postroienia sotsializma (1917 g.-iún 1941 g.). Kniga vtoráia, Moscú, 1959.

Istoria rabóchij Moskvy, 1917-1945 gg., Moscú, 1983.

ISÚPOV, VLADÍMIR A., *Demografícheskie katastrofy i krízisy v Rossíi v pervoi polovine XX veka*, Novosibirsk, 2000.

IVÁNOVA, L. V. (comp.), *Istóriki i Kraevédy Moskvy*, Moscú, 1996.

«"Izmenenia pásportnoi sistémy nósiat printsipalno vázhnij jarákter". Kak sozdavalas i razvivalas pásportnaia sistema v strané», en: *Istóchnik* 6 (1997), pp. 101-121.

JAN-MAGOMÉDOV, SELIM, *Pioniere der sowjetischen Architektur. Der Weg zur neuen sowjetischen Architektur in den zwanziger und zu Beginn der dreißiger Jahre*, Dresde, 1983.

JANSEN, MARC y NIKITA PETROV, *Stalin's Loyal Executioner: People's Commissar Nikolái Ezhov 1895-1940*, Stanford, 2002.

JARJORDIN, OLEG, *Oblichat i litsemérit*, San Petersburgo y Moscú, 2002.

Jarmsizdat predstavliáiet Sovetski eros 20-30-j godov. Sbórnik materiálov, katalog. Recopilado por Valeri Sazhin, Natalia Pakshina, Nikolái Shkólny, San Petersburgo, 1997.

JAZÁNOVA, VIGDARIA, *Klúbnaia zhizn i arjitektura kluba 1917-1941*, Moscú, 2000.

JLEVNIUK, OLEG V., *1937-i Stalin, NKVD i sovétskoie óbschestvo*, Moscú, 1992.

___, *Stalin i Ordzhonikidze. Konflikty v Poliutburó v 30-e gody*, Moscú, 1993.

___, *Poliutburó. Mejanizmu politícheskoi vlasti v 1930-ie gody*, Moscú, 1996.

JMELNITSKI DMITRI, *Arjitektura Stálina. Psijologuia i stil*, Moscú, 2007.

JOHNSON, DONALD LESLIE, «Frank Lloyd Wright in Moscow, June 1937», en: *The Journal of the Society of Architectural Historians* 46/1 (marzo de 1987), pp. 65-79.

JORAVSKY, DAVID, «The Stalinist Mentality and the Higher Learning», en: *Slavic Review* 42/4 (1983), pp. 575-600.

Jram Jristá Spasítelia v Moskvé. Istoria proiektirovania i sozdania sobora stranitsy zhizni i guíbeli 1813-1931, Moscú, 1992.

KAGANÓVICH, LÁZAR M., *Pámiatny zapiski rabóchego, kommunista-bolshevika, profsoiúznogo, partíinogo i sovetsko-gosudárstvennogo rabótnika*, Moscú, 1996.

KAMINSKI, YURI A., *Kremlióvskyie perelióty*, Moscú, 1998.

KATÁIEV, VALENTÍN, *Es blinkt ein einsam Segel*, Berlín, 1946. [Existe trad. en español: *Una vela solitaria*, trad. Isabel Vicente, Madrid, Alborada Ediciones, 1988].

KELLY, CATRIONA, *Comrade Pavlik. The Rise and Fall of a Soviet Boy Hero*, Londres, 2005.

KERBER, LEONID L., *Túpolev*, Moscú, 1999.

KESSLER, GIJS, «The Passport System and State Control over Population Flows in the Soviet Union, 1932-1940», en: *Cahiers du Monde russe* 42/2-4 (2001), pp. 477-504.

KEYS, BARBARY, «Soviet Sport and Transnational Mass Culture in the 1930s», en: *Journal of contemporary History* 38/3 (2003), pp. 413-434.

KING, DAVID, *Stalins Retuschen. Foto und Kunstmanipulationen in der Unión Soviética*, Hamburgo, 1997.

KIRICHENKO YE. I., *Jram Jristá Spasítelia-pámiatnik arjitekturu 1830-1850-j gg.*, Sost. L. D. Polinovskaja, 1996.

KIZNY, TOMASZ, *GULAG: Solowezki, Belomorkanal, Waigatsch Expedition, Theater im GuLag, Kolyma, Workuta, Todesstrekke*, Hamburgo, 2004.

KOENEN, GERD, *Utopie der Säuberung. Was war der Kommunismus?*, Berlín, 1998.

KOESTLER, ARTHUR, *Sonnenfinsternis*, Fráncfort del Meno, Ber-

lín y Viena, 1979. [Existe trad. en español: *El cero y el infinito*, trad. Eugenia Serrano, Barcelona, Nuevas Edicíones de Bolsillo, 2011].

—, *Als Zeuge der Zeit. Das Abenteuer meines Lebens*, Berna y Múnich, 1983. [Existe trad. en español: *Autobiografía*, trad. Juan R. Wilcock, Barcelona, Debate, 2000].

KOPP, ANATOLE, *L'architecture de la période stalinienne*, Grenoble, 1978.

KOSTÉRINA, NINA, *Das Tagebuch der Nina Kosterina,* Fráncfort del Meno, 1981. [Existe trad. en español: *Diario de una chica rusa*, Barcelona, Nova Terra, 1970].

KOTKIN, STEPHEN, *Magnetic Mountain. Stalinism as a Civilization*, Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1995.

Kto rukovodil NKVD 1934/1941. Správochnik. Bajo la redacción de Nikita G. Ojotín y Arseni B. Roguinski, Moscú, 1999.

KUCHER, KATJA, *Der Gorki-Park. Freizeitkultur im Stalinismus 1928-1941*, Weimar y Colonia, 2007.

KUHR-KOROLEV, CORINNA, STEFAN PLAGGENBORG y MONIKA WELLMANN (comps.), *Sowjetjugend 1917-1941. Generation zwischen Revolution und Resignation*, Essen, 2001.

KUN, MIKLÓS, *Stalin. An Unknown Portrait*, Budapest y Nueva York, 2003.

Kunst und Macht im Europa der Diktatoren 1930 bis 1945. XXIII. Kunstausstellung des Europarts, Berlín, 1996.

KUROMIYA, HIROAKI, *Stalin, Profiles in Power*, Harlow, Londres y Nueva York, 2005.

LAGUTIN, K. K., *Arjitektúrny óbraz sovetskij obschéstvennyj zdanii. Klúby i teatri*, Moscú, 1953.

LAMPERT, NICK y GÁBOR T. RITTERSPORN (comp.), *Stalinism: Its Nature and Aftermath. Essays in Honour of Moshe Lewin*, Armonk y Nueva York, 1992.

LEBINA, N. B., *Povsednévnaia zhizn sovétskogo góroda: normy i anomalii 1920-1930-ie gódy*, San Petersburgo, 1999.

LEITES, NATHAN y ELSA BERNAUT, *Ritual of Liquidation. The Case of the Moscow Show Trials*, Glencoe (Illinois), 1954.

LEÓNTIEVA, TAMARA, *Lijachov*, Moscú, 1979.

LEVIN, IMMANUÍL I., *Arbat. Odín kilometr Rossii*, Moscú, 1993.

LEWIN, MOSHE, *The Making of the Soviet System. Essays in The Social History of Interwar Russia*, Nueva York, 1985.

—, *The Soviet Century*, Londres y Nueva York, 2005. [Existe trad.

en español: *El siglo soviético: ¿qué sucedió realmente en la Unión Soviética?*, trad. Ferran Esteve, Barcelona, Crítica, 2006].

LIJACHOV, IVÁN A., «Sovetski avtomóbil», en: L. Kovaliova, *Moskvá*, Moscú, 1935, pp. 400-407.

LIVSHITS, F. D., *Pérepis naselenia 1937 goda. Demografícheski protséssy v SSSR*, Moscú, 1990.

LOPATIN, PÁVEL, *Moskvá. Ócherk iz istorii velíkogo góroda*, Moscú, 1939.

—, *Metró*, Moscú, 1937.

—, *Volga idiot v Moskvú*, Moscú, 1938.

LOVELL, STEPHEN, *Summerfolk. A History of the Dacha, 1710-2000*, Ithaca y Londres, 2003.

Lubianka. Órgany VChK-OGPU-NKVD-NKGB-MGB-MVD-KGB 1917-1991. Recopilación de Aleksandr I. Kokurin y Nikita V. Petrov, Moscú, 2003.

Lubianka. Stalin i glávnoie upravlenie gosbezopásnosti NKVD 1937-1938. Arjiv Stálina. Dokumenty vysshyj órganov partíinoi I gosudárstvennoi vlasti. Recopilado por Vladímir N. Jáustov, V. P. Naúmov, N. S. Plótnikov, 2004.

Lubianka. Stalin i VChK-GPU-OGPU-NKVD, yanvar 1922-dekabr 1936. Recopilación de Vladímir N. Jáustov, V. P. Naúmov y N. S. Plótnikov, Moscú, 2003.

Lubianka. VChK-OGPU-NKVD-NKGB-MGB-MVD-KGB. 1917-1960, Správochnik. Recopilación de Aleksandr I. Kokurin, Nikita V. Petrov, redactor principal Rudolf G. Pijóia, Moscú, 1997.

LÜCKE, MARTIN, *Jazz im Totalitarismus. Eine komparative Analyse des politisch motivierten Umgangs mit dem Jazz während der Zeit des Nationalsozialismus und des Stalinismus*, Münster, 2004.

LUGOVSKAYA, NINA, *Ich will leben. Ein russisches Tagebuch 1932-1937*, Múnich y Viena, 2005. [Existe trad. en español: *El diario de Nina*, trads. Manel Martí y Helena Aguilà, Barcelona, El Aleph, 2006].

LUKS, LEONID, «"Grosser Terror" und Stalin-Kult. Anmerkungen zur Durchsetzung der Stalinschen Herrschaft», en: *Jahrbuch für Historische Kommunismusforschung* (Berlín) 2006, pp. 266-289.

MAIER, ROBERT, *Die Stachanov-Bewegung 1935-1938. Der Stachanovismus als tragendes und verschärfendes Moment der Stalinisierung der sowjetischen Gesellschaft*, Stuttgart, 1990.

MAKSÍMENKOV, LEONID, *Sumbur vmesto múzyki. Stalínskaia kultúrnaia revolutsia 1936-1938*, Moscú, 1997.

MANDELSTAM, NADIEZHDA, *Das Jahrhundert der Wölfe. Eine Autobiographie*, Fráncfort del Meno, 1971.

—, *Generation ohne Tränen. Erinnerungen*, Fráncfort del Meno, 1974. [Véase: Mandelstam, Nadiezdha, *Contra toda esperanza: memorias*, trad. Lydia Kúper, Barcelona, Acantilado, 1984].

MANNING, ROBERTA, «The Soviet Economic Crisis of 1936-1938 and the Great Purges», en: *Stalinist Terror. New perspectives*, edición de J. Arch Getty y Roberta T. Manning, Cambridge, 1993, pp. 116-141.

MARTIN, TERRY, *The Affirmative Action Empire. Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939*, Ithaca y Londres, 2001.

MARTIN, TERRY y RONALD GRIGOR SUNY (comps.), *A State of Nations. Empire and Nation Making in the Age of Lenin and Stalin*, Oxford, 2001.

Masterá sovetskoi arjitektury ob arjitekture, t. 1-2, Moscú, 1975.

«Materialy fevrálsko-martóvskogo plénuma TSK VKP-(B) 1937 goda», en: *Voprósy istorii* 2/3 (1992) - 11/12 (1995).

MATTHEWS, MERVYN, *The Passport Society. Controlling Movement in Russia and USSR*, Boulder, San Francisco y Oxford, 1993.

MAYENBURG, RUTH VON, *Hotel Lux*, Fráncfort del Meno, 1978.

MAYER, ARNO J., *The Furies. Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*, Princeton y Oxford, 2002.

MAZURY, RACHEL, *Croire plutôt que voir? Voyages en Russie Soviétique (1919-1939)*, París 2002.

MCCANNON, JOHN, *Red Arctic. Polar Exploration and the Myth of the North in the Soviet Union 1932-1939*, Nueva York y Oxford, 1998.

MCCUTCHEON, ROBERT A., «The 1936-1937 Purge of Soviet Astronomers», en: *Slavic Review* 50/1 (1991), pp. 100-117.

MCLOUGHLIN, BARRY, «Die Massenoperationen des NKWD. Dynamik des Terrors 1937/38», en: Vladislav Hedeler (comp.), *Stalinscher Terror 1934-41. Eine Forschungsbilanz*, Berlín, 2002, pp. 33-50.

MCLOUGHLIN, BARRY y KEVIN MCDERMOTT (comp.), *Stalin's Terror. High Politics and Mass Repression in the Soviet Union*, Basingstoke y Houndmills, 2004.

MCNEAL, ROBERT H., *Stalin. Man and Ruler*, Nueva York, 1988.
MEDVÉDEV, ROY A., *All Stalin's Men*, Oxford, 1983.
___, *Die Wahrheit ist unsere Stärke. Geschichte und Folgen des Stalinismus*, Fráncfort del Meno, 1973.
Memuáry o politícheskij représsiaj v SSSR, jraniáschiesia v arjive óbschestva «Memorial». Annotírovanny katalog. Vypusk 1, Moscú, 2007.
MERLEAU-PONTY, MAURICE, *Humanismus und Terror*, Fráncfort del Meno, 1966.
MERRIDALE, CATHERINE, «The 1937 Census and the Limits of Stalinist Rule», en: *The Historical Journal*, 39/1 (1996), pp. 223-240.
MESHKOV, VIACHESLAV M., *Moskvá vekovéchnaia. Bibliografícheskaia entsiklopedia*, Moscú, 1997.
MEYER, KRZYSZTOF, *Dmitri Schostakowitsch*, Leipzig, 1980. [Existe trad. en español: *Shostakóvich: su vida, su obra, su época*, trad. Ambrosio Berasain, Madrid, Alianza, 2011].
Mil. Geo. Plan von Moscú: Verkehrsmittel 1:35 000. Anlage zu Militärgeographischen Angaben über das Europäische Rußland, Mappe H: Moskau. Sonderausgabe VII.1941. Nur für den Dienstgebrauch! (¡Solo para uso oficial!)
MIAGKOV, BORÍS S., *Bulgákovskaia Moskvá. Po sledam bulgákovskij gueróiev*, Moscú, 1993.
MINCHENOK, DMITRI, *Isaak Dunaievski. Bolshói kontsert*, Moscú, 1998.
MOINE, NATHALIE, «Passeportisation, statistique des migrations et contrôle de l'identité sociale», en: *Cahiers du Monde russe*, 38/4 (1997), pp. 587-600.
MOLOK, YURI, *Pushkin v 1937 godú. Materialy i isslédovanie po ikonografii*, Moscú, 2000.
MONTEFIORE, SIMON SEBAG, *Stalin. The Court of the Red Tsar*, Nueva York, 2004. [Existe trad. en español: *La corte del zar rojo*, trad. Teófilo de Lozoya, Barcelona, Crítica, 2004]. [Véase, además: Montefiore, S. S., *Llamadme Stalin: la historia secreta de un revolucionario*, trad. Teófilo de Lozoya, Barcelona, Crítica, 2007].
MORÓZOV, ALEKSANDR I., *Konets utopii. Iz istorii iskusstva v SSSR 1930-j godov*, Moscú, 1995.
Moscow in the Making. By Sir E. D. M. Simon, Lady Simon, W. A. Robson, J. Jewkes, Londres, Nueva York y Toronto, 1937.

L. KOVALIOVA (ed.), *Moskvá*, Moscú, 1935.

Moskvá. Bibliografícheski ukazátel. Knigui 1900-1994, Moscú, 1996.

Moskvá i «moskovski tekst» russkoi kultúry, Redactor principal G. S. Knabe, Moscú, 1998.

Moskvá. Entsiklopedia, Moscú, 1980.

Moskvá. Entsiklopedia, Moscú, 1997.

Moskvá rekonstruíruietsia. Albom diagramm, toposjem i fotografii po rekonstruktsii gór. Moskvy, Moscú, 1938 (edic. Del Institut izobrazítelny statístiki sovétskogo stroítelstva i joziáistva TSUNJU Gosplana SSSR).

MÜLLER, REINHARD (comp.), *Die Säuberung. Moskau 1936: Stenogramm einer geschlossenen Parteiversammlung*, Reinbek, 1991.

___, *Menschenfalle Moskau. Exil und stalinistische Verfolgung*, Hamburgo, 2001.

MURASHOV, YURI y GEORG WITTE (comp.), *Die Musen der Macht. Medien in der sowjetischen Kultur des 20er und 30er Jahre*, Múnich, 2003.

MURPHY, KEVIN, *Revolution and Counterrevolution. Class Struggle in a Moscow Metal Factory*, Nueva York y Oxford, 2005.

Naselenie Rossii v XX veke. Istoríchеskie ócherki, t. 1, 1900-1939gg., Moscú 2000.

NEUTATZ, DIETMAR, *Die Moskauer Metro. Von den ersten Plänen bis zur Großbaustelle des Stalinismus (1897-1935)*, Colonia, Weimar y Viena, 2001.

NOEVER, PETER (comp.), *Tyrannei des Schönen. Architektur der Stalin-Zeit*, Múnich y Nueva York, 1994.

NOSACH, VÍKTOR I. y NINA D. ZVÉREVA, *Rasstrélnye gódy i profsoiúzy*, San-Petersburgo, 2007.

NOVE, ALEC (comp.), *The Stalin Phenomenon*, Nueva York, 1992.

«"...Ni razu ni govorilos otnosítelno terrora". Stenogramma ochnoi stavki N. I. Bujárina s V. N. Ástrov v Politbiuró TSK VKP (b), 13 yanvariá 1937 g.», en: *Istóchnik* 2 (2001), pp. 89-110.

OBERLÄNDER, ERWIN, *Sowjetpatriotismus und Geschichte. Dokumentation*, Colonia, 1976.

OBERTREIS, JULIA, *Tränen des Sozialismus*, Colonia, Weimar y Viena, 2004.

Óbschestvo i vlast 1930-ie gódy. Povestvovanie v dokuméntaj, Redactor principal Andréi K. Sokolov, Moscú, 1998.

Ócherki istorii sovétskogo kinó, t. 2, 1935-1945, Moscú, 1959.
Ócherki istorii sovétskogo kinó v trioj tomaj, Yuri S. Kaláshnikov, N. A. Lébedev, L. P. Pogozheva (comp.), t. 2: 1935-1945, Moscú, 1959.
Ogoniok, años 1936-1938.
OJOTÍN, NIKITA y ARSENI ROGUINSKI (eds.), *Sistema ispravítelno-trudovyj lagueréi v SSSR 1923-1960. Spravóchnik*, Recopilado por Mijaíl V. Smirnov, Moscú, 1998.
—, «Zur Geschichte der Deutschen Operation des NKWD 1937-1938», en: *Jahrbuch für Historische Kommunismusforschung* (Berlín) 2000/2001, pp. 89-125.
O'MAHONY, MIKE, *Sport in the USSR: Physical Culture, Visual Culture*, Londres, 2006.
ORWELL, GEORGE, *Mein Katalonien. Bericht über den spanischen Bürgerkrieg*, Zúrich, 1975. [Existe trad. en español: *Homenaje a Cataluña*, trad. Miguel Temprano, Barcelona, Debolsillo, 2013].
OSOKINA, ELENA A., *Our Bread Daily. Socialist Distribution and the Art of Survival in Stalin's Russia 1928-1941*, Armonk, Nueva York y Londres, 2001.
PALMER, SCOTT W., *Dictatorship of the Air. Aviation Culture and the Fate of Modern Russia*, Cambridge y Nueva York, 2006.
Pámiatnik arjitektura Moskvy, 5 t., Moscú, 1982-2000.
PAPANIN, IVAN, *Eis und Flamme. Erinnerungen*, Berlín, 1981.
PAPERNO, IRINA, *Suicide as a Cultural Institution in Dostoevsky's Russia*, Ithaca y Londres, 1997.
PAPERNY, VLADIMIR, *Architecture in the Age of Stalin. Culture Two*, Cambridge, 2002.
PÁVLOVA, IRINA V., «1937: vybory kak mistifikatsia, terror kak reálnost», en: *Voprósy istorii* 10 (2003), pp. 19-37.
PETRONE, KAREN, *Life has become more Joyous, Comrades. Celebrations in the Time of Stalin*, Bloomington, Indianapolis, 2000.
PETROV, YEVGUENI, «Putešestvievstranukommunizma. Neokončennyj roman», en: *Literaturnoe nasledstvo*, t. 74, Moscú, 1965, pp. 577-628.
PETROV, NIKITA V. y KONSTANTÍN V. SKORKIN, *Kto rukovodil NKVD 1934-1941*. Správochnik. Edición de G. Ojotín y Arseni B. Roguinski, Moscú, 1999.
Pionérskaia pravda, año 1937.

PIÁTNITSKAIA YULIA, *Dnevnik zheny bolshevika*, Nueva York, 1987.

PLAGGENBORG, STEFAN (comp.), *Stalinismus. Neue Forschungen und Konzepte*, Berlín, 1998.

PLATÓNOV, ANDRÉI, *Die Baugrube. Das Juvenilmeer. Dshan. Romane*, trad. Alfred Frank und Werner Kaempfe, Múnich y Viena, 1990. [Existe trad. en español: *La excavación, Dzhan y otros relatos*, trad. Helena S. Kriúkova, Barcelona, Círculo de Lectores, 1992].

PLATT, KEVIN M. F. y DAVID BRANDENBERGER (comps.), *Epic Revisionism. Russian History and Literature as Stalinist Propaganda*, Madison, Wisconsin, 2006.

POLETÁIEV, VLADÍMIR YE., *Na putiaj k novoi Moskvé. Nachalo rekonstruktsii stolitsy (1917-1935)*, Moscú, 1961.

Politbiuró i krestianstvo: vysylka, spetsposelenie 1930-1940 v 2 knígaj, Moscú, 2005.

Politbiuró Tsk RKP (b)-VKP (b). Póvesti dnia zasedani 1919-1952. Katalog v trioj tomaj, t. II: 1930-1939, Moscú, 2001.

Pravda, años 1936-1938.

Prozessbericht über die Strafsache des antisoviéticos «Blocks der Rechten und Trotzkisten» verhandelt vor dem Militärkollegium des Obersten Gerichtshofes der UdSSR vom 2.-13. Marzo 1938. Vollständiger stenographischer Bericht, herausgegeben vom Volkskommissariat für Justizwesen der UdSSR, Moscú, 1938.

Prozessbericht über die Strafsache des sowjetfeindlichen trotzkistischen Zentrums verhandelt vor dem Militärkollegium des Obersten Gerichtshofes der UdSSR vom 23.-30. Enero 1937. Vollständiger stenographischer Bericht, herausgegeben vom Volkskommissariat für Justizwesen der UdSSR, Moscú, 1937.

Prozessbericht über die Strafsache des trotzkistisch-sinowjewistischen terroristischen Zentrums verhandelt vor dem Militärkollegium des Obersten Gerichtshofes der UdSSR 19.-24. August 1936, herausgegeben vom Volkskommissariat für Justizwesen der UdSSR, Moscú, 1936.

Púshkinskaia Moskvá. Putevodítel, Moscú, 1937.

RADZINSKY, EDVARD, *Stalin*, Nueva York y Toronto, 1997.

RANGE, PAUL, «Der Internationale Geologenkongress in Moscú 1937», en: *International Journal of Earth Sciences* (Berlín, Heidelberg), 31/7-8 (diciembre de 1940), pp. 508-518.

RAYFIELD, DONALD, *Stalin and his Hangmen. An Authoritative*

Portrait of a Tyrant and Those Who Served Him, Camberwell, Londres y Nueva York, 2004. [Existe trad. en español: *Stalin y los verdugos*, trad. Amado Diéguez, Madrid, Taurus, 2003].

RAZGÓN, LEV, *Plen v svoiom otéchestve*, Moscú, 1994. [Existe trad. en español: *Sin inventar nada: el polvo anónimo del Gulag*, trad. Víctor Gallego, Barcelona, Alba Editorial, 2006].

Razrushenie jrama Jristá Spasítelia, Londres, 1988.

Razrushiónnyie i oskverniónnyie jrámy: Moskvá i srédniaia Rossia s posleslóviem «Predély vandalizma», Fráncfort del Meno, 1980.

Reabilitatsia. Kak eto bylo. Dokumenty presídium TsK KPSS i druguie materialy. Mart 1953-fevral 1956, Recopilado por Andréi Artizov, Yu. Sigachov, I. Shevchuk, V. Jlópov, Moscú, 2000.

Reabilitatsia. Kak eto bylo. Fevral 1956-nachalo 80-j godov, Recopilado por Andréi Artizov, Yu. Sigachov, I. Shevchuk, V. Jlópov, Moscú, 2003.

Reabilitatsia. Kak eto bylo. Seredina 80-j godov - 1991, Recopilado por Andréi Artizov, A. Kozakovski, V. Naúmov, I. Shevchuk, Moscú, 2004.

Reabilitatsia. Politícheskie protsessy 30-50yj godov, eedición de Aleksandr N. Yákovlev, Moscú, 1991.

REES, EDWARD AFRON, «The Great Purges and the XVIII Party Congress of 1939», en: Rees, E. A. (ed.), *Centre-local Relations in the Stalinist State 1928-1941*, Houndmills y Basingstoke, 2004, pp. 191-211.

—, *Stalinism and Soviet Rail Transport, 1928-41*, Nueva York, 1995.

REID, SUSAN E., «Socialist Realism in the Stalinist Terror: The Industry of Socialism Art Exhibition, 1935-41», en: *The Russian Review* 60 (abril de 2001), pp. 153-184.

RENDLE, MATTHEW, «The Problems of "Becoming Soviet": Former Nobles in Soviet Society, 1917-41», en: *European History Quarterly* 38/1 (enero de 2008), pp. 7-33.

REVELS, ANTONINA, *Riádom s Utiósovym*, Moscú, 1995.

RIORDAN, JAMES, *Sport in Soviet Society*, Cambridge, 1977.

RIORDAN, JIM, «The Strange Case of Nikolai Starostin, Football and Lavrenti Beria», en: *Europe-Asia Studies* 46/4 (1994), pp. 681-690.

RITTERSPORN, GABOR T., *Catching Spies, trapping the System: Spy Mania in the Prewar USSR. Paper presented at the «Soviet War against Fifth Columnists, 1936-1945» Panel*, trigési-

mo sexta convención nacional de la AAASS, Boston, diciembre de 2004.

—, «The Omnipotent Conspiracy: On Soviet Imagery of Politics and Social Relations in the 1930s», en: *Stalinisms:* Nick Lampert y Gabor T. Rittersporn (eds.), *Its Nature and Aftermath. Essays in Honour of Moshe Lewin*, Basingstoke, 1992, pp. 101-120.

—, *Stalinist Simplifications and Soviet Complications. Social Tensions and Political conflicts in the USSR 1933-1953*, Chur et al., 1991.

ROBIN, COREY, *Fear. The History of a Political Idea*, Oxford, 2004.

ROEDER, WERNER, *Faksimile der «Sonderfahndungsliste UdSSR» des Chefs der Sicherheitspolizei und des SD, das Fahndungsbuch der deutschen Einsatzgruppen im Rußlandfeldzug 1941*, Erlangen, 1977.

ROGGER, HANS, «Amerikanizm and the Economic Development of Russia», en: *Comparative Studies in Society and History* 23 (1981), pp. 382-420.

ROGOWIN, VADIM S., *1937. Jahr des Terrors. Aus dem Russischen übersetzt von Hannelore Georgi und Harald Schubärth*, Essen, 1998.

ROLF, MALTE, *Das sowjetische Massenfest*, Hamburgo, 2006.

ROMANIUK, SERGUÉI, *Moskvá. Utráty*, Moscú 1992.

ROMANOVSKI, IÓSIF, *Nóvaia Moskvá. Plóschadi i maguistrali*, Moscú, 1938.

ROPER, LYNDAL, *Hexenwahn. Geschichte einer Verfolgung*, Múnich, 2007.

ROSENBERG, WILLIAM G. y LEWIS H. SIEGELBAUM (comps.), *Social Dimensions of Soviet Industrialization*, Bloomington e Indianapolis, 1993.

ROSSI, JACQUES, *Správochnik po GULAGu*, Londres, 1987.

ROSSMAN, JEFFREY J., *Worker Resistance under Stalin. Class and Revolution on the Shop Floor*, Cambridge (Mass.), 2005.

Rundschau Sondernummer: 20 Jahre Sowjetmacht. Rundschau. Über Politik, Wirtschaft und Arbeiterbewegung, Basilea, 28 de octubre de 1937, año 6, n.º 46.

RYKLIN, MIJAIL, *Räume des Jubels. Totalitarismus und Differenz*, Fráncfort del Meno, 2003.

Schastie literatúry. Gosudarstvo i pisáteli. 1925-1938 gg. Dokumenty. Recopilado por D. L. Babichenko, Moscú, 1997.

SCHATTENBERG, SUSANNE, *Stalins Ingenieure. Lebenswelten zwischen Technik und Terror in den 1930er Jahren*, Múnich, 2002.

SCHIVELBUSCH, WOLFGANG, *Entfernte Verwandtschaft. Faschismus, Nationalsozialismus, New Deal, 1933-1939*, Múnich, 2005.

SCHLÖGEL, KARL, *Moskau lesen*, Berlín, 1984.

—, *Im Raume lesen wir die Zeit. Über Zivilisationsgeschichte und Geopolitik*, Múnich, 2003. [Existe trad. en español: *En el espacio leemos el tiempo: sobre historia de la civilización y geopolítica*, trad. José Luis Arantegui, Madrid, Siruela, 2007].

SCHREIDER, MIJAÍL, *NKVD iznutrí. Zapiski chekista*, Moscú, 1995.

Schostakowitsch, Dmitri, Symphonie n.° 5, op. 47. Taschenpartitur, Hamburgo.

SCHÜTTE, EHRENFRIED, *Das Versicherungswesen der Sowjet-Union. Mit einem Rückblick auf das vorrevolutionäre Erbe*, Berlín, 1966.

SEIDT, HANS-ULRICH, *Berlin, Kabul, Moskau. Oskar Ritter von Niedermayer und Deutschlands Geopolitik*, Múnich, 2002.

SERVICE, ROBERT, *Stalin. A Biography*, Cambridge (Mass.), 2005. [Existe trad. en español: *Stalin: una biografía*, trad. Susana B. Cella, Madrid, Siglo XXI, 2006].

SHEARER, DAVID, «Social Disorder, Mass Repression and the NKVD during the 1930s», en: Barry McLoughlin, McDermott (comps.), *Stalin's Terror. High Politics and Mass Repression in the Soviet Union*, Basingstoke, Houndmills, 2004, pp. 85-117.

SHENTALINSKI, VITALI, *Das auferstandene Wort. Verfolgte russische Schriftsteller in ihren letzten Briefen, Gedichten und Aufzeichnungen. Aus den Archiven sowjetischer Geheimdienste*, Bergisch-Gladbach, 1996.

SHIMOTOMAYO, NOBUO, *Moscow under Stalinist Rule 1931-34*, Nueva York, 1991.

SHOSTAKÓVICH, DMITRI, «Grauen und Grandezza des 20. Jahrhunderts», en: *Osteuropa* 8 (número especial), agosto de 2006.

SIEGELBAUM, LEWIS, *Stakhanovism and the Politics of Productivity in the USSR 1935-1941*, Cambridge, Nueva York y New Rochelle, 1988.

SIEGELBAUM, LEWIS Y ANDRÉI SOKOLOV, *Stalinism as a Way of Life. A Narrative in Documents*, New Haven y Londres, 2000.

SÍMONOV, K., «Glazami cheloveka moiegó pokolenia. Razmyslenia o V. I. Stáline», en: *Znamia* 3 (1988), 3-66; 4 (1988), pp. 49-121; 5 (1988), pp. 69-96.

SINKÓ, ERVIN, *Roman eines Romans. Moskauer Tagebuch 1935-1937*, Berlín, 1990.

SKIERKA, VOLKER, *Lion Feuchtwanger. Eine Biographie*, edición de Stefan Jaeger, Berlín, 1984.

SLEZKINE, YURY, «The USSR as a Communal Appartment, or How a Socialist State Promoted Ethnic Particularism», en: *Slavic Review* 53 (1998), pp. 414-452.

Smena vej. Sbórnik statéi, Praga, 1921.

SOKOLOV, BORÍS V., *Entsiklopedia bulgákovskaia*, Moscú, 1996.

SOLOMON, PETER H., *Soviet Criminal Justice under Stalin*, Cambridge, 1996.

SOLOVIOVA, YU. N., *Moskvá ushédshaia. Istoricheski putevodítel s ispolzovániem svedenii iz ádresnoi knigui «Vsiá Moskvá»*, Moscú, 1993.

SOLZCHENITSYN, ALEKSANDR, *Archipel Gulag 1918-1956. Versuch einer künstlerischen Bewältigung*, t. 1-3, Berna, 1974-1976. [Existe trad. en español: *Archipiélago Gulag. 1918-1956*, trad. Josep Güell, Barcelona, Tusquets, 2006].

Sotsrealistícheski kanón, redacción de Hans Günther y Yevgueni Dobrenko, San Petersburgo, 2000.

Sovetski eros 20-30-j godov. Sbórnik materiálov, San Petersburgo, 1997.

Sovétskie judózhestvennye filmy. Katalog, t. 2, *zvukovyie filmy (1930-1957 gg.)*, Moscú, 1961 (Índice de las películas de 1937, p. 148 y ss.)

Sovétskaia vlast i media. Sbórnik statéi pod obshei redáktsiei Hans Günther i Sabine Hängsen, San Petersburgo, 2006.

Spain Betrayed. The Soviet Union in the Spanish Civil War, edición de Ronald Radosh, Mary R. Habeck y Grigory Sevostianov, New Haven y Londres, 2001.

SSSR na stróike, años 1936-1938.

SSSR na stróike 1930-1949. Illiustrírovany zhurnal nóvogo tipa, Moscú, 2006.

STADELMANN, MATTHIAS, *Isaak Dunaevskij - Sänger des Volkes. Eine Karriere unter Stalin*, Colonia, Weimar y Viena, 2003.

STALIN, IÓSIF, *Fragen des Leninismus*, Berlín, 1951. [Existe trad.

en español: *Fundamentos del leninismo*, trad. Alberto Sánchez, Barcelona, Grijalbo, 1975].

Stalin i Kaganovich. Perepiska 1931-1936 gg., compilado por Oleg V. Jlevniuk, R. U. Davis, L. P. Kosheliova, Moscú, 2001.

Stalínskie stróiki Gulaga 1930-1952. Recopilado por I. Kokurin, Yu. N. Morukov, Moscú, 2005.

STARR, S. FREDERICK, *Red and Hot. Jazz in Rußland von 1917-1990*, Viena, 1990.

Sto sórok besed s Mólotovyvm. Iz dnevniká Féliks Chúieva, Moscú, 1991.

STRAUSS, KENNETH M., *Factory and Community in Stalin's Russia. The Making of the Industrial Working Class*, Pittsburg, 1997.

Stroitelstvo Moskvy, año 1937.

STUDER, BRIGITTE, BERTHOLD UNFRIED, *Der Stalinistische Parteikader. Identitätsstiftende Praktiken und Diskurse in der Sowjetunion der dreißiger Jahre*, Colonia, Weimar y Viena, 2001.

SUDOPLATOW, PAWEL A. Y ANATOLI SUDOPLATOW, *Der Handlanger der Macht. Enthüllungen eines KGB-Generals*, Düsseldorf y Viena, 1994. [Existe trad. en español: *Operaciones especiales*, trad. Pedro Fontana, Barcelona, Plaza & Janés, 1994].

SYTIN, PIOTR V., *Po staroi i novoi Moskvé. Istoricheskie raióny, glavnye úlitsy i ploschadi velíkogo góroda*, Moscú y Leningrado, 1947.

TABOR, JAN (ed.), *Kunst und Diktatur. Architektur, Bildhauerei und Malerei in Österreich, Deutschland, Italien und der Sowjetunion 1922-1956*, t. 1-2, Baden, 1994.

TARKHANOV, ALEXEJ y SERGEJ KAVTARADZE, *Architecture of the Stalin Era*, Nueva York, 1992.

TAYLOR, RICHARD y DEREK SPRING (comps.), *Stalinism and Soviet Cinema*, Londres y Nueva York, 1993.

THURSTON, ROBERT W., *Life and Terror in Stalin's Russia 1934-1941*, New Haven, Londres, 1996.

___, «Reassessing the History of Soviet Workers: Opportunities to Criticize and Participate in Decision-Making, 1935-1941», en: Stephen White (comp.), *New Directions in Soviet History*, Cambridge y Nueva York, 1992, pp. 160-188.

___, «The Stakhanovite Movement: The Background to the Great Terror in the Factories, 1935-1938», en: J. Arch Getty y Rober-

ta T. Manning (eds.), *Stalinist Terror. New Perspectives*, Cambridge, 1993, pp. 142-162.

TÍJONOV, V. I., V. S. TIAZHELNIKOVA y I. F. YUSHIN, *Lishenie izbirátelnyj prav v Moskvé v 1920-1930-ie gody. Nóvyie arjívnyie materiály i métody obrabotki*, Moscú, 1998.

TIMASHEFF, NICHOLAS, *The Great Retreat: The Growth and Decline of Communism in Russia*, Nueva York, 1946.

TISCHLER, CAROLA, *Flucht in die Verfolgung. Deutsche Emigranten im sowjetischen Exil - 1933 bis 1945*, Münster, 1996.

TRÍFONOV, YURI, *Das Verschwinden*, Berlín, 1989. [De Yuri Trífonov véase, en español: *La casa del malecón*, trad. Victoriano Imbert, Barcelona, Labor, 1980].

TROTSKI, LEO, *Schriften 1. Sowjetgesellschaft und stalinistische Diktatur*, t. 1.1 (1929-1936), Hamburgo, 1988.

—, *Schriften 1. Sowjetgesellschaft und stalinistische Diktatur*, t. 1.2 (1936-1940), Hamburgo, 1988.

TUCKER, ROBERT C. (comp.), *Stalinism. Essays in Historical Interpretation*, Nueva York, 1977.

—, *Stalin in Power. The Revolution From Above 1928-1941*, Nueva York y Londres, 1990.

TÚROVSKAIA, MAIA, «Mosfilm-1937», en: *Sovétskoi bogatstvo. Statí o kulture, literatura i kino. K shestidesiatiletiu Hansa Günthera*. K šestidesjatiletiju Chansa Gjuntera, San Petersburgo, 2002, pp. 277-294.

—, «The 1930s and 1940s: Cinema in Context», en: Richard Taylor, Derek Spring (comps.), *Stalinism and Soviet Cinema*, Londres y Nueva York, 1993, pp. 34-53.

UHL, MATTHIS, «"Und deshalb besteht die Aufgabe darin, die Aufklärung wieder auf die Füße zu stellen" - Zu den Großen Säuberungen in der sowjetischen Militäraufklärung 1937/38», en: *Jahrbuch für Historische Kommunismusforschung* (Berlín), 2004, pp. 80-97.

Úlitsy Moskvy. Spravóchnik, Compilado por A. K. Klimacheva, M. N. Shurinova, Moscú, 1976.

URÚSOVA, YANINA, *Das neue Moskau. Die Stadt der Sowjets im Film 1917-1941*, Colonia, Weimar y Viena 2004.

USTRIÁLOV, NIKOLÁI, «Sluzhit ródine prijóditsia kostiami... Dnévnik N. V. Ustriálova 1935-1937 gg.», redacción de Irina Kondakova en *Istóchnik* 5-6 (1998), pp. 3-100.

UTEJIN, ILIÁ, *Ócherki kommunalnogo byta*, Moscú, 2004.

VATLIN, ALEXANDER, *Tatort Kunzewo. Opfer und Täter des Stalinschen Terrors 1937/38*, Berlín, 2003.

VATLIN, ALEXANDER y LARISSA MALASCHENKO (comps.), *Schweinefuchs und das Schwert der Revolution. Die bolschewistisiche Führung karikiert sich selbst*, Múnich, 2007.

Vechérnaia Moskvá, años 1936, 1937, 1938.

Velíkie stróiki stálinskoi époji, Moscú, 1950.

VERNADSKI, VLADÍMIR I., «Dnevnik 1938 goda», en: *Druzhba naródov* 2 (1991), pp. 219-248.

___, *Zhizneopisanie. Ízbrannyie trúdy. Vospominania sovreménnikov. Suzhdenia potómkov*, Moscú, 1993.

Vernite mne svobodu! Memorialny sbórnik dokuméntov iz arjívov byvshego KGB. Deiáteli literatúry i iskusstva Rossii i Guermanii – zhértvy stálinskogo terrora, redacción y composición V. F. Koliazin, Moscú 1997.

«"Vesiólye rebiata" – komedia kontrrevoliutsiónnaia (redactor Nikolái Sídorov)», en: *Istóchnik* 3 (1995), pp. 72-78.

VIHAVAINEN, TIMO, *Vnútrenni vrag. Borbá s meschánstvom kak morálnaia missia russkoi intelliguentsii*, San Petersburgo, 2004.

VIOLA, LYNNE, *Peasant Rebels Under Stalin. Collectivization and the Culture of Peasant Resistance,* Nueva York y Oxford, 1996.

___ (comp.), *Contending with Stalinism: Soviet power and popular resistance in the 1930s*, Ithaca y Nueva York, 2002.

___, *The Unknown Gulag. The Lost World of Stalin's Special Settlements*, Oxford, 2007.

VODOPIÁNOV, MIJAÍL, *Der Pol*, Berlín, 1954.

«"Vokrug meniá vsió eschió pletut chórnuiu pautinu..." Pisma M. A. Shólojova I. V. Stálinu (1937-1950), redactor Yuri Murin», en: *Istóchnik* 5 (1993), 4-19.

Volga. Putevodítel na navigatsiu 1939g., Moscú, 1939.

VOLKOGONOV, DMITRI, *Stalin. Triumph und Tragödie*, Düsseldorf, 1989.

VOLKOV, VADIM, «The Concept of "kul'turnost'": Notes on the Stalinist Civilizing Process»; en: Sheila Fitzpatrick (comp.), *Stalinism. New Directions*, Londres y Nueva York, 2000, pp. 210-230.

VÓLKOV, A. G., «Iz istorii pérepisi naselenia 1937 goda», en: *Véstnik statístiki* 8 (1990), pp. 45-56.

VOLKOV, SOLOMON (comp.), *Zeugenaussage. Die Memoiren des Dmitrij Schostakowitsch*, Hamburgo, 1979. [Existe trad. en español: *Testimonio: las memorias de Dmitri Shostakóvich*, trad. José Luis Pérez, Madrid, Aguilar, 1991].

Vsesoiúznaia pérepis naselenia 1937 goda: obschie itogui. Sbórnik dokuméntov i materiálov, Moscú, 2007.

Vsesoiúznaia pérepis naselenia 1939 goda. Osnovnyie itogui, Moscú, 1992.

Vsesoiúznaia selkojoziáistvennaia vystavka. Putevodítel po territorii vystavki, edición del académico Nikolái Tsitsin, Moscú, 1940.

Vsiá Moskvá. Ádresno-správochnaia kniga na 1936 g., Moscú, 1936.

«"Vsió, chto govorit Rádek – eto absoliútno zlóstnaia klevetá...". Óchnaia stavka K. Rádeka i N. Bujárina v TSK VKP (b) 13 yanvariá 1937 g. Redacción de Yuri Murin», en: *Istóchnik* 1 (2001), pp. 63-77.

Vystavochnyie ansambli SSSR, 1920-1930-ie gody. Materialy i dokumenty, Moscú, 2006.

WAKSBERG, ARKADI, *Gnadenlos: Andrej Wyschinski. Mörder im Dienst Stalins*, Bergisch-Gladbach, 1991.

WARD, CHRIS, *Stalin's Russia*, Londres, 1999.

WEINERT, ERICH, *Leben, Singen, Kämpfen. Liederbuch der FDJ*, Berlín, 1949.

WEISSBERG-CYBULSKI, ALEXANDER, *Hexensabbat. Rusia im Schmelztigel der Säuberungen*, Fráncfort del Meno, 1951.

WERTH, NICOLAS, *Le Procès de Moscou 1936-1938*, Bruselas, 1987.

___, «Ein Staat gegen sein Volk. Gewalt, Unterdrückung und Terror in der Unión Soviética», en: Stéphane Courtois, Nicolas Werth, *Das Schwarzbuch des Kommunismus*, Múnich y Zúrich, 1998, pp. 51-298.

___, *La terreur et le désarroi. Staline et son système*, París, 2007.

WHEATCROFT, STEPHEN G., «On Assessing the Size of Forced Concentration Labour in the Soviet Union, 1929-1956», en: *Soviet Studies* 33/2 (abril de 1981), pp. 265-295.

WIDDIS, EMMA, *Visions of a New Land. Soviet Film from the Revolution to the Second World War*, New Haven y Londres, 2003.

WILLIAMS, ROBERT C., «The Russian Revolution and the End of Time 1900-1940», en: *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas* 43 (1995), pp. 364-401.

WOOD, ELIZABETH A., *Performing Justice. Agitation Trials in Early Soviet Russia*, Ithaca y Londres, 2005.

YAKÓVLEV, ALEKSANDR, *Ein Jahrhundert der Gewalt in Sowjet-Rusia*, Berlín, 2004.

YELAGUIN, YURI, *Kunst und Künstler im Sowjetstaat*, Fráncfort del Meno, 1951.

YEVRÉINOV, NIKOLÁI N., *Shagui Nemezidy. Dramatícheskaia jrónika v 6-tí kartínaj iz partíinoi zhizni v SSR (1936-1938)*, París, 1956.

YOUNGBLOOD, DENISE J., *Soviet Cinema in the Silent Era 1918-1935*, Austin, 1991.

ZEMSKOV, VÍKTOR N., *Spetsposeléntsy v SSSR 1930-1960*, Moscú, 2005.

ZHIRÓMSKAIA, VALENTINA, *Demografícheskaia istoria Rossii v 1930-ie gody. Vzgliad v neizvéstnoie*, Moscú, 2001.

ZHITKOV, BORÍS, *Chto ya vídel*, Moscú y Leningrado, 1939.

ZINGER, LEONID S., *Aleksandr Samoválov*, Moscú, 1982.

ZINÓVIEV, ALEKSANDR, *Stalin – náshei yúnosti poliot. Sotsiologuícheskaia póvest*, Moscú, 2002.

ZHÚKOV, ANATOLI F., *Arjitektura vsesoiúznoi selkojoziáistvennoi vystavki 1939 goda*, Moscú, 1939.

ZHURAVLIOV, SERGUÉI, *«Málenkie liudi» i «bolshaia istoria». Inostrántsy moskóvskogo Elektrozavoda v sovétskom óbschestve 1920-j-1930-j gg.*, Moscú, 2000.

ZHURAVLIOV, SERGUÉI y JUKKA GRONOW, «Krasotá pod kontrólem gosudarstva: osóbennosti i etapy stanovlenia sovétskoi mody», en: *The Soviet and Post-Soviet Review* 32/1 (2006), pp. 1-92.

ZHURAVLIOV, SERGUÉI y MIJAÍL MUJIN, *Krépost sotsializma. Povsednévnost i motivatsia truda na sovétskom predpriati, 1928-1938 gg.*, Moscú, 2004.

ZOLOTONÓSOV, MIJAIL N., *Slovo i telo. Seksuálnyie aspekty, universalii, interpretatsii rússkogo kultúrnogo teksta XIX-XX vékov*, Moscú, 1999.

Zwischen Bekenntnis und Verweigerung. Schostakowitsch und die Sinfonie im 20. Jahrhundert. Symposium Zürcher Festspiele 2002, edición de de Hans-Joachim Hinrichsen y Laurenz Lütteken, Kassel y Basilea, 2005.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Aalto, Alvar 334
Adorno, Theodor W. 160
Afanásiev, Y. 898
Afinoguénov, Aleksandr 559, 572
Agapkin 228
Agránov, Yákov 577
Aitákov, Nedirbai 109
Ajmátova, Anna 576
Akúlov, Iván 109, 110, 285, 576
Alabián, Karó 80, 84, 329, 372, 374-381, 392-394
Alejandro I de Rusia 818, 838
Aleksandr Nevski 602, 839
Aleksandra Fiódorovna Románova 537
Aleksándrov, Grigori 266, 591, 592, 597-599, 679, 702, 713
Aleksándrova, Luisia 537
Alekséiev, Anatoli 491
Alksnis, Yákov 286, 497, 833
Allilúieva, Nadiezhda 277
Alpert, Max 387
Álvarez del Vayo, Julio 363
Amundsen, Roald 480
Andrade, Juan 179
Andrée, Salomon 480
Andréiev, Andréi 273, 279, 554, 790
Antípov, Nikolái 110, 310, 554
Antónov-Ovséienko, Vladímir 112, 181
Antsíferov, Nikolái 114
Apletin, Mijaíl 154
Arendt, Hannah 26
Arósev, Aleksandr 113, 560
Arquer, Jordi 179
Arzhilovski, Andréi 267, 363
Asablin, A. N. 205
Asatián, Guram 202
Auerbach, Leopold 559, 577

Bábel, Isaak 153, 159, 578, 579, 732
Bábochkin, Borís 248, 587
Bacon, Francis 261
Baguírov, Mir Jafar 310
Baidukov, Gueorgui 474, 476, 477
Bajtín, Mijaíl 18-20
Baker, Joséphine 486, 678
Balijin, Víktor 843
Balitzki, Vsévolod 286
Baltrušaitis, Jurgis 272
Baranovski, Piotr 88
Barbusse, Henri 154
Barclay de Tolly, Mijaíl 818
Barjín, Grigori 245, 372
Barkov, Nikolái 566, 567
Barnet, Borís 67, 596
Becher, Johannes R. 155, 618
Bedny, Demián 271
Beethoven, Ludwig van 166, 680
Behrens, Peter 451
Beliakov, Aleksandr 474, 476, 477
Belobrovtseva, Irina 34
Benjamin, Walter 19, 20, 154, 160, 327, 341, 357

Berg, Isaí Davídovich 738, 739
Beria, Lavrenti 275, 296, 773, 797, 798
Berman, Matvéi 439, 460
Berman-Yurin, Konon 127, 128, 615
Bersénev, Iván 572
Berzin, Yan 181
Besedovski, Grigori 339
Bettelheim, E. 205
Bezymenski, Aleksandr 234, 240, 271
Bíbikov, A. 749
Blériot, Louis 461, 487
Bliumental-Tamárina, Maria 233
Bloch, Ernst 159
Blojín, Vasili 738, 773
Blücher, Vasili 286
Blum, Léon 272
Blumenfeld, Féliks 685
Bogushevski, V. S. 367, 368
Bohlen, Charles «Chip» 567, 572, 573
Boiarski, Mijaíl 576
Bonch-Bruiévich, Mijaíl 353
Bonet, Pedro 179
Bové, Ósip 86
Brand, Lázar Solomónovich 205-207
Brasini, Armando 844, 847, 848
Bratanovski, G. 790
Brecht, Bertolt 155
Bredel, Willi 155, 618
Breines, Simon 376
Brodski, Nikolái 247
Búbnov, Andréi 112, 246, 258, 560, 563, 572
Budiónny, Semión Mijáilovich 273, 296, 302, 548, 554, 572
Bujarin, Nikolái 40, 113, 133, 144, 146, 155, 171, 235, 255, 276, 278, 279, 292, 295, 297-304, 315, 339, 433, 471, 522, 536, 556, 561, 572, 578, 710, 731, 785, 800-826
Bulgákov, Mijaíl 22, 31, 33-35, 38-45, 48, 49, 51, 53, 54, 57-61, 64, 65, 71, 142, 251, 253, 258, 273, 559, 571, 576, 577
Bulgákova, Yelena 34, 40, 42, 142, 266, 401, 559, 571, 576, 642, 680
Bulganin, Nikolái 80, 439, 554
Bullitt, William 51, 572, 573
Búrov, Andréi 375
Butúsov (obrero estajanovista) 246, 247
Byjovski, Serguéi 469
Byrd, Richard 489

Cachin, Marcel 155
Calder, John 706
Chaadáiev, Piotr 245, 825
Chaikovski, Piotr 361, 486, 679
Chamberlain, William 567
Chaplin, Charlie 587, 702
Chase, Stuart 704, 705
Chechulin, Dmitri 329
Chéjov, Antón 254
Cherniak, Mijaíl 464
Cherniakov 365
Cherniavski 286
Chernov, Mijaíl 110, 800, 807, 809
Chernyshevski, Nikolái 254
Cherviakov, Aleksandr 109
Cherviakov, Yevgueni 522, 602
Chevalier, Maurice 678
Chicherin, Gueorgui 566
Chilston, lord 272

Chiorni, Víktor V. 426
Chkálov, Valeri 473, 474, 476, 477, 483, 487, 489, 491, 498, 499, 601
Chkiriatov, Matvéi 285, 296, 554, 790
Chopin, Frédéric 368
Chubar, Vlas 110, 285, 295, 554
Chukóvskaia, Lidia 231
Chukovski, Kornéi 262, 780
Clodt von Jürgensburg, Peter 839
Conquest, Robert 12
Cooper, Hugh H. 706
Coulondre, Robert 272
Craig, Edward Gordon 236
Crawford, Joan 702

Dan, Fiódor 339
Danilin, Serguéi 478, 484
Darevski, Zacari 599
Darwin, Charles 261
David, Fritz 128, 615
Davies, Ekay 563
Davies, Joseph 214, 216, 236, 272, 396, 399, 545, 553, 561, 562, 565, 568-571, 573, 583
Deborin, Abram 277
Deineka Aleksandr 332, 338, 384, 404, 689, 700, 779
Delaunay, Robert 336
Dervis, Vera M. 421
Diderot, Denis 261
Dietrich, Marlene 591, 702
Dimitrov, Georgi 146, 147, 266, 291, 362, 545, 548, 553, 556, 609-611, 613, 616, 623, 624, 631, 790, 833
Dingelstädt, Nikolái N. 421
Dmítriev 560
Dneprova, Vera 685
Dneprovski, Y. 99
Dobrov, Serguéi A. 421
Dokucháiev, Vasili 428
Dornberger, Emma 620
Dos Passos, John 703
Dostoievski, Fiódor 245, 254
Dovzhenko, Aleksandr 585, 592
Dreiser, Theodor 696
Drevin, Aleksndr 749
Dubrova, Berta 427
Dúdnik, Stepán 466, 467
Dufy, Raoul 336
Duhamel, Georges 179
Dunaievski, Isaak 576, 591, 598, 674, 678-680, 684, 685, 703, 713
Duncan, Isadora 44
Duranty, Walter 567
Dutkievich, Aleksandr 422
Dutkievich, Gueorgui 421
Dzerve, Tatiana 427
Dzerzhinski, Féliks 299, 748, 786, 790
Dzerzhinski, Iván 464, 633
Dzhabáiev, Dzhambul 352, 715
Dzhrbashián, Tigrán Arshákovich 421
Dzhunkovski, Vladímir 749

Eberlein, Hugo 606, 833
Eckener, Hugo 424
Efrón, Serguéi 340, 731
Ehrenburg, Iliá 119, 163, 833
Eiche, Robert 285, 296, 308, 309, 312
Eichenwald, Leopold 462
Eidemán, Robert 113, 498
Eisenstein, Serguéi 19, 20, 67, 153, 590-598, 600, 784, 833
Eisner, Kurt 142

Engels, Friedrich 261, 348, 546, 622
Erdman, Nikolái 591, 597, 599
Ermler, Friedrich 592, 593, 595, 681
Escuder, Josep 179

Factor, Max 703
Fadéiev, Aleksandr 234, 683
Fairbanks, Douglas 587, 702
Faymonville, Philip 548, 551, 572, 573
Fedorovski, Nikolái Mijáilovich 425
Fere, Alekséi 352
Feuchtwanger, Lion 141-160, 161, 213, 214, 216, 236, 262, 407, 506, 812
Feuerbach, Ludwig 721, 822
Fichtenholz, Mijaíl 673
Filátov, Nikolái 246
Fiódorov, Yevgueni 471, 482, 492
Firin, Semión 441, 445, 455, 460, 466-470
Fischer, Ernst 617
Fischer, Louis 175
Fitzpatrick, Sheila 26
Flieg, Leo 606, 833
Florenski, Aleksandr 426
Florenski, Pável 426
Florinski, Dmitri 566, 574, 575
Ford, Henry 489, 651, 652, 695, 701
Fouqué, André 428
Franco, Francisco 162, 165, 168, 175, 176, 179, 180, 364
Frank, Semión 252
Frederiks, Vsévolod 426, 681
Frenkel, Naftali 445
Fridland, Iósif 229, 387, 461
Friedman, Aleksandr 445
Frinovski, Mijaíl 287, 439, 554, 750, 755, 767, 791, 799
Furer, Bénjamin 278, 279
Fúrmanov, Dmitri 590

Gai, Mark 576
Gaidar, Arkadi 591, 780
Gamárnik, Yan 286, 296, 320, 542, 732
Garbo, Greta 591, 702
Garkavi, Mijaíl 439
Gástiev, Alekséi 111
Gauk, Aleksandr 682
Ge, Nikolái 824
Gegner, David 685
Gelfreich, Vladímir 330, 843-845
Gelperin, Nison 268
Gershwin, George 703
Gide, André 122, 142, 150, 151, 153-156, 179, 236, 262, 274, 338, 346, 407, 504, 506, 638
Gironella (Enric Adroher Pascual) 179
Gladún, Yevguenia 578
Glan, Betty 641
Goebbels, Joseph 363
Gógol, Nikolái 145, 254, 785
Goldstein, Busia 673
Gólosov, Iliá 84, 372
Golovín, Fiódor 749
Gomozenkov, Iván 92
Goncharov, Iván 254
Gorbunov, Nikolái 420, 750
Goretski, Gavril 420
Górev, Vladímir 181
Gorki, Maksim 40, 45, 60, 142, 244, 253-255, 262, 267, 269, 274, 343, 542,

561, 635, 681, 700, 779, 801, 809
Gorkin, Julián 178, 179
Gorodetski 559
Gottwald, Klement 833
Grabar, Ígor 273, 577
Graevenitz, F. von 748
Graf, Oskar Maria 160
Gramsci, Antonio 847
Grigóriev, G. 834
Grinkó, Grigori 110, 800, 807
Grómov, Mijaíl 475, 477, 478, 483, 484, 489, 497
Gropius, Walter 844
Gubenko, Y. 666
Guerásimov, Aleksandr 384, 577
Guerásimov, Serguéi 384, 489, 577, 601
Guikalo, Nikolái 286
Guilels, Emil 119, 673, 833
Guinzburg, Borís 466
Guinzburg, Moiséi 329, 372, 374-378, 380, 392, 393, 395
Guinzburg, Yevguenia 12
Gukovski, Yevgueni A. 420
Gustavson, Erich 462

Hamilton, Hector 701
Hegel, Georg Wilhelm Friedrich 261, 804, 815, 822
Heiberg, Edvard 376
Heine, Heinrich 813, 821
Helvétius, Claude Adrien 261
Hemingway, Ernest 703
Henrion, Ella 605
Heródoto 19
Herriot, Édouard 272
Hershenson, Mijaíl 259
Herwarth, Hans von 566
Hess, Rudolf 147, 216
Himmler, Heinrich 138
Hirsch, Werner 606
Hirschfeld (agregado comercial soviético) 340
Hitler, Adolf 148, 150, 160, 169, 302, 351, 363, 435, 511, 610, 833
Hocke, Gustav René 338
Horkheimer, Max 160
Hugo, Victor 327
Humboldt, Alexander von 413, 430

Ignátovich, Borís 403
Ikrámov, Akmal 801
Ilf, Iliá 153, 591, 636, 693-695, 697, 700, 706, 708, 709
Ilíin, Vladímir 352
Iofán, Borís 80, 104, 329, 330, 341, 372, 843, 844, 845, 847-850, 851
Iofán, Dmitri 847
Ioffe, Adolf 277
Ioganson, Borís 384
Iósifovich, S. 191
Ivanov, Vladímir 800
Ivánov, Vsévolod 246, 271, 572
Ivanov, Yemelián 496
Ivanovski, Aleksandr 601

Jarlámov, Nikolái 497
Jarms, Daniíl 251, 258
Jasiénski, Bruno 559
Jataiévich, Méndel 286, 308
Jiménkov, Víktor 426
Jodorovski, Iósif 285
Jodzháiev, Faizullá 109, 801
Jripin, Vasili 497
Jruschov, Nikita 80, 116, 235, 275, 296, 307, 322, 365, 408, 439, 554, 557, 737, 851

Kabakov, Iván 308
Kabalevski, Dmitri 464
Kaganóvich, Lázar 80, 112, 124, 126, 190, 224, 225, 267, 268, 270, 271, 295, 309, 364, 374, 378, 389, 408, 447, 465, 790
Kaganóvich, Mijaíl 112
Kahn, Albert 701
Kalatózov, Mijaíl 601
Kalinin, Konstantín 497
Kalinin, Mijaíl 109, 195, 273, 295, 306, 364, 378, 546-548, 556, 588
Kálmán, Emmerich 679
Kalmanóvich, Moiséi 110
Kalmykova, Maria 422
Kalyjina, Anna 305
Kámenev, Lev 124, 127, 128, 137, 138, 144, 210, 211, 232, 238, 239, 317, 611
Kaminski, Grigori 285, 562
Kant, Immanuel 15, 32, 54
Karaján, Levón 286, 562
Karavkina, D. 154
Kárpov, D. 99
Karutski, Vasili 287, 799
Kassil, Lev 780
Katáiev, Iván 559, 561
Katáiev, Valentín 153, 591, 780
Kaufman, Mijaíl 67
Kazakov, Ignati 40, 561
Kaznelson, S. 468
Kennan, George 567, 569, 677
Kerber, Leonid 477
Kérzhentsev, Platon 560, 576, 577
Kipling, Rudyard 491
Kippenberger, Hans 607
Kírov, Serguéi Mirónovich 120, 124, 128, 129, 131, 137, 232, 233, 267, 269, 273, 295, 314, 373, 681, 689, 788, 842
Kirshón, Vladímir 271, 559, 560
Kiuss, Max 464
Kliuchevski, Vasili 245, 261
Klucis, Gustav 243, 403, 749
Kniázev, Iván 210, 218, 227
Knipper-Chéjova, Olga 244
Knorin, Wilhelm 554
Koestler, Arthur 12, 160, 182, 488, 801
Koestring, Ernst 567, 640, 831
Kogan, Lázar 80, 440, 443, 445, 460, 811, 812
Kokkinakí, Vladímir 475, 489
Kolli, Nikolái 372, 390, 900
Kóltsov, Mijaíl 155, 159, 162, 163, 181, 233, 272, 578
Kóltsov, Nikolái 432
Komarov, Vladímir 235, 240
Komarovski, Aleksandr 441
Komarovski, Vladímir 749
Konchalovski, Piotr 44
Konoplianikov-Sujev, Matvéi 258
Konstantínovskaia, Yelena 681
Kopalin, Iliá 67
Kork, Avgust 732
Koroliov, Serguéi 477
Kósarev, Aleksandr 275, 441, 554, 578
Kosior, Stanislav 285, 286, 295, 308
Kostérina, Nina 361, 636, 781, 782
Kostrikin, Maksim 681
Kósyrev, Piotr 461
Kovaliov, Nikolái 466
Kovriguin, S. 184
Kózintsev, Grigori 590

Kramskói, Iván 839
Krával, Iván 111, 200, 202-206
Krénkel, Ernst 355, 471, 482, 484, 489, 491, 492
Krestinski, Nikolái 112, 271, 286, 471, 562, 800, 805, 808-810
Krinski, Vladímir 372, 451
Kristin, A. 205
Kriuchkov (campesino) 227
Kriuchkov, P. P. 561
Krivitski, Walter 339
Kronid, archimandrita (Liubímov, Konstantín Petróvich) 746
Kropotkín, Piotr 462
Krundel, A. 666
Krylenko, Nikolái 112, 238, 750
Krylov, Alekséi 426
Kúcher, Katia 635
Kudriávthev (líder del Partido ucraniano) 286
Kúibishev, Valerián 40, 60, 267, 269, 561, 801
Kuleshov, Lev 585
Kuleshov, Víktor 67
Kulkov, Mijaíl 246
Kun, Béla 607, 623, 833
Kun, Gleb 466
Kuprín, Aleksandr 532, 542
Kurman, Mijaíl 202, 205
Kustolián, E. A. 205
Kutépov, Aleksandr 339
Kutúzov, Mijaíl, príncipe Smolenski 750
Kuznetsov, Pável 288, 384, 657
Kvitkin, Olimpi 205, 207

Lacasa, Luis 334
Lãcis, Martyn 731
Ladovski, Nikolái 80, 372, 842
Ladynina, Marina 587
Lámanova, Nadiezhda 403
Landsberg, Gueorgui 685
Lázarev, Piotr 428
Lázareva, Olga 428
Le Corbusier 336, 372, 373, 390, 451, 844
Lébedev-Kumach, Vasili 591, 598, 713
Legagneux, Georges 487
Léger, Fernand 336
Lehár, Franz 679
Lenin, Vladímir I. 26, 121, 131, 190, 246, 251, 252, 254, 269, 273, 346, 348, 353, 368, 370, 379, 381, 388, 402, 403, 406, 408, 451, 461, 467, 474, 532, 533, 539, 541, 546, 547, 549,552, 553, 555-557, 562, 570, 583, 594, 596, 602, 622, 659, 704, 710, 786, 800, 801, 815, 834, 845, 846, 849
Leonídov, Iván 372
Lérmontov, Mijaíl 53, 254, 825
Levanevski, Siguizmund 476, 478, 479, 483
Lévchenko, Vasili 476
Levi, Primo 12
Levin, Lev 40, 285, 561, 807
Lewin, Moshe 74, 93, 189, 653, 863, 866
Lichkov, Borís 434
Lichtenberg, Y. G.
Lijachov, Iván 271, 649-652, 666, 667, 701
Lilje, A. 99
Lindbergh, Charles 477, 479, 487
Lisitski, El (Lísitski, Lázar) 372, 386, 387

Listengurt, Rafaíl 288
Listov, Konstantin 352
Litvínov, Maksim 271, 315, 365, 548, 562, 576, 578
Liúbchenko, Panás 286, 364, 560
Liubímov, Isidor 110, 563, 746
Liushkov, Genrich 287
Livshits, Yakob 112, 210, 217, 227
Lóbov, Semión 110
Lominadze, Visarión 277, 279, 280, 284, 285
London, Jack 491, 492
Lozovski, Alekséi 296
Lukács, György 622
Lukashévich, Tatiana 592
Lurié, Natán 126-128, 615
Luxemburg, Rosa 833

MacLean, Fitzroy 567
Maggo, Piotr 826
Maiakovski, Vladímir 241, 262, 277, 507
Maier, Kurt 80
Malamuth, Charles 703
Malenkov, Gueorgui 318
Malévich, Kazimir 331
Malraux, André 579
Mamoulian, Rouben 703
Mandelstam, Nadiezhda 12
Mandelstam, Ósip 357, 578, 637, 674
Manfredi, Manfredo 847
Mann, Thomas 142
Manuílski, Dmitri 629
Marcuse, Ludwig 160
Marián, David 592, 596
Márkish, Péretz 352
Marshak, Samuil 780
Marshall, George C. 477
Martin du Gard, Roger 179
Marx, Karl 26, 261, 327, 348, 546, 570, 622, 818, 822
Mashkov, Iliá 384, 467
Mauriac, François 179
May, Ernst 373
Mayenburg, Ruth von 88, 362, 623
Maynard, John 189
Mazái, Makar 366, 367
Mazuruk, Iliá 491
McCannon, John 499
Medved, Iván 677
Medvédev, Roy 12
Medvedkin, Aleksandr 68, 70, 72, 88, 592
Melamed, L. 205
Melbart, N. P. 80
Mélnikov, Konstantín 330, 372, 375-377, 380, 386, 393
Mendelsohn, Erich 844
Menzhinski, Viacheslav 40, 60, 561
Mercader del Río, Ramón 180
Merkúrov, Serguéi 243, 272, 332, 338, 451
Merleau-Ponty, Maurice 802
Mescherin, Nikolái 735
Meyerhold, Vsévolod 114, 236, 559, 560, 572, 578
Mezhláuk, Valeri 110, 205, 207, 285, 291, 296, 554, 562, 576
Miásishev, Vladímir 497
Mies van der Rohe, Ludwig 844
Mijoels, Solomón 155
Mikoián, Anastás 190, 267, 270, 273, 295, 301, 310, 554, 568, 701, 790, 792-794, 796
Mikoián, Tamara 554
Milkov, A. N. 44

Miller, Yevgueni 339, 340
Mirzoián, Levon 307
Moguiliánskaia, Lada 467
Moguilianski, Mijaíl 462
Moguilny, Atila 576
Moldavántsev, Evgraf 428
Mólotov, Viacheslav 110, 190, 200, 202, 205, 268, 270, 272, 273, 275, 279, 295, 309, 316, 364, 378, 408, 439, 448, 536, 546, 547, 556, 577, 583, 623, 773, 777, 788, 790, 833, 844, 850
Mordvínov, Arkadi 88, 370, 375, 394
Morin, A. 99
Morózov, Pável (Pávlik) 595, 784
Moses, Robert 395
Moskvín, Mijaíl 629, 833
Mravinski, Yevgueni 682
Múdrik, Moiséi 205
Mühsam, Erich 142, 159
Mühsam, Zenzl (Kreszentia) 159, 617, 618
Mújina, Vera 326, 330, 333, 386, 405, 489, 849
Murálov, Aleksandr 111
Musabékov, Ghazanfar 109
Mushkétov, Dmitri I. 422, 427
Músorgski, Modest 24
Mussolini, Benito 435, 541

Napoleón 86, 252, 541, 542, 838, 839
Naszkowski, Marian 607, 608
Negrín, Juan 179
Neher, Carola 159, 615
Nekrásov, Nikolái 461, 464
Nenadkévich, K. A. 431
Nésterov, Mijaíl 489
Neumann, Heinz 607, 833
Nevski, Vladímir 88
Nezhdánova, Antonina 354
Nezhkina (catedrática) 247
Nicolás I 252, 838
Nicolás II 537
Niedermayer, Oskar von 830-832
Nikolái (arzobispo de Vladímir) 746
Nikoláievski, Borís 339
Nikolski, Aleksandr 372
Nikulin, Lev 247, 490, 493, 708
Nilsen, Vladímir 591, 597-599
Nin, Andrés 180
Nitoburg, Lev 468
Norkin, Borís 210, 229

Obolénskaia, Rita 538
Obújova, Nadiezhda 354
Offenbach, Jacques 679
Óistraj, David 673
Ojitóvich, Mijaíl 373, 374
Ojotín, Nikita 753
Olberg, Valentín 125, 615
Olsúfiev, Yuri 749
Oltarzhevski, Viacheslav 387
Opekushin, Aleksandr 243-245
Orajelashvili, Iván 271
Ordzhonikidze, Grigori (Sergo) 60, 110, 112, 124, 126, 153, 265-290, 309, 343, 364, 383, 522, 650, 652, 653, 664, 782, 788
Ordzhonikidze, Papuli 281
Ordzhonikidze, Zinaída 270-272
Orlov, Aleksandr 180, 563
Orlov, Vasili 277
Orlova, Liubov 266, 463, 587, 591, 679, 713

Orwell, George 174, 182
Osinski, Valerián 111, 298, 302, 562
Osten, Maria 146, 147, 155, 159
Ostrovski, Nikolái 262

Pajómov, Alekséi 332, 404
Palchinski, Piotr I. 423
Pánina (condesa) 681
Papanin, Iván 343, 356, 471, 472, 474, 480, 482, 483, 486, 488, 489, 491, 492, 499, 560, 635
Pashukanis, Yevgueni 114
Pasternak, Aleksandr 451, 461
Pasternak, Borís 154, 578
Pavlenko, Piotr 271, 592
Pávlov, Alekséi 421
Pávlov, Mijaíl A. 423
Pávlova, Anastasía 466
Peary, Robert 480
Pedro I de Rusia, el Grande 252, 254, 442, 529, 602
Perkin, Dmitri Y. 423
Peters, Yákob 731
Petliakov, Vladímir 497
Petrov-Vodkin, Kuzmá 243
Petrov, Vladímir 590
Petrov, Yevgueni 153, 591, 636, 693, 694, 697, 700, 706, 708, 709, 710
Petrovski, Grigori 109, 285, 286, 296, 364
Piashnin, N. 43
Piatákov (juez) 238
Piatákov, Gueorgui Yuri 106, 112, 144, 145, 210, 214-216, 227-229, 238, 240, 281-283, 293, 309, 317, 350, 375, 530, 561, 565, 568, 593, 785
Piátniski, Ósip 286, 554, 608
Picasso, Pablo 328
Pickford, Mary 587, 702
Pikel 125
Pilniak, Borís 731
Pímenov, Yuri 83, 689
Piotrovski, Adrian 559
Piscator, Erwin 108, 154, 833
Platónov, Andréi 251, 253, 258, 260, 261, 359, 636, 841
Pletniov, Dmitri 40, 430, 433, 561
Plevitskaia, Nadiezhda 340
Plutarco 822
Podlúbny, Stepán 471
Poelzíg, Hans 844
Pogodin, Nikolái 153, 602
Pogrebinski, Matvéi 287
Pokrovski, Vladímir 261
Poleshaiev, Aleksandr 825
Polivánov, Nikolái 462
Popok, Yákov 307
Popov, Yevgueni Y. 424
Pörzgen, Hermann 567
Poskrióbyshev, Aleksandr 268, 755
Póstyshev, Pável 273, 285, 286, 296, 364
Potiomkin, Vladímir 548
Pramnieks, Eduards 319
Prójorov, Nikolái 428
Prokófiev, Aleksandr 234
Prokófiev, Serguéi 280, 532, 576
Pudovkin, Vsévolod 585, 592
Pugachov, Yemelián 243, 254
Pushkin, Aleksandr 22, 153, 166, 233, 234, 240-264, 342, 529, 577, 601, 610, 639, 715, 721, 780, 782, 825, 836, 843
Puzhitski, Serguéi 441, 468, 469

Pyriev, Iván 592

Rádchenko, Iván I. 424
Radek, Karl 144-147, 210, 215, 216, 229, 299, 300, 301, 317, 350, 522, 531, 565, 567, 572, 593
Radetski, W. 468
Raievski, Aleksandr 461
Raizman, Yuli 601
Rajimbáiev, Abdulla 109
Rakovski, Jhristián 139, 554, 800, 810
Rapoport, Yakov 445
Ratáichak, Stanislav 112, 233, 283
Razin, Stepán 243
Rebull, Daniel 179
Redens, Stanislav 271, 286, 439, 554, 732, 736, 738, 791, 833
Reich, Zinaída 572
Reiss, Ignati 339
Reitsch, Hannah 487
Rémizov, Kolia 743
Remmele, Hermann 607, 833
Repin, Iliá 824
Rheingold, Isaak 139, 229
Riabushinski, Stepán 650
Richardson, Joan 563
Robespierre, Maximilien 252
Ródchenko, Aleksandr 72, 83, 387, 403, 507
Roguinski, Arseni 753
Rolland, Romain 154, 405
Romm, Mijaíl 583, 584, 592, 594, 596, 600
Room, Abram 67
Roosevelt, Franklin D. 214, 395, 695, 704, 707
Rosenberg, Marcel 181, 363
Roth, Joseph 160
Rousseau, Jean-Jacques 261
Rovira, José 179
Rozengolts, Arkadi 111, 271, 286, 562, 568, 569, 712, 800, 807
Rozhkov, Borís N. 424
Rubinstein, Antón 679
Rúdnev, Lev 84, 370, 372
Rudzutaks, Yan 110, 285, 296, 365, 562
Rujimóvich, Moiséi 112, 275, 563
Rújliadiev, Alekséi 394, 541, 452, 454
Ruslánova, Lidia 439
Rustaveli, Shotá 716
Rykov, Alekséi 40, 111, 144, 235, 278, 292, 295, 298-301, 303, 304, 315, 471, 556, 561, 576, 785, 800, 844
Rzheshevski, Aleksandr 592, 595

Sabsóvich, Leonid 376
Sadovski, A. 730, 739
Saiaítski, Serguéi 43
Saltykov-Schedrín, Mijaíl 254
Samátov, M. 205
Samoilóvich, Rudolf (Ruvim) 424
Samojválov, Aleksandr 333, 338, 404, 636
Samosud, Samuíl 273
Sarkísov, Sarkís 286, 309
Savéliev, L. 379
Scheinmann, Yuri M. 427
Schelling, Friedrich Wilhelm Joseph 825
Schmidt, Otto J. 417, 463, 481-483, 489, 491, 494, 498, 499, 578
Schubert, Herbert 607

Schukin, Borís 583
Schuko, Vladímir 84, 330, 371, 842-845
Schulenburg, Friedrich Werner von der 272, 849
Schulz, Serguéi 427
Schúsev, Alekséi 80, 370, 371, 374, 375, 377-381, 393, 394, 842
Schwarzschild, Leopold 151
Scott, Robert 480
Sedov, Lev 124, 127, 233, 339, 340
Seleches 286
Semiónov, M. 736, 738, 771
Semiónov, Vladímir 371
Serebriakov, Leonid 210, 217, 565
Serebriakova, Galina 681
Serebrovski, Aleksandr 112
Sergio de Rádonezh 839
Sérikov, Vasili 824, 839
Sert, José Luis 334
Sert, José Maria 850
Shadr, Iván 242
Shajovskaya, Anna Dmitrievna 427, 434
Shajovskói, Dmitri 434
Shajovskói, G. S. 592
Shalámov, Varlam 12, 442
Shapórina, Liubov 682
Sháposhnikov, Borís 554
Sharangóvich, Vasili 801, 803
Shaw, George Bernard 154
Sheboldáiev, Borís 319
Shentalinski, Vitali 579
Sheremetev, conde 538
Shestopálov, Nikolái 242
Shevchenko, Tarás 716
Shigulski, Nikolái 467
Shirshov, Piotr 471, 482, 492
Shklovski, Víktor 72, 576
Shólojov, Mijaíl 262
Shostakóvich, Dmitri 4, 278, 426, 464, 576, 577, 604, 675, 680-682
Shtern, Grigori 181, 562
Shulzhenko, M. 497
Shumiatski, Borís 111, 561, 584, 588, 589, 592, 594-600, 677
Shvérnik, Nikolái 166, 235, 296, 554
Sibert, Alexander von 462
Sikorski, Ígor 487
Simorin, Aleksandr 432, 434
Sinclair, Upton 703
Skoblin, Nikolái 340
Skoromovski, Yákov 677
Smirnov, Borís 287
Smirnov, Iván 124, 137
Smirnov, Víktor 560
Smolzov, Iván 561
Sokólnikov, Grigori 147, 317, 530, 531, 565
Sokolov, Alekséi 510
Sokolóvskaia, Y. 599
Soloviov, Vladímir 287, 822
Solzhenitsyn, Aleksandr 12, 12n 906
Sorokin, A. 468
Speer, Albert 334, 335, 341, 849, 850
Spinoza, Baruch 261, 813
Stadnikov, Gueorgui 425
Stajánov, Alekséi 259, 271, 366
Stalin, Iósif 11-13, 25, 28, 60, 68-71, 77-79, 87-90, 112, 113, 119, 121, 124, 126, 127, 131-134, 143,146, 148, 152, 155, 156, 169, 181, 190, 193, 200, 205, 213, 232, 240, 241, 243, 246,

251, 252, 265, 266, 268, 270-273, 275, 277, 278, 284, 288, 291, 292, 295, 296, 299, 301, 302, 304, 305, 307, 308, 317-319, 323-325, 331, 332, 334, 338, 343, 347, 348, 353, 355, 364-367, 372, 377, 378, 382, 383, 388, 389, 394, 395, 399-401, 405, 407-410, 419, 435-437, 439, 441-443, 445, 447, 448, 451, 453, 471, 476, 487, 498, 499, 502, 511, 519, 520, 525, 530-532, 534, 535, 537, 541-543, 545-549, 552, 554-556, 568, 578, 583, 584, 588, 592, 593, 594, 601, 605, 609, 610, 625, 628, 641-644, 646, 648-652, 660-662, 666, 668, 671, 673, 675, 678, 682, 690, 708, 711, 714, 718, 722, 728, 754, 755, 772-774, 776, 777, 785, 788-791, 812, 815, 819, 830, 831, 833, 841, 844, 847, 850, 855
Stalski, Suleimán 352
Staprán, O. 379
Stárostin, Nikolái 114, 410
Stashevski, Artur 181
Stavski, Vladímir 113, 271
Steiger, Borís (barón) 563, 564, 573
Stepánov, Piotr 650, 651
Stepánova, Varbara 72
Stepún, Fiódor 561
Stetski, Alekséi 296, 308
Stomoniákov, Borís 112, 271, 286, 548
Strauss, Johann 679
Stroílov, Mijaíl 210, 425
Strokovski, V. 205
Sudoplátov, Pável 180
Suietin, Nikolái 331
Sujomlin 286
Sulímov, Daniil 365
Süsskind, Heinrich 607
Suvenírov, Oleg 286
Suvorin, Alekséi 100
Sverdlov, Yákov 602
Sviatopolk-Mirski, Dmitri 251, 532

Taírov, Aleksandr 572
Tal, Borís 144, 153, 159, 660
Tamárkina, Rosa 673
Térejov 228
Terántiev, Ígor 470
Thaelmann, Ernst 606
Thon, Konstantín 839
Tijomírov, Roman 468
Tíjonov, Nikolái 271
Timiriov, Vladímir 749
Tissé, Eduard 591, 598
Todorski, Aleksandr 497
Togliatti, Palmiro 833
Toller, Ernst 142
Tolstói, Alekséi 119, 262, 271, 463, 682, 708
Tolstói, Lev 254, 541
Tomski, Mijaíl 277-280, 522, 556
Traubenberg, Iván 425
Trauberg, Leonid 590
Tretiakov, Serguéi 153, 159
Trífonov, Yuri 104, 108, 347, 574
Triodin, Piotr 464
Troiánker, Benedikt 497
Trotski, Lev 124, 125, 131, 133, 137, 138, 147, 180, 181, 216, 228, 233, 234, 277, 301,

338, 340, 375, 402, 496, 532, 534, 554-556, 562, 809, 817-819
Tsaplin, V. 183
Tsesarski, Vladímir 201, 799
Tsfasman, Aleksandr 107, 677, 685
Tsvankin, Y. 99
Tsvietáieva, Marina 340, 731
Tujachevski, Mijaíl 271, 286, 378, 379, 570, 682, 732, 750
Túpolev, Andréi 427, 477, 497
Turguéniev, Iván 245, 254
Túrovskaia, Maia 592, 597

Uborévich, Ieronim 271, 286, 732
Uglánov, Nikolái 235
Ujánov, Konstantín 112
Unszlicht, Józef 286, 562, 731
Ustriálov, Nikolái 251, 258, 350, 361, 363-365, 367, 524-527, 529, 531-533, 535, 540-542
Utiósov, Leonid 484, 591, 674-678, 680, 684, 685

Vaillant-Couturier, Paul 155
Vareikis, Iósif 271, 302, 554
Varfoloméiev, M. T. 205
Vargas, Jenö 609, 610
Varlámov, Aleksandr 107
Varski, Adolf 607
Vasíliev, Gueorgui 590
Vasíliev, Serguéi 590
Vavílov, Nikolái 114
Vavílov, Serguéi 426
Veitzer, Israíl 111, 563
Veresáiev, Vikenti 576
Vereschaguin, Vasili 839
Vernadski, Gueorgui 429
Vernadski, Vladímir 364, 411, 412, 427, 428-438
Vértov, Dziga 585
Vesioly, Artiom 731
Vesnín, Aleksandr 370, 372, 375-377, 384, 390, 393, 394, 642
Vesnín, Viktor 80, 372, 375-378, 380, 384, 391-394, 451, 461, 642
Víctor Manuel II de Italia 847
Víktorov, Mijaíl 554
Vishnevski, Vsévolod 153, 233, 235, 271
Vitkóvskaia-Kun, Nina 464
Vodopiánov, Mijaíl 463, 473, 488, 490-494, 499
Vogeler, Heinrich 833
Vorónezhski, G. 99
Voroshílov, Kliment 106, 124, 127, 270, 272, 273, 275, 291, 295, 302, 310, 320, 348, 352, 364, 448, 536, 543, 546-548, 551, 554, 562, 568-570, 578, 677, 790
Vyshinski, Andréi 120, 122, 123, 125, 126, 128, 129, 132, 134, 137, 138, 140, 211, 212, 227, 229-231, 271, 296, 315-317, 434, 568, 569, 578, 736, 737, 772, 803, 805-807

Wagner, Richard 236, 529
Wainzwaig, G. 99
Wangenheim, Gustav von 615, 621
Weger, Yevgueni 286
Wegman, Gueorgui 461
Wehner, Herbert 833
Weinert, Erich 155, 616, 618, 713

Weissberg-Cybulski, Alexander 12, 267
Weissberg, Eva 182
Werner, Mijaíl 521
Wiley, señora 572
Wilson, John 255
Wilson, Woodrow 704
Witte, Serguéi 812
Wolf, Friedrich 155, 623, 833
Wolf, Markus 623, 857
Wright, Frank Lloyd 376, 395-397, 701, 844

Yagoda, Guénrij 40, 110, 287, 296, 314-316, 461, 470, 471, 523, 561, 578, 579, 581, 748, 785, 793, 796, 800, 801
Yakir, Iona 286
Yákovlev, B. 242
Yákovlev, Yákov 205, 285, 365, 554, 577
Yákovleva, Varbara 554
Yakubóvich, G. 736, 738
Yanzhul, Yuri 461
Yaroslavski, Yemelián 296, 302
Yegórov, Aleksandr 286, 548, 554
Yelaguin, Yuri 536, 537, 916
Yesenin, Serguéi 44, 277
Yevdokímov, Yefim 125
Yevréinov, Nikolái 236, 238
Yevséiev, Aleksandr 428
Yevtushenko, Yevgueni 11
Yezhov, Nikolái 174, 205, 246, 270, 271, 273, 285, 286, 288, 296, 301, 303, 310, 311, 313, 314, 316, 317, 352, 378, 409, 434-436, 439, 448, 498, 536, 547, 548, 552, 554, 578, 579, 581, 609, 610, 625, 628, 685, 728, 732, 736, 737, 755-757, 767, 768, 772, 773, 785, 790-793, 796-798, 809, 833
Yezhova, Yevguenia 106, 288, 578, 579
Yeukidze, Ável 578, 735, 844
Yumáshev, Andréi 475, 478, 484
Yuon, Konstantín 273, 577

Zagríázhskaia, Ykaterina 461
Záitsev, P. 43
Záitsev, V. 205
Zakovski, Leonid 736, 751, 799
Zarji, Natán 592
Zatonski, Vladímir 286
Zavadovski, Mijaíl 432
Zaveniaguin, Avraami 309
Zelenski, Isaak 807
Zeppelín, Ferdinand von 492
Zhdánov, Andréi 124, 126, 128, 270, 273, 296, 304-306, 308, 318, 364, 560, 790
Zhemchúzhina, Polina 271, 732
Zhirómskaia, Valentina 208
Zholtovski, Iván 80, 371, 374, 837
Zhujovitski 572
Zhuk, Serguéi 439, 460
Zhúkov, Iván 315
Zhurbenko, Aleksandr 799
Zhurin, Vladímir 460
Ziegler, Antonín 677
Zinóviev, Grigori 124, 126, 127, 131, 137, 138, 144, 145, 210, 211, 232, 239, 314, 317, 522, 556, 611
Zóschenko, Mijaíl 192, 251, 258, 260
Zweig, Arnold 142

ESTA EDICIÓN, PRIMERA, DE
«TERROR Y UTOPÍA», DE KARL SCHLÖGEL,
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN
CAPELLADES EN EL MES
DE NOVIEMBRE
DEL AÑO
2014